
3 1761 03559 2773

AMÉRICA PINTORESCA


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL
BARCELONA

AMÉRICA PINTORESCA

DESCRIPCION DE VIAJES AL NUEVO CONTINENTE

por los mas modernos exploradores

CARLOS WIENER, DOCTOR CREVAUX, D. CHARNAY, ETC., ETC.

EDICION ILUSTRADA CON PROFUSION DE GRABADOS



BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMEROS 309 Y 311

1884


LIBRARY
MAR 26 1968
UNIVERSITY OF TORONTO



Rada fluvial de Guayaquil

VIAJE AL RIO DE LAS AMAZONAS Y A LAS CORDILLERAS

POR CARLOS WIENER

1879-1882

I.- GUAYAQUIL

El rio Guayas.—Aspecto del paisaje.—La isla de la Puna.—La ciudad de Guayaquil.—Primera entrada.—Residencia prolongada.—El comercio.—Productos del país.—La familia.—La vida religiosa.—Las escuelas.—Los alrededores de Guayaquil.—El cacao.—Los bomberos.—Pasado y porvenir de la ciudad.

Nos hallábamos á dos grados de latitud sur cuando vimos surgir por el horizonte las crestas caprichosamente denticuladas de la Cordillera ecuatoriana.

En breve se destacan con claridad los primeros términos de la costa y aparece á nuestros ojos su poderosa vegetacion. Nos acercamos á la isla de la Puna, ese cerro florido que divide la desembocadura del rio Guayas en dos brazos principales. El buque va acortando su marcha. Enfrente de nosotros se divisan chozas de bambúes con sus techumbres de hojas de palmera, y algunas quintas elegantes en medio de frondosos bosquecillos. Uno de los botes que se mecen apaciblemente en la sosegada agua del rio se separa de la orilla y se acerca á nuestro barco á fuerza de remos. A los pocos minutos el práctico sube á bordo, y guiados por él, remontamos el rio de Guayaquil.

¿Navegamos por un rio ó más bien por un inmenso brazo de mar? Tal vez sea lo uno y lo otro. En esta mella gigantesca del continente sud-americano, en esta bahía que penetra más de cien millas en el interior de las tierras, el agua dulce que baja de las Cordilleras se mezcla con las ondas del Pacífico.

La marea sube y baja, y toda la costa está surcada de brazos de mar en los que se precipitan muchos riachuelos que forman una gran red de corrientes en medio de una vegetacion soberbia, ora espesa y sombría, ora clara, dejando filtrar la luz al través de las copas de los mangles que se yerguen sobre sus ojivales raíces. El sol se oculta, y al poco rato el paisaje queda envuelto en las sombras nocturnas.

Acabamos de largar anclas enfrente de Guayaquil.

Apoyado en la borda, me entretengo en contemplar los contornos de las casas, de las iglesias, de la arboladura de los barcos que, á cien metros de distancia, descuellan sobre la orilla plana, destacando sus masas negras sobre un cielo trasparente.

¡Efecto de noche en un paisaje holandés!... pero en lugar de la helada atmósfera que envuelve, que esfuma con sus cenicientas brumas las siluetas y los horizontes en los países del Norte, aspíranse aquí los tibios hálitos de un aire que parece luminoso; tan grande es el vapor cristalino que destila de los rayos de la luna en esta plácida noche.

Era demasiado tarde para desembarcar. Algunos vaporcitos que hacian el servicio fluvial, y otros adscritos á la renta de aduanas, bajaban y subian por el rio Guayas. Por encima de sus chimeneas describian raudos torbellinos los esplendentes penachos de humareda que de ellas brotaba, semejantes á puñados de rubíes lanzados al espacio.

El sordo rumor de la muchedumbre que paseaba por el muelle llegaba hasta nosotros, y los acordes de una música militar animaban jubilosamente esta escena nocturna, cuyos heterogéneos elementos los proporcionaba la Europa y el mundo de los trópicos.

El ruido se fué extinguiendo poco á poco... A lo léjos resonaron los melancólicos ecos de las campanas...

Tendíme en mi hamaca, y el capitan, muellemente reclinado en una mecedora, me hizo una descripcion de Guayaquil.

Díjome que era un puerto habitado por 30,000 almas, en que habia mucho cacao y muchas revoluciones. La atmósfera era muy cálida y la vida muy cara, costando un vaso de cerveza seis reales y un sombrero cuatrocientos. Añadió que era un país rico, pródigo y original, donde la catedral estaba hecha de madera, la aduana de hierro y el muelle de conchas de ostras.....

.....Me desperté al asomar los primeros rayos de un sol purpúreo.

A la orilla derecha del rio, de perezosa corriente y agua salobre y cenagosa, se extiende, brillante y pintoresco, el gran puerto del Ecuador.

Unos cuantos brikbarcas estaban anclados en la rada, y una multitud de goletas airosas, de pesados pataches y de balsas y barcazas enormes en las que habia construidas cabañas, se balanceaba en confusa mezcla á lo largo del muelle.

Piraguas y lanchas cargadas de plátanos recorrian el rio, así como algunos vaporcillos fluviales, especie de balsas de vapor, parecidas á casas de uno ó dos pisos.

Esta animada escena se desarrolla delante de una prolongada fila de casas con pórticos en la planta baja, que sirven de galería ó terradillo á los primeros pisos. Graciosos miradores y elegantes torrecillas interrumpen la gran línea horizontal de los tejados. A un kilómetro de distancia se van escalonando pobladas colinas.

A la izquierda, las Cordilleras de Taura y de Cuenca destacaban sus contornos grises semejantes á nubes vespertinas.

Al norte, en lontananza y á una altura tan grande que no se comprende cómo una montaña puede invadir de tal modo el cielo, descollaba como una pirámide de plata vírgen, sobre un horizonte de azuladas humaredas, la cima nevada del Chimborazo.

Todo este conjunto produce á primera vista una impresion indecible. Aquella hilera de magníficas casas, que tiene más de un kilómetro de longitud, y que está maravillosamente rodeada de una naturaleza grandiosa, es á la verdad única en su género; y el confuso rumor que surge de toda ciudad comercial hace adivinar la actividad intensa de Guayaquil.

El muelle, visto desde la rada, parece un hormiguero.

Los mozos de tez vigorosa, desde el negro hasta el amarillo aceitunado, corren con sus pesadas cargas; los vendedores ambulantes, puestos en cuclillas, venden de todo á todos; los mestizos de las haciendas y de las estancias descargan ó cargan sus canoas y piraguas miéntras que no faltan haraganes que pasan las horas mirando las musarañas.

Media hora despues entraba yo en la ciudad, y al poco rato se me agarró á la garganta una bocanada de pestíferos olores. Los frutos podridos, las carnes y pescados del dia anterior y los guisos de los mozos de cordel saturaban el aire de acres emanaciones. La atmósfera de bazofia de las tabernas y del mercado y el olor especial que despiden los negros, los mestizos y los indios, se mezclaban con los miasmas que el cieno del rio Guayas pasea por delante de la ciudad al subir y bajar con la marea.

La primera impresion que causa la vista de este puerto es tan favorable, imponente y risueña á la vez, que uno se siente penosamente afectado al tener que confesar que lo que era tan hermoso á cien metros sea tan malo de cerca.

Los enojos y el aburrimiento del extranjero que desembarca en Guayaquil empiezan desde el instante en que busca alojamiento. Allí no hay fondas ni hospitalidad, y los habitantes han debido perder las caballerescas y benévolas costumbres españolas, ántes de poder contar con las facilidades que Europa ofrece á los transeuntes. Las casas particulares, en otro tiempo abiertas siempre para el viajero, hoy se le cierran, y no hay más remedio que albergarse en chiribitiles indecentes y conformarse con los servicios de los indios toscos y estúpidos.

De la mala voluntad de estos servidores resulta el mal humor constante del cliente, iba á decir del paciente, que le presenta bajo un aspecto harto sombrío la ciudad y la vida que en ella le espera. Todo contribuye á mantener, y hasta á aumentar este estado de exasperacion.

Por ejemplo, al entrar la primera noche en el bodegon que me habian designado como fonda, estuve á punto de caer de bruces por haber tropezado con unos soldados de policía que roncaban á la sombra de las columnas, al borde de la acera.

Al poco rato, estaba yo sentado ante una mesilla de mi cuarto, ocupado en escribir, cuando cayó sobre la carta una enorme rata, que habia pasado impensadamente por un agujero del lienzo que servia de techo. No se ha dado rata y parisiense que se hayan mirado con más sorpresa que la rata de la fonda Labayen y yo.

Al abrir la mosquitera que rodeaba mi cama, lo primero que ví fué un escorpion que se pavoneaba en mi almohada.

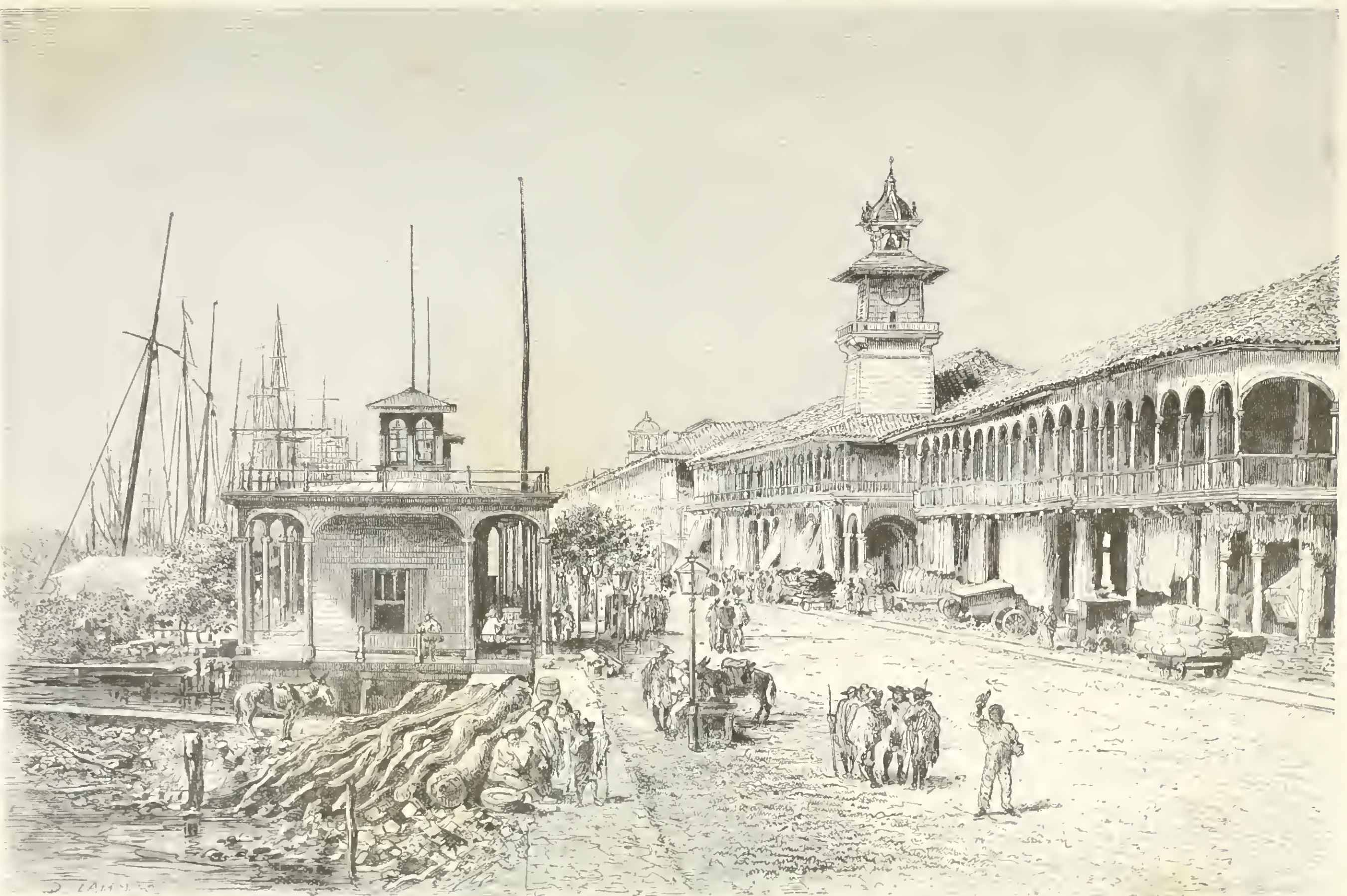
Yo adolezco de la enfermedad de la época: soy coleccionador, por lo cual me he dedicado desde esta misma noche á recoger los animales que encontraba en mi cuarto; pero á los pocos dias he tenido que cesar en tal ejercicio, por comprender que si lo continuaba, pronto seria más rico que el museo de Historia natural de Paris.



Palacio episcopal de Guayaquil

Sin embargo, á las pocas semanas se acostumbra uno á estos detalles de una vida nueva. Ya no causa extrañeza oir por la noche, cuando cesan los rumores de la poblacion, los lejanos bramidos del Cotopaxi y del Sangay, esos grandes volcanes ecuatorianos vecinos á Guayaquil. Cuando se vive algun tiempo en la ciudad no es fácil equivocar el timbre de voz de esos gigantes formidables. Por un fenómeno que me seria difícil explicar, el ruido interno del Cotopaxi se percibe mucho mejor léjos de la montaña que junto á ella. A veces cuando estalla en una de sus furiosas cóleras, parece oirse desde Guayaquil un cañoneo de gruesas piezas de artillería disparado á un kilómetro de la ciudad.

Pero al fin y al cabo se consideran todos estos pequeños inconvenientes como constitutivos del color local, y entónces es cuando se hace posible la vida en este puerto, hasta el punto de que yo mismo he llegado á considerar que el hombre habia interpretado bien su modo de vivir á los 2° 14' de latitud sur y á 72 millas de las corrientes australes y de la fresca brisa del Pacífico.



Muelle de Guayaquil

En los pantanos formados por filtraciones y que constituyen el suelo del que surge el puerto de Guayaquil, no son posibles las construcciones de piedra ó de ladrillo, pues su peso haria que se hundiesen en el terreno. Así es que se vive literalmente sobre balsas sostenidas por estacas que sirven de pilares á las casas.

Los terremotos, que suelen ser bastante prolongados, imprimen á estos edificios oscilaciones que derribarian los de piedra, por sólidos que fueran: en cambio, no producen ningun efecto destructor en esas construcciones que oscilan, crujen y continúan incólumes, como un barco en un mar agitado.

Esas trepidaciones, esas vibraciones causan un efecto de los más raros en las calles y en las aceras de madera, y el recien llegado no acierta á explicarse la sensacion que experimenta. Las armazones son de madera, por lo comun preciosa y siempre sumamente resistentes. Hay monumentos que cuentan más de un siglo de fecha y están hoy tan firmes como el primer dia, Es de tradicion hacer verdaderos palacios imitados á los de piedra, siendo el episcopal uno de los más notables.

Alrededor de todas las manzanas de casas hay pórticos, por los cuales puede circular el transeunte sin sufrir los rayos del sol ó la violencia de la lluvia. Despues de plantar unas cuantas estacas, llamadas en el país *estantes*, con objeto de sostener el techo, se empieza el trabajo por arriba. Se hace el tejado ántes de construir la casa propiamente dicha y sirve á los operarios de quitasol ó de paraguas segun la estacion, bajo cuyo abrigo fabrican las paredes de tablas ó de bambúes. Las casas no tienen ventanas, y sí tan sólo puertas que dan á las azoteas ó galerías que corren á lo largo de las fachadas. A fuer de país cálido, no se usan cristales, cerrándose las aberturas con persianas.

Las calles son rectas; el muelle y la calle del Comercio, próxima á este, constituyen con las calles tercera y cuarta, todas las cuales son paralelas y en direccion de Norte á Sur, el conjunto de la ciudad. Cada una de estas arterias presenta su carácter particular. En el muelle están las tiendas donde se vende al por menor: en realidad, toda la acera consiste en una serie de compartimientos que forman el gran bazar de Guayaquil. En dichas tiendas, que casi no tienen escaparates, se ve la mezcla más heterogénea de toda clase de mercancías, desde las más ordinarias hasta las más finas, desde el percal para la india hasta la tornasolada seda para la dama de elevada posicion, desde la sortija de cobre con un pedazo de cristal, á guisa de diamante, hasta la alhaja más preciosa, y desde la conserva alimenticia hasta el cáliz y la estola.

Así es que los compradores de ambos sexos pertenecen á todas las clases sociales. Junto á la india descalza se ve la dama vestida á la última moda de Paris, con los colores originales que requiere el clima; las mujeres llevan siempre la cabellera suelta, y cuando más se ponen una mantilla de encaje, excepto si van á la iglesia.

Fuera del bazar, acude al mercado una multitud de revendedores indios y mulatos que, acurrucados en la calle, trafican con las gentes del interior.

Al acercarse al muelle no se oye más que sonidos de cadenas, rechinamientos de cábrias, y gritos de marineros y mozos. Los wagoncillos de la aduana, cargados de mercancías y empujados por vigorosos negros, corren por los rails. Es un espectáculo animado y alegre.

En la punta del muelle está la lonja del cacao, donde se cotizan los precios del producto que constituye la riqueza de la ciudad. No es el capricho de los plantadores ni el cálculo de los especuladores los que hacen subir ó bajar dicho artículo, sino en realidad la lluvia y el buen tiempo.

Los productos de las plantaciones, que son en su mayor parte seculares, presentan tal desigualdad que no es posible preverla, habiendo haciendas de cacao que teniendo un año una cosecha abundantísima, no producen casi nada al año siguiente.

Sin embargo, puede decirse que Guayaquil exporta anualmente por término medio unos veinte millones de kilógramos de cacao, de cuya considerable cantidad se toma nota en la pequeña lonja, la cual quizás no tenga ocho metros de largo por seis de ancho, constituyendo todo su mueblaje una mesa vetusta y seis sillas.

Casi todos los grandes exportadores están establecidos en la calle del Comercio.

Aparte del cacao, que se cosecha en la region ribereña del Guayas y de algunos de sus afluentes, se exporta el producto de la palmera de marfil vegetal, que se lleva á Guayaquil desde las regiones del rio Daule y que á veces se carga tambien en los pequeños puertos de Manta y Esmeraldas.

Las cantidades de cautchuc que se encuentran en estas regiones disminuyen de año en año. La *siphonia elastica*, la más preciada de las plantas productoras del cautchuc, ha desaparecido ya de la costa del Pacífico. Habíase recolectado allí la leche de una higuera que se coagulaba y soportaba perfectamente la vulcanizacion. Los negros de Pasto habian descubierto gran número de ejemplares de esta preciosa planta en la region de San Miguel; pero en lugar de hacer incisiones en los árboles, los han cortado á flor de tierra. Han querido hartarse en un dia, y hoy está casi totalmente agotada esta fuente de riqueza.

La exportacion de café y de quina es de poca importancia. Por lo demás, no es el comercio de exportacion lo que da animacion á la ciudad, sino más bien el comercio con el interior.

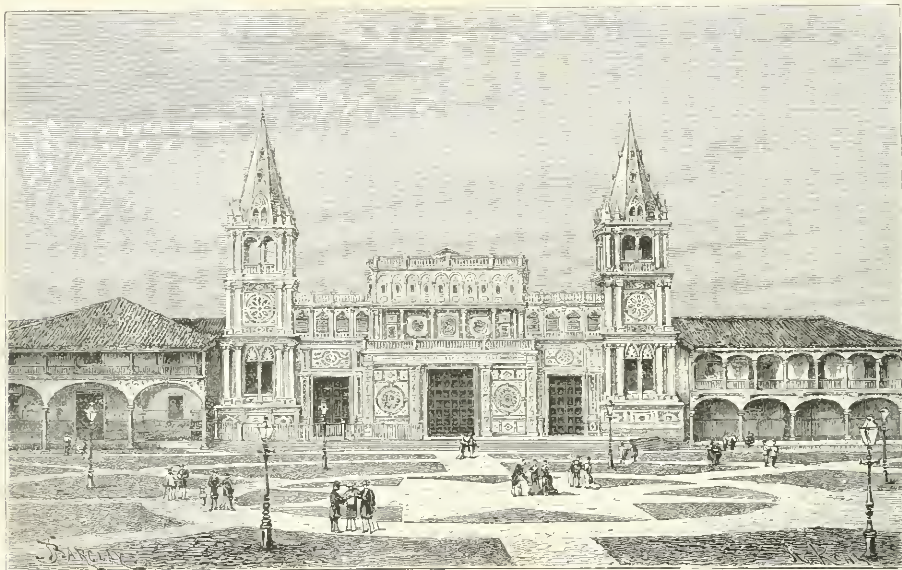
Durante la estacion seca, ó sea desde mayo hasta diciembre, los negociantes de la Cordillera bajan á hacer sus provisiones á Guayaquil, y los vendedores han de embalar todas las mercancías en fardos que tengan cuando más 80 centímetros de largo por 40 de ancho y 30 de grueso. Las cajas que contienen artículos de Europa van envueltas en hojas impermeables y metidas en sacos de lona. Acondicionados de esta suerte los bultos destinados á la Entre-Cordillera, se conducen por el rio al puerto más próximo y allí se cargan en mulas. Las operaciones de embalaje se efectúan en medio de la calle, delante de los almacenes, dando á la ciudad un aspecto de mudanza perpetua acompañado de un ruido insoportable.

Cuando empiezan las lluvias, vuelve á reinar el silencio en la ciudad: los bazares, poco ántes tan animados, se quedan desiertos; allí se bosteza, se rie, se ocupan del prójimo para murmurar de él, de la gente para obtener créditos y del porvenir para descontarlo.

Como los extranjeros, lo propio que los hijos del país, convienen en que Guayaquil no es ciudad á propósito para divertirse ó distraerse, la mayor parte de los jóvenes pasan la vida, desde los doce ó catorce años, detrás del mostrador midiendo madapolam, vendiendo al por menor y sonriendo á todo el mundo, oficio que permite hacer fortuna muy pronto. Dadas

estas condiciones, forzosamente ha de ser incompleta la instruccion de la juventud, pues tampoco la ciudad le depara medios de llenar los vacíos de su educacion intelectual.

En Guayaquil no hay museo ni escuela de enseñanza superior; allí no se conoce ni el gran arte de los pasados siglos, ni el movimiento artístico de la época actual. La censura ha impedido por espacio de tanto tiempo que penetrara el libro en el país, que, por decirlo así, se ha olvidado el uso que puede hacerse de él.



Fachada de la catedral de Guayaquil

Las compañías dramáticas ó líricas que de vez en cuando vienen á este puerto no pueden contar con un público numeroso. Hubo que suspender la primera representacion á que yo quise asistir porque en todo el dia no se habian vendido más que cuatro localidades.

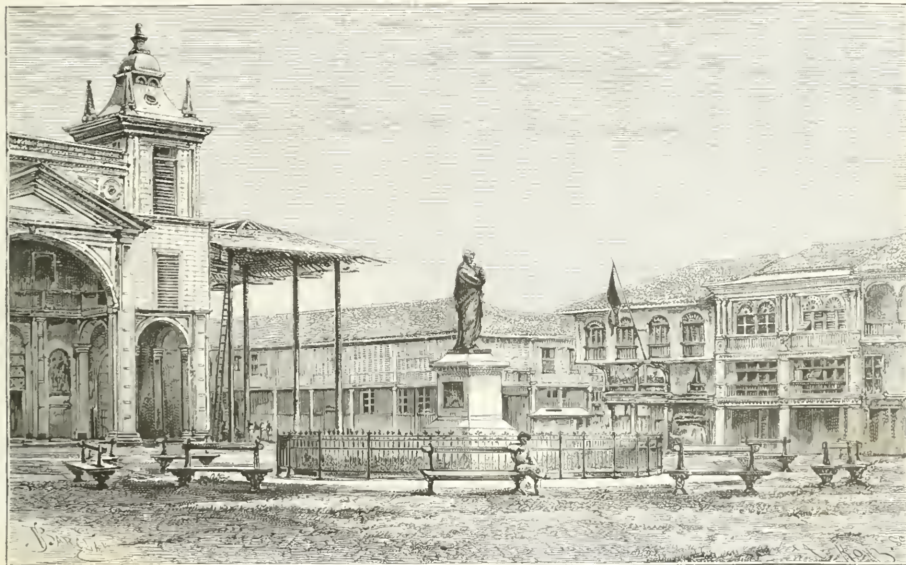
Estas circunstancias explican y justifican el carácter particular de la juventud dorada de la poblacion: tiene el espíritu mercantil bastante desarrollado y lúcido; pero la imaginacion poco activa; los dandys se reunen en horas determinadas en una peluquería. Allí se perora con mucha formalidad, se embriagan con discursos, y el clásico Fígaro, sin dejar de afeitar ó de cortar el pelo, imprime un giro especial á aquellas discusiones sin objeto, emitiendo su dictámen sobre los acontecimientos del dia y sobre la política general.

. . . .

Miéntras en la planta baja se trafica para ganar el vil metal, en el primer piso vive la familia. Las habitaciones están amuebladas con decencia y aseo. A causa de los fuertes calores, las mujeres usan vestidos blancos, largas batas de gasa ó muselina, cayendo sobre sus espaldas las magníficas trenzas de sus negros cabellos. Llaman desde luégo la atencion por la nobleza y sencillez de su porte, y por su perfecta serenidad mezclada con un si es no es de malicia que no desagrada.

Es difícil trazar caractéres generales cuando de mujeres se habla. ¡Se parecen tan poco unas á otras! ¡Se parecen tan poco á sí mismas de un dia á otro!

Sin embargo, he tenido ocasion de observar que en cuanto á sentimientos, ideas y otros conceptos, eran las de Guayaquil muy superiores á sus dueños y señores. Leen, se entusiasman por una idea; su gracia y donaire van unidos á su alegría natural; hay entre ellas muchos tipos lindos y algunas verdaderamente hermosas. Las damas guayaquileñas forman una raza aparte en la América del Sur: cuando depositan su amor en un jóven esperan que el elegido de su corazon adquiera una posicion, importándoles poco que tarde cinco, seis ó diez años.



Plaza de San Francisco en Guayaquil

No se manifiestan deseosas de salir del círculo original que las rodea, y creo efectivamente que perderian dándose á conocer fuera de él. Suelen recibir las visitas sin dejar la hamaca en que se mecen con mucha gracia: es un medio de tener ménos calor, de precaverse de los mosquitos y de enseñar la punta de su brevísimo pié. Durante la conversacion, la mujer sirve de abanico á su interlocutor. Empieza el dia yendo á la misa de alba, lo cual es para ella, que casi nunca sale de casa, la satisfaccion de una necesidad del alma á la vez que un ejercicio higiénico.

En la iglesia de Jesuitas se reune todo Guayaquil durante los ejercicios religiosos. Aquellas pinturas alegres, los dorados y adornos, las mujeres cubiertas con su negro manto y sentadas en el suelo, el silencio sepulcral que allí reina interrumpido de vez en cuando por la voz del sacerdote, todo en fin produce un efecto extraño.

Media un contraste tan chocante entre la naturaleza ecuatorial, entre la atmósfera generosa de los países del sol, entre la poderosa savia que anima al mundo vegetal, y ese continente

monacal, esa actitud fúnebre, que no se puede ménos de sentir cierto malestar inconsciente. Al extranjero le parece tanto más rara la reposada actitud de los fieles en la iglesia, cuanto que el estilo de la mayor parte de los monumentos religiosos de Guayaquil no convida en modo alguno al recogimiento. Son grandes edificios de madera pintada; sus arquitectos han pretendido copiar las iglesias españolas del siglo XVI, y sólo han conseguido imitar las formas pesadas de aquella época añadiéndoles los tonos chillones de una pintura indiscreta.

Por ejemplo, la fachada de la catedral tiene una porcion de nichos, cornisas, galerías y columnitas figuradas en pintura, así como las sombras proyectadas por estos ornamentos arquitectónicos; pero estas sombras están la mayor parte del tiempo en oposicion con las que proyectan en realidad las torres, el edificio mismo, los árboles y las casas de la explanada en que dicha iglesia se eleva. El efecto producido por este procedimiento es de los ménos artísticos y recuerda el cuento del hombre que iba en busca de su sombra.

El convento de Franciscanos, poco interesante en cuanto á su arquitectura, está situado en una plaza muy hermosa. La magnífica estatua del presidente Rocafuerte, obra del escultor Amado Millet, descuella en un florido jardinillo en el centro de la plaza de San Francisco y enfrente de la puerta del templo. El célebre legislador ecuatoriano, representado en actitud meditabunda y envuelto en un manto, ha inspirado á un buen negro de Guayaquil esta sola observacion: «Ese señor tan alto debe tener mucho calor.»

Cuando se penetra en los santuarios de este puerto, llama desde luégo la atencion el modo cómo reciben la luz. Sus pesadas columnas sostienen una techumbre al parecer muy ligera, cuyos caballetes están por lo general descubiertos. El techo, que casi siempre es aplanado, descansa sobre los capiteles. Algunas aberturas practicadas debajo del techo ó las claraboyas construidas en él, dan paso á una claridad que ilumina las naves sin que nada la modere. Los vivos colores del altar, los santos vestidos de seda y de brocado, el jaspeado de las columnas y paredes no presentan esas medias tintas que tanto realce dan á los objetos de arte de mediano valor.

La salida de la iglesia es pintoresca. Las señoras echan atrás los mantos con que se cubrian la cabeza y ostentan sus lindos rostros; pasan entre dos filas de dandys, que parecen comérselas con los ojos, y van repartiendo limosnas á los mendigos de todo sexo y edad que se agolpan en el pórtico. Digamos de paso que Guayaquil es una verdadera Corte de los milagros, sobre todo los sábados y las vísperas de los dias de fiesta Los ciegos, los paralíticos, y todos los impedidos rodean las casas; cada familia tiene su clientela, y las mujeres cumplen con conmovedora gracia el deber de dar de comer al hambriento. A las seis de la tarde aquellos séres miserables vuelven á sus albergues con las alforjas repletas, murmurando oraciones que, en su concepto, son la remuneracion que el mendigo «favorecido por el protector,» *debe* por la limosna recibida.

Cuando suena el toque de oraciones, las calles se animan de nuevo, y las familias suelen ir al muelle para tomar el fresco. Como todo el mundo se conoce, todos se saludan y se hablan, y aquel espacioso paseo en el que durante el dia la vida es tan febril y agitada, cambia de aspecto durante la noche, siendo el punto de reunion de la sociedad elegante. El calor obliga á los

paseantes á andar despacio, de suerte que su porte es un tanto indolente, contrastando con la vivacidad de sus grandes ojos brillantes y negros. Se pasea muy poco en coche; y cuando llueve, está prohibida la circulacion de carruajes, porque el ayuntamiento teme que «estropeen las calles.» He oido al pregonero anunciando esta órden de los ediles á són de tambor en todas las esquinas.

Durante la estacion húmeda llueve dia y noche, y la atmósfera es tan sofocante, que muchas familias se refugian en la isla de la Puna, que está á la desembocadura del rio Guayas, ó en sus quintas de las cercanías de Guayaquil.

En invierno hay tantos mosquitos que no se creeria á no verlo. Los aguadores y vendedores ambulantes de carnes, que se sirven de jumentos para que lleven sus mercancías, les envuelven en una especie de calzones las patas delanteras y á veces tambien las traseras para preservarlos de las picaduras de tan molestos insectos. Esto será muy práctico sin duda, pero no puede uno ménos de sonreirse al ver que dichos cuadrúpedos gastan una prenda de que las más veces carece su conductor.

El cincuenta por ciento de los jornaleros, criados y artesanos, que han nacido y crecido en tiempo de las dictaduras de García Moreno, saben leer y escribir, á pesar de lo cual ni son más inteligentes, ni más hábiles ni más dichosos que sus congéneres ignorantes. La instruccion pública en este país adolece de un vicio particular; aquí no se desarrolla en modo alguno la inteligencia del niño, sino únicamente su memoria: es poco más ó ménos la escuela europea del siglo XVI, en la que se descomponia geométricamente el pensamiento y en la que se perdia el tiempo tan lastimosamente. Con todo, esto no impedia que los hombres de verdadero talento le dieran rienda suelta despues de salir definitivamente de las aulas; esto no impedia á nadie llegar á ser grande hombre, y quizás la escuela primaria del Ecuador llegue algun dia á producir personajes notables.

Pláceme citar con este motivo un ejemplo de desinterés y de amor patrio, sugerido por las mismas reflexiones que me habian inspirado mis visitas á las escuelas de Guayaquil. Un jóven de excelente familia, D. Modesto Sanchez, educado en Europa, se sintió tristemente afectado, al regresar á Guayaquil, de la ignorancia del pueblo; consagró su tiempo y su fortuna á la instruccion popular, y él, jóven, arrogante, que habia figurado mucho en Paris por las mañanas en los bancos de la Escuela de Derecho, por las tardes en la pista del bosque de Boulogne y por las noches en los teatros y salones, se hizo maestro de escuela á su regreso á su ciudad natal. Fundó una sociedad titulada Sociedad Filantrópica; arastró en este movimiento progresivo lo más escogido de sus compatriotas, compró una casa, tomó á sueldo profesores excelentes, y abrió cátedras gratuitas bajo su direccion; donde muy en breve un millar de niños pobres recibió una instruccion normal. En las horas que le quedaban libres, dió lecciones de historia y de arte á las jóvenes, las cuales estaban muy creidas de que en los tiempos antiguos no habia habido más que personajes bíblicos, evangélicos, canonizados ó beatificados. Fundó un periódico semanal llamado *El Pueblo*, en el cual publicó una especie de manual para los artesanos, consignando en él los progresos realizados en todos los oficios. El doctor César Borja, uno de los mejores prácticos de la ciudad, explicó un curso elemental de higiene,

seguido de un estudio esencialmente práctico sobre la fiebre amarilla, dando consejos excelentes, no sólo al pueblo, sino tambien á cuantos estaban expuestos, á causa de su residencia en Guayaquil, á los ataques de tan terrible azote. Aquel periódico, en el cual jamás se trató de política, llegó á ser en cierto modo el órgano de la clase media.

Por desgracia los demás periódicos, dedicados á sostener polémicas sin tregua ni descanso, fueron causa de que esta sociedad se dividiera hasta lo infinito, creando enemistades íntimas, y proclamando su sistema político y sus ideas de reforma como la panacea que habia de curar todos los males del pueblo. Así fué cómo una competencia político-social esterilizaba toda accion seria, todo movimiento de conjunto, todo impulso útil. Sin embargo, un peligro comun, permanente, habia creado una especie de confederacion entre todas las clases de la poblacion. Este peligro es el incendio: la confederacion, el cuerpo de bomberos.

Como en todas las ciudades cuyas casas son de madera, pende sobre Guayaquil la perpetua amenaza de su destruccion casi instántanea; las Compañías de seguros, aleccionadas por la frecuencia de los siniestros, han acabado por exigir tan enormes primas, que el comerciante ó el propietario no pueden recurrir á ellas. A medida que la ciudad antigua ha ido quedando destruida, se han ensanchado las calles y reducido las manzanas.

Hase conseguido del gobierno que exima del servicio militar á cuantos se inscribieran en el cuerpo de bomberos; y no ha sido menester más para que se alisten en estas compañías todos los hombres útiles de la ciudad. Este cuerpo está hoy tan bien organizado, que á los diez minutos de estallar un incendio, veinte mangas de agua combaten las llamas. En cada esquina, es decir, de cincuenta en cincuenta metros, hay campanas de alarma. A la primera señal, que se reproduce inmediatamente en toda la poblacion, los bomberos, que en su mayoría son obreros, mozos ó artesanos, dejan su trabajo y corren al sitio en que está su bomba; los bomberos de guardia la sacan del cuartelillo, y una campana, sujeta con un muelle al vehículo, llama con sus continuas vibraciones á los rezagados.

Al punto se observa en la ciudad un rumor insólito; á las campanadas de alarma se une el toque de rebato; cesa instantáneamente la actividad comercial y todo el mundo acude al fuego, porque todo el mundo está amenazado en su fortuna. Las maderas, resecas por efecto de los calores ecuatoriales y los tabiques de bambú que arden como yesca, producen un foco incandescente de pujanza inaudita. Las materias inflamadas, arrastradas por la corriente de aire que crea la inmensa hoguera, se lanzan al espacio como cohetes y amenazan difundir por todas partes el incendio.

Los zapadores, que son los carpinteros constructores de casas, penetran con audacia y sangre fria incomparables en los sitios de más peligro; derriban y desmontan los edificios, y practican una abertura de diez ó doce metros de largo con tal rapidez que parece milagrosa. Los jóvenes pertenecientes á las mejores familias de la poblacion constituyen un cuerpo de seguridad pública, y cuando hay algun incendio, forman un cuadro en medio del cual se depositan todos los objetos sacados de las casas ó habitaciones amenazadas, poniendo así la propiedad de los inquilinos á cubierto de los que en otro tiempo tenian la costumbre de «trabajar» por cuenta propia durante estos siniestros.

La aficion exagerada al uniforme, á la vida de cuartel y al aguardiente han echado á perder hasta hoy á los hijos de las clases pobres de esta ciudad en el momento de hacerse hombres, de suerte que lo mejor es no observar de cerca al pueblo bajo, el cual se compone principalmente de padres que no reconocen á sus hijos y de hijos que no conocen á sus padres. ¿Qué hay de extraño pues en que estos expósitos sean con el tiempo unos hombres perdidos?

No nos proponemos criticar en modo alguno un estado de cosas más fácil de observar que de cambiar, limitándonos á consignarlo con verdadero sentimiento, porque siempre es triste ver razas humanas que se condenan á la esterilidad.

Los chinos, aunque son en corto número en Guayaquil, representan ya el elemento calculador en medio de las existencias sin objeto de los mestizos. ¿Con qué capital empiezan esos traficantes extraordinarios cuyos procedimientos comerciales nadie conoce, pero que resuelven donde quiera que se presentan el problema de atraer á sí el dinero por medios que se reconocen como legales? Son la admiracion de las sociedades entre las cuales se implantan, á causa de su desarrollo económico tan silencioso y rápido como el crecimiento de los árboles de los trópicos. Debemos añadir que estas máquinas humanas tienen tambien sus vicios; á imitacion de los indígenas, los chinos se envenenan á su gusto; sólo que prefieren la embriaguez sosegada, el anonadamiento causado por el opio, á la bulliciosa borrachera del indio y del negro.

Para saber lo que la gente del pueblo de Guayaquil considera como diversiones, no hay más que pasar por las dos últimas calles de la ciudad donde abundan las tabernas. Toda fiesta y hasta todo duelo sirve de pretexto para orgías en que el hijo del pueblo malgasta su dinero y contribuye poderosamente á menoscabar su salud, comprometida ya gravemente por el clima. Estos excesos explican las fiebres frecuentemente epidémicas que diezman la poblacion. El vómito negro empieza siempre por las clases bajas y pasa rápidamente á las elevadas; entónces causa numerosas víctimas en las casas mejor ventiladas, rompiendo los lazos de la familia con una brutalidad, con una instantaneidad fulminante. Las condiciones climatológicas privan á estas defunciones de la poesía imponente que el respeto á los muertos les ha conservado en Europa. Aquí se da sepultura á los cadáveres cuando aún están calientes.

Por razones de higiene, los féretros no entran casi nunca en la iglesia y á pesar del gran número de clérigos, los entierros son tantos que estos no pueden acompañar á los difuntos hasta el Campo santo. Los coches fúnebres atraviesan toda la ciudad entre dos largas filas de obreros descalzos, que usan por todo traje una camisa y un pantalon, llevando cada uno de ellos una linterna encendida. El efecto de esta capilla ardiente que marcha con gran pausa por las calles, es extraño, pero nada fúnebre.

Los vínculos de parentesco que unen á la mayoría de las familias como las mallas de una sola red, el número crecido de hijos por un lado, y por otro la gran mortalidad que reina en este puerto, le dan un carácter que con dificultad se advertiria en otra parte. Casi todas las personas llevan siempre luto por algun pariente. Las costumbres locales exigen que, no tan sólo los habitantes, sino tambien los edificios se pongan de luto. Segun el grado de parentesco, las cortinas de persianas de las casas donde ha ocurrido una defuncion permanecen echadas por

espacio de cinco ó seis meses, y á veces hasta un año. Estas cortinas ocupan la fachada entera, estando separadas únicamente por delgadas columnas de madera.

El cementerio de la ciudad está situado á unos dos kilómetros al norte de la cuarta calle y adosado á las colinas llamadas Las Peñas. En Guayaquil se conserva la costumbre de sepultar los muertos en nichos, el *columbarium* romano. Esos grandes muros que se escalonan en una suave pendiente, las pequeñas bóvedas sombrías que interrumpen la monotonía de este mausoleo comunal, producen un efecto absolutamente grandioso. Ví por primera vez este cementerio en una hermosa noche de luna: sus paredes parecian más blancas y los nichos más negros. El cuadro de verdura, el bosquecillo que cubre las peñas, difundia sus sombras fantásticas sobre tan singular escena: aquello parecia una infinidad de cráneos inmensos, con sus negras órbitas, alineados en la montaña.

He ido á este cementerio con frecuencia, acompañando los cadáveres de muchos compatriotas, de muchos amigos, y las víctimas fueron tan numerosas durante la epidemia de fiebre amarilla que asoló á Guayaquil á fines de 1881, que me admiraba el dia en que por casualidad no tenia que dar un triste paseo á tan lúgubre morada. El guardian del cementerio no dejaba jamás de decirme, cuando me veia salir de sus dominios, y con una sonrisa á la que procuraba dar un tinte agradable y que á mí me parecia repulsiva: «¡Hasta la vista!» Y en efecto, me ha visto muchas veces, pero afortunadamente para mí, siempre he ido por cuenta de otro y no como «inquilino perpetuo» de aquel excelente negro.

El camino del cementerio se reune, á un kilómetro al Oeste, con el de la tranvía que va desde la ciudad á un brazo del Pacífico llamado el «Salado.» En este sitio encantador, en medio de una vegetacion soberbia, se toman baños de mar, casi á veinte leguas de la verdadera orilla del Océano.

A pocas millas de allí y en los canales sembrados de islotes de flores, se entretienen los habitantes en surcar en piraguas el espejo de color verde esmeralda de aquellas mansas aguas, subiendo y bajando con el movimiento de la marea, y dedicándose al ejercicio más raro que pueda imaginarse: la caza, ó mejor dicho, la recoleccion de ostras, las cuales cogen en los árboles.

Las mangles que abundan en aquellos terrenos palúdicos están en parte debajo del agua, durante la pleamar, y en seco con la marea baja. Durante el movimiento ascendente de las aguas, estas depositan la freza de la ostra en las ramas, en el tronco ó en las raíces de los mangles. A cada marea, el agua lleva, por decirlo así, el alimento á esos «hijos de las amargas ondas» y de este modo se desarrollan las ostras, y se las puede coger en disposicion de comerlas.

Por espacio de mucho tiempo ha sido la ostra el principal sustento de los pueblos ribereños del Guayas. Con sus conchas se ha llegado á consolidar una gran parte del terreno en que la ciudad se asienta; pero los cargamentos de ostras enviadas al Perú y hasta á Chile han hecho desaparecer los principales bancos conocidos. Con su desaparicion cesó forzosamente este renglon de industria para los pescadores que á él se dedicaban; los bancos se han poblado de nuevo y de un año á esta parte se ha podido reanudar la explotacion con resultado satisfactorio.

Sin embargo, las gentes del pueblo han perdido la costumbre de alimentarse de ostras, y como las condiciones económicas van mejorando, empieza á formar parte de la alimentacion

de las clases bajas la carne en proporciones bastante regulares. La comida usual de los indígenas de la costa ecuatoriana no es ménos deplorable. No recuerdo haber visto comer verduras en este país de tan asombrosa fertilidad. El que éntre en los caseríos ó en las granjas de las cercanías de Guayaquil se quedará maravillado ante la exuberante vegetacion que lo cubre todo con su frondosidad. El hombre no necesita desarrollar la incomprensible fecundidad de este suelo; su trabajo consiste en combatirla por todos los medios. En las plazas, en las calles de los pueblos de esta zona, las malas yerbas crecen espesas y vigorosas á pesar de arrancarlas de contínuo, y á menudo no queda más que un angosto sendero de una casa á otra ó de la puerta de las casas á la de la iglesia. Los plátanos y palmeras forman bosquecillos frondosos en torno de las viviendas, habiendo algunos lugares, como Santa Rosa y la mayor parte de los puertecillos de la costa, que parecen surgir de la selva. Los penachos de las palmeras y de los plátanos dan, á pesar de su monotonía, un carácter típico al paisaje ecuatorial de las tierras bajas.

A veces, cuando el contorno del paisaje carece de este elemento, su aspecto es casi europeo y reproduce la amenidad particular de nuestras campiñas. En las cercanías de Mapasinghi, junto al rio Daule, que desemboca en el Guayas 500 metros más arriba de la ciudad, hay muchas granjas cuyas casas-viviendas están situadas cerca de la orilla. Al pasar por delante de esas pacíficas moradas, al ver la luz del sol poniente tamizada por árboles soberbios, al oir los cantos monótonos de los obreros, podria uno creerse en el mediodía de Europa; pero los rostros negros de algunos remeros y las piraguas cargadas de plátanos recuerdan la realidad del país tropical con sus esplendores y miserias.

Esta contradiccion parece al pronto extraña é inexplicable. Los alrededores de Guayaquil son de gran riqueza: allí se coge todo el cacao que se exporta del Ecuador. Hay leguas cuadradas enteras ocupadas por inmensas selvas de este árbol. Estos hermosos vegetales de follaje negruzco, cuyas copas se juntan y confunden, forman á cuatro ó cinco metros de altura una techumbre casi impenetrable á los rayos del sol; pero esta sombra impide que los árboles de cacao den más productos. Diez de los de Guayaquil no producen por término medio tanto como uno de Venezuela. Desde tiempo inmemorial existe la costumbre de plantar de dos á cuatro cacaos juntos. Este método seria bueno si al llegar la época oportuna se conservara sólo el más vigoroso; pero se conservan todos los troncos con el nombre de mata, y como los dos metros cuadrados que ocupa cada mata no bastan para alimentar dichos árboles, resulta de aquí la produccion relativamente escasa de estas plantaciones.

Segun la costumbre del país, un hombre entendido se encarga de plantar el cacao. Se le asigna una porcion de terreno, que ha de roturar, limpiar y sembrar, y durante los diez años que tardan en desarrollarse los árboles, se le considera como propietario del terreno que ha cultivado, perteneciéndole las dos primeras cosechas de cacao. En el momento de entregar las plantaciones al arrendador, percibe una peseta por mata. Cuando se vende una hacienda de cacao, se cuenta generalmente un duro por mata, sin más aumento por las casas y el terreno.

Los cacaos forman tres coronas que se atrofian sucesivamente, no subsistiendo más que la superior. Las flores masculinas y femeninas brotan en el tronco unas veces, y otras en las

ramas, desde la tierra hasta la copa. En un mismo árbol se puede ver al mismo tiempo la flor naciente, la vaina verde y el fruto dorado y maduro.

Hácese la recoleccion con largas varas ó pértigas, que llevan atado á su punta un cuchillo trasversal con el filo vuelto hácia arriba. Los indios derriban el fruto dando un golpe seco con mucha habilidad en su corto tallo: varios niños provistos de sacos lo recogen y lo llevan á las mujeres, que en seguida sacan la simiente y tiran la vaina. Al dia siguiente se extiende el cacao en grandes secaderos de bambú, procurando preservarlo de la humedad, pues pierde mucho de su valor si no conserva su color natural ó si la lluvia le mancha y ennegrece.



Aldea de Santa Rosa

En cada hacienda hay cierto número de jornaleros casados, que tienen su casa y su huertecito en los terrenos de la hacienda: estos jornaleros ganan tres pesetas diarias, las mujeres, dos, y los niños de ocho á catorce años, una.

He pasado unos cuantos dias en la granja de *Juana de oro*, propiedad de M. Williams Higgins, y he visto que los trabajadores llevaban allí una vida, por decirlo así, patriarcal. Trabajan solamente ocho horas diarias, pudiendo estar siempre á la sombra: los domingos y dias festivos huelgan. El clima es sano, y á no ser por el aguardiente y las revoluciones podrian ser verdaderamente dichosos. Pero no parece sino que es forzoso que el negro beba; cuando ha bebido, saca la navaja y será capaz de matar á su mujer y á su hijo, arrepintiéndose despues

de cometido el crímen. Rara es la mujer de estos obreros que no ostenta una ancha cicatriz recuerdo de alguna orgía sangrienta.

Aun en estas clases bajas, la mujer es muy superior á su compañero. Cuando este huye á consecuencia de un crímen ó un delito; cuando por cualquier pretexto abandona á la madre de sus hijos, ella guarda, mantiene y educa su familia.

Los hacendados suelen tener un almacen en la finca, donde venden de todo cuanto pueden necesitar los trabajadores. De este modo cada plantacion se basta á sí misma, siendo un pequeño Estado en el que se trabaja, del que se exportan productos naturales y en el que se importan artículos manufacturados. La Iglesia es allí independiente del gobierno local.

El mayor enemigo del hacendado, es decir, de la produccion y por consiguiente de la riqueza del país, es el motin, el pronunciamiento, la revolucion. Apénas estalla una sublevacion, acuden los insurrectos á las haciendas y se llevan á la fuerza á los trabajadores para convertirlos en sublevados, y ¡adios cosecha!

Añadiremos algunas palabras acerca de una supuesta industria de la ciudad de Guayaquil, la de los sombreros llamados de Panamá.

Si es cierto que jamás se han fabricado sombreros en la gran ciudad del istmo americano, tambien lo es que en el puerto ecuatoriano nunca se ha tejido la paja. Guayaquil y Panamá no son más que los depósitos de un artículo que va desapareciendo progresivamente del mercado.

Las «manufacturas» de estos sombreros están en la costa norte del Ecuador, y especialmente en Monte-Christi y Jipijapa. En cada cabaña de estos pueblos se ve un hombre, una mujer, una jóven y á veces un niño ocupados en esta tarea. Los tejedores de paja trabajan acurrucados en una postura que debe fatigar mucho los pulmones: tienen la *forma* sujeta entre las piernas, y las pajas, semejantes á un haz de oro, sobre las rodillas. Estas pajas proceden de una palma silvestre de dos ó tres metros de altura. Sin embargo, los habitantes han rodeado los campos de plantaciones de este árbol llamado en el país *bubonaje* ó *toquilla*. Las hojas de la palma silvestre tienen de 50 á 60 centímetros de longitud; las de la cultivada hasta un metro.

La «paja» se prepara del modo siguiente: Se cortan las hojas ántes que se abran; se les arranca la envolvente que no es útil y se descubre la hoja propiamente dicha, plegada á modo de abanico cerrado; es amarilla en el centro y verde en los bordes. Aplícanse las puntas de un compás sobre estas hojas y se separa la parte de en medio de las fibras laterales que se arrancan una á una. Segun la abertura del compás resultan *pajas* más ó ménos finas parecidas á cintas. Fórmanse con ellas paquetes, se los cuece por espacio de dos horas en vasijas de arcilla y en seguida se los pone á secar al sol. Cada hoja de palma da de 40 á 50 «pajas» por término medio; diez y seis hojas, ó sea de 600 á 800 pajas, bastan para hacer un sombrero. La preparacion de esta cantidad de primera materia se paga á razon de media peseta.

Los sombreros de inferior calidad valen de cinco á seis pesetas: para hacer uno, los tejedores necesitan casi una semana, y por consiguiente ganan todo lo más una peseta diaria. El trabajo de los sombreros finos está mejor pagado: un obrero hábil puede ganar hasta cinco ó seis pesetas en doce horas.

Cuando el sombrero ha quedado concluido, se le blanquea exponiéndole á una corriente de vapores sulfurosos. Hay tejidos de *paja toquilla*, por los que se pagan doscientos ó trescientos pesos. Los sombreros que se remiten por lo regular á Guayaquil valen de setenta á cien pesetas.

. . . .

Y ahora que hemos recorrido el muelle y las calles, los almacenes y las habitaciones, las iglesias y las escuelas, el campo y las haciendas, terminemos diciendo algo acerca del comercio europeo con este puerto.

Como el Ecuador no es un país industrial, recibe de fuera todos los artículos manufacturados. Además, Guayaquil, que es el depósito general de la nacion, ha aprendido en su contacto continuo con el extranjero á conocer esas superfluidades indispensables de la vida moderna, y ha llevado el contagio al interior del país. Los comerciantes venden vinos, cervezas, licores y aceites de Europa. Allí gustan mucho las conservas de animales del antiguo continente, se viste y se calza con artículos europeos, de suerte que há ya largo tiempo que están parados los telares de las tejedoras indias. Es imposible, dada la brevedad de estas notas, enumerar la lista de los objetos que se importan en un país donde no se fabrica un pliego de papel, ni un metro de tela, ni una herramienta, ni un clavo. Solamente haremos una reflexion sobre las importaciones, la cual merece que la tome en consideracion la industria y el comercio francés. Nuestra patria está muy léjos de llevarse la palma en esta region, en la competencia comercial universal. Para convencerse de ello basta, no mirar las etiquetas en las cuales imprimen los negociantes lo que quieren, sino ver las facturas de Europa. Examinando estos documentos sabremos que en Hamburgo se imitan los vinos y coñacs franceses; que las sederías de Lyon vienen de Italia; las bujías francesas, de Holanda; las puntas de Paris, las escopetas y revolvers Lefaucheux y las provisiones de caza, de Bélgica; los paños de Sedan, de Austria; los papeles pintados, de Inglaterra; los fósforos, de Italia, etc., etc.

En esta nomenclatura omitimos las especialidades de algunas naciones extranjeras, como los percales, las cretonas y los madapolanes que producen las fábricas del Reino Unido; la cuchillería y las hachas que llevan marcas norte-americanas; los muebles que Austria envia á América, y las cervezas que Inglaterra y Alemania expiden á todos los mercados del mundo.

Aún se presentan hoy en este mercado todos los artículos susodichos con etiquetas francesas, gracias al nombre de que gozan nuestros productos manufacturados. En cierto modo es una especie de falsificacion; pero como muchos de ellos no son malos, es de temer que los comerciantes de Guayaquil, teniendo segura la venta, no vean ya razon alguna para ocultar el orígen de sus mercancías con daño de la industria francesa.

Estas observaciones sobre Guayaquil, estas apreciaciones sobre su porvenir, estas consideraciones sobre la mision de nuestro país en este puerto me las han sugerido las dos veces que he estado en él, la primera durante un mes en 1880 y la segunda por espacio de un año de 1882 á 1883. Despues del primer mes de residencia, salí de Guayaquil para hacer un largo viaje por el interior de las tierras, llevando la mision de estudiar las vías comerciales naturales

que están próximas á los grandes centros de consumo situados en las saludables regiones de la alta Entre-Cordillera.

La mayor parte del millon de habitantes que puebla la República del Ecuador vive en ciudades y en aldeas situadas á altitudes de 2,500 metros, y hoy Guayaquil es el único puerto de depósito del país entero. Entre este depósito y la capital median casi 400 kilómetros de distancia. Unicamente las acémilas pueden andar por los escabrosos senderos que van de la costa á las altas mesetas, y este medio de locomocion resulta tan caro que los gastos de trasporte quintuplican á menudo el precio de las mercancías importadas. El trayecto de cien leguas entre el punto de desembarque y la capital viene á ser 500 por 100 más caro que el de dos mil leguas por la vía de Panamá.

El problema que me habia propuesto consistia en indicar á los exportadores franceses un punto más inmediato á los centros consumidores de la república ecuatoriana de lo que lo está la ciudad de Guayaquil, y facilitarles así el acceso á un mercado de bastante importancia. Partíme pues á la ciudad de Quito, desde la cual emprendí exploraciones al oeste, donde la costa del Pacífico está bajo la misma línea equinoccial, muy inmediata á la capital, y luégo al este, donde las embarcaciones de regular tonelaje pueden remontar los caudalosos afluentes del Amazonas y llegar á corta distancia de las mesetas de la Cordillera.

II

DE QUITO Á ARCHIDONA

La única carretera del Ecuador tiene unas veinte leguas de longitud, y va de Quito á Ambatos; las demás poblaciones del país están enlazadas entre sí por los tristes senderos que corren á lo largo de las faldas de las montañas y que se encaraman, rígidos y ásperos, en direccion de los puertos para bajar de nuevo al fondo de las gargantas.

Por lo que hace á los caminos de tercera categoría, se les llama sendas por eufemismo; en realidad, hay que hacer tanto uso de las manos como de los piés para trepar por esas empinadas cuestas en que el viajero tiene que izarse agarrándose á los matorrales que arraigan en las paredes de rocas, tan numerosas en las estribaciones orientales de los Andes ecuatoriales.

Los caminos entre Quito y las diferentes misiones apostólicas, establecidas en las cálidas llanuras del Ecuador, pertenecen á este género de senderos más ó ménos practicables. Las dificultades que el viajero ha de vencer para recorrerlos, y las forzosas demoras en la marcha hacen suponer que las distancias de la capital al pié de las Cordilleras son muy grandes. Mi mision tenia por objeto comprobar los datos corrientes, rectificar las sucintas valuaciones á las que se ha dado crédito para trazar las cartas más ó ménos caprichosas de esta zona.

Yo estaba especialmente encargado de estudiar la comarca comprendida entre Quito y el último punto navegable del Napo.

Mi residencia en las altas mesetas me habia hecho comprender que el estudio de una sola línea entre las regiones centrales y orientales de este país no podia proporcionar más que elementos muy insuficientes para la solucion del problema económico que me habia propuesto.

Por mis conversaciones con el P. Menten, director del observatorio de Quito, supe, con referencia á los exploradores de bosques, únicos que conocen el Oriente de la República, que los rios Pastaza, Morona y Santiago parecen navegables, á lo ménos como lo es el Napo.

Para resolver por completo la cuestion que motivaba mi viaje, habria sido menester estudiar los rios de la llanura ecuatoriana y la region de colinas escalonadas por las cuales bajan los torrentes de las Cordilleras desde las grandes alturas hasta el nivel del Atlántico.

Cierto dia fuí á comunicar mis preocupaciones al gerente de nuestra legacion, que se interesaba mucho por mi viaje. Aquella misma noche vino á verme y me dijo: «Conoce V. á mi amigo M. de Gunzburg; sabe V. que ese jóven enérgico, que se halla actualmente en Quito, está recorriendo la América para instruirse. Estoy autorizado para asegurar á V. que hará de buen grado una expedicion paralela á la de V. Su viaje vendria á llenar en cierto modo el vacío que me ha indicado V. El gobierno verá sin duda con satisfaccion que ensancha V. su campo de accion, puesto que le pide sobre todo un resultado tan práctico como sea posible, y que poniendo mi amigo por obra su proyecto, absolutamente desinteresado, podrá ayudarle á conseguirlo »

Esta proposicion me pareció sobremanera favorable para el fin que yo me proponia. Sin embargo, abrigaba ciertos escrúpulos en considerar á M. de Gunzburg como mi segundo, ó como un auxiliar voluntario; pero él allanó todas las dificultades, brindándose á efectuar su viaje en condiciones que harian de él el complemento de mi mision.

Proponíase llegar al Amazonas por la vía del Morona y reunirse conmigo en el pueblo de Pevas al extremo de mi camino al través de la cuenca del Napo. Nuestras observaciones debian completarse unas con otras, y una vez reunidos, enviarlas á mis jefes como resultado de una sola exploracion.

A los pocos dias, M. de Gunzburg se puso en marcha para Riobamba con objeto de preparar su viaje que, por el puerto del Altillo y el caserío de Macas, debia llevarle á la region del rio Morona.

Yo por mi parte hube de ocuparme en el mismo Quito de todos los preparativos de mi expedicion, por no haber ningun centro importante entre esta ciudad y los llanos del Napo.

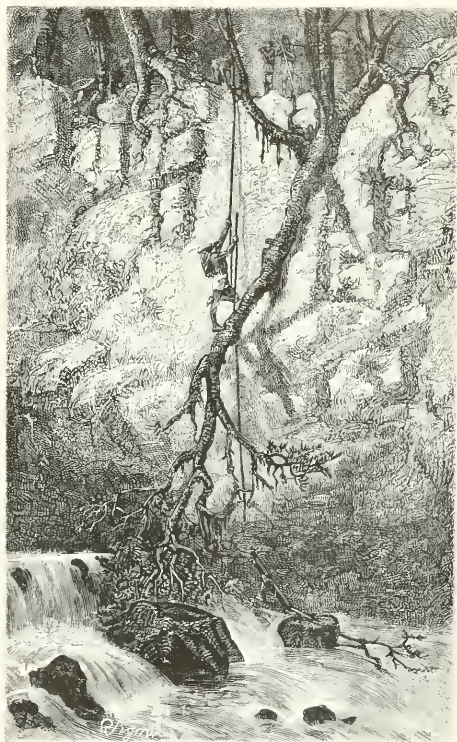
En tiempo del dictador García Moreno, los misioneros que se habian establecido en la parte oriental de la República recibian del gobierno central una subvencion para fundar escuelas y enseñar oficios á los indios á quienes se proponian atraer á la civilizacion cristiana. Segun parece, para que fuese más seguro el camino seguido por los mensajeros encargados de llevar mensualmente el subsidio del gobierno central, los Padres habian mandado abrir senderos más anchos, echar puentes y escalonar cabañas en el trecho comprendido entre Papallacta y el rio Napo. Pero desde que el ilustre dictador cesó en el mando, el gobierno suprimió la subvencion, y la poderosa naturaleza ecuatorial, con su vegetacion rápida y espesa, ha cerrado en pocos años la brecha que el interés, vencedor de los mayores obstáculos, habia abierto en tan enmarañado terreno.

Los derrumbamientos ocasionados por las lluvias han modificado las disposiciones topográficas en muchos puntos del camino, y los contados indios que atraviesan la region hacen

prodigios de habilidad para pasar á través de las espesuras ó subir á las montañas escarpadas.

Cuando se supo en Quito que yo debia recorrer esta distancia por órden de mi gobierno, y que tenia además el firme propósito de medirla, M. Gehin, ingeniero de la República ecuatoriana, y uno de los franceses más expertos de cuantos he encontrado en América, me expuso las dificultades y lo que él llamaba imposibilidades de la empresa.

«Irá V. fácilmente hasta Papallacta, me dijo, pero con dificultad llegará á Baeza, que apénas dista ocho leguas. Hace algunos años que M. James Orton, distinguido naturalista de la América del Norte, fué al Napo; entónces existia aún el camino abierto para los mensajeros; hoy tambien se aventuran por él algunos indios y los buscadores de quinas; pero no puede V. figurarse las molestias á que se va á exponer ni la vida que habrá de llevar. En esa region, las corrientes de vapores cálidos procedentes de los llanos del Brasil tropiezan con las vertientes de la cordillera nevada, y su encuentro con las corrientes frias de las alturas da por resultado una condensacion casi continua que trasforma toda la vertiente oriental de la Cordillera en un país de lluvias perpetuas. El terreno está siempre empapado; en muchos sitios se hundirá V. hasta las rodillas; tendrá V. que cruzar torrentes por vados que á veces ofrecen serios peligros; á causa de la humedad y de las dificultades del camino no podrá V. usar botas ni botinas, sino tan sólo alpargatas. Ha de saber V. que á pesar de todas las precauciones que tome, estará V. continuamente mojado, y con frecuencia no encontrará V. á su llegada medios de encender fuego y secarse, pues la lluvia se lo impedirá. Aparte de las dificultades naturales para trazarse un camino en un terreno tan accidentado, en un clima tan lluvioso, tendrá V. que contrarestar los inconvenientes que le opondrán sus mozos, pues esos indios harán el viaje puramente á la fuerza. Tímidos y pusilánimes por naturaleza, los indígenas se desalientan al menor contratiempo; y no será V. el primer viajero que ha tenido que regresar al punto de partida molido y descorazonado por haberle abandonado su gente»



Escalera improvisada en un barranco cerca de Baeza

Yo prestaba atencion á las palabras de M. Gehin meciéndome en una hamaca. Siempre he creido que se aprecia perfectamente la importancia de una empresa cuando uno está á sus anchas, y que se forma con toda madurez un plan de campaña cuando se está muellemente

arrellanado en una butaca ó en una hamaca. Así fué que aquella noche no contesté nada á mi consejero, el cual creia, segun me ha dicho despues, haberme persuadido de las molestias é inconvenientes de esta excursion lo bastante para que no vacilara en volver inmediatamente á Guayaquil.

Desde el siguiente dia me puse á hacer las provisiones necesarias. Procuré averiguar cuáles eran los manjares predilectos de los indios, y compré unos cuantos quintales de la famosa *machca* (harina tostada de maíz) y de *pinol* (mezcla de harina de trigo, de cebada y de lentejas). Adquirí tambien cincuenta libras de tabaco, algunas arrobas de carne seca ó tasajo, y la suficiente cantidad de pólvora y municiones de caza. Compré cuchillos, trajes de algodon y esas cien chucherías con las que se engalanaban los indios más ricos de la poblacion. Comprendia que debia vencer las principales dificultades calculando la capacidad máxima del estómago de mis indios y halagando su aficion al lujo y á la glotonería. Me proporcioné varias docenas de alpargatas de suela de áloe para andar por el barro, unas cuantas botellas de petróleo para encender fuego con leña húmeda, cuerdas y poleas para establecer pasos aéreos sobre los torrentes, y dos barriles de aguardiente para reanimar á los que desfalleciesen.

. . . .

En Quito, lo propio que en toda la Cordillera, hay una buena costumbre, que consiste en acompañar por espacio de una ó dos leguas á los amigos que emprenden un viaje, reuniéndose así un brillante séquito de jinetes. En un momento dado, se sacan las calabazas de las alforjas sujetas á la silla del caballo, se bebe á la salud del viajero y los acompañantes se despiden de él dándole muchos abrazos. En épocas normales me agradaba esta costumbre cordial de la América del Sur, pero en el momento de mi salida de Quito, presentí que comprometia mi vida en una empresa difícil, y no quise dar á mi despedida una apariencia demasiado alegre ó un aspecto de comedia de gran espectáculo. Así es que tomé mis medidas en consecuencia. Empecé por enviar mis provisiones, equipaje, instrumentos y armas en mulas hasta Papallacta. Formaba este convoy una recua de acémilas bastante imponente, diez y seis mulas guiadas por tres arrieros.

Mi estado mayor, reclutado en Quito, se componia de un mayordomo, José Geoffroy, antiguo coracero francés, excelente explorador de bosques; de un guía, Agustin Concha, capitan de las milicias ecuatorianas y buscador de quinas; del intérprete Pallares que hablaba perfectamente el quichua del norte, y de Francisco Olalla, tenido por uno de los mejores cazadores y disecadores del Ecuador.

A las cuatro de la madrugada del 21 de mayo de 1880 se puso en marcha toda esta comitiva y fué á esperarme á la granja de la Cocha, propiedad de D. Pablo Chiriboga. Yo habia hecho mis visitas de despedida, diciendo á todos mis amigos que aún no sabia el dia y la hora de mi marcha. Al amanecer del 23 de mayo, monté á caballo y salí de la ciudad. Tan luégo como dejé tras de mí la última casa de la capital del Ecuador, púseme á medir el camino y á inscribir las observaciones barométricas y otras varias; mi pequeña brigada se componia de cinco hombres. Habia dado principio la expedicion. Aquella misma noche llegué á la ciudad de Tumbaco, y en aquel momento M. de Gunzburg debia haber salido de Riobamba

El camino de Quito á Tumbaco, una de las últimas obras de García Moreno, pasa por muchos sitios sumamente bellos. Por ejemplo, cuando se llega á los bordes de la alta meseta llamada *el Legido*, se domina desde su escarpada vertiente la aldea de Huapulo, situada del modo más pintoresco en medio de los verdes repliegues de la montaña. Un poco más léjos se pasa por un puente natural formado por un túnel que el impetuoso torrente se ha abierto al través de la montaña.

Tumbaco tiene hoy unos 800 habitantes. En 1879, una epidemia de fiebre tifoidea causó 000 víctimas.

Las paredes de las chozas, ó si se quiere de las casas, consisten en un armazon de ramas más ó ménos flexibles entrelazadas y cubiertas de tierra arcillosa. En esas casas no se ve un clavo. Todas las trabazones y ensambladuras se hacen con bejucos traidos de los valles cálidos: se hace uso de ellos miéntras están frescos, y cuando el aire y el sol los han secado, forman ligaduras de gran solidez.

Los habitantes son sucios y hoscos: el agua que beben es literalmente barro y debe ser la verdadera causa del tifus.

La *chicha* (cerveza de maíz) de Tumbaco es muy apreciada, y se la *exporta* hasta Quito. Cerca de allí hay una gran finca llamada la Viña, donde el Sr. Chiriboga padre ha hecho ensayos de viticultura.

A unos cuantos kilómetros al nord-este pasamos junto al monte Ilalo, donde manan del suelo aguas minerales. Segun la voz popular, en esta region están enterrados los tesoros de los Incas, y se dice que los indios de Huangopolo y Alangaci, dos aldeas vecinas, los han descubierto y los explotan hace tiempo.

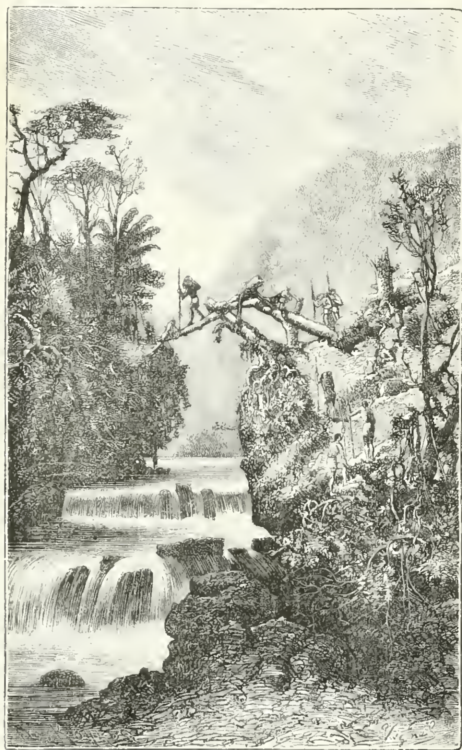
El 25 de mayo llegamos á la Cocha, donde me esperaba ya mi gente. La Cocha es una gran hacienda de pan sembrar, es decir, que produce trigo, maíz y habichuelas. Esta region está llena de fincas que, áun cuando situadas en un país soberbio, no dan resultados tales que permitan á sus dueños enriquecerse. Los caminos son tan malos que no se puede exportar nada, y por consiguiente hay que limitarse á plantar para vivir.

Decididamente los Andes no pertenecen á nadie; no hay quien remueva sus inmensas superficies: apénas se escarba á trechos la epidermis terrestre, pero no bien se la labra un poco, se despierta la poderosa fertilidad de las tierras incultas, como si el suelo cifrara en ello su amor propio, lo cual tiene sus contras, por cuanto lo abundante de la cosecha hace que el hombre vuelva á dormirse despues de un resultado tan fácilmente adquirido.

Las altas mesetas, donde no hay rastro de trabajo humano, son de una belleza fria y triste. La naturaleza parece allí tan inerte como el habitante, y al escuchar el zumbido del viento en las espesuras, parecíame oir el inmenso ronquido de ese pueblo cuya principal manifestacion vital es su profundo sueño.

Durante los últimos dias que pasé en Quito me habia cansado mucho, y mis largas caminatas por la alta meseta y por las cercanías de la Cocha me impidieron recobrar las fuerzas necesarias para el gran viaje, por lo cual me permití un reposo absoluto de cuarenta y ocho horas, durante las cuales tuve interesantes pláticas con mi amable huésped. El Sr. Chiriboga

educado en Francia, ha regresado á su país con la mente llena de ideas de progreso que le han hecho tratar de original, pero que no le han desanimado en su modo de proceder. La holgazanería de los indios, los impuestos onerosos, como el diezmo, las primicias, la gabela, etc., que subsisten aún en el Ecuador, las contribuciones forzosas que los dictadores triunfantes imponen á los habitantes acomodados, destruyen á menudo los frutos de su trabajo; y sin embargo, este animoso ecuatoriano no se desalienta; sigue adelante confiado en poder enseñar algun dia á los franceses que vengan á su país una granja dirigida como las europeas.



Puente sobre el rio Maspa

Salí con sentimiento de aquella hospitalaria mansion. Sabia de antemano que trascurririan muchos meses sin que tuviese la satisfaccion de hablar con un hombre que conociera siquiera de oidas á nuestra Europa, que hubiera vivido en nuestro mundo cuyo egoismo se critica con tanta frecuencia cuando da pruebas de la mayor y más generosa liberalidad, haciendo que cada cual se aproveche de la difusion de las ideas prácticas, y concediendo á todos la enseñanza alcanzada á costa de tantos siglos de lucha y de experiencia.

A diez y ocho kilómetros de Tumbaco entramos en la hacienda del Tablon. Por el camino atravesamos los inmensos cotos de la granja de Conde, en donde se reunen todas las noches los animales ménos salvajes. En aquellas altas mesetas se cria mucho ganado bovino y lanar, calculándose que se necesita la raquítica yerba de una hectárea por cabeza. Las diferentes propiedades están separadas por estacadas ó por barrancos naturales. El Tablon es una granja nueva y sólo tiene una casita medianamente acondicionada.

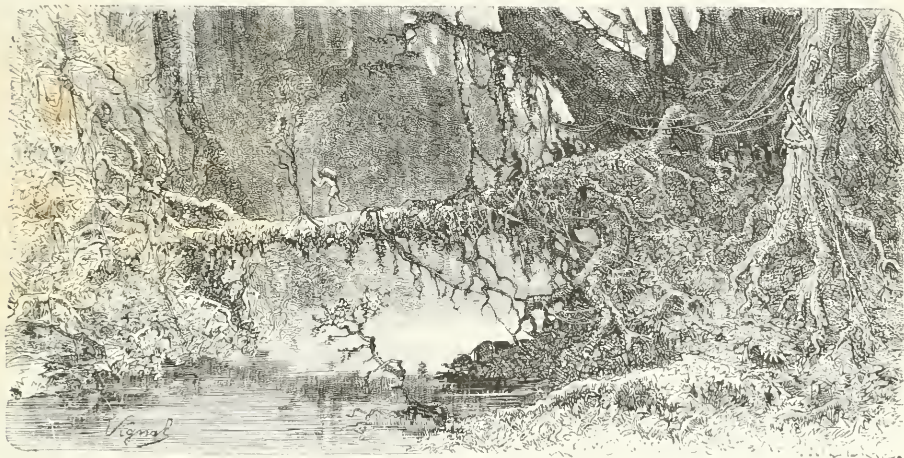
A partir de este punto, el terreno va elevándose rápidamente hácia el puerto de Huamani. La vegetacion arbórea se achaparra más y más hasta que desaparece del todo. El frio aumenta; el cielo lanza sobre el viajero gotas de tamaño extraordinario, nieve y granizo. Rachas de viento capaces de derribar á un hombre ahogan la voz é impiden momentáneamente que funcionen los pulmones. De vez en cuando, las corrientes atmosféricas desgarran las nubes, y entónces radia al través de sus jirones negros un sol que quema el rostro, pero sin calentar la médula congelada de los huesos.

Yo estaba casi tullido; respirando mal y balbuceando en vez de hablar: la vista se me enturbiaba por momentos. Mi barómetro habia bajado de un modo extraordinario: estábamos á

más de cuatro mil metros de altitud. A la derecha del camino, habia unos cuantos cráneos de caballos y mulas que habian muerto de cansancio, blanqueados por la intemperie y que parecian mirar al transeunte con sus órbitas negras; el suelo estaba sembrado de costillas, tibias y fémures, y en medio de aquellas osamentas descollaba una cruz hecha con dos ramas.

Parecióme que todo aquel pueblo melancólico de la Sierra padecia con aquella pobre cruz plantada en el más gigantesco Gólgotha.

El viento penetraba bajo nuestros ponchos que se levantaban azotándonos el rostro. Los mangos de la cadenilla decamétrica abrasaban las manos de mis hombres.



Puente natural sobre el rio Osayacu

¡Qué espectáculo tan singular presentaban aquellos pobres indios que, no sabiendo leer, se ocupaban en medir tan grandiosa region! ¡Qué contradiccion tan extraña entre aquella naturaleza que defendia con la configuracion de su suelo y la rudeza de su clima el paso de su poderosa muralla, y los séres mezquinos que la franqueaban midiendo el obstáculo y siguiendo sus contornos imponentes!

Por lo demás, todo parecia conspirar para hacer nuestra marcha difícil y penosa. Mucho tiempo ántes de llegar al puerto, la mula de Geoffroy se habia cansado y mi compañero tuvo que acabar á pié la última etapa de tan larga y fatigosa subida. Semejante contratiempo es muy raro. La mula es como la base de la sociedad humana en la Cordillera. Esta aparente paradoja es un axioma social, una verdad absoluta que sólo puede comprender el que ha recorrido la region de los Andes. La mula tiene la inteligencia de su madre juntamente con la terquedad de su orejudo padre. El movimiento de sus orejas es un lenguaje mímico. Cuando las lleva tiesas y hácia adelante, significan fuerza, reposo, satisfaccion, músculos de acero, y estómago lleno de sabrosa alfalfa. Si las pone ligeramente divergentes, principio de cansancio (alimento *paja de páramo* ó cualquier otro para engañar el hambre). A medida que las orejas bajan, como baja la columna de mercurio de un termómetro cuando se acerca el frio, los músculos se aflojan, disminuye la fuerza, pero la buena voluntad subsiste. Las orejas flojas marcan

el compás á cada paso, indicando gran cansancio que comienza á influir en la moral. Una oreja tiesa y otra caida significan mal humor á consecuencia de un trato injusto y brutal. Las dos orejas tiesas, una hácia delante y otra hácia atrás, mal carácter.

Es inconcebible que no sean falsas todas las mulas; no hay en el mundo un sér cuyo trabajo sea á la vez más apreciado ni peor recompensado; en pago de él no recibe más que juramentos, insultos y golpes; pero la mula tiene el genio muy bien templado para hacerse superior á los improperios. En cuanto á los palos, ya es otra cosa; y sin embargo, sin ella ¿qué seria de los que los dan? Ese pobre animal, con su pezuña tan fina como el tacon de la botina de una parisiense, recorre con paso firme y seguro las regiones desiertas donde termina la vegetacion, en donde el hombre respira con dificultad, y lleva sobre su lomo ojival á su amo y su pesada carga. La riqueza nacional pasa con seguridad sobre su espina dorsal flexible y resistente, por los caminos más horrorosos, para llegar sin percance á los puertos de la costa. Una vez en las gargantas inaccesibles de los Andes, la mula se detiene y respira. Su mirada inteligente penetra en las profundidades de los valles donde crece la alfalfa, donde brota la alta y jugosa yerba, y del fondo de su pecho sale un suspiro de esperanza.

Y sin embargo, estos animales podrian enorgullecerse: llegan á alturas que atemorizan al ingeniero moderno, á altitudes en que las locomotoras perfeccionadas se ponen asmáticas y se detienen sofocadas. Pero la mula no se manifiesta vanidosa de su mision capital; al contrario, parece ignorarla. Tranquila y meditabunda, mira ante sí y anda el camino con paso breve y acompasado; pero se empeña en escoger este camino por sí misma, siendo inútil intentar contrariarla acerca de este punto. Una mula *que no quiere*, será mártir si es necesario, pero por nada desistirá de sus convicciones íntimas. La espuela, el látigo, el palo y otros instrumentos de tortura podrán llenarle el cuerpo de mataduras, pero no la obligarán á ceder. No hay nada que influya en ese carácter romano. Todas llevan en sí el gérmen de voluntad inflexible que se admira en el hombre y se trata á latigazos en la bestia. Y á fe mia que se hace mal, porque la mula sabe, mucho mejor que su amo, escoger el camino y juzgar de su fuerza. Véanse si no las mulas ecuatorianas que, con el lomo lleno de sangre, los costados desollados y las orejas caidas, hacen, en cambio de su miserable alimento, la fortuna de su amo, y todo el mundo confesará que este, al martirizar estúpidamente á su acémila, atenta á su fortuna, porque muerto el animal, muertos sus provechos.

La bajada desde el puerto de Huanami hasta la hacienda del Tambo es difícil y fatigosa, haciéndose por un sendero apénas trazado y bastante vertiginoso. Altas yerbas secas y resbaladizas y peñascos calizos por los cuales andan los animales sin dificultad, constituyen el terreno que se ha de recorrer ántes de llegar al hermoso circo natural en cuyo fondo hay tres miserables chozas, albergue de pastores, que ocupan una situacion encantadora.

A pesar de las recomendaciones del Sr. Chiriboga, dueño de esta hacienda, los pastores me negaron los víveres de que podíamos tener necesidad, y á duras penas conseguimos de ellos autorizacion para que nuestras acémilas pastaran delante de las chozas. Pasamos la noche tiritando con un frio de cinco grados bajo cero. Al dia siguiente, nos pusimos en marcha para Papallacta. El sendero atraviesa un terreno verde, surcado por dos rios de sinuoso curso que

se reunen y desembocan en una gran laguna de más de un kilómetro de longitud, sin desagüe conocido. Poco despues el terreno baja, la vegetacion se presenta más vigorosa, y descendiendo una rígida pendiente por un terreno resbaladizo y fangoso, á través de espinos y piedras, se entra en una vasta depresion, el valle de Papallacta.

Este último lugar de la alta Cordillera se compone de treinta chozas. Los indios que en él viven son excelentes cazadores y dedican sus ratos de ocio á cortar madera con la cual hacen tablas, escabeles, cubetas y cucharones. Algunos de ellos tienen la pretension de ser músicos; tocan el caramillo y el tambor. Su agricultura se reduce á sembrar patatas y habas, llevando de vez en cuando los productos de su actividad á los pueblos de Pifo, Puembo y hasta á Quito.

A pesar del mucho frio que hace en Papallacta, los habitantes van casi desnudos, pues todo su traje consiste en una camisa corta sin mangas y una especie de taparabos. Las autoridades, que son un teniente, un suplente y un gobernador, constituyen la administracion. El teniente es el único vecino de la aldea que sabe firmar.

28 de mayo.—Creo que América es ménos grande de lo que se pretende. Dícese que el viaje de Quito aquí es largo; acabo de recorrer esta distancia con la cadena de agrimensor en cuatro dias, trayecto que no llega á cincuenta y seis kilómetros. ¡Y decir que en ferro-carril esta distancia seria asunto de una hora!

6 de junio.—Bostezo horriblemente en este sitio encantado, en casa del gobernador, en una choza sin ventanas. Como llueve y ventea, tenemos que guisar en medio de la habitacion; el humo nos ahoga, el frio nos tiene transidos, y nos aburrimos mortalmente. El único motivo de esta detencion forzada es el carácter de los indígenas, cuya táctica consiste en ocultarse cuando se les quiere obligar á trabajar.

El mismo dia de mi llegada tuve una entrevista diplomática con D. Isidro Calmatijo, primera autoridad del lugar; pedíle hombres que me acompañaran en mi viaje, y díjele que necesitaba unos cuarenta mozos que llevaran los fardos y otra media docena para relevar á los que se cansaran El Sr. Calmatijo me juró por todos los santos del Paraíso que no quedaba un solo hombre en la aldea; que el R. P. Guzman se los habia llevado todos y que no volverian hasta pasado un mes, extenuados de cansancio, é incapaces de hacer un viaje á Archidona, la gran mision de los Padres Jesuitas próxima al Napo.

—Intentemos, dije para mí, un sistema de seduccion. El aguardiente soltaba la lengua del gobernador; á la tercera copa que apuró, me dijo que los indios volverian dentro de tres semanas; á la cuarta, en quince dias; y como, á la sexta copa, sostenia con todo rigor los quince dias, declaré á la autoridad de Papallacta que iba á instalarme en su casa, que me comeria sus gallinas y sus conejillos de Indias hasta que me proporcionara los mozos que necesitaba.

Resistió ocho dias: al cabo de los cuales los indios fueron saliendo unos tras otros de sus chozas como por encanto. Les dí dinero, regalos para sus mujeres y les prometí otros presentes para el dia de nuestro regreso; por fin, á los doce dias de mi llegada á Papallacta, disponia de cuarenta y seis mozos, y podia ponerme en camino. Tenia prisa por salir de aquella aldea triste y lúgubre donde la existencia parece pesada bajo un cielo inclemente, cuyas nubes

bajas, de color de plomo, parecen comunicar á la vida su tinte gris y melancólico. Fijé nuestra partida para el 8 de junio.

A pocos pasos de la aldea de Papallacta hay una hermosa y verde llanura. Hice que se reuniesen allí mis indios y los formé de frente por numeracion de órden: los *macheteros*, que abren y despejan el camino con sus machetes; los *cargueros*, que llevan los fardos de provisiones, las ropas, los instrumentos, etc.; los *cadeneros*, mi compañía de agrimensores. Cada uno de estos indios, excepto los de mi reducido estado mayor, trasporta una carga de cuarenta kilógramos. Este fardo, metido en un cuévano ó en una saca, va sujeto con dos cintas, una de las cuales pasa por el pecho y los hombros y la otra por la frente del conductor. Armados de un machete pendiente del cinturon encarnado y anaranjado que sujeta á la cintura la camisa y el calzoncillo, cubierta la cabeza con una especie de birrete cónico y provistos de un largo palo de madera de hierro, aquellos hombres nerviosos, recios, de mirada sombría y cabellos rasos y negros, presentan un aspecto original y verdaderamente hermoso.

Las mujeres de mis conductores lloran amargamente. Unas están acurrucadas; otras, hincadas de rodillas, invocan á la Vírgen. Cuando la india vierte lágrimas, gime y solloza, y agitan todo su cuerpo sacudimientos nerviosos.

El cielo estaba nublado y en calma y los cenicientos nubarrones daban un aspecto triste á la escena de separacion que se representaba en aquel extraviado valle. Distribuí á las mujeres monedas, y prometí á todos una buena gratificacion si llegábamos sanos y salvos al puerto del Napo.

La cadenilla de agrimensor brillaba sobre la verde alfombra, y la brújula, los barómetros, el sextante, pacíficos instrumentos del trabajador, contrastaban con el armamento de mis tenientes y cazadores. Va á dar principio la marcha á pié al través de las estribaciones de la Cordillera.

Apénas habian trascurrido dos horas desde nuestra partida cuando ya estábamos calados hasta los huesos. A veces andábamos metidos en el barro hasta las rodillas, sacando á duras penas las piernas enlodadas de aquellos endiablados terrenos. A fin de no perder tiempo en echar puentecillos, cruzamos los primeros vados con agua hasta la cintura.

Esta region es quizás la más accidentada del mundo. Imagínese el lector las ruinas de una ciudad inmensa al dia siguiente de un cataclismo; paredes en pié descollando entre escombros, techumbres derrumbadas, escaleras hundidas. Agrándese este cáos hasta lo infinito, y supónganse, en lugar de paredes, peñascos de seiscientos ó mil metros; para figurar las piedras desmoronadas y las escaleras ruinosas, inmensos pedruscos rodados, colinas escarpadas, y en vez de la yerba y el musgo que crecen en las grietas, árboles de cincuenta metros de altura, una maleza arborescente y bejucos desde los más finos hasta los más vigorosos. Y en medio de este terreno accidentado, con sus barrancos, sus hondonadas y sus abismos, torrentes que se precipitan con atronador estruendo desde lo alto de las cumbres inaccesibles, minando las paredes de rocas y arrastrando en su blanca espuma moles de piedra y troncos de árboles. A veces, los derrumbamientos ennegrecen, ensucian la onda límpida; pero en breve recobra su brillo cristalino, y esta misma corriente que se desvia al tropezar con un guijarro, rompe los troncos

más robustos, desgasta la piedra más dura como entre dos muelas invisibles, y despues del inmenso trabajo de destruccion y del largo curso del torrente andeano, sólo lleva al Océano una arena fina é impalpable.

Una lluvia, ora fuerte, ora menuda y penetrante, pone el terreno encharcado y resbaladizo:



Indios de Papallacta acometiendo a una serpiente

para atravesar estas regiones, no tan sólo se necesita el esfuerzo de un hombre vigoroso, sino tambien el arte de un equilibrista.

Describir dia por dia, hora por hora, el viaje de un mes desde Papallacta á Archidona, en una distancia que apénas es de cien kilómetros, seria más enojoso que el viaje mismo. La primera noche acampamos en Chiniyacu, en un sitio admirable. El terreno se parecia mucho á una península formada por el torrente de Chiniyacu y una charca que las lluvias habian trasformado en una laguna azul. Enormes espesuras de grama arborescente *(suru)*, semejantes á islotes floridos, se elevaban sobre el agua. Inmensos árboles, derechos como columnas de

hierro, comunicaban á aquel sitio la admirable solemnidad, la calma grave de las grandes selvas. A lo léjos se oia el mugido del torrente Consaga que lanzaba al aire sus sonoras melodías. A poca distancia del campamento susurraba el rio Bermejo: los grillos imitaban el ruido de la sangre que circula por las venas y que se oye cuando reina silencio. Estos campamentos son pequeñas ciudades improvisadas, ó mejor dicho, caseríos que nacidos en una hora, presentan por espacio de otras dos la actividad febril de una gran poblacion.

Los indios instalan con habilidad las chozas de estos campamentos; dos fuertes ramas plantadas en el suelo sostienen un travesaño, en el cual se apoya, segun las dimensiones del rancho, una serie de otras ramas delgadas y rectas; es el armazon de la construccion, de ese techo sin casa. El indio amontona luégo hojas de palmera, partiendo en el sentido de su longitud el tallo central del cual brotan esas hojas agudas, como las costillas que van unidas á la espina dorsal. Estas enormes medias hojas, que con frecuencia tienen hasta tres metros de largo, son caballetes naturales con «tejas» verdes. Como estas hojas son largas y se ponen muy juntos los caballetes, tres ó cuatro capas de ellas forman un abrigo impermeable. En estas chozas abiertas á todos los vientos, se duerme bien despues de hacer una gran caminata por la selva y de manejar los aparatos de agrimensura, y despues de establecer el campamento, de hacer la cena y de copiar los apuntes cuyos originales ha mojado la lluvia y manchado el barro. Las cargas se depositan delante de la choza del jefe, cubriéndolas con una capa de hojas.

He adquirido la costumbre de escribir mis impresiones del dia ántes de tenderme en mi cama de campaña. Luégo disfruto algunas horas de reposo; y cuando el alba empieza á iluminar la region, volvemos á ponernos los vestidos mojados, se toca llamada y en marcha.

¡Qué asuntos tan admirables ofrecerian á un pintor esos paisajes matinales y vespertinos, con sus cielos salpicados de nubes! La neblina duerme sobre la poblada vertiente de la montaña; y parece que por la mañana se despierta, se despereza, y al soplo de la leve brisa, se eleva, se enrojece á los primeros rayos del sol y se pierde como un sueño en la claridad infinita y triunfante de un dia equinoccial.—La nube tempestuosa, negra en el centro, amarillenta en los bordes, se extiende como si quisiera envolver á la tierra para traspasarla con sus dardos de fuego y anegarla en seguida en sus torrentes furiosos. ¿Puede darse algo más brillante que las nubes del ocaso que con sus mallas doradas cubren el firmamento y se decoloran lentamente? Entónces parecen los rastros de vapor, ora blancos sobre el cielo negro de las noches sin luna, ora negros sobre ese cielo trasparente iluminado por el resplandor tranquilo é intenso de esas magníficas lunas doradas de las latitudes ecuatoriales.

Las alternativas de accion y de contemplacion inherentes á estos viajes los hacen amenos en alto grado. No es posible figurarse un género de vida más ocupado que el que se lleva durante las horas de marcha, sobre todo cuando no se trata únicamente de cruzar un camino erizado de continuos obstáculos, sino tambien de medirlo.

Desde el segundo dia, el sendero que abrimos nos condujo al borde de una meseta que tenia cincuenta metros de altura perpendicular. Al pié de esta pared de rocas corria un caudaloso torrente lanzando copiosa espuma. Mis indios desgajaron al punto las ramas de un

árbol, en seguida socavaron el tronco, y con notable destreza le tumbaron de tal modo que su parte inferior quedó apoyada al borde del abismo. La solidez de un madero que resiste semejante caida no deja lugar á duda. Uno de los indios se puso en seguida á horcajadas sobre el árbol, y corriéndose poco á poco por aquella viga inmensa, hizo en él con su machete una porcion de muescas á guisa de escalones. Luégo pasamos todos sin percance por aquella escalera que á la verdad no tenia nada de cómoda.

Los indios bajaron de cara á la roca con sus cuarenta kilos á cuestas; conservaban el equilibrio afianzándose con sus largos palos en las anfractuosidades de la pared esquistosa. Un paso en falso equivalia á la muerte instantánea: aquellos escalones rudimentarios estaban resbaladizos y la profundidad del abismo me pareció inmensa. La blanca espuma del agua que corria con rapidez vertiginosa y que veia á mis piés me causó tales vértigos, que rara vez he respirado con más libertad que cuando pasé del último escalon á una de las peñas en torno de la cual se arremolinaba hirviente el agua.

Al trepar en la tarde de aquel mismo dia por una vertiente muy escarpada, uno de mis cargueros cayó envuelto por las masas de tierra de un derrumbamiento que, sin razon aparente, ocurrió de pronto á nuestro paso. El indio fué rodando por una cuesta de cincuenta á sesenta metros; pero por una casualidad tan feliz como asombrosa, quedó sobre lo alto del monton de tierras desprendidas, sin que le lastimaran los árboles que se rompieron. Para subirle luégo desde el fondo de la garganta hasta la altura en que nos encontrábamos, hubimos de trabajar dos largas horas.

La tarea de los pontoneros, á los que teníamos que recurrir á cada paso, ha retrasado notablemente nuestra marcha, pues han sido muchos los puentes volantes que hemos debido echar sobre los torrentes.

Los montañeses de Papallacta tienden árboles y á veces bambúes de una orilla á otra. Uno de los indios, provisto de unos cuantos metros de bejucos, avanza por esos troncos ó juncos y con esas cuerdas naturales descarga un vigoroso latigazo por debajo del *tablero* vacilante con tanta destreza que el otro extremo de los bejucos viene á parar á la altura de su mano izquierda: coge esta punta, se pone en cuclillas y ata el bejuco. Va haciendo lo mismo de dos en dos pasos, de suerte que al cabo los dos elementos del frágil puentecillo quedan reunidos y forman una especie de tabla. De este modo es el paso ménos difícil, pero dista mucho de ser cómodo.

Uno de estos troncos se ha roto sobre el rio Maspa miéntras pasaba con su carga el indio Nicolás Calmatijo, el cual fué á parar á las aguas del torrente desde unos seis metros de altura. Afortunadamente logramos echarle un cabo y sacarle de allí, ligeramente contusionado, pero con vida. Habíanos costado muchísimo trabajo tender este puente; el torrente tenia treinta y tres metros de ancho y hubimos de atar dos bejucos al tronco de árbol dispuesto á modo de trampolin para llegar á la orilla opuesta. Geoffroy, sumamente satisfecho de nuestra obra, la habia bautizado orgullosamente con el nombre de «puente Nuevo;» pero despues del percance del pobre Nicolás cambió esta denominacion por la de «puente de los Inválidos.»

A veces la naturaleza, ó por lo ménos algun cataclismo, hace trabajos de arquitecto ó

de ingeniero. Por ejemplo, un árbol inmenso, caido desde la orilla derecha á la izquierda del rio Osayacu, forma el puente más bonito que verse pueda. Este árbol, como tantos grandes de la tierra, no ha muerto á consecuencia de su caida; únicamente se ha marchitado su vieja copa, pero de su tumbado tronco brotan ramas jóvenes; sus negras raíces han florecido, lo enlazan los bejucos, las orquídeas lo cubren con sus mazorcas sonrosadas y blancas y se contempla plácidamente en el agua cristalina del riachuelo. Este espectáculo sugiere la idea de que á veces no se está mal por estar en el suelo, y de que el valor real y efectivo de las posiciones no depende de los juicios temerarios del vulgo.

Al quinto dia de nuestra salida de Papallacta, hicimos nuestra entrada en el caserío de Baeza.

El único Tratado de Geografía existente en el Ecuador, el de Villavicencio, llama á Baeza *ciudad antigua*. Si alguna vez ha habido una ciudad en esta vertiente de Baeza, lo cual dudo mucho, de seguro que ya no queda nada de ella. Tres miserables chozas habitadas por indios de la misma tribu que los de Papallacta forman el conjunto de este puesto avanzado. Mis hombres me pidieron que les concediera un dia de descanso, á lo cual accedí de buen grado, porque tambien necesitaba yo restaurar mis fuerzas.

Con gran contento de mi gente compré un cerdo cebado cuya grasa debia servir para condimentar nuestros guisos durante la bajada por el Napo. Cuando quedó cerrado el trato con su dueño y entregado su importe, Geoffroy dió muerte al cerdo de un balazo ni más ni ménos que si hubiese sido un jabalí; en seguida nos pusimos todos á descuartizarlo Dícese en este país que la mujer tiene tres dias buenos en su vida: el dia en que se casa, el en que mata un puerco y el en que entierra á su marido. Por mi parte he podido observar que á la vista de un cerdo moribundo, las indias se desprenden enteramente de su carácter melancólico. Así fué que las beldades de Baeza, llenas de salvaje alegría y lanzando gritos roncos, se pusieron á bailar alrededor del animal muerto. Acurrucadas junto á la víctima, presenciaron con tanta atencion como en nuestra Europa se asiste á un drama conmovedor, todas las operaciones de mi cazador, que en esta circunstancia desempeñó el oficio de carnicero y salchichero.

Era asimismo digno de observacion el tropel de perros que vegeta siempre tristemente en torno de una familia india. Embriagados por el grato husmillo que exhalaba la ensangrentada víctima, olvidaban sus hábitos de prudente reserva. Acercábanse con aire al parecer compungido; pero unos cuantos puntapiés enérgicos los volvian al punto á la más triste de las realidades, al *tantalismo* perpetuo, en el cual pasan su vida esos desdichados animales. ¡Qué flaco está siempre el amigo del hombre en la Cordillera! He visto á los perros beber en los Andes, pero no recuerdo haberlos visto comer cosas comestibles. Estos pobres animales se plantan, con la seriedad de un bonzo de guardia, junto á la lumbre en que hierve la olla, calculando con admirable intuicion el sitio en que deben colocarse en observacion, segun la longitud probable de la pierna de su amo ó del palo de su ama. Mas ¡ay! estas precauciones no siempre los libran de los cubos de agua sucia que los inundan de improviso, ni de las piedras ó troncos que, adobando su piel, los despiertan con harta brusquedad de sus platónicas contemplaciones. Los naturalistas dicen que el perro tiene siempre enroscada la cola hácia arriba y á

la izquierda; pero la moral de los perros de las Cordilleras no admite esta usanza caballeresca. El perro de los indios lleva siempre la cola lastimosamente entre las piernas y pegada contra el vientre hasta la punta. Es de un aspecto lúgubre.

Durante la noche mis cargueros danzaron en vez de descansar; así fué que no pudimos emprender la marcha hasta el dia siguiente muy tarde.



Indios yumbos de Archidona (De fotografía)

De los vados que hubimos de cruzar despues de salir de Baeza, el de Cosanga fué el más dificultoso. Habia llovido mucho, y cuando llegamos á la orilla de este rio, se habian desbordado sus aguas negruzcas coronadas de blanca espuma. En la orilla opuesta descollaba la hermosa serranía de Huacamayo, última estribacion de los Andes orientales, postrero umbral ántes de llegar al gran llano del Este. Con todo, yo hubiera preferido un espectáculo ménos grandioso y aguas ménos furibundas. Ninguno de los indios se atrevió á penetrar en aquella terrible corriente. Al dia siguiente, el agua estaba á dos metros de mi choza: habia bajado más de un metro.

Sin embargo, el paso de este vado no me ha dejado por cierto gratos recuerdos: el agua (12°,5) nos pareció sumamente fria; la corriente era muy rápida, y el fondo, compuesto de grandes cantos rodados, no ofrecia bastante solidez para fijar en él la planta con seguridad. En lo más profundo del vado, y en una extension de quince metros, el agua nos llegaba al sobaco. A pesar de todo, debia darme por muy satisfecho con tales condiciones, porque se considera al Cosanga como el principal obstáculo en un viaje al rio Napo.

Mis hombres tuvieron que llevar sus cargas en la cabeza, y á uno de ellos, que perdió un momento el equilibrio, se le escapó un cesto de víveres que desapareció en las olas sin volver á asomar á la superficie. Otros muchos fardos se mojaron, echándose á perder su contenido. En esta ocasion he presenciado verdaderos prodigios de valor y de fuerza. Dos de esos pobres indios, Julian y José Cahuatijo, han pasado y repasado el torrente hasta ocho veces y trasportado diez y seis fardos para que sus compañeros ménos robustos pudieran cruzar el vado sin ir cargados.

Más allá del rio Cosanga, volvieron á empezar á más y mejor las lluvias torrenciales. Por la tarde apénas podíamos andar á causa del agua de que estaba empapada nuestra ropa. En un punto llamado Vinillo, situado al pié del monte Huacamayo, llovia de tal modo que no se veia á diez pasos de distancia. Por la vertiente de la estribacion se despeñaban hasta el valle capas espesas de pardos torbellinos de agua.

Acampamos allí treinta y seis horas, mojados hasta la médula de los huesos; la leña estaba hecha una esponja; el humo nos hacia llorar, y el fuego no pudo arrancar el hervor de la marmita. Dos veces intentamos subir aquella última cuesta; pero el terreno parecia dado de jabon, y desistimos de avanzar.

Verse condenado á la inaccion, no poder comer nada caliente y pasar dos dias y una noche hecho una sopa, son cosas que amilanan al hombre de corazon más animoso.

Mi cazador Pancho ha aprovechado este triste descanso para arreglar y embalar las pieles de aves y cambiar el alcohol de los bocales en que estaban las culebras cogidas durante nuestro viaje, de las cuales teníamos magníficos ejemplares y en especial una de siete metros de longitud. Los indios matan las serpientes á palos, las aplastan la cabeza á machetazos, siendo muy raro que el más peligroso de estos reptiles llegue á herirles. El indígena ve muy bien á larga distancia: calcula perfectamente el peligro y el medio de defenderse, y á pesar de ser por lo comun tan pesado y cachazudo, en el momento de la lucha se mueve con agilidad asombrosa y con vigor y precision incomparables. Así, que el modo cómo mataron á aquel enorme animal que se atravesó en nuestro camino, fué verdaderamente digno de ver. Cuando se anda por el bosque con la plancheta y fijando continuamente la vista en el punto de mira, apénas se presta atencion á los obstáculos que interceptan el camino. Hasta aquí he hablado de las dificultades del terreno, pero éstas no son las únicas con que se tropieza. De la bóveda de follaje penden enormes ramas muertas sostenidas por bejucos, y cuando llegan á la cabeza del observador, se las desvia con la mano como si fueran sogas. A un dia de marcha del Vinillo, el bosque estaba lleno de dichas ramas colgantes, y maquinalmente, casi sin levantar la vista, las aparté, cuando de pronto, en lugar de aquella masa cubierta de musgo húmedo, sentí una

cosa fria y lisa..... Antes de poder darme cuenta de lo que era, el indio que iba á mi lado dió un salto, y derribándome de un imprevisto empujon, asestó un terrible machetazo á aquel obstáculo..... En vez de una rama, habia tocado yo una serpiente que pendia de un árbol acechando su presa. Vi que el reptil se erguia y que su cuerpo describia líneas ondulantes; pero otros machetazos lo derribaron en breve; entónces los indios se precipitaron sobre él, y á los pocos momentos yacia inanimado en el suelo. Mis hombres reian y se divertian en torno del enemigo vencido: aquella vez debí la vida á la destreza y sangre fria del indio Oleje.

El paso del puerto de Huacamayo es fatigoso por demás. La subida, casi enteramente perpendicular, dura más de dos horas. Al ver á los indios agarrados á las malezas y encaramándose á fuerza de puños, cualquiera los hubiera tomado por moscas paseándose por una pared.

La sierra de Huacamayo es el último antemural entre el Pacífico y el Atlántico. Quedábame por atravesar el postrer foso, el rio Condache. En el punto por donde se puede cruzar este torrente, surge en medio del cauce un monton de rocas. Habia que tumbar un árbol sobre este puente natural, pero nuestros primeros esfuerzos fueron infructuosos: el árbol caia en falso y la corriente se llevaba un tronco de treinta metros con rapidez sorprendente. La tercera tentativa salió mejor, y unos á rastras, otros de rodillas, otros á horcajadas, pasamos por aquel puentecillo, de suerte que al cabo de hora y media el último hombre de nuestra comitiva llegaba á la orilla izquierda del torrente.

Desde este punto hasta la mision de Archidona, el terreno está cubierto de hermoso bosque equinoccial. Conforme se avanza, los accidentes del terreno son ménos marcados, presintiéndose la proximidad de las inmensas llanuras regadas por tantos rios como se extienden hasta el Océano. Bajo la sombra perenne de aquellos bosques reina un calor agradable; ninguna brisa agita la atmósfera; diríase que la naturaleza no quiere despertar.

Desde Monayacu tuve que enviar un propio á Archidona para pedir refuerzos. De cuarenta y seis hombres, tenia veintidos heridos ó enfermos. Los indios de Archidona llegaron á las veinticuatro horas, trayéndonos plátanos y yuca. Reanimadas y aliviadas del peso de sus cargas, mis gentes se pusieron de nuevo en camino.

Los indios de Archidona iban en traje de marcha, es decir, casi desnudos. Cuando se trasladan á Quito, donde he visto algunos, se ponen pantalones, una especie de blusa, la *cotona*, y un poncho. El frio de las altas mesetas les obliga á abrigarse; pero la falta de costumbre de llevar el cuerpo aprisionado con la ropa hace que aparezcan desgarbados, y como van cubiertos de una espesa corteza de barro, tienen un aspecto que da lástima. Es preciso ver á esos hombres en la atmósfera cálida, donde han nacido, donde se sienten en su centro. Su porte recobra allí la elasticidad más envidiable, se burlan de las dificultades del camino y se diseminan por el bosque imitando los gritos de los monos y de las aves.

A los dos dias de nuestra salida de Monayacu, entramos en Archidona con un sol radiante, y allí nos recibieron en la plaza mayor donde se eleva la iglesia, inmenso cobertizo rematado en una cruz, una especie de gobernador civil llamado Moran, y el P. Guzman, de la Compañía de Jesus, rodeados de indios de largos cabellos y rostros pintados de negro y encarnado.

Cuando hube plantado el último eslabon de la cadenilla delante de la choza en que vivia el Sr. Moran, cuando se recogió este instrumento, se depositaron los fardos debajo de la galería, y hube extendido la última nota en mi cuaderno de viaje, estreché con sincera satisfaccion la mano de mis bravos compañeros. Acabábamos de pasar juntos treinta rudísimos dias, arrostrando privaciones y miserias cuya descripcion pareceria exagerada, á pesar de lo cual, debo decirlo en honor de mi abigarrada comitiva, no hubo ni un caso de indisciplina; las enfermedades y percances de los unos no desalentaron á los otros.

Quedaba trazado el camino de Quito hasta la llanura del Napo, creyendo por consiguiente que habia dado feliz cumplimiento á la parte más penosa de mi viaje de exploracion.

Entónces acudió á mi memoria el recuerdo de los muchos obstáculos de nuestra marcha: habíamos cruzado ese inmenso antemural que separa dos regiones privadas de vías de comunicacion prácticamente posibles á pesar de su contigüidad, y hube de convenir conmigo mismo en que ese camino, dado el actual estado de cosas, no podia llegar á ser una vía comercial del mundo europeo, proveedor del mundo hispano-americano de la Entre-Cordillera.

Despues de tantas fatigas, penas y luchas, no podia ménos de echar una mirada adelante y otra atrás; considerar por un lado la formidable muralla que se alza hasta las nubes, y por otro las llanuras fértiles y hospitalarias que ocupan millares de leguas cuadradas. Parecióme ilógico considerar sobre todo como una region de tránsito, que no debia tener una vía económica independiente, un país tan maravilloso, más fértil de lo imaginable y surcado de inmensas vías naturales.

He comprendido, y esta idea ha guiado posteriormente mis trabajos y observaciones, que me hallaba en una region destinada á enriquecer á cuantos llevasen á ella, juntamente con los capitales necesarios, su inteligencia, sus brazos y los instrumentos de la industria moderna.

El dia en que la civilizacion se apodere de estos territorios, convendrá en realidad abrir caminos desde las mesetas de la Cordillera hasta los puertos del Amazonas. Aquel dia los altos valles serán el granero de la inmensa cuenca que recibe las harinas de la América del Norte y de Europa, ó lo que es lo mismo, desde dos á cuatro mil leguas de distancia, cuando á veinte ó treinta leguas los trigos pueden dar abundantes cosechas. En estos caminos abiertos á la exportacion, la importacion de artículos manufacturados tendrá su razon de ser, y la construccion de un camino á través de esos terrenos que tan penosamente hemos recorrido no ofrecerá dificultades insuperables.

El terreno desde Quito hasta Papallacta, accidentado, presenta un paso natural. Ya hemos dicho que la altitud detiene la vegetacion leñosa en casi toda la region. Todo son sabanas inmensas cuya inclinacion hace que las aguas pluviales bajen á las gargantas con la rapidez suficiente para que no formen pantanos. Ningun ingeniero ha trazado la senda que generalmente se sigue; así es que se dan rodeos enteramente inútiles. Yo he corregido algunos; pero la ignorancia en que me he hallado acerca de la posicion geográfica del objeto de mi viaje, no me ha permitido hacer una rectificacion completa.

Por lo que respecta á la zona comprendida entre Papallacta y Archidona, la selva misma constituye en la actualidad una de las mayores dificultades para el viajero. Tan luégo como se

practique un gran desmonte, el sol secará los terrenos húmedos. No hay nada que impida construir puentes sobre los torrentes; y bastarán unos sencillos terraplenes para que serpenteen los caminos por las vertientes.

Con todo, á pesar de estas consideraciones, no dejaba yo de presumir que, á partir del dia



Casamiento yumbo en Archidona

en que llegué á Archidona, la síntesis de mi expedicion seria muy distinta de la que yo habia concebido ántes de salir de Francia, y que su alcance excederia á mis previsiones y esperanzas.

III

DE ARCHIDONA Á LA CONFLUENCIA DE LOS RIOS COCA Y NAPO

Vivo enfrente de la iglesia de Archidona, que es además lo que en el país se llama el Convento ó casa parroquial, así es que desde la mia puedo presenciar las ceremonias religiosas. Archidona es una mision de los reverendos padres de la Compañía de Jesus.

Se dice misa á las cinco de la mañana, pero sin oyentes. A las siete acuden los niños indios, los yumbitos, á aprender la doctrina. Cada niña lleva una gran hoja de *yacufanga* ó *bijado*, cuyas hojas les sirven en la iglesia de asiento y de reclinatario, y fuera del santuario, de quitasol ó de paraguas. Se adornan el cuello con un collar de diez á veinte vueltas de cuentas de vidrio

(chaquira), una de las monedas corrientes del país. Este blanco producto de Venecia, importado por los misioneros, se destaca sobre tez oscura como la vía láctea sobre la oscuridad del cielo. Los indios hacen además brazaletes con la piel de las iguanas.

La camisa *(pacha)* de las indias, que carece de mangas, les sirve al mismo tiempo de saya, pero apénas les llega á las rodillas; un cinturon encarnado ó amarillo hace resaltar el azul oscuro ó el granate de su vestido; su cabellera reluciente, cortada á la usanza de los hijos de Eduardo, les cae en compacta masa sobre los hombros y sirve de marco á su frente.

Los niños indios llevan un calzoncillo de baño *(hualon)* y un poncho que se diferencia de los ponchos de la Entre-Cordillera en ser mucho más angosto; va ceñido al cuerpo y deja los brazos descubiertos.

El indio adulto no es más que el *yumbito* aumentado: sus facciones conservan siempre una expresion infantil; su rostro sin energía carece de barba, y en sus ojos negros y dulces, de mirada de ciervo, no brilla jamás el destello de una resolucion varonil. Estos simili-hombres son bonitos, pero no hermosos. En la iglesia juegan unos con otros como gatitos, y salen de ella como avecillas á las que se abre la puerta de la pajarera; corren, brincan, saltan, se empujan, caen, pasan unos sobre otros, rien, gritan, se llaman, produciendo una confusa algarabía.

Cuando quieren ponerse de tiros largos, se llenan la cara y á menudo los brazos y las piernas de caprichosos dibujos trazados con color encarnado *(achote)* y á veces negro *(huiti)*, poniéndose entónces horribles.

La doctrina y la señal de la cruz constituyen toda su religion, toda su ciencia y lo más saliente de su civilizacion.

En esta tribu contemporánea podemos ver lo que los sabios llaman el hombre prehistórico; sólo que estos indígenas no han llegado aún á la edad de la piedra, material muy difícil de labrar para ellos; hállanse en una época por la cual han debido pasar las generaciones que nos han precedido, pero de la cual no ha dejado el tiempo vestigio alguno, y á la que llamaré edad de la madera. De esta son sus armas, lanzas y cerbatanas, como tambien sus platos y sus asientos. Aliméntanse principalmente de carne asada, para la cual usan un asador de madera. Sus nociones de cerámica son muy escasas. Sus instrumentos de música son asimismo de madera, ó á veces de huesos de aves. Los yumbos tienen un talento de imitacion más marcado aún que los monos; así es que si un Padre misionero toca el violin, al punto hacen violines, ó mejor dicho instrumentos en forma de tales que carecen de sonido. Si ven un soldado con un tambor, hacen tambores. Sus violines son de dos piezas, y sus tambores de una sola. La única herramienta de los indios de Archidona es el cuchillo de cocina. Antes de la llegada de los blancos, que son los que se los venden, trabajaban con huesos ó con astillas de la palma chonta: una mandíbula de pez era su lima y su cepillo. Cuando aún no imitaban á los blancos, copiaban la naturaleza, que á la verdad no es tan mala maestra.

Hay motivo para dudar si los europeos han hecho retrogradar á estas tribus. En otro tiempo se bastaban á sí mismas y se ingeniaban para el trabajo. Los blancos han importado los productos fabricados en Europa, y desde entónces las mujeres no necesitan ya hilar ni tejer, ni los hombres construir herramientas: les ha bastado lavar el oro del Napo para pagar

las telas, los cuchillos y toda la quinquillería de que se ha inundado el país; han perdido la costumbre de hacer todo esfuerzo intelectual, y no sólo han descuidado los blancos el abrir esas inteligencias á ideas más concretas, sino que las han anegado en aguardiente.

¿Y acaso proporciona la civilizacion á este pueblo infantil médicos que alivien sus padecimientos, artesanos que embellezcan su vida, ingenieros que saneen el país? ¿Envian las grandes razas á estos infelices personas honradas que les hagan comprender el valor de las cosas? Nada de eso: el comerciante blanco que va en busca de fortuna al Napo suele ser un fugado de la Sociedad de la Entre-Cordillera; el indio es por de pronto su víctima, y despues de haber sido robado y saqueado largo tiempo, se convierte á su vez en un mal hombre.

Por otra parte, el sistema de civilizacion puesto en práctica con esta pobre gente carece de lógica. Por ejemplo, se quiere obligar á los indios á vivir, no en la selva, sino en pueblos; lo cual seria ciertamente un principio de sociedad civil: para conseguir este objeto, seria menester fundar explotaciones agrícolas, industrias que ocupasen brazos; habria que acostumbrar á estos hombres á vivir en un mismo sitio enseñándoles un oficio útil. Si se asignase al indio un trabajo que le permitiese ganar desahogadamente su vida, se le presentaria la civilizacion bajo su aspecto más seductor.

Por desgracia, en el Oriente del Ecuador no se ha seguido tal procedimiento. Se construye una iglesia, se obliga á los indios á levantar chozas alrededor de este templo, y se les manda que vivan en la aldea de tal modo constituida. En tales condiciones, ¿de qué pueden subsistir? Cuando gozan de libertad, viven de la caza, y algo de la agricultura: tienen en el bosque su *tambo*, donde siembran sus plátanos y su yuca; con sus flechas envenenadas matan aves y monos. Pero tan luégo como se instalan en la mision, carecen de caza completamente; así es que los caseríos están deshabitados la mayor parte del tiempo; los indios vuelven á las selvas y las casas que rodean la iglesia quedan casi siempre abandonadas. De aquí resultan desavenencias continuas. En 1875 se prendió fuego á las casas de los indios Panos para obligarlos á venir á establecerse en Archidona; pero este acto brutal, léjos de reducirlos á la obediencia, ha hecho de ellos sublevados recalcitrantes, y se han retirado á la selva, donde jamás podrán los blancos llegar hasta ellos.

He recorrido toda la region sin encontrar un campo cultivado ni el menor rastro de civilizacion europea. El ave hace su nido, la abeja su colmena y el indio su choza. Ha seguido construyéndose una vivienda india, por instinto y no por otra cosa. Fabrica su morada sin gastos; no necesita tablas, ni clavos, ni martillo, ni cepillo de carpintero. Los blancos que habitan en el país deben vivir en estas cabañas y establecer en ellas sus casas de comercio; pero ¡qué comercio!

He calculado que los géneros de algodon que se dan á los indios á cambio de polvo de oro les cuestan cincuenta y tres veces más que en las tiendas al por menor de Guayaquil ó sea unas doscientas doce veces más caras que en Francia. Y sin embargo, estos comerciantes apénas se enriquecen, porque como casi todos son jugadores y bebedores, saben ganar, pero no ahorrar: son, en una palabra, gente ruin que no puede interesar á nadie, y por todos conceptos prefiero el salvaje á ellos.

Si el indígena carece de inventiva, en cambio tiene en su mente algunos asomos poéticos. He presenciado una boda religiosa en Archidona. Un centenar de yumbos, precedidos de un tambor, de un flautista y de un violinista, han acudido á ofrecer á los Padres los derechos de pié de altar y los regalos. Los indios formaban dos bandos, el del novio y el de la novia. Estos, vestidos con la ropa de desecho de un plantador y de su esposa, bailaban la danza del país.

El novio, con sus largos cabellos, la cara pintarrajeada de encarnado, era una figura cómica digna de ver. Los faldones del gaban, metidos dentro del patalon, constituian unos riñones postizos de forma y dimensiones caprichosas: el pantalon, pegado á sus robustas pantorrillas y á sus no ménos gruesos muslos, no le llegaba al tobillo, y sus piés descalzos nos parecian enormes bajo tan singulares piernas. Su compañera se habia puesto un vestido largo que la hacia tropezar á cada paso: llevaba además rodeados al cuerpo dos pañuelos de algodon encarnado y blanco, y otro puesto en la cabeza, le cubria los cabellos y la cara.

Los demás indios iban vestidos de gala salvaje, con diademas de plumas, collares, adornos de simientes, dientes, cabellos, pelos de mono, escarabajos y alas de aves. Al atravesar el espacio que me separaba del convento, me mezclé con tan abigarrada muchedumbre. Los músicos se colocaron delante de mí y cantaron la improvisacion siguiente:

«Has venido á ver cómo nos casamos nosotros.—Mira cómo bailamos, mira cómo tocamos.—En tu obsequio ejecutaremos una linda música,—escucha nuestros cantos,—escucha.»

Distribuí algunos cigarros á los yumbos, á quienes les gusta mucho fumar. Hé aquí su respuesta:

«Fumaremos este tabaco,—míranos fumar;—al fumarlo, seremos como tú.»

Despues de echar algunas bocanadas de humo, añadieron:

«Ya ves como hemos fumado, —y al fumar, hemos sido como tú.»

Se les ha enseñado á dar las gracias diciendo: Dios se lo pague *(Dios pagaracha)*. El agradecimiento del indígena y sobre todo el ademan que acompaña á la palabra están llenos de expresion. Si se les da algun alimento, se lo comen, y luégo dicen humildemente: «He comido.» Si se les regala una cruz de carton dorado, exclaman: «Habiéndola recibido de tí, al llevarla seré como tú.»

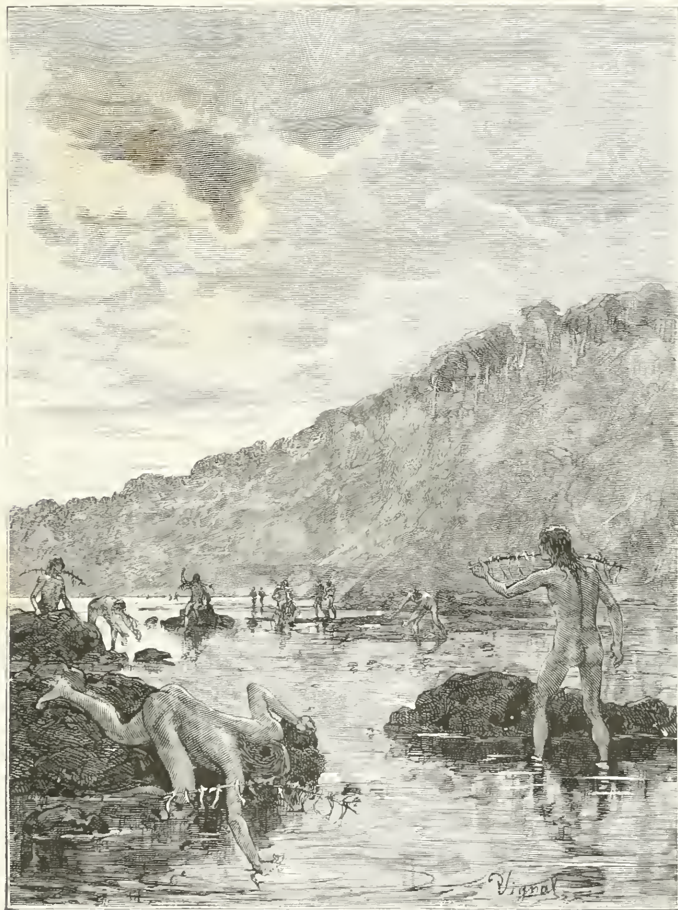
La ceremonia celebrada bajo el pórtico de la iglesia no tuvo nada de particular: el Padre que oficiaba hubo de mandar que arrojasen de allí á un yumbo embriagado, pero este se resistió protestando con energía é indignacion.

La actitud de esta pobre gente en la iglesia demuestra cuán poco arraigadas tienen sus creencias religiosas: rien, comen plátanos, y hasta he visto algunos que fumaban. La policía de los Padres es muy sencilla: en el altar y á la altura de los ojos hay una hilera de espejitos, y miéntras lee el evangelio, el Padre observa en estos lo que ocurre detrás de él. En las confesiones, debe pasar por omnisciente á los ojos del neófito.

Un corpulento yumbo llamado Muro-Atalpa salia cierto domingo de la iglesia. «¿Te has confesado ayer? le pregunté.—Sí *(haré)*, me respondió.—¿Y qué te ha preguntado el Padre? El yumbo se echó á reir. «Me ha preguntado si habia robado. Yo le he dicho que no. Luégo me ha preguntado si me habia emborrachado, y le he dicho: *Taita*, bien sabes que estoy bor-

racho todo el año: ¿por qué me lo preguntas?» En seguida añadió: «Mi abuelo vivió borracho; mi padre lo mismo; yo bebo desde que fuí muchacho; ¿por qué no he de beber ahora?»

Esto es triste, pero lógico. El Padre impuso como penitencia á este pecador que entregara



Yumbos de la aldea de Tena pescando en el riachuelo del mismo nombre

al convento cuatro libras de pita: llámase así una cuerda muy fina que los indios hacen con fibras de maguey y que se venden á buen precio en Quito.

En suma, el yumbo de los valles cálidos se distingue del indio de las altas mesetas bajo el punto de vista moral, sobre todo por su alegría. Se rie de todo y por todo. Recibe alegremente los palos, devora alegremente limazas y sobre todo sapos, los cuales asa sujetándolos por las patas traseras, por cuya razon se dice de él que nada le repugna, nada le apena ni le asusta nada. Cuando come, cuando le duele algo y hasta cuando muere enseña los dientes, pero no de rabia, sino de risa infantil.

. . . .

El 30 de junio de 1880 tuvo el Cotopaxi una violenta erupcion: á continuacion copio las impresiones de que tomé nota aquel dia:

«Las doce. — Escribo en medio de la consternacion general, rodeado de una oscuridad casi completa, con una bujía encendida delante de mí. Hoy me ha despertado el ruido de un trueno lejano muy prolongado.

» A las diez, unos nubarrones de color azul plomizo cubrian las montañas por la parte del Noroeste. El rio Misahualli, que pasa á cinco cuadras (unos cuatrocientos metros) al noroeste de la mision, ha empezado á humear. Sobre los árboles de la llanura se ha formado una faja blanca de espesos vapores. Reinaba un silencio extraño; no se movia una hoja, ni cantaba un pájaro. Ha sobrevenido una oscuridad profunda. Las gallinas de los Padres se han subido en su percha para dormir; los grillos han cantado como á media noche. Entre tanto el cielo cambiaba de aspecto; las nubes se dirigian sobre nosotros; pero al medio dia se han desviado al sur. El barómetro, que á las nueve marcaba 700 milímetros, á las diez señalaba 700,25 para bajar luégo á 671,25. Los yumbos, que habian venido á escuchar la doctrina, están amedrentados, acurrucados ó sentados en cueros en el suelo.

» Las tres. — Resuena un cañonazo formidable. Calculo que de aquí al Cotopaxi median ocho leguas de distancia en línea recta.

» Las cuatro. — La lluvia, que ha durado veinticinco minutos, caia mezclada con cenizas, habiendo dejado un leve depósito de lodo negruzco. Continúa la oscuridad.

» Las ocho. — Ha aclarado el tiempo y me parece normal hace una hora. Todo el dia he sentido opresiones y dificultad en respirar. Geoffroy ha tenido un fuerte dolor de cabeza. Mis demás compañeros han experimentado tambien los efectos de la perturbacion atmosférica; pero ya ha pasado nuestro malestar. El termómetro, que á las tres marcaba 17° centígrados, no habiendo marcado nunca á esta hora ménos de 27°, está ahora á 21°,25.»

Archidona no es una ciudad ni siquiera una aldea, y sin embargo, despues de experimentar los efectos de una conmocion volcánica, he sido testigo de un movimiento social, de una revolucion. Segun parece, el Sr. Moran que se titula gobernador, no lo era en realidad. Viendo los Padres que empezaba á ejercer una autoridad bastante despótica, han querido desembarazarse de él, y convocando á los indios, les han explicado que ellos eran la única autoridad constituida en el Oriente, y que Moran no pasaba de ser un usurpador.

Los yumbos electores, en número de unos ciento, hombres, mujeres y *longos* (así llaman á los muchachos hasta la edad de diez ó doce años) han acudido á las siete de la tarde á esta reunion, que se ha celebrado en la iglesia, llevando cada cual una tea encendida. Al salir del ahumado templo, los indígenas han agitado sus teas para avivarlas, y aquellas lucecitas fatuas, semejantes á rubíes, han cubierto en un abrir y cerrar de ojos la plaza entera. Era una retreta original. Los insectos luminosos, atraidos por aquellos movedizos fulgores y estimulados por el humo, cruzaban el aire trazando curvas caprichosas. El pobre Moran, situado junto á mí en la galería y destronado sin combatir, meditaba sobre la vanidad de las grandezas humanas.

El 6 de julio me puse en marcha para el Tena, mision situada entre Archidona y el Napo. El rio Misahualli, que baña esta region, cambia de lecho á cada estacion de lluvias; sus guijarros

y sus arenas componen el terreno de la llanura, cuya tierra vegetal se han llevado las aguas. Los árboles que crecen en este suelo son por consiguiente ménos vigorosos, ménos frondosos que los de cualquier otro bosque equinoccial. Las colinas á donde no han llegado las avenidas están cubiertas de exuberante vegetacion, y descuellan como enormes ramilletes en medio de este paisaje encantador.

He llegado á Tena despues de ponerse el sol, durante el crepúsculo de quince minutos cuya trasparencia incolora precede á la noche en el Ecuador.

Antes de ser una mision, era Tena un caserío de salvajes; las casas están á orillas del rio del mismo nombre. Un español no hubiera escogido nunca esta situacion propicia. El P. Perez, *un castellano templado*, ha edificado la mision de Archidona; así es que ha designado por asiento de su vicariato el único sitio falto de agua que ha encontrado en toda la region. Por desgracia, áun cuando en esta latitud no hay agua corriente, la hay siempre estancada, lo cual no es precisamente una ventaja para la salubridad del terreno.

Me instalo en una choza abandonada. Una docena de yumbos se entretienen en el riachuelo que corre á veinte pasos de mi choza. Su piel rojiza chorrea, y reluce como el metal. Llevan una caña entre los dientes y se divierten pescando con las manos los pececillos que se agitan en el agua. Así que cogen uno, lo ensartan en la caña sin quitársela de la boca. Uno de ellos se acerca á venderme quince que pendian á ambos lados de su cara.

El rio Pano vierte sus aguas verdes en las azules del Tena, treinta metros más arriba de la aldea. La temperatura de las corrientes no es la misma, y no se mezclan sino á muchos centenares de metros más abajo.

La mision, vista desde la iglesia erigida sobre una pequeña eminencia, tiene la tranquila poesía de un caserío normando ó alsaciano: las chozas están diseminadas al azar entre verdes espesuras. Unas cuantas piraguas amarradas á los árboles de la orilla indican que están próximas las zonas en que los rios son navegables. La gran selva, con sus árboles inmensos de copas verde-azuladas ó amarillentas, ó de un color rojo escarlata, se dilata por la orilla derecha, limitando la escena que abarca la mirada del espectador.

Los doscientos ó trescientos yumbos que viven en esta aldea difieren de los de Archidona. Son más «salvajes» y han conservado mejor que los otros su porte natural franco y resuelto. Las mujeres no corren al acercarse los blancos ni los hombres afectan esa humildad desagradable de los indios mansos. Nos dieron la mano, nos pidieron cigarros y trajeron plátanos, huevos y yuca. Llevaban en las orejas cañas con la punta ricamente adornada de plumas de tucan. El resto de su traje era parecido al de los yumbos de Archidona.

Tuve que retrasar mi partida porque mi intérprete Pallarés se sintió acometido de una variedad de escorbuto que llaman en el país *huichi* ó *polillo;* abominable enfermedad en que entran en descomposicion, no las mucosas de la boca, sino las intestinales, y que ocasionan la muerte en dos dias. Los curanderos del país apelan á un remedio muy extraordinario para combatir el mal: hacen que los indios amasen jabon, pimientos aplastados, ceniza y polvo, é introducen esta pasta, trasformada en bolitas, en el cuerpo del paciente, pero no por la boca; además se propina al enfermo un cocimiento de verbena. Estos dos remedios ó la naturaleza

han salvado á mi intérprete; bien es verdad que ha necesitado una semana para poder dar algunos pasos tambaleándose. Tuvimos que hacerle llevar á hombros desde el Tena hasta las orillas del Napo.

Los indios saben fabricar angarillas excelentes: con bambúes de seis á siete metros de largo forman las dos varas, unidas entre sí con travesaños que sirven de asiento; y los piés del viajero descansan en una especie de estribo. Ocho indios levantan el aparato y se ponen en marcha á la carrera, manteniendo el asiento en posicion horizontal hasta en las cuestas, á cuyo efecto unos levantan los brazos y otros doblan las rodillas segun el grado de inclinacion del terreno.

En una jornada se puede ir del Tena al Napo, á la mision que lleva este nombre. Se cruza una hermosa selva y hasta la primera casa del puertecillo las ondulaciones del terreno son casi insensibles. Cuando llegamos, el caserío estaba abandonado, y así como en Archidona y en Tena, nos costó mucho trabajo encontrar remeros para el viaje, lo cual sólo me contrariaba á medias, porque habiendo terminado nuestra exploracion al través de las selvas, juzgué necesarios algunos dias de descanso ántes de emprender el trabajo hidrológico. El Napo arrastraba ante nosotros sus caudalosas oleadas por un álveo de ciento cincuenta metros de ancho y á unas mil leguas del Océano Atlántico.

A algunos centenares de metros de la aldea de Napo he tenido ocasion de trabar conocimiento con un verdadero ermitaño: es un norte-americano protestante, que vive solo desde 1854 en el Oriente del Ecuador. Le llaman master Jorge; frisa en los cincuenta años; y por consiguiente ha huido del mundo á la edad en que se suele entrar en él. Su rostro enjuto, y sus ojos tristes y dulces dan grande atractivo á su fisonomía; pero la sonrisa con que me recibió, por franca que fuese, no cuadraba con su gravedad.

Al llegar este yankee á Quito, compró al gobierno el terreno que ocupa, y provisto de herramientas de herrero y carpintero, vino á la region del Napo, y estableció un pequeño plantío de yuca, plátanos, café y cañas de azúcar; luégo reemplazó su choza con una casa, la única que hay en el Oriente del Ecuador: está construida con tablas y estacas: las puertas y ventanas giran sobre goznes, y toda la armazon es de esa hermosa madera del país que el sol ha bronceado, enrojecido como los mismos habitantes. La sala, con esos oscuros enmaderamientos, se parece al *parlour* donde los ingleses se reunen en familia todas las noches.

Los indios quieren mucho al solitario, el cual les compone sus herramientas cuando se les rompen, y sólo acepta escasas gratificaciones que le sirven para conservar su taller en buen estado.

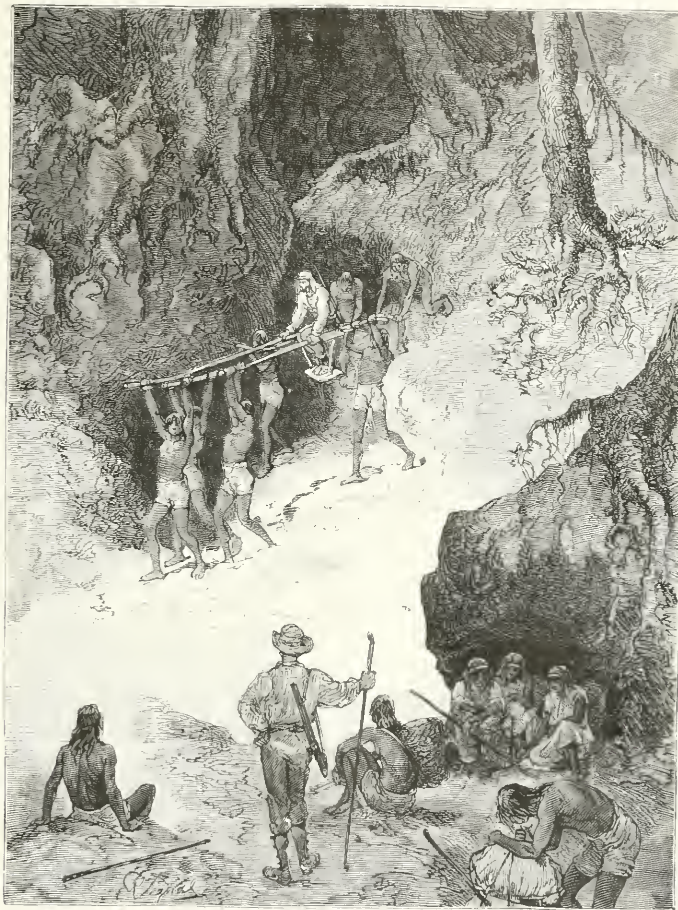
Cuando el P. Perez fué investido, en tiempo de García Moreno, del poder judicial y militar aparte de sus funciones religiosas, mandó trasladar á Quito á los colonos blancos que vivian en el Oriente. Master Jorge se resistió; recurrió al ministro norte-americano en Quito, y como sus títulos de propiedad estaban en regla, ganó el pleito.

Cuando ocurrió en 1877 la gran erupcion del volcan Cotopaxi, una terrible inundacion asoló el país, y la masa de los derrumbamientos acarreados por el Napo cubrió con una espesa capa de lodo de dos metros de espesor las plantaciones del pobre hombre. Sin desanimarse por esto empezó de nuevo su trabajo y su huerto ha vuelto á florecer.

—¿No echa V. nunca de ménos á los hombres? le pregunté.

—La naturaleza es buena, y me encuentro bien, me contestó. Cada cual se árregla como Dios le da á entender.

Me ha ofrecido algunos frutos con una cordialidad tan natural que me ha conmovido. En veintiseis años ha olvidado un tanto el inglés, pero habla mejor que muchas personas de mundo



Viaje en angarillas cerca de la aldea de Napo

el lenguaje del corazon, ese lenguaje que se expresa con un ademan, con una mirada. Desde que vive en esta region, escribe un diario de su vida y de los sucesos del Oriente. Me ha dado noticia de una porcion de detalles interesantes acerca del comportamiento de los blancos para con los indios: aquellos han inventado cierto sistema al que dan el nombre de *repartos*, que consiste en lo siguiente: la autoridad civil se provee de toda clase de objetos de pacotilla, y el domingo, cuando los indios van á misa, uno de sus agentes entrega á todo el que entra un paquete de cuentas de vidrio, cruces, telas de algodon, etc , diciendo: «A cuenta de esto me debes tres libras de pita; á cuenta de esto otro tres castellanos de oro en polvo.. » Como es

de suponer, en este bandolerismo no disimulado, no se pregunta al indio si necesita los efectos que se le obligan á tomar arbitrariamente; y como sólo de este modo se da salida á mercancías de municion y sobre todo á chucherías que carecen de utilidad práctica, se condena, propiamente hablando, á aquellos infelices á trabajos forzados: son presidiarios sin uniforme.

El funcionario que ha extremado más este singular sistema de administracion es un individuo llamado Víctor Guerra. El P. Perez consiguió atraer á su confesonario á este negociante-dictador, y le impuso por penitencia que declarara en plena iglesia, desde el púlpito, que el sistema de repartos era un robo. Los Padres levantaron acta de esta confesion y la enviaron á Quito, por lo cual Guerra fué destituido; pero esto no impide que continúe aplicándose su sistema.

En resúmen, las tres aldeas de indios que he visto ántes de emprender el descenso del Napo me han dejado la penosa impresion que produce un edificio apénas empezado y que se derrumba ya. No he encontrado en estos centros nacientes ni una poderosa iniciativa, ni un fin humanamente práctico, esas piedras fundamentales de toda sociedad que se quiere constituir sobre bases sólidas. Así fué que cuando tuve la suerte de disponer de las seis piraguas y de los remeros indios que necesitaba para bajar los raudales del rio, y cuando, listo ya todo, pude fijar la partida para la mañana siguiente, no tan sólo sentí una verdadera satisfaccion, sino como si me aliviara de un gran peso.

La primera jornada fué interesante en alto grado. A pocos kilómetros de la aldea, los fuertes desniveles de la corriente forman, en un espacio de unas dos leguas, unos veinte raudales, tres de los cuales llamados Cotos, Latas y Serafines, son de proporciones grandiosas. Logramos esquivar el primero, pues como la orilla izquierda presentaba un ribazo de rocas, los indios pudieron atracar ántes de llegar al paso peligroso, y amarrando las piraguas con cuerdas, las halaron desde las peñas, haciéndolas pasar así la fuerte corriente.

En el raudal de Latas, los escollos, diseminados por el lecho del rio, dividen la corriente en dos partes; á derecha é izquierda se forman dos inmensos remolinos con un ruido particular, y las olas azotadas dejan una especie de hueco al que vuelve al punto el agua lanzando espuma. El canal, profundo y potente, pasa con rapidez vertiginosa entre las dos capas de agua que á su derecha y á su izquierda se retuercen entre las rocas. Aquí es cosa de conducir las piraguas, que tienen de diez á quince metros de longitud, por dicho paso que cuando más será de dos á tres de anchura, y si uno de los remolinos coge la embarcacion por la proa ó por la popa, toda ella queda sumergida, siendo irremediable su pérdida.

Paréceme imposible que se pueda tener un golpe de vista más seguro que el de los indios bateleros. Puestos dos de ellos de pié á proa y otros dos á popa, provistos de las perchas, gobiernan la embarcacion con la precision más sorprendente; y ántes que el viajero pueda darse cuenta de la inminencia del peligro, está ya léjos de él.

En el raudal de Serafines, el rio forma una cascada propiamente dicha; una serie de peñas intercepta el rio de una orilla á otra, y esta serie, rota en el medio, presenta en cierto modo una brecha al través de la cual se considera el paso posible. Veinte metros más arriba de esta rotura, se atraviesa en el canal un enorme canto rodado, el cual impide que se gobierne en

derechura sobre la vía abierta; primero hay que esquivar el obstáculo, y en seguida impulsar la piragua con la mayor rapidez para hacerla salvar este mal paso.

La espuma llegaba amontonándose hácia el canal, y arrastrada como nosotros mismos en las aguas rápidas, se precipitó desapareciendo en las tranquilas, más allá de la cascada.

Las aguas del Misahualli desembocan en el Napo un cuarto de hora más abajo de Serafines. A partir de este punto, el rio es navegable.

Los bosques que cubren este terreno desaparecerán un dia ú otro y en su lugar se erigirá una ciudad. Las reatas de mulas cargadas de mercancías europeas para la Entre-Cordillera partirán de este puerto, y el camino de más de ciento setenta y seis kilómetros de longitud que unirá la capital con los llanos del Oriente, irá á parar á esta confluencia. Entónces, en vez de estos bosques silenciosos, ¡qué movimiento habrá en este ribazo convertido en un muelle! Mas ¡ay! ¡cuán lejano está este dia! Para producir semejante trasformacion, seria preciso que el país tuviera gobernantes vigorosos, enérgicos, activos.

Lo que hemos dicho de los Andes es aplicable tambien á los llanos orientales: esta region no pertenece todavía á nadie.

¿Qué son esos archidonas, los más «civilizados» de los salvajes, los dahuas del Napo, los ohas de Santa Rosa, los sunos, los zaparros y tantas otras tribus que ocupan esta admirable zona? Considerándolos con indulgencia, son hijos enfermizos de esa grande humanidad, que marcha, progresa y se eleva.

Cuando se ven de cerca esos pueblos, cabe dudar si el sistema exterminador del americano del Norte es en cierto modo la observancia de una ley, feroz quizás, pero ineludible. El yankee obedece á este axioma: la civilizacion necesita sitio, el trabajo necesita terreno; vamos pues á conquistar ese sitio, á tomar posesion de ese terreno: guerra sin cuartel á los matadores de oficio y afuera de nuevo los bárbaros!

Los salvajes del Ecuador viven todavía hoy como Dios les da á entender. Eligen sus jefes, plantan la *chacra* que les da la yuca y el plátano, cazan en *sus* selvas, pescan en *sus* rios, y viven con cinco ó seis mujeres propias, sin contar las ajenas. Y á pesar de esta libertad de accion, no hay nada que deje huellas de su existencia en la inmensa region que ocupan y de la que en realidad excluyen á las razas activas. Sin embargo, este país mereceria que se le aprovechase; las márgenes del Napo, ora llanas, ora ligeramente onduladas, se prestarian á los más fructuosos cultivos: una verdadera orgía de vegetacion llena estas inmensidades. A veces, cuando el rio se divide en muchos brazos, y se ve cómo se reflejan en el tranquilo espejo de sus aguas los enormes grupos de arboleda, no hay nada que pueda expresar la grandeza y la sosegada calma del paisaje.

El lecho del Hatun-yacu tiene, más abajo de los raudales, hasta trescientos metros de anchura. Esta cifra, como todos los datos relativos á la longitud del camino recorrido en las selvas, no está basada en modo alguno en valuaciones aproximadas. Me he esforzado en determinar mi itinerario todo lo exactamente posible. En estos últimos tiempos, ciertos hombres originales han inventado una porcion de instrumentos que inscriben de un modo mecánico automático el camino andado por tierra ó por agua. Sin embargo, he podido convencerme de

que si estos aparatos ahorran mucho trabajo al explorador, en cambio disminuyen las probabilidades de exactitud de los trazados.

Los viajeros han empleado muchas veces para medir las distancias recorridas á pié ó á caballo podómetros de varios sistemas; pero mi primera mision al Perú y Bolivia me enseñó á desconfiar de los resultados obtenidos con estos instrumentos, por lo cual adopté la determinacion de no valerme de ellos durante mi viaje al Napo, sino de medir mi camino por tierra. Con todo, en los accidentados terrenos que tenia que recorrer, el modo habitual de tender la cadenilla en el suelo me hubiera dado indicaciones inexactas: para evitarlo mandé construir estaquillas graduadas de madera, de un metro de altura, con un regaton puntiagudo de acero y un triángulo con plomada en su parte superior. Durante la marcha he hecho tender la cadenilla á la altura de las piedras ó de los troncos de árboles caidos que obstruian el camino, para cuya operacion me he valido de tres hombres que plantaban las estacas á cinco metros de distancia unas de otras: otro las recogia para llevarlas, de cien en cien metros, al primero. Cada estaca pesaba cuatrocientos gramos. Provisto yo de una brújula de alidada, anotaba las direcciones tomando por punto de mira las estacas del cadenero que iba á la cabeza.


Peinado de los yumbos ecuatorianos yendo de viaje.—De fotografía

Arriba y abajo de cada cuesta, inscribíamos la hora y las presiones barométricas y termométricas. (Merced á estos datos, y construyendo una serie de triángulos rectángulos, se puede determinar la longitud del camino y los desniveles del terreno.) Aparte de esto, siempre que nos era posible hacíamos observaciones con el sextante, obteniendo la medida de los ángulos esféricos por medio de un horizonte artificial. En mis cuadernos tenia además destinada una columna especial para las observaciones sobre el carácter topográfico de la region que lindaba con el camino.

Cuando nos hubimos embarcado, procuré darme cuenta de la longitud del camino recorrido haciendo observaciones simultáneas con la brújula y el cronómetro, compulsando la rapidez de la marcha por medio de una corredera especial y multiplicando las observaciones con el sextante y el horizonte artificial, estas últimas hechas en la orilla.

Las correderas comunes y las anotadoras mecánicas no pueden ser de utilidad en los rios; durante un viaje rio abajo estos instrumentos marcan la diferencia entre las velocidades de la corriente y de la embarcacion (en una balsa, el resultado da casi siempre cero); y cuando se remonta la corriente, estas correderas indican la suma de las dos velocidades.

Para obviar estos inconvenientes he hecho preparar para el viaje en balsa una cuerda de cien metros, y atado á un extremo de ella un plomo de cinco libras; á treinta metros del plomo he fijado un flotador; á diez metros de éste, otro, y á cincuenta, un tercero. Su manejo es muy sencillo. Un operador echa el plomo al agua, y la marcha del barco desenrolla la cuerda. En el momento en que el primer flotador cae al agua, el operador llama la atencion de su ayudante, el cual se pone á observar la aguja de segundos de un cronómetro. Cuando cae el segundo flotador, dice en alta voz *uno*, y el segundo operador cuenta los segundos hasta que su compa-

ñero le detiene gritando *stop* en el momento en que el tercer flotador, al caer al agua, indica que la embarcacion ha recorrido cincuenta metros.

En virtud de este procedimiento se conoce el tiempo necesario para recorrer dicha distancia. He formado una tabla de factores que marca el camino recorrido en una marcha de diez á treinta minutos para todas las velocidades desde uno á cuarenta metros por segundo. Escribíamos simplemente x segundos, lo cual nos permitia encontrar en esta tabla la distancia calculada de antemano, teniendo en cuenta el número de minutos trascurridos entre dos observaciones sucesivas.

Este medio de accion da el camino con gran exactitud, porque la corredera en cuestion crea un punto fijo, no sometido á la accion de la corriente. Sin embargo, si el peso de la balsa



Indios sunos cruzando el Napo en piragua

era suficiente para que la operacion de recoger esta corredera no influyese en nada en la marcha de la embarcacion, era de prever que no sucederia lo propio con una pequeña piragua, cuya rapidez varía con suma facilidad. Para evitar en lo posible toda probabilidad de error, mandé arreglar un centenar de correderas (que consideré como *correderas perdidas*), las cuales tenian en vez de cuerda un bejuco fino, y en lugar de plomo un saquito lleno de piedras. Desde el segundo flotador hasta la punta del bejuco, el número de metros estaba claramente determinado. Gritábase *stop* cuando el bejuco, enteramente desenrollado, se escapaba de la mano del observador.

Sin influir en nada en la rapidez de nuestra embarcacion, creé con este procedimiento un punto fijo y medí el camino recorrido.

Para averiguar la anchura de las corrientes, cuando no nos fué posible abordar á las más rápidas, me valí de un instrumento fácil de construir yendo de viaje. Supóngase un reportador fijo á una reglita, y en el centro de aquél un anteojo que giraba sobre un eje; un plomo sujeto debajo de la regla y una brújula unida á su extremo superior dan á este aparato una posicion vertical cuando se le suspende del dedo del observador.

He hecho medir en un punto determinado de las embarcaciones en que iba, la altura de mi vista sobre el rio, y por tanto sólo tenia que dirigir la visual á la línea en que el agua tocaba á la orilla. El ángulo indicado por este telémetro me daba el tercer elemento de un triángulo rectángulo, uno de cuyos lados me era conocido. Haciendo esta operacion sucesivamente por babor y por estribor, podia construir dos triángulos rectángulos cuyas dos bases reunidas constituian con mucha aproximacion la anchura del rio.

Aparte de estas observaciones, he hecho echar con frecuencia la sonda; al sondar, he mandado practicar cortes trasversales, y he continuado tomando nota de las presiones barométricas, y aún de la constitucion de las orillas, de la vegetacion, etc.

No cabe duda de que este trabajo dista mucho de presentar las garantías de exactitud rigurosa de un plano hidrológico ejecutado con todos los medios perfeccionados de que disponen nuestros ingenieros; pero lo juzgo suficiente para llenar el gran vacío que se nota en las cartas actuales de la region explorada.

En tales condiciones, el viaje en piragua no tiene nada de divertido. Para evitar los rayos perpendiculares del sol, hemos puesto en la embarcacion una especie de toldo. Este abrigo, que los indios llaman *pamacari*, no puede sobresalir de los bordes de la piragua más que unos cincuenta ó sesenta centímetros á fin de no desviar demasiado el centro de gravedad. La temperatura se mantiene bajo él á unos 35° por término medio: al sol ha llegado á marcar hasta 58°, y bajo este cielo abrasador, mis indios han remado desde la mañana hasta la noche sin cubrirse la cabeza con nada. Además, se habian rapado de un modo especial para este viaje, dejándose tan sólo sobre la frente un cerquillo que llegaba de oreja á oreja: el resto del cráneo estaba pelado, y segun me dijeron «así iban más frescos!»

Llegamos al caserío del Ahuano á las ocho horas de nuestra salida de la aldea de Napo. En las chozas no habia alma viviente. Por la tarde vino de su *chacra* un tal Flores, el único blanco de la comarca, y me dijo que encontraríamos la misma soledad en todo el camino. Como mis indios estaban pagados hasta Santa Rosa, resolví darles unos cuantos duros más para que me condujesen al Coca.

A la tarde siguiente nos acercamos al pueblo de los indios ohas, donde encontramos un pescador algo mestizo llamado Rodas. Quiso la casualidad que regresara de sus excursiones de pesca (las cuales duraban á veces dos ó tres meses) algunas horas ántes de nuestra llegada. Renové mis provisiones en su casa; me vendió pescados salados y plátanos y, mediante una gratificacion bastante razonable, me proporcionó indios para relevar á los de Napo.

Durante la primera jornada de viaje más abajo de Santa Rosa, gozamos del sorprendente espectáculo que se habia desplegado á nuestra vista delante de la vivienda del Sr. Rodas: al sudoeste estaba cerrado el horizonte por la cresta denticulada de las cordilleras nevadas que, pareciendo inflamarse al caer la tarde en el inmenso hornillo del sol poniente, formaban con sus líneas doradas el marco de un cuadro admirable.

No sé precisamente cuál de esos gigantes he visto; es posible que sean el Altar, el Antisana ó el Sinchilagua; pero falta saber si el lado opuesto de estas montañas, vuelto hácia Oriente, presenta los mismos contornos que su cara occidental, la que se ve desde la Entre-

Cordillera. Tan sólo dos cumbres son fáciles de reconocer: el Cotopaxi, con su majestuoso penacho de humareda, y el Sangay con su haz de fuego que por la noche le rodea de una aureola brillante. Por la parte de las altas mesetas, los Andes ofrecen el espectáculo de la más triste desnudez. En las tierras calientes, parecen descollar entre selvas maravillosas. En los valles altos la vegetacion está seca y agostada, y cuando el agua atraviesa estas regiones forma torrentes furiosos. Aquí, este rio ancho, tranquilo, que arrastra sus aguas entre márgenes floridas, da la idea de una dichosa fertilidad.

La embarcacion pasa con frecuencia por delante de espesuras de orquídeas ó de bosquecillos de jazmines, que perfuman la atmósfera en un trayecto de algunos centenares de metros: estos perfumes son verdaderamente embriagadores á la puesta del sol. A los indios les gustan mucho los olores fuertes, y usan collares de simientes olorosas. Miéntras aspiran con toda la fuerza de sus pulmones esta atmósfera que halaga su olfato, hacen chasquear la lengua contra el paladar, produciendo así, en señal de satisfaccion, el fuerte chasquido de un látigo. A veces no podia ménos de sonreirme al oir estallar en medio del silencio que nos rodeaba veinte chasquidos de estos, que harian emprender el galope á un escuadron de caballería.

En la orilla derecha del rio, y á unas ocho leguas del Ahuano, se halla la aldehuela de Suno. Llegamos á ella, y gracias á los regalos que distribuimos profusamente, pudimos contratar doce remeros que se comprometieron á reunirse con nosotros en el punto llamado la Coca, para construir allí balsas en las que pudiéramos ir en seguida hasta la frontera del Brasil. Cuando cerramos el trato con el gobernador, el único indio robusto de toda la region y á quien sus subordinados tenian un respeto casi supersticioso, este cacique reunió en la orilla toda su tribu y nos convidó á beber con nuestros futuros compañeros una bebida llamada *masato*.

El masato es una especie de cerveza hecha con yuca cocida á la que se agregan á modo de fermento unos cuantos puñados de yuca cruda que las mujeres mascan cuidadosamente. La saliva es el agente de fermentacion. Se deja reposar el masato sin añadirle agua, y envuelto en hojas impermeables, se conserva muchos meses. En el momento en que se quiere hacer uso de él, se toma un puñado de esta masa blanquizca, se la pone en una copa hecha de una cucurbitácea *(mate)*, se agrega agua, y en seguida se la exprime como una esponja; poco á poco sale de ella una materia lechosa, la mayor parte de la masa se disuelve y se tira la parte fibrosa. Prescindiendo de todo sentimiento de delicadeza europea, declaro que, á pesar del modo un tanto repugnante de preparar este licor, es una bebida muy agradable. No puedo decir otro tanto de la cerveza de *chontaruro*, solucion de hermoso color amarillo de oro preparado con el fruto de la palma chonta.

El jefe indio apuró la gran vasija sin respirar, cuidando de dejar unas cuantas gotas en el fondo del *mate*. Esta copa contendria lo ménos dos litros de masato; llenándola de nuevo me la entregó, y cuando vió que no tenia la intencion de beberme todo su contenido, me suplicó, con muchos gestos y ademanes, que no dejara de apurarlo, porque de ello dependia nuestra buena inteligencia durante el viaje.

En seguida le tocó la vez al subgobernador, y luégo á Geoffroy que, con gran contento de los indios, no sólo vació la copa, sino que pidió otra, y así se echó toda una ronda. Los indios

me pidieron tabaco y con hojas de maíz hicieron enormes cigarrillos. Sentados casi á la turca, con las piernas dobladas bajo el cuerpo, hombres y mujeres formaban un gran círculo, fumaban con gravedad, vaciaban aquella cubeta y aplaudian vigorosamente á los mejores bebedores.

El cacique me notificó á la mañana siguiente, ántes de mi partida, que sus hombres necesitaban seis dias para hacer el masato que pensaban llevar consigo.

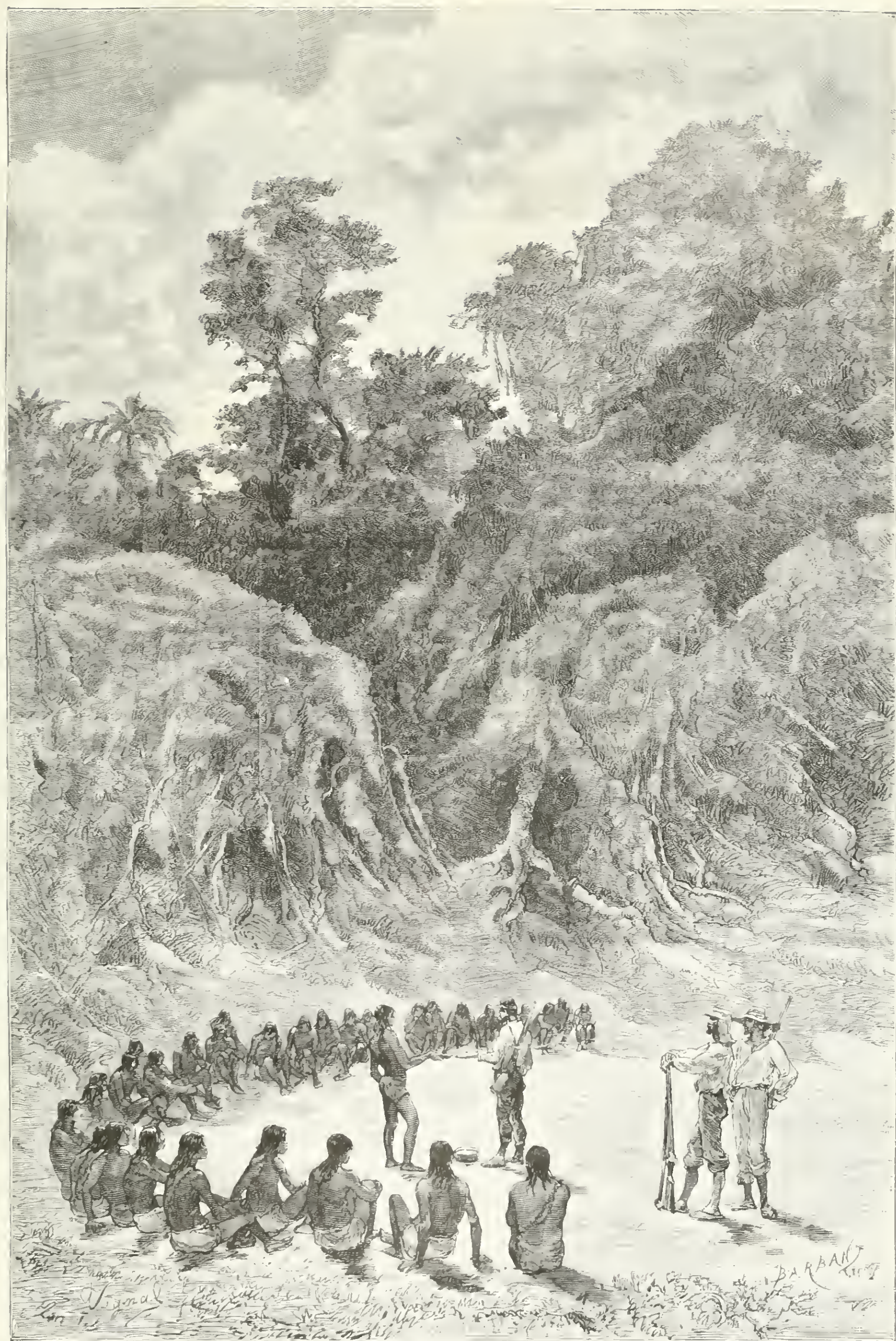
Cuando los yumbos van á emprender un largo viaje, no tan sólo preparan su alimento para la ida, sino tambien para la vuelta, que dura cuatro veces más tiempo que aquella. Entónces se hacen con mayor cuidado los preparativos, se miden con más precision los fermentos, y el embalaje impermeable es objeto de la mayor solicitud.

Tuve que aceptar sus condiciones. Habiendo partido de Suno á las nueve, cruzamos el pintoresco paso de *Sapaypunta* (punta del Diablo), y á las cuatro de la tarde llegamos á pocos metros de la confluencia de los rios Coca y Napo. La orilla derecha del rio se elevaba en aquel sitio unos diez metros sobre el nivel del rio; la vegetacion, quemada por los zaparros, aún no habia vuelto á brotar con fuerza, y era fácil establecer allí un campamento.

He permanecido quince dias en esta region, y he aprovechado esta detencion forzosa para hacer una excursion al bajo Coca. A la vuelta de este viaje de cinco dias, me instalé en mi choza, y me dediqué á calcular las observaciones científicas. Durante este tiempo, me sentí indispuesto, sin estar verdaderamente enfermo: hacia ya dos meses que no habia comido carne, ni pan, y mi estómago empezaba á protestar de esta abstencion.

He pasado allí largas horas de insomnio, durante las cuales oia, á pesar mio, el concierto nocturno. En mi lugar un músico de talento hubiera hallado la inspiracion de una maravillosa sinfonía: los «Trópicos», que haria juego con la «Pastoril.» Los efectos de orquesta de los animales que durante estas noches juegan, retozan, riñen, se quejan, cantan endechas amorosas, manifiestan su enojo ó entonan sus letanías, son sorprendentes. Los insectos producen al cruzar el aire el sonido del violin; las aves tocan la flauta, el clarinete y el oboe; los monos se encargan de ejecutar la parte de los trombones, y los sapos la de los tambores. La brisa nocturna hace los *crescendo* y los *rallentando*, y el azar los puntos de órgano. Cuando unos descansan, otros empiezan; son coros que se responden, fugas en que cada voz pertenece á uno de los músicos sin saberlo. La cancion de cualquier animal es corta, pero los ejecutantes de esta melopea incomparable son tan numerosos que la serie de los motivos formados por las mil canciones que se suceden al azar y se combinan armoniosamente es infinita.

Así es como he podido comprender el movimiento eterno, infatigable de la naturaleza vírgen, y por este concepto me ha parecido que la vida nocturna de las grandes capitales tiene más afinidad con el estado primitivo que las noches tranquilas de la virtuosa provincia. Un honrado pueblo que, despues de apurar á las diez de la noche su último bock de cerveza, dulce rocío nocturno, se pone á las diez y diez minutos su gorro de dormir y se entrega al sueño hasta la mañana siguiente, está únicamente aleccionado por su pereza á la cual llama virtud. Pero esas aglomeraciones de séres humanos que se llaman Paris ó Lóndres presentan con su hiper-civilizacion un espectáculo parecido al que ofrece la vida en la selva vírgen, vida



Tratado de ajuste con los indios sunos

sin descanso, sin eclipse y sin fin, en que el individuo vale poco ó mucho, pero cuyo concierto y conjunto tienen maravillosas armonías.

A los seis dias de nuestra llegada á Coca, llegaron los indios contratados en Suno con los materiales para la construccion de las balsas. Al punto se instalaron en la playa y pusieron manos á la obra; miéntras unos trabajaban, otros cazaban y pescaban. Por la noche, los ví regresar de sus excursiones; cruzaban el rio en una piragua de tres metros de largo, necesitando guardar una inmovilidad absoluta para no zozobrar. Los bordes de la embarcacion sobresalian del nivel del agua, y los bien formados contornos de los indios se destacaban con su color oscuro sobre la trasparencia del cielo. Aquel grupo inmóvil se deslizaba suavemente, como las figuras fantásticas del *Sueño de una noche de verano*, por las sosegadas y brillantes aguas.

De dia el astillero presentaba el más animado aspecto. Los unos reunian troncos de árboles, ligeros como corcho, para formar el pavimento de la embarcacion, con bejucos sólidamente amarrados á clavos de cincuenta centímetros de longitud; estos clavos son estaquillas de *chonta*, madera de hierro que entra fácilmente en los troncos de balsa, cuya conservacion es perfecta cuando están sumergidos.

La choza que se construye sobre la balsa se compone de delgados pilares hechos de la misma palmera que los clavos, hincándolos en los cuatro ángulos de la embarcacion á modo de columnitas de hierro. Un bastidor de bambú sostiene esta armazon por medio de travesaños, y todo ello se cubre con un techo de hojas de palma. El conjunto de esta pequeña arca dista mucho de presentar el aspecto de un barco. El interior, que se ve naturalmente desde fuera, es como el de cualquier vivienda de esta region. Lo ocupan maletas y grandes canastos que contienen nuestros instrumentos y las ropas que nos quedan; montones de hojas, con un lienzo echado sobre ellas, nos sirven de colchon, y estos primitivos lechos están resguardados por una mosquitera. El fondo de una canoa puesta á proa sustituye, en toda la anchura de la balsa, á las mesas de que carece; y las maletas constituyen excelentes asientos.

Mi tripulacion se componia en aquel momento de cuatro *poperos*, especie de timoneles, seis *hombres de proa*, y dos *canoeros* que por mañana y tarde ayudan á sacar la balsa á la corriente; durante el dia reman unas veces en la piragua grande y otras en la pequeña. Esta última es *mitayera* (la que lleva los víveres): y sirve además para llevar á los cazadores á tierra y traer su botin. La piragua grande estaba destinada á recorrer el brazo del rio; su estabilidad era bastante grande para que se pudieran hacer observaciones con la corredera y con la sonda.

Mi personal no era muy numeroso: habia despedido á Concha en Archidona; me quedaba el intérprete Pallarés, jefe de mis indios, y Geoffroy, que me auxiliaba en el trabajo de observacion, en el exámen de la brújula y en el mando; mi perro Pitt era guarda-balsa en jefe. Catorce indios completaban mi gente.

Las provisiones me parecian suficientes: sesenta racimos de plátanos, yuca para muchos dias, un quintal de sal, ocho mazos de tabacos, y el resto á proporcion. En cuanto á bebidas, dos damajuanas de aguardiente y una arroba de *huayusa*, que es el té ó la tisana del

país. De las provisiones que saqué de Quito, lo que no se habia comido, se habia podrido. A pesar de todas nuestras precauciones y cuidados, teníamos la ropa en el estado más lastimoso; las prendas mejor conservadas estaban llenas de manchas negras.

La mujer de un tal Rodriguez nos habia hecho en Archidona pantalones y blusas *(cotonas)* de lienzo azul, y nosotros nos habíamos arreglado unas gorras de piel de vaca marina y de tigrillo (gato tigre).

La marcha de Quito al Napo y las exigencias de la situacion nos habian por tal manera dejado sin la menor prenda europea, y acabamos por hallarnos en país salvaje vistiendo un traje absolutamente en armonía con él. Así he sabido, á costa mia, que cada zona impone al viajero, no tan sólo la alimentacion especial que conviene al que en ella habita, sino tambien el traje que debe caracterizarle.

La víspera de mi partida, el P. Tovia llegó efectuando su visita apostólica, y al punto recomendó á los sunos que asistieran á la misa que se proponia celebrar en el caserío abandonado de la Coca, á dos kilómetros de nuestro astillero. Yo tambien oí esta misa, que me ha dejado por cierto un recuerdo bien triste. Cuando un misionero que va de viaje cuelga su crucifijo del tronco de un árbol y hace que dos indios arrodillados sostengan un metro de percalina, y delante de este altar improvisado, bajo la bóveda de la selva, procede á celebrar una ceremonia religiosa, el espectáculo es de una grandeza y sencillez imponentes. Pero en una choza ruinosa, con las paredes llenas de rendijas y agujeros, y el recinto desigual, en la que nada impone respeto, la misa produce en los neófitos indios continuos bostezos que chocarian hasta al hombre más descreido.

IV

DEL COCA AL MARAÑON POR EL RIO NAPO

El 3 de agosto, mis balsas estaban listas y las chozas con su techo. Partimos el 4 á las diez y veinte minutos. Sobre nosotros ondeaba alegremente la bandera francesa.

Entre mis sunos y sus compañeras habia habido una escena de despedida tan lacrimosa como la de mis mozos de Papallacta; pero los indios olvidaron á los pocos minutos los sinsabores de la separacion, parecian contentos, y tocaban con astas de buey una sinfonía tan solemne como desagradable al oído.

A unos quinientos metros más abajo de nuestro campamento, pasamos por delante de la confluencia de los rios Coca y Napo. El tributario es más caudaloso que el rio en que vierte sus aguas. He conocido este torrente con el nombre de rio de Papallacta; más adelante, con el de Maspa; desemboca en el Quijos, forma el Maspaquijos, y engrosado con el Papallacta, constituye el Cosanga; en seguida toma el nombre de Coca hasta su reunion con el Hatunyaca ó Napo.

A partir de este punto, la orilla derecha del rio es ecuatoriana y la izquierda colombiana. Bogo en su parte media, pudiendo decir que navego entre dos aguas. Lo cierto es que los títulos de propiedad de estas regiones me parecen bastante problemáticos. Nadie posee algo

sino con la condicion de ejercer derechos de amo y señor, y hablando con propiedad jamás se ha hecho sentir en esta comarca la autoridad de ninguna de las repúblicas limítrofes. Así es que ni el Ecuador ni Colombia se han cuidado de levantar, tanto bajo el punto de vista geográfico como bajo el hidrológico, el plano de este rio, cuyo curso ofrece un interés político, por cuanto debe formar la línea fronteriza de ambos países.

Este trabajo hidrológico, una de mis principales preocupaciones durante mi viaje, presentaba por tanto un carácter de útil oportunidad. El comercio, lo propio que el individuo, no avanza con seguridad sino cuando conoce bien el camino que ha de recorrer.



Balsas y piraguas de la expedicion francesa

El lecho del Napo es de anchura muy desigual: tan pronto se ensancha, y entónces unas islas bastante grandes separan sus brazos, como se estrecha, y entónces sus aguas profundas corren presurosas hácia el punto en que las orillas se separan de nuevo y donde las olas descansan de su marcha precipitada y se encaminan lentamente al lejano Océano.

A las tres de la tarde nos arrastra una corriente bastante fuerte; de pronto la embarcacion recibe un choque violento, suenan crujidos y nos vemos encallados en las ramas de un árbol tendido en el rio. Cuantos esfuerzos hacemos para desprender de ellas la balsa son infructuosos, y en esto se hace de noche.

Sale el sol sin que me hubiera sido posible conciliar el sueño. A las cinco de la mañana emprendemos de nuevo el trabajo de salvamento: dos de las ramas mayores ceden á nuestros repetidos hachazos; la embarcacion se desliza sobre aquel arrecife de madera, y un minuto despues estaba otra vez á flote Despues de instalar un pavimento provisional, continuamos nuestro viaje.

Las orillas del Napo, llanas por lo comun, forman á veces ribazos de ocho á diez metros de altura. En las avenidas, sucede que la corriente arrastra una parte de este talud poblado de árboles; entónces estos se tumban; sus inmensas ramas, semejantes á los dientes de un ancla, se hincan en las arenas ó en el lodo del fondo, y el tronco intercepta una parte del lecho.

El 10 de agosto penetramos en un angosto recodo por el cual corrian las aguas con violencia. Uno de dichos derrumbamientos, ocurridos recientemente en la orilla izquierda, desviaba la corriente hácia la derecha. Por desgracia, otro derrumbamiento del mismo ribazo formaba una segunda avanzada cien metros más abajo. Nada más fácil para una canoa ó para un vapor que pasar entre ambos obstáculos; pero con una balsa, ya era otra cosa. Esta pesada embarcacion lleva en vez de timon dos remos demasiado pequeños para ofrecer gran resistencia. Los timoneles consiguen virar la balsa, pero á pesar de esta maniobra la embarcacion continúa, popa ó costado adelante, siguiendo la corriente en la cual está metida.



Campamento de zaparros en un arenal del Napo

Así fué que, no obstante los esfuerzos de mis hombres, nos acercamos rápidamente á un árbol enorme, de más de cincuenta metros de largo, tendido al través del canal. Nuestra balsa tropezó con el ramaje, y del primer choque destrozó parte de él; pero otras ramas más robustas detuvieron nuestra marcha; la choza en que nos cobijábamos cayó sobre nosotros, pues la violencia del abordaje fué tal que partió las estacas que sostenian el techo; la fuerza de la corriente rompió luégo las nudosas garras que nos habian retenido un momento, y arrastrando en pos nuestro por el agua la techumbre de nuestra choza, avanzamos á merced de las olas más de media hora.

Los dos remeros de proa se habian echado á tiempo al agua; de lo contrario habrian perecido estrujados entre las ramas y la balsa. Por otra parte, al caer la choza habia precipitado en el rio á uno de los timoneles, y los tres náufragos, aferrados desesperadamente al malhadado árbol causa del percance, contemplaban cómo huíamos rio abajo. Por fortuna este se ensanchó y la corriente no fué ya tan impetuosa. Geoffroy maniobró diestramente, y nos hizo fondear junto á un banco de arena. Al punto envié gente en auxilio de los indios que aguardaban en el árbol. Cuando regresaron, hice descargar la balsa, desmontar la choza arruinada, reemplazar todas la piezas rotas, y despues de nueve horas de trabajo, al izar de nuevo la

bandera en el mástil, pude aplicar á mi embarcacion la antigua divisa parisiense: *Fluctuat nec mergitur.*

A la mañana siguiente pudimos ponernos de nuevo en marcha, aunque algo tarde, y á las dos horas de navegacion pasamos por delante de Sinchi-Chicta. En la orilla izquierda habia unas cuantas chozas habitadas por una familia de zaparros, á quienes nuestros indios tienen por amigos.

En la tarde del mismo dia, los hombres de proa gritan: «¡Auco, Auco!» Con este nombre designan á los salvajes «infieles», es decir, á los indígenas no bautizados. Cogimos las escopetas y nos dirigimos en la canoa grande hácia el banco de arena del que salia una espesa humareda en medio de un campamento. Cada abrigo se componia de algunas hojas de palmera secadas por el sol; estas hojas estaban hincadas en el suelo, y doblándose bajo su propio peso, formaban curvas graciosas. A su escasa sombra, varias indias desnudas componian redes, atendian á sus hijos ó ensartaban simientes para collares. Los muchachos nos miraban abriendo mucho los ojos y sin dejar de mascar arena; estos infelices la tragan en cantidades considerables, siendo esta la causa de que tengan el vientre extraordinariamente abultado.

Algunos indios acudieron desde el fondo de la llanura. Eran los zaparros de Sinchi-Chicta, que nos recibieron muy bien. Toda la política de estas gentes consiste en dar á entender lo que les agrada de nuestro traje, y en pedir lo que les parece bonito ó útil. Dí á aquellos semisalvajes unas cuantas agujas y cuentas de vidrio, y quedaron tan satisfechos que nos prometieron reunirse con nosotros en la desembocadura del rio Ahuarico, á donde fuímos á pescar y cazar para completar nuestras provisiones que empezaban á agotarse. Cuando nuestro segundo percance habíamos perdido cierta cantidad de plátanos y de conservas. Volvimos pues á nuestra balsa, y los zaparros se quedaron contemplando cómo surcaba el rio, con una curiosidad y un asombro no disimulados.

Pocos kilómetros más adelante resonó el mismo grito de: ¡Auco! En la orilla derecha se elevaba una humareda. Saltamos otra vez á las piraguas, y á los diez minutos estábamos junto á la hoguera; pero no vimos allí chozas ni gente. Esta habia corrido á esconderse al vernos llegar, y no pudimos encontrar á nadie; pues la casa de estos indios es la selva, cuyas revueltas conocen. Al volver á la playa, de la cual nos habíamos alejado de doscientos á trescientos metros, sorprendimos á dos de los fugitivos, un hombre y una mujer. El hombre, enteramente desnudo, iba armado con dos lanzas de palma chonta; la mujer llevaba una especie de delantal de fibras vegetales llamado *yanchama.*

El hombre era raquítico y la mujer vieja y fea, y no trataron de huir. Adquirimos el traje completo de la india á cambio de un par de tijeras, con lo cual quedó muy contenta y sin sentir al parecer que la hubiéramos desnudado así. El hombre no quiso vendernos sus lanzas.

Estos indígenas pertenecian á la tribu de los piojes y se trasladaban á Yasuni, en donde habian sembrado, durante una excursion de caza efectuada tiempo ántes, un campo de yuca y de plátanos. Les invitamos á venir á bordo, pero se negaron á ello enérgicamente. Estos dos primeros salvajes que encontramos en nuestro camino eran de carácter muy apacible.

A las dos de la tarde avistamos la desembocadura del rio Ahuarico. Enfrente de este afluente se destacaban dos siluetas humanas en una ancha playa. Si en diez dias no habíamos encontrado alma viviente, el 13 de agosto, viérnes por más señas, el Napo estaba muy animado. En breve distinguimos unos treinta indios desnudos, acurrucados é inmóviles. Su piel morena se destacaba de un modo muy marcado sobre aquel suelo amarillento, y su sombra se proyectaba junto á ellos parecida á una mancha de tinta.

De pronto se levantó un indio muy corpulento, entró en una piragua y se dirigió hácia nosotros. Los sunos bautizados tienen la costumbre, cuando ven otros hombres ó cuando sospechan su presencia, de tocar sus *bogonas* ó trompas de asta de buey: es el toque de llamada de los cristianos y con gran sorpresa nuestra respondieron desde la playa á esta señal. Entre tanto nos acercamós á tierra, y los indígenas se echaron al agua para acudir nadando á nuestro encuentro. La piragua del primer indio abordó en esto á nuestra balsa, y vimos que aquel era un blanco casi desnudo. Al oir que yo manifestaba mi extrañeza á Geoffroy, se dirigió cortésmente á mí y quitándose el mugriento pedazo de fieltro que le servia de sombrero, me dijo en parisiense puro: «¿Cómo está V.?»

¿Cómo está V.? En la region del Napo no se saluda así: aquí el interlocutor más atento sólo sabria decir: *Imachina tiangi*. Aquel hombre que hablaba en francés me pareció mucho más asombroso é interesante que todos los salvajes indios reunidos. Un cuarto de hora despues estaba yo al corriente de su odisea: nacido en Madrid, hijo de madre francesa, se habia criado en Paris desde los ocho años de edad. Su padre, que era ingeniero, vino al Ecuador para construir por cuenta de una compañía inglesa el camino entre el Pallon (situado junto á la costa colombiana) y Quito. La compañía tuvo sus contratiempos y renunció á su empresa: M. Parys continuó la obra empezada y perdió en ella su fortuna. Cuando su hijo Miguel vino á reunirse con él, no tenia ya un céntimo. Acosado por la necesidad, el jóven se puso á dar lecciones de francés, luégo se alistó para buscar quinas (cascarilla), y por fin pasó definitivamente al Oriente para buscar fortuna. Mas careciendo de capital, no pudo proporcionarse trabajadores; por otra parte, dotado de cualidades artísticas más bien que de temperamento mercantil, tan sólo encontró miseria y sinsabores. Por último, despues de recorrer el rio Curarai, se halló como varado en este arenal, enfermo y muerto de hambre á consecuencia de aquel viaje. Reducido al estado de esqueleto, parecia un hombre de cincuenta años cuando apénas tenia veintiseis. Por espacio de seis meses no habia comido más que *papas del monte*, sin poder siquiera proporcionarse plátanos ó yuca. Tenia los piés hinchados, contrastando desagradablemente con la horrible delgadez de todo su cuerpo.

—Hé aquí toda mi fortuna, me dijo enseñándome su camiseta y su pantalon de lienzo que no le llegaba á la rodilla. Dícese que el hombre más infeliz encuentra siempre otro que lo es más que él: yo todavía no lo he encontrado, y sin embargo estoy contento. No tengo nada, ni siquiera deudas.»

Me fué simpático en extremo aquel pobre hombre que tan alegre y filosóficamente soportaba su miseria, y le propuse llevarle conmigo al Amazonas: una vez fuera de estas regiones extraviadas podria escribir á su familia residente en Francia, y de este modo saldria de su

espantosa situacion. Los indios que le habian acompañado al Curarai le querian y se despidieron cordialmente de él al saber que los dejaba.

Al dia siguiente muy temprano llegaron los zaparros de Sinchi-Chicta. Mis hombres pasaban el dia cazando y pescando en el rio Ahuarico. Este rio, de ciento cincuenta metros de anchura, tiene de tres á cuatro brazas de profundidad. Sus aguas límpidas, verdes, corren entre dos orillas inclinadas de tres á cuatro metros de altura por término medio. A dos jornadas más arriba está la laguna de Lagartococha, la cual comunica con una prolongada serie de lagos que forman una especie de canal natural, navegable por grandes piraguas y que establecen una vía de comunicacion entre el Napo medio y el alto Iza.

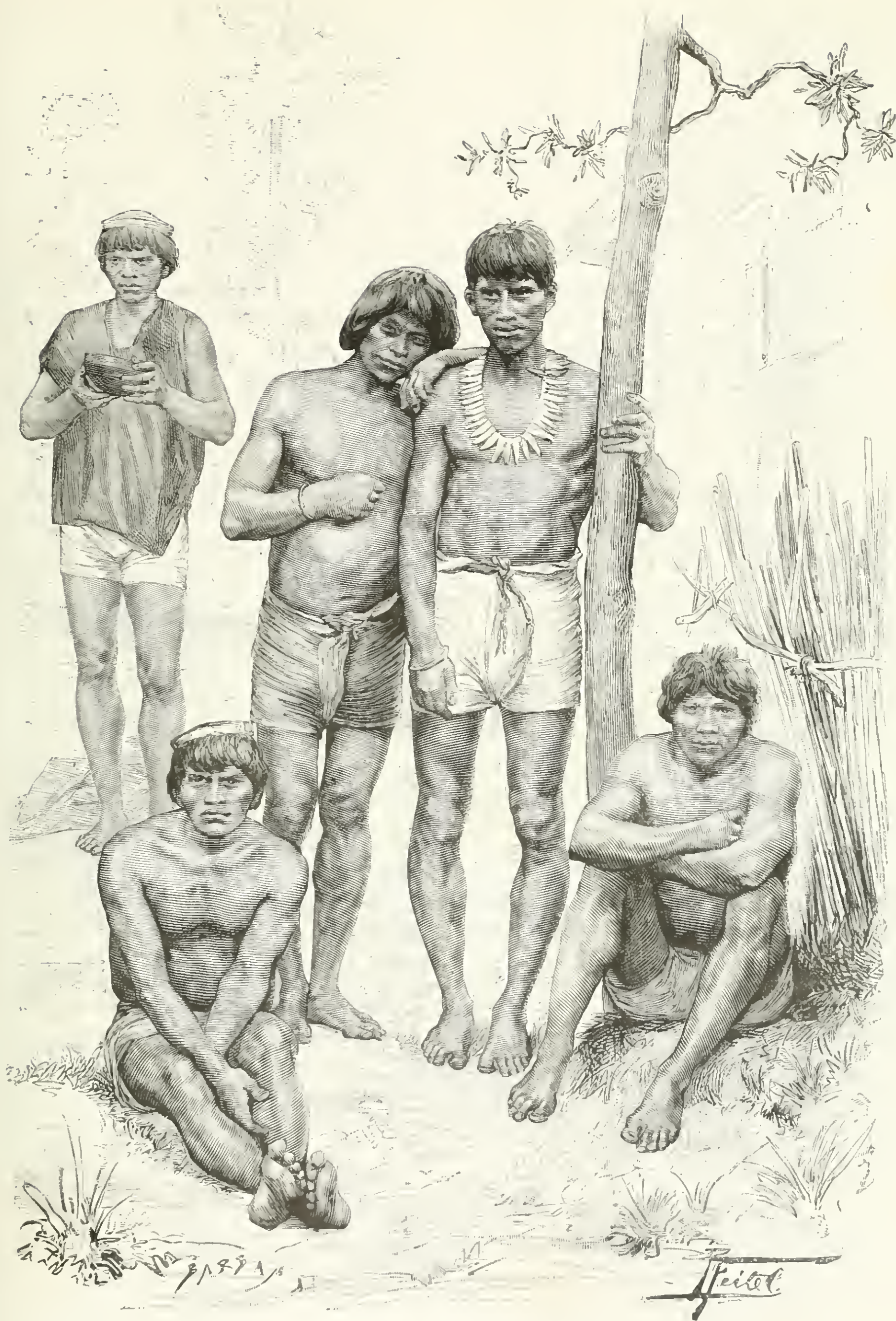
En el bajo Ahuarico hay mucho cautchuc y zarzaparrilla. Hemos cazado algunas buenas piezas, especialmente una onza, y la pesca daria fructuosos resultados, sobre todo en la laguna



Indios zaparros en la barra del rio Ahuarico

de Lagartococha, á juzgar por los que han obtenido mis indios. En estas aguas abunda un pez enorme que los indios del país llaman *peiche*, y que por lo comun pesa un quintal. Mis gentes han cogido uno, cuya carne salada y secada al sol pesaba cincuenta y cuatro libras. El gusto de esta carne, fresca ó salada, es muy agradable y se parece á la del salmon. Los indios ribereños son excelentes pescadores y manejan con perfeccion los tres instrumentos de su oficio: la red, el anzuelo y el arpon. Tienen redes de pita ó lica de una vara de ancho por veinte de largo, con las cuales pescan tanto de dia como de noche. Su arpon, que á menudo es de hierro, va sujeto á la punta de una vara de tres á cuatro metros, en cuyo extremo opuesto tiene una larga cuerda provista de un flotador de madera de balsa. El pez herido se sumerge, pero el flotador indica la direccion que toma y permite al cazador apoderarse de la víctima, cansada de una fuga inútil. Hay salvajes que no yerran un arponazo. Con el anzuelo, son tan heróicamente cachazudos como cualquier otro pescador de caña.

Por la noche, los zaparros de Sinchi-Chicta y los del Curarai que habian acompañado á Miguel Parys hicieron un pequeño simulacro de lucha con jabalina. No recuerdo haber pre-



Aborígenas del rio Ahuarico (De fotografía)

senciado un espectáculo más interesante ni tan soberbiamente salvaje. Aquellos hombres desnudos, flexibles como serpientes, ágiles como monos, dotados de fuerza poco comun, son maestros en los juegos atléticos. Formados en dos líneas de batalla cuyas alas se acercan, lanzan sus pesados dardos, de puntas no embotadas, con una destreza y una pujanza notables, cruzándose á veces veinte ó treinta en el aire. El indio á quien va disparada la mortífera arma, sigue su trayectoria con la vista, la esquiva en el momento en que va á herirle, coge el proyectil con certera mano, le da vuelta y lo dispara á su vez á su adversario. Este ejercicio de los esparciatas sud-americanos va acompañado de gritos de entusiasmo ó de cólera.

Las mujeres circulan sin temor en torno de los justadores y les presentan copas llenas de masato. Agregándose en breve la embriaguez alcohólica á la del placer y del juego, los gritos se convierten en aullidos, y el entusiasmo en rabia. El simulacro está á punto de degenerar en matanza, pero las mujeres se precipitan en lo más recio de la refriega y separan á sus compañeros.

Los zaparros han bebido durante y despues de su juego grandes cantidades de masato de plátanos verdes y de plátanos maduros. La cerveza de los primeros se hace por el procedimiento de la masticacion; la de los segundos, hirviendo el fruto y machacándolo en seguida. Apénas se hace fermentar esta bebida; conservada dos ó tres dias, adquiere un gusto agradable ligeramente ácido. Los zaparros beben tambien masato de yuca asada, el cual tiene un color de café con leche bastante parecido al del licor de plátanos verdes. El color de la cerveza de plátanos maduros es amarillo de huevo.

Aquel dia fué una verdadera fiesta: así es que terminó entrada ya la noche en completa orgía y ¡ay! derramándose sangre. El cuerpo de uno de los zaparros muertos yacía al dia siguiente en la playa, y sus compañeros lo echaron al agua sin revelar emocion alguna. Suscitóse una nueva discusion con motivo de las mujeres que un zaparro vigoroso se adjudicaba; y por fin, en medio de una gran baraunda, nos pusimos en marcha, y solos ya en aquel rio que se iba ensanchando más y más, recobramos nuestros hábitos de trabajo.

Al medio dia vimos un hermoso tigre tendido á orillas del rio: dormia tranquilamente y como pasamos á unos ochenta metros de él, Geoffroy le disparó un balazo, que le despertó; hizo un esfuerzo para levantarse, y volvió á caer. Al punto saltamos á las piraguas encaminándonos á la orilla; pero el animal pugnaba aún por levantarse: lo consiguió, y ántes que hubiéramos podido dispararle otro tiro, desapareció en la espesura.

La mitad de la caza que matamos se nos escapa. Muchos capibaras heridos en las márgenes del rio han caido al agua sin sernos posible recogerlos; bastantes aves muertas al vuelo han caido en la espesura, y algunos monos heridos han enrollado su cola á la rama de un árbol y han quedado muertos, colgados de este modo á alturas inaccesibles. Casi siempre tiramos á las aves al vuelo, procedimiento que deja absortos á los salvajes.

La *bodoquera* (cerbatana), de que se sirven los indios con rara habilidad, tiene sus ventajas y desventajas comparada con la escopeta. No se puede disparar á la pieza sino cuando está parada; en cambio, como no se hace ningun ruido con ella, si se encuentran muchos animales en un mismo árbol, se les puede matar sucesivamente. La detonacion del arma de

fuego introduce la alarma en la caza, siendo muy raro poder tirar á dos piezas una tras otra. Por lo comun el indio procura disparar en direccion vertical. La longitud (de tres á cuatro metros) del tubo de madera de palmera explica por qué es así el tiro más seguro que si se apuntase horizontalmente. El punto de mira de la bodoquera consiste en una esquirla de hueso muy inmediata á la boca del cazador. He visto monos que miraban con curiosidad el arma que se les apuntaba lentamente, y que recibian la flecha envenenada sin conocer el peligro que les amenazaba.

La caza más fácil en estos sitios es la de una especie de mono llamado *coto*. Estos similihombres, con su cara de lord inglés rodeada de una barba rojiza á modo de collarin, hacen un ruido ensordecedor, oyéndoseles á más de media legua de distancia. Con sus gritos guian al cazador hasta ponerse á tiro, y aprenden por su mal y sobrado tarde que el silencio es oro. La ignorancia en que se hallan de esta verdad añeja me ha valido muchos y muy hermosos ejemplares para mis colecciones y algunos asados sabrosos, cuya trabajosa digestion deja siempre en la boca un sabor amargo como un disgusto ó un remordimiento.

Seria interesante hacer algunos estudios gastronómicos sobre la cocina del país. Los ribereños, cazadores de dia y pescadores de noche, condimentan *ollas podridas* compuestas de todos los productos de su actividad. Hé aquí lo que mis hombres echaron ayer en su olla: huevos de tortuga, una raya, una docena de peces de los llamados «boca chica,» dos sapos, dos grullas, una cola de caiman pequeño de vientre blanco, yuca, plátanos, pimiento *ají* y sal. Han comido todo esto con muy buen apetito, y yo he tenido la curiosidad de probar el caiman. La carne de este reptil es blanca y trasparente como la de un pez, pero más dura; despide un olor de almizcle que no se percibe tanto cuando se ha mudado dos ó tres veces el agua en que se la cuece.

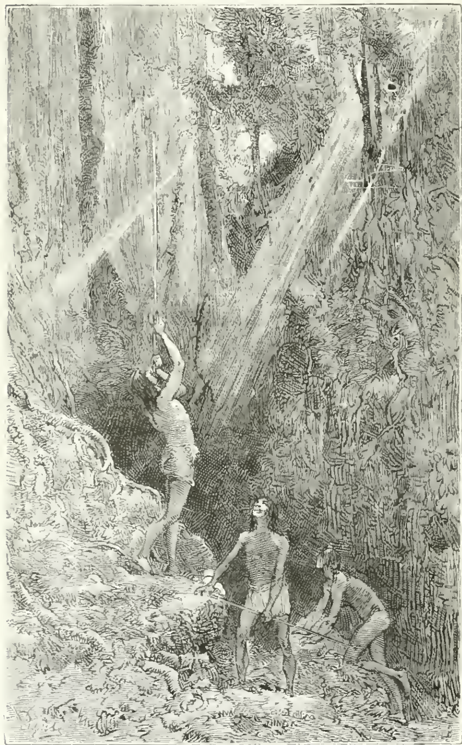
El 18 de agosto dimos á los remeros un capibara que cazamos. A las seis de la tarde fondeamos á diez pasos de un arenal, y al punto encendieron los indios una hoguera y se pusieron á asar el animal.

El cielo se habia cubierto de negros nubarrones, y los relámpagos iluminaban á cada momento el horizonte con sus fulgores morados, rojos y amarillentos. Sopló el viento haciendo oscilar la llama de la hoguera de la cual se escapaban unas veces bocanadas espesas de negruzca humareda, y otras rastros luminosos de chispas. Los indios desnudos, acurrucados junto á la lumbre ó de pié, se preservaban de su excesivo calor con algunos trapos. Sus cuerpos cobrizos se esfumaban en la sombra, y de vez en cuando el resplandor de los relámpagos marcaba con toda claridad sus siluetas. A los pocos minutos la tormenta pasó sobre nuestras cabezas. Un relámpago monstruoso, una inmensa bola de fuego de la cual salian sinuosos rayos en todas direcciones, rompió algunos árboles de la orilla opuesta. En seguida sobrevino la lluvia: un torrente vertical que se mezclaba con el rio horizontal. En un abrir y cerrar de ojos se nos apagaron el fuego y los cigarros, y los indios, refugiados en la balsa, se comieron alegremente el capibara medio crudo.

Los sunos suelen retirar los manjares del fuego cuando el agua empieza á hervir ó cuando la llama ha tostado apénas las carnes que asan.

Los dahuas y los ohas se distinguen esencialmente de los indios de las altas mesetas. Aquellos son tan joviales como estos tristes y hoscos: se rien de todo y por consiguiente están siempre riendo, pero con esas carcajadas tontas á la vez que divertidas de los payasos de los circos, con ese relincho humano que divierte hasta á los caballos. Pláceme verme rodeado de gentes cuyo buen humor é indiferencia prueba que no hay maldad en ellas.

Cuando el indio cae enfermo se aflojan todas las fibras de su sér. Privado hasta de la menor fuerza de resistencia, su cobardía ante la enfermedad es extraordinaria. Cuando en las tribus de los dahuas y los ohas se presenta la viruela, ó el catarro en la de los zaparros, al punto emigran las tribus enteras: la madre abandona á su hijo atacado del mal, el hijo huye de su padre moribundo, y cúantos se han librado del contagio se alejan con una precipitacion que revela su natural egoista.


Sunos cazando con cerbatana

Si los indios tienen tanto miedo á la enfermedad, en cambio no son muy respetuosos con los muertos. Ninguna ceremonia, ninguna demostracion prueba en aquellos un cariño verdadero, un sentimiento afectuoso, un ligero recuerdo. Cuando algun indio muere á consecuencia de una desgracia ó de una enfermedad conocida y no contagiosa, se abre un hoyo al pié de un árbol y se echa en él su cadáver cubriéndolo apénas de tierra; todo esto sin lágrimas ni lamentos. El padre que entierra á su hijo hace que le ayude su mujer. Despues de la inhumacion, beben, se acuestan, y la naturaleza, impasible ante la muerte, empieza de nuevo su obra de creacion.

Acerca de este punto, debemos hacer una excepcion: los archidonas, antiguos súbditos de los incas, han conservado al parecer la costumbre secular del embalsamamiento. Dan á los muertos la postura encogida de las momias peruanas, y no sabiendo construir mausoleos como los habitantes de la costa ó de la Entre-Cordillera, conservan las momias en sus casas, colgándolas del techo como nosotros colgamos los jamones. Alrededor de estos restos humanos, atan los manjares predilectos del difunto. Los sunos me lo han contado así, y como no tienen inventiva alguna ni saben decir más que lo que han visto muy bien, no una, sino muchas veces, creo que lo referido es cierto. Por lo demás, parece natural que se haya conservado una costumbre tan antigua.

Al sur de Pahola-Cocha encontramos una *chacra* de salvaje abandonada; debe haber



Simulacro de combate entre dos tribus de zaparros (De fotografía)

pertenecido á algun mísero *pioje* muerto por un *aushiri:* allí hemos recogido plátanos que han completado afortunadamente nuestras provisiones.

Causará sin duda extrañeza el oirme hablar tan á menudo de falta de víveres, lo cual no sorprenderá á los que conozcan un poco á los indios. Estos hombres no comen; devoran. Dícese de ciertas gentes que «tienen un agujero especial para el vino.» Los indios tienen un abismo especial para los comestibles, y tanto que no acierto á comprender dónde les cabe todo lo que tragan. Tambien son grandes bebedores, y además de las cervezas indígenas, les gusta sobremanera el aguardiente con que se les quiera brindar, por malo que sea.

Durante mi expedicion, he logrado formar un pequeño vocabulario zaparro: hoy es un documento etnográfico; mañana será algo como arqueología ó más bien filología del pasado, porque el progreso borra rápidamente de la superficie de la tierra estas razas atrofiadas. He procurado figurar la pronunciacion con las letras de nuestro alfabeto y los sonidos que conocemos; pero no es posible escribir ni dar idea exacta del efecto producido por estos vocablos cuando los zaparros ó los mauntos los pronuncian. Apénas mueven los labios; las palabras pasan por la nariz, lo cual da á toda la lengua un carácter nasal: por ejemplo, esta tribu de los mantos ó mauntos tiene en su nombre una especie de *n* nasal poco perceptible. Parece además que toda la tribu cecea: la *ch* ó *tch* no es clara y se parece á la *tz*. En cada palabra se oye como una especie de punto de órgano, y esta exageracion de una larga, hace las breves del mismo vocablo casi mudas. Las líquidas *l* y *r* se confunden, y la misma palabra, pronunciada por dos individuos, parece contener tan pronto una como otra.

No creo que este vocabulario completo llegue á mil palabras. El horizonte intelectual de los zaparros es tan limitado, que su numeracion no pasa del número cuatro; su nomenclatura se reduce á los nombres concretos, á las designaciones de objetos de uso familiar. Si se forma el vocabulario de las cosas que hay en alguno de nuestros aposentos, desde el picaporte hasta la cortina de la ventana, se verá el gran número de voces necesarias para enumerar el contenido de una habitacion civilizada. Pero las viviendas de estas tribus nómadas se componen de unos cuantos juncos en los cuales se apoyan hojas de palmera. Comparado con ellas, el nido de un ave es una obra maestra de arquitectura. ¿Qué mueblaje puede haber bajo tan mísero techo? El zaparro duerme sobre el suelo desnudo, á la intemperie, sin abrigo alguno: todo su vestido consiste en un cordel de un uso particular. Las mujeres llevan á veces una *yanchama*, ó sea un tejido cuadrado de fibras de palmera. Las piraguas de los yumbos, de treinta á treinta y cinco centímetros de anchura, no contienen absolutamente nada. Su vocabulario se completa con los nombres de los animales que persiguen y de las armas de que se sirven. Esta lengua, que comprende los objetos de sus constantes preocupaciones, casi todas sus ideas, no puede ser más rica que su miseria.

Practican la poligamia, y no demuestran cariño ni á sus mujeres ni á sus hijos: la naturaleza se manifiesta en esto en su expresion vírgen, es decir, egoista.

A los ocho dias de haber dejado el rio Ahuarico, estábamos á la vista del Curarai. Parys, que casi se habia repuesto, me refirió su última expedicion. El conocimiento de esta comarca era el único fruto que sacó del terrible viaje en que estuvo á punto de perecer.

Las observaciones que me ha comunicado completan las que yo he recogido sobre el Napo. El Coca, el Ahuarico y el Curarai son los grandes afluentes del Napo, uno de los veinte ó treinta gigantescos tributarios del Amazonas. El Napo tiene con frecuencia más de tres kilómetros de una á otra orilla, sobre todo cuando rodea algunas islas: su brazo principal llega á veces á dos kilómetros y su profundidad excede de veinte metros en ciertos puntos. Al decir esto sólo me refiero á la estacion seca. ¿Qué superficie no ocupará cuando su caudal aumenta en invierno, cuando ensancha su cauce y arrastra dobles ó triples masas de aguas hácia el rey de los rios, el Amazonas?

No es posible figurarse el aspecto tranquilo y apacible de esta vasta region. Los terrenos accidentados, los países montañosos tienen en cierto modo un aspecto alarmante. En otras partes, las crestas que recortan caprichosamente el horizonte, la tierra con sus desigualdades parecen rompientes petrificadas. Pero aquí las líneas son armoniosas: las inmensas llanuras, las suaves colinas pobladas de árboles se destacan finamente denticuladas sobre el cielo. La tierra se ha aplanado como el nivel de un líquido cuando cesa de hervir.

En Europa, el reino vegetal no hace más que completar, para las necesidades de la vida humana, los reinos mineral y animal. Aquí la selva da en abundancia frutos que reemplazan á los productos que sacamos de los animales ó del seno de la tierra. Aquí se encuentra la *palta* ó *almacate*, esa manteca vegetal; la leche vegetal, el marfil vegetal, la cera vegetal, el algodon, esa lana vegetal, y el *uctu* ó seda vegetal: hay en fin maderas que por su gran dureza, merecerian el nombre de hierro vegetal....

.... Acabamos de pasar por delante del Tamboryacu, y como se tiene por feroces á las tribus salvajes que viven á orillas de este rio, mis remeros, poco ganosos de trabar conocimiento con ellas, han fingido que no podian atracar á un arenal situado dos kilómetros más abajo. Eran cerca de las seis de la tarde; pocos minutos despues navegábamos en la oscuridad más completa, y si es ya difícil bajar de dia por el Napo en una pesada embarcacion, cuando se ven todos los obstáculos, calcúlese de noche lo que será. A las siete y media sentimos un choque seguido de un crujido siniestro; como á causa de la oscuridad no podíamos ver en donde nos habíamos enredado, dejamos obrar á la corriente. La fuerza del agua empuja la balsa. ¿Quién será más fuerte, la balsa ó el árbol atravesado en nuestro camino y cuyo ramaje nos detiene? Nos inclinamos á la izquierda y el agua nos invade violentamente. Esta situacion crítica dura más de cinco minutos. El árbol se rompe, pero tropezamos con otro: ¿será que la extremidad de una isla se ha derrumbado en el rio?

La choza de la balsa, golpeada tan pronto por un lado como por otro, parece próxima á deshacerse: los bejucos y cuerdas con que están amarrados los clavos y el techo se estiran y se rompen, y los apoyos salen de las junturas. Hacemos un postrer esfuerzo, destrozamos algunas ramas y seguimos navegando tranquilamente.

La luna sale é ilumina el rio. Los indios cogen sus remos, y media hora despues estamos fuera de peligro. Nuestra embarcacion ha quedado bastante estropeada; pero bastarán algunas horas de trabajo para remediar las averías y unas cuantas horas de sol para secar nuestras ropas.. . . . .

Si èstas páginas contienen pocas descripciones, consiste en que el país casi no cambia de aspecto á pesar de su esplendor; siempre bosques orlando una majestuosa sábana de agua. Describir la variedad infinita en esta inmensa monotonía es más bien tarea del naturalista que del geógrafo ó del viajero.

El Napo forma *cochas* ó lagos á derecha é izquierda. Los indios no conocen las fuentes de estas lagunas que á veces tienen muchos kilómetros de longitud. Sin embargo, la formacion de estas cochas me parece muy explicable. El declive del Napo, á partir del rio Coca, es por decirlo así, insensible; y por lo tanto es natural que sus aguas se extiendan y formen depósitos en los terrenos llanos, que aumentan ó disminuyen al variar el nivel del Napo segun la época del año. La abundancia de caimanes que pueblan estas enormes charcas es un indicio de que en realidad son aguas estancadas, y la muchedumbre de ranas y sapos prueba que el fondo es pantanoso. Los salvajes no viven nunca en las orillas de los rios, por temor á las calenturas, al paso que se puede vivir en las márgenes del Napo, que por lo general son sanas, aunque en algunos puntos muy molestas á causa de los mosquitos. Por este concepto, nuestra situacion es insoportable; vivimos en medio de una nube de tabaco, lo cual no ha impedido que Geoffroy y yo tengamos manos, piernas y cara llenas de picaduras, que se han convertido en llagas y luégo en úlceras de supuracion, las cuales nos causan dolores indecibles.

Como los indios tienen la piel curtida, no padecen tanto porque sus úlceras no supuran; pero las moscas los respetan tan poco como á los blancos, y como donde el *arenillo* ó el *jejen* ha picado se forma un pequeño depósito de sangre debajo del dermis, en pocos dias esos hombres se han puesto atigrados y luégo enteramente negros. De noche duermen bajo mosquiteras de dos metros de largo por sesenta centímetros de ancho y cincuenta de alto: estas tiendas, que tienen las dimensiones de un ataud, son de telas bastante gruesas de todos colores, llenas de dibujos, los unos indígenas y los otros europeos. Dos ramas atadas al través sostienen la mosquitera en toda su anchura; y dos remos hincados en la arena á la cabecera y á los piés completan el armazon primitivo de ese abrigo.

Cuando, durante las noches serenas, los indios duermen en la playa, el campamento presenta un aspecto pintoresco: creeríase uno trasportado á un tiempo que ya pasó. Esa balsa con su choza, esas piraguas con sus *pamacaris*, esos hombres morenos que van y vienen medio desnudos, esas diez ó doce tiendas pequeñas que rodean las más grandes de los blancos; las carabinas por un lado, las lanzas y cerbatanas por otro; la hoguera al aire libre, las ollas que hierven y susurran alegremente; ese rio imponente, esas selvas profundas, ese cielo ora azul, ora amenazador, todo esto forma un espectáculo sorprendente.

25 de agosto.—Acabamos de topar con una tribu de piojes-cotos. Al pronto se han presentado en número de cuatro ó cinco en la orilla derecha, mas á los cinco minutos eran ya unos treinta, seguidos de algunos perros. La orilla del Napo en este sitio estaba formada de un talud de cuatro ó cinco metros, lleno de árboles de los que pendian bejucos y enredaderas floridas; y los hombres, las mujeres y los niños enteramente desnudos, de piel casi blanca, con sus largos cabellos negros cortados en la frente, y rodeados de ramaje, se destacaban graciosamente sobre el fondo oscuro de una muralla de verdura.



Encuentro de indios piojes-cotos á orillas del Napo

Acudimos á su encuentro en la piragua, y nos vieron llegar sin manifestar temor alguno. Esta tranquilidad da á la desnudez un carácter casto. A cambio de unos cuantos cuchillos, nos cedieron lanzas envenenadas, y por varios pañuelos, nos condujeron á su choza, situada en la orilla izquierda, á doscientos metros del rio. Esta vivienda tenia unos cuarenta metros por treinta, y el punto culminante del techo estaba á diez metros del suelo.

Habia en ella unos treinta cotos que nos rodearon. Son hombres de hermosa raza, altos, de formas y movimientos airosos. Tienen la nariz recta, la barba redonda, la boca grande, pero bien hecha, y la dentadura blanca y hermosa. Hube de sacrificar algunos pañuelos, para llevarme en cambio una hamaca de chambira: no es una red como las de los zaparros, sino que sus cuerdas están sujetas con bandas tejidas en la misma materia.

Estoy seguro de haber comprendido que uno de ellos me ha ofrecido por mi cortaplumas su hijo, hermosa criatura de diez años. He creido inútil cerrar este trato.

Estos indios tienen en las orejas agujeros en los cuales se meten taruguitos ó rodajas hasta de quince centímetros de diámetro. Estas rodajas son blancas, muy ligeras, no sé si de madera de balsa ó de corcho. Es de advertir que el borde inferior de este adorno llega al extremo exterior del hombro, y que la rodaja sólo está sostenida por una delgada tira de carne, trasformacion extraña de los lóbulos de la oreja.

Los piojes-cotos nos siguieron por espacio de una hora en dos piraguas sin atreverse á venir á bordo; luégo se volvieron y nosotros proseguimos nuestra marcha al sudeste sin otro incidente.

Esta sucinta reseña demuestra que es muy difícil, cuando no imposible, reunir en estos sitios una gran coleccion etnográfica.

27 de agosto.—Henos en Tutapicheo. Los habitantes son indios emigrados de las misiones del alto Napo; se han agrupado en torno de un tal Jara, que los emplea en la explotacion del cautchuc, de la zarzaparrilla y del marfil vegetal. Este amo les ha enseñado el principio de toda civilizacion: el valor del dinero, remuneracion del trabajo. Han renunciado á pintarse la cara y el cuerpo, no llevan collares ni brazaletes, y han adoptado un traje á propósito para su ocupacion.

Una de mis balsas ha recibido tales choques que es imposible componerla sin perder mucho tiempo. He instalado pues mis instrumentos y fardos en una gran piragua que me ha alquilado un indio por unos cuantos duros y que tiene quince metros de largo por uno de ancho.

En la noche del 28 de agosto, hemos estado expuestos á perderlo todo á causa de un incendio. A bordo tenemos una cocina: consiste en una caja de madera, llena de arena, y sobre esta algunas piedras para sostener las ollas. Pues bien, contra todas las leyes de la física, el fondo de la caja ha empezado á arder, y los indios, en lugar de apagar el fuego, se han echado al agua como si ellos fuesen los que se quemaban. Parys, Geoffroy y yo, auxiliados por Pallarés y Francisco, hemos conseguido extinguir pronto el incendio.

30 de agosto.—Estamos en Masan, pueblo que se compone de la cabaña de un indio; de vez en cuando, este cambia de residencia, y Masan cambia por consiguiente de situacion. Este

hombre es más poderoso que el gran rey, que hizo inútiles esfuerzos por trasladar Paris á Versalles.

Digamos de paso una palabra acerca de un accidente que no ha tenido consecuencias. Un alacran ha picado á uno de mis indios cuando estaba arreglando la leña para encender fuego. Segun aseguran las gentes del país, esta picadura es siempre mortal. He sajado la herida con un bisturí y la he lavado varias veces con álcali. El indio ha prorumpido en alaridos de dolor, y sus compañeros me han suplicado que le dejase morir en paz, mas yo, por toda contestacion, he seguido lavando la herida á más y mejor. El indio se ha dormido al poco rato, ha estado dos dias entorpecido, y hoy disfruta de tanta vida como yo.

Es frecuente decir que los indios conocen plantas maravillosas, productos vegetales de extraordinaria virtud curativa.. Esto no es cierto; ni siquiera conocen los más rudimentarios medios de curar. Cuando les aqueja alguna enfermedad, excepto la viruela, las fiebres ó el catarro, dicen que están hechizados; el enfermo designa al que le ha dado hechizos, y sus amigos matan al malhechor, de suerte que la famosa cura india mata dos individuos en vez de sanar á uno.

Los autóctonos, sea dicho entre paréntesis, creen en los hechiceros, pero no en las hechiceras.

En cuestion de plantas medicinales, sólo hacen uso de la zarzaparrilla, hirviéndola y componiendo con ella una tisana. Los indios del alto Napo toman *huayusa*, infusion amarga, diurética y por consiguiente muy higiénica en estos climas.

Los cotos conocen perfectamente el cautchuc, sirviéndose de él para hacer trampas para coger pájaros.

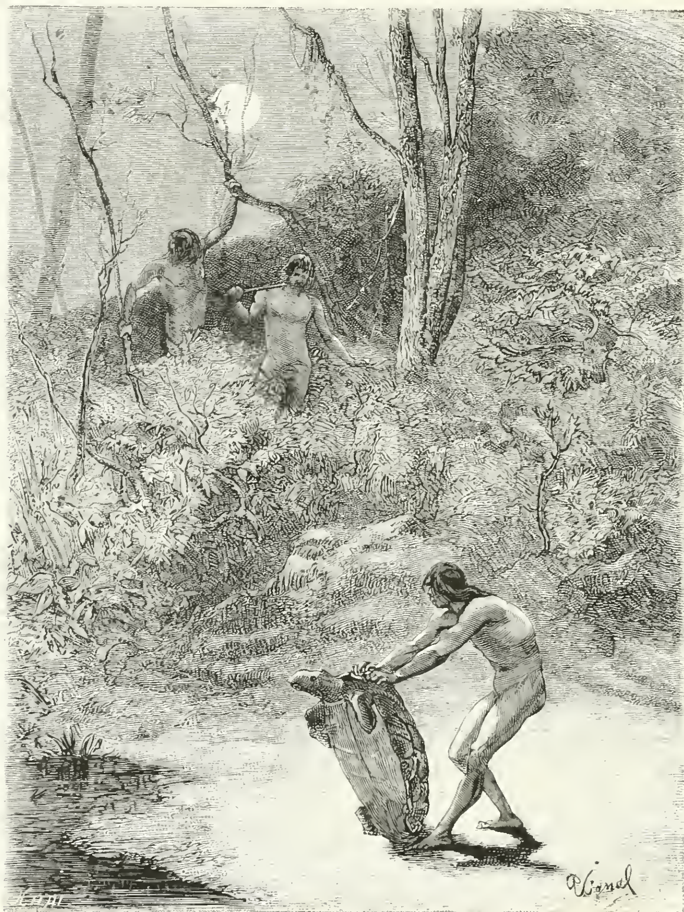
El último dia que pasamos en el Napo tuvimos ocasion de dar caza á las tortugas; pocos kilómetros más abajo de Masan, encontramos á las tres de la tarde un centenar de estos animales. Mis hombres trajeron una que pesaba más de un quintal y tenia ciento veintiun huevos. La habilidad del cazador consiste en acercarse de lado á la tortuga, cogerla por el caparazon precisamente por encima de la cabeza y tumbarla de pronto: una vez tendida de espalda, queda cogida.

Para dar con los huevos se sigue el rastro que estos animales dejan en el suelo; como tienen las patas separadas lo ménos cuarenta centímetros, marcan en la arena una pista que va derecha al nido. Salen del agua principalmente en las noches de luna, abren un hoyo de cuarenta á ochenta centímetros de profundidad, y despues de poner en él de ciento á ciento cuarenta huevos en dos ó tres horas, tapan cuidadosamente el nido con arena, dejando al sol el cuidado de hacer salir á luz su progenie.

Los indios me dicen que las tortugas ponen dos veces al año, la primera en julio y la segunda en setiembre ú octubre: aseguran que los primeros huevos se pudren y que tan sólo los segundos producen las generaciones del porvenir.

Nosotros pasamos algo ántes de la época en que estos testudíneos salen á millares; uno de mis indios asegura haber tumbado más de cuarenta en una sola noche. No sé hasta qué punto sea exagerado este aserto; sin embargo, la cosa me parece posible, por cuanto para

alcanzar á una tortuga que corre tan rápidamente como puede, no es menester apresurarse. La resistencia vital de estos animales es extraordinaria. Se derriba la tortuga á mazazos y se la acuchilla la cabeza, á pesar de lo cual está enteramente viva, y lo demuestra protestando enérgicamente cuando se la corta á hachazos los huesos que unen el peto con la espalda.



Indios sunos cazando tortugas de agua dulce

Con un cuchillo se separan del pecho las patas y la cabeza; y luégo dos indios cogen el caparazon y otros dos tiran de la cabeza hácia atrás. Las carnes se desprenden entónces de la escama, mas por desgracia, en lo mejor de la operacion, la tortuga se desgarra, y las patas traseras, la cola, una parte de la espalda y un extremo del pecho se quedan adheridas á la concha. Si se las quiere despegar, el cuarto trasero se defiende con rabia. ¿Estos movimientos son nerviosos? Las piernas no se dejan cortar; la cola se niega absolutamente á seguir el ejemplo de la cabeza. Esto se llama luchar hasta el extremo.

Acabo de salir del lugarejo de Mangoa, el primero que no es salvaje, y áun el primer

pueblo propiamente dicho que hemos visto hace cuarenta y siete dias. Doce casitas de bálago alrededor de una capilla minúscula constituyen la primera estacion peruana que se encuentra en esta vía. Los habitantes son «borjeños,» de los cuales hablaremos más adelante: son cholos, casi blancos, bien formados, con barba negra y bigote poblado.

Mangoa está situada en una colina de treinta á treinta y cinco metros de altura; una escalera rústica va desde el puertecillo á las casas. En el momento en que,yo llegué, algunas mujeres bajaban sus escalones llevando en la cabeza grandes vasijas de barro cocido. Este modo de llevar los objetos pesados difiere esencialmente de la costumbre ecuatoriana y salvaje del Oriente, donde todo se lo echan á cuestas, modo de llevar pesos que hace contraer una postura encorvada, fea y humilde, al paso que la carga puesta en la cabeza obliga al que ha lleva á mantenerse erguido. Así es que, en el trabajo y á causa del trabajo, los habitantes de esta region adquieren un porte arrogante que les sienta muy bien, sobre todo á las mujeres.

He visto en Mangoa las primeras *monterías*, piraguas en que se navega por el Marañon. Son de madera de *mohina*, casi como las piraguas ordinarias: cuando están terminadas, se las hiende por los dos extremos y poniéndolas sobre un fuego lento, se separan los costados de la quilla. De este modo se las trasforma en embarcaciones chatas, y luégo se cierra la popa y la proa con tablas rectas. La diferencia esencial entre la piragua y la montería consiste en que la primera se maneja con remos ó pagayas navegando rio abajo, y con *taunas*, especie de perchas, cuando se navega rio arriba, al paso que se maniobra la montería con un timon y remos, enteramente á la europea.

Mangoa está habitada por una poblacion que vivia ántes en el *destacamento*, en la cofluencia del Napo con el Marañon. A unos quinientos metros del rio hay unas diez cabañas casi ovales, cuyas paredes son de junco ó *pindor*. La orilla del Napo forma en este sitio un talud de cuatro á cinco metros de altura, y en el terraplen que se extiende al oeste, á doscientos metros del rio, existe una laguna de trescientos metros de longitud por sesenta de ancho, su nivel está á cuatro metros y medio, y su fondo á dos y medio sobre el del rio vecino. El pescador Perico me ha dicho que la *cocha* jamás cambiaba de nivel; así es que tanto en invierno como en verano la pasan en una pequeña montería amarrada con este objeto á la orilla. Como los terrenos son de aluvion es muy raro que el agua del lago no se haya abierto un canal de desagüe.

Mis hombres han dedicado la tarde á acicalarse; se han rapado de nuevo toda la cabeza, dejándose sobre la frente un ancho mechon de cabellos: no se han pintado la cara, y únicamente el zaparro se ha dado de negro con *huichi*. Esta concesion por parte de los salvajes es verdaderamente inusitada, por lo cual les he demostrado mi agradecimiento dándoles una botella de aguardiente.

Hacia una noche sofocante y el suelo me parecia abrasador. Tuve la curiosidad de meter mi termómetro en la arena, y ví que á las once de la noche marcaba 59° centígrados.

Pocas horas despues debíamos salir del Napo. Los sondeos que he hecho durante mi navegacion por él me han probado que es perfectamente navegable. La exportacion de los productos que se dan naturalmente en sus orillas es fácil, y por lo tanto el cultivo tiene su

razon de ser. Como se pueden llevar sus frutos á los mercados, tiene asegurado el consumo.

Si se estableciera hoy una empresa agrícola entre el Curarai y Tutapichco, territorios que se titulan peruanos, ¿en qué condiciones económicas se hallaria colocada? La ley del país dice que los terrenos se conceden gratuitamente en todo el Oriente de la República: para entrar en posesion de los títulos definitivos de propiedad, se exige que el colono haya construido una vivienda en su dominio dentro del año de la solicitud que debe elevar al gobierno. La extension de las concesiones es ilimitada: los instrumentos y herramientas que necesiten los colonos no pagan derechos de entrada, y por último en virtud de un convenio celebrado entre el Brasil y el Perú se conceden guias para las importaciones y exportaciones de las regiones estandeanas.

Teniendo en consideracion estas ventajas excepcionales que en vano se buscarian en otra parte, ¿cómo se explica que la corriente de la emigracion europea no se haya dirigido nunca hácia estos países? En los grandes problemas económicos se observan antinomias muy extrañas, acabando uno por convencerse de que las cifras pueden muy bien no ser más que una añagaza. Véase un ejemplo entre mil: está averiguado que cada hectárea plantada de caña de azúcar produce por término medio en las llanuras abundantemente regadas de este país, tanto en miel como en aguardiente, unos quinientos pesos fuertes anuales. Los gastos que se han de hacer para conseguir este resultado provechoso son relativamente escasos. Permítaseme entrar en algunos detalles acerca de este punto.

Un trabajador cualquiera rotura una hectárea en veinte dias. Para preparar el suelo se suele sembrar ante todo maíz, operacion que requiere cuatro dias: para limpiar el terreno y quemar la paja despues de la cosecha, otros veinte dias. En la plantacion de la caña se invierten ocho, y veinte para escardar dos veces: el corte de las cañas exige quince dias, y su acarreo hasta las máquinas, á una distancia media de quinientos metros, ciento. Total: ciento ochenta y siete dias de trabajo.

Contando el jornal del trabajador á razon de tres pesetas diarias, precio que se paga hoy dia, en que escasean los brazos, resulta que se gastan por hectárea 561 pesetas de explotacion agrícola. Añádanse los gastos industriales, los intereses de un capital empleado en la compra de molinos y de alambiques, y en la construccion de edificios, ténganse en cuenta los gastos imprevistos y las pérdidas inevitables, y apénas resultará una cifra que exceda de 700 pesetas por la explotacion completa de diez mil metros cuadrados, que asegura una ganancia de 1,200; en otros términos, un beneficio líquido de más de 300 por 100.

Pues bien: los colonos que han probado fortuna en comarcas del todo semejantes á las que acabamos de estudiar han visto frustradas sus esperanzas. ¿Habrá que creer que estas latitudes están condenadas á no figurar nunca entre los países productores? Estoy convencido de lo contrario; y he adquirido además la certidumbre de que hasta el presente no se han empleado los medios que deben producir un resultado favorable.

Mi travesía de las tierras calientes desde los montes Huacamayo al Napo, mi residencia en Archidona y mi viaje hasta el Amazonas me han hecho comprender que aquí jamás podrá llevarse á cabo la colonizacion por el procedimiento norte-americano. Los axiomas que nos

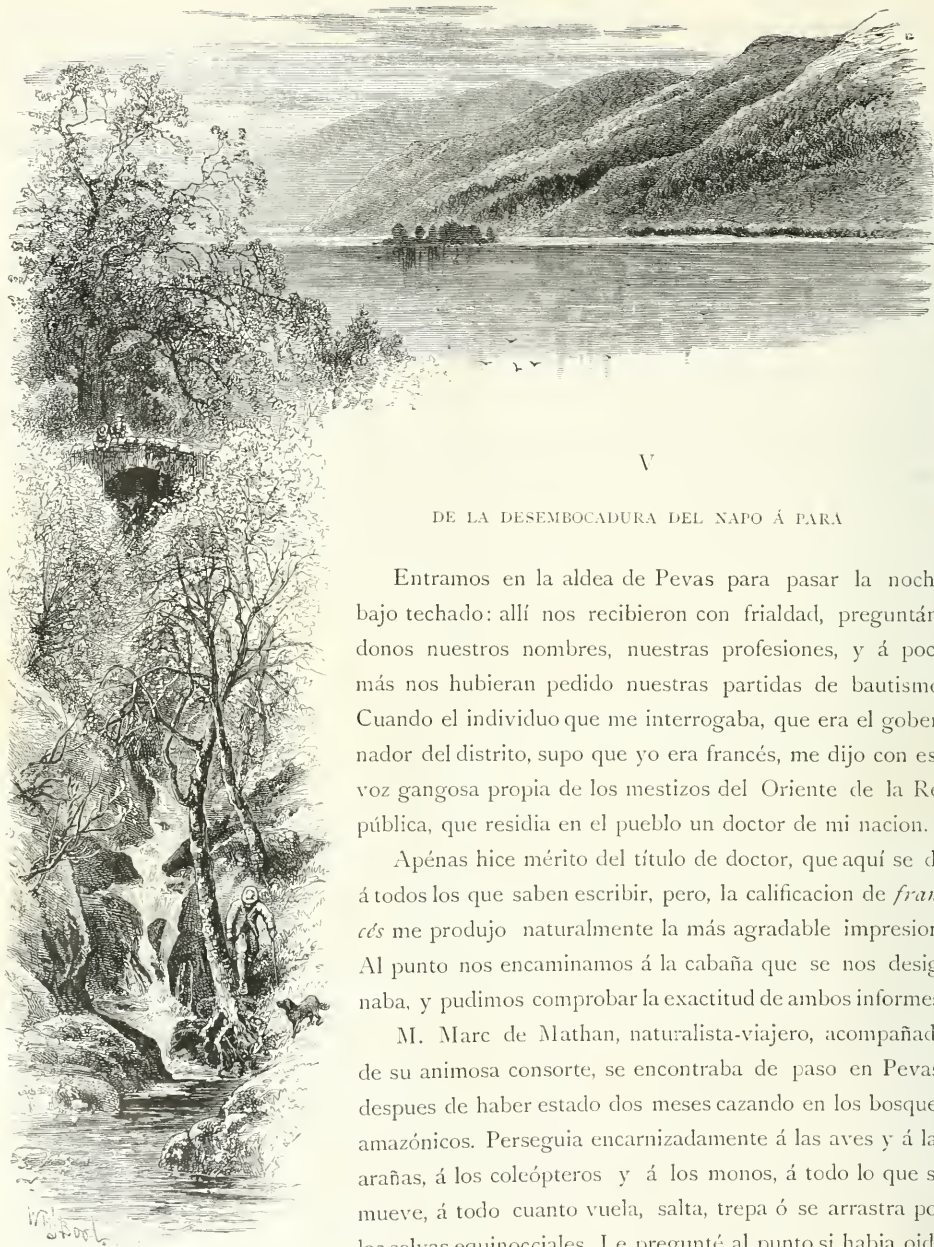
revelan el higrómetro y el termómetro explican por qué el individuo nacido en latitudes templadas, acostumbrado á climas frescos, no puede soportar estos calores á la vez tórridos y húmedos, ni remover impunemente terrenos cuyas emanaciones le envenenan. Se ha de roturar y utilizar un suelo cuya extremada fertilidad no puede ponerse en duda. Y si hasta hoy ha sido improductivo un país tan rico, consiste en que la constitucion y la fuerza de accion del colono son impotentes para dominarlo. Supóngase por un momento que el hombre de raza blanca, resistiendo los efectos del clima, consigue establecer su plantacion y fabricar los productos cuyos elementos contiene: en el actual estado de cosas, ¿de dónde puede sacar los medios de trasporte rápidos y seguros que necesita para trasportar á los mercados los productos de su finca? Sin hablar de los riesgos que se corren en piragua ó en balsa, es tan considerable el tiempo que se pierde con estas embarcaciones, que desaparece toda probabilidad de beneficio. Pero, en lugar de hacer un llamamiento á la fuerza individual, reconocida como impotente para semejante tarea, ¿por qué no se recurre á la de las colectividades? Unicamente las compañías que dispongan de capital suficiente podrán arrancar á estas regiones de su anonadamiento. Entónces el vapor suprimirá las distancias, la inmigracion de individuos nacidos bajo las mismas latitudes en otros continentes permitirá que el sobrante de ciertas regiones pueble útilmente estos grandes vacíos sin comprometer la salud del trabajador ni exponerle á morir de hambre. El capital está llamado á realizar en este mundo hoy vírgen la obra que el esfuerzo individual, la facultad del trabajo manual y el ingenio y destreza del artesano han podido llevar á buen fin en los climas templados.

Y cuando las sociedades hayan establecido vías de comunicacion en esta inmensa red de rios; cuando multitud de obreros ámpliamente retribuidos hayan roturado los terrenos; cuando maduren en este suelo generoso la caña, el café, el cacao y las demás plantas de la flora tropical; cuando las compañías hayan alojado en viviendas cómodas y sanas á los explotadores del cautchuc y de la zarzaparrilla, de las castañas, del marfil y cera vegetal; cuando las sierras corten los troncos de los gigantes del reino vegetal para el uso de nuestros carpinteros y ebanistas; entónces se verán surgir del suelo donde nadie las suponia riquezas más sólidas y duraderas que los millones de metal precioso que há tres siglos salieron de las entrañas de la Cordillera. . . . .

A las seis de la mañana del 1.º de setiembre entramos en el rio de las Amazonas. Habíamos salido del *Destacamento* un poco ántes de las cinco, y al cambiar de direccion, encaminándonos al oriente, los indios gritaron: «¡El Marañon! ¡Ahí está el Marañon!»

Ante nosotros se extiende hasta perderse de vista una sábana de agua semejante á una inmensa inundacion. A más de ochocientas leguas del Océano y en un sector de quince grados, el gran rio presenta un espectáculo que por lo comun sólo se observa en alta mar, el horizonte natural. El cielo se confundia con el agua: navegábamos por el mediterráneo de agua dulce de la América del sur. El sol levante, que en aquel momento marcaba en el Occidente de Europa la hora del medio dia, inundaba de dorados reflejos las nubes matinales y el espejo del rio. Bogábamos entre fuego y bajo un dosel de púrpura.

Mi exploracion desde Quito hasta el Amazonas por el Napo habia durado ciento un dias.



V

DE LA DESEMBOCADURA DEL NAPO Á PARÁ

Entramos en la aldea de Pevas para pasar la noche bajo techado: allí nos recibieron con frialdad, preguntándonos nuestros nombres, nuestras profesiones, y á poco más nos hubieran pedido nuestras partidas de bautismo. Cuando el individuo que me interrogaba, que era el gobernador del distrito, supo que yo era francés, me dijo con esa voz gangosa propia de los mestizos del Oriente de la República, que residia en el pueblo un doctor de mi nacion.

Apénas hice mérito del título de doctor, que aquí se da á todos los que saben escribir, pero, la calificacion de *francés* me produjo naturalmente la más agradable impresion. Al punto nos encaminamos á la cabaña que se nos designaba, y pudimos comprobar la exactitud de ambos informes.

M. Marc de Mathan, naturalista-viajero, acompañado de su animosa consorte, se encontraba de paso en Pevas, despues de haber estado dos meses cazando en los bosques amazónicos. Perseguia encarnizadamente á las aves y á las arañas, á los coleópteros y á los monos, á todo lo que se mueve, á todo cuanto vuela, salta, trepa ó se arrastra por las selvas equinocciales. Le pregunté al punto si habia oido hablar de mis amigos los exploradores del Morona, y me aseguró que ningun europeo habia llegado á Pevas hacia ocho meses. De esta respuesta deduje que M. de Gunzburg habia experimentado en su viaje demoras considerables.

Mi huésped me aconsejó que aguardase á mis compañeros en Tabatinga, donde era más

fácil proporcionarse víveres que en Pevas. Por lo demás, el vapor *Obidos* debia tocar allí dentro de algunos dias á su regreso de Iquitos, y quizás llegasen en él M. de Gunzburg, sus ayudantes y sus mozos.

Me resolví á seguir este consejo: pero aún no habia allanado todas las dificultades que me oponian mis salvajes remeros. Durante los dos últimos dias, el arrogante Huainaro, cacique de los sunos, habia cambiado notablemente de conducta. En Tutapichco se habia permitido ya dirigirme observaciones que me desagradaron; este evidente mal humor se le habia pasado durante los dias siguientes; pero en Pevas adquirió la cuestion un carácter más grave. Al dia siguiente de nuestra llegada, muy temprano, me declaró que queria volverse con los suyos y, trás de un silencio muy prolongado que me guardé bien de interrumpir, me dijo que si pretendia llegar hasta Tabatinga, les habia de dar doble paga.

—No os aumentaré en modo alguno el salario, le contesté; pero además de los regalos que os he hecho por el camino, os daré, segun habia pensado ya, una buena gratificacion en Tabatinga. Os daré *curare*.


Indio tapuy de la region de Pevas (De fotografía)

Huainaro se ablandó al punto. Y en efecto, el famoso veneno es el objeto más codiciado de los indígenas del alto Napo, que no saben confeccionarlo. La tribu de los ticunas, junto á la desembocadura del rio, lo hace de excelente calidad, por lo cual se conoce el curare en estas regiones con el nombre de *ticuna*. El que procede del rio Huallaga circula en el comercio con el de *lama* ó *huama;* pero los cazadores lo aprecian ménos, diciendo que es de calidad inferior. Se vende en canutos de bambú, en los cuales pierde más pronto su fuerza que el curare de los ticunas, conservado en cantarillas de barro cocido. Pevas es el mercado del curare en el alto Amazonas.

Advertido de esta circunstancia por M. de Mathan, compré ántes de acostarme todo el veneno que habia en la plaza, el cual se reducia á unos treinta canutos de bambú. Siendo así el único poseedor del artículo tan apetecido de los indios, debia serme más fácil conseguir de ellos lo que me proponia. Mi cálculo era exacto; sin embargo, como medida de precaucion, mandé que llevaran á la cabaña de mi compatriota la ropa y los remos de los indios. Compré además una damajuana de aguardiente; los sunos se pusieron en cuclillas alrededor de su bebida favorita, y en breve reinó entre ellos la más estrepitosa alegría. De este modo pude descansar todo un dia en Pevas.

Allí tuve ocasion de ver tapuys, indios mestizos del Amazonas. La tribu que vive en las inmediaciones de Pevas es de agradable rostro y de cuerpo bien hecho, aunque algo rechoncho. Su busto, semejante al bronce florentino, es soberbio. Son indios elegantes en sus dominios. Llevan ajorcas de color pardusco en brazos, muñecas, muslos y tobillos, y entre ellas y la piel, plumas de aras, de cotorras, de tucanes y de otras aves vistosas. Cíñense cintas á la cabeza. se adornan con collares el cuello y hasta el pecho y la espalda, y su vestido propiamente dicho se reduce á una cinta que rodea la cintura y pasa por la entrepierna.

Los tapuys bailaban por la noche, y sus adornos de vivos colores, agitados por los movimientos fantásticos de su extraña danza, fuertemente iluminados por una gran hoguera que encendian en medio de la plaza, producian admirables reflejos tornasolados. Mis hombres no tomaban parte en esta diversion; roncaban con entera conviccion, atontados por las copiosas libaciones que habian durado todo el dia.

Al amanecer del siguiente dia les devolví los remos, hice embarcar los fardos, y despues de estrechar la mano á nuestros amables compatriotas, pronuncié el *jacû* (adelante), que es la señal de partida.

Los indios habian vuelto á su mal humor; pero como tienen la costumbre de inclinarse con sumision cuando un blanco les habla imperiosamente, desatracaron y emprendimos la marcha.

Como los sunos no conocian el Amazonas, contraté en Pevas un práctico peruano que me habia recomendado la autoridad local. Aquel práctico preguntó á mis hombres qué paga les habia dado yo, y le pareció insignificante, diciéndoles que les habia robado y que debian exigirme á buenas ó á malas mayor soldada. Mi cazador Francisco habia oido esta interesante conversacion; dióme cuenta de ella, y al punto tomé la medida radical de atracar delante de una casita cerca del lugarejo de Pervaté, y plantando bonitamente en tierra al falaz consejero, proseguí mi camino.

Los sunos empiezan á remar mal y con cara hosca; y mantienen continuas y rápidas conversaciones en voz baja.

Llegamos á Loreto. El Sr. Teixeira, cónsul brasileño, visa mi pasaporte. Si hubiera más de ocho casas en Loreto, me quedaria allí aguardando el vapor; pero este pueblo se compone solamente de unas cuantas chozas habitadas por negros cimarrones, fugados del Brasil, y á los cuales no es posible pedir hospitalidad.

Los indios se niegan á partir; pierdo al fin la paciencia, y armado de un revolver, los obligo á saltar á las piraguas. Sopla la brisa del este y avanzamos lentamente y con dificultad. Hacemos alto para almorzar; miéntras lo estábamos haciendo, el zaparro y el cacique Huainaro van sin más ni más á servirse aguardiente; me levanto para impedírselo, pero no bien me he separado de mi sitio, cuando dos indios se ponen á comer en mi plato, con toda la insolencia del insurrecto desenmascarado. Echo una ojeada á Geoffroy y á Francisco, y los tres apuntamos nuestras armas á los indios, que vacilan y saltan á bordo. Una bala de mi winchester hace pedazos la botella de aguardiente.

Nos embarcamos sin decir una palabra; mas al llegar en medio del rio, se levantan de pronto los indios y nos amenazan con sus lanzas. Aquel fué un instante supremo, mas al ver

que los apuntamos de nuevo, arrojan sus armas al agua á una órden mia. Teniéndolos siempre al alcance de nuestras carabinas, los obligo á sentarse y á empuñar los remos. Uno solo se resiste, el zaparro, el cual hace adrede un movimiento tan brusco que por poco vuelca la piragua: le pago esta accion de independencia con un soberbio garrotazo, y le advierto que si vuelve á hacer otro movimiento como aquel le levanto la tapa de los sesos.

A causa de sernos contrario el viento, invertimos veintiocho horas en recorrer una distancia que por lo comun se cruza en una jornada. No es cosa de dormir, porque el menor descuido podria sernos fatal.

Divisamos por fin el fuerte brasileño de Tabatinga con sus cañones, su blanco cuartel, su pequeño faro y su lancha de guerra. Atracamos á él: no he dado muerte á nadie y he desembarcado con felicidad.

El capitan Amaral, comandante del fuerte, nos recibe con mucha afabilidad. Tengo prisa por librarme de los sunos; por lo cual mando que desembarquen al punto los fardos, y á pesar de todo, les distribuyo las recompensas prometidas. Cuanto más abyectos son esos pobres séres, más debe hacérseles comprender la superioridad del blanco y el valor de su palabra. En seguida despido á todo el mundo, y sin aguardar la comida que el bondadoso comandante iba á ofrecerme, me tiendo en una hamaca para dormir de un tiron hasta la mañana siguiente.

Cuando me desperté, habian desaparecido ya los indios que se habian puesto en marcha ántes de rayar la aurora. Tratado con mil atenciones por el huésped más amable del mundo, recobré en poco tiempo las fuerzas que habia perdido completamente durante los últimos dias pasados en compañía de los sunos.

Queda terminada la parte geográfica de mi primera travesía de América. Voy ahora á recorrer el Amazonas brasileño, cuyo trazado hidrológico ha sido ejecutado ya por los oficiales del gran imperio sud-americano. Mi trabajo completa la primera medicion geodésica hecha en estas latitudes, entre el Pacífico y el Atlántico. Réstame llevar á cabo un trabajo de economía política, un estudio ó más bien un resúmen de los productos de esta inmensa region. Debo trazar el cuadro de su estado actual, y bosquejar la síntesis de su porvenir.

Al llegar á Tabatinga, al salir de la zona que acabamos de recorrer, se siente la benéfica impresion de la entrada en zonas civilizadas. El vago malestar que se experimenta en un país salvaje desaparecé; y sin embargo, Tabatinga apénas merece el nombre de poblacion. Detrás de las fortificaciones, que en realidad no son más que trincheras, sólo hay dos viviendas en buen estado: el cuartel, para los soldados, y la comandancia para los jefes. Las demás moradas, en número de treinta y cinco ó cuarenta, son miserables cabañas. La mejor es naturalmente la de un inglés, que en un almacen de apariencia primitiva, tiene «Warranted Manchester and Liverpool goods.» Como al verme ante su ancha y rubicunda faz, sus patillas rojas y su labio superior irreprochablemente afeitado, exclamé: «I should think, sire, that you are English» (caballero, creo que es V. inglés), al punto me demostró esa atencion y esa cordialidad indefinible que reina entre europeos cuando se hallan á más de mil leguas de nuestro continente. En seguida me explicó el mecanismo de su empresa: aparte de su casa de Taba-

tinga, tenia un pequeño buque con una casita. En esta embarcacion hacia el comercio fluvial, vendiendo alfileres por mayor, por medias docenas, y agujas por menor. Uno de los artículos que más beneficios le dejaban eran las puntas de Paris fabricadas en Inglaterra, las cuales se venden á chelin el kilógramo, ó sea veinte por dos cuartos. Habia «cedido» clavos de estos por un paquete de zarzaparrilla, por una botella de copaiba ó por unas cuantas castañas, es decir, por productos que valian, segun el precio corriente del mercado, dos ó tres duros. Durante nuestra conversacion vendió á un negrito de diez á doce años una camisa de cuello recto, primero y, hasta nueva órden, único vestido del rapazuelo.



Vista de una chacra, cerca de Manaos

M. Hawselt tenia en especial un gran depósito de licores y conservas, y semejante al diplomático que prepara su terreno, sabia poner á los habitantes de Tabatinga en el diapason en que se compra un vestido para una negra querida ó un gaban para sí mismo, á pesar de hacer un calor que apénas puede soportarse cuando se mece uno casi desnudo en una hamaca suspendida bajo una techumbre de hojas de palmera. La mitad de los licores servia para poner á los parroquianos de buen humor y una parte de las conservas para abrirles el apetito, porque master Hawselt sabia que el comer y el rascar, etc. Los precios obtenidos por el resto de las provisiones compensaban ampliamente sus inteligentes liberalidades. De suerte que este comerciante británico era el habitante más feliz de Tabatinga, donde unos cincuenta hombres y tres mujeres viven indolentes y tristes en medio de una nube sempiterna de mosquitos y tabaco.

Al sexto dia de mi llegada, el silbato de una máquina de vapor anunció la del vapor brasileño *Obidos*, de regreso del Marañon. Al momento pasé á bordo, y su capitan, el señor Tava-

res, me dijo que en Iquitos se habia recibido la noticia de la llegada próxima de algunos exploradores europeos, pero como no se habian presentado todavía, empezaban á circular rumores de asesinato.

¿Qué hacer en este caso? M. de Gunzburg habria caido prisionero ó sido víctima de los indios del rio Morona. Yo tenia, pues, el deber moral de ir á aquella region para socorrerle ó vengarle; pero carecia de recursos: el dinero que habia sacado de Quito, y que, al decir de las personas que se suponian conocedoras del país, debia bastarme para todo mi viaje hasta Guayaquil, apénas habia alcanzado para llegar á la frontera brasileña. Despues de pagar á mi gente, á excepcion de Geoffroy, me quedaban seis duros en plata, cantidad insuficiente cuando uno se encuentra á novecientas leguas de su residencia consular y á tres mil de su banquero de Paris.

El capitan Tavares apénas me dejó acabar de exponerle mi situacion. —¿No tiene V. dinero? me dijo. ¿Y eso qué importa? Véngase V. á bordo con sus hombres; envíeme V. su equipaje: mi vapor y yo estamos á su disposicion. Vaya V. á Pará y pida telegráficamente á Francia el dinero que necesita para ir á socorrer á M. de Gunzburg. Ya me pagará V. cuando pueda ó cuando quiera.

¿No es conmovedora esta benévola confianza de un hombre tan delicado? El extranjero que se encontrase en Europa en el grave aprieto en que yo me hallaba en este país extraviado, ¿podria salir tan fácilmente de él? ¿Se le acogeria tan afablemente? ¿Obtendria tan atenta hospitalidad?....

Me embarqué con Geoffroy y Francisco: mi pequeña comitiva se habia diseminado de un modo singular. Concha, mi guía de Quito á Archidona, se habia vuelto á su país desde esta mision; Pallarés se habia marchado con los sunos; y Miguel Parys se quedó en Tabatinga, provisto de una buena carabina para cazar durante un mes.

Héme pues á bordo: me instalan en el camarote de preferencia: los oficiales del fuerte brasileño acuden á despedirse de mí, y doy un fuerte abrazo á Parys, que se empeña en consagrarme el tiempo que permanezca aún en América.

Levan anclas, resuena un cañonazo, y la bandera francesa ondea en el palo mayor. Como ya no soy más que un pasajero, he guardado todos mis instrumentos, y metido mi revolver y mi machete en el fondo de un baul, puesto que ya no tengo que defender á cada paso mi vida y la de mis compañeros: ya no habré de preocuparme de los resultados de la caza ó de la pesca; la campana de á bordo anuncia la hora de comer; comemos sentados en cómodas banquetas ante una mesa; no más plátanos verdes ni manos de mono en nuestros platos. A bordo del *Obidos* sólo se sirven manjares comestibles.

En este momento he experimentado una flojedad general de nervios; cómodamente arrellanado en una butaca, he dejado pasar ante mí, como en un sueño, el movible panorama de las orillas del Amazonas. Este viaje es monótono: el paisaje, llano, sin variedad, se despliega indefinidamente. Durante una tempestad, el rio está magnífico: cuando el viento azota las aguas, arrastradas por la corriente y contenidas por las orillas, se navega por una inmensidad de blanca espuma, en medio de un chapoteo que caracteriza al rio en general. Cuando se oye

el estampido contínuo y estruendoso del trueno parece que estallan á la vez veinte tormentas: dardos de fuego, sinuosos y cárdenos surcos alternan con los deslumbradores fulgores que envuelven el firmamento. Cuando se disipa la tempestad y queda despejado el horizonte, aparece de vez en cuando una choza pintoresca á fuer de miserable.

Cuando hay tres chozas casi contiguas, dícese que es un puerto. A la puerta de estas cabañas, el buscador de cautchuc y su compañera, de tez aceitunada, fuman su cigarrillo ó su pipa rascándose la cabeza con ademan pensativo. A excepcion de algunos plátanos cuyas grandes hojas, desgarradas por el viento, se destacan con su color verde amarillento sobre la oscura vegetacion de la selva, no se ve ningun cultivo en esas orillas inmensas.

¡Qué destino tan singular el del hombre que trasforma la árida naturaleza, obligándola á producir, y que, en el mundo más rico, en la region más fecunda, parece quedar atrofiado, sin fuerza ni valor!

Y sin embargo, estos indígenas son felices; comen, aman y beben, y á veces hasta pueden embriagarse; y si no hubiera aquí tantos insectos, tendrian por ideal su existencia.

A pocas millas arriba y abajo del rio Negro, el Amazonas presenta un raro aspecto. Las aguas de este afluente conservan su oscuro color de café por espacio de muchos kilómetros, y forman á lo largo de la orilla izquierda una faja que parece tanto más oscura cuanto más claras son las aguas de la orilla derecha. Ambas corrientes no se mezclan en la superficie de un modo marcado, sino que parece dividirlas una línea caprichosa. A veces parece destacarse aislada una ancha masa negra en medio de las oleadas claras del Amazonas.

Las ruedas del barco trazan en esta corriente de tinta, que merece bien el nombre de rio negro, surcos parduscos de pequeñas olas coronadas de espuma amarillenta, que parecen rastros de ámbar líquido. Los bosques que orlan el rio reflejan imágenes de gran vigor y limpieza en el espejo de carbon bruñido que se desliza lento y majestuoso entre las verdes márgenes. El efecto de reflexion es tan completo, que á un centenar de metros de distancia no se distingue la línea del nivel del agua; la línea reflejada viene á ser continuacion del objeto real y le da proporciones fantásticas.

Una hora más arriba de la desembocadura, se ven aparecer primeramente pequeñas chacras, y luégo la ciudad de Manaos.

No media analogía alguna entre una ciudad americana de orígen español y otra fundada por portugueses. El menor pueblo de los Andes presenta un sello típico: no puede decirse otro tanto del mundo brasileño. Manaos no tiene nada de original; esas casas blancas y aseadas no llamarian en modo alguno la atencion en las cercanías de Paris.

Aunque el estilo de la fachada de las iglesias pertenezca á la época del siglo XVI, como en la América española, las naves inundadas de sol presentan un carácter muy diferente. No parece sino que Dios prefiera aquí un culto brillante, casi diria elegante: esta iglesia es un salon, y los fieles que á ella acuden completan la ilusion; las mujeres llevan la cabellera suelta; los hombres, vestidos de negro, con botas de charol, sombreros de copa y guantes pajizos, no tienen nada del traje pintoresco del español criollo de la Cordillera. La bota ancha, el poncho y la manta han desaparecido. Las poblaciones brasileñas se han hecho europeas.

Largamos anclas enfrente de la iglesia mayor de Manaos. Algunos botes se acercan á los costados del buque y se trasbordan á ellos tortugas, mujeres, vacas, soldados, caboclos, cestos de *farinha* y damajuanas de aguardiente. Rechinan luégo las gruas, y del fondo del vapor *Obidos* salen panes de cautchuc, fardos de pesca salada, de *pirarucu* ó *peiche*, mazos de zarzaparrilla, etc.

Como llegué durante la estacion seca, ví la poblacion descollando en lo alto de unas colinas que por espacio de muchos meses, desaparecen cada año bajo una capa líquida no agitada por marea alguna.

Lo que se puede llamar el muelle está abierto en muchos puntos por riachuelos *(igarapés)* que desembocan en el rio Negro, de suerte que la ciudad está construida sobre una serie de penínsulas y de islotes enlazados entre sí por puentes. Muchas calles, y en especial la del Puerto, están plantadas de palmeras.

Manaos se halla en ese momento en que la aldea se convierte en ciudad, en que el lugarejo, situado en una vía navegable, se trasforma en puerto comercial.

La choza del hombre que no ve otra cosa sino su campanario subsiste aún junto á la arrogante casa del comerciante cosmopolita. Algunos callejones, habitados por indios benévolos y perezosos, se extienden cerca de las calles, en las cuales cada casa ostenta un lujoso almacen. En el puerto, la piragua primitiva; la canoa europea y su imitacion, la *montería:* el peniche, que tan difícilmente se pone en movimiento; la ligera goleta y la pesada balsa; los vapores de ruedas y los de hélice se mecen apaciblemente unos junto á otros, y tanto en el rio cuanto en la ciudad misma el presente domina al pasado sin borrar su vestigio.

Las mujeres apénas salen de sus casas cuyas persianas están casi constantemente cerradas, siendo los hombres los que se encargan de hacer todas las compras, viéndoseles de siete á nueve de la mañana y de seis á ocho de la noche yendo arriba y abajo por la *rua do Comerço* para hacer sus compras.

Esta calle, la mejor de la poblacion, está casi enteramente llena de almacenes franceses, que son los más apreciados por los compradores ricos, para la venta al por menor. Sin embargo, estos parroquianos no son muchos.

Siempre he visto mal la tendencia que tienen nuestros negociantes de querer imponer nuestros gustos ó más bien nuestras modas, tan variables y caprichosas, no tan sólo á los blancos, sino tambien á las razas de color. Los ingleses, prácticos ante todo, dan muy poca importancia á la belleza ó al valor artístico de las telas ó de la quinquillería que venden en el extranjero, y se ponen al nivel de los consumidores cuya parroquia se proponen conseguir: les ofrecen géneros que nos parecerian feos, pero que, muy apreciados por los indígenas, dejan á los vendedores grandes beneficios. El comerciante francés no tiene en cuenta lo suficiente el carácter de las regiones en que se establece. En Manaos ofrecerá al público un surtido que no estaria fuera de lugar en nuestros bulevares, pero cuyos aficionados van siendo tanto más escasos cuanto más distan de la refinada Europa. En la tienda inglesa, el indígena se encuentra como en su casa, con sus gustos algo chillones y sus preferencias heredadas; en la tienda francesa, ha de forzar sus gustos y cambiar sus costumbres. A pesar de todas las teorías, el

indígena vestido á su usanza es pintoresco y no tiene nada de desagradable, miéntras que el negro ó el indio, disfrazado con un sombrero de copa alta y un pantalon de campana, parece un mono sabio. El buhonero británico le vende tambien sus chucherías y desechos, pero el verdadero comerciante de ultra-Mancha, ménos artista que el francés, es más etnógrafo de instinto.

Seria conveniente que en los escaparates de las tiendas francesas del extranjero se exhibiesen objetos ménos llamativos, pero más en armonía con las necesidades del país.

La tendencia á educar los pueblos es noble seguramente; pero, hablando en verdad, así como un sastre de moda no puede vestir á nuestros campesinos, ni un joyero del Palais Royal pretende crearse una parroquia entre nuestras aldeanas, nuestros exportadores no deberian proponerse trasformar en dandys de bulevar á los morenos hijos de las márgenes del Amazonas.

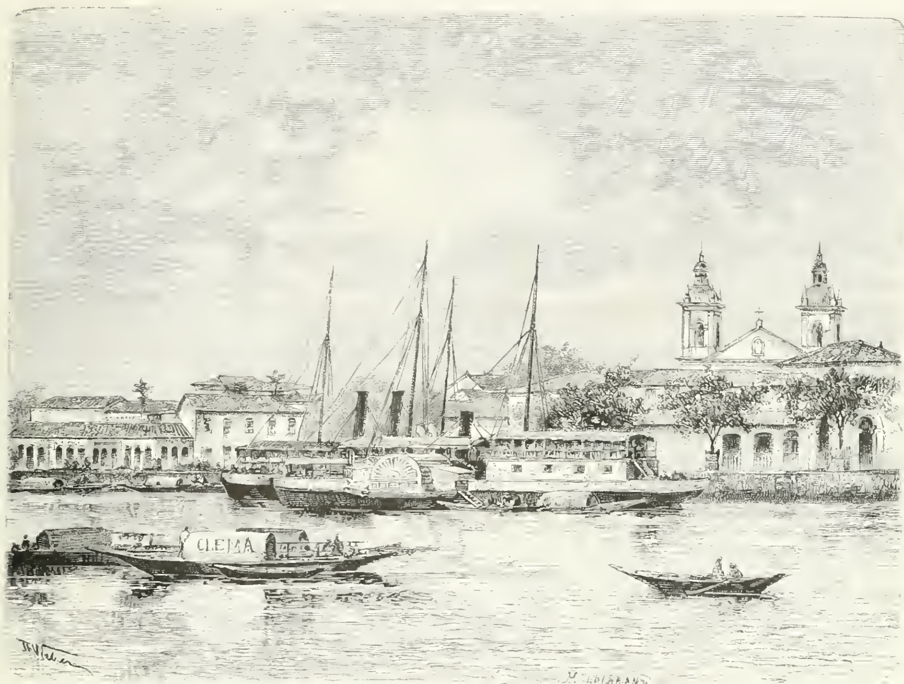
Hallándome cierto dia en casa de M. Brun, en el gran bazar parisiense de Manaos, ví entrar un mestizo *(caboclo)* que preguntó el precio de una sortija que le habia llamado la atencion á causa del brillo de un soberbio rubí de vidrio en el cual daba entónces el sol. El comerciante pedia por su rubí un precio algo regular, pero hizo observar al comprador que semejante joya no armonizaria con el resto de su traje, compuesto de una camisa rota y un calzon muy corto. Sin detenerme á considerar la notable facundia de M. Brun, me limito á consignar que á la media hora el caboclo, que acababa de vender su cosecha de cautchuc, salia de la tienda muy puesto de botinas de charol, gaban negro, sombrero de copa alta, y cinco ó seis sortijas en cada mano. Habia pagado por todo ello doscientos mil reis ó sea unos ciento veinte duros, y de seguro que al verle cualquier pillete de Manaos no se hubiera atrevido á hablarle sin darle el título de Excelencia.

A los pocos dias ví al mismo individuo en muy diferente estado: el sombrero estaba apabullado por demás, los codos del gaban descosidos y los faldones medio arrancados; iba descalzo y se encaminaba al puerto cargado con una enorme damajuana de aguardiente. Picada mi curiosidad, le seguí y le ví embarcarse en su gran «montería» en la cual le aguardaban sus compañeros; les entregó la damajuana, y remangándose en seguida el pantalon hasta las rodillas y quitándose el gaban, cogió una larga pértiga, y se puso á empujar hácia la corriente su embarcacion medio encallada en la arena de la playa. Cuando hubo terminado esta operacion bastante laboriosa, se inclinó sobre la borda, y cogiendo en su sombrero agua del rio, bebióse un trago. Sus compañeros habian empuñado los remos, él se sentó al timon, y á los pocos momentos ví desaparecer tras el primer recodo del rio Negro al singular caboclo que habia vuelto á adoptar, á la vez que su trabajo ordinario, un traje más en relacion con sus costumbres.

Con frecuencia llama la atencion en Manaos la mezcla, divertida algunas veces, pero desagradable á pesar de todo, de costumbres indígenas con cierto barniz europeo. Por mi parte confieso que me entusiasma el observar las costumbres nacionales sin mezcla extraña; y en los igarapés cerca de Manaos se puede presenciar diariamente la clásica escena de Nausikaa que no sabia qué hacer de su persona ante la aparicion de Ulises; el cuadro es tan bello que un Homero de nuestros dias podria inspirarse observando las lavanderas de morena tez de la Barra de Rio Negro.

Si el número de pardos de todos matices y el de los negros de todas crines constituye la inmensa mayoría de los habitantes de Manaos, el elemento autóctono, el indio de la tribu de los manaos ha desaparecido totalmente. El indígena se ha retirado al fondo de las selvas y á las orillas del rio Branco, y su aparicion, puramente pacífica, en sus antiguos dominios, es todo un acontecimiento.

Una lancha de la escuadrilla brasileña, encargada de la inspeccion del alto rio y de sus



El puerto de Manaos. (De fotografía.)

tributarios, trajo cierto dia una pareja de indios: el *pan-Manaos* habia festejado á estos pobres séres, á quienes el progreso, con su aliento omnipotente, habia barrido de la ancha vía que se abre al través de la América del Sur. Celebrábanse entrevistas con los hijos de los bosques, y se publicaban las fantásticas conversaciones habidas entre los *infieles* y los personajes notables del contorno. Los fotógrafos retrataban á los dos indígenas que llevaban su gran traje de fiesta, y colmados de distinciones, en posesion de algunas camisas y de gran cantidad de escapularios, y provistos de una indigestion sin igual, se los despachaba de nuevo á sus bosques para que fuesen los apóstoles de la civilizacion del siglo XIX entre los suyos. Parece que hasta se escribió un drama alusivo á este incidente. «El hijo de las selvas vírgenes,» enamorado de una jóven de Manaos, le dirigia, por espacio de cinco actos, endechas llenas de lágrimas. No he visto representar esta obra, pero he tenido la satisfaccion de asistir, en el palco del primer comerciante de la ciudad llamado M. Kahn, á un espectáculo en el cual Melpómene, que ha-

bia venido á hacer una excursion artística por el Amazonas, tan sólo recordaba la primera parte de la antigua frase: *Nigra sum sed formosa.*

Manaos tiene un teatro con su platea, palcos y entrada general. Una noche, renuncié á la satisfaccion de tomar un poco el fresco para convencerme *de visu* del entusiasmo artístico del público. El teatro estaba de bote en bote, pero habia pocos blancos; en cambio abundaban las negras vestidas con trajes de gasa azul celeste ó rosa claro: el color de sus brazos y hombros se trasparentaba agradablemente al través de la ligera tela. Todas estas damas llevaban guantes blancos. Algunas matronas aguardaban que se levantara el telon, «quemando» cigarrillos. Todos los hombres fumaban tambien alguna cosa, de suerte que en la sala reinaba una atmósfera densísima que contribuia á amortiguar los modestos efectos del alumbrado de petróleo.

El telon representaba una divinidad cualquiera sentada á la turca en un carro antiguo, de una sola rueda, tirado por un unicornio horriblemente demacrado. Este dios llevaba babuchas, una bata de grandes flores y un casco con un enorme penacho de plumas. Por fin tuve la satisfaccion de que se levantara el telon, y pude presenciar las peripecias de la comedia: *Los milagros de San Benito.*

Este San Benito es el patron de los negros; el actor que lo representa, embetunado de piés á cabeza, hace una porcion de milagros asombrosos de ocho á once y media de la noche: el demonio descuartiza á un pecador; traen los pedazos á la escena, y el santo embadurnado lo vuelve á su primitivo sér con inmenso júbilo del público. Al ver esto, me he dirigido la siguiente pregunta: ¿al asistir el creyente á esta magia religiosa no ve que cualquier maquinista puede reemplazar á un santo para hacer milagros, y no se subleva el buen sentido contra unas cosas tan fuera de lo natural? Debo creer que los espectadores no discurren así, pues sus aplausos frenéticos hacian retemblar el edificio.

. . . .

He tenido que pasar siete dias en Manaos aguardando el vapor para Pará. Al dia siguiente de la representacion del misterio de San Benito me embarqué á bordo del vapor *Arari* que se dirigia al primer puerto del Amazonas. A pocas millas de la aldea de Breves, nuestro barco encalla en un banco de arena, y allí pasamos tres dias y medio rodeados de una legion de mosquitos. Al fin, uno de los vapores que pasaban por el horizonte divisó nuestras señales de socorro y se dirigió á nosotros. Nuestra carga pasa en seguida á su bodega, la marea nos pone á flote, y proseguimos nuestra marcha. Dejamos á la izquierda la isla de Marrajo, entramos en la bahía y ante nosotros se extiende el Atlántico. En siete meses ménos dos dias he atravesado la América del Sur.

Se hace de noche, una de esas hermosas noches estrelladas cuyo tibio hálito se respira con satisfaccion. A lo léjos brillan millares de luces alineadas como una cadena de oro, que se reflejan en el tranquilo espejo del Amazonas. Estamos en Pará.

Este puerto, cuyo nombre es en Europa sinónimo de fiebre amarilla, se me apareció como un centro de civilizacion, como una gran ciudad. Un ancho muelle y casas de dos ó tres pisos forman la fachada de la principal ciudad del Amazonas. Al cruzar por sus calles, he leido en

las muestras de las principales tiendas: *Artículos de Paris, Novedades de Paris, Paris en América.* Parecióme al pronto, y la observacion continua ha confirmado mi primera impresion, que Francia estaba en esta region todavía más de moda que en el Pacífico, pero que la autenticidad de las mercancías era la misma que en Guayaquil. La falsificacion triunfa, y la divisa parece ser: municion *for ever.*

Regresé á mi domicilio entreteniendo el tiempo. Algunos negros sostenian á las puertas de las casas animadas conversaciones con soberbias muchachas de vigorosas carnes. Al través de las puertas abiertas de las tabernas se ve á los bebedores reir enseñando sus hermosos dientes de marfil, y atracándose de aguardiente del país, de *cachassa* ó de cerveza alemana. Acá se oye al través de una ventana abierta un vals de Metra; allá los sónes de una guitarra y un canto del país, monótono y triste, vibran en el silencio de la noche.

Unos cuantos soldados de policía, Geoffroy y yo somos los únicos que vamos á pié: todo el mundo, desde el presidente hasta el último esclavo, va en las tranvías, que son un terreno neutral. Una hermosa negra vestida de blanco, con grandes collares de cuentas rojas imitando coral, quiere entrar en el carruaje lleno ya, y un jóven *fidalgo,* gentil-hombre ordinario del emperador, se levanta para cederle su sitio.

Cuando en Europa se habla de esclavos, todo el mundo recuerda sobre todo el papel de pária á que el negro de la América del Norte está hoy todavía condenado por la sociedad. En los Estados Unidos el africano es libre, disfruta de los derechos del hombre, pero se le imponen los deberes del negro y se le excluye implacablemente de la sociedad blanca. En Pará el negro puede aspirar á todas las dignidades; se le conceden sin regateárselas. El color no importa, y con tal de haberse examinado y demostrado su aptitud, figura á la par del blanco.

Al dia siguiente de mi llegada, supe que M. de Gunzburg tenia á su disposicion una gran cantidad de dinero en una casa de banca, á la cual se le habian dirigido tambien muchas cartas; por consiguiente, no me cabia duda de que aún estaba en el alto Marañon. Yo habia supuesto que, por razones de fuerza mayor, no habria podido cruzar los Andes y habria tenido que retroceder. Pero en este caso me hubiera enviado á Pará una carta ó un telégrama. ¡Me seria por lo tanto forzoso ir al rio Morona! Mas para emprender este viaje, no tan sólo necesitaba disponer de una fuerte suma, sino tambien de un buque de vapor y de hombres resueltos. Decidí dirigirme al emperador del Brasil, de quien tenia el honor de ser conocido, y rogarle que me proporcionase el medio de locomocion que me era indispensable. Salió mi peticion por el primer correo, y miéntras recibia la respuesta, me dediqué á estudiar el gran puerto del Brasil septentrional.

Si en literatura fuese admisible el empleo de fórmulas algebraicas, tan seductoras por su laconismo, diria: *Pará* = 300 comercio + 60 cuestiones político- religiosas + 5 discusiones artísticas; y esto bastaria para que se comprendiese el modo de vivir y el organismo de esta sociedad: pero como semejante ecuacion podria parecer insuficiente por lo que respecta al desarrollo de la poblacion, voy á añadir algunas palabras.

El comercio de Pará con Europa y Nueva York es enteramente distinto del que hace dicha ciudad con la cuenca de que es la llave. El primero es normal; el puerto nord-brasi-

leño es el principal mercado de cautchuc; las cantidades de cacao, zarzaparrilla, castañas y marfil vegetal que por él pasan son considerables. El alto comercio está en manos de la Gran Bretaña, á la cual siguen los Estados Unidos. Los comerciantes de ambos países exportan los siete octavos de las mercancías que se consumen, no tan sólo en la ciudad, sino



Indios del Rio Branco. (De fotografía.)

tambien en toda la region del Amazonas. Los viajantes enviados por los industriales anglosajones de los dos hemisferios están en continuo movimiento, acechando todos los negocios, todas las empresas, poniendo su facundia al servicio de la casa que representan y formando un verdadero batallon de exploradores utilísimo para su país. No creo que el viajante francés se haya aventurado jamás en esta region, pues, rutinario ante todo, sólo sabe visitar las ciudades con las que existen ya relaciones comerciales, donde su excursion no ofrece nada imprevisto. Sin embargo, en las comarcas á donde va nuestro compatriota, la gran compe-

tencia ha hecho bajar los precios de venta y disminuir los beneficios. En Pará hay una importante casa francesa que monopoliza la exportacion del cacao.

Los portugueses tienen *lojas*, es decir, tiendas en las que se vende de todo al por menor, lo cual no impide que estos europeos del extremo sudoeste desempeñen á veces á pesar de su color el oficio de mozo de cordel. Y lo cierto es que el negro, á pesar de sus músculos vigorosos y de su tez que no tiene nada que temer de los rayos de un sol ecuatorial, no se presta á los trabajos rudos con la buena voluntad que el hijo de la antigua metrópoli. Este resiste ma-



Criadas y vendedoras de Pará (De una fotografía)

ravillosamente las más duras faenas, á menudo en condiciones higiénicas bastante deplorables. Una actividad constante, una sobriedad á toda prueba permiten á la mayor parte de los portugueses que llegan á América sin un ochavo, volver á su país con un capitalito bastante decente.

Me ha parecido notar que en Pará habia pocos italianos y casi ningun español: los comerciantes alemanes no tenian en 1880 casas importantes y sí sólo algunos clientes.

Entre todas las naciones que han entrado en relaciones comerciales con los habitantes de la cuenca del Amazonas, el inglés, práctico por excelencia, ha comprendido el mecanismo del tráfico especial del país; ha sabido ver que para que funcione útilmente este comercio debia componerse de tres elementos: la navegacion, la importacion de productos manufacturados y la explotacion forestal.

La explotacion regular está llamada á dar vida á las aldeas situadas á grandes distancias unas de otras, y los artículos manufacturados, á mostrar á los indígenas lo que puede embellecer la existencia y hacerla más llevadera y agradable. Estos dos elementos engendran ó

desarrollan el tercero. Y en efecto, el aborígena, seducido por la posibilidad de proporcionarse los objetos que necesita ó apetece, busca medios de pagarlos y encuentra un manantial de dinero en la explotacion de las riquezas forestales del país; trabaja pues, y se establece el trueque. El comerciante inglés realiza un cuádruple beneficio: fletando sus propios barcos con los productos de Europa, asegura una parte de su carga en condiciones que él mismo determina: en segundo lugar gana con la venta de las mercancías que importa: no acepta los productos en bruto que recibe en pago de sus géneros sino á precio inferior del que tienen en los mercados cisatlánticos, y en último lugar, estas mercancías constituyen un flete de retorno muy ventajoso. Aparte de esta operacion, quédanle todavía las probabilidades de ganancia de toda sociedad de navegacion establecida entre Europa y una region excepcionalmente rica del Nuevo mundo. Con respecto á ciertas materias como el cautchuc han conseguido los ingleses contar de antemano, merced á los créditos que otorgan inteligentemente, con una y áun muchas cosechas enteras. Gracias á este sistema, pueden pagar precios muy altos á los explotadores de esta materia, que han sabido monopolizar, seguros de fijar el curso de los mercados.

Paréceme que si una compañía francesa ó de otra nacion se instalara sobre las mismas bases que estas sociedades inglesas, y si organizara en toda la red amazónica un cabotaje fluvial de vapor, si unas cuantas lanchas, trasformadas en almacenes flotantes, llevasen con regularidad á las más pobres aldeas, á las más pequeñas *fazendas*, una coleccion de mercancías que comprendiera en pequeña escala el surtido de nuestros grandes almacenes de novedades, podria acaparar rápidamente el comercio de esta region; abriria á nuestro país un mercado excelente, y ayudaria á crear y á educar una nacion de compradores. Hoy el indígena es un salvaje domesticado, pero no civilizado: no sabe contar, ni ahorrar, ni privarse de lo que le gusta cuando tiene dinero ó crédito; contrae deudas siempre y se encuentra en una posicion triste para con el comerciante de Pará, que sabe aprovecharse de sus defectos. Sin embargo, no siempre hay que censurar á éste por sus procederes; su verdadero vicio es su cliente, tal cual es en la actualidad.

Nadie vive en Pará por divertirse, sino por enriquecerse; así es que las especulaciones son aquí febriles: se habla únicamente de comercio, se sueña con negocios, y se trafica por todas partes, sin reposo: se gana sin tregua, se pierde sin pestañear, y se recobra lo perdido sin saber cómo. Pará es una bolsa, en la cual se juega la fortuna y á veces la vida. Pará es un paradero de caravanas y un bazar; se descansa en él una noche, se compra durante un dia, y en seguida en marcha para la Meca del traficante, el templo de los millones.

Para arrojar la bilis que rebosa siempre que se quiere ganar oro, se juega á la oposicion, hoy contra el obispo, mañana contra el gobernador, otro dia contra un jefe de policía ó una cantante de ópera. En esta oposicion, lo único acre son las palabras, á las cuales no corresponden en modo alguno los actos, porque el brasileño es pacífico. El gobierno de su país está bien afianzado, y ama al jefe del poder. Estos efectos de oposicion no son otra cosa sino válvulas de seguridad por las que se escapan los vapores peligrosos. Esta propension motinesca da un aspecto bullicioso, cierto despejo á los miembros de la oposicion, y como en Pará todo

el mundo es de oposicion contra álguien ó contra algo, se observa en el carácter local no sé qué vivacidad bastante rara en climas sofocantes.

Su conversacion se colora á menudo con una tinta clásica de que nadie carece en el Brasil.

La gran semejanza que existe entre los idiomas portugués y latin es causa de que los alumnos de los colegios aprendan con facilidad esta lengua; y como el imperio del Sur, país de noblezas personal, militar y administrativa, es al propio tiempo un país de nobleza universitaria, no se tienen por pedantería las citas latinas discretamente ingeridas en la conversacion. En Pará se da el título de doctor al bachiller. Aquí se es algo doctor en todo: en ciencias, naturales ó matemáticas, en ciencias médicas, en las del ingeniero ó en letras. Pero estos doctores no son como los nuestros de toga y birrete: los jóvenes profesores de la universidad nord-brasileña son elegantes y esbeltos, quizás demasiado.

La anchura del pecho es uno de los caracteres fisiológicos más deficientes en los criollos del Amazonas: su delgadez exagerada es un signo de debilidad y de triste augurio. He aprendido á conocer y á estimar al habitante de Pará, y desearia en su obsequio que tuvieran sus pulmones más espacio en un cuerpo tan enclenque.

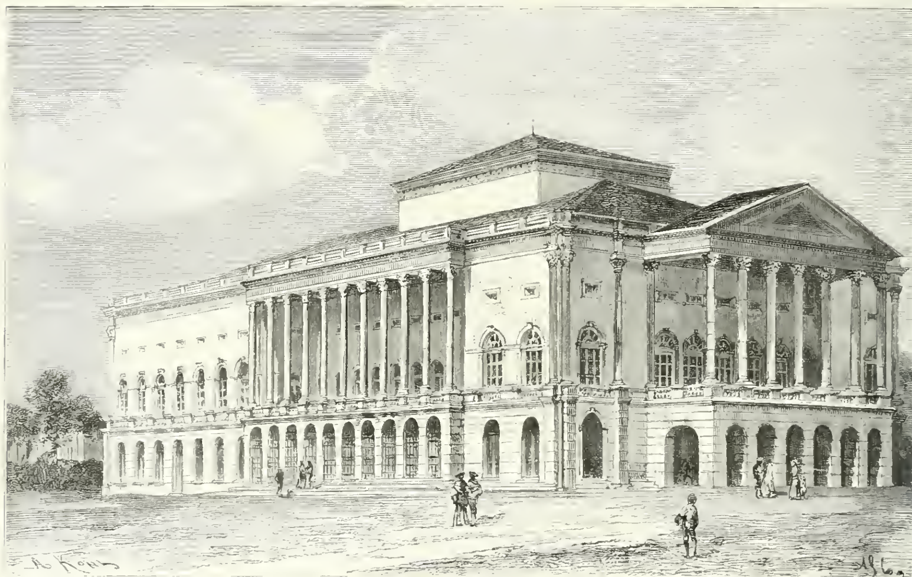
Es interesante ver al criollo en el seno de su familia. En su casa es verdaderamente el amo, y él es el único que, como suele decirse, lleva los pantalones, que á la verdad parecen escaparse de sus piernas largas y secas como patas de zancuda. Los hijos de la casa, hombres ó mujeres, besan respetuosamente la mano al padre de familia, y la naturalidad nada afectada que se nota en este movimiento realza de un modo singular el prestigio de ese patriarca de gaban y pantalon de campana.

En la calle apénas he visto más mujeres que criadas y vendedoras de comestibles. Las damas de buen tono limitan sus paseos á peregrinaciones regulares á la iglesia: encargan á sus esclavas de todas las compras, de suerte que en tiendas, mercados y tranvías sólo se encuentran mujeres de tez más ó ménos oscura. Como cada cabello de estas muchachas viene á ser una especie de muelle tieso y áspero, figúrese el lector qué dimensiones tan extravagantes no tendrán sus peinados Este almohadon natural y la vigorosa musculatura de su nuca permiten á las mujeres de color llevar objetos de bastante peso en la cabeza. Jamás parecen tener prisa y vagan más bien que andan por las calles llevando sus largos brazos caidos; cuando son jóvenes fuman cigarrillos, á los treinta años, puros, y al hacerse viejas recurren á la pipa. Coqueteando y charlando, siempre alegres y juguetonas, se consuelan de las penalidades de la vida prorumpiendo á cada momento en carcajadas tan largas que parece no han de tener término sino con su existencia.

Sus amas, pálidas y delicadas, pasan el tiempo en sus cómodas habitaciones, en las que reina siempre una oscuridad buscada y cierta frescura. Vestidas con trajes blancos y bordados, y con la negra cabellera caida hasta la cintura, parecen dormitar siempre. Sentadas en su hamaca, en su ancho sillon ó en su balancin, pasan horas enteras contemplando el vacío sin hablar una palabra. Y sin embargo, no falta sangre en las venas de esas blancas hijas de los trópicos. He visto las damas de Pará en el teatro, y allí esos colores mates se animaban, y á la manera de una corriente largo tiempo remansada, sus ideas, sus sentimientos se abrian paso

durante los entreactos, desbordándose rápidos, entusiastas, llenos de verbosidad y de calor.

Las representaciones dramáticas no tan sólo dan lugar á escenas de gran vivacidad en el mismo teatro, sino tambien á luchas que continúan á más y mejor en las columnas de los periódicos. La prensa de Pará, sea dicho entre paréntesis, goza de una libertad á la que estamos muy poco acostumbrados en Europa. El diario *O Gram-Pará* se distingue por su severidad, por sus artículos de fondo y por las tendencias elevadas y patrióticas que manifiesta siempre. Uno de sus redactores, el Dr. Domingo Olimpio, figuraria en cualquier país entre los hombres de más talento; y sus estudios económicos, sus trabajos políticos así como sus críticas artísticas formarán con el tiempo una obra magistral, un documento precioso para los que deseen conocer la época del despertamiento de esta region del porvenir.



Teatro de la Paz, en Pará (De fotografía)

Este porvenir se bosqueja ya. El comercio ha traido aquí la riqueza, ese poderoso agente de las artes. Las escuelas están llenísimas de alumnos y las bibliotecas de lectores. Los museos se van ocupando, y el teatro es hoy el punto de reunion y de recreo de todas las clases de la sociedad. El coliseo de Pará es un edificio magnífico, de grandes dimensiones, y á pesar de ciertas exageraciones, una obra notable. Los monumentos modernos necesitan con frecuencia una inscripcion especial, una especie de comentario para ilustrar al espectador acerca de su destino. El teatro *de la Paz* dice, sin etiqueta, que es un templo del arte. Las columnatas del primer piso son algo desproporcionadas para las dimensiones de la planta baja, la cual, bajo el punto de vista arquitectónico, sólo sirve de basamento: tienen además demasiada altura para su pequeño diámetro; pero estamos en el país de la palma real, y cuando la vista del europeo se ha acostumbrado á esta columnata natural, á esos erguidos troncos, tan airo-

samente coronados de un penacho verde, acaba por advertir que el arquitecto no ha hecho columnas corintias ni dóricas, sino brasileñas, lo cual constituye su mérito.

La naturaleza es hermosa en todas partes, cualesquiera que sean las proporciones que adopte, y al imitarla no es posible equivocarse. Lo bello sólo es la armonía del centro en que se está.

31 de octubre. — Hoy es el dia de la famosa procesion de Nuestra Señora de Nazareth, el dia del *Cirio*. El negro más ínfimo va bien vestido en un dia de fiesta, y la negra lleva un traje de muselina clara y brillantes alhajas. Su porte adquiere entónces un carácter arrogante



Calle de San José, en Pará (De fotografía)

y ligero, y fija la planta sin medias, pero calzada con una zapatilla de tacon á lo Luis XV, en el empedrado problemático de las calles de Pará.

La ciudad se engalana desde la víspera. Durante la noche del 30 se traslada á la milagrosa imágen desde la pequeña iglesia de Nazareth á las *Educandas*, para volver á llevarla al dia siguiente á su santuario.

El año en que tuve ocasion de presenciar esta fiesta religiosa y popular, un incidente imprevisto alteró el programa de la noche. Apénas habia salido la procesion de la capilla, empezó á llover con fuerza: el sacerdote mandó entónces abrir un enorme paraguas para guarecer á la Vírgen, tras la cual iban unos cuantos negros con hachas encendidas; á impulsos de la tormenta estas hachas empezaron á despedir chispas, y por todas partes estallaron cohetes en medio de una tromba de agua.

La ciudad se pone en movimiento desde las cinco de la mañana del 31. A las seis retumba el cañon, y la procesion se pone en marcha. En lo alto de las casas ondean las banderas de todas las naciones. Las colgaduras que penden de ventanas y balcones dan á las calles un aspecto alegre y vistoso.

Lo que realza el brillo de las fiestas religiosas en estas latitudes y las coloca, áun en la calle, en una nave incomparable, son las hileras de palmas reales que forman, como en la calle de San José, una columnata gigantesca. La muchedumbre apiñada bajo esta bóveda majestuosa proporciona, por comparacion entre la altura de los hombres y la de los árboles, el medio de apreciar las dimensiones imponentes de estos vegetales.

Para comprender la fiesta del Cirio, es preciso conocer el orígen de la veneracion á Nuestra Señora de Nazareth, y el gran acontecimiento que la hizo merecer la confianza de la poblacion de Pará.

En 1793, un barco que se habia puesto bajo la proteccion de *Nossa-Senhora*, —á la sazon muy poco conocida,—se perdió á los veintitres dias de navegacion. La tripulacion de la goleta volvió á Pará sana y salva en un bote de á bordo. Atribuyóse esto á milagro, y los marineros dedicaron á la milagrosa Madre la embarcacion en que se habian salvado. Era el primer prodigio de la Vírgen en el Amazonas. Desde entónces se ha ido llenando la capilla de Santa María con un número asombroso de ex-votos: todas las familias del país profesan á la santa imágen un agradecimiento personal, y hé aquí la razon de que nadie deje de asistir á esta fiesta.

Rompe la marcha de la procesion una representacion plástica del gran milagro: en un carro tirado por ocho bueyes llenos de guirnaldas aparece el simulacro, de carton-piedra, de un bote juguete de las olas y de Nuestra Señora velando por la seguridad de los marinos; acompañan á este carro unas cuantas niñas con alas de felpa y plumas, montadas en caballos ricamente enjaezados conducidos de la brida por lacayos; segun parece, estas niñas son ángeles. Sigue la pieza de efecto, incomparablemente hermosa; es el bote, recien pintado, y ocupado por una porcion de niños blancos, morenos y negros, coronados de rosas, risueños, encantados y jugando con flores que rebosan por todas partes. Unos cincuenta marineros, que se relevan de vez en cuando, llevan este ramillete de flores y niños; tras ellos va una compacta muchedumbre de fieles. Aparece por último una carroza de gala, especie de urna de color encarnado y dorado, tirada por los devotos, y en ella la pequeña estatua de la Santísima Vírgen, que tendrá de 35 á 40 centímetros de altura. El obispo, los canónigos, los curas, á la cabeza de una prolongada fila de coches y carretelas y de una multitud inmensa, siguen la línea ondulante del *Cirio*.

El polvillo purpurino que cubria el suelo perfumaba el ambiente; el sol parecia de cobre; hendian el aire innumerables cohetes cuyas varillas de madera volvian á caer sobre la multitud; los acordes de las músicas militares vibraban en cinco ó seis puntos diferentes, y el torrente humano, unas veces estrechado por la angostura de algunas calles, y otras desbordándose por las plazas, llegó despues de tres horas de marcha á la capilla situada en el *largo* de Nazareth, en la cual se colocó de nuevo la santa imágen.

Delante del santuario se ha establecido una feria, y por la noche se ilumina la plaza á la veneciana, circulando por ella el pueblo tranquilamente.

Segun parece, en otro tiempo servia el *Cirio* de pretexto para juegos desenfrenados, y los caballeros de industria se aprovechaban del bullicio para pescar en rio revuelto. Pero en 1880 las autoridades han prohibido «los juegos de amor y de azar,» poniendo así término á una saturnal peligrosa para la fortuna de los unos y la salud de los otros.

Durante este dia recorrí la poblacion con un grupo de joviales amigos. Entramos lo ménos en veinte casas, siendo recibidos en todas ellas con suma afabilidad y obsequiándonos con bebidas refrescantes. Desde las cuatro de la madrugada hasta media noche estuvimos peregrinando por esta ciudad que parecia un alegre parador de caravanas. A dicha hora nos encaminamos al puerto, donde debia embarcarme para remontar el rio de las Amazonas.

. . . .

No duraron mucho las dificultades con las que tuve que luchar. El mismo dia en que mi amigo el doctor Ramiz Galvao entregó mi solicitud á don Pedro II, dispuso éste que me telegrafiaran anunciándome que tenia á mi disposicion un cañonero de vapor de la escuadrilla del Amazonas con su oficialidad y tripulacion, autorizándome además para practicar los estudios y exploraciones que juzgara útiles, despues de recorrer las regiones en que debia hallarse todavía M. de Gunzburg. Púseme pues en marcha para la parte más importante de mi expedicion.

Un gran número de amigos me estaba esperando á bordo del *Arari*. El señor Souza Cabral, uno los jóvenes elegantes de Pará, que me habia dado pruebas de la más afectuosa amistad durante mi estancia y pasaba entre sus paisanos por un excéntrico muy divertido, se habia instalado á bordo, empeñado en acompañarme hasta Manaos. Al pronto creí que bromeaba, pero no era así, y en efecto me acompañó por espacio de cinco dias.

Alejábame otra vez de Francia, relativamente tan próxima á Pará, para embarcarme á los pocos dias á bordo de un cañonero brasileño. Desde este momento iba á ser deudor al emperador Don Pedro de los resultados de una mision cuyos primeros siete meses no habian sido más que una especie de preparacion.

Consigno sencillamente estos hechos, sin acompañarlos de comentarios ó explicaciones que nada podrian añadir al acto de soberana generosidad de que he sido objeto. La mejor prueba de gratitud que puedo ofrecer al Pedro el Grande de la América del Sur, cuya ambicion consiste en realzar á su país auxiliando á los que trabajan, es dar á conocer en Francia una de las joyas largo tiempo ignoradas de este gigantesco imperio, las bellezas y riquezas que, gracias á él, he podido explorar.

VI

VIAJE DE MANAOS AL RIO MORONA EN EL CAÑONERO IMPERIAL

No bien desembarqué en Manaos, recibí la visita del presidente de la provincia del Amazonas que vino á confirmarme oficialmente la órden del gobierno central, relativa á poner á mi disposicion un cañonero de la escuadrilla nacional estacionada en rio Negro. El presidente me puso en relacion con los Sres. Fontura y Lamare, prefecto fluvial el primero y capitan comandante de la estacion el segundo. Escogimos de comun acuerdo el cañonero número 1, y al punto se dió órden de armarlo para la expedicion.

Quise enviar á bordo provisiones para mi propio uso, más el presidente se opuso á ello formalmente, diciéndome: «Es V. huésped del Brasil; por consiguiente no podemos consentir que no acepte V. nuestra hospitalidad completa.»

La víspera de mi partida pasé á bordo donde me aguardaba, juntamente con la oficialidad y la tripulacion, toda la colonia francesa y muchas personas notables de Manaos. Hacia algunos meses que veia nacer respecto de mí amistades desinteresadas, y más de una vez sentí la penosa impresion de la despedida por más que abrigara la esperanza de un próximo regreso. Me habia acostumbrado á despedirme en varias lenguas, á oir los más fervientes y benévolos votos sobre el resultado de mis empresas: y sin embargo, el dia de mi embarque en Manaos, la despedida tomó un carácter más solemne que de costumbre; los marineros de la escuadrilla, situados en las vergas, nos saludaron con los tres vivas de reglamento; izaron y arriaron las banderas y retumbó el cañon: de una porcion de lanchas llenas de curiosos y amigos salieron gritos y aclamaciones en nuestro obsequio, miéntras el cañonero nos alejaba de aquel puerto hospitalario, de aquella ciudad simpática.

Empezaba otra vez para mí la dura existencia del explorador, y mis cuadernos de apuntes, mi diario, formados hacia muchos meses, llenáronse de nuevas notas á partir de este momento.

Como nada puede expresar la vivacidad de mis primeras impresiones, el mejor modo de referir mi viaje á bordo del cañonero imperial consiste en trascribir sin modificacion alguna las notas que he tomado durante el curso de la exploracion. No añadiré nada á este diario y me limitaré á suprimir cuanto se refiere á los trabajos de poca importancia, á los incidentes sin consecuencia, poco ó nada interesantes para el lector.

1.º de diciembre de 1880. — Levamos anclas á las diez de la mañana, y tres cuartos de hora despues entramos en el Solimoes. A las siete de la tarde llegamos á Arapapa, á unas sesenta millas de Manaos. Esta pequeña hacienda pertenece á un francés, Augusto Berger, antiguo alumno de la Escuela de Agricultura de Grignon. Su concesion, que tiene dos kilómetros de largo por trescientos metros de ancho, ocupa sesenta hectáreas, y le ha costado doce mil reis (treinta pesetas). Su situacion está bien escogida, en un país sano. La meseta en que se hallan la casa y las plantaciones está á unos cinco metros sobre el nivel de las mayores avenidas, y

forma á modo de un baluarte á lo largo del rio. En efecto, á medio kilómetro del Solimoes empiezan en este punto los *higapos*, terrenos sumergidos durante seis meses del año, en los cuales se da muy bien el cautchuc.

Nuestro compatriota labra su tierra sin mozos. Ha plantado diez hectáreas de caña de azúcar, la cual tiene por término medio treinta y seis palmos de altura (ocho metros) por cinco ó seis centímetros de diámetro: su monda, expurgo y riego, que ocasionan crecidos gastos en los cañaverales de la costa peruana, no tienen ninguna razon de ser en las *fazendas* del Amazonas.



Una calle de Iquitos (De fotografía)

La caña produce diez francos limpios por metro cuadrado cuando se hacen mieles, y da cinco francos cuando se saca aguardiente. Se renueva sin otro trabajo por espacio de quince años. En los tres meses siguientes á la roturacion del terreno y á la plantacion, se cosecha en los campos de caña toda clase de legumbres y hortalizas. Por ejemplo, ocho metros cuadrados han producido tomates por valor de doscientas cincuenta pesetas.

2 de diciembre.—En seis horas de marcha hemos llegado á Manacapuru, centro de reunion y puerto de un millar de familias de tapuys que explotan el cautchuc de esta region, la *borocha*, como se dice en el país, y que venden sus cosechas á un marroquí, único comerciante de la localidad.

A las seis de la mañana siguiente presencié una escena típica en el almacen de dicho africano.

(El comerciante en su tienda, yo y luégo un tapuy.)

El comerciante.—El cautchuc está á dos mil doscientos reis la libra en Pará. Este año será un año de oro.

YO.—Le felicito á V. Hágame V. el favor de darme un fósforo.

EL COMERCIANTE.—Tómelo V. *(Entra un tapuy en el almacen.)* Buenos dias, Sebastian: ¿cómo está tu padre?

EL TAPUY.—Muy bien. Mi padre me ha encargado que le salude á V. y que le diga que es su afectuoso servidor.

EL COMERCIANTE.—Tu padre es muy cumplido.—¿Quieres echar un traguito?

EL TAPUY.—Lo agradezco mucho. (*Bebe.*)

EL COMERCIANTE.—¿Estás aquí de paso para Manaos, eh?

EL TAPUY.—No; he venido á hacer algunas compras.

EL COMERCIANTE.—¿Y con qué piensas pagar?

EL TAPUY.—Tengo cautchuc.

EL COMERCIANTE.—¡Pobre muchacho! Tengo los almacenes llenos, y no ignoras que el mercado está en baja. ¡Es una ruina! La *boracha* no se paga más que á mil seiscientos reis.

EL TAPUY.—¡Mil seiscientos! Pero si estaba á dos mil y más.....

EL COMERCIANTE.—Ultimas noticias recibidas por el vapor *Rio Branco.*

YO *aparte.*—Este vapor no ha hecho escala en Manacapuru.

EL TAPUY.—¡Ave María! ¿Y qué haré?

EL COMERCIANTE.—El vapor *Obidos* pasará por aquí dentro de diez ó doce dias; va á Manaos y Pará. Si continúa la baja, te desharás del cautchuc á razon de mil ó mil doscientos reis. En los gastos de viaje y de posada se te irá casi toda esa cantidad; pero si eres juicioso, todavía te quedará dinero para volver á tu casa.

EL TAPUY *(mordiéndose las uñas).*—¿Qué dirá mi padre?

EL COMERCIANTE.—No dirá nada por cuanto el precio del cautchuc no depende de tí ni de mí. En fin, para sacarte de apuros, voy á darte el género que me pidas, sin que me quede un centavo de ganancia. ¿Cuánto cautchuc has traido?

EL TAPUY.—Quinientas libras.

EL COMERCIANTE.—Eso viene á valer ochocientos mil reis. ¿Qué necesitas?

EL TAPUY.—*Chiros* (telas gruesas).

«Aquí tienes, dice el marroquí sacando una pieza de la cual me acaba de vender, á razon de mil reis el metro, la cantidad necesaria para una pequeña tienda de campaña.—Es un artículo sin igual y sumamente barato; vale dos mil reis el metro; el señor acaba de comprar tambien.»

Yo escuchaba aquella conversacion, que duró media hora larga, como quien lee un libro de Balzac. Al fin y á la postre, el tapuy salió debiendo cien libras de cautchuc al mercader, quien ganó con la compra del cautchuc y la venta de sus géneros una cantidad que calculo en 10,000 reales. Me parece que esto es lo que se llama un buen negocio.

Al anochecer anclamos junto al Anaman: en este punto encontré á otro francés, Alberto Firmin, que comercia en cautchuc y explota bosques de castaños.

Esta especie de castaña del Amazonas es un fruto esférico de veinte á treinta centímetros de diámetro; su corteza es rugosa y sumamente dura; partiéndola á hachazos, se le encuen-

tran dentro de doce á diez y seis almendras de grato sabor, colocadas como las semillas de una manzana.

Hay selvas enteras de estos árboles, uno de los vegetales más majestuosos del Amazonas; pero la recoleccion de la *castanha* no deja de ofrecer peligro. Las más pequeñas pesan de seis á siete libras, y cuando están maduras caen de veinte á veinticinco metros de altura. Su propio peso y la velocidad adquirida en la caida hacen que á menudo se hundan á treinta ó cuarenta centímetros en el suelo. Todos los años resultan algunos trabajadores lisiados ó heridos mortalmente por estos frutos.

5 de diciembre.—Despues de catorce horas de navegacion fondeamos en Codajas, donde nos recibe el capitan Fleury, el cual ha sido enviado con veinte soldados á este lugar para reprimir ciertos motines que han estallado á consecuencia de las elecciones para diputados á córtes. Los contrincantes, apurados los argumentos verbales, habian acabado por querer convencerse mutuamente á puñetazos y cuchilladas, pero el aspecto de unas cuantas bayonetas devolvió la calma á los ánimos agitados.

Una avería en la máquina nos permite disponer de doce horas para visitar este puerto, que no es difícil conocer á fondo en pocos minutos. En tres casas he visto jugar al lansquenete en pleno dia, y en dia de trabajo. He visto tambien vender por tres mil reis (siete pesetas cincuenta céntimos) una armónica de cuarenta céntimos, y una botella de tinta de cuarenta céntimos, precio marcado en la etiqueta, me ha costado dos mil reis (cinco pesetas). Es una estacion desagradable por todos conceptos y en la cual, en vez de aire, se respiran mosquitos.

Levamos anclas á media noche. Al dia siguiente, fondeamos en Cuari á eso de las diez de la noche, y sin ocurrir cosa notable, partimos á las once de la mañana del 7 de diciembre, anclando el 9 á las cinco de la tarde delante del pueblo de Teffé. En este puerto viven muchos individuos oriundos de Tánger, Túnez y Gibraltar, pero como estas ciudades apénas son conocidas en el Amazonas, titúlanse aquellos franceses ó más generalmente argelinos.

12 de diciembre.—Otra avería ocurrida en uno de los émbolos nos detiene en medio del rio, dos leguas más arriba de Caixara. Todo marcha en torno nuestro; los árboles y hasta masas de tierra desprendidas de las orillas. La chalupa imperial, que regresa de Tabatinga á su puerto de estacion, acude á nuestro encuentro para auxiliarnos, y sus maquinistas, unidos al nuestro, se dedican á remediar la avería.

13 de diciembre, al medio dia.—Continuamos en el mismo sitio, pero de aquí á dos ó tres horas saldremos de este infierno húmedo.

Despues de almorzar, y miéntras fumaba un cigarrillo, me he entretenido en ver las cabriolas de un monito que pertenece al piloto de la chalupa de Tabatinga. Atado á una silla, se vuelve y revuelve y tira del cordel que le tiene sujeto. La emprende con las cotorras y pollos que pasan á su alcance, hasta que llama su atencion un racimo de plátanos que está un poco más allá del radio en que puede moverse; no pudiendo alcanzarlo, acaba por mantenerse en una escrupulosa abstencion y respeta los frutos propiedad incontestable del vecino; pero en esto acierta á pasar un marinero que desvia un tanto la silla, centro del campo de la activi-

dad del antropomorfo, y este se aprovecha al punto de tan favorable circunstancia para arrojarse sobre los plátanos. ¡De cuán poco depende la honradez de mucha gente! dije para mí echando una bocanada de humo. El hombre se agita y se revuelve como ese animalejo, sin darse cuenta de ello, y el alcance de su accion no suele ser á menudo más que cuestion de bramante.

14 de diciembre. —Estamos en marcha desde ayer. Me propongo continuar navegando toda la noche para llegar á Fonteboa por la mañana; y al caer la tarde estaremos cerca de Tonantins.

Las márgenes del Amazonas tienen á veces hasta quince metros de altura en la region que recorremos. De vez en cuando vemos algunas chozas, y acá y allá un *batelon* ó sea una de esas embarcaciones en las que he pasado tantas horas.

18 de diciembre.—La calentura me ha tenido reducido á la impotencia todo el dia y la noche.

19 de diciembre.—Tonantins es un pueblo comercial: un tal Acevedo, el Rothschild de la comarca, ha puesto su casa á mi disposicion, y durante la hora que he pasado con él me ha hablado de la importancia siempre creciente de su comercio; en diez años han decuplicado sus transacciones.

Acabamos de salir de Tonantins, situado una milla más arriba de un pequeño tributario *(igarapé)* del Solimoes. Este gran riachuelo forma veinte brazos; las aguas del igarapé están altas y han cubierto todos los troncos, cuyas copas asoman á la superficie cual gigantescas malezas. Este túnel de verdura está esmaltado de soberbias orquídeas, plantas parecidas á ciertos individuos en que son brillantes, pero parásitas; jamás echan raíces y viven en la rama.

20 de diciembre. —Hemos navegado toda la noche. A las ocho de la noche llegamos, más arriba de San Antonio, á la desembocadura del Iza (Putumayo), campo de exploracion del desgraciado doctor Crevaux.

El señor Rafael Reyes posee en el rio el vapor de ruedas *Caquetá*, de construccion norteamericana y de trescientas toneladas, que presta un servicio regular. Esta casa colombiana exporta principalmente quinas é importa en la region de Pasto los productos de las manufacturas europeas.

21 de diciembre.—Estamos en la rada de San Pablo, pueblecito situado en una colina bastante alta de la orilla derecha del alto Solimoes. Pronto entraremos en la parte del Amazonas que los ribereños llaman Marañon. Parece que San Pablo es un criadero de muchachas bonitas á donde acuden á buscar compañeras los habitantes de Tabatinga y de los puertos, á veinte leguas en contorno. Se contraen los matrimonios en virtud de un convenio verbal, de una *palabra*, segun la frase consagrada.

No puedo pensar sin sonreirme en la tan cacareada inocencia de los pueblos primitivos. Por más que digan los moralistas que vilipendian la civilizacion, los pueblos primitivos no son inocentes: la civilizacion es la que crea la inocencia. La reserva que la sociedad impone, mantiene á la infancia en una saludable ignorancia de lo que es la corrupcion: esa virtud que consiste en no practicar un mal que se desconoce está hecha para ennoblecer razas enteras. En las sociedades

primitivas la mujer no tiene ninguna mision social; no puede ser amiga del hombre, y por tanto, tampoco puede constituirse en ellas la familia.

22 de diciembre.—Hemos tocado en Buena-Vista y anclado en Caldeirao, á pocas leguas de la frontera brasileña. El 23 se nos ha roto una pieza de la máquina, á tres ó cuatro horas de Tabatinga. ¡Otro dia perdido!

Hemos cogido una gran cantidad de peces llamados *candirus*. Estos animales, parecidos



Palmera achual (De fotografía)

á sanguijuelas, se agarran á las carnes como ellas, siendo un peligro para los bañistas. Otra especie de peces que pulula en este rio y se llama *pirainha*, es causa de frecuentes percances. Con sus mandíbulas cortantes como cuchillas, cortan brazos y piernas como el mejor cirujano; por esto no siempre es conveniente zambullirse en las aguas del Amazonas.

Los caimanes *(jacareys)*, las rayas, cuya cola terminada á modo de lanceta ocasiona heridas que paralizan los movimientos de los nadadores, los poragueys, peces eléctricos de tan poderosa accion, hacen mortal con frecuencia el placer del baño.

Hoy 25 de diciembre, dia de Navidad, llegamos á Tabatinga. Héme otra vez en la frontera del Brasil, despues de tres meses y medio de viaje por esta region hospitalaria.

El ribereño del Amazonas es de corazon generoso, y liberal sin ostentacion. Ofrecerá al viajero su último vaso de agua y su penúltimo cigarrillo; pero no hace nada por el progreso

de su país, ni tiene fuerza para fecundarlo; á pesar de lo cual no se le puede tachar de perezoso ni de indolente á sabiendas.

Hay ciertas leyes naturales que no se pueden violar ni burlar, y en primera línea las de aclimatacion. Aunque la raza blanca es la única que conserva la mayor parte de sus facultades en todas las latitudes, pudiendo llamarse por lo mismo la única raza civilizadora, no posee este don de un modo absoluto ó ilimitado. Para convencerme de ello, no tengo más que reparar en mí: cada vez que cambio de centro climatológico siento cierta debilidad intelectual y perturbaciones fisiológicas. Como no he nacido en este clima cálido y húmedo, no gozo de la plenitud de mis facultades; mis nietos, debilitados ó faltos de energía, no podrán ser responsables de su postracion moral ó física.

Hay muchas cosas en este mundo que se deben consignar, teniendo el derecho de lamentarlas, pero sin razon para censurarlas ni para criticarlas siquiera. Los pueblos padecen sus grandes dolores como las familias, como los individuos, dolores que se deben respetar cuando no es posible aliviarlos.

28 de diciembre.—A pocos hectómetros más arriba de Tabatinga está Leitia, puesto militar de la frontera peruana, y en el que sólo falta el comandante, los soldados y los fuertes. El gobierno central ha gastado unos cuantos millones en este fuerte, pero el dinero se ha malgastado ó distraido, no se ha construido ninguna obra militar, y Leitia continúa siendo selva vírgen.

A la caida de la tarde entramos en Loreto: al saltar á tierra, me meto hasta la rodilla en un barro espeso, del cual me sacan tres hombres, no sin trabajo. Miéntras me mudo de ropa vienen dos hombres á bordo. Uno de ellos, de orígen portugués, era sustituto del gobernador la primera vez que pasé por este puerto: este Sr. Rubens me presenta á su compañero don Juan Ramos, nacido en el Perú y criado en el Brasil, donde ha residido más de cincuenta años, y el cual sólo habla en portugués. El Sr. Rubens, sustituto del gobernador, ha delegado su sustitucion en Ramos, que sustituye al sustituto de un *teniente* (es decir, de un teniente-gobernador). Estas autoridades por duplicado me piden mis papeles, y por toda respuesta hago que les sirvan coñac; es de suponer que hayan encontrado en el fondo de la copa los informes que buscaban, por cuanto no me vuelven á hablar de ello.

A la mañana siguiente partimos de Loreto, y aquella misma tarde largamos anclas delante de Caballo-Cocha, tres kilómetros más arriba de una quebrada muy angosta. Cuando entramos en este canal empezaba á anochecer; los árboles de ambas orillas juntan sus copas á modo de arcada, formando una bóveda enorme; ni una estrella se refleja en la superficie del agua. No sé cómo nos hemos librado de tener una grave avería.

Al otro dia muy temprano llegamos á Pevas. El Sr. Alfredo Bastos, único comerciante de la localidad, el rey de la aldea, viene á bordo y se ofrece á nuestra disposicion. Teniendo yo motivos para estar descontento del piloto, le ruego que nos proporcione uno seguro.

—No hay en toda esta region mejor piloto que yo, me dice el Sr. Bastos; voy á guiar á Vds. hasta Iquitos.

Cierra su tienda, se mete la llave en el bolsillo, y tal como está, es decir, con zapatillas y

casquete de seda, se instala á bordo para hacer un viaje de cinco dias. Si necesita camisa ó botinas, las comprará en Iquitos.

5 de enero, delante de la desembocadura del Napo.—Siempre es este el mismo rio gigante, y sin embargo, no arrastra una sola gota del agua por la cual he navegado. Los hombres tienen en cierto modo esta particularidad de los rios: cambian, se trasforman, se renuevan, á pesar de lo cual siempre son los mismos.

El Napo tiene en este momento una gran crecida que repele las aguas del Marañon. Enfrente de su desembocadura hay una isla de cerca de una legua de longitud; el agua del Napo rodea completamente las orillas de esta tierra, de suerte que tomando á la altura de la isla el brazo izquierdo del Marañon, el viajero que baja por el rio va contra la corriente por espacio de más de media legua.

6 de enero.—Nos cruzamos con dos *monterías* cargadas de marfil vegetal y de pesca salada; avanzan con gran lentitud, haciéndome comprender que los habitantes del Amazonas no viven más que la tercera parte de lo que vive el europeo: las otras dos terceras partes de su vida las pasan en las piraguas. Rodeados los viajeros de gallinas, de lechoncillos y de conejillos de la India, asados por el sol, mojados por la lluvia, pierden en estas regiones su existencia por ganarse la vida.

A las tres y media estamos á una legua de Iquitos. La orilla izquierda del Marañon forma un talud escarpado, y á algunos metros del borde se ven chacras de indios, desde las cuales nos contemplan numerosos indígenas con la boca abierta. Seguramente se han reunido para celebrar una fiesta, porque hoy es el dia de Reyes: pero si no fuera esta festividad, seria el aniversario de cualquier otro santo, ó bien un dia de bautizo, de boda ó de entierro; la cuestion para los indios está en tener un pretexto cualquiera para divertirse, cantar, bailar y embriagarse.

El indio jamás deja de tener sus motivos para ello, siendo el más listo el que encuentra trescientos sesenta y cinco pretextos al año (con otra razon plausible de reserva para los bisiestos), á fin de justificar sus excesos alcohólicos.

A las cuatro doblamos el «cabo de Iquitos» llamado el Pongo de Nanai, y quinientos metros más allá divisamos en un sitio encantador la ciudad de Iquitos.

En el puerto descansan dos venerables zuecos de vapor, el *Napo* y el *Mairo:* á éste último se le acaba de mudar el nombre, dándole el de *Itaya*, que es el de un minúsculo afluente que desemboca en el Marañon un cuarto de legua más arriba de Iquitos.

Proponíame hacer en esta poblacion una entrada modesta y furtiva, pero en Loreto me he convencido de que es imposible. El cónsul del Perú en Manaos y el capitan del vapor *Obidos* habian anunciado ya nuestra próxima llegada, y nuestra calificacion de buque de guerra habia parecido desagradable, sin razon, á las autoridades de Iquitos.

Hay ocasiones en que lo más peligroso son los términos medios: teniéndolo así en cuenta, he hecho de uniforme las visitas oficiales, acompañado de la oficialidad de á bordo, vestida de gala. Al punto he obtenido los pasaportes y las órdenes necesarias para que no se me estorbara el paso por las corrientes del departamento fluvial de Loreto.

Miéntras nos repostamos de víveres, recorro la ciudad hablando con todo el mundo.

La historia de Iquitos explica la decadencia de esta region en 1880. Nauta era el puerto principal, el centro comercial del Perú amazónico, cuando en 1864 el gobierno de Lima adoptó la resolucion de ocuparse del oriente de la República. Envióse una comision para escoger un punto sobre el cual derramara el gobierno sus beneficios. Iquitos era á la sazon una granja naciente; un *sitio*, como se dice en el país, en el que recayó, no se sabe por qué, la eleccion de los comisionados. El puerto no está junto al rio mismo, junto al *Hatum-Yacu*, la *madre del rio*; sino á la orilla de un brazo que no carecia de profundidad en el momento en que se fundó la nueva colonia, pero la arena lo fué cegando por espacio de un año entero, y desde entónces no pudo entrar ningun barco en el puerto de la nueva ciudad.

El Perú ha procedido á la creacion de esta colonia de un modo bastante curioso.

El gobierno ha enviado un sub-gobernador, con un mayor como oficial de órdenes, un comandante general, un capitan de puerto, un capitan mayor de órdenes con dos ayudantes de órdenes, veintidos oficiales de marina, diez comisarios y sub-comisarios de marina, quince oficiales de artillería y de infantería, sesenta soldados, treinta y seis marineros, nueve contadores, un gobernador civil y un teniente gobernador, un juez de primera instancia y dos de paz. Ha nombrado un ayuntamiento con su alcalde, dos síndicos y un regidor; pero ni un administrador de correos, ni un maestro de escuela.

En breve ascendió la poblacion á cuatro ó cinco mil habitantes, siendo las dos terceras partes extranjeros. Nada de agricultura; ninguna explotacion forestal, ni grandes pesquerías, ni industria, y por consiguiente, ninguna exportacion, á pesar de lo cual la importacion era considerable. Todo se pagó directa ó indirectamente con dinero del gobierno. Como los altos funcionarios eran muchos, sus sueldos formaban un total de bastante importancia, y estos sueldos, ganados descansadamente, se gastaban con prodigalidad, circulando el dinero de modo que, acaparado hábilmente por muchos negociantes, dió lugar á que en pocos años se hicieran cuantiosas fortunas.

En aquella sazon no habia en Iquitos esa sociedad laboriosa, honrada, de una colonia que desea progresar por el trabajo; sino una aglomeracion de gente que no tenia más aspiracion sino el placer constante: era en realidad una colonia de personas divertidas.

El gobierno gastaba por su parte enormes sumas para traer de Europa una factoría, es decir, talleres de cerrajería, de carpintería y de forjas. En 1876 me hablaron en Lima de ella como de una maravilla, y á juzgar por lo que decian los peruanos, el Creusot era una bicoca al lado de su factoría de Iquitos.

Enorgullecidos con sus talleres europeos importados en buques norte-americanos, y dirigidos por ingleses y alemanes, resolvieron construir una especie de dique flotante, en el cual invirtieron cuatro millones de pesos fuertes; y el dia en que lo botaron al agua, se fué á pique! El director partió algunas semanas despues... con una gratificacion de diez mil soles!

En el puerto estaban anclados constantemente tres vapores grandes y cinco pequeños; pero no vapores para poner este punto aislado en comunicacion con el mundo civilizado, sino buques de guerra.



Indios de Parinari (De fotografía)

Al parecer nadie caia en la cuenta de que el enemigo era la distancia que hubiera podido vencer el vapor, el aislamiento que hubiera desaparecido con un medio cualquiera de comunicacion seguro y regular. El enemigo era el afan de galones y la adoracion de la pereza que nada podia contrastar. Cuando el Estado se declaró en quiebra en Lima, Iquitos tenia tan poca vida propia, que la existencia de la ciudad se paralizó como se paraliza el movimiento de cada rueda de un reloj cuando se rompe el muelle real. De un dia para otro desapareció el dinero, y la miseria enseñó su lívida faz. En 1880, Iquitos tenia apénas mil habitantes en vez de cinco mil. Las casas estaban ruinosas, y la pobreza era tal, que hasta el cura se habia marchado de la ciudad porque su ministerio no le producia lo suficiente para atender á su subsistencia. En 1881, entre mil habitantes no habia más que dos matrimonios.

Y sin embargo, la situacion de este puerto más abajo del Pastaza, del Tigre, del Morona, del Chambira, del Huallaga y del Ucayali es tan favorable que, cuando se gobierne ménos, cuando la iniciativa personal no tenga que luchar con una explotacion usuraria de funcionarios, sino que cuente con un comercio normal, Iquitos figurará entre los puertos florecientes de la América del Sur.

Para dar una idea de la exageracion de los precios, de la falta de equilibrio económico que reina actualmente en este puerto, bástame hacer mencion de las tarifas de una fonda propia de una francesa que ha olvidado su lengua ántes de aprender el español, y la cual goza de cierta notoriedad con el nombre de *la Madama*. Creí de mi deber comer en casa de esta compatriota: pues bien, en tres dias ha ascendido mi cuenta á cerca de ochenta duros! En sus ratos de ocio, la dueña de la fonda fabrica trajes de salvajes con fibras de palma y *anchama*, adornados de plumas, dientes de mono, etc.; trajes que apénas se parecen á los que llevan los indios, pero de cuya hechura los he visto en más de un museo europeo: y el público se extasía contemplando el gusto de los indígenas.

La zona en la cual se halla situado Iquitos carece hoy de árboles, pero entre los matorrales descuellan todavía algunos de la antigua selva vírgen á manera de antiguos monumentos vegetales. Y sin embargo, los mosquitos continúan pululando por todas partes, y el escaso ganado, despues de pastar en el bosque, vuelve á la ciudad donde no lo torturan tanto los insectos.

A las dos de la tarde del 12 de enero salimos de Iquitos, y á las nueve de la noche fondeamos en la isla desierta de Muyuyo. El rio es ya muy angosto.

A las cuatro de la madrugada del 14 llegamos á Nauta despues de navegar venticuatro horas seguidas; este puerto no produce nada, sirviendo únicamente de depósito para los escasos comerciantes del Ucayali, que aguardan en él los vapores para cargar los fardos de pesca salada destinados al mercado de Pará. En estos pueblos el mundo indio se decolora sin que el blanco llegué á imponer su color. ¡País triste y monótono en el que se pierden hasta las ganas de bostezar!

Continuamos el viaje á las diez de la mañana, y por la tarde llegamos á la hacienda de San Regis. En un claro del ribazo estaban unos cuantos indios *camisones* del Ucayali que habian servido de remeros á un Padre carmelita descalzo de Sarayacu, y que accedieron de

buen grado á mi demanda de que se dejaran fotografiar. Sus vestidos eran de un tejido recio de algodon, teñido con achiote cocido. Las mujeres de estas tribus son tejedoras de rara habilidad. Los arcos y flechas, construidos por los hombres, están trabajados con esmero y llenos de dibujos originales que revelan disposiciones artísticas.

El propietario de San Regis, D. Anselmo del Aguila, nos recibe y nos presenta á su compañera, una criolla de tipo el más hermoso de cuantos he visto en mi vida. D. Anselmo es el cazador más intrépido del alto Marañon: ha dado muerte á más de doscientos tigres. Calcúlase que en melazas, aguardiente, pescado, cautchuc, leña para los vapores y en ventas de mercancías importadas realiza una ganancia limpia de doce á quince mil soles anuales.

A las tres de la mañana levamos anclas y á las once de la noche atracamos al muelle natural de San José de Parinari. San José es la residencia del gobernador de este inmenso distrito. Aquí se nos recibe con amabilidad.

Al salir de este punto, entraremos en el alto Marañon, donde dará principio mi verdadera mision. La disposicion del cañonero es tal que el trabajo de observacion sobre cubierta es muy incómodo. En la cámara hace un calor insoportable. Me sirvo del techo de la cámara á manera de puente, pero el sol y la lluvia hacen muy desagradable este punto. Durante nuestra detencion en Parinari, he mandado instalar en él una especie de pabellon, hecho con juncos flexibles de *espintana caspi*, y cubierto de lona. A babor y á estribor he hecho fijar palos curvos para manejar á la vez la corredera mecánica y la sencilla.

La modificacion más importante introducida á bordo consiste en el aumento de tripulacion. He tenido que reclutar en Parinari muchos indios de la tribu afabilísima, laboriosa é inteligente de los *Cocamas*, pues los marineros que llevaba apénas bastaban para desempeñar á la vez el trabajo de marinos y el de leñadores, porque es menester hacer leña diariamente para calentar las calderas.

El Sr. Reategui, gobernador de los cocamas, se ha manifestado deseoso de acompañarme: habla el quichua y la lengua de sus subordinados, y por tanto puede ser un intermediario utilísimo.

El 18 un indio ha muerto de fiebre. Sus padres lo han envuelto en un lienzo, lo han atado á unas parihuelas y embarcado en una piragua. Los cadáveres *desaparecen* en sus tumbas con extraordinaria rapidez. Las filtraciones de agua del Amazonas son causa de estas prontas descomposiciones de la materia.

El 19 proseguimos la navegacion á las once de la mañana, y á las nueve de la noche llegamos á Chambira Tipisco, punto mandado (?) por un gobernador militar, al cual el prefecto ha prestado una carabina, propiedad del Estado. Este gobernador vive en una cabaña. Cuando llegamos, hallábase pescando, fumando un cigarrillo liado en una hoja de maíz, y estaba descalzo y vestido con una camisa y un rudimento de pantalon.

Pablo Rios Latorre, que así se llama este funcionario, tiene á sus órdenes un teniente, el *señor don* Pedro Ramos. El gobernador militar ha inaugurado su mando prohibiendo á todos los blancos que penetren en el rio de Chambirayacu, bajo la multa de cincuenta soles. ¡Vaya

un modo raro de colonizar! Este exclusivista me ha vendido la carabina «oficial» por treinta soles. Privado de su único atributo militar, ¿será todavía gobernador?

Partimos el 20 á las cinco y media, y á las once tocamos en Elvira, donde embarcamos madera de *capirona*, dura como el hierro. Es un crímen de lesa-carpintería el quemar esta madera admirable.

Salimos de Elvira á la una y al anochecer echamos el ancla en el Achual de San Pedro. En otro tiempo habia aquí un pequeño caserío; hoy la vegetacion ha borrado todo vestigio del hombre que habia soñado con invadir los dominios de la selva equinoccial. En la orilla descuellan magníficas palmeras Achual.

El 21 de enero atracamos en Yanchamayo, en donde tenemos que pasar todo el dia 22, «á causa de reparaciones en la máquina.» Dicho punto es un caserío de veinte indios, entre los cuales vive un blanco.

Hace ya tiempo que hemos salido de la zona de las casas con paredes. Cuatro estacas, dos travesaños y unas cuantas latas de chonta ó de *carisos* (cañizos), formando una especie de enrejado, sustituyen ahora á las paredes de ladrillo ó de mampostería. Héme, pues, otra vez en medio de viviendas humanas construidas sin un clavo y sin un puñado de tierra.

Aquí se hace uso de camas de bambú y de hamacas hechas en las *infidelidades*, es decir, en los centros habitados por tribus que no han aceptado aún, juntamente con el bautismo, la doctrina cristiana de los Padres misioneros. Cada una de estas tribus tiene su género de trabajo especial: los zaparros hierven la paja de *chambira;* los cotos la cuecen con *achote*, lo cual le da un color rojo-granate que tira á pardo. Los tapuys de Pevas hacen redes de chambira cruda.

Llevan los *huahuas* (niños de pecho) en un lienzo pasado alrededor del cuello de la madre, de suerte que la cabeza de la criatura se halla poco más ó ménos á la altura de los pechos de aquella. Las mujeres de este caserío están completamente formadas á los doce años, y á veces á los nueve; así es que ántes de llegar á los veinte años, empiezan á envejecer, y á los veinticinco ó treinta parecen ya unas matronas. Por todo vestido, llevan una *pampanilla* ó *taparabo* de treinta y cinco á cuarenta centímetros de anchura.

A las ocho de la mañana del 24 de enero llegamos á la desembocadura del Hocallaga, en cuya orilla derecha hay una pequeña hacienda propia de D. Manuel Lopez Perez, quien nos dió á probar unas ciruelas de aspecto y sabor muy diferentes de los de las ciruelas de nuestras latitudes: echan un olor de trementina, que á veces tambien lo exhala el mango, ese rey de los frutos sud-americanos, y que quita al europeo el gusto de comerlas. A continuacion nos ofreció un vaso de *huarapo*, jugo de la caña de azúcar hervida por espacio de cuatro á cinco horas y fermentada durante dos ó tres dias. Miéntras tanto, han embarcado la leña, y partimos por el Marañon hácia la region del Pastaza y del Morona.

Hemos salido del último punto en que la semi-civilizacion cubre con sus *confecciones* la desnudez salvaje de los habitantes: es el postrer refugio de los efectos de municion europeos en el oeste americano.

27 de enero.—Pasamos á eso de las siete de la noche por delante de una choza, y á las

diez divisamos en la orilla derecha la aldea de Aripari, iluminada por la luz de la luna. Nuestro timonel Luis, siguiendo las indicaciones del piloto, logra esquivar un remolino que dificulta la maniobra, y atracar el cañonero una milla más arriba del puerto; desde allí hemos ido á ver aquel triste grupo de chozas. Los habitantes nos ofrecen huevos, gallinas y copal (resina que sirve para dar impermeabilidad á las telas), y, aunque los vendedores tienen sangre blanca en las venas, se niegan á recibir dinero, y prefieren mercancías. Hago á aquellas pobres gentes algunos regalos consistentes en cuchillos y clavos para los hombres, y agujas, hilo y collares para las mujeres, los cuales producen excelente efecto. Habia allí una linda jóven que reia de contento, enseñando sus treinta y dos hermosos dientes de marfil; y como yo expresara la admiracion que me causaba aquella rústica beldad, un hombrecillo viejo y enfermizo me dijo con cierta sonrisita: «Es mi esposa, para servir á V.»

Partimos el 28 de enero á las cinco de la mañana, y á las seis y media fondeamos en Barrancas, último caserío indio del alto Marañon. Cuanto más se avanza hácia el este, más desnuda se presenta la humanidad. En San Antonio todavía habia un hombre que conservaba religiosamente, á modo de reliquia, un par de botinas colgadas debajo de una estampa de la Vírgen. En Aripari ha desaparecido todo rastro de calzado. En Barrancas se suprime la camisa y se acorta el pantalon. Disminuyendo de este modo el traje por arriba y por abajo, poco es lo que queda. Y sin embargo, la imaginacion del indio trabaja y su fuerza inventiva se desarrolla en razon inversa de esta apariencia de salvajismo: fabrica una multitud de objetos de adorno ó de uso doméstico, y por primera vez, desde mi viaje por el Napo, puedo hacer en estas miserables chozas una pequeña coleccion etnográfica.

En Barrancas he presenciado una escena doméstica divertida. La mujer habia dado á luz, el dia anterior, un niño de color rojo, el cual estaba haciendo gestos y contorsiones en una hamaca minúscula, miéntras su madre iba y venia desde donde él estaba al hornillo, y de este á un rincon donde labraban vasijas de tierra cocida. El marido, de doliente rostro, lanzaba en su hamaca sordos gemidos. El infeliz tenia que cuidarse ocho dias seguidos porque su mujer debia estar enferma. ¡Pobre hombre!

El 28 por la tarde, una espesa niebla nos obliga á echar el ancla á las siete á corta distancia del Morona. Mi tripulacion se ha aumentado con dos individuos de Aripari: un cocama casado (?) con una huambiza: esta mujer, de treinta y cinco ó cuarenta años, habia sido vendida por los ahuarunos que se habian apoderado de ella en una guerra con los huambizas. Todavía habla su lengua, y como ha aprendido el cocama, nos será posible, en caso de que tengamos un encuentro con los huambizas, hacernos entender gracias á dicha vieja. Jamás he visto un sér más decrépito, ni más horriblemente feo: sin embargo, no carece de inteligencia, y cuidaré de hacerle traducir una serie de palabras para formar con ellas un pequeño vocabulario.

Los huambizas habitan en especial las regiones comprendidas entre los rios Santiago y Morona: dícese que son valientes y traidores, lo cual me parece contradictorio.

El 29, á las siete y cuarto, estamos en la desembocadura del rio que mis amigos han querido explorar. Llueve á torrentes; volveré á pasar por este sitio cuando salgamos del rio

y entónces creo poder tomar la altura del sol. Hoy no quiero perder tiempo. ¿Encontraré á Gunzburg? En caso afirmativo, ¿cómo le encontraré?

Tan luégo como los leñadores vuelven con la cantidad requerida de leña (la *tarea)*, hago avivar el fuego, y á las dos entramos en el Morona. Este riachuelo parece un tributario cuando se penetra en él despues de recorrer las inmensidades del Amazonas. Con todo, es á la vez gracioso y majestuoso. Sus aguas tranquilas corren entre márgenes cubiertas de amena y poderosa vegetacion, y como su lecho apénas tiene de 120 á 150 metros de ancho, se puede apreciar con la vista la altura imponente de los árboles, los diferentes colores del follaje y los parásitos brillantes que cuelgan con profusion en sus verdes espesuras. La arboleda se refleja en el agua, dando vida al rio, si me es lícito expresarme así. Los imprevistos recodos de éste cambian la decoracion á cada instante, y trasforman su aspecto sin alterar su carácter.

Por mi parte prefiero el Morona al Amazonas, pintorescamente considerados. El rio rey es demasiado grande para la mirada humana. Su inmensidad se extiende demasiado en anchura y se eleva muy poco. Un lago entre montañas es más grandioso porque el horizonte forma un marco que da realce al cuadro. El mar es más bello porque la vista se pierde en él, porque uniéndose el cielo con el agua á una distancia inmensa borra tan bien toda medida que se adivina instintivamente lo infinito.

Cualquier torrente de la Cordillera es más imponente, porque el elemento habla en él. El agua que muge entre peñascos, arrastrando con formidable estruendo piedras que chocan entre sí y se rompen, cristalina en las pendientes suaves, blanca, espumosa y plateada en las cascadas, parece más jóven que esa masa de agua amarillenta, perezosa, que, semejante á un gigante cansado, va arrastrándose hácia el Océano. Es sobrado grande para rio y demasiado pequeño para mar. Los árboles inmensos que guarnecen sus orillas parecen matorrales en el horizonte. La exageracion del tamaño empequeñece todo espectáculo para la mirada humana.

Hoy 30 de enero de 1881 hemos navegado cincuenta y seis millas; ayer recorrimos trece; hénos pues á sesenta y nueve millas de la desembocadura; he mandado echar el ancla para tomar la altura del sol, y ¡oh milagro! el ancla no agarraba; estaba sobre rocas. Jamás ha sucedido cosa igual desde Pará hasta aquí.

El rio conserva en este trayecto el carácter que presenta desde luégo; casi la misma anchura; no forma arenales ni islotes, y aparte de un pequeño afluente, el Rumi-Yacu, sólo arrastra sus propias aguas.

El 1.º de febrero, á las cuatro de la tarde, se divisa en el horizonte la cresta azul de la Cordillera. La veo por primera vez desde que salí de Santa Rosa, hace seis meses y medio. Probablemente son los montes de Santiago.

Acabamos de pasar por delante de la quebrada de Musaga. La orilla parecia desierta y sin embargo la mujer huambiza de bordo me dice: «Detrás de esos árboles hay algunos de los mios.» Al punto mandé parar, y pasamos á tierra en una piragua. Cuando estuvimos á pocos metros de la orilla, salieron de los bosques muchos salvajes armados: les dirigimos palabras amistosas, y entónces ellos hincaron con arrogancia sus lanzas en el suelo, se cruzaron de brazos y nos aguardaron á pié firme.

El más corpulento, que parecia el cacique, y que llevaba magníficos collares, me alargó la mano en el momento en que salté á tierra. Su primera frase, traducida por mi intérprete hembra, me sorprendió:

—Os aguardaba.

—¿Cómo sabiais que estábamos aquí? le pregunté.

—Os he olfateado.

—¿De veras?

—Sí; olfateo el jabalí, olfateo el ciervo cuando cazo: mi nariz me dice dónde están, y mis piés me conducen á su encuentro.

—Y ¿qué olor despedimos?

—Olor *blanco (yurac asna).*

Si estos hombres fuesen de imaginacion tan viva y osada como los griegos, en lugar de centauros y sátiros, del hombre-caballo y del hombre-macho cabrío, habrian inventado el hombre-perro.

3 de febrero.—Algunas piraguas de indios bravos estaban amarradas á un tronco de árbol en la orilla izquierda, cerca de la desembocadura del rio Mayuriaga. Mis leñadores cocamas se me acercaron con ademan despavorido diciéndome que aquellas embarcaciones debian pertenecer á la tribu de los muratos, los indios más belicosos del rio Pastaza. Añadieron que aquel era el punto en que dichos salvajes desembocaban al regresar de sus dominios de caza. Les dije que en un barco como el nuestro, y armados como estábamos, no tenian nada que temer. A pesar de esto, mandé que la tripulacion se pusiera sobre las armas y que cargaran el cañon. No bien hube tomado estas precauciones, cuando al revolver el primer recodo apareció una docena de piraguas, tripulada cada cual por diez indios. Muchos de ellos estaban de pié, y el mayor de los cocamas me hizo observar con voz ahogada que iban en traje de guerra.

Aquellos mocetones, admirablemente formados, armados de dardos y de grandes escudos, estaban llenos de adornos y collares y llevaban ponchos cortos. No tuve tiempo de examinar detalladamente su traje, porque á pesar de las amistosas palabras de los cocamas y de los discursos de la huambiza de á bordo, nos vimos envueltos en una nube de dardos. El primer disparo no mató ni hirió á nadie; pero al mismo tiempo asomaron á la orilla muchas cabezas de muratos, fáciles de conocer por las largas plumas de papagayo de sus tocados que se destacaban sobre la verde espesura. Continuaban lloviendo dardos sobre nosotros, los cuales se clavaban en la quilla y en la cubierta con un ruido seco seguido de una vibracion sorda; otros se rompian junto á la punta y caian al agua. Mis hombres contestaron á la agresion; mandé virar de bordo el cañon, y en el momento en que el artillero acercaba la mecha encendida á la pieza, un dardo le atravesó, dejándolo clavado sobre cubierta. Por efecto de la violencia de la terrible contorsion y del peso de la víctima, el asta se rompió por la juntura de la pica, y el herido se revolvia á mis piés luchando con las ansias de la agonía. Hasta entónces habia permanecido yo inmóvil espectador de ésta escena; mas cuando ví caer junto á mí á aquel desgraciado, cuando oí el grito desgarrador que me parece escuchar todavía, entónces, vuelto

cruelmente al sentimiento de la realidad, tiré la ceniza de mi cigarro y lo apliqué á la pólvora que, al inflamarse, me tostó las uñas y me quemó los dedos. Al estampido de la detonacion y á la descarga de metralla de la pieza respondió un alarido formidable. Los muratos de las piraguas se arrojaron al agua y los de la orilla desaparecieron al punto. Salté con veinte hombres armados á nuestras lanchas, y á los dos minutos desembarcamos.

Al pié de los árboles encontramos once muratos muertos ó heridos: las lanzas y los escudos desparramados por el suelo daban al bosque el 'aspecto de un campo de batalla. Mis gentes no quisieron auxiliar á los heridos, y áun me costó trabajo impedir que los rematasen á culatazos ó á cuchilladas.

Una hora despues, proseguimos nuestro viaje, y á las cuatro de la tarde hicimos alto para enterrar á nuestro muerto y permití á los cocamas que, siguiendo la costumbre de su país, bebieran por la resurreccion de su compañero.

Por mi parte preocupado, triste, calculé que era muy fácil encontrar la muerte en las orillas del Morona, y que no poseyendo Gunzburg y los suyos el arma que tan fácilmente habia hecho entrar en razon á los salvajes, tal vez yacerian en alguna parte de aquellas riberas como los muratos heridos cerca del rio Mayuriaga.

¡Cuánto es de lamentar que esos bárbaros infesten un país tan bello y tan rico! Esta cuenca, relativamente limitada, daria sorprendentes resultados por lo que respecta á la explotacion forestal. A pocas millas de la desembocadura, y en más de ciento cuarenta kilómetros, sus dos orillas están llenas de palmeras de marfil vegetal que, abrumadas por el peso de sus frutos, se inclinan sobre el espejo del rio. Para explotar este producto, bastaria dejarse llevar por la corriente á lo largo de las márgenes, cortar los frutos y echarlos en la embarcacion en que va el recolector.

Hoy se conoce la aplicacion industrial de este producto, con el cual se hacen millones de botones; pero lo que no se sabe tanto es la facilidad con que se le raspa, trasformándole en una especie de masilla que, tomando la forma de los moldes en que se la prensa, se presta á reproducir objetos de arte con toda perfeccion y solidez. El marfil vegetal está llamado á reemplazar algun dia al yeso en nuestros talleres de escultura, y á proporcionarnos objetos que, juntamente con la discreta trasparencia, la brillantez y el color necesarios, reunan mayor solidez que la de los moldes hechos con carbonato de cal y la baratura que facilite la difusion de lo bello en los países en que se aprecia el arte.

Pero esta victoria no podrá alcanzarse hasta que desaparezca de la region productora ese *cazador* indígena que parece haber adoptado como regla de conducta este axioma: «el blanco tiene un objeto que me gusta, pues le mato.»

FIN DEL VIAJE Á LA CORDILLERA Y AL AMAZONAS



Vista de Surinam — De fotografía

DE CAYENA A LOS ANDES,

POR EL DOCTOR JULIO CRÉVAUX

Primera parte. — Exploracion del Oyapock y del Parú

Cayena. — Surinam. — Una ciudad debajo del agua. — El pie de elefante. — Gimnoto eléctrico. — Regreso al Maroni. — Apatú. — Du... la famosa linterna del fulgor. — A la luz de la luna. — Grabados y cacharros antiguos. — Hombres tomados por ranas. — Salida para el Oyapock.

El 7 de julio de 1878 me embarqué en San Nazario á bordo de un vapor de la Compañía trasatlántica y el 28 del mismo mes pisé por cuarta vez el suelo de la Guayana francesa. De los tres servidores que me habian acompañado en otra excursion, sólo encontré á mi criadito indio Sababodi: el valiente negro Apatú y el medroso José no se encontraban en la ciudad.

Ante la imposibilidad de reclutar un solo hombre en Cayena, partí el 3 de agosto para Surinam ó Paramaribo, capital de la Guayana holandesa. No voy enteramente solo en este viaje, pues Sababodi, engalanado con un turbante y un cinturon encarnado que ha sacado de mi pacotilla, me sirve de escolta. Durante la travesía trabo conocimiento con dos franceses que han abandonado el bulevar parisiense por el oficio de buscadores de oro. Los tres nos alojamos en la única fonda de la capital de la Guayana holandesa, donde habríamos tenido que compartirnos el solo cuarto y la sola cama que están reservados para los viajeros; pero habiendo tenido cada cual la feliz idea de traer consigo su hamaca, dejamos la cama á disposicion de las pulgas, á las que no queremos molestar.

Paramaribo es una pequeña poblacion muy limpia (no me refiero al ramo de fondas), notable por sus casas blancas y puntiagudas, alineadas en un terreno llano, en la orilla izquierda del rio de Surinam. Causa extrañeza el ver esta ciudad construida en un terreno que está debajo del nivel de las grandes avenidas: los holandeses lo habrán escogido sin duda para mostrar su talento en construir diques y escolleras, y en abrir canales de riego.

A pesar de su mala situacion, Paramaribo goza de una salubridad que en nada cede á la de Cayena, y eso que esta se halla situada en un suelo más elevado, con la ventaja de estar ventilada por la brisa del mar.

Los criollos de la colonia holandesa son muy amables para con los viajeros; sólo les hago un reproche, y es que con un sol tan magnífico y una vegetacion tan poderosa, hayan conservado el carácter frio y melancólico de los pueblos del Norte.

Una gran parte de la poblacion blanca se compone de israelitas. Dícese que se han dirigido en masa á esta colonia con preferencia á otras á causa de su poca aptitud para la navegacion. Y es que la Guayana es la ménos remota de todas las posesiones holandesas. Los descendientes hebreos parece que soportan muy bien los climas cálidos. Un médico israelita que nos ha hecho los honores de su pueblo natal nos ha presentado cinco hermanos ó hermanas y sus padres que gozan de perfecta salud.

Solícitamente auxiliado por el gobernador Van Suypesteyn, confiaba en reclutar una tripulacion de negros bosh ó yucas procedentes del rio Tapanahoni. Estos salvajes son más difíciles de gobernar que los negros elegantes, de zapatos de charol y corbata encarnada que se pasean por el muelle; en cambio tienen la ventaja de ser muy diestros en dirigir las canoas por las innumerables cascadas de los rios de la Guayana. A falta de negros de los bosques, escogí cuatro negros de la ciudad, no de los más virtuosos, porque no tomé informes acerca de su moralidad, sino de los más sólidos, y los contraté á razon de cinco pesetas diarias, pagados todos los gastos.

Al pasar revista á mi tripulacion, observo que los negros civilizados andan con los piés hácia fuera, miéntras que los negros yucas y bonis los tienen casi paralelos como los salvajes de la América del Sur. Esta diferencia consiste sin duda en lo difícil que es andar por la selva; la angostura de las sendas obliga con frecuencia al que las atraviesa á poner el pié izquierdo sobre la huella del derecho. Los maestros de baile y de esgrima que andan horriblemente echando los piés hácia fuera podrian corregir esta falta haciendo excursiones por las selvas vírgenes de América.

Aguardo con impaciencia una ocasion para volver á la Guayana francesa, y me contraría en extremo la noticia de que la goleta que hace el servicio de correos entre Paramaribo y el Maroni acaba de perderse totalmente cerca de la desembocadura del rio de Surinam; por fortuna el gobernador ha dispuesto que sustituya á aquel buque de vela un vapor de guerra que partirá dentro de pocos dias. Dedico mis ratos de ocio á visitar el hospital y la casa de fieras del gobierno, y á tener largas conferencias con el ingeniero Van Rosenvelt, que formó parte de la comision franco-holandesa que remontó el Maroni en 1861. Este amable anciano, que ha soportado animosamente cerca de treinta años de residencia en la Guayana, me da interesantes pormenores acerca del país, y entre otras cosas me proporciona reproducciones de los grabados que ha encontrado en unas rocas del rio Correnthyne, el cual sirve de límite entre las Guayanas holandesa é inglesa. Uno de estos grabados representa la cabeza de un jefe con una corona de plumas.

En el hospital me llama la atencion el gran número de casos de elefantíasis que se obser-

van en los negros, en los mulatos y á veces en los blancos. Nadie ignora que esta enfermedad consiste en un desarrollo prodigioso del tejido celular que da al pié la forma y el aspecto de la pata de un elefante; de aquí procede su nombre. Esta enfermedad es incurable, por lo cual los jóvenes prefieren la amputacion á la conservacion de un miembro asqueroso y casi inútil para andar. Al visitar dicho establecimiento veo una mulata jóven y bonita, la cual solicita que se le ampute una pierna por el muslo: le hago observar que la operacion es muy peligrosa, y entónces nos enseña un gran lienzo blanco que lleva debajo del brazo: es una mortaja para enterrarla en caso de mal éxito. Hay que advertir que el mal desaparece radicalmente despues de la ablacion, y que la herida practicada con frecuencia en medio de los tejidos ya enfermos se cura á menudo de primera intencion. Despues supimos que la pobre muchacha habia podido andar con un aparato de protesis á los diez dias de la amputacion.

Paso buenos ratos contemplando la pequeña coleccion zoológica que Van Suypesteyn cuida en el jardin del gobierno. El jóven Sababodi pasa el tiempo imitando los gritos del hoco y del agami que se pasean en libertad por el pequeño parque. Cierto dia el guardian nos enseña un pez negro parecido á una anguila que corre serpeando por un pequeño vivero: reconozco en él un gimnoto eléctrico, pero Sababodi que no lo habia visto nunca, cae en el lazo tendido por el cicerone holandés á los visitantes, y habiendo tocado al animal con la baqueta de un fusil, experimenta una sacudida que le hace caer de espaldas.

El 10 de agosto me embarco en el aviso de guerra que se dirige al Maroni. El trayecto entre Paramaribo y San Lorenzo del Maroni podria recorrerse en doce horas, pero como el buque ha de hacer estudios hidrográficos, invertimos cuatro dias. Es inútil decir que, á pesar de la amable acogida que me dispensaron los oficiales, no me divierte mucho el pasar tres dias delante de la boca del Maroni viendo hacer sondeos.

Los holandeses tienen mucho interés en conocer bien esta parte de la costa, porque los buques que llegan de Europa para Surinam han de fondear en esta region; lo cual consiste en que toda la costa de las Guayanas inglesa y holandesa es tan baja que el navegante no encuentra en ella un solo punto de referencia para reconocer su situacion desde alta mar.

Al desembarcar en el presidio de San Lorenzo, tengo noticia de que mi antiguo criado negro Apatú ha llegado hace algunos dias, pero que está en el hospital aquejado de una enfermedad interna y de una llaga en el pié que se le ha formado al bajar por el Maroni. Está desanimado y no se manifiesta muy deseoso de emprender una nueva excursion. En cambio, su hermana, linda jóven de hermosa y brillante tez negra, quiere acompañarme á todo trance. Por fin, mi antiguo compañero recobra la aficion á viajar juntamente con la salud, y se decide á venir conmigo, pero con la condicion de que he de llevarle á Francia despues de este viaje: «Tú has visto mi país, me dice; yo quiero ver el tuyo.» Por desgracia no puedo llevarme á su hermana por miedo de arrojar en mi campo una manzana de discordia; pero consuelo á la bella Ayuba regalándole un bonito collar de coral que habia comprado para ella en la Exposicion universal de 1878.

Miéntras Apatú acaba de curarse hago una excursion en busca de una roca granítica que, segun me han dicho, está llena de grabados hechos por los antiguos habitantes del Maroni.

Hago este viaje con dos médicos de la marina francesa y el comerciante M. Tollinche, que vive en el Maroni hace muchos años, y se presta á servirnos de guía para dar con una roca que muchos oficiales han querido ver sin poder encontrarla.

Emprendemos la marcha á las tres de la tarde, y llegamos á las siete á la isla Portal, habitada hace veinte años por los cuatro hermanos Bard. Despues de tomar un abundante refrigerio, continuamos hablando y fumando hasta las once de la noche para aguardar la marea baja. La conversacion del mayor de los hermanos Bard es muy interesante, pues aparte de la agricultura, se entretiene en hacer colecciones científicas que se apresura á enseñarnos. Nos presenta una hermosa coleccion de mariposas y algunos otros insectos curiosos, entre los cuales debo hacer mencion del fulgor porta-linterna, hallado por primera vez en el Oyapock por



Urna funeraria y cazuela del Oyapock

una intrépida holandesa, la señorita de Mérian, que ha pagado con la vida su amor á la ciencia. Segun asegura esta viajera, aquel insecto despide la claridad suficiente para poder dibujar. Algunos viajeros han puesto en duda esta circunstancia en estos últimos años, y ni los hermanos Bard ni yo hemos tenido ocasion de comprobar el aserto de la señorita de Mérian. Además, Apatú, interrogado acerca de las propiedades luminosas del *fulgor laternaria*, que reconoció luégo en el Museo de Paris, dice que ni él ni las gentes de su tribu le han visto despedir jamás la menor claridad.

Nos ponemos en marcha á las once de la noche. La luna está en su plenilunio, el cielo enteramente despejado, uno de mis compañeros entona una cancion, y bogamos plácidamente por las serenas aguas de este hermoso rio.

A media noche divisamos á la altura de la isla Portal y junto á la orilla holandesa, una roca granítica que sobresale como $1^{m},50$ de la superficie del rio. Salto en ella el primero, y meto la mano en un hoyo que no es otra cosa sino un bruñidor en que los antiguos afilaban sus hachas de piedra. En el mismo momento, Saba percibe con alegría algunos trazos grabados en la roca; y en seguida descubrimos otros dos grabados que representan el uno un hombre, y el otro un animal fantástico. Estos dibujos, ó mejor dicho, estos bosquejos infantiles, están abiertos en la roca á un centímetro de profundidad y en más de un metro de longitud. Poniendo todos manos á la obra, sacamos rápidamente el molde de aquellas impresiones, y satisfechos del resultado obtenido, cenamos en esta roca llamada Tineri por los galibis.

Llegamos al medio dia muy cansados, pero contentos de aquel paseo nocturno, que no ha dejado de ser provechoso para la ciencia.

M. Melinon , director de la penitenciaría de San Lorenzo, me regala un fragmento de

vasija en el cual se advierte la imágen tosca de un saurio. Este objeto, descubierto á más de un metro de profundidad en un pequeño afluente de la ensenada Siparini, al lado de un hacha de piedra que tambien me la ha regalado un compañero de profesion, es quizás tan antiguo como los grabados que acabamos de examinar.

El geólogo Brown, que ha encontrado muchos grabados en las rocas del Essequibo y del Correnthyne, los considera como vestigios de una civilizacion mucho más adelantada que la de los indios actuales. No participo de su opinion, por cuanto del estudio comparativo de los dibujos antiguos y modernos de los indígenas de la Guayana no resulta diferencia alguna. Los dibujos de ranas que Brown ha encontrado en el Essequibo no son otra cosa sino imágenes



Desembocadura del rio Oyapock

humanas tales como las representan siempre los galibis, los rucuyos y los oyampys en sus pagaras, en sus objetos de alfarería y hasta en su piel. Yo mismo he creido, al examinar esas figuras de brazos y piernas tan separados, que se habia querido representar efectivamente ranas, pero todos los indios me han dicho que tal era su modo de reproducir la imágen del hombre.

Hay dudas acerca de los instrumentos que han servido para ejecutar estos grabados. Brown cree que se han empleado al efecto punzones de hierro ó la punta de un palo empapada en arena mojada. Yo opino que los han hecho del mismo modo que los bruñidores que habia á su lado, es decir, simplemente con el frotamiento de piedra contra piedra.

Otra cuestion hay que resolver: ¿cuál es la significacion de dichos dibujos?

Hay lugar á suponer que se han hecho con un propósito religioso. Los indios actuales no emprenden un viaje ó una guerra sin llenarse ántes el cuerpo de pinturas, las cuales tienen por objeto, segun dicen, ahuyentar los diablos que podrian hacerlos morir. Como estas pinturas son enteramente iguales á aquellos antiguos dibujos, puede suponerse que unas y otros tienen la misma significacion.

Antes de partir para Cayena, hice una excursion á la comarca de los indios galibis con

objeto de verificar estudios antropológicos y etnográficos. Observo que estos indígenas de la costa se parecen, hasta el punto de confundirlos, á todos los indios que he visto en las Guayanas francesa, holandesa, inglesa y brasileña.

Me embarco el 15 de abril á bordo de un aviso francés que me conduce á Cayena con mi tripulacion y dos hermosas piraguas construidas por los negros bonis. Al llegar á aquella ciudad, me dicen que el gobernador va á hacer una excursion por el Oyapock dentro de cinco ó seis dias; precisamente el tiempo necesario para hacer mis preparativos de viaje y para que Apatú termine su curacion. Me ocupo de las últimas compras, hago calafatear mis piraguas y el 21 me embarco con el gobernador M. Huart, el director del interior Quintrie y muchas autoridades del país que me demuestran sus simpatías por el feliz resultado de mi mision.

II

Nombre engañador de una montaña.—Jeroglíficos indios tomados equivocadamente por un monumento de la conquista.—Saludo de la naturaleza.—Léjos del fausto y de las grandezas.—En marcha.—Primera noche en el campamento.—Rayas en las corrientes de la Guayana.—Los precursores de las cascadas.—Una ruina histórica.—Santiago ó el Robinson francés.—El *pataua* de los indios oyampys.—Un astro que nos persigue.

El 22 por la mañana divisamos la montaña de Plata, así llamada porque en ella abunda un árbol de tallo fistuloso llamado madera cañon, cuya corteza y cuyas hojas tienen reflejos plateados. Esta eminencia, conocida de todos los navegantes franceses porque es un excelente punto de referencia para acercarse á tierra, estaba há tiempo ocupada por una colonia penitenciaria que producia un café muy apreciado.

Una hermana de la Caridad de Cayena á quien he enseñado los grabados de los antiguos indios del Maroni me dice que ha encontrado otros análogos en unas rocas de la montaña de Plata. Una de estas rocas es sin duda la que tanto dió que pensar á los portugueses cuando buscaban argumentos para hacer valer sus derechos al territorio comprendido entre el Amazonas y el Oyapock. Nuestros vecinos pretendian haber hallado una piedra grabada, un antiguo mojon de límites en el que habian reconocido las armas de Cárlos V. Habiéndose nombrado una comision franco-portuguesa para que examinase dicho monumento, sólo vió en él figuras extrañas que en nada se parecian á los grabados de un pueblo civilizado. Podemos creer que los dibujos de esta piedra no tenian más significacion que los que hemos encontrado en el Maroni.

Muy en breve doblamos la tierra baja del cabo de Orange y entramos en el Oyapock.

La naturaleza parece haber hecho algunos gastos para recibirnos. Millares de garzotas de plumaje blanco y airoso penacho, é ibis de color rojo de fuego, sirven de batidores á nuestro buque: reemplazándolos algo más adelante legiones de vistosas cotorras verdes que cruzan la corriente. Encallamos al remontar el rio, y eso que el capitan del buque, M. Couy, es el autor de un trabajo hidrográfico desde la desembocadura hasta la penitenciaría de San Jorge; pero el percance ha consistido en que el piloto nos hace pasar fuera del canal so pretexto de que desde los últimos sondeos ha cambiado de sitio un banco de arena. Esta equivocacion, que nos hace perder un dia, da ocasion á los oficiales para ir á cazar cotorras posadas en los árbo-

les de las orillas. Yo me quedo á bordo con Apatú. Mi compañero, que aún no está completamente curado, no manifiesta mucho ánimo; está intranquilo, no tan sólo por su salud, sino por el recelo del recibimiento que nos harán los indios oyampys que han guerreado largo tiempo contra las gentes de su tribu. Por mi parte, no deja de preocuparme el resultado de mi mision, pues un colega mio, á quien acabo de ver en Cayena, me ha dicho que este rio es muy malsano en la actualidad; él y dos gendarmes que le acompañaban han vuelto con la salud tan quebrantada despues de ocho dias de excursion por la parte baja del rio, que se hallan en Cayena en un estado de anemia profunda. Así pues, nunca estarán de más todas las precauciones que me sea dable adoptar para evitar esa funesta fiebre que amenaza dar al traste con todos mis proyectos.

El 24 de agosto por la tarde llegamos á la penitenciaría de San Jorge. Tan luégo como fondeamos, recibimos la visita del R. P. Ledhui, misionero sencillo, modesto, á quien se ve siempre en los puntos más peligrosos: le conocí durante la epidemia de fiebre amarilla de las islas de la Salud, y hoy le vuelvo á encontrar aquí porque el párroco acaba de fallecer de la misma enfermedad.

El *Padre duro de cocer*, segun le llaman los soldados, no tiene pan ni vino en su presbiterio, ó mejor dicho, en la choza que le sirve de abrigo; vive de cuac, de pescado y de caza como sus humildes feligreses.

Al dia siguiente asistimos á una misa militar celebrada en una iglesia de bálago abierta á las aves que acuden á gorjear alrededor del altar. Este templo en medio de los bosques parece más imponente que la catedral más suntuosa de una gran ciudad.

Por la tarde mando desembarcar mi equipaje y mis piraguas y procuro hacerme con una tripulacion; mas tropiezo con un contratiempo desagradable: un buscador de oro de Cayena acaba de contratar á todos los hombres válidos para instalar un placer en el circo Sikini.

Miéntras Apatú arregla las piraguas, bajo por el rio para entenderme con aquel minero, á quien encuentro ocupado en componer una canoa que ha roto pocos dias ántes al intentar franquear la primera cascada: M. Bugeat no puede cederme ninguno de sus hombres porque necesita muchos brazos para luchar con la violencia de la corriente. Finalmente, despues de ir todo el dia de choza en choza en busca de remeros, encuentro un indio viejo y dos jóvenes á quienes contrato al punto llevándomelos á San Jorge.

Doy una comida de despedida á los oficiales del vapor que se han mostrado sumamente amables y galantes conmigo, y vaciamos unas cuantas botellas de vino generoso que me ha remitido M. Guido Cora, director del *Cosmos* de Turin.

Al disponerme á partir el 26 por la mañana, me encuentro con que todos mis hombres, excepto los fieles Apatú y Sababodi, están tan embriagados que no puedo hacer nada con ellos. Los dos indios jóvenes, á quienes habia anticipado algun dinero, se han fugado; y para no quedarme tambien sin el tercero, me decido á emprender la marcha á las cuatro de la tarde.

A las cuatro y media encontramos una piragua que navega viento en popa: la arboladura y el velámen se componen de hojas de palmera colocadas á modo de abanico abierto.

Una hora despues, el patron nos señala cerca de la orilla izquierda y en un recodo del rio, unas rocas ocultas por el agua, sobre las cuales se ha perdido el vapor *Eridano*, cuyo casco de hierro se abrió de resultas del choque, yéndose á fondo en pocos minutos. Este naufragio, que causó la desgracia de un gobernador, ha sido una fortuna para los indios oyampys, que han utilizado el hierro del casco para hacer arpones. Antes se veian precisados, lo mismo que los rucuyos, á servirse de un hueso aguzado (por lo regular un fragmento de radio de cuata), atándole con un cordel embreado á la punta de un madero duro de modo que formara un gancho.

Al hacerse de noche llegamos á una isleta llamada Platnaré, en la que desembarcamos para pernoctar. En ella hay una pequeña choza habitada por indios civilizados, y como estos no pueden proporcionarnos ningun alimento, empezamos á atacar nuestras conservas. Despues



Una piragua viento en popa

de cenar un poco de tasajo y de beber un trago de aguardiente, nos tendemos en nuestras hamacas colgadas del poste que sostiene el techo, y me consuelo de las molestias de la jornada fumando unos cuantos cigarrillos.

El 27 mando distribuir una racion de café á toda mi tripulacion, y nos ponemos en marcha al salir el sol. Dejando que la canoa grande siga á impulso de la corriente, voy á reconocer la desembocadura del Platnaré, que es un afluente de la derecha del Oyapock, navegable, segun dicen, en canoa hasta dos jornadas. Media hora despues descubro en la misma orilla otro afluente llamado Siparini, navegable media jornada. Debo advertir que con este nombre se designan muchos rios de la Guayana. Hay un Siparini en el bajo Maroni y otro en el Essequibo. En la lengua de todos los indígenas *sipari* significa raya: este pez, objeto de terror para todos los navegantes á causa de sus funestas picaduras, abunda en todas las corrientes llamadas *siparini*.

El explorador debe conservar cuidadosamente los nombres geográficos de los indígenas, porque siempre tienen alguna significacion.

Avanzamos lentamente porque las canoas van demasido cargadas, y mis negros de Surinam apénas saben remar. Apatú gobierna la piragua grande, teniendo á sus órdenes tres negros y Saba. La embarcacion en que yo voy, hecha de un tronco de árbol de cinco metros de longitud por setenta y cinco centímetros, deberia marchar muy de prisa, pero el viejo indio que me sirve de piloto no tiene fuerza y el negro Stuart que va á proa hace su aprendizaje de remero. No sabiendo remar á compás, me salpica continuamente de agua, mojándome la cara y los cuadernos de apuntes.



Hopu salvado de las aguas

Desde nuestra salida de San Jorge las orillas se van elevando gradualmente: además, interceptan el rio numerosas islas, señal evidente de que pronto encontraremos cascadas.

A las ocho pasamos por delante de la isleta de Casfesoca en la cual hay una vetusta torrecilla que se habria derrumbado hace tiempo si no la sostuvieran los árboles y los bejucos que tapizan enteramente sus piedras. Este fuerte estaba ocupado en otro tiempo por un reducido destacamento de soldados encargados de defender el bajo Oyapock contra los negros bonis, á los cuales se temia mucho á causa del belicoso renombre que habian adquirido en sus luchas con el país de Surinam. Allí fué donde un oficial francés dispuso una matanza de hombres inermes y de mujeres de la tribu de los bonis que habian acudido con intenciones pacíficas. Consuelo al leal Apatú que experimenta un sentimiento de rabia á la vista de esa torre, diciéndole que el oficial que mandaba el destacamento fué castigado.

A la altura de dicha isla las márgenes forman eminencias de ciento cincuenta metros. Es una pequeña cordillera paralela á la costa que el Oyapock ha debido desgarrar para abrirse paso. Como el núcleo de la montaña es de granito, el rio no ha podido destruirle enteramente, y su lecho ha quedado sembrado de grandes peñas sobre las cuales corre el agua formando raudales y saltos.

En medio de la primera catarata del Oyapock hay una isleta que ha estado largo tiempo habitada por un soldado del mariscal Villars herido en Malplaquet; allí llevaba la vida solitaria de un Robinson. Este hombre era centenario cuando lo encontró el célebre Malouet, gobernador de la colonia. Los indígenas llaman á la isla que habitaba Santiago isla Acajou, del nombre de un fruto amarillento ácido *(anacardium occidentale)*, que es seguramente originario de la América del Sur, puesto que los navegantes de la época de la conquista y los exploradores modernos lo han visto en todas las chozas de salvajes.

La isla Acajou es un punto delicioso, en el cual solian pasar la noche los indígenas. En las rocas se ven ranuras y cavidades ovales que no son otra cosa sino bruñidores en que los oyampys afilaban sus armas. Aconsejo á todos los aficionados á las bellezas de la naturaleza que vengan á pasar una noche en esta isla.

El salto Robinson es el equivalente de Hernima que empieza la serie de cascadas y raudales del Maroni. Es de notar que todos los rios de las Guayanas francesa, holandesa é inglesa sólo son navegables por buques de vapor en una longitud de ochenta á cien kilómetros; pues están interceptados por rocas graníticas que no permiten navegar sino en embarcaciones ligeras sin quilla ni timon.

Un poco más arriba del salto encontramos en la orilla izquierda un pequeño afluente llamado Curmuri, que significa bambú. Los indios, tomando la parte por el todo, designan tambien con este nombre sus flechas, terminadas en un pedazo de bambú cortado á modo de hoja de cuchillo, y con las cuales matan el jaguar, el capibara y áun el tapir, que no deja de ser un paquidermo.

Mis hombres experimentan algunas dificultades en manejar la canoa grande, pero M. Bugeat, á quien tenemos la suerte de encontrar, pone su gente á mi disposicion, y diez hombres tirando con todas sus fuerzas de un cabo amarrado á proa, consiguen deslizarla con rapidez sobre las grandes rocas que estorban el paso.

Un ligero percance regocija un poco á mi tripulacion. El negro Hopú, que no sabe nadar, ha resbalado en una roca y caido al agua. Al observarlo Apatú, le echa una cuerda y lo saca como un gran pez, prendido á un anzuelo. El pobre negro tiene un aspecto tan lastimero que toda mi gente se echa á reir á carcajadas.

Almorzamos en la isla Acajou y continuamos pasando los saltos. Por la noche acampamos en unas rocas graníticas de la orilla derecha. Los negros de Surinam, que son muy irascibles, se quejan amargamente de que se les haga dormir sobre una roca en la que es imposible suspender hamacas; pero Apatú y el indio viejo llegan en breve con tres árboles á los que han quitado las ramas: los amarran reuniendo sus puntas y los plantan á modo de pabellon. Estas tres estacas forman un triángulo isósceles cada uno de cuyos lados puede estar ocupado

por una hamaca. Este aparato, usado diariamente por los indios oyampys, se llama *pataua*. Aun cuando los indígenas son muy perezosos, no dejan de plantarlo todas las noches, exceso de trabajo sin duda al llegar al sitio donde se ha de acampar, pero merced al cual se está á cubierto de todos los animales que pueden molestar al viajero.

Despues de hacer mis observaciones astronómicas, tomo un baño delicioso, y convido á comer á M. Bugeat. No careciendo de nada, bebemos excelente vino, tomamos un exquisito café y hasta nos permitimos echar una copita de licor. En seguida nos tendemos en nuestras hamacas suspendidas del *pataua*, fumando buenos cigarros, y cuidando de volvernos de espaldas á la luna cuyos reflejos plateados cansan la vista.

Los criollos de la Guayana, y M. Bugeat entre ellos, temen los efectos de la luna tanto como los del sol: por esta causa las niñeras no andan de noche por las calles de Cayena sin cubrir con un gran paraguas la cabeza de la criatura puesta á su cuidado.

Me despierto de mal humor á media noche: esa fementida luna ha seguido su curso miéntras yo dormia, y su luz viene á ofendernos la vista, teniendo que levantarnos para volverle la espalda.

III

Una proeza de caza. — Varios modos de sepultar. — Prueba terrible de los jóvenes piays. — Palabras francesas derivadas del oyampys. — Antigua mision de San Pablo. — Un baile de aves. — Tocado del mono aullador. — Curacion de la tartamudez. — Unas cuantas palabras acerca de las plantas á la órden del dia, el conguerecu y el carapa. — La estacion de las lluvias se prolonga. — Un tamuchy de la tribu de los oyampys. — Trajes. — *Vanitas vanitatum*. — La madera de los arcos y la costa del Paria.

28 de agosto. — Durante el dia pasamos por un afluente de la derecha bastante importante, llamado *Kericoar*. Los raudales y las cascadas se suceden sin interrupcion, y con frecuencia tengo que bajar en las rocas para aligerar el peso de mi embarcacion. Siempre es un motivo para estirar las piernas entumecidas y tomar alturas de sol con mi teodolito; por desgracia, la estacion de las lluvias no ha terminado del todo, y como el astro no aparece sino á intervalos, me suceden contratiempos muy desagradables: á menudo se oculta tras un nubarron en el momento en que aplico el ojo al ocular, ocasionándome una pérdida de trabajo de un cuarto de hora para sacar mi instrumento, nivelarlo y volverlo á guardar.

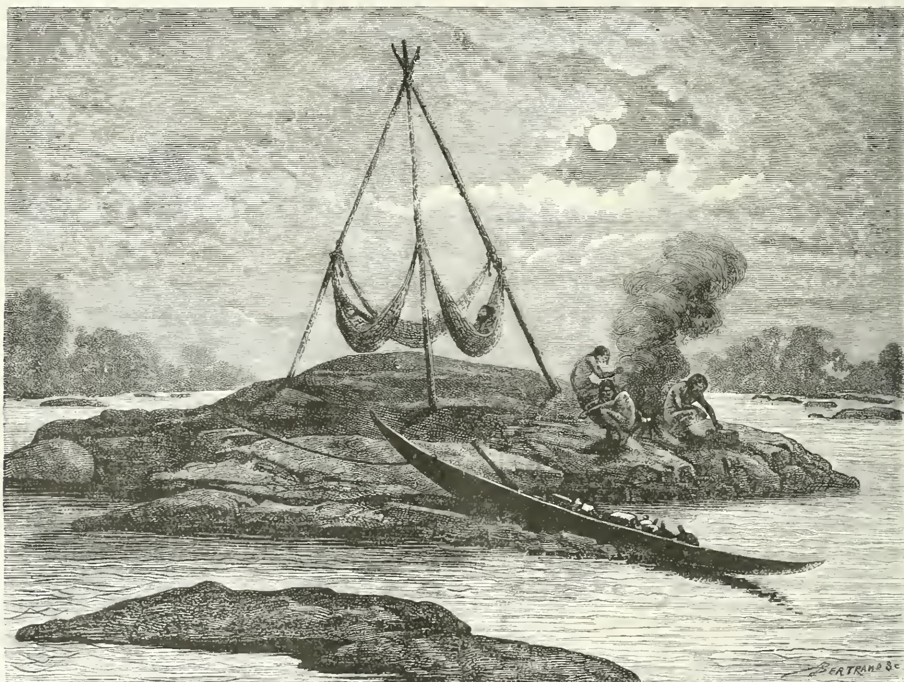
Acampamos en una isla situada en medio del salto Nuruaca, célebre por la muerte de un colono francés, el conde de Bagotte, que se ahogó al bajar por el rio. Estamos enfrente del Aramontabo, afluente de la izquierda, que es navegable hasta mucha distancia de su desembocadura.

Al saltar en tierra, Sababodi me designa un animal del tamaño de la cabeza de un niño: es el famoso sapo gigante al que voy á matar para examinarle á mis anchas. Al acercarme para recoger mi presa, percibo un olor que me obliga á huir más que de prisa. Mi caza, que parecia á punto de saltar al agua, estaba muerta hacia algunos dias. Por muchos agujeros que tenia en la piel se han escapado los gases que hinchaban su abdómen y le hacian parecer aún más grande de lo que era en realidad.

Tal es la primera impresion de caza. En mi viaje de 1877 ni siquiera llevé escopeta, pero

esta vez he tenido intencion de cazar, si no como recreo, al ménos para proporcionarme alimento.

A las nueve llegamos á una isla pintoresca, en la que hay dos chozas de indios oyampys. Dícenme que han sido abandonadas á consecuencia de una epidemia que ha arrebatado la mitad de los habitantes. Temeroso mi patron del contagio, no quiere desembarcar, pero el resto de la tripulacion salta en tierra. Los indios oyampys no queman sus muertos como los rucuyos, sino que los entierran en una fosa muy profunda, pero que sólo tiene un metro de lon-



El *pataua* de los oyampys

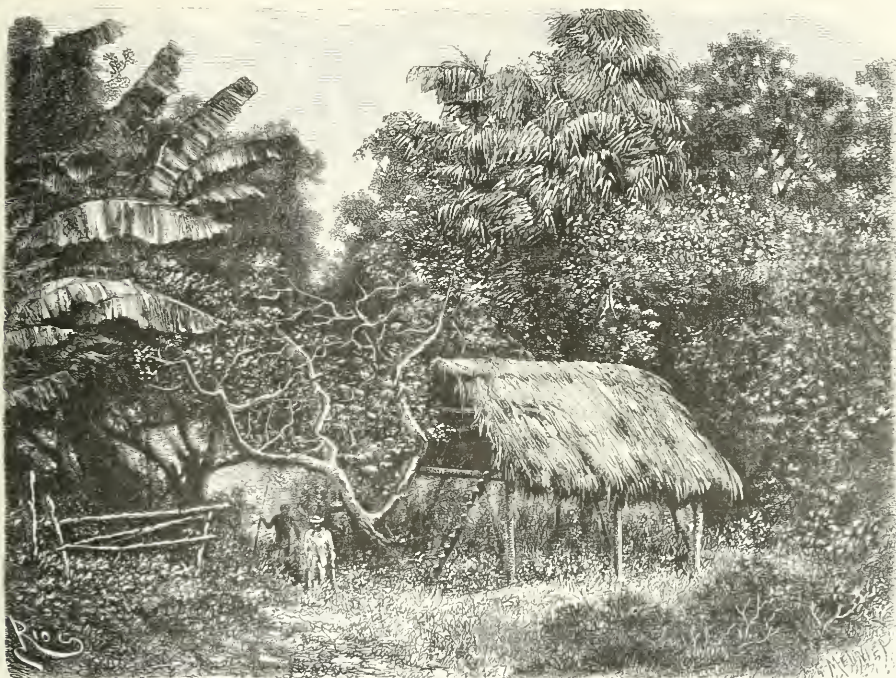
gitud, metiendo en ella el cadáver verticalmente, con los brazos, las piernas y la cabeza doblados, como el feto en el vientre materno. A veces lo dejan descomponerse en el bosque, y cuando ha trascurrido un año guardan sus huesos en una vasija de arcilla. Mons. Egmonet me ha regalado una de estas urnas funerarias.

Los indios no civilizados dejan siempre trascurrir algun tiempo ántes de dar sepultura á sus muertos: los galibis los conservan una semana. Tienden el cadáver en una hamaca, debajo de la cual ponen un cacharro para recoger en él el líquido que sueltan las carnes en descomposicion; y, cosa horrible pero atestiguada por los negros bonis, los futuros piays, es decir, los estudiantes de medicina, han de probar su fuerza de voluntad y energía de carácter bebiendo una maceracion de hojas de tabaco y de una planta llamada quinquina, á la cual se agregan unas cuantas gotas de este virus cadavérico.

Mis gentes recogen en el bosque frutos de caobo y papays que una bandada de monos se disponia á devorar, y tambien encuentran un racimo de plátanos que los oyampys llaman baco y en Cayena bacovas.

Muchas de las palabras usadas no tan sólo en las diferentes lenguas de la América del Sur, sino tambien en las europeas, tienen su orígen en el idioma de los salvajes de la Guayana y del Brasil.

Un poco más adelante llegamos á una cascada llamada Yacarecin. El yacaré de los oyampys no es otra cosa sino el cocodrilo de América, llamado caiman por otros indios.



Chozas oyampys abandonadas

A las cuatro penetramos en un largo canal sin rocas que se dirige al sudoeste, en el cual la corriente es casi imperceptible, y no tardamos en llegar á la desembocadura del Muchiri, en donde pernoctamos. El 30 hago un pequeño reconocimiento en este rio, tomo una altura de sol en su desembocadura, y continuamos la marcha.

A las nueve llegamos á una pequeña colina situada en la orilla izquierda: los jesuitas establecieron en ella, en el siglo pasado, la mision de San Pablo; pero ya no se ven rastros de cultivo ni vestigios de edificio alguno. Una cruz de madera carcomida es lo único que resta para atestiguar el paso de la civilizacion.

Observo un gran número de excavaciones longitudinales y paralelas: son el antiguo cementerio que, segun dice mi guía, fué saqueado por unos indios venidos de las fuentes del

Camopi: aquellos miserables violaron las tumbas para arrancar á los esqueletos algunas medallas y crucifijos oxidados.

A cuatrocientos metros más arriba un indio me hace examinar una gran roca granítica situada á corta distancia de la orilla, y en la cual hay excavaciones que sirven de guarida á las fieras, por cuya razon la llaman *Yuara-quara*, que significa «antro del jaguar.»

Dormimos en las rocas *Tacuenda*, así designadas á causa de un arenal situado algo más abajo y que sirve de punto de baile á las garzotas. Los indios, que atribuyen inteligencia á los animales, por cuanto suponen que tienen piays lo mismo que ellos, dicen que las aves celebran tambien sus dias de fiesta.

Llueve toda la noche, siéndonos imposible conciliar el sueño, porque no sólo nos lo impide el agua, sino tambien las nubes de mosquitos y los gritos de los aluatos ó monos aulladores. Creo haber procedido con alguna ligereza al decir que el ruido estruendoso que resuena continuamente en las selvas de la Guayana procedia de un solo aullador que se paseaba cantando miéntras los demás permanecian inmóviles y silenciosos. Apatú sostiene que en cada grupo de diez monos hay por lo ménos dos que gritan paseándose, y que siempre son dos machos, el mayor y el menor de la banda, siendo el primero el que hace de bajo y el segundo el que canta. Este último se distingue no tan sólo por su voz aflautada, sino tambien por su pelaje más oscuro. Una circunstancia que extraña á los bonis es que el pequeño cantor suele tener la carne tan correosa como el jefe de la banda. Por mi parte me inclino á creer que se trata de una especie diferente.

Los negros cimarrones del Maroni no matan jamás un mono aullador sin quitarle la laringe, y con la gran cavidad abierta en el hueso hioides hacen una copa destinada á curar la tartamudez. Segun me dice Apatú, á quien dejo la responsabilidad de la receta, se corrige siempre este defecto en los niños despues de haberles hecho beber por espacio de algunos meses en el aparato vocal del mono rojo.

31 de agosto.—A las ocho llegamos delante del rio Uaracucin, que lleva el nombre de un pececillo. Tres kilómetros más allá encontramos el rio Anotaye que, segun se dice, es navegable hasta larga distancia. En su desembocadura y cerca de la orilla derecha hay una isleta merced á la cual se le puede reconocer; se dirige al este y luégo al oeste. Al darle la vuelta se encuentra una montaña granítica. Es de notar que siempre hay montañas en la desembocadura de casi todos los afluentes importantes de los rios de la Guayana.

Desde esta mañana la corriente es bastante rápida, lo cual consiste en que el rio es más angosto, y sobre todo en las lluvias de los dias anteriores, como lo prueba el que los patauas que ántes estaban en seco están ahora sumergidos hasta un metro de altura. Como los remos no bastan para que avancemos, tenemos que echar mano de unas largas perchas que los indios llaman *tacaris*. Cuando el lecho es muy profundo, no podemos remontar el rio sino agarrándonos á las ramas que bordean la orilla.

Entre los árboles que vemos al pasar, reconocemos el conguerecu *(xylopia frutescens)* y el carapa. El primero, que no es muy alto, forma á modo de malezas en las hojas fijas que exhalan un fuerte olor de pimienta. Esta planta no es nueva para mí, puesto que la llevé á

Francia en 1869. M. Oury, que la cultivaba, le atribuia una accion análoga á la pimienta cubeba, y así lo he comprobado, haciendo un experimento con las semillas secas y molidas como pimienta. El conguerecu se usa actualmente en la terapéutica francesa.

El carapa da un fruto grande lleno de simientes de las que se saca un aceite utilizado por los indios para pintarse con achiote, y para extirpar las niguas y las garrapatas. Este árbol, buscado por la industria para fabricar aceite, parece sobrado escaso en las márgenes del Oyapock para explotarlo en grande escala. Apatú me dice que el carapa, que existe en toda la Guayana, abunda más en los terrenos pantanosos: lo ha visto en la isla que hay enfrente de la antigua penitenciaría de San Luis y en la isla Portal, y sobre todo es muy comun en un afluente de la derecha del rio de Surinam, el Cauina, cuyas aguas son tan oscuras como las del Ana, afluente del bajo Maroni, y áun como las del mismo rio Negro. Las fuentes del Cauina están muy próximas al rio de Paramaca. Los negros de aquel nombre, huyendo de los holandeses, han remontado el Cauina y llegado á las fuentes del Paramaca, al cual han llamado así á causa de una pequeña palmera del mismo nombre que les salvó la vida deparándoles sus frutos.

Las simientes del carapa empiezan á caer al principio de la estacion seca, es decir, á fines de julio, y los indios las disputan á los paquiras y agutis, á cuyos animales les gustan mucho. Los rucuyos guardan estas simientes un año, conservándolas debajo de tierra, ó sea haciendo verdaderos silos comparables con los de los árabes. Si no se toma esta precaucion, apénas duran más de tres semanas ó un mes á lo sumo. Para sacar el aceite de carapa, los oyampys cuecen las semillas y las dejan unas cuantas semanas dentro de un árbol hueco: en seguida las machacan con los piés y echan la pulpa en una espata de palmera que ponen al sol un tanto inclinada para que gotee el aceite en otro recipiente. Así se obtiene ménos aceite que exprimiendo las semillas, pero en cambio es de perfecta limpidez y casi blanco.

Dormimos en el bosque, un poco más arriba del afluente Yacareitapucan, que significa frente de caiman. Habiéndose rezagado la canoa grande, hubiera tenido que dormir sin cenar, si no se hubiese reunido conmigo M. Bugeat, que acaba de matar un magnífico tapir. Careciendo de hamaca, duermo en el suelo con una pequeña manta que comparto con uno de mis negros, estando resguardados de la lluvia por una *ajupa*, es decir, una tienda hecha con hojas de palmera.

1.º de setiembre.— Habiendo llegado un poco ántes de medio dia á una isleta granítica, hago estériles esfuerzos por sacar el teodolito de su caja, hinchada por la humedad. Me encolerizo al ver que no puedo tomar la meridiana, cuando diviso muchas embarcaciones en el horizonte. Segun mi patron, son el tamuchy Juan Pedro y su hermano Alicolé.

Estos indios, hermanos nuestros en Jesucristo, puesto que Mons. Emonet los ha bautizado, usan por todo traje un *cuyu* ó sea un pequeño trozo de lienzo. El resto consiste en una capa de pintura roja con arabescos negros que los cubre de piés á cabeza como un vestido de arlequin.

Aprovecho esta ocasion para convidar á M. Bugeat á comer. Abro una caja de carne salada *(corned beef)*, tomo una parte, y distribuyo el resto entre la tripulacion. M. Bugeat me

hace observar que Juan Pedro no come y parece de mal humor, lo cual consiste en que se ha ofendido por no haberle hecho sentar al lado del jefe blanco. Apresuréme á complacerle y al punto cambió la expresion de aquel rostro de anchos carrillos, pómulos salientes y nariz aguileña.

El destello de orgullo que acabo de ver traslucir en la cara de aquel salvaje es un fulgor de esperanza para el éxito de mi empresa. Sabiendo ya que la vanidad es la cuerda sensible de Juan Pedro, estoy seguro de conseguir mi objeto; trataré al jefe de los oyampys como á un niño, y será preciso que me proporcione una tripulacion, y hasta que él mismo me acompañe á las fuentes del Oyapock.

A los postres, que se componen de galletas, incito al capitan Juan Pedro,—así le llamo yo—á regresar á su aldea, donde le enseñaré los regalos que le destino si quiere acompañarme hasta las fuentes del Oyapock.

A los pocos momentos pasamos por delante de un pequeño afluente llamado Pairapiki. La palabra *paira* designa el arco de los salvajes y la madera dura de que se compone. Dicho afluente lleva aquel nombre porque en sus orillas se encuentra madera de arcos que los criollos de Cayena llaman madera de *letre* y los naturalistas *Amanoa guianensis*. La costa de Paria, la primera tierra del continente americano descubierta por Cristóbal Colon, debe su nombre á que los indígenas sacaban de allí la madera para sus arcos.

Acampamos en el bosque enfrente del rio Menura, algo más arriba de un salto que está muy cerca de la desembocadura de este pequeño afluente de la orilla derecha.

IV

La roca Emonet.—Recibimiento en casa del jefe de los oyampys.—El baston de mando.—Llegada de indios emerillones.—Apatú geógrafo.—Solucion de un problema importante.—Fabricacion de arcos y flechas.—De la utilidad de los hospitales.—Un músico.—Enseño la luna á los oyampys.—Los indígenas de la Guayana no adoran los astros.

2 de setiembre.—Queriendo el tamuchy precedernos en su aldea para hacernos los honores, parte ántes de amanecer. A eso de las diez llego á la vista de su vivienda; pero queriendo dar á mi huésped el tiempo necesario para hacer los preparativos de recepcion, voy á visitar una gran roca granítica negra situada cerca de la orilla derecha y llamada por los oyampys *Roca mi Padre*, porque los antiguos misioneros solian descansar junto á ella. La recorro en todos sentidos buscando vestigios de bruñidores ó de grabados antiguos, pero no veo en ella el menor rastro de los antiguos indígenas; y la bautizo con el nombre del R. P. Emonet, en memoria de mi antiguo compañero de viaje.

Llegamos á eso de las once delante de la morada de Juan Pedro, que está situada detrás de una gran isla en la orilla izquierda. Despues de hacer una descarga con todas nuestras escopetas, bajo á tierra acompañado de toda mi tripulacion que me sigue en fila india, y cuidando de ir con el baston en la mano, pues sé que para los oyampys lo mismo que para todos los indígenas de la Guayana, el baston es el símbolo del mando.

El jefe de los oyampys, que acaba de darse una capa de pintura encarnada, y que lleva

en la mano una cachiporra de tambor mayor y al cuello una moneda de cinco francos con la efigie de Luis XVIII, parece radiante y altivo como el gran rey Luis XIV recibiendo á los embajadores chinos.

Apatú distribuye una racion de aguardiente á toda aquella gente, miéntras yo doy de beber al tamuchy en mi calabaza. Regalo un peine y unos cuantos alfileres á su mujer la cual se apresura á traerme en cambio una gallina y algunos huevos.

Noto que los oyampys, lo propio que los rucuyos, no comen gallinas ni sus productos, y habiendo preguntado á mi huésped la razon de su repugnancia á los huevos, me responde que á pesar de su avanzada edad todavía quiere tener hijos. Los huevos de toda especie de aves



Indio alisando un arco

se reservan para los ancianos de ambos sexos, y las gallinas sólo sirven para proporcionar á los indios plumas con que adornarse la cabeza los dias de fiesta.

Despues de comer, decido á Juan Pedro á acompañarme á visitar á los indios rucuyos del Yari, y le pago de antemano esta complacencia dándole una escopeta, hachas, machetes y cuentas de vidrio.

3 de setiembre.— Hallándome hoy por la mañana observando el sol sobre una roca, vemos llegar dos piraguas tripuladas por indios emerillones que vienen de una aldea llamada Macucana conocida por Apatú y situada entre las fuentes del Inini, afluente del Maroni, y el Appruague. Sus embarcaciones llevan un pacamari, ó sea un toldo de hojas de palmera, bajo el cual se cobijan macacos, hocos, aras, y principalmente unos loros diminutos muy apreciados en Cayena con el nombre de cotorras del Oyapock.

Compulsando los informes suministrados por Apatú y estos indios emerillones, puedo resolver una cuestion geográfica importante. Veo que el rio Mana, cuyo plano ha hecho Gatier, es un tercio más corto de lo que supone este viajero; en la carta trazada por él se hace pasar el curso superior del Mana entre el Inini y el Appruague, lo cual es un error evidente, por cuanto Apatú ha cruzado el trecho que media entre estos dos últimos rios sin encontrar

otro alguno. Para ir desde el Inini al Appruague se invierten dos dias, pasando por Macucaua, situado en la línea divisoria de las aguas.

Recojo tambien otro dato geográfico importante, y es que el Inini y el Appruague están muy inmediatos en su orígen. El capitan Cofi, de la tribu de los bonis, dice que durante la estacion de las lluvias y de las grandes avenidas, se puede ir en canoa de un rio á otro. Para llegar al Oyapock, los emerillones remontan el Appruague, hacen dos jornadas á pié, y van á parar al Canopi, gran afluente del Oyapock.

Aprovecho la presencia de algunos emerillones para dedicarme á estudios antropológicos y etnográficos. Por el primer concepto, me cercioro de que no difieren por ningun carácter físico de los demás indios que he tenido ocasion de ver. Tampoco se distinguen de las otras tribus sino en detalles de usos y costumbres. Así por ejemplo en la de los galibis, son las mujeres las que se oprimen la pantorrilla por arriba y por abajo para hacerla más abultada en el medio, al paso que en la de los emerillones únicamente los hombres llevan cintas de algodon, no tan sólo en la pierna, sino tambien en la muñeca y en la parte superior del brazo. Las ligaduras que casi todos los indígenas de la América del Sur llevan en los brazos sirven para reforzar las membranas de sus músculos miéntras tiran con el arco.

Sus arcos son muy largos, como los de los rucuyos y oyampys que tienen de un metro setenta y cinco á dos metros de longitud, y sólo difieren un tanto en que una de las caras, en lugar de ser plana, está ligeramente excavada; en otros términos, la seccion de estos instrumentos, en vez de ser plano-convexa, es cóncavo-convexa. Los fabrican, así como todos los indios, con el corazon de la madera de letre, que es de hermoso color pardo manchado á menudo de amarillo y que en este caso es muy apreciado de los ebanistas de Cayena. El corazon de este árbol está rodeado de una albura muy gruesa que los indios no se toman la molestia de arrancar, puesto que sólo escogen árboles caidos de vetustez y cuya madera tierna ha sido destruida por los términtes ú hormigas blancas.

La madera de paria, pesada y dura como la de hierro de los salvajes africanos, es fácil de dividir en sentido longitudinal: una vez hendida á hachazos, el indio acaba su obra con los colmillos de un animal llamado paquira, el cual tiene cierta semejanza con los jabalíes europeos. En todas las chozas de indios de la América del Sur hay mandíbulas inferiores de este animal cortadas al nivel de la rama ascendente; son verdaderos cepillos de carpintero que les sirven para la fabricacion de sus arcos. Examinando los pequeños pagaras de los emerillones, veo que casi todos contienen dos huesecillos atados por su parte media á un cordel de un metro de longitud: este objeto, que he visto posteriormente en las viviendas de todos los indígenas de la América ecuatorial, lo usan para construir flechas. Es de advertir que esta arma se compone por lo comun de una caña de $1^{m},25$ de longitud á la cual adaptan una punta de bambú tallada en forma de lanza. Como este apéndice no puede adaptarse directamente á la caña, se coloca entre ambos un palo redondeado de madera dura, encajado por una parte en una muesca hecha en la base de la lanza, y por otra en una cavidad practicada en la caña. Para adherir perfectamente esta parte al palito, el indio la rodea con un cordel atado á dos huesos, y hace movimientos de un lado á otro, tirando de los extremos tan pronto con el pié

como con la mano. Cuando la punta de la caña está aguzada en forma de cono, el constructor la unta con una capa espesa de una especie de alquitran llamado *mani*, extendiéndola por igual con un hueso del antebrazo del ai ó perezoso, y termina la consolidacion de su obra con un hilo impregnado de dicha resina.

Los emerillones prefieren la carne de jaguar, que llaman caicuchy, á cualquier otra especie de caza. Apatú me dice que cuando estos indios viajan no hacen provisiones de cazabe ó de cuac, sino que se limitan á llevar raíces de yuca que rallan, exprimen y cuecen de prisa en una vasija de barro. No se distinguen por lo profundo de sus sentimientos y afecciones. Al bajar Apatú por el rio Inani encontró una niña enferma abandonada en una hamaca en la orilla del rio. Los viajeros que pretendan hacer alguna excursion al país de dichos indios deben ir calzados con zapatos de suela gruesa para penetrar en las sendas que van á parar á los descampados donde aquellos tienen sus chozas. Mi compañero me dice que en esas sendas se encuentran con frecuencia puntas de madera dura (maripa) hincadas en el suelo á modo de caballos de frisa para interceptar el paso.

A eso del medio dia, Apatú me llama á la orilla para que vea bajar por el rio una balsa formada de gruesos troncos de árboles, y en ella un jóven indio tocando tranquilamente la flauta. Este indígena lleva así la madera de la balsa, que es caoba sin duda, hasta San Jorge, con objeto de cambiarla allí por un hacha y algunos cuchillos.

Por la noche instalo un anteojo astronómico en medio de la aldea para observar una ocultacion de estrellas; pero no puedo ver nada porque la luna queda tapada por la arboleda en el momento en que la estrella pasa por detrás de ella. Los indios, á quienes hace cavilar mucho esta operacion, se ponen muy contentos cuando les hago ver con el anteojo las montañas de la luna y los satélites de Júpiter.

Los tratados de fisiología dicen que ciertos salvajes distinguen á la simple vista esos puntos que no son visibles sino con un anteojo. He interrogado acerca de esto á muchos indios y negros, y no he encontrado uno solo que disfrutase de semejante privilegio.

Los oyampis, como todos los indios de la Guayana, jamás impiden á los viajeros que observen los astros, y es porque no los consideran como divinidades. Un indio á quien interrogué acerca de la luna, me respondió: «Yolock ua»; esto es, no es un diablo.

V

Discordia.—Modo de matar los parásitos.—Un prodigio de educacion.—El Camopi.—Leblond y Leprieur.—Los Rdos. PP. Grillet y Bechamel.—Efectos tóxicos del aceite de hoco.—Campamento pintoresco.—Encuentro de un boa.—Leyenda de la cascada Masara.—El pecado original contado por Apatú.

A las diez de la mañana siguiente salimos de la aldea de Juan Pedro, escoltados por otra canoa tripulada por dos indios. El capitan se embarca conmigo en calidad de piloto, con su mujer y tres hijos. Para acomodar á todo este personal, tengo precision de trasbordar todos mis fardos á la tercera canoa.

Pasamos el dia cruzando cascadas. A las cinco horas de marcha llegamos á la desembocadura del rio Liquini, que debe remontar M. Bugeat para explotar aluviones auríferos.

La noche es infernal á causa de la lluvia y de los mosquitos, y por la mañana Apatú, que acaba de reñir otra vez con mis negros holandeses, me dice que quiere marcharse; y aunque

e hago desistir de su propósito, me cuesta dos largas horas de reflexiones el reducirlo. Estas disensiones me disgustan sobremanera, no tan sólo porque temo quedarme sin tripulacion, sino tambien porque estoy expuesto á verme abandonado por las gentes del país á quienes no deja de atemorizar una guerra intestina.

El dia trascurre, no obstante, sin incidentes, y dedico el tiempo que me dejan libre mis observaciones con la brújula á hacerme cargo de las costumbres de mis compañeros de viaje. La mujer del jefe está sentada á mi lado en una tabla sin cepillar, en la que estoy muy molesto á causa de la estrechez de la piragua. Aquella india lleva al lado una hamaca en miniatura en la cual va tendido un chicuelo de dos años llamado Miguel, que desde el dia de su nacimiento es tamuchy, ó sea presunto heredero de la corona de plumas del reino de Juan Pedro. Él será quien lleve el escudo de plata, la cachiporra de tambor mayor y el cinturon dorado que he prometido á Juan si cumple fielmente sus compromisos. El pequeño tamuchy, epíteto que jamás deja de aplicarle su padre, llora y da golpes á su madre: suponiendo esta que tiene sed, le presenta el pecho; pero él se niega á mamar y continúa pataleando. La madre, al ver que se pasa de continuo la mano por los cabellos, le saca de la hamaca, le examina la cabeza, y coge un *pediculus* que presenta al niño. Miguel lo toma y lo echa en seguida al agua; accion que hace prorumpir á la mujer en frases que no entiendo, pero que me parecen reconvenciones. Estas influyen en el ánimo de la criatura, porque habiendo cogido la madre otro insecto y colocádoselo entre sus tiernos dientecitos, el niño lo tritura y lo saborea, quedando aquella muy satisfecha del resultado.

Apatú me hace observar con este motivo que el piojo de los indios es muy diferente del de los negros, y en efecto, he creido observar que estas dos especies no eran semejantes al *pediculus capitis* de la raza blanca.

Delante de mí están sentadas en una caja dos niñas de cuatro á cinco años; su tez no es más morena que la de los habitantes del mediodía de Europa, y á pesar de la anchura de sus mejillas y de lo prominente de sus pómulos, el conjunto de su rostro, realzado por unos ojos pardos y una cabellera negro-azulada, ofrece una fisonomía dulce y muy agradable. Observo además que son muy graciosas. La mayor, que se llama María, me ayuda á vaciar el agua de la canoa que está un tanto grieteada á causa de las sacudidas que ha sufrido al franquear las cascadas. Todo el traje de estas niñas consiste en un collar azul, blanco y encarnado que les he regalado. La madre lleva un pequeño cuadrado compuesto de cuentas de vidrio que forman arabescos parecidos á los que los indios actuales se trazan en la piel, y tambien á los grabados antiguos de que dejo hecha mencion.

Al medio dia llegamos á una isla peñascosa medio cubierta por un bosque de *philodendron* de hojas largas y espesas, como los que hay en todos los rios de la Guayana. Es un sitio magnífico para observar el sol.

Apatú, que ha saltado á tierra con Hopou y Stuart, me hace observar unos bruñidores, y á juzgar por los vestigios dejados por los antiguos indígenas, puede suponerse que el Oyapock actualmente desierto, tenia una poblacion muy numerosa.

Por la tarde pasamos por delante de las colinas Martisio, así llamadas del nombre de un minero que encontró oro en polvo en estos sitios.

A las cuatro y media divisamos unas pequeñas montañas que están en la confluencia del Camopi, y al poco rato hacemos alto en un islote situado cerca de la desembocadura. Este rio, de gran caudal, tiene sus fuentes poco distantes de los afluentes del Maroni. Los negros bonis, que hacian irrupciones en el país de los oyampys, remontaban el Inini hasta su orígen y de allí pasaban al Camopi.

Dos viajeros franceses, el médico naturalista Leblond, en 1787, y el farmacéutico de marina Leprieur, en 1836, llegaron al Maroni por el Camopi y el afluente Araua. El segundo se proponia llegar á las fuentes del Maroni, en donde los antiguos geógrafos situaban el legendario país de El-Dorado. Los negros bonis lo acogieron perfectamente, segun se desprende de una carta inédita que he visto en Cayena, pero los negros yucas, que querian monopolizar el comercio en la region del Maroni, pusieron á precio su cabeza, por lo cual tuvo que retirarse por el Araua y el Camopi. Este intrépido viajero, que, ya en 1832, habia hecho con Adam de Bauve una tentativa para llegar á las fuentes del Maroni por el alto Oyapock, hubo de renunciar definitivamente á sus proyectos de exploracion.


Tañedor de flauta

El Camopi, en cuyas márgenes no hay un solo habitante en la actualidad, estaba en otro tiempo poblado por los indios acoquas, visitados en 1674 por los Rdos. PP. Grillet y Bechamel.

5 de setiembre. — Pasamos el dia delante de las colinas Bagotte, situadas en la orilla derecha, y llamadas así porque el conde Bagotte hizo exploraciones auríferas en este terreno. Encontró efectivamente oro, pero en cantidad tan escasa que no dió márgen á una explotacion lucrativa.

A la una pasamos por delante del afluente Morocoru. La radical *moroco* ó *maraca* sirve en casi todas las lenguas de la América del Sur para designar una especie de sonaja que los piays hacen resonar cuando quieren entrar en relacion con el diablo.

Miéntras observo el sol á las cuatro de la tarde, Apatú da una vuelta por el bosque y vuelve con un hoco. Es la primera pieza algo regular que hemos matado en este viaje: hasta ahora no habíamos podido dedicarnos á la caza á causa del mal tiempo y de las dificultades de la navegacion con una tripulacion sin experiencia ni disciplina. Al comer la rabadilla de esta ave, que me ha reservado Apatú como el mejor bocado, percibo un sabor amargo bas-

tante desagradable. Este sabor proviene de una glándula de aceite en la cual humedece el ave su pico para alisarse las plumas. Juan Pedro me dice que uno de sus perros, que se habia comido la rabadilla de un hoco recien muerto, sufrió accidentes nerviosos que le duraron un mes: tenia los ojos extraviados, ladraba y corria en todas direcciones como si siguiera la pista de un animal imaginario.

Pernoctamos en la desembocadura de un pequeño afluente situado á la izquierda, cuyo lecho está formado de rocas graníticas enteramente alisadas á fuerza de aguzar en ellas instrumentos de piedra, por cuanto los indios se detenian en este sitio abundante en pacús. Tal vez existiera un pueblo de consideracion en estas inmediaciones, pero la vegetacion tropical, que fácilmente se enseñorea de las obras de los hombres, no ha dejado más vestigios que los impresos en el granito. Como las hachas de piedra de los indios no mutilan ya los árboles de las orillas, estos han extendido sus ramas hasta darse la mano. La tierra no basta para esta vegetacion devoradora, que invade hasta el lecho de los rios para acaparar aire y luz. Sin embargo, esta bóveda de follaje de la que suspendemos nuestras hamacas, no es bastante espesa para interceptar completamente la luz de la luna cuyos plateados rayos hacen resaltar los rojos contornos de mis indios.

6 de setiembre.—A las nueve de la mañana diviso en una maleza medio anegada un cuerpo blanco cubierto de escama y reluciente como una coraza de acero. Percibo un olor desagradable parecido al del almizcle: es el que despide una serpiente boa, ó más bien una culebra como dicen los criollos de la Guayana, que, habiendo recibido una descarga á dos pasos de distancia, se retuerce horriblemente. El animal pasa rozando con mi piragua, y veo que tiene una ancha herida en el vientre, de la que mana copiosa sangre. Al poco rato oigo un tiro: lo ha disparado Apatú, que remata á la serpiente. Juan Pedro, que queria impedirme disparar, dice que el diablo castigará la muerte del *matapi* haciendo llover.

A las tres franqueamos el pequeño salto del Massara, donde un indio se causa una fuerte contusion en la rodilla resbalando en una roca cuarzosa. Juan Pedro considera este percance como una venganza del espíritu malo; el matapi que hemos muerto esta mañana será quizás hijo de una culebra legendaria que inspira temor á los oyampys cuando pasan por estos sitios. Es tan grande ese animal, me dice el capitan, que un dia se tragó una porcion de calinas (así se llaman entre sí) junto con la piragua en que iban al pasar el gran salto Massara. Los desgraciados no pudieron salir de las entrañas del monstruo sino cuando llegaron al salto pequeño del mismo nombre; allí los arrojó vivos el reptil al mismo tiempo que á su embarcacion.

Acampamos en un islote granítico junto á la orilla izquierda. Como hace una noche magnífica á pesar de la prediccion del capitan, paso el tiempo fumando cigarrillos al amor de la lumbre y escuchando las pláticas de mi tripulacion. Apatú dice que los indios son unos estúpidos porque no quieren exterminar las serpientes, y nos hace el siguiente relato que trascribo literalmente:

«Hace mucho tiempo mi abuelo me dijo: Gadú (Dios) hacer un hombre, Adam, y una mujer, Eva, y les mandó quedar en una aldea donde tenian mucha yuca, mucho pescado, mucha carne que podian comer sin trabajar.

»Gadú dijo: Podeis comer toda cosa, pero no una simiente llamada almendra, que es buena solamente para serpiente; si simiente caer, no tocar.

»Un dia Adam y Eva, que ir buscar agua al rio, encontrar serpiente que dijo: Comed esa simiente.—Adam dijo: No, no, Dios no querer.—Serpiente dijo: Eva, prueba, no tendrás cosa tan buena como esa.—Eva que comió dijo: ¡Oh! es bueno, Adam, ven comer.—No. A la tercera vez, Adam comer un pedazo.

»Despues, Dios dijo: Adam, Eva, venir pronto.—Adam, que tenia miedo sin saber porqué, ponerse una hoja y su mujer tambien.

»Dios dijo: Adam, tú comer aquella simiente.—Adam dijo: No.—A la tercera vez Adam dijo: Sí, pero no cogerla yo. Eva dármela.

»Dios no contento dijo: Adam, Eva, podeis iros: tú, Adam, necesitar trabajar para tener yuca, y flechar para tener carne: Eva, tú padecer del vientre para tener hijos; serpiente, tú no tener ya piés para andar.»

La moraleja que de aquí deducia la abuela de Aputú y que recomendaba á todos sus hijos y nietos, consistia en matar á todas las serpientes que encontrasen en su camino. Por esto son los bonis tan hábiles en perseguirlas. Es de advertir que estos negros han estado siglo y medio sin comunicacion alguna con los misioneros de la Fe.

VI

El beso del salvaje.—Pesca del pacu.—Variacion de la vegetacion segun la naturaleza del terreno.—Cómo pagan los indios.—Comercio y religion.—Saba con calentura.—Efecto del calor en los recien desembarcados.—Actividad febril que precede á la caquexia tropical.—Esperanzas de éxito.—Negros recalcitrantes.—Cabellos de viaje.

7 de setiembre.—Adelantamos muy poco, de suerte que puedo observar á mi gusto á mi amiguito Miguel y á sus hermanas. Advierto que los niños calinas demuestran su cariño con besos, pero no dados en los labios, sino en todo el cuerpo. Miguel besa á María, que como he dicho va enteramente desnuda, más bien en el pecho que en la cara. El pequeño tamuchy, jugando al escondite, se oculta unas veces en el seno de su madre, y otras detrás de ella. En una de estas evoluciones Miguel cayó de cabeza al agua, pero le salvó su padre cogiéndole al paso por los piés.

Llegamos un poco ántes del medio dia á un afluente bastante importante llamado Yavé, que remontamos hasta alguna distancia por tener fama de ser un sitio muy favorable para la pesca del pacú. En efecto, al llegar á las primeras rocas que están á flor de agua, veo dos grandes peces que luchan: es un pirai que de una dentellada ha devorado el vientre y una parte de la cola de un pacú: la seccion de las carnes parece hecha con tanta precision como si la practicara el más hábil cirujano.

Mis indios y Apatú, armados de arcos y flechas, corren entre las rocas para acometer á numerosos pacús que surcan aquellas aguas límpidas, muy corrientes, pero poco profundas. A cada momento se les ve disparar una flecha que desaparece en un segundo, y luégo, asomando á la superficie, corre vibrando en todas direcciones, lo cual consiste en que el dardo

ha penetrado en el dorso de un pacú que hace vanos esfuerzos para desprenderlo. Saba, armado de un palo, sigue la flecha, la levanta poco á poco y remata de un golpe al pez que todavía podria morderle. Los pacús heridos se refugian á veces en los matorrales donde se les pierde de vista; por esto ciertos rucuyos del Maroni ponen cascabeles en la punta de la caña.

En el espacio de dos horas cogimos así treinta y un pacús cada uno de los cuales pesaba más de un kilógramo. Continuamos nuestra marcha. pero mucho antes de hacerse de noche nos detenemos en la desembocadura del rio Cruatu, con objeto de que la tripulacion tenga tiempo de arreglar la cena y preparar las hogueras para ahumar los pescados.



La canoa del doctor Crevaux remontando el Oyapock

8 de setiembre.—A partir del afluente Cruatu el rio se dirige en línea recta al sudoeste ¼ sur en un trecho de más de seis kilómetros. Esta direccion rectilínea que encontramos por vez primera no reconoce otra causa sino la falta de rocas duras capaces de cambiar el curso del agua. En efecto, las orillas son bajas y pantanosas: los árboles achaparrados dejan entre sí grandes espacios ocupados por bambúes, palmas y bejucos sin número. ¡Qué diferencia entre la vegetacion de los terrenos pantanosos y la de las tierras firmes! Aquí no hay nada más que hojas; es un manto de verdura impenetrable, al paso que allá sólo se ven troncos de árboles erguidos, que se elevan hasta perderse de vista, entre los cuales la circulacion es casi tan libre como en un paseo público.

A las dos, observo que las orillas vuelven á elevarse cerca del pequeño afluente Yarupi. A los pocos momentos franqueamos un salto llamado Pacuchiri, que forma dos cascadas de un metro de altura. Por fin á las cinco vemos un ribazo en el cual hay dos cabañas de indios oyampys. Llego abrumado por trece dias de marcha sin descanso y muerto de hambre. Echo

un trago de aguardiente y distribuyo una racion del mismo licor á la tripulacion. El alcohol es el alimento de la miseria. Como el jefe de aquellas viviendas es amigo de Juan Pedro, le propongo que cuide en su casa de la mujer y de los hijos del capitan, pues estos pobres niños, obligados á pasar diez horas diarias en mi piragua sufriendo los rigores del sol con la cabeza descubierta, y los piés en el agua, están los tres indispuestos. Debo dejar tambien al indio que se causó una contusion en la rodilla y cuyo estado se agrava á pesar de las escarificaciones que él mismo se ha hecho en el miembro lastimado. Reemplazo aquellas bocas inútiles con dos jóvenes indios que se manifiestan muy contentos de acompañarme á cambio de un hacha, un cuchillo, y unos cuantos metros de lienzo.

Los oyampys, como todos los indios del interior de las Guayanas, exigen que se les pague de antemano, y cuando reciben los objetos pedidos, es muy raro que abandonen al viajero sin haber cumplido por lo ménos parte de sus compromisos. Uno de ellos, á quien he alistado y que ha cambiado de parecer durante la noche, aconsejado sin duda por su mujer, ha tenido la delicadeza de devolverme todo lo que le habia dado en pago.

9 de setiembre —Paso la mañana haciendo algunas observaciones miéntras mis hombres lavan la ropa y sus hamacas en unas hermosas rocas graníticas que hay enfrente de las cabañas. Partimos cuando he tomado la meridiana y vamos á acampar al salto Cuyary que se halla á corta distancia, pero al que es difícil llegar á causa de la rapidez de la corriente.

Por el camino cae al agua un indio que estaba de pié manejando un tacari; afortunadamente lo recoge la canoa de Apatú que nos seguia de cerca.

La palabra Cuyary, que ya hemos visto empleada para designar un afluente importante del Yary, significa sol en la lengua de los oyampys. La palabra Yary significa luna en el mismo idioma. Con motivo de estas etimologías hago algunas preguntas á mis compañeros de viaje acerca del nombre del rio que recorremos. Si la voz Oyapock carece de sentido, tenemos el sustantivo Cuyapock, que en oyampy lo mismo que en rucuyo sirve para designar una especie de tucan conocido de los naturalistas con el nombre de *Rhamphastus toco*.

10 de setiembre.—A las nueve llegamos delante del salto Gran Massara que sigue atemorizando á los indios, por más que el R. P. Leroy que acompañaba á Mons. Emonet haya exorcizado al monstruo que lo habitaba Aquel valeroso misionero se tomó, sin embargo, la molestia de cruzar el salto á nado para probar que el diablo habia huido de estos sitios.

La historia de este monstruo ha sido indudablemente inventada por uno de sus piays que queria impedir que los hombres de su tribu acompañaran viajeros ó traficantes al alto Oyapock. El orígen de muchas creencias religiosas de los pueblos bárbaros no es otro sino el interés comercial.

Pasamos el dia franqueando pequeñas cascadas que atraviesan montañas graníticas de ciento cincuenta á doscientos metros de altura sobre el nivel del rio. A las dos llegamos á la desembocadura del Motura, rio bastante importante puesto que en ella tiene cincuenta y cinco metros de anchura, al paso que el Oyapock sólo tiene ciento diez á la altura de este afluente. Remontamos el Motura, que se dirige al sudeste, hasta un kilómetro de distancia para encontrar una cabaña de oyampys. Un jóven que está en el ribazo accede á acompañarme mediante

algunos objetos que él mismo escoge en mi pacotilla; pero su padre, que es un viejo pervertido á causa de una larga permanencia en el bajo Oyapock, exige además cuatro botellas de aguardiente y otros objetos.

Al remontar este afluente, á una jornada más léjos, hay una aldehuela de oyampys que fué visitada por Mons. Emonet.

11 de setiembre. — A las ocho cruzamos un pequeño salto sobre el cual veo unos cuantos árboles detenidos en el rio, lo cual consiste en que el volúmen de las aguas disminuye considerablemente más arriba del rio Motura. Poco despues penetramos en terrenos bajos y pantanosos en que la corriente es muy débil.

Durante el dia de hoy Saba se siente aquejado de calentura. Es el primero que cae enfermo desde que estamos de viaje. Yo por mi parte me encuentro más animoso que á mi salida de Francia; sin duda me hallo bajo la influencia de esa excitacion que se apodera de los europeos durante los primeros meses de residencia en las colonias. El viajero debe aprovechar este período para avanzar resueltamente, porque en breve desaparece esta fuerza puramente facticia, dejando tras de sí un estado de anemia que dificultará la ejecucion de sus proyectos.

Hacemos alto en unas rocas graníticas situadas en medio del rio, en un sitio descubierto desde el cual desearia observar una ocultacion de estrellas que debe tener lugar á eso de media noche. No queriendo dormirme por temor de que se me escapara el momento oportuno, paso el tiempo tomando café y fumando cigarrillos, y unas veces paseándome por las rocas, y otras sentándome en una hamaca colgada del pataua. Estoy de buen humor porque preveo que mi viaje tendrá un resultado excelente. Apatú se siente más animado tambien desde que ve que estamos casi seguros de llegar á las fuentes del Oyapock sin correr riesgo alguno. Todas las personas á quienes habia pedido informes le habian exagerado las dificultades de la navegacion por este rio que, en realidad, son mucho ménos grandes que las del Maroni.

Los indígenas, á juzgar por los que hemos encontrado, son tan apacibles y bondadosos, que me parecen mucho mejores de tratar que los hombres de mi tripulacion, y eso que estos son gentes civilizadas ó por lo ménos tienen la pretension de serlo. Estos negros, que son incapaces de coger un pez ó de matar una pieza, se quejan continuamente del alimento, miéntras que los indios, no obstante de pertenecer á una raza más inteligente, jamás exhalan la menor queja. Hoy han querido sublevarse mis negros so pretexto de que no tenian para comer más que bacalao y guisantes. El único argumento de que me he valido para calmarlos ha sido decirles que si no estaban contentos me marcharia sin ellos. Pero la impericia y la cobardía hacen de estos ganapanes los séres más fieles que encontrarse pueda; estoy seguro de que no me abandonarán; tendrian demasiado miedo de ahogarse al bajar por el Oyapock, y por otra parte se verian muy apurados para cruzar el mar á fin de regresar á su país. Si hubiera tenido que habérmelas con negros de la Guayana francesa, habria estado á merced de ellos porque habrian conocido el camino para regresar á su casa. Así pues, por regla general, es preferible disponer de una tripulacion compuesta principalmente de gentes extrañas al país que sirve de punto de partida.

No habiendo podido observar la ocultacion, tomo una altura de luna ayudado por Saba, el cual me alumbra con una bujía que ha de acercar mucho para que me sea posible leer las divisiones de mi instrumento, siendo tan torpe que prende fuego dos veces á mi larga cabellera que me preserva de las insolaciones cuando observo el sol, pero que me molesta mucho cuando hago observaciones nocturnas.

VII

Mucu-mucu de las regiones pantanosas.—Elegancia estéril de la vegetacion.—El reino vegetal predomina sobre el animal.—Nombre de la capital de El Dorado.—Verdadera causa del éxito de mi primer viaje.—Cascada de la Indigestion.—Afluente de la Fiebre.—El primer vado del Oyapock.—Los tres saltos.—Una amazona.—Etimología de la palabra *canoa*.—Una mision de jesuitas desaparecida.

12 de setiembre.—Siendo la corriente muy débil, avanzamos mucho más de prisa que los dias anteriores. Por la mañana veo por primera vez la orilla desnuda de grande arboleda en un espacio de algunos centenares de metros. Observo tambien que hay muchas leguminosas entre los arbustos que la cubren, y unos cuantos mucu-mucu (*caladium arborescens*) en las márgenes, pero no tan abundantes como en el alto Maroni, lo cual prueba que esta parte del Oyapock es ménos pantanosa.

El aspecto del paisaje va siendo muy monótono: el lecho del rio forma ensenadas tanto más cortas cuanto ménos considerable es el caudal de las aguas. Por un lado tenemos una orilla arcillosa blanca teñida de rojo y cortada á pico, de un metro cincuenta de altura; por otro, un terreno bajo formado de limo recien depositado y cubierto de plantas acuáticas. Aun cuando la vegetacion no carece de elegancia y es pintoresca, me disgusta que esta naturaleza sea tan pródiga en hojas y tan avara de flores y frutos.

Junto á esta vegetacion loca,—se la puede llamar así puesto que lo sacrifica todo á la elegancia,—el reino animal hace un papel lastimoso. Veo pocas mariposas, y hace ocho dias que no he visto ningun colibrí. La caza escasea mucho y la especie humana no está representada ni por un habitante por kilómetro cuadrado.

El Oyapock, lo propio que el Maroni y el Yary, presenta tres partes distintas. La region más pintoresca, más sana y más á propósito para la alimentacion es la de las cascadas, en la cual hay abundancia de pescado exquisito. A esta porcion del Maroni es á la que han venido á refugiarse los negros cimarrones holandeses. Las regiones situadas más arriba y más abajo, es decir, las fuentes y la desembocadura, son pantanosas.

Por la tarde cruzamos el pequeño salto *Yemuru*, cuyo nombre significa ojo. Pasamos por delante de un afluente bastante considerable llamado *Yugueraru*, y por fin dormimos en una roca llamada Manoa, del nombre de una india vieja que se ahogó allí. No conociendo el sentido de la palabra Manoa haremos observar solamente que el nombre Menoa servia para designar esa ciudad legendaria, de casas de oro, situada, segun se dice, á orillas del lago Parime, en el país de El Dorado.

13 de setiembre.—El rio, que es cada vez más angosto, no forma islas; y apénas si de trecho en trecho asoman á su superficie algunas rocas graníticas que forman raudales, y en las que mi gente se entretiene en asaetear pacús.

A las cuatro vemos una pequeña colina situada en la orilla izquierda, que Juan Pedro llama Yauar porque monseñor Emonet á quien acompañaba mató allí un gran jaguar. Con este motivo me hace observar Apatú que hasta ahora no hemos encontrado un solo tigre, lo cual es de buen agüero para el éxito de nuestra expedicion. Confiesa que una de las razones que le han determinado á seguirme con toda confianza hasta el Yary, es que hemos remontado todo el Maroni sin encontrar uno de dichos animales. Cree como los rucuyos que el diablo de los bosques aparece bajo la figura de un tigre para devorar á las personas mal intencionadas.

A las cuatro y media pasamos por delante de un pequeño afluente llamado Uarapurutu, más abajo del cual se encuentra un gran número de rocas que parecen montones de heno. Habiéndonos detenido un poco ántes de llegar á ellas, me entretengo en medir el rio con Apatú por medio de una cuerda: no tiene más de cincuenta metros por una profundidad que varía de uno á dos metros con una corriente que llega á una milla. Su lecho está formado de grava entre la cual se ven muchos pedazos de cuarzo blanco.

Hacemos una comida abundante compuesta de excelente pacú hervido con *achi* ó pimiento encarnado de los indios. Los oyampys, lo mismo que los rucuyos, los galibis y los emerillones, designan con este nombre la pimienta de Cayena. Por otra parte, el hijo de Cristóbal Colon, que escribió la vida de su padre, cuenta que los españoles encontraron en una isla de las Antillas «cierta pimienta llamada *achi* mucho más fuerte que la pimienta comun.» Más adelante veremos que los pueblos que viven al pié de los Andes llaman *achi* al pimiento, muy usado por todos los indios de la América intertropical.

Habiéndome acostado á eso de las nueve, me cuesta trabajo dormirme, porque hoy ha hecho mucho calor. Me levanto muchas veces durante la noche para ir á beber agua del rio que me parece muy fresca, por más que su temperatura sea de 24° centígrados. Cada vez que me levanto encuentro á Juan Pedro ó á alguno de mis hombres paseándose por la roca, y supongo que están indispuestos.

14 de setiembre.—A duras penas consigo que la tripulacion se ponga en marcha, y á los pocos momentos de partir, Juan Pedro, falto de fuerzas, se tiende en el fondo de la piragua, poseido al parecer de la mayor desesperacion. «Será preciso, me dice, que me separe de tí al llegar al vado de Banares, porque los oyampys, que tienen mucho miedo á caer enfermos, huirán al ver que todos lo estamos.»

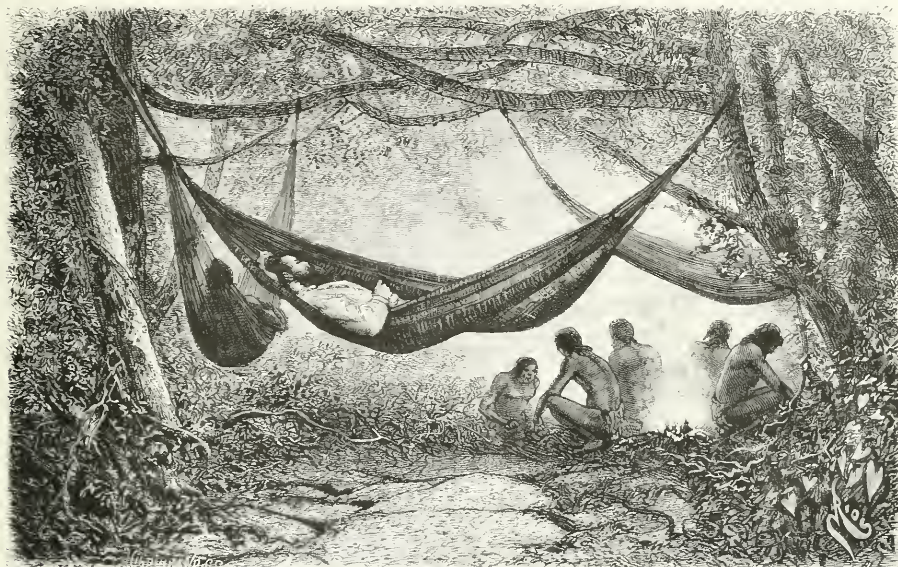
Yo tambien me desesperaria si no me hubiese tomado la molestia de estudiar la causa de esta epidemia que ha caido como una bomba sobre todos los indios lo propio que sobre mis negros. Esta causa es que de veinte pacús cogidos ayer, se comieron quince: más claro, se trata simplemente de una indigestion producida por más de un kilógramo de pescado comido por cada uno de los comensales.

Las rocas en que hemos pasado la noche podrian llamarse salto de la *Indigestion*, por cuanto Juan Pedro me dice que jamás lo ha pasado sin haber tenido un cólico. Los oyampys vienen á veces desde muy léjos para pescar pacús en estos sitios.

A la hora de partir pasamos por delante de un pequeño afluente de la izquierda llamado

Caraeguar, que significa rio de la fiebre. Aunque mis hombres están cansados, como les asusta la fama de insalubridad que tienen estos sitios, avanzan todo lo que pueden para salir cuanto ántes de unas regiones tan bajas y pantanosas.

A las diez llegamos al afluente Eureupucin, que tiene veinte metros de ancho por uno y cuarenta centímetros de profundidad y cuya corriente es débil. Más allá de este punto el Oyapock tiene aún cincuenta metros de anchura, pero sólo uno de profundidad. Juan Pedro me dice que algo más arriba hay un sitio por donde se puede pasar el rio sin mojarse. En efecto, al poco rato encontramos una barra por la cual se entretiene un indio en atravesar el



Campamento cerca de Tres Saltos (De fotografía)

agua saltando de roca en roca. A partir de este punto, observo que las aguas del rio, hasta aquí muy cristalinas, se enturbian algo y adquieren una coloracion azul en los sitios profundos.

Al medio dia tomo una altura de sol desde un ribazo cortado á pico de dos metros de elevacion. En el momento en que terminaba mi observacion, un indio que se habia quedado en la canoa advierte que el ribazo en que estaba yo con Apatú y Saba se ha hendido y amenaza derrumbarse al rio. Sólo tenemos el tiempo indispensable para huir y no caer al agua juntamente con dos grandes árboles que se desploman con estruendo.

A las dos advertimos que se elevan las orillas y que la corriente es más rápida. Poco despues llegamos ante una cascada magnífica que puede designarse con el nombre de *Tres Saltos;* es notable por tres gradas que forman una escalinata majestuosa en las cuales parece hervir el agua cayendo á modo de catarata. Es absolutamente imposible franquear este obstáculo siguiendo la corriente, por lo cual mis gentes tienen que trasportar los fardos á cuestas y subir las canoas á una gran roca granítica situada en la orilla izquierda.

Miéntras mis hombres hacen el trasbordo, tomo un baño delicioso junto al ribazo más arriba de la cascada: en un momento de distraccion pierdo pié y me arrastra la corriente; ya iba á rodar por la primera grada cuando tengo la suerte de encontrar una roca á flor de agua á la cual me aferro: entónces un indio me echa un largo bejuco y gracias á él puedo salir del apuro sin daño alguno. Este baño, precedido de ocho horas de navegacion, me da un gran apetito, y me como la mitad de un excelente cumarú cogido poco ántes en la cascada. A los postres destapo una botella de Burdeos añejo que comparto con Apatú, Juan Pedro y Saba. Para excitar un poco al resto de la tripulacion que no deja de estar ya entusiasmada al aspecto risueño de este paisaje, mando que se les distribuya doble racion de aguardiente y que cuezan arroz para el desayuno de mañana.

Durante la velada Juan Pedro me cuenta que ha acompañado hasta aquí á un habitante de Cayena llamado M. Voisin, el cual venia á cazar *meus* ó urogallos, muy raros en nuestras colecciones de historia natural, pero bastante comunes en las cercanías de los Tres Saltos. A la sazon vivia cerca de la cascada una india de blanca cabellera, de la tribu de los *Uayanas*, la cual vivia de la pesca y de la caza, sin tener relacion alguna con los indios oyampys. Era una verdadera amazona, á la cual podia considerarse, ayudando la imaginacion, como la última de aquellas mujeres cazadoras que encontró el español Orellana, cuando cruzó la América ecuatorial ántes que nadie, cerca de la desembocadura del Trompeta. Nadie ignora que á consecuencia del relato fantástico de este viajero se dió al mayor rio del mundo, al Marañon, el nombre más poético de rio de las Amazonas.

Dormimos tranquilamente al rumor de esta cascada, la más imponente que hemos encontrado en el Oyapock y en el Maroni.

15 de setiembre.—Así que nos despertamos, una parte de mi gente se ocupa en trasportar los fardos miéntras la otra pone á hervir el pescado. Como de costumbre, nos ponemos en marcha á las siete de la mañana.

Más arriba de la cascada encontramos las aguas más tranquilas, lo cual consiste en que las rocas sobre las que cae el agua á modo de cascada forman una de esas barras, un verdadero dique que impide á las corrientes de la Guayana que se viertan completamente durante la estacion seca que puede durar hasta cinco meses sin caer una gota de agua.

A las ocho, el patron de la canoa grande nos llama desde léjos. Temiendo algun percance mando virar mi piragua para ir al encuentro de aquella embarcacion, en la que encuentro al pobre Saba dando diente con diente á consecuencia de un nuevo ataque de fiebre. Le doy una camisa de franela que se pone al punto, se mete en un rincon entre las cajas y aguarda sin murmurar el fin del acceso.

En ciertos puntos el Oyapock no excede de cuarenta metros de anchura por uno sesenta de profundidad, siendo su corriente muy débil. Sus grandes árboles se inclinan hácia el rio buscando los rayos solares y proporcionando agradable sombra. Como solamente llevaba yo un pantalon y una camisa, experimento cierta sensacion de frio que me obliga á ponerme con placer un paletó de franela.

Al medio dia observo el pequeño salto Canaua, que es difícil de remontar. Los indios no

lo pasan nunca sin descargar sus bultos, pero Apatú, considerando el trasbordo inútil, nos hace franquear este obstáculo sin el menor percance. La palabra *canaua*, usada por todos los indios de la América ecuatorial, sirve para designar una embarcacion: es probable que nuestra voz *canoa* proceda de la lengua de los salvajes de la América del Sur.

Hace un calor espantoso: la altura del sol al medio dia es de 89°23'. La temperatura es casi tan alta como la de la costa, porque las regiones á las que hemos llegado no tienen más que noventa metros de altitud sobre el nivel del mar.

Sababodi está en el período de la traspiracion; permanece tendido sobre una roca granítica que debe servir de antro á un tigre á juzgar por los huesos que hay esparcidos alrededor.

Por la tarde franqueamos el salto Ituatin. Dividido el rio en este punto en gran número de brazos, forma una infinidad de islotes graníticos entre los cuales cae el agua en cascadas pintorescas. Nos detenemos para pernoctar en unas rocas situadas más arriba de una isla en la cual Juan Pedro vió en su infancia los restos de una cruz erigida por los antiguos misioneros. Miéntras la tripulacion pesca cumarús á flechazos, salto en una canoa con dos hombres para ir á explorar dicha isla en la cual no encuentro ya vestigio alguno. Al volver al campamento, los dos negros que me acompañan maniobran tan mal que no pueden gobernar la embarcacion, portándose tan torpemente que los indios que los miran no pueden ménos de reirse á carcajadas: es preciso que yo intervenga para ayudarles á salir de este paso que no ofrecia dificultad alguna.

16 de setiembre. A las nueve llegamos al rio Mutaquera, afluente bastante importante de la derecha. Más arriba, el rio, que apénas tiene más de veinticinco metros, está rodeado de tierras bajas y pantanosas que atravesamos lo más rápidamente posible para no contraer en ellas la fiebre.

A las diez el Oyapock se divide en dos brazos casi de igual anchura. Despues de tomar un baño en el afluente de la izquierda que atravieso sin que el agua me pase de la cintura, penetramos en el afluente de la derecha que llamamos rio *Leblond* en memoria del viajero francés. Una porcion de árboles caidos de través dificultan la navegacion en términos de que renunciamos á ir más léjos en canoa. Por fin, á las diez de la mañana, y á los veintidos dias de navegacion no interrumpida, llegamos á la playa de los Banares, así llamada porque los oyampys repiten á cada instante la palabra *banare* que significa amigo.

Desde San Jorge hemos tenido ciento sesenta horas de navegacion y recorrido una distancia que estimo en cuatrocientos kilómetros, lo cual da dos y medio por hora poco más ó ménos. El Oyapock es un tercio más corto que el Maroni, pues para remontar este rio desde San Luis hasta la playa de los rucuyos invertimos treinta y tres dias de navegacion. La altitud del Oyapock es de noventa metros en la playa de los Banares, al paso que la del Maroni es de ciento diez en el punto en que terminé la navegacion.

VIII

En busca de indígenas. — Quemo mis naves. — Comida homérica en las fuentes del Oyapock. — Leyenda de Anancy. — Un encuentro feliz. — Una casa de fieras. — Un detalle de fabricacion de cacharros. — Modo de franquear los árboles caidos. — La locura de los viajes — Despedida á mis zapatos.

Mando hacer una choza y descargar mis fardos, en tanto que voy acompañado de Juan Pedro en busca de algunas viviendas de indios oyampys. Encontramos un sendero trillado, mas á pesar de hacer una caminata de dos horas no damos con ninguna choza. Desesperando ya de encontrar mozos, adopto la siguiente resolucion: Sababodi enfermo y dos indios que están demasiado débiles para continuar el viaje, se quedarán en la playa aguardando á Juan



Desmoronamiento de los ribazos (De fotografía)

Pedro que regresará tan luégo como encuentre indios. Conmigo vendrá una tripulacion de tres negros: Apatú, Stuart y Hopú.

Mis hombres embalan inmediatamente los fardos: no podemos llevarnos más que nuestras hamacas, dos camisas, los instrumentos, dos botellas de sal y víveres para cinco jornadas. ¿Qué haré de mis provisiones y de los vinos exquisitos que he ido reservando para los dias de escasez? Aquella misma noche los entregué á discrecion, y el vino de Marsala corrió á oleadas en las fuentes del Oyapock.

Despues de cenar, indios y negros, que se han hecho los mejores amigos del mundo, hablan con volubilidad. Habiéndoles dicho Apatú que yo era médico de los blancos, creen que debo estar, como sus piays, muy al corriente de los asuntos de religion y se quedan llenos de admiracion y de entusiasmo cuando les digo que no hay más que un solo Dios para los blan-

cos, los indios y los negros. Dándose entónces la mano como hermanos, danzan en torno de una cruz que monseñor Emonet ha plantado hace dos años junto á la playa de los Banares.

Despues del baile se ponen á contar cuentos, y Apatú interesa vivamente á Juan Pedro con el fantástico relato que trascribo á continuacion al pié de la letra.

«Un año que fué demasiado seco, toda bestia del bosque murió de hambre. Anancy (la araña) que tenia más talento que cualquier otro sér, encontró una choza donde habia muchas batatas. Allí hizo un gran cesto y lo llenó de batatas.



Marcha por el bosque atravesando una tala

»Cuando salió de la choza, encontró una serpiente que dijo:—Si tomas mis batatas te picaré.—Anancy le contestó:—No, yo me llevo batatas, y tú vendrás á picarme mañana.

»Al poco rato encontró un tapir que tenia hambre. Anancy le dijo:—Ven á mi casa; tengo muchas batatas que partiré contigo.—Cuando hubo comido bien, Anancy le dijo:—Acuéstate junto á la puerta, y si álguien llama, abre pronto.

»La serpiente vino muy de mañana, hizo «toc, toc;» el tapir abrió, la serpiente le picó y echó á correr. El tapir murió, Anancy coció un pedazo de él y ahumó el resto. Cuando hubo acabado, volvió á la casa en que tenia víveres: la serpiente queria picarla tambien, pero Anancy dijo:—No, hoy no es necesario, ven mañana.

»Anancy encontró por el camino un tatú que tenia hambre: se lo llevó á su casa, le dió bien de comer, y el tatú se echó á dormir junto á la puerta.

»De buena mañana Anancy oyó hacer «toc, toc;» lo hicieron una vez, dos veces. Llamó al tatú, que no contestó: le buscó por todas partes, y encontró junto á la puerta un agujero que habia abierto el tatú durante la noche para escaparse.

»La serpiente seguia haciendo «toc, toc;» Anancy queria huir, pero no pudo. Estuvo pensando un poco y luégo hizo ¡bum! Cuando la casa acabó de retemblar, dijo:—¿Quién ha hecho eso? Creo que ha sido la serpiente que ha hablado con el vientre.— La serpiente dijo: —Yo no he sido.—Anancy dijo:—Sí, tú has hecho ¡bum! Yo que tengo inteligencia no hablo con el vientre, sino con la boca.—La serpiente dijo:—No, yo no he hecho eso.—Anancy replicó:—Sí, tú lo has hecho.

»Anancy hablaba tan fuerte que la serpiente tuvo mucho miedo y dijo:—Abre un poco; necesito hablar contigo.—La serpiente entró y Anancy dijo:—Si no mientes no tendrás miedo de mi sable, y yo que no soy mala no podré matarte.

»La serpiente puso la cabeza sobre un madero, y Anancy le descargó un golpe con el sable y se la cortó. Cuando la serpiente no tuvo ya cabeza, los demás animales que se morian de hambre, se repartieron las batatas.»

Esta leyenda que los negros bonis conservan por tradicion de familia quizás no sea otra cosa sino una reminiscencia de alguna enseñanza cristiana desfigurada por la imaginacion de los que la cuentan.

17 de setiembre.—Al amanecer, cocemos un paquira cazado el dia anterior y almorzamos de prisa. Habiendo querido beber un trago ántes de marchar, tengo que contentarme con agua clara, porque se han seguido mis órdenes al pié de la letra; no ha quedado una gota de vino ni de licor.

Me despido de Saba, que se echa á llorar; y á continuacion seguimos resueltamente la pista que descubrimos ayer. A las cuatro horas de marcha por un terreno llano cortado por muchas corrientes que desaguan en el rio Leblond, llegamos á un cerrillo donde vemos una pista más trillada. Apatú, que va detrás de mí, se para de pronto y aplica el oído, diciendo que acaba de percibir el ruido sordo de un hacha que da contra un árbol. Nos encaminamos en la direccion de donde parte el ruido, y desde lo alto de un cerro divisamos un hombre tan enfrascado en su trabajo que podemos acercarnos á diez metros de él sin que nos eche de ver. Aquel salvaje que conoce á Juan Pedro, no se manifiesta sorprendido al vernos. Nos dice que su aldea está cerca, y con efecto, á los pocos instantes y despues de atravesar un descampado plantado de yuca, vemos unas cuantas chozas indias.

Habiendo disparado un tiro para anunciar mi llegada, los perros prorumpen en ladridos corriendo á nuestro encuentro. El jefe de la tribu, á quien monseñor Emonet ha bautizado con el nombre de Juan Luis, me hace sentar á su lado en un banquillo y habla conmigo miéntras su mujer trae una vasija de barro con pescaditos cocidos. Despues de tomar un refrigerio, propongo al tamuchy que me acompañe al país de los rucuyos mediante tales ó cuales objetos que me ofrezco á darle en pago; y él se decide á venir con sus dos mujeres y dos mozos.

Veo que los oyampys tienen muchos animales domesticados en sus chozas: por lo general son agamis ó aves trompetas (*Trompet bird* de los ingleses), hocos, marayas y aras de plu-

maje rojo y azul. En una verdadera coleccion zoológica veo un aguilucho que á pesar de ser muy jóven tiene ya el tamaño de un pavo. Los oyampys llaman *pia* y los negros bonis *gonini* á esta ave terrible que acomete á toda clase de caza y á las serpientes más peligrosas: los indios aprecian mucho sus plumas para guarnecer sus flechas. El nombre del Gonini, afluente importante del Maroni, debe proceder sin duda de dicha ave. Sintiendo no poder enviar vivo á Cayena tan magnífico ejemplar, lo compro por una navajita, y matándolo Apatú de un garrotazo, lo disecamos para enviarlo así por medio de Juan Pedro.

Habiendo tenido ocasion de presenciar los trabajos de alfarería de los oyampys, observo que aquí como en los demás países de la Guayana, las mujeres son las exclusivamente encargadas de esta industria. Para hacer esas vasijas que tienen por objeto refrescar el agua, llamadas por los españoles *alcarrazas* y por nuestros criollos *gargoulettes*, cuidan de añadir ceniza de una corteza llamada *cuepi*, que haciendo más porosa la arcilla, favorece el enfriamiento por evaporacion.

Descansamos un dia miéntras las mujeres preparan el cazabe, y partimos el 19 á las ocho de la mañana. Un cuarto de hora despues encontramos el rio Leblond, de ocho metros de anchura por uno y cinco centímetros de profundidad. Mis barómetros aneroides marcan 750 milímetros de presion, es decir unos cien metros de altura sobre el nivel del mar.

El país está tan regado que por lo regular no trascurren cinco minutos sin que encontremos agua: ora es un riachuelo que cruzamos sobre un tronco de árbol, ora un *pripri*, es decir, un pantano en el que nos hundimos hasta la cintura, y en el que podríamos desaparecer si no pusiéramos el pié en una espata ó una palma de *uapú* muy abundante en los terrenos anegados.

Al atravesar las lomas que separan estas innumerables corrientes, encontramos muchos troncos de árboles caidos de vetustez. Es de advertir que el indio no dobla nunca la espina dorsal para pasar por debajo de un árbol que le intercepta el camino; prefiere á ello, escalarlo. Y es que los árboles carcomidos contienen una infinidad de insectos, como hormigas y sobre todo termites que caerian al menor choque. Yo no hago gran caso de esos obstáculos que escalo maquinalmente; miéntras camino, pienso en el éxito de mi empresa y me forjo los proyectos de viaje más descabellados. Me hallo bajo la influencia de un impulso mental que los misioneros evangélicos llaman fe y los hombres de letras fuego sagrado.

Descansamos media hora, y á los pocos momentos cruzamos el rio Leblond en un delgado tronco. Apatú, que va detrás de mí, resbala y cae al rio que no es profundo, pero sí rápido. Sale del agua sin daño alguno, pero echa de ver que ha perdido su machete, su cuchillo, y uno de mis zapatos, que me habia quitado para andar con más aplomo. Encontramos los dos primeros objetos, mas nos es imposible dar con el calzado, cuyo extravío me pone en la dura necesidad de tener que ir descalzo todo el resto del viaje.

Hacemos alto á las doce y media, despues de una caminata de catorce millas y cien pasos, cifra indicada por un nuevo instrumento llamado podómetro que llevo colgado de la pantorrilla: á cada paso resulta en el instrumento una sacudida que hace avanzar una aguja en el cuadrante.

Sólo hemos andado cuatro horas; me parece una etapa demasiado corta, pero los indios no

quieren seguir adelante so pretexto de que hemos comido muy poco la víspera y que hoy no tenemos absolutamente nada más que cazabe y un poco de arroz. Miéntras mi gente hace leña para encender una hoguera y construye ajupas para cobijarnos, un indio jóven llamado Yami (nombre que significa tortuga) me pide mi carabina para ir á cazar, y no vacilo en dejársela despues de enseñarle cómo ha de manejarla.

Tengo hambre. Apatú me cuece un puñado de arroz; pero como carezco de cucharas y tenedores, y no soy bastante hábil para servirme de palitos como los chinos, hago con él bolitas á modo de píldoras que trago una tras otra. Interrumpe mi frugal comida la llegada



Harpía feroz

del jóven Yami, el cual se presenta carabina en mano y llevando á cuestas un cesto de hojas frescas de palmera con un gran cuarto de tapir que ha envuelto cuidadosamente para que no se vean las manchas de sangre á las que tanto horror tienen los indios oyampys.

Me parece una cosa muy rara el matar en el acto y con perdigones un tapir, por cuanto en mi último viaje he visto que un tiro disparado con postas á siete ú ocho metros de distancia no logró traspasar la piel de uno de estos animales. Pero es que Yami, habiendo encontrado á aquel dormido, se acercó con la ligereza y la astucia de un jaguar hasta ponerse á dos metros de la pieza, y puesta una rodilla en tierra, le apuntó al brazuelo, y dando toda la perdigonada en el mismo sitio, el animal quedó muerto instantáneamente.

Apatú corta al punto una lonja que asa á la usanza india, es decir, en la punta de un palo

corvo cuya otra punta se hinca en tierra. En seguida se descuartiza al tapir y se ahuman sus trozos toda la noche.

20 de setiembre.—A las seis de la mañana, es decir, á la salida del sol, veo que mis indios, con el cesto á cuestas, desfilan por delante de mi hamaca. Esta diligencia en ponerse en marcha me complace; pero oigo que Apatú les grita que se detengan: considerándose cargados en demasía, han dejado abandonada, no tan sólo una parte de mis fardos, sino tambien toda la carne ahumada. Para conservarla hasta su regreso, la han enterrado cuidando de poner ramas en el fondo del hoyo, y de rodear la carne de muchas hojas. Como los jóvenes



Hocos

se han alejado bastante, me veo obligado á aumentar la carga de Juan Luis y de sus dos mujeres.

Partidos á las siete y media, cruzamos el rio Leblond dos horas despues. Al llegar á esta altura, no tiene ya más que ocho metros de ancho por diez á quince centímetros de profundidad. Siguiendo esta corriente, vemos que su volúmen disminuye con rapidez, puesto que á las once sólo tiene cuatro metros de anchura por diez centímetros de profundidad. Un poco más arriba vemos que se divide en dos brazos que en realidad no son más que dos arroyos insignificantes. Remontando el de la derecha, vemos que nace al pié de una gran peña granítica sobre la cual hay cuatro depresiones dispuestas de modo que representan la impresion de la pata de un corpulento tigre. Los indígenas pretenden que ha dejado esta huella en la roca un tigre hechicero (*Yauarpiay*) que custodia las fuentes del Oyapock. Yo he podido cerciorarme de que estas excavaciones no son obra del hombre, sino que imitan toscamente la huella del feroz animal por un efecto de la casualidad.

Para ir del vado actual á las fuentes hay doce horas de marcha efectiva, al paso que el antiguo sólo distaba de ellas cuatro horas.

El Oyapock termina como el Maroni; se divide en un crecido número de brazos que se ramifican al pié de los montes Tumuc-Humac. Su curso es de unos 480 kilómetros, contando los rodeos, miéntras que el Maroni tiene 680. El caudal del Oyapock es más considerable que el del Ródano y el del Loira á pesar de tener cada uno de estos rios mil kilómetros de longitud.

La importancia de los rios de la Guayana no tan sólo procede de lo copioso de las lluvias, sino tambien de la impermeabilidad del terreno. En ningun punto de esta region falta la arcilla, que tan útil le es al indio para la fabricacion de sus vasijas.

IX

Orígen de la palabra Tumuc-Humac. — Perdidos en el bosque. — Rectificacion cartográfica. — Un oyampys disfrazado de jaguar. — Colecciones etnográficas. — El aruma. — Comparacion del oyampys con las demás lenguas de la América del Sur. — Palabras francesas tomadas de los salvajes del Oyapock.

La famosa roca Yauar está situada al pié de un pico por cuya izquierda pasa el sendero que va desde las fuentes del Oyapock al Ruapir, afluente del rio Ku que desemboca en el Yari. No podria pasar junto á esta montaña sin visitarla, así es que me apresuro á escalarla con Apatú y Yami que nos sirve de guía. Desde la cumbre que, segun la indicacion de mis barómetros, no está á más de 330 metros sobre el nivel del mar, vemos un claro que nos permite divisar lejanas colinas entre las cuales se ve el nacimiento del Oyapock.

Las eminencias formadas de rocas graníticas son continuacion de la cordillera que los geógrafos llaman Tumuc-Humac ó Cumuc-Humac, y que los indios califican á veces con el nombre de Cumu-Cumu. La llaman así del nombre de la palmera *cumu (Œnocarpus bacaba)* cuyo fruto negro machacado en agua caliente da un jugo de color de café con leche, muy apreciado de los indígenas. En el Maroni, un poco más abajo de la aldea de Cotica, hay un salto que lleva el mismo nombre. Tambien sirve para designar una montaña que se encuentra en la Guayana inglesa entre las fuentes del Essequibo y del rio Branco.

Volvemos á la una á la roca Yauar para ponernos de nuevo en marcha, pero Yami se ha separado de nosotros para perseguir á un hoco. Todos los oyampys, que no se cuidan de los rezagados, han desfilado ya sin ocuparse del blanco. No viendo yo el menor rastro de camino, siento cierta zozobra, pero Apatú, muy acostumbrado á la pista india, no tarda en ponernos en buen camino.

Mi mejor barómetro, que en la cumbre del pico marcaba 727 milímetros, señala ahora 733, lo cual da una diferencia de altura de unos 60 metros entre la altura del pico y la roca Yauar.

A la una de la tarde vemos una fuente que mana hácia el sur. Sus aguas, que se dirigen en sentido opuesto al Oyapock, son forzosamente tributarias del Amazonas; es el orígen de un afluente del Yari, el Ruapir, que se halla á diez minutos de marcha del del Oyapock. Esta circunstancia está en contradiccion con las cartas que representan un gran rio entre el Oyapock y el Yari. A este nivel el barómetro marca 734 milímetros.

Enderezamos la marcha hácia el sudoeste y no tardamos en ver á la izquierda una colina donde se ha hecho una tala reciente para plantar yuca. Al pié corre el Ruapir que crece á ojos vistas, gracias á la convergencia de una infinidad de arroyos. A las tres llegamos á una aldea de indios oyampys que cuenta unos treinta habitantes.

Hoy hemos andado veinticuatro mil cuatrocientos pasos, dos mil de ellos fuera de camino, por visitar el pico que separa la cuenca del Oyapock de la del Amazonas. El Ruapir, que corre muy cerca de la aldea, es ya bastante ancho para proporcionarnos la satisfaccion de tomar en él un baño delicioso: tiene lo ménos seis metros de ancho por cuarenta centímetros de profundidad, y seria navegable por una pequeña piragua si álguien se tomara la molestia de cortar los árboles que interceptan su curso. Vése por esto que desde el antiguo vado de los Banares en el rio Leblond hasta el punto en que el Ruapir podia ser navegable no hay más de quince kilómetros contando los rodeos, y de unos diez en línea recta.

Los indios oyampys, que tenian noticia de nuestra llegada y que han dispuesto por consiguiente del tiempo necesario para arreglar su traje, tienen tanto gusto para pintarse como los rucuyos: no veo ni un hombre ni una mujer que no esté embadurnado de encarnado y negro de piés á cabeza. El que se cree más hermoso de todos es el jefe de la tribu, que lleva el cuerpo lleno de manchas negras sobre fondo encarnado: sin duda ha querido darse cierta semejanza con el jaguar, á quien todos los indios consideran como el rey de los animales.

Como mi tripulacion abandonó la carne del tapir, no tenemos para comer más que un masacara, esto es, un gallo que el tamuchy me da á cambio de un espejito en el cual se mira con gran complacencia los bigotes que su mujer le ha pintado con janipa. Por fortuna Yami llega al poco rato con dos agamis que ha matado por el camino: dase este nombre al ave-trompeta porque su grito se parece, no á una trompeta de cobre, sino á una trompa de pastor.

Fermin, médico holandés del siglo pasado, creyó largo tiempo que el aparato musical del ave-trompeta no era otro sino la extremidad inferior del tubo digestivo. Los oyampys son enteramente de esta opinion, porque apretando la rabadilla de un agami muerto producen un ruido sordo parecido al que produce el animal en vida. Jamás matan un *mamhali* sin hacer esta prueba que causa siempre la hilaridad de los circunstantes.

Juan Pedro, que se habia comprometido á acompañarme hasta el país de los rucuyos, dice que es demasiado viejo y que está muy cansado para andar más. Accedo á que regrese porque Saba y los dos negros á quienes he dejado en la playa de los Banares deben estar aguardando su vuelta con impaciencia; pero me es forzoso reclutar otros mozos. Paso pues la noche hablando con el tamuchy y yendo de choza en choza para alistar gente. Como la pacotilla que he traido es muy del gusto de los indios, no tan sólo puedo proporcionarme mozos á discrecion, sino tambien toda clase de objetos curiosos que Juan Pedro llevará al bajo Oyapock. Entre otras cosas colecciono flautas de tibia de ciervo, que tienen tres agujeros y una pequeña ranura en la cara posterior, y bonitas coronas que sirven para sujetar los cabe-

llos: estas son de tres colores: las unas, negras, están hechas con las plumas de la parte superior de la cabeza del agami; las otras, blancas, se componen de plumas del pecho de una especie de tucan llamado *cuyapock (Rhamphastus toco)*, que se distingue por su ancho pecho blanco orlado de encarnado en la parte inferior; por último, las otras, que son las más bonitas, constan de cuatro segmentos iguales, dos encarnados y dos amarillos: estas plumas, que



Indio encendiendo fuego

tienen colores muy vivos, proceden del pecho de otra especie de tucan llamado *cui-cui* por los indígenas *(Rhamphastus vitellinus)* y cuya parte superior es encarnada y la inferior amarilla; por detrás pende de un hilo el pequeño pecho de color de fuego de un pájaro mosca.

Los oyampys, así como los rucuyos, demuestran tanta paciencia como habilidad para hacer estas coronas; fijan las plumas con una hebra de algodon en un aro hecho con un bejuco hendido llamado *mamie* que es sumamente flexible, de suerte que lo pueden retorcer cuanto quieran, á consecuencia de lo cual las plumas que estaban fuera pasan adentro y no corren

riesgo de ajarse cuando el indio mete este adorno en su pagara. Sus cestos llamados pagaras, se componen de dos partes que encajan una en otra, como las cajas dobles de que se sirven los viajantes para llevar sus muestrarios. Los suspenden de una cuerda fija por los dos extremos á la caja inferior que es la que ha de entrar en la otra. La cuerda se corre por los dos lados de la caja exterior á la que está sujeta con una presilla de cuerda. Mediante esta disposicion, se pueden meter las dos partes una dentro de otra tirando del asa que se lleva en la mano.

Los oyampys hacen sus pagaras con corteza de aruma *(stromanthe sanguínea)*, usada por



Pié normal
de los indios oyampys



Pié deforme
de los indios oyampys



Grabado sobre la roca Timeri

todos los indígenas de la Guayana como el mimbre en Europa para hacer objetos de cestería. Las varillas puestas en ángulo recto van fijas á cada interseccion con hebras de algodon cruzadas á modo de X que forman una especie de bordado compuesto de pequeños rombos.

Apatú compra un perro, teniendo la pretension de llevarlo hasta el alto Yari, á donde su hermano y su hermana la linda Ayuba deben ir á encontrarnos.

Me detengo un dia aguardando que mis nuevos mozos terminen sus preparativos de viaje, y aprovecho esta demora para aprender el oyampys. El tamuchy se presta de buen grado á servirme de profesor con la condicion de que le enseñe mi idioma. Me admira la facilidad con que pronuncia el francés, pues basta que le diga una sola vez una palabra para que la repita correctamente: pronuncia las *r* tan claramente como el francés de la metrópoli. Algunos nombres oyampys son idénticos en diferentes idiomas de la América del Sur; por ejemplo, *baco*, plátanos; *cui*, calabaza; *cuyu*, vestido; *yaman*, cabeza; *banaré*, amigo, son palabras empleadas por los galibis lo mismo que por los indios de las fuentes del Oyapock. Por otra parte, los vocablos *tupan*, trueno; *oca*, choza; *anasí*, maíz; *yauar*, tigre; *uh*, agua; *cu*, perezoso (Bradypus); *petum*, tabaco, tienen sus análogos en la lengua que hablaban los tupinambos de la bahía de Janeiro visitados por Juan de Lery en 1557. La mayor parte de estas palabras pertenecen á la *lingua geral* ó lenga tupis, que es la que hablan en la actualidad los indios ribereños del Amazonas.

Los oyampys llaman *ini* á sus hamacas. Supongo que esta palabra ha servido para dar

nombre al rio Inini del que ya he hablado. Hay palabras francesas que tienen su orígen en el oyampys. Citaré entre otras *piragua*, que significa canoa pequeña, y *ai*, que en las dos lenguas sirve para designar el animal llamado carnero perezoso por los criollos de Cayena á causa de su pelaje espeso y de su lentitud.

X

Despedida de Juan Pedro. — Barniz negro en las rocas. — El cigarrillo de los oyampys. — Caza del aguti. — Costumbres de los indios. — Modo especial de comer y de sentarse. — Llegada á casa de Acara. — Un mortal dichoso. — Situacion lamentable. — Modo de ahuyentar las serpientes. — Los oyampys saben dibujar. — Vestido llamado *cuyu*. — Las Pléyades sirven para indicar las estaciones. — Un mono que parte nucces. — Indicaciones geográficas. — Pronto no habrá indios. — Falta de embarcacion. — Construimos una piragua de corteza.

22 de setiembre. — A las siete bebemos el cachirí fabricado con motivo de nuestra llegada. Me cuesta mucho trabajo obligar á mi gente á emprender la marcha al llegar el momento de la partida. Apatú está malhumorado porque ha desaparecido su perro, y á duras penas consigue que le devuelvan el cuchillo que habia dado en pago del animal.

Al despedirme de Juan Pedro, le entrego en presencia de todos los oyampys reunidos mi cinturon de uniforme, que se ciñe en seguida alrededor de su abultado vientre, y una vieja dragona de oro que se cuelga al cuello. Con este motivo me dice que su padre ha servido siempre bien á los franceses desde que estos regalaron á su abuelo una cachiporra de tambor mayor y una medalla de un jefe blanco que vino á visitar á los oyampys. Posteriormente he sabido que el autor de estos regalos fué el ingeniero Bodin, que en 1823 remontó el Oyapock hasta los Tres Saltos. Este viajero, que llevaba una numerosa comitiva, tuvo que retroceder á causa de la fiebre que le afligió á él y á los suyos. Algun tiempo despues de su regreso á Cayena falleció, lo propio que muchos de sus compañeros.

Me pongo en marcha á las ocho con mis tres negros, diez indios y dos mujeres. El jóven Yami queda dispensado de llevar fardos para que pueda cazar por el camino.

Muchas rocas de los riachuelos que cruzamos están cubiertas de un unto negro reluciente, que he visto asimismo en el Maroni y en el Yari, no tan sólo en las rocas, sino tambien en los troncos de los árboles emergidos durante la estacion de las lluvias. Estos depósitos, que se han observado en casi todos los afluentes del Amazonas, consisten en carbonato de cal que engloba materias orgánicas.

Camino de mala gana porque he dormido mal y porque en veinticuatro horas no he comido más que cazabe. Al querer saltar un gran tronco de árbol, tomo poco impulso y caigo de espaldas; hago un esfuerzo para levantarme; pero siento mi pierna enlazada por un cuerpo frio y redondo que me da escalofrio; creo que me sujeta una serpiente; pero es un bejuco que al caer se me ha enroscado al pié.

Al llegar al campamento, Apatú me invita á tomar un baño, á lo cual me niego, porque tengo tanta hambre que evito hacer toda clase de ejercicio que sólo serviria para aumentar mi apetito. Me tiendo pues en mi hamaca aguardando que los pescadores y los cazadores traigan algo que comer; pero llega la noche y no tenemos caza ni pesca; hemos de contentarnos para cenar con una especie de masa hecha con cazabe cocido con agua. Por fortuna

me he proporcionado en la última aldea un poco de tabaco, con el cual hago grandes cigarrillos con una corteza llamada *tauari* por los oyampys, y me ejercito en enrollarlos á la usanza india, haciendo movimientos de vaiven con la palma de las manos.

No hay nada como la miseria para despertar los recuerdos del país natal. Hoy, domingo, es la fiesta de mi pueblo. A esta misma hora estarán allí comiendo pasteles, empanadas, tortas, bebiendo vinos exquisitos, tomando café delicioso, licores, champagne, miéntras yo, que no he cometido ningun crímen, he de acostarme sin cenar. Apatú, á quien confío mis pesares, me ve tan triste que se echa á reir de todas veras.

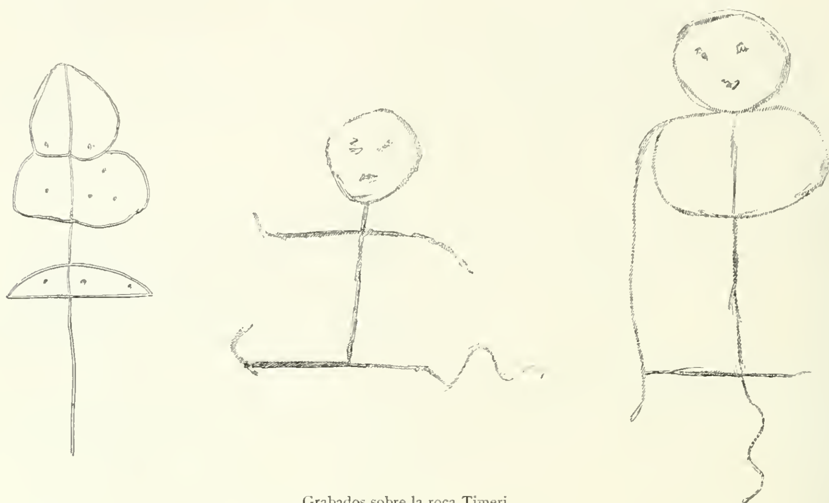
23 de setiembre.—Como el almuerzo no nos entretiene, nos ponemos en marcha á las seis y media, dirigiéndonos al sudeste despues de cruzar muchos riachuelos que llevan sus aguas al Ruapir. A las nueve, Yami, que iba delante de mí, se detiene bruscamente: acaba de oir un aguti. Hace un cucurucho con una hoja y se pone á silbar con esta especie de reclamo imitando el grito del aguti; á los pocos instantes veo que acude el ave, la disparo y yerro el tiro: Yami me conduce en su busca, y no pasa mucho tiempo sin que oigamos ruido en un tronco de árbol hueco. Yami corta un palo y lo mete en el árbol; el animal lanza un gruñido terrible; pero se resiste á salir de su refugio. Llega Apatú, hiende el árbol á hachazos, y el pobre aguti muere á palos.

Hacemos alto para hervirlo. Mis indios, aunque muertos de hambre, permanecen mano sobre mano y miran cómo trabajan las mujeres. Ellas son las que encienden fuego y van á buscar el agua que hierven para escaldar al animal, y en seguida lo raen como si fuese un cochinillo. Lo abren luégo á cuchilladas y le sacan las vísceras: un indio coge el hígado, y ensartándolo en la punta de un largo palo, hincado en el suelo, lo asa á la llama. A los pocos minutos lo mete en agua hirviendo, y en seguida me da un pedacito repartiendo el resto entre sus compañeros; pequeña es la parte que á cada cual toca, pero el indio la saborea con cazabe empapado en el caldo. Observo que los oyampys, como todos los indios, no parten la carne con los dientes como nosotros, sino que la desgarran con los dedos y se la llevan á la boca á pedacitos. La mano izquierda les sirve de plato, sosteniendo el pedazo de cazabe que hace las veces de pan entre el meñique y el anular de la mano derecha, y el pedacito de carne entre el pulgar y el índice. Economizan trabajo no haciendo uso más que de una mano para llevarse la carne y el pan á la boca.

La cocinera, que es la de más edad de las mujeres, sigue cociendo el ave, dándole vuelta de vez en cuando con una paleta de madera: aviva el fuego con un aventador de hojas de palma trenzadas, sin pararse en que me llena de ceniza el rostro, y cuando el caldo va á escaparse, detiene el hervor echando con la boca una lluvia de agua en la marmita.

Por fin retira del fuego el ave que se ha de repartir entre diez y seis comensales. Estos forman círculo alrededor de la marmita, los hombres puestos en cuclillas, pero de modo que sus piés sólo tocan el suelo con la planta y las mujeres sentadas sobre las piernas que doblan debajo del cuerpo. Para terminar la comida los indios parten los huesos con una piedra para saborear la médula. Cada cual enciende en seguida un cigarrillo y nos ponemos en marcha á las once y media.

Ando ya con más ánimo, pero de mal humor. Reconvengo á Apatú porque habiendo encontrado magníficos aras encarnados y azules, no ha podido dispararles por haber entregado su escopeta á un indio que se ha quedado rezagado. El que nos ha designado los aras, corre en busca del rezagado y trae la escopeta; pero está descargada, tambien por culpa de Apatú. Me siento próximo á tener un ataque de fiebre.



Grabados sobre la roca Timeri

A la una y media llegamos á un afluente bastante ancho llamado Pirauiri. Los oyampys se detienen para tomar un baño y hacer su tocado. Miéntras mis elegantes compañeros arreglan sus collares y se peinan, oigo el canto de un ave, y tan luégo como la diviso, la disparo y la mato. En el momento en que recogia la pieza, se presenta un indio furioso y me dirige un cúmulo de improperios sin duda, áun cuando no entiendo más que la palabra *nicatú*, que quiere decir: «no está bien.» Sin saberlo, acabo de matar un hermoso hoco perfectamente domesticado que pertenecia al tamuchy de la aldea á la cual llegamos á las dos.

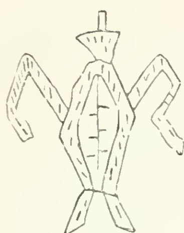
Es inútil decir que se nos recibe muy mal; pero me apresuro á remediar mi torpeza pagando con liberalidad al dueño del ave.

Acara, que así se llama el tamuchy de esta aldea la cual se compone únicamente de cuatro casas, una de ellas abandonada, es un jóven alto, de buenas formas, un buen mozo que vive tranquilamente en su rinconcito de tierra con su madre y dos bonitas mujeres que parecen amarle tiernamente. Su madre es alta y esbelta, pero la aqueja una luxacion interna de los dedos de los piés, enfermedad bastante comun en los indios, y que se designa con el nombre de *ocopí*.

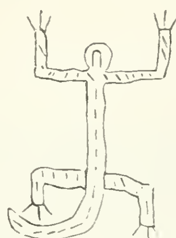
Observo que los indios oyampys, lo mismo que los rucuyos, tienen en estado normal una desviacion considerable de los dedos de los piés. El pulgar, sumamente separado, mira siempre hácia adentro, al paso que el tercero, el cuarto y el quinto dedos están vueltos hácia fuera. Muchos oyampys son además zambos.

Como mis indios no quieren tocar el hoco, porque les parece una cosa punible comer la carne de un animal doméstico, me regalo con él así como mis negros que parecen muy satisfechos de semejante preocupacion.

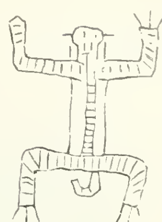
DIBUJOS DE LOS OYAMPYS



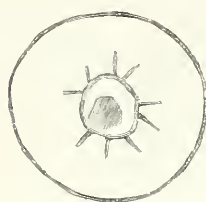
Pájaro



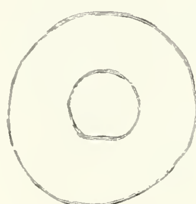
Escorpion



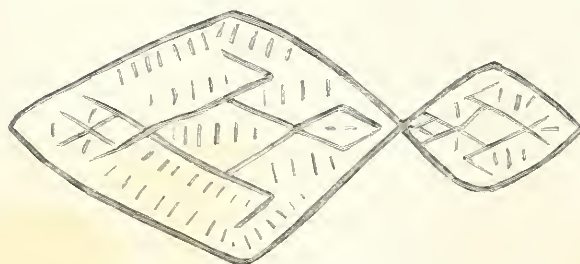
Tortuga



El sol



La luna



Martin pescador

Al dia siguiente Apatú está de mal humor porque tiene un pié lastimado; pero su daño consiste en haberse clavado en el talon una espina que una mujer le arranca con un hueso aguzado como una aguja. Me suplica que pasemos un dia aquí porque no puede andar, á lo cual accedo pues tambien yo necesito reposo.

Me siento como aturdido, y no tardo en experimentar cierta sensacion de frio, aunque el sol está ya bastante alto. Sin decir una palabra, porque no quiero alarmar á mis compañeros, voy á tenderme en una hamaca que está en el primer piso de la casa abandonada. A los pocos minutos me sobrecoge un temblor, doy diente con diente y me abrasa la sed: en el momento en que más temblaba se rompe una de las cuerdas de la hamaca, y caigo sentado sobre el pavimento carcomido que amenaza hundirse. Es tal la sacudida que, no teniendo fuerzas para levantarme, permanezco en el suelo hasta que por casualidad entra Apatú que venia á

buscar alguna cosa en la cabaña, y que amarra de nuevo la hamaca, me vuelve á tender en ella y hace fumigaciones sobre brasas de carbon. Creí que queria desinfectar el aire, pero me dice que ha visto una serpiente que se escondia entre las hojas de la techumbre, y que está seguro de ahuyentarla quemando semillas de algodon.

Por último, á las cuatro se me pasa el acceso, voy á tomar un baño y digo á mis huéspedes, que estaban alarmados por mi enfermedad, que mi malestar es pasajero.

25 de setiembre.—Creía exagerar al tranquilizarlos así, pero despues de pasar una buena noche, me encuentro bastante fuerte para ponerme en camino.

Continuamos atravesando una porcion de corrientes, entre las cuales citaré tan sólo el rio Yenuparau que costeamos algun tiempo. En los primeros momentos de marcha, siento cierta sequedad y una sed que no puedo mitigar, por más que bebo en todas las corrientes. Por último, á las diez y despues de atravesar una montaña á buen paso, el sudor me cae por la frente y experimento algun bienestar.

Prosiguiendo nuestra marcha, atravesamos los rios Timborau y Uruapi, que, como el Yenuparau, no tienen otro interés sino sus nombres que significan algo en la lengua de los oyampys. *Yenupa* es el nombre de un fruto, la *genipa americana*, que, cuando se le corta, se ennegrece al contacto del aire y da el color negro-azulado con que los indios se embadurnan el cuerpo. La palabra *Timbo* es el nombre del Robinia Nicu que sirve para embriagar á los peces, y *uru* significa cazabe.

Despues de cuatro horas de marcha nos detenemos en una choza habitada por un tal Kiuoro, que es tambien el nombre de un ara rojo con manchas amarillas en las alas *(Ara Canga)*.—Paso la tarde observando á mis huéspedes y estudiando su lengua. Observo un viejo que por excepcion lleva toda la barba, es decir, unos cuantos pelos negros, escasos y bastante recios sobre el labio superior y la barbilla. Este hombre con su barba rala como la de la raza asiática, sus pómulos salientes, su tez amarilla y sus ojos oblicuos, se parece á un chino.

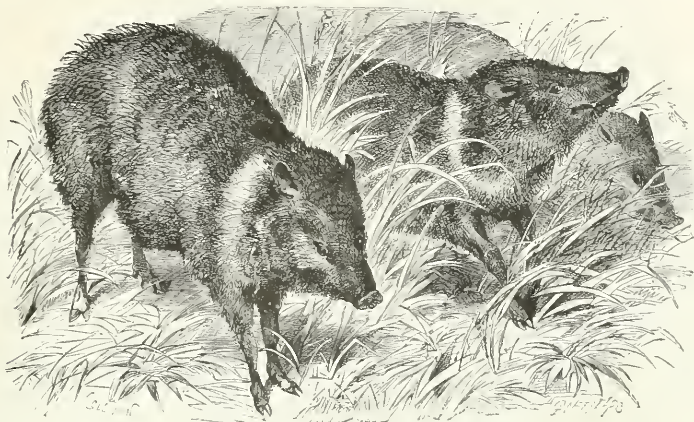
Los indios tienen la costumbre de arrancarse el pelo de la barba, cogiendo al efecto pelo por pelo entre una plaquita de bambú y el pulgar, y arrancándolo ó rompiéndolo dándole una media vuelta. Los oyampys llevan los cabellos muy largos y flotantes, pero cortados sobre la frente á la altura del arco superciliar. Las mujeres van peinadas del mismo modo que los hombres, pero nunca se ponen coronas para sujetarse los cabellos.

Me entretengo en copiar las figuras y los arabescos de que están cubiertas las gentes de la aldea, los cuales presentan mucha analogía con los grabados que he visto en algunas rocas. Ocúrreme en seguida la idea de cortar un pedazo de carbon y dárselo al capitan Juan Luis, rogándole que dibuje algo en mi cuaderno al cual llama *careta*, así como da el nombre de *cusiuar* á los dibujos que ejecuta. Juan Luis apénas sabe dibujar; en cambio el jóven Yami traza rápidamente, no con carbon, sino con lápiz, figuras de hombre, de perro, de tigre, y de todos los animales y diablos del país. Otro indio reproduce toda clase de arabescos que tiene la costumbre de pintar con janipa.

Al ver que regalo algunas agujas á mis dibujantes, todos me piden un lápiz para embor-

ronar papel. Observo que estos salvajes á quienes se acusa de una ignorancia absoluta en cuestion de bellas artes, dibujan con facilidad extraordinaria; hasta las mujeres, de las cuales suelen decir los viajeros que son acémilas, me piden tambien lapiceros para ganar algunas agujas reproduciendo los dibujos que tienen la costumbre de pintar en sus objetos de alfarería.

Miéntras nos dedicamos á estos estudios, acude un perro meneando la cola, y se pone á acariciar á su amo como si quisiera inducirle á seguirle. Apatú, que ha oido decir que este



El Pécari de collar ó paquira

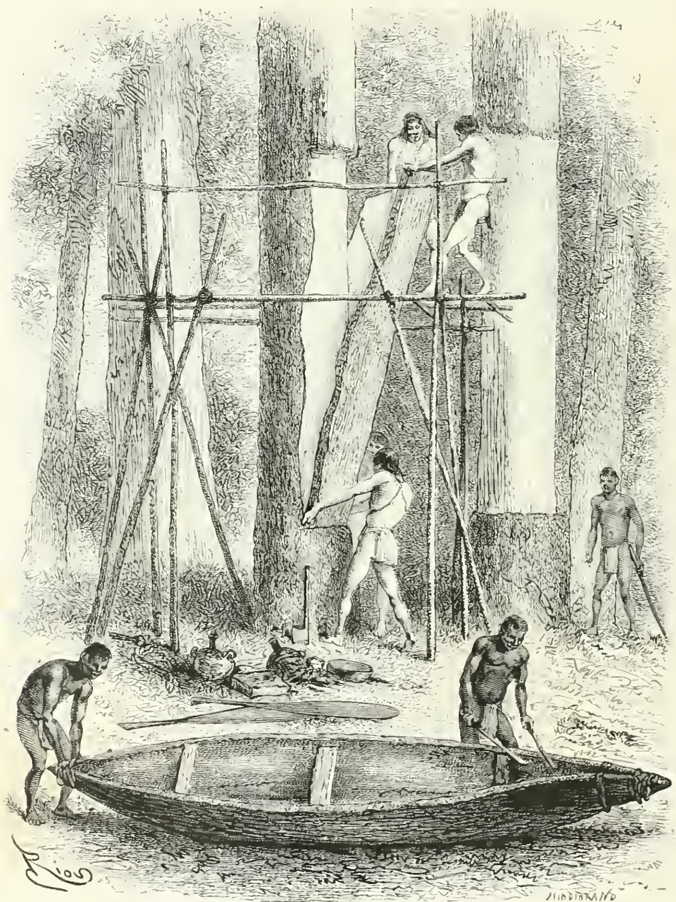
perro es muy diestro en la caza de paquiras, me incita á que vaya al bosque con el indio. A los diez minutos de marcha, el perro penetra en una madriguera de armadillo: oimos ladridos y gruñidos, y es que el perro se ha agarrado con el paquira; por fin sale este de aquel callejon sin salida, y Apatú le deja en el sitio de un machetazo descargado en la cabeza. El perro parece orgulloso de su proeza, á pesar de haber salido herido en el cuello de algunas dentelladas.

El paquira *(Dicotyles torquatus)*, llamado tambien pécari de collar, á causa de una raya blanca que tiene al nivel de los hombros, es una de las cazas más sabrosas de la América del Sur. Como no despide un olor muy fuerte, da la mejor que se puede hacer yendo de viaje. Dispongo que se distribuya todo el cuerpo para la cena de hoy y guardo la cabeza para mañana por la mañana. Stuart, que ha llegado á ser mi cocinero, enciende fuego á las dos de la madrugada, y pone á hervir la cabeza hasta el amanecer en una gran marmita de hierro que constituye toda nuestra batería de cocina.

26 de setiembre. — Nos desayunamos al salir el sol, con arreglo á la costumbre que hemos adoptado siguiendo la de los indígenas. Cuando los oyampys van de viaje hacen dos buenas comidas, una ántes de emprender la marcha y otra al anochecer. Por el camino toman al medio dia un poco de cazabe mojado en el agua fresca de algun riachuelo, y un pedazo de carne acecinada, si por casualidad ha sobrado del desayuno.

Partimos á las seis y media de la mañana, y llegamos á una vivienda aislada; en ella en-

contramos un hombre solo con dos mujeres, el cual nos dice que no distamos mucho de una aldea importante. Nos detenemos un rato para comer un melon muy fresco y recoger algunas habichuelas de simientes muy anchas cultivadas en torno de las viviendas. Sentimos no poder reunir más que unos cuantos puñados, porque desde nuestra partida no hemos comido legumbres ni verdura, habiéndose reducido nuestro alimento á cazabe, plátanos, y carne ó pescado



Modo de construir una canoa

hervido con el achi tradicional. Me proporciono tambien una hamaca que una mujer acaba de fabricar y que me ofrece á cambio de un cuchillo. Este lecho portátil de los oyampys es de un tejido de algodon como el de los rucuyos, pero de mallas más espesas.

Tengo el gusto de comprar un *cuyu*, que es una bonita curiosidad etnográfica. Esta prenda se pone entre las piernas por su parte media, y pasando sus extremos por un cinturon de algodon, se los deja caer por delante y por detrás. Suele tener un metro cuarenta centímetros de largo por treinta y cinco centímetros de ancho en el medio y cuarenta y cinco en los ex-

tremos: es de algodon blanco y tiene un dibujo de rayas negras que forman arabescos, y franjas que cuelgan de las cuatro puntas. Obtiénese esta coloracion con una infusion hecha con las hojas de un bejuco en la cual se empapan las hebras de algodon ántes de tejerlas. La perfeccion de este tejido, ejecutado por gente absolutamente salvaje, no desmerece de los trabajos fabricados en nuestros talleres.

A las nueve, y despues de haber recorrido una distancia total de diez mil pasos, llegamos á la vivienda del tamuchy Tapiira, en la cual hay unos veinte habitantes. El capitan Juan Luis nos habia dicho que encontraríamos aquí hombres que nos encaminarian al nacimiento del Ruapir y nos conducirian hasta el país de los rucuyos, pero los indios que vemos nos di-



Navegacion por el Ruapir

cen que no hay canoas en el desembarcadero, y que por consiguiente es inútil ir hasta allí puesto que nos seria imposible bajar por este rio. Aquellas buenas gentes creian que bastarian estos argumentos para hacernos volver al Oyapock, pero les dije que si no querian guiarnos al Ruapir, iríamos á pesar de todo y saldríamos de su aldea sin darles cuchillos. Por último, despues de deliberar largo tiempo, cinco de ellos se deciden á acompañarme á un sitio donde encontraremos árboles cuya corteza es fácil de desprender, y uno de ellos confiesa que sabe hacer piraguas de corteza.

Paso la tarde recorriendo las cabañas para acopiar víveres, costándome mucho trabajo reunir un poco de cazabe, plátanos, maíz y alguna cantidad de carne ahumada de mono. Por desgracia no me secundan mis negros que pasan el tiempo disputando por la comida. Stuart se enfurruña como un chiquillo porque sólo tenemos para comer carne de una especie de gamo llamado cariacú, que, segun dicen en Surinam, produce el *cocobé*, es decir, la lepra. Duermo

poco durante la noche á causa de la fiebre y del mal humor que me produce el ver mi mision á riesgo de frustrarse por la malevolencia de los oyampys que quieren impedir que llevemos nuestros objetos de cambio al país de los rucuyos.

Voy á sentarme junto á un indio que enciende fuego dando rápidas vueltas á una caña en una cavidad abierta en un tallo de achiote. En cinco minutos inflama un poco de estopa ó de yesca puesto en una muesca situada en el borde de la excavacion que un indio ha hecho debajo de su hamaca. Enciendo un cigarrillo y paso una hora hablando y mirando las estrellas. Mi compañero me señala las Pléyades preguntándome cómo se llaman y me dice que en su lengua llevan el nombre de *Ein*. Todos los indígenas de la Guayana francesa conocen esta constelacion y saludan con júbilo su vuelta al horizonte porque coincide con el principio de la estacion seca. Su desaparicion, que ocurre hácia el mes de mayo, va acompañada de una recrudescencia de lluvias que dan tal impetuosidad á las corrientes que es de todo punto imposible la navegacion. Los bonis llaman á las Pléyades *Sebita* y pretenden que las serpientes dejan de ser venenosas en el momento en que desaparecen estas estrellas.

Habiéndome acostado á las cuatro de la madrugada, me cuesta trabajo levantarme, y para adquirir agilidad y soltura tengo que tomar un baño frio en el riachuelo inmediato.

A las nueve oigo un ruido sordo parecido al choque de un hacha contra un árbol. Nos encaminamos hácia el sitio de donde procede, y vemos un gran mono negro, un cuata, sentado en una rama y con un fruto duro en las manos, que procura romper golpeándolo contra el árbol. Como el cuadrumano estaba muy embebido en esta operacion, le podemos observar á nuestro gusto. Apatú me hace reparar en que sólo da dos golpes seguidos, al paso que los hombres los descargan sin intermision. Como la imperfeccion de las manos del mono no le permite sujetar sólidamente el fruto, tiene que interrumpir los golpes para agarrar bien el objeto próximo á escapársele. Este fruto es conocido de nuestros criollos con el nombre de *canarí macaque*, es decir, marmita del mono, y lo produce un árbol que los naturalistas designan con el de *lecythis grandiflora*. Arrancamos la tapadera de la marmita aquella y encontramos dentro unas almendras sabrosas, aunque no pueden competir con los frutos del *bertholletia*.

Llegamos al Ruapir á las once: desde el Oyapock hasta este rio hemos andado en total ciento cincuenta y seis mil pasos indicados por las oscilaciones del podómetro. Calculando la longitud media de un paso en setenta centímetros, esto equivale á una distancia de ciento diez kilómetros recorrida en una marcha efectiva de treinta y cinco horas (unos tres kilómetros por hora). En esta distancia hemos perdido tres horas porque nuestros guías nos han obligado á dar rodeos para ir á las aldeas. A vista de pájaro hay unos setenta kilómetros desde la playa de los Banares hasta el punto en que nos embarcamos en el Ruapir. La direccion general es sudoeste.

Al llegar al ribazo, veo dos indios á quienes habia hecho tomar la delantera ocupados en comer: parecen muy disgustados al decirme que no han encontrado corteza para hacer una canoa. Conociendo su mala voluntad, voy con Apatú á hacer pesquisas por los terrenos pantanosos que hay á lo largo del Ruapir, y á los cinco minutos encontramos un árbol corpulento

y muy recto, cuya corteza parece fácil de desprender. Los indios, obligados á prestar su ayuda, levantan alrededor del árbol un andamiaje de cinco á seis metros de altura, y se ponen inmediatamente á cortar un gran trozo de corteza de forma oval que se desprende en una sola pieza y sin la menor rotura. El tegumento de este árbol, puesto en el suelo y doblado en forma de canoa, se cose con trozos de bejucos tan fácilmente como si fuese una piel de buey; termínase el trabajo colocando travesaños que servirán de bancos. Por último, en ménos de cuatro horas tenemos una embarcacion que si en rigor no vale lo que una piragua hecha con un tronco de árbol, es por lo ménos suficiente para llegar á un puerto poco distante donde encontraremos canoas.

XI

Una raza que se extingue.—Picado por un escorpion.—Suicidio de este insecto.—Fuga de los mozos.—Una canoa en el fondo del agua: otra averiada.—Quemados por el jugo de un árbol.—Pesca del aymara.—Indio herido.—Compostura de las canoas.—Terrenos anegados durante la estacion de las lluvias.—Decepcion.—Nueva esperanza.—Moscas de miel.—Un oasis.—Comida de las serpientes.—Avispas comestibles.—Nuevas dificultades.—Desaliento.—Murmuraciones.—El último cigarrillo.

La poblacion del Oyapock disminuye de un modo espantoso si comparamos los hechos que hemos observado con los relatos de los antiguos viajeros. Bodin, que no ha remontado el Oyapock más que hasta los Tres Saltos, estima la poblacion que ha visto en cinco mil almas, miéntras que remontándolo yo hasta su nacimiento y recorriendo el país que separa la cuenca de dicho rio de la del Ku, apénas he encontrado más de doscientos indios. Si esta disminucion continúa, en breve no quedarán indios oyampys. Los acoquas visitados por los PP. Grillet y Bechamel han desaparecido ya completamente: otras tribus están á punto de extinguirse; la de los emerillones, por ejemplo, no consta hoy más que de unas cincuenta personas, y los aramichales, que eran bastante numerosos en el rio Arana para sostener la guerra con los rucuyos, ya no están representados sino por un individuo que se ha alejado de su rio para pedir hospitalidad á los galibis del bajo Maroni.

Un periódico de las Misiones católicas francesas estima que la poblacion comprendida entre el Oyapock y el Amazonas, es decir, en el territorio que se disputan Francia y el Brasil, no baja de doscientos mil habitantes. Si se ha de juzgar por analogía y por lo que ha visto Apatú, que á su regreso de Pará ha hecho escala en muchos puntos de esta comarca, no creo que la poblacion exceda de dos ó tres mil habitantes.

28 de setiembre.—Pasamos la noche en una vieja ajupa en la cual he hecho poner todos mis fardos al abrigo de la intemperie. Al meterme por la mañana una manga de mi paletó de lana, siento de pronto un agudísimo dolor en la yema del dedo índice. ¿Qué animal me ha picado? ¿Una serpiente ó una araña? Sea cual fuere, lo cierto es que me ha hecho lanzar un grito al cual acude corriendo Apatú. Habiéndome lavado la picadura con ácido fénico, hago que registren la manga de mi paletó, en la cual encuentran un gran escorpion negro. Mis hombres quieren matarlo, mas yo me opongo á ello, deseoso de hacer un experimento fisiológico. Los viajeros han dicho y repetido que un escorpion rodeado de fuego se suicidaba picándose á sí mismo con sus dardos venenosos. Apatú hace un círculo con brasas, coge el

escorpion por cerca de la cola para impedir que le pique, y le pone en el centro de la hoguera. A los dos segundos el animal hace un movimiento convulsivo y cae como herido por un rayo. Al hacer esta contraccion violenta que precede á la muerte levanta efectivamente la cola, pero este movimiento no es lo suficientemente extenso para producir una picadura en la cabeza.

Pasamos el dia construyendo otra piragua y cargando en ella los fardos.

29 de setiembre.—Todo el dia de ayer he tenido calentura; pero despues de tomar un baño en las aguas negras del Ruapir, me he encontrado mucho mejor y he dormido como un bienaventurado. ¿No es una suerte para un viajero el estar enfermo solamente en sus ratos de ocio? Me he hallado indispuesto todo el tiempo que se ha invertido en construir las canoas, y hoy, en el momento de aventurarme por regiones desconocidas, gozo de perfecta salud.

Al despertarme á las seis de la mañana, veo que mis mozos se marchan á paso acelerado. Salto á tierra y me acerco á un indio que estaba doblando su hamaca para huir con los demás. Al verse en la imposibilidad de escapar por temor á la escopeta que llevo al hombro, se presta de buen grado á cumplir sus compromisos.

Repartimos los fardos entre las dos canoas y nos ponemos en marcha.

A cuatrocientos metros de distancia, el Ruapir, que parecia navegable, está obstruido por grandes árboles que interceptan el paso. El primero es tan corpulento que seria imposible cortarlo. Hopu y Stuart, que van en la primera piragua, saltan al agua é izan su embarcacion empujándola por detrás: al llegar á la mitad del obstáculo se desliza, y cayendo al agua casi verticalmente, desaparece en ella con todos sus fardos. Por fortuna la corriente es nula y la profundidad no pasa de metro y medio, así es que en breve recogemos todos los objetos que se habian sumergido.

Mi embarcacion, manejada hábilmente por Apatú que la recibe en sus hombros en el momento de caer por el otro lado del árbol, sufre á pesar de esto muy sérias averías; al rozar la corteza con el tronco del árbol, se ha abierto dando paso al agua. Nos vemos obligados á detenernos una hora para añadir una pieza de còrteza á nuestra canoa que Apatú remienda como si fuera un vestido roto.

Hemos de cortar á hachazos los otros árboles, operacion que exige largas horas de trabajo é inauditos esfuerzos por parte de mi tripulacion. Más adelante encontramos una espesura de arbolillos cuyas ramas, sumamente inclinadas sobre el rio, se juntan de una á otra orilla impidiendo la circulacion; caen á los machetazos de mis vigorosos compañeros, pero sueltan un jugo blanco que nos quema los brazos y la cara al más leve contacto. Apatú confiesa que la navegacion por este rio es más difícil que por la selva vírgen cuando las tierras están inundadas.

A las cinco de la tarde hay que pensar en elegir un sitio para acampar; pero las orillas son tan bajas, tan pantanosas, que hemos de seguir navegando hasta la noche para dar con un sitio á propósito. Mis hombres, en el calor de su lucha con los obstáculos naturales, no se han cuidado de su alimento, y no teniendo pescado ni caza nos vemos obligados á acostarnos despues de cenar un poco de cazabe remojado en agua.

Estaba yo durmiendo profundamente cuando me despertó un grito de alegría del negro Hopú. A la luz de un tizon veo á mi oyampys descargando machetazos sobre un animal que se revuelca en el suelo; está rematando un aymara, sabroso pez que pesa cinco kilógramos y que ha sacado del agua con un gran anzuelo que le dí la víspera. En breve se levantan todos mis hombres: uno va á traer agua en la marmita, otro escama el pez con su machete, le parte en grandes trozos, y esperamos con impaciencia el momento de hervirle.

El aymara, que tiene mucha analogía con nuestras carpas de Europa, suele vivir en las aguas tranquilas. Nada durante la noche, y de dia permanece tendido en el fondo del agua, á veces en un tronco de árbol y con frecuencia sobre las hojas ó el cieno que forman una



Exuberancia de la vegetacion

barra junto á la desembocadura de algun pequeño afluente. Los indios acostumbran á cogerlo con una flecha, pero se le puede pescar con un anzuelo grande cebado con carne ó con una rana. A falta de este último cebo, que es el mejor, mi indio se ha valido simplemente de un pedazo de corteza de tauari aplastada á palos. El estúpido animal se ha dejado coger al ver flotar por el agua esos filamentos rojizos que semejan un tanto fibras musculares. Olvidábaseme decir que el indio ha apelado tambien á una estratagema muy comun en Europa: ha tenido la precaucion de encender una pequeña hoguera en la orilla donde habia tendido sus cuerdas.

El aymara se alimenta principalmente de peces, de ranas y de galápagos. Aunque es ménos voraz que el pirai, llega sin embargo á veces á descargar un mordisco en la mano de la mujer que esté lavando algo en el rio.

30 de setiembre. — La marcha todavía es más dificultosa que ayer. Continuamente encontramos esos malhadados árboles de arcadas pintorescas y de raíces adventicias que terminan

en una enmarañada cabellera de ramaje. Apatú dice que es preciso salir cuanto ántes de este mal paso, porque ve que las aguas bajan considerablemente; y en efecto, estas raicillas que deberian estar sumergidas, están á un metro sobre el nivel del agua.

Ocupado en trazar el plano del rio, me expongo á chocar con las ramas ó con esas raíces de las que se desprende un limo seco ó millares de insectos desagradables.

Por la tarde cambia enteramente el paisaje. A los arcos pintorescos sucede una confusa masa de bejucos enredados, entre los cuales desaparece del todo el camino, así es que para abrirnos paso, hay que hacer esfuerzos sobrehumanos. Al primer machetazo, se despierta sobresaltada una serpiente que huye rápida como un relámpago. En una distancia de cincuenta metros tenemos que abrir un verdadero túnel, invirtiendo dos horas y media en franquearlo. Los hombres han de relevarse en este trabajo difícil, y las embarcaciones turnan en abrirse paso. Cuassi, que trabaja con mucho ardor, se hace una profunda herida en una rodilla, y tiene que suspender su tarea: recompenso su celo regalándole el machete con que se ha herido.

A las once horas de lucha sostenida con aquella inextricable vegetacion, llegamos á un claro donde juzgamos á propósito detenernos para pernoctar. Miéntras cocemos un flaco botoro *(botorus tigrinus)* que he cazado, Cuassi, á pesar de su herida, se pone á pescar usando como cebo las vísceras de dicha ave. El botoro, notable por su delgadez, es muy comun en los rios de la Guayana: se alimenta de pececillos que coge en los sitios poco profundos, huyendo al acercarse una canoa; no vuela á gran distancia, y se le ve descansar en una roca ó en un tronco de árbol inclinado sobre el rio. En ménos de una hora ha sacado Cuassi á la orilla tres grandes aymaras que mata á machetazos. Esta pesca me causa gran satisfaccion porque nos proporciona víveres para tres comidas: mañana no tendré el ánimo intranquilo pensando en el alimento de mi tripulacion.

Antes de seguir adelante debo decir que desde que nos embarcamos hemos recorrido una distancia total de nueve kilómetros bajando el Ruapir. Habiendo trabajado dos largos dias para recorrer este trayecto, no hemos avanzado por término medio más que quinientos metros por hora. Lo que nos descorazona es que cuanto más adelante vamos, con mayores dificultades tropezamos, puesto que el primer dia hemos avanzado cinco kilómetros en sólo ocho horas, al paso que el segundo hemos invertido once horas en cuatro kilómetros. El barómetro marca 739 milímetros.

1.º octubre.—En el momento de partir echamos de ver que las canoas hacen agua de tal modo que es imposible seguir adelante sin efectuar en ellas grandes reparaciones. En vano es que Apatú les eche piezas que cose con las raíces adventicias sacadas de una planta llamada *mami* por los rucuyos y *camina* por los negros bonis. Todos los indios conocen esta especie de filodendron que se encuentra en toda la América ecuatorial, y de la cual se sirven á modo de cuerda para tirar de sus canoas al remontar las cascadas. Siendo más flexible que el aruma, los galibis y los rucuyos la usan tambien para sus obras de cestería.

Sentimos no tener estopa para tapar las grietas; pero Cuassi que anda un poco á pesar de su herida, nos trae una gran tira de corteza gruesa que acaba de arrancar de un gran árbol,

el *Bertholetia excelsa*, llamado por los holandeses toca, y el cual produce una semilla que los brasileños envian á Europa con el nombre de *castaña*. Esta almendra, que les gusta mucho á los indios y á los monos, la venden los confiteros europeos con el nombre de nuez del Brasil ó castaña de Marañon.

Cuassi corta un pedazo de dicha corteza, la pone derecha en el suelo, y descargando palos en el extremo libre, desprende de ella fibras textiles que sirven perfectamente para tapar los últimos agujeros de nuestras embarcaciones.

Miéntras mi gente se dedica á hacer estas recomposiciones, yo me alejo de ella, escopeta al hombro, para practicar un reconocimiento. Observo que el terreno de las inmediaciones es muy ondulado, pareciendo haber sido arrasado por las aguas que han removido la tierra donde quiera que no estaba resguardada por un árbol ó retenida por una raíz: y veo una infinidad de canales que se cruzan en todas direcciones y están llenos de limo medio seco. Es la region más malsana que he encontrado hasta ahora, por lo cual me apresuro á alejarme de ella.

A las diez el rio se divide en tres brazos, y nos metemos por el que parece más caudaloso; pero al poco rato encontramos troncos de árboles y una vegetacion tan espesa que nos vemos obligados á desandar lo andado. Apatú hace un reconocimiento, y opina que el brazo derecho es el más favorable para la navegacion. Penetramos en él, pero no tardamos en tropezar con las mismas dificultades: siempre tenemos que abrirnos paso con el hacha ó con el machete.

Al medio dia observo que la orilla derecha cambia de aspecto; es más alta, y no presenta ya indicios de que las tierras hayan estado anegadas durante la estacion de las lluvias. Poco despues encontramos algunas rocas graníticas que aceleran la corriente, y vemos en la orilla derecha la desembocadura de un pequeño afluente llamado Ruasaur. El rio está enteramente despejado, así es que navegamos muy de prisa, empujados por la corriente y por el vigoroso manejo de remos de mi tripulacion, muy satisfecha de haber salido de aquel paso difícil. Mas ¡ay! nuestra alegría dura poco. El rio se vuelve á dividir para formar islas y deja otra vez que lo invada una vegetacion implacable que parece empeñada en no permitirnos salir de esta region pestilencial. Mis hombres, sublevados contra tan ingrata naturaleza, reman con más ahinco como guerreros en el furor del combate. Por fin vemos un claro: Apatú distingue una cabaña abandonada en la orilla derecha: es un nuevo destello de esperanza, puesto que nos indica que llegamos á una region accesible para el hombre.

2 de octubre.—Durante la noche he notado cierto murmullo en las cercanías; supuse que era el de una cascada, pero Apatú me dice que son moscas de miel las que lo producen. Al amanecer, mi compañero coge su hacha y va á cortar el árbol: habiendo caido el nido á tierra, temo que me pique alguno de dichos insectos al recoger la miel, pero: «No tengas miedo, me dice Apatú, las moscas se han marchado.» En efecto, aturdido el enjambre por la caida del árbol, se ha remontado á gran altura donde se le ve revolotear.

El armazon del nido se compone de una sustancia cenicienta, cuyo aspecto y consistencia son idénticos á los del papel secante. Tenemos el sentimiento de no encontrar cera en él, la cual nos habria venido muy bien para calafatear nuestra canoa; en cambio los alvéolos contienen un manjar exquisito, muy apreciado de los indios, los cuales no se contentan con

saborear la miel, sino que tambien se comen las larvas blancas que hay en las celdillas. Hopu quiere imitar á Cuassi, y da un gran bocado en un panal; mas al punto le vemos hacer una mueca espantosa porque se ha pinchado la lengua: no ha advertido que el indio que come las larvas cuida de extraerlas sutilmente con el pulgar y el índice y matarlas ántes de metérselas en la boca.

Al poco rato de partir, veo una isleta llena de gramíneas: este pradito me parece encantador, porque desde el principio del viaje no hemos visto un sólo punto de la orilla que no estuviese invadido por árboles ó cuando ménos por arbustos mezclados con bejucos. Una pradera en medio de las selvas vírgenes de la Guayana es una cosa tan rara como un árbol en las estepas de Rusia ó en las pampas de Patagonia.



Hamaca para llevar los niños á cuestas



Pagara (cesto) de los oyampys

En el momento en que fijaba la vista en aquella risueña verdura, diviso una serpiente muy delgada pero de más de dos metros de longitud, y notable por sus manchas amarillas y negras *(spilotes variabilis)*. Habiéndome dicho Cuassi que no era venenosa, nos acercamos para observarla de cerca, y vemos que está tragándose una rata cuya cola, saliendo de su boca, hace movimientos desesperados. Este reptil, que se alimenta de pájaros, batracios y pequeños mamíferos, no se enrosca á su presa para matarla, como las grandes culebras de la Guayana *(eunectes murinus)*, sino que lanzándose sobre ella con la rapidez del relámpago, la coge con los dientes y se la traga sin matarla. La culebra atrapa su víctima del mismo modo, pero ántes de tragársela, la tritura entre sus anillos constrictores.

A las nueve, el rio recobra el aspecto de los dias anteriores: siempre los mismos árboles inclinados, las mismas bóvedas de follaje, que un poeta calificaria de pintorescas, pero que á mí me parecen horribles. Al primer hachazo descargado por Apatú siento un dolor muy vivo en el párpado: acaba de picarme una maldita avispa cuyo nido veo sobre mi cabeza. Apatú se apresura á cortar el árbol para hacer que el nido caiga al rio. Aquella colmena tiene más de un metro de altura; sus panales, que jamás contienen miel, están llenos de larvas que Cuassi

se come con cazabe. Esta avispa, comun en toda la Guayana, es muy apreciada por los rucuyos, que la llaman *ocomo.*

A las tres nos detiene un gran tronco atravesado que mis hombres cortan al cabo de una hora de trabajo. Miéntras tanto voy á sentarme en la orilla donde, abrasado de calor y muerto de hambre, miro cómo corre el agua sin pensar en nada; ni siquiera en maldecir los insectos de toda clase que me devoran las piernas y la cara: la miseria me ha hecho insensible.

Al anochecer encontramos unas rocas graníticas al nivel de las cuales el rio no está interceptado por la vegetacion. La corriente se ensancha un poco, pero siempre se atraviesan en ella troncos de árboles. Acampamos y mi gente enciende una hoguera; pero no tenemos nada que cocer en ella: sólo contamos para cenar con los productos de la pesca de Cuasi. Espero con ansiedad el momento en que un pez muerda el anzuelo; lo pagaria á peso de oro si pudiera comprarlo, porque además del cansancio físico, no deja de apenarme el ver que mis negros no cesan de murmurar y refunfuñar: estas pobres gentes, exhaustas de fuerzas, están profundamente desalentadas. Durante el dia he podido calmar un poco sus recriminaciones dando un duro á cada uno para que echen un trago cuando lleguemos á Pará. Esta noche no puedo proporcionarles otro consuelo sino repartir con ellos el poco tabaco que me queda. Nunca dejo de ofrecer un cigarro á Apatú cuando fumo, atencion que parece lisonjearle mucho.

¿Cuándo llegaremos al país de los calayuas? Cuatro dias hace que mi guía me está diciendo que mañana *(cobi).* Mis fardos se hallan en muy mal estado, porque las piraguas hacen mucha agua, y paso la mitad del tiempo componiéndolas con estopa y greda: pero todas las grietas se vuelven á abrir al menor choque. Muchos de los cartuchos se han mojado; la caja de mi teodolito se halla en un estado deplorable, no puedo abrirla y temo que se raje por haberse hinchado la madera: aparte de esto, no me seria posible hacer ninguna observacion astronómica, porque jamás tenemos el sol á descubierto.

Despues de una hora de espera, el pescador saca un pez á la orilla; en seguida lo hervimos y nos lo comemos con verdadera voracidad. Como tenemos los estómagos llenos, vuelve á reinar la alegría en el campamento. Nos tendemos en las hamacas y saboreamos el último cigarrillo.

XII

Averías en los fardos.—Llegamos al rio Ku.—Piraguas sumergidas.—Salvadores.—Una carta.—Una rica coleccion.—Llegada al país de los calayuas.—Apatú enfermo.—Provision de sal.—El Yari.—Adelante.

2 de octubre. — Habiendo continuado el viaje á las ocho de la mañana, al poco rato tenemos que detenernos para remediar otras é importantes averías en las canoas. Por una casualidad providencial, al saltar Cuasi á tierra encuentra un nido de moscas de miel que contiene cera. Esta especie de mosca habia hecho su nido en un tronco de árbol atacado probablemente por las hormigas blancas. Con la cera, que nos sirve para calafatear las piraguas, recogemos un poco de miel que á pesar de ser negra tiene un gusto agradable. Observamos con satisfaccion que estos insectos no pueden picarnos porque carecen de aguijon.

Al medio dia el rio se ensancha al llegar á unas rocas graníticas que forman un pequeño raudal: estamos en un claro iluminado por un sol radiante. Desde mi regreso á la Guayana esta es la primera vez que veo el cielo enteramente despejado: se ha fijado el buen tiempo, y ya no caerá una gota de agua hasta dentro de tres ó cuatro meses.

A las dos encontramos un salto de cuarenta centímetros de altura. Hopú y Stuart, que se dirigen á él con toda rapidez, tienen la gran suerte de que no se les haga pedazos la piragua contra las rocas. Apatú, más prudente, salta al agua y tira de la embarcacion; pero si con esto evita el peligro de que esta se rompa, en cambio como el agua corre más de prisa que ella, penetra á oleadas por la popa que sólo está tapada con arcilla.

Media hora despues desembocamos en el rio Ku, el cual es aquí más ancho que cuando desagua en el Yari, porque su profundidad no pasa de metro y medio y la corriente es muy débil. Cuasi nos dice que no estamos muy distantes de sus fuentes; y que remontándolo hasta una hora de distancia podremos ver que se divide en muchos brazos ménos importantes que el Ruapir. A pesar de la escasa profundidad de las aguas tememos sumergirnos, lo cual nos haria perder nuestros fardos sumamente averiados.

Estábamos casi decididos á detenernos para adoptar otro sistema de navegacion, cuando al dar vuelta á un recodo del rio veo unos indios pintados de encarnado que gritan desde léjos: «¡Mayor! ¡Apatú!» Reconozco en el que así grita al tamuchy Yelemen á quien visité en mi último viaje al interior del rio Curuapi, y el cual me proporcionó cazabe y una piragua para franquear todas las cataratas del Yari sin ningun contratiempo. Le pregunto á dónde va.

—Oyapoko, me contesta enseñándome un papel.

¿Una carta aquí? Esto pica sobremanera mi curiosidad. ¿Habrá venido otro viajero á estas regiones? Pero conozco mi letra; es una misiva del año pasado en la cual anunciaba al Ministro de Instruccion pública que iba á lanzar mi canoa á través de las cataratas del Yari: recuerdo que la escribí entre el humo de una hoguera en la cual quemaban á un jefe rucuyo.

—Haz que tus hijos lleven la carta, le dije, y quédate con nosotros acompañado de unos cuantos *peitos* (soldados): te traigo una escopeta del país de los *parachichi* (así llaman á los franceses).

Convenido así, escribo al comisario del Oyapock recomendándole que entregue al hijo de Yelemen cierto número de cuchillos, machetes y hachas, y le ruego que le traten bien porque esta es la primera vez que los rucuyos van al país de los blancos.

Nos separamos por la tarde. Doce rucuyos y el valiente Cuasi se encaminan al Oyapock, miéntras yo bajo el Ku con Yelemen y tres hijos suyos. Los que marchan al Oyapock llevan gran cantidad de arcos y flechas, pagaras, hamacas, vasijas y adornos de plumas que enriquecerán las colecciones del museo etnográfico de Paris. Aprovecho asimismo esta ocasion para enviar noticias mias al mundo civilizado.

El 5 de octubre llegamos al país de los calayuas. Creía encontrar en él una tribu diferente de indios, pero observo que son tambien oyampys que han tenido algunas relaciones con los

brasileños á quienes los indígenas de la Guayana llaman calayuas. Estos salvajes imitan á los habitantes de nuestras campiñas para los cuales es parisiense todo el que ha estado en Paris. Posteriormente he sabido por el viajero inglés B. Brown que los indios wapisiana que encontró en el Cotinga, afluente del rio Branco, designan con el nombre de cariuas á los soldados brasileños del fuerte de San Joaquin.

Por estos indígenas sé que la parte del Yari comprendida entre las cataratas no está despoblada, sino que en ella viven oyampys refugiados en las corrientes de pequeños afluentes ó en el interior de las tierras. Permanezco dia y medio con esta tribu para dar un poco de descanso á mis hombres que tienen los brazos llenos de ampollas producidas por el jugo abrasador de los árboles del Ruapir: verdad es que en los cuarenta y un dias que hace que salimos de San Jorge sólo nos hemos detenido cinco dias, dos de ellos para construir piraguas.

Apatú padece una artritis en el codo á consecuencia de los continuos hachazos que ha tenido que descargar en tan penosa travesía.

Pongo á secar mis fardos y reconozco su contenido, echando de ver con gran disgusto que carezco en absoluto de sal de cocina: se ha desperdiciado una botella y se ha perdido la otra al descender por el Ruapir.

Partimos el 7 escoltados por una piragua de calayuas: por la noche me aqueja otro ataque de fiebre. El 10 de octubre desembocamos en el Yari, rio que no contemplo sin cierta emocion, pues lo he recorrido desde su orígen hasta su desembocadura: experimento la misma satisfaccion del soldado que ve de nuevo su campo de batalla. El 25 de octubre hará un año que pasé por delante de la desembocadura del afluente Ku. Estaba en vísperas de una accion decisiva, puesto que iba á arrostrar las cataratas, tenidas hasta entónces por insuperables, con una escolta de dos hombres.

Mi enfermedad se agrava de dia en dia, y mis hombres están rendidos y desalentados, Casi vacilo en el partido que debo tomar. Batiéndome en retirada por el bajo Yari, puedo llegar al término de mi viaje en diez dias, al paso que para llegar á las fuentes del Parú he de viajar lo ménos tres meses. Decídome al fin por proseguir mi itinerario.

A las cinco llegamos á una gran isla arenosa en la que el año pasado, casi hácia la misma época, encontré una banda de rucuyos de la tribu de Yelemen que venia de hacer cambios en el Oyapock. Los indios nos habian asegurado que habia una epidemia de disentería en el Oyapock, y antropófagos en el Yari ; pero hemos recorrido los dos caminos sin encontrar estos obstáculos, de lo cual deduce Apatú que todos los indios son unos embusteros.

XIII

Cultivo de la yuca.— Vida fácil de los rucuyos. — Tres enfermos en un ejército de cuatro hombres. — Defeccion de la escolta. — El último apurui. — El verdadero nombre de los rucuyos. — Glotonería castigada. — Guerra entre bonis y apuruis. — Sepultura de un piay. — Legislacion del matrimonio. — Títulos de nobleza y patria sacrificados al himeneo. — *Asperges* á la llegada de un viajero.

11 de octubre. — A las diez vemos una gran hoguera encendida por los habitantes del Curuapi que preparan una plantacion de yuca. Con arreglo á su costumbre, han hecho la tala del bosque un mes ántes que termine la estacion de las lluvias y cuando la madera está seca

la prenden fuego. Los rucuyos cortan los árboles pequeños con el machete y los grandes con el hacha, mas para mayor facilidad no los derriban sino á cierta altura.

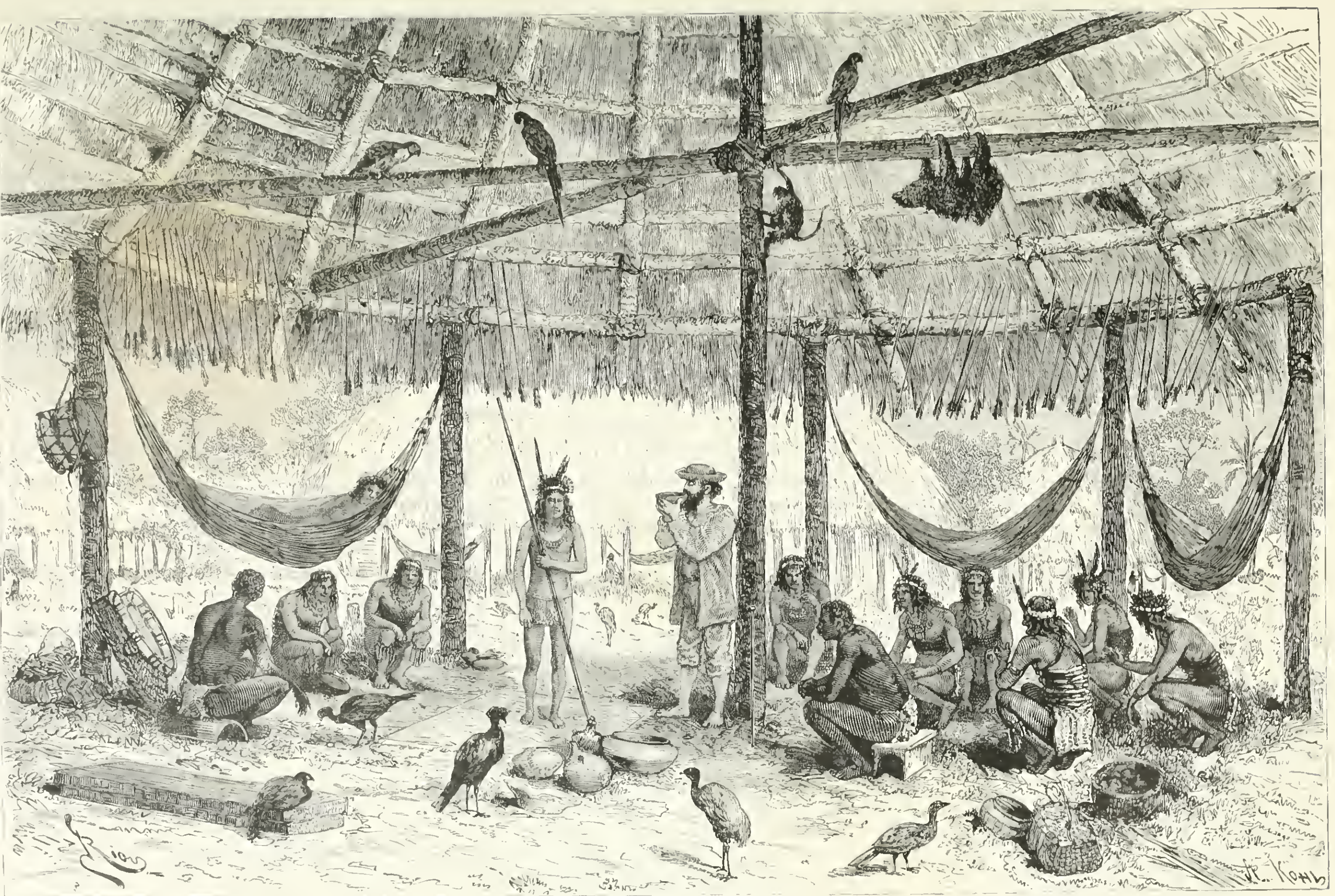
La plantacion de yuca es de las más sencillas. Con un palo hacen en el suelo un hoyo de ocho á nueve centímetros y meten en él un esqueje de treinta centímetros, pero inclinado de modo que forme un ángulo de 45 grados. Los esquejes proceden de los tallos que cortan despues de haber quitado las raíces. La planta es muy vivaz, puesto que un tallo arrancado un año atrás y abandonado de cualquier modo en el suelo, puede servir todavía para la reproduccion.


El cásico moñudo

Todas las talas se hacen en terrenos elevados, porque la humedad excesiva pudre las raíces. Efectúase la plantacion hácia el mes de diciembre, al principio de la estacion de las lluvias; á los seis meses las raíces pueden servir ya para hacer cazabe, mas por lo comun no se comienza la explotacion hasta el año y medio; pasado este tiempo todavía pueden crecer; pero la pulpa se endurece y adquiere un color rojizo, y la harina obtenida es de mediana calidad. A los indios no les gusta plantar yuca dos veces seguidas en un mismo terreno, y prefieren talar el bosque para plantarla en tierra vírgen. Sin embargo, en ciertos casos, como cuando no tienen hachas, vuelven á una plantacion que estaba abandonada hacia algunos años: entónces basta arrancar la maleza y prenderle fuego. Aunque de este modo destruyan todas las plantas que cubrian el suelo, no tardan en salir tallos de yuca, y si bien quedan entre ellos espacios vacíos más ó ménos grandes, es fácil llenarlos plantando unos cuantos esquejes.

La yuca es la única planta que los indígenas de la Guayana cultivan en grande escala, porque con ella satisfacen casi todas sus necesidades, proporcionándoles pan y alcohol. Apatú y yo hemos calculado que basta trabajar un dia á la semana para que una familia compuesta de dos ó tres mujeres y cinco ó seis hijos tenga más que suficiente alimento. Nuestros dichosos rucuyos dedican el tiempo restante á la caza, á la pesca, á la danza y á dormir largas siestas en sus hamacas.

Llegamos al medio dia á la desembocadura del rio Cuyary, habitado por indios bravos que no mantienen ninguna relacion con sus vecinos. Apatú pesca á flechazos dos grandes cumarús y pide que le dejen cocerlos miéntras yo hago observaciones. En el momento en que empieza á elevarse el humo de la hoguera, nos acomete una porcion de avispas que pican



La copa de la amistad (De fotografía)

á algunos de nosotros. Reconozco en ellas las moscas llamadas *sin razon* por los criollos de Cayena: dáseles este nombre á causa de su gran susceptibilidad, pues segun parece, pican áun sin que se las moleste. Pero ahora tienen un motivo para su agresion, pues el humo las incomoda. Apatú me dice que estas moscas viven siempre en compañía de una pequeña hormiga negra que hace un nido grande y largo suspendido de una rama. A menudo se asocian tambien con un ave que los bonis llaman *tion-tion* á causa de su grito, y la cual vive siempre en familia: yo sólo he visto un nido aislado de cásico, y una vez conté hasta diez que colgaban como peras de las ramas de un mismo árbol. Al tion-tion no le gusta solamente la compañía de las hormigas y avispas, sino tambien la de los hombres; habiendo pocas cabañas en la América ecuatorial que no tengan un árbol lleno de nidos de cásicos. Si esta ave no anida cerca de una aldea, se la encontrará cuando ménos en alguna isla donde suelan atracar las canoas.

Estas aves imitan con gran facilidad la voz humana, y los gritos de todos los animales entre los cuales viven, pronunciando las palabras con más claridad que las cotorras. Dicen el nombre Apatú tan distintamente que mi compañero se engaña creyendo que álguien le llama: yo les he oido imitar el ladrido del perro y el canto del gallo. Cuando los bonis quieren motejar á una mujer de charlatana, la llaman *tion-tion*, epíteto poco justo, por cuanto en el país donde se crian estas aves es la mujer la que trabaja y el hombre el que charla: la mujer va á buscar el alimento de la familia miéntras el marido se queda guardando la casa. Por la noche el matrimonio abandona el domicilio conyugal para ir á dormir á las cercanías, generalmente en alguna espesura de bambúes, dejando á los hijos al cuidado de las hormigas y de esas condenadas avispas que no puedo ménos de maldecir porque mi mano picada por ellas se hincha y me duele.

En el Yapura, lo propio que en Guayana, hay otra especie de cásico mayor, que hace nidos más grandes y en árboles más altos, y al que los rucuyos llaman *cutinao*. Los indios aprecian mucho las plumas de color amarillo de oro de su cola, haciéndose con ellas soberbias diademas para engalanarse los dias de danza.

Apatú aconseja á las personas que tengan que habérselas con las moscas *sin razon*, que se echen al suelo haciéndose el muerto, y si van en canoa, que se vuelvan de espaldas y metan la cabeza entre las piernas sin moverse. El que despues de una picadura se zambulle en el agua, siente un dolor agudísimo, y apénas asoma á la superficie recibe nuevas picaduras.

12 de octubre.—He pasado una noche terrible: me despierto con un dolor insoportable en la espalda. ¡Cuánto me agradaria detenerme! Pero es fuerza avanzar, avanzar siempre.

A las nueve tiemblo de frio y doy diente con diente; tengo un fuerte acceso de calentura, y sin embargo debo permanecer sentado en el angosto banco de la canoa para no alarmar á los indios que me acompañan. Una hora despues, el segundo patron de la canoa nos grita que nos detengamos: Hopú se ha puesto tan enfermo que tiene que desembarcar para acostarse: Apatú tambien está calenturiento. Resultado: que de cuatro hombres que constituyen mi tripulacion, tres han de acostarse al mismo tiempo. Apénas quedan instaladas nuestras hamacas, cuando los calayuas que nos acompañan emprenden la fuga. El mismo Yelemen

manifiesta deseos de marcharse; sus hijos le incitan á partir, y para detenerle tengo que amenazarle con quitarle la escopeta que le habia dado.

Los tres enfermos toman una dósis de ipecacuana, y á eso de la una se encuentran un poco mejor, volviendo á ocupar cada cual su puesto en las canoas. El valiente Hopú nos da una prueba de energía, cogiendo su remo y manejándolo hasta las cuatro de la tarde. Por mi parte, estoy tan cansado que no puedo sostenerme en mi banco, viéndome obligado á renunciar á la verificacion del trazado del Yari.

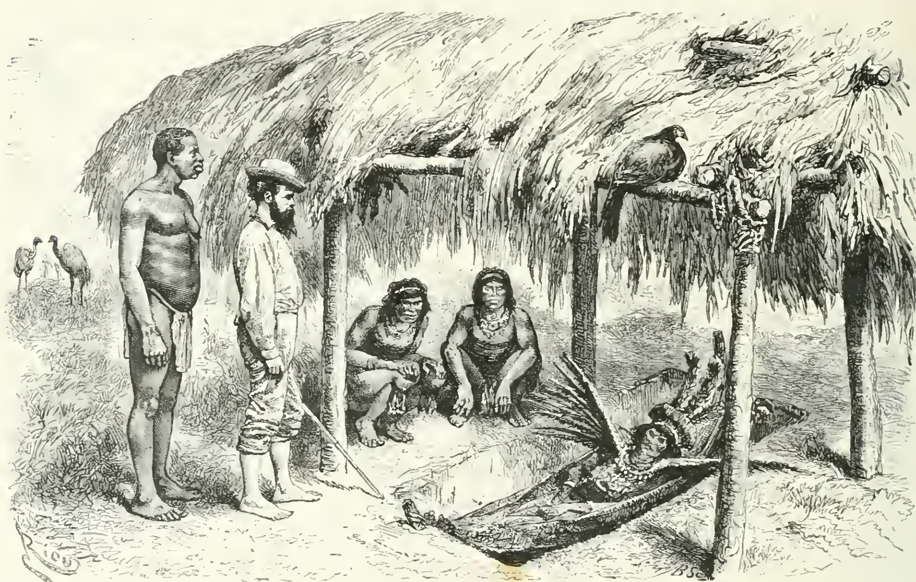
13 de octubre.— Hopú está ya curado; pero yo continúo enfermo. Semejante estado no deja de causarme zozobra; pues cuanto más avanzo, más me alejo de los puertos de salida. Pienso en que quizás remonte el Yari hasta su nacimiento, y al llegar á tan larga distancia, estaré tan débil, tan profundamente anémico, que no me sea posible pasar al Parú, viéndome por lo mismo obligado á regresar por el Yari, tan conocido ya. En un momento de desesperacion, pienso en suspender cuanto ántes esta marcha ascendente para dejarme llevar por la corriente que me conduciria con rapidez al Amazonas.

Durante el dia pasamos por delante del afluente Curuapi, que remonté por espacio de dos dias cuando mi último viaje. Yelemen quiere que penetremos en él, diciéndome que sus *peitos* me recibirán muy bien. Apatú insiste tambien en que hagamos esta excursion so pretexto de que podrá beber excelente cachiri y comprar perros y hamacas para llevarlos á su país; pero mis canoas están ya sobrado cargadas con objetos de su pertenencia, así es que le prohibo absolutamente que compre más cosas. Este exceso de carga impide que las embarcaciones avancen más de prisa y suscita cuestiones en mi tripulacion. Hopú y Stuart se quejan amargamente de que Apatú, que no rema por estar enfermo, aumente su trabajo haciéndoles llevar sus fardos.

Acampamos en un pequeño promontorio en el que sopla un viento agradable del Sur: esta brisa verpertina parece calmar mi cerebro excitado por la enfermedad. Paso una noche más tranquila, y cuando á la mañana siguiente me despierto, admírame el que me parezca ameno este paisaje que tanto maldije ayer. Medio dormido todavía, no puedo ménos de contemplar el sol que se remonta por detrás de los grandes árboles de la orilla opuesta. Aún no es visible más que la mitad de su disco, pero ya despide una viva luz que al descomponerse en las nubes refleja los colores brillantes del arco-iris, y que contrasta con el tono sombrío de los grandes árboles, los cuales proyectan sus sombras oscuras en las sosegadas aguas del Yari.

Doy un paseo por los alrededores del campamento, acompañado de Yelemen, quien descarga un machetazo en un árbol, del cual brota al punto un jugo blanco muy parecido á leche. Mi compañero lo recoge en una calabaza, y añadiéndole agua, lo bebe con avidez. Dicho árbol es el *balata (mimosops balata)*, que da una especie de guttapercha usada por todos los indios de la América ecuatorial para juntar las diferentes partes de sus flechas. El balata, que dentro de muy poco tiempo será explotado para las necesidades de la civilizacion, no crece tan sólo á orillas de los afluentes del Amazonas, sino tambien en el Oyapock y en el Maroni, donde es tan comun como el *Syringa* en el Yari. Su semilla es muy sabrosa: los indios la disputan á los monos á los cuales les gusta mucho, y su madera se emplea en Surinam con el nombre de *boteri* para hacer casas.

Un poco más allá me enseña otro árbol que entra por mucho en los medios de existencia de los indios: es el *mani (moronobea coccinea)*; se le usa como la pez de los zapateros para reforzar los hilos de los arcos y de las flechas. Esta especie de brea se recoge como el incienso al pié de los árboles; para limpiarla de las impurezas que contiene, los indios la queman despues de echarla en una marmita agujereada en el fondo; el mani entra en fusion y gotea en un recipiente con agua colocada debajo del anterior. Las personas no comen la simiente del mani, pero á los cariacos les agrada en extremo, como lo echamos de ver al descuartizar uno de estos ciervos.



Sepultura de un piay (médico)

14 de octubre.—Navegamos de prisa para llegar temprano á la vivienda del tamuchy Alicole, situada en la desembocadura del Chimi-Chimi. Yelemen me dice que este jefe, á quien yo habia tomado por rucuyo, pertenece á la tribu de los apuruis: es uno de los pocos supervivientes de una tribu que vivia en el bajo Yari y que los antiguos geógrafos designaban con el nombre de *piriu*. Dícenme tambien que los rucuyos, así llamados porque se pintan con rucú (*achiote*), son conocidos de los demás indios con el nombre de *uayanas*, el cual es muy antiguo, por cuanto ya le menciona Thevet. Cuenta este viajero que habiendo tenido ocasion de interrogar á un prisionero cogido por los indios tapuyas que habitaban hácia la desembocadura del Amazonas, éste le habló de la provincia Uayana como de un país muy rico, y le dijo que para ir á ella habia que remontar el rio de Kuru.

Alicole, que vive hace ya mucho tiempo con los rucuyos, habla su lengua y ha adquirido sus costumbres: todo cuanto podria distinguirlo de estos, es lo mal que recibe á los extranjeros. Cuando mi primer viaje no quiso proporcionarnos harina, pretextando que su yuca no

estaba bastante crecida. Ahora nos hace perder un dia para cedernos cinco galletas de cazabe por las cuales le he dado de antemano un hacha. Tampoco estoy satisfecho de él, porque no ha mandado á sus mujeres que hagan cachiri; y por último tengo otro motivo de descontento, y es que habiéndome levantado durante la noche, he encontrado á ese tunante, que nos habia asegurado no tener víveres, muy ocupado en comerse un paquira que sus mujeres no pusieron á asar hasta el momento en que nos fuímos á acostar.

El 15 por la mañana, no habiendo podido pegar los ojos en toda la noche á causa de los mosquitos, y sobre todo de los aullidos de los perros que el tamuchy mandó soltar para intimidarnos, me preparo á dar una leccion á ese jefe inhospitalario. Por lo pronto rehuso su



Baño de vapor para una rucuya recien parida

cazabe y le hago devolver el hacha que le habia dado en pago; en seguida le obligo á presentarse en medio del pueblo, y en presencia de los pocos *peitos* que le han permanecido fieles, le quito el baston que lleva en la mano, entregando este emblema de mando así como el hacha á un jóven rucuyo que me habia prestado algunos servicios en mi último viaje, y por fin, hago que le dé la diadema de escamas de caiman, símbolo de la soberanía.

Queriendo el nuevo tamuchy demostrar su fidelidad al parachichi, se ofrece á acompañarme hasta las fuentes del Yari, haciendo que le sigan los hombres más vigorosos de la tribu y el viejo Chicaca que en mi último viaje vino con nosotros hasta la primera catarata del Yari. Este viejo indio, que pasó gran parte de su infancia con los blancos, cambia de tribu casi todos los años, y ahora se habia unido á la de Alicole, porque este caciquillo, que tenia muy pocos *peitos*, le cedió su mujer más vieja para atraérselo.

Por el camino, Apatú me relata un episodio ocurrido hace cincuenta años en la tribu de los apuruis.

«Un bonis llamado Cofi, que hoy es capitan, fué cierto dia al país de los apuruis con su padre, el gran man Gongo, y un muchacho llamado Aleme. Por la noche, los indios que cele-

braban la fiesta de Tulé (aniversario del fallecimiento de una persona) bailaron y bebieron mucho cachiri. Cofi dijo á su padre: «Tú bebe solamente un trago; aquí hay muchos indios que pueden hacer alguna tontería con nosotros.»

Los hijos de Gongo fueron á acostarse á una cabaña donde su padre habia dejado su fusil. Cofi, que no dormia, oyó que un indio entraba muy quedito para apoderarse del arma; gritó, y el indio echó á correr. Cofi dijo á su hermano: «Cuida del fusil, miéntras yo voy á avisar á nuestro padre.»

Cofi dijo al man Gongo: «Un indio ha querido robar el fusil.» Gongo le contestó: «No es cierto; los indios son amigos, y no pueden cometer esa maldad.»

Cofi volvió á acostarse en su hamaca, y oyó de nuevo que un indio se acercaba muy despacio: entónces corrió á decir á su padre: «Los indios quieren robar el fusil; venid pronto.»

En el momento en que Gongo se baja á coger su arma, le atraviesan la cara de un flechazo: trábase una lucha en la oscuridad; y por último puede escapar con su fusil de chispa, aunque dejando su saco de municiones en poder del enemigo. Sabiendo los indios el modo de llamar del jefe negro, se ponen á recorrer los alrededores del pueblo gritando: *¡Coficon!* (Cofi, ven!) *Alemecon!*.... Estos gritos dan á conocer al gran man que sus hijos no han perecido en la refriega, puesto que los indios los llaman. Cofi y Aleme, agazapados detrás de un árbol, oyen tambien estos gritos, pero no contestan, porque conocen el lazo que se les tiende. Al rayar el dia Cofi percibe un tenue silbido que en su concepto no es el de una serpiente... Al poco rato ve á su padre lleno de sangre.

Los tres negros emprenden presurosos la marcha para atravesar la cadena de montañas que separa el Yari del Maroni. Los desgraciados andan tres dias sin más alimento que el corazon tierno de la palmera *napú* (col palmista). Por fin llegan junto á una aldea uayana situada en el sendero que va del Yari al monte Lorquin. Habiendo penetrado Gongo en un plantío durante la noche, coge unas cuantas raíces de yuca, pero carece de fuego para cocerlas: por lo cual saca del fusil la mitad de la carga de pólvora, y la sacrifica para inflamar un poco de algodon.

Al otro dia vuelve al plantío, pero lo ve un indio, que fingiendo no haberle descubierto, se pone á tocar la flauta, á cuya señal acude un gran número de uayanas y de apuruis que iban en seguimiento de los fugitivos. Gongo quiere escapar, pero es ya tarde; los indios le intiman la rendicion. El gran man apunta el fusil al tamuchy diciendo que le matará si no le deja el paso franco: este se burla del jefe negro, creyendo que habia quemado su única carga de pólvora; pero sale el tiro, y el tamuchy cae gritando: «¡Oké, oké!»

Gongo aprovecha un movimiento de pánico de los indios para escapar; y despues de tres dias de marcha por las orillas del rio Culé-Coulé, llega á un pueblo uayana, donde tiene que detenerse para proporcionarse víveres y una canoa. Habiendo escondido á sus hijos en el hueco de un gran cedro, entra resueltamente en el pueblo con el fusil al hombro. Llegado á la cabaña de los hombres, una mujer le trae un *cololo* (escabel), y otra el *tuma* (caldo) en el que moja cazabe. Cuando acaba de comer, el tamuchy Aruata se sienta á su lado para hablar.

—*¿Nepo amole pitani?* (¿Dónde están tus hijos?) le pregunta.

Gongo responde:—*Acominé.* (Detrás vienen.)

—*¿Nepo amole peito?* (¿Dónde están tus soldados?)

—*Peito ua eu* (no tengo soldados), responde francamente el gran man enseñando su fusil.

El tamuchy le dice:—*Eu mecro male totopock ua.* (Yo no estoy en guerra con los negros.) *Eu* (yo) *mecro* (negro) *male* (con) *totopock* (guerra) *ua* (no).

Al oir esta declaracion el gran man va en busca de sus hijos y vuelve con ellos á casa de su huésped: le dan víveres, hamacas y una canoa, y á los tres dias llega á su país, el pueblo de Cotica.»

Nosotros llegamos á la vivienda de Macuipi, con quien trabé conocimiento en mi primer viaje. Dícenme que este jefe ha muerto, por lo cual me apresuro á dar el pésame á su viuda: la pobre mujer, llamada Surui, se echa á llorar cantando algunas frases entre las cuales distingo las palabras siguientes: *Maria, eh, eh; sapa, eh, eh; uiui, eh, eh; cachuru, eh, eh.* (*Maria*, cuchillo; *sapa*, machete; *uiui*, hacha; *cachuru*, collar.) Traduccion libre: «la pobre vieja lamenta la muerte de su marido porque ya no tendrá los objetos indispensables para su casa y para su adorno.»

Yelemeu, que me ha dicho hace pocos momentos que estaba muy contento de verse libre de su vecino, llora y canta haciendo coro con la viuda.

Me dicen que Macuipi, en su calidad de piay, esto es, de médico, no ha sido quemado despues de muerto como el resto de los mortales. Hago que me acompañen al lugar de su sepultura, y veo una choza en medio de la cual hay una ancha fosa de dos metros de profundidad y en su fondo el cadáver de mi antiguo huésped tendido en una hamaca en la cual parece dormido. El cuerpo seco, rígido como pergamino, está completamente pintado de rojo: tiene la cabeza adornada de plumas de los más vivos colores, y ceñida á la frente una corona de escamas de caiman, emblema de la soberanía. Lleva al cuello una pequeña flauta de hueso y muchos saquillos que contienen colores, indicando que Macuipi tenia una aptitud especial para la pintura. A su lado veo una gran vasija, pero vacía: los rucuyos no dan de comer á sus muertos. Por último, el cadáver tiene bajo su mano un arco, flechas y una maza, que en caso de necesidad le podrán servir para defenderse de sus enemigos y proporcionarse alimento.

Despues de esta visita vamos á descansar un rato en una choza redonda en la cual hay colgadas muchas hamacas, y el nuevo tamuchy, hijo mayor del difunto, nos trae una calabaza llena de excelente cachiri. Bebo con gusto este líquido ácido ligeramente alcohólico que al principio me habia repugnado. Cada cual apura el contenido de tres ó cuatro calabazas que les sirve el tamuchy, pues en país rucuyo, lo mismo que en el de los oyampys, el jefe es quien presenta á los forasteros la copa de la amistad.

En seguida el jóven tamuchy exclama: *Oli tuma enepke* (mujeres, traed el caldo). La palabra *tuma* designa generalmente el jugo exprimido de la yuca hervido con pimiento; pero observo en el fondo de la marmita una cabeza de paquira acecinada que constituye un buen plato fuerte.

Los halagos de Yelemeu á la viuda de Macuipi me chocan bastante; pero al fin consigo

dar con la clave del enigma, y es que la fea Surui tiene dos lindas hijas que serán mujeres del que se una con la madre. Estas dos muchachas, capaces de excitar los celos del viajero, llamarán á Yelemeu, no papá, sino *okiri*, es decir hombre ó esposo legítimo. En cambio de estas ventajas, Yelemeu dejará su título de tamuchy para formar parte de la tribu de sus mujeres. El jóven hijo de Macuipi, que todavía es un niño, tendrá el derecho de mandar al marido de su madre como á cualquier otro súbdito: dejará de llamarle tamuchy para calificarle de *peito.*

En el país de los uayanas, el hombre es el que sigue á la mujer. Una condicion *sine qua non* del matrimonio es la de que el marido se establezca en la tribu de la esposa.

Paseándonos por el pueblo vemos una jóven que ha perdido una pierna á consecuencia de un mordisco que le dió en el talon una serpiente de cascabel. Así como resulta de la picadura de otros muchos animales venenosos, le sobrevino una inflamacion en los vasos linfáticos seguida de un flemon difuso, y poco despues de gangrena.

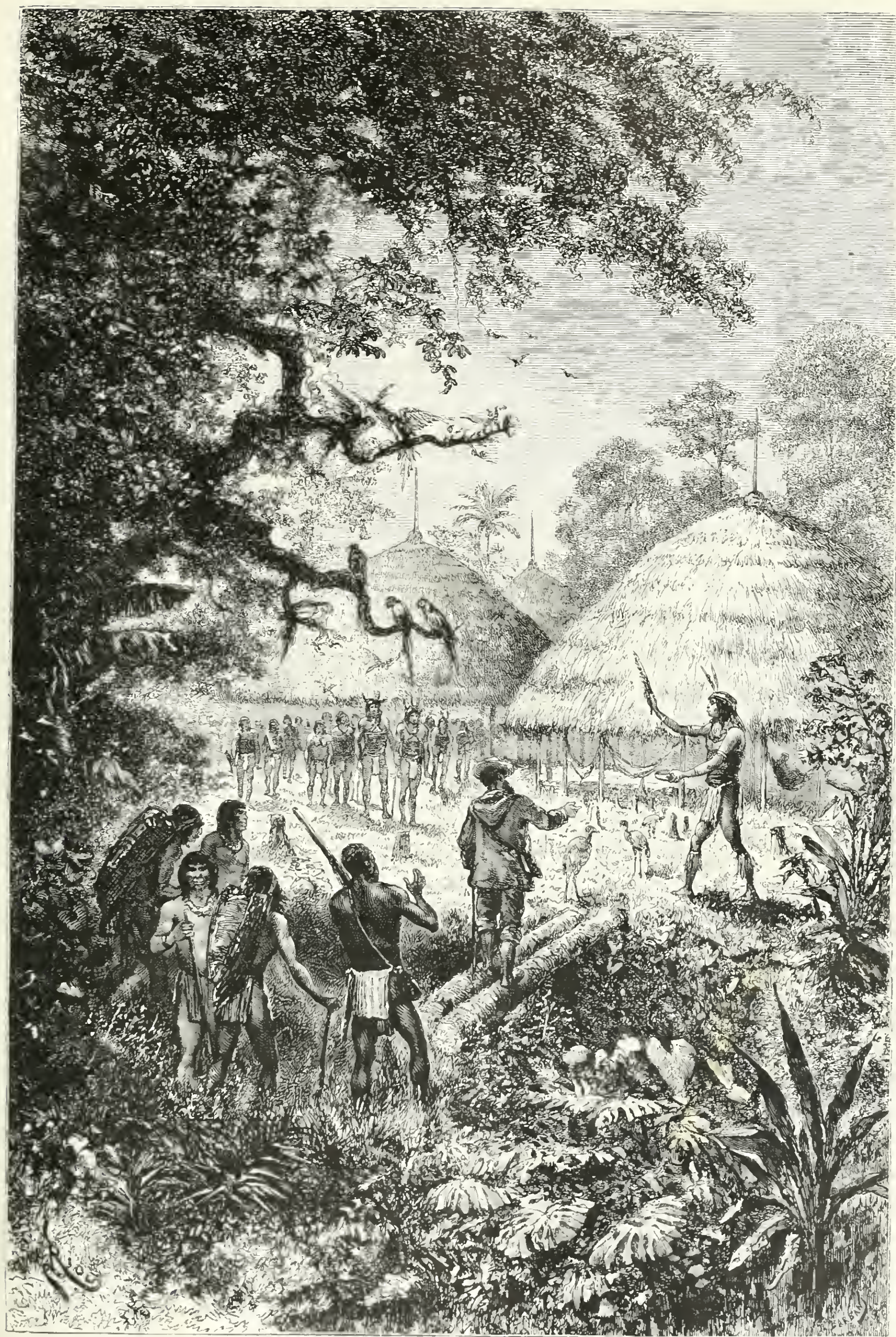
Los crótalos son más frecuentes en la estacion de las lluvias que durante la sequía. Yo no he encontrado ninguno, por lo cual necesito pedir á mi compañero Apatú informes acerca del modo de acometerlos. La serpiente está enroscada, y cuando álguien acierta á pasar cerca de ella, agita su cascabel, y se lanza contra el transeunte pudiendo alcanzarle hasta á seis metros de distancia. Como todas las serpientes, en el momento en que más apática parece, salta y asesta su dardo con la rapidez del rayo. Al principio de la estacion de las lluvias es cuando más serpientes se encuentran, siendo más comunes alrededor de las viviendas que en la selva vírgen.

Al dia siguiente llego á casa de otro conocido, el jefe Namaoli; este no se halla en el desembarcadero; pero en su lugar encuentro al piay Panakiki, el cual me dice que el tamuchy no puede salir de casa porque su mujer acaba de dar á luz un niño. «Si entras en su choza, me dice, tus perros morirán en seguida.» Poco cuidado me da esta amenaza, por la sencilla razon de que no tengo perros.

Encuentro á Namaoli tendido en su hamaca, miéntras su mujer va y viene por el interior de la cabaña. El indio tiene un aspecto tan grave que cualquiera le creeria enfermo, pero no es así. En el país de los rucuyos, el hombre es el que se acuesta miéntras la mujer se pasea. Mi colega Panakiki repite en mi presencia la órden que habia dado ya á su cliente, esto es, que esté acostado una luna, y que no coma pescado ni caza muerta á flechazos, contentándose con cazabe y pececillos cogidos con una planta narcótica llamada *nicu:* si infringe esta órden, su hijo morirá ó será contrahecho.

Inmediatamente despues del parto, la mujer toma un baño de vapor del modo siguiente: se tiende en una hamaca debajo de la cual se pone una piedra hecha ascua, la cual se riega con agua. La paciente no está obligada á tomar un alimento especial: el niño, además de la leche materna, bebe de vez en cuando un brebaje compuesto con plátanos maduros y bien cocidos, exprimidos con la mano en agua caliente. La seccion del cordon umbilical se hace con una especie de plegadera de bambú.

Invertimos ocho dias en llegar á la comarca de la tribu de Yacuman, en donde corrí ries-



Yacuman, jefe rucuyo, expulsando al diablo

go de perecer cuando mi primer viaje. Al llegar, vemos que el jefe se pasea por el pueblo haciendo aspersiones: lleva en la mano un pincel de plumas que moja en una calabaza llena de un líquido lechoso, que es el jugo de un tubérculo llamado *sambutu* (col caribe) rallado en agua. Yacuman hacia sus aspersiones, que tenian por objeto ahuyentar al diablo, con tanta solemnidad, que parecia un sacerdote bendiciendo el campo en un dia de rogativas.

XIV

El *maraké*.—Preparativos de la fiesta.—Un sombrero monumental.—El suplicio de las hormigas y de las avispas.—Un médico que se hace de rogar.—Los tres diablos que guardan las fuentes del Yari

Como los rucuyos no tienen secretos para nosotros, no temen celebrar á sus anchas una ceremonia llamada *maraké*, la cual es un suplicio impuesto á niños de ocho á doce años de edad y á los adultos que aspiran á casarse. Muchos forasteros han sido convidados á esta ceremonia, entre los cuales encuentro á mi colega el viejo piay Panakiki.

Se pasa la tarde arreglando los trajes de baile y en particular sombreros llenos de plumas, que producen un efecto sorprendente. Los sombreros de los rucuyos son verdaderos monumentos, que tienen lo ménos metro y medio de altura: su casco, ampliamente abierto en el remate, no tiene nada de comun con ningun sombrero conocido: lo termina un arco echado de delante á atrás, el cual sostiene un crecido número de penachos encarnados y azules, adornados con elitros de grandes coleópteros de reflejos metálicos. La trama desaparece bajo veinte cintas ó coronas sobrepuestas, de colores encarnado, amarillo, negro, verde, blanco y azul. Por detrás cae una especie de toca cubierta de un mosaico de plumas que representa un hombre con los brazos y las piernas separados como las ranas. Se necesita trabajar un año para hacer este tocado de baile. He dicho ya que los hombres son los que únicamente pueden llevar plumas, y debo añadir que ellos solos fabrican estos sombreros que envidiarian las damas elegantes del mundo civilizado.

El tamuchy lleva en la parte anterior del suyo una tira tejida de hojas de palmera, adornada con escamas de caiman ó pequeños rectángulos de pico de tucan, y combinando estas escamas blancas y negras de modo que forman arabescos.

Todos estos adornos que he llevado á Paris y hecho dibujar tomándolos del natural se conservan en grandes pagaras de hojas de palmera, de donde los sacan los danzantes con gran cuidado cuando los necesitan. Antes de ponérselos, se quitan la capa de achiote de que siempre van pintados, para no manchar aquellas hermosas plumas.

El sombrero no es el único adorno de baile: los rucuyos se cubren además el abdómen con muchos cinturones que se sujetan con un cordon hácia su mitad. Estos cinturones son de dos clases: los unos negros, de piel de cuata; los otros blancos, de algodon, y se los colocan unos junto á otros de modo que ciñan el vientre hasta la base del pecho. Algunos bailarines llevan en la pierna derecha una liga de la cual penden cascabeles que suenan como castañuelas: son simientes que tienen la forma de un sombrero apuntado, sujetos por el vértice con unos bramantes que cuelgan de la parte anterior de la liga. Dichas simientes proce-

den de un árbol llamado *cuai (thevetia neriifolia)*, que cultivan todos los indios de la América equinoccial. Algunos llevan en la espalda un adorno de los más grotescos: un pez de madera con agujeros en los cuales van metidos grandes penachos de plumas que caen imitando la cola de un ave.

Los curiosos se agolpan á contemplar los sombreros que están puestos sobre unos palos hincados en tierra; y cuando alguno se acerca demasiado, los bailarines se echan sobre él, le ligan las piernas por las pantorrillas y le aplican en ellas dos palos.

El baile empieza al ponerse el sol. Hombres y mujeres hacen evoluciones á la luz de las hogueras, entonando cantos que celebran sus amores y sus bélicas proezas. Los jóvenes puestos en círculo alrededor de un agujero cubierto con una gran corteza dan golpes á compás con la pierna derecha en esta especie de tambor que estiran con el pié izquierdo, y á cada movimiento producen un sonido breve con una trompeta de bambú.

Al amanecer los bailarines se quitan los trajes, y en seguida empieza el suplicio del maraké. El piay Panakiki hace que tres hombres cojan á uno de los aspirantes al matrimonio: el uno le sujeta las piernas, el otro los brazos y el tercero le echa la cabeza atrás. Entónces le aplica al pecho los aguijones de un centenar de hormigas que están sujetas por medio del cuerpo en un enrejado de junco. Estos instrumentos de suplicio son de formas muy raras, representando un cuadrúpedo ó un ave fantástica. A continuacion, aplica á la frente del paciente otro enrejado lleno de avispas, y luégo hace que unos y otros insectos le piquen alternativamente todo el cuerpo. El desgraciado sujeto á tal tormento cae infaliblemente acometido de un síncope, y hay que llevarlo á su hamaca como un cadáver; una vez en ella se le amarra fuertemente con unas cuerdas trenzadas que cuelgan á uno y otro lado y se enciende un poco de fuego debajo de ella.

El suplicio continúa sin interrupcion: los desdichados pacientes son llevados unos tras otros á una cabaña; y como el dolor les obliga á hacer movimientos desordenados, las hamacas se balancean en todos sentidos, produciendo vibraciones que hacen retemblar la cabaña hasta el punto de temer que se derrumbe.

Los jóvenes que han sufrido el maraké han de continuar en la hamaca quince dias sin comer otra cosa más que un poco de cazabe seco y pececillos asados en las brasas.

Poco tiempo despues de esta ceremonia, mi colega Panakiki recibe la visita de dos indios que llegan de una aldea situada más arriba de la gran catarata Macayele, en las fuentes del Yari. Uno de ellos, que parece muy afligido, se acerca respetuosamente al viejo piay y le ofrece un cigarrillo: este vacila un rato, mas por fin acepta con gran satisfaccion del recien llegado. ¿Qué significa esta pantomima? Es un indio que viene á llamar al médico. Al aceptar el médico el cigarro, ha contraido el compromiso de ir á visitar al enfermo: se le promete en pago un bonito peine hecho con espinas de auara, una hamaca de niño y un *manare* ó tamiz para cerner la harina de yuca; pero queda entendido que no recibirá estos honorarios hasta que el enfermo esté enteramente curado.

Pido informes á los recien llegados sobre el itinerario que han seguido, y me dicen que han venido por tierra, porque el salto Macayele está guardado por tres diablos: *Caicui* (tigre)

yoleck; Aimara yolock y *Ticroke* (blanco) *yolock:* este último, el diablo blanco, es notable por la blanca cabellera que le llega á la cintura, velando completamente su rostro. Estos tres reyes de las aguas echan á pique las canoas y devoran á los audaces que se atreven á violar su santuario.

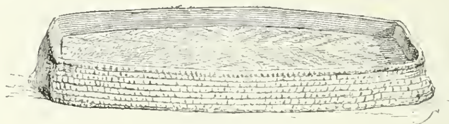
XV

Una carta ántes de la batalla.—Sin guías ni mozos.—Marcha acelerada.—Sed insaciable.—Entramos en una region nueva.—Extraña usanza de los cazadores rucuyos.—Dolmens erigidos al diablo.—Modo de indicar la ausencia.—Lucha con mi enfermedad

Me atacan de nuevo accesos de fiebre que menoscaban profundamente mi constitucion. Los indios, al ver mi lastimera fisonomía, se niegan á acompañarme al Parú. Yacuman no


Liga


Diadema


Canastilla ó pagara

quiere guiarme ni siquiera por un fusil, objetando que moriré sin remedio durante la travesía que es muy difícil.

—*Nisa ua, ippui colc.* (No ir, muchas montañas)

—*Nisa, aptau, omaita natati.* (Ir, le respondo, aunque muera en el camino.)

Entónces escribo la carta siguiente:

«Los viajes de exploracion son guerras trabadas con la naturaleza para arrancarle sus secretos. Si salgo vencido, habré de retroceder por el Yari que he recorrido ya; si vencedor, efectuaré mi regreso por un nuevo rio, el Parú, que es un hermoso afluente de la izquierda del Amazonas.

»Pero la lucha se presenta mal; los indios aliados me abandonan precisamente porque soy débil. Mi patron Apatú está enfermo; sólo me quedan dos negros vigorosos, pero ineptos. Yo hace diez dias que no me hallo un solo momento en estado normal; por la mañana estoy dominado por una excitacion que duplica mis fuerzas físicas y mi voluntad; el tiempo restante tengo escalofrios, una sed intensa ó grandes sudores.»

25 de octubre.—Al despertar, echo de ménos un hacha. ¿Quién será el autor de este hurto? Sabiendo que los indios que no han tenido nunca relaciones con los blancos, jamás han tocado los objetos de mi pertenencia, no vacilo en atribuirlo al viejo Chicaca que ha pasado algunos años en la baja Guayana. Mando á dos de mis hombres que le cojan y le amenazo con fusilarle en el acto si no confiesa su falta. A los cinco minutos habia parecido el hacha.



Caza del ai ó perezoso

Hechos mis preparativos de viaje, penetro á las ocho de la mañana en el bosque, seguido de mis tres hombres: como carezco de guía, me dirijo por medio de la brújula encaminándome al oeste. La cuestion capital es no caer enfermo en el camino, porque sólo llevamos víveres para cuatro dias. Mis huéspedes me ven partir riéndose, porque están persuadidos de que habré retrocedido ántes que termine el dia.

Cerca de las once, mis negros, que van demasiado cargados, me piden que descansemos un rato junto á un pequeño rio llamado Yapotori. En el momento de ponernos de nuevo en marcha, Apatú divisa unos cuantos indios detrás de nosotros: son Yacuman, dos hijos suyos y cuatro hombres que vienen á ponerse á mi disposicion; traen caturís llenos de víveres: ¡nos hemos salvado!

La llegada de guías y mozos estimula mi ardor, y ando con ligero paso siguiendo á un jóven indio que compite en rapidez con sus compañeros: es un muchacho de quince años llamado Uanica, destinado á sustituir á su padre, el tamuchy Yacuman.

Deseo alejarme cuanto ántes del Yari, porque me siento próximo á tener otro ataque de fiebre. Experimento una sed tan abrasadora que no puedo ménos de beber en las numerosas corrientes que cruzamos. Atravesamos muchos montes en los cuales el barómetro marca 727 milímetros, y á las doce y media, despues de tres horas y media de marcha efectiva, llegamos á un riachuelo afluente del Parú, que se dirige al oeste. Mi corazon palpita al llegar á esta region nueva no solamente para mí, sino para todo el mundo civilizado, pues estoy seguro de que nadie ha explorado aún este rio.

A las doce y media observo una cosa singular. Veo diez saladeros puestos en fila á lo largo del sendero: lo que me llama la atencion es que no se ha encendido fuego debajo de ellos. Por otra parte, en lugar de tener carne ahumada, están cubiertos de muchas capas de leña seca que alternan con piedras. Dícenme que estos altares, que tienen cierta analogía con las mesas de piedra elevadas por los druidas, han sido levantados por diez cazadores de una aldea vecina que han partido hace dias para una gran cacería. Siempre que los rucuyos van á caza de cuatas, se detienen á una hora de marcha de su aldea para erigir estos saladeros, con objeto de tener propicio á Yolock (el diablo) que puede impedirles hallar caza.

A la una y media llegamos á un *pati* (aldea) compuesta de dos grandes cabañas en las que sólo hay mujeres, las cuales nos dicen que los hombres han ido á bailar á la comarca de otros uayanas del Yari. Les pregunto cuánto tiempo hace que se han marchado, y una mujer me enseña ocho rayas blancas trazadas en un poste que indican igual número de dias. La mayor parte de los indígenas de la Guayana se valen de este medio de indicar la ausencia de los viajeros.

Al dar un paseo por el huerto, observo un grande ananas que parece en plena sazon. Apatú lo compra por dos agujas, y yo saboreo su jugo con tanto más gusto cuanto que siempre tengo una sed inextinguible.

Habiéndome acostado sin cenar, no puedo conciliar el sueño á causa de una disputa que se suscita entre mi gente, lo cual me enoja tanto más cuanto que temo la defeccion de mis guías atemorizados por las vociferaciones de esos negros cuya grosería hace que hasta los

salvajes se ruboricen. Una jóven molestada por uno de ellos le ha llamado *maipuri*, expresion que, significando literalmente tapir, tiene en la lengua india un sentido que no puedo expresar.

No he dormido: estoy tan cansado que apénas puedo moverme; sin embargo, tengo que saltar de mi hamaca y ponerme en marcha. No pudiendo comer, bebo un vaso de agua miéntras mis hombres almuerzan: al poco rato siento náuseas y escalofríos que son los preludios de un violento ataque de fiebre. A las siete mis hombres se han cargado sus caturís; me pongo en marcha con resuelto paso, mas al cuarto de hora siento que me flaquean las piernas, y poco despues, tropezando con una raíz, caigo al suelo sin tener fuerza para levantarme. Me sobreviene un frio glacial, y mi estómago cuyos esfínteres están paralizados, expulsa el agua por sus dos extremos como un verdadero tubo de goma. Me tienden en mi hamaca y al cabo de una hora desaparece el frio reemplazado por un calor ardiente. Entónces un indio va á buscar agua en una espata de palmera y me hacen abluciones generales y fricciones con arena fina. Este tratamiento enérgico provoca la transpiracion, y encontrándome pronto más aliviado, salto á tierra y prosigo mi camino.

XVI

Monarcas-peones camineros.—Modo de calentarse para evitar una sorpresa.—Mimbreras de la Guayana.—Las dos mujeres del tamuchy.—Caza del ai.—Inconvenientes de ser médico cuando se viaja por la Guayana.—Matar y bautizar.—Apatú misionero evangélico.

Partimos á las doce y á las tres atravesamos una montaña llamada Yauarapata, nombre que significa pueblo de tigres. A esta hora topamos con un indio que abre una senda; es el tamuchy de una aldea vecina, el cual nos acoge bien gracias á la recomendacion de nuestro guía. Yo creia que los tamuchys no hacian ningun trabajo corporal; pero si no trabajan en los plantíos ni cazan casi nunca, en cambio están encargados de arreglar los senderos que van de un pueblo á otro. Esta mision de caminero es una canonjía, pues esta es la vez primera que veo una senda en la que álguien se haya tomado la molestia de cortar las ramas que interceptan el paso.

27 de octubre.—No habiéndome levantado hasta las seis y media, encuentro ya á mis indios agrupados alrededor de una gran hoguera. Puestos en cuclillas como monos en torno á la lumbre, se calientan de espaldas ó de lado, pero nunca de frente. Les pregunto la razon de este modo extraño de calentarse, y me dicen que así tienen la ventaja de no dejarse sorprender jamás por el enemigo. Miéntras se hace el almuerzo, Yacuman se entretiene en guarnecer el puño de un machete con una especie de mimbre muy bonito y flexible. Se vale de las raíces adventicias de una planta trepadora que los galibis llaman *bamba* y que se cultiva en los invernaderos del Jardin de Plantas de Paris con el nombre de *philodendron speciosum*.

Hay en Guayana porcion de especies vegetales que se podrian explotar para hacer objetos de cestería. Los pagaras que he comprado á varias tribus son muy superiores en cuanto á elegancia, y sobre todo en cuanto á solidez, á los cestos fabricados con mimbres.

Partimos á las ocho ménos cuarto y una hora despues encontramos un pequeño afluente

llamado Cucitenne, por el que podríamos bajar hasta el Parú si tuviésemos una canoa á nuestra disposicion. Apatú mata un magnífico hoco que estaba posado en un árbol: los rucuyos llaman á esta ave *o-oc*, miéntras que los indígenas de la Guayana inglesa la llaman *powi* y los bonis *puirhi*. El rio Apauani, designado por estos indios con el nombre de Powini, no tiene otra etimología sino el grito del hoco, que responde *powi, powi*, cuando el cazador le llama produciendo un ruido sordo con la nariz, teniendo la boca cerrada.

A las once nos detenemos un rato para cazar un alicole (ai ó perezoso). Temiendo Uanica que le caigan sus excrementos en la cabeza, sube á un árbol contiguo, llevando en la mano un largo palo á cuya punta ha atado una cuerda que forma un lazo corredizo. Pasando la cuerda por el cuello del animal, la retuerce para comprimirle la garganta, y cuando el ai está casi asfixiado, le basta un leve tiron para desprenderlo de la rama: el triste animal, atontado de resultas de la caida, perece por fin á garrotazos.

A la una ménos cuarto llegamos á una aldea poblada por quince habitantes. Segun costumbre, el tamuchy, que se llama Pumari, tiene dos mujeres, una jóven y otra vieja. Apatú me aconseja que me dirija siempre á la mujer más vieja, con la cual debe tratar el viajero para conseguir cazabe y cachiri, porque ella es la que de más autoridad goza para con su marido. Aquel jefe viejo examina con miradas hoscas é inquietas al extranjero que ofrece agujas y *cashuros* (collares de abalorios) á la más jóven de sus esposas.

Como he tenido ocasion de ejercer mi profesion curando á una muchacha enferma, mis compañeros, que no sabian que yo era médico, dejan de llamarme mayor para calificarme de piay. Esta revelacion no puede ser más molesta para mí, porque aquellos buenos indios, ántes tan discretos, me abruman ahora con sus peticiones importunas. Pumari me dice: *Piay ice, amu Calina suei ice cu.* (Necesito un remedio para matar á otro indio.) Por otra parte, Yacuman pide que le eche agua salada en la cabeza, so pretexto de adquirir más prestigio entre los uayanas del alto Yari, pues en lugar de ser un simple tamuchy jefe de una aldea, llegaria á ser *yapotari*, es decir, jefe de toda la comarca. Apatú le dice que esto no es posible, por cuanto no tenemos sal; pero que al regresar de su viaje á mi país traerá algunas botellitas con las cuales le bautizará á él y á todos los de su tribu. Yacuman se muestra muy egoista en esta ocasion; pues recomienda al ferviente Apatú que sólo traiga dos botellas, una para él y otra para su heredero; porque desapareceria el prestigio si todos sus peitos tuviesen la ventaja de ser hermanos suyos en Jesucristo.

XVII

¡El Parú!—Un baño en agua vírgen.—Danza del *pono*.—Caneapo.—Indios disfrazados de jueces.—Buena acogida.—Historia de un cuchillo.—De cómo es conveniente cumplir los compromisos.—Lucha de los Hércules negros.—Desobediencia.—Sitio pintoresco.—La cuna y las agujas de los rucuyos.—Comercio de los indígenas.

28 de octubre.—Tengo la satisfaccion de saber que estamos cerca del Parú; y por esto mi guía hace que me precedan su hijo y un peito de Pumari que parten ántes de rayar el dia. No debiendo encontrar embarcacion alguna en la confluencia, aquellos jóvenes atravesarán el rio á nado para avisar nuestra llegada al jefe Canea.

Emprendemos la marcha poco despues de las siete, y llegamos á las diez á la orilla izquierda del Parú. Al ver este hermoso rio, enteramente desconocido desde su nacimiento hasta su desembocadura, experimento vivísima satisfaccion y mando disparar mis dos fusiles en señal de júbilo. Inmediatamente despues me zambullo en las aguas límpidas del Parú. ¿Podré sentir en el mundo un placer mayor que el de tomar un baño en esta agua que puedo llamar virginal, puesto que todavía no la han enturbiado las inmundicias de la civilizacion? Estoy tan contento al ver que he conseguido el objeto de mi viaje, que no hago caso de un leve ataque de calentura que he tenido al despertar.

En vez de descansar, examino mis cuadernos de apuntes procurando recapitular mi viaje. Calculo que hemos invertido catorce horas y media en pasar del Yari al Parú: hemos recorrido una distancia de cuarenta y tres kilómetros próximamente en línea recta; pero habiendo dado algunos rodeos para llegar á las aldeas, no debo estimar en más de treinta kilómetros la distancia directa que media entre ambos rios. Es de notar que la línea divisoria de las aguas está más próxima al Yari que al Parú: habiendo empleado tres horas y media en llegar á las fuentes del primer afluente que desemboca en el segundo de dichos rios. Por otra parte, la cuenca del Parú está á mayor altura que la del Yari, puesto que en esta el barómetro marcaba por término medio 740 milímetros, y en aquella marca 730. En resúmen: hace sesenta y cuatro dias que hemos salido de San Jorge, cincuenta y cinco de los cuales han sido de marcha á pié ó en piragua.

Dos piraguas enviadas por Canea llegan en busca nuestra, y despues de media hora de navegacion rio abajo vemos una aldea situada sobre una loma de veinte metros de altura, á cuyo pié hay grandes peñascos graníticos de formas redondeadas que interceptan casi por completo el paso de la corriente: es un sitio muy pintoresco donde los indios pescan á flechazos cumarús cuando pasan por los intersticios que quedan entre peña y peña.

Hoy es un dia de fiesta dedicado á celebrar la muerte de un tamuchy fallecido hace un mes. (Hay dos fiestas en honor de los muertos: la primera es el *Pono*, y la segunda el *Tulé* que he descrito ya.) Todos los hombres están cubiertos de largas tiras negras de tauari que parten del cuello, y de una especie de birrete parecido al de nuestros magistrados. Uno sólo está de pié, llevando en la mano un látigo cuya cuerda tiene ocho metros de largo; da vueltas sobre sí mismo golpeando el suelo con el pié derecho, y luégo, levantando el látigo, echa el cuerpo atrás, hace movimiento brusco y arranca á la cuerda un chasquido semejante á un pistoletazo. Cada indio produce por turno estas detonaciones, y á esto es á lo que se llama la danza del *pono*. Los espectadores, sentados sobre sus talones, aplauden gritando: ¡Hé!... ¡hé!

Los indios del Parú, que conocen todos los detalles de mi primer viaje al Yari, no manifiestan ningun temor por mi llegada: al contrario, me reciben bien porque saben que traigo cuchillos *(maria)*, hachas *(uiui)*, machetes *(sapa)* y anzuelos. En cuanto á instrumentos de hierro, sólo tienen un cuchillo de carnicero sin vaina que el tamuchy lleva sujeto á su cinto de piel de cuata: en la hoja se lee: *Acier fondu, Paris*. Es un objeto procedente de la pacotilla que traje al Yari cuando mi viaje de 1877. El tamuchy ha obtenido este cuchillo á cambio de un perro y de una hamaca que le habia costado muchos meses de trabajo.

Estos indios están dispuestos á acompañarme á todas partes porque saben que he cumplido siempre mis compromisos con sus compañeros del Maroni y del Yari: son tan complacientes que se anticipan á satisfacer mis necesidades: Un niño me dice: «Dame un anzuelo y te iré á buscar muchos pececillos.» Una mujer me promete tanto cazabe como quiera si le doy perlas azules. Habiendo sabido un jefe extranjero llamado Alamoike, que se encuentra aquí por casualidad, que yo deseaba conocer la fabricacion del curare, se ofrece á enseñármela á cambio de un hacha y de un cuchillo.

Todo iria á pedir de boca á no ser por una nueva disputa suscitada entre Apatú y Stuart, y que acabó por venir ambos á las manos. Terrible es el espectáculo que ofrecen los dos atletas de bronceado color, cuerpos esbeltos y poderosos músculos, cogiéndose á brazo partido, empinándose, echándose adelante y atrás, y quedándose parados de pronto. La situacion se va haciendo crítica; pues miéntras el uno comprime el bajo vientre de su adversario, el otro le aprieta la garganta con tal fuerza que se le inyectan los ojos de sangre. Necesito intervenir cuchillo en mano para poner fin á un duelo que tiene atemorizados á los uayanas.

Estas rencillas no me impiden hacer mis observaciones cotidianas. Tomando la altura del sol al medio dia y á las cuatro, puedo calcular la posicion de este lugar. Caneapo, que así se llama la aldea en cuestion, está situada á 0° 58' de latitud Norte y 57° 6' de longitud Oeste de Paris.

Queriendo estudiar el Parú en toda su extension, induzco á Yacuman á acompañarme hasta el país de los indios tríos que están establecidos hácia su nacimiento. Por otra parte, Alamoike, que debia seguir su viaje rio abajo, accede á retroceder para enseñarme la fabricacion del curare, que los uayanas y los tríos llaman *urari*. Para ir más de prisa, quiero dejar la mitad de mi equipaje al cuidado de Canea; pero Hopú y Stuart, á quienes mando que no lleven más que los objetos y ropas absolutamente indispensables, se ponen á murmurar y á amenazarme con no partir. Los tranquilizo haciendo el inventario de sus sacos y entregándoles el valor duplicado de cada objeto.

30 de octubre.—Me pongo en marcha con gusto, porque prefiero las fatigas de la navegacion á permanecer en una cabaña. Hay que viajar, viajar siempre para impedir que esos miserables se maten unos á otros. La ociosidad es causa de la pérdida, no sólo de los ejércitos, sino tambien de las reducidas tripulaciones que van en los viajes de exploracion.

En el momento de poner el pié en mi canoa, veo un pájaro-mosca que acaba de caer á mis plantas. Lo cojo, y veo que le han atacado dos hormigas *manioc*, las cuales le han arrancado ya parte de las plumas: le libro de tan terribles enemigos y le devuelvo la libertad.

Esta parte del rio está interceptada á cada paso por rocas graníticas, que vienen á ser como el esqueleto de las lomas que forman las orillas. La vegetacion de estas tierras elevadas, con sus árboles robustos, sus palmeras de hojas sueltas, sus bejucos de contorsiones elegantes, no deja de recrear la vista.

A las diez y media vemos un vado que parte de la orilla derecha. Es el principio de un sendero de travesía que conduce á la morada de Eupara. Se puede llegar á la aldea en diez

minutos, al paso que se necesita una hora de navegacion á causa de un recodo que forma el rio. Desearia estirar las piernas andando un poco, pero me retiene en la canoa la obligacion de hacer un plano auxiliado por la brújula.

Eupara está situado en una pequeña colina enfrente de un raudal llamado Kurokiri. Es un punto ventajoso, desde el cual se ven á lo léjos las canoas que suben, se goza del murmullo de las aguas, se toman baños deliciosos, y se asaetean las bandadas de cumarús que surcan las aguas corrientes.

La mujer de más edad del tamuchy arde en deseos de tener una sortija de plata parecida á la que Apatú lleva en el dedo á guisa de reclamo: quiere pagármela con cazabe, pero tenemos de sobra, y despues de reflexionar se ofrece á hacerme una bonita hamaca como la que lleva suspendida del hombro izquierdo y dentro de la cual va metido un rollizo niño desnudo que esconde la cabeza detrás de la espalda de su mamá. La mujer jóven, que estaba ocupada en modelar un tapir con cera negra, quiere á toda costa los botones de mi paletó: le doy dos, pero con la condicion de que me ha de hacer figuritas de cera ó de arcilla que recogeré á mi regreso. Con otra hago un trueque de agujas de acero por agujas hechas con una espina muy aguda de pescado.

El indio no comprende que se pueda regalar algo, y cuando doy un cuchillo, no dejan de preguntarme: *¿Etihé?* esto es, ¿qué quieres?—Su insignificante comercio es siempre de cambio: el comprador debe pagar siempre por adelantado. Los bonis que vienen á comerciar en país rucuyo han de pagar las hamacas que no se les entregarán hasta el verano siguiente.

XVIII

Casa en un árbol.—La caida de la hoja en verano.—Verdadero rio de las Amazonas.—Descripcion de estas mujeres.—Tantos gabanes como hijos varones.—Una cena en este país legendario.—Comedor de térmites.—Influencia de la altitud y de la latitud en mi estado sanitario.—El *Kinoro*.—Un monolito.—Impresiones de viaje de un indio al país de los blancos.—Ananas silvestres.—Informes para los cazadores de tetraos.—Canoa zozobrada.

31 de octubre.—Despues de dos horas de marcha encontramos la desembocadura del Cucitenne que hemos atravesado al ir del Yari al Parú. Un poco más arriba descubro un gran nido en las ramas de un árbol corpulento que está en el lindero de un descampado. Al acercarme veo que es una verdadera choza con su pavimento y su techo de follaje, en donde un indio, agazapado como un mono, se prepara á asaetear las aves que acuden á picotear las semillas maduras del árbol.

A las cuatro pasamos por delante de un cerro llamado Manau, que seria un sitio magnífico para acampar si no hubiera allí tantos mosquitos. Yacuman quiere ir á una aldea que dista dos horas de marcha en canoa.

Hago observar á Apatú que hay mucha madera seca en las colinas, y me responde: «Esos árboles no está podridos; cuando llueva echarán hojas.» En la Guayana, la caida de la hoja ocurre en verano.

Llegamos al vado pocos minutos ántes de ponerse el sol y aún tenemos que andar dos

kilómetros para llegar á la aldea que está en medio del bosque. Extráñame no encontrar un solo hombre que nos reciba: visitamos dos, tres cabañas, y sólo vemos en ellas mujeres. Pregunto á la más anciana, es decir, á la ménos hosca:

—*¿Nepo amole okiri?* (¿Dónde están los hombres?)

—*Okiriova* (no hay hombres), me contesta en su lenguaje lacónico.



Trampa para coger caimanes

Esta circunstancia me llama mucho la atencion. ¿Habré dado al fin con esas famosas amazonas sobre las cuales han discutido tanto nuestros sabios, empezando por la Condamine? Sí, estas mujeres deben parecerse á las que Orellana encontró cerca del Trompeta y que sirvieron de pretexto á un conquistador español para hilvanar una historia novelesca, en virtud de la cual se ha dado al gran rio el nombre de las *Amazonas*. No dudo que Orellana encontrara tribus de mujeres; pero ¿cuán fantástica debia de ser su imaginacion para compararlas con las guerreras caballerescas de los tiempos homéricos? Por lo pronto, veo que las amazonas del Parú no tienen la costumbre de cortarse un pecho para tirar el arco sin estorbo alguno.

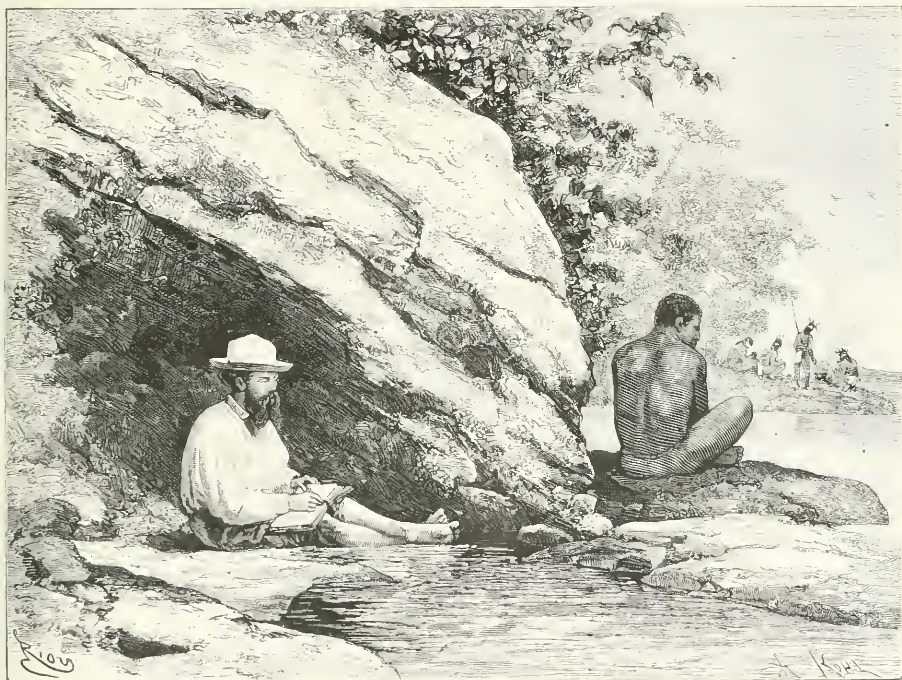
—¿Cuántos hijos tienes? pregunto á una de ellas; y me responde mostrándome tres rayas encarnadas trazadas en el muslo. Estas barras paralelas, que parecen los galones que llevan en el brazo los soldados viejos para indicar sus años de servicio, sirven para dar á conocer cuántos *okiri* (hijos varones) han engendrado estas desdichadas. Una de ellas me conoce por haberme visto en el Yari; á la sazon era esposa de un peito de Yacuman, llamado Culun, que la ha despedido porque no podia avenirse con su otra mujer, más joven que ella. Apatú conoce otra, de la cual se separó su marido porque era demasiado parlanchina, etc., etc. Las amazonas legendarias no eran otra cosa sino mujeres repudiadas.

Es inútil decir que no encuentro caza alguna en las viviendas de estas míseras criaturas que, en vez de aprender á manejar el arco, han pasado su juventud criando hijos que sus crueles maridos han arrancado de su seno materno. Mi comida se compone de medio plátano

asado al rescoldo y de unas cuantas almejas que las pobres mujeres han ido á coger al rio. Contra la costumbre india de no hacer regalos, doy un cuchillo y algunas agujas á mis huéspedas, y al rayar el dia me apresuro á salir de aquella mansion que dista mucho de ser encantadora.

He perdido mis postreras ilusiones sobre la leyenda de las bellas amazonas.

Al volver al vado encuentro al hijo de Yacuman almorzando un manjar que no le envidio por cierto. Sentado ante un nido de términes que ha encontrado, mete una hoja de maripa entre estos insectos, los cuales se agarran á ella; y entónces el indio, llevándosela á la boca, tritura con muy buen apetito puñados de hormigas.



A la sombra de una gran roca

1.º de noviembre.—Observo que mi salud va mejorando de dia en dia; lo cual consiste en que el calor es ménos sofocante, porque nos alejamos del ecuador y llegamos á regiones más elevadas. Solemos encontrar aras rojos que acuden á bandadas á comer las bayas de los altos árboles que hay á orillas del rio. Mato dos de un tiro, y los indios les arrancan al punto las grandes plumas de la cola, que se pasan por las orejas.

Vamos despacio, porque la corriente es bastante fuerte á causa de las muchas rocas que encontramos á cada paso. A las tres vemos una peña granítica que sobresale del agua tres metros y medio: esta piedra, que está en medio de un raudal llamado Mocori, se la considera como un monumento elevado por un *yolock* que echa á pique las canoas.

Más arriba el rio presenta recodos que cuadruplican su curso. Aquí presenta el aspecto

del Maroni, del Oyapock y del Yari en su curso superior. Por un lado, la orilla, cortada á pico y de tres metros de altura, está compuesta de arcilla blanca en la cual hay infinidad de agujeritos abiertos por un pez llamado *ya-ya* por los rucuyos y *coracero* por nuestros criollos. Por el otro lado es baja, pantanosa y llena de mucu-mucu. Las rocas graníticas escasean más, sustituyéndolas las esquistosas.

Por la tarde vemos en la orilla un caiman pequeño colgado de la punta de un palo, y agitándose grotescamente. Hago que acerquen mi canoa para observarlo más de cerca. La trampa consiste en un palo flexible hincado en el suelo, y á cuya punta hay atadas dos cuerdas, una de ellas con un nudo corredizo y la otra con un palo aguzado en sus dos extremos. El caiman, atraido por un intestino que rodeaba este palo, ha pasado por debajo de un toldo de hojarasca y mordido el cebo ofrecido á su voracidad. Al tirar de la cuerda se ha disparado un pedazo de madera que estaba fijo como un gancho á otro palo doblado, y al enderezarse bruscamente la trampa como un arco distendido con fuerza, ha levantado del suelo al animal. Por una parte ha quedado cogido por el cuello en el lazo corredizo, y por otra, la especie de mordaza que se le ha implantado en la boca, le ha dejado separadas entrambas mandíbulas.

2 de noviembre.—A las cuatro encontramos rocas esquistosas que los uayanas llaman *panakiri tepu* (rocas de los holandeses), porque están alineadas como los soldados de Surinam que en otro tiempo fueron á combatir al Maroni. A los rucuyos les llamó mucho la atencion el que los soldados blancos se formaran en línea, miéntras que ellos marchaban siempre uno tras otro, es decir, en fila india. Han observado tambien otras dos particularidades: que los holandeses se paseaban á lo largo y á lo ancho de la plaza de una aldea sin otro objeto que el de hacer ejercicio; y que cuando un tamuchy llamaba á un peito, este corria para ponerse á sus órdenes. Los indios no andan nunca sino cuando van de viaje, y si corren, sólo es en circunstancias tan raras que jamás los he visto andar más que al paso.

A las nueve de la mañana siguiente llegamos á una cabaña en la cual descansamos algunas horas. Miéntras escribo mis apuntes, Apatú hace una excursion con Uanica, hijo de Yacuman, y al poco rato vuelve trayendo caturís llenos de ananas. Han encontrado estos frutos en plena sazon en una gran roca granítica situada en un sendero que va á parar al vado del Itany pasando por el monte Lorquin. Apatú, que conoce este trayecto, me dice que se necesitan doce dias para ir del Parú al Itany, cuatro de ellos para llegar al Yari, cinco para pasar de este rio al monte Lorquin, y tres de este punto al Itany. Calculando cada jornada en diez y ocho kilómetros por término medio, esto da una distancia total de doscientos veinticinco kilómetros contando con los accidentes del terreno y de ciento cuarenta en línea recta, en direccion nordeste.

El viajero que atraviesa esta region pintoresca oye con frecuencia el grito de unas aves amarillas que revolotean en bandadas de cinco á seis de un árbol á otro, como estorninos, gritando *meu, meu*. Los criollos dan á estas aves el nombre de *gallos de roca*, porque hacen sus nidos en excavaciones practicadas en el granito. Los uayanas persiguen á los meus para hacer adornos con sus plumas y tambien cambios con los oyampys que los trasportan al bajo

Oyapock. El macho se distingue de la hembra por su cresta más desarrollada: el color de las plumas de los polluelos es amarillo claro, y el de las de los individuos adultos de una tinta amarilla fuerte que tira á rojo.

Un poco al este del Apauani se atraviesan colinas peñascosas llamadas por los indios Tenenepata, cuya traduccion es: *tenene*, montaña; *pata*, aldea. No se trata de una aldea en la montaña, como creí en un principio, sino de un conjunto de montes cuya agrupacion es comparable á la de las chozas que forman una aldea.

Me pongo de nuevo en marcha á las doce y media, y al poco rato encontramos una pequeña catarata bastante difícil de franquear, porque el agua, comprimida entre altas rocas graníticas, corre con espantosa rapidez. Una de nuestras embarcaciones, cogida de costado, recibe un golpe de agua que la inunda y la sumerge en un abrir y cerrar de ojos. Por fortuna el rio es poco profundo; nos echamos al agua, y recogemos todos nuestros fardos, á excepcion de algunos objetos insignificantes. Nos vemos obligados á hacer alto para poner á secar los bultos sumergidos. Gracias á un sol abrasador y al calor de las piedras que parecen hechas ascuas en medio del dia, nuestro cazabe se seca y se calienta como si acabara de salir del horno, y los cartuchos no sufren detrimento, á pesar de no ser metálicos. Hemos perdido un saco de municiones en este pequeño naufragio; pero esto no nos da cuidado, puesto que, á falta de ellos, Apatú puede subvenir á nuestra alimentacion con su arco y sus flechas. Los cien cartuchos que nos quedan son muy suficientes para un viaje de tres meses, porque nunca tiramos más que á caza mayor y á pieza parada.

A las cinco llegamos á una aldea de cuarenta habitantes llamada Taliman, del nombre de su tamuchy.

XIX

Un indio verdaderamente grande.—Otros que lo parecen.—Sin compasion del huérfano.—Excursion botánica.—La planta de mis sueños, el *urari*.—Ceremonial que precede á la extraccion de la preciosa raíz.—Detalles de la fabricacion del curare.—Experimento.—Un motin con motivo del curare.—Una tripulacion timorata.

El 4 de noviembre veo que el rio se divide en dos brazos: el afluente Atauele que cae á la izquierda, tiene un caudal que equivale á la cuarta parte del Parú: su curso está entrecortado por grandes rocas graníticas que dificultan en gran manera la navegacion.

Por la tarde llegamos á la vivienda del tamuchy Alamoike que ha ofrecido enseñarme la fabricacion del curare. La aldea sólo consta de dos reducidas familias, de suerte que el tamuchy Alamoike no tiene más que un peito á sus órdenes. Este es un jóven muy robusto, de un metro ochenta centímetros de alto: es un verdadero gigante en este país, pues los rucuyos son por lo general de ménos talla que los franceses. Y sin embargo, estos indios vistos de léjos parecen muy grandes, lo cual consiste sin duda en su busto enorme que contrasta con sus miembros cortos y delgados.

La mujer de Alamoike es de la tribu de los trios; díceme que habiendo perdido á sus padres cuando aún era niña, fué recogida por unos rucuyos que iban de viaje.

Los habitantes de las fuentes del Parú, como todos los indios de la Guayana, no hacen

caso alguno de los huérfanos. Estos infelices, obligados á trabajar sin descanso, tienen por todo alimento los desperdicios de la cocina que comparten con los perros.

Por la noche me pongo de acuerdo con mi huésped que debe enseñarme el secreto de la fabricacion del veneno de las flechas. Siguiendo la costumbre establecida, le pago por adelantado dándole un hacha, y le prometo además una moneda de cinco francos que se pondrá al cuello á guisa de medalla.

Los rucuyos no saben hacer curare, y Alamoike sólo conoce el secreto de su fabricacion desde mi primer viaje; habiéndoselo revelado un jefe trio á cambio de un cuchillo, una moneda de un sueldo y un espejito que le entregó Apoike, á quien envié el año pasado en busca del famoso veneno.

5 de noviembre.—Partimos muy temprano el tamuchy, su peito, Apatú y yo. Despues de dos horas de marcha acelerada, Alamoike se para delante de un bejuco del tamaño de una serpiente boa, que forma una gran curva al salir de tierra, y luégo se eleva en línea recta hasta la copa de un árbol de veinticinco á treinta metros confundiendo sus hojas con las de este. Ardo en deseos de poseer esa planta llamada *urari* por todos los indios de la Guayana.

Antes de dar principio á su operacion, Alamoike entrega á cada uno de los espectadores una simiente de pimiento que los criollos califican de *rabioso*, y hasta que se ha cerciorado de que hemos mascado y tragado la píldora, no se pone á escarbar el suelo con un palo para dejar á descubierto las raíces. Al poco rato me presenta un gran escorpion negro que sujeta por la cola diciendo: *Yolock* (diablo), sin manifestar miedo ni horror. Guardándose de matar á este animal, al que considera como un guardian del veneno, agrega algunas palabras de las cuales entiendo el adjetivo *irupa* que significa *bueno*, pareciéndome poder traducirlas por esta frase: «Todo va bien.»

El piay continúa escarbando y dejando descubiertas unas raíces largas que se dirigen en sentido horizontal casi á flor de tierra. Miéntras tanto, yo corto algunos retoños cubiertos de hojas tiernas que brotan del tronco y suben verticalmente á más de un metro de altura. Mucho me satisface poseer estas pocas hojas; pero esto no seria suficiente para una determinacion botánica, para la cual se necesita tener hojas enteramente desarrolladas y flores. Un muchacho trepa al árbol y desde él pasa al bejuco por el cual desciende despues de echarme un puñado de flores: sin desperdiciar la menor partícula, me apresuro á colocarlas en una cartera; miéntras Apatú corta un pedazo del tronco, Alamoike ha reunido gran cantidad de raíces que guarda en dos caturís hechos allí mismo con hojas de palmera, y nos ponemos en marcha.

Llegamos al rio, experimentando un gran placer en apagar con sus aguas la abrasadora sed que nos ha dado el pimiento que hemos mascado. Cuando entramos en la vivienda de Alamoike, este pone los dos caturís en el rio.

Paso el resto del dia haciendo algunas observaciones astronómicas y hablando de varias cosas con mis huéspedes que son muy amables y cuyos relatos y reflexiones, dignas de consideracion á veces, aumentan mis conocimientos acerca del país. Al dia siguiente hacemos otra excursion en busca de las plantas accesorias que entran en la confeccion del veneno. La

primera especie recogida, llamada *potpeu*, no me es desconocida; es muy afine de un *falso Jahorandi* que traje del Brasil en 1874. Seguro de que no es una planta tóxica, me pongo á mascarla delante de Alamoike, que quiere impedírmelo gritando: *Natati*, lo cual significa morir. —*Natati ua*, le contesto, *piay cu*. (Traduccion: «No hay peligro: soy tan hechicero



El Dr. Crevaux gravando sus iniciales en un árbol

como tú».) Al ver Alamoike que trago impunemente una planta que él creia tóxica, no guarda ya más secretos para un colega á quien considera más sabio que él, y hace que yo mismo coja todas las plantas que es menester agregar para hacer el veneno.

Cogemos así cuatro especies de la familia de las piperiteas, el *arapucani*, el *alimere*, el *potpeu* y otra cuyo nombre he olvidado. Todas ellas tienen un sabor picante que hace salivar. Alamoike coge tambien hojas de una palmera llamada *parasa*.

Pasamos la tarde rallando las raíces del urari que han pasado veinticuatro horas en el agua. Observo que la corteza tiene algunos pliegues anulares que se parecen algo á los de ciertas

raíces de ipecacuana. Este trabajo me pone las manos amarillas como si hubiera tocado tintura de iodo. Pruebo un poco esta corteza, de la que se desprenden pequeñas placas, y noto que tiene un sabor amargo muy pronunciado. Hasta el tercer dia no empieza la fabricacion del veneno, á cuya operacion asisto, no como curioso, sino como ayudante: esta se efectúa en la cabaña del tamuchy. Empezamos por preparar los utensilios que deben servir para filtrar los líquidos y para contenerlos. A guisa de embudo, enroscamos una hoja de palmera en forma de cucurucho y la sujetamos con grandes espinas: este instrumento se coloca de un modo estable en una asa formada por una varilla doblada. Los recipientes, llamados *carana*, consisten en una hoja de palmera, doblada y levantada por sus dos extremos á modo de cubeta.

Alamoike coge unos cuantos ejemplares de *aracupani*, les quita las hojas, y se pone á golpear el tallo y la raíz con un palo. Luégo las tiene unos cuantos minutos en un litro de agua fria contenida en un carana, estrujándolas con sus anchas manos. Las moja y estruja de nuevo, hasta que las fibras han perdido el sabor picante que caracteriza á las piperiteas. Del mismo modo procede con las raíces de las otras plantas; el *potpeu* entra en proporcion mucho mayor, y la misma agua sirve para todas las preparaciones.

Miéntras mi colega exprime el jugo de estas plantas, yo hago lo propio con el de las hojas de *parasa* en otro carana que contiene medio litro de agua. El líquido exprimido, que no tiene ningun sabor particular, hace espuma como el jabon; sin duda contiene una fuerte proporcion de sales alcalinas, por cuanto las cenizas de esta palma sirven para preparar sal de cocina.

Llegamos al tercer período de la operacion, que es el más importante, pues consiste en extraer el jugo del urari. Alamoike moja la corteza con el líquido alcalino del *parasa*, y tomando un gran puñado, lo exprime con toda su fuerza. El jugo, muy parecido al del tabaco, se mezcla tambien con piperiteas y se le filtra en hojas que se han introducido de antemano en el fondo del embudo. En seguida se recoge el líquido, que será cosa de medio litro, en una cazuela de barro, añadiéndole un puñado de pimiento seco machacado en un mortero.

Alamoike pone la cazuela al fuego y va á lavarse las manos al rio. Yo me quedo en la cabaña cuidando de la cazuela, y al poco rato me sobrevienen continuos estornudos que me obligan á abandonar mi puesto. Los vapores del pimiento despiertan á dos niños que dormian en una hamaca. La accion de este vegetal en el aparato olfatorio me permite admitir un hecho que al pronto me habia parecido inverosímil. Segun me dijo el capitan Juan Pedro, queriendo los oyampys detener el enemigo que circunvalaba su aldea, la rodearon de un círculo de hogueras en las cuales echaban puñados de pimiento seco. Es imposible combatir cuando se estornuda sin intermision alguna.

Se quita la cazuela del fuego á los diez minutos, ántes que el líquido empiece á hervir. Habiendo entrado en este momento la mujer del jefe, dice con orgullo enseñando su preparacion: *Alimi oto cuata*, esto es: «hé ahí un ingrediente que nos proporcionará gran cantidad de caza.» Alamoike corta entónces la estipa de un maripa y se pone á labrar flechas que impregna en el *urari* y seca luégo al sol. A medida que unas se van secando, agrega otras capas, y para que el jugo se adhiera mejor cuida de hacer en las flechas pequeñas incisiones.

Un monito que saltaba por la choza, herido en el hombro con una de estas flechas, se pone á correr por espacio de un minuto; detiénese de pronto haciendo gestos y contorsiones, entorna los ojos, se le paralizan las manos y cae de espaldas. A los seis minutos de recibir la herida, se halla en un estado de inercia muy próximo á la muerte; y sus músculos no sienten los pinchazos de una aguja. A los siete minutos es ya cadáver.

Los dardos envenenados tienen la longitud y la forma de la hoja afilada de un cuchillo: su base se aplica á una muesca hecha en la punta de una flecha, que se dispara con un arco ordinario. Cuando esta toca á un animal, el ástil cae al suelo por efecto de su propio peso, pero el pequeño dardo queda clavado en la herida.

Miéntras me dedico á estos estudios, Stuart y Hopú se vuelven cada dia más recalcitrantes y se niegan á acompañarme hasta las fuentes del Parú. Al ver que hago provision de curare, suponen que me propongo guerrear con los indios trios. Stuart, que es el más fuerte y el peor de los dos, se ha negado hoy á obedecerme y por la noche ha osado venir á insultarme en presencia del jefe indio: entónces cojo mi carabina y le apunto, y el ruido que hago al armar los gatillos produce en el agresor un efecto instantáneo, pues á su furiosa locuacidad sigue un silencio profundo.

Parto al dia siguiente con Apatú: mis dos negros amotinados presencian mi partida y se lisonjean con la creencia de que habré de batirme en retirada por falta de tripulacion. Me embarco con Yacuman y Apatú en una pequeña piragua, y al cabo de una hora diviso una canoa que procura alcanzarnos: son mis desertores que vienen á someterse, llorando como niños.

XX

Caiman cocido.—Dos rios Parú.—Indios anfibios.—Etimología de la palabra Parú.—Cascada de la escalinata.

8 de noviembre (sexto dia de navegacion remontando el Parú).—A las once encontramos el rio interceptado por rocas é islas absolutamente idénticas á los raudales y á las pequeñas cascadas del alto Oyapock. Al llegar á un recodo, un indio me dice que acaba de percibir olor de humo, y habiéndonos detenido para examinar los alrededores, llega á nuestros oidos el eco de una voz humana. Hopú y Stuart, temiendo un combate con los indios trios, quieren retroceder sobre la marcha, pero Yacuman los tranquiliza diciendo que acaba de reconocer el lenguaje de los uayanas. A los pocos momentos desembarcamos en una isleta pedregosa, en la cual se ocupan seis indios con otras tantas mujeres en cocer un pequeño caiman que acaban de coger.

El jefe indio me dice que regresa de una excursion al país de los trios; pero no ha encontrado á nadie en las aldeas que ha recorrido. Habiendo asolado el país una epidemia, los supervivientes se han alejado del rio para refugiarse en la selva. Nos insta para que retrocedamos, porque más adelante sólo encontraremos miseria, hambre y guerra.

Miéntras aguardamos que esté listo el almuerzo al que aquellos buenos indios nos convidan, escribo algunos apuntes con los piés metidos en el agua, á la sombra de una gran peña que forma una verdadera gruta. En seguida, estiro las piernas recorriendo las numerosas

isletas que presentan un golpe de vista por demás pintoresco. En un sitio apartado sorprendo á una muchacha que, á la manera de los avestruces, oculta su rostro en un agujero dejando el cuerpo enteramente descubierto. Al medio dia ocupo mi puesto en derredor de la cacerola de los indios, que contiene un buen cuarto de caiman cocido con mucho pimiento. Apatú se niega á probar este manjar, á pesar de ser muy estimado de los rucuyos. Yo tambien experimento cierta repugnancia, pero la venzo al poco rato, reconociendo que aquella carne blanca y tierna no despide un tufillo muy pronunciado. La especie grande de caiman *(jacarés)* que vive en la desembocadura de los rios de la Guayana y en el Amazonas no es comestible á causa de su fuerte olor á almizcle.

Despues de comer, hago á mis huéspedes algunas preguntas acerca de los trios y de los indígenas de las regiones circunvecinas. Entre otras indicaciones interesantes para la geografía, vengo en conocimiento de que los indios yucas establecidos en el Tapanahoni vienen á hacer el comercio de cambio hasta las fuentes del Parú: sólo hay tres dias de marcha por tierra para pasar del Tapanahoni á un punto en que el Parú es ya navegable. Los indios trios, que deben de ser ménos numerosos que los rucuyos, ocupan el tercio superior del Tapanahoni y las fuentes del Parú.

Una circunstancia que me interesa mucho es conocer el afluente del Amazonas que corre al oeste del Parú. Temiendo los rucuyos que se me antoje prolongar mis excursiones hasta esos parajes, me cuentan episodios fantásticos ocurridos en ellos. Marchando cuatro dias hácia el sol poniente, dicen, se encuentran indios perversos á los que es imposible sorprender, porque pasan la noche metidos en un rio que llaman Parú, como el que ahora vamos remontando. Esta leyenda tiene mucha analogía con los informes que los indios tarumas dieron á Brown en el alto Essequibo. Dijéronle que hácia el nacimiento del Trompeta habia indios llamados tuna-hyaunas, que por la noche se retiraban á unos estanques rodeados de empalizadas, donde dormian metidos en el agua. Observaré de paso que *tuna* significa agua, no tan sólo en la lengua de los tarumas, sino tambien en la de los trios, rucuyos, apalais y carijonas. Los caribes de las Antillas llamaban al agua *toné*. El nombre del rio Parú no tiene sentido: probablemente será un diminutivo de *paruru*, que significa *caña*.

Más arriba de la última cascada, la corriente es débil y las orillas tan bajas que debemos navegar hasta las cinco y media para dar con un sitio á propósito para acampar.

9 de noviembre. — Las orillas vuelven á ser más altas y en el cauce hay un gran número de rocas á descubierto. A las diez, el rio está sembrado de peñascos graníticos redondeados que, vistos de léjos, parecen una manada de carneros: están tan juntos que mi angosta piragua apénas puede pasar entre ellos. A las doce y media llegamos á una especie de pasadizo en cuyo fondo se ve á modo de una escalinata que parece haber sido construida por mano del hombre. Las gradas están en seco, porque en esta estacion el agua corre serpenteando por un canalizo que apénas tiene dos metros de anchura.

XXI

El rio de las tumbas.—Imprecaciones de una mujer trio.—Enferma abandonada.—Modo de contener la lluvia.—Paragua.—Detalles de la composicion de las flechas.—El *nicu*.—Sobriedad de trajes.—Tocado de hombres y mujeres.

A las cuatro llegamos á una aldea situada junto á un pequeño afluente de la derecha llamado Aracupina. Todas las chozas están desiertas, y en medio se encuentra un hundimiento en el terreno: son las sepulturas de muchos indios.

Apatú, acompañado de Yacuman, ha marchado para ver si encuentra algunos habitantes en las cercanías, y al poco rato vuelven seguidos de una pareja india. La mujer no acepta mis presentes, y mostrándome tres fosas recien tapadas, pronuncia con aspecto sombrío las palabras siguientes:

—*Panakiri uani ua*, no necesitamos blancos. *Ala pikininialele*, ahí hijos muertos. *Nono poti*, tierra hoyo. *Echimeu uaca*, vete en seguida. *Cassava nua ua*, no comer cazabe.

Así diciendo, se marcha enojada y desaparece en el bosque con el indio que la acompañaba.

Pasamos la noche en estos sitios siniestros, y al dia siguiente continuamos remontando el Parú. En breve se hace tan difícil la navegacion, áun con una embarcacion pequeña, que resuelvo no ir más léjos. El éxito de mi mision es ya seguro; sólo me resta, pues, efectuar mi regreso, levantando el plano del rio con la brújula y tomando alturas de sol en los puntos principales.

Apatú no quiere que nos alejemos de estas regiones sin dejar alguna huella de nuestro paso, y al efecto me pide que grabe mis iniciales en un árbol corpulento situado en una punta, en la orilla izquierda del afluente Aracupina.

Al descender por el rio, miramos cuidadosamente á todas partes por ver si descubrimos alguna vivienda. Divisamos dos aldeas, pero están enteramente abandonadas, y en medio de las chozas, quemadas en su mayoría, hay fosas recien tapadas. Cerca de una de estas chozas, veo una pobre mujer enferma que carece de víveres: la infeliz ha sido abandonada por sus compañeros, que han huido del contagio. Las primeras palabras que me dirige esta mujer son para insultarme, pero el hambre y el instinto de conservacion hacen que se reporte, y no vacila en embarcarse en una de mis canoas para ir á una aldea rucuya donde haré que le den hospitalidad. Esta mujer me dice que el jefe de la aldea llamado Pacani y el piay Tontey, que gozaban de gran reputacion entre los trios, han sido las primeras víctimas de la epidemia, que supongo sea la viruela.

Las chozas de los trios son ménos cómodas que las de los oyampys y uayanas. No tan sólo carecen de pavimento, sino que algunas únicamente están cerradas por un lado: son simples abrigos, apénas más perfeccionados que las *ajupas* que se hacen yendo de viaje.

11 de noviembre.—Amanece nublado y la temperatura no excede de 22°. Yo tirito como si tuviera calentura, y siento un verdadero placer calentándome junto á una hoguera en la que se ha puesto á cocer un pequeño caiman y una perdiz llamada *sosorro* por los uayanas á causa del ruido que hace al remontar el vuelo.

Ha caido un chubasco durante la noche. Para que no llueva más, Apatú recomienda á Stuart que no lave la marmita por dentro: esta costumbre singular, practicada por los negros cimarrones de la Guayana, ha sido tomada sin duda de los indios. Y en efecto, cuando el inglés Brown viajaba por el Maroni preguntó un dia á sus remeros por qué no lavaban la marmita en que se habia de cocer el arroz, y le respondieron que si la metian en el agua, seria mucho más copiosa la lluvia que empezaba á caer.

Cerca del campamento oimos un ave que grita *paragua... paragua...* Es el paragua, al que los uayanas llaman *aragua* considerándolo como ave de lluvia. Uanica procura engañarle imitando su canto, pero echa á volar en el momento en que el cazador tiende su arco para dispararle una flecha.

Digamos de paso que las flechas que sirven para cazar al vuelo, tienen plumas junto á su punta más gruesa, al paso que las que se usan para cazar en el agua no están guarnecidas. He visto que estas últimas llevan á menudo un gancho hecho con una esquirla de radio de cuata; las destinadas á cazar aves y monos rematan en una punta de madera dura, armada de púas inclinadas hácia atrás para que al penetrar en la herida no se desprendan por efecto de su propio peso. Las plumas que se ponen en las flechas suelen ser de hocos, marayas, cuiuis, aras y pias. Para cazar pájaros, los indios de la Guayana terminan sus flechas en una maza bastante pesada, tallada en un hueso ó en una simiente de auara. Los hombres son los que se dedican exclusivamente á fabricar arcos y flechas.

Está hecho el almuerzo: los indios sacan el pequeño caiman de la marmita, le ponen en una espata de palmera que constituye un plato muy cómodo, y luégo colocan la perdiz en una escudilla de barro, hecha por una mujer rucuya. Tomo un poco de caldo, pero lo encuentro horriblemente amargo, lo cual consiste en que Stuart, poco conocedor de la cocina de los bosques, se ha olvidado de tirar la cabeza del ave. El caiman tampoco vale nada, porque no tenemos pimiento para sazonarlo. Hace un mes que carecemos de sal, y pasamos sin ella, pero la privacion del pimiento nos parece insoportable.

Miéntras observo el sol al medio dia, Apatú da un paseo por el bosque, y encuentra un bejuco más grueso que el muslo, y al cual dan los rucuyos el nombre de *salisali (Robinia nicou)*: es tan pesado que ha aplastado el árbol al cual se enlazaba. Corto aquel tallo negro, y veo que mana de él un jugo parecido al agua, que Apatú me induce á probar, y aunque procedente de una planta tóxica es enteramente inofensivo. Cuando los indios atraviesan montañas, beben la savia de este bejuco, que es más fresca que el agua de las fuentes más claras. No se debe beber más que el primer chorro del líquido, porque en seguida sale un jugo blanco lechoso que tiene propiedades tóxicas. Yacuman hace gran provision del tallo del *nicú*, que podrá sernos muy útil para coger peces. Esta planta cuando seca es casi tan activa como en estado fresco, pudiéndola conservar y servirse de ella por espacio de un año.

Las mujeres de esta region llevan los cabellos sueltos sobre los hombros, pero los hombres se los recogen formando un moño que les cae sobre la espalda; los sujetan con una especie de espiral echa con un bejuco flexible. Así pues, en el país de los trios, los hombres son los que llevan moño, al paso que en el de los galibis lo llevan las mujeres.

XXII

En busca de los frutos del *urari*.—Un Hércules indio.—El grito del maraya.—La autoridad de un tamuchy.—Modo de reconocer el mejor gobierno.—Princesa heredera.—Privilegios de los jóvenes tamuchys.—Mision de la mujer india.—Devorado por las niguas.—El indio no perdona.—Albinos.—Flores animadas.—Ejemplo de lealtad.—Industria de los indios.

Llegamos á las nueve á casa de Alamoike, que durante mi ausencia ha recogido raíces de urari. Podria darme por satisfecho con las indicaciones que ya tenia acerca de esta planta, pues poseo los elementos necesarios para su descripcion, habiendo reunido raíces, tallos, hojas y flores; pero quisiera tener tambien los frutos. Alamoike y su peito, deseosos de hacerse con algunos anzuelos, consienten en acompañarme á buscar nuevas plantas de urari.

Encontramos uno de estos bejucos á corta distancia de la vivienda, pero se eleva á tal altura que ni áun con mi anteojo puedo distinguir sus frutos. Sólo hay un medio de verle bien, y es derribar el árbol en que está apoyado, y el cual tiene lo ménos cuarenta metros de alto por uno de diámetro. La tarea es difícil, pero el vigoroso indio se encarga de cortarlo, y empuñando el hacha, pone al punto manos á la obra. Aquel hombre de color rojo de fuego, de músculos enormes y de espesa cabellera que le cae sobre los hombros, se parece á los gigantes de la Fábula forjando los rayos de Júpiter. Oimos por fin un ligero chasquido seguido de un terrible estruendo. Me preparo á coger mi presa, pero el árbol queda á medio caer apuntalado por un cedro robusto que no se ha dejado arrastrar en la caida. Es menester derribar este cedro, y luégo otro, de suerte que trascurren dos horas ántes que el bejuco caiga á tierra. Me encaramo sobre la maraña que forman las plantas parásitas mezcladas con el urari en las ramas de muchos árboles, y veo entónces que los indios me han inducido á error. Las flores y los frutos que encontramos no se parecen á los que me habian presentado: reconozco que aquel bejuco es un *strychnos*, al paso que la otra planta es extraña á esta familia.

A pesar de las instancias de Apatú, apremiado por el hambre, y mucho más por los mosquitos que nos devoran, no me retiro hasta haber examinado mi bejuco desde las hojas hasta la raíz.

Al regresar de esta excursion, oimos la voz de un ave: es un excelente maraya, que nos vendrá muy bien para almorzar. Habiendo desaparecido entre las ramas de un copudo árbol, un indio se pone á silbar como una serpiente encolerizada. El ave atemorizada revolotea sobre la cabeza de Apatú, que podria matarla en el momento en que se cierne, pero que prefiere aguardar á que se pose para herirla con toda seguridad.

14 de noviembre.—Al llegar á Talimapo (aldea de Taliman), echo de ménos un hacha, y supongo que me la ha hurtado Alamoike. Apatú da cuenta de ello al viejo tamuchy Taliman, el cual me dice: «No tengas cuidado, mañana recobrarás tu hacha.» Da algunas órdenes, y durante la noche se ponen en marcha dos indios jóvenes en una piragua. Antes de partir los dos jóvenes se hacen practicar algunas escarificaciones en ambos brazos. A este efecto, se comprime el músculo biceps por arriba y por abajo y se corta ligeramente la piel con una placa de bambú que tiene la forma de un cuchillo de cortar papel: estos cortes se hacen muy

juntos, en direccion del eje del brazo. Los indios pretenden que esta operacion les dará más fuerza para remar, y del propio modo, jamás emprenden una expedicion de caza sin sacarse un poco de sangre del brazo, pues segun dicen, esto les impide temblar al tirar el arco; ni al efectuar un viaje por tierra dejan de hacerse algunas incisiones á la altura de las pantorrillas.

Los rucuyos no suelen grabarse dibujos en el cuerpo, pero los trios se hacen algunas marcas negras, en la parte interna del brazo, al nivel del biceps. A propósito de estas pinturas, Apatú me da algunos detalles interesantes acerca de las cicatrices de relieve que él y los individuos de la tribu llevan en todo su cuerpo. Habíame llamado la atencion el color más



Extraccion de niguas

oscuro de estas cicatrices, el cual consiste en un detalle de la operacion, del cual no me habian hablado. Despues de hacer la incision, se espolvorea la herida con finísimo polvo de carbon, y se la frota mucho tiempo con retoño tierno de plátano. Debe atribuirse á la introduccion del carbon en el tejido celular el hermoso color negro que presentan los *tatuages* de relieve que se hacen todos los negros cimarrones de la Guayana.

Taliman parece gozar de gran autoridad. Yacuman, que es el jefe más importante del Yari, elogia sobremanera á este pequeño potentado.

—*¿Sene ua incle peito capsac?* (¿No ves, me dice, que todos sus soldados están gordos?)

Un jefe no demuestra solamente sus cualidades en la guerra, sino tambien en tiempo de paz, dando órdenes acertadas para la pesca, la caza y el cultivo de la yuca. Taliman no es hijo de un tamuchy, es decir, no es un príncipe heredero; sino que ha obtenido la diadema de escamas de caiman casándose con la hija del jefe. Por esto se ve que aquí no se considera á las mujeres como acémilas, puesto que pueden heredar la corona, si no para ellas, al ménos para un peito de su eleccion. El difunto habia dejado hijos varones de más edad que su hija, pero no habiéndolos considerado capaces de mandar, legó la corona á uno de sus súbditos entregándole al propio tiempo la mano de su hija predilecta. Viéndose su hijo Culun obligado

á obedecer á su cuñado en calidad de simple peito, ha preferido separarse de la tribu é ir á establecerse en el Yari, donde lo hemos encontrado.

Los tamuchys herederos, y Uanica es de este número, disfrutan de ciertos privilegios sobre los demás hijos. Cuando comen, tienen el derecho de sentarse en un *cololo* como el jefe reinante, miéntras que los súbditos se ponen en cuclillas ó sentados sobre los talones. Por otra parte, se distinguen de los peitos en los honores que les tributan las tribus por cuyo país pasan. La víspera de la partida, la mujer más jóven del jefe de la aldea pinta al bello Uanica de piés á cabeza con achiote, y como encontramos viviendas casi todos los dias, está continuamente recien embadurnado.



Fabricacion de un collar

Los viajeros americanos pretenden sin razon que todas las ocupaciones de los hombres se reducen á la caza y á la pesca, estando encargadas las mujeres de todos los demás trabajos. El hombre cuida de los árboles, hace talas en el bosque, planta yuca, plátanos, etc. Cuando la familia va al plantío, el hombre es el que rema, y las mujeres no intervienen en ello sino cuando los hombres no bastan. Tanto unos como otras arrancan la yuca; pero siempre es el hombre el que corta los plátanos, trepa á los árboles para coger los papay, las simientes de comú y de uapú. Las mujeres recogen los frutos y los llevan á la casa; cuando los hombres vuelven de cazar, llevan la caza hasta el lindero del bosque, á donde van las mujeres á recogerla para atravesar la aldea. Ellas hacen el cazabe, y el cachiri, se ocupan de todos los detalles de la cocina y tejen las hamacas. Cuando van de viaje, las mujeres llevan el caturi como los hombres, pero mucho ménos cargado; por lo regular no contiene más que una olla y una hamaca. Los hombres son los únicos que trabajan en la construccion de las chozas. Hállase tan bien deslindado el cometido de cada sexo, que el viajero puede tener por seguro no obtener nada si encarga á los hombres un trabajo propio de las mujeres.

Yo tambien necesitaria embadurnarme el cuerpo con achiote, porque me devora un número infinito de insectos que he recogido al hacer una excursion botánica; así es que en el

momento de acostarme hago que me unten los piés con aceite de carapa. Pensaba dormir como un bienaventurado, sabiendo que este aceite amargo tiene la propiedad de matar las niguas y las garrapatas, pero durante la noche experimento una comezon insoportable. Las niguas envenenadas hacen en la piel de mis dedos estragos diabólicos.

14 de noviembre.—No he cerrado los ojos y al amanecer veo que tengo los dedos de los piés sembrados de vejiguillas llenas de agua. Una jóven, provista de un hueso aguzado, pone manos á la obra y saca once cadáveres de esa terrible pulga penetrante *(pulex penetrans)* que los rucuyos llaman *chique*. La operadora me presenta los primeros parásitos que saca para que me los coma; pero no puedo avenirme á la costumbre de los uayanas que mascan las niguas conforme las van extrayendo. «¿Por qué te comes las niguas?» pregunto á un indio. «Porque me han devorado los piés,» me responde.

Por la mañana pasamos por delante de un pequeño afluente de la izquierda que los uayanas no remontan jamás á causa de los singulares habitantes que hay cerca de su nacimiento. Yacuman me dice que allí viven indios de cabellos rojos, los cuales duermen de dia y andan toda la noche.

A cada paso encontramos bandadas de *Kinoros (ara Canga)* que comen simientes: estas aves posadas en las altas copas de los árboles parecen hermosas flores de un color rojo vivísimo. Todos los dias matamos cinco ó seis, es decir, tantas como se necesitan para nuestro alimento. Observo que mis cocineros tiran al rio los picos de ara, porque dicen que si se los comiera algun perro moriria envenenado.

15 de noviembre.—Hemos acampado en una isla encantadora, habiéndonos despertado el ruido de una canoa que baja por el rio. Son los jóvenes peitos de Taliman que han viajado toda la noche para traernos el hachà que se habia quedado olvidada en la choza donde se fabricó el urari. Recompenso á aquellos buenos muchachos dándoles una navajita, y hago tambien un regalo á su tamuchy, consistente en un collar de cascabeles que manifestaba deseos de poseer. Les encargo además que entreguen al gran tamuchy del alto Parú una hoja de papel en el cual he consignado este acto de probidad. Los viajeros que sigan mi itinerario encontrarán este papel en el fondo de un pequeño pagara en el cual se le conservará como un fetiche.

16 de noviembre.—Dormimos en la morada de Tacale, donde están los objetos que he pagado de antemano, esto es, una pequeña hamaca de nodriza, animales de cera, un tapir de barro cocido, y unas calabacitas ensartadas á modo de collar, en las cuales las mujeres han trazado figuras de hombres, diablos y animales. La mujer que me presenta la hamaca, muy bien tejida por cierto, me dice: *Amole oli amolita shiri*, esto es: «Se la darás á tu mujer.»

Presenciamos la fabricacion de collares compuestos de pequeños cilindros yuxtapuestos, que los rucuyos llaman *tairu*. Con este objeto emplean la cáscara de la simiente de un bejuco *(Omphalea diandra)* que se eleva hasta la copa de los grandes árboles. La almendra, que es muy gustosa, da un aceite ligeramente aromático usado por los bonis para guisar los cumarús, y tambien para alisar su crespa cabellera. El indio rompe la cáscara con los dientes, y cogiendo un pedazo de ella con la mano izquierda, lo perfora con un diente de *aymara* ó de

sakane (grandes peces) sujeto en el extremo de un palito al que da rápidas vueltas sobre el muslo derecho. Los pedazos perforados se ensartan y se alisan con la mano con polvo mojado de cacharros rotos.

El uabé que los negros hacen en la baja Guayana, en Kuru y en Icacuho es más fino que el de los rucuyos, porque se sirven de instrumentos perfeccionados, y taladran la simiente con una barrena puesta en movimiento con un arco. Los trios hacen collares enteramente iguales, y les dan el nombre de *avuru;* se valen de una simiente que tiene la cáscara mucho más gruesa.

Los rucuyos hacen tambien á nuestra vista una especie de collar que llaman *uayary*, compuesto de unas simientes cónicas que ensartan haciendo que se toquen por sus bases. Su fabricacion es más sencilla que la del uabé; se parte en dos una simiente oval llamada *uayary;* se tira el extremo más grueso, y se aplica el otro á una cavidad abierta en la punta de un palito: la base del cono se desgasta frotándola contra una piedra.

XXIII

Mi mujer.—Matrimonio precoz.—Hombres con cola.—Cuchillo que sirve de pañuelo.—Pesca milagrosa.—Efectos del nicú.—Geófagos.—El cuiui.—Vampiros.—Una cárcel en el bosque.—Una cabezada de Apatú.—Escenas de barbarie.—Praderas y selvas de la América del Sur.—Tortugas.—En busca de huevos de iguana.—Fabricacion de cordel.—Danza del *tulé*.—Modo de ofrecer un regalo.

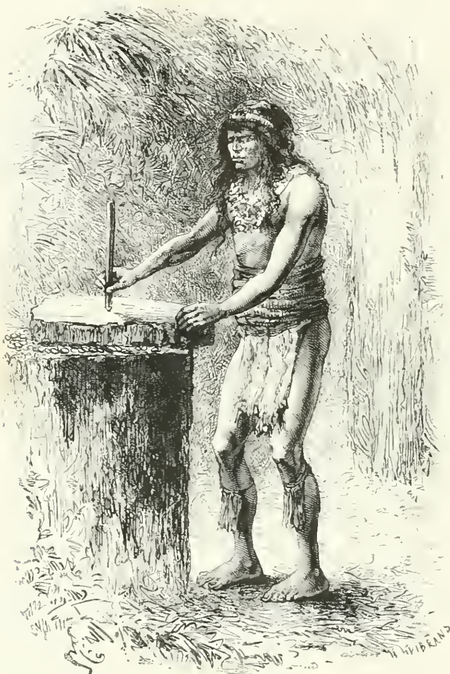
17 de noviembre.—Encuentro mi hamaca ocupada por una niña de cinco á seis años que me llama *okiri*. Esta bonita criatura á quien habia acariciado al remontar el Parú, está destinada á ser mi mujer. Yo habia dicho á su padre: «¡Qué niña tan hermosa! Quisiera tenerla.» Este ha debido reflexionar durante mi ausencia, y la pobre chicuela, á la cual han calificado ya los uayanas de *parachichi oli*, es decir, mujer del francés, está dispuesta á viajar conmigo. El viejo Tacale sólo me impone una condicion; que vuelva al seno de su tribu, donde le sucederé como tamuchy.

18 de noviembre.—A las dos llegamos á Caneapo, con cuyo nombre se designa la vivienda del tamuchy Canea. Al ver este que traemos nicú, me propone una gran pesca para mañana por la mañana. Miéntras mi gente descansa y yo me dedico á estudiar las costumbres de la comarca, los peitos se ponen á machacar la embriagadora planta en unas rocas que hay enfrente de la aldea.

Al rayar el dia echan una gran cantidad de nicú más arriba de la cascada; los cumarús atontados corren con la rapidez de una saeta y saltan como si fueran piedras arrojadas oblicuamente para que reboten. A estos movimientos desordenados sigue en breve un estado de parálisis; el pez vacila un poco, y luégo se tumba de espaldas. Armados nosotros de palos, corremos de roca en roca, unas veces á nado, y otras con agua hasta el cuello, recogiendo los cumarús, que no tardarian en recobrarse de su sopor. Apatú no asiste á esta pesca pretextando que se halla indispuesto; pero, al examinarle á mi regreso, veo que no tiene el menor síntoma de fiebre: su dolencia es puramente moral.

Miéntras aguardo que hiervan el pescado, veo que muchos indios comen tierra. Todos

los rucuyos son geófagos. En el sitio destinado para ahumar la carne en todas las casas hay bolas de arcilla que se secan al humo y que se comen reducidas á polvo. Durante el dia, y bastante tiempo despues de cada comida, cogen una de estas bolas, le quitan la capa ennegrecida por el humo, y raspan el interior con un cuchillo, sacando un polvo impalpable del que tragan cinco ó seis gramos en dos veces.



Fabricacion del collar sheri-sheri

Me es imposible reclutar hombres que me acompañen en mi descenso por el Parú. Los indios se esfuerzan por hacerme desistir de mis proyectos, diciéndome que encontraremos monstruos fantásticos y cataratas insuperables. A pesar de todo partimos el 18 por la mañana, y á las dos horas practicamos un pequeño reconocimiento en la desembocadura de un afluente en busca de alguna caza, divisando al poco rato un cuiui *(Penelope leucolophia)*, que se aleja al pronto, pero á la cual hace volver Apatú gritando *cuiui*. Esta ave, que es del tamaño de una gallina, tiene el cuerpo negro, la cabeza blanca y las alas manchadas de blanco. Aunque muy parecida al maraya, es caza ménos estimada, encontrándosela con frecuencia en los terrenos pantanosos próximos á la desembocadura de los riachuelos, porque allí encuentran simientes de palmera uapú.

En el Parú, lo mismo que en los demás rios de la Guayana, el viajero suele encontrar bandadas de murciélagos que revolotean de árbol en árbol. Esta especie es inofensiva, y duerme bajo el tronco de un árbol inclinado sobre el rio, del cual se suspende por las patas. Hay una especie de vampiro un poco mayor que vive en las casas y muerde al hombre y á los animales: las más de las veces dirige sus ataques al dedo gordo del pié; pero con preferencia da sus mordiscos entre las dos cejas y en la punta de la nariz. Las heridas que causa son bastante leves, se curan por lo comun sin dejar cicatriz, y sólo tienen un inconveniente, el de manar bastante sangre en un país en el que ya hay bastante propension á la anemia. Los bueyes, los caballos y los perros mueren á veces extenuados á causa de los mordiscos reiterados de los vampiros. Lo más curioso es que este animal, que siempre muerde de noche, no despierta nunca á su víctima. Hasta el dia siguiente no se notan las heridas, pero no por el dolor que causen, sino por la gran cantidad de sangre que se encuentra en el lecho ó en la hamaca.

A las dos llegamos á una choza en la cual encuentro dos conocidos: son un par de asesinos

fugitivos del Amazonas, á quienes ví el año pasado en las aguas del Yari. Habiendo engañado estos miserables á sus vecinos, se ven obligados á vivir en el más completo aislamiento. Su libertad es más dura que los cerrojos de la cárcel; de avanzada edad y enfermizos, están destinados á morir de hambre en medio de la selva que amenaza invadir su vivienda. Prohibo á mis negros que entablen conversacion con aquellos malhechores; la vieja, con su nariz de buitre y sus ojos de lechuza, seria capaz de hacernos sufrir la suerte de su primer marido, es decir, envenenarnos con un brebaje de bruja.

19 de noviembre. — Habiendo infringido Apatú mi consigna para comprar una hamaca, le dirijo algunas reconvenciones por su conducta: se enfada y me contesta: «Si no estás contento me marcharé.» No contesto á esta impertinencia.


Fabricacion de cordel

Llegamos en breve á una catarata, teniendo que pasar las canoas y los fardos por tierra. Apatú recoge su pacotilla, la carga en una pequeña canoa y quiere estrecharme la mano en señal de despedida. Voy á pagarle acto continuo quinientos francos que le debo, pero se niega á recibirlos, diciendo que no necesito pagarle puesto que no estoy satisfecho de sus servicios. Media hora despues y cuando le creia ya muy léjos, le veo pasar con una pesada carga á cuestas, pues ha retrocedido y puéstose á trabajar sin decir una palabra.

A eso de las diez pasamos por delante del principio de un sendero recorrido por los indios que van del Parú al Yari. Hay dos dias y medio de camino para llegar á la aldea de Akiepi y desde ésta otro dia de navegacion en canoa bajando el rio Apaqua que desemboca en el Yari, un poco más abajo de la aldea de Macuipi.

Los indios que hemos encontrado en el desembarcadero acceden á acompañarnos hasta su aldea llamada Paleuman. Por el camino nos cuentan un episodio ocurrido el año pasado en estos sitios. No habiendo plantado bastante yuca el tamuchy Akiepi, fué á instalarse en casa de Macuipi quien le proporcionó cazabe y cachiri durante toda la mala estacion. Al volver á su casa no quiso tomarse la molestia de roturar algun terreno, pareciéndole más cómodo mendigar ó robar la yuca de sus vecinos. Aquel holgazan, que era muy ladino, no se valia de un machete para cortar los tallos de yuca, sino que los arrancaba de modo que se echara la culpa de ello á los agutis. Creyéndolo así Macuipi, pasó dias enteros buscando con sus perros los animales que destruian su plantacion; hasta que por fin descubrió una pista que desde

esta iba á parar á la aldea de Akiepi. Parte de noche con dos de sus hijos y un peito y llega de dia á la morada del ladron, en la cual sólo encuentra mujeres y chiquillos, los cuales le dicen que su tamuchy ha ido á pescar al rio Apaqua.

Macuipi marcha en seguida en persecucion de su vecino, y al llegar junto al rio, ve á los dos hijos de Akiepi ocupados en ahumar el pescado: estos jóvenes, cómplices de su padre, reciben de improviso una lluvia de flechas que les causan la muerte. Macuipi y su gente se llevan léjos de allí los cadáveres y se emboscan aguardando el regreso de Akiepi: como este tardara en volver, Macuipi baja por la orilla del rio Apaqua, al poco rato divisa á su enemigo en una piragua y le dispara una flecha; pero este se echa al rio y emprende la fuga. Macuipi se arroja al agua á su vez, y quiere darle un sablazo miéntras nada, pero se le escapa el arma de la mano, y entónces Akiepi se vuelve, lánzase sobre su adversario y le ase por el cuello. Trábase una lucha terrible en medio del rio, y ya los dos combatientes iban á desaparecer debajo de las ondas, cuando una flecha disparada desde la orilla traspasa la garganta de Akiepi. Las mujeres y los hijos de este desdichado, que ha pagado demasiado caros sus hurtos, han ido á refugiarse á la vivienda de Araqua.

20 de noviembre. — Por la mañana descubro una laguna en la inmensa selva que cubre los cuatro quintos de la América del Sur. En esta parte del continente americano hay dos zonas bien distintas: aquí el gran bosque sin horizonte; allá praderas sin un arbusto, en las que la vista se pierde en una interminable masa de gramíneas.

La riqueza del Uruguay, de la República Argentina y de la Patagonia consiste en sus praderas en las que se alimentan millares de bueyes y caballos; el porvenir de Venezuela, la Guayana y el Brasil no está en la explotacion del oro y de las piedras preciosas, sino en la de las selvas. Cuando se haya mitigado la sed de oro en la Guayana francesa, se explotarán las maderas preciosas y de construccion que se caen de vetustez en las orillas del Maroni, del Oyapock y de todos los afluentes del Amazonas. Esta sabana, que tiene muchos kilómetros de extension, me recuerda el aspecto de un campo de trigo maduro. La yerba está tan seca que la más leve chispa la inflama. Al atravesarla con Apatú, levantamos varias serpientes y un *cariaco*, es decir, un cervatillo que estaba pastando la yerba. En lontananza divisamos hermosas montañas que parecen tener de 150 á 200 metros de altura sobre el nivel del rio. Mi compañero me hace observar que una de ellas, con su cima redondeada cubierta de espesa arboleda de follaje oscuro, semeja la cabeza de un negro.

La corriente es débil y el agua apénas tiene un metro de profundidad, áun cuando el rio apénas llega á 200 metros de anchura. Esta navegacion, que dura ya diez dias, es por demás monótona; toda nuestra distraccion consiste en asaetear pequeñas tortugas, que son muy comunes en este rio, al paso que no hemos encontrado una sola en el Yari. Encontramos tambien muchos bancos de arena, en los que mis hombres nunca dejan de detenerse; distínguense en ellos las huellas de patas terminadas en cinco dedos afilados, y en medio de la pista un rastro producido por el arrastre de una cola. A trechos se ven montoncillos semejantes á los que producen los topos en nuestras praderas. Debemos encontrar huevos de iguana en estos sitios. Un indio, arrodillado junto á uno de dichos montones, remueve la arena con un palo,

y encontrando una galería en direccion horizontal, la sigue hasta dar con los huevos, de los que recoge unos veinte. Al principio de la estacion seca, en el momento en que se retiran las aguas, empieza la puesta. En esta época contienen á veces pequeñas iguanas, pero esta no es una razon para tirarlos; al indio le parece el *embrion* más delicado que la yema del huevo. A



Danza del tulé

mí me gustan con pasion los huevos de iguana ahumados, pareciéndome mucho más sabrosos que los de gallina.

El dia 22 descansamos en una vivienda llamada *yaripo*, en la cual alisto hombres para que nos guien algunos dias. Entre las ocupaciones á que me dedico, remiendo mi único pantalon, que está averiado en demasía: como careciese de hilo, un indio me lo hace acto continuo del modo siguiente: Dos hombres cortan cada uno una gran hoja; las cruzan y se ponen á hacer un movimiento de vaiven tirando con fuerza cada cual por su lado, y en breve desaparece la materia carnosa de las hojas no quedando más que las fibras textiles. Ya tengo hilo.

Para hacer cordel, el indio se pone sobre la rodilla tres hilos de igual longitud, y sujetán-

dolos firmemente con la mano izquierda, los retuerce pasando la mano derecha con fuerza por el muslo, de atrás adelante y viceversa. Con una sola de estas maniobras fabrica un pedazo de cordel de doce centímetros de largo, y repitiendo estos movimientos llega á hacer cuerdas de más de treinta metros con las que forma ovillos.



India hilando

La fabricacion de las hebras de algodon para hacer hamacas es cosa exclusiva de las mujeres. Sus ruecas consisten en un palito duro, que cerca de uno de sus extremos tiene metido un disco de hueso de tapir; en el extremo opuesto lleva un gancho de madera.

Asisto á una fiesta llamada *tulé*. A eso de las cuatro de la tarde, desembocan en la plaza de la aldea veinte hombres alineados de frente: no llevan sus grandes sombreros, sino coronitas de plumas *(pomaris)*, y en el hombro, á modo de charreteras, dos plumas de aras rojos *(Kinoro natiki)*, de muy buen efecto. El jefe de la partida, situado á la derecha, se aplica á la boca una ancha flauta de bambú de la cual saca sonidos graves y tristes, balanceándose al propio tiempo sobre la pierna derecha. Los demás, que llevan asimismo flautas de bambú, pero más pequeñas, responden en tono más agudo. Llegados al medio de la aldea, se forman en círculo y se ponen á dar vueltas sin dejar de tocar la misma música y golpeando cadenciosamente el suelo con el pié derecho. Esta rueda viviente, que no cesa de moverse toda la noche silbando siempre lo mismo, me excita los nervios hasta el punto de no poder pegar los ojos. El eje de esta máquina diabólica es una gran vasija llena de cachiri con el que aplacan su sed los danzantes. Estos, que en su mayoría son extraños á la tribu, proponiéndose recompensar á las mujeres que han estado toda la noche sirviéndoles jarras de cachiri, les enseñan, uno un *caturi* (cesta), otro un *manare* (tamíz) y otro una cuchara *(anicato)* para remover el contenido de la olla. Las mujeres arden en deseos de poseer estos objetos nuevecitos y artísticamente trabajados.

El dueño del caturi se sienta en medio de la plaza con un palo que mantiene oculto detrás de la espalda. Acércase una muchacha para coger aquel objeto, pero recibe un palo en los dedos, con grandes risotadas y aplausos de los concurrentes. Otra, más diestra, esquiva los golpes y atrapa el hermoso cesto. Esta distribucion de regalos y de palos dura más de una hora. Las mujeres corresponden á la generosidad de los convidados trayéndoles tres grandes jarras llenas de cachiri mucho mejor que el de la víspera; y del que al poco rato no queda una gota.

Digamos de paso que cuando muere alguna mujer no se celebra ninguna fiesta.

XXIV

Modo de trepar.—La vida futura.—Objeto de la cremacion.—Modo de indicar las distancias.—Cómo cuentan los rucuyos.—Inutilidad de los veterinarios.—Fumigacion con tabaco, exorcismo, ventosas, dieta, honorarios condicionales.—Un caso desesperado.—Sortilegio.—Los Apalai.—El ave fantasma.—Paseo nocturno.—Un ídolo.—Reclutamiento de una escolta.—Modo sencillo de esquivar una manada de pécaris.—Nuevo carácter que distingue al indio de las demás razas.—Ladron intimidado.

23 de noviembre (duodécimo dia de marcha bajando por el Parú).—Encontramos un gran afluente de la izquierda, cuyo caudal es la tercera parte del del Parú. Miéntras hago un reconocimiento en su desembocadura, Apatú mata un cuati, que queda suspendido por la cola: un indio va á buscarlo, para lo cual pasa los piés por un lazo hecho con hojas del palmera y trepa al árbol con la velocidad de un macaco. Al llegar á las ramas, saca las piernas del lazo y se pasea por ellas á sus anchas; luégo desprende el animal muerto, y baja del árbol, siempre con su lazo, que le impide resbalar.

El 23 pasamos junto á una aldea abandonada en la que se ha enterrado á un piay.

—*Honis lipoc na* (no hableis), nos dice Yelemeu, *Iteke piay tale yepe* (el piay Iteke está ahí).

Se pone á remar con tal cautela que no se oye el chapoteo del agua, y apénas respira para no hacer ningun ruido. Casi nos atemorizamos, creyendo que nos amenaza un gran peligro. Hasta que trascurren dos horas, y cuando estamos ya muy léjos, no me da Yelemeu explicaciones acerca de su temor. Si hubiéramos tenido la temeridad de saltar á tierra en aquel punto, habríamos encontrado al *caicuii piay* (tigre piay), que guarda á su hermano.

Despues de la muerte, el espíritu de los buenos y el de los malos se remontan al cielo, al cual llaman *Kapun.* Los primeros se elevan mucho, mucho, más allá de las nubes, y allí encuentran mujeres hermosas, se baila todas las noches, se bebe cachiri, y no se trabaja en los plantíos. Los malos se detienen debajo de las nubes, por donde corren siempre, sin esperanza de subir más. Si se quema el cuerpo inmediatamente despues de la muerte, es para que el alma se remonte con el humo. Los piays, cuyos cadáveres no se queman nunca, conservan el alma unida al cuerpo. El espíritu y la materia quedan en la fosa, donde los visitan los piays, y los hombres y animales que van á consultarlos.

24 de noviembre.—Dormimos en la cabaña de Puimro, situada en la última aldea de los rucuyos: vamos á penetrar en una nueva tribu de indios, los apalai. Allí encuentro un piay llamado Apipa, que tiene fama de haber viajado mucho, y aprovecho esta ocasion para pedirle informes sobre el camino que aún hemos de recorrer. Hé aquí textualmente las indicaciones que me proporciona:

Levanta el brazo derecho y describe un semicírculo dirigido de este á oeste, y golpeándose el pecho, dice: *Mu-mu... ituta tinickse* (dormir en el bosque). Repitiendo el mismo ademan, añade: *Moeneu* (mañana), *mu-mu... Apalai patipo tinickse* (dormir en casa de Apalai); *moeneu... mu-mu... Beymao tinickse*, etc., etc.

Voy tomando apuntes á medida que me hace este relato que dura una hora sin interrup-

cion, y veo que estamos aún muy distantes del término de nuestro viaje, por cuanto mi colega se ha dado más de cuarenta golpes en el pecho con la mano izquierda.

Los rucuyos no saben expresar más que tres números: *auini*, uno; *sakere*, dos; *hele-uau*, tres; luégo presentan los dedos de las manos y de los piés y cuando la cantidad pasa de veinte, dicen *colepsi*, que es un diminutivo de mucho, ó *cole*, *cole*, mucho, mucho.

A la puesta del sol, mi colega se prepara á tener una consulta. En un rincon de la choza se instala una jaula de hojas de palmera, en la cual entra el piay á rastra. El enfermo se queda fuera, sentado en un *cololo* en medio de los espectadores. Despues de un momento de silencio, oimos un ruido como de frotamiento: es el piay que golpea con las manos las hojas de *uapú*. En seguida, soplando con fuerza, hace: *hi*... *hi*... imitando el grito del tigre; luégo silba como el macaco, canta como el hoco, el maraya y todas las aves de la selva. Es una invocacion á todos sus colegas los piays animales: *caicuchy piay* (hechicero tigre), *mecu piay* (hechicero macaco), *matapi piay* (hechicero serpiente), *achitau piay* (especie de pacu), que deben auxiliarle con sus consejos: ellos son los que le indicarán los remedios para curar al enfermo. Y para que acudan sin recelo, se ha tenido cuidado de apagar todos los fuegos de la aldea.

El silencio es profundo; es el momento solemne de la consulta entre el hechicero de los hombres y los hechiceros de los animales. Despues, se toca la música, y el piay canta: *Carvilanayo! Carvilanaye!* dando patadas en una tabla para acompañarse. Entónces se hace entrar al enfermo, que tiembla de miedo. El piay aspira el humo de un cigarrillo que se le entrega ya encendido y lo despide con fuerza, soplando como un cachalote sobre la parte enferma: despues hincha los carrillos y vuelve á soplar con violencia para expulsar el mal que acaba de aspirar.

Esta escena diabólica dura más de dos horas, y termina por una prescripcion que puede resumirse en una palabra: dieta. El enfermo no ha de comer pakiri, ni hoco, ni pescados grandes, ni beberá cachiri, etc. Mi colega recibirá en pago una hamaca, pero con la condicion de que ha de preceder el completo restablecimiento del enfermo.

Presencio otra consulta no ménos interesante; trátase de un enfermo que se halla en una situacion desesperada. El piay hace los mismos gestos, las mismas invocaciones que ántes, pero pone fin á la escena de una manera dramática. Pide un arco pequeño y una flecha diminuta, y saliendo luégo de su jaula con aire triunfante, enseña el dardo enteramente ensangrentado. *¡Suci yepe! cuchinatati!* (Le he clavado la flecha! Morirá muy pronto!) Estas gentes sencillas creen que todos sus males provienen de sortilegios, es decir, de piays que han sido echados por algun hechicero. Cuando no se puede extirpar la enfermedad, se vengan haciendo mal de ojo á una persona de la tribu vecina.

26 de noviembre.—A las dos llegamos á un lugarejo apalai, mandado por un jóven tamuchy llamapo Tiui. Estos indios tienen los mismos caracteres físicos que los rucuyos, y su idioma es tan parecido al de estos que comprendemos muchas palabras.

Tienen una costumbre bastante singular que no hemos visto usada por los uayanas. A los pocos momentos de mi llegada, me traen un enrejado de hojas de palmera en el cual hay

sujetas por medio del cuerpo grandes hormigas negras de las que causan picadas dolorosas. Todos los individuos de la tribu, sin distincion de sexo ni edad, se me presentan para hacerse picar en la cara, en los riñones, en los muslos, etc. A veces soy indulgente en la ejecucion y me dicen: «¡Más! ¡más!» Ninguno queda satisfecho hasta que tiene la piel salpicada de vejiguillas como las producidas con ortigas.

A las ocho el tamuchy nos dice: *Tiniknc ycpe*, esto es: Vamos á acostarnos. Nos entregan á cada uno una tea *(ucyu)*, que es simplemente una larga astilla de madera resinosa. La encendemos y llevando cada cual su hamaca, penetramos en el pequeño sendero que atraviesa la plantacion. Al llegar al bosque, oimos el canto de un ave que da distintamente cinco notas seguidas: apénas lo oyen mis acompañantes, cuando sobrecogidos de un pánico inexplicable, apagan las teas, y echan á correr. A mi vez tengo que regresar á la aldea, y es ya muy tarde cuando nos acostamos. ¿Qué ave será esa, que tanto miedo causa á los indios de la Guayana? Conocen su canto, pero nadie la ha visto: es de creer que sea una especie de lechuza.

Me es imposible dormir; el calor me sofoca, y me decido á salir; pero es operacion muy complicada. Por lo pronto, tengo que encender la tea, si no quiero exponerme, despues de andar agachado por debajo de las hamacas, á romperme las piernas en los travesaños mal unidos que forman el pavimento. Luégo, me cuesta mucho trabajo bajar por una escala compuesta de dos perchas á las cuales se han atado con bejucos algunos barrotes trasversales. Se me apaga la tea en el punto en que llego al pié de la escala, y tengo que dar la vuelta á la choza, que no es otra cosa sino un tejido de hojas de palmera que se levanta con cuidado para dejarla caer de golpe á fin de que no penetren los mosquitos.

¡Con qué gusto he salido de ese horno! Se me dilata el pecho, y mis pulmones aspiran con delicia el aire fresco de la noche. A la luz de la luna veo un bulto puesto sobre dos palos colocados en cruz: es un maniquí relleno de paja que figura un guerrero en actitud de disparar una flecha. Habiendo preguntado al dia siguiente qué significaba aquel muñeco, me contestan: *Yolock*. Compro aquel diablo inofensivo por una hamaca con intencion de llevármelo á Francia.

No tardaremos en llegar á las grandes cascadas, y necesitamos guías á todo trance. En el momento en que ajusto á Tiui para que me acompañe al país de los calayuas, veo llegar un jóven indio llamado Olori, que sabe algunas palabras en portugués. Como me dice que ha visitado á los blancos, procuro inducirle á acompañarnos. Careciendo de objetos de cambio, le ofrezco mi paletó y algunas piececitas de oro para hacer collares y pendientes. Reflexionan durante la noche, y á la mañana siguiente mis huéspedes aceptan mis presentes, por estar resueltos á emprender el gran viaje. Les pago al punto, pero les ruego que me dejen mi paletó hasta la desembocadura del rio, á lo cual acceden, si bien con la condicion de que les entregue de antemano los pocos botones que le quedan.

Nos ponemos en marcha con un refuerzo de tres hombres. Olori se embarca en mi ligera piragua con Apatú. Casi todos los dias encontramos viviendas, y tengo ocasion de hablar con los indígenas y de reunir objetos etnográficos: entre otras cosas compro pinturas sobre ma-

dera análogas á la que he encontrado en casa de Macuipi, y cucharas que no carecen de originalidad, pues están hechas con el occipucio de un cuata adaptado con un cordel á un mango de madera. Estos instrumentos son tan cómodos, que los empleamos para nuestro uso personal.

29 de noviembre.—Media hora despues de nuestra partida, saltamos en tierra persiguiendo una manada de pécaris que acaban de cruzar el rio. Olori imita el ladrido de un perro



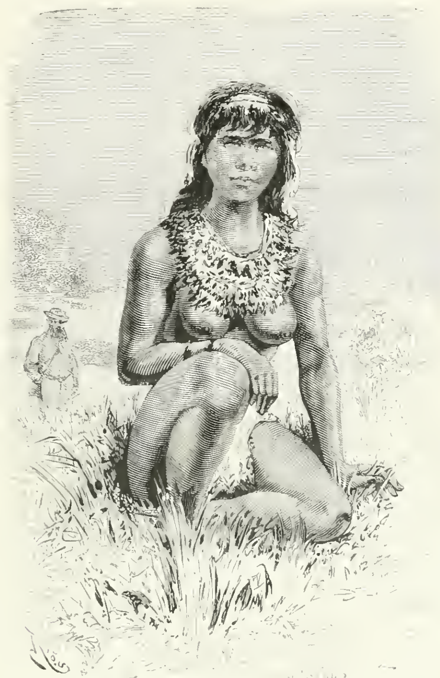
Fumigacion de tabaco

con objeto de hacerlos volver: la manada vuelve en efecto encaminándose hácia nosotros: Apatú y yo nos apresuramos á trepar á un árbol, pero el indio se queda en tierra con una sangre fria que me llena de asombro; se aposta detrás de un arbolillo que encorva hasta el suelo, y resguardado por este pequeño arco que sujeta con el pié derecho, dispara sus flechas á los animales que primero llegan. La manada emprende otra vez su marcha, pero al poco rato retrocede de nuevo, dando así motivo al indio para hacer nuevas víctimas.

A las nueve divisamos una pequeña sabana en la orilla derecha; este vacío en la selva no reconoce otra causa sino la pobreza del suelo que es incapaz de alimentar árboles.

El 1.º de diciembre (vigésimo dia de nuestra bajada por el rio) vemos un afluente bastante considerable llamado *Tapukuru*, que significa textualmente rio de las rocas *(tapu*, rocas; *kuru*, rio). Por la tarde llegamos á Malaripo, lugar situado en medio del bosque, á dos kilómetros de la orilla derecha, en el cual me detengo dos dias para hacer provision de cazabe. Malari es un tunante que nos niega víveres so pretexto de que su yuca no está madura, y

trata de amotinar mi tripulacion. Habiéndole sorprendido durante la noche bebiendo cachiri y desperdiciando el cazabe que sus mujeres me han preparado durante el dia, mando que le sujeten y le obligo á pasar todo el tiempo sentado al pié de mi hamaca. El viejo ladino, viéndose cogido en el lazo, despliega la mayor actividad, y en dos dias me proporciona setenta galletas de cazabe, que hago secar al sol y embalar en caturis bien cerrados.



La bella Popula

Aprovecho los ratos de ocio para reunir una coleccion de dibujos que los mismos apalais trazan en mi album. Los contemplo miéntras se dedican á esta tarea, y observo que estos indios, como los rucuyos y los oyampys, tienen los pliegues de la piel mucho más salientes que los individuos de las razas blanca y negra. Los pliegues de la rodilla se parecen mucho á las arrugas de la piel de una naranja. Quisiera representar exactamente estos detalles, que me interesan bajo el punto de vista antropológico, pero no me es posible. Entónces se me ocurre una idea: hago que un indio se embadurne de achiote de piés á cabeza, y con un papel delgado que aplico con la mano, obtengo todos los detalles de estructura. El achiote obra como la tinta de imprenta. Con un poco de práctica, reuno los detalles anatómicos de todas las partes del cuerpo, y particularmente de los piés, de las manos, de las rodillas y del codo. Es de notar que la piel de los niños de pecho tiene las arrugas tan marcadas como las de un blanco adulto. La de un jóven examinada á la simple vista parece aumentada tres veces como si se contemplara con un anteojo.

Observo otra circunstancia rara. Todas las mujeres de la aldea, que no pasan de siete á ocho, tosen y escupen continuamente como si estuviesen tísicas, al paso que los hombres gozan de robusta salud.

Al volver al embarcadero, Stuart dice que le han robado su machete. El ladron no puede ser otro sino el jóven Olori, que ha pasado algun tiempo con los blancos. Sabiendo que un acto de violencia por mi parte daria lugar á la desercion de los indios, me contento con llamar á Olori y mirarle de hito en hito hasta hacerle bajar la vista. Despues de esta inspeccion silenciosa, le encargo que vaya en persona á hacer las pesquisas necesarias para encontrar el objeto robado. Al cabo de diez minutos vuelve y me dice que ha encontrado el machete en el rio, donde habia caido por casualidad.

¡Todo va bien, en marcha!

XXV

Zarzaparrilla.—Un harem.—Casamientos consanguíneos.—El cigarrillo de la hospitalidad.—Mapireme.—Cascada de Tulé.—Apalais tirando al blanco.—Siempre cascadas.—Bajada vertiginosa.—Indio picado por una raya.

El 5 de diciembre pasamos por delante de una aldea antigua habitada en otro tiempo por rucuyos que recogian zarzaparrilla para cambiarla por cuchillos y collares que les proporcionaban los apalais. Estos trasportaban dicha planta medicinal á la parte inferior del rio para venderla á los calayuas. Las colinas que costean la orilla derecha son ricas en zarzaparrilla.

Llegamos muy temprano á una vivienda situada asimismo en el bosque, y habitada por un corpulento indio llamado Azauri. Este hombre parece dotado de una fuerza colosal. En la cabaña veo cuatro lindas mujeres, cada una de las cuales me da un mechon de su cabello negro para mi coleccion antropológica. Habiéndoles preguntado dónde están sus maridos, las cuatro me designan al tamuchy Azauri: lo raro es que la más bonita de todas, llamada *Popula* (sol), llama á Azauri unas veces papá y otras *okiri*. Las uniones entre parientes en primer grado no son raras en todos los indios de la Guayana.

Mis compañeros de viaje han embarcado en su canoa un gran caturi de incienso que se proponen llevar á la parte inferior del rio para cambiarlo por un cuchillo. Se lo compro al punto, pero no para llevármelo, sino para consumirlo durante el viaje. Esta materia es muy preciosa; se la usa para encender fuego y como alumbrado; pero yo le doy además otra aplicacion; al acostarme, me permito el lujo de sahumarme con esta resina, destinada exclusivamente en todas las demás partes del mundo á la adoracion del Dios de los blancos.

Los apalais, como los rucuyos, dan al incienso el nombre de *arua:* esta sustancia se halla en bastante cantidad al pié de los árboles, y Apatú ha encontrado junto al rio Maroni un pedazo de incienso tan grande que á dos hombres muy vigorosos les ha costado mucho trabajo cargarlo en su canoa. El árbol de incienso *(Icica guianensis)* se usa á veces para hacer piraguas, pero su madera, si bien fácil de trabajar, es de calidad muy mediana. Los negros cimarrones de la Guayana llaman al incienso *moni* (dinero), sin duda porque les sirve para comprar á los blancos los objetos que necesitan.

6 de diciembre.—Azauri nos acompaña con su hija, á la cual vigila con doble interés.

Al medio dia llegamos á un desembarcadero que conduce á la habitacion de un viejo jefe llamado Eritiman, situada á dos kilómetros en el interior del bosque.

Quisiera evitar esta excursion, porque hace un calor sofocante, pero tengo que ceder ante la autoridad de la bella Popula, que desea hacer esa escala. Los apalais tienen un modo singular de cumplimentar á sus huéspedes: cada cual separa tantos cigarrillos cuantos son los extranjeros que llegan, y se los presentan despues de encenderlos. Me veo en la precision de dar algunas chupadas á cada uno de los largos cigarros que me ofrecen sucesivamente, los cuales se componen de una hoja de *tuari* que rodea otra hoja de tabaco de muy buen olor, áun cuando no se le ha sometido á ninguna preparacion. Esta costumbre podria tener graves inconvenientes por lo que respecta á la trasmision de ciertas enfermedades.

A las dos nos ponemos en marcha, y vemos el rio sembrado de islotes que indican la proximidad de las cascadas. Pasamos la noche en unas hermosas rocas, pero atormentados por nubes de mosquitos que me hacen cambiar veinte veces de sitio.

7 de diciembre.—El rio se divide en muchos brazos; nos dirigimos por el de la izquierda, al través de las innumerables islas y rocas que forman un dédalo inextricable, viéndonos obligados muchas veces á retroceder y á dar grandes rodeos, para franquear los obstáculos que se nos presentan. Comprendiendo las islas, la anchura total de la corriente no baja de tres kilómetros.

Por fin, á las dos llegamos al desembarcadero de un lugarejo situado á dos kilómetros de la orilla. Manda en él el tamuchy Mapireme, cuyo nombre designa un tigre muy temido que probablemente no existe más que en la imaginacion de los indígenas. Miéntras mi huésped se acicala para recibirme, yo me siento en una choza en la cual encuentro un hacha de piedra que me apresuro á adquirir á cambio de una aguja.

Tiurit me dice que no conoce las cascadas del Parú; por lo cual es indispensable contratar algunos indios de esta aldea que deben tener la costumbre de atravesarlas cuando van á pescar pacus. Mapireme consiente en acompañarme con dos canoas, dándole en pago una escopeta y unas cuantas monedas de oro de las que hace ménos caso que de un collar de abalorio.

Los apalais consideran el paso de las cascadas como una empresa muy peligrosa, así es que las mujeres y los niños vienen á acompañarnos hasta el desembarcadero. En el momento de la separacion, doy un poco de ánimo á mi escolta quemando algunos cartuchos.

Al medio dia salimos del laberinto de las islas para pasar al gran rio, que al poco rato se divide otra vez en un millar de ellas, entre las cuales cae el agua formando raudales y pequeñas cascadas. Las canoas abandonadas se estrellarian infaliblemente contra las rocas si no se las amarrase con una cuerda atada á popa. El vigoroso Apatú no puede aguantar la fuerza de la corriente, y resistiéndose á dejar ir la canoa, hubiera caido en la cascada, si yo no hubiese acudido y le hubiera sujetado por una pierna. Stuart y Hopú, ménos prudentes, lanzan su piragua en medio de las cataratas con espantosa audacia, pues son tanto más atrevidos cuanto ménos conocedores del peligro.

9 de diciembre.—Llegamos á una cascada majestuosa, que forma largas gradas, y á la

cual llaman los indígenas Tulé: tiene diez metros de altura por ciento cincuenta de longitud. Tenemos que desembarcar los bultos para trasportarlos por tierra hasta cuatrocientos metros de distancia, y hallamos las canoas sobre las rocas. Siéndome forzoso ocupar toda mi tripulacion en el trasporte de cada embarcacion, tardamos más de cuatro horas en salvar aquel obstáculo. No efectuamos el trasbordo sin percance, pues se me rompe mi mejor cronómetro y varias vasijas llenas de dibujos, y dos de mis hombres se lastiman al caer sobre las rocas.

Al pié de las rocas lo volvemos á embarcar todo en las piraguas, y navegamos con rapidez vertiginosa entre peñas negras, relucientes, que parecen montones de carbon de piedra. Es *hematita*, es decir, un mineral de hierro casi puro que hemos encontrado ya en el Yari. En seguida el rio se bifurca en mil brazos, y merced á nuestros guías encontramos una cabaña en una isla en la cual pernoctamos.

El 10 no tenemos un momento de reposo; por todas partes encontramos rocas graníticas y esquistosas que forman cascadas de cincuenta centímetros á un metro muy difíciles de atravesar. Mi pequeña piragua salta en el agua como un corcel fogoso, y pasamos como el relámpago por delante de las rocas que rozamos sin chocar jamás con ellas.

Olori, dispuesto siempre á echarse á nado, se levanta á cada instante de su banco.—¡Siéntate! le grita Apatú. De pronto, las oleadas son tan fuertes que el agua entra por todas partes.—*¡Cocuita! ¡cocuita!* (¡rema! ¡rema!) dice Apatú, y llegamos sin percance al pié de la cascada.

Cuando el paso es más difícil, Apatú hace virar la canoa, que marcha tan bien de proa como de popa, y dando un vigoroso golpe de remo, nos lanza al través de las rocas sobre las cuales pasamos casi rasándolas. Las evoluciones son tan rápidas, que no tengo tiempo de revolverme; franqueo el obstáculo volviéndole la espalda con mi cuaderno de apuntes en las rodillas y la brújula en la mano. Tengo tal confianza en mi patron, que no veo peligro alguno en tan vertiginosa bajada.

Pasamos la noche en la vivienda de Erale, donde presencio cómo tiran al blanco unos jóvenes que hace poco han sufrido el suplicio del *marake*. Vueltos de espalda, disparan bolitas de cazabe contra un madero en el cual se ha trazado una circunferencia. Los que no dan en el blanco tres veces seguidas han de sufrir nuevas picaduras de hormigas y avispas.

Los apalais, como los rucuyos, no pueden casarse sin haber pasado por estas pruebas, pues de lo contrario estarian expuestos á engendrar solamente hijos enclenques y enfermizos.

El 11 por la mañana perdemos la piragua cargada de cazabe. Sabiendo que hay una aldea á corta distancia, me adelanto para que nos preparen víveres. Por la noche, se nos resiste comer pescado sin materia feculenta, pero Apatú recuerda haber puesto á fermentar algunos pedazos de cazabe para hacer cachiri, y saboreamos con placer esta horrible pasta que ponemos á cocer, aunque está florecida.

El 12 franqueamos los saltos Tapiocaua y Taoka: en este último el rio se ensancha de pronto, formando un embudo. Todo el dia estamos encontrando cascadas y más cascadas que

no nos dejan un momento de reposo, y para colmo de desgracia, no tenemos un pedazo de cazabe para cenar.

El 13 de diciembre tenemos una sorpresa desagradable al emprender la marcha. El rio se engolfa en unos canales que no tienen ni dos metros de anchura, precipitándose en ellos con tal violencia que espanta. No es posible meterse por este desfiladero, en el cual se romperia nuestra canoa contra las grandes rocas negras que constituyen un rico mineral de hierro. Tenemos, pues, que trasportar la canoa por tierra, pero es tan accidentado el terreno que



Pérdida de una canoa.

invertimos dos horas en recorrer veinte metros de distancia haciendo correr la embarcacion sobre troncos á modo de rodillos. Cansado Apatú de esta maniobra, toma el partido de bajar empujado por la corriente: nos embarcamos y partimos.—*¡Caique! ¡caique!* grita el patron y pasamos rozando con los obstáculos aunque sin tropezar con ellos: en un cuarto de hora avanzamos cuatro kilómetros. Descansamos cinco minutos solamente, y en seguida nos ponemos animosamente en camino.

A las once y media el rio se ensancha, pero es tan poco profundo que tenemos que saltar al agua para impeler la canoa con la mano. Aún no habíamos avanzado cien metros cuando nuestro compañero Olori lanza un grito agudo. ¿Qué le ha sucedido? Que le acaba de picar una raya que habia pisado. Se le entorpece toda la pierna, y el pobre Olori experimenta á intervalos calambres sumamente dolorosos. Le tendemos en la canoa y proseguimos nuestra

marcha á pié, apresurándonos á salir de aquel mal paso, porque la privacion de cazabe nos es muy penosa, y aunque tenemos pescado á discrecion, parece que nos morimos de hambre, segun lo que nos duele el estómago.

Apatú me recomienda, para no tropezar con ninguna raya, que siga la estela de la canoa, pues la agitacion del agua las hace huir á derecha é izquierda. La raya se mantiene en el fondo, á menudo cubierta de arena y cieno; cuando huye enturbia el agua, de suerte que no se la ve hasta pasado un rato. Cuando se marcha, conócese el sitio en que ha estado por la depresion oval que en él deja.

Apatú mata de un palo una gran raya, que, tendida de espalda, da á luz veinte hijuelos de cinco á seis centímetros de longitud. A los indios no les asustan las rayas grandes, porque sus púas embotadas son por lo comun incapaces de punzar. Los aguijones de este pescado se usan con frecuencia para hacer puntas de flechas destinadas á cazar monos.

No teniendo qué comer, seguimos navegando para llegar á una hermosa montaña llamada Cuyapoko, que divisamos desde esta mañana.

XXVI

Naufragio de una canoa.—Vértigo.—Caida en un precipicio.—Canal pintoresco.—Una víctima.—Dos canoas perdidas en un dia.—Construccion de piraguas de corteza.—Gran sequía.—La última cascada del Parú.—Significado de la palabra *Panamá*.

A las tres, llegamos á una aldea mandada por el tamuchy Apere. Al dia siguiente mando hacer cazabe, y contrato hombres que nos conduzcan hasta la parte inferior del rio; pero no podemos ponernos en marcha, porque las otras canoas no llegan.

El 16 íbamos á partir sin esperarlas, cuando oimos un tiro: es que Hopú y Stuart anuncian su llegada. La causa de su tardanza ha sido el naufragio de la canoa grande: todos los fardos se han ido al fondo, y ha habido que hacer en ella grandes reparaciones.

La navegacion del 17 no presenta dificultad alguna, pero al dia siguiente empiezan otra vez las cascadas y avanzamos muy despacio.

El 20 por la mañana pasamos por delante de una montaña cortada á pico llamada Maracanai, muy parecida á las que hemos encontrado ya en el Yari: es una arenisca blanca de altura prodigiosa. La corriente nos arrebata con rapidez al pasar por delante de ella, mas al poco rato nos detienen unas grandes rocas esquistosas de raras formas detrás de las cuales se ve otra montaña llamada Tauaracapa. De pronto desaparece el agua entre las rocas, y tenemos que detener las canoas y buscar un paso. Habiendo partido Apatú y algunos indios como exploradores, vemos que el rio es enteramente impracticable en un trecho de quinientos metros. Este reconocimiento es muy fatigoso, y al poco rato tengo las plantas de los piés desolladas á fuerza de saltar de roca en roca. Llega un momento en que nos vemos detenidos por una ancha grieta en cuyo fondo se arremolina el agua produciendo un estruendo espantoso. El indio que me acompaña lo traspone de un salto: yo vacilo un instante en saltar; pues estoy sujeto al vértigo, y como no tomo bastante impulso, resbalo al llegar á la orilla opuesta, y voy á desaparecer en el abismo, cuando tengo la suerte de cogerme á una gran piedra á la cual me agarro con la desesperacion del que se ahoga; el indio se vuelve, y dándome la mano,

me saca del precipicio, en el cual no hubiera tardado en caer. Vuelvo cojeando á nuestras piraguas, y tengo tiempo de curar mis contusiones miéntras mi gente abre un camino en el bosque para pasar las canoas.

El 21 por la tarde nuestras piraguas, empujadas á brazo, llegan al pié de la cascada: embarcamos los fardos y continuamos el viaje. A la media hora encontramos otra cascada de cuatro metros de altura: vuelta á descargar los fardos, y á halar las canoas por tierra, lo cual exige dos horas de trabajo penoso, con una lluvia torrencial que empieza á caer. En breve se estrecha el rio y corre en línea recta al sudeste. No invertimos media hora en recorrer una distancia de más de cuatro kilómetros por este canal, cuyas orillas están formadas de arenisca blanca que se eleva verticalmente en la izquierda, al paso que en la derecha está corroida por el agua que la desmorona formando los dibujos más raros. No puedo resistir al deseo de detenerme un instante para sacar el cróquis de estas rocas, que tan pronto presentan el aspecto de una ruina como la apariencia de un animal fantástico.

El viejo Mapireme, que ha naufragado hoy, está tan extenuado por esta navegacion insensata, que desea volverse; á lo cual accedo, despues de hacer que recompongan su canoa, hendida á causa de un choque contra las rocas.

El 23 nos metemos entre unas colinas que los indígenas designan con el nombre de Moraica y de Tacaipu. El rio, que atraviesa cuarcitas análogas á las que constituyen la *Pancada* del Yary, da saltos espantosos entre paredes cortadas á pico. Descargamos todos los fardos y bajamos las canoas reteniéndolas desde la orilla con grandes bejucos á guisa de cuerdas: una de las amarras se rompe y la canoa se estrella contra las rocas. Para colmo de desgracia, una de las canoas se va rio abajo durante la noche y nos es imposible encontrarla.

Apatú, que lleva los fardos al través de las rocas situadas junto á la orilla izquierda, ha visto en una peña granítica un grabado de unos sesenta centímetros de longitud por medio centímetro de profundidad.—Es un hombre ó más bien una rana, me dice mi patron, que me ha avisado demasiado tarde para que me sea posible copiar dicho dibujo.

No teniendo más que dos embarcaciones, y una de ellas averiada, nos vemos obligados á construir dos piraguas con corteza de itaiba. El tegumento de este árbol, que es muy grueso, no se desprende sino encendiendo fuego á su alrededor cuando se le ha empezado á levantar.

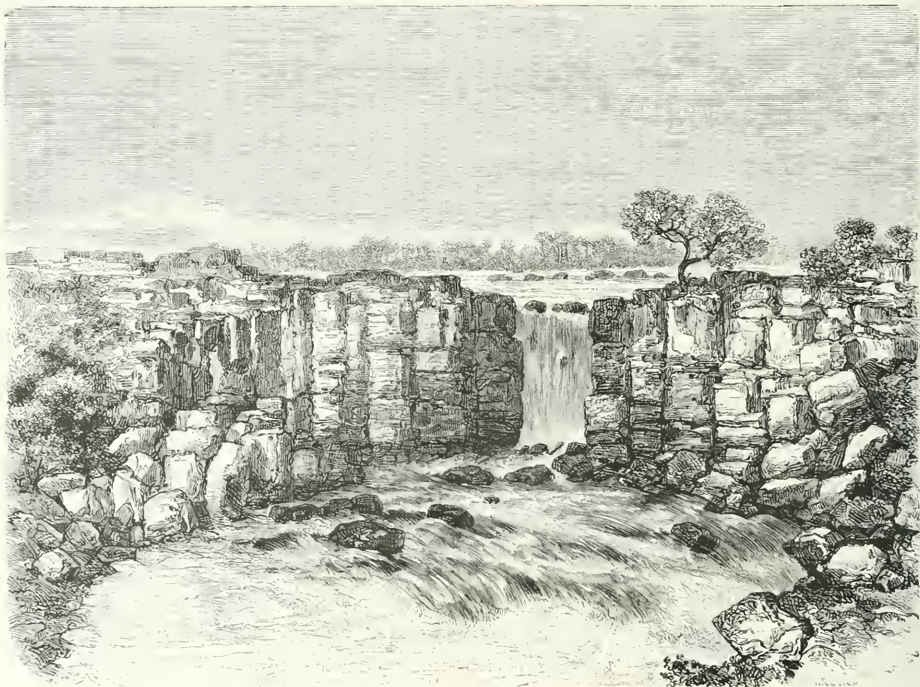
El 24 de diciembre (trigésimo octavo dia de navegacion), el rio, que tiene de 700 á 800 metros de anchura, se dirige al Este casi en línea recta en una distancia de más de diez kilómetros. Lleva tan poca agua que no tan sólo tenemos que andar por su lecho, sino que tambien desviar algunas peñas para que pueda pasar nuestra diminuta embarcacion. El lecho del rio está sembrado de piedras que parecen partidas como las cuñas destinadas para empedrar una carretera (rocas esquistosas).

Despues de este largo trayecto, llegamos á una cascada vertical de veinte metros de elevacion y que se parece á las cascadas de la *Desesperacion* y de la *Pancada* en el Yary. Los indígenas la designan con el nombre de *Panamá* que significa *mariposa* en la lengua de los apalais y de los rucuyos.

XXVII

El lápiz de nuestros padres.—Nos acercamos á la civilizacion.—Caza del tapir.—Accidente terrible.—Resignacion.—Pécaris.—Puente pintoresco.—Banquete en casa de Lúculo.—Llegada al gran rio.—Ni vapores ni canoas.—Dos jornadas para ir del Parú al Yary.—Completo el trazado de este rio.—Regreso á Pará.

Miéntras mi gente trasporta los fardos y conduce las canoas por la orilla derecha, fabrico un lápiz con mi última bala. Sabiendo que Panamá es la última cascada del Parú, remamos con todo vigor para llegar cuanto ántes á las avanzadas de la civilizacion. Pero llega la noche, y he de colgar mi hamaca de un árbol muy inclinado sobre la orilla. A media noche cae



El salto de Panamá

un chubasco que nos sorprende sin abrigo y no puedo cerrar los ojos. A causa de los movimientos desordenados que hago, se rompe la cuerda de la hamaca y caigo al agua, de la cual salgo como puedo, pero teniendo que aguardar á que amanezca, en una situacion por demás incómoda, para secar mi ropa al fuego.

Todo esto ocurre la noche de Navidad, y para mayor desdicha no tenemos nada que almorzar, por lo cual nos embarcamos al salir el sol. Un esfuerzo más y llegaremos al término de nuestro viaje. Mis ojos, sobrado prácticos ya, escudriñan las orillas con ansiedad febril. A las ocho divisamos una columna de humo que sube en línea recta á un cielo sereno y sin nube alguna. Mi corazon late con fuerza al acercarse á la civilizacion...

¡Qué dicha experimenta el viajero cuando llega al fin de su viaje despues de cumplir con creces su cometido sin el menor accidente y sin haber perdido un solo hombre! Si he dejado muchos fardos por el camino, en cambio he conservado mis instrumentos y he podido trazar todo mi itinerario sin el menor vacío.



Puente sobre un *parana*

Mis hombres reman de prisa, así es que muy pronto llegamos al campamento que habíamos divisado. Encuentro en él un negro y un indio viejo ocupados en ahumar un *pirarucu* que habian cogido la víspera. Aquellos pobres hombres nos ofrecen un cigarro y nos convidan á participar de su frugal almuerzo. Hablan en portugués: ¡cuán feliz soy pudiendo conversar con gente que habla un idioma que tiene relacion con el mio! Les pido noticias de Europa y del Brasil; pero no saben una palabra acerca de los acontecimientos políticos, y se limitan á enseñarme un papel que envolvia sal. Es una gran satisfaccion encontrar la clase de alimento de que carezco hace dos meses, pero lo es mucho mayor para mí el recorrer los

restos de un periódico. Hace ciento cuarenta dias que no he leido más libro que el de la naturaleza, soberbio, encantador, pero salvaje... Tengo ya necesidad de civilizacion; así es que leo y releo el papel impreso que me da noticias de mi país.

A las nueve en marcha. En el momento en que atravesamos el rio para desviarnos de un banco de arena, vemos un tapir que salta como un caballo fogoso á través de las aguas poco profundas del Parú: le apunto y le hiero en la espaldilla de un tiro con perdigones gruesos, por cuanto mi última bala me sirve de lápiz.

—*¡Cocuita! ¡cocuita!* (¡rema! ¡rema!) dice Apatú á los dos indios que van delante de mí.

Llegamos cerca de la orilla en el momento en que el tapir, saliendo del agua, da un salto para refugiarse en el bosque. Yo me habia levantado y tenia el arma apuntada, cuando Apatú me dice:—¡Tira! ¡tira!....

Olori, que iba delante de mí, lanza un grito de dolor.

—*¡Natati!.... ¡natati eu!....* (¡Soy muerto!)

El desgraciado tiene la mano izquierda destrozada, sujetando aún el remo que habia levantado hasta la boca del cañon de mi escopeta. Arrastrado por el ardor de la caza, se habia levantado para remar con más fuerza y tenia la mano delante del cañon en el momento en que disparé.

Miéntras los pescadores de piraracu rematan el tapir á tiros, yo me ocupo del herido, que ha caido desmayado y á quien los indios creen muerto. Hago trasbordar los fardos á la canoa grande, y nos encaminamos con presteza en busca de una vivienda. Contengo por compresion la sangre del herido, que se reanima, y al cual llevo tendido sobre mis rodillas, miéntras continúo, no sin trabajo, haciendo el trazado del rio.

Trascurren cuatro horas ántes que podamos llegar á un lugar habitado por unos cuantos indios y negros medio civilizados. Olori está tan postrado que hay que llevarle en una hamaca suspendida de una pértiga: tiene varios dedos mutilados, y aunque yo quisiera amputárselos acto continuo, él se niega á que se le haga cualquiera operacion, apelando entónces al recurso de inmovilizarle el antebrazo sobre una tablilla que le sujeto con tiras de tela arrancadas de mi camisa.

Olori no está resentido conmigo, pues me dice:

—No tienes tú la culpa: mi compañero me habia dicho: «Cuidado con el fusil!» Yo debí hacerle caso. Como no podré ya disparar flechas, dame el fusil que me ha causado tanto daño, con muchos perdigones y pólvora.

El infeliz está tanto más resignado cuanto que ve en este percance el castigo del robo que habia cometido: ha echado de ver que la mano herida es precisamente la misma con la que hurtó el machete de Stuart.

Miéntras acabo de curarle, una manada de pécaris atraviesa el rio, y toda la poblacion de la aldea se apresura á embarcarse en las canoas, oyéndose al poco rato muchos tiros. Las embarcaciones regresan cargadas de esas grandes piezas que podrán suministrar carne para más de una semana á la aldea y á mi tripulacion. Por la noche la canoa grande vuelve tambien con la mitad del tapir; habiéndose dado la otra mitad á los que han acabado de matar

al animal.—¿Dónde están las demás piraguas? Al oir disparos de fusil seguidos de gritos plañideros: *¡Natati! ¡natati!* creyeron que los calayuas nos habian atacado y al punto emprendieron la fuga.

Partimos el 27 por la mañana despues de asegurar la suerte de mi víctima. El bajo Parú tiene orillas ménos elevadas que el Yary al mismo nivel, estando entrecortado por numerosas islas pantanosas, en una de las cuales nos detenemos algunas horas aguardando la baja marea. Apatú divisa varios *syringa*, es decir, árboles de cautchuc semejantes á los que se explotan en el Yari. Por la tarde nos metemos por un canal muy angosto *(parana)* que va á parar á un desembarcadero en el que una goleta está cargando castañas. Dejamos los fardos en la canoa y nos encaminamos á una cabaña situada allí cerca.

Habiéndonos detenido un instante para contemplar esta naturaleza admirable de la que vamos á despedirnos, vemos que se nos acerca un anciano de barba blanca cuya cara no nos es desconocida. Es un judío de Marruecos á quien ví en Gurupa cuando mi último viaje. Aquel buen hombre nos ofrece café miéntras prepara la comida, y experimentamos una satisfaccion indecible al saborear este precioso licor del que hacia ya muchos meses estábamos privados.

28 de diciembre.—La canoa grande continúa su marcha descendente miéntras retrocedemos para no perder la continuacion de nuestro trazado hecho con la brújula: en el plano del Parú no existe el menor vacío; algunas horas más de trabajo y tendremos la carta de este hermoso rio, completamente desconocido de los geógrafos.

No pudiendo navegar siempre á causa de la marea, descansamos algunas horas para hervir una gran olla de café. La abundancia ha vuelto de pronto á nuestro campamento: tenemos sal, galleta, aguardiente *(cachara)* y azúcar, así es que hacemos un almuerzo exquisito. En seguida nos tendemos en las hamacas esperando el reflujo. Empezábamos á dormir cuando Apatú nos anuncia que el agua va bajando. ¡Pronto, á las canoas y en marcha!

A eso de las tres, vemos en lontananza una pequeña sabana en la orilla derecha; al poco rato divisamos una casa y luégo bueyes en una pradera. Es menester cruzar el rio para ir á aquella vivienda; pero de pronto sopla el viento, levántase el oleaje y el agua penetra en las embarcaciones á riesgo de hacerlas zozobrar. Volvemos á la orilla para estivar bien los fardos, y luégo ponemos la proa á las olas, de suerte que subimos y bajamos con el pedazo redondo de madera que nos sirve de barco. Temo que nos vayamos á pique, sobre todo cuando pienso en los objetos de mi coleccion y sobre todo en mis cuadernos. Recelando algun percance, me guardo estos en el pecho y me abrocho cuidadosamente la camisa.

Por fin, llegamos detrás de un pequeño promontorio donde estamos á cubierto del viento y en seguida saltamos en tierra. ¡Cuál no seria nuestra sorpresa al vernos en presencia del jóven Rabeilo, hijo de un brasileño que me dió hospitalidad en Gurupa cuando mi primer viaje! Su casa está situada en un pequeño afluente llamado Umma porque los indios que vivian en estos lugares encontraban en ellos los mimbres con que fabricaban sus pagaras.

Ignoro lo que ha sido de la canoa grande: la aguardamos en vano toda la noche, y á la mañana siguiente, no viéndola llegar, parto muy temprano en su busca. Suponiendo que se

haya detenido en la desembocadura del rio, descendemos por él siguiendo la orilla izquierda. Dos horas despues doblamos la última punta del Parú y entramos en las aguas del gran rio de las Amazonas, que vemos por segunda vez. Enfrente hay una casa donde veo á mis hombres ocupados en hacerse la comida.

Hace cincuenta dias que hemos salido del país de los trios y cuarenta y uno de navegacion por el Parú.

He terminado mi segundo viaje por la Guayana, pero todavía tengo que completar un trabajo: cuando mi primer viaje estaba tan cansado, tan enfermo, que no pude terminar el trazado del Yary. Tenia ya la parte más interesante del rio, surcada por vapores. Habíanme asegurado que este trazado estaba ya hecho; pero despues de adquirir informes, supe que el



La canoa del doctor Crevaux entrando en el Yary

Yary carecia de carta desde su orígen hasta su desembocadura. Sé que dos vapores remontan el bajo Yary el 1.º de cada mes; si queremos aprovecharlos, no tenemos tiempo que perder, porque sólo me quedan dos dias para pasar del Parú al Yary. No es posible andar el camino á pié, porque las tierras bajas del Amazonas están surcadas por infinidad de corrientes: forzoso es, pues, navegar, pero nuestras piraguas sin quillas no pueden resistir el embate de las oleadas del Amazonas, que es un verdadero océano de agua dulce. Las canoas buenas están de viaje, y sólo me queda una embarcacion vieja que hace agua como una cesta. Pido al patron que me conduzca al Yary, pero se niega, pretextando, y no sin razon, el mal estado de su barca. Me encojo de hombros, y sin hacer caso de sus objeciones, le contesto con un tono que no admite réplica:

—Que calafateen en seguida esa barca de cualquier modo; es menester que partamos esta noche con el reflujo.

Arreglo mis cuentas con los indios apalais que me han acompañado hasta aquí: como he quedado muy satisfecho de sus servicios, les pago generosamente y les entrego una caja de machetes y de hachas para Olori y los indios que huyeron por temor á una batalla.



Naturales de Tabatinga, buscadores de cautchuc

¡Cosa extraña! Apatú, que ha demostrado un arrojo á toda prueba en las cascadas, parece tener miedo á la dilatada superficie del Amazonas; y no ocupa su puesto en mi embarcacion sino despues de haber estado vacilando largo rato. Los negros de Surinam que han visto su indecision, se sienten poseidos de un verdadero pánico y exclaman:

—No partiremos; de ninguna manera.

—Enhorabuena, les contesto; ya que no quereis acompañarnos, nos iremos sin vosotros.

Les hago las tres intimaciones legales y levamos anclas.

La canoa empezaba ya á bajar arrastrada por la corriente, cuando mis negros se deciden á venir; regresamos á la orilla y se embarcan silenciosos.

A las once, algunas luces nos anuncian que nos acercamos á la aldea de Almeirim.

—Tengo ahí un hermano enfermo, me dice Apatú; permítame V. ir á visitarlo.

Casualmente mi deseo es saltar en tierra, por lo cual voy á visitar al enfermo, y al mismo tiempo compro azúcar, café y cachasa.

Mis negros de Surinam, despues de tomar un gran vaso de café con una fuerte dósis de cachasa, se ponen á remar con mucho vigor. Navegamos noche y dia, deteniéndonos tan sólo cuando sube la marea. Dormimos en la canoa, casi amontonados debajo de un *pamacari* ó toldo de hojas de palmera que cubre la popa de la embarcacion.

Por fin, el 31 de diciembre entramos en el Yary. Hoy es dia de fiesta. Las mujeres van vestidas de blanco, y la gente se prepara á bailar al són del tam-tam. No quiero retener á mi gente y la permito que vaya á pasar la velada con sus amigos.

El vapor *Yary* no llega hasta el 2 de enero: remonta el rio hasta el punto en que hube de interrumpir mi trabajo. Como andábamos noche y dia he tenido que dejar algunos huecos en mi trazado al subir; pero los lleno al bajar. La parte inferior del rio se puebla rápidamente: el vapor se detiene más de veinte veces para embarcar cargamentos de cautchuc y castañas.

Nos dirigimos por fin á la desembocadura del Amazonas, haciendo unas treinta escalas en las islas que forman el delta del gran rio, é invertimos cinco dias en recorrer un trayecto que los vapores directos andan en treinta horas.

Llegamos á Pará el 9 de enero de 1879.



SEGUNDA PARTE

Exploracion del Iza y del Yapura

I

El alto Amazonas.—Sus afluentes.—El rio Iza ó Putumayo.—Tres fugitivos de la Comuna.—Reyes y Simpson remontan el rio.—Planta que hace huir á los tigres.—Lago de aguas negras.—Frontera del Brasil.—La isla Curuarta.—El rio Yaguas.—Diez platos de pescado y flechas envenenadas.—Un paso de las Termópilas.—Los indios orejones.—Islas Pataua y Cantaro.—Indios montepas.—Negras fugitivas.—Llegada á Cuemby.—Escasez de poblacion.—Ni una piedra.—Descanso.

Envío mi tripulacion á Surinam y me quedo con Apatú. No pudiendo regresar á Europa en el rigor del invierno, me propongo ir al rio de la Plata con objeto de restablecer mi salud; pero, gracias á la generosa hospitalidad de mi compatriota M. Barrau, voy recobrando mis fuerzas ántes de la salida del vapor. Entónces pienso que una excursion al Amazonas debe de ser más fructuosa que un paseo por Buenos Aires.

Me embarco, pues, para el alto Amazonas.

Por el camino recojo informes acerca de los afluentes de este rio y vengo en conocimiento de que casi todos son enteramente desconocidos, y algunos de ellos mucho más grandes que el Ródano no han sido explorados. Nadie ha remontado el curso del Xingu, del Yutali, del Jurua, del Javary, del Trompeta, de los grandes afluentes del rio Negro, ni del Yapura.

En estos momentos se habla mucho de un rio hácia el que ha llamado la atencion el comerciante colombiano D. Rafael Reyes: el rio Iza ó Putumayo, navegable en vapor casi hasta los Andes, y al cual sólo se le conoce por un bosquejo trazado á bordo de un vapor que navegó dia y noche, y por personas más ocupadas de asuntos comerciales que de geografía.

Una exploracion de esta corriente, que tiene lo ménos cuatrocientas leguas, ofrece tanto interés que me decido á emprenderla inmediatamente, y comprando víveres y objetos de cambio en Manaos, me embarco para Tonantins, junto á la desembocadura del Iza.

En el momento de entrar en campaña, Apatú cae enfermo y los habitantes del país se niegan á acompañarme, pues dicen que este rio es muy malsano, que está infestado de insectos, que la estacion no es á propósito, las orillas están anegadas, la corriente es rápida y que se necesitarian lo ménos cinco meses para llegar á su nacimiento.

Continúo mi viaje por el Amazonas hasta la frontera del Brasil y del Parú, esto es, hasta Tabatinga, en donde presencio la marcha de los buscadores de cautchuc. Hago excursiones por Javary, en cuyas márgenes encuentro en flor la planta que sirve para la fabricacion del curare en el alto Amazonas. Me cercioro de que el veneno de las flechas del Parú no es el mismo que el de la Guayana, pues la base de aquel es el *Strychnos Castelneana*, así llamado del nombre del viajero francés que fué el primero en encontrarlo.

De regreso á Pará, me arreglo con el dueño de un vapor que debe remontar el Iza todo

lo más léjos que le sea posible para embarcar un cargamento de quina. Miéntras aguardo el dia de la partida, voy á la isla de Marrajo con objeto de estudiar una enfermedad de los caballos llamada *quebra brinda* la cual se caracteriza por una parálisis de los miembros posteriores. No tengo ya dinero, pero M. Barrau me anticipa el que necesito y me da cartas de crédito para las poblaciones del Amazonas.

El 29 de marzo de 1879 me embarco á bordo del *Canuman* con el objeto de remontar el Iza hasta su nacimiento.

El rio Iza ó Putumayo es un gran afluente del Amazonas, que, segun he dicho ántes, no tiene ménos de cuatrocientas leguas, es decir, mil seiscientos kilómetros desde su orígen hasta su desembocadura: nace en la vertiente oriental de los Andes, cerca de Pasto, y los brasileños le conocen con el primero de dichos nombres, y los españoles con el segundo.

Esta corriente, llamada á un gran porvenir, no era enteramente nueva para el mundo civilizado. Los conquistadores españoles conocian las principales fuentes del Putumayo, y en el San Miguel, gran afluente de la derecha, se encuentran todavía vestigios de explotaciones auríferas. Los jesuitas procedentes de Pasto han suavizado las costumbres de las razas indígenas que viven en el décimo grado superior del Putumayo. Cuentan las gentes del país que hace unos treinta años, un general revolucionario llamado Orando, acosado por las tropas del gobierno de Nueva Granada, emprendió la fuga hácia el Iza y bajó por él en una balsa hasta el Amazonas. A fines de 1871, tres franceses, que habian tomado parte en la insurreccion de la Comuna, vinieron á buscar fortuna hasta los Andes. De resultas de una reyerta, los tres amigos se separaron en diferentes direcciones: uno hácia el Napo, otro hácia el Iza, y hácia el Yapura el tercero. El llamado Santiago murió en el Yapura á consecuencia de haberle mordido una serpiente: Cristóbal, que se habia aventurado por el Putumayo, pereció á manos de los indios orejones, que se lo comieron, á veinte dias de navegacion del nacimiento del rio; del tercer viajero, no se ha vuelto á saber nada. Por otra parte, unos esclavos fugitivos del Brasil llegaron hasta cerca de las fuentes para buscar en ellas un asilo.

Estas peregrinaciones no habian dejado ninguna indicacion geográfica sobre tan importante rio, hasta que en 1874 un jóven colombiano se puso á buscar una vía para dar salida á las quinas que habia descubierto en la vertiente oriental de los Andes. Rafael Reyes lanzó su canoa en el Guineo, y navegando dia y noche, llegó al Amazonas en ménos de un mes. Aquel hombre, tan inteligente como activo, fué en derechura á Rio Janeiro, y allí obtuvo el tránsito libre de derechos de sus quinas al través del imperio brasileño. Algunos meses despues remontaba el Iza, pero no ya en canoa, sino con dos pequeños vapores, uno fletado por él y otro por el gobierno del Brasil.

El inglés Simpson, que acababa de descender el Napo con mi amigo el pianista húngaro Sarkadi, se ofreció á Reyes para secundarle en su empresa. Encargado de la direccion del pequeño vapor brasileño, consistió su cometido en hacer cortar la leña que debia alimentar las calderas del vapor colombiano. Así pues, á Rafael Reyes y á Simpson les corresponde el honor del descubrimiento de una vía navegable en vapor desde el Amazonas hasta corta distancia de los Andes. Simpson sólo ha dejado acerca del Iza algunos apuntes que comunicó á

la Sociedad de Geografía de Lóndres; pero Reyes hizo, auxiliado por un portugués llamado Bissau, un trazado con la brújula desde la desembocadura hasta Cantinelo, es decir, hasta el punto en que cesa la navegacion por vapor, trabajo que no pasa de ser un esbozo bastante rudimentario, puesto que se efectuó á bordo de un vapor que navegaba dia y noche. Pero una comision brasileña, presidida por el Sr. Costa Acevedo, ha hecho un trazado del rio desde su desembocadura hasta un afluente llamado Mrari, que está solamente á hora y media de navegacion de aquella.



Riberas anegadas del Iza

Llegado yo al Iza despues de los colombianos, ingleses y brasileños, quedábame todavía una tarea importante, puesto que no se tenia carta alguna del Iza más allá de Cantinelo, y el Guames no estaba trazado. No tan sólo he llenado este vacío, sino que tambien he levantado el plano de la mitad superior del curso del Putumayo, esto es, unas doscientas leguas con todas las islas y hasta los menores recodos. Habiendo encallado muchas veces el buque porque las aguas empezaban á bajar, he anotado un gran número de sondeos que el capitan mandó practicar para encontrar un canal.

A las siete de la noche del 15 de abril llegamos delante de la desembocadura del Iza, y vimos en una barranca cubierta de gramíneas cinco cabañas que constituian el lugar de San Antonio, en el que hay algunos aduaneros brasileños, encargados de cobrar los derechos de

entrada de los productos procedentes de Colombia. La compañía R. Reyes es la única exenta de pagar estos derechos.

La navegacion es tan fácil, que el *Camunan*, que cala dos metros, marcha á todo vapor tan libremente como en el Amazonas. Navegamos con una velocidad de siete millas, pero la distancia recorrida sólo es de cinco, á causa de la corriente que es de dos millas por hora.

A las cinco de la mañana hacemos alto para cargar leña y desembarcar unos cuantos soldados brasileños enviados para defender la frontera. El establecimiento, compuesto de una casa de tablas, está situado en una eminencia de cuatro á cinco metros de altura. A este nivel, el rio, considerablemente estrechado, corre con una velocidad de cuatro millas por hora, y tiene más de doce metros de profundidad.

Miéntras mido la anchura del rio, Apatú hace una excursion por la huerta, en la cual descubre una cosa que le pone muy contento: ha recogido un puñado de simientes de una planta de la familia de las malváceas que los rucuyos cultivan en sus plantíos, y que les sirve para hacer una infusion con la cual locionan á sus perros ántes de partir para la caza del jaguar. El olor de almizcle, muy desarrollado en esta simiente, obliga al tigre á alejarse en el momento en que va á hincar los dientes en su presa. Despues he sabido que esta planta, conocida con el nombre de ambarilla *(Hibiscus abelmoschus)* se usa en perfumería. Si el aserto de los rucuyos es verdadero, y no lo pongo en duda, nuestras elegantes pueden cruzar impunemente las selvas vírgenes de la América del Sur y quizás de Bengala. ¿Por qué tendrá el *yauar* tal horror á este perfume? Sin duda porque todos sus enemigos huelen á almizcle: el pécari, al que no osa acometer cuando va reunido en manadas, las serpientes y el caiman despiden un olor á almizcle que les preserva de un verdadero peligro.

Partimos á las nueve. La corriente se ensancha de nuevo y vemos grandes islas y tierras bajas cubiertas de miritis. Junto á la orilla derecha divisamos la desembocadura de una laguna de aguas negras llamada Carananca, habitada por algunos indios tacumas que se dedican á pescar tortugas y piraracus.

A las once pasamos por delante de una pequeña colina llamada Guarito. A medio dia navegamos entre dos grandes islas llamadas Piranas y poco despues doblamos una pequeña punta llamada Tauari, del nombre de una leguminosa cuya corteza emplean á modo de papel para cigarrillos los indígenas del Iza lo propio que los rucuyos de la Guayana. A las cinco vemos, entre tierras completamente anegadas, un ribazo que sobresale un metro. Es uno de los raros puntos en que los desdichados que viajan en canoa encuentran un sitio á propósito para acampar, y que se halla en la orilla derecha, algo más abajo del afluente Kereyu. Por la noche nos metemos en un gran parana llamado Keué, invirtiendo una hora en recorrerlo. Este brazo, que tiene treinta metros de anchura, es tan profundo, que el piloto no teme conducirnos por él en medio de las tinieblas nocturnas.

26 de abril.—A las seis de la mañana vemos una pequeña plantacion de yuca cerca de la orilla derecha. Habítala un brasileño que cultiva la tierra con algunos indios ticunas medio civilizados.

A las nueve y media pasamos por delante de una pequeña colina más arriba de la cual

desemboca el pequeño afluente Mrari que sirve de límite entre el imperio brasileño y las antiguas posesiones españolas. Allí estaba el puesto militar brasileño, pero ha habido que abandonarlo á causa de la insalubridad de la localidad. Difícil seria encontrar un sitio conveniente para establecer un puesto en la parte inferior de este rio, porque, aparte de la fiebre que causa grandes estragos en estas tierras que apénas asoman fuera del agua, hay que luchar noche y dia con las picaduras de millares de insectos. De dia es una mosquita negra, llamada peon, la que se ensaña particularmente con los piés y las manos para chupar la sangre. De noche son nubes de mosquitos que asaltan sin cesar á hombres y animales. La frontera brasileña está á treinta y seis horas de la desembocadura: calculando nuestra velocidad efectiva en cinco millas por hora, hemos recorrido ciento ochenta.

A las tres nos detenemos con objeto de segar yerba para los novillos que deben servir para alimento de la tripulacion. Con este motivo se hacen algunos sondeos á fin de encontrar un buen fondeadero. Encontramos siete metros en medio del rio y cuatro junto á la orilla,



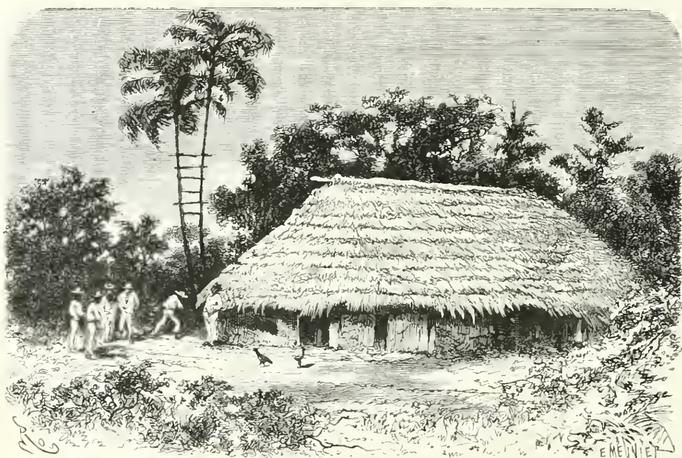
Vasija de los indios orejones

que está formada de aluviones recientes. Por regla general, el rio es ménos profundo y ménos rápido junto á la orilla convexa; por este lado pasan las canoas que suben el rio, al paso que los vapores, para evitar las varadas, tienen que seguir la gran curvatura, es decir, la orilla cóncava. Esta, cortada á pico, se deja corroer insensiblemente por la fuerza de las aguas que descarna las raíces de los árboles y los derriba en la época de las recrudescencias. Los restos de los ribazos encallan en la orilla opuesta, en la cual se reunen detrás de una punta formada por la cúspide de la convexidad. En el limo retenido por un árbol se ha desarrollado el *capin*, es decir, la yerba tierna que cortamos para los bueyes. Estas raquíticas gramíneas cederán en breve el puesto á grandes cañas que los indios cortarán para hacer flechas; algunos meses despues, brotarán allí árboles de tallo fistuloso que crecen á ojos vistas *(madera-cañon* ó *clibadium)*, y á la sombra de estos germinarán semillas que estaban ya en medio de este depósito de limo. Por fin dentro de pocos años descollarán robustos árboles.

Para convencerse de todo esto, contemplemos una isla pantanosa que se dilata de dia en dia por efecto del depósito de nuevos aluviones. Vemos tres especies de vegetacion: en primer término, cañaverales; en segundo, madera-cañon, y en el fondo, árboles. Los cañaverales han usurpado ya el puesto de las pequeñas gramíneas: los clibadiums, que parecen formados en batalla, han enviado ya algunos precursores que se elevan en medio de las cañas; por otra

parte, observamos en medio de estos plantas trepadoras y de otras especies que parecen pedirles asilo y proteccion. Entre estas yerbas modestas hay árboles, hoy en miniatura, pero que crecerán y se apoderarán de todo el terreno.

A las cinco vemos cerca de la orilla izquierda una isla llamada Curuarta, palabra usada por los rucuyos para designar la cuerda de un arco y la especie de aloe de la que sacan fibras textiles. A las seis nos enseñan una choza abandonada: su techo de bálago está cubierto de un musgo verde que produce el efecto de una verdadera pradera colgada. Este *sitio*, indicado con letras mayúsculas en la carta de Bissau con el nombre de San Cristóbal, no es otra cosa sino la vivienda del francés de la Comuna de quien he hablado ántes.



Vivienda de indios civilizados en Cuemby (rio Iza)

A las diez de la noche el vapor fondea delante del rio Yahuas, el primer afluente grande que encontramos. Al medio dia viene á bordo un peruano á quien habíamos encontrado ya, y que nos trae diez platos de pescado y flechas. Este hombre, que hace exclusivamente el comercio de zarzaparrilla y de curare, nos da informes preciosos acerca de este agente interesante para la terapéutica, compuesto de un gran número de plantas, la más activa de las cuales es el *Strychnos Castelneana*. El principio tóxico se saca de la corteza del tallo, que se raspa y se exprime en agua caliente. Entre las plantas que se agregan á esta preparacion figuran tres especies: una aristoloquia, una aroidea *(Diffenbachia siguinum)*, y una fitolácea *(Petiverin alliacea)*. El *Strychnos Castelneana*, del cual hemos recogido gran cantidad de raíces, tallos, hojas y flores, lo he encontrado tambien en las orillas del Amazonas, un poco más abajo de Tabatinga y en el rio Javary.

Tengo noticia de que las fuentes del Yahuas están próximas á las del Pebas, y que bastan dos dias y medio de marcha para ir de un rio á otro. De la frontera del Brasil (rio Mrari) al Yahuas hay doce horas de navegacion en vapor, es decir, sesenta millas y una distancia total de doscientas cuarenta millas para ir á la desembocadura.

26 de abril.—A las nueve pasamos por delante del afluente Itauga, cerca del cual vemos

algunos siringas *(Hoevea guyanensis)*, es decir, el árbol del cautchuc, que se explota en el bajo Amazonas. A las dos el rio se estrecha de pronto atravesando una pequeña colina y corre con una velocidad de más de cuatro millas. Este notable desfiladero, parecido al paso del *Obligado* en el rio Paraná (República argentina), ha sido calificado de paso de las Termópilas. Más arriba el rio se ensancha tanto que el comandante, temiendo varar, practica algunos sondeos, encontrando una profundidad mínimum de tres metros por una anchura de unos mil metros.



Indios civilizados de Cuemby

A las seis, la orilla izquierda se eleva súbitamente. El ribazo arcilloso, corroido por las aguas, forma un muro de ocho á diez metros. Segun nos dice el piloto, los colombianos habian establecido en esta pequeña colina un puesto militar para defender su frontera.

Llegamos á las cuatro al remanso Andreas, que está á diez horas cuarenta minutos de navegacion del Yahuas, ó sea á unas ochenta y dos millas.

27 de abril.—Miéntras cortan leña para las calderas, hacemos una excursion á la vivienda de un indio civilizado llamado Andreas y encontramos una familia establecida cerca de la desembocadura de un riachuelo, en cuyas orillas vemos gran cantidad de siringas. Esta region es insalubre.

El 2 de mayo, aprovecho una parada del buque para hacer una excursion á la comarca de los indios orejones que viven á ocho kilómetros de la orilla derecha. Estas gentes, que todavía usan hachas de piedra, no llevan por todo traje más que una faja de mimbre, y no

sólo tienen agujereadas las orejas, sino tambien el lóbulo y las alas de la nariz así como los labios. Treinta personas que viven en una gran cabaña *(maloca)* cubierta de hojas de palmera, nos reciben gritando: *¡Osu, osu!* que sin duda significa *amigo*. En el descampado encontramos cinco cráneos humanos puestos en estacas. El estudio de estos objetos antropológicos, que actualmente están en el Museo de Paris, nos permite afirmar que los indios del Iza no se diferencian de los de la Guayana.

Al llegar á bordo, no me falta trabajo. Durante mi ausencia, ha caido un árbol corpulento y podrido sobre un indio que se ocupaba en cargar leña y el cual ha tenido la gran suerte de que el árbol no le rompiera la columna vertebral: verdad es que ha recibido una ancha herida, muy parecida á un sablazo, en la region lumbar. Despues de contener la hemorragia, junto los tejidos haciendo algunas suturas.

Navegamos por espacio de diez dias sin detenernos más que para cargar leña. A partir de las islas Repiniuna, por las que pasamos á las seis de la mañana del 3 de mayo, tan sólo viajamos de dia. En este franqueamos el primer punto que presenta algun riesgo, el banco del Apihy, así llamado del nombre de un vapor que ha encallado cuando bajaba por el rio con un cargamento de quina.

7 de mayo.—Observamos que el rio ha bajado un pié durante la noche, lo cual nos sobresalta tanto más cuanto que llegamos á parajes de difícil paso. En efecto, el paso de Cosacunti requiere mucha prudencia; el rio, que es aquí muy ancho, sólo tiene de dos á tres metros de profundidad, y es preciso buscar el canal sonda en mano. Al querer doblar la isla Pataua nos vemos obligados á retroceder, y encontramos un paso cerca de la orilla izquierda. Un poco más arriba, tenemos que esquivar un gran banco de arena.

Siguiendo la orilla derecha encallamos en un banco en donde el *Apihy* ha pasado diez dias varado. Una ligera avenida que ocurre durante la noche nos pone á flote, y el 6 por la mañana retrocedemos para seguir la orilla izquierda; pero no tardamos en varar de nuevo. Salimos del mal paso, y cuatro kilómetros más arriba nos metemos de tal modo en un banco de arena que nos es imposible salir de él, y nos quedamos encallados desde el medio dia hasta las dos y media de la tarde del dia siguiente. Todos los esfuerzos hechos para sacar el buque han sido inútiles, y únicamente hemos podido salir del banco gracias á una crecida de medio metro.

El 7 á las seis de la mañana la temperatura es de 22°,5 y á las 12 de 24°. El promedio de la presion barométrica es de 736 milímetros.

8 de mayo.—Navegamos todo el dia, pero muy despacio y sondando siempre. La velocidad del vapor apénas es igual á la de un hombre á paso regular.

El 9 al medio dia llegamos á un caserío llamado Concepcion y habitado por unos veinte indios medio civilizados, los cuales van á veces al Yapura remontando un pequeño afluente situado dos kilómetros más arriba, y despues de tres dias de marcha por tierra, llegan á un afluente del Yapura llamado Meccaya por el cual bajan en canoa.

Nos sorprende la noche un poco más abajo de un platanar junto al cual viven dos familias de indios dirigidas por un colombiano. Estamos muy cerca de un afluente de la derecha

llamado San Miguel, cuya longitud es casi la mitad de la continuacion del Putumayo. Esta gran corriente está habitada por indios vigorosos, pero de suave carácter, los cuales saben lavar las arenas auríferas para sacar de ellas pequeñas cantidades del precioso metal que truecan por varios objetos con los traficantes colombianos.

A las dos llegamos á un lugarejo de indios montepas, los cuales se pintan con achiote y genipa, trazándose en el cuerpo dibujos parecidos á los que he visto en los oyampys del Oyapock. Las mujeres fabrican objetos de alfarería muy bonitos y llenos de dibujos, de los cuales he traido á Europa muchos ejemplares.

A las cinco y diez minutos, hallándome á proa del vapor, diviso una gran montaña al N. N. O.—¡Son los Andes! exclaman mis compañeros con entusiasmo. Habiendo encallado en este punto, pasamos la noche á la vista de la Cordillera.

11 de mayo.—Una ligera avenida nos pone á flote, y seguimos el viaje sondando. Tropezamos con algunas dificultades enfrente de la isla Dionisio, así designada del nombre de un indio que nos sirve de piloto. Encontramos un canal que rasa la orilla izquierda, y navegamos el resto del dia sin más tropiezo.

12 de mayo.—Aunque el volúmen de las aguas disminuye considerablemente, la navegacion es más fácil que en los dias pasados, porque atravesando el rio tierras más altas, es la mitad más angosto y de doble profundidad, sin que tampoco se encuentren islas, como en todos los sitios encajonados.

A las ocho pasamos por delante del afluente Yuminia, cerca del cual se ven los restos de una choza ocupada por una negra brasileña que ha remontado este gran rio huyendo de la esclavitud. Un poco más arriba encontramos otra mujer que se halla en igual caso, y la cual nos dice que ha hecho su viaje en cuatro meses. Este es el tiempo empleado por muchas canoas que remontan el rio desde San Antonio hasta Cuemby.

A las ocho y cuarenta y cinco minutos, el capitan manda fondear. El *Canuman* ha llegado al término de su mision. Estamos delante de Cuemby, lugarejo de tres chozas, donde la Compañía Reyes tiene depositado un cargamento de quinas. El barómetro marca 733^{mm},5, es decir, que la altitud es de 265 metros sobre el nivel del mar. La temperatura es muy soportable; á las siete de la mañana el termómetro marca 21°,5, á las diez 25° y á medio dia 26°. La tripulacion, á la cual no molestan los peones ni los mosquitos, recobraria muy pronto sus fuerzas debilitadas por un trabajo penoso y con una temperatura excesiva, pero desgraciadamente, los productos del suelo son insuficientes y la caza escasa. La alimentacion se reduce á harina añeja de yuca, á bacalao y á piraracu seco. Los pocos indios que viven en esta comarca cultivan un poco de yuca, plátanos y arroz. Tienen dos clases de yuca, una cuyo jugo es tóxico y sirve para fabricar *cuac* (harina grumosa), y otra que se corta en trozos y se cuece con la carne como las patatas. La vegetacion de esta region no es la misma que la del curso inferior del rio; tampoco existe la planta que da el veneno de las flechas, y como los indios necesitan absolutamente curare para la caza, han de bajar hasta cien leguas para proporcionárselo. Este agente tóxico es muy estimado en el alto Iza ó Putumayo, y tanto que merced á él adquiero objetos que no hubiera podido comprar con dinero. Un

tarro de curare por el que he pagado un duro en el Yahuas, vale cinco en Cuemby.

La poblacion de las orillas del Iza es sumamente reducida: apénas hemos visto doscientas personas en las chozas que hemos encontrado hasta aquí. El indio del alto Amazonas, como el de las Guayanas, huye del rio principal para refugiarse en los afluentes, porque la pesca



Santa Cruz, el *Pirata de los Andes*

y la caza son más fáciles en ellos y no se ve acosado por los blancos que quieren explotar su trabajo y arrebatarle su libertad querida.

De vez en cuando estos hijos de la naturaleza aceptan relaciones con algun buscador de zarzaparrilla ó de cacao, pero no duran mucho; pues tan luégo como han cambiado su hacha de piedra por un cuchillo ó un machete, les es insoportable el trato con el blanco y se internan en la selva. La principal dificultad para la civilizacion de los indígenas de la América del Sur consiste en que no son ambiciosos. El indio que tiene un cuchillo, no daria nada, absolutamente nada, para poseer otro.

Habiendo partido el *Canuman* de Pará el 29 de marzo, hemos invertido cuarenta y cinco dias en ir desde la desembocadura del Amazonas hasta corta distancia de los Andes. ¿No es cosa extraordinaria el ver que un vapor se interna en un continente hasta dos mil trescientas treinta y seis millas de distancia, es decir, unos cuatro mil trescientos veintiseis kilómetros? Desde Pará hasta San Antonio en la desembocadura del Iza hay 536 millas, y unas 800 entre este lugar y Cuemby. Si hubiéramos podido navegar cuatrocientos kilómetros más, habríamos pasado del Atlántico al Pacífico.

Lo notable es que desde el Atlántico hasta las primeras estribaciones de la cordillera de los Andes no se ve ni una piedra; en todas partes son las orillas arcillosas y el fondo constituido por limo ó arena fina.

Agrádame poder descansar un poco, porque nunca he hecho un trabajo tan penoso como el trazado de este rio. Obligado á saltar de mi hamaca á las cinco y media de la mañana, he tenido que permanecer doce horas diarias sobre cubierta, sufriendo los ardores de un sol ecuatorial, y ocupado constantemente en levantar ángulos y dibujar los menores accidentes del terreno. Apatú me ha secundado en esta tarea: yo le designaba, por ejemplo, un gran árbol muy comun en el Iza que los rucuyos y los indígenas del alto Amazonas llaman okeima *(Bombax ceiba)*; fijaba su situacion con la brújula, y Apatú le contemplaba hasta el momento en que pasábamos por delante de él. De este modo no podia equivocarme con respecto á mis puntos de mira. Él es quien me trae el plato de piraracu salado y el arroz que constituyen todos mis almuerzos. Habiendo muerto algunos bueyes, y deseando el comandante conservar para la vuelta los que quedaban vivos, muy pocas veces comemos carne fresca. Por fortuna he traido algunas cajas de vino francés de Pará; y este líquido nacional es un reconstituyente que recomiendo á todos los viajeros que pueden llevar consigo equipaje. El vino de Burdeos es el mejor agente contra la caquexia intertropical. Yo le profeso un culto eterno, puesto que en dos ocasiones me ha hecho recobrar mis perdidas fuerzas despues de mis travesías por la Guayana.

II

El rio Pastasa.—El *pirata de los Andes*.—Aluviones auríferos del rio San Miguel.—Sancocho.—Tormenta.—Desconfianza.—Cantinelo.—Tránsito entre la Colombia y el Brasil por los afluentes.—Mala fe de un agente de la Compañía Reyes.

Junto al Iza se halla el rio ménos conocido de todos los afluentes del Amazonas y el más temido á causa de las cascadas, del clima y de los indígenas, obstáculos que excitan mi curiosidad y por esto vuelvo á ocuparme de él.

El Pastasa es ese rio por el cual bajó una intrépida francesa para reunirse con su marido, el académico Godin, que se hallaba en el Amazonas con el célebre La Condamine.

Me veia obligado ya á retroceder, cuando encuentro un explorador de las selvas, un tal Santa Cruz, acompañado de dos vigorosos indios del rio San Miguel. Este *pirata de los Andes*, segun se le llama, es el único que consiente en acompañarme, y le contrato acto continuo, así como á sus dos indios, llamados Antonio y Gonzalo. Todo está ya arreglado, cuando el capitan Valeriano, antiguo oficial de la marina brasileña, me da informes muy poco favorables de Santa Cruz.

—¿No ha oido V. hablar de un inglés que acaba de ser asesinado en el Napo? me dice.

—Sí.

—¿No conoce V. al asesino? Pues es su futuro compañero de viaje.

Esta mañana el *pirata de los Andes* habia bebido mucha cachasa (aguardiente de caña); estaba fuera de sí y hablaba solo mirando unos papeles que habia en su pagara. Despues de ofrecerme un vaso se durmió, y entónces yo leí un papel que habia dejado en el suelo. Era un acta de acusacion de asesinato contra el llamado Santa Cruz.

—No se marche V. con él, me repite Valeriano; de lo contrario tenga V. por seguro que le asesinará.

Por la tarde, regalo unas cuantas botellas de vino á mis compañeros de viaje: es el trago de despedida. Estoy firmemente resuelto á ponerme en marcha mañana temprano.

El 16, á las ocho de la mañana, estrecho la mano á mis compañeros y me acomodo en una embarcacion. Valeriano me sigue con la vista desde la popa del vapor, y habiéndome vuelto, veo que agita el sombrero, gritando: ¡Adios! Un minuto despues, el *Canuman* dobla una punta y dejo de verle.

El rio es muy angosto y por tanto rápido, teniendo mis hombres que remar vigorosamente contra la corriente. Al medio dia pasamos por delante de un pequeño afluente de la derecha llamado Cuemby, y á los pocos momentos nos detenemos en una playa que se llama Kuri.

—¿Qué significa esa palabra? pregunto á Gonzalo.

Sin contestarme nada, coge un puñado de arena, lo coloca sobre su ancho remo, y manteniéndolo sobre el rio, la lava echando agua con la mano. Quitadas las guijas, arrastrada la arena poco á poco, quedan en medio del remo algunas partículas amarillas y brillantes.

—Kuri, me dice, es esto: oro.

Me dicen que el rio San Miguel tiene ricos aluviones auríferos. Santa Cruz ha encontrado vestigios de un placer ocupado por los españoles poco tiempo despues de la conquista. Los indios actuales recogen todavía un poco de oro que venden á Santa Cruz á cambio de los objetos más indispensables.

17 de mayo.—Ha llovido toda la noche: obligado á dormir en la canoa, sobre los fardos, me levanto con mucho dolor en los riñones. Gonzalo, que se habia acostado á mi lado, ha tenido que levantarse á cada momento para achicar el agua de la canoa. El rio, que ha crecido metro y medio durante la noche, baja de pronto por la mañana, y siendo muy corta la amarra de mi canoa, queda esta fuera del agua por la proa y se va hundiendo poco á poco por la popa.

Almorzamos un agami cocido con plátanos: este plato, condimentado con mucho pimiento, se llama *sancocho*.

Antes de partir, cortamos varas y horquillas para empujar la canoa apoyando las primeras en el fondo ó enganchando las segundas á las ramas de los árboles que bordean la orilla.

El 18 andamos muy despacio á causa de la velocidad de la corriente, y por la tarde nos cuesta trabajo encontrar un sitio á propósito para pernoctar, teniendo que detenernos en un banco cenagoso cubierto de cañaverales que está sumergido durante las grandes lluvias. Santa

Cruz elige el punto culminante, siega la yerba á machetazos, y Antonio planta en tierra dos ramas ahorquilladas sobre las cuales pone una pértiga: es el armazon de un edificio al cual sólo le falta la techumbre. Apoyan algunas varas en la pértiga trasversal, las cubren con anchas hojas de caña, extienden sobre el suelo húmedo otras muchas, y tendemos por encima de ellas nuestras mantas.

Miéntras tanto, Apatú busca leña, y Domingo hace virutas de madera seca conservada en la canoa, enciende fuego sin dificultad y cuelga la marmita de un trípode compuesto de tres grandes estacas de madera verde hincadas en el suelo. Careciendo de carne fresca, hacemos el sancocho con una caja de *corned beef:* pero no podemos quejarnos, puesto que tenemos vino y tres damajuanas de aguardiente de caña tan alcoholizado que se puede duplicar su cantidad añadiéndole agua. Despues de haber bebido mucho mejor que comido, encendemos un cigarrillo, y nos tendemos unos junto á otros como soldados en un cuerpo de guardia. Santa Cruz está en medio, yo á su derecha con mi revolver en la caja y la mano siempre sobre él, Apatú á su izquierda y los indios á ambos lados.

A las once, y en el momento en que empezábamos á dormirnos, un indio grita: *Sagú sake.* No puedo traducir esta exclamacion, pero la comprendo: tenemos los piés metidos en el agua, pues el rio tiene una avenida. Fuerza es echar á correr, pero estamos sumidos en completa oscuridad, y el viento sopla con tal fuerza que no podemos encender la vela. Cada cual recoge su manta y se encamina á la canoa al resplandor de los relámpagos. Es una tormenta, una lluvia torrencial. ¡Qué noche!

El 19 la corriente es ménos rápida: encontramos grandes playas formadas de guijarros (cuarzo, granito y rocas esquistosas); y de vez en cuando desembarcamos, tanto para desentumecernos las piernas, cuanto para coger patos ó garzotas. La caza es tan escasa que no debemos contar con ella para alimentarnos.

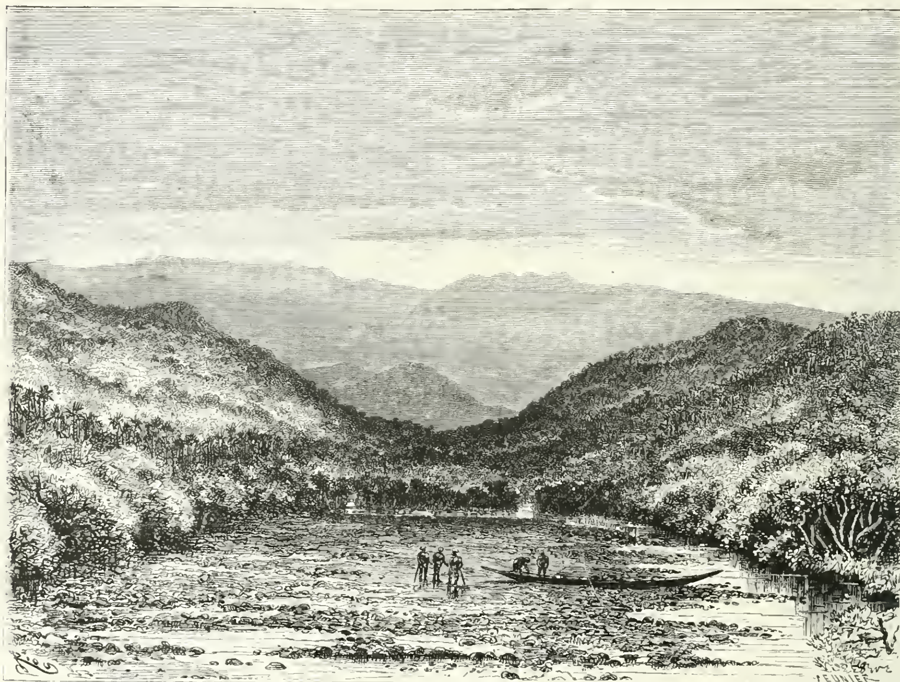
Santa Cruz hace que nos detengamos para pernoctar en una hermosa playa llamada Cantinelo: Apatú quisiera ir á un ribazo acantilado de enfrente; mi piloto, como todos los indígenas de la Guayana, está tan acostumbrado á acostarse en hamaca que no puede dormir en el suelo; por esto quisiera instalarse en el bosque para suspender su hamaca de dos árboles; por otra parte, como Santa Cruz y los indios de San Miguel no tienen siquiera hamacas, prefieren dormir sobre la arena á tenderse en la tierra dura. Apatú refunfuña, obligándome á decirle: «Vé á dormir al bosque si quieres.»

El resto de la tripulacion se pone á trabajar; busca leña, hojarasca, y en media hora tenemos unos lechos rústicos muy aceptables. Estaba yo sentado en la arena, tomando apuntes, cuando veo pasar á Apatú muy callado y con una gran estaca á cuestas: seguramente va á plantar el *patana* de los oyampys para colgar nuestras hamacas, idea muy buena, y de la cual me aprovecharé.

A las seis vemos subir una gran canoa: es don Pedro con su piloto Montenegro, que desembarcaron del vapor algunas horas despues que nosotros. Este último, negro, muy vigoroso, está resuelto á acompañarme tan luégo como haya arreglado sus cuentas con el agente de la Compañía Reyes.

Me acuesto solo con Apatú en el pataua, y hablo un poco con él acerca de nuestros proyectos de viaje: al decirle lo que pienso con respecto á Santa Cruz, se limita á contestarme: —Todos los indios son traidores, pero no les tengo miedo porque los conozco.—Me hace observar que tiene siempre el machete á su alcance, clavado en el suelo, y no junto á su cabeza, sino á sus piés, é incorporándose en su hamaca, me dice:—Mira, al levantarme, cojo el machete y le abro la cabeza.

No cuento para nada con Domingo para defendernos: siendo indio ante todo, huirá ó se



Vista de los Andes, desde el orígen del rio San Juan.—De fotografía

pondrá del lado del más fuerte. Gonzalo, con su cara de facciones duras, huesosa, es un buen muchacho que no tardará en tenerme tanta adhesion como á su amo.—Antonio, con sus labios abultados y siempre sonrientes, con su rostro redondo y carnoso, es un niño grande sin malicia.

Al ver que Cantinelo está marcado en las cartas con letras mayúsculas, llego á dudar si me encuentro en las ruinas de alguna ciudad construida por los conquistadores. Cantinelo procede del nombre de un indio que tenia una choza en la barranca situada enfrente. Esta pobre casucha de bálago ha servido un año de almacen á la casa Reyes, que depositaba en ella sus quinas.

Un vapor fletado por Rafael Reyes ha remontado el rio hasta este punto; en el fondo del agua yacen aún sus restos. Cierta tarde el rio venia crecido; el *Tundama*, amarrado con un cable á un árbol corpulento, estaba atracado á la orilla miéntras la tripulacion dormia en tierra.

A la mañana siguiente ¡cuál no seria la sorpresa del capitan al ver su buque en el fondo del agua! Durante la noche las aguas habian bajado súbitamente y el vapor, levantado por la proa, se habia sumergido por la popa.

La choza de Cantinelo estaba á cierta distancia del rio; hoy está en la márgen de la Carruca. El año que viene habrá sido tal vez arrastrada por las aguas que desmoronan esta orilla casi á la simple vista.

Santa Cruz busca en vano una cruz que señalaba el sitio de la sepultura del maquinista del *Tundama:* durante la última crecida ha ocurrido un gran derrumbamiento y los restos del desgraciado brasileño han ido á parar al rio. Las aguas torrenciales que se escapan de los Andes no respetan las sepulturas. Mi piloto me hace observar que Cantinelo estaba en otro tiempo en una isla y hoy ocupa una verdadera península; y es que el brazo del rio que pasaba por detrás se ha obstruido algo más arriba.

Las numerosas lagunas que hay en el curso del rio Iza lo propio que en el Amazonas son restos del antiguo cauce del rio abandonado por las aguas caprichosas. Hoy los buques no pasan de Cuemby, porque á partir de este punto la navegacion no es posible sino durante las grandes crecidas. Encontramos un hermoso afluente de la izquierda, el rio Guames, que tiene su orígen en una *cocha*, es decir, en un lago situado cerca de Pasto.

«La exploracion de este rio, dice mi colega Andrés, seria muy interesante, porque podria servir para establecer una vía de comunicacion entre alguna ciudad de los Andes y el Océano Atlántico. Las quinas procedentes de Pasto han de hacer un largo camino por tierra, que es muy oneroso, para llegar al rio Guineo, en el punto en que empieza á ser navegable.» Santa Cruz ha remontado muchas veces el Guineo hasta tres dias de marcha, ó sea hasta un punto en que viven unos veinte indios: dice que más arriba la navegacion es muy difícil á causa de las cascadas y de los raudales, Santa Cruz ha ido en varias ocasiones desde esta aldea india hasta el rio San Miguel por un sendero que se encamina generalmente al sur. Este otro afluente del Iza está junto á una aldea situada á ocho dias de navegacion en canoa remontando el rio desde su desembocadura. Desde allí se pasa al Napo y se llega al Amazonas un poco más abajo de Iquitos.

Los colombianos que van al Brasil por el rio Iza vuelven siempre por este camino. Yendo en vapor hasta la desembocadura del Napo, bástales un mes para llegar al Guames, al paso que invertirian cuatro para remontar el Iza. Insisto en hablar de este camino porque puede simplificar considerablemente el tránsito entre Colombia y el Brasil: no veo la necesidad de buques de vapor para el trasporte de quinas; una gran balsa con un solo hombre á bordo puede bajar el Iza sin la menor dificultad en un mes si navega dia y noche, puesto que no hay ninguna cascada. Se descarga la quina en la desembocadura del rio, en donde pueden cargarla los vapores que surcan el Amazonas. Los hombres que no tienen más flete que algunos objetos manufacturados que compran á los brasileños, toman el primer vapor que remonta el Amazonas y llegan rápidamente á Colombia, ora en canoa, ora por tierra.

El 20 de mayo llegamos á un caserío compuesto de tres casas que sirven de almacenes de las quinas de la Compañía Reyes, y están situadas en una pequeña loma sobre la orilla

izquierda. Allí nos acoge bien don Fernando y la mujer de Montenegro, que es una excelente cocinera. Por la noche don Pedro me dice al oido: «Desconfie V. de los halagos de don Fernando; no podrá V. escapar de las garras de ese pequeño potentado, que, en su calidad de sobrino de los hermanos Reyes, es dueño absoluto del alto Putumayo.»

En efecto, quiero partir á la mañana siguiente, pero no hay indios para acompañarme.—Partirá V. mañana, me dice don Fernando, se lo prometo.—Pido una piragua, pero pretenden engañarme asegurándome que todas las piraguas están ocupadas.

Al dia siguiente, Montenegro, que habia recibido cuatrocientos francos á cuenta de los mil que le habia prometido, me dice que no puede partir porque don Fernando se opone so pretexto de una deuda. Pago la suma acto continuo, y entónces me dice:—Montenegro no marchará porque no queremos.

¿Qué hacer en medio de estos tunantes que se han bebido mi vino y comido mis provisiones?—¡Santa Cruz, Apatú, en marcha!—Cojo mi carabina, mi piloto me sigue arma al brazo, y nos embarcamos en nuestra pesada piragua, dejando atónito á don Fernando. Dos horas despues llegamos á una aldea á la que habian enviado las piraguas que se nos han negado. Santa Cruz habla al viejo tuchao encargado de guardarlas y le dice:—Toma dos piraguas y síguenos de órden de Don Fernando.

El medio no es muy recto, pero la guerra es guerra.

III

Una vista de los Andes.—El Guineo.—San José.—Tormenta.—Del Iza al Yapura.—Alpargatas.—El rio Picudo.—El caserío Limon.—El rio Caqueta.—El remolino.—Accidente deplorable.—Un mestizo blanco-negro.—Informes sobre el Yapura.—Los carijonas.—Indios uitotos antropófagos.—Una cabeza en una marmita.—Tráfico de esclavos suprimido.—El Amazonas.—Marcha para San Nazario.—Resúmen.

22 de mayo.—Dejamos la piragua grande y partimos al salir el sol. Es inútil decir que de vez en cuando miramos atrás, no por temor de un ataque, sino por miedo de que se nos adelante alguna canoa que llevara más arriba el aviso de nuestra exploracion á otros agentes de Reyes.

Navegamos todo el dia y llegamos á una gran playa pedregosa en la confluencia del rio San Juan, desde cuyo punto se goza de un espectáculo del que no podria cansarme: el que ofrecen los Andes con sus escarpadas pendientes. El bravo Apatú, que no habia visto en su vida más que los Tumuc-Humac, se queda atónito contemplando aquellos colosos de la naturaleza, y á pesar de ser negro, me hace esta pregunta que no carece de inteligencia:

—¿A dónde va el agua que cae al otro lado de la montaña? ¿No hay otro mar para recibirla?

Y cuando le contesto que apénas estamos á veinte dias de marcha del Océano Pacífico, se manifiesta muy contento. ¡Qué tentados estamos de cruzar cuánto ántes esas montañas para regresar á Europa á bordo de los hermosos vapores del Pacífico! Pero no nos es posible ver esos amenos países explorados por los Humboldt, los Boussingault y otros viajeros. Nuestra tarea árida, ingrata, empieza en el punto en que aquellos han terminado la suya.

¡Para ellos los grandes espectáculos de la naturaleza, las soberbias montañas, los países salubres! ¡Para nosotros las tierras bajas y pantanosas!

El 23, el rio se divide en dos brazos: penetramos en el Guineo, afluente que es la tercera parte que el Putumayo. La navegacion se hace difícil á causa de la escasa profundidad de las aguas: seria imposible navegar en una canoa de quilla; nuestra embarcacion toca á cada paso en algun banco de arena ó en rocas.

Pasamos la noche á la intemperie, en nuestras hamacas suspendidas del *pataua*, miéntras que mis indios se tienden al abrigo de algunas hojas de palmera plantadas en el suelo y encorvadas á modo de arco. Si tenemos la ventaja de contar con un lecho más blando en nuestras hamacas, en cambio sufrimos el inconveniente de tener frio, pues áun cuando el barómetro no indica más de trescientos metros de altitud y estamos casi debajo del Ecuador, la temperatura del aire baja al pasar por las montañas heladas á las cuales nos acercamos más cada dia.

Viajamos casi sin descanso. Acampamos junto á un afluente llamado San José, en una playa desde la cual se ven los Andes. Santa Cruz nos dice que enfrente habia una vivienda ocupada por un brasileño y un colombiano que se han matado mutuamente á cuchilladas.

Despues de comer cada uno de nosotros la mitad de un pececillo, bebemos un trago de cachasa y encendemos un cigarro. Nuestra cama es bastante dura, pues la arena está mezclada de guijarros. Apatú, no pudiendo dormir, se mete entre los fardos de la piragua; y apénas se ha separado de nosotros, empieza á soplar el viento con tal fuerza que tenemos que sujetar con las manos las hojas de nuestro abrigo para impedir que aquel se las lleve. El cielo se nubla, y lo surcan continuos relámpagos seguidos de fragorosos truenos.

El 25 á las nueve de la mañana llegamos al caserío de Guineo, en donde la Compañía tiene almacenes.

—¿De dónde venís? nos pregunta el agente de aquella.

—Del Amazonas, le contestamos.

—¿Y cómo?

—En un vapor que ha llegado hace diez dias lo ménos.

Cinco dias ántes habia visto pasar un propio que iba á Pasto con objeto de avisar á Reyes la llegada del vapor, pero que se ha guardado de anunciársela al agente. Don Fernando, temeroso de que álguien le hiciera la competencia en la compra de la copiosa pacotilla llevada por los tripulantes del vapor, ha ocultado su arribo á las gentes de Mocoa y Pasto, y esta era una de las razones que le indujeron á impedirnos nuestro viaje. El agente de Guineo, enojado en vista de la mala fe de su colega, envia un parte á los de Mocoa noticiándoles la llegada del vapor.

A pesar de lo bien que se nos acoge, no es prudente detenernos, porque don Fernando manda en jefe y es de temer que envie un propio para impedir que se nos proporcionen mozos. Arreglamos mis fardos, que son bastante voluminosos, y á la mañana siguiente nos ponemos en marcha para pasar de las aguas del Iza á las del Yapura. A las seis de la mañana me pongo unas alpargatas que me regalan diciéndome que es el calzado adoptado por la gente del país.

A las siete y media bajamos la barranca y cruzamos las aguas frias del rio Guineo, con agua hasta la rodilla: no es posible navegar más arriba. El sendero, apénas marcado, está todavía fangoso, y hay que andar con ligereza para no dar tiempo al pié de hundirse.

Atravesamos muchos afluentes, entre los cuales haré mencion del rio Picudo, que segun Santa Cruz puede ser navegable en una embarcacion pequeña. Creia encontrar colinas en

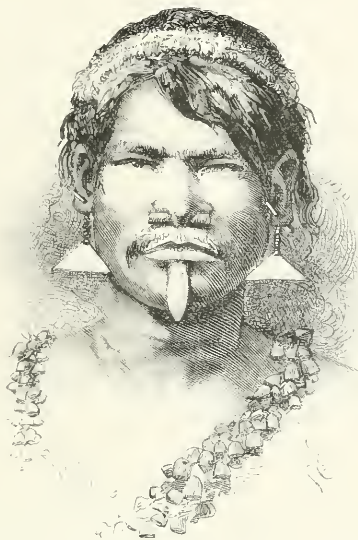


El indio Fortunato y su familia.—De fotografía

medio del camino, pero el terreno es siempre llano; cuanto más avanzamos, más nos hundimos en el barro arcilloso, costándonos trabajo no dejar en él nuestras alpargatas. Jamás he andado á tal paso: corro, vuelo por el lodo salpicándome de piés á cabeza; el *pirata de los Andes* tiene que estirar cuanto puede sus largas piernas para seguirme, y nos adelantamos á todos los mozos, á pesar de haber partido estos dos horas ántes que nosotros.

Despues de haber andado más de veinte mil pasos, vemos que el terreno baja de pronto; la quebrada que corre á nuestros piés no es ya tributaria del Iza, sino afluente del Yapura.

Nos detenemos media hora para tomar café aguardando á los rezagados. Siguiendo la costumbre de los indios, no cómo miéntras ando, contentándome con un pedazo de galleta que mojo en el agua clara de alguna fuente. Me lavo los piés, y noto que las cintas de las alpargatas me han hecho algunas desolladuras: por lo cual me quito ese calzado inútil y prosigo la marcha descalzo.



Indio carijona.—De fotografía

A las tres desembocamos en la plaza de una aldea llamada Limon. Una iglesia de bálago y tres chozas que sirven de almacenes de quinas constituyen la capital que se ve indicada en muchas cartas de la América del Sur. En Limon no se encuentra nada que comer, ni pescado, ni caza, ni carne fresca. Los trabajadores, que ganan un duro diario, tienen que gastar cuatro pesetas para comprar un poco de aguardiente y carne seca. Me dicen que en Mocoa el vino más comun vale diez pesetas la botella.

El empleado de la Compañía nos recibe bien, pero saborea con demasiada avidez la cachasa que le ofrecemos, y por la noche no nos deja dormir haciendo ponche con Santa Cruz. Trábase entre los dos bebedores una disputa que al fin pudiera ser sangrienta si no interviniéramos aplacando su furor alcohólico.

No podemos disponer de más canoas que las de la Compañía, enviadas por don Fernando. Santa Cruz, atrevido como un bandolero, pide embarcaciones en nombre de aquél. El agente consiente de buen grado en conducirnos hasta una vivienda en la que encontraremos otras embarcaciones; precisamente esto es lo que deseo: embarquémonos pronto y partamos.

Despues de recorrer dos kilómetros en pocos segundos por el riachuelo de Churugaco, desembocamos en el Caqueta. Este rio, que nace en los Andes á poca distancia, no es profundo, pero sí tan rápido que se oye en el fondo del agua cierto rumor, decrepitaciones causadas por las guijas que ruedan. La navegacion en piragua no es de las más fáciles: se ne-

cesita toda la destreza de Apatú para lanzarse en medio de un remolino que forman las aguas encrespadas detenidas por las rocas del fondo.

A las dos horas de navegacion llegamos á Paca-Yaco, lugar habitado por dos familias de indios que hablan el quichua, es decir, la lengua de los Incas. A cada momento dicen: *Arcca, arcca*, lo cual sin duda significa *sí*. Esta palabra me recuerda el *aoca* que los oyampys emplean en el mismo sentido. Dichos indios nos proporcionan un poco de pescado, que comemos cocido con plátanos. Hace dos meses que vivimos de carne y pescado salados. Apatú arde en deseos de salir de estas regiones, de asaetear cumarús en las cascadas y de matar cuatas.

No encontrando canoas, doy triple sueldo á nuestros conductores para que nos trasporten un poco más léjos. Despues de muchas instancias, consigo que partan al dia siguiente por la tarde.

Ha llovido toda la noche: la corriente es muy rápida; continuamos oyendo un ruido de granizo ó de sal quemada, producida por el choque de los guijarros en el fondo del rio. Alégrame ver cómo se deslizan nuestras piraguas rápidas cual flechas; si marchamos dos dias así nos alejaremos de tal modo de las fuentes del Caqueta que mi escolta no podrá intentar abandonarnos. En la imposibilidad de batirse en retirada, tendrá que seguir adelante á todo trance, y el éxito de mi mision está casi asegurado. Vivos ó muertos, bajaremos desde las fuentes hasta la Brocha, uno de los mayores afluentes del Amazonas.

Apatú no se cuida de los peligros que ofrece la navegacion en canoa con tal de ir cada vez más de prisa. De vez en cuando se levanta y busca el sitio en que la superficie del rio parece más alta. «Ahí está la corriente,» exclama: se pasa el remo de una mano á otra, y dando algunos golpes vigorosos, sale de las aguas tranquilas para meterse en las más agitadas. Mis hombres tienen miedo, y yo continúo impasible por una sola razon: porque tengo una confianza ilimitada en la habilidad de mi osado piloto.

A las tres el patron de la otra piragua propone que hagamos alto, so pretexto de que la corriente es demasiado impetuosa para franquear hoy el Remolino de Uasi-Pauga.—¿Qué significa eso? pregunta Apatú. Entónçes le explico que se trata de un sitio en que el agua se arremolina y forma grandes oleadas. Recomienda al hombre que va á proa que se siente bien y reme con fuerza, y hundiendo en seguida su remo en el agua hasta el puño, da tres golpes vigorosos, y nos lanza por un canal angosto, entre dos ribazos verticales, en donde el agua se engolfa tumultuosamente. El indio que va á proa hace un movimiento falso, dando lugar á que la piragua se llene casi de agua.—¡Rema, rema!.... le grita Apatú. Y corremos como una flecha, llegando en breve á un agua mansa como la de un lago.

Miéntras aguardamos la llegada de la otra canoa para vaciar el agua, una parte de esta se va, levantando ligeramente la piragua; y yo echo fuera la restante con una calabaza: es asunto de pocos minutos. He vaciado tanta y tanta agua con el *cui* tradicional de los criollos de la Guayana, que no me aventajaria una bomba en esta operacion. Este trabajo maquinal que hago continuamente cuando voy de viaje, no me priva de ejecutar mis trazados con la brújula, y disminuyo la faena de mi tripulacion que casi siempre está reducida á la menor expresion. Al poco rato llega la piragua grande, medio llena tambien de agua.

A las dos vemos una canoa amarrada á la orilla y casi sumergida, y en una pequeña eminencia á flor de agua divisamos un indio y su mujer que encienden fuego, miéntras dos gallinas andan en libertad por aquel islote, que no tiene tres metros de diámetro. ¿A dónde van esos viajeros con sus gallinas? Me dicen que están en marcha para Limon, á donde van á trocar sus gallinas por cuchillos. Nos apresuramos á comprar aquellas aves y volvemos á nuestras embarcaciones. En breve encontramos un sitio en donde la orilla sobresale un pié del agua; debemos desembarcar allí, porque se acerca la noche, y quizás tuviéramos que ir demasiado léjos para hallar otro punto favorable.

Llueve durante la noche; el agua sube con tanta rapidez que sólo estamos á cinco centímetros sobre el nivel del rio, siéndonos forzoso colocar nuestros fardos en las canoas y estar preparados para embarcarnos. Despues de una noche de insomnio, no solamente á causa de la lluvia, sino tambien de los mosquitos, nos dormimos todos con sueño profundo un poco ántes de rayar el alba. Al despertar, veo mi piragua llena de agua: la brusca retirada del rio ha sido causa de este percance gravísimo, más terrible que cuantos he experimentado hasta aquí, porque se me han echado á perder enteramente mis tres cronómetros.

Partimos temprano, y ántes del medio dia llegamos á una vivienda llamada Yura-Yaco, del nombre de un cercano afluente de la izquierda. Dícese que el Yura-Yaco es navegable ocho dias en canoa, teniendo su orígen en el Estado de Tolima (Colombia), donde se cria ganado.

El jefe de la vivienda es un mestizo blanco-negro é indio. Este pobre hombre, que por amarga irrision se llama Fortunato, es de repugnante aspecto. Tiene la cara, las manos y los piés llenos de manchas blancas y negras que le dan la apariencia de un caballo pio. El pigmento, es decir, la materia colorante, ha desaparecido completamente, y la piel, insensible á este nivel, está blanquizca como una cicatriz antigua, presentando junto á este espacio blanco la tinta negra azulada de un hornillo de hierro frotado con plombagina.

La mujer de Fortunato, que tiene treinta años ménos que su marido, es una blanca de raza pura, que seria guapa si no estuviese aquejada de esa horrible afeccion cutánea llamada por los indígenas *carate* y que yo creo que es el *vitiligo*. Los hijos, que son muy bonitos, tienen en la piel gran variedad de colores: dos niñas son enteramente blancas, al paso que un muchacho tiene la cabellera crespa de un mulato. El padre se pone colorado de satisfaccion cuando Santa Cruz le dice que sus hijos se le parecen como un huevo á otro.

El *carate* no existe solamente en el Caqueta; lo he observado tambien en los ticunas del Javari, en algunos indios del Iza, y en un desgraciado blanco que, á los cuatro meses de excursion por este rio, no se atrevia á entrar en Colombia porque se parecia á un bagre del rio Magdalena. Creo que una de las causas de esta enfermedad está en las picaduras de los mosquitos llamados peones, los cuales clavan continuamente sus venenosos aguijones en la piel de la cara y de las extremidades. Tengo ya el dorso de las manos tan negro que á cierta distancia cualquiera creeria que llevo guantes, y es que las gotitas microscópicas de sangre que quedan al nivel de cada picadura están tan juntas que al parecer se confunden.

La mujer de Fortunato es una cocinera que seria digna de acompañar á un emperador que viajase por las selvas de la América del Norte: nos hace plátanos fritos con grasa de pécaris, mucho mejores en mi concepto que las patatas sopladas que saborean los príncipes de la tierra de Europa. Su marido, que se compromete á acompañarme hasta la cascada Araraquara, me pide un dia de libertad para hacer sus preparativos, á lo cual accedo de buen grado.



Indios carijonas.—De fotografía

Nos ponemos en marcha con dos canoas. Siguiendo mi costumbre, voy en la más pequeña con el fiel Apatú, dos indios carijonas y el viejo Fortunato. No pudiendo este remar á causa del estado deplorable de sus manos, hago que se siente en un banquillo delante de mí, asignándole la tarea de vaciar el agua y decirme los nombres de las islas y de los afluentes que encontremos. Me cuesta trabajo acostumbrarme á su figura tan repugnante como la de un leproso, pero me es tan indispensable este hombre que transijo de bueno ó mal grado con su presencia.

Poco despues el rio se ensancha y empieza á serpentear trazando grandes arcos cuya cuerda la forma un canal angosto que las gentes del Amazonas llaman *paraná* y los españoles *brazuclo.* Las orillas bajas no ofrecen sitios á propósito para acampar, y como pronto se hará de noche, nos detenemos en la punta de un islote lleno de cañaverales como todos los terrenos pantanosos. Apatú corta las grandes hojas de estos con su machete y arregla un lecho sobre



Indio coreguaje.—De fotografía

el cual extendemos nuestras mantas. Seria más saludable dormir en una canoa, pero la mia es tan pequeña que no puedo tenderme en ella. Mis piés tropiezan á cada momento con algun obstáculo, y mis pequeñas desolladuras, agravadas por los mosquitos, no pueden curarse. Pero es indispensable mi presencia entre la tripulacion, pues al ver esta que participo de sus molestias y miserias, se contiene y no se queja ni murmura.

1.º de junio.—No habiendo podido encender fuego á causa de la humedad del suelo, hemos tenido que acostarnos sin tomar otro alimento que cazabe y un poco de alcohol mezclado

con agua del rio. Santa Cruz, que demuestra una energía admirable, se levanta á las cuatro y media y va en busca de un terreno á propósito para cocer una humilde zancuda matada la víspera. Yo quisiera alejarme de este sitio horrible ántes de amanecer; pero necesito claridad para hacer mi trazado con la brújula, que me propongo ejecutar sin la menor falta ni vacío. Al reconocer el terreno para ver si nos dejamos algun fardo olvidado, diviso una gran serpiente boa que sin duda ha pasado la noche á diez pasos de nosotros. Apatú no habia dejado de avisarme que andaba algun animal por allí, pues habia percibido un olor de almizcle desagradable.

A las diez llegamos á una cabaña llamada Kinoro, y júzguese de nuestra sorpresa al ver junto á ella una vaca, dos carneros y muchos cerdos. Un tal Bernabé Cabreiro, huyendo de la revolucion, ha bajado por el Yura-Yaco con su mujer, sus criados y sus animales domésticos: tenia un buey, pero lo ha matado por carecer de pasto.

El Yapura, lo propio que el Iza, está cubierto por todas partes de un bosque sin límites. Compro un cochinillo por ocho pesetas, y seis huevos á razon de 50 céntimos cada uno.

Veo en la cabaña dos indias jóvenes de la tribu de los tamas que vienen del rio Caguan, y que tienen un gran parecido con las mujeres de la Guayana: además, sus costumbres son las mismas que hemos observado en los galibis, y llevan una gruesa espina negra en el lóbulo de la nariz y otra en el labio inferior. Una de dichas jóvenes se ocupa en moler maíz con una gran piedra en forma de media luna, utensilio casero muy comun en el Iza, donde compré uno que he enviado por el *Canuman*. Tambien he encontrado una piedra igual en las inmediaciones de Pará, donde la usaban los antiguos indígenas.

Cabreiro me proporciona algunas indicaciones sobre el Yapura, indicaciones que confirma mi guía. Las lluvias empiezan en mayo y duran hasta agosto: la avenida del dia de San Juan tiene fama por su violencia: en agosto y en setiembre dificulta á veces la navegacion un viento impetuoso que levanta oleadas.

Llegamos á medio dia á un caserío compuesto de tres cabañas habitadas por indios llamados carijonas, los cuales viven bajo la direccion de un agente del gobierno colombiano. Este corregidor, segun se le llama, está encargado de gobernar á todos los habitantes del Yapura; pero como su administracion se extiende sólo á dos familias de indios y á unos cuantos mulatos diseminados hácia sus fuentes, se ocupa en recoger cautchuc, marfil vegetal y cacao que cambia por navajitas y percal. Padece de un tumor en el pié que los criollos de la Guayana llaman *crabe*. Habiendo yo tenido ocasion de curar á un negro extirpándole este tumor, propongo al corregidor el mismo tratamiento; acepta, y sacando un bisturí, le opero en el acto, y aunque sobreviene una fuerte hemorragia, la contengo fácilmente mediante una cauterizacion con un hierro hecho ascua. No sabiendo el corregidor cómo recompensarme, me manifiesta su sentimiento por no poder acompañarme algunos dias.

—No le necesito á V., le contesto; me basta con que me autorice V. á contratar dos de sus indios.

—Haga V. lo que guste, me dice.

En este momento me anuncia Santa Cruz que el cuata que ha muerto por el camino está

ya cocido, que está muy gordo, y que vamos á almorzar opíparamente. Bajo de la choza construida sobre estacas como las de los indios del Oyapock, y voy á reunirme con mi tripulacion que cuida de la marmita á la sombra de un gran árbol á la orilla del rio.

Apatú se me acerca con aire de satisfaccion para decirme que acaba de hacer un gran descubrimiento: los indios carijonas llaman al fuego *tata* y al agua *tuna*, lo mismo que se les llama en el interior de la Guayana. Estas gentes, que parecen de la misma familia que los rucuyos, se muestran muy contentas al oirnos hablar en su lengua; les doy á cada cual un machete, un hacha, un cuchillo y algunos metros de percal, y se comprometen á seguirme hasta una gran cascada llamada Araraquara. Uno de estos hombres lleva adornos enteramente iguales á los que he visto usados por los indios macusis de la Guayana inglesa y por los rucuyos: consisten en pendientes de plata de forma triangular, y en una lengüeta del mismo metal atravesada en el lábio inferior: estos objetos han sido fabricados con monedas. Los rucuyos hacen los mismos adornos con pedazos de hojalata. Las cajas de sardinas que llevé al alto Maroni fueron trasformadas en pendientes que han ido proporcionándose todos los indígenas de la Guayana.

He dicho que, para los rucuyos, el ideal de la elegancia está en lo abultado del vientre, y que se lo cubren con muchas fajas para aumentar su volúmen. Los carijonas se ponen, en vez de cinturones de pelo de cuata, aros de madera reunidos con bejucos: esta especie de coraza cubre el abdómen hasta la base del pecho, y por delante cae un pequeño delantal de corteza; llevan dia y noche tan incómoda vestimenta hasta que se les cae en pedazos. Deseo proporcionarme una, pero es muy difícil, porque les es imposible sacársela sin cortarla. Por fin, un jóven, seducido por un hermoso cinturon encarnado que le ofrezco en cambio, hace toda clase de esfuerzos para quitarse aquel verdadero caparazon. Despues de una hora de contorsiones que me recuerdan las que hace la langosta para salir de su cubierta caliza, obtengo aquel traje, que figura hoy en mi coleccion.

Por la noche, las mujeres tuestan semillas de cacao, y las machacan con una gran piedra en forma de media luna como la de que he hablado. Añadiendo un poco de jugo de caña de azúcar tenemos chocolate, que me parece preferible al mejor de cuantos he probado en Europa.

2 de junio.—A las ocho nos ponemos en marcha: cuento con una soberbia tripulacion: siete remeros, tres de ellos en mi piragua; con Santa Cruz y Fortunato somos en todo diez hombres armados de dos fusiles, un revolver, arcos para la pesca y cerbatanas para matar monos con flechas envenenadas. He hecho embarcar dos carijonas en mi canoa para tener la ocasion de hablar con ellos y poder establecer un paralelo entre su lenguaje y el de mis amigos los rucuyos.

Llueve por la mañana, lo cual no nos impide navegar; en lo más fuerte del chubasco me pongo á cubierto debajo de un *pamacari*, es decir, debajo de una estera de hojas de palmera puesta sobre arcos. Apatú, para no mojarse, se quita la camisa y me ruega que se la guarde.

Al poco rato encontramos dos canoas tripuladas por indios pintados con genipa como los indígenas de la Guayana: son carijonas. Mi canoa se acerca resueltamente á una de ellas, miéntras que la otra emprende la fuga. En esta última distingo á una mujer enteramente

desnuda que lleva un niño en una pequeña hamaca: los indios de mi canoa hablan con sus compañeros y advierto que se tratan de *calina*. Nos llama la atencion oir esta palabra, usada constantemente por los rucuyos para designar á sus compañeros, es decir, á todos los individuos de raza india. ¿Por qué ha huido la otra canoa? Porque la mujer que hemos visto acaba de parir: si el recien nacido viese á un blanco, caeria enfermo y moriria sin remedio. Apatú me dice que todos los indios de la Guayana tienen esta preocupacion; una mujer, recien parida, se niega obstinadamente á enseñar su hijo á los negros lo mismo que á los blancos.



Indio coreguaje. — De fotografía

La desdichada sufre la lluvia enteramente desnuda; y es que, en el país de los carijonas lo mismo que en el de los rucuyos, la mujer que acaba de ser madre ha de ir en cueros algunos dias. Dadas estas costumbres, ¿es de extrañar la rápida desaparicion de los indígenas de la América del Sur? ¿Es posible que haya gentes tan crueles que obliguen á navegar á una mujer una hora despues de su alumbramiento? Y las criaturas de pecho llevadas á lejanas expediciones, ¿no están destinadas á una muerte segura?

Al medio dia pasamos por delante de un gran afluente llamado Otenara, que es casi la mitad del alto Caqueta. Remontando este rio se encuentran dos grandes cabañas de indios coreguajes establecidos á dos dias de la desembocadura. A una semana de navegacion se encuentran algunas gentes civilizadas que explotan los árboles de quina.

A la una y media pasamos por delante de una isla llamada Cuay, nombre que sirve para designar la palmera miritis en la lengua de los carijonas y en la de los rucuyos. A las dos nos

detenemos un rato junto á las islas Cosacunti, donde se ve una choza abandonada por los indios carijonas: examinando esta vivienda encuentro un banquillo excavado enteramente igual á los escabeles de los rucuyos. Veo tambien unas figuras toscas que tienen la pretension de imitar un ave de rapiña, una especie de urubú, llamado *atura*. Esta especie de ídolo no es la única; registrando todos los rincones, encuentro un pedazo de madera esponjosa tallada en forma de un hombre abierto de piernas, parecido á los dibujos del Yary que tomé por



El Salto Cuemany

ranas. Dícenme que estas rudimentarias imágenes tienen por objeto alejar los malos espíritus, que son los únicos temidos por los indígenas del Yapura y de las Guayanas.

El 3 llegamos á la desembocadura del afluente Santa María, en cuyo interior hay un caserío de indios coreguajes. Santa Cruz, que conoce perfectamente á los indios por cuanto su madre era de esta raza, me dice que producirá gran efecto adelantándose á anunciar la llegada del *gran jefe* de quien es lugarteniente. Al llegar al pié de una colina veo veinte indios, hombres y mujeres, que nos aguardan en el desembarcadero. Es el momento de hacer una demostracion, y Apatú hace una salva de cuatro tiros.

Por la noche presenciamos una de esas danzas que siempre veo con el mayor interés, procurando encontrar alguna relacion entre las costumbres de estos indios y los de la Guayana. Apatú se regocija al oir un canto que hemos oido ya en el Yary y en el Parú. «Todos son unos» dice, opinion que tambien es la mia: cuanto más viajo, mas conexion encuentro

entre los indígenas del Yapura y los de la Guayana, y empiezo á creer que todos pertenecen á una misma familia. El jefe, que ha bebido *yahe*, líquido embriagador hecho con una corteza macerada en agua, tiene una consulta con uno de mis hombres que está enfermo. Este médico-hechicero opera del mismo modo que los *piays* de la Guayana; aspira el mal y lo expulsa soplando como un cachalote y gritando: *¡Sho... sho... sho!* Apatú me dice: «Todos mismos indios.»

Lo que más nos llama la atencion en esta ceremonia es un canto monótono ó más bien un recitado semejante al Evangelio del domingo de Ramos, que hemos oido ya muchas veces entonar á los piays de la Guayana.

Reuno una coleccion de bonitas coronas de plumas que tienen detrás una larga cola compuesta de colas de aves. Lleno un álbum de dibujos originales de los coreguajes y de los carijonas; cuyos dibujos tienen la mayor analogía con los que hemos coleccionado en la Guayana. Así como los rucuyos, los carijonas no emprenden jamás un viaje sin pintarse con achiote y con genipa. Obtengo indicaciones *de visu* que no pude reunir en la Guayana, acerca de estas materias colorantes. Para preparar el achiote, se echan las semillas en un recipiente con agua y se las machaca con una piedra. Se pasa el líquido por un tamiz cayendo en una marmita que se pone al fuego; se le agita con una cuchara, y al cabo de algunas horas se forma una pasta espesa, encarnada, ligeramente aceitosa, con la cual se hacen panes análogos á los que los criollos amasan con cacao. En todas las pagaras de los indios carijonas hay una barra de achiote: cuando quieren hacer uso de ella, se untan las palmas de las manos con aceite de carapa que frotan sobre la barra de achiote; el color se disuelve muy pronto en la materia grasa, y basta pasar la mano por el cuerpo para ponerse encarnado como un cangrejo ó como un soldado inglés. Las mujeres pintan á sus maridos, y cuando han acabado, se embadurnan todo el cuerpo con el color restante. Habiendo preguntado á un indio por qué se pintaban así, me dice que para estar abrigados.

El 7 de junio veo la cabeza de un sendero en la orilla derecha: nuestros corazones palpitan con fuerza á la sola idea de que vamos á encontrar séres humanos. No vemos plantíos en los alrededores; y es que la aldea está en el interior de la selva.

—Vamos, Apatú y Santa Cruz, coged las escopetas y buscad habitantes.

Quisiera acompañarlos, pero las llagas de mis piés, enconadas por las picaduras de los mosquitos, me impiden absolutamente andar.

—No temais nada con vuestras armas; yo guardaré la canoa con mi revolver.

A los diez minutos regresan los expedicionarios sin haber visto á nadie. Mientras tanto yo he ido hasta la otra orilla, en la cual he encontrado detrás de un islote un tronco hueco de palmera, que parece una artesa más bien que una embarcacion: debe pertenecer á gente muy atrasada, por cuanto sólo tiene hachas de piedra para ahuecar sus canoas. La ancha pista va á parar á la orilla; la cabaña no debe estar muy léjos.

—Ea, compañeros; no tenemos víveres; hay que encontrarlos á todo trance.

Salto en tierra, y en marcha! Todo el mundo me sigue, excepto tres hombres que se quedan custodiando las canoas. Al pronto ando con mucho trabajo, pero poco á poco mis

heridas se calientan y aprieto el paso. Hemos partido á las dos y media; no tenemos tiempo que perder, porque será menester volver de noche al campamento. A las tres oimos el canto sonoro de un paraqua. Apatú se detiene para escuchar mejor; óyese *¡paraqua! ¡paraqua!* en dos direcciones: son dos aves que se llaman...

—No, me dice Apatú, el segundo cantor es un indio.

Sigamos adelante, no debemos estar muy distantes de alguna vivienda; pero la buscamos en vano.

El 11 encontramos una pequeña cascada en la cual estamos á punto de zozobrar, á causa de apoderarse de mis hombres, poco prácticos en esta navegacion, un miedo inexplicable. El 13 estamos en la cascada Cuemany, que los indígenas tienen por infranqueable. Apatú se aventura por ella, corriendo gran riesgo de perecer con tres remeros: el peligro ha sido tan inminente que han tenido que echar al agua sus ropas y los fardos. A mi *pirata de los Andes* le ha sobrecogido tal espanto que se pone enfermo.

El 14 de junio encontramos la catarata del Araraquara, llamada así porque los ribazos son tan altos que los aras hacen en ellos sus nidos (*arara*, ara; *quara*, nido). Tengo que abandonar mi última embarcacion y buscar un camino por tierra. Llegamos á una gran meseta formada de una arenisca análoga á la que hay en los Vosgos: el Yapura ha tenido que abrirse paso al través de esta montaña, y sus blancas márgenes, consistentes en rocas hendidas á lo largo y al través, parecen murallas levantadas por gigantes. Antes de llegar allí, el rio tenia de 700 á 800 metros de ancho: júzguese de la impetuosidad que sus aguas adquieren de pronto al penetrar en un espacio que no pasa de 50 á 60. Despues de recorrer un kilómetro con rapidez vertiginosa, el rio vuelve á ser tan manso como ántes. ¿Habremos encontrado un puerto? No; es una barra, una cascada más arriba de la cual las aguas se remansan un momento para precipitarse luego á un abismo de treinta metros.

La marcha es tan difícil como peligrosa, á causa de las grietas que hay en la roca: un indio cae en una de ellas con una damajuana de aguardiente; pero tiene la suerte de no desaparecer en el abismo, porque le contiene aquel abultado recipiente.

Apatú se adelanta como explorador. Andamos seis horas sin encontrar un sendero, y empieza á anochecer cuando damos con una pista que nos conduce al pié de la cascada. Tomamos un baño en un arenal en el cual forman las aguas oleadas comparables á las de un mar proceloso. Ibamos ya á acostarnos sin cenar cuando nuestros compañeros llegan sucesivamente trayendo los víveres y los fardos. Careciendo de embarcacion, mando cortar cinco árboles para construir una balsa.

Aún no habíamos hecho cinco horas de marcha cuando veo una canoa, y en ella tres indios de los llamados uitotos. Los hago venir y se prestan á conducirme á su aldea. Apatú, que me acompaña, observa que los bancos de la piragua son de una madera muy pesada y que llevan una cuerda en el extremo: son verdaderas mazas con las cuales podrian aplastarnos nuestros huéspedes por el camino. Invertimos dos horas en llegar á una aldea situada en las márgenes de un rio llamado Arara.

En la tribu reina gran agitacion; los hombres gesticulan con animacion como si disputa-

ran, las mujeres van de un lado á otro presurosas, y los niños huyen al bosque. Al entrar en una casa, observo un maxilar inferior colgado del dintel de la puerta, y algunas flautas hechas de huesos humanos. En un rincon veo un tambor, y sobre él una mano disecada, cubierta de cera de abeja.

Los hombres llevan los brazos y las piernas pintados de un tono negro-azulado con genipa, los labios y los dientes de negro con tallos de caña, y el borde de los párpados de encarnado fuerte con achiote. Algunos parecen verdaderos demonios. Las mujeres tienen todo el cuerpo, excepto el cuello, untado de una sustancia negra en la cual hay trazados dibujos blancos y amarillos: este unto es una especie de cautchuc que, recogido apénas brota del árbol, se ennegrece al darle el aire. Lo reducen al estado líquido y lo espolvorean miéntras se endurece con materias colorantes. Para los dibujos blancos se valen de una arcilla semejante al kaolin, y para los amarillos de yesca pulverizada producida por ciertas hormigas.

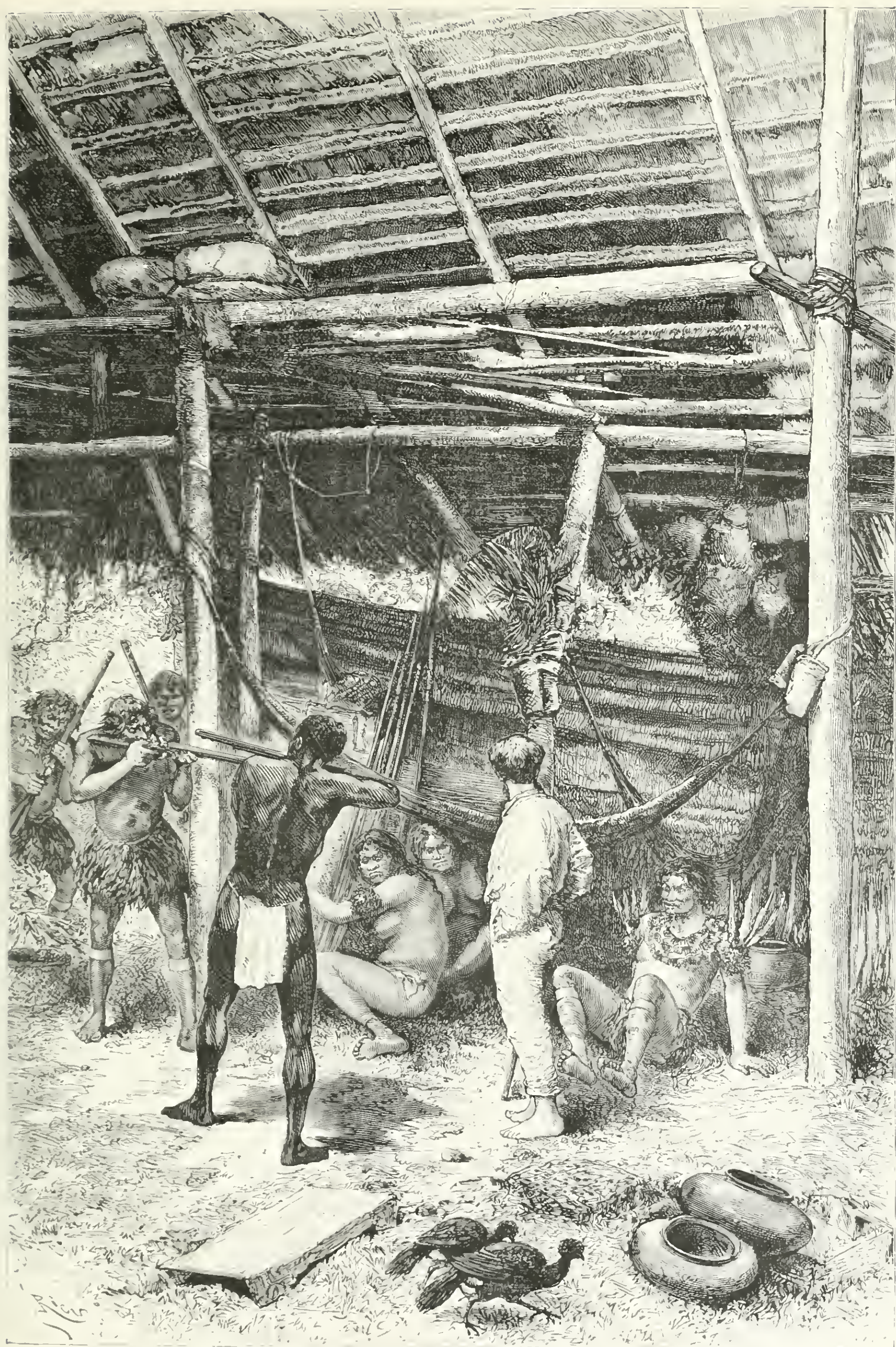
Los hombres tienen un modo raro de sorber tabaco; su tabaquera está hecha de un gran bulimo obturado con un ala de murciélago adherida con *balata* (guttapercha). El extremo del cono lleva un hueso hueco por el cual se echa un polvo aromático cuya composicion no conozco. Para llevarse el polvo á las narices, se valen de un soplador compuesto de dos huesos huecos de ave soldados con balata: introduciéndose una rama en la boca y otra en una ventana de la nariz, basta soplar para hacer que penetre el polvo en lo más apartado de la mucosa pituitaria. Esta es la manera de operar del egoïsta: las gentes sociables tienen otro aparato, consistente en dos huesos colocados en forma de X: los amigos se acercan y soplan al unísono, echándose recíprocamente el tabaco. Estos indios fuman cigarros de cuatro centímetros de diámetro y que contienen poco tabaco enrollado en hojas de madera-cañon: cada cual aspira tres bocanadas y pasa el cigarro al que tiene al lado.

Miéntras Apatú vigila la casa, yo voy á dar un paseo por las inmediaciones, y veo una vasija llena de carne cocida: es la cabeza de un indio que una mujer está guisando. Me apresuro á alejarme de allí, y hago entender que deseo comprar una canoa y embarcarme en mi balsa.

Al partir yo, se renueva la agitacion: dos jefes disputan con motivo de un jóven que parece extraño á la tribu; uno quiere hacerle embarcar y otro le retiene. Marchamos por último con dos piraguas, y empujados por la corriente, nos reunimos en breve con nuestros compañeros. Compro una de las embarcaciones y hago desatracar la balsa.

Estamos ya en camino cuando veo un indio agazapado entre mis fardos: le ruego que se vaya, y desembarca; pero mirándome de un modo raro, que por desgracia no comprendo sino cuando está ya léjos, y haciendo ademanes de desesperacion. Adivino demasiado tarde que aquel jóven es un prisionero que los indios querian vender, por lo cual hubiera deseado escapar de manos de sus enemigos para venirse con nosotros.

El 19 llegamos á una aldea de carijonas: durante la noche se presenta uno de estos que parece sumamente azorado por los peligros que acaba de correr. Viajaba con dos hombres por el rio Arara, cuando los uitotos le sorprendieron é hicieron prisionero: acto continuo uno de sus compañeros fué atado de piés y manos á un árbol, y muerto con una flecha envenena-



Ataque matutino

da. Durante el suplicio el infeliz lloraba como un niño diciendo: «¿Por qué me matais?» A lo cual le respondian: «Queremos comerte porque los tuyos se han comido á uno de los nuestros.» Pasaron una estaca entre los piés y las manos atados, y trasportaron el cuerpo á la playa como si fuera un pécari. El jefe hizo luégo la distribucion de la carne, y envió algunos trozos á las tribus vecinas. El expectador de estas escenas horribles consiguió escaparse durante la noche, y bajó el rio en un tronco de árbol que ahuecó con un hacha de piedra. El tercer prisionero era el jóven que los uitotos querian vender: ¿qué habrá sido de aquel desdichado? Es muy de suponer que le cortaran la cabeza.

La continuacion del viaje ofrece grandes peligros y fatigas. De dia nos devoran los piés unas moscas que chupan la sangre y dejan en la llaga un veneno que produce inflamaciones y úlceras: de noche, nos impiden conciliar el sueño la lluvia, los mosquitos ó los indios. Muchas veces se acercan á nosotros prorumpiendo en amenazas y provocaciones que nos encolerizan, costándome gran trabajo impedir que mis hombres maten á alguno de aquellos miserables, y aún en varias ocasiones á duras penas puedo yo mismo contenerme.

El 22, un jefe, que me habia recibido bien al principio, me intima de pronto que le entregue mis fardos: semejante audacia me pone fuera de mí, y de un empujon le echo contra la pared. Uno de sus satélites me apunta, pero baja rápidamente el arma al ver que Apatú se prepara con toda calma á pegarle un balazo en la cabeza. Castigo la arrogancia de aquellos indios obligándoles á celebrar fiestas en mi honor. Se ponen á bailar al anochecer, pero en lugar de instrumentos de música, los unos traen sables y los otros flechas envenenadas. A las diez llegan dos canoas llenas de indios que acuden so pretexto de bailar. Nos retiramos á media noche á una choza que he mandado construir en la orilla, cerca de nuestras canoas. A las cuatro de la mañana se acercan los indios para atacarnos; nos creen profundamente dormidos; pero en un segundo estamos de pié, escopeta en mano prontos á disparar. Ante esta actitud, el tuchao y su teniente esconden sus armas y fingen que vienen á lavarse al rio: salgo á su encuentro y á pesar suyo los traigo á mi choza. Habiendo confiado estos dos rehenes á la custodia de Apatú, duermo tranquilamente hasta la salida del sol.

Aquel jefe, que quiere tratarme como un vencido sin combatir, tiene lo ménos diez fusiles y otros tantos sables de caballería, y aunque vive á doscientas leguas del Amazonas, posee cuatro cajas llenas de cuantos objetos sirven para la vida civilizada. ¿Cómo es que estos salvajes del interior están mejor provistos que los ribereños del Amazonas? Esto consiste en que sus jefes hacen el comercio de esclavos con los tratantes brasileños. Por un niño de pecho se paga un cuchillo americano; por una niña de seis años un sable y á veces un hacha, y por un hombre ó una mujer adulta, un fusil ó una escopeta. Armados así estos indios, hacen excursiones á los rios vecinos, atacan á los habitantes armados solamente de flechas, matan á los que se resisten, hacen prisioneros á los demás y bajan el rio para entregarlos á los mercaderes de carne humana. Este comercio no deja de tener sus riesgos; pues con frecuencia sucede que se recibe mal al comerciante que va á reclamar el precio de su mercancía, y siempre que los indios ven que son más fuertes que él, le roban y asesinan.

El 26 de junio atravesamos otra catarata que imposibilitaria la navegacion por vapor, pero

que se pasa fácilmente en canoa. Esta barra, formada por una península muy angosta, se podria destruir fácilmente con dinamita.

El 27 pasamos por delante de la desembocadura del Aparari, que los brasileños consideran como el límite entre su imperio y la república colombiana. Hace ya cuarenta y tres dias que dormimos en el suelo, sufriendo lluvias torrenciales, y sin más abrigo que el menguado techo que hacemos con hojas todas las noches: no es pues de extrañar que todos mis hombres se sientan más ó ménos aquejados de fiebre. Moriríamos todos irremisiblemente si tuviésesemos que pasar algunas semanas más en este horrible rio; así es que hago todo lo posible para infundir ánimo y empuje á mi tripulacion. Todas las mañanas soy el primero en levantarme: partimos á las seis y media de la mañana, y viajamos á veces hasta las seis de la tarde: para no perder diez minutos, comemos embarcados la comida hecha la noche anterior. Tenemos siempre dos ó tres enfermos, y áun podemos darnos por contentos cuando no tienen todos el acceso de fiebre á la misma hora.



Uitotos tomando rapé

Por fin, el 9 de julio á las cinco de la tarde, desembocamos en el Amazonas.

¡Gracias á Dios! exclama Apatú, ¡los uitotos no se nos han comido!

Pasamos la noche en una vivienda llamada *Caicara*, y al dia siguiente procuramos llegar á Teffe. Mi gente está tan cansada que no podemos luchar contra la débil corriente del riachuelo, junto al cual está situada esta aldea. Como en este momento todos tienen calentura á la vez, he de ponerme á remar; y los ménos enfermos, estimulados por el ejemplo, hacen un postrer esfuerzo para llegar al término. Por último, á las dos de la tarde hacemos alto en Teffe, donde nos recibe con los brazos abiertos un compatriota, M. de Mathan, que se ocupa en reunir colecciones de historia natural.

El 15 nos embarcamos á bordo de un vapor que nos conduce á Manaos; y el 19, despues de arreglar las cuentas con mi tripulacion y atender á que cada cual regrese á su país, me embarco con Apatú para el Pará.

La mision queda completamente terminada: ahora me toca caer enfermo, y en efecto el 22 me da un ataque de calentura que dura hasta el 30. El 31 de julio dejo la hamaca para embarcarme en el vapor inglés *Ambrose* que parte para San Nazario.

En resúmen: he explorado en mis dos viajes seis grandes corrientes: dos rios de la Guayana, el Maroni y el Oyapock, y cuatro afluentes del Amazonas, el Yary, el Parú, el Iza y el Yapura. Si el Maroni, el Oyapock y el Iza eran algo conocidos, puedo decir que el Yary y el Parú estaban enteramente vírgenes de toda exploracion. Por lo que hace al Yapura, que tiene quinientas leguas de longitud, era desconocido en las cuatro quintas partes de su curso.

FIN DEL VIAJE DE CAYENA Á LOS ANDES



Una vista de Veracruz y del fuerte de San Juan de Ulúa.—(De fotografía)

MIS DESCUBRIMIENTOS EN MÉXICO Y EN LA AMÉRICA CENTRAL

POR M. DESIRÉ CHARNAY

I

Advertencia al lector.—Mi antigua mision.—La nueva.—Veracruz.—El ferrocarril de Veracruz á México.—Tierra caliente.—Tierra templada.—Córdoba, Orizaba, Maltrata.—Tierra fria.—Esperanza.

La exploracion que voy á relatar ha tenido un objeto puramente arqueológico; los monumentos que me propongo describir están tan por encima de las cosas vulgares y conocidas, que se los puede calificar de nuevos, á pesar de las muchas obras que se han ocupado ya del mismo asunto. Prescindiré, con todo, de intercalar en el texto citas y notas que corten su ilacion: las reservo para la publicacion especial que me propongo hacer, y de la cual esta narracion es un extracto más ó ménos extenso. Las presentes líneas no son, en rigor, más que notas de viaje.

Yo conocia ya la república mexicana; como enviado del gobierno, exploré en 1857 una parte de ella, rico de esperanzas, acariciando grandes proyectos, pero pobre de ciencia y más aún de dinero. A la sazon tenia grandes pretensiones, de las cuales he debido rebajar bastante; comprendí que la tarea, tal como la habia entendido en un principio, era superior á mis

fuerzas y á mis recursos, y me contenté con fotografiar los monumentos que iba á visitar sin atreverme siquiera á acompañarlos con comentarios.

Hoy, mejor preparado, más secundado, y contando con medios más poderosos, creo haber reunido un número de documentos suficiente para difundir alguna luz sobre uno de los puntos más oscuros de la historia del género humano.

Quiso la casualidad que en el momento en que el ministerio de Instruccion pública, de acuerdo con el dictámen de la Comision de misiones y viajes, me encargaba de explorar nuevamente el país mexicano para estudiar sus monumentos, un rico americano de Nueva York, Pedro Lorillard, se ocupara en organizar una expedicion científica con el mismo objeto. Habíame elegido para asumir la direccion; la empresa contaba con una importante subvencion; negarme á aceptarla era crearme una competencia desastrosa en el mismo país y en los mismos sitios; aceptar equivalia, por decirlo así, á renunciar á mi calidad de francés y privar á mi país de documentos preciosos y de colecciones interesantísimas.

Tuve la suerte de combinar ambas acciones en una sola, de hacer de las dos misiones rivales una mision franco-americana de nombre, pero en la cual M. Lorillard cedia á la Francia con una generosidad sin ejemplo todo el fruto de mis trabajos, investigaciones y descubrimientos.

Partí pues el 26 de marzo de 1880, y pasando por Nueva York para estrechar la mano de mi generoso comanditario, llegué á Veracruz á fines de abril.

El aspecto de Veracruz, visto desde el mar, tiene poco de halagüeño: es una línea monótona de casas bajas, ennegrecidas por las lluvias y por los vientos del Norte. Todo lo notable que, por el concepto arquitectónico, ofrece la ciudad, son los cuerpos de edificio de la aduana, de estilo moderno, y la puerta monumental que los adorna.

Asentada en un arenal marítimo, rodeada de médanos áridos y de lagunas cenagosas, Veracruz es para el extranjero la residencia más malsana de México. Allí la fiebre amarilla reina como enfermedad endémica, y cuando un centro de emigracion la suministra nuevos alimentos, degenera entónces en epidémica y de extraordinaria violencia.

Veracruz, como puerto, no pasa de ser un mal fondeadero en donde los buques carecen de la seguridad necesaria; el fuerte de San Juan es su único abrigo, y durante las tempestades suelen garrear sobre sus anclas y estrellarse en la costa. Los temporales son aquí causados por el viento Norte, y cuando sopla, no hay nada que pueda dar idea de su violencia: sus rachas son terribles, y levantan torbellinos de arena que penetran en las casas mejor cerradas; así es que á los primeros indicios todo se cierra, se sacan las barcas á la playa amarrándolas con cadenas, los buques duplican sus anclas, el puerto se queda vacío, todo movimiento se paraliza y la ciudad parece desierta y despoblada. Un frio súbito invade la atmósfera, el cargador se emboza tiritando en su manta, y el paletó de lana reemplaza á la chaqueta de lienzo. El muelle desaparece bajo las monstruosas oleadas que levanta la tempestad, los buques chocan unos con otros en el puerto y los vapores se apresuran á salir á alta mar para no irse á pique.

Con alegría, casi con emocion, desembarqué y pisé de nuevo los agudos guijarros de que está empedrada la ciudad. Al recorrer sus calles, la encontré más jóven, más llena de vida

que en otro tiempo: las casas recien pintadas, los campanarios blancos, las cúpulas de vistosos colores, casas y monumentos nuevos; no parecia sino que un leve soplo de la actividad parisiense habia atravesado el mar. La plaza, ántes llena de inmundicia y surcada de arroyos fangosos, está ahora encantadora, plantada de árboles y palmeras, sembrada de verdor y embaldosada de mármol: en su centro descuella una bonita fuente; entre el follaje saltan ardillas y uistitis, y los monumentos que la rodean, los pórticos en que alternan hermosos cafés y tiendas elegantes, la catedral y el palacio municipal, se han revestido á porfía de capas blancas y de tornasoladas losetas de loza.

En la puerta de México empieza un paseo, al que dan grata sombra los cocoteros, y por el cual se va á un arrabal que se ha desarrollado hasta llegar á ser una pequeña ciudad. Los marineros y los trabajadores del puerto van allí por la noche á bailar y á ofrecer á algunas muchachas servicios á las veces disputados en demasía.

Si se sale de Veracruz por el Norte, sólo se ve un dilatado arenal; si por el Sur, el cementerio y luégo los mataderos; algo más léjos, se entra en los médanos y en pantanos llenos de garzas y de patos silvestres. Sus islas están pobladas de iguanas y de serpientes. La perspectiva continúa al través de feos matorrales, sin nada que anime esas mortales soledades, como no sean los aullidos de ciertas fieras, el paso de un águila pescadora ó los anchurosos giros de algun buitre que acecha una presa fácil.

Para hacer el viaje de Veracruz á México, la pesada y lenta diligencia ha cedido el puesto hace tiempo á la locomotora, habiéndose multiplicado las transacciones comerciales de tal modo que la Compañía inglesa que explota la línea no puede hoy dar salida á las mercancías expedidas desde el mar al interior.

Partamos. En el tren va una compañía de cazadores que nos sirve de escolta; es necesaria, porque los veinticinco años trascurridos no han modificado todavía las costumbres, y el salteador de caminos florece aún en México.

Atravesamos la zona de los médanos y de los pantanos dirigiéndonos al Oeste, y dejando atrás la Tejería, la Soledad, Paso Ancho y Paso del Macho, llegamos al famoso puente de Chiquihuite, en donde vemos ya paisajes pintorescos y grandiosos que suceden á las tierras llanas y á la vegetacion abrasada de la costa.

Subimos sin cesar, el terreno se eleva, la vegetacion se desarrolla; á la izquierda se despeña entre profundas gargantas el rio Atoyac, cuyo viaducto de hierro se considera como una de las obras importantes de la vía.

Desde allí entramos ya en tierra templada, y se divisa á Córdoba; la naturaleza es soberbia; los llanos accidentados, de rojizos terrenos, aparecen cubiertos de cafetales que ostentan su follaje verde dentado á la sombra de los grandes árboles que les sirven de abrigo. Los plantíos de tabaco alternan con platanares, y cada casita, rodeada de naranjos, de enredaderas y de flores, parece el nido de un ave perdido entre la verdura. Las grandes líneas de la Sierra nos circuyen, y á cada curva de la vía se presentan á nuestra vista admirables perspectivas; una luz deslumbradora lo colora todo de riquísimas tintas, hasta que se ostenta ante nosotros con toda su grandeza el Orizaba.

El Orizaba es, juntamente con el Popocatepetl, la montaña más alta de México; su nevado pico es visible en el mar á más de treinta leguas, es decir, casi á sesenta leguas de distancia: á su pié se asienta la ciudad del mismo nombre. Pero no debo olvidar que estos sitios han sido descritos con sobrada frecuencia: sigamos adelante.

A partir de Orizaba la subida es más rápida y escueta. Entramos en las gargantas del *Infiernillo*, y por los puentes más atrevidos y los terraplenes más espantosos atravesamos ramblas y barrancos y costeamos insondables precipicios: todos los viajeros asoman la cabeza á las ventanillas para admirar el paisaje. Esos desmontes entre empinadas rocas, retorcidas, reducidas á pasta por las evoluciones volcánicas, harian las delicias de un geólogo.

Llegamos á Maltrata, donde el tren, provisto de locomotoras construidas exprofeso para esta línea, se apresta á franquear las cumbres que nos han de conducir á la meseta.

Estamos en tierra templada y muy en breve llegaremos á la fria.

El camino se dilata ante nosotros formando largas curvas y contorneando las pendientes mas rápidas; los puentes y los túneles se suceden sin tregua á lo largo de la vía, y la enorme máquina nos arrastra, sudando, resollando, silbando, anhelante, á través de los paisajes más grandiosos. En tres horas hemos subido á la altura de mil doscientos metros que nos separaba de Esperanza, á donde llegamos á las once. Allí, una fonda bien servida nos depara un almuerzo excelente.

Mas á partir de Esperanza cesa el encanto; y penetramos en inmensas y polvorientas llanuras que parecen un desierto. Dejamos á la derecha el Orizaba, que seguiremos viendo todavía mucho tiempo, y corremos al Oeste entre torbellinos de polvo. ¡Cuán triste es el país y qué contraste forma con el verdor y el brillante colorido de la tierra caliente! Apénas si de vez en cuando se divisa una hacienda, leve mancha blanca perdida en el espacio, y los raquíticos maizales y los trigos pobres y espaciados revelan cuán grande es la sequía de la tierra. Ninguna vegetacion, ni un árbol, ni escuálidos cactus, ¡qué desnudez!

Sin embargo, las grandes líneas de montañas que limitan el horizonte, la inmensidad de la llanura, los escasos cerrillos que rompen su uniformidad, las trombas de arena que surgen por todas partes, constituyen un paisaje de extraño aspecto y le imprimen un sello de desolacion severa. El camino de hierro ha contribuido á aumentar la tristeza de la comarca; las máquinas y los wagones parecen allí fuera de lugar y lo han hecho desierto más que todo lo demás. En efecto, el vapor ha sido causa de que desaparezca el arriero; hoy ya no se ven esas largas reatas de mulas que se escalonaban de Veracruz á México, poblando la soledad; ya no se ven pesadas carretas, ni mulas jadeantes, ni carreteros ni arrieros con sus trajes pintorescos. ¡Adios relinchos y juramentos sonoros! Ya no se escucha el alegre retintin de las campanillas de las *madrinas*, de esas yeguas que iban á la cabeza de las reatas, conductoras de los convoyes.

En los polvorientos caminos se elevaban pobres cabañas, donde el palmoteo de las tortilleras formaba un ruido armonioso para el oido del viandante hambriento, donde apagaba su sed el arriero dirigiendo á las Hebes de la llanura cumplidos algo picantes; ya no hay esos mesones en cuyos inmensos corrales se encerraba todas las noches á las cansadas mulas.

Todo esto ha desaparecido; la cabaña no ha dejado rastro alguno, las paredes del meson están ruinosas y los corrales desiertos.

Ahora nos encaminamos al Nordeste; y la línea, á partir de Huamantla, da vuelta á la Malinche, deja á Puebla á veinte leguas á la izquierda, y cruza por Apisaco para llegar á los llanos de Apam.



Grave par Erhard, 12 r. Duguay Trouin, Paris

Itinerario de M. Charnay

Hénos ya en el país del pulque. Apam es el gran centro de produccion del vino mexicano; se fabrica en todas partes, pero este es el mejor. Por do quiera se extienden inmensos campos de aloes, y todos los dias un largo tren viene á cargar en cada estacion las barricas llenas de pulque, de ese licor tan grato á los indios. Este brebaje, de aspecto poco halagador, parece por su color una fuerte solucion de horchata; es espeso, filamentoso y de olor nada agradable, pero uno se acostumbra pronto á él, y cuando se vive en el campo se bebe con delicia al regreso de una expedicion.

Desde Apam pasamos á la Palma, luégo á Otumba, célebre por la victoria de Hernan Cortés; entónces entramos en el valle de México, y dejando á la derecha Teotihuacan y sus pirámides, hacemos alto en la estacion de San Cosme.

II

México.—Su nuevo aspecto.—Plazas y paseos.—Arrabales.—Ferrocarriles.—Trasformacion pacífica de las órdenes religiosas.—Los indios.—Una leyenda.—Anécdota.—El museo de México.—Piezas principales.—La piedra de Tizoc.

La fisonomía de México ha cambiado todavía más que la de Veracruz; la plaza Mayor, tan mal empedrada ántes, está convertida en un hermoso jardin plantado de eucaliptus que en doce años se han desarrollado extraordinariamente, teniendo algunos un metro de diámetro y más de cien piés de altura. A la sombra de estos grandes árboles recrean la vista hermosos jardinillos siempre floridos, que alternan con cuadros de musgo siempre verdes, descollando en medio un pabellon llamado el Zócalo, rodeado de un paseo asfaltado, en el cual se coloca una música que todas las noches y los domingos de once á doce de la mañana da selectos conciertos que acude á oir la sociedad más escogida de la capital.

En muchos puntos se han construido elegantes casas de estilo moderno; nuevos barrios ocupan los solares de conventos derribados; en varias encrucijadas se han plantado lindos jardines, y el Paseo Nuevo, que empezó á construirse en tiempo de Maximiliano y que debe llegar hasta Chapultepec, honraria á las más suntuosas capitales del mundo. Pero ¿se terminará algun dia? Por lo pronto no pasa de la mitad, es decir, del punto en que descuella el soberbio monumento erigido á la memoria de Cristóbal Colon y que admiramos con tanto mayor motivo cuanto que procede de Paris y es obra de un francés.

El establecimiento de líneas férreas y de tranvías ha ocasionado tambien la trasformacion rápida de las cercanías; allí donde se estancaba un agua fétida en medio de tierras pantanosas, descuellan hoy quintas y jardines, y al otro lado del Paseo, á derecha é izquierda de San Cosme, los pequeños arrabales ocupan cada dia una extension más considerable. Cuando vengan los americanos de los Estados Unidos, y ya empiezan á acudir, todos estos terrenos sin valor decuplicarán su precio en pocos años.

Pero lo que más me llama la atencion es no ver eclesiásticos con traje talar por las calles, es la desaparicion de los hábitos de los frailes, y sobre todo el eclipse completo de esos formidables sombreros de teja que tanto me asustaron cuando los ví por vez primera. La Iglesia está hoy separada del Estado en México, abolidas las órdenes monásticas y confiscados los bienes del clero.

Cuando se dió órden de derribar los conventos, no faltaron vivísimas protestas; pero los *léperos*, trabajadores requeridos para esta tarea, discurrieron un expediente singular, una especie de compromiso de conciencia merced al cual creyeron poder librarse de la excomunion mayor que habian fulminado los desposeidos contra todos los que tomaran parte en los derribos; se llenaron de medallas, rosarios y escapularios y, con la conciencia tranquila ya, echaron abajo paredes y campanarios miéntras sus pobres mujeres conjuraban el enojo del Cielo con sus oraciones.

La emocion duró ocho dias; y no tan sólo el trabajador proseguia su faena sin temor ni remordimiento, sino que hasta se llevaba los adornos y objetos de madera para alimentar el fuego de su pobre hogar.

Hace ya mucho tiempo que pasó la excitacion; las ceremonias religiosas siguen su marcha lo mismo que ántes, á las iglesias asiste la misma concurrencia que siempre, y todo el mundo está contento ó parece estarlo.

Por otra parte, el indio, siempre el mismo, parece inmutable como el destino; en punto á alimento, traje y costumbres, le veo hoy tal como le veia hace veintitres años, y tal como vivió hace diez siglos y más.

Por mañana y tarde se encuentran en el camino de San Cosme á México, y en especial los dias de mercado, los mismos grupos de hombres y mujeres indios, cargados con un pesado fardo y trotando con las piernas casi dobladas.

La india viste una saya de lana oscura de rayitas claras que se le pega á las caderas como una falda de baño y que á veces deja adivinar la elegancia de las formas; un trozo de la misma tela le cubre á medias el pecho y la espalda: como se ve, el vestido es de los más sencillos; dicho trozo de lana tiene en medio un agujero por el cual pasa la cabeza, y á esto se reduce todo: es el poncho de la América del Sur á la vez que el zarape de las altas mesetas.

Algunas de estas indias son muy bonitas, pero desaseadas; sobre sus hombros bronceados se destacan cabecitas burlonas y sonrientes á pesar de su miseria, y el andrajo que las cubre no menoscaba sus salvajes atractivos. Si estuvieran más limpias y mejor vestidas, serian encantadoras. Me refiero á las jóvenes, y más especialmente á las doncellas, y no á las mujeres; las viejas, cubiertas, no ya de trozos de telas, sino de sórdidos harapos que apénas les tapan sus arrugadas carnes, son asquerosas y tanto más repugnantes cuanto que á menudo se las ve, con la vista parada, tambaleándose y embriagadas con su horrible pulque.

Tenemos, pues, el mismo trabajo, la misma cabaña, los mismos juegos, el mismo alimento, la misma embriaguez y los mismos vicios; sólo que la miseria es mayor, la degradacion más profunda, y todo cuanto la conquista, auxiliada por el cristianismo, ha podido hacer por estos desgraciados, ha sido embrutecerlos más.

Véase el aguador, con su mandil de cuero y sus dos cántaros, uno delante y otro detrás; el vendedor de bateas ó artesas de madera; el carbonero, más cargado que los borriquillos que guia; el vendedor de felpudos y esteras, y la pequeña otomí vendedora de tortas. Toda esta gente, andrajosamente vestida, va y viene, aislada ó en grupos, de la lejana aldea á la ciudad y de la ciudad á la aldea.

Por el camino se detienen con frecuencia estos viajeros para hacer numerosas libaciones; muchas pulquerías reciben su visita, y cuando llegan al jacal que los alberga, entran dando traspiés.

El museo de México, propiamente dicho, no es rico, ó á lo ménos lo que se ve no tiene nada de particular. Cuando se han leido los autores que se ocupan en los términos más lisonjeros de los productos de la industria azteca y de los maravillosos objetos de arte que componian las colecciones de los grandes señores, es natural que se solicite ver las joyas, las telas, los manuscritos y sobre todo las pinturas hechas sobre plumas de aves que representan las escenas de la vida de la época y los retratos de los emperadores mexicanos; esta fué tambien mi primera solicitud, pero no hay nada de todo ello en las dos grandes salas consagradas á

las antigüedades aztecas. Verdad es que me han dicho que el museo no está en órden, que no hay nada clasificado, que falta espacio, y que hay muchísimas cajas llenas de objetos preciosos que más adelante ofrecerán sus tesoros á la pública contemplacion. Enhorabuena: mas por de pronto sólo vemos, en punto á objetos raros, una coleccion de máscaras de obsidiana, de mármol y de pórfido, grandes yugos magníficamente esculpidos y varias lindas piezas de



Vendedores de carbon y de artesas (De fotografía)

jade y de cristal de roca. Por lo que hace á la larga serie de vasijas llamadas antiguas, de formas y colores más ó ménos caprichosos, y de las que hay llenos grandes armarios, todas ellas son falsas; de lo cual me he convencido desgraciadamente á mi costa.

En efecto, ignorando su historia y más cándido de lo que debiera serlo en semejante caso, apresuréme á mandar reproducir una treintena de dichas imitaciones para el museo del Trocadero, cuando tan fácil me hubiera sido, gastando ménos, comprar en las cercanías una coleccion completa de verdaderos originales.

La cosa es singular por cierto. Los mismos mexicanos y hasta algunos de los más versados en el estudio de las antigüedades de su país son, lo propio que los extranjeros, víctimas de toscos falsificadores de antigüedades, que explotan la pasion de los coleccionadores y la credulidad pública. ¿Cómo es que se sabe en Europa lo que allí se ignora? La verdad es que,



Vendedores de tortas y de esteras (De fotografía)

aleccionado por mis exploraciones, no habria caido en el lazo; porque esos cacharros de formas modernas con dibujos antiguos me hubieran inducido á no comprarlos ni á reproducirlos, probándome á primera vista que no eran más que un extraño y monstruoso maridaje de pequeños bajos relieves indios con vasijas sin originalidad alguna, una amalgama informe.

Hé aquí la historia; la fabricacion de esas piezas facticias data de 1820 á 1828. Esta falsificacion en grande se discurrió en el arrabal de Tlatelolco, y el afortunado inventor debió hacer su suerte á juzgar por el número inmenso de vasijas que vendió. La mayoría de los

museos están infestados de ellas, sin contar las colecciones particulares, y aún se las continúa comprando todos los dias.

Procedíase del modo siguiente: se preparaban vasijas de todas formas, sin pretension alguna, sin que el fabricante se esmerase ni pusiera ningun cuidado en construirlas: hasta tal punto contaba con la ignorancia ó la necedad humana. Un jarro comun, cacharros de panza estrecha ó abultada, urnas toscas de angosto gollete ó de ancha boca, todo era bueno: se cubria el objeto de aplicaciones sacadas de moldes antiguos hallados en número inmenso en el valle, máscaras, ídolos, figurillas, silbatos, figuras geométricas, palmas, etc. Se añadia á la vasija un asa retorcida, ó dos, ó tres, ó cuatro, segun su dimension; se le ponian tres piés, segun el caso; se la dejaba destapada la ancha boca ó se la dotaba de una tapadera historiada; en seguida se enterraba esta obra maestra, dejándola así un año ó más para darle carácter de antigüedad, y ya se podia petardear á álguien.

Ignoro si esta breve explicacion servirá para que los aficionados abran los ojos y les evite ser víctimas del costoso engaño de que yo lo he sido; la escribo guiado por un fin laudable, pidiendo al propio tiempo perdon á los ingeniosos falsificadores por la gran libertad que me tomo, en el caso de que pueda perjudicar á su vituperable industria, como así lo deseo.

Despues de esta digresion que me imponia mi conciencia, vuelvo á ocuparme del museo cuyo patio es para mí lo mejor que tiene: está plantado de cuatro grandes palmeras, y lleno de arbustos y flores entre los cuales se encuentran diseminadas las piezas más importantes de la coleccion.

Vése desde luégo la estatua del dios del vino, el Baco indio, tendido de espalda con la copa de licor puesta sobre el vientre; su tamaño es mayor que el natural, y es una de las más hermosas que se conocen, habiéndola encontrado M. Leplongeon en Chichinitza, de donde fué sacada y llevada á México en virtud de la ley que ha declarado todas las antigüedades propiedades nacionales.

La piedra del Sol ó piedra de Tizoc ocupa el centro.

Más adelante se ve otro Baco en la misma postura que el primero, pero ménos bello, esculpido en una piedra tosca, y hallado en Tlascala.

En tercer término aparece la diosa Tenanci, la diosa madre, enorme pedrusco esculpido en forma de serpiente cubierta de plumas sobre un zócalo lleno de ranas.

En el fondo, á la izquierda, hay una soberbia cabeza magníficamente labrada en un bloque de serpentina que representa, segun me han dicho, la salida de la luna.

A la izquierda se encuentra asimismo una inmensa piedra figurando un monstruoso ídolo llamado el Teoyamici.

En el fondo debajo de la galería, hay una numerosa coleccion de dioses de todas clases. En su mayoría son espantosos y repugnantes, y darian una triste idea de los artistas aztecas, si no supiéramos que lo que allí se ofrece á nuestra vista son tan sólo muestras de un arte hierático que consagra por siempre las formas más raras, primeros esbozos de un pueblo que procuraba fabricarse un dios.

En suma, la piedra del Sol ó de Tizoc es el monumento más importante del museo: conmemora el episodio más sangriento del más sanguinario de los pueblos.

Encontróse esta piedra en la plaza de México, delante de la catedral, con la parte esculpida hácia abajo. Como tantos otros monumentos de esta clase descubiertos en el mismo sitio y hácia la misma época, se le habria hecho pedazos probablemente para empedrar con ellos la plaza, si por fortuna el canónigo Gamboa no hubiera llegado á tiempo de detener el trabajo de destruccion empezado y mandado colocar la piedra en el ángulo noroeste del cementerio de la catedral. Allí estuvo hasta 1824, en cuya época se la trasladó al patio de la Universidad. Hoy está colocada, como he dicho, en medio del del nuevo museo.

Se ha confundido este monumento con el *Techcatl*, que era la piedra de los sacrificios, y con el *Temalacatl*, ó piedra de los gladiadores; pero es imposible equivocarse cuando se han leido las descripciones de estas dos piedras. En efecto, la de los sacrificios tenia dos metros de longitud por uno de anchura; en cuanto á altura, llegaba á la cintura de los sacerdotes, y era un tanto abultada por su centro, de suerte que cuando se tendia sobre ella la víctima de espaldas, su cuerpo estaba más bajo por la cabeza y por los piés, y el sacerdote no tenia más que dejar caer el cuchillo sobre el pecho «para abrir el cuerpo de un hombre como una granada,» segun la comparacion sobrado poética del P. Duran.

A juzgar por lo que este autor dice, habia seis sacerdotes por cada víctima; cuatro le sujetaban las piernas y los brazos, otro el cuello, en tanto que el sexto, el gran sacerdote, le abria el pecho y le sacaba el corazon con rara habilidad. Luégo de arrancada dicha entraña, la ostentaba elevándola al cielo como una ofrenda, volvíase en seguida al ídolo y le arrojaba el corazon á la cara. Acto continuo se echaba el cadáver al pié del templo, porque la piedra del sacrificio estaba tan cerca de las gradas que apénas distaba dos piés de la primera de ellas. Cuando el cuerpo llegaba á la parte inferior de la pirámide, los espectadores se apoderaban de él para repartirse sus pedazos y comérselos con gran solemnidad.

El Temalacatl era redondo como la piedra del Sol, pero bastante mayor: Sahagun lo compara á una muela de molino. Esta piedra está enterrada en la plaza, delante del palacio: la indiferencia mexicana deja que se desgaste, cuando se la deberia trasladar al museo, donde figuraria dignamente.

Dábase á este monumento el nombre de *piedra de los gladiadores*, porque se obligaba á combatir en su superficie á los prisioneros hechos en la guerra y destinados al sacrificio. Atábase al prisionero por el cuerpo á una argolla puesta en medio de la piedra; la cuerda que lo sujetaba era lo suficientemente larga para permitirle llegar á la circunferencia. Le asistia un sacerdote, cubierto con una piel de oso ó de lobo, que le servia de padrino, le conducia á la piedra, le daba sus armas y se lamentaba de su suerte. El arma consistia en un gran mandoble de madera, al paso que su adversario usaba por lo comun un sable guarnecido de placas de obsidiana.

Segun el P. Duran, el desdichado gladiador estaba atado únicamente por una pierna, lo que prestaba un poco más de libertad á sus movimientos; y á veces se le concedia que usara espada y escudo, con lo cual tenia algunas probabilidades más en su favor. Si podia luchar

victoriosamente con seis adversarios, se le perdonaba la vida y volvia en triunfo á su país; pero casi no se cita más que un solo ejemplo de semejante victoria. Esta clase de combates era un espectáculo muy frecuente y muy concurrido.

El gran americanista Orozco y Berra, fallecido há poco tiempo, llamaba á la piedra del Sol, segun Duran, *Cuauhxicalli*, esto es, «la copa de los caballeros del sol.» Este monumento es un cilindro de traquita de dos metros sesenta y cinco centímetros de diámetro, ocho metros veintiocho de circunferencia, y ochenta y cuatro centímetros de altura. Al rededor está adornado de quince grupos de dos personajes que conmemoran las victorias del emperador Tizoc. El vencedor sujeta por los cabellos al vencido, quien en actitud suplicante, parece pedir gracia. Encima de cada personaje hay un jeroglífico que indica el nombre del vencedor y el de la ciudad conquistada personificada en su jefe.

La superficie de la piedra representa una imágen del sol, y en su centro hay un agujero de quince centímetros de profundidad, el cual comunica con una canal que termina en la circunferencia exterior. En esta piedra se sacrificaba á los mensajeros del sol cortándoles la cabeza; la sangre corria por la concavidad, salia por la canal y se esparcia por delante de la cámara del sol, de suerte que el astro esculpido en la superficie de la piedra podia de este modo henchirse de sangre.

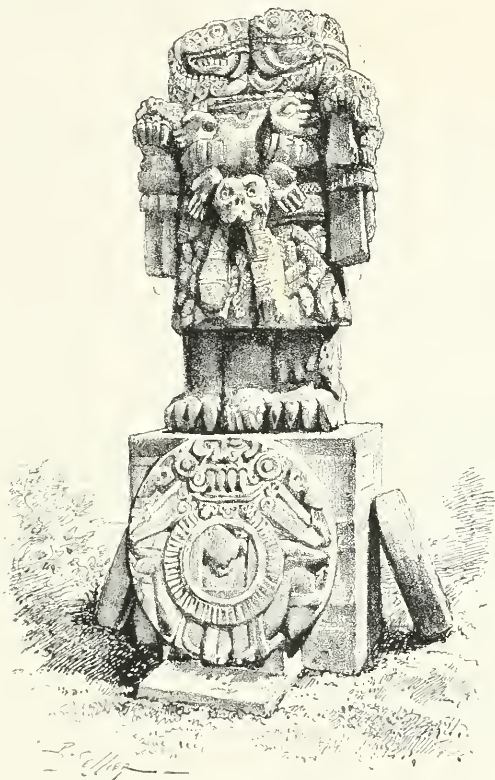
A veces se ponian en el *xicalli* (copa) los corazones de las víctimas, que entónces tomaban el nombre particular de *cuauhnochtlí*, el cual significaba *higos de las águilas*. Hoy, por un contraste singular, el cuauhxicalli, la copa sangrienta, en donde se amontonaban los corazones de las víctimas, sirve de baño á las avecillas, y tambien acuden allí todo el dia á beber las palomas.

Este monumento, empezado por Tizoc, fué terminado por su sucesor el sanguinario Ahuitzotl, epíteto bien merecido, segun pronto veremos. Data de 1482 á 1486, y no tan sólo conmemoraba las victorias del séptimo emperador azteca, sino tambien la construccion del gran templo que habia comenzado.

La consagracion de este templo fué objeto de ceremonias bárbaras, como jamás se habian visto hasta entónces. Nadie ignora que cada fiesta de los aztecas iba acompañada de sacrificios humanos y cada altar regado con sangre. Este furor de sacrificios tomó más cuerpo á impulsos de una casta sacerdotal fanática, de suerte que ya no se emprendian guerras sino para proporcionarse víctimas. Cuando se celebró la inauguracion del templo, en tiempo de Ahuitzotl, se traspasó el límite de lo verosímil en punto á horrores; pues segun ciertos historiadores se inmolaron con tal motivo más de ochenta mil prisioneros, cifra que los ménos exagerados reducen á veinte mil. Segun dice Duran, la matanza duró cuatro dias; la sangre corria en tal cantidad por las azoteas del templo que caia á modo de cascadas y formaba abajo verdaderos estanques en los que se coagulaba difundiendo por la ciudad un hedor insoportable. Durante esta carnicería, los mexicanos y sus salvajes convidados se hartaban de carne humana.

He querido convencerme de la posibilidad de semejante matanza, y he visto que hasta la cifra de veinte mil hombres, dada como la más baja, era aún exagerada. Y en efecto, se ha

dicho que los prisioneros estaban colocados en largas filas en las cuatro calzadas que partian de México y las ocupaban por completo. Pues bien, la calzada de Colhuacan tenia diez kilómetros, la de Guadalupe ocho, la de Tacuba seis y la de Chapultepec unos cuatro: total veintiocho kilómetros. Suponiendo dos hombres por metro cuadrado, lo cual es mucho, tendríamos cincuenta y seis mil prisioneros, cantidad más próxima á la primera de ochenta mil víctimas sacrificadas. Pero lo difícil de explicar no es el número, sino la matanza de tantos millares de hombres.



Teoyamici, dios de la muerte y de la guerra (De fotografía)

La hecatombe duró cuatro dias: pongamos cuarenta y ocho horas, deduciendo las noches. Los historiadores no especifican el número de sacrificadores, sino que dan solamente á entender que los reyes de México, de Tezcuco y de Tacuba, y Tlacaelel el primer ministro, dieron principio á la horrible tarea hasta que se cansaron y que los sacerdotes los sustituyeron. Esto no precisa nada, y nos da cuando más cuatro sacrificadores á la vez; doy por supuesto que fueran diez y seis, y calculando que se invirtiesen de cuatro á cinco minutos en coger al prisionero, tenderlo en la piedra, sujetarlo, abrirle el pecho y arrancarle el corazon, tendremos que los diez y seis sacrificadores no podian matar más que doscientas víctimas por hora, y que la cifra total no pasa de nueve mil seiscientas á diez mil, cuando más. Hay pues exageracion.

Esta religion sangrienta, estos sacrificios tanto más espantosos cuanto que aumentaba su horror la antropofagía, habian pasado de los aztecas á todos los pueblos circunvecinos, primero á los aliados, por efecto del contagio del ejemplo, y luégo á los enemigos como represalias. Los jefes más cuerdos y razonables, y el primero de ellos el gran rey Netzahualcoyotl de Tezcuco, quisieron oponerse á este desbordamiento de costumbres bárbaras, pero en vano. El buen propósito del rey filósofo se estrelló contra la ignorancia de su pueblo fanatizado por los sacerdotes, y en las altas mesetas se llegó á regularizar la copa preparada para la especie humana, á hacer periódicas estas carnicerías, y hasta á encerrar á los hombres en jaulas para engordarlos, á fin de que la víctima fuese más agradable al ídolo y más sabrosa al paladar de la gente.

Tan sanguinario culto acabó por introducirse en las costumbres indias de tal modo que llegó á ser una verdadera institucion política y á motivar la celebracion del tratado más raro y original de cuantos menciona la historia.

En 1454 hacia ya siete años que el pueblo padecia un hambre horrible cuyas consecuencias procuraban en vano atenuar los reyes con sus liberalidades. En todas partes escaseaban los víveres y los padecimientos habian llegado á su colmo. Consultóse á los sacerdotes y estos declararon que los dioses estaban indignados con los pueblos, y que para aplacarlos convenia sacrificar muchos hombres, y *con regularidad* si se les queria tener propicios.

Aunque el gran rey que hemos nombrado ántes hubiera siempre tenido ojeriza al culto y á los dioses mexicanos, no se consideró bastante fuerte para oponer resistencia á las creencias exaltadas de la muchedumbre, y propuso como término medio el sacrificio de los prisioneros de guerra. Pero los sacerdotes desecharon la proposicion diciendo «que las guerras eran inseguras y remotas; que los cautivos serian pocos y llegarian flacos y extenuados para presentarse al sacrificio; que por el contrario, los sacrificios debian ser frecuentes y regulares, y que las víctimas habian de hallarse en buen estado, como era costumbre respecto de los niños y de los esclavos.»

Tan monstruosa respuesta pareció concluyente, y en su consecuencia se celebró un tratado entre los tres aliados del valle, México, Tezcuco y Tlacopan por una parte, y las tres repúblicas de Tlaxcala, Huetotzinco y Cholula por otra, en virtud del cual las dos confederaciones debian hacerse periódicamente la guerra para proporcionarse mutuamente víctimas humanas, debiendo batirse los primeros dias de cada mes, en número igual, en el territorio que media entre Quauhtepec y Ocelotepec. El pueblo daba á los combatientes un dictado terriblemente significativo: los llamaba los *enemigos de la casa.*

Pero ya es tiempo de dejar á los aztecas, que, por fortuna para la reputacion del Nuevo Mundo, no eran los únicos representantes de la antigua civilizacion de América.

III

Por qué empiezo por Amecameca.—Los individuos de la comision.—En la estacion de San Lázaro.—El camino.—Santa Marta.—Ayotla.—Tenango del Aire.—Amecameca

Proponíame dar principio á mis excursiones por Amecameca, porque este pueblo está al pié del Popocatepetl, donde veintitres años ántes descubrí por casualidad ciertos indicios de una estacion funeraria.

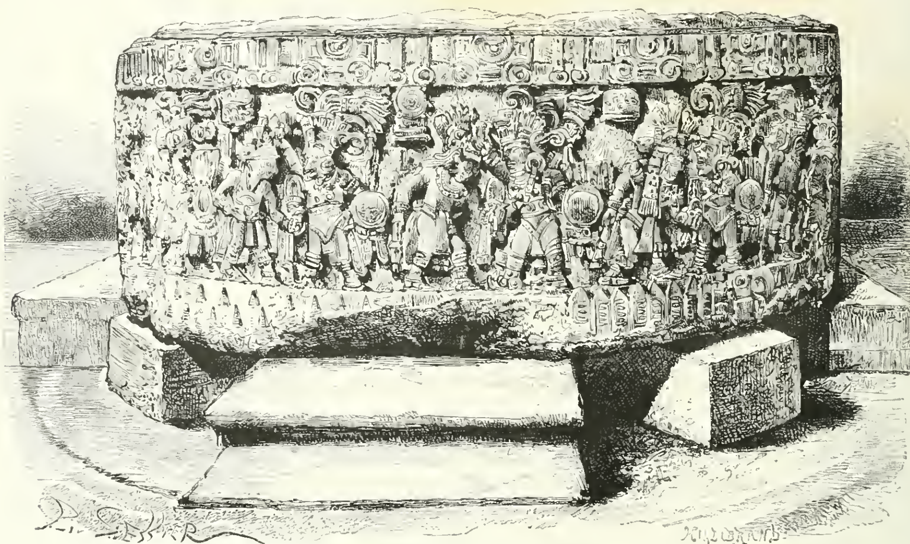
Recorrimos ante todo los alrededores del volcan para reunir por medio de la fotografía algunas vistas de las alturas, aguardando con impaciencia que el tiempo nos permitiera ascender á la montaña. Hallándonos en una de estas cortas excursiones al pié del pico del Fraile, ó más bien de su espolon, llamado *ombligo del Fraile*, me habia sentado poniéndome á escarbar el suelo con mi baston miéntras los indios levantaban la tienda, cuando con gran sorpresa ví un fragmento de vasija, y luego una entera; entónces eché mano á mi puñal y exhumé otras juntamente con restos de osamentas. Dedicado á la sazon por completo á la fotografía, no me ocupé gran cosa en aquel momento de mi descubrimiento, que más adelante, y léjos ya de allí, me pareció importantísimo. Así es que cuando volví en 1880, me animaba la esperanza de encontrar aquel sitio en buen estado y de extraer de él objetos interesantes.

Pero ántes de ponerme en camino, séame permitido presentar al lector mis compañeros de viaje. Estos eran D. Lorenzo Perez de Castro, coronel de ingenieros, á quien el gobierno mexicano habia tenido á bien designar para presenciar mis descubrimientos y asociarse á mis trabajos. No podia ménos de felicitarme de semejante eleccion. El coronel Castro, veterano de las guerras civiles y del imperio, avezado á todos los climas, dispuesto á todas las eventualidades, era al mismo tiempo un hombre del carácter más benigno y más igual, un caballero chapado á la antigua, así fué que nos entendimos á las mil maravillas. En segundo lugar figuraba mi secretario Alberto Lemaire, jóven topógrafo de brillante porvenir, dibujante distinguido, ganoso de tropezar con toda clase de dificultades y riesgos de la expedícion. El tercero era nuestro criado Julian Diaz, un Calino de la mejor especie, lleno de celo infatigable, pero sumamente sencillo y cándido, seguido siempre de Artagnan, nombre poco apropiado para un perro de hermosa estampa, pero sobrado pacífico para su destino futuro y de una pereza que debia tranquilizar á los ladrones y á la caza.

En el momento de nuestra partida acababa de abrirse al público un ferrocarril que debia ir de México á Morelos; esta línea pasa por Amecameca, constituyendo un trayecto de cincuenta y dos kilómetros que se anda en tres ó cuatro horas. La estacion está en San Lázaro, el barrio más pobre, más miserable y de peor fama de México.

Esta pobreza de San Lázaro choca tanto más cuanto que no léjos de allí, subiendo el canal de Santa Anita, se encuentra por todas partes verdor, grandes árboles, casas porticadas y pulquerías en las cuales entran á beber los muchos indios que frecuentan los canales y la laguna.

La máquina silba. Partimos á las tres. La vía férrea sigue la gran calzada por la cual Cortés entró en otro tiempo en México, y atravesamos un llano pantanoso con un canal infecto á un lado. Todo está desierto, miserable, y es de tristeza indecible. En tiempo de los aztecas esta calzada estaba plantada de árboles; las aguas que por todas partes se han retirado á tal distancia que apénas se las ve, y el lago, al alejarse, no han dejado más que tierras de superficie salina y pestíferas charcas. Y sin embargo, ¡cuántas hermosas ciudades se escalonaban, al decir de los historiadores, á lo largo de esta gran vía! Ciudades llenas de monumentos de paredes tersas y brillantes como plata, de esbeltas torres, ciudades enlazadas entre sí por mil y mil barcas ligeras y por esas hermosas islas flotantes llamadas Chinampas.



La piedra del Sol ó de Tizoc en el museo de México (De fotografía)

A nuestra derecha, algunos indios chapotean en el agua cenagosa y provistos de una pequeña red, pescan peces blancos de gusto fangoso. No se ve un árbol, sino cañaverales y un camino polvoriento. Dejamos á la izquierda el Peñon y sus aguas sulfurosas, y luégo llegamos á Santa Marta, en donde estaba en lo antiguo la cabeza de la calzada: en breve saldremos de la cuenca del lago, ántes tan verde y risueña, tan animada, tan viva, y hoy tan muerta que no resucitará jamás. El horror que tienen los habitantes á toda verdura ha hecho de este admirable valle el país más miserable del mundo. ¡Ah! ¡Desgraciados, que no les gustan los árboles y los destruyen! Todavía continúa esta vandálica tarea, y esos picachos volcánicos de que está salpicado el valle y que le prestan una fisonomía tan extraordinaria y tan pintoresca, esas escarpadas cumbres que conocí cubiertas de árboles, de pinos sombríos ó de verdes encinas, están hoy peladas ya. La tierra vegetal, arrastrada por las lluvias, deja descubierto el suelo volcánico donde tan sólo crecen cactus espinosos y tristes opunctias. ¿Hasta dónde llegará esta devastacion sacrílega? ¿Hasta dónde irá á parar miéntras

pueda darse por excusa que las hambrientas locomotoras no tienen más que la leña de la montaña para alimentarse?

El paisaje no adquiere un aspecto risueño sino á partir de Ayotla: algunos huertos, un olivar, campos de aloes y maizales le dan cierta semejanza con un oasis al salir del desierto.

Llegamos á la Compañía acercándonos á las montañas. Hé aquí el rio Frio, teatro de tantos atentados y de tantos robos; en mi viaje anterior me robaron aquí, así como á todos mis compañeros de viaje, dos galopines á quienes se hubiera deshecho de un puñetazo; pero entónces era moda dejarse robar sin decir una palabra, por miedo á los cómplices escondidos en las inmediaciones.

Ante nosotros aparecen cada vez más erguidas las nevadas cumbres del Iztaccihuatl y del Popocatepetl.

Corremos á través de maizales mezclados con habares de bonitas flores blancas: pasamos por Temamatla, y la máquina, jadeante, llega á Tenango del Aire, pueblo así llamado por los violentos golpes de viento que á vez asuelan su término.

La vía se ha separado de la antigua carretera que pasaba por Tlalmanalco; allí habia hermosas ruinas modernas, que habria deseado ver de nuevo, bonitos arcos esculpidos, en los que se echaba de ver la sencilla mano del indio que labraba un dibujo español. El conductor del tren me cuenta que, en los desmontes hechos para el paso de la vía, se ha encontrado una porcion de antigüedades, como jarrones, estatuas, vasijas de todas formas y dimensiones, que se repartieron los ingenieros y los empleados, y que ninguna de aquellas reliquias fué llevada al museo. ¿No es sensible que tantas piezas preciosas se hayan perdido enteramente para la ciencia?

Por fin llegamos á Amecameca, anunciada de léjos por el Sacro Monte, hermosa colina llena de árboles que nadie se atreveria á derribar. *¡Sacro!* Eran las siete cuando entramos en la estacion; por consiguiente habíamos invertido cuatro horas en recorrer cincuenta y dos kilómetros.

La noche era muy oscura, de suerte que recogimos nuestros equipajes sin examinarlos; pero al llegar á la casa en donde nos habian ofrecido alojamiento, porque allí no hay fonda ni posada, observé que estaban rotas las dos cerraduras de mi baul. Apresuréme á abrirlo, y ví que habian desaparecido quinientos francos de los mil quinientos que contenia, habiéndose efectuado el robo sin duda alguna en el tren ó en los almacenes ántes de salir de México. Reclamé, pero en vano, y aún tuve que darme por satisfecho con que me hiciesen la merced de no robarme del todo.

IV

Amecameca.—Una poblacion mal alumbrada.—Los rateros.—Partida.—Los volcaneros.

El pueblo de Amecameca está situado á doscientos metros de altitud sobre México; la temperatura es allí fresca, el clima sano, siendo para ciertos habitantes de la capital un refugio durante los fuertes calores del verano. Llueve mucho y las cosechas son magníficas; con frecuencia estallan furiosas tempestades; así es que no se ven en las casas esas azoteas de los

países secos, sino tejados de tejas de madera que le dan el aspecto de un pueblo alpestre.

La poblacion está adosada á las dos montañas más hermosas del Anáhuac que la limitan al oriente. Al sudeste, el cono deslumbrador del Popocatepetl se eleva casi perpendicular á 5,410 metros de altura, miéntras que al este, enfrente, el Iztaccihuatl extiende á cinco mil metros su largo sudario de nieve. Esta montaña es ménos alta que su brillante y gigantesco rival, pero en cambio más pintoresca. Rodeada de colinas de caprichosas pendientes, de rígidos picachos, de peñas colosales y de barrancos profundos, los siete ú ocho planos de alturas que se escalonan desde su base le forman un cinturon multicoloro de maravillosa riqueza de tintas.

Al amanecer, la llanura está cubierta de blancos y diáfanos vapores atravesados por los esbeltos tallos de los maíces y por las masas sombrías de los grandes árboles. Las primeras colinas se revisten de una neblina trasparente que las tiñe de verde azulado; los segundos y terceros términos pasan del azul oscuro de los barrancos al rosa pálido de las alturas, al paso que una ancha franja de oro orla la nevada cresta de la montaña.

Por la tarde, las puestas de sol son admirables. Las manchas negras de los bosques, entrecortadas por las superficies verdes y amarillas de los sembrados, parecen extender sobre la montaña una inmensa piel de pantera, y cuando se acerca una tormenta corriendo con vertiginosa rapidez á descargar sobre sus vertientes, y las nubes chocan entre sí, y brotan los relámpagos, y los picachos aparecen á rápidos intervalos entre los desgarros de las nubes, cualquiera los tomaria por gigantes que se ahogan y que, haciendo esfuerzos desesperados, procuran romper el húmedo círculo que los comprime.

Por la mañana, todo es calma, paz, silencio, belleza; por la tarde, ruido, furia, tormenta, lucha de los elementos entre sí.

El pueblo de Amecameca vendrá á tener unas 1,500 almas. Queriendo el Ayuntamiento en cierta ocasion ponerlo al nivel de las ciudades bien cuidadas, ocurriósele alumbrar las calles, y votó el alumbrado, pero no por gas, pues este sólo corresponde á las capitales, sino por petróleo. Se plantaron postes, se colgaron los faroles, y en una hermosa y oscura noche los habitantes maravillados pudieron visitarse sin llevar linternas. Mas ¡ay! que el municipio no habia contado con la huéspeda, es decir, con los rateros. Cuando los vecinos despertaron á la mañana siguiente, se encontraron con que los faroles habian desaparecido. Cada ratero se habia apresurado á proveerse de su respectivo farol, y no hubo bastantes para todos. Desde entónces no se ha vuelto á tratar del alumbrado y el pueblo continúa sumido en su oscuridad primitiva.

El ratero mexicano explota las muchedumbres, penetra en las casas mal cerradas en las que se provee de todas las cosas útiles; con frecuencia saquea los wagones del camino de hierro; todas las noches se lleva una ó dos traviesas de la estacion, y hasta hace desaparecer postes de gran volúmen, de los que probablemente tendrá necesidad para sus construcciones. El ratero pone tambien á saco el campo, y se lleva bueyes y caballos para venderlos en la provincia inmediata, no siendo difícil adivinar que cuando conoce que puede dar un buen

golpe en las gargantas de la Cordillera, sabe practicar la asociacion y conseguir de este modo una fácil victoria.

La impaciencia me consumia: el mal tiempo y los preparativos nos habian detenido algunos dias en el pueblo. Necesitábamos caballos de silla y de carga. y además hombres prácticos y experimentados.

Por fin, el 5 de julio estuvimos listos. Teníamos por capitan de nuestros peones un indio, jefe de la explotacion del azufre en el cráter del volcan. Habia trabajado por espacio de veintiocho años en las alturas; su hermano llevaba treinta años de empleado en la misma explotacion, y los otros cinco indios, compañeros suyos y *volcaneros* como ellos, vivian tambien hacia muchos años á una altitud que variaba entre cuatro mil y cinco mil cuatrocientos metros.

Hénos pues en marcha, hombres y acémilas. Hemos tomado el camino de Tomacoco, y en breve nos internamos por los agrios senderos de la montaña.

V

El rancho de Tlamacas.—En busca de una estacion funeraria.—Primeras emociones.—La subida.—Tanteos.—Tenenepanco.—Decepcion.—Nuestra instalacion en Tlamacas.—El Tlacualero.—Las excavaciones.—Cadáveres y reliquias.—Una copa maravillosa.—Un cerebro bien conservado.

Con un buen caballo y una buena silla la ascension al Popocatepetl es una partida de recreo. El camino sube tan escueto que el panorama, limitado al pronto al bonito valle de Ameca, abarca á cada paso que se avanza un círculo más dilatado, y acaba por comprender la meseta entera.

A los tres cuartos de hora cruzábamos la línea de altitud para bajar al rancho de Tlamacas, en donde debíamos instalar nuestro cuartel general.

El rancho de Tlamacas, que á la sazon se iba á reconstruir, nos deparaba una hospitalidad de las más primitivas; era un vasto cobertizo abierto por todas partes, en el que penetraban alternativamente el frio, el viento y la lluvia. Sin embargo, habia una chimenea y una mesa, y esto bastaba por el momento, porque llevábamos nuestras camas de campaña.

En Tlamacas se refina el azufre sacado del cráter y se le funde en panes para entregarlo al comercio.

Tan luégo como llegaron los bagajes, partimos en busca de mi cementerio.

—¿A dónde quiere V. ir?—me pregunta el jefe de los guías.

—Por allí—le contesto señalando al oeste el pié del Pico del Fraile, que es como un inmenso espolon del Popocatepetl.

Tenemos que trepar por una cuesta de doscientos cincuenta metros, lo cual parecerá á algunos lectores una cosa baladí. Pues bien, esta subida por una arena movediza á cuatro mil metros de altitud es de lo más difícil que se conoce. Aparte de que todo movimiento es penoso en estas alturas, no es posible bajar sin sufrir mareos: la garganta se seca, la respiracion es jadeante, y hay que descansar á cada veinte pasos. Cuando llegamos á la cresta, junto á la roca de Tenenepanco, estábamos desfallecidos.

El espectáculo es magnífico y grandioso, pero la inquietud y la impaciencia que me devoraban no me dejaban admirar sus bellezas.

¡Mi cementerio! ¡Mi cementerio!—Empezaron las pesquisas. Parecíame que no era aquella la primera vez que veia la pequeña meseta de Tenenepanco; creia conocerla, pero me desorientaba una porcion de losas de que estaba sembrado el suelo y que yo no recordaba haber visto. Subí más arriba acompañado de un indio, é hice que abriese el suelo en muchos sitios: el terreno era duro, compacto, lleno de guijarros, y al parecer no habia sido removido nunca. Renové esta tentativa más abajo, pero sin mejor resultado. Volví pues á la primera meseta, donde el indio viejo habia presenciado mis pesquisas sin decir una palabra. Para que se vea lo poco comunicativos que son estos hombres bastará decir que aquel montañés me conocia, que habia formado parte de mi expedicion en 1859 y sido testigo de mi hallazgo, á pesar de lo cual y de saber perfectamente lo que yo andaba buscando, aguardó á que volviese á la roca para decirme:

—Allí es donde encontró V. vasijas la otra vez.

—Pero esas losas no estaban allí: ¿de dónde han salido?

—De las excavaciones que se han practicado despues.

—¡Es decir que me han burlado, que me han robado!—exclamé en la persuasion de que el cementerio me pertenecia.

—Tal vez,—contestó tranquilamente el volcanero;—se han llevado de ahí muchas cargas de objetos antiguos, pero aún deben quedar algunos.

—¡Ah tunantes!—dije para mí.

Y reconociendo el sitio con atencion, descubrí efectivamente muchos *tepalcates*, fragmentos de vasijas, copas y varios objetos de cerámica.

¡Hasta mañana, pues! Mañana veremos lo que esos bárbaros han querido dejar: y dominados por esta impresion bajamos por la montaña para regresar á Tlamacas.

Digamos algo acerca de nuestra instalacion en el rancho. Nuestra gente dormia alrededor de una gran hoguera bajo un cobertizo abierto, teniendo por camas montones de yerba seca y felpudos; allí se hacian por mañana y tarde su comida, reducida á un poco de carne asada en las brasas y la sempiterna tortilla; un buen trago de mezcal ponia fin á su sobrio refrigerio.

A pesar de las apariencias, nuestra habitacion no valia mucho más y la cocina era peor. Aunque nuestro cobertizo no estaba tan abierto, lo estaba lo bastante para dar paso al frio y al relente. El viento que penetraba por las ventanas sin postigos y por los mil resquicios de los tabiques nos cortaba la cara y nos hacia estornudar continuamente. La inmensa chimenea sin cañon en la que quemábamos árboles enteros, no comunicaba su calor al interior de la sala; la única ventaja que de ella sacábamos era la de que nos asfixiaran las nubes de humo que, cerniéndose sobre nuestras cabezas, salian lentamente por el techo. El colchon era de cautchuc, y á estas alturas y con el frio de las noches, parecia un carámbano; el menor contacto directo con él me despertaba súbitamente.

Por lo que hace al alimento, no carecíamos de víveres; los teníamos en abundancia, y tanto que Artagnan sacaba la tripa de mal año y engordaba á ojos vistas. Éramos deudores

de este bienestar á un indio llamado el Tlacualero, que hacia dos veces diarias el viaje á Amecameca, es decir, andaba quince leguas por un camino de montaña para ir á buscar nuestros víveres, volviendo siempre con la puntualidad de un cronómetro.

Pero no bastaba tener víveres; era preciso saber guisarlos; y Julian, á quien habia yo ajustado como «criado para todo,» no sabia hacer absolutamente nada. Habia sido sacristan y ayudado misa del modo más honroso para su carácter; basado en las mejores recomendaciones por este concepto, le tomé á mi servicio; pero ¡qué desdichado cocinero era! Casi siempre nos presentaba las chuletas y los beefteacks hechos carbon, trasformaba las judías en guijarros y así de lo demás. Adoptamos pues el partido de guisarnos nosotros mismos la comida, y redujimos á nuestro criado al simple oficio de fregona.

Las noches, muy frias, eran duras de soportar; en cambio las mañanas eran magníficas. Nos levantábamos al rayar el dia. El sol, invisible entónces para nosotros, doraba ya la cima del volcan del cual salia una leve columna de vapor: veíase el cono de nieve pasar de un color rosa pálido al blanco más deslumbrador, miéntras que el Pico del Fraile, cubierto de escarcha, se destacaba con una tinta gris sobre el azul trasparente del cielo. Toda la base que quedaba en la penumbra se iluminaba progresivamente, y las copas de los grandes abetos negros, perdidos en la oscuridad, parecian rodeadas de resplandores.

A oriente, la llanura de Puebla se destacaba á nuestros ojos con todos sus detalles; en lontananza, á treinta leguas de allí, el cono del Orizaba formaba una línea de horizonte grandiosa, y más cerca, el Malinche se destacaba con sus líneas severas sobre el fondo del cielo. La ciudad de los Angeles ostentaba sus anchas manzanas de edificios, las flechas de sus campanarios, las cúpulas y las torres de su catedral. A nuestros piés descollaba con su oscuro color la elevada pirámide de Cholula.

Volvimos á emprender nuestro trabajo en Tenenepanco. El indio tenia razon; nuestros predecesores no se lo habian llevado todo. Abrimos zanjas que se cruzaban por toda la meseta y descubrimos tumbas intactas. La primera fué la de una mujer, cuya cabeza pude preservar, pero los miembros, el húmero, el fémur y la tibia estaban reducidos á pasta y tan podridos que no se les podia tocar.

Los muertos estaban sepultados á una profundidad que variaba entre sesenta centímetros y metro y medio, con el cuerpo encogido, las rodillas tocando á la barba, y los brazos tambien doblados, pero no habia rastro de manos ni de piés. La tumba contenia sobre la cabeza del difunto una copa ó una fuente de barro cocido, dos vasos retorcidos de tierra negra y otras varias vasijas. Todo ello estaba húmedo, los cacharros llenos de tierra y de agua, y hubimos de tomar las mayores precauciones para extraer de la tierra tan frágiles objetos. Una vez puestos al sol, se endurecian, y se los podia limpiar y embalar.

En una de aquellas tumbas yacian dos cuerpos, el de un hombre y el de una mujer, en cuanto pude juzgar por sus osamentas, así como varios objetos de alfarería. En otra, que probablemente era la tumba de un jefe, no hallé vestigio de osamenta. Segun los historiadores, los indios tenian la costumbre de quemar el cuerpo de los grandes personajes y de los caciques, enterrándolos con sus armas y joyas. Así es que encontré una multitud de objetos

de piedras exquisitas, de esa piedra verde, dura y de tan hermoso pulimento, especie de jade, serpentina, etc., que los indios estimaban más que la esmeralda y á la que llamaban *chalchihuitl;* tambien encontré muchas flechas de obsidiana, un gran número de perlas de piedra dura para collares, al mismo tiempo que otras de barro cocido y algunas figuritas. Pero ¡cosa extraña! ni una vasija; y lo más particular aún era que ni una sola de dichas perlas, ni siquiera uno de aquellos objetos de adorno estaba entero: todos debian haber sido rotos, en señal de duelo, en la época de la inhumacion: tal es la única explicacion probable que pueda darse de la rotura de tantos objetos duros y resistentes. Además muchas de aquellas piedras, serpentina, granito, pórfido, ya fuese que dataran de remota antigüedad, ó ya que hubieran permanecido en un terreno que hubiese obrado de un modo violento sobre sus elementos, estaban descompuestas en su mayoría y se deshacian al tacto.

Por cada tumba registrada encontré generalmente dos intactas. Los muertos no estaban orientados, sino que parecian depositados en la tumba de cualquier modo.

Esta vida de explorador á cuatro mil metros de altitud es de las más penosas: no podemos acostumbrarnos á esas cansadísimas ascensiones diarias; el viento y la reverberacion de las nieves nos curten el rostro, el frio nos entumece y hiela las manos, y llegamos al Tenenepanco extenuados y tiritando.

Afortunadamente, nuestras riquezas aumentan diariamente; utensilios domésticos, jarrones de todas formas representando al dios Tlaloc, el dios tolteca por excelencia, el dios de la lluvia; copas para frutos y joyas con piés en forma de pico de pato ó de cabeza de jabalí; vasos raros teñidos de colores vivos todavía; jícaras de chocolate con tortugas por asas; perlas, alhajas preciosas, toda una civilizacion, en fin, que brota de esas tumbas, una vida nueva que surge como una resucitada de esa confusion de muertos. Caricaturas de guerreros antiguos; un aguador con sus correas llevando como hoy su gran cántaro á la espalda, juguetes de niños, un carrito de barro cocido, nuevo aún, con sus cuatro ruedas enteras y que una pobre madre enterró junto al cadáver de su hijuelo: ¡hallazgo inesperado, maravilloso para mí! Aquel carrito estaba formado por el cuerpo estirado de un animal de orejas muy tiesas y agudo hocico que se levanta hácia delante; es una cabeza de *coyote*, probablemente un zorro, cuya cola ocupa la parte trasera. Las ruedas se adaptan á cuatro pequeños fragmentos de barro cocido puestos á los lados. Repongo los ejes de madera, desaparecidos hace siglos, y mi carrito rueda.

Segun esto, los indios aztecas, chichimecos ó toltecas tenian carros. Nada sabíamos hasta hoy acerca de esto y ni un solo historiador habia mentado esta circunstancia; pero semejante descubrimiento la hace evidente, por cuanto los juguetes de niños no son más que la reproduccion de los útiles de los hombres. En todo caso no podian ser más que carretones de mano, porque los indios jamás tuvieron á su servicio, que se sepa, ni animales de tiro ni bestias de carga.

La jornada del 9 de julio fué una de las mejores. De diez tumbas abiertas encontré cinco intactas, que nos dieron sesenta piezas notables, una de las cuales no tiene igual y ofrece un interés excepcional. Es una copa de barro cocido de tres piés, de diez y ocho centímetros de

anchura por ocho de altura y cinco de concavidad; por milagro sale sin mancha alguna de su mansion subterránea, y está cubierta interior y exteriormente de lindos dibujos pintados con vivísimos colores. El blanco, el amarillo, el azul, el verde y el encarnado se combinan en ella formando un conjunto de efecto y armonioso: estos colores parecen esmaltes y son de relieve. La copa en cuestion era una obra maestra, y temblé literalmente de emocion al recoger aquella vasija maravillosa. Encontramos otra, algo más pequeña y casi tan hermosa, pero manchada de tierra.



Vasijas encontradas en Tenenepanco (De fotografía)

Puse mis dos perlas al sol para secarlas, cuando ví con desesperacion que una se resquebrajaba y que los admirables colores de la otra palidecian rápidamente. Las recogí prontamente y las puse á la sombra, pero el desastre iba haciéndose mayor de hora en hora, y en breve quedaron reducidas entre mis manos á vulgares cacharros.

En aquellas tumbas recogí tambien gran número de campanillas de cobre que debieron servir de adorno ó de moneda. Unos jarrones de redonda panza llevaban sobre fondo negro una mano pintada de encarnado. Es un recuerdo tolteca que conmemora la impresion de la mano de Hueman, su legislador, á la vez que las de esa mano misteriosa que se ve en los muros de los palacios yucatecas, impresiones que tambien se han observado en los monumentos de ciertas tribus de la América del Norte. Pero lo más extraordinario que descubrimos fué un cerebro humano bien conservado, á pesar de haber desaparecido totalmente la bóveda craneana. Una ancha y fuerte copa en la cual estaba, por decirlo así, enclavada aquella masa cerebral, la habia preservado de todo detrimento. No era posible equivocarse; todavía se veian las circunvoluciones cerebrales y las pequeñas líneas rojas de los vasos sanguíneos. Explique quien quiera semejante fenómeno; por mi parte me limito á citar un caso que me recordó otro parecido que habia observado sin darle demasiada importancia.

En resúmen, sacamos trescientas setenta piezas enteras de mis excavaciones, pareciéndome la cosecha muy pingüe. Así fué que procedí con el mayor cuidado al embalaje de mi tesoro, con el cual llené cuatro grandes *huacales*, cajas indias, y todo llegó sin novedad á Amecameca y en seguida á México.

VI

Las grutas de Mispayantla.—Registro de un túmulo de Amecameca.—Expediciones al Iztaccihuatl.—Nahualac.—El dios Tlaloc y su paraíso Tlalocan

Al otro dia de nuestro regreso al pueblo, organicé una excursion á las grutas que hay en la barranca de Mispayantla. Habíanme hablado tiempo atrás de estas grutas, de las que me habian traido los indios estatuitas, ídolos y varios objetos de cobre; pero no se debe tener gran confianza en los indios, porque engañan y desorientan á porfía al forastero, sin que el dinero consiga hacerlos más comunicativos, ó sea más verídicos. Con todo, quise hacer la prueba.

Nadie ignora que una barranca es el espacio angosto que á veces hay entre dos montañas, un valle pequeño profundamente encajonado y abierto por algun torrente. Las hay tan profundas como precipicios, otras sumamente agrestes, y la de Mispayantla es una de las más pintorescas. Arranca del Pico del Fraile, al mismo pié del Popocatepetl, y corre de Este á Oeste para desembocar en el valle de Ameca.

Partimos á las seis de la mañana, con un guía y tres indios provistos de herramientas, y como la caminata es larga, no llegamos hasta las once y media. La barranca es admirablemente hermosa en su parte superior, y los bancos de rocas que se elevan á uno y otro lado como muros perpendiculares, tienen doscientos y trescientos metros de altura. El rio que corre por su fondo está lleno de piedras desprendidas y de troncos de árboles derrumbados, y el camino es tan áspero, que tuvimos que apearnos de los caballos para llegar al sitio en que estaban las grutas. Una vez allí, nos encontramos ante unas aberturas situadas á setenta metros sobre el suelo; dos indios se pusieron á abrir escalones en la peña, habiendo necesitado tres cuartos de hora para llegar á las cuevas.

Al pronto sufrimos una desilusion profunda; las cuevas en cuestion no son más que inmensos huecos que dejan entre sí las partes salientes de las rocas: en el mayor, que tiene cuarenta metros de abertura, se puede penetrar andando á gatas hasta quince metros de profundidad; pero aquel hueco es enteramente inhabitable á causa de las muchas filtraciones que lo convierten en el sitio más humedo del mundo.

Los hoyos y los montones de tierra que allí habia nos probaron al punto que hacia algun tiempo nos habian precedido otros exploradores. Por el suelo estaban esparcidas algunas osamentas rotas y restos de cráneos, pero ni uno solo podia aprovecharse. Dos cruces de madera plantadas á la derecha, en lo profundo de la cueva, atestiguaban sentimientos piadosos en memoria de los muertos.

A pesar de que el aspecto del lugar no auguraba resultados fructuosos, mis peones pusieron manos á la obra, pero cada azadonazo nos probaba la inutilidad de nuestras pesquisas; la tierra habia sido excavada en todas partes. Recogimos, sin embargo, algunas reliquias; mangos de cacerolas de todos tamaños; fragmentos de vasijas de barro encarnado rayado de negro, un ídolo completo de Tlaloc y un tubo lleno de agujeros, resto de una flauta india. Teníamos á la vista un asilo temporal en el que se refugiaban los indios despues de la con-

quista para huir de la persecucion de los españoles y sustraerse al trabajo de las minas: allí vivian miserablemente y allí enterraban sus muertos.

Estas cuevas están á 3160 metros sobre el nivel del mar. Segun una tradicion más moderna, eran una guarida de ladrones, y se dice que allí ocultaban el fruto de sus rapiñas y encerraban á los prisioneros para exigir un rescate por ellos.

Este malogro no me desanimó, ántes al contrario, resolví tomar un brillante desquite. Pensé que la existencia de una estacion funeraria en las alturas de la Sierra debia indicar la de otras estaciones del mismo género, y como muchos indios me habian hablado de varios puntos donde habia *tepalcates* ó fragmentos de vasijas, pasé á ellos, pero no hallé nada importante. Tomé informes de otros indios, y tuve la suerte de encontrar en casa de uno de ellos algunos cacharros é ídolos de piedra. Le pregunté por la procedencia de aquellas reliquias, y me contestó de un modo evasivo que eran del Iztaccihuatl, pero sin quererme indicar el sitio, y hasta que hube gastado mucha saliva y le prometí veinte duros de gratificacion, no accedió á conducirme á la parte de la montaña en donde habia recogido aquellas antigüedades. Convenidos ya, organicé inmediatamente la expedicion y nos pusimos en marcha, llevando como jefe de ella al indio Huberto, cuatro trabajadores y un *tlacualero* ó sea el indio encargado de los víveres. Como yo no tenia tienda de campaña, me construirian un abrigo cualquiera.

He dicho que el Iztaccihuatl es más pintoresco que el Popocatepetl, mas para apreciar sus bellezas hay que ir trepando por las numerosas montañas que le sirven de base. El sitio está poco frecuentado, los senderos son escasos, y como estamos en la estacion de las lluvias, son además horribles. Subimos arrostrando dificultades inauditas; los caballos resbalan, se encabritan, caen y estamos cien veces á punto de rompernos la cabeza. La pobre mula cargada con los víveres y las herramientas, á pesar de los esfuerzos de los dos indios que la guian y la sostienen, se para, se tiende y se niega á seguir adelante, por lo cual hay que aliviarla de la mitad de la carga repartiéndola entre hombres y caballos.

Los puntos de vista son soberbios; habiendo salido de Amecameca, nos encaminamos en derechura al Este, subiendo por las cuestas más empinadas y andando por el borde de los precipicios hácia el centro de la gran montaña; pero ¡cuántos rodeos!

Cuando llegamos á las alturas, estamos extenuados de cansancio: son las once y pregunto á mi guía si llegaremos pronto: «Es allí, muy cerca, me contesta; detrás de esa cresta.» Necesitamos aún andar dos horas para llegar á la cresta en cuestion: hemos invertido más de seis horas en subir á la cumbre, desde la cual descubrimos á nuestros piés un valle oblongo de 1200 metros de largo por 500 á 600 de ancho, cerrado enteramente por las eminencias que hácia la parte de México, al Oeste, hacen su acceso imposible. Al Este el valle está limitado por los picos del Iztaccihuatl, picos desnudos, cubiertos de nieve inmaculada que baja á 200 metros del sitio en que nos encontramos.

El barómetro indica 3850 metros de altitud á nuestro paso por la cresta, y 3790 en la cañada á que descendemos: estamos poco más ó ménos á la altura de Tlamacas. Este vallecito está tan apartado del mundo por sus paredes de roca cortadas á pico que los extranjeros no

podrian dar con él. En su interior, hay suaves pendientes que conducen á su terraplen, y que están cubiertas de pinos achaparrados; la vegetacion no pasa de aquí; más arriba, no se ven más que rocas peladas. El fondo del valle no tiene un árbol siquiera; pero en su tierra negra brota una yerba espesa que acuden á pastar las reses extraviadas en la montaña.

Este valle, llamado Nahualac del nombre del pico más inmediato, ha estado habitado, porque encontramos en él á modo de unos cimientos de piedra labrada que debieron sostener edificios, y al Nordeste descubrimos un estanque de sesenta metros de diámetro abierto por mano del hombre. No se ve rastro alguno de sepultura; pero mis indios se ponen á trabajar y en ménos de media hora sacan á luz jarros, platos, copas, etc. Estos jarros tienen la misma forma y son del mismo estilo que los de Tenenepanco, pero de arcilla más tosca, y están ménos adornados.



Vasijas del cementerio de Nahualac (De fotografía)

Pasamos la noche, que nos pareció interminable, debajo de una simple choza de esteras. Por la mañana, nos calentamos el estómago con un buen trago de mezcal, y volvimos á emprender nuestra tarea. Los hallazgos fueron numerosos, pero todos parecidos, y los ídolos, los carritos de niño, las urnas y los dioses Tlaloc se repitieron sin cesar.

La estacion de Nahualac ocupaba mucha más extension que la de Tenenepanco, y nos pareció además de fecha mucho más remota, porque no encontramos ni un solo fragmento de osamenta humana. Tambien abundaba más la imágen de Tlaloc, habiendo encontrado algunas completas, agitando con la mano derecha una serpiente, atributo que simbolizaba el relámpago, el rayo y la tempestad.

Recogimos en Nahualac cerca de ochocientas piezas de todas formas, y provistos de tan rico botin, nos despedimos de la montaña.

He hablado de la subida; pero ¿qué diré de la bajada? Marcho delante, seguido del ingeniero y dejando detrás á los indios con las vasijas y los bagajes. Privados de nuestros guías, nos perdemos más bien que bajamos, llevando de la brida á nuestros caballos, porque ni siquiera podemos pensar en cabalgar. Atravesamos un espeso bosque en el que no hay senda alguna, y á veces la cuesta es tan rápida que bajamos veinte y más metros tendidos de espalda miéntras que nuestras cabalgaduras se precipitan sobre nosotros como avalanchas, costándonos trabajo impedir que nos aplasten, y tropezando más adelante con las mismas dificultades é idénticos peligros. Por último, á las cuatro horas de tan desatentada caminata llegamos al llano, y podemos montar en nuestros caballos rendidos de cansancio, llegando poco despues á Ameca.

¿Cuál podrá ser la edad y el orígen de estos cementerios? Tlaloc era una de las principales divinidades toltecas: el dios de las cosechas y de la lluvia. Los pueblos de las altas mesetas,

con tanta frecuencia afligidos de sequías crueles, le dedicaban un culto ferviente, culto que pasó de los toltecas á todos los pueblos que ocuparon sucesivamente el valle. Suponíase que este dios residia en las altas montañas, pero principalmente en los dos volcanes en donde se formaban las tempestades y de donde procedian las lluvias. En tiempo de los aztecas, todos los reyes del Anáhuac, con el emperador de México á la cabeza, celebraban la fiesta de Tlaloc con inusitada pompa.

El culto ordinario se practicaba en un oratorio que formaba parte del gran templo de México; mas para la gran fiesta anual se congregaba el pueblo en una montaña, entre Coatepec y Huexotzinco, en donde, segun el P. Duran, se celebraban ceremonias especiales que duraban muchos dias. El mismo autor habla de víctimas sacrificadas, pero no de enterramientos que, segun todos los historiadores, se efectuaban por lo comun en los alrededores de los pueblos, en los huertos y en las casas; ninguno habla de los volcanes acerca de ellos.

Además, la pintura que se nos hace del Tlaloc azteca no se parece á la del Tlaloc de Nahualac y de Tenenepanco; y los carritos encontrados en las sepulturas nos retrotraen á grandísima distancia, probablemente á los primeros tiempos de la instalacion tolteca, por más que sea muy difícil comprender cómo haya podido caer en desuso una invencion de utilidad tan práctica como el carro y hasta perderse su tradicion.

En mi concepto, estas dos estaciones son muy antiguas, y cuando tengamos sus reliquias á la vista y podamos estudiarlas detenidamente, emitiremos tal vez, mejor ilustrados, una opinion más precisa.

Tlaloc tenia su paraíso llamado Tlalocan, paraíso de verdura, de gratas umbrías, de caudalosos manantiales, en el que maduraban las mieses, reinaba el júbilo y era desconocido el dolor. Este paraíso corresponde á un pueblo apacible, como se nos representa al tolteca, y no á uno de instintos feroces como el azteca que soñaba tan sólo con guerras y exterminio para ir á descansar en el seno de su terrible y sanguinario dios Huitzilopochtli.

VIII

Salida para Tula.—Itinerario.—Historia de Tula.—Antigüedades de la poblacion.—El templo de la Rana.—La plaza y la iglesia.—El Cerro del Tesoro y su leyenda.

Venimos del Este, y despues de haber pasado por México, el camino de hierro nos conducirá hasta Huehuetoca; allí tomaremos la diligencia que nos dejará en Tula, veinte leguas al Norte de la capital.

El valle está en toda su belleza en el mes de agosto; los maíces grandes y verdes, con su penacho al viento y el tallo guarnecido de panojas, cubren hasta donde alcanza la vista campos y colinas limitados por un magnífico horizonte de montañas.

Pasamos por delante de Tacuba, donde á causa de un vituperable vandalismo (le han prendido fuego) está muriendo el añoso y célebre árbol á cuyo pié se sentó Cortés á llorar su derrota de «la noche triste.»

La segunda estacion es la de Atzcapotzalco, que fué en lo antiguo un reino independiente; á continuacion sigue Tlalnepantla. Siempre se ven las mismas llanuras, las mismas casas y

pueblos de idéntico aspecto. Divisamos una gran iglesia semejante á una fortaleza, con troneras y almenas, de la que se apoderaban y aún se apoderan á veces los pronunciados; una plaza con un jardinillo y algunas casas con soportales en los que hay tiendas; más léjos pobres cabañas, y todavía más allá, inmundas chozas desde las cuales nos miran pasar algunos indios con sus chiquillos cubiertos de andrajos. La vegetacion se reduce á unos cuantos álamos enfermizos y sauces raquíticos, emblemas de los habitantes; y grandes pitas de aceradas hojas formando cercas.

Este valle no es bonito más que en su conjunto.

Atravesamos en seguida una serie de colinas que cierran el valle por el Norte, y despues de la hacienda de la Lechería llegamos á Cuantitlan y Huehuetoca, donde nos espera la diligencia. Almorzamos en un antiguo convento en el que ha sentado sus reales un bodegonero italiano, á quien se lleve el diablo en castigo de los infernales manjares que nos ha hecho tragar, así es que subimos al coche con el estómago poco ménos que vacío. La diligencia está llena, y la zaga y la vaca cargada de equipajes. Somos los únicos viajeros que llevan armas, y observo que la vista de nuestras escopetas alegra á nuestros compañeros.

Yo habia ya visto caminos pésimos en México; pero este supera á toda descripcion; vamos al paso, metiéndose la diligencia hasta el cubo de las ruedas en profundos y tenaces baches, y sufrimos tales sacudidas que un viajero débil de estómago se marea y nos ofrece un espectáculo nada agradable: otro desgraciado de la imperial le imita, y cogido entre dos fuegos, no sé á qué santo encomendarme.

El aspecto del país ha cambiado: á los verdes llanos cargados de ondulantes maíces suceden inmensos espacios plantados de pitas, vegetacion de hojalata, sin verdura ni atractivo; por do quiera vemos tierras pedregosas, desiguales, salpicadas de lomas desnudas, en las que crecen blancos de polvo grandes cactus, opuncias y cirios desmedrados. Cruzamos este triste paisaje para llegar al rancho de Bata, donde mudamos el tiro. Esta pobre vivienda tiene sin embargo su riqueza y estos estériles terrenos alimentan innumerables carneros que pastan la escasa yerba y las malezas espinosas. Aquí encontramos un camino ménos malo, no porque lo cuiden, sino porque el suelo es de roca, lo cual permite al ganado emprender una marcha algo más viva.

El terreno cambia de nuevo; á las plantas susodichas reemplazan hermosos cultivos; cruzamos un rio de aguas enturbiadas y entramos á galope en un pueblo al que dan sombra grandes fresnos. Es Tula.

Tula no es hoy más que un pueblecito de 1,500 habitantes; pero en otro tiempo fué la capital tolteca y segun los historiadores la ciudad más antigua del Anáhuac. Quiero narrar su historia en pocas líneas.

Los toltecas son de raza *nahua*, con cuyo nombre se designa á todas las tribus de una misma raza y de una misma lengua que, procedentes del Norte, invadieron sucesivamente, del siglo VII al XIV, las mesetas de México y una parte de la América central.

Los historiadores nos dicen que el tolteca era teista, que adoraba al Sol, á la Luna y á Tlaloc; que era de suaves costumbres, y que sólo ofrecia á sus dioses sacrificios inocentes.

Veytia representa al indígena tolteca como hombre de elevada estatura, nariz aguileña, blanco y de poblada barba.

La civilizacion tolteca cubrió en ménos de cuatro siglos á México de monumentos; despues se extinguió como un relámpago. A mediados del siglo undécimo, muchos años de inundaciones, de sequías y de heladas intensas ocasionaron hambres espantosas seguidas de epidemias. Los enemigos exteriores y los grandes vasallos aprovecharon tan fatales circunstancias para derribar el imperio, siguiéndose una guerra de exterminio que duró tres años, y acabó por diezmar á aquel desgraciado pueblo.



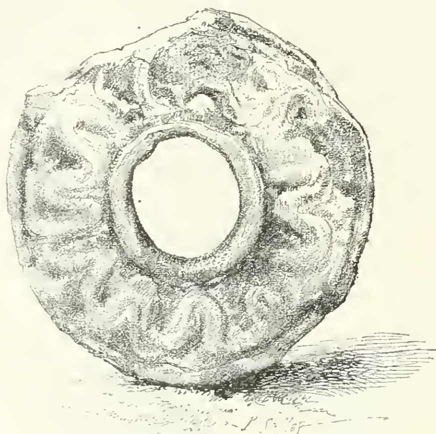
Perfil de guerrero esculpido en nácar; fragmento encontrado en Tula (De fotografía)

Hénos pues en Tula, en el sitio donde se alzó la antigua ciudad tolteca. Las antigüedades que á cada paso se encuentran en la poblacion nos ofrecen bastantes testimonios de tan curiosa civilizacion. El más pequeño, y uno de los más interesantes por cierto, es una ancha concha perlífera esculpida que representa un jefe tolteca con todos sus atributos y se parece á las esculturas de la piedra de Tizoc en México, pero mucho más á ciertos bajos relieves de Palenque y de Ocosingo en el Estado de Chiapas. Es muy importante hacer mérito de estas similitudes. Dicha pieza, en que la cara está de perfil y el cuerpo de frente, con preciosos detalles, es lo más notable de cuanto he visto en este género.

En la calle, y arrimado á una pared, veo un gran anillo de piedra esculpido: tiene un metro noventa y cinco centímetros de diámetro, y el agujero central treinta y siete centímetros. Era sin duda alguna una de las anillas empotradas en las paredes del primer juego de pelota, *tlachtli*, creado en el Anáhuac, juego trasmitido por los toltecas no sólo á los aztecas, pues se conocia en México, sino trasportado por estos á Tabasco, á Uxmal, donde se ve aún el edificio,

y á Chichen-Itza, donde está todavía colocada en su sitio otra anilla semejante, aunque de esculturas diferentes, que ha sido dibujada por Catherwood en la obra de Stephens.

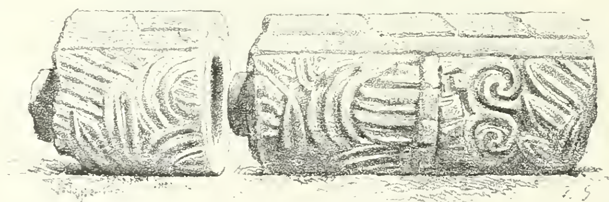
Los historiadores nos hablan de este juego nacional con todos sus detalles y nos cuentan que el jugador bastante afortunado para hacer pasar las pelotas por el anillo central tenia el



Anilla del juego de pelota en Tula

derecho de quitar á todos los circunstantes sus ropas y alhajas, de suerte que en el momento en que la bala pasaba iniciábase una desbandada general, seguida de una persecucion activa por parte del vencedor, y entre las risas y aplausos de la muchedumbre.

En la plaza vemos un inmenso fuste de columna tendido; está en dos pedazos, lo cual



Fuste de columna en Tula (De fotografía)

permite ver las espigas que entraban en la mortaja de cada pieza. Es un enorme pedazo de basalto duro cubierto de líneas curvas, palmas y esculturas raras.

Otro fuste con su capitel, de la misma materia, se parece tanto á un capitel dórico que casi no se atreve uno á atribuirle orígen indio, por más que en la poblacion no se vea nada análogo que pueda hacer creer que aquel es obra española.

En la misma plaza vemos tambien tres partes de cariátides, dos de ellas de pié y la otra tumbada; reproducimos una que tiene 2^{m},18 de altura, 0^{m},80 de diámetro en las piernas, y los piés 1^{m},20 de largo. Es la mitad inferior de una estatua cuya otra mitad no se ha podido encontrar. Distínguese en ella el *maxtli* bordado, parte del traje indio que formaba el cinturon

y cuyos dos cabos caian por delante y por detrás; en los pobres quedaba reducido á su más simple expresion. Más abajo tiene una ancha liga de correa tejida con borla y roseton. Los *cacles* ó calzado tienen el mismo adorno por encima del tobillo, reconociéndose perfectamente las correas que desde la suela pasaban entre los dedos y formaban un lazo en el empeine dando vuelta al talon.



Cariátide tolteca en Tula (De fotografía)

Segun dicen, todas estas grandes piezas formaban parte del templo de la Rana, de que habla el historiador Veytia. Al parecer, fué construido en tiempo de Mitl, emperador tolteca que, celoso de la prosperidad de Teotihuacan, una de sus ciudades de provincia, habia resuelto atraer á Tula los numerosos peregrinos que acudian á la ciudad santa del Anáhuac.

Este templo, construido con piedras soberbiamente labradas, tenia la forma de un paralelógramo; en su interior, el techo estaba hecho de piedras bruñidas y perfectamente ajustadas que, acercándose unas á otras, llegaban á reunirse en la parte superior formando una especie de bóveda. Dentro habia un pedestal cuidadosamente esculpido sobre el cual se colocaba la estatua de la diosa, que era de oro macizo, cubierta de esmeraldas y artísticamente labrada.

La plaza de Tula, con su jardinillo plantado de raquíticos arbustos que apénas dan flores, está desierta toda la semana, y sin embargo, es el centro de la ciudad: en ella están las oficinas del gobierno y las del juzgado del distrito; en uno de sus ángulos, la fonda de las diligencias

y la iglesia almenada que parece una fortaleza, y en los soportales, las tiendas y almacenes de los potentados de la ciudad. A pesar de todo esto, la plaza es muy triste, y sólo se anima los domingos, en cuyo dia los indios de las cercanías acuden á Tula en compactos grupos y los vecinos de la poblacion se pasean por la plaza como por un pequeño Longchamps. El dia de mercado se ve en ella á las mamás, graves, lentas y pálidas, acompañadas de sus hijas curiosas, pasando y repasando por delante de los pobres revendedores indios, los cuales les presentan sus naranjas, chayotes, ahuacates, higos, melocotones, higos chumbos encarnados y blancos, y pimientos (chilli) de todas formas, colores y gustos, desde el dulce hasta el picante rabioso.

A un lado se ven largas filas de vendedores de frutos y al otro los de cacharros, cayetes, ollas y malcayetes, es decir, platos, copas, cacerolas y urnas de formas antiguas. Allí tambien acuden los carniceros ambulantes, las tortilleras y los vendedores de gallos ingleses: indios é indias, otomíes mezclados de chichimecos, vestidos con trajes raidos, que representan todos los tipos del universo, desde el egipcio de perfil duro hasta el calmuco de líneas suaves é indecisas.

Al pié de uno de los grandes fresnos que dan sombra á la plaza y en el que hay instaladas unas cocinas primitivas, se agolpa una compacta muchedumbre de consumidores que, puestos en cuclillas, se regalan por la módica suma de seis y diez cuartos con abundantes raciones de fríjoles negros sazonados con pimiento, enormes trozos de cerdo asado, ó un suntuoso *mole de huayalote*, exquisito guisado de pavo con pimiento y simiente de sésamo.

La mayoría de las vendedoras, con el seno desnudo y rodeadas por todas partes de chiquillos, dejan á las criaturas el cuidado de buscar el seno materno sin preocuparse de los parroquianos ni de los transeuntes. Algunos tipos me llaman la atencion por su pureza, y en especial las muchachas, esbeltas, arrogantes, de ojos negros, abundante cabellera y redondo cuello adornado de collares de piedras y abalorios; al contemplarlas paréceme encontrarme rodeado de esa raza, tan grande en otro tiempo, y retrotrayéndome á mil años de fecha, creo vivir en medio de esa nacion tan justamente célebre cuyas ruinas vengo á estudiar.

Estas ruinas están situadas en la colina que abriga por el Norte á Tula; quizás las haya tambien en la llanura, pero tan arrasadas por los sembrados y plantíos que casi no debe quedar nada de ellas. Esa colina, que tiene cien metros de altura por dos kilómetros de extension, se llama Cerro del Tesoro, nombre que procede del hallazgo que tuvo en él un pobre pastor hace quince ó veinte años. Escarbando la tierra un dia de lluvia en que se habia guarecido al pié de un árbol, sacó á luz una olla que contenia quinientas onzas de oro, una gran fortuna para el infeliz. Como jamás habia visto oro, unos amigos oficiosos le hicieron creer que aquellas piezas amarillas eran rodajas de cobre sin valor alguno, añadiendo que por amistad hácia él, le darian hasta un *medio* (un real) por cada una. El simplon las cedió todas á este precio, y cuando algo despues tuvo el pobre hombre noticia del valor real de lo que habia vendido tan neciamente, se volvió casi loco. Desde entónces, tan pastor como ántes, recorre la colina, escarbando en todas partes en busca de un nuevo tesoro que probablemente no encontrará nunca.

Allí debian empezar nuestras excavaciones.

VIII

Las excavaciones.—Los mogotes.—Una casa tolteca.—Tendencias toltecas é instintos constructores.—Menaje tolteca.—Pinturas murales. —Un palacio tolteca.—Antigüedades.—Malacates.—Un bajo relieve precioso

Siempre es un momento de ansiedad aquel en que se va á dar principio á una excavacion. ¿A dónde hay que ir? ¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar?

El Cerro del Tesoro está cubierto, en un espacio de dos kilómetros, de pirámides, eminencias y explanadas que son indicio de grandes movimientos del terreno y el sitio donde hubo un centro muy populoso. Pero ¿estaba efectivamente aquí Tula ó una parte de Tula? Todo el suelo está cubierto de una espesa vegetacion de grandes cactos, nopales y garambullos mezclados con árboles de goma, llamados mezquitas. Allí era donde debíamos buscar; pero no se veia nada; ni siquiera asomaba á flor de tierra el borde de una pared; todo estaba sepultado.

Las pirámides y las eminencias, llamadas en el país mogotes, indican el sitio donde se elevaron templos, palacios y casas, reconociendo allí por primera vez la tendencia general de los toltecas que los inducia á situar sus templos y sus moradas en eminencias naturales ó artificiales, de lo cual encontrábamos vestigios en todas partes.

No quise ocuparme de las dos pirámides que habian debido servir de bases á los templos del Sol y de la Luna; estaban medio destruidas, por haber sido explotadas como canteras para construir las casas y los edificios de la poblacion moderna. Empecé al azar por unos pozos, y por do quiera encontré la capa de cimento que formaba el pavimento de la ciudad, ó que reunia las casas entre sí.

Al dia siguiente proseguí mi tarea en los mogotes, y á los primeros azadonazos descubrimos paredes dadas de fuertes capas de cal. Continuamos este trabajo hasta que llegamos á un pavimento de cimento, y entónces nos pusimos á excavar y á retirar tierra y escombros. Cuando quedó descubierta la base de la pared, la cual tenia de uno á dos metros de altura, la fuimos desenterrando cuidadosamente á lo largo, limpiando un corredor, sacando á luz pilastras y salas de paredes pintadas y bruñidas, bancos y cisternas. En una palabra descubrimos una casa tolteca entera, la primera que se habia visto hasta el presente. No cabia en mí de alegría.

Entre el cascote y los escombros de todo género recogí tambien mil cosas curiosas, como enormes ladrillos cocidos, de cuarenta centímetros de largo por veinticinco de ancho y seis, siete y nueve de grueso; cañerías de agua rectas ó curvas con cribas para retener las materias térreas; vasijas y fragmentos de ellas; barros cocidos esmaltados y parecidos á las hermosas copas de Tenenepanco; sellos, uno de ellos con una cabeza de águila que he mandado grabar para mi uso; pedazos de porcelana que parecen del antiguo Japon, y moldes singulares de los cuales sacamos una cabeza semejante á la de una vieja inglesa peinada con bandós y una enorme trenza postiza, como las podrian llevar hoy. No hablaré de un gran número de cabezas de flecha y de cuchillos de obsidiana de que está sembrado el suelo. En suma, sacábamos á la luz del dia toda una civilizacion.

La casa tolteca nos parecia un ejemplo nuevo y curioso de la manera de construir de los antiguos habitantes: su tendencia dominante era edificar sus viviendas y sus templos sobre pirámides, elevaciones que eran naturales ó artificiales. La primera casa que tuvimos la suerte de descubrir habia sido construida en una eminencia natural modificada; las varias piezas que componen la morada siguen las ondulaciones del suelo, y todas se escalonan á niveles diferentes, partiendo de cero la más baja, elevándose á 2m,555 la más alta, y comunicando entre sí por escalerillas y pequeños corredores.



Ruinas de una casa tolteca (De fotografía)

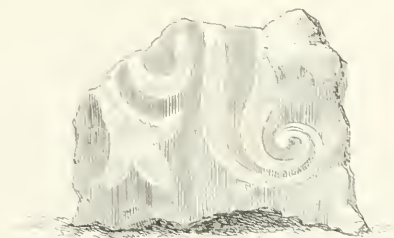
Las paredes son derechas y los techos planos; tanto estos como los pavimentos están hechos con gruesas capas de cimento de una composicion que es siempre la misma y que se aplicaba á las calles y caminos lo mismo que á las casas.

Examinando los materiales empleados por el creador de Tula, nos encontramos con un constructor de instintos extraordinarios y que le hará capaz de las más diferentes creaciones. En efecto, al paso que todos los pueblos, en el principio, y segun su orígen, sus instintos ó su genio, no empleaban más que tales ó cuales materiales, como ladrillos cocidos, piedra ó madera, adobes ó cimento, piedras mezcladas con argamasa ó barro, el tolteca se servia de todos estos materiales á la vez. Empleaba la piedra y el barro para el interior de las paredes, el ladrillo cocido y la piedra labrada para los revestimientos exteriores, el ladrillo y la piedra para sus escaleras, y la madera para su techo. Conocia la pilastra; yo las he encontrado en sus casas: empleaba la columna empotrada, la cariátide y la columna libre. En sus monumentos apénas hay asuntos arquitectónicos que no conociera ó utilizara.

Hé aquí pues un hombre admirablemente preparado para todas las eventualidades, y que segun el clima ó las circunstancias que le rodeaban, sabrá aprovechar todos los materiales, cambiar su estilo y trasformar su genio. Es además pintor y decorador, porque encontramos en la vivienda exhumada una porcion de fragmentos procedentes del revestimiento de las

paredes y todos llenos de ingeniosos dibujos, que representan rosetones, palmas y figuras geométricas, blancas y encarnadas sobre fondo negro, al mismo tiempo que grises.

Yo habia empezado mis excavaciones en el extremo Nordeste de la colina, y resolví continuarlas, despues de examinar el terreno en el extremo Sudoeste, y de atacar una pirá-



Pintura mural de la casa tolteca de Tula (De fotografía)

mide considerable cubierta de una espesa vegetacion de arbustos y de plantas grasas. Allí debia haber una morada antigua, y como indicio, tenia á mi vista un hoyo abierto por el famoso pastor, y en el cual observé una capa de cimento.

Pusimos pues manos á la obra: á la sazon tenia á mis órdenes cuarenta y cinco hombres,



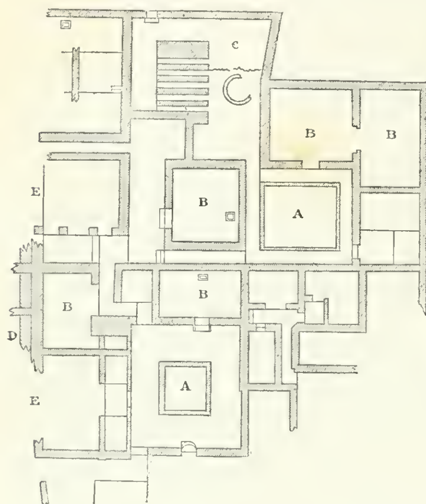
Una vista del palacio tolteca (De fotografía)

y á pesar de la inmensidad de la tarea, adelantaba el trabajo con rapidez. Encontréme allí con una vivienda, pero no de las dimensiones de la primera que sólo tenia 25 metros por 20 y cuya parte meridional estaba enteramente arruinada; sino que los vestigios ocupaban un perímetro de cerca de 50 metros de lado: era un verdadero palacio, con su patio interior, su jardin y gran número de habitaciones, que tenia una superficie de 2,050 metros cuadrados.

Aparte de esto, observé la misma curiosa distribucion de aposentos situados á diferentes niveles que se escalonaban desde cero metros á 2^{m},55.

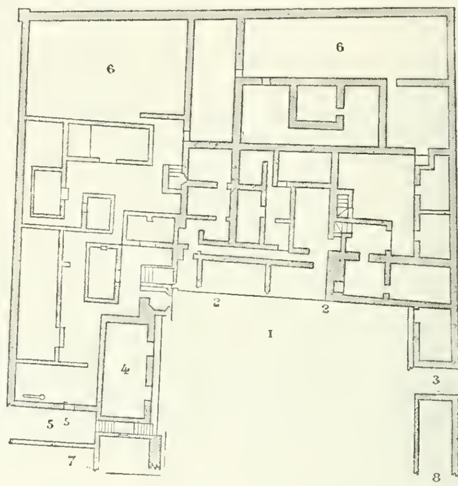
Las habitaciones principales estaban colocadas sin duda en el centro, en una azotea á la cual se llegaba por cuatro escalerillas situadas dos á cada lado. Al rededor estaban probablemente los cuartos de la servidumbre, y en el patio de la izquierda una sala de recepcion.

La vivienda está completa, y el plano que insertamos ofrece un precioso ejemplo de las moradas toltecas en los siglos VII ú VIII.



Plano de la primera casa tolteca descubierta en Tula

A, Cisternas.—B, Varias habitaciones.—C, Cocina.—D, Bancos E, Entradas



Plano del palacio tolteca descubierto en Tula (De fotografía)

1, Patio principal del palacio.—2, Fachada.—3, Entrada.—4, Sala de recepcion.—5, Pared arruinada.—6, Corrales.—7, Ala derecha del palacio.—8, Ala izquierda

Este palacio estaba admirablemente situado; ocupaba la punta sudoeste de la colina, y lo defendia por dos lados una pared perpendicular de rocas, siendo preciosa la vista de que disfrutaban desde allí sus habitantes, puesto que abarcaba todo el valle de Tula y se extendia en lontananza hasta las montañas del valle de México.

En estas nuevas excavaciones encontramos la misma clase de objetos que en las anteriores; fragmentos de vasijas, y *malacates*, hemisferios de barro cocido de varios gruesos, cubiertos de dibujos grabados en hueco, y atravesados por un agujero.

Para los indios era el malacate lo que el huso para nosotros. Con este objeto, se introducia una varita de madera en el agujero: el extremo inferior de esta varita tan sólo sobresalia una pulgada de la parte redonda del hemisferio, cuya parte plana quedaba hácia arriba, al paso que el extremo superior de la varita se elevaba quince ó veinte centímetros sobre dicha parte plana. La hiladora, puesta en cuclillas, imprimia un movimiento de rotacion á su pequeño aparato que, descansando en un plato barnizado, giraba con gran rapidez, y retorcia el hilo de lana ó de algodon atado á él.

El precioso bajo relieve que representa el grabado es tal vez el único auténtico que poseemos de los fundadores de Tula. Está bastante estropeado por efecto del tiempo y lleva impreso el sello de su remota antigüedad. Los dos guerreros que en él se ven, uno de frente y otro de



Bajo relieve tolteca (De fotografía)

perfil, con la nariz abultada y la barba en forma de abanico, son parecidos al retrato que Veytia ha hecho del tolteca.

IX

Teotihuacan. — Aspecto general. — El rio. — Capas de cimento. — *Tlateles* y pirámides. — Idolos y máscaras. — Torquemada. — San Martin y sus chozas indias. — San Juan de Teotihuacan

«Teotihuacan» significa «ciudad de los dioses;» segun la tradicion ha sido la ciudad más importante del Anáhuac, y su antigüedad se pierde en la noche de los tiempos.

Puédese suponer que haya habido en México una civilizacion *pretolteca*, como ha habido en el Perú una civilizacion *preincásica;* mas, aparte de que es difícil reunir pruebas de ello, es todavía ménos fácil distinguir entre las diferentes razas que se han superpuesto en la antigüedad en las altas mesetas. El resultado de mis exploraciones ha venido á probar que Teotihuacan habia estado habitada efectivamente por los toltecas, y nos atendremos á esto, sin penetrar más en la oscuridad de los sistemas y de las hipótesis.

Las ruinas de Teotihuacan están á unos treinta kilómetros al Norte de México, en el ferro-

carril de Veracruz. No hay aquí, como en Tula, incertidumbre sobre la verdadera situacion de la ciudad, y la inmensidad de los restos lo indica á primera vista.

El viajero puede guiarse en sus pesquisas por los contornos elevados de dos pirámides asentadas al Norte de las ruinas, y hácia cuyo lado me dirigí yo.

Desde la estacion del ferrocarril se ven tambien al Sur algunas eminencias que parecen probar que la ciudad se extendia en otro tiempo hasta el pié del cerro Motlacinga, el cual cierra el valle por este lado, al paso que se dirigia al Norte en una línea de más de seis kilómetros.

Emprendemos la marcha guiados por un indio, y penetramos en su seguimiento por senderos llenos de escombros, llegando en breve á un inmenso monton de tierra que forma un cuadrado de seiscientos metros de lado y que se designa con el nombre de ciudadela. Es un cuadrilátero compuesto de cuatro enormes calzadas de seis metros de altura y ochenta de espesor en las cuales se elevan quince pirámides; hácia la mitad, otra calzada más estrecha, cortada por otra pirámide más alta que las demás, reune las murallas del Norte con las del Sur. Es un trabajo gigantesco. Algo más léjos, cruzamos un rio de escarpadas orillas, que no llevando agua en verano, es caudaloso torrente en la estacion de las lluvias; en su cauce se ve un lecho de obsidianas rodadas que debian servir de material para los millones de navajas usadas por todos los pueblos del Anáhuac. Rompí muchos guijarros de aquellos y observé que eran de tres especies: unos de color verde trasparente, como un hermoso verde botella; otros opacos, y otros cenicientos.

Al subir por la márgen opuesta del rio, encontramos las capas de cimento que formaban el empedrado de la ciudad; en ciertos sitios hay tres capas superpuestas que son contemporáneas y de la misma formacion, á pesar de los asertos de ciertos autores. Algunos vestigios de edificios, bancos y paredes avanzan hasta el rio sobresaliendo de sus márgenes. Vese por esto que, en el tiempo en que la ciudad estaba habitada, el rio era ménos ancho que hoy, que debia estar canalizado, y que sus orillas estaban reunidas con puentes.

Cuanto más avanzamos hácia el Norte, más se multiplican los montones de ruinas, y poco despues se convierten en una sola y gigantesca acumulacion sin solucion de continuidad, acumulacion de escombros, sin que nada diera á conocer en ella la presencia de un edificio, su uso ó su forma; piedras labradas en medio de un caos de guijarros y de tierra, fragmentos de cacharros reducidos á polvo, y á veces la arista de una pared que sobresalia algunas pulgadas del suelo como la osamenta fósil de un mastodonte. Es imposible imaginar un espectáculo de desolacion como aquel, una destruccion más completa. Oblicuando á la izquierda, llegamos á unas piezas de terreno cultivadas que los indios arrancan á la rapacidad de las ruinas, pobres campos pedregosos, cuyas escasas cosechas apénas compensan un trabajo terriblemente afanoso. Estos campos forman una hoya en medio de los montículos y están sembrados de cacharros de todos colores, de máscaras y de figuritas de todas formas: dioses lares, ex-votos, pequeños ídolos, cuentas de collares, fragmentos de copas, hachas de piedra, etc.; cuanto más nos acercamos á la pirámide del Sol, más abundan estas reliquias, pudiendo decirse que el suelo está formado de ellas. Recogimos entónces y más adelante tambien una numerosa coleccion de reliquias indias.

La coleccion de figuras es muy notable: y en efecto, en esas máscaras que reproducen con acierto y á veces con arte los tipos de varias razas indias, hay figuras extrañas que al parecer no pueden pertenecer á América; entre los diferentes ejemplares que reproduce nuestro grabado, se puede observar un negro puro con sus abultados labios, su nariz aplastada y sus lanudos cabellos; más arriba se ve una cabeza china, y además conservo tipos de raza blanca y máscaras japonesas. Obsérvanse cabezas de frente saliente como los perfiles de Pa-



Cabezas y máscaras de piedra encontradas en Teotihuacan

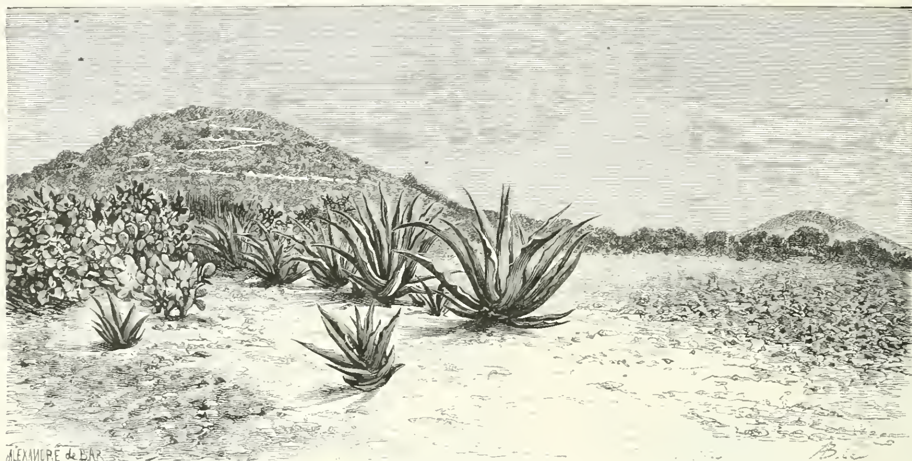
lenque, y otras de frente recta como los perfiles griegos. Las mandíbulas son ortoñatas ó proñatas, las caras imberbes ó barbudas; mezcla extraordinaria, que prueba cuántas razas han debido sucederse, para fundirse en una, en ese viejo continente llamado nuevo.

Llegamos en breve á la pirámide del Sol, que se eleva bruscamente en la llanura como una excrecencia volcánica: tiene 232 metros de base por 66 de altura: cada una de sus caras mira á un punto cardinal; pero está orientada con poca exactitud. Aún se ven las cuatro explanadas escalonadas en las alturas, pero ya no existe rastro alguno de escalera.

El cuerpo de la pirámide se compone de piedras volcánicas reunidas con tierra vegetal. La masa estaba sostenida con gruesas paredes medianeras reforzadas con recias capas de cimento, y las cuales se entrecruzaban en el interior. La inclinacion de la pirámide es de treinta y uno á treinta y seis grados en los escombros, y de cuarenta y siete en todas las capas de cimento que formaban en lo antiguo el revestimiento de la superficie entera. Esta capa es muy

gruesa y está perfectamente conservada en muchos sitios; la cubria además un estuco blanco y de brillante tersura como debian estarlo las casas y los palacios.

La subida á la pirámide es penosa, sobre todo con el sol que caia á plomo sobre nosotros; pero cuando se llega á la meseta en que termina y en la que descollaba la estatua del Sol chapeada de oro, se presencia un espectáculo grandioso. Entónces se puede juzgar de la inmensidad de las ruinas:—al Norte la pirámide de la Luna y el camino de los muertos, *Mihotli*, bordeado de túmulos y sembrado de tumbas, y, en un diámetro de seis kilómetros cuadrados, la multitud de ruinas, mesetas y pirámides, *tlateles*, que indican el sitio en que se



Pirámide en Teotihuacan (De fotografía)

elevaban las pirámides y las casas, de las cuales dícese que habia más de veinte mil;—más allá, un cinturon de montañas volcánicas de tintas azuladas y severas líneas;—al Este, el pueblo de San Martin y al Oeste el de San Juan;—al Sur, la blanca cresta del Iztaccihuatl destacándose sobre las colinas de Motlacinga:—al Sudoeste, la mirada abarca Tezcuco, el lago y el gran valle de México para ir á perderse en las lejanas cumbres de la Cordillera.

Evóquese mentalmente esta ciudad muerta, haciéndola salir de su sudario; reconstrúyanse esas moradas, esos templos, esos palacios, con su revestimiento de estuco blanco que resplandecia al sol; rodéense esos edificios de jardines unidos entre sí por esos hermosos caminos de cimento encarnado, y se tendrá un contraste de tonos violentos, un conjunto deslumbrador que nos hará comprender la descripcion que de tan extraña ciudad nos ha dejado Torquemada.

«Todos esos templos y palacios, dice, y todas las casas próximas á ellos, estaban perfectamente revocados con cal blanca y reluciente; cuando se los veia de léjos se experimentaba un gran placer en admirarlos. Las callejuelas, las calles y las plazas eran de cimento pintado y luciente; y eran tan hermosas, tan limpias y brillantes, que parecia imposible que manos humanas hubieran podido construirlas y que piés humanos se atreviesen á hollarlas!

»Y esto es tan cierto, que se puede creer que no exagero, pues aparte de lo que otras personas me han asegurado, yo mismo he visto ciertas ruinas que eran la mejor prueba de

todo cuanto he dicho: entre los templos habia árboles, flores y jardines soberbios y perfumados para su servicio y adorno.»

Esto prueba que las ruinas no son tan antiguas como se quiere suponer, y que entónces habia una vegetacion brillante, agua, fecundidad.

Pero ya es medio dia, el hambre nos aguija, y nos encaminamos á San Martin, atravesando siempre ruinas en las cuales á menudo pisamos calzadas antiguas. Ruinas sobre ruinas: encontramos grandes construcciones sin techo, de paredes desmoronadas, pero sólidas todavía: son las casas de los primeros españoles que vinieron á establecerse en este desierto despues de la conquista, casas que han durado ménos que los monumentos destruidos por ellos. Sin embargo, los recien llegados habian imitado el modo de construir de los antiguos, valiéndose al efecto de piedras y barro mezclados, sobre cuya mezcla extendian una capa de cimento. En medio de esos patios y de esas habitaciones destechadas, los indios de hoy han instalado sus viviendas, *jacales*, inmundas madrigueras hechas con maleza y escombros, y cubiertas de hojas de aloe, y que apénas tienen dos metros cuadrados, no siendo posible entrar en ellas sino á gatas y difícil de todo punto estar de pié. Allí se albergan amontonados, sofocados en verano y helados en invierno, grupos de desdichados llenos de miseria; y ¡qué miseria! Esa pobre gente tiene por todo alimento judías negras sazonadas con pimiento y tortas de maíz, y áun con frecuencia, con bastante frecuencia, hasta este miserable alimento les falta.

Los indios suelen tener muchos hijos, pero pierden más de la mitad por falta de cuidados. Y ¿qué jornal ganan? Unos cinco reales diarios. ¿Cómo es posible pues que puedan mantener cinco, seis y ocho personas? De los vestidos no hay que hablar: son inmundos andrajos, siempre los mismos cualquiera que sea la estacion, y que dejan el cuerpo á merced de la intemperie.

Entro en uno de esos jacales y no veo muebles ni utensilios domésticos; es un simple tugurio en el que los infelices duermen sobre la tierra removida. En algunos de ellos, los más ricos sin duda, veo algunas imágenes de santos hechas en Epinal, sujetas á unas ramas con espinas de pita. Fuera, al aire libre, está el *metate*, piedra para moler el grano, y delante de la cual se pasa la india todo el dia arrodillada haciendo tortillas de maíz.

—Pero ¿por qué no aprovechais esas paredes que aún están en pié? pregunto á los indios: si las cubrierais, podriais haceros una vivienda regular, donde vosotros y vuestras mujeres é hijos estariais á cubierto de la intemperie.

—¡Ah señor! no tenemos madera.

—Pero hay árboles en las cercanías.

—¡Ah señor! tendríamos que comprarlos y carecemos de dinero.

—Uníos, les decia: porque podriais vivir tres y cuatro familias en esas grandes casas.

¡Unirse! No tienen idea alguna de la fuerza que da de sí la asociacion: vegetan en la ignorancia y en la miseria: es tradicion que aceptan de padres á hijos y que aceptarán largo tiempo todavía, á no ser que algun dia uno de ellos despierte á su raza del sueño secular en que está sumida, y entónces....

Llegamos á la aldea de San Martin, la cual está situada en el punto más seco del valle; en punto á vegetacion sólo se ven pobres pimenteros é higueras chumbas, y luégo, formando

cercas en los caminos polvorientos de los *Organos*, cactos de quince á veinte piés de altura, tan sumamente compactos que constituyen una muralla inaccesible: esta vegetacion, que es la única curiosidad de la aldea, da á San Martin un aspecto particular.

San Juan de Teotihuacan, como se la llama, era ántes del establecimiento del ferrocarril un sitio de parada para las numerosas reatas de mulas que iban á México; por allí pasaban diariamente más de dos mil, por cuya razon habia en el pueblo grandes corrales é inmensos mesones donde se aglomeraban confusamente asnos, mulas y caballos: era una gran posada donde desde la mañana hasta la noche se oia el palmoteo de las tortilleras, y cuyo ambiente estaba saturado del acre husmillo de los guisos llenos de especias mezclado con el desagradable olor del tlachique. El pulque se bebia á cántaros, y el chinguerite y el aguardiente de caña excitaban la galantería de los arrieros, que se deshacian en cumplimientos con las Maritornes ó bien en juramentos sonoros dirigidos lo mismo á sus rivales que á sus mulas.

Al pasar por aquí la línea férrea, San Juan ha dejado de existir. No puede darse nada más triste que su plaza desierta sembrada de malvas arborescentes y plantada de cuatro eucaliptos desmedrados; nada más lamentable que sus tiendas silenciosas y sus casas con las ventanas cerradas que casi nunca se abren sino cuando pasa alguna manada de asnos esquilados ó algunos viajeros perdidos en la soledad como nosotros. Y sin embargo, al paso que en San Martin todo está seco, el agua corre á oleadas en San Juan; por todas partes brotan caudalosos manantiales, y toda la parte oriental de la ciudad está cubierta de añosos cipreses, de grandes álamos y de exuberante vegetacion. Observo bonitos puntos de vista á lo largo de la gran calle de árboles que conduce á la iglesia, y esta misma iglesia, en medio de la verdura que la rodea, es una de las más hermosas que verse puedan. El campanario, con su base pintada á cuadros, y sus tres órdenes de columnas sobrepuestas, honraria á una ciudad de provincia; es elegante, ligero, de proporciones armoniosas, agradable, no conociendo por mi parte otro punto tan notable como este en el resto de la República.

Nos instalamos en San Juan, aunque el viajero no debe contar aquí con ninguna comodidad: el bosque, que no es por cierto ningun buen albergue, es á menudo preferible al meson de este pueblo. En San Juan no hay fonda; un patio rodeado de cuartos desmantelados, embaldosados de ladrillos, donde cada cual tiene el derecho de tenderse á sus anchas, y sin un mueble, ni una silla, ni un utensilio cualquiera. El que quiera dormir, allí tiene el suelo; si lavarse, cerca está el pozo; si tiene apetito, hay una hostería en la plaza, y á ella vamos.

Pero á decir verdad, nosotros no buscamos comodidades, sino ruinas. Tan luégo como contraté á mi gente, en lo cual sólo tuve que invertir algunas horas gracias á la complacencia del ayuntamiento, empecé á trabajar con mis treinta y cinco hombres.

X

Un cementerio en una plaza de toros.—Canteras y subterráneos.—Exploraciones.—Un palacio tolteca en Teotihuacan.—Tumbas antiguas. —Piedra tumular tolteca.

Una parte de la poblacion está edificada sin duda en el sitio ocupado por la antigua, testigo las capas de cimento cuyos vestigios encontré; por consiguiente, resolví probar fortuna ántes de meterme en el corazon mismo de las ruinas que debia estudiar ante todo.

Ocurrióseme la idea singular de empezar por una plazoleta inmediata á la grande y en la cual se celebraban corridas de toros. ¿Por qué la escogí con preferencia á cualquier otro sitio? Lo ignoro, pero lo cierto es que lo acerté.

Los indios divididos en brigadas abrieron cuatro zanjas que debian reunirse en medio de la plaza. De las dos del Sur no sacamos más que fragmentos; pero las otras dos nos dieron el resultado más satisfactorio. En efecto, por aquel lado encontramos una docena de sepulcros de niños y cinco ó seis de hombres, á juzgar por las vasijas y otros objetos hallados, porque las osamentas reducidas á polvo no me indicaban nada.

Aquellas vasijas diferian enteramente de las de Tenenepanco, pero algunas de ellas se parecian á las de Tula: son raras y comunmente hechas de una tierra negra, y algunas de ellas con labores en hueco: por lo general tienen de quince á veinte centímetros en el fondo, por ocho ó diez de altura, y son de ancha boca.

Cerca de estas vasijas encontramos vestigios de sepulcros, y tanto ellas como los esqueletos nos dicen que tenemos á la vista muertos vulgares, porque á los ricos y á los grandes personajes se les enterraba en tumbas especiales y se quemaban sus cadáveres. Las más de las veces las vasijas están á pares; por desgracia son tan antiguas y el terreno tan duro, que forma cuerpo con ellas, y que á pesar de nuestras precauciones y cuidados y por más que removemos la tierra y la sacamos con nuestros cuchillos, se rompen y caen hechas pedazos, siendo muy pocas las que pude conservar.

Los cadáveres se hallaban en tal estado, que era imposible distinguir la postura en que se habia inhumado al difunto; por lo comun se les encontraba á una profundidad de treinta ó sesenta centímetros y hasta á un metro. Los niños estaban metidos en una especie de ladrillos redondos y de bordes perpendiculares: encontré dos casi enteros cuya caja craneana, delgada como una hoja de papel, se hizo polvo cuando la toqué. Aquel mismo dia desenterré muchas figuritas de barro cocido, una máscara bastante hermosa y muy artística, de modelo perfecto, un hacha, varios pucheritos, uno de ellos de bonita forma, una multitud de piedrecitas redondas que parecian bolas, y muchos cuchillos de obsidiana, los más bellos, elegantes y ligeros que jamás he visto. Tambien recogí pizarras redondas que tal vez sirvieron de moneda, cabezas de flechas y hojas de mica que se encuentran en todas las tumbas. Mezclados con los huesos humanos ví otros de perro comestible, el *techichi*, como en Tula, y restos de aves, víveres y provisiones que enterraban con el difunto para su gran viaje al otro mundo.

Dejé á los indios que acabaran las excavaciones del cementerio bajo la vigilancia de Al-

berto, y guiado por Marcelino, el jefe de mis jornaleros, fuí de nuevo á visitar las ruinas con objeto de escoger el sitio de la casa ó palacio que debíamos exhumar.

Marcelino me hizo tomar el camino de Pachuca para que viera unos subterráneos inmensos que por este lado están inmediatos al pueblo de San Juan, y que debieron servir á los antiguos de canteras para sus materiales y más adelante de catacumbas. Estas cuevas están situadas al Oeste y á kilómetro y medio de la pirámide de la Luna, á mitad del camino del pueblo. A la entrada de la primera hay una rotonda bastante grande con tres ramales que se dirigen en distintas direcciones formando entre sí ángulos de cuarenta á cuarenta y cinco grados; son pequeños túneles, angostos y bajos, en los que á menudo hay que bajarse para penetrar más adelante. Todo está hecho por el hombre. Los primeros exploradores encontraron allí osamentas humanas mezcladas con huesos de rumiantes. Más léjos, á cien metros de allí, nos encontramos á la entrada de otro subterráneo mucho mayor que el primero, y nos metimos por una de las galerías por la cual anduve cerca de diez minutos sin ver el fin; mi guía me dice que ha andado más de un kilómetro por esta misma galería y pretende que va hasta la pirámide del Sol, á más de dos kilómetros de allí. Díceme que toda la comarca está llena de cuevas de la misma especie. El terreno es un conglomerado. Visitamos tambien inmensas salas con piedras pendientes de enorme peso, que descansaban milagrosamente en apoyos de increible tenacidad. Los habitantes del pueblo tienen la costumbre de dar en ellas dos veces al año bailes á los que acude todo el vecindario.

En este gran subterráneo el conglomerado descansa en una pared caliza, de suerte que las dos formaciones están yuxtapuestas sin transicion en una línea perpendicular, lo cual indica un levantamiento de los más curiosos. En las cercanías de esta caverna hay inmensos pedruscos aislados de estos mismos conglomerados que tienen las formas más raras y se parecen á las tierras rotas de Nebraska.

Un poco más léjos llegamos á otra cueva con rotonda y pozo por el que penetra la luz, y acerca de la cual circulan mil historias de ladrones que precipitaban á sus víctimas en el pozo despues de robarlas. Allí encontramos efectivamente muchas osamentas humanas, que, segun se dice, son los restos de los desgraciados cuya lamentable historia nos cuentan, pero en rigor no son otra cosa sino osamentas indias, como lo demuestra el espesor de los cráneos.

Desde allí pasamos á las ruinas, en cuya inmensidad voy á buscar una vivienda que pruebe hasta la evidencia que los toltecas vivieron aquí y que Teotihuacan es tolteca: tal es mi teoría que necesito demostrar.

La tarea no era fácil por cierto. ¿Cómo escoger entre esta muchedumbre de eminencias? ¿En cuál fijarme? ¿Por qué elegir una con preferencia á otra? Era asunto de azar y la casualidad me favoreció, á no ser que todas estas viviendas sean semejantes, de lo cual me cercioré algo despues.

Despues de un exámen minucioso, me fijé en la segunda eminencia del terreno, al Norte del rio, y á la orilla del gran camino de los Muertos. Habíanme llamado la atencion los bordes de unas paredes de cimento; al punto llevé allí á mis hombres, y los treinta y cinco indios estimulados y bien pagados, hicieron maravillas. Hicimos en Teotihuacan lo mismo que en

Tula, sacando los escombros hasta encontrar el pavimento, siguiendo las paredes, dando vuelta á los ángulos y á las aberturas miéntras otros trabajadores quitaban de en medio la tierra que cegaba las habitaciones una vez descubiertas. Tuve tal suerte en la eleccion, y el azar me favoreció en tales términos, que cuando el ingeniero Perez de Castro se reunió con nosotros á los tres dias de haber dado principio á los trabajos, durante los cuales habíamos sacado á luz una docena de aposentos que formaban parte del edificio, exclamó asombrado: «¡Pero si este es nuestro palacio de Tula!»

En efecto; era la misma distribucion; patio interior, habitaciones sobrepuestas á diferentes niveles, desde cero á dos metros cincuenta y cinco y tres metros, como en Tula. Sólo que los aposentos de Teotihuacan eran más vastos y en la mayor parte habia pilares: uno de ellos era una inmensa sala de quince metros de lado, lo cual da doscientos veinticinco de superficie. Las paredes, de unos dos metros de espesor, de piedra y tierra batida, recubiertas de una capa de cimento de diez y seis centímetros, formaban talud hasta noventa y cinco centímetros de su base, y en seguida se elevaban perpendicularmente. En medio habia seis pilares, tambien en forma de talud, de cincuenta centímetros, en los cuales descansaban columnas de madera, piedra ó ladrillos que sostenian el techo.

No cabe duda de que es un palacio, y las salas de recepcion las que hemos descubierto. Los cuartos habitados debian estar en la parte posterior, donde continúan las ruinas; pero nos vemos obligados á detenernos, porque tocamos ya en terrenos cultivados cuyas mieses madurarán pronto.

En muchos sitios encontramos restos de vigas carbonizadas, lo cual induce á suponer que la ciudad fué incendiada. Pero nuestro mejor hallazgo fué el de dos tumbas sobre las que habia piedras tumulares toltecas, primeros descubrimientos de esta clase hechos hasta el dia. Ambas piedras estaban á flor de tierra en el interior del mismo palacio, con la cara superior sin labrar y la inferior esculpida: tienen un metro treinta y cinco de altura por uno y dos de ancho y treinta centímetros de espesor, estando talladas en forma de cruz. Las esculturas representan por arriba una especie de greca; por abajo hay cuatro excavaciones de las cuales salen cuatro lenguas pendientes, como gotas de agua ó lágrimas, al paso que de la parte inferior de la losa parte otro adorno á modo tambien de lengua que sube paralelamente á las otras lenguas.

Estas piedras debian marcar la entrada de tumbas ó panteones; y en efecto, debajo de una de ellas encontramos escalones que conducen al interior de la pirámide bajo las habitaciones, y allí recogemos restos de ornamentos, cuentas de collar, urnas funerarias con cenizas procedentes de carnes calcinadas y pedazos de telas quemadas de las cuales se ve aún el tejido, todo ello á tres metros de profundidad.

Dirijo en seguida mi exploracion á la explanada ó más bien al patio en gradería que precede al palacio por el lado del camino de los Muertos, y es increible el número de construcciones y substrucciones que descubrimos; por todas partes hallamos paredes de taludes cimentados que se cruzan en todas direcciones, escaleras que van á parar á explanadas que continúan por debajo de la pirámide y en las cuales encontramos, como en las dos primeras

tumbas, vasijas y fragmentos; de suerte que la pirámide podria pasar por una verdadera necrópolis en donde los vivos instalaban sus moradas. Como las mismas obras deben constituir los basamentos de los otros palacios, puede asegurarse que tenemos á la vista gigantescas obras que nos dan una idea de esta antigua civilizacion india.



Piedra tumular tolteca

En Comalcalco veremos cosas aún más extraordinarias.

XI

El rio Tabasco.—Frontera.—San Juan Bautista.—El Gonzalez.—La canoa.—Las lagunas.—Islas del Bellote.—El rio Seco.—Paraíso.—Una ciudad feliz.—Los cangrejos desinteresados.

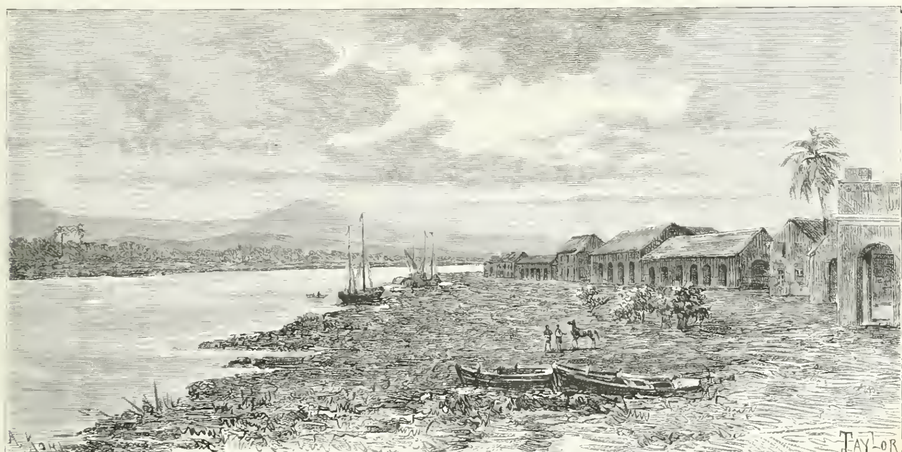
Nos hemos alejado de los terrenos secos y áridos de las alturas para ir en busca de las playas inundadas y de la gran vegetacion de las tierras calientes. Estamos en el golfo de México, en la desembocadura del caudaloso rio que los españoles llamaron Grijalva, del nombre del explorador que lo descubrió, y al que se ha devuelto su primitivo nombre indio de Tabasco.

Al pasar de nuestro gran buque al vaporcito en que ahora vamos, entramos en el rio, dejando á la izquierda una aduana y la casa del práctico; las orillas son llanas, pantanosas y feas. Más arriba, y tambien á la izquierda, pasamos por delante de los ranchos de Santa Marta y de Cedral; las márgenes apénas sobresalen dos piés del nivel del agua, y junto á ellas se ven grandes lagunas. Garzotas, garzas blancas y azules y martines-pescadores rasan el rio con su vuelo lento ó rápido, y de vez en cuando un cocodrilo tendido en la orilla husmea el ambiente.

Llegamos á Frontera, pueblecillo aduanero del Estado, mísera poblacion de casas bajas, y de clima húmedo, cálido y malsano. Supónese que allí cerca estuvo Ceutla, la antigua capital india, pero, segun despues veremos, hallábase más al Oeste.

Continuamos la navegacion de noche; hace un calor sofocante, y Alberto y yo nos encaramamos al techo de los camarotes, en donde gracias á nuestras mosquiteras, instaladas del mejor modo posible, podemos dormir á cubierto de los mosquitos. Pero no habíamos contado con los torrentes de chispas que salian de la máquina, calentada con leña, y tuvimos que echar pié á tierra en el momento preciso en que se prendia fuego á la ropa de Alberto extendida sobre cubierta, y que corrimos á apagar con tanta mayor diligencia cuanto que el barco iba cargado de petróleo.

Henos pues reducidos á asfixiarnos en los camarotes. Noche triste, deplorable, aunque compensada con una magnífica salida de sol que saludan con atronadora algarabía todas las aves de la selva. Luégo divisamos algunas viviendas, conatos de cultivo, palmeras, rebaños y por último, San Juan Bautista, la capital, en toda su gloria.



Muelle de San Juan Bautista (De fotografía)

Una larga hilera de casas se extiende á lo largo del rio sin muelle de desembarque; despues vemos dos iglesias, que parecen dos mercados con campanarios postizos.

Desembarcamos. Si la ciudad parecia pobre y las casas tristes, las apariencias eran engañosas: es rica; es el centro comercial del Estado, al que acude la gente á aprovisionarse desde todas partes, hasta de Chiapas; es asimismo el centro del gran comercio de madera de carpintería, de cedros y caobos, que ahora se van á buscar hasta Guatemala. Los habitantes son muy amables y nos acogen con la mayor galantería. El gobernador nos da cartas de recomendacion para el interior y hombres que nos guien y sirvan.

Pero mi buena suerte sufre aquí el primer tropiezo: la estacion de las lluvias está en toda su fuerza, los caminos inundados, destruidos, infranqueables para hombres y caballos. Siéndonos imposible ir por tierra á Comalcalco, resolvemos ir por los rios, embarcados en canoas, á pesar del inmenso rodeo que daremos. En su consecuencia, disponemos en breve todo lo necesario, y partimos para *Tierra Colorada*, rancho situado á seis kilómetros de San Juan, en la orilla derecha del rio Gonzalez, donde deben esperarnos ya los *bogas*, ó sea los remeros.

La canoa es un tronco de caoba hueco, de fondo plano, sin quilla, y que los hombres gobiernan con remos al bajar y con la palanca al subir. Se pueden andar doce leguas diarias siguiendo la corriente; pero sólo tres cuando se remonta el rio. Júzguese por esto si deben durar los viajes; pero vamos á saber además que son de lo más penosos.

Las canoas que nos aguardan son de regulares dimensiones: apénas cabemos dos de frente, y el toldo de estera y de lienzo alquitranado que instalan para guarecernos del sol y de la lluvia es tan bajo, que tenemos que sentarnos á la turca, con las piernas cruzadas, lo cual no deja de causarnos á las pocas horas terribles calambres; agréguense los mosquitos, y se tendrá una idea de lo divertidos que estaríamos.

Pero ¡adelante! No sopla un pelo de aire, nos ahogamos. Me arriesgo á salir de mi madriguera, pero el sol me abrasa ó la lluvia me pone hecho una sopa, por cuya causa vuelvo á sentarme, y procuramos consolarnos fumando esos buenos cigarros de Tabasco, los mejores del mundo.

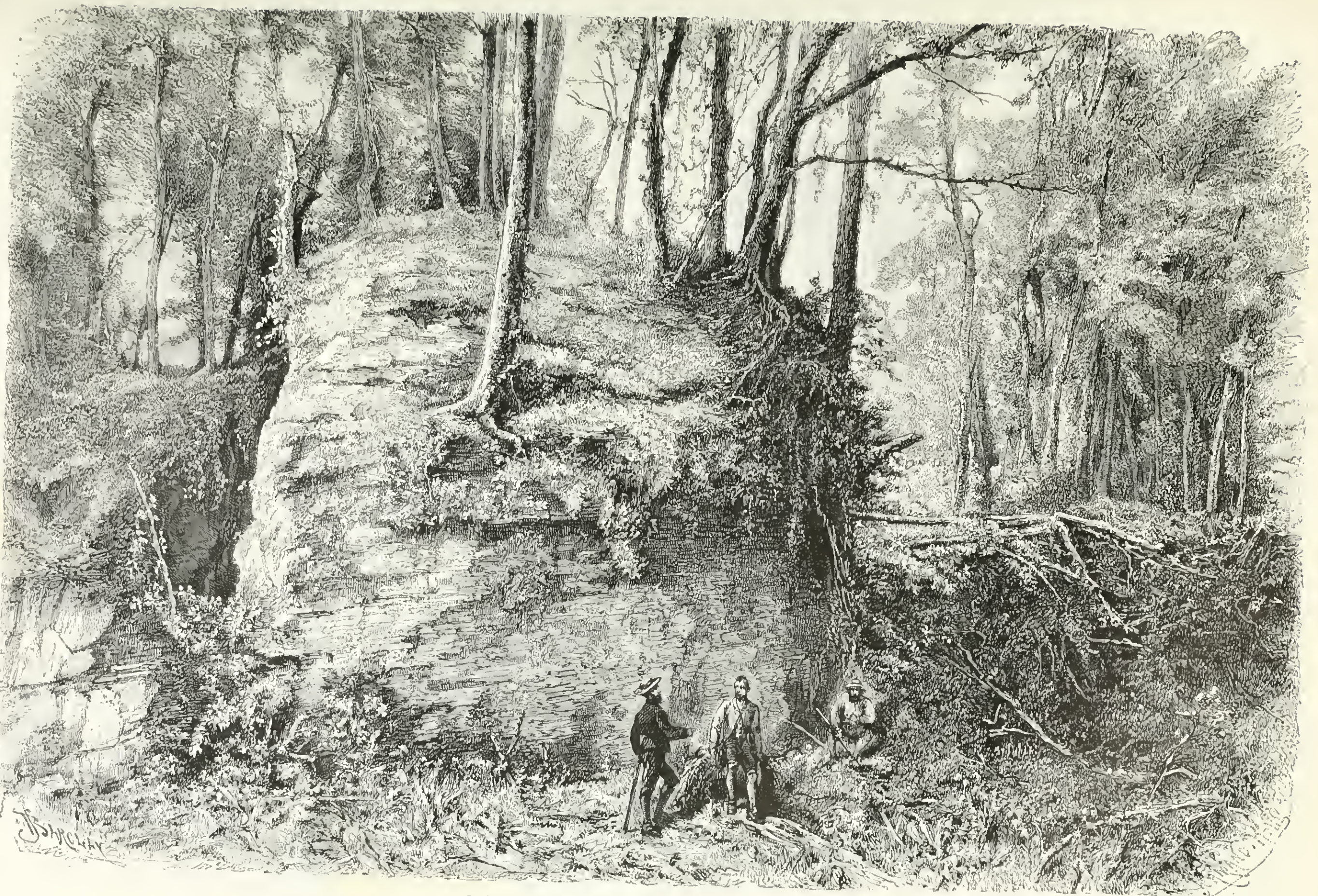
Verdad es que no hay nada que ver. El país presenta un conjunto de bosques achaparrados interpolados de sabanas inundadas en las que el rio Gonzalez vierte el exceso de sus aguas, y cuyas orillas son apénas visibles, desapareciendo á menudo por espacio de meses enteros.

Este riachuelo, de ciento á ciento cincuenta metros de ancho, se dirige al Norte describiendo una gran curva al Este para desembocar en la laguna de Mecoacan. Apénas se ve alguna que otra casa en sus orillas, y hasta eso de las diez, despues de haber navegado cinco leguas, no llegamos al rancho de Ceiba, donde desembarcamos para almorzar. La tierra de la orilla se eleva á manera de colina, ofreciendo sólido asiento á las viviendas construidas doscientos metros más allá. Un árbol gigantesco extiende sus grandes ramas orillas del rio y á su sombra sacamos nuestras provisiones: ¡momento delicioso que aprovechamos para desentumecer nuestros doloridos miembros!

Continuamos el viaje: el sitio donde debemos pernoctar está léjos, muy léjos, segun nos dice el jefe de los remeros; pero como esta gente no tiene nocion alguna del tiempo ni de la distancia, hacemos más caso del mapa que marca doce leguas.

Llega la noche, el sol se pone y salimos fuera del maldito toldo para respirar la frescura naciente. Entramos en la region de las islas pobladas de árboles que preceden á la desembocadura del rio. La luna ha salido con todo su esplendor: en torno nuestro todo es silencio, poesía, misterio, grandeza. Navegamos entre dos hileras de paletuvios gigantescos, semejantes á las grandes calles de un parque secular. Es un paisaje encantado; á cada lado descuellan con relieves fantásticos bosquecillos, castillos de columnas; en las masas de verdura se ven grandes aberturas que parecen inmensos pórticos, y la delicada luz de la luna traza filigranadas labores en el follaje de los árboles. Un espectáculo como este no puede cansar, y á pesar de nuestras diez y seis horas de canoa llegamos sin notarlo al rancho de las Islas, donde debemos pernoctar.

Todo el mundo duerme en el rancho, y á fuerza de golpes repetidos conseguimos que se abra una puerta no sin desconfianza. Dormimos seis horas al cabo de las cuales volvemos á emprender la marcha hácia Paraíso.



Ruinas del palacio de Comalcalco (De fotografía)

Desde el Norte, en cuya direccion navegábamos, giramos al Oeste y entramos en las grandes lagunas que hay á lo largo de la costa. Estas lagunas comunican entre sí por angostos canalizos que forman calles de árboles umbrosas y de belleza salvaje: la sombra se convierte en oscuridad, tan densa es, y esas aguas negras, esa selva silenciosa nos traen á la memoria la Estigia ó algun rincon ignorado del Purgatorio donde las almas en pena deben vagar por soledades infinitas. Grandes mariposas, de alas azules orladas de terciopelo negro, atraviesan el espacio en busca de alguna flor difícil de hallar, miéntras que una multitud de cangrejos encarnados y peludos, de patas de color amarillo claro, encaramados en las altas raíces de los paletuvios, parecen echarnos miradas feroces. Procuro coger uno, pero el muy tunante me salta osadamente á la cara, y al ver semejante audacia en sér tan débil, renuncio á mi empresa.

De vez en cuando las ramas bajas de los árboles nos azotan el rostro y se enredan en los soportes del toldo, viéndonos al fin obligados á quitarlos. A las dos horas de esta marcha misteriosa llegamos á la laguna de Mecoacan, la cual atravesamos para llegar á las islas del Bellote, en donde encontramos pirámides, restos de edificios derruidos, construidos enteramente con argamasa de cal procedente de conchas machacadas y de ladrillos cocidos. A las cuatro horas de investigaciones, volvemos á meternos en la canoa para ir á buscar enfrente el brazo del Torno largo, por el cual debemos ir á la Ceiba. Es un grupo de casas en el cual estaremos dentro de una hora.

El paisaje es maravilloso, la vegetacion gigantesca. El camino de la Ceiba á Paraíso es una serie no interrumpida de puntos de vista sin igual y de bellezas de las cuales no podrian dar una idea la pluma, ni el pincel, ni la fotografía. Entre anchas calles de cocoteros que se destacan en sus orillas, el rio Seco, por el cual navegamos á todo remo, nos ofreee á cada paso nuevas perspectivas, asuntos deliciosos y grandes cuadros capaces de causar pasmo á un artista. La corriente rápida arrastra bonitas plantas redondeadas parecidas á lechugas de un color amarillo ó verde claro; navegan solas ó en grandes grupos formando pequeñas y lindas balsas que recuerdan las chinanpas de los lagos de México.

Pero al remontar el rio Seco, observamos que esta corriente, pequeña hoy, fué en otro tiempo un gran rio, cuyo curso debieron cambiar la naturaleza ó el hombre en época indeterminada. Y en efecto, este riachuelo corre por el fondo de una ancha barranca de orillas muy altas, que representa el lecho de una poderosa corriente, y en virtud de la suposicion que se me ha hecho, no vacilaré en asegurar que el Tabasco corria en otro tiempo más al Oeste y ocupaba ántes de la conquista el cauce del rio Seco.

Llegamos á Paraíso, nombre que nos habia hecho confiar en encontrar algo mucho mejor que la mísera aldea en que desembarcamos; pero nos dicen que fué destruido hace siete años durante la guerra civil, y así lo atestiguan las ruínas lo propio que los troncos secos de los grandes árboles y palmeras que le daban sombra. Nos toman por una compañía de cómicos ambulantes, equivocacion lisonjera que deshizo el ver que no llevábamos damas.

Permanecemos dos dias en este pueblo de triste aspecto, aunque sus habitantes lo consideran como un compendio de las perfecciones terrestres: para ellos es un verdadero paraíso.

Todos son ricos, áun cuando van descalzos; todos tienen casas en la ciudad y en el campo. El individuo que se presta á acompañarnos en nuestras excursiones es un personaje riquísimo, y todos en general son amables, complacientes, y dispuestos á servirnos en lo posible. Como aquí no hay fonda, nos ceden una casa á un precio razonable; por lo que hace á los alimentos tambien nos los proporcionan por su justo valor. En rigor, esto no es la hospitalidad escocesa, pero se le parece. ¡Y qué patriotismo tan ardiente! Aquí todo es bueno y magnífico hasta para el habitante más humilde del lugar. Como no hay término de comparacion, paréceles maravilloso cuanto les rodea, y como no tienen necesidades, no desean más. Ni miseria, ni trabajo; un bienestar fácil, un clima que permite ir en mangas de camisa, con pantalon de lienzo y descalzo en toda estacion. Verdad es que llueve mucho, pero poco importa; la tierra es fecunda y hay pocos mosquitos; ¿qué más puede apetecerse?

El vecino de al lado nos habla con entusiasmo de las ventajas de su país; al oirlo cualquiera creeria hallarse en la tierra de promision, y se expresa con tanto calor que casi, casi estoy dispuesto á creerle. Díceme entre otras cosas que si la labranza fuese ménos fácil y las cosechas ménos abundantes, la madre naturaleza se encargaria de alimentar á sus hijos.

—Sí, añadia, áun cuando sólo contáramos con los cangrejos podríamos en último resultado vivir sin trabajar. Los cangrejos son nuestros amigos y nuestros auxiliares cuando no los padres que nos alimentan. Cubren con su muchedumbre los campos limpiándolos de gusanos, y cuando han de cambiar de corazas, cuando están gordos como frailes y se entierran para descansar, bástanos cogerlos para comerlos, y á fe que son un manjar exquisito. Luégo, cuando se les caen las escamas y han depositado sus huevos en la tierra, sus numerosas colonias vuelven al mar y cruzan el pueblo en compactas legiones, inundando las calles en tales términos que hay que andar con precaucion para no aplastarlos; de suerte que cuando abrimos las puertas por la mañana, vemos algunos centenares de cangrejos que parecen aguardarnos y rogarnos que los cozamos.

¡Maravilloso país, si no lloviera sin cesar!

XIV

Comalcalco.—Fumadores precoces.—La cordillera.—Primera visita á las ruínas.—Vestigios de puentes.—Camino cimentado.—Los edificios antiguos.—Torres y palacios.—Ornamentacion.—Bajos relieves.—Otras pirámides.—Templos y palacios en ruínas.—Regreso á San Juan Bautista.—Hacienda de Don Cándido.—Un leñador rico.

Comalcalco, situado siete leguas más arriba remontando el rio Seco, no ha cambiado nada; es un pueblo más grande, instalado en una de las islas del antiguo rio, con casas mejor construidas, con tiendas de más venta, pero con ese mismo clima lluvioso que nos perseguirá hasta el fin de nuestra expedicion. Sin embargo, aquí es peor que en Paraíso, porque Comalcalco es en rigor una verdadera laguna de vegetaciones acuáticas. Llueve tan copiosamente, que en la modesta casa en que nos albergamos, llegan los patos hasta nuestro cuarto, así es que voy descalzo como todos los habitantes.

Tenemos por patrones una agradable familia compuesta de padre, madre, cinco hijos y una porcion de lechones con los cuales mi perro Artagnan se apresura á trabar conocimiento.

El Estado de Tabasco es un país de tabaco: aquí todo el mundo fuma; pero confieso que me quedé sorprendido al ver á los niños de la casa, criaturas de tres á cinco años la primera de las cuales casi no sabia aún andar, fumando puros mayores que ellas. Su padre dice que el tabaco no puede hacerles daño.

Cuando llegamos, nos contaron cosas asombrosas acerca de las ruínas; sus restos son inmensos, y tan numerosas las pirámides sobre las que se elevaban los palacios, que se ha designado con el nombre de *Cordillera* el sitio que ocupaban. Dícennos que hay hasta un millar, de todas dimensiones y alturas, y que se extienden en direccion Nordeste á partir de Comalcalco, cruzando la laguna hácia el Bellote, y prolongándose hasta el mar en una línea de veinte kilómetros. Estas noticias inflaman mi imaginacion, y propongo al jefe político del lugar, á quien he entregado las cartas del gobernador, una excursion inmediata á las ruinas. Convenidos en ello, se ofrecen tambien á acompañarnos algunos vecinos, entre los cuales figuran el médico y el dueño del terreno.

Las ruínas están á tres kilómetros al Este, en la márgen izquierda del rio, cuya distancia recorremos en treinta y cinco minutos. El médico me dice que en otro tiempo se descubrieron restos de puentes en los riachuelos que cortan el sendero, y el jefe político me llama la atencion hácia unos fragmentos de camino indio. Los puentes estaban hechos en sobadizo, y los caminos cementados como los de Teotihuacan y Yucatan, similitudes que conviene consignar.

Llegamos y me encuentro delante de una verdadera montaña cubierta de vegetacion exuberante, en la que no se puede penetrar sino hacha en mano. Nos apeamos de nuestras cabalgaduras, y trepamos con trabajo por los resbaladizos flancos de la pirámide para llegar á la ancha meseta en que termina. No puedo describir el asombro, el entusiasmo, la sorpresa que de mí se apoderaron. ¡Era todo tan contrario á lo que esperaba, tan nuevo, tan extraño!

Me hallo en presencia de unas ruinas gigantescas, del mismo estilo que la de Palenque, pero mayores. Esta pirámide tiene doscientos ochenta y cinco metros de base por treinta á treinta y cinco de altura; es oblonga, rematada en una vasta meseta en la cual se elevaban los palacios indios, y hecha de ladrillos cocidos y tierra. Figúrese ahora el lector millares de pirámides compuestas de los mismos materiales, y júzguese del increible trabajo que necesitó su construccion.

Aparte de estas masas derrumbadas, ruinas informes que no dicen nada, el primer edificio arruinado que atrae nuestras miradas es una torre cuadrada coronada de árboles como la torre de Palenque, con habitaciones semejantes. Muy cerca hay otros escombros y más al Sur una parte del gran palacio que ocupaba la explanada, del cual queda muy poca cosa; un fragmento de unos quince metros, compuesto de dos grandes salas paralelas, que nos ha dado á conocer la arquitectura y la disposicion del edificio entero. Encontramos además toda la base de los muros de la fachada oriental y podemos rehacer el plano del edificio por completo. El muro del extremo Sur está entero, y todavía se ve tan fresca como en otro tiempo la pintura rojo-amarillenta que lo cubria.

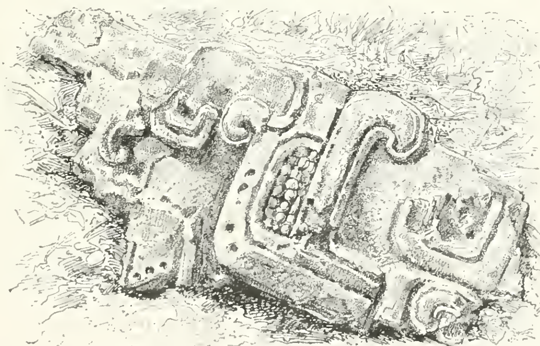
Este palacio, compuesto, como el del gobernador de Uxmal, de una doble bóveda de

aposentos, tenia $71^{m},55$ de longitud. La pared tenia $3^{m},55$ de altura, y de ella partia el techo en línea oblicua, uso enteramente idéntico al de los monumentos de Palenque. En Uxmal, las paredes son perpendiculares y el techo plano; el techo oblicuo de Comalcalco se construyó teniendo en cuenta las lluvias perpetuas de esta region y con objeto de facilitar su desagüe, porque las disposiciones interiores son aquí las mismas que en todos los conocidos edificios de Chiapas y de Yucatan.



Bóveda del palacio arruinado de Comalcalco

Los materiales difieren naturalmente segun la region, y en una llanura de aluvion el constructor tuvo que buscar algo que sustituyera á la piedra que faltaba: por esto el palacio está construido con ladrillos cocidos, encarnados y delgados, y con una espesa argamasa de cal sacada de las conchas de las lagunas. La parte baja de la pared estaba desnuda, cubierta



Ornamentacion de la torre Oeste de Comalcalco

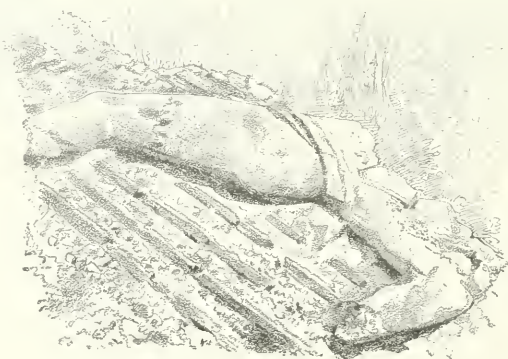
de estuco bruñido, y en cuanto se puede juzgar, sin ningun adorno, pero el friso que constituia el techo era de una riqueza extraordinaria, si se consideran los fragmentos por allí esparcidos. La anchura del edificio, comprendiendo las paredes, es de $8^{m},30$, el interior de

cada pieza de $2_m,55$, el espesor de los muros de $1^m,10$ y la altura total de $7^m,30$. A corta diferencia, son las mismas dimensiones que las de los monumentos de Uxmal y de Palenque.

Hemos reproducido una parte de la fachada y una perspectiva de las bovedillas. Una particularidad bastante notable, pero que se advierte tambien en el Yucatan, es la ligera curva que describen las paredes interiores al acercarse.

Las dos torres que flanquean el palacio, la una al Norte y la otra al Oeste, están por desgracia en el estado más deplorable. Pero los adornos encontrados entre los escombros pueden dar una idea de la riqueza extraordinaria de esta arquitectura: una especie de jeroglíficos enormes, modelados en el cimento, formaban cuerpo con la pared de tal modo que los fragmentos de todas clases se desprendieron sin romperse.

A esta solidez debemos la conservacion de un bajo relieve procedente de la torre occidental y cuyo modelado magnífico no se puede ménos de admirar: este bajo relieve representa un hombre de tamaño natural; por desgracia, la parte superior del cuerpo y el antebrazo han desaparecido así como parte de las ropas, de las cuales sólo queda el cinturon y un fragmento de adorno en el muslo.



Bajo relieve de la torre Oeste de Comalcalco

Estas ruinas presentan una apariencia de vetustez que sorprende al recien llegado; pero si se tiene en cuenta el clima más húmedo y más destructor y la vegetacion más invasora, fácilmente se comprenderá que ningun edificio pueda resistir largo tiempo en semejante localidad. Aparte de esto, los detalles dan como fecha una época relativamente reciente; por ejemplo, las pinturas bastante frescas aunque expuestas sin cesar á la lluvia, y una multitud de ornamentos frágiles en buen estado de conservacion. Al ver estas ruinas de tan vetusta apariencia, me acordé de las de una casa de ladrillo de Paraíso, destruida hace siete años y que parecian remontarse á más de un siglo.

Esta ciudad existia en tiempo de la conquista. Los españoles vieron las torres desde sus naves. Tal vez haya encontrado yo sin pensarlo los restos de Ceutla, la capital india de Tabasco.

Muy cerca de esta pirámide visitamos otras ménos importantes que forman parte de la misma cordillera; lo mismo en estas que en la primera hallamos montones de ruinas, restos

de paredes interiores derrumbadas, fragmentos de ornamentacion, ladrillos enormes y palacios, templos ó mansiones de grandes señores.

Permanecimos quince dias en Comalcalco, pero se necesitarian años enteros y mucha gente para explorar este campo tan vasto, perfectamente indicado para los exploradores á los cuales deseo mejor estacion y otros trabajadores que los que á mí me han cabido en suerte.

No era cosa de volver á navegar por el rio para regresar á la capital; remontando la corriente, hubiéramos necesitado ocho dias, y ocho dias en canoa nos habrian parecido un suplicio que no nos sentimos capaces de arrostrar, por cuya razon seguimos las orillas del antiguo rio, que son muy altas.

Tuvimos que remontar el rio Seco hasta el dique que lo separa hoy del Tabasco: es una de las comarcas más ricas del Estado y de todo el trayecto; por todas partes se ven ranchos y grandes cortijos: es el país del cacao y del café. El árbol del cacao vive á la sombra, en los terrenos húmedos y en una semi-oscuridad; los grandes cacaotales requieren inmensos trabajos para su creacion. Ante todo hay que limpiar la selva vírgen, quemar los árboles derribados; en seguida plantar un nuevo bosque de árboles especiales de cuyo nombre científico no me acuerdo, pero á los que se da el de *madrinas* y que deben guarecer con su sombra los tallos delicados de los cacaos. Estos árboles que crecen en línea recta hasta grande altura para echar una copa á modo de quitasol, hacen el efecto más bello que darse pueda; y las cercas de los campos, compuestas de una espesa capa de pitas, limoneros y naranjos silvestres por entre los cuales se escapan las grandes palmas de los cocoteros, convertirian este camino si hiciera buen tiempo en uno de los países más agradables del mundo. Pero ¡si llueve siempre!

Al fin de la primera jornada, llegamos á una rica vivienda, fábrica de azúcar y de alcohol, cuyo dueño, don Cándido Verao, nos ofrece hospitalidad, y pasamos con él una gustosa velada. Don Cándido es arqueólogo; ha encontrado mil cosas en los campos, que están cubiertos de túmulos, ídolos, máscaras, jarros, tumbas y restos de monumentos, que prueban que en lo antiguo el país alimentaba una poblacion densísima. Veo aquí muchos objetos parecidos á las antigüedades de las alturas; pero el más notable es un bajo relieve procedente del Bellote por donde hemos pasado y que parece imitacion de los de Palenque.

Habiendo partido á las seis de la mañana siguiente, llegamos á las once á lo alto del rio Seco y á la orilla izquierda del Tabasco; cuyo curso seguimos por espacio de tres kilómetros hasta la hacienda del Cármen, residencia de Don Policarpo Valenzuela, el habitante más rico del Estado. Este gran tratante en maderas, hombre de sencillez antigua, lo mismo acoge en su casa patriarcal al indio vagabundo que al viajero europeo, y gracias á su amabilidad pudimos conseguir canoas para llegar á San Juan.

XV

De San Juan Bautista á Jonuta.—Rios y pantanos.—Jonuta.—Caza dramática del caiman.—Las playas.—La piedra de la Cruz.—Santo Domingo del Palenque.—Primeros moldeos.

De San Juan á Palenque hay treinta ó treinta y cinco leguas en línea recta, pero por la vía terrestre con la cual no podemos contar. Llevamos setenta bultos de equipaje: ¿cuántos caballos ó mulas necesitaríamos para conducirlos? Es un material imposible de acarrear por semejantes caminos; como no lo ignoro, hubiera preferido llevar una sencilla maleta que me hubiera permitido ir y venir á mis anchas sin preocuparme del tiempo ni de los caminos, pero como nos proponíamos sacar moldes, necesitábamos cubetas, papel, cola, harina, etc., y como somos fotógrafos debíamos llevar los instrumentos *ad hoc;* tambien un material de ingeniero para levantar planos y sobre todo, teníamos que comer en esas ruinas á donde íbamos á vivir dos meses en medio de la selva, y no podíamos contar con el maná del desierto. Calcúlese pues lo que necesitan seis hombres para alimentarse dos meses, sin hablar del líquido, porque no es cosa de beber agua en estos países que destilan fiebres; tal es mi método y siempre me ha ido bien con él.

El vapor que he fletado llega y partimos.

Al décimo dia de nuestra salida de San Juan desembarcamos en la orilla izquierda del Usumacinta, en la aldea de Jonuta. Extendemos nuestros fardos en el suelo; pero en seguida se pone á llover y con dificultad encontramos lonas para cubrirlos. Ahora es cuestion de encontrar canoas y bogas, porque de Jonuta á las Playas no tenemos otros medios de trasporte.

Jonuta fué un centro indio muy poblado, como así se echa de ver por las pirámides que ocupan una parte del sitio en que se asienta el pueblo y una de las cuales es bastante grande; aquí se han encontrado mil antigüedades de diferentes clases, y un sabio que se ocupa con entusiasmo de cuanto pertenece al pasado, ha formado con ellas una hermosa coleccion. Este sabio, llamado Nattes, ha tenido á bien enseñarme sus tesoros, y veo que muchos de estos objetos son parecidos y á veces idénticos á los hallados en las alturas. El Sr. Nattes está convencido de que los toltecas han pasado por todas partes, y que todos los monumentos son obra suya. Me separo de él satisfecho de ver que un hombre de tanta experiencia profese mi teoría acerca de este punto.

Nuestras canoas están listas y partimos el 20 de diciembre para remontar el Usumacinta, del cual pasamos á las seis al rio Chico para pernoctar en el rancho del Caribe. Al dia siguiente llegamos á Puerto Cabello, grupo de cabañas habitado por leñadores, y á las seis de la tarde al Potrerillo, rancho de apariencia miserable. Allí nos albergamos como Dios nos da á entender en una cabaña baja y pestífera, despues de dar muerte á un mono aullador, que nos servirá de cena, porque no nos queda más que tasajo, que nos da una sed terrible.

A partir del Potrerillo, seguimos remontando el rio Chico por espacio de tres horas para penetrar á la izquierda en un gran canal llamado el *Rumpido* que debe conducirnos á la laguna de Catasaja. Dejamos á la izquierda las lagunas de San Cárlos, en medio de las cuales vive una raza de indios independientes y de costumbres particulares: son gentes que se ali-

mentan en gran parte de cocodrilos y de caimanes que infestan las lagunas, y nos aseguran que merced á este alimento son los hombres más sanos y vigorosos del Estado. Yo habia pasado algunos dias con ellos cuando mi primera expedicion y fuí testigo de una caza tan singular que vale la pena de referirla.

En la mayoría de las chozas en que penetraba veia cocodrillos vivos panza arriba, la boca clavada, las patas amarradas y la cola cortada.

—Se les corta la cola por precaucion, me dijo mi huésped D. Juan que me acompañaba, porque harian tonterías y serian capaces de romper una pierna del menor coletazo.

—Pero ¿cómo cogeis esos horribles animales?

—De dos modos, me respondió D. Juan; ó con un fuerte gancho cebado (y me enseñaba la señal del hierro que habia traspasado la mandíbula inferior del cocodrilo), ó con la mano.

—¡Oh! ¡oh! exclamé,—y como el indio me vió sonreir:

—¿Lo duda V., señor? me preguntó.

—No, no, le contesté, puesto que V. me lo asegura... Sin embargo, me gustaria mucho ver esa caza, y aquí tengo un peso para el héroe que me proporcione tan curioso espectáculo.

—No es necesario ese dinero, prosiguió mi hombre; con todo, nunca está de más.

Y como á la sazon cruzábamos la aldea, acercándonos á su vivienda, llamó:

—¡Hola! ¡Eh! ¡Cirilo!

A la tercera llamada de D. Juan, acudió á su encuentro, sombrero en mano, un moceton negro, enjuto de carnes y nervioso como un tigre.

—¿Qué manda su merced?

—El señor desearia ver cómo coges un lagarto.

—Es cosa fácil, contestó el indio, y por complacer á V., D. Juan...

—Hay un peso que ganar; conque á ver cómo te portas.

Cirilo pidió que le concediéramos cinco minutos para hacer sus preparativos, y prometió venir á alcanzarnos á la orilla de un riachuelo angosto y lento al otro lado de la aldea. Nosotros debíamos tomar una piragua y hacer que nos llevaran hasta allí.

Cuando llegamos, nuestro hombre estaba en la orilla esperándonos; iba desnudo y llevaba en la mano un fuerte puñal cuya hoja, de ocho pulgadas de longitud, perecia un enorme clavo cuadrado en su base. Habia dirigido ya á los alrededores una ojeada de inteligente. Al llegar á veinte pasos de él nos indicó con un ademan que nos detuviésemos, y precediéndonos con precaucion, nos señaló un punto de la orilla lleno de altas yerbas. Hallábase á unos diez pasos de ella, cuando dos caimanes de cola corta se revolvieron en el agua como mastodontes.

En ménos tiempo del que se necesita para decirlo, Cirilo se echó al agua con el puñal entre los dientes, se zambulló y no volvió á salir á la superficie. Echamos á correr en direccion del sitio del combate. La situacion me parecia palpitante: excudriñé el rio con la vista, y un remolino era lo único que indicaba el punto por el que el indio habia desaparecido.

Trascurrieron algunos segundos que me parecieron horas; el agua se agitó de nuevo como impelida por una poderosa hélice, y la cola del monstruo descargó en la superficie un golpe

terrible; luégo asomó el cuerpo al hacer una evolucion rápida, y ví á Cirilo, lleno de fango, adherido al vientre del caiman.

Ambos desaparecieron otra vez, dejando tras de sí un largo rastro de sangre.

—¡Bravo, Cirilo, bravo! gritó D. Juan.

Yo ni siquiera me atrevia á respirar; el terror helaba mi sangre en las venas, y, testigo de tan espantosa lucha, me arrepentia ya de haberla provocado.

Miéntras tanto los esfuerzos de los dos luchadores agitaban el rio, y el agua remontaba á la superficie en fangosos remolinos; pasaron todavía algunos segundos, y por fin Cirilo salió, lleno de lodo y medio sofocado, pero solo. Sin poderme contener, lancé un grito de júbilo: Cirilo venia nadando hácia nosotros y le alargué la mano para ayudarle; pero saltó sin necesidad de auxilio á la barca, donde pasó un rato sin hablar.

—Ese animal me cortó el dedo, dijo enseñándonos la primera falange de su índice mutilado.

En el momento en que Cirilo se habia agarrado con el monstruo á brazo partido, metió sin quererlo el dedo entre las mandíbulas de aquél.

—Pero me lo pagó, añadió, y pronto lo vereis. Y si no sube, iré á buscarlo.

Don Juan me guiñó el ojo: aquel indio me parecia grande como César. Cirilo, sin dar gran importancia al hecho, se limpiaba el lodo de que estaba cubierto y se disponia verdaderamente á echarse otra vez al agua; pero yo lo detuve.

—¡Mirad, allí está! dijo D. Juan señalando una superficie amarillenta que se veia flotando á alguna distancia. Era en efecto el caiman, panza arriba y con el pecho traspasado de cuatro puñaladas.

Le remolcamos hasta la aldea: tenia catorce piés y tres pulgadas de largo. Dí á Cirilo dos pesos en vez de uno y le compré por cuatro el puñal, que conservo todavía.

. . . .

Prosigamos. Despues de muchas dificultades llegamos por fin á la laguna, y era ya muy tarde cuando entramos en la aldea de las Playas. Allí tropezamos con un nuevo inconveniente: no habia mozos. Los indios son los únicos que se dedican á trasportar fardos y no podemos encontrarlos sino en Santo Domingo del Palenque, á ocho leguas de distancia, además, como áun así y todo son pocos, tendrán que hacer tres ó cuatro viajes para trasladar todos nuestros bultos.

El jefe político de las Playas se pone á nuestra disposicion y envia al punto un propio al jefe municipal de Palenque para que haga venir todos los hombres que pueda. Como cada indio no quiere llevar más que una carga de cien libras, tenemos que acondicionar el material y dividirlo en cargas iguales. A pesar de todo esto, no pierdo enteramente el tiempo, pues encuentro en la aldea la famosa piedra de la Cruz, procedente de un templo de Palenque y muy conocida de todas las personas ilustradas. Esta célebre antigüedad acaba de llegar, despues de varias vicisitudes, rota en dos pedazos, de paso para México. Sacamos un hermoso molde de ella, y el lector podrá verla en uno de nuestros grabados, restablecida en su sitio al lado de la losa perteneciente al mismo templo y ocupando aún el fondo del altar.

En resúmen, perdemos seis dias en las Playas, de donde no partimos hasta el 30 de diciembre. Somos ocho y hay que organizar una verdadera cabalgata que nos lleve á Palenque.

Santo Domingo, á donde llegué molido, es la antigua cabeza política de este distrito; hace algunos años que esta capital fué trasladada á las Playas, y desde entónces los blancos han abandonado la poblacion, siendo reemplazados por indios. Esta antipatía del indio hácia el blanco se ha perpetuado desde la conquista; emigra del sitio que éste invade y vuelve cuando el blanco lo abandona. En Palenque sólo quedaban dos familias europeas, y en casa de una de ellas pudimos encontrar albergue.

En la pared de la iglesia, no acabada todavía, hay dos soberbias losas sacadas del templo del Sol; me apresuré á moldearlas durante los dias que tuve que aguardar á los mozos, y al mismo tiempo saqué una vista del pueblo con su calle mayor formada de cabañas de techo de bálago y los mangueros que les dan sombra.

En una palabra, no llegamos á las ruinas hasta el 2 de enero, despues de veintidos dias de viaje para andar las treinta y cinco leguas que distábamos en línea recta de San Juan Bautista; pero ¡cuánto rodeo!

XVI

Las ruinas de Palenque.—Primera impresion.—Ojeada histórica.—Instalacion.—Exploraciones.—El palacio.—Descripcion.—La fachada actual.—La verdadera fachada del Norte.—Edificios interiores.—Ruinas nuevas.

Las ruinas de Palenque están á unos diez kilómetros al Sudoeste del pueblo; el camino para llegar á ellas no es otra cosa sino un sendero entre el bosque, que hay que despejar á cada nueva exploracion, porque la poderosa vegetacion de los trópicos lo borra en seguida. Nosotros lo encontramos limpio gracias á las disposiciones tomadas por el Sr. Rodriguez, agente del gobierno mexicano, encargado de las ruinas y que las visita con frecuencia. Yo anduve el camino á pié en compañía de Alfonso, nuestro cocinero.

El rio Michol, al cual llegamos despues de cruzar un llano ondulado, parece formar el límite septentrional de la antigua ciudad, porque á partir de él se empiezan á encontrar á derecha é izquierda lomas y pequeñas eminencias y ciertos vestigios de ruinas. El sendero sube en seguida bastante empinado por las laderas de colinas ó mesetas sucesivas, que parecen hechas por la mano del hombre.

De pronto los gritos de los indios que nos preceden nos anuncian que hemos llegado al palacio, y gracias á ellos no pasamos de largo sin verlo, tan espesa es la vegetacion que por allí hay.

Si se toma este palacio por centro, puede decirse que la ciudad estaba situada en la falda de las primeras estribaciones de la Cordillera. Algunos viajeros pretenden haber visto el mar desde lo alto de los templos; pero yo creo que, si acaso, habrán divisado la laguna de Catasaya, situada á diez leguas al Norte; pues por lo que hace al Océano, que dista más de ciento sesenta kilómetros, dudo que sea posible verlo, ni áun estando enteramente despejada la atmósfera, desde la altura de doscientos metros á que nos encontramos.

Trepamos á la pirámide, penetramos en el palacio, y la impresion que experimento es profunda. Cuando más jóven, me habia parecido el edificio modesto; ahora vuelvo casi viejo y le encuentro grandioso.

Doy un corto paseo por los alrededores, por entre las ruinas que aún quedan en pié, y me lleno de asombro. Este palacio macizo, estos templos ruinosos, estas pirámides de diferentes alturas, son algo más que majestuosas; son espantables, y hacen dudar si el pueblo que elevó esos monumentos aprovechó las eminencias naturales de que está salpi-



Interior de una galería en el palacio de Palenque (De fotografía)

cada la Cordillera para situar en ellas sus moradas, ó si esas obras asombrosas por su grandeza han salido de una pieza de las manos del hombre. Pero no; algo despues nos cercioramos de ello. Los constructores distribuian el terreno en explanadas, sobre las cuales levantaban pequeñas pirámides; pero revestian las colinas de piedras, y las dividian en pisos como los toltecas lo habian hecho en sus pirámides de Teotihuacan.

No hay nada que cause tanta extrañeza como un paseo por entre esos edificios extraordinarios; ese abandono, ese silencio, esa soledad, la densa sombra de los árboles que coronan edificios y pirámides, contribuyen á aumentar el misterio que rodea á las ruinas y nos sumen en una tristeza indecible.

¡Cuántos cambios han sobrevenido en veintidos años! Se han desmoronado lienzos de murallas, se ha derrumbado toda la parte anterior del templo de la Cruz y ha desaparecido



Fachada exterior del palacio de Palenque (De fotografía)

completamente el hermoso bajo relieve del altar del templo del Leon. ¿Qué quedará dentro de cincuenta años? Probablemente un monton de escombros como los que se encuentran al través de los bosques en las eminencias y en la llanura.

En tanto que mis hombres despejan de escombros el palacio, me encamino á la selva vírgen, precedido de algunos indios que abren paso. Reconozco los edificios que ya habia visto; mas por donde quiera que paso, veo en todas direcciones grandes montones de ruinas informes.

Hoy me queda por ver el palacio: al Sudoeste, á dos pasos, el templo de las Inscripciones; á trescientos metros al Sur, el templo del Leon; más acá, al Sudeste y situados en forma de triángulo, los tres templos del Sol, de la Cruz n.º 1 y de la Cruz n.º 2. Allí están los bajos relieves célebres y las inscripciones indescifrables, de las que he venido á sacar copias para presentarlas á las corporaciones científicas. Ahí voy á vivir dos meses, áun cuando no puede ser peor la residencia dado el tiempo que hace y las lluvias perennes.

Ante todo, es menester instalarnos. Establecemos la cocina y el comedor en la galería exterior de la fachada oriental del palacio, y la alcoba en la galería oriental del ala interior: desde el comedor veo la selva y mi alcoba da al patio del palacio.

Pongo á las órdenes del cocinero dos indios para que le suministren agua y leña; me quedo con cuatro para trasportar el material y para que nos lleven tambien agua y leña á los templos donde tendremos que hacer estampaciones, y designo los quince restantes para que corten árboles y limpien de escombros el palacio y los templos; operacion que hacen con mucha calma, pues por poco que se deje de vigilar á los indios, suspenden el trabajo y se ponen á fumar ó á hablar: esta clase de trabajo les es sumamente antipático, y no saben manejar la pala ni el pico; pero en cuanto se les da un machete ó un hacha, están en sus glorias. Saben abrir con el machete un camino con la rapidez suficiente para que se pueda atravesar un bosque con paso igual y sin detenerse. Con el hacha derriban árboles enormes con tanta facilidad como nosotros podríamos cortar un arbusto: de este modo limpiaron el palacio y los templos de la enorme vegetacion que los cubria.

El palacio se componia (y creo que nadie lo ha comprendido con anterioridad á mí, lo mismo Waldek que sus predecesores) de dos partes bien distintas. Por los tres lados Este, Norte y Oeste corria una doble galería, rodeando un edificio interior, tambien de doble galería y dos patios de dimensiones iguales; era una especie de ámbito para pasear, enteramente independiente del resto del edificio que, situado al Sur, debia contener las habitaciones propiamente dichas. Sin embargo, el conjunto constituia un solo edificio situado en la misma meseta y que formaba un inmenso rectángulo.

Aparte de las galerías, no hay en este palacio nada que parezca haber sido construido con método y con arreglo á un plan meditado. Las varias partes que lo componen son de dimensiones diferentes ó de alturas desiguales. Los patios enclavados en las galerías son rectángulos irregulares, siendo la primera dos metros más ancha al Norte que al Sur, de suerte que los cuerpos de edificio no son paralelos.

En la parte Sur, considerada como la que comprendia los aposentos, el desórden es más

aparente que en cualquier otra parte y la discordancia más completa; no se advierte en ella ni la más vaga idea de plan; lo mismo se ven allí grandes que pequeños edificios, que están distantes ó próximos unos de otros sin que se pueda adivinar el motivo; sus techumbres son oblicuas ó perpendiculares, y sus adornos riquísimos ó sencillos y como distribuidos al azar; los hay subterráneos con relacion á los otros y en los cuales se penetra, por un lado, por escaleras oscuras que reciben luz de la parte Sur de la pirámide, la cual está allí algunos piés solamente elevada sobre el suelo.

En estos aposentos subterráneos hay tres grandes mesas de piedra, de bordes esculpidos y los cuales han tomado algunos exploradores por piedras de sacrificios y otros las han considerado simplemente como mesas de comer.

La independencia de estas galerías-paseos se hace evidente en la vista que damos de la fachada exterior. El pilar de la izquierda sostiene el extremo del friso y del techo que terminaba allí, del propio modo que terminaba por el lado occidental, lo cual hacia de esta galería un edificio aparte.

Todos los viajeros que me han precedido han supuesto que esta galería rodeaba al palacio entero, lo cual es un error. Tambien suponian que á la cumbre de la pirámide en que está situado el palacio se llegaba por una escalinata continua, cosa asimismo inexacta, por cuanto la fotografía nos presenta en toda su longitud un muro perpendicular.

La pirámide estaba dividida por lo ménos, en sus tres caras más elevadas, Este, Norte y Oeste, en tres ó cuatro explanadas, cuyos vestigios he hallado en la parte Norte, habiendo observado además que hay explanadas parecidas en todas las pirámides de cierta elevacion que he descubierto en Palenque, lo cual está de acuerdo con las tradiciones procedentes de las altas mesetas.

Segun acabo de decir, esta disposicion es sobre todo notable en el lado Norte de la pirámide, donde la fachada del palacio está enteramente destruida; allí era donde estaba la entrada y no á Oriente como se ha supuesto, y me fundo para ello en el lujo que los constructores del palacio desplegaron en esta parte de la pirámide con exclusion de los otros lados. En efecto, su base se compone de un revestimiento de magníficas losas de un metro y cincuenta centímetros de altura, con pilares de relieve á dos metros de distancia unos de otros y sobrepuestos de una cornisa de quince centímetros. Por encima se elevaba el muro de la primera explanada, y aún se observan vestigios de la escalera que ocupaba el centro y conducia á la galería.

Aparte de esto, sólo puedo indicar aquí las partes más importantes de este curioso palacio, pues el estudio exacto y detenido de él me llevaria muy léjos.

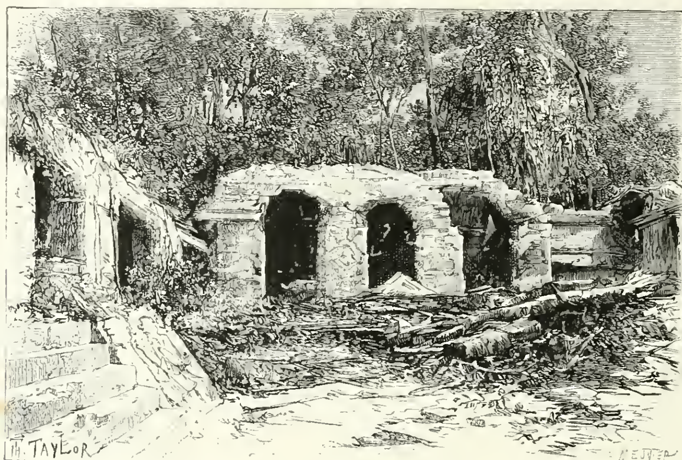
Pasemos al patio del palacio, en donde el pequeño edificio de tres puertas nos dará una idea de las construcciones propias para habitaciones y del desórden aparente que por este lado reinaba. Vemos en efecto que está á menor nivel que la galería de la izquierda, y que á la derecha tiene otro edificio ménos elevado, con un entablamento perpendicular que sostiene un techo plano, al paso que el entablamento y el techo de aquel son oblicuos.

Pero lo que caracteriza mejor esta arquitectura singular es la vista de la fachada oriental

del ala interior, en la que he instalado mi alcoba. Esta parte del palacio está casi completa, y en mi concepto, era la más ricamente decorada.

El edificio, situado entre dos patios, se compone de dos galerías techadas, sostenido por seis pilares á cada lado, entre los cuales quedan cinco grandes aberturas. La de en medio, que es más ancha que las otras y que servia de entrada, está precedida de una escalera de peldaños llenos de jeroglíficos de relieve, y flanqueada de dos grandes figuras decorativas, una de las cuales existe todavía.

El basamento, muy notable, se compone de tres explanadas pequeñas sostenidas por pilares esculpidos, separados por grandes losas, cada una de las cuales tenia un cuadro con ins-



Pequeño edificio en el patio del palacio de Palenque (De fotografía)

cripciones. Los pilares llevaban en el exterior y en los lados grandes bajos relieves modelados con cimento, de los cuales se ven aún algunos vestigios. Los dinteles que cubrian las aberturas de la galería eran de madera de zapote encarnada; han desaparecido ya, pero se reconocen perfectamente sus huellas. No debe de hacer mucho tiempo que faltan estos dinteles, toda vez que Sophens encontró restos de ellos en el ala Sur de la que acabamos de hablar, y que M. Koller, habitante de Palenque, me enseñó un metro y un baston que habia mandado hacer con uno de aquellos encontrado entre las ruinas.

En mi concepto, estos hechos, amén de otras pruebas, pueden demostrar que los edificios de Palenque no son tan antiguos como se quiere suponer.

La parte superior de este palacio se compone de un techo de pendiente suave y de un verdadero entablamento de extraordinaria riqueza; cada dia descubro en él nuevas cosas dignas de admiracion. El friso estaba adornado con siete cabezas enormes, viéndose aún la boca, el arco superciliar y la nariz de la penúltima de la izquierda. La mayor de estas caras estaba en el centro, sobre la puerta de entrada de la galería, y cada una de ellas tenia á ambos lados figuras de alto relieve de tamaño natural, de las cuales se ven aún vestigios en todas partes: aquí es una simple impresion en la cual se ve claramente trazado el perfil del

bajo relieve caido; allá una pierna; en otra parte un fragmento del torso. Cerca de la cara central, á la izquierda, he encontrado toda la parte inferior de una de estas grandes figuras. Póngase sobre este friso una cornisa ligera, verdadera pasamanería compuesta de rombos hechos con trozos circulares de estuco, sembrados en los puntos de interseccion de esferillas aplanadas; imagínese un techo cubierto tambien de esculturas y adornos de relieve, y se tendrá una idea de esta maravillosa construccion.



Fachada oriental del ala interior del palacio de Palenque (De fotografía)

La torre de Palenque es una de las grandes curiosidades del palacio; en la actualidad se halla pintorescamente coronada de árboles cuyas raíces rodeaban y enlazaban los muros como los aros de un tonel. Por desgracia, cada explorador hace cortar una parte de ellos para dibujar ó fotografiar la vista de la torre. Esta es cuadrada; tenia tres pisos sobre una planta baja de aberturas ojivales; el tercero de ellos ha desaparecido, y los grandes árboles de la derecha, que están hoy inclinados de un modo alarmante, lo amenazan hoy con una destruccion total: se parece á las de Comalcalco; pero su ornamentacion es, á mi juicio, ménos rica, porque, aparte de las capas de estuco que cubren aún algunas de sus partes, no he encontrado en sus escombros nada que sea comparable con las grandes piezas decorativas de dicha ciudad.

Por lo que hace á los interiores de las galerías, podrá formarse una idea exacta de su curiosa bóveda, que es ojival, pero que en la vista que de ella damos no puede parecerlo. Este

gran corredor estaba adornado de medallones que representaban caras humanas de perfil con un cuadro ó marco de los más ricos y que recuerda absolutamente el estilo llamado barroco. Las aberturas de la parte superior, en forma de trébol, especie de nichos, contenian sin duda las estatuas de los dioses.

XVII

Palenque, ciudad religiosa.—Bajos relieves.—Artistas palenquinos.—Humedad.—Lluvia y fiebres.—Un cocinero agradecido.—Templos. —El templo del Sol.—Templo de la Cruz n.° 2.—Templo de la Cruz n.° 1.—Altares.—Templo de las Inscripciones.—Moldes y fotografías.—Incendio.—Exploraciones.—Casas derrumbadas.—Una observacion sobre la edad de los árboles; lo que se puede deducir acerca de la de las ruinas.—El regreso.

Hasta hoy se ha asegurado que Palenque habia sido una capital, y el gran edificio llamado palacio, el de sus reyes. Este es un error que confio rectificar. A mi humilde parecer, Palenque era un sitio sagrado, un centro religioso considerable, una ciudad de peregrinacion que abundaba en templos y oratorios, una tierra consagrada para las sepulturas. Así se explica en mi concepto, el prolongado silencio que se ha guardado acerca de una ciudad tan importante. Allí debió de haber una inmensa poblacion flotante que se dispersó al primer rumor de la conquista, repercutiendo como un trueno en medio de los pueblos amedrentados.

Esta supuesta capital carece de arquitectura civil; no tiene edificios públicos de esos que en todas partes se encuentran: allí no habia más que templos y tumbas. Así pues, yo supongo que el palacio era, no un palacio de reyes, sino una morada de sacerdotes, un magnífico monasterio habitado por los jefes de esta ciudad religiosa. Así lo dicen los bajos relieves, y para convencerse no hay más que traducirlos.

Si Palenque hubiera sido la capital de un imperio y el palacio mansion de los monarcas, hubiéramos encontrado en los millares de bajos relieves profusamente desparramados en los edificios, toda la historia de un pueblo, páginas de su vida privada, alguna representacion de ceremonias públicas, episodios de batallas y de conquistas como los vemos en México en la piedra de Tizoc, en Chichen-Itza en la cámara del Gimnasio, y en otras ciudades del Yucatan.

En Palenque no hay nada de esto; los bajos relieves nos presentan siempre el mismo aparato solemne y pacífico; por lo comun es un personaje de pié y con un cetro en la mano, ó bien un hombre de aspecto sosegado y majestuoso de cuya boca sale una llama, imágen poética de la palabra y de la predicacion. Los acólitos arrodillados que los acompañan no son esclavos ni vencidos; los he examinado bien, y he visto que su expresion es dulce, serena y sumisa, y sus actitudes beatíficas no representan más que hombres prosternados, adoradores y creyentes. Aparte de esto, no se ve en manos de aquella muchedumbre una espada, ni una lanza, ni un arco, ni una flecha; en sus fisonomías no se advierte un gesto violento; allí no se ven guerreros, ni combatientes, ni vencedores, sino tan sólo predicadores y fieles. Al contemplar los grandes bajos relieves de piedra, puestos á cada lado de la escalera, se nota á primera vista que no se han querido esculpir figuras de reyes, sino sacerdotes vestidos con la estola ó la dalmática como los sacerdotes aztecas.

Los bajos relieves de piedra son muy escasos: todos los que adornan los pilares de los

monumentos son de cimento moldeado. El modo cómo los artistas ejecutaban sus obras es muy original y gracias á una feliz casualidad he venido en conocimiento de él.

La superficie de un pilar estaba cubierta de una espesa capa de carbonato de cal; cogí un martillo, y golpeando con cuidado, dejé á descubierto el perfil de una figura admirablemente conservada. Proseguí mi tarea, y en breve desnudé al personaje entero de su envoltura caliza. No parecia sino que acababa de salir de manos del artista; en tan perfecto estado de conservacion se hallaba. Era un individuo en cuclillas; tenia la cabeza vuelta en actitud contemplativa hácia el predicador que estaba de pié, señalándole con el índice de la mano



Bajos relieves del patio del palacio de Palenque (De fotografía)

zquierda, miéntras que apoyaba la derecha en una rodilla. Llevaba la cabeza adornada con plumas y cintas, el cuello con un hermoso collar de perlas redondas, y tenia el brazo lleno de brazaletes: el manto que cubria sus hombros se asemejaba á las esclavinas de pasamanería que usan las damas en nuestros dias, no faltándole nada, ni los ricos zapatos llamados *cacles*. Habiendo arrancado por distraccion algunas perlas del collar así como un brazalete, encontré debajo el cuello y el brazo; picada mi curiosidad, no pude ya contenerme, y desnudé enteramente á aquel personaje, dejando á descubierto su cuerpo soberbiamente modelado.

Así pues, el artista modelaba el cuerpo, y aplicando luégo tiras de cimento fresco, le revestia de sus adornos y de su traje.

A pesar del interés de los estudios á que nos dedicamos y de los trabajos que absorben todo nuestro tiempo, la vida que llevamos en las ruinas es horrible. Llueve sin cesar y la humedad es tal que estamos calados hasta la médula de los huesos; el cuero de los sombreros,

que no nos quitamos de la cabeza, se cubre de vegetacion en términos de tenerla que limpiar cada dia. Vivimos metidos en el lodo, y estamos siempre llenos de barro á consecuencia de nuestras caminatas y de las caidas que damos en el terreno resbaladizo de las pirámides. De noche, las paredes pobladas de musgos verdosos desprenden sobre nosotros gotas de agua heladas que nos despiertan; de dia, una nube de insectos, rodadores, mosquitos y garrapatas nos atormentan y nos devoran: ¿cómo es posible resistir largo tiempo en region tan malsana? Alberto y Alfonso están aquejados de calenturas, dolores de cabeza y de riñones y postracion general; Julian resiste, pero á los pocos dias se siente desfallecer; ¿cuándo me tocará á mí?

Por fortuna, esta terrible existencia tiene sus compensaciones. Desde que mis peones han abierto una vasta rotonda delante del palacio, desde que el patio está limpio de la vegetacion que lo inundaba, y el aire penetra y circula en torno nuestro, viene á visitarnos una multitud de avecillas regocijándonos con sus cantos. De noche nos despiertan unos ruidos misteriosos, voces de séres desconocidos que parecen preguntarse y responderse, mezcladas con el canto de los grillos, de las ranas y de las cigarras. A continuacion resuenan los aullidos de los grandes monos, parecidos á los rugidos del leon, ó los roncos maullidos del tigre, ó los lejanos arrullos de las palomas. Todo esto es nuevo para nosotros y lleno de sensaciones extrañas. Y aparte de esto, la viva alegría que nos causa cada descubrimiento, el interés siempre nuevo de las operaciones fotográficas, la inmensa satisfaccion de pensar que nos llevaremos, en soberbios moldes, esas grandes y misteriosas inscripciones que todavía no posee ningun museo del mundo, ¿no bastan para que arrostremos y olvidemos las duras pruebas por que pasamos?

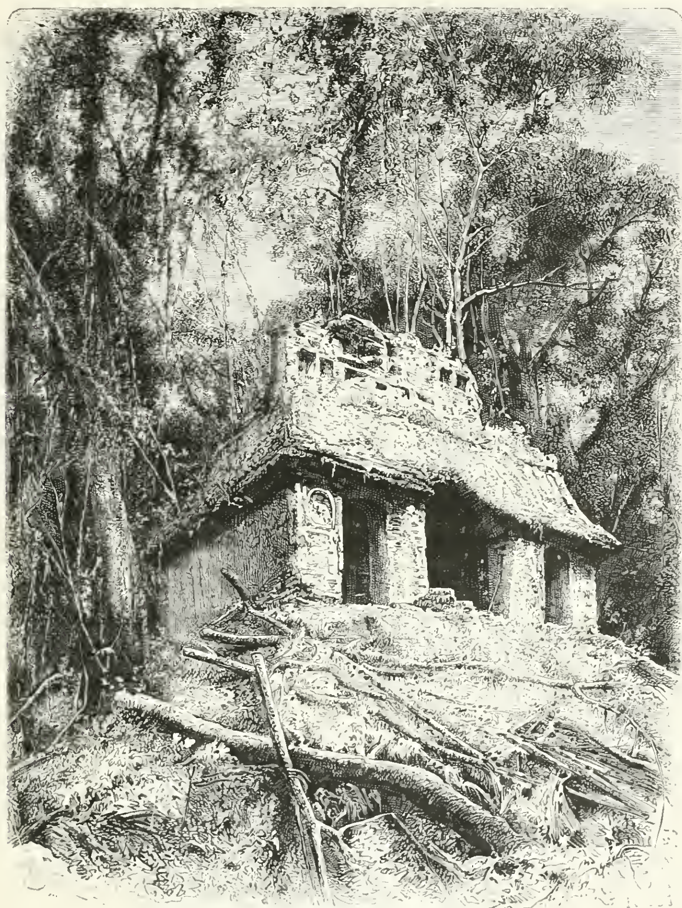
Por otra parte, la quinina hace maravillas: los enfermos pueden levantarse ya, y á fin de indemnizarnos de la deplorable dieta á que hubimos de someternos durante su enfermedad, Alfonso apela á la inspiracion de su genio inventivo, y para festejar en medio de estas ruinas su completo restablecimiento nos da un célebre almuerzo compuesto de los platos siguientes, cuya lista me apresuro á poner en conocimiento del mundo científico:

Purée de habichuelas negras con caldo de caracoles;—aceitunas de Valencia, salchichon de Arles;—pollo sazonado con ajo y pimenton;—bacalao frito;—chivas, corazones de pequeñas palmeras;—habichuelas negras fritas;—queso americano.—Vinos de Burdeos y Aragon.—Café habanero y cigarros de Tabasco.

En vista de este *menú*, podrá convencerse el lector de que, áun en plena selva vírgen, en Palenque, con buen tiempo, provisiones y un cocinero agradecido, todavía se puede sacar la tripa de mal año. Sólo que no todos los dias son de fiesta.

Pero volvamos á ocuparnos de cosas más sérias, por ejemplo, del templo del Sol (y aquí debo advertir que conservo los nombres dados primitivamente por otros viajeros). Este pequeño edificio, situado á unos ciento cincuenta metros al sudoeste del palacio, es el único que está casi completo. Tiene $11^{m},75$ de frente por $8^{m},45$ de profundidad, y los pilares, el techo y la crestería ornamental en que remata, están llenos de esculturas y adornos. Lo que desde luégo llama la atencion de cualquier persona familiarizada con la arquitectura japonesa es la semejanza de este templo con los antiguos santuarios budhistas del Japon; esta semejanza es

sorprendente. ¿Cómo explicarla? A este fin podria emitirse una teoría sobre el orígen asiático asaz verosímil de las tribus toltecas y sobre la indudable influencia de la civilizacion japonesa á causa del comercio regular que en otro tiempo mantuvo con las costas noroeste de América y de una inmigracion fortuita ocasionada por los naufragios. Nadie ignora que todavía hoy encallan por término medio unas veinte barcas japonesas cada diez años en las costas de California.

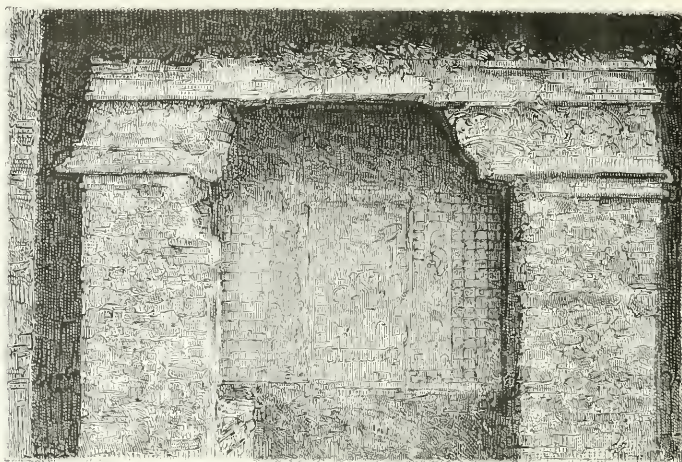


El templo del Sol (De fotografía)

El interior del templo se componia de una gran pieza alumbrada por las tres aberturas de la fachada, de un santuario en medio, en el fondo, y de dos cuartitos oscuros á los lados.

Este santuario, que todos los templos tienen, se compone de una jaula oblonga sobre la cual hay un friso ricamente adornado de molduras de cimento. Los dos pilares que la sostienen estuvieron en lo antiguo cubiertos de inscripciones ó de losas esculpidas representando varios personajes; estas losas se han roto ó las han arrancado, porque ni una tan sólo está hoy

en su sitio. En el fondo del santuario hay tres losas unidas cuyas esculturas presentan el cuadro completo de una ceremonia religiosa. En el grabado que insertamos de un molde de estas losas sacado en el templo de la Cruz n.º 2, se ve que el asunto se divide en tres partes: la losa central representa una cruz cuyos brazos son palmas y sostienen dos figuras; el cuerpo de la cruz, que tiene esculpidas en el centro y en la parte superior dos figuras humanas, descansa sobre una cabeza monstruosa, rematando todo en un ave simbólica de garras de águila y larga cola.



Santuario del interior del templo del Sol en Palenque (De fotografía)

La losa de la izquierda representa un hombre revestido con los ornamentos más ricos, collar de medallon, cinturon y grandes ligas; la de la derecha, una mujer, á juzgar por la estatura, la larga trenza de cabellos y la diferencia de traje. Esta mujer está de pié sobre unas palmas ó lenguas de fuego que rodean un perfil perfectamente conservado. Ambos personajes parecen estar en adoracion ante el ave simbólica y le ofrecen presentes cuya naturaleza es difícil de especificar.

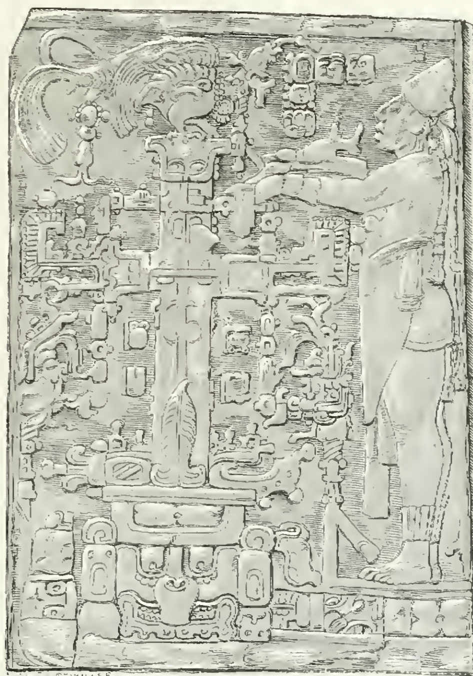


Inscripciones del templo de la Cruz

Detrás de cada asunto hay una inscripcion compuesta de sesenta y ocho caracteres que seguramente dan la explicacion de la ceremonia. Si se examinan estos caracteres con cuidado, se echará de ver su singularidad, pues en su mayoría se componen de perfiles humanos.

En el templo de la Cruz n.º 1, los personajes han cambiado de sitio; el hombre está á la

derecha y la mujer á la izquierda; los caracteres son más en número porque las losas son mayores, y la cruz es una verdadera cruz latina, lo cual ha hecho que se emitieran las teorías más atrevidas acerca de la religion de los indios, entre otras la leyenda de Santo Tomás, que, segun dicen, vino á catequizar y convertir á los pueblos de América, y sobre todo á los habitantes de Palenque. De aquí tuvo su orígen esta cruz, y el que los fundadores de Palenque fueran católicos, cosa que resta aún por demostrar.



Molde sacado en el templo de la Cruz n.º 1 (De fotografía)

El templo de las Inscripciones, situado sobre una pirámide, cerca del ángulo Sudoeste del palacio, es, junto con el del Sol, el único cuya galería exterior no se ha derrumbado: este templo es el mayor de todos, pero carece de santuario.

Olvidábaseme decir que ni los templos ni los palacios tenian puertas: por dentro se colgaban tapices ó esterillas, como lo demuestran las anillas grandes y pequeñas de piedra empotradas en las paredes, á cada lado de las aberturas y á lo largo de la cornisa interior.

Pasemos ahora á las estampaciones, de las cuales he hecho en Palenque, y en circunstancias bien deplorables, más de cien metros cuadrados. Y al llegar aquí, no puedo resistir al deseo de ofrecer un tributo de admiracion á M. Lottin de Laval, inventor de ese sistema maravilloso merced al cual, con unas cuantas resmas de papel, se pueden obtener las preciosas reproducciones del arte y de la industria humana, en sitios en que no seria posible hacerlas con el pesado y dispendioso procedimiento del moldeo.

He calculado que las inscripciones y los bajos relieves que he traido de mi viaje y que

apénas pesaban doscientos cincuenta kilos, habrian pesado más de quince mil si hubiera empleado para ello el yeso, y por consiguiente habria tropezado con un imposible. No quiere esto decir que con el método de la estampacion la tarea sea tan fácil como se pudiera suponer, sobre todo en la húmeda region en que estamos. Necesitábase calor para secar los moldes, y el cuidado más minucioso y prolijo para reproducir en todos sus detalles los relieves delicados, deleznables y casi lisos de esas vetustas lápidas. ¡Calcúlense los millones de veces que habremos tenido que pasar el cepillo, dando golpes con él, para cubrir una extension de cien metros cuadrados de seis pliegos de papel superpuestos! Considérese asimismo que no podíamos llegar á los bajos relieves sino subidos en andamios inseguros, formados de ramas húmedas, entre las cuales resbalábamos de continuo, y se tendrá una ligera idea del modo cómo habíamos de trabajar. Y cuando poníamos á secar los moldes, ¡qué inmensas hogueras encendíamos para combatir los torrentes de agua que los inundaban! ¡Y qué prisa nos dábamos á desengancharlos ántes que el agua los humedeciera otra vez y los echara á perder!

Por último, habíamos salido triunfantes de tantas pruebas, y almacenado nuestras preciosas estampaciones en las galerías del palacio, y nos lisonjeábamos ya de una victoria á tanta costa adquirida, cuando en la noche del 26 de enero, noche que no olvidaré jamás, un fuerte olor á quemado nos despertó sobresaltados; en seguida vimos brotar llamas: en la galería de las estampaciones habia estallado un incendio: ¡mis moldes estaban ardiendo! ¡Aquellos moldes preciosos, fruto de tres semanas de trabajo asiduo, de constantes cuidados, de penas indecibles, se reducian á pavesas!

En un segundo estuvimos de pié: los indios acuden al oir nuestros gritos: yo habia cogido ya los rollos de papel inflamados y arrojádolos al patio, en donde cada cual echó sobre ellos el agua que habia á mano; mas ¡ay! ¿para qué? ¿de qué podian servirnos las reliquias que nos quedaban? Todo se habia perdido; el desastre era irreparable, y no quedaba otro remedio sino empezar de nuevo el trabajo.

¡Y así lo hicimos!

Dichosos lectores, que pasais tranquilamente la vida en un país apacible, ¿comprendeis nuestra desesperacion?

No me metí á indagar las causas de aquel siniestro, por juzgarlo inútil; fuera combustion espontánea ó malevolencia, el resultado era el mismo, y no podíamos hacer más que una cosa, emprender con ánimo el trabajo. Al cabo de diez dias de labor incesante y de esfuerzos sobrehumanos estuvimos en posesion de copias más hermosas que las quemadas, y en estos últimos moldes fueron sacadas las pruebas que he fotografiado.

Es de advertir que todos estos trabajos no nos impedian explorar de vez en cuando la montaña. A unos doscientos cincuenta metros al Norte del palacio habíamos descubierto un grupo de cuatro casas ó pequeños palacios, cuyas ruinas me parecieron bastante interesantes para merecer una reproduccion: hice pues despejar de escombros la parte Sur cuyas fachadas miraban en otro tiempo al palacio y la fotografié. La parte de detrás no tenia puertas ni fachada; era una simple pared, y por este lado los edificios daban á una especie de precipicio de gran profundidad.



Molde sacado en el templo de la Cruz, n.º 2.—(De fotografía)

Estas casas, lo mismo que las que descubrimos algo despues, estaban construidas con arreglo al mismo modelo y sólo se diferenciaban por sus dimensiones. Con todo, la de la izquierda tiene su bóveda interior como artesonada en lugar de estar lisa como en todas las demás. Las pirámides sobre las cuales se elevaban las casas formaban tres gradas sostenidas por muros perpendiculares, disposicion que, segun hemos dicho, encontramos en todos los edificios importantes.

Despues de visitar el templo del Leon, que hoy se halla en el estado más deplorable, atravesamos el rio, y trepamos por sus escarpados ribazos para llegar á una meseta situada al pié del Cerro Alto; allí pisamos una verdadera masa de viviendas, especie de laberinto compuesto de reducidas estancias que, en nuestro concepto, debian servir de tumbas.



Ruinas al Norte del palacio de Palenque (De fotografía)

Prosiguiendo nuestras investigaciones por la misma meseta, descubrimos ruinas sobre ruinas, y entre ellas las de cinco nuevos templos, uno de los cuales debia tener grande importancia á juzgar por la altura de la pirámide, las hermosas explanadas que la dividen en cuatro pisos y los magníficos restos que nos sorprenden todavía.

Al bajar al Noroeste por el mismo lado del rio, se ve parecida aglomeracion de pirámides, de edificios ruinosos y de grupos de casas bajas y escalonadas, porque vamos subiendo las pendientes de la Cordillera, de suerte que casas, templos y palacios parecen haber sido construidos en anfiteatro desde el rio Michol hasta la cumbre de la montaña. Los edificios estaban unidos con puentes y calzadas que facilitaban el paso de unos á otros.

En medio de estos terrenos accidentados, de escarpadas pendientes, separadas por pequeñas corrientes, hay calzadas de muchos centenares de metros. Encuentro tambien un puente de diez metros con una sola abertura de $1^{m},10$ por 3^{m} de profundidad, y además muchos de madera.

Hoy, que se han derrumbado muchos puentes y que el curso de las aguas está cegado, aprovechando estas la actual disposicion del terreno en terraplenes, corren al azar, ya por

zanjas abiertas por ellas mismas, ya por encima de las casas que hay debajo; y como estas aguas están cargadas de carbonato de cal, forman en ciertos casos sobre las casas y delante de las fachadas cortinas de estalactitas que prestan á las ruinas una apariencia extraordinaria.

En realidad, todos estos edificios, estas pirámides grandes ó pequeñas, esta acumulacion de monumentos, de ruinas y de escombros, con su majestad singular, inspiran una tristeza profunda; todo esto es á la vez tan grande y tan pobre, tan majestuoso y tan humilde, que se siente uno agobiado por el peso de impresiones opuestas.

Es tan completo el estado de destruccion en que se halla esta antigua ciudad, su aspecto de vetustez es tal, que el explorador, sorprendido al verlo, no atina á primera vista á deducir si estos montones de escombros datan ó no de la antigüedad más remota. Hay aquí un problema por resolver, cuya solucion me limito á indicar.

En presencia de algunos monumentos todavía en pié, de templos enteros, de bajos relieves de cimento y de una ornamentacion delicada y frágil, aún en buen estado de conservacion, casi está uno dispuesto á asegurar, conociendo el clima y sus efectos destructores, que estos monumentos son relativamente modernos; pero ante el hundimiento completo de otros edificios, se está inclinado á atribuirles la mayor antigüedad. Hé aquí una contradiccion. Pero ya estén construidos de pocos siglos atrás, ó ya daten de la era cristiana, siempre es el mismo el mérito del pueblo que elevó los monumentos de la antigua América; sólo que en el segundo caso nos encontraríamos con una civilizacion abortada, por cuanto no produjo otra cosa sino los edificios ruinosos que vemos, sin pasar más allá, lo cual es contrario á la marcha seguida por todas las civilizaciones conocidas, en las cuales á los monumentos primitivos siguen siempre otros de órden superior. En cambio, en el primer caso, tendríamos á la vista la aurora de una civilizacion, tardía para nosotros, pero nueva para América, civilizacion que no nos ha legado más que edificios de un mismo carácter arquitectónico, hechos por la misma mano, inspirados por un solo é idéntico genio, y dirigidos por igual impulso; civilizacion cuyo orígen echamos de ver en el Norte y cuyas etapas podemos seguir hácia el Sur; civilizacion que debió abortar en su primer desarrollo á causa de una serie de guerras civiles en el Yucatan y de la conquista española de las demás provincias.

En apoyo de esta última teoría, citaremos una observacion que podria invalidar hasta cierto punto los asertos de los partidarios de la remota antigüedad de estas ruinas. Me refiero á la edad de los árboles. El grueso de los que han arraigado sobre las ruinas se ha considerado siempre como prueba concluyente de la antigüedad de los monumentos. Waldeck les atribuye diez mil años, y Larrainzar, que visitó Palenque, habla de un tablon de caoba de una sola pieza, procedente de un árbol en el cual contó hasta mil setecientos círculos concéntricos; fundándose pues en que cada círculo representaba un año, calculaba que teniendo el árbol mil setecientos años, los edificios debian de tener naturalmente muchos más. Esto no es más que una apariencia de prueba, que en realidad no prueba nada.

En efecto, habiendo observado yo por casualidad un pequeño arbusto que acababa de cortar, y que cuando más tendria año y medio, conté en él hasta diez y ocho círculos concéntricos; creyéndolo una anomalía y deseoso de cerciorarme de ello, corté otros árboles de toda espe-

cie y tamaño, y observé que en todos se daba igual caso en las mismas proporciones. Pero el más concluyente de todos es el siguiente.

Cuando mi primera expedicion á Palenque en 1859, hice derribar algunos árboles que ocultaban la pirámide por el lado oriental del palacio, pues para fotografiar el edificio era menester dejarlo despejado. Todos los árboles que han brotado despues y que ví últimamente datan de dicha época y no pueden tener más de veintidos años. En esto no cabe error. Pues bien, en el corte de uno de ellos, que tenia de 60 á 65 centímetros de diámetro, conté más de doscientos cincuenta círculos concéntricos; lo cual prueba que en una region cálida y húmeda, en donde jamás descansa la naturaleza, puede esta engendrar un círculo por mes ó por luna en los grandes vegetales, y que los diez y siete siglos de Larrainzar pueden quedar reducidos á ciento cincuenta ó doscientos años.

Aquí hago alto: habíamos terminado nuestros trabajos, moldes, planos, fotografías, exploraciones. Mi gente, extenuada de cansancio y aquejada otra vez de calenturas, no podia ya prestarme ningun servicio: yo mismo habia enflaquecido treinta libras durante esta residencia de cerca de dos meses en una region insalubre, y no me consideraba capaz de persistir. Necesitaba descanso, nuevos auxiliares; érame además preciso componer mi material estropeado, y tenia prisa por sacar algunas pruebas de mis estampaciones.

Por esta razon regresé á Europa, para emprender de nuevo el curso de mis expediciones en la próxima estacion seca, es decir, en octubre de 1881.

VIAJE AL YUCATAN Y AL PAIS DE LOS LACANDONES

I

Primeras nociones sobre el Yucatan.—Descubrimientos y expediciones: Francisco Hernandez de Córdoba, Juan de Grijalva, Hernan Cortés.—Progreso.—El ferrocarril.—Plantaciones de henequen.—Llegada á Mérida.

Desde Palenque, en donde dejé á mis lectores en 1881, pasemos de un salto al Yucatan, á donde llegué el 1.º de diciembre de 1882. Sisal, situado en la costa Norte, era en otro tiempo el puerto de la península; pero las necesidades de un comercio más activo y el inmenso desarrollo que ha tomado la exportacion del *henequen*, textil esencialmente yucateca, han llevado el puerto más al Este, al pueblecito de Progreso. Fondeamos en él con viento Norte bastante duro, y nos aguantamos, como todos los grandes vapores, á cuatro ó cinco millas mar adentro, es decir, apénas á vista de tierra, así es que los pequeños edificios de Progreso son microscópicos para nosotros. Esta costa siempre ha sido mala á causa de sus bajos, y los primeros exploradores españoles sólo podian admirarla de léjos como nosotros.

Cuando hay temporal el desembarco es muy peligroso; pero los marinos tienen ya tanta práctica que nos desembarcan, en el muelle de madera del Liverpool yucateca, sin más percance que un mareo prolongado.

El Yucatan es una gran península caliza en vía constante de formacion; llanura casi árida al Norte, en donde el humus ó mantillo apénas ha tenido tiempo de formarse, más fértil y más accidentada al centro, á causa de su formacion más antigua, de los levantamientos más marcados y de las derivaciones de la Sierra Madre que atraviesa toda la América central.

El Yucatan es una gran península sin rios ni agua que avanza de Sur á Norte en el golfo de México entre los 8º y 12º de longitud oriental de México y los 18º y 22º de latitud Norte.

Las primeras nociones que del Yucatan tenemos ó por lo ménos de sus habitantes, se remontan á Cristóbal Colon, quien hallándose el 30 de julio de 1502 descansando en la isla de Pinos, al Sur de la punta Noroeste de Cuba, vió llegar una gran barca hecha de un solo tronco de árbol, tripulada por veinticuatro remeros y en la que iban un cacique y su familia; dícese que aquella gente vestia el traje yucateca conocido desde entónces, y que á bordo de la barca habia, para el consumo de los pasajeros ó para comerciar con ello, cacao, tortas ó galletas de maíz, varias bebidas fabricadas con este cereal, grandes espadas de madera guarnecidas de hojas de obsidiana, hachas de cobre y telas de algodon suaves como la seda y teñidas de vistosos colores.

Me permitiré exponer algunas dudas acerca de esta relacion aplicada á los yucatecas ó mayas. Aquella gran canoa de ocho piés de ancho, ahuecada en un solo tronco de árbol, no podia pertenecer al Yucatan, país muy seco y bastante árido, á lo ménos en su parte septentrional; además, los mayas, que vivian en una tierra pedregosa, llana, seca y sin rios, no

podian ser grandes navegantes; allí no abundaban las hachas de cobre como tampoco la obsidiana, y los españoles, en su segundo viaje á las órdenes de Grijalva, no encontraron hachas de estas más que en Tabasco.

Paréceme pues probable que la barca mencionada por Colon procediera de Tabasco, país tan civilizado como el Yucatan, atravesado además por grandes rios, cubierto de frondosa vegetacion, y cuyos naturales no tenian más sino escoger entre los caobos y los cedros para construir las grandes canoas á que alude la relacion.

Los habitantes usaban casi el mismo traje que los mayas; pero la provision de cacao vendria sobre todo á dar más fuerza á mi suposicion, por cuanto el cacao no es fruto del Yucatan, en donde se le importa, al paso que era y es todavía uno de los principales productos de Tabasco.

Lo que más me sorprende en dicho relato es que Colon, en vista del espectáculo tan nuevo y extraordinario que le ofrecia aquella gran barca y aquellas gentes civilizadas, no hubiera tenido la idea de seguir á los navegantes para cerciorarse de su punto de partida, pues si así lo hubiera hecho, quizás habria añadido á su gloria la gloria de Cortés, y en todo caso hubiera sido el primero en descubrir los países civilizados de América.

El primer descubrimiento de la península corresponde á Vicente Yañez Pinzon, quien, en compañía de Juan Diaz Solís, costeó en 1506 la playa oriental del Yucatan, pero sin reconocerla. Valdivia, que procedente en 1511 del Darien pasaba á Cuba acompañado de veinte españoles, naufragó en los arrecifes llamados Alacranes. La tripulacion, refugiada en una lancha, fué arrojada por las corrientes, al cabo de trece dias, en una costa desconocida. Esta costa era la del Yucatan, y los náufragos, reducidos á trece á causa del hambre y de la sed, vieron que habian desembarcado en la punta oriental de la península, en el cabo Catoche. Capturados por los naturales, que se proponian sacrificarlos y comérselos, todos los españoles sucumbieron, á excepcion de Jerónimo de Aguilar y de Gonzalo Guerrero, de quienes hablaremos despues.

Así ocurrió el descubrimiento accidental; los descubrimientos preparados y buscados tuvieron lugar bastante más adelante.

En 1517, Córdoba fué á reconocer el Nordeste de la península, corriendo la costa de Este á Oeste y divisando grandes ciudades y altas pirámides; desembarcó en Campeche, donde admiró templos consagrados á Cuculcan, el Quetzalcoatl, dios tolteca, y en cuyas murallas se destacaban grandes serpientes de relieve semejantes á las que adornaban la pared exterior del gran templo de México. Apremiado Córdoba, en la costa occidental, por la falta de agua, desembarcó en Potonchan, hoy Champoton, en donde los indios, á pesar de la inferioridad de sus armas, le mataron cincuenta y siete hombres é hirieron á los demás que le acompañaban.

Cortés no encontró jamás adversarios de tanto temple ni de semejante bravura; porque en los quince dias de combate que sostuvo con los tlascaltecas, tenidos por los indios más valientes de cuantos habitaban las altas mesetas, sólo perdió tres hombres. Esto equivale á decir que á la conquista de México se le dió una importancia exagerada; y aunque la historia

de esta conquista no necesita escribirse de nuevo, ofrece sin embargo materia para muchas críticas. La fama es injusta á veces; y las proezas de Garnier en el Tonkin, tan brillantes como las de Cortés, se darán quizás al olvido, al paso que vivirán eternamente las del afortunado español (1).

En 1518 Grijalva desembarcó en Cozumel, en la costa oriental del Yucatan; desde allí observó una gran ciudad en la costa, llamada Tuloom, Pamal ó Paalmul, luégo remontó al Norte y siguió como su predecesor las playas de la península. Detúvose en los mismos puntos, Campeche y Potonchan, reconoció el Tabasco y se detuvo en las islas de los Sacrificios y de Ulua, precisamente enfrente del asiento futuro de Veracruz.

En 1519, Cortés siguió este mismo camino; pero, más feliz que los otros dos exploradores, encontró en el Yucatan á Aguilar, que le sirvió de intérprete, y en la costa de Tabasco le entregó un cacique á la india Marina, que llegó á ser el ángel custodio de su expedicion.

Lo raro es que los españoles no supieron jamás cuál era el verdadero nombre del país que habian conquistado. El nombre Yucatan puede derivarse en efecto de las palabras Chac-Nuitam (no entendemos) que los indígenas dieron en respuesta á los españoles cuando estos les preguntaron el nombre de su país. A no ser que proceda de *yuca*, planta cuyos frutos son comestibles y con los cuales se hacia una especie de pan, y de *tan* ó *than*, tierra: «tierra de la yuca.»

Landa pretende que la península se llamaba *Uhimicuz y ctel Ceh*, la tierra de los pavos y de los corzos. Dícese tambien, en virtud de otra version parecida á la primera, que al contestar los indígenas á los españoles que les preguntaban qué tierra era aquella, les dijeron: *Ciuthan*, «decidlo vosotros,» palabras que trasformaron en «Yucatan.»

Segun el manuscrito indígena de Pio Perez, seria *Chanovitan*, que significa isla. En concepto de Antonio de Remesal, la palabra Yucatan viene de tres frases:

Primera: al preguntar los soldados de Hernandez de Córdoba el nombre de un pueblo inmediato, los indios les respondieron: *Tectetan*, *tectetan*, no os entendemos.

Segunda: preguntando los españoles si en el país se daba la planta llamada yuca, con la cual se hacia pan de cazabe, los indígenas contestaron: *Ilatli*, queriendo designar así el pueblo en que se cultivaba dicha planta.

Tercera: como los españoles desearan averiguar ciertas cosas, los indios les dijeron: *Toloquitan*, indicando con este vocablo un pueblo.

Por último, Cogolludo se vale de estas tres expresiones, añadiendo que si en tiempo del paganismo, es decir, ántes de la conquista, el país no tenia un nombre comun, se llamaba Mayapan al llegar los españoles.

A decir verdad, estas explicaciones no pecan de claras, pudiéndose añadir que lo propio acontece con las cosas más sencillas que tienen relacion con las costumbres americanas ántes de la conquista. Los historiadores escriben de diez y ocho modos diferentes el nombre de

(1) Asi son siempre los escritores franceses: con tal de aumentar la fama de las acciones de sus compatriotas, no tienen reparo en menoscabar la de los extranjeros; pero la gloria de Cortés raya á tanta altura, es tan justa y motivada, que no la ofuscarán todos los Garnier que pueda oponerle la Francia. *(N. del T.)*

Montezuma, y eso que fué el emperador con quien vivieron los españoles en la mayor intimidad. Júzguese pues de la dificultad que debe ofrecer la lectura de las crónicas: únicamente despues de vivir algun tiempo en los sitios descritos se puede lograr rectificar algunos nombres ó asertos.

J. Hansen — Gravé par Erhard

Itinerario del Dr. Charnay por el Yucatan y el país de los lacandones

Por consiguiente, si todo esto no nos dice nada, penetremos en el Yucatan, cuya historia procuraremos descifrar al estudiar sus monumentos, pues en efecto, en esta tierra ingrata es donde el indio nos ha dejado más recuerdos.

El pueblecito de Progreso no vale la pena de detenerse en él; no hay más que almacenes ó miserables chozas plantadas en la arena, y el muelle, construido del modo más primitivo, se halla en deplorable estado. Aparte de esto, no tengo tiempo para recorrerlo, porque el tren en que he de marchar á Mérida sale á las diez, y ántes debo presentar en la aduana para su reconocimiento los numerosos bultos en que tengo embalado mi material. He de confesar que los empleados son atentos en extremo, pues sólo abren por mera fórmula una de las veinti-



Vista de Mérida (De fotografía)

cinco cajas que llevo, y cada cual se esmera en servirme con verdadera benevolencia. Con todo, no hay que perder de vista ningun bulto, porque los mozos del muelle son demasiado listos, lo cual sé por experiencia.

Pero la máquina silba: en marcha.

Progreso está rodeado de lagunas y charcas que dan al paisaje un aspecto lamentable por demás: cuando salimos de esta zona, penetramos en una tierra llana compuesta de una capa caliza quebrantada, esqueleto cubierto de un mantillo escaso, en el cual crece una pobre vegetacion de malezas; el sol, que asesta perpendicularmente sus rayos sobre nuestras cabezas, hace resaltar la desnudez de esta campiña ingrata. Pero las naturalezas más bellas no son las más favorecidas, y el yucateca ha sabido hacer brotar de esta tierra estéril un manantial inextinguible de riqueza.

En efecto, viajamos al través de inmensos plantíos de *henequen*, agave de hojas angostas y largas que dan hilos brillantes y fuertes, producto casi exclusivamente acaparado por los mercados americanos. Estas plantas de aceradas hojas se extienden en largas filas hasta perderse de vista; á derecha é izquierda, masas de verdura, mangueros y pinos marítimos indican la vivienda del amo, y las altas chimeneas humeantes, las fábricas en que se elabora el textil, desde la separacion del hilo de la pulpa hasta su embalaje para exportarlo.

Todo esto es triste, severo; pero el alma misteriosa de los antiguos se cierne sobre esas soledades y las presta á mis ojos un encanto inefable.

A la derecha se ven eminencias en las que se elevaban templos en otro tiempo, y esos vestigios me hacen recordar los monumentos que visité en otro viaje, y que aquí nací á la vida arqueológica y absorbí el amor de las ruinas.

Sigue luégo alguno que otro pueblo con sus cabañas oblongas cubiertas de bálago, y á sus puertas grupos de mujeres de bronceado busto, vestidas con cortas sayas, y catervas de chiquillos en cueros que nos contemplan asombrados con sus grandes ojazos.

Por fin llegamos á Mérida, donde la máquina se detiene jadeante de haber andado diez leguas en tres horas.

II

Mérida.—Dos palabras de historia.—Incendio de todos los documentos por Landa el historiador.—Conjunto de la ciudad.—La casa consistorial.—La catedral.—La casa del conquistador.—Casas particulares.—El mercado.

En Mérida no hay fondas, lo cual prueba que los viajeros no abundan; tampoco hay casas por alquilar, y esto demuestra la prosperidad de la ciudad, porque en otro tiempo sobraban. Corremos riesgo de dormir á la intemperie, y sólo á fuerza de pasos y pesquisas encontramos un cuartito de cinco metros cuadrados, donde nos alojamos tres, mi secretario, mi criado y yo.

Tambien se carece de casas de comida; sólo hay una, pero ¡qué casa! Verdad es que no nos importa mucho, porque vamos en busca de ruinas y no de un cocinero, y por otra parte tenemos la suerte de dar con una pequeña colonia norte-americana á la cual nos agregamos, y las sabrosas conversaciones amenizan las poco sabrosas comidas.

Mérida fué fundada en 1542 por Francisco de Montejo cuando su segunda expedicion,

pues el conquistador tuvo que emprender dos para someter á este valiente pueblo y destruir la nacionalidad más notable de América. Vino primero en 1527, ocupó dos años á Chichen y se retiró vencido y muerto de hambre para ir en busca de socorros á México. En su segunda expedicion pudo Montejo implantarse en el país gracias á la traicion de un cacique, y áun así y todo, la conquista del Yucatan costó más hombres, más esfuerzos y más tiempo que la de México, á la verdad sin más provecho para los vencedores que el de llevar una vida amenazada siempre por un pueblo belicoso, que aborrecia todo yugo y estaba de continuo dispuesto á sublevarse.

La historia de estas luchas es interesante; pero ¡cuánto más lo seria la de un pueblo que nos ha legado tan hermosos monumentos! Estos monumentos, sobre los cuales ha formado tantas y tan diferentes hipótesis la fértil imaginacion de los viajeros, son hoy los únicos testigos de aquella misteriosa civilizacion. Sin embargo, en tiempo de la conquista no faltaban documentos, como manuscritos en papel de pita ó en piel de corzo, cartas, ídolos, objetos de cerámica, tradiciones vivas aún que hubieran podido suministrar á los escritores de la época una base sólida sobre la cual hubieran podido estudiar con certidumbre la civilizacion maya y trazarnos su historia. Pero los españoles se ocupaban de muy distintas cosas, y el obispo Landa, de Mérida, siguiendo el ejemplo del obispo Zumarraga de México, hizo en Campeche un auto de fe con todos los documentos que pudo reunir, ¡y luégo escribió su historia de las cosas del Yucatan! ¡Extraña manera de escribir la historia por cierto!

Por esta razon hoy no se puede hacer otra cosa sino espigar, recoger briznas, interpretar ciertas frases y, mediante el exámen de los monumentos y de los bajos relieves, comparados con aquellos de los que poseemos algunas nociones, reconstruir un pasado que parece ménos remoto á medida que se le estudia, y que la ignorancia y la tenacidad habian alejado de nosotros.

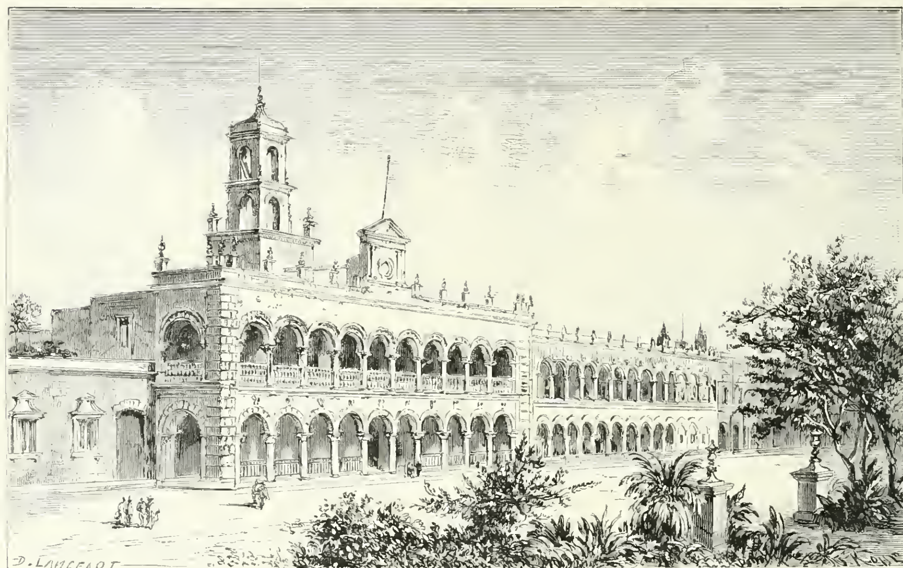
Se ha atribuido á los monumentos yucatecas una antigüedad ridícula; son relativamente modernos; tal es la teoría que defiendo, con pruebas en mi apoyo, durante el curso de mis exploraciones.

Mérida fué fundada en el sitio que ocupaba la antigua Ti-hoo ó T-hoo, una de las mayores ciudades yucatecas, de la que, esto no obstante, apénas hace mencion la tradicion. Al decir de los españoles, habia sido abandonada hacia mucho tiempo, pero los hechos nos demostrarian que á la sazon estaba aún habitada. Cierta vegetacion habia invadido las pirámides, pero los edificios que habia sobre ellas estaban enteros, segun lo asegura Landa, y Francisco de Montejo pudo alojarse en ellos con sus tropas y el contingente de los indios de Mani. Además, el historiador moderno del Yucatan, Eligio Ancona, nos habla de un santuario célebre llamado Il-Chum-Caan, nombre que significaba: «el centro y el cimiento del cielo,» y que se asemeja por cierto á los que aplican los chinos á sus monumentos.

Los habitantes de T-hoo tenian una fe ciega en ese Il-Chum-Caan: luego habia habitantes..... y para arrancar tal creencia de sus corazones, dice Cogolludo, fué menester destruir el templo indígena y sustituirlo con una capilla dedicada á San Antonio. Hé aquí una contradiccion flagrante ó una candidez extraña por parte de Cogolludo que nos pinta á T-hoo como

abandonada; pues ¿á qué viene decir los *antiguos* habitantes de T-hoo al hablar de una poblacion que existia en términos de tener que destruir sus santuarios para arrancarle sus creencias? Antigua quiere decir que ya no existe, y en este caso, no habia para qué tomar medida alguna con respecto á un templo vacío.

Los templos y los palacios de Mérida estaban aún en pié, servidos por sacerdotes á quienes reverenciaban y seguian los indios aún despues de la llegada de los españoles; habia pues palacios y templos, pero de una dimension que no conviene en nada con las descripciones



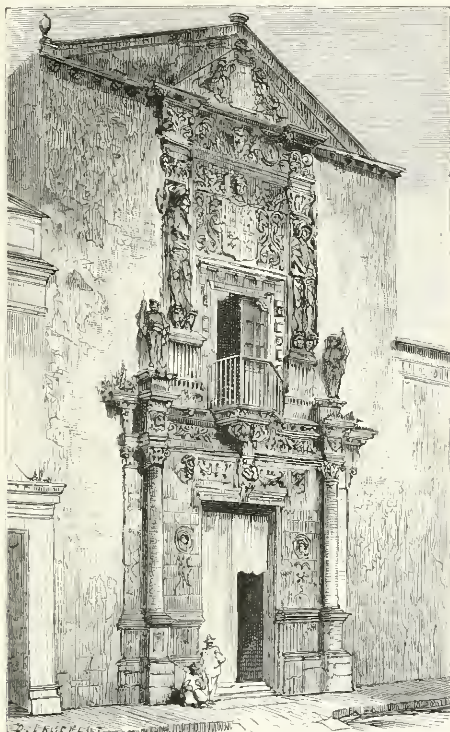
Plaza y casa consistorial de Mérida (De fotografía)

exageradas del abate Brasseur. En asuntos de arqueología es en los que más hay que desconfiar de la imaginacion; el buen sentido es el guía más seguro en ellos, y el amor de lo maravilloso será siempre el enemigo más temible de la razon humana.

Podemos dar un ejemplo fehaciente de ello: Landa nos traza el plano del edificio principal que se componia de cuatro alas de habitaciones construidas sobre pirámides, dejando en medio un patio oblongo parecido por su disposicion al palacio de las monjas que veremos en Uxmal, y por su arquitectura á uno de los palacios de Kabah, que tambien visitaremos. Ahora bien; las dos alas principales que eran las más grandes, contenian quince aposentos de doce piés de largo, lo cual da ciento ochenta piés; si se añaden cuarenta por el espesor de las paredes, tendremos doscientos veinte piés para el edificio entero. En el plano se asigna á las dos explanadas en que se asentaba el palacio una extension de ochenta piés más, lo que representa un total de trescientos piés para la explanada que sostenia el palacio; pero aquí la imaginacion del abate se inflama, y los trescientos piés se trasforman en tres mil para el conjunto del monumento; como se ve, un cero de más, pero que no deja de tener su importancia.

La ciudad de Mérida, construida con los materiales de la ciudad india, es, como todas las

fundadas por los españoles en el Nuevo Mundo, un gran tablero de damas formado de manzanas de edificios y estrechas callejuelas. En el centro hay una gran plaza, trasformada hoy en un *square* moderno, con su fuente sin agua, sus jardinillos muertos de sed y sus planteles de arbustos que darán sombra á las generaciones futuras. La he conocido ménos bonita, pero más pintoresca con sus grandes y umbrosas ceibas. Esta plaza tiene ciento veinte metros de



Casa de D. Francisco de Montejo (De fotografía)

lado; en ella está la casa consistorial, edificio de dos galerías superpuestas, parecido á todas las casas de Ayuntamiento de las colonias españolas, y enfrente de él la catedral. Esta no es una iglesia insignificante; ántes bien, es un verdadero monumento para una poblacion de 30,000 almas, que probablemente no tendria 10,000 cuando su construccion, y á mi juicio tiene tanto mayor mérito cuanto que data de larga fecha, de fines del siglo XVI, cuando los recursos de la colonia eran por demás modestos y se necesitaba de todo el fervor religioso de los habitantes para sufragar su excesivo coste. Terminado dicho edificio en 1598, costó seis millones de reales, cantidad que equivaldria hoy á más de treinta millones, y dudo mucho que, á pesar del ardor de los fieles y de la riqueza creciente de la provincia, se pudiera hoy consagrar semejante suma con tal objeto.

La fachada, que tiene 55 metros de anchura, se compone de un pabellon central, en el cual está la puerta principal, adornada con un pobre pórtico corintio, sobre el cual y á unos trein-

ta metros de altura, hay un gran arco de bóveda que sostiene una elegante galería; este pabellon está flanqueado de dos campanarios cuyos pisos entrantes, guarnecidos de balaustradas, forman un discreto contraste con la desnudez de la fachada.

La iglesia tiene ochenta y nueve metros de profundidad y su interior es grandioso; se compone de tres naves de bóvedas macizas, soportadas por doce columnas enormes en medio y por otras veinte de la misma dimension empotradas en las paredes. A los lados hay capillas, y todo el edificio se distingue por ese sello de solidez que caracterizaba á las obras de los conquistadores.

Al Sur de la plaza está la casa de Francisco de Montejo: esta casa, la más antigua de Mérida, es un recuerdo precioso de los primeros tiempos de la conquista, habiendo sido construida en 1549. Las columnas que adornan su portal sostienen dos soldados españoles, y á cada lado del balcon del primer piso unos caballeros armados de punta en blanco huellan dos figuras indias acurrucadas, personificando así la sumision de la raza. Esta fachada, con sus columnas, sus estatuas, sus mascarones, sus follajes y sus escudos, nos ofrece un ejemplo del estilo del Renacimiento en América; pero si la composicion es española, el trabajo es probablemente indio, porque en la época en que se construyó la casa, los españoles eran todavía poco numerosos; eran una banda de soldados y de aventureros, ninguno de los cuales hubiera consentido en rebajar su orgullo de conquistador hasta el extremo de trabajar como picapedrero. Por otra parte, tenian en los indios los trabajadores de que carecian, y los mayas que habian sembrado su patria de tantos monumentos notables, veíanse obligados á ejecutar todos los trabajos de construccion y de arquitectura, pasando aún hoy por ser los mejores albañiles de América.

Fuera de estos edificios, no se ve en la ciudad otra cosa sino una serie de casas bajas, compuestas de planta baja y azotea y cuyas paredes, llenas de rejas, carecen de arquitectura y de ornamentacion. Algunas tienen un piso, pero son las ménos. Sin embargo, si su exterior es triste y carece de interés para el viajero, por dentro están admirablemente acondicionadas, constando de grandes habitaciones bien ventiladas que dan á un patio rodeado de columnas, las cuales sostienen ligeros arcos moriscos, haciendo muy agradables estas mansiones. Dichos patios están adornados de flores y arbustos y palmeras cuyas elegantes copas salen por encima de las azoteas, rompiendo las líneas horizontales del panorama de la ciudad. La casa de don Alvaro Peon es un modelo en este género, siendo difícil encontrar nada más bonito que la galería del primer piso.

La animacion, el movimiento, la vida se concentran al rededor del mercado; en cualquier otra parte de la ciudad se nota una tristeza monacal; pero allí está el centro de los negocios y el asiento de las grandes casas de comercio: el mercado está siempre lleno de gente, y españoles, indios y mestizos, vestidos con trajes de variadas hechuras y colores, se confunden presentando un cuadro de los más pintorescos.

En las calles que afluyen al mercado se estacionan grupos de indias, sentadas en el suelo delante de sus canastas con frutas ó verduras, vendedoras de naranjas, chirimoyas y zapotes. Junto á ellas hay vendedores de zacate pregonando su mercancía; por aquí pasa un indio

cargado con grandes haces de ramaje llamado *ramon*, único alimento de las caballerías en un país que carece de yerba; por allá el cargador, el carbonero y los que llegan de su aldea llevando á cuestas una carga de cacharros. Las volantas se mezclan con otros carruajes de fabricacion moderna; pasa alguno que otro jinete, y las grandes carretas del interior tiradas por cinco mulas inundan la calzada con sus balas de henequen.

Cuando se penetra en el mercado, se experimenta cierta sorpresa y casi asombro. Aquella muchedumbre de mujeres con sus graciosos trajes de inmaculada blancura forma un cuadro por demás pintoresco; puestas de pié, alineadas en largas filas, con los hombros desnudos ó cubiertos con un rebozo tan blanco como la nieve, invitan al transeunte, silenciosas y sonrientes, á comprar los productos que tienen de muestra ante sí. Las hay de toda edad, bonitas y feas, pero el traje las favorece singularmente á todas. De aquella compacta multitud apénas sale un ruido, ni siquiera un murmullo; es una raza silenciosa y recogida, ó que ha enmudecido á causa de los tres siglos de opresion que ha soportado.

III

La raza maya.—Tipos.—Usos y costumbres mayas.—Pinturas y deformaciones.—Milpa.—Mujeres mestizas.—Viviendas.—Arrabales.

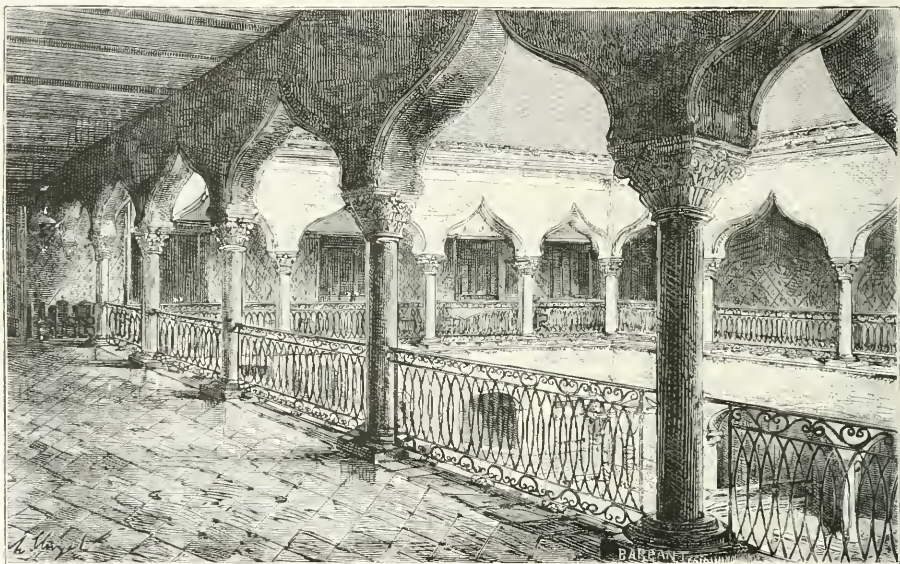
Dícese que la raza maya es de las más antiguas, áun cuando no se sabe nada acerca de su orígen: su idioma y su tipo la diferencian de los pueblos circunvecinos lo mismo que de los de las altas mesetas.

Tampoco es el maya afin del otomí de México ni del Piel roja de la América del Norte, lo cual echa por tierra la teoría que supone oriundos de una misma raza á todos los pueblos de entrambas Américas. Atribúyese á los mayas una civilizacion original que debió de extenderse, ya directamente, ó bien por intermedio de las tribus aliadas, á Guatemala, Chiapas y el Yucatan; pero esta hipótesis, adoptada por los partidarios de una remota antigüedad, es más bien cuestion de pura imaginacion, por cuanto no se basa en ninguna autoridad de peso. Segun la misma teoría, los monumentos y las ruinas que se encuentran en las provincias de la América del Centro pertenecen á la civilizacion maya, pero mis últimos descubrimientos me permiten sostener lo contrario. En efecto, sabemos, y todas las tradiciones así lo confirman, que los países aludidos fueron invadidos y civilizados por los toltecas á fines del siglo XI y principios del XII, y considerando que todos los documentos que se parecen deben pertenecer á una misma raza; que conocemos las dotes arquitectónicas y los instintos constructores del Toltec, y además, que la arquitectura y la ornamentacion de los edificios corresponden con las descripciones de los templos y palacios toltecas de las altas mesetas, que nos han dejado los historiadores, podemos asegurar con bastante certeza que en la América del Centro no hubo en realidad más civilizacion que la tolteca, y que si acaso hubo otras, no han dejado huella alguna de su paso, de suerte que nos cabe el derecho de negarlas.

Así pues, el tolteca debió hacer del maya lo que era, un hombre notable, puesto que le corresponde cierta parte en las manifestaciones artísticas de que está poblada la tierra yuca-

teca, puesto que constituia la nacionalidad más llena de vida, y puesto que resistió mejor y más largo tiempo que cualquier otro pueblo los esfuerzos de los conquistadores.

Tal cual es aún en la actualidad, y á pesar de tres siglos de yugo embrutecedor, el tipo maya se distingue entre todos. Por lo que á mí toca, me parece hermoso, y no creo que en las clases agrícolas de Europa se encuentren rostros más inteligentes ni gente de formas más regulares y proporcionadas. Los mayas tienen la cabeza redonda, los ojos negros, la mirada viva, la nariz recta, la boca y las orejas pequeñas, los dientes sanos é iguales (cosa rara, no se distinguen los caninos de los incisivos), la barba levantada, el busto ancho; son ortoñatos y braquicéfalos; tienen la tez morena rojiza, pero bastante clara, y los cabellos negros y recios.



Galería de la casa de D. Alvaro Peon en Mérida (De fotografía)

La organizacion social de los mayas se componia del rey, de los sacerdotes, de la nobleza, del pueblo y de los esclavos. Esta division en especies de castas indica sobradamente una conquista anterior.

El pueblo soportaba todas las cargas: las tierras pertenecian á la colectividad y cada indio cultivaba la que se le designaba; su manera de cultivarla era la que todavía está en uso, tanto es lo que la localidad influye en las costumbres. Como la península sólo presenta una superficie pedregosa en la que ningun arado podria abrir un surco, no inventaron los indígenas este instrumento de labranza, ni los españoles, que lo conocian, se valieron luégo de él; y no tan sólo la tierra era pedregosa, sino que estaba cubierta de bosque; así es que poco ántes de la estacion de las lluvias se hacian talas, quemábanse los árboles cortados cuando ya estaban secos, de modo que sus cenizas sirviesen de abono y de mantillo, y en seguida se agujereaba el terreno con un palo aguzado para meter en el agujero las semillas de maíz. A esto se lla-



Catedral de Mérida (De fotografía)

maba la milpa. Este cultivo primitivo necesitaba largos barbechos y se distribuian las tierras de modo que no se sembrara nada en ellas sino de cinco en cinco años; por consiguiente sólo se cultivaba la quinta parte del terreno disponible, y aunque los árboles crecian con rapidez, no pasaban nunca de formar más que humildes tallares. El producto de las cosechas se almacenaba, y luégo se repartia entre los habitantes con arreglo á las necesidades de cada familia.

El indio, no tan sólo estaba obligado á cultivar las tierras sino tambien á cazar, pescar, ir á la costa á recoger sal, y todo esto bajo la vigilancia de empleados designados á este efecto y que centralizaban todos los productos; las mujeres y las muchachas hilaban y tejian las telas; los reyes, los sacerdotes y los nobles vivian pues alegremente y disfrutando de distracciones y fiestas perpetuas; pero hacian la guerra, y el indio debia estar siempre pronto á seguir á sus señores.

Las guerras eran frecuentes y cortas; un solo combate decidia generalmente de la campaña, pero eran crueles, no se daba cuartel á los vencidos; se mataba, se saqueaba, y se destruia ó incendiaba todo cuanto no se podian llevar los vencedores. Esto basta para explicarnos la causa de haber tantas ciudades arruinadas y tantos monumentos nuevos que se erigian apénas terminada una guerra.

Cuando los indios emprendian una expedicion guerrera se pintarrajeaban el rostro, como solian otros muchos pueblos, y Bernal Diaz del Castillo que debia conocerlos bien, puesto que se batió muchas veces con ellos, nos dice que llevaban una coraza de algodon, la cual adoptaron en seguida los españoles que fueron á las órdenes de Cortés; iban armados de lanzas, escudos, hondas y grandes espadas de madera que parecian mandobles. En la cabeza llevaban penachos de vistosas plumas, y la cara pintada de blanco y negro, y á veces tambien de ocre rojo.

Cuando despues de la guerra regresaban á la ciudad, se borraban la pintura del rostro para sustituirla con otra indeleble, lo cual debia ser un privilegio de los guerreros y los nobles que de este modo conmemoraban perennemente sus proezas y se distinguian de las masas; y Cogolludo nos dice que se grababan en el cuerpo toda clase de dibujos y de figuras de animales, águilas, tigres, serpientes, etc. El guerrero novel empezaba por estamparse una ó dos de estas figuras simbólicas; pero cada nueva victoria requeria nueva inscripcion, por manera que el cuerpo de los héroes veteranos debia con el tiempo estar enteramente lleno de jeroglíficos. Idéntica costumbre se observa en la Nueva Zelanda y en otras islas del Pacífico.

El traje de la gente del pueblo era de los más sencillos, y tanto que sólo se componia del maxtli (en maya *nith-ó-ex*), pedazo de tela que reemplazaba á la primitiva hoja de parra y que debia bastarles dada la suavidad del clima. Un español llamado Aguilar, que pasó ocho años prisionero de los yucatecas, se acostumbró á esta desnudez de tal modo, que luégo no podia soportar el traje europeo.

Los niños iban desnudos hasta la edad de dos años, y las niñas, cosa rara, llevaban, como en Java, ceñido á la cintura un simple cordon del cual pendia una concha para velar su desnudez; el autor Landa, que menciona esta costumbre, añade que se tenia á gran pecado y

como accion indecorosa el quitarles esta concha ántes de su bautismo, que se celebraba entre los tres y doce años.

El traje de los individuos nobles de ambos sexos era rico y se componia de túnicas y mantos de algodon, teñidos ó bordados de grecas y dibujos de colores brillantes.

Los mayas llevaban el cabello largo, pero cortado á la altura de las cejas, á la usanza de los hijos de Eduardo; tenian poca barba y se la arrancaban, y los hijos de buenas casas y los petimetres de la época debian parecer bizcos, lo cual constituia una belleza: para ello las madres cuidaban de dejar un mechon de cabellos flotando sobre la nariz de sus hijos para que la vista de estos adquiriera la costumbre de fijarse en él: la historia de la moda es verdaderamente singular. Los mayas se agujereaban las orejas, los labios y la nariz para introducirse en ellos adornos de madera y de metal.

Practicaban asimismo la deformacion del cráneo siguiendo el ejemplo de los aztecas, de los totomacos, de los habitantes de Palenque y de los peruanos; pero esta costumbre distaba mucho de ser general, y sí más bien un privilegio otorgado á las familias nobles y á la clase sacerdotal, porque Torquemada nos dice en el libro XIV, capítulo XXIV, párrafo 23: «Por lo que toca á la costumbre de parecer feroces y disformes en las guerras, mandan á sus príncipes en algunas provincias que se modifiquen el rostro y la cabeza por industria de los comadrones y de las madres, haciéndoselas puntiagudas y largas (segun Hipócrates nos cuenta de los microcéfalos), y del propio modo estas gentes practicaban tales trasformaciones para parecer más belicosas y feroces.» Hablando de Tlaxcala, añade: «Algunos tienen la cabeza puntiaguda y la frente achatada; otros son como esos mexicanos y gentes del Perú que la tenian y tienen de mejor forma, algo parecida á la de un martillo ó á la de un navío, que es la más bella de todas.»

Landa dice á su vez: «Las mujeres criaban á sus hijos con toda la rudeza posible; apénas trascurrian cuatro ó cinco dias desde que la débil criatura habia venido al mundo, cuando la tendian sobre una camita hecha de varas y de cañas, y poniéndola boca abajo, le metian la cabeza entre dos tablas, úna contra la frente y otra sobre el occipucio, y las apretaban con fuerza hasta que al cabo de algunos dias la cabeza quedaba aplanada para siempre, siguiendo la costumbre.» Esta operacion era tan dolorosa y tan peligrosa para las criaturas que muchas de ellas corrian el riesgo de morir, habiendo visto el autor una á la que se le abrió la cabeza por detrás de las orejas, cosa que debia suceder muchas veces.

Esta costumbre nos ilustra acerca de algunos relieves de Palenque, en donde la casta sacerdotal habia adoptado dicha forma larga y puntiaguda que la distinguia de las clases vulgares, aunque la deformacion sólo se practicaba en la frente que de este modo resultaba muy ancha, y especialmente en los *tamenas*, indios conductores, porque así se adaptaba mejor á ella la correa de corteza con que sostenian los fardos que llevaban y facilitaba el trasporte.

En Teotihuacan he encontrado cráneos de tamenas por tal manera deformados, y las vasijas de la costa de Veracruz nos ofrecen un modelo perfecto de ellos.

El historiador moderno Eligio Ancona nos traza un cuadro tristísimo de la organizacion maya ántes de la conquista:

«Uno ó muchos príncipes que gobernaban cual monarcas absolutos; sacerdotes que ejercian en las conciencias un poder omnipotente; nobles que monopolizaban los empleos públicos; y la inmensa mayoría de la nacion dividida en dos castas: plebeyos, sobre los cuales pesaban todas las cargas para mantener á las clases privilegiadas, y esclavos sobre los que el amo ejercia el poder más tiránico.

»En política, la autocracia; en religion, el fanatismo; una civilizacion imperfecta concen-



Indias vendedoras de frutas, en Mérida (De fotografía)

trada en el sacerdocio; la ignorancia y la degradacion en las masas; el hombre vendido en los mercados y sacrificado en los altares; la mujer excluida de la sociedad lo propio que de la familia, y predominando sobre todo, la ambicion turbulenta de los caciques que ensangrentaba un dia y otro dia y con cualquier pretexto el suelo de la patria.»

Y sin embargo, esta pequeña nacion prosperaba, su poblacion era muy densa y los monumentos atestiguan que las artes florecian en ella. ¿Qué le llevaron pues los españoles? ¿Aliviaron su miseria, hicieron menor su ignorancia y ménos odiosos sus vicios? El Yucatan, ántes de la conquista, contaba millones de indios; hoy apénas quedan cien mil, más miserables y degradados que nunca. Y es que todo pueblo no tiene otra religion sino la que merece ni más dioses que los que ha sabido darse; es que cada civilizacion ha sido hecha para el pueblo y para el individuo que pasa por ella, que puede desarrollarse en ella entre instituciones y costumbres en armonía con su temperamento, al paso que las instituciones nuevas pueden sumirle en la estolidez y en la desesperacion.

Pasemos á ocuparnos de las mujeres mestizas, que son uno de los atractivos de Mérida y que prestan á las ciudades yucatecas un sello particular de originalidad. Formando casta aparte esas criaturas de condicion indefinible, parece que adoptan con indiferencia el estado de inferioridad que la suerte les ha deparado, pero del cual se saben vengar auxiliadas por la simpatía que inspiran. Todas parecen bonitas, y si en realidad no lo son, siempre seducen, lo cual depende en gran parte de su traje elegante. Este consiste en una túnica muy ancha,



Una calle de Mérida (De fotografía)

de mangas cortas, con descote cuadrado que deja descubiertos del modo más decente del mundo el pecho y la espalda: esta túnica, llamada *uipile*, está orlada arriba y abajo de bordados encarnados, verdes ó azules, figurando hojas, flores ó pájaros, así como la falda, el *fustan*, terminada en ricos volantes de encaje. Llevan sus negros y hermosos cabellos reunidos en dos gruesas trenzas y atravesados por una flecha de plata; los dedos cargados de sortijas, y al pecho grandes cadenas de oro, que constituye toda su fortuna.

En los dias de fiesta y en las reuniones públicas, estas mujeres ofrecen el espectáculo más variado y vistoso que verse pueda con sus trajes multicolores.

Las familias mestizas viven en los arrabales en casitas oblongas con techumbre de paja, y cuyas paredes suelen estar adornadas exteriormente de rombos incrustados de piedrecitas que marcan los puntos de union de las líneas. Esta clase de cabaña debe ser una reminiscencia de la antigua vivienda maya, y su ornamentacion nos recuerda las esculturas de los viejos

palacios. Su mueblaje se reduce á la hamaca, uno ó dos cofres para guardar los vestidos de los dias de fiesta, y una butaca de cuero y de respaldo bajo.

Dichos arrabales son verdaderos bosques, y cada vecino ocupa un espacio de terreno de un décimo de hectárea plantado de ese árbol llamado *ramon* cuya hoja sirve de forraje para las caballerías.

IV

La vida en Mérida.—Iglesias y campanas.—El yucateca.—Sociabilidad.—Banquete.—Espíritu de empresa, é instintos económicos. —Ferrocarril.—Ascorra.—Una flor monstruosa.—Acanceh.—Pirámides ruinosas.

La vida en Mérida es puramente doméstica; las señoras salen poco; rara vez se las ve en esas calles sucias, sin alcantarillado, llenas de baches, fangosas en tiempo de lluvias, y por las cuales tampoco las permiten circular los implacables rayos del sol. Su única distraccion es ir á la iglesia y pasear en carruaje de cinco á seis de la tarde, de cuya costumbre se aprovechan los cocheros para duplicar á esta hora sus precios. En la iglesia empiezan las misas de tres á cuatro de la mañana echando á vuelo las campanas. Parecióme la hora bastante inoportuna, y cualquier viajero cansado habria tenido, como yo, por intempestivo semejante celo.

Hallábame durmiendo profundamente, cuando estalló de pronto aquel campaneo infernal; las campanas enviaban á todos los puntos del horizonte sus clamorosos é inaguantables ecos; creí que habia ocurrido un incendio, una conflagracion general, que la ciudad estaba ardiendo; así es que salté sobresaltado del lecho. Pero todo se reducia á tocar á misa: confieso que prefiero la voz del muezzín musulman.

Y si al ménos aquellas campanas hubieran tenido un sonido agradable ó armónico, si siquiera las hubiera tocado bien el campanero!.. Pero no es posible imaginar cacofonía como aquella; únicamente una cencerrada de cacerolas rajadas, de calderos viejos y de sartenes remendadas seria capaz de producir el espantoso concierto que todas las mañanas me despertaba alarmado. ¡Oh meridenses! Cambiad vuestras campanas ó por favor no las toqueis.

El espíritu de sociabilidad parece muy desarrollado en Mérida; allí hay reuniones literarias, bailes, conciertos, teatro, periódicos y revistas, roce, cambio de ideas, movimiento intelectual; y dos historiadores, Eligio Ancona y el canónigo Crescencio Ancona, hacen revivir las proezas de la conquista, las miserias de los primeros colonos, las peripecias de las discordias intestinas y los sangrientos episodios de la guerra social. La juventud es ardiente, estudiosa, inteligente y arrojada.

Los yucatecas, que acogen benévolamente al hombre de ciencia, me ofrecieron sus servicios con inalterable solicitud, y hasta nos dieron, á M. Agassiz y á mí, un banquete semioficial, organizado bajo la presidencia del cónsul norte-americano M. Aymé, y en el que se brindó por los arqueólogos, por Francia y por el Yucatan. Por mi parte aprovecho esta ocasion para reiterar mi gratitud á los Sres. Canton, Cazares, Hubé, Alvaro Peon y Crescencio Ancona. El museo del Trocadero es deudor al excelente canónigo de un maravilloso cetro de obsidiana que recordará en Paris el nombre del donador.

Los yucatecas no son tan sólo empleados del Estado, como los mexicanos de las tierras altas, sino que tambien se ocupan de negocios, y son los amos en su país, al contrario de lo que sucede en otros muchos, que se dejan á merced de los extranjeros. Son una raza aparte, formada á fuerza de rudas pruebas; raza jóven y vivaz á la que el clima no ha hecho degenerar sino un tanto en la estatura y en el progresivo desarrollo del elemento femenino. Se le podria censurar por su excesivo afan de lucro, que le induce á considerar al extranjero como materia explotable. Tengo mis motivos para hacer esta aseveracion, y entre otros ejemplos presentaré el siguiente, si bien callando el nombre del culpable, porque este relato es un estudio y no una recriminacion.

Buscaba una casa por alquilar en compañía del cónsul americano, que miéntras adquiria informes al efecto me iba presentando á sus numerosos amigos. En todas partes nos dispensaban la más lisonjera acogida, se deshacian en cumplidos, nos manifestaban su pesar por no poder complacernos en aquel caso, etc., cuando una persona de las más expresivas, un periodista, nos dijo: «Tengo lo que Vdes. buscan: en tal calle y tal número tengo una casa cuya llave es esta: veánla Vdes. y si les conviene se pueden quedar con ella.» Fuímos á verla, pero no nos convino, y pasamos á casa de su dueño para decirle que no nos la quedábamos. Pero el cónsul Aymé se olvidó de llevar la llave y no la entregó hasta cinco dias despues, disculpándose de no haberlo hecho ántes.

—No importa, respondió nuestro amigo; sólo me debe V. treinta pesetas.

—Pero ¿por qué? preguntó Aymé.

—¿Cómo por qué? Ha tenido V. la llave cinco dias; luégo cinco dias, á razon de seis pesetas, suman treinta pesetas. La cosa me parece muy sencilla.

Era efectivamente muy sencilla, y tuvimos que pagar, pero exigiendo un recibo á aquel propietario empedernido.

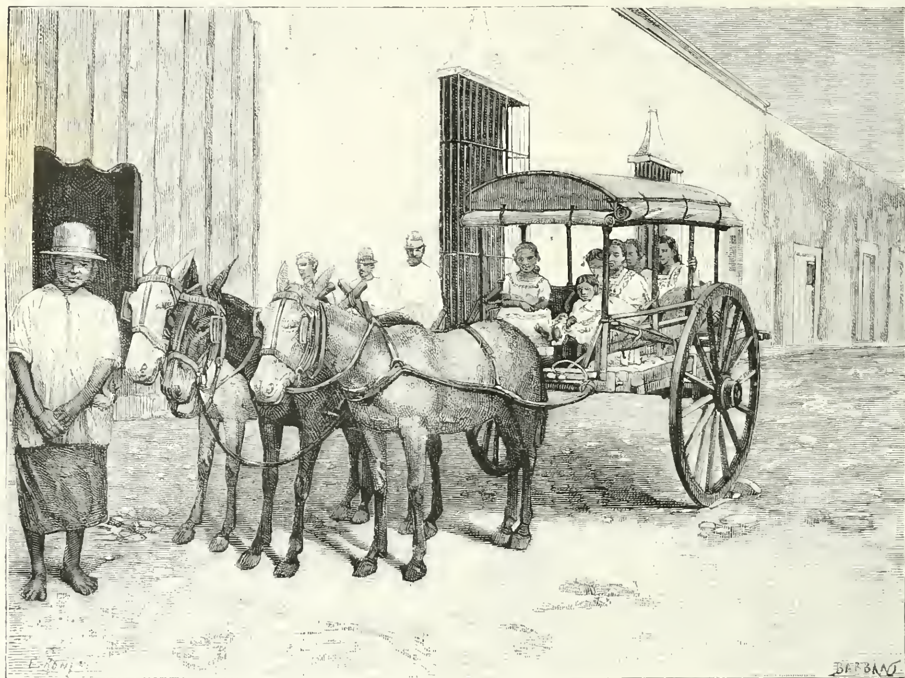
En suma, el yucateca quiere ser dueño de su casa, y no tan sólo dirige sus negocios, sino que tambien tiene empeño en que sus vías férreas, cuatro líneas que llevarán la vida y la prosperidad á toda la península, sean obra suya y le pertenezcan en absoluto. Más emprendedor, más altivo ó más patriota que sus hermanos de las tierras altas, no ha solicitado el dinero norte-americano, y si por contar únicamente con sus modestos recursos, las obras marchan despacio, tendrá el legítimo orgullo de no deber nada á nadie.

No deja en verdad de ser conmovedor y grandioso el ver á ese pequeño pueblo, tanto y tan rudamente afligido por la guerra social, y que en sus mortales angustias dirigia en vano al universo lamentos desesperados, reconstituirse, desarrollar su produccion y salir vencedor de tan formidables pruebas. Y es que, en contra de lo que sucede á sus pródigos vecinos, tiene el amor del trabajo y de la economía, esa virtud de los pueblos prudentes, que le inculcaron la dificilísima conquista de su nueva patria, la pobreza relativa del suelo, la carencia de riquezas mineras y esa guerra de exterminio que le puso á dos pasos de su ruina.

Podríamos narrar su historia que es la más dramática de cuantas conozco; pero me limitaré á recordar que los levantamientos indios iniciados en 1761, estallaron en formidable insurreccion en 1846 para continuar hasta nuestros dias. Hoy esta guerra está casi terminada,

el salvaje retrocede ante la civilizacion, y cada kilómetro de ferrocarril construido en su direccion le rechaza instintivamente otros tantos kilómetros.

En los alrededores de Mérida se agrupan la mayor parte de las haciendas, siendo una de las más hermosas la de Ascorra situada á tres kilómetros de la ciudad. Tres norias, dos de ellas movidas por mulas, y la tercera provista de una bomba puesta en accion por un molino de viento, dan el agua necesaria para el riego del jardin y de los plantíos. La casa es magnífica, está rodeada de galerías cubiertas de plantas trepadoras y como perdida entre flores,



La volanta (De fotografía)

arbustos y palmeras. Los estanques están poblados de patos de Berbería y mandarines, cisnes y flamencos, y por todas partes cruzan pequeñas acequias que mantienen la frescura.

Allí ví por primera vez una flor asombrosa; es la de un bejuco, flor monstruosa de 45 centímetros de longitud por 25 de anchura, con un filamento de 60 centímetros lo cual le da más de un metro: por detrás es de color verdoso, y por dentro parece una tela de percal, con dibujos encarnados estampados sobre fondo blanco. El fondo del cáliz, muy ancho, es aterciopelado de rojo con una guarnicion de pelos tendidos. Esta flor semeja, ántes de abrirse, una palmípeda flotando en el agua, por lo cual se le da en Mérida el nombre de *flor de pato:* podria compararse más bien á una inmensa aristoloquia. Este bejuco no es yucateca; segun creo, se le importó de las Antillas, y la flor se parece por sus tintas y sus dimensiones á las raflesias de Sumatra. Pero no hay nada completo en este mundo: esa flor fenomenal, esa

maravilla ante la cual M. Agassiz y yo nos quedamos estupefactos, exhala un olor repugnante y tan insoportable despues de abierta, que su dueño tiene que mandarlas arrancar.

A fuerza de barrenos y de voladuras de rocas se ha podido crear este hermoso jardin; las obras prosiguen y M. Agassiz ha podido estudiar el terreno pedregoso en aquella cantera abierta, reconociendo que la caliza yucateca, formada de restos de conchas, de corales y de arena fina, pertenece á la época terciaria más moderna y es enteramente semejante á las rocas de la Florida, las más modernas de las cuales están aún en vías de formacion.

Al otro dia fuímos á Acanceh, pueblo situado al sudeste de Mérida. Tomamos la vía férrea de Peto, cuyo director, el Sr. Canton, tuvo á bien hacernos los honores: esta línea tiene diez y ocho kilómetros en explotacion. Nos apeamos á la mitad del camino, en la hacienda de Tepich, para presenciar la fabricacion del henequen.

El henequen es esa hebra brillante, sacada de una especie de pita de hojas estrechas y largas, cuyo producto forma la principal riqueza del Yucatan. La planta, de cultivo bastante fácil, puesto que basta limpiar el terreno, pero peligrosa para el indio á causa de las puntas aceradas de que están armadas las hojas, no puede explotarse sino cuando tiene cinco años. Entónces se arrancan unas veinticinco hojas de cada planta, que dan por término medio de dos á tres libras de hilo; y como el henequen dura quince años, puede dar de cuarenta á cincuenta libras. El hilo se vende á veinticinco céntimos la libra; por consiguiente cada planta da una utilidad de diez á doce pesetas cincuenta céntimos. El Yucatan exporta hoy por valor de quince millones de pesetas.

En la hacienda que visitamos hay una máquina de vapor que pone en movimiento seis ruedas de hierro guarnecidas de placas del mismo metal colocadas horizontalmente; estas ruedas, que tienen una cubierta, rozan con un apoyo sólido puesto oblicuamente, y por una abertura dejada á este fin, el indio situado delante de cada rueda introduce las hojas de pita que, cogida entre las placas de hierro y el apoyo, quedan comprimidas, estrujadas, despojadas de su parénquima, dejando únicamente en manos del obrero un haz de fibras perfectamente limpias. Este sistema, que constituye un gran adelanto sobre el pasado, es sin embargo, incompleto; todavía se pierde un diez por ciento de hebra ó sean un millon quinientos mil francos en un producto de quince millones, por lo cual se han ofrecido considerables gratificaciones á los que inventen una máquina mejor.

Pero por más que haga, y á pesar de la demanda siempre creciente de henequen, el yucateca no puede producir mayor cantidad, porque en el país faltan brazos; su patria es un desierto al que debe atraer, ya que no la emigracion que no acudirá, al trabajador de contrata, al cooli, al malabar que se aclimataria pronto, y que unido con la mestiza ó con la india, daria una raza magnífica.

Acanceh, á donde llegamos, significa en maya lamento de ciervo, de *acan*, lamento, gemido, y *ceh*, ciervo. Este punto debió ser en otro tiempo un centro populoso, porque todavía subsisten alrededor de la plaza tres grandes pirámides, bases de antiguos templos. En una de ellas, explotada como cantera para las necesidades de la estacion, se han encontrado hermosos materiales perfectamente esculpidos y semejantes á los empleados en Uxmal, muchas

piececitas funerarias con restos humanos, hermosas obsidianas de las cuales poseo un cetro magnífico y vasijas enteramente iguales á las que descubrí en San Juan de Teotihuacan. Conexiones y semejanzas son estas que veremos multiplicarse entre los vestigios del Yucatan y los de las tierras altas.

V

Marcha á Aké.—Exploracion en familia.—Tixpeual y Tixcocob.—Hacienda de un misántropo.—Ekmul.—Aké.—La vivienda.—Un cocinero chino.—El cenote.

De regreso en Mérida, organizamos nuestra expedicion á Aké: fué una verdadera exploracion en familia, porque Luis Aymé, el cónsul americano de Mérida, que se dedica á la arqueología, quiso acompañarme y servirme de guía por haber visitado ya muchas veces las ruinas; pero su esposa, encantadora americana, no vino en ello sino con la condicion de seguir á su marido, y como Shuty no podia quedar sola en la casa, hubo tambien que llevarla! Shuty era la favorita de la señora, una perrita muy mona, de largas lanas. Con mi secretario y mi criado éramos seis: necesitábamos dos coches. ¡Qué remordimientos debia de excitar más adelante en el alma de Mad. Aymé y en la cabeza ligera de Shuty esta corta expedicion.

Aké es una hacienda de D. Alvaro Peon, á quien fuí á ver á fin de pedirle permiso para visitar las ruinas así como una recomendacion para su mayordomo. Don Alvaro se mostró muy atento, y no tan sólo me dió la recomendacion, sino que envió á su criado chino con provisiones para que no careciésemos de nada. Era una sorpresa que no esperábamos, y emprendimos la marcha con gran cantidad de víveres que nos fueron de todo punto innecesarios.

Para viajar por el interior de la península se puede escoger uno de dos medios de locomocion: ó la gran carretela, especie de diligencia que todo el mundo conoce, ó la *volanta*, el vehículo nacional, por el cual nos decidimos.

Este carruaje es enteramente de madera, ménos el eje de las ruedas. Consiste en una caja oblonga suspendida sobre dos muelles de cuero encima de un tren macizo y pesado; sobre ella hay tendida una red de cuerda con un delgado colchon que tiene por objeto amortiguar el efecto de los baches del camino. En la delantera se coloca el cochero, y en la zaga se pone el equipaje, y además debajo de la susodicha red se cuelga una porcion de utensilios. Cuando en la volanta va una sola persona, se tiende á sus anchas en el colchon, siendo esta la posicion generalmente adoptada; pero si van tres, han de sentarse á la turca para ocupar ménos sitio, lo cual produce á los novicios, al cabo de algun tiempo, dolorosos calambres. Los naturales se amontonan en dicho vehículo hasta en número de seis ú ocho, sin que me sea fácil explicar cómo se arreglan para ello.

Aunque la caja va perfectamente suspendida, se zarandea de un modo violento; y cuando el cochero está algo bebido y lanza sus tres mulas á galope por los pedregosos caminos del país, la volanta sufre tales sacudidas que los viajeros, arrojados unos sobre otros, chocan entre sí y se mezclan en confuso monton. Aparte de esto, no se corre peligro alguno, siendo lo más asombroso que no se rompe nada, y en mis muchos viajes sólo he volcado una vez.

Aké está á diez leguas al Este de Mérida. Tomamos el camino de Izamal, y atravesando inmensos campos de pita, dejamos á la derecha dos lomas cubiertas de ruinas y llegamos al

pueblo de Tixpeual, donde los españoles hubieron de sostener un combate á su llegada en 1541. Es tan miserable el aspecto de la poblacion, hay tantos casuchos ruinosos con lienzos de pared ennegrecidos por el fuego, que parece haberse dado ayer la batalla; lo cual consiste en que los insurrectos de 1848 llegaron hasta las puertas de Mérida y entregaron Tixpeual á las llamas. Fuera de esto, el país, con sus escasas aldeas de cabañas cuarteadas, sus caminos desiertos y su menguada vegetacion, parece impregnado de indecible melancolía.

Tres leguas más allá, algunos bosquecillos de palmeras nos indican que estamos cerca de Tixcocob, cuya poblacion entera se dedica á la fabricacion de hamacas. En cada cabaña abierta se ven las redes tendidas, blancas, azules, amarillas, encarnadas y de colores mezclados; estas hamacas, únicos lechos adoptados por los indios, son las más baratas y las más comunes de cuantas se hacen; se venden de tres á cinco pesetas, y las más hermosas proceden de las cercanías de Valladolid.

Tomamos chocolate en Tixcocob, y en seguida dejamos á la derecha la carreterra y nos metemos por un camino de travesía, en el que trabamos íntimo y desagradable conocimiento con la volanta. Las rocas son escabrosas, los baches inmensos, y danzamos como títeres. A la izquierda vemos una hacienda pobre y abandonada, de apariencia tan miserable como las cabañas indias que la rodean: fué en otro tiempo la morada próspera de un hombre rico, amado, feliz; el soplo del infortunio pasó sobre la vida de este hombre, y el que se lo habia otorgado todo se lo quitó todo en un dia. Su mujer, á quien adoraba, le abandonó, y tuvo criados y amigos desleales que le arruinaron. Pero el desdichado no tuvo la gran resignacion de Job; no bendijo la mano que le habia afligido; se sublevó, maldijo de los hombres, se tornó misántropo, y hacia diez y siete años que vivia solo, en medio de sus indios, sin relacion alguna con el mundo y sin querer ver á nadie.

Llega la noche, atravesamos la aldehuela de Ekmul y llegamos á Aké.

Habia sonado la hora de la queda; las chozas indias, perdidas en una oscuridad profunda, sólo se divisaban á los ténues resplandores de las luces moribundas; los negros contornos de las pirámides se destacaban sobre el color azul oscuro del firmamento, y reinaba un silencio de muerte, únicamente interrumpido por los chirridos y traqueteos de la volanta. Encontramos atrancada la puerta de la hacienda, pues ya no nos aguardaban. El mayordomo acudió al oir los ladridos de los perros; mandó quitar los grandes maderos que atrancaban la puerta, y al poco rato estábamos instalados y dormíamos en la desmantelada sala de la vivienda.

Aké es un potrero, y no habian dejado de advertirnos que donde quiera que hay bueyes abundan las garrapatas, por lo cual habíamos tomado las precauciones más minuciosas, porque este asqueroso animal es el insecto más temible de cuantos conozco. Los hombres usábamos, además de los calzoncillos bien cerrados, pantalones de cutí metidos en altas botas, blusas ceñidas con cinturones y mangas abrochadas, en una palabra, toda la ropa herméticamente cerrada. Mad. Aymé, con su elegante traje de bloomeriste, parecia desafiar á los intrusos; pero Shuty, la vivaracha Shuty, no tenia nada que la defendiera. Y á la verdad, ¿para qué debian servir tantas precauciones sino para meter mejor al lobo en el redil? La garrapata en ayunas no conoce obstáculos; más delgada que el papel, imperceptible cuando

jóven, penetra por todas partes y se cuela sin esfuerzo por invisibles hendiduras, como así lo conocimos á costa nuestra.

Partimos en busca del *cenote* y Shuty delante de todos dando alegres saltos. ¿Qué es un cenote?

Si el Yucatan no tiene rios ni riachuelos, presenta en cambio un curioso fenómeno, que consiste en una dilatada capa de agua subterránea con corrientes indeterminadas, capa tanto más apartada de la superficie cuanto más densa es la costra caliza; muy inmediata cerca de la costa, se halla á gran distancia en el interior. Llámanse cenotes las depresiones gracias á las cuales se llega á la capa de agua á cielo descubierto ó por galerías profundas.

Cuando la capa de agua circula á escasa profundidad, y sólo ha corroido la corteza caliza por una de sus partes, resulta una depresion ó hundimiento irregular que produce una caverna abierta en toda su anchura. Si la capa caliza es de regular espesor y la de agua tiene una corriente bien determinada, corroe regularmente el terreno en un espacio que se redondea por lo general, y la bóveda, careciendo entónces de sostén, se derrumba, formando un inmenso pozo á cielo descubierto como los cenotes de Chichen-Itza; si por el contrario, la capa caliza es muy gruesa, la corriente no desmorona más que sus partes blandas, cayendo solamente una porcion de aquella y dejando á veces una angosta abertura en la parte superior, de lo cual resulta entónces una gruta verdadera llena de estalactitas y estalagmitas, como en Sacalun y en Valladolid; ó por último, en las grandes capas el cenote presenta la forma de un inmenso subterráneo, como en Bolonchem. Así pues, el cenote ofrece todos los accidentes producidos por el agua en una capa friable.

Es de advertir que todos los centros civilizados del Yucatan se han formado alrededor de estos depósitos naturales, porque en un principio los civilizadores probablemente no tenian medios de abrir pozos ó cisternas, ni de construir depósitos artificiales como andando el tiempo los construyeron en Uxmal.

El cenote de Aké pertenece á la primera clase de estos fenómenos; forma como una inmensa arcada de curva ligera á la cual prestan los accidentes de las rocas un aspecto pintoresco y grandioso. En el fondo, á unos veinte piés debajo de la bóveda y á treinta de la superficie del suelo, hay un gran estanque de agua límpida y fresca, en la que se agita una muchedumbre de pececillos de diez centímetros de largo, miéntras que una nube de golondrinas recorre la gruta en todas direcciones llenando sus ámbitos de alegres gritos.

Desde el cenote pasamos á las ruinas, que nuestros hombres se ocupan en limpiar de la vegetacion que las inunda, y observo en ellas la misma circunstancia curiosa que habia echado de ver en Palenque con respecto á la formacion y al número de círculos concéntricos en los árboles. Aquí, como en Palenque, no era posible equivocarse, porque seis meses ántes de nuestra visita el Sr. Peon habia mandado despejar la pirámide grande, cubierta nuevamente de espesos matorrales, y en muchos de los troncos recientes que cortaban nuestros indios conté de seis á ocho círculos concéntricos.

Miéntras los indios terminaban su tarea, recorríamos los bosques en busca de ruinas, rozando sin gran desconfianza las ramas traidoras de los árboles, pero cociéndonos literal-

mente dentro de nuestros trajes cerrados. Aún no habia difundido la alarma en nosotros ninguna sensacion inusitada, ninguna comezon desagradable. Shuty fué la primera en presentar síntomas de un estado anormal; al salir del cenote habia dado muestras de inquietud; se detenia de pronto mordiscándose las patas ó dando saltos repentinos; sin embargo, alegre y vivaracha siempre, proseguia su camino ladrando y correteando. Cuando empezamos á atravesar mayores espesuras, la alegría, ya facticia, de Shuty, se trocó en angustia; sus gritos de contento convirtiéronse en aullidos; se mordia con rabia, se revolcaba en la yerba despidiendo plañideros alaridos, tantos y de tal modo que su ama la cogió en brazos; el cuerpo del pobre animalito no era más que un hormiguero de garrapatas, las cuales tambien nos habian invadido á nosotros. Por fortuna encontramos un magnífico almuerzo que nos habia preparado el cocinero chino de D. Alvaro, pero no nos sentamos á la mesa sino despues de mudarnos de traje y de examinar cada cual detenidamente su cuerpo en la soledad de su gabinete. Mad. Aymé y Shuty se quedaron en su habitacion, decididas ambas á no arrostrar más los peligros de otra exploracion.

VI

Las ruinas de Aké.—Rectificacion histórica.—Pirámide pequeña.—El tlachtli.—La galería grande.—Conjunto y detalles.—Teoría extraña.—El picote.—Diferentes épocas de la civilizacion yucateca.

Las ruinas de Aké son casi desconocidas. Stephens, el explorador americano, sólo habla de ellas incidentalmente en su amena relacion de viaje. Califica de colosal á la galería grande; el conjunto del palacio le parece ciclópeo, y las ruinas más antiguas que las otras; y añade, refiriéndose á Cogolludo, que los españoles llegaron en su marcha á una ciudad llamada Aké, donde tuvieron que luchar con una multitud de indios. Stephens se equivoca, porque si hubiese leido mejor la obra de Cogolludo, habria comprendido que la ciudad de que habla el historiador no era la que él habia visitado. La situacion de la ciudad de Aké de que se trata la coloca enteramente fuera de la marcha de los españoles.

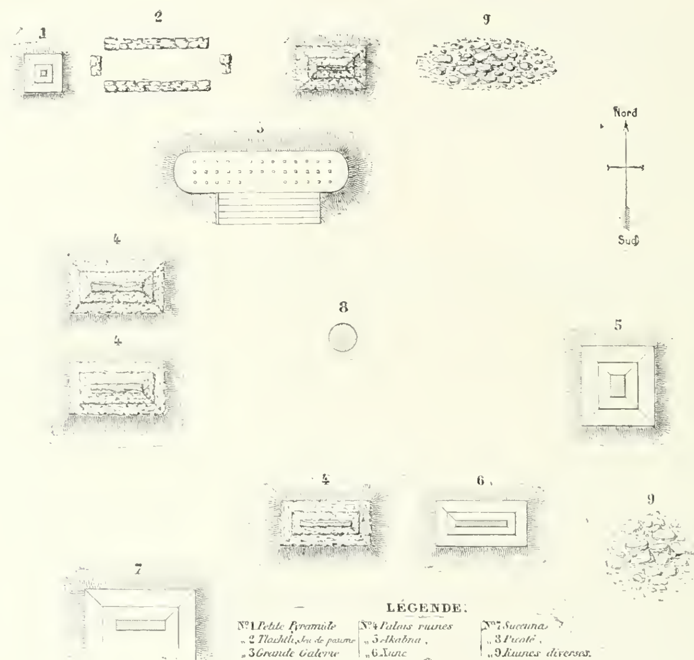
Francisco de Montejo desembarcó efectivamente en la costa oriental del Yucatan, frente por frente de la isla de Cozumel; avanzaba pues de Este á Oeste, cruzaba por Koba, ciudad llena de monumentos que existen aún á ocho leguas de Valladolid, y llegaba á un punto llamado *Ce-Aké*, donde tuvo que trabar sangrientas batallas. De allí pasó á Chichen-Itza, en donde residió dos años. Esto ocurria cuando su primera expedicion en 1527, y el Ce-Aké á que se refiere se hallaba por consiguiente á unas treinta y cinco leguas al Este de las ruinas de Aké, de las que vamos á hablar.

Aké fué sin duda alguna centro de una gran poblacion; en el espacio de un kilómetro cuadrado hay diseminadas de quince á veinte pirámides de todas dimensiones coronadas de palacios derrumbados. Las más importantes parecen agrupadas rectangularmente, rodeando un anchuroso patio bien aplanado, en medio del cual se ve una gran piedra llamada *picote* por los indios. Era la piedra del castigo, que existe en Uxmal y en otros sitios, y que existia en todos los pueblos indios ántes y despues de la conquista; pues un anciano habitante de Tenosiqué me aseguraba haber visto dicha piedra en medio de la plaza aún no hace treinta

años. El indio culpable era atado desnudo al picote, y allí le descargaban el número de palos que merecia la falta cometida.

He observado la misma costumbre en Tumbala, aldea india situada en el camino de Palenque á San Cristóbal. Segun la usanza india, el castigo lavaba y lava aún hoy la falta, y he visto indios que, á trueque de tener la conciencia tranquila, reclamaban un correctivo que nadie trataba de infligirles.

Examinando el plano incorrecto que incluimos á continuacion, se comprenderá mejor la descripcion que vamos á hacer de las ruinas.



Plano de las ruinas de Aké

Al Noroeste, número 1, hay una pirámide de dos pisos, formada de grandes pedruscos sin argamasa, de unos cuarenta piés de altura y terminada en una pequeña habitacion cuya techumbre se ha derrumbado, pero cuyas paredes subsisten en parte en pié. Aquí reconozco el mismo modo de construir que en Tula, en Teotihuacan, y en Palenque y que veremos en las demás ciudades yucatecas lo propio que en el país de los lacandones.

Consignemos de paso que, en Palenque lo mismo que en Aké, las pirámides con explanadas están construidas con piedras más pequeñas, es cierto, pero puestas en seco ó pareciendo haberlo estado á causa de la caida del cimento que revestia sus superficies. Mis investigaciones me permitirán observar aquí el mismo procedimiento.

Este monumento número 1 y la habitacion que lo remata y cuyas pequeñas dimensiones no dan lugar á suponer que fuese un palacio ni siquiera una vivienda, tampoco puede haber

sido un templo, y estoy tanto más autorizado para creerlo así cuanto que parece formar parte del monumento número 2, al cual está muy inmediato, dominándolo.

Este segundo monumento recuerda exactamente, por su disposicion rectangular, los edificios del mismo género que he visto en Tula y en Teotihuacan, designados con el nombre de ciudadela, y que no eran otra cosa sino el famoso Tlachtli, el juego de pelota, el juego nacional de que nos hablan todos los historiadores y que los toltecas llevaron á Tabasco y al Yucatan. Y en efecto, volvimos á verlo, mejor conservado, en Uxmal y en Chichen-Itza. Es pues muy probable que ántes de dar principio á los juegos se hiciesen en aquel pequeño templo ceremonias preparatorias.



Pirámide en Aké. (De fotografía)

El número 3 es un monumento que ha dado motivo para muchas conjeturas. Esa larga pirámide y el extraño edificio en que termina causan verdaderamente asombro. Su apariencia extraordinaria, la magnitud de su escalera, esa arquitectura desconocida que rompe con el estilo habitual de los monumentos yucatecas, todo parece trasportarnos á un mundo nuevo, hallándome un tanto desorientado al ver mi teoría destruida y mis tradiciones sin valer.

Al llegar aquí copio mis notas de viaje. ¿Me hallaba en presencia de otra civilizacion, ó simplemente de un edificio especial perteneciente á época más remota? Si se parte de un principio verdadero, todo se relaciona, enlaza, encadena y armoniza; no hay más que seguirlo, y se lee la historia como en un libro abierto.

Este monumento extraño se componia de treinta y seis pilares (quedan veintinueve), elevados en la meseta de una larga pirámide de seis metros de altura. Se sube á la cúspide de la pirámide por una gigantesca escalinata, formada de piedras sin labrar de $1^m,50$ á 2^m de largo por un grueso que varía entre 30 y 40 centímetros. Los pilares tenian una altura media de $4^m,75$, á juzgar por los más altos y completos; se componen de diez piedras de $1^m,20$ de lado cada una, pero de diferente grueso que varía entre 40 y 50 centímetros.

Se me aseguraba que todo se habia construido con piedra sola y que en Aké no habia

argamasa ni cimento. Primer error, porque se observa una cosa, y es que los constructores tallaban con cuidado la superficie exterior de las piedras que constituian el pilar, pero que dejaban sin labrar las superficies interiores, que, no adaptándose exactamente unas sobre otras, dejaban entre sí huecos ó instersticios de 2 á 10 centímetros, y por consiguiente tenian que llenarlos con fragmentos de roca que encontramos, y debian igualar el conjunto con cimento ó argamasa.



Pilares de la gran galería de Aké. (De fotografía)

M. Aymé, el cónsul norte-americano de Mérida, que me acompaña y que es un explorador amigo de lo maravilloso, sostiene que no, y que nadie ha encontrado jamás nada semejante. Como la argamasa ha desaparecido, no puedo afirmar nada y aguardo que algun descubrimiento me dé la razon. Estos treinta y seis pilares, colocados en tres líneas paralelas, forman un rectángulo, y la explanada en que se hallan tiene $65^{m}40$ de longitud por $14^{m},70$ de anchura; la pirámide, de extremos redondeados como una de las de Izamal llamada Hupictoc, está orientada al Sudeste, y la escalera al Sur. Los pilares distan entre sí, en el sentido de la longitud, $4^{m},30$ y su separacion en el de la anchura es de $3^{m},20$.

Ahora bien ¿qué objeto tenia esta rara construccion? ¿Era una galería cubierta? En la meseta de la pirámide no se encuentra escombro alguno, y si hubiese tenido techo, este debió ser de madera ó de bálago que no han podido dejar vestigios. ¿Era un monumento conmemorativo? Se ignora: lo único cierto es que no hay otro monumento de esta clase en el Yucatan, pero que no tiene nada de colosal.

No han dejado de hacerse comentarios sobre este asunto; pero haré observar que los comentadores suelen hacer decir á los monumentos, lo mismo que á los escritores, muchas cosas innecesarias, buscando siempre lo imposible en lugar de decidirse por lo natural. Cier-



Gran galería en Aké. (De fotografía)

tos viajeros se han permitido entregarse á las lucubraciones más extraordinarias acerca de Aké, y la teoría siguiente es una de las más singulares de cuantas han llegado á mi noticia.

Segun ellos, el monumento en cuestion conmemora períodos ó reinados, y cada piedra representa ó un Ahan Katun ó un siglo Katun.

El Ahan Katun es de veinticuatro años, segun la cronología maya, y el siglo Katun de cincuenta y dos. Pues bien; habiendo treinta y seis pilares compuestos de diez piedras cada uno, resultarian en el primer caso ocho mil seiscientos cuarenta años y en el segundo diez y ocho mil setecientos veinte. Es indudable que la primera piedra colocada hace diez y ocho mil setecientos veinte años habria desaparecido ya cuando se colocó la última que data de algunos siglos ántes de la conquista; y aparte de esto, todas las piedras tienen el mismo aspecto de vetustez. Veáse pues á dónde se va á parar con el espíritu de sistema; estas son insanias que nadie discute; el sentido comun, que en arqueología lo mismo que en todo lo demás es el mejor guía, condena semejantes aberraciones.

¿No es mucho más sencillo y lógico suponer que este monumento original representa una galería que en lo antiguo estuvo cubierta de bálago, y cuyo destino era la celebracion de juegos, asambleas ó alguna ceremonia pública? Su situacion central con respecto á los demás monumentos viene en apoyo de esta suposicion.

¿Acaso no ofrece interés una ruina sino cuando es incomprensible ó cuando su orígen se pierde en la noche de los tiempos? Preocupacion es esta que conviene combatir á todo trance. Vamos ahora á ver que el estudio de las demás ruinas nos da la razon.

Despues de tomar las dimensiones del monumento, fuí á visitar la ruina llamada *Akabna* (todos estos nombres han sido aplicados por los indios á los monumentos) que significa «casa de la oscuridad;» los aposentos que aún subsisten son oscuros, pues sólo les entra luz por las puertas que dan á otras piezas. Allí volví á encontrar la bóveda, la falsa ojiva, como en todas partes: es la bóveda indostánica y la tolteca; sólo que en Aké es más inclinada, lo cual consiste en los materiales, porque, al igual de las pirámides, está construida con esas grandes piedras sin labrar que han hecho dar á los monumentos el nombre de ciclópeos. Pero al llamarlos así, no se ha tenido en cuenta que una obra ciclópea se compone de piedras mucho más grandes, de formas irregulares y tan bien unidas entre sí que no se podria meter entre las junturas el cuerpo más delgado, al paso que las piedras empleadas en la construccion de las ruinas de Aké son de forma siempre igual, esto es, gruesas losas sin labrar, separadas por grandes intervalos.

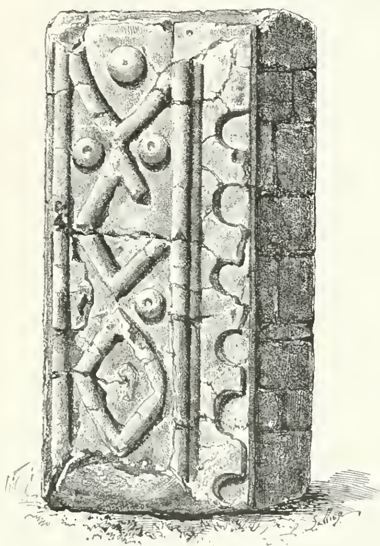
Así se lo hice observar á mí guía M. Aymé, á la vista de aquellas piedras desunidas que formaban las paredes y la bóveda, diciéndole: «Sostiene V. que no ha habido en las construcciones de Aké cimento ni argamasa, y que jamás se ha descubierto en ellas piedras esculpidas ni adorno de ninguna clase. Pues yo lo niego en principio, por más que los hechos parezcan quitarme la razon, y aquí veo un fenómeno que es preciso exclarecer. Los constructores de estos monumentos no pueden haber invertido tantos esfuerzos y trabajos para dejar sus edificios incompletos, ó esas losas estaban perfectamente unidas y habrán sido corroidas por el tiempo, lo cual les daria una antigüedad increible, cosa que niego de nuevo, porque

ya ve V. que las piedras están enteras con sus aristas y sus formas redondeadas como si acabaran de arrancarlas de la cantera. Por otra parte, ¿no observa V. que las piedras del interior de los aposentos se hallan absolutamente en el mismo estado que las de las paredes exteriores, siendo así que deberian estar mejor conservadas? De aquí deduzco que todas esas losas, paredes y bóvedas estaban en otro tiempo cubiertas de cimento y pintadas segun costumbre.

—Enséñeme V. una prueba de lo que afirma, y le creeré, me decia mi interlocutor.

No podia responder nada, y me volví desanimado, pensando que en resúmen podia haberme equivocado, cuando al pasar junto á una alta pirámide sobre la cual habia una ruina llamada *Xnuc*, la lechuza, dije á Aymé:

—Vamos á ver ese palacio.



Bajo relieve de cimento en Aké

—No tiene nada que ver, me respondió; paredes y nada más: ya lo he visitado.

—No importa, vamos, repliqué.

Al llegar á la cumbre y en presencia del edificio ruinoso, la primera cosa que se ofreció á mi vista fué un bajo relieve de cimento compuesto de rombos y esferas aplanadas, por el estilo de los adornos de Palenque. Este bajo relieve formaba el lado derecho de un gran cuadro que rodeaba á unos personajes cuyos restos se ven todavía y estaba debajo de la cornisa saliente que forma parte de todos los edificios yucatecas: una espesa capa de cimento que tendria lo ménos un metro ocultaba las piedras, llenaba las junturas, unia la superficie entera, y hasta encontramos la pintura que cubria el edificio.

—¿Qué dice V. ahora?—pregunté á mi compañero de viaje.

—Que tenia V. razon,—me contestó.

En efecto, este descubrimiento era toda una demostracion y respondia victoriosamente á todas las objeciones.

Tambien se encuentran en Aké las capas típicas de cimento superpuestas de las que he hecho mencion al hablar de Tula, de Teotihuacan y de otros sitios habitados por los toltecas. Así pues, Aké pertenece al parecer á los primeros tiempos de la invasion tolteca en el Yucatan, primera época de una civilizacion que se podia llamar maya-tolteca.

VII

Expedicion á Izamal y á Chichen-Itza.—Izamal.—La plaza del Mercado y la gran pirámide.—Pequeña pirámide y grandes figuras decorativas.—Caminos cimentados.

De Aké pasamos á Izamal, á donde llegamos á las tres.

Izamal es una de las principales ciudades de la provincia, grande y hermosa poblacion de cinco á seis mil almas que hoy parece más limpia y bonita que de costumbre porque se acaba de celebrar la fiesta patronal, y con tal motivo se blanquean las casas particulares, los edificios públicos y hasta los antiguos muros ruinosos de los arrabales. Izamal tiene dos plazas con pórticos formados por columnas esbeltas y ligeros arcos moriscos.

Dos palabras de historia, las cuales alegarán en favor de la modernidad de la civilizacion en el Yucatan, tésis que defiendo honrosamente acompañado contra las personas de viva imaginacion, aficionadas á lo maravilloso y partidarias de una antigüedad ridícula. Reclamo pues al lector un poco de paciencia: renunciemos por un momento á las aventuras para consagrarnos de nuevo á la ciencia que, si bien ménos entretenida, no deja de ofrecer maravillosos atractivos. Restablecer la verdad de los hechos tanto y de tan distintos modos controvertidos; reconstruir etapa por etapa una civilizacion cuyo orígen y marcha se ha falseado como si se tuviera placer en ello; rehacer una historia que se ha embrollado adrede; demostrar por medio de los monumentos, únicos documentos formales que nos quedan, su unidad evidente; hacer tocar con el dedo su punto de partida; seguir su desarrollo para llegar á su decadencia; todo esto ¿no constituye una causa interesantísima que defender?

Háse pretendido que la civilizacion yucateca, lo mismo que la de Tabasco, era una civilizacion muerta, perteneciente á un pueblo desaparecido y cuyas tradiciones se habian perdido en tiempo de la conquista.

Izamal, como Mérida y otras ciudades de la península, fué fundada en el terreno que habia ocupado una antigua ciudad india. Allí, como en todas partes, lo primero que hicieron los españoles fué destruir los palacios, arrasar los templos, arrancar de manos de los indios los documentos escritos y de sus almas las tradiciones trasmitidas. El obispo Landa, cuya relacion de las cosas del Yucatan data de 1566, cuarenta y cinco años despues de la conquista, nos habla de los edificios de Izamal que á la sazon eran todavía doce, y nos dice que no se conocian sus fundadores, al paso que Lizana, otro historiador que escribia en 1626, sesenta años despues que el anterior, y que por lo tanto no tenia tanta proporcion como aquel para recoger las leyendas, nos traza su historia á grandes rasgos; verdad es que de los doce



Plaza del mercado en Izamal. (De fotografía)

monumentos á que alude el primero, el segundo no menciona ya más que cinco; pero conoce sus nombres, que ignoraba su predecesor, y de él tomamos su nomenclatura.

Landa, que al principio habia supuesto que estos monumentos eran de orígen desconocido, nos afirma más tarde que son efectivamente monumentos construidos por la raza existente, por cuanto *entre los restos de los que se han destruido, se encuentran fragmentos de hombres desnudos y otros adornos, que los indios de hoy hacen todavía con un cimento bastante fuerte.* En una tumba *encuentra objetos artísticos de piedra, muy bien labrados, de los que aún circulan entre los indios como monedas.* Luégo, así como nos dice que en Mérida tuvo que destruir una capilla para arrojar de ella á los adoradores, nos habla tambien Landa de la gran pirámide cuya fotografía hemos reproducido en nuestro grabado, y de una capilla situada sobre aquella y existente aún en su tiempo, tanto que traza su plano y dice que era de piedra de sillería perfectamente esculpida; lo cual nos prueba que el monumento estaba entero en su época. Por último, obedeciendo á esa necesidad de exagerarlo todo, innata en la raza española, añade: «Este monumento tiene una elevacion que espanta.» Y el edificio no llega á ochenta piés de altura.

El monumento se compone de dos partes: la base, que tiene cerca de doscientos metros, terminada en una gran plataforma, y la pequeña pirámide situada al Norte. En la plataforma se ponia el pueblo para asistir á las ceremonias religiosas que se practicaban en presencia de todos en lo alto de la pirámide. En la capilla de que nos habla Landa se guardaba el ídolo.

Hablamos de lo que debia pasar en Izamal por analogía, pues todo se practicaba del mismo modo en México y en las ciudades toltecas de Teotihuacan y de Cholula. Dicho esto, continuemos.

Lizana da el nombre de Kinich-Kakmo á esta gran pirámide, situada al Norte, porque en su cúspide habia un templo con un ídolo así llamado, y cuyo nombre significaba: «Sol que despide de su rostro rayos de fuego.» ¿No vemos aquí el culto del Sol con su templo y su pirámide como en Teotihuacan?

Al Sur de esta gran pirámide existia otra no menor, pero con explanada solamente y no tan elevada como la primera: llamábase Ppapp-Hol-Chac, lo cual queria decir: «Casa de las cabezas y de los relámpagos.» porque allí vivian los sacerdotes, que tenian probablemente un hermoso palacio, por el estilo de los que aún existen en las demás ciudades. Los españoles escogieron este sitio para erigir en él el convento de San Francisco y la iglesia parroquial, «á instancias de los indios,» segun dice Landa.

La tercera pirámide, al Oriente, sostenia un templo dedicado á Itzamat-ul, Itzamna ó Zamna, á quien se consideraba fundador de la ciudad de Izamal. «Los indios, dice Landa, representaban á este rey ó falso dios en figura de una mano, y dicen que le llevaban los enfermos y los muertos y el dios los curaba ó resucitaba tocándolos con la mano; y por esto se llamaba el templo Kab-ul, que significa la mano laboriosa, la mano milagrosa.» Este templo, en el que se hacian tantos milagros, era un lugar de frecuentes peregrinaciones, con cuyo motivo se habian construido caminos ó calzadas en direccion de los cuatro puntos cardinales,

los cuales llegaban hasta los confines del país, yendo á parar á Guatemala, á Chiapas y á Tabasco. Todavía se ven hoy vestigios de estas calzadas en muchos sitios, dice el mismo autor.

Yo he observado el rastro de la calzada de cimento que iba de Izamal á la orilla del mar,

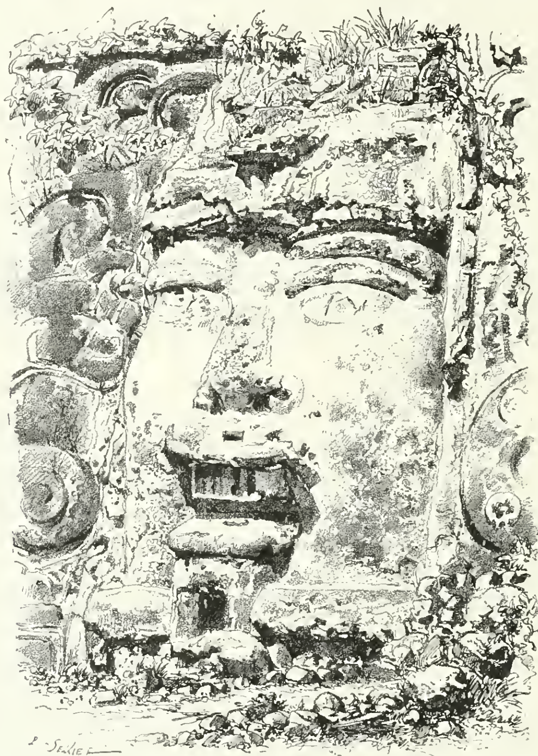


La gran pirámide Kinich-Kakmó, en Izamal. (De fotografía)

enfrente de Cozumel; y hay que tener en cuenta que el cimento empleado en la construccion de caminos era cosa esencialmente tolteca, como lo he indicado ya al hablar de Tula y de Teotihuacan.

En el nombre de Kab-ul ó la mano laboriosa dado al templo recónocese fácilmente á Hueman el de las largas manos, el gran jefe, el legislador tolteca de Tula, por muchos historiadores identificado con Quetzalcoatl, deidad que encontramos tambien en el Yucatan con el nombre de Cuculcan que significa lo mismo; «y era el mismo, dice Landa en la página 57, á quien se consideró como dios en México y fué llamado Cezalcuati, es decir Quetzalcoatl.»

Finalmente, la cuarta pirámide, que está al Occidente y cuya cúspide se ve en la fotografía que representa la plaza del Mercado, servia de asiento al palacio del general en jefe del ejército, el cual se llamaba Humpictok, «capitan que tiene á sus órdenes ocho mil lanzas de pedernal.» En lo alto de la pirámide no hay más que escombros; en su base, construida con piedras secas, de extremidades redondeadas como la de Aké y de construccion semejante, estaba la figura descrita por Stephens y hoy desaparecida, y en su cara oriental se halla la que representa nuestro grabado, indicándonos claramente el modo de hacer de los constructores.



Cara colosal, base de una pirámide en Izamal

Esta cabeza colosal tiene cuatro metros de altura; los ojos, la nariz y el labio inferior se componen de piedras sin labrar dadas, lo propio que las mejillas, de cimento modelado fresco; los adornos de la derecha y de la izquierda se han hecho por el mismo medio, viéndose en los segundos, que están mejor conservados, esas dobles espirales, imágen simbólica del viento ó de la palabra, que hemos observado ya en México y Palenque y que volvemos á encontrar en Chichen-Itza.

En la cara occidental de esta misma pirámide, en la cual ha quedado descubierta una parte de la base, tenemos ocasion de ver uno de los más hermosos bajos relieves que nos ha sido dado admirar en el Yucatan. Su principal asunto representa un tigre agachado de rostro hu-

mano; está hecho con cimento, su modelado es soberbio y nos recuerda las órdenes de caballería mexicana con sus águilas, tigres y milanos. El tigre era la primera de estas órdenes de caballería, y nada concuerda mejor con el destino del palacio, segun la leyenda, que esta personificacion del valor y de la fuerza aplicada á la morada del gran jefe del ejército de Izamal.

En suma, merced á estos escasos documentos sobrado concisos, que serian letra muerta para el que no hubiera seguido la marcha de las emigraciones del Norte, podemos reconstruir en Izamal un centro tolteca como lo haremos tambien en otros puntos; la gran pirámide del Sol, el templo de Quetzalcoatl, el palacio de los príncipes y la vivienda de los sacerdotes nos prueban que en la época de la conquista Izamal encerraba una gran poblacion; que los templos, los palacios y los santuarios estaban aún en pié y asistian á ellos numerosos fieles, lo cual apénas se concilia con la antigüedad que se atribuye á esta poblacion; y si no se admite que templos y palacios estuviesen en plena prosperidad en tiempo de la conquista, es imposible no advertir cierta vida latente, puesto que en los templos no faltaba concurrencia y se practicaban las ceremonias del culto; de suerte que en Izamal, lo mismo que en otras ciudades, podemos creer que ha habido una dislocacion reciente del órden social, una destruccion parcial, consecuencia de las guerras civiles, y que debe datar de pocos años ántes de la conquista.

VIII

En marcha para Chichen-Itza. — Un telégrafo insuficiente. — Tuncas y su guarnicion. — Citas. — La iglesia-fortaleza. — Organizacion de la tropa. — Apertura de un sendero. — Fiesta india. — A través de los bosques. — Llegada á Iisté.

Salimos de Izamal á las cuatro de la madrugada, pareciéndonos el camino y la campiña más tristes que nunca. En el espacio de cuatro leguas tan sólo encontramos un pueblo, Sitilpech, conjunto de pobres chozas abandonadas.

Probablemente no hay en el Yucatan ministerio de Correos y Telégrafos; así lo habia echado de ver en Mérida en donde expedí una serie de despachos debida y caramente pagados y que no llegaron á su destino ó por lo ménos quedaron sin contestacion: al reclamar me dijeron que la línea se hallaba en mal estado, de lo cual pudimos cerciorarnos por el camino. El establecimiento de esta línea habia debido ser tan poco costoso como primitivo, y su entretenimiento enteramente nulo. Tenia en verdad un hilo, pero sin postes ni aisladores, estando tendido en el bosque y suspendido de alguna rama de buena voluntad que, doblándose bajo su peso, lo dejaba colgar ó que, rompiéndose, lo dejaba caer, y unas veces ondulaba rasando el suelo, y otras se acostaba, como desfallecido, sobre las malezas y las rocas. Dicho hilo era sin duda desgraciado, pero mucho más los que pagaban por levantarlo ó los que lo empleaban sin resultado. Con todo, aquel fantasma de telégrafo hablaba de vez en cuando, y en rigor existia, en lo cual aventajaba á los de Tabasco, que desaparecian apénas colocados por juzgar los habitantes útil apoderarse de los alambres para su uso particular.

Nuestra gente se detiene de pronto; pero no veo ninguna casa, y estamos en medio del bosque. Se han parado para enseñarnos, á dos pasos á la derecha, el cenote Xcolac, bonita laguna, rodeada de corpulentos árboles y llena de peces. Un grupo de indios, de cuclillas en la

orilla, llenaba allí de agua sus calabazas, y nos alargaron sus jícaras llenas del líquido: el agua era fresca y pura, y en un país en que escasea tanto, no se acierta á comprender cómo es que un depósito tan importante, y tanto más precioso cuanto que jamás se seca, no ha servido de centro á una poblacion agrícola, á alguna aldea, hacienda ó rancho.

Volvemos á subir al carruaje y llegamos á Tuncas, ruina lamentable, corta guarnicion, pero buen almuerzo en compañía del comandante. La llegada de tres volantas es para este mísero pueblo un verdadero acontecimiento, y al poco rato vemos que atraviesa la plaza Mayor desierta una docena de individuos, dirigiéndose hácia la tienda. Son ancianos de temblorosa cabeza, mujeres éticas con la piel salpicada de manchas blancas y negras, niños enfermizos, un grupo, en fin, de lisiados. Los hombres válidos, los trabajadores están en el campo, preparando la milpa. Aquellos indígenas invaden la tienda, dirigiendo ávidas miradas á la sala donde descansamos; uno de ellos, más atrevido que los otros, penetra en ella titubeando para vernos desde más cerca. El infeliz está ebrio y nos dirige en maya algunas preguntas probablemente indiscretas, porque los circunstantes sonrien. El comandante le intima que se retire, y como se negara á hacerlo, llama dos soldados y les manda que lo saquen á pesar de sus reclamaciones sobre los derechos y la igualdad de los hombres: es un anarquista.

Terminado el almuerzo y descansadas las mulas, reanudamos la marcha, quedando convenidos en que mañana nos alcance una parte de la guarnicion para acompañarnos á Chichen. Recorremos un camino infernal y llegamos á Citas á las siete de la tarde. Como era ya de noche, nadie nos esperaba ni nos tenian preparado nada; la poblacion, sorprendida y molestada en su descanso, parecia de mal humor: ¿dónde nos alojarian? Como en aquel momento la escuela está desocupada, nos la ceden, y poniendo todos manos á la obra, amontonamos los bancos á un lado, las mesas á otro, é instalamos en el espacio desocupado las hamacas y los lechos de campaña. La cuestion más escabrosa es la cena; pues siendo ya tarde, la gente se resiste á meterse en la cocina. En esto vienen á visitarnos el juez y el jefe político, y gracias á su buena voluntad todo se arregla, aparte de que la esperanza de una buena gratificacion allana más pronto los inconvenientes.

Al rayar el dia reconozco el Citas que visité en otro tiempo, á excepcion de unas cuantas casas quemadas por los indios bravos, cuando su última invasion en 1863. La casa en donde entónces me alojé, quemada; la gran tienda de la plaza, arruinada; únicamente descollaba la iglesia nueva, maciza, triunfante, en medio de aquella miseria.

A partir de Citas, debemos separarnos del camino frecuentado para entrar en los bosques; era menester dejar carruajes y volantas para reemplazarlos con mozos, caballos y mulas de carga; pero lo malo es que todo esto no se encuentra en algunas horas y la permanencia en Citas no tiene nada de agradable. Los hombres demuestran bastante mala voluntad, piden doble paga, y aunque se les requiere oficialmente, se hacen los sordos. Todo indio cree que el extranjero que viene desde tan léjos para visitar unas ruinas que para él carecen de interés debe ser un hombre rico que puede pagar, creencia estúpida en que están todos los pueblos y á la cual nos vemos obligados á conformarnos en parte.

Logramos contratar algunos hombres pagándoles la tercera parte más del jornal ordinario.

Como los caballos escasean hay que requisarlos, y en cuanto á la tropa que debe servirnos de escolta, nos la conceden graciosamente. Pero ni los soldados ni los caballos están dispuestos, y nosotros mismos tenemos muchos preparativos que hacer ántes de ponernos en marcha. Además, la vegetacion ha obstruido los senderos que conducian al bosque; hemos de andar siete leguas para llegar á Pisté, y por lo tanto lo más urgente es enviar por delante hombres armados de machetes para que nos abran camino. Parten pues, y como no debemos ir en pos de ellos hasta el dia siguiente, continuamos nuestros preparativos.

Trascurre el dia, y por la tarde recibimos una atenta invitacion: hay fiesta, baile, *jarana*, y con arreglo á la fórmula admitida, se nos ruega que la honremos con nuestra presencia.

—¡Un baile en Citas! exclamo. Pues qué, ¿bailais?

— Sí, me contesta la persona que me invita, bailamos y muy á menudo.

— Como me hablais todos de la vida sobresaltada que llevais, de vuestra miserable existencia, amenazada de continuo por la furia de los indios sublevados, de casas incendiadas, de mujeres robadas, y añadís que «no sabeis la víspera si os volvereis á ver al dia siguiente....»

— Es verdad, pero bailamos. Ya que la vida es triste y efímera, preciso es alegrarla.

¡Qué filósofo!

Y yo que estaba á punto de compadecer á esos desventurados, carecia de discernimiento y desconocia la naturaleza humana, que se desarrolla jóven y vivaz cualquiera que sea el medio deplorable en que se agita y que llega á ser su medio normal. Así fueron los condenados de la Convencion, que bailaban y hacian versos en vísperas de ir al cadalso; así el soldado en tiempo de guerra ó el marino en su carrera de peligros, que viven inconscientes de las balas ó de los temporales del siguiente dia. Aquellas gentes bailaban sobre un volcan, como diria M. Proudhomme: yo me apresuré á aceptar el convite.

Las calles de Citas no son calles, sino cadenas de escabrosas peñas, separadas por precipicios minúsculos en los que el extranjero puede muy bien romperse la crisma. Cada uno de nosotros se pone en marcha llevado de la mano por dos indios, porque la casa donde se da la fiesta está á cuatrocientos ó quinientos metros de la plaza, y la noche es oscurísima. Llegamos.

En una cabaña de pobre apariencia, alumbrada por las llamas de tres hogares, van y vienen media docena de mujeres encargadas de la cocina: aquello son las bodas de Camacho en miniatura, viéndose un monton de pollos, pavos y jamones que aguardan el asador, la parrilla ó la cacerola, miéntras que á un lado, y arrodilladas ante unos *metates*, otras mujeres machacan y muelen los granos de maíz con sus rodillos de granito, y algo más allá, las tortilleras acurrucadas cogen la pasta blanda y la trasforman en pequeñas tortas que aplanan golpeándolas con ambas manos, poniéndolas luégo en el *camal* ardiendo para servirlas calientes á los aficionados.

Más adelante un cobertizo cubierto de bálago, é iluminado por algunos quinqués humeantes, constituye el salon de baile. Las damas están sentadas en una hilera de bancos y en algunas sillas con asiento de vaqueta, miéntras que los hombres, de pié en medio del salon, descalzos, con pantalones blancos, la camisa fuera de ellos y un pañuelo de color al cuello,

meditan sus invitaciones ó hablan de sus conquistas. Hay mucha gente, todo el vecindario está allí reunido, por lo ménos los indios y los mestizos, pero pocas ladinas, es decir pocas mujeres blancas.

—Un indio es el que da la fiesta y corre con el gasto, me dice el juez, y esta fiesta, que dura á veces muchos dias ó mejor dicho muchos meses, ocasiona considerables dispendios. La presente costará, despues de terminada, trescientos duros quizás, cantidad que es una fortuna, lo mismo para un indio que para un mestizo. En esta ocasion consumirá todos sus recursos, se vanagloria de ello, y dentro de poco le tocará á otro indio el turno para dar otra fiesta por el estilo.



Iglesia y plaza de Citas. (De un cróquis del autor)

—Pero esa gente debe arruinarse de este modo, dije á mi interlocutor; ¿qué harán al dia siguiente?

—Lo que hacian la víspera, me contestó; volverán á sus milpas, es decir, á sus cultivos. Si la cosecha es abundante, vivirán como ántes, economizando un poco de dinero para dar otra fiesta cuando les toque; si mala, acortarán su racion, y si hay carestía se morirán de hambre. Jamás les ha preocupado el dia de mañana ni les han servido de nada las lecciones de la experiencia.

En esta ceremonia tenemos un ejemplo fehaciente de la fuerza de las tradiciones, tradiciones que se conservan sin que nadie se dé cuenta de ellas y que subsisten como instintos hereditarios. En vano se preguntaria á esos hombres de qué procede esa costumbre y por qué gastan todo su peculio en una sola fiesta. Lo ignoran, siendo lo más particular que nosotros tenemos que decírselo.

Los indios y los mestizos se limitan á copiar en este asunto, sin saberlo, las costumbres de sus antepasados. En el capítulo XXII de la obra de Landa encontramos el siguiente párrafo, que nos ilustrará. Despues de hablar de las orgías de los mayas y de su aficion á las fiestas y á las comidas en comun, dice:

«*A menudo gastaban en un solo banquete todo cuanto habian ganado penosamente trabajando muchos dias.* Tenian dos maneras de celebrar sus festines: la primera era la de los señores y personas de condicion: *cada convidado estaba obligado á devolver á su vez la fiesta á que habia sido invitado*, y á cada uno de ellos se le daba un ave asada, pan y bebidas de cacao en abundancia, y al fin del banquete un manto para cubrirse y un pequeño zócalo con la copa que se ponia en él, todo lo bien trabajado posible. Si uno de ellos llegaba á morir, la obligacion de devolver la comida incumbia á su casa ó á sus parientes.»

¿No es esta exactamente la misma costumbre que acabamos de observar? Más adelante añade:

«En estos banquetes, servian de beber á los comensales hermosas mujeres, que despues de presentarles el vaso, se volvian de espaldas hasta que lo vaciaba el que lo habia tomado.» Las mujeres indias observan aún la misma costumbre cuando sirven á su marido.

Nos marchamos del baile temprano, porque teníamos que partir al amanecer del dia siguiente.

Nuestra gente está dispuesta, las mulas y los conductores preparados, los caballos nos aguardan ensillados, una parte de la escolta penetra en el sendero abierto la víspera, y los demás la seguimos. Vamos por el antiguo camino de Pisté, camino embarazado por la vegetacion, por el cual marchamos en fila india, avanzando con trabajo al través de espinos y bejucos. No hay nada de pintoresco ni otra cosa en que reparar como no sean unas grandes mariposas de alas azules aterciopeladas, orladas de negro. Siempre este mismo espeso tallar, salpicado á veces de palmeras y de alguno que otro árbol corpulento.

Llegamos á Pisté cuya iglesia desmoronada es lo único que queda en pié. Aquí hay una compañía de veinticinco hombres, centinela avanzado de la frontera. El lugar es triste por demás; es un verdadero destierro, y de los más duros, impuesto á la guarnicion que por espacio de tres meses ocupa por turno este puesto aislado. El peligro no es inmediato; y los indios bravos que se sublevaron en otro tiempo por recobrar su libertad y asesinaron en seguida á los vencidos por espíritu de venganza, ya no se ponen en campaña sino por afan de rapiña. Hacen incursiones para saquear; por esto no tenemos nada que temer de ellos, y los cincuenta hombres que nos acompañan sólo vienen por prudencia y para atender á cualquier eventualidad.

IX

Chichen-Itza. — Nuestra instalacion en el Castillo. — Ojeada general. — Una ciudad maya. — Historia de Aguilar. — Historia de Chichen-Itza. — Expedicion de Francisco de Montejo. — Contradiccion de los historiadores. — Abandono de Chichen. — Retirada del conquistador.

Salimos por la mañana de Citas y llegamos á las ruinas á las tres de la tarde. Era la tercera vez que visitaba á Chichen, á pesar de lo cual experimenté una vivísima emocion cuando divisé el gigantesco contorno del Castillo, que está encaramado en una pirámide de unos setenta piés de altura y de rígidas pendientes.

Aún no nos habíamos instalado en él cuando se hizo de noche; llegó la hora de cenar, y á

falta de la cocinera que debíamos encontrar en Pisté y que, enviada exprofeso de Valladolid, nos habia dejado burlados, teníamos afortunadamente una cantina; pero habíamos padecido otro olvido; carecíamos de agua, y se habian quedado en Citas dos cántaros para ir á buscarla, de suerte que tuvimos que recurrir á las conservas, y en definitiva, mal ó bien, cenamos.

Este detalle es tal vez pueril en presencia de la naturaleza singular de los sitios en que habitábamos y del maravilloso espectáculo que teníamos á la vista. ¡Qué emocion tan penetrante se habia apoderado de nosotros! La luna caminaba esplendorosa por un cielo cuajado de estrellas, alumbrando el inmenso llano poblado de árboles semejante al anchuroso Océano en sus dias de calma con las grandes ondulaciones de su oleaje; en los primeros términos se destacaban fragmentos de muros ó eminencias cubiertas de umbrosa vegetacion. A fuer de antiguo explorador de estas ruinas, fuí indicando á mis compañeros de viaje el sitio ocupado por cada una de ellas.

El Castillo está en el Centro; al Oriente, y al mismo pié de la pirámide, estaba el mercado con dos pequeños palacios dependientes del mismo; al Norte, un hermoso edificio arruinado y el cenote sagrado, y contiguo á él el templo que lo guarda; al Noroeste, el famoso juego de pelota; al Este y al Sudeste, el Chichanchol, el Caracol, el segundo cenote, el palacio de las Monjas, el Akdd-sil, y más allá la hacienda, de larga fecha abandonada. Hablábamos en voz baja del pasado misterioso de esta ciudad muerta á la cual podrian prestar nueva vida nuestras exploraciones y estudios: de la llanura no subia el más leve rumor; el sosiego que reinaba, interrumpido solamente á intervalos por el grito de alerta de nuestros centinelas, tenia algo del majestuoso silencio de las tumbas, y aquellos gritos nos hacian retroceder á los lejanos dias en que se custodiaba esta ciudad, quizás del mismo modo, contra las sorpresas de envidiosos vecinos.

Por la mañana cambiaba el espectáculo, sin que fuera ménos bello. La campiña, velada por un manto de vapores atravesados á distancias desiguales por las pirámides y las lomas pobladas de árboles, semejaba un verdadero mar salpicado de verdes islas; el horizonte, más dilatado, se enriquecia con la creciente luz de colores diversos y de aspectos siempre nuevos, y las líneas cambiantes de vapores corrian como ligeros cirrus, rompiendo la monotonía de aquel gran paisaje. Luégo se rasgaba el velo, subia, desaparecia, dejando tras de sí las hojas de los árboles cargadas de chispeantes gotas.

Digamos unas cuantas palabras acerca de las ciudades mayas en general. Eran más bien centros habitados que ciudades, porque estos grupos de viviendas y de palacios no se parecian en nada á las ciudades de nuestros dias. A pesar de esto los españoles compararon las primeras que vieron con las ciudades de España, con Sevilla por ejemplo, comparacion que repiten muchas veces. Lo que hoy vemos nos da una idea muy distinta, y estos grupos se componen uniformemente de los mismos edificios que encontramos en todas partes, es decir, del templo ó de los templos, de los palacios del príncipe y de los caciques, y de los edificios públicos diseminados sin órden aparente en un vasto espacio, cuyos intervalos estaban cubiertos de calzadas cimentadas, plantadas de jardines, y los alrededores ocupados por las cabañas de los servidores y de los esclavos.

Chichen-Izta, que significa «cerca del pozo del Inca,» es un nombre que saca su orígen del cenote ó de los dos cenotes junto á los cuales se habia agrupado la poblacion. Chichen, ménos antigua que Izamal ó Aké, las cuales pertenecen á la época del cimento, es más antigua que Uxmal, sin dejar de pertenecer como esta última ciudad á la época de la piedra labrada. Los informes que se pueden recoger acerca de este punto son muy vagos, como sucede con todo lo que atañe al Yucatan, pues no parece sino que se haya organizado adrede la conspiracion del silencio en cuanto concierne á este país tan floreciente en otro tiempo, culpable indiferencia que lo mismo se advierte en Jerónimo de Aguilar que lo habitó, que en Francisco de Montejo que lo conquistó. Sólo tenemos un hecho histórico cierto, y es el abandono de Chichen por sus habitantes; suceso que debió ocurrir cuando la toma y destruccion de Mayapan (1440-1460), de que hablaremos más adelante.

Acerca de la causa de esta emigracion, Cogolludo nos dice: «Un rey de Chichen llamado Canek (Canek no era un nombre propio, sino el genérico de todo jefe de los itzaes), se prendó locamente de una princesa jóven, la cual, bien fuese porque no correspondiera á este amor, ó bien porque tuviera que obedecer las órdenes de un tirano, se casó con otro cacique de la península, más poderoso que su rival. Canek, ciego de rabia y de desesperacion, armó un crecido número de súbditos suyos y cayó repentinamente sobre el lugar donde se celebraban las bodas. Al bullicio alegre del festin sucedió el estruendo de las armas; á los cantos epitalámicos, los gritos de los combatientes, y en medio del ruido y de la confusion del combate, Canek robó á la desposada y huyó con ella. Pero, temiendo con razon que el esposo ofendido se aprestara á vengar su afrenta, y conociendo que su poder era inferior al de su rival, desapareció con su Elena, seguido de la mayoría de sus súbditos.»

Si el motivo que nos da Cogolludo, aunque poéticamente escrito, parece infundado, el caso es enteramente cierto. Los habitantes de Chichen emigraron en masa para ir á fundar á más de cien leguas al Sur, junto á la laguna de Peten, un pequeño principado, cuya capital fué Tayasal, que visitó Cortés durante su viaje á Honduras, y que no cayó en poder de los españoles hasta el año 1697, es decir, aún no hace dos siglos.

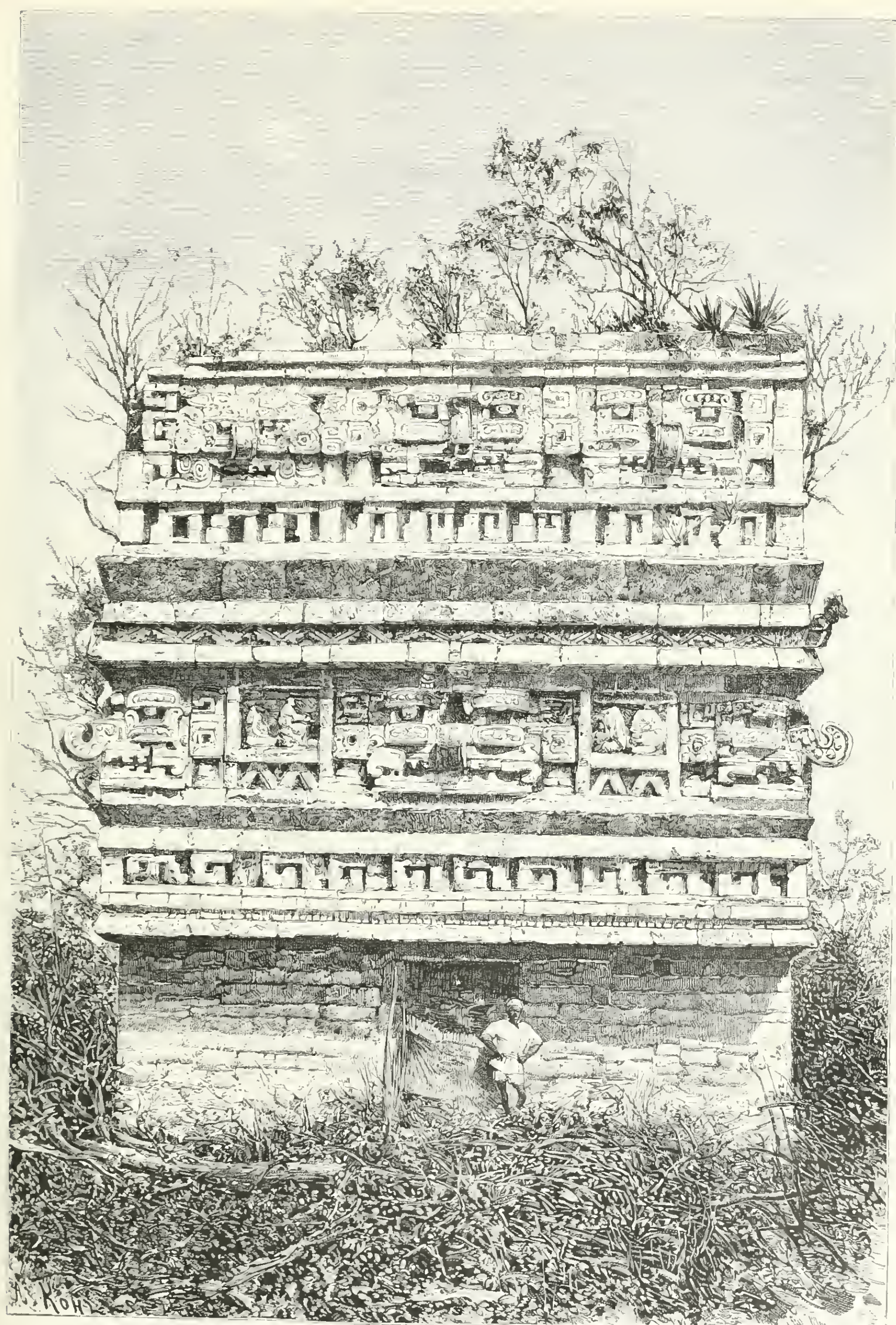
De todos modos, sabemos que Chichen estaba todavía habitado sesenta años ántes de la llegada de los españoles, y que sus monumentos se hallaban intactos, siendo tambien evidente que esta ciudad, que contaba con dos cenotes, grandes é inagotables depósitos, esto es, con una riqueza inapreciable en un país que carecia de agua, debió encontrar, cuando la abandonaron sus habitantes, otros que los reemplazaron, y que la ciudad conservó su existencia normal hasta la conquista.

La primera ocupacion española data de 1527. Montejo se detiene en Cozumel y desembarca con cuatrocientos soldados en la costa oriental del Yucatan. Deja sus naves confiadas á la custodia de los marineros, y guiado por un indio de Cozumel, penetra en el interior de la península; así lo afirma el bachiller Valencia, que escribió su relacion en 1639, y que era habitante de Valladolid é hijo de un conquistador. Aparte de esto, los nombres de las ciudades que cruza el itinerario nos demuestran que esta primera expedicion iba dirigida de Este á Oeste, al paso que la segunda de 1541, en que los españoles desembarcaron en Champoton, iba en sentido contrario.

Montejo llega á Coni, que ha desaparecido del mapa, cruza la provincia de Choaca y entra en Koba, de donde pasa á Aké, ciudad del Oriente, que no debe confundirse con la otra ciudad del mismo nombre de la que hemos hablado. Allí se habia reunido una muchedumbre de indios resueltos á atajarle el paso; trabóse una batalla, la más terrible de cuantas tuvieron que reñir los españoles, y por vez primera Montejo aprendió á conocer la animosa raza con la que tenia que luchar. A pesar de la ventaja que le daban las armas de fuego, las cuales hacian horrendo estrago en las masas compactas de los indios, á pesar de las corazas de acero que los hacia casi invulnerables, los españoles pelearon dos dias enteros para rendir la tenacidad de sus adversarios. Montejo se encaminó desde Aké á Chichen-Itza, que, segun Herrera, se le habia indicado como un punto muy favorable para su instalacion. Por consiguiente, la ciudad estaba habitada. Cogolludo hace la misma observacion, añadiendo que los grandes edificios que en ella habia debian facilitar en extremo su defensa.

Montejo se instaló en Chichen, en los monumentos de que vamos á hablar, y se estableció en medio de una poblacion llena de terror por los resultados de la batalla de Aké.

En los primeros tiempos, la sumision de los indios proporcionó á los españoles una vida desahogada; pero en breve se cansaron de mantener á aquellos extranjeros, cada uno de los cuales devoraba en un dia el alimento mensual de una familia india, y se negaron á sufrir por más tiempo las tiránicas exigencias y las crueldades de los vencedores. Empezaron por no enviar víveres á su campamento, y luégo desaparecieron, dejando enteramente aislados á los invasores. A la abundancia se siguió la carestía, y para proporcionarse víveres, los españoles tuvieron que ir á aldeas lejanas á adquirirlos á la fuerza; de aquí resultaron combates diarios, en los cuales perdieron los españoles ciento cincuenta hombres, saliendo heridos todos los restantes, por lo cual Montejo, que probablemente habia sostenido la comunicacion con su escuadra, se decidió por la retirada. Como todos los alrededores estaban tomados por los indios, la retirada era sumamente difícil, y tras una jornada sangrienta en que Montejo vió caer lo más escogido de su gente, sobrevino una noche oscurísima que pareció favorecer su fuga. Mandó que se guardase el mayor silencio, hizo envolver con lienzos los cascos de los caballos para apagar el ruido de sus pasos por aquel suelo pedregoso, y á fin de mejor burlar la vigilancia de los indios, mandó amarrar un perro á un poste flexible provisto de una campana, poniendo delante de él, pero léjos de su alcance, un pedazo de carne que el hambriento animal se esforzaba en vano por atrapar; de suerte que el ruido de la campana y los ladridos del pobre perro hicieron creer á los mayas que sus enemigos continuaban allí. Miéntras tanto los españoles caminaban cautelosamente hácia el Sur, en direccion de Cilan. Por la mañana, los indios echaron de ver la superchería, y se lanzaron enfurecidos en seguimiento de sus enemigos, los cuales llegaron á duras penas á orillas del mar y al territorio de un príncipe pacífico que les dió asilo.

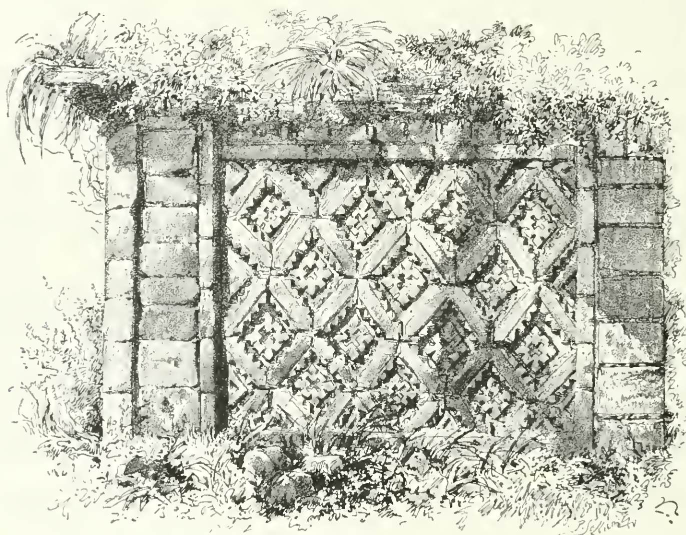


Ala izquierda del palacio de las Monjas. (De fotografía)

X

Palacio de las Monjas.—Conjunto.—Inscripciones.—El Castillo.—Descripcion.—Moldeos y fotografías.—Fatigas.—Noches glaciales. Halos terrestres.—Una visita extraña.—El Akab-sib.—El Caracol y la cárcel.

El palacio de las Monjas es uno de los mayores de Chichen-Itza; se le ha convertido en convento, como se hizo con el gran edificio de Uxmal al cual se dió el mismo nombre. Algunos autores nos dicen al hablar de México que los aztecas tenian la costumbre de consagrar á los dioses, por espacio de algun tiempo, niñas de doce á trece años, de buenas familias. La



Ornamentacion del palacio de las Monjas. (De fotografía)

mayor parte de ellas abandonaban el templo en la época de su casamiento; pero otras pronunciaban votos eternos. Sahagun nos dice que aquellas doncellas, llamadas sacerdotisas ó hermanas, vivian en los edificios adscritos á los templos bajo la severa vigilancia de las matronas, y que observaban una vida monástica, sujetas á las prácticas más rigorosas. Les cortaban el cabello; se levantaban de noche para rezar y barrer los templos; ayunaban perpetuamente y se infligian una porcion de tormentos en obsequio de los dioses. Se atravesaban lengua y orejas con espinas; dormian siempre vestidas para estar más prontas á trabajar; silenciosas siempre, vivian con los ojos bajos y se les imponia la pena de muerte por cualquier infraccion de las leyes de la etiqueta religiosa. Por consiguiente, habia monjas.

Este palacio se componia de un cuerpo principal y de dos alas; nuestro grabado representa la fachada del ala izquierda, que es muy hermosa y se conserva perfectamente: se

compone de tres cornisas salientes, entre las cuales hay dos especies de frisos con los mismos adornos. En el primero se ven dos cuadros con altos relieves que representan hombres encogidos, uno de los cuales tiene el cuerpo metido en una concha de tortuga: en cuanto á las enormes y grotescas figuras que decoran el centro y los ángulos del primer friso y que se ven tambien en la fachada principal, son las mismas que se reproducen con ligeras variantes en todos los edificios del Yucatan.

El cuerpo principal del palacio de las Monjas se apoya en una pirámide perpendicular, en cuya plataforma se eleva un edificio muy cuidado, que contiene pequeñas habitaciones con dos nichos enfrente de cada puerta y que está atravesado por un pasadizo que, empezando en el lado oriental, desemboca en el extremo occidental de la pirámide. Este segundo edificio tiene á su vez encima otro más pequeño, formando así el palacio un conjunto de tres pisos.

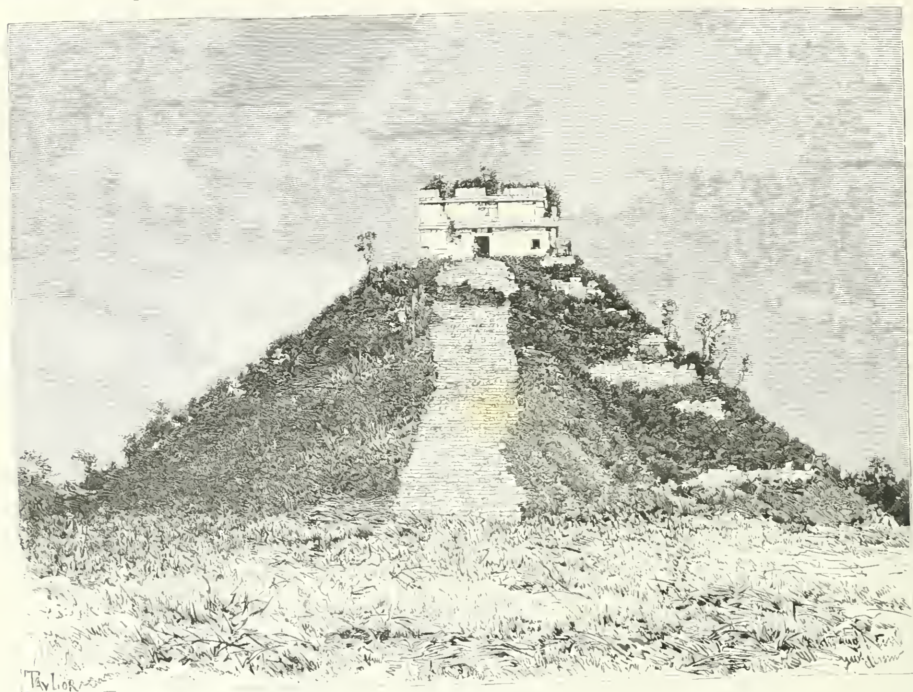
El edificio del primer piso difiere en su ornamentacion de los demás palacios de Chichen, y en la pág. 386 damos un detalle que permitirá juzgar de su riqueza. Es un artesonado de rosetones y cuadros de piedras ondeadas de gusto exquisito. Los dinteles de las puertas del primer piso son de piedra, y todos estaban llenos de esculturas y de inscripciones borradas ya por el tiempo y de las cuales no pudimos recoger más que las tres mejores, aunque bastante deterioradas.

Pasemos ahora á nuestra vivienda impropiamente llamada el Castillo, toda vez que era un templo; es, juntamente con el Juego de pelota, el monumento más interesante de Chichen-Itza. Se eleva sobre una pirámide orientada casi de Norte á Sur, con cuatro escaleras que corresponden á los cuatro puntos cardinales; la vista general que damos representa la fachada occidental.

La pirámide, cuya base tiene cincuenta y cuatro metros, se compone de nueve explanadas pequeñas reentrantes, sostenidas por muros perpendiculares: en su cúspide hay un edificio de unos doce metros de lado por seis metros y medio de altura. La meseta superior de la pirámide se eleva á veintiun metros sobre el nivel de la llanura, y la escalera tiene noventa peldaños de doce metros de anchura.

Esta disposicion en terraplenes ó plataformas demuestra lo bien aplicado que está el nombre de Castillo, porque en el Yucatan, lo mismo que en las Tierras altas, los templos servian de verdaderas fortalezas en casos de guerra; allí, en aquellas gradas gigantescas, se reunian en los últimos momentos de una defensa desesperada los guerreros más escogidos, para vender lo más caramente posible su vida á los enemigos victoriosos. La defensa de semejantes fortalezas podia ser larga, y el ataque de los más mortíferos, por cuanto era preciso apoderarse de cada grada disputada por hombres resueltos á morir; en el asalto del gran templo de México tenemos un ejemplo de ello: los españoles fueron rechazados muchas veces, y el mismo Cortés tuvo que ponerse á la cabeza de su gente para apoderarse sucesivamente de las cuatro explanadas de la pirámide, y el combate continuó hasta en la plataforma superior donde se habian reunido los aztecas, á los cuales tuvieron los españoles que exterminar en su totalidad para hacerse dueños del templo.

El conjunto del edificio, con sus tres cornisas en los tres lados que dan al Este, al Sur y al Oeste, es sencillísimo, pero de gusto perfecto. El interior del largo pasadizo de que he hablado no presenta más vestigio de ornamentacion que las jambas de las puertas en las que hay esculpidos en baio relieve guerreros de mayor tamaño que el natural, y de los cuales damos dos copias.



El Castillo en Chichen-Itza. (De fotografia)

La fachada del Norte, que era la principal, debia ser de efecto sorprendente cuando estaba completa. Se compone de un pórtico de columnas macizas reunidas por dinteles de madera que sostienen la doble cornisa del friso, en medio del cual debia ostentarse un gran medallon por el estilo del que tiene el palacio de las Monjas; este pórtico da acceso á una galería que ocupa toda la anchura del edificio y desde ella se penetra por una sola puerta en una gran estancia que debia ser el santuario, y en la cual dos pilares de capiteles cuadrados sostenian otras dos bóvedas. La escalera correspondiente á esta fachada era más ancha que las otras tres y á cada lado se extendia, formando á modo de larga balaustrada, una enorme serpiente cubierta de plumas, terminada abajo en una descomunal cabeza con la boca abierta y la lengua colgante. Las columnas, los pilares, las jambas y los dinteles de las puertas están llenas de esculturas y bajos relieves, cuyas estampaciones nos exigieron largos dias de trabajo asiduo. Los palacios de Chichen, como los de México y Popocatepetl, no tenian puertas sino simples esteras ó tapices que tapaban las aberturas; no se ve en ellas rastro alguno de goznes, sino pequeños agujeros abiertos en las columnas y en los pilares para sujetar en ellos

las cuerdas que sostenian los tapices. He observado el mismo detalle en Palenque, como ya dije tambien al ocuparme de Tula.

Esta fachada, que la fotografía nos presenta medio arruinada, estaba aún completa cuando Landa visitó á Chichen en 1580; ni una piedra faltaba en los nueve terraplenes de la pirámide, y el templo se hallaba intacto. Landa nos habla de dos serpientes que se desenrollaban á modo de balaustradas á lo largo de la escalera: «La galería servia para quemar perfumes, y sobre la entrada hay un gran escudo esculpido en piedra cuya significacion no comprendo.



Jambas de puerta en el Castillo de Chichen-Itza. (De fotografía)

Luégo, alrededor del edificio hay porcion de ellos, de grande y hermosa fábrica, y el espacio que media entre ellos está cubierto de cimento, que subsiste entero, y que parece *totalmente nuevo*, tan dura es la argamasa con que lo fabricaban.»

Estas capas de cimento se parecen enteramente á las que descubrí en Tula y en Teotihuacan y que constituyen un carácter esencialmente típico de la civilizacion tolteca. Hoy estas capas han desaparecido en Chichen; pero la descripcion de Landa nos dice que en su tiempo la vegetacion no habia invadido aún el suelo, lo que prueba que hacia pocos años que la ciudad estaba despoblada. El perfecto estado de los edificios, de las pirámides y de las capas de cimento en una region en que la vegetacion es tan poderosa, da mayor fuerza á este aserto; y para convencerse además de ello, basta examinar los edificios que han sido derruidos en Paris de doce años á esta parte, por ejemplo el Tribunal de Cuentas, y se verá que, en nuestro clima y con su pobre vegetacion, los arbustos y los árboles, algunos de los cuales tienen ya más de diez metros de altura, han levantado y grietado las losas y los cimentos.

¿No es esto concluyente? Ahí, en ese templo, fuímos los primeros en encontrar no sólo las analogías más sorprendentes entre las esculturas y los bajos relieves toltecas de las altas mesetas, sino tambien los bajos relieves de la ciudad yucateca.

En nuestro concepto, estos monumentos son toltecas y modernos. Prueba al canto.

Hemos dicho que la balaustrada de la escalera principal está formada por el cuerpo de una serpiente cubierta de plumas, imágen de las que adornan la pared del patio del templo de México. Esta serpiente era la representacion simbólica de Quetzalcoatl, dios tolteca y dios azteca, como era en el Yucatan la de Cuculcan, dios maya, pues ambos nombres tienen en las dos lenguas la misma significacion de *serpiente cubierta de plumas.*

Esta imágen, reproducida con frecuencia en los edificios yucatecas, servia tambien para decorar las casas de los grandes señores en México, y Clavigero nos dice que los aztecas hacian uso de la cornisa en su arquitectura, y que en ciertos edificios se veia una inmensa serpiente de relieve en actitud de morderse la cola, despues de envolver en sus anillos todas las aberturas del palacio. Lo mismo observaremos en Uxmal.

Aquí mismo, las dos columnas del templo que se ven en la fachada, nos ofrecen una semejanza quizás más sorprendente. Estas columnas, cuyas basas representaban dos cabezas de serpiente y sus fustes están adornados de plumas, nos dicen, juntamente con la balaustrada de la escalera, que el templo estaba consagrado á Cuculcan; pues bien, estos fustes son copia casi exacta de una columna tolteca que recogí en Tula, como se echa de ver comparando los grabados en que los reproducimos.

Es imposible no reconocer á primera vista la comunidad de orígen de ambos monumentos. Las dos columnas distan más de trescientas leguas una de otra, y entre una y otra media un espacio de tiempo de muchos siglos; pero si una de ellas, la de Tula, es tolteca, ¿qué diremos de la otra? Que tambien lo es, porque la casualidad no puede producir semejantes similitudes.

Sólo he hablado de los fustes, porque la columna yucateca tiene un capitel del que carece la columna de Tula. Este capitel es interesantísimo; en él se ve, esculpido en bajo relieve, un personaje de pié, haciendo las veces de cariátide, y que parece sostener el cornisamento con sus brazos levantados. Este hombre, de luenga barba, es tambien una personificacion tolteca de Quetzalcoatl, al cual se le representaba en diferentes formas, á la manera que se han representado una multitud de dioses en la mayoría de las religiones. Lleva un traje sumamente rico; anchos brazaletes adornan sus muñecas; en la cabeza ostenta un tocado de plumas, y de su cuello pende un largo collar de piedras preciosas; su maxtli bordado llega al suelo, y su calzado está adornado con rosetas de cuero.

En otros dos bajos relieves esculpidos en los pilares del santuario hay dos personajes en traje de ceremonia, uno de los cuales se distingue por su larga barba, y el otro por una calavera. Ambos tienen la nariz abultada que se atribuye á los toltecas. No intentaremos dar acerca de estos personajes ninguna explicacion que, por muy ingeniosa que fuera, careceria de valor científico; pero sí diremos que encima y debajo de los grandes bajos relieves hay otros más pequeños, en los cuales se repite la figura que hace las veces de cariátide y que,

segun hemos indicado, está en el capitel de la columna. Es el mismo hombre barbudo que por arriba sostiene el edificio; por abajo tiene además, debajo de la boca, una voluta doble que parece escaparse, voluta que, segun nos han dicho, era la imágen simbólica del viento y de la palabra.

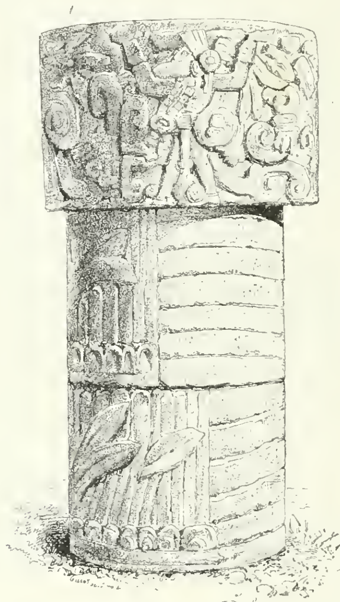


Fachada del Castillo. (De fotografía)

¿Habrán querido significar con esto los constructores que los toltecas erigieron el edificio en honor de Quetzalcoatl y que habian civilizado á los mayas con la palabra? Aquí hago punto: luégo veremos otros monumentos que nos traerán á la memoria recuerdos análogos, y prosigo mi narracion.

Los ímprobos y rudos trabajos de estampacion, las subidas y bajadas á nuestra pirámide nos tenian molidos y asendereados; lo cual no habria sido nada si hubiéramos podido dormir; pero á los dias de calor sofocante sucedian noches glaciales; el frio y las fuertes corrientes de aire nos mantenian despiertos gran parte de la noche, y por la mañana nos levantábamos

más quebrantados que la víspera. Con todo, nuestros malos ratos tenian su compensacion, como, durante nuestros insomnios, los paseos circulares que dábamos por la plataforma de la pirámide, donde conversábamos fumando un cigarro; el espectáculo de las noches serenas y despejadas; los arco-iris nocturnos que aparecian cuando el tiempo estaba húmedo y que tan rara vez se pueden admirar; ó bien sucedia que la sombra de la pirámide, proyectada sobre los blancos vapores que cubrian la llanura, parecia flotar en el espacio, rodeada de una inmensa y brillante aureola. Era la primera vez que presenciábamos un espectáculo tan extraordinario: formaba como una especie de halo terrestre, y los fanáticos adoradores de



Columna del Castillo de Chichen-Itza



Columna tolteca de Tula

Cuculcan, ante semejante fenómeno, no hubieran dejado de atribuirlo á milagro.

No siempre teníamos cocinera, y mi criado Julian era tan pobre marmiton que yo preferia ocuparlo en los moldes, desempeñando nosotros por turno tan enojosa tarea, lo que implicaba gran pérdida de tiempo para nosotros.

Cierta noche, á eso de las nueve, cuando todo el mundo dormia, hallábame solo con la imaginacion llena de ruinas y de los recuerdos del pueblo que los habia habitado, y estaba escribiendo mis impresiones del dia, cuando de pronto ví á mi lado una encantadora muchacha. Túvela por una aparicion: ¿no seria la sombra de una princesa maya evocada por mis recuerdos? ¿De dónde habia salido? ¿Cómo habia llegado junto á mí? La linda desconocida me miraba sonriendo, y yo continuaba estupefacto, sin saber qué decirle, cuando divisé el perfil de otro personaje en la penumbra de la puerta. Era el comandante de Pisté.

—Parece que le sorprende á V. nuestra visita, me dijo.

—Un poco, le contesté: á esta hora y en una noche tan oscura...

—Para los valientes lo mismo da una hora que otra, replicó; he sabido que no tenia V. cocinera, y le traigo la mia.

¡Una cocinera! ¡Oh amarga decepcion! ¡Mi princesa india una cocinera! Volví á mirarla, y á pesar de todo siguió pareciéndome princesa por su hermosura y por su edad.

De todos modos, era un desprendimiento bastante raro por parte del comandante de Pisté. Díle, sin embargo, las gracias, á pesar de encontrarme en una situacion bastante embarazosa, por no saber dónde alojar á la preciosa jóven. Llamé á Julian para mandarle que dispusiera una cama de esteras; pero mi criado, que dormia como un liron, no contestó; esto me sacó de apuros, pues me dió tiempo para reflexionar, y recelando el peligro, despedí al jóven comandante y á su hermosa cocinera, dándoles las gracias por su solicitud.



Bajo relieve con inscripcion en el palacio de Akab-sib. (De fotografía)

El palacio llamado Akab-sib, apelativo moderno derivado del lenguaje figurado de los indios, significa «escrito en la oscuridad.» Este nombre se le ha dado á causa de un relieve con su inscripcion, del que insertamos una copia sacada de una fotografía, y el cual se halla en el dintel de una puerta interior, en el extremo Sur del edificio.

No nos es posible dar ninguna explicacion de este bajo relieve, pues la figura sentada representada en él con el brazo levantado y el dedo extendido, como en señal de mando ó interrogacion, sobre un vaso lleno de cosas indistintas, ofrece poco recurso á la imaginacion. Unicamente haremos observar la semejanza de los caractéres de la inscripcion con los de Palenque. El edificio contiene diez y ocho aposentos, y se asienta en una pirámide maciza con una gran escalinata que mira al Este; es muy sencillo y no tiene asunto alguno de ornamentacion.

El Caracol es un edificio de forma redonda, de unos siete metros de diámetro, con doble corredor interior y un pilar central; es una especie de torre cuyo uso es difícil de explicar.

El Chichan-Chob (la Casa encarnada) que los indios me habian dicho en mi primer viaje

que se llamaba la Cárcel, es una pequeña construccion situada á unos cuantos centenares de metros del Caracol; está completo, y contiene tres habitaciones pequeñas, precedidas de un corredor que ocupa toda la anchura del monumento, y en el cual hay una inscripcion, cuyos carácteres están ya muy estropeados.

XI

Los dos cenotes de Chichen-Itza.—Templos arruinados.—El templo del cenote sagrado.—El Juego de pelota.—Historia.—Detalles del monumento.—Pórtico.—Pinturas.—Bajos relieves.—Nuevas analogías.—Los dioses Tlaloc de Chichen y de las altas mesetas.—El mercado.—Fin de nuestros trabajos.—El coronel Traconis.—La retirada.

He dicho que habia en Chichen-Itza dos cenotes, inmensas depresiones del terreno, de paredes perpendiculares, que contienen una profunda capa de agua alimentada por las corrientes subterráneas. Estos dos depósitos han motivado sin duda la fundacion de la ciudad y agrupado en su derredor la gran poblacion de que nos hablan los historiadores. Los habitantes de Chichen no necesitaron emprender los penosos trabajos de perforacion de los pozos que Stephens ha descubierto en el Sur, en Zibilnocas, y que tienen veinticuatro piés de profundidad; tampoco tuvieron que construir cisternas, ni grandes estanques artificiales, como veremos en Kabah y en Uxmal, trabajo gigantesco, dados los instrumentos de que disponian; la naturaleza les habia proporcionado agua en abundancia en esos depósitos inagotables, cuyo nivel jamás bajaba, por mucha que fuese la sequía. Uno de los dos cenotes está en el centro de la ciudad y era el usual; el otro, el cenote sagrado, se halla situado al Norte del Castillo, separado de los edificios y en los confines de la ciudad. Para llegar á él nos abrimos un camino á través de los bosques, pero ántes encontramos una grande estatua de Tlaloc, semejante á la que daremos más adelante y entera. Cerca de ella descuellan montones de ruinas, restos de dos templos, al pié de los cuales vemos las inmensas cabezas de la sempiterna serpiente con plumas Quetzalcoatl, ó Cuculcan, que parece haber sido el dios principal del pueblo de Chichen. En los lienzos de pared que aún se conservan en pié noto bajos relieves en perfecto estado de conservacion, uno de los cuales representa un gran pez con cabeza humana y el otro un personaje con calavera.

El cenote está ciento cincuenta metros más allá; es de forma oblonga y sus dos diámetros variarán entre cuarenta y cincuenta metros. No se puede llegar á la capa de agua, pues la pared, en la que no hay brecha alguna, es perpendicular por todas partes y de unos veinte metros de altura. El agua parece verde, ya á causa de su profundidad, ó ya por reflejar el verdor que la rodea; y su aislamiento, la superficie de las paredes llenas de malezas, arbustos y bejucos como los muros de un vetusto castillo, el aspecto salvaje del bosque, y sobre todo los lúgubres recuerdos unidos al cenote, le rodean de una tristeza dramática, indecible. Aquel era un sitio de peregrinacion y de sacrificios; Chichen era una ciudad santa, y entre estos sitios venerandos, el cenote figuraba en primer lugar. En sus orillas descollaba un templete cuyas ruinas subsisten, y allí se ofrecia á la divinidad del lugar, no tan sólo collares de piedras preciosas, y vasijas de oro y plata, sino tambien niños y hombres, y probablemente desde allí se los precipitaba al abismo.

Landa nos habla tambien del cenote y del templo, al cual se llegaba por una calzada ancha y hermosa; dice que en el segundo habia vasos y ofrendas de todas clases y añade que en 1560 todavía se sacrificaban personas. ¿No es esto bastante claro? Tenemos un camino cimentado en buen estado, un templo intacto y lleno de ídolos llevados por los indios actuales, más de cuarenta años despues de la conquista; ofrendas de todas clases recien consagradas al dios del lugar, estatuas que representaban á los mayas tal como se les conocia con sus trajes nacionales, ¡y todavía se dirá que esos templos han sido construidos por una raza desconocida, que esos monumentos son anteriores á la era cristiana! La relacion de Landa bastaria para abrir los ojos al hombre más cegado por los prejuicios; la ciudad era, si no enteramente moderna, de una época relativamente reciente, estando sin duda habitada cuando Francisco de Montejo la ocupó por vez primera en 1527, toda vez que aún acudian fieles á los templos en 1560. Aparte de esto, Stephens, ese explorador de genio, con su imperturbable buen sentido no se habia engañado: defendia la misma causa, la modernidad de las ciudades yucatecas, con ménos pruebas en su apoyo.

Estaban escritas estas páginas cuando llegaron á mis manos las crónicas de Chicxulub, redactadas por el cacique indio Nakuk Pech, testigo de la conquista. Este manuscrito, traducido y publicado por Brinton (Filadelfia 1882), contiene los pormenores más preciosos y viene á prestar á mi teoría la autoridad de un documento oficial.

IV. Hablándonos Nakuk Pech del itinerario de Francisco de Montejo, cuando su expedicion de 1527 á Chichen-Itza, nos dice: «Y se puso en marcha en busca de Chichen-Itza así llamado; allí rogó al *rey de la ciudad* que fuese á verle, y el pueblo le dijo: *Hay un rey, oh señor, hay un rey, Cocom aun Pech, el rey Pech, el rey Chel de Cicantum;* y el capitan Capul le dijo: *Guerrero extranjero, descansa en estos palacios; así lo dice el capitan Capul.* —¿Se pondrá en duda todavía que Chichen estaba habitado?

Con respecto á Izamal, el indio nos habla del sacerdote Kinich-Kakmó.

XVIII. «En el año 1542, cuando los españoles se establecieron en el territorio de Mérida, el primer orador, *el gran sacerdote Kinich-Kakmó de Izamal y el rey de los Tutulxins de Mani se sometieron á ellos.*» Kinich Kakmó era pues el nombre genérico de los grandes sacerdotes de Izamal y ejercia sus funciones en la época de la llegada de los españoles, lo que nos prueba que los templos y palacios de Izamal estaban habitados como los de Chichen. Esto no puede ser más evidente, y facilita en extremo nuestra tarea.

Desde el cenote sagrado pasamos al Juego de pelota, el más considerable y mejor conservado de los edificios del mismo género, destinado al juego nacional de las poblaciones americanas. Compónese de dos gruesas paredes perpendiculares de mampostería, de casi cien metros de longitud por diez de espesor, y separadas treinta y cinco entre sí. Las dos paredes están orientadas en direccion norte-sur, y en sus extremos hay dos pequeños edificios, uno de los cuales, el del Norte, que representamos aquí, no contiene más que una pieza, abierta al sur, con un pórtico de columnas que formaba una verdadera galería desde la cual podian presenciar los grandes señores, resguardados del sol y del calor, la destreza de los jugadores. El estado ruinoso de este pequeño edificio no nos permite juzgar de su arquitectura ni de su

ornamentacion exterior; pero el interior era de gran riqueza, y las columnas y paredes están cubiertas de bajos relieves en los que se ostentan largas filas de personajes, tan corroidos por el tiempo que no podemos copiar ninguno. Por fortuna, encontraremos otra sala del mismo género mejor conservada. En medio de las dos grandes paredes habia empotradas, una enfrente de otra, dos grandes anillas de piedra por cuyo agujero habia de pasar la pelota ó bala de los jugadores, anilla semejante á la que representa el grabado de la pág. 294 descubierta por mí en Tula y que procedia del Juego de pelota de la antigua ciudad tolteca. Las anillas de Chichen, una de las cuales está todavía en su sitio, son poco más ó ménos de las mismas dimensiones que la de la Tula.

La sola existencia de este gran monumento destinado al juego nacional del que nos hablan todos los historiadores y al cual llaman Tlachtli y Tlachco, es ya una prueba harto convincente de la influencia tolteca en el Yucatan, por cuanto representa las construcciones que tenian el mismo destino en las tierras altas. Las enormes proporciones del Tlachtli de Chichen-Itza, la riqueza ornamental del monumento, del cual se pueden admirar algunos detalles, nos demuestran que el juego nacional de las altas mesetas no habia desmerecido en el Yucatan.

A juzgar por los fragmentos de escultura que nos quedan, como basas, fustes de columna y bajos relieves, podemos suponer que este magnífico edificio estaba dedicado á Quetzalcoatl ó Cuculcan, que representan el mismo personaje deificado. En efecto, hay en el extremo sur de la pared oriental un monumento en el cual se ve su imágen simbólica por doquiera.

Este monumento se compone de dos piezas de rica ornamentacion, la primera de las cuales que tenia un pórtico como las que ya hemos visto, descollaba con proporciones mucho más grandiosas: la fotografía que de ella damos bastará para que se juzgue de su importancia. La cabeza de serpiente que sirve de basa á la columna y cuya lengua maciza sale de su boca entreabierta, tiene más de tres metros de largo; el asunto está bien tratado, la escultura muy acabada y el conjunto lleno de gracia y majestad. La serpiente es la imágen consagrada de Quetzalcoatl. El estilo de esta cabeza es enteramente igual á las que debian adornar el gran templo de México, acabadas de descubrir al abrir unas zanjas delante de la catedral, y que datan de 1434 á 1486.

En la parte superior de este mismo monumento y mirando al Sur, hay un bonito friso con una serie de tigres que tienen las patas levantadas, de hermoso carácter, cuyo friso debe representar tambien á Quetzalcoatl: lo cual viene á corroborar mi aserto de que los toltecas dedicaron en Chichen este Juego de pelota á dicha divinidad, puesto que no tan sólo la encontramos bajo la imágen simbólica de la serpiente cubierta de plumas, sino que tambien bajo la de los tigres del friso, los cuales deben recordar una leyenda que encontramos en Mendieta y que más adelante reproduciremos.

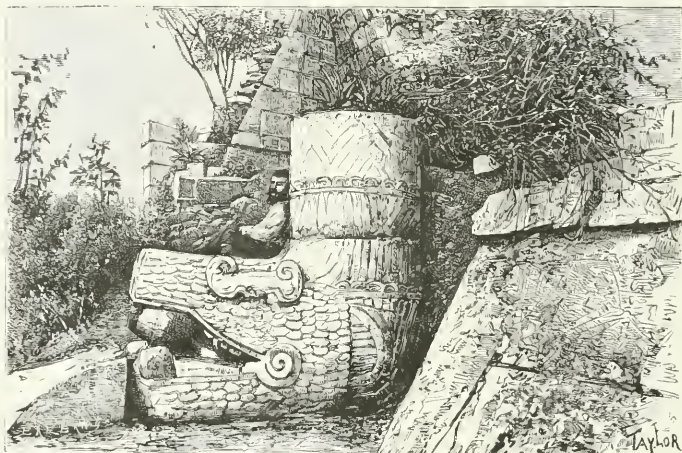
En este mismo edificio, la pieza reentrante del pórtico arruinado del que hemos presentado la imágen contenia hace veinte años los documentos más preciosos; era una serie de pinturas que reproducian varios episodios de la vida íntima y de la vida pública de los mayas. Estas pinturas han desaparecido hoy, destruidas por exploradores bárbaros ó por los antiguos



El juego de pelota en Chichen-Itza. (De fotografía)

habitantes de Pisté. Por fortuna nos quedan las esculturas que los dos pilares de la puerta llevan en tres de sus caras.

En ellas encontramos asimismo muchas analogías con ciertos monumentos de México, de procedencia tolteca. Esos personajes, esos jefes guerreros de abultados perfiles nos presentan los tipos, conocidos y pintados ya, de los civilizadores de las altas mesetas; y sus vestimentas de gala, como las de los personajes de los bajos relieves de que hablaremos á continuacion, son casi las mismas que las de los guerreros de la piedra de Tizoc en México. Llevan la



Pórtico en Chichen-Itza. (De fotografía)

misma clase de tocados de plumas, el gran collar de piedras preciosas, un haz de flechas en la mano izquierda, y en la derecha la misma arma singular que los personajes del Cuauhxicalli, de suerte que nos pareceria estar presenciando una de las ceremonias del Anáhuac tal como la ha descrito Sahagun, el historiador que nos ha trazado el cuadro más completo de las costumbres indias.

Hablando Sahagun de las ceremonias públicas del décimooctavo mes, llamado Izcalli, dice:

«Los grandes personajes llevaban una gran corona de papel á modo de mitra, pero sin la parte posterior. En la nariz tenian un objeto de papel azul, que representaba una mitra de pequeñas dimensiones y que al bajar formaba, por decirlo así, una corona en la boca; de su cuello pendian medallones, y en la mano sostenian unos pedazos de madera tallados en forma de cuchillo, la mitad blanco y la otra mitad encarnado.» En el grabado siguiente el personaje de la izquierda lleva la mitra sin la parte posterior, y, lo propio que el de la derecha, tiene en la nariz el adorno susodicho que le cae sobre la boca, y que veremos mejor en los bajos relieves siguientes; ambos ostentan el pesado collar y llevan en la mano derecha el cuchillo de madera, exactamente igual al esculpido en la piedra de Tizoc.

¿Esta similitud no es extraña y sorprendente? En los dos bajos relieves cuya copia insertamos en la pág. 400 y que representan un detalle y un conjunto de las esculturas decorativas

de una sala del Juego de pelota, observamos iguales analogías con los personajes de la piedra de Tizoc que asimismo reproducimos á continuacion para que se vea la exactitud de nuestro aserto. El lector podrá comparar ambos documentos y cerciorarse de su semejanza.

Finalmente, para terminar con las similitudes que establecen una conexion indudable entre la civilizacion de Chichen y la de las altas mesetas, en la pág. 401 incluimos la reproduccion de dos estatuas, que tal vez hagan convenir con nuestra teoría á los más tenaces en de-



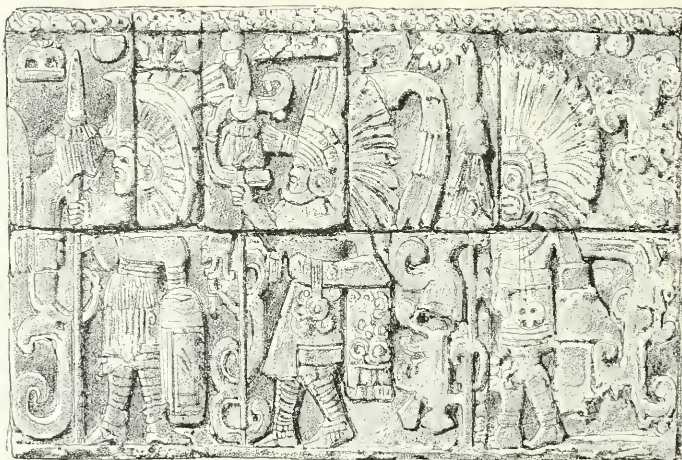
Jambas de la puerta del Juego de Pelota en Chichen-Itza

fender la opuesta. La primera es procedente de Chichen-Itza, donde la descubrió hará cinco ó seis años un explorador americano llamado Leplongeon: la segunda, de las cercanías de Tlaxcala, muy cerca de México, esto es, á gran distancia de la primera. En opinion del doctor Hamy, en la cual abundo, ambas estatuas deben representar al dios Tlaloc, dios tolteca, el dios de la lluvia y la abundancia.

La vista de las dos estatuas no puede ménos de inspirar una sola y misma idea áun al ménos arqueólogo, y es que representan ó el mismo personaje ó el mismo dios. La diferencia en la factura no influye en nada: es la misma personificacion, igual símbolo, idéntico individuo en la misma postura, echado de espaldas, con la misma vasija en el vientre para recoger la lluvia y el propio tocado; una de dichas estatuas es de piedra caliza, la otra de basalto, y aunque la segunda procede de Tlaxcala, puede ser tolteca pura, porque tiene un carácter arcaico muy marcado. Debe ser por lo tanto muy antigua; pero, cualquiera que sea su procedencia, es tolteca de nacimiento ó por filiacion y nos ilustra acerca del orígen de la primera.

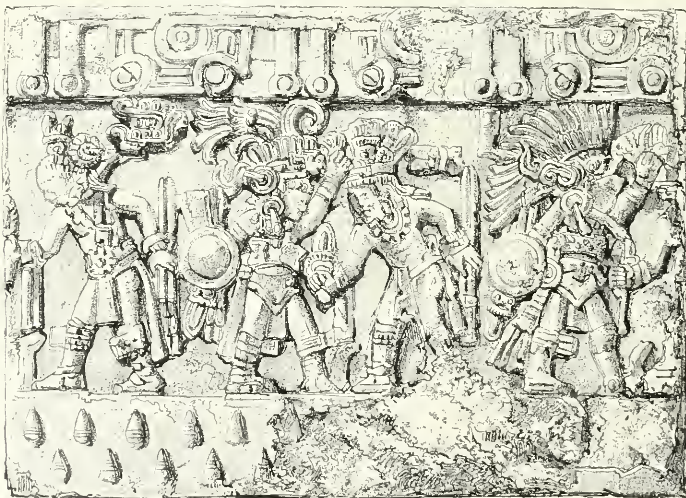
Para concluir con lo relativo á Chichen, réstanos visitar un monumento de los más singulares, que nadie ha podido comprender y cuyo probable destino procuraremos indicar.

Al Este del Castillo, y á unos cincuenta metros del pié de la pirámide, está el curioso monumento á que aludo, y del cual dan una idea enteramente falsa los dibujos de Stephens. Es un conjunto de muchos centenares de columnitas colocadas con regularidad por hileras de



Bajo relieve de una sala del Juego de pelota en Chichen-Itza. (De fotografía)

cuatro ó cinco, separadas por espacios de cuatro metros y que forman un inmenso cuadrilátero. Estas columnas, algunas de las cuales están en pié, se componen de cinco fustes redondos, terminados en un capitel cuadrado sin ninguna escultura, pero perfectamente labrado;



Bajo relieve de la piedra de Tizoc. (De fotografía)

teniendo cada columna lo ménos dos metros de altura. La mayor parte de ellas están tumbadas con sus fustes desunidos, pero en órden, al paso que otras los tienen diseminados al azar. En los ángulos nordeste y sudoeste del cuadrilátero habia dos edificios, hoy destruidos, y en los que se encuentran hermosos fragmentos de escultura.

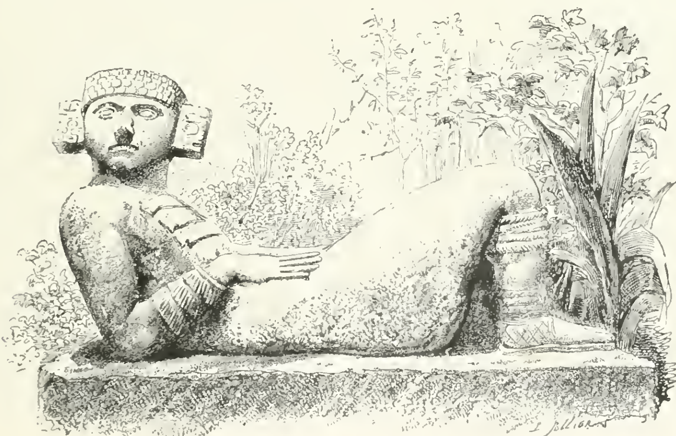
En mi concepto, era el mercado de Chichen-Itza.

No es creible que un centro tan importante, tan célebre y tan populoso no tuviera absoluta necesidad de un establecimiento de este género, cual lo tenian todas las grandes ciudades



Estatua del dios Tlaloc encontrada en Chichen-Itza

de las altas mesetas; y el que esté al corriente de las relaciones del tiempo de la conquista y de lo que nos cuentan acerca del mercado de Tlatelolco, con sus columnatas, sus galerías y los edificios en que se instalaban los jueces encargados de dirimir contiendas y sentenciar



Estatua del dios Tlaloc encontrada en las cercanías de Tlaxcala

pleitos, no podrá ménos de reconocer un establecimiento de esta índole en el monumento de Chichen, con sus columnas bajas que debian de sustentar un tablado de madera con techo de paja, grandes galerías flanqueadas por las dos construcciones cuyos restos vemos y que podian servir de asiento para los jueces de la poblacion.

Así pues, este monumento nos recuerda el gran mercado mexicano y tambien los mercados orientales, por lo comun compuestos de pilares ó estacas siempre bajas que sostienen techos de bálago, bajo los cuales se sientan los vendedores, pero que son suficientemente altos para que puedan circular los compradores.

Nos resistimos á creer que en la gran ciudad de Chichen, en la cual debia de haber una poderosa corporacion de mercaderes y reunirse cada dia, ó en dias determinados, gran muchedumbre de personas, se dejara á compradores, vendedores y mercaderías expuestos á las inclemencias de un clima tórrido. La situacion de este monumento, en el centro de la ciudad y á la vista de las autoridades, me parece admirablemente escogida, y el órden que ha presidido en su construccion me permite asegurar con toda probabilidad que debia ser el mercado de la ciudad.

A pesar de la importancia de Chichen-Itza y de tener aún mucho que decir, me veo obligado á detenerme: he tenido que suprimir de mi narracion muchos documentos; nada he dicho acerca de los testimonios de los historiadores que vendrian á apoyar mi teoría, y en estas páginas me limito á hacer una reseña general, á dar el esqueleto de la interesante historia de la civilizacion en América.

Proseguian entre tanto nuestros trabajos de estampacion á la par de nuestras exploraciones; habíamos reunido ya más de sesenta metros cuadrados de bajos relieves escogidos entre los más interesantes y los más hermosos, y pensábamos ya en partir. Como el embalaje y el acarreo de los moldes que acabábamos de recoger era asunto delicado, lo confié á hombres exclusivamente destinados á él, á quienes prometí una buena gratificacion, y la víspera de nuestra partida los envié á Pisté, donde debíamos reunirnos con ellos. Habíamos aguardado en vano la anunciada visita del coronel Traconis, cosa que sentimos tanto más cuanto que gracias á su amabilidad dispusimos de una numerosa escolta de soldados que mostraron la mayor solicitud en nuestro servicio. Los caballos de silla y de carga habian llegado ya de Citas: habíase bajado el material de las alturas de la pirámide, y estábamos ocupados en cargarlo, cuando llegó el coronel. Sólo tuvimos tiempo para darle las gracias durante el corto trayecto de Chichen á Pisté que anduvimos juntos: allí se separó de nosotros para tomar el camino de Valladolid, punto de su residencia. Nosotros nos reunimos con los hombres que habian partido la víspera, y organizamos el convoy para emprender en fila india el camino de Citas. Las estampaciones, con las que hicimos inmensos rollos cubiertos de lienzo negro dado de cautchuc, iban delante, en angarillas, semejantes á las parihuelas de los pobres: detrás seguíamos nosotros en silencio, y nuestra escolta parecia una guardia fúnebre custodiando los ornamentos sagrados de los caciques de Chichen. Llegamos á Citas sin tropiezo, y dos dias despues estábamos en Mérida.

XII

Salida para Ticul.—Uayalceh.—Mucuiche.—Sacalun.—Ticul.—Instalacion.—Excavaciones en San Francisco.—Malogro.—Vasos yucatecas.—Una fiesta en la hacienda de Yokat.—Misa celebrada en maya.—Toros y bailes.

Desde Mérida vamos á encaminarnos al Sur, á Ticul, para llegar á las hermosas ruinas de Kabah. En estos caminos, que siempre son iguales, no hay nada de particular; el Yucatan no es pintoresco, y conociendo un camino, quedan conocidos todos los demás.

Por esta region, las viviendas, las fincas están más próximas y son más ó ménos ricas ó importantes.

Salimos muy de mañana como de costumbre, y llegamos á Uayalceh á eso de las nueve; desensillamos las mulas para dejarlas descansar un rato y vamos á almorzar.

En esas grandes viviendas, la hospitalidad no es gratuita, pero la acogida es cordial, los empleados son complacientes y los precios módicos. Miéntras se prepara el almuerzo, vamos á visitar la hacienda. Uayalceh, nombre indio que significa «descanso del ciervo,» es la mayor y más rica explotacion agrícola del Yucatan.

Su principal y única riqueza es el henequen ó geniquen, ese textil de que hemos hablado, y no creo que se cultive allí otra cosa, aparte del maíz necesario para el consumo del numeroso personal de la hacienda. Dicho producto es suficientemente reproductivo, pues me aseguran que el beneficio líquido asciende á cincuenta mil duros. ¡Y la finca se vende por doscientos mil! El veinticinco por ciento! Aviso á los aficionados; yo siento no disponer de esos doscientos mil pesos.

En la hacienda hay ocupadas mil doscientas personas, y todas ellas trabajan: fuera de la fábrica hay un aparato de cordelería en el que se aprovechan los desperdicios del henequen para hacer cuerdas de todas clases y gruesos. Los niños, reunidos en grupos en el interior de la casa, y vigilados por un indio viejo, se dedican cantando á limpiar un producto cuyo nombre ignoro. Unos hacen estopa, otros acarrean piedras, miéntras que una larga fila de mujeres va y viene de la noria con sus cubos vacíos y llenos. Es un cuadro animadísimo y á no ser por el vapor, pareceria una escena bíblica llena de atractivo.

En el terraplen se escalonan por hileras varios plantíos de árboles frutales alternando con rosales en flor, formando luégo un espeso bosquecillo alrededor de la fábrica. Allí llenan el ambiente de perfumes ó prestan grato abrigo con su impenetrable sombra, toda la familia de las sapotáceas, de los plátanos, de los cocoteros y de naranjos tan grandes como robles.

Pero nos espera el almuerzo, servido al fresco en una galería, abundante, bien guisado, amenizado con vino catalan, y terminado con una taza de café excelente. Pagamos, ensillan las mulas, y emprendemos la marcha, dando las gracias al mayordomo por su amable hospitalidad.

En Mucuiche hay otra hermosa hacienda, pero está desierta; allí hacemos un pequeño alto para ver un cenote que me recuerda al de Aké; luégo llegamos á Sacalun, en donde nuestras mulas, cubiertas de sudor, descansan un rato.

Sacalun es una pobre aldea, en otro tiempo floreciente, pero que no se ha recobrado del

pillaje, del incendio y de la matanza que sufrió cuando la invasion de los indios bravos en el año 1845. Lo único que ofrece algun atractivo para el viajero es su hermoso cenote, inmensa rotonda de veinte metros de elevacion, en el cual se penetra por una abertura casi circular que tiene una escalinata formada de peldaños de troncos, por la cual se llega á la capa de agua; de la bóveda penden estalactitas prontas á juntarse con las estalagmitas del suelo, y su conjunto es grandioso y salvaje.

A tres leguas de Sacalun, está Ticul, á donde llegamos á las tres de la tarde.

Nuestro amigo D. Antonio Fajardo habia mandado que nos preparasen allí una casa en la cual nos instalamos al punto. De Ticul debíamos partir para Kabah y Uxmal.

Ticul es una verdadera ciudad, rica y bonita, con hermosas casas y grandes almacenes, situada cerca de la cadena de colinas que atraviesa la península de noroeste á sudeste. Han desaparecido ya las huellas de la guerra india; todo parece nuevo, excepto la iglesia y el convento en que vivia el abad Carrillo tan celebrado por Stephens, convento que está ruinoso. En una de sus pocas piezas habitables, vive el nuevo cura, hombre jovial, simpático, comunicativo y hermano del padrecito de quien tan á menudo nos ha hablado el viajero americano.

Los habitantes de Ticul son gente amable, y nos reciben admirablemente; tampoco hay allí fonda ni posada, pero en la tiendecita en donde comemos, encontramos una mesa bien servida y una cocina muchísimo mejor que la de Mérida.

El Sr. Fajardo se presta á ser nuestro comensal; en aquella tienda recibimos, y allí vienen á vernos el jefe político, que se pone á nuestras órdenes; el doctor Benjamin Cuevas, arqueólogo distinguido que me regala un precioso baston de zapote encarnado, tallado en un dintel de madera procedente de las ruinas de Kabah; el maestro de escuela que habla tres lenguas, y varios empleados del Estado, de suerte que pasamos las veladas en sabrosas y entretenidas pláticas sobre las ruinas de las cercanías.

Nos designan la hacienda de San Francisco, situada á tres kilómetros en el camino de Sacalun, diciéndonos que es un antiguo centro indio en el cual todavía hay eminencias sin explorar. Hacia dos años que se habia excavado una de ellas, habiéndose descubierto un esqueleto y vasijas en buen estado de conservacion. Abrigué pues la esperanza de tener la misma suerte, y resolví hacer la prueba.

Habia llevado picos, palas y azadones; pedí trabajadores y me los proporcionaron al punto y al dia siguiente muy temprano pusimos manos á la obra.

El oficio de excavador se parece algo al de pescador de caña; si se coge un pez, todo va bien; el oficio tiene sus atractivos. Así tambien, cuando se descubre una tumba, por más que esté vacía, un esqueleto, una vasija, una antigüedad cualquiera, basta para mantener el celo, para reanimar el ardor. Pero cuando no se encuentra nada, que fué lo que me sucedió, la tarea causa gran desaliento. En vano removimos los lados de una loma; llegamos hasta el centro y excavamos hasta una roca sin descubrir más que fragmentos sin valor. Pasamos el dia entregados á tan infructuoso trabajo, y al siguiente abrimos una zanja profunda en otra loma, sin mejor resultado. Me dí al fin por vencido y desistí de la empresa.

Por fortuna, no faltaron almas caritativas que tuvieron á bien consolarme de mi malogra-

da tentativa; y cuando me ocupaba por la noche en redactar la historia de mis estériles esfuerzos, me regalaron unas cuantas vasijas, encontradas tiempo atrás en los mismos sitios. Dos de estos curiosos objetos son los que reproducimos en el grabado adjunto, así como otro, simple resto, procedente de San Juan de Teotihuacan, cerca de México. Los hemos puesto juntos para que se pueda comparar, en punto á cerámica, la afinidad que existe entre el arte yucateca y el arte tolteca de las tierras altas.



Vasijas del Yucatan y de Teotihuacan

No llamaré la atencion hácia la belleza del trabajo, de la que en verdad carecen; esas vasijas son feas, por lo ménos las yucatecas; son jarros comunes. El fragmento de Teotihuacan es más bonito. Pero sí me fijo en su semejanza y en la clase singular de su ornamentacion, comun á todas, y que viene en apoyo de la teoría que desarrollo.

El exámen de estos cacharros nos demuestra que el alfarero los fabricaba lisos, con ciertos relieves, pero sin moldes; los cocia así con el color y el barniz, y luégo los entregaba al artista que con su cincel de piedra esculpia en la tierra cocida y dura los dibujos y figuras que las adornan. La gran vasija yucateca ofrece á la vista palmas ó probablemente una figura simbólica; la segunda un personaje sentado con un tocado de plumas, y más arriba una cenefa de grecas; el fragmento de Teotihuacan, un hombre en posicion inclinada, llevando en la mano derecha un palo ó un cetro, y ofreciendo al parecer con la izquierda un objeto indeterminado á alguna persona grabada en el trozo de vasija que falta.

¿No diria cualquiera que los tres jarros proceden del mismo sitio y pertenecen á la misma civilizacion?

Debíamos ir á las ruinas de Kabah por la hacienda de Santa Ana, de la cual dependen; pero no hay abierto ningun camino para cruzar los cuatro kilómetros que dista la hacienda de las ruinas. Don Antonio me aconseja que envie algunos hombres para que nos abran uno, y, mediante una órden del jefe político, podré disponer de una brigada de indios de Santa

Elena. Tendremos que aguardar dos dias; y como hay fiesta en la hacienda de Yokat, su dueño, nuestro amigo Fajardo, me convida con muchas instancias.

Acepto y partimos.

Las fiestas del Yucatan son tal vez más concurridas que en parte alguna, y áun cuando se celebren en el campo atraen tanta gente como en la ciudad. La de Yokat debia durar tres dias; no faltando nada en ella, como corridas de toros, bailes, comidas al aire libre, tiendas y puestos de todas clases, etc., y acudiendo gente de diez leguas en contorno. El camino está lleno de transeuntes y volantas, y estos extraños vehículos, llenos de mujeres vistosamente vestidas, parecen canastillas de flores.

Llegamos; la hacienda, muy bien situada al pié de una escarpada colina, consta de grandes edificios y de jardines soberbios; su afortunado propietario se recrea en verme admirarlo todo.

Oimos misa con sermon en lengua maya, cuya dulzura y suavidad me encantan; la capilla está sustituida por una larga galería en la cual se aglomera un considerable número de lindas mujeres, con sus hermosos vestidos bordados y llenas de cadenas de oro; sentadas en el suelo ó arrodilladas, asisten con fervor y recogimiento á la ceremonia religiosa. Tan luégo como el sacerdote pronuncia el *Ite, missa est*, salen como una bandada de aves.

Siguen luégo las presentaciones; estrecho las manos de las reinas de la fiesta, tres jovencitas de quince á diez y ocho años, una de ellas de sorprendente belleza. Todas se distinguen por su gracia pudorosa, por su lánguido continente, por una morbidez que les prestan encanto indecible. Nos traen un refresco, y siguiendo la costumbre, cada una de aquellas sirenas se acerca á humedecer sus labios en mi vaso.

El gentío va aumentando por momentos, inundando ya los anchurosos patios de la hacienda y el inmenso espacio vacío que hay delante de ella; en este espacio está el sitio destinado para la corrida de toros, gran edificio de ramas construido en un santiamen con esa habilidad especial que tienen los indios para toda construccion provisional. Tablones, ramas, hojas de palmera, bejucos, pero ni un clavo; y sin embargo, todo se sostiene, y esos ligeros andamiajes soportarán sin doblegarse el peso enorme de millares de espectadores.

En frente está el salon de baile, que es de follaje, y diseminadas al azar una porcion de barracas y puestos, ante los cuales se agolpan numerosos compradores sedientos; el estaventun y la cerveza inglesa se beben á jarros; las cabezas se calientan, reinando allí una baraunda, un ruido, una confusion de palabras, gritos y exclamaciones que no es posible entenderse.

Llega la hora de la corrida, y el circo se llena de espectadores; para mí, el interés del espectáculo no está en el redondel, sino en las andanadas, llenas de mestizas contentas y sonrientes; en las gradas, en donde los bordados amarillos, encarnados y azules, se destacan de relieve sobre el blanco de los *uipiles* y de los *fustanes*, y entre oleadas de encajes sobre los que lanzan fúlgidos destellos las cadenas de oro y las joyas.

¡Qué espectáculo tan animado! Y cosa extraña: habiendo allí más de dos mil personas, los hombres sólo figuran en número de tres á cuatrocientos; aquello parecia una asamblea de mujeres. Esta desproporcion entre el elemento masculino y el femenino se echa de ver en

todos los países cálidos en los que se establece la raza blanca. Lo notamos ya en Java, en donde de siete nacimientos se cuentan cinco hembras y dos varones. Aquí la desproporcion es mayor; segun me dicen, es de siete ú ocho por diez. Mi patron tiene ocho hijas y dos hijos, de suerte que en una poblacion de 111,000 blancos ó mestizos, apénas habria 22,000 varones; reduccion que no debe aplicarse naturalmente á la raza india, que siendo en número de 150,000 almas, restableceria un tanto el equilibrio.

Hay que añadir que las guerras civiles é indias, en las que han perdido la vida tantos hombres, vienen á rebajar la proporcion, haciendo probable este enorme excedente del elemento femenino. Con todo, no hay ninguna estadística que nos ilustre acerca de estos datos, que pueden ser exagerados.

Lo cierto es que aquella concurrencia me permitió hacer, con sus diversos tipos, un estudio interesantísimo; las personas de la clase baja tienen algo de malayo y chino; las narices abultadas de los toltecas que hemos visto en los bajos relieves, han sido sustituidas por las aplastadas de los yucatecas; los pómulos de estos son salientes, los ojos ligeramente oblicuos, y he visto bocas de belfos abultados y salientes. Algunas cabelleras rizadas denotan mezcla de sangre negra, y veo manos tan pequeñas con pulgares tan poco desarrollados, que parecen simios. La conquista y la introduccion de algunos esclavos negros nos explican estas variedades.

Aturdido de tanto ruido, cansado de música discordante y de danzas graciosas, pero siempre las mismas, regreso á Ticul, para adquirir noticias de mis trabajadores, pues tengo prisa por verme en Kabah: al llegar me dicen que el camino de las ruinas está abierto y que puedo partir cuando quiera.

XIII

Hacienda de Santa Ana.—Restos importantes.—Visita á las ruinas de Kabah.—Reseña de los monumentos.—Primer palacio.—Muralla ornamental.—Cisternas.—Habitacion interior.—Segundo palacio.—Gran pirámide.—Historia y citas de los autores.—Los dos bajos relieves de Stephens.

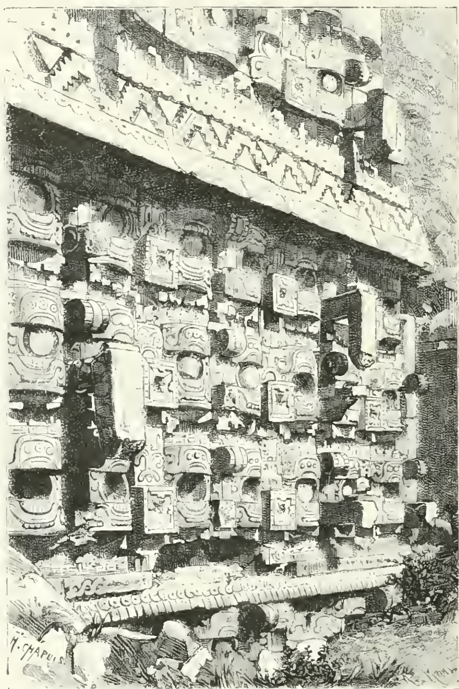
Don Antonio nos acompañó á la hacienda de Santa Ana de la que es administrador; vamos á instalarnos en ella, y las volantas nos llevarán desde allí á las ruinas por el camino que hemos mandado abrir.

Santa Ana está á cuatro leguas de Ticul, y Kabah una legua más allá. Este caserío, que es muy antiguo, fué abandonado durante la guerra social, y hoy lo están reparando. Los materiales empleados en la construccion se sacan de las cercanías, de un grupo de pirámides importantes, que en otro tiempo sustentaban edificios, hoy totalmente arruinados. Entre estos materiales, vemos pilares cuadrados enteramente nuevos con capiteles dóricos, y, detalle singular, los ángulos de estos pilares están tallados como nuestras piedras y las baldosas de nuestras aceras, y llevan las huellas de una herramienta de metal que debia estar provista de dientes. Parece de todo punto improbable que pirámides, templos, palacios y bajos relieves se hayan esculpido con herramientas de piedra, pues los indios no hubieran podido llevar á cabo con ellas unas obras tan considerables, y debian tener, tenian seguramente herramientas de metal. Se atribuye gran dureza á las hachas y cinceles de cobre mezclado con estaño de

que se servian, y esto vendria á explicar esa muchedumbre de edificios construidos con rapidez asombrosa, á juzgar por el gran templo de México.

Este templo, cuyo patio embaldosado tenia cerca de doscientos metros de lado, encerraba tantos edificios que se le comparaba á una ciudad; su pirámide maciza, que tenia cien metros de base por treinta y cinco de altura, estaba enriquecido con enormes piedras esculpidas: pues bien, tan gigantesca obra quedó terminada en seis años.

Nuestros peones han abierto de un modo muy rudimentario el camino que va á parar á

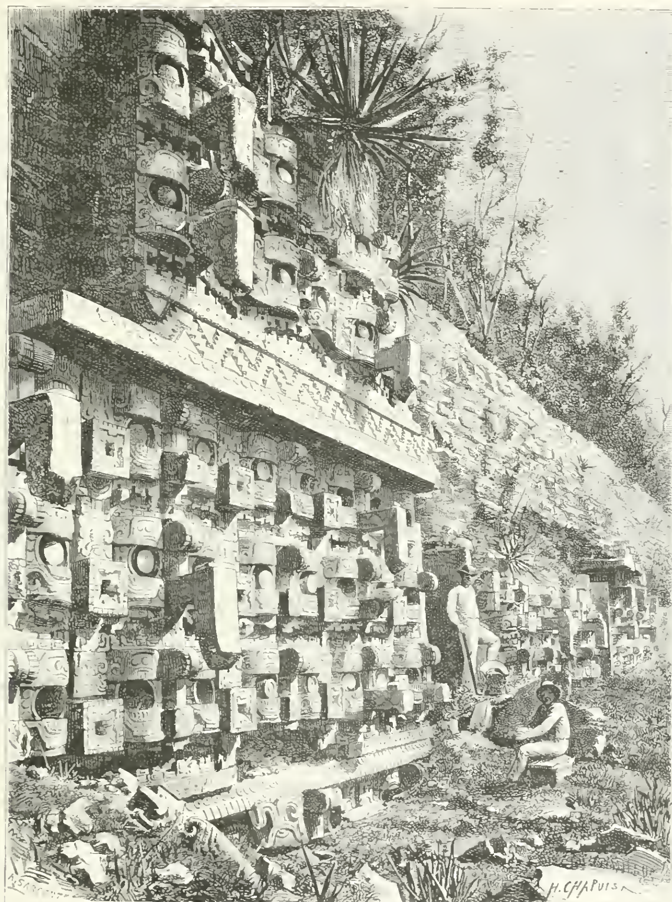


Detalle del palacio de Kabah. (De fotografía)

las ruinas; á cada paso tropezamos con rocas y troncos de árboles en los que está expuesto cien veces á volcar nuestro carruaje, y por más prudencia que recomendamos, los malditos cocheros no hacen caso; al contrario, corren, la volanta da un salto, y un tronco más voluminoso que halla al paso es causa de que todos rodemos por el suelo. Nos levantamos sin grave daño, habiéndose estropeado únicamente el techo de la volanta, y como nos hallamos á dos pasos de las ruinas, nos trasladamos á ellas á pié sin más percance.

Los historiadores apénas hacen mencion de las ruinas de Kabah, como tampoco de las de Labnah, Sacbey, Labphak, Itúrbide, etc., grupos de ciudades antiguas á treinta y cuarenta leguas al Sur de Mérida, pero cuyos príncipes designan incidentalmente, dándoles el nombre de *gentes de la Sierra*, porque dichas ciudades estaban situadas al otro lado de la cadena de colinas que atraviesa el Yucatan.

Sin embargo, Kabah era una de las ciudades más importantes de la península, á juzgar por sus monumentos; elevadas pirámides, terraplenes inmensos con magníficas ruinas, y palacios soberbios ocupan un dilatado espacio, edificios que, juntamente con los de Uxmal que visitaremos pronto, y con los de Chichen-Itza que hemos visto ya, bastarán para darnos una idea completa de la arquitectura yucateca, y para convencernos de la unidad de civilizacion del Yucatan.



Ruinas del primer palacio en Kabah. (De fotografía)

En efecto, todos estos monumentos, desde los más antiguos á los más modernos, desde Aké hasta Uxmal, por ejemplo, pertenecen al mismo pueblo, y aparte de algunas variantes, son muy parecidos. La fachada del primer palacio de Kabah es de incomparable riqueza, pero vemos en ella las mismas y grandes figuras que hemos encontrado en Chichen y que recuerdan los gigantescos ídolos de madera, formados de cabezas superpuestas, procedentes de las islas del Pacífico. En este edificio la ornamentacion raya en prodigalidad, en despilfarro, y la

arquitectura desaparece enteramente de él, cediendo el puesto á asuntos decorativos. Con todo, es imposible dejar de admirar las dos cornisas salientes que sirven de marco á los enormes frisos, cornisas de exquisita labor y que no desentonarian en ninguno de nuestros más bellos monumentos.

El estado ruinoso del edificio no permite juzgar de su conjunto, que debia ser extraordinario, pues tan formidable ornamentacion se extiende por toda una fachada de cincuenta metros.

Como todos los monumentos yucatecas, este palacio está en lo alto de una pirámide de dos pisos; le precede una espaciosa explanada á cada lado de la cual habia una cisterna, y en medio la columna del castigo, el *picote*.

Sobre la fachada habia una pared decorativa adoptada comunmente por la arquitectura india. Cosa singular y que rompe con las tradiciones de orientacion conocidas, los monumentos de Kabah están orientados del sudoeste al nordeste.

El interior de este primer palacio contiene una doble fila de salas, las más bonitas de cuantas hemos visitado. Tienen unos nueve metros de largo por más de tres de ancho y seis de altura, con sus falsas bóvedas ligeramente apuntadas.

Hé aquí el interior de una de ellas con su escalera de tres peldaños formada de una sola piedra tallada á modo de voluta con un marco medio destruido, pero que aún permite juzgar de su riqueza. Siempre es el mismo asunto ornamental, advirtiéndose en el peldaño de la escalera la protuberancia de las grandes figuras de la fachada: á cada lado figuran los ojos con sus grandes pupilas, y debajo estaba la boca. Esta escalera pone en comunicacion la pieza de frente con la interior. Todas las salas tenian las paredes pintadas y llenas de personajes é inscripciones, como se puede juzgar en vista de los reducidos fragmentos que nos quedan, y áun es probable que los mismos monumentos estuviesen pintados tambien. La policromía estaba pues en uso en el Yucatan como en todos los pueblos del Nuevo mundo: aquí, como en la época floreciente de la antigüedad, la pintura jamás debió estar separada de la arquitectura: ambas artes se prestaban mutua ayuda, y lo que llamamos cuadro sólo tenia una importancia muy secundaria. Entónces tambien la ornamentacion exterior era la gran preocupacion del artista, y esa pintura, esos colores vivos, brillantes, distribuidos con arte en anchurosas fachadas, debian realzar singularmente la salvaje magnificencia de los edificios.

El segundo palacio está á ciento cincuenta metros del primero, situado tambien sobre una pirámide y precedido de una explanada con sus dos cisternas y su picote; pero se eleva además sobre otra meseta, que contiene una fila de salas derruidas. En el centro se halla la escalera, sostenida por una media bóveda que da ingreso al edificio.

Este palacio, que es muy bajo, pues apénas tiene cinco metros de altura, contrasta por su sencillez con la ornamentacion exagerada del anterior. Su fachada, que se conserva casi entera, tiene más de cincuenta metros de extension; hay en ella siete aberturas, dos de las cuales, que tienen columnas con toscos capiteles, corresponden á otras tantas piezas angostas y bajas. Las paredes son lisas por abajo, es decir, sin ningun adorno, y el friso que se eleva

sobre la cornisa poco saliente, se compone de columnitas empotradas, agrupadas de tres en tres y separadas por una pared lisa. Cosa notable: este friso se eleva en sentido oblicuo, como en los palacios de Palenque, en vez de ser perpendicular, como en la mayoría de los monumentos yucatecas. La pared ornamental está construida, segun costumbre, más adentro de la fachada, y se la distingue fácilmente al través de la vegetacion que inunda el techo del palacio. La parte posterior está enteramente derruida. En la habitacion de en medio hay vestigios de pintura, que hemos calcado.

A la izquierda de este monumento descuella una pirámide de muchos pisos, vasto rectán-

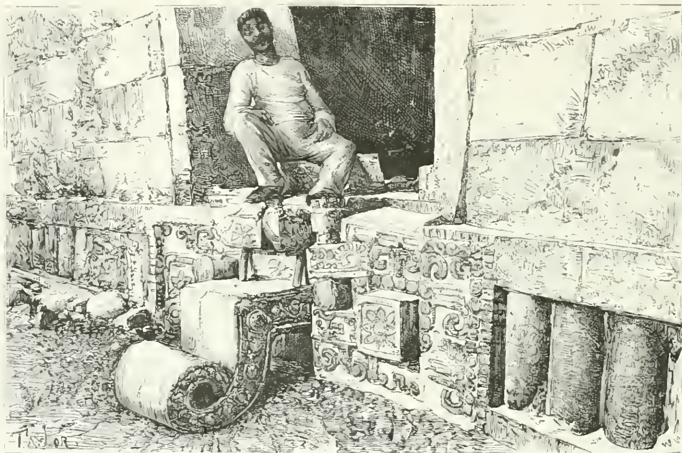


Segundo palacio de Kabah. (De fotografía)

gulo de 50 metros por 35, flanqueado de cuatro escaleras que continúan hasta llegar á los pisos altos, en donde los edificios están reducidos á montones de escombros, y rodeado en todo su contorno de piezas de diferentes dimensiones con puertas sencillas ó con columnas, como lo indica nuestro grabado, que representa el lado noroeste. En este monumento, lo propio que en el segundo palacio, los dinteles son de piedra; en el primero son de madera, y sus habitaciones, más espaciosas, tenian las puertas más grandes; la mayoría de dichos dinteles se halla en perfecto estado de conservacion.

Los historiadores guardan completo silencio acerca de la historia de Kabah, pero nosotros poseemos ciertos datos que nos permitirán reconstituirla así como la de Uxmal, con la que se debe enlazar, porque ambos Estados eran vecinos y sus príncipes debieron correr la misma suerte.

Hemos dicho que en la época de la llegada de los españoles el Yucatan estaba dividido en muchos principados independientes, especie de feudalismo en que cada señor tenia su corte. Pero un siglo ántes de la conquista, y este es el único documento positivo que tenemos, el soberano de una ciudad llamada Mayapan reinaba en toda la península; es decir, que habia sometido las provincias circunvecinas y destruido, como de costumbre, las capitales de sus rivales. Entre los vencidos figuraban los caciques de la Sierra, segun veremos más adelante, y estos caciques eran los príncipes de Uxmal, Kabah, Labnah, etc.



Escalera é interior del palacio de Kabah. (De fotografía)

El rey de Mayapan mantenia su autoridad gracias al auxilio de una guarnicion mexicana; y esto nos proporciona ya una fecha. Sabemos en efecto que los aztecas eran tributarios del rey de Azcapozalco y que no recobraron su independencia hasta el reinado de Itzcoatl, hácia 1425; que no ejercieron influencia alguna ni se esparcieron por el país como vencedores hasta en tiempos de Montezuma I, hácia el año 1440, y por consiguiente, que hasta esta época no pudieron enviar socorros al rey de Mayapan.

Con objeto de afianzar su poder y de mantener á sus vasallos en la obediencia, obligaba este rey á los principales jefes de familia á residir en su corte en calidad de rehenes, porque el yugo les parecia tanto más pesado cuanto que tenian que soportarlo de soldados extranjeros. Formóse una coalicion, compuesta segun se dice de gentes de la Sierra, que son á las que hemos aludido ántes: estalló la guerra, quedó vencido el rey de Mayapan, su ciudad enteramente arrasada y cada cacique de los que estaban en rehenes pudo volver á su provincia.

Esto ocurria en 1420 segun Landa, ó en 1460 segun Herrera; parécenos que el segundo está en lo cierto, por cuanto justifica su cronología de un modo irrefutable.

«Entre la caida de Mayapan y la llegada de los españoles, dice, trascurrieron sesenta años: hubo veinte de abundancia y de huracanes, diez y seis de nueva abundancia y peste, quince de abundancia y guerra intestina, y por fin veinte años de sosiego, en cuya época llegaron los españoles.»

Esto da un total de setenta y un años que, á partir de 1460, nos lleva á 1531, y Montejo se apoderó de Chichen de 1528 á 1531.

Herrera nos dice tambien, hablando de la destruccion de Mayapan:

«Cada señor procuró llevarse de Mayapan á su tierra el mayor número de libros de ciencia que pudo, y ya en sus respectivos países elevaron templos; siendo esta la causa de la construccion de tantos edificios en el Yucatan.»

Y más adelante añade: «Despues de la division del territorio en provincias independientes, la raza se multiplicó en tales términos que el país entero no parecia formar más que una sola ciudad; entónces se erigieron templos y palacios, y por eso hay tantos.»

Landa dice más en uno de sus capítulos titulado: «De las diferentes calamidades que experimentó el Yucatan *un siglo ántes de la conquista*:» lo cual ocurria naturalmente despues de la caida de Mayapan. «Estos pueblos vivieron más de veinte años llenos de salud y abundancia, y se multiplicaron de tal modo que todo el país parecia formar una sola ciudad; entónces fué (1440 á 1460) cuando construyeron templos en tanto número, tal como se les ve hoy por todas partes, *en términos que al atravesar los bosques se encuentran entre los árboles grupos de casas y de palacios tan maravillosamente labrados.*»

Podemos pues afirmar que estos monumentos no son prehistóricos, como se pretende. Fuera de esto, ¿no encontramos en Kabah ese renacimiento de que nos hablan Herrera y Landa, en ese monumento extraordinario que hemos detallado y que representa en su género el gótico florido, es decir, el fin de un arte, ó los brillantes comienzos de otro nuevo, que copia un arte antiguo queriendo sobrepujarle? Propio de todo renacimiento es hacer un esfuerzo que vaya aún más allá de su objeto, pretender hacer cosas mejores y más ricas que las anteriores, pero con frecuencia se cae en la afectacion. Emancipado de un yugo ó de una regla, celebra su emancipacion con cosas exorbitantes como se celebra una victoria con estatuas y bajos relieves; y así ha sucedido en Kabah, donde encontramos precisamente los dos preciosos bajos relieves que reproducimos aquí.

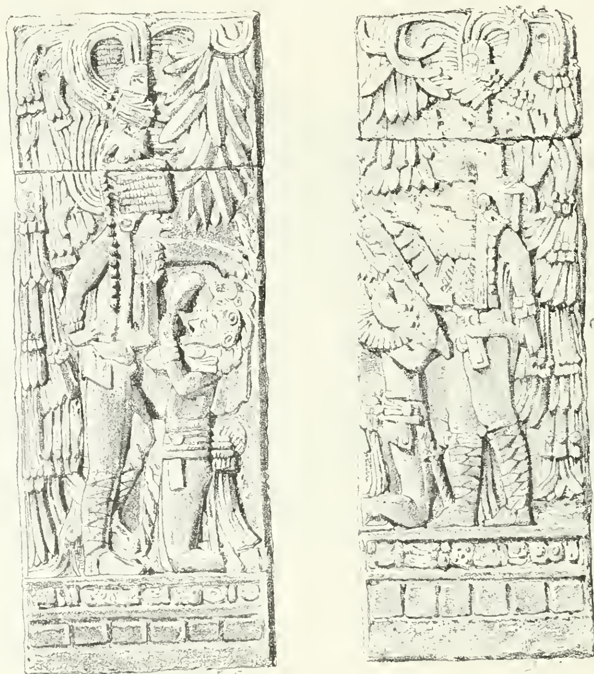
La explicacion, aumentada con las citas que hemos dado, nos parece de las más verosímiles y probaria que el monumento á que pertenecen se erigió en conmemoracion de la victoria alcanzada sobre Mayapan por los aliados, entre los que figuraba el príncipe de Kabah. Estos dos bajos relieves son del mismo órden que la piedra de Tizoc en México, en la cual los guerreros, colocados dos á dos, representan un vencedor y un vencido.

¿Qué vemos en Kabah? En uno de los bajos relieves tenemos un hombre de pié, vestido con riqueza, con el tocado yucateca de plumas inmensas, y la famosa coraza de algodon. Este hombre es un vencedor, toda vez que está en actitud de mando; amenaza al hombre arrodillado que le implora y que le entrega su espada.

En el guerrero postrado de hinojos se reconocerá fácilmente al soldado azteca con su tocado más modesto, parecido á algunos de los que los pueblos sometidos entregaban como tributo á los mexicanos vencedores, y como los describe Lorenzana en las cartas de Cortés á Cárlos V. El mexicano no lleva más vestido, fuera de su tocado, que su maxtli.

El segundo bajo relieve es más explícito: son los dos mismos hombres, uno con el mismo

traje lujoso, y ambos en iguales actitudes de vencedor y suplicante. Pero aquí el vencido ha entregado ya su espada: su tocado entero nos deja ver el rostro de un soldado que sale de la cabeza de un animal, tal como los vemos en los manuscritos mexicanos, y el yucateca que parece haber perdonado ordena al vencido que parta.



Bajos relieves en Kabah

Los dos bajos relieves, en uno de los cuales parece que el vencedor recibe al vencido á discrecion y en el otro le manda que se aleje, se refieren sin duda á una batalla entre yucatecas y mexicanos: nos narran la victoria de unos y la derrota de otros, y como sabemos que Mayapan fué la única ciudad que llamó á los aztecas en su auxilio; como sabemos además que á consecuencia de la destruccion de la ciudad, los soldados extranjeros recibieron la coraza de algodon de parte de los vencedores y fueron internados en la provincia de Maxcanu, al este de Mérida, en la cual se ha perpetuado su raza, podemos afirmar que los dos bajos relieves nos cuentan la derrota de Mayapan, y por consiguiente, que el monumento que los contiene es posterior á la destruccion de la ciudad, debiendo datar de 1460 á 1470.

XIV

De Kabah á Santa Elena.—Una poblacion maya.—Uxmal.—La hacienda.—El palacio del gobernador.—Cisternas y depósitos.—Palacio de las Monjas y casa del Enano.—Vista general.—Cerro de los Sacrificios.—Estudio de costumbres.—Regreso.

El camino de Kabah á Santa Elena es uno de los mejores que hemos recorrido, bastante ancho, con mucha arboleda y pocos baches; todo lo cual nos causó una verdadera sorpresa, pero mayor fué la que tuvimos al llegar á la magnífica poblacion india de Santa Elena.

Este pueblo ocupa una inmensa superficie dividida en cuadros como una ciudad moderna; cada cuadro, plantado de grandes árboles, se subdivide en espacios de terreno de unos dos mil metros superficiales, rodeados de cercas de adobes, en cuyo centro descuella la casa del propietario. Algunas flores, árboles frutales, ciruelos, guayaberos y naranjos forman un sotillo, y junto á la cabaña se extiende sobre un encañizado de dos metros cuadrados sostenido sobre estacas una capa de tierra vegetal abonada con estiércol, microscópico jardin aéreo en el que el habitante cultiva flores y hortalizas. Una numerosa coleccion de animales de corral anima aquella soledad, oyéndose el cacareo de las gallinas, el graznido de los patos y el glu-glu de los pavos mezclados con los gruñidos de los cerdos. Aquello respira bienestar y casi holgura.

El pueblo de Santa Elena presentó á mi imaginacion una vision del pasado: parecióme estar viendo la antigua aldea maya. Lo que he visto y lo que contemplo me permite restablecer las cosas en su pristino sér; y las tradiciones, los instintos, la localidad influyen tan poderosamente en el hombre, que hoy no debe haber aquí muchas modificaciones en la organizacion india. Y en efecto, ¿qué puede haber de nuevo para estos desheredados? Los españoles implantaron su religion en la tierra yucateca, valiéndose de la espada más que de la persuasion, pero no pudieron modificar el cultivo, ni las costumbres, ni la lengua, que ellos mismos acabaron por adoptar. Antes al contrario, los españoles fueron los que se modificaron de resultas de su contacto con los vencidos, y si lograron ocupar el lugar que ántes ocupaban los dueños del país, fué valiéndose de los mismos medios que ellos.

El Yucatan era un feudalismo, que los españoles reemplazaron con el sistema de haciendas (otra especie de feudalismo).

Por doquiera se ven los vestigios de este: por doquiera que se pase, lo mismo en las carreteras que en los bosques se ven restos de edificios más ó ménos importantes, que constituyen un centro, una explotacion agrícola; y por las dos, tres ó diez pirámides cubiertas en otro tiempo de monumentos, podemos formar concepto del poder del cacique que enseñoreaba el país.

Hoy los centros son ménos en número y tambien ménos considerables, no cabe negarlo; porque gracias á la mansedumbre cristiana de los conquistadores, la poblacion ha perdido más de sus nueve décimas partes; pero las ciudades, las aldeas y las haciendas llenan el mismo objeto, ocupan el mismo lugar, siendo muy pocas las que no están situadas junto á grupos de ruinas ni construidas con los materiales sacados de los antiguos edificios que han veni-

do á sustituir. Por consiguiente, el español vencedor ha reemplazado en todas partes al cacique vencido, sin haber cambiado nada como no sea el envilecimiento y servidumbre en que ha caido la familia noble ántes libre y altanera.

Nada ha cambiado: la hacienda y sus construcciones arábigo-españolas han sustituido al palacio de los príncipes ó á la vivienda más modesta de los pequeños señores; el arco hispano-árabe ha reemplazado á la puerta recta y á la bóveda triangular. Los hermosos palacios y las mansiones de los caciques están derrumbados; pero las cabañas de los criados rodean como en otro tiempo la casa del amo; las antiguas han desaparecido porque el techo de bálago se deshace á los embates del viento; pero las de hoy son el fiel trasunto de la cabaña desaparecida; como ella son oblongas, como ella están techadas de bálago, y cuando el servidor posee algun bienestar, adornadas con esos dibujitos romboideos, pálida imitacion de los ricos ornamentos que decoraban los palacios de sus soberanos legítimos.

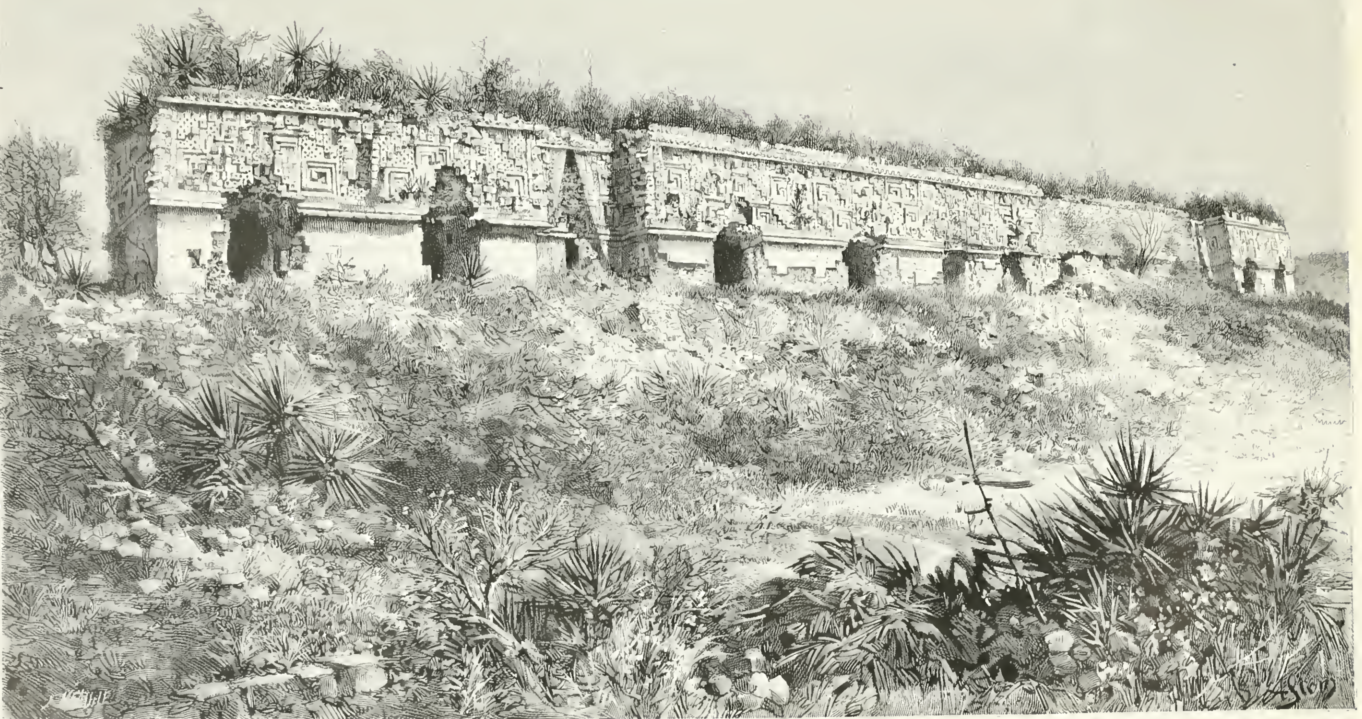
Nada ha cambiado excepto la religion: la iglesia ha derribado el templo, pero sin reemplazarlo; el dogma cristiano parece vacío comparado con la confusa amalgama de las antiguas creencias; porque para este pueblo, místico cual no otro, la selva ha enmudecido, al paso que, en la época de su vida nacional, estaba llena de voces misteriosas y poblada de capillas votivas.

De Santa Elena pasamos á Uxmal, donde nos aguardaba el administrador don Luis Perez. La hacienda no es ya la morada desierta y abandonada de otro tiempo; el movimiento, el ruido, la actividad han reemplazado al tétrico silencio de sus patios desiertos. En lugar de una miserable choza se eleva un majestuoso edificio conteniendo habitaciones desahogadas y con una anchurosa galería. Una espaciosa fábrica en la que bulle noche y dia una multitud de indios, un ferro-carril de sangre, cuyos wagones, tirados por mulas, van y vienen de los campos cultivados á la hacienda para conducir á ella continuos y largos convoyes cargados de cañas de azúcar, numerosos caballos que piafan en el patio, y el incesante movimiento de hombres y animales, comunican á la hacienda extraordinaria animacion. Pero, lo mismo que en otro tiempo, la residencia allí es malsana, y el mayordomo nos cuenta los trabajos que ha tenido que pasar y las fiebres lentas que le devoran.

Las ruinas están á dos kilómetros de distancia.

Esta ciudad, rival de Chichen, pero algunos de cuyos monumentos son más modernos, puesto que por su estado de conservacion parecen datar de la época de renacimiento de que hemos hablado al tratar de Kabah, ha sido visitada y descrita tantas veces, que nos concretaremos á decir lo necesario para que se comprenda bien la vista de los palacios publicados en el presente relato, y para que se puedan apreciar los indicios nuevos que nos permiten afirmar la modernidad de ciertos monumentos.

El palacio del gobernador es sin disputa el mayor, el más magnífico y el mejor comprendido de los monumentos antiguos de América; situado sobre tres pirámides sucesivas que realzan su grandeza, es á la vez sobrio y rico, sencillo y soberbio. Su base, lisa y sin ornamentacion alguna, contrasta con las labores del gran friso que hay sobre ella. Este friso, que desarrolla en una línea de cien metros una guirnalda de cabezas colosales que rodean grecas de alto relieve sobre un fondo plano de entrelazos de piedra, produce maravilloso efecto.



Palacio del gobernador en Uxmal. (De fotografía)

Este palacio parece nuevo, á pesar de sus tres siglos de abandono, y estaria completo á no ser por el vandalismo de sus antiguos dueños, que mandaron arrancar las piedras de la base para construir su hacienda.

Segun cierta tradicion, Uxmal significa «ciudad edificada tres veces;» ya porque la ciudad fuese destruida y reconstruida tres veces, ó ya porque los monumentos hayan sido erigidos en otras tantas. Esta última version serviria para indicarnos la manera de construir de los antiguos, de la que hablaremos más adelante.



Detalle del palacio del gobernador en Uxmal

Llamará sin duda la atencion el detalle de la puerta principal del palacio y la magnífica inscripcion que lleva. Se le han quitado los dinteles de madera, y se ha derrumbado la cornisa saliente; por encima de esta se destacaban en alto relieve unos ornamentos soberbios, que los primeros exploradores destruyeron ó se llevaron. Más arriba descuellan tres águilas con las alas medio desplegadas; sigue un pedestal de forma circular que sostiene el busto mutilado de un personaje cuyos brazos están rotos y que llevaba en la cabeza ese inmenso tocado de plumas que hemos visto en todos los bajos relieves yucatecas. En el zócalo del busto hay tres cabezas caidas de tipo romano, de ejecucion perfecta, y á uno y otro lado del personaje está esculpida la inscripcion reproducida en el grabado siguiente.

El palacio de las Monjas es un vasto paralelógramo formado por cuatro cuerpos de ornamentacion riquísima, cada uno de diferente estilo.

En el ala norte de este palacio se ha observado un caso cuya importancia reconocerán todos cuantos se ocupen de la arquitectura maya. Esta ala encierra en su interior una parte de un monumento más pequeño y seguramente más antiguo que el cuerpo de edificio que lo rodea. Deben ser los restos de un palacio que perteneciera á la primera ciudad de Uxmal, destruida en otro tiempo segun nos han asegurado, y el monumento exterior debe de perte-



Inscripciones del palacio del gobernador, en Uxmal

necer á la ciudad nueva y á ese renacimiento que siguió á la caida de Mayapan y de que nos hablan Herrera y Landa.

La Casa del Enano, llamada tambien del Adivino, es un bonito templo situado sobre una pirámide de rígida pendiente y de unos cien piés de altura. Compónese de dos partes: la primera, elevada en la plataforma superior, y la otra algo más baja y vuelta á Oriente, de cara á los monumentos de la ciudad. Esta especie de capilla, de riquísima ornamentacion, debia estar consagrada al culto de alguna divinidad principal. Dos grandes escaleras, una á Oriente y otra á Occidente, daban acceso á cada uno de estos edificios.

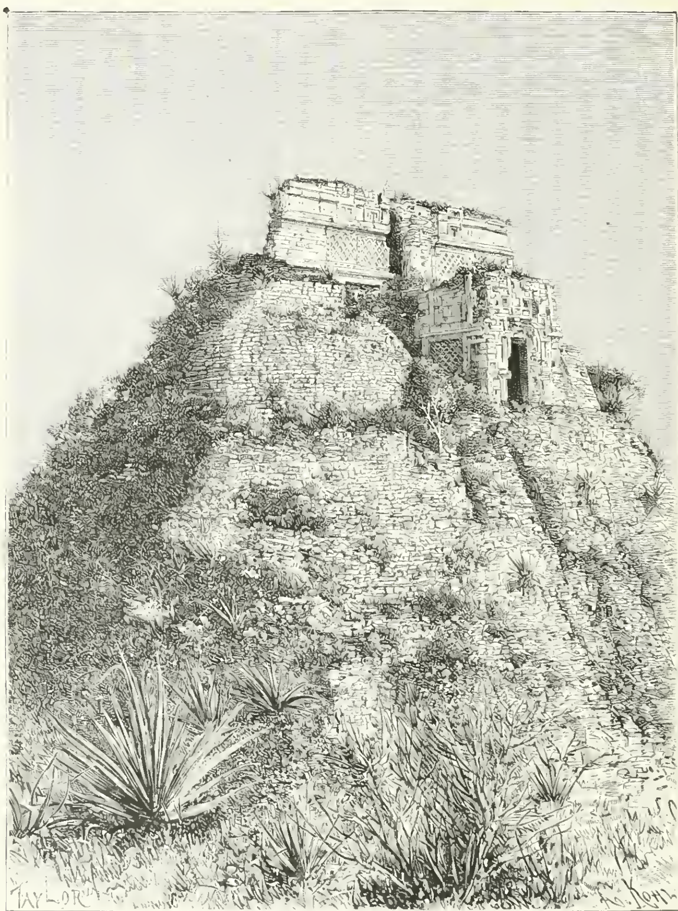
El Padre Cogolludo visitó este templo en 1656, y nos dice que la escalera era tan empinada que le dió un vértigo, y que en una de las salas del edificio encontró *ofrendas de cacao y vestigios de copal que se habia quemado recientemente*, es decir, que ciento quince años despues de la conquista, los indios de Uxmal todavía ofrecian sacrificios á sus dioses. Esto nos prueba que el templo estaba aún en pié y que los indígenas no habian olvidado nada de sus supersticiones.

Que los edificios se conservaban, es indudable; debian estar enteros en tiempo de Cogolludo, toda vez que algunos, como el palacio del gobernador y el ala derecha del de las Monjas lo están todavía hoy. A Lizana, que escribia en 1626, le parecieron modernos, por cuanto dice:

«Estos edificios son de una misma arquitectura y de un mismo estilo, todos ellos fundados en eminencias *Ku*, *Kues* (en plural), lo que induce á creer que todos se construyeron al mismo tiempo, puesto que tenian igual forma.»

Y más adelante añade:

«Vense algunos tan nuevos y tan blancos, con los dinteles de madera de las puertas tan sanos, que no parece sino que tan sólo hace veinte años que los han construido: estos palacios no debian estar habitados por los indios, que vivian en chozas de paja en los bosques; sino que debian emplearlos como templos y santuarios, y así lo decian, etc.»



La Casa del Enano en Uxmal. (De fotografía)

¿Puede deducirse de esto que los monumentos fuesen antiguos?

Uxmal es la única ciudad en que los edificios están agrupados de modo que se pueda sacar una vista panorámica de ellos. El lector podrá ir siguiendo la nomenclatura de los monumentos y de paso volveremos á encontrar pruebas de su modernidad.

A la izquierda y á lo léjos está la Casa de la Vieja, luégo el palacio del gobernador, visto en sus tres cuartas partes con su fachada occidental; á la derecha y algo más abajo, la Casa de las tortugas, así llamada á causa de una hilera de estos animales que se escalonan sobre la cornisa superior del edificio; detrás, una gran pirámide sin monumento con una ancha plata-

forma y que lleva el nombre de Cerro de los Sacrificios, donde tal vez se practicaran los sacrificios humanos. Debe de ser una copia de los templos mexicanos, que se componian de una pirámide como esta, con capillitas de madera en las cuales estaba el ídolo ó los ídolos, y del *techcatl*, mole de piedra convexa, sobre la cual se tendia á la víctima para que su pecho sobresaliera del resto del cuerpo, y el sacerdote pudiera abrirle más fácilmente con su cuchillo y extraerle en seguida el corazon. El sacrificio humano debia hacerse siempre en presencia del pueblo y en el borde mismo de la pirámide, desde la cual arrojaban el cuerpo de la víctima á los espectadores que se repartian sus miembros para comérselos.

Por el contrario los toltecas, que no practicaban sacrificios humanos, tenian en sus pirámides verdaderos templos, semejantes, segun las descripciones de Veytia y de Ixtlilxochitl, á los del Yucatan, donde difundieron este género de arquitectura. Luego si vemos que los mayas sacrificaban víctimas humanas y eran antropófagos, sólo podemos atribuirlo á la influencia mexicana, estando todos los historiadores acordes en asegurar que fueron los aztecas los introductores de tan horrible costumbre en la península. Pero, por otra parte, sabemos que los aztecas no pudieron venir á Mayapan como auxiliares hasta el año 1440. Luego los monumentos destinados á los sacrificios humanos no pueden ser anteriores á esta época, y por consiguiente, ciertos edificios de Uxmal son modernos.

A la derecha de esta pirámide hay otra, de pisos, como la del Castillo de Chichen y como otras observadas en Palenque; sobre ella habia un templo derruido. A la derecha, pero en término más cercano, tenemos el curioso monumento llamado *Casa de las palomas*, á causa de sus grandes torrecillas llenas de agujeros que se asemejan en cierto modo á palomares. Estas torrecillas triangulares forman parte de la pared decorativa en que remata el edificio y de la que hemos hablado varias veces. Esta pared decorativa, que sólo se encuentra en Uxmal en los edificios más ruinosos, debe indicar una fecha más remota, así como el cimento empleado en las molduras y del cual se encuentran vestigios.

Más allá de estos edificios, en segundo término y como perdidas en el bosque, hay otras ruinas, la más notable de las cuales es la del juego de pelota, el *tlachtli*, con sus anillas rotas y que, en Uxmal lo mismo que en Chichen, y que en las tierras altas, era el juego nacional. Por último, en primer término tenemos el ala meridional del palacio de las Monjas, con su gran puerta de entrada, que daba acceso al interior del patio, donde se ven vestigios de empedrado.

Acerca de los edificios de Uxmal, y confirmando de nuevo su perfecto estado de conservacion mucho tiempo despues de la conquista, réstanos citar un documento oficial que hallamos en Stephens. Es una carta del rey de España, fechada en 1674, sancionando la cesion del territorio á Don Lorenzo de Evia, á peticion de este, y formulada del modo siguiente: Evia afirma que «esta cesion hecha en su favor no perjudicará á nadie; que, ántes al contrario, se prestará un gran servicio á Dios nuestro Señor, porque formando un establecimiento en Uxmal, se impedirá á los indios de la localidad adorar al demonio en los edificios que allí hay ó á sus ídolos, á los cuales ofrecen incienso, y en cuyo honor practican otros sacrificios detestables, *como lo hacen todos los dias pública y notoriamente.*»

Además, con motivo de la toma de posesion, encontramos la singular descripcion siguiente: «En estos lugares llamados los edificios de Uxmal y tierras colindantes, el tercer dia del mes de enero de 1688 y en virtud del poder y autoridad que me ha conferido el gobernador y con arreglo á mis instrucciones, he tomado de la mano al dicho Lorenzo de Evia, y hemos recorrido juntos el sitio de Uxmal y sus edificios; *hemos abierto y cerrado las puertas de muchas salas;* durante la recorrida hemos cortado ciertos árboles; recogimos piedras y las tiramos; sacamos agua de los aljibes de dicha plaza de Uxmal y practicamos otros actos de posesion.»

Esto ocurria *ciento cincuenta años* despues de la conquista. Creo innecesario extenderme más; cualquier otra consideracion acerca de este punto seria inútil, por cuanto el lector debe de estar ya bien convencido de que en particular ciertos edificios de Uxmal estaban habitados ántes y despues de la llegada de los españoles; que eran modernos, y que en general los demás monumentos del Yucatan, habitados ó no, pertenecian á la raza existente á la sazon, y que las más antiguas ciudades yucatecas fundadas en varias épocas por el conquistador tolteca datan, cuando más, del siglo onceno, miéntras que las más modernas deben corresponder al décimoquinto, conforme lo hemos probado suficientemente.

Nos despedimos de las ruinas yucatecas, tan curiosas é interesantes, y tomamos el camino de Muna, aldea importante en la que hay un hermoso pozo que parece de construccion india. En Muna están de fiesta. ¡Cuántas fiestas! Apénas hay pueblo en que no se celebre alguna cuando pasamos. Gran ocasion para beber: abundan los borrachos y las tiendas están llenas de indios que se atracan del feroz estavento. Pero no hacen ruido; no ocurre el menor escándalo; esta gente es de carácter apacible hasta cuando se embriaga; el uno se tumba, el otro nos mira con ojos alelados, y otro nos prodiga empalagosas caricias.

A la entrada de la plaza, un corpulento mestizo con sombrero azul y vestido con un traje nuevo y flamante, da traspiés, cae y se levanta con el auxilio enérgico de su mujer y de su madre que le sostienen y procuran llevárselo. Junto á nosotros y en los escalones de la tienda en la que hemos entrado, un indio jóven se levanta, tambaleándose, sale y se vuelve á mirar sin poder apartar la vista del espectáculo mágico de esta tienda en la que relucen tantas botellas llenas de líquidos. Su pobre mujercita está á dos pasos de él, esperándole y diciéndole con suave acento: «*Coox*, vámonos.» Pero él no se va; la tentacion es más fuerte que él; entra en la tienda y vuelve á salir con un vaso lleno que ofrece á su compañera. La india se vuelve á la manera antigua, se tapa la cara con su uipile, apura el contenido del vaso y dice á su marido, en tono todavía más dulce: «*Co...ox*». Figurándose él haberla conquistado, sonrie estúpidamente, vuelve á entrar en la tienda, apura otro vaso, y con la vista alelada y dando tumbos y traspiés, se acurruca de nuevo en los peldaños de la escalera. *Co...ox... coox*, repetia la india en tono quejumbroso... pero él no la oia ya. El desdichado pasará toda la noche allí, y su mujer le velará hasta el amanecer.

Emprendemos la marcha para ir á pernoctar á Abala en una cabaña abandonada.

A las diez de la mañana siguiente estábamos de regreso en Mérida.

XV

De Progreso á Campeche.—Incidente á bordo.—Cármen.—Conocidos antiguos.—Cañones indios.—Frontera.—El Grijalva.—Vasijas de Tabasco.—El Carnaval en Frontera.—Exito de Julian.—Partida.—Januta.—Montecristo.—Irregularidades aduaneras.—Al través de los bosques.—Cabecera.—Tenosique.

Nos embarcamos en Progreso en el *Asturias*, vaporcito tamaño como un cascaron de nuez, en el que por fortuna no hay más pasajeros que nosotros, pues el vapor sólo tiene cuatro literas; es decir que si hubiéramos contado con más compañeros de viaje, nos habríamos visto obligados á dormir sobre cubierta á popa ó á proa. El mar está tranquilo, y al dia siguiente muy de mañana llegamos á Campeche. Como el barco tiene muy poco calado, podemos acercarnos á la costa lo suficiente para divisar el bonito panorama de la ciudad; pues aquí lo mismo que en Progreso, los vapores grandes tienen que dar fondo á cuatro millas del puerto, desde cuya distancia apénas se distingue la tierra.

Campeche fué edificado en el sitio de una antigua ciudad india, en la que hizo alto Antonio de Córdoba cuando la primera y fatal expedicion de 1517. Los indios salieron á recibir á los extranjeros, y segun dice Bernal Diaz del Castillo: «nos acompañaron á unos grandes edificios en los que estaban los santuarios de sus ídolos, perfectamente construidos con cal y arena. En las paredes habia bajos relieves que figuraban serpientes enormes; á un lado, varias pinturas representando ídolos alrededor de una especie de altar salpicado de gotas de sangre frescas todavía. Al otro lado del altar habia pintados unos grupos de indios, reunidos en forma de cruz. Quedamos mudos de asombro en presencia de aquellas cosas nunca vistas; en esto iban llegando muchos indios é indias sonrientes y con pacífico talante, que parecian impulsados por el deseo de vernos.»

Pero cambia la escena; encienden allí unas hogueras de cañas perfumadas con copal, y varios sacerdotes, con los cabellos llenos de sangre coagulada, intiman á los españoles que se alejen de aquella playa ántes que se consuman las hogueras, si no quieren perecer todos. Los españoles optaron por marcharse entónces y no se fijaron en Campeche hasta 1541. Ha ya mucho tiempo que templos y pirámides han desaparecido; pero estas pirámides, estos templos, esta ornamentacion, estas ceremonias, todo en fin nos recuerda á México y la antigua arquitectura tolteca que heredaron los mexicanos. ¿Qué ha sido de aquellos monumentos? Han desaparecido como todos los edificios de la costa ó que estaban próximos á los establecimientos españoles; sin embargo eran de la misma arquitectura y estaban construidos con tanta solidez como los del interior que han podido librarse de las devastaciones de los conquistadores y existen todavía. ¿Puede decirse que los aún subsistentes son más antiguos que los que no han dejado rastro de su existencia? Esta cuestion está resuelta, á lo que pensamos.

Campeche, que andando el tiempo llegó á ser la ciudad más rica del Yucatan, fué saqueada muchas veces por corsarios ingleses y franceses, y para evitar estas devastaciones casi periódicas, se la tuvo que ceñir de una gruesa muralla, con lo cual los habitantes pudieron vivir más tranquilos; pero esta muralla, que á la sazon daba seguridad á la ciudad, la ahoga

hoy como un apretado cinturon. El aspecto de Campeche difiere del de Mérida; la entrada tortuosa de los arrabales, los fosos con puentes levadizos y sus muros le dan la apariencia de una plaza fuerte, de lo cual se muestra orgullosa; pero, á la verdad, tan sólo resistió un sitio contra los habitantes de Mérida, que no pudieron abrir brecha en la muralla. Las calles no están tiradas á cordel como todas las de la república, y sus casas desiguales y más altas que las de las ciudades mexicanas le dan un aspecto ménos oriental. Tiene pocos monumentos y la catedral no ofrece nada de particular.

Los comerciantes ricos poseen en las cercanías fincas, en las que la flora de los trópicos ostenta toda su magnificencia y cuyo conjunto rodea á la ciudad con un ceñidor de verdura.

Vista desde el mar, construida en una suave pendiente junto á la playa, apoyada en el promontorio de dos colinas con su bosque de palmeras situado á la izquierda como un penacho de plumas en la cabeza de una mujer hermosa, Campeche presenta un golpe de vista ameno y risueño. Lerma, lindo pueblecito construido en la costa á tres kilómetros al oeste, le sirve de estacion balnearia.

El vapor debia detenerse un dia, y me apresuré á desembarcar para tener el gusto de dar un apreton de manos al más amable de los corresponsales, don José Ferrer, que me habia ofrecido muchas veces su galante hospitalidad para el caso en que mis exploraciones me llevaran á Campeche. Encontré allí una casa encantadora, en la que todo eran cantos, músicas, sonrisa y alegría, y en donde pasé un dia que jamás olvidaré.

A las cuatro de la tarde tuve que reembarcarme en mi cáscara flotante para ir á Cármen, y ya me lisonjeaba de nuestra soledad á bordo, cuando atracó al costado del vapor una enorme lancha llena de pasajeros. Era una compañía de cómicos compuesta de diez y ocho personas con acompañamiento de perros, gatos y cotorras: ¡una verdadera calamidad! Si en estos tres dias de navegacion, pensaba yo, llega á soplar el norte y sin un sitio donde cobijarse, nos vamos á divertir, tanto más cuanto que nos rogaron que desocupáramos las literas, pues la compañía habia tomado con anticipacion todo el camarote. A fuerza de trabajo, conseguí que dejaran en paz á mi secretario Luciano, aquejado de un fuerte ataque de calentura y que gemia en una litera. Entre tanto los cómicos se van embarcando, ménos una obesa característica, incapaz de moverse, y á la cual hubo que izar á bordo sentada en una silla y subiéndola con una cabria; asustada la venerable dama, chilla, llora, se lamenta y de buena gana se hubiera desmayado, á no haber tenido debajo el líquido y amenazador elemento.

Por fin se instalan todos y partimos; pero los gemidos de Luciano llaman la atencion de los cómicos; y las mujeres manifiestan su alarma por tener tan cerca un enfermo.

—¿Qué le sucede? ¿Tiene la fiebre amarilla?—preguntan con ansiedad.

—Bien pudiera ser,—contesto con mucha seriedad, y la compañía azorada huye del camarote retirándose á popa. Tomamos otra vez posesion de nuestras literas, y pasamos una noche excelente, gracias á lo cual llegamos á Cármen descansados y dispuestos.

Cármen es el gran depósito del palo tintóreo llamado palo Campeche; la ciudad es rica; hay en ella muchas casas que han reunido grandes fortunas dedicándose á este comercio poco conocido que requiere una prolongada residencia en el país y perfecto conocimiento de los

hombres y de los lugares. Una de las casas principales es la de los Sres. Arizan, á cuyo fundador conocí en otro tiempo; á la sazon habia muerto, pero encontré á su hermano don Benito y á su hijo don Pancho. Los tres habíamos cambiado algo en los veinticinco años que habian trascurrido sin vernos, y tuve que decir mi nombre para darme á conocer; mas al punto me recibieron como si fuese de la familia y entablé la conversacion hablando de las ruinas que don Benito conocia muy bien. Precisamente acababa de hacer un descubrimiento preciosísimo.



Embarque de la característica

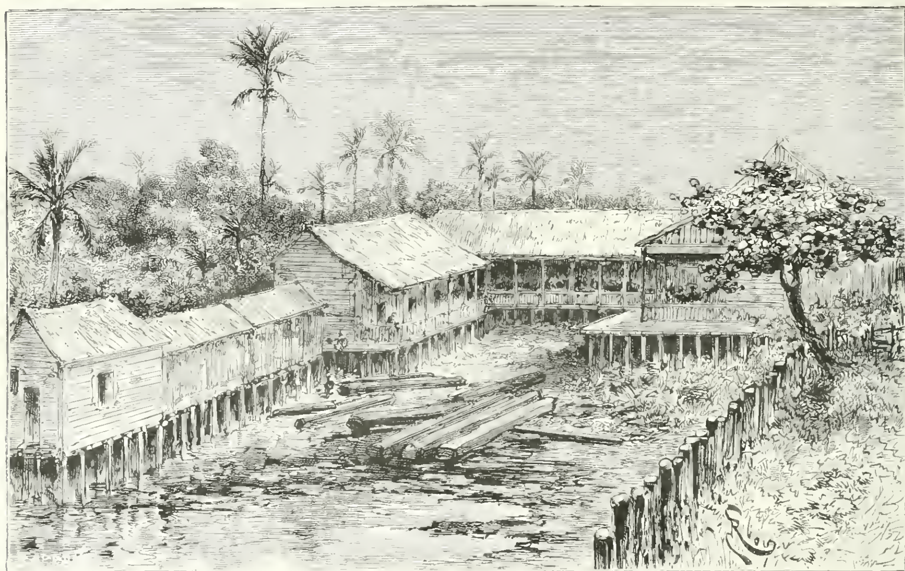
Don Benito es propietario de una isla inmensa situada en el curso medio del Usumacinta, la isla del Chimal, en la cual hay pirámides antiguas, sepulturas ó bases de templos. Pues bien, cavando en una de ellas sacó á luz unos cañones de tierra cocida de 1^{m},50 de largo, con balas de tierra cocida tambien, de las cuales me presentó algunos ejemplares, que hoy se conservan en el museo del Trocadero. Este cañon de tierra debe llamarnos la atencion con motivo; es una rareza; pero pensándolo bien, no veo en ello nada de extraordinario y me lo explico del modo más sencillo del mundo. Me parece muy natural que despues de la batalla que trabó Cortés con las tropas de Tabasco cerca de Centla, la capital, llamada hoy Comalcalco, batalla en la que hubo de valerse de todos sus medios de ataque y en la que hizo estragos la artillería, paréceme natural, digo, que los indios, aterrados al ver los efectos de aquel nuevo ingenio bélico, ya fuese culebrina ó cañon, procurasen imitarlo. Sin darse cuenta del efecto de la pólvora, y conociendo solamente el hierro, se limitaron en su natural sencillez, á copiar con barro la forma de aquel instrumento que vomitaba la muerte, creyendo que les bastaba fabricar una máquina parecida para lograr el mismo resultado.

A la muerte del jefe, los cañones y las balas de barro cocido fueron enterrados con él.

Esto nos demuestra una vez más la edad moderna de algunos de esos montecillos, añadiendo otra prueba en apoyo de la tésis que vengo sosteniendo; pero la cuestion me parece ya juzgada.

Rogué al Sr. Arizan que me hiciera buscar uno de aquellos cañones para el museo del Trocadero; me lo prometió y lo estoy aguardando.

De Cármen á Frontera es asunto de doce horas, y desembarco en este último puerto, al año, dia por dia, de haber salido de él. No encuentro variacion alguna; el pequeño muelle de desembarque está algo más desvencijado que el año pasado, y la pésima posada en que me alojé continúa sin novedad encaramada sobre estacas y encima de charcas de agua en



Posada de Grijalva en Frontera (De fotografía)

descomposicion procedentes del rio, cuyas pestilenciales emanaciones absorbe. Pero no hay en donde escoger: no hay más posada que esta, prescindiendo de que en cualquier otra parte correré el mismo riesgo.

La poblacion es muy malsana; el administrador de la aduana ha fallecido durante mi ausencia: las viruelas, la disentería y la fiebre amarilla se disputan allí el predominio, habiendo causado este año trescientas víctimas. Pero hay sin duda un dios para los viajeros, por cuanto permanecemos aquí indemnes y proseguimos nuestros estudios aguardando un vapor ó una lancha que tenga á bien trasportarnos á la parte superior del rio.

Mis caminatas por la costa y por la orilla del rio me permiten rectificar, con el auxilio tambien de las citas de Herrera, un importante punto histórico y determinar el verdadero lugar que ocupaba la antigua capital Centla. El Grijalva de hoy no es el rio de otro tiempo; corria unas veinte leguas más al oeste por el lecho del rio Seco, cerca de la ciudad de Comal-

calco, cuyas ruinas he visitado; un accidente natural ó la mano del hombre desviaron su curso, y tengo de ello una prueba. Cuando Cortés emprendió su expedicion y dió su gran batalla á las gentes de Tabasco, se detuvo en el estuario de un rio que llevaba sus aguas al mar por dos bocas: las dos Bocas, nombre aplicado hoy á las desembocaduras del rio Seco. La barra del rio que remontó Cortés no podia ser la de Frontera, por cuanto únicamente pudo franquearla la más pequeña de sus carabelas, miéntras que hoy la pasan los buques de triple tonelaje y de doce piés de calado.

El cronista de las Indias nos dice que, en sus ataques y movimientos de tropas, Cortés se retiró á una islita que daba frente á la poblacion; no hay más que una, muy grande, casi á una legua más abajo de Frontera.

Herrera nos habla de un vado por el cual cruzaron el rio los soldados de Cortés para ir á examinar las obras de los indios. Nunca ha habido vado en el Grijalva en el sitio de que habla; el rio es muy ancho y muy profundo por todas partes.

Herrera menciona los soberbios plantíos de cacao por los que pasó Cortés; no hay uno sólo por la parte de Frontera; pero sí mucho más al oeste, á orillas del rio Seco. De donde resulta que todo lo que nos dice Herrera se aplica perfectamente al paisaje y al curso del rio Seco que hemos recorrido, con sus dos bocas, su barra impracticable, sus vados, sus plantíos de cacao, pudiendo por nuestra parte afirmar que en sus márgenes se trabó la gran batalla y que junto á ellas estaba la capital india Centla, hoy Comalcalco.

Durante mi permanencia en Frontera, me ocupo en reunir vasijas antiguas, y tengo tan buena suerte que encuentro toda una coleccion. Al decir que tengo buena suerte no quiero significar que los ídolos indios escaseen en Tabasco más que en las otras provincias, pues se encuentran muchos en los bosques, pero por lo general los rompen; hasta hoy nadie se ha tomado la molestia de reunirlos, y el museo de México no posee un solo ejemplar de ellos.

Entre los que acabo de recoger hay piezas de varias figuras que se parecen más ó ménos á los ídolos de las tierras altas, con algunas diferencias de estilo que los hacen más semejantes á los ídolos de Palenque. Aquí damos la reproduccion de los dos más hermosos y más completos. Al decir más hermosos, es una manera de expresarme, porque la tierra es tosca y las figuras tan informes que cualquiera diria que el que los fabricó se dedicó exclusivamente á reproducir lo feo y lo grotesco, pero feos y todo como son mis hallazgos, figurarán muy bien en el museo á que los destino.

Los dias van siendo cada vez más monótonos y largos, sin que se divise la humareda de ningun vapor en el horizonte; las enfermedades siguen haciendo víctimas á diestro y siniestro, pero como estamos en carnaval, todo el mundo baila y se divierte. Las muchachas de la poblacion invaden la fonda pidiendo dinero para sufragar los gastos del baile, muchas de ellas son bonitas, y no puedo ménos de acceder á su invitacion contribuyendo á su diversion con mi óbolo. Por las calles vagan unos cuantos hombres llenos de harapos informes á modo de disfraz, y seguidos de mujeres y chiquillos á quienes divierten en extremo sus bromas; dispáranse luégo cohetes, los instrumentos de cobre acompañan al rasgueo de las guitarras, y el baile empieza.

La muchedumbre corre á él; y yo la imito para ser testigo de las mismas escenas y de las mismas danzas monótonas. Mi criado Julian es el rey de la fiesta; es jóven, buen mozo y baila que se las pela; las muchachas bonitas se lo disputan y Luciano le observa con cierto despecho; pero le perdona sus triunfos, porque segun dice es amable, servicial, modesto y limpia admirablemente las botas. Esta flecha del Partho se pierde en un tumulto indescriptible;



Idolos de barro cocido de Tabasco

sobreviene una disputa, efecto de una rivalidad que por lo comun termina en una puñalada ó un pistoletazo: ¡otra conmovedora escena de costumbres! Resuena brutalmente un tiro en medio de la apiñada concurrencia; los bailarines se asustan y prorumpen en gritos, echan á correr, y el agresor aparece sujeto por varios amigos que se lo llevan á la prevencion. Por lo que hace á la víctima, á quien la bala le ha cortado los músculos del lado izquierdo de la cabeza, cae paralizada del lado derecho; se llevan al infeliz, y el baile, interrumpido momentáneamente por este ligero incidente, sigue como si tal cosa.

Por fin llega un vaporcillo que remonta el rio y nos admite á bordo; pero sin que su capitan se comprometa á nada ni quiera decirnos dónde nos desembarcará; tampoco nos fija precio; nos cobrará lo que estime conveniente, y lo conveniente será sin duda lo más caro posible en beneficio del armador, de lo cual pudimos convencernos más adelante.

Partimos y á la mañana siguiente al llegar á Jonuta y al ver el capitan las aguas bajas del rio, vacila y no sabe si proseguirá su viaje. Apénas hace caso de nuestras instancias y si

se decide á seguir adelante es porque acaba de tomar á remolque una inmensa canoa cargada de indios y de mercancías. Es un obstáculo más para nuestra marcha, y estando la noche oscura, navegamos por las aguas bajas del rio tan á la ventura que á media noche encallamos. La sacudida del barco nos despierta; es un verdadero desastre. En vano es que el maquinista dé contravapor, no nos movemos una pulgada. Además, la amarra de la canoa se ha enredado en la hélice, haciendo imposible cualquier movimiento.

Nos encontramos á diez leguas de distancia de todo sitio habitado, y si el agua baja todavía más, tenemos la envidiable perspectiva de esperar en tan halagüeña situacion la crecida de la estacion próxima. Aparece la luz del nuevo dia, que hace las cosas más fáciles; la tripulacion se echa al agua, y el capitan, armado de un machete, se zambulle debajo de la hélice para cortar el cable y desenredarlo. Por fin la hélice da vueltas y el casco se mueve; á las diez, soltamos las amarras, estando el capitan más resuelto que nunca á dejarnos plantados en el sitio que mejor le parezca, y de este modo, y vacilando siempre, el vaporcillo nos dejó en la playa de Monte-Cristo, miserable aldea situada en la orilla izquierda del Usumacinta.

Desembarcan al azar equipajes y material en el ribazo, y luégo viene el cuarto de hora de Rabelais, es decir, la cuestion del pago. Pido la cuenta, y el capitan me dice que asciende á quinientos francos. Aun cuando sé que toda reclamacion debe ser enteramente inútil, le hago observar que el vapor ha remolcado, durante el mismo trayecto, la pesada canoa y los cuatro indios que la tripulan así como al propietario y á sus mercancías, y que sólo le ha reclamado cincuenta francos por este servicio: le pregunto pues el motivo del favor con que me distingue, pero el capitan no tiene otra respuesta que darme sino la de: «Son quinientos francos.» Pago sin replicar, y si recuerdo este contratiempo que otros muchos viajeros han sufrido ántes que yo, es para advertir á los jóvenes que hagan previos tratos en todo y que no se fien en la delicadeza y buena fe de los tratantes.

Otra historia: íbamos á ocuparnos en almacenar nuestros equipajes, mas de pronto aparece un mozo imberbe que dirigiéndose á mí con bastante petulancia, me pide mis papeles, Este jóven es todo un personaje, pues es ni más ni ménos que el director de la aduana de Monte-Cristo.

Como no llevo pasaporte para Monte-Cristo, en donde no pensaba detenerme, me sumarian y me decomisan mis fardos.

Llevaba una caja de dinero, unos cuatro mil francos para los gastos del viaje y pagar á mis indios en la montaña. ¿No hay pasaporte? Pues sumaria y confiscacion.

El asunto habia empezado por parecerme bastante cómico, pero veo que toma un giro que me asusta, sobre todo cuando pienso que el jóven aduanero que procede contra mí tiene derecho á quedarse con la mitad de los valores decomisados. Por fortuna llevaba yo una carta del ministro del Interior, Don Ignacio Mariscal, recomendándome á todas las autoridades de la República; fuí pues á casa del juez, en cuyo poder deposité provisionalmente la cajita, objeto principal del litigio; le referí lo que me pasaba, y me aconsejó que fuese á ver al jefe político, el cual se enteró de la carta ministerial, y me concedió con mucha amabilidad el derecho de entrada, libre de todo pago.

Héme ya salvado, pero no llegado á mi destino. Yendo por el rio, tenemos cuatro ó cinco jornadas de marcha para llegar á Tenosique; y por tierra, al través de los bosques, invertiremos veinticuatro horas.

Buscamos una canoa, remeros y víveres, y gracias á la intervencion de un francés habitante en estos parajes, lo reuno todo en pocas horas y confio el dinero, el material y el equipaje á la custodia de mi fiel Julian, que se reunirá con nosotros cuando pueda. Luciano y yo tomaremos un guía y caballos, y al dia siguiente nos ponemos en marcha por la vía terrestre.

El momento de emprender un viaje es siempre agradable; hace un tiempo magnífico, la tierra está seca, el camino es fácil, de suerte que todo sale á pedir de boca, y despues de cruzar una dilatada sabana, caminamos á la sombra de los árboles por la orilla del rio para atravesar en breve el Chacamas por su desembocadura. Entónces penetramos en plena selva; los caballos, dotados de un trote detestable, llevan un paso infernal. Nuestro guía, acostumbrado á estos viajes, se propone sin duda hacernos andar de un tiron las veinte leguas que distamos de Tenosique, y por esto apresura la marcha tanto que nos cuesta trabajo seguirle y que el camino no nos parece ya tan hermoso. En el estrecho sendero por donde vamos, los fragmentos de roca y los troncos de leña hacen tropezar de continuo á nuestras cabalgaduras, las ramas de los árboles nos azotan el rostro, y á derecha é izquierda, delante y detrás, se nos enredan los bejucos en el cuerpo exponiéndonos á saltar de la silla ó á quedar estrangulados de repente; y áun hoy llevo en el cuello dos señales sanguinolentas.

¡Qué camino! Pero el guía sigue corriendo sin cuidarse de nosotros ni más ni ménos que si fuésemos sombras vanas, hasta que le perdemos de vista, y entónces, extenuados de cansancio, ponemos los caballos al paso, siguiendo al azar aquella senda más ó ménos trillada.

Las seis horas de marcha que llevábamos nos habian abierto en gran manera el apetito, y cuando alcanzamos al guía, que nos aguardaba tendido al borde de un arroyo, le preguntamos:

—¿Dónde están los víveres?

—¿Qué víveres?

—El almuerzo que nos han hecho esta mañana.

El zopenco se habia olvidado de él, y para aplacar el hambre hubimos de contentarnos con un poco de ron y agua.

Volvimos á ponernos en marcha molidos, para llegar tres horas despues á uno de los recodos del Usumacinta, en cuya orilla estaba el rancho del barquero. Allí vimos gallinas, por consiguiente habria huevos; saqueamos la mísera choza, y bebímos una gran cantidad de posole, mezcla de maíz molido y agua, pero sin poder satisfacer la sed que nos devoraba.

Pasamos á la orilla derecha del rio, y en otras dos horas de marcha nos pusimos en Cabecera, pobre aldea situada tres leguas ántes de llegar á Tenosique. Nuestro guía quiere seguir adelante, pero le rogamos que tenga compasion de nosotros, y nos albergamos en casa de dos damas de edad provecta, que nos dan una taza de caldo de gallina y pescado frito, lo cual naturalmente nos parece delicioso.

Aquella noche dormimos en hamacas sin que nos molestaran mucho los mosquitos, nos recobramos un tanto de nuestro cansancio, y al dia siguiente muy temprano estábamos en Tenosique.

XVI

Tenosique.—Fisonomía.—Recuerdos.—Los monteros.—Datos sobre los lacandones.—Llegada de las mulas.—El Usumacinta.—Peces de mar.—La marimba.

Tenosique es el último pueblo del llano; dos leguas más allá están los primeros escalones de la Cordillera, y se da el nombre de *Boca del rio* al sitio en que el Usumacinta superior desemboca formando largos raudales, despues de abrirse un paso entre dos altas montañas. Más léjos está la sierra, su laberinto de valles desconocidos, la patria de los lacandones, el desierto. Allí vamos, pero ¡con cuántas dificultades tropezaremos!

Tenosique está situado en una eminencia que le pone al abrigo de las inundaciones periódicas; pero, lo mismo que todos los pueblos distantes de los centros, se compone de miserables chozas, llevándose allí una vida lo más monótona y aburrida del mundo. Nos proporcionan una cabaña de bálago con sus cuatro paredes hechas de cañas y de barro, y en la cual nos devoran las pulgas, los mosquitos y las garrapatas por más que la limpiamos. No hay en ella un solo mueble; mas por fortuna tenemos nuestras hamacas y nuestras camas de campaña. Por lo que respecta al alimento, un buen hombre de la poblacion hizo cuanto pudo para proporcionarnos todo lo necesario, y toda mi vida me acordaré de las ensaladas de hojas de nabos acres y duras como la grama, aderezadas con zumo de naranja agria á falta de vinagre, y que, en nuestra escasez de verduras, nos parecian casi sabrosas.

Y sin embargo, aquel mísero pueblo data de los primeros años de la conquista; probablemente existia allí mucho ántes como aldea india, porque en aquel sitio habia establecido en 1535 un puesto avanzado un aventurero español llamado Francisco Gil; este hombre venia de Guatemala en compañía de algunos soldados; la pequeña partida no permaneció allí mucho tiempo y fué á reunirse con la expedicion de Montejo, que se aprestaba para la conquista definitiva del Yucatan.

La poblacion debió conservar largo tiempo su fisonomía india, porque un viejo habitante, don Saturnino, me dice que aún no hace treinta años lo vió con su organizacion maya, el cacique y los topiles, que eran sus lugartenientes, y en la plaza mayor el *picote*, esa piedra del castigo que hemos encontrado en todas las ruinas yucatecas, donde los indios la designan todavía con el mismo nombre. Este debe ser el verdadero destino de esos pequeños monumentos á los cuales han atribuido los viajeros tan diferentes objetos, cosa tan probable cuanto que el picote de Tenosique ha sido reemplazado por el cepo, otro instrumento de correccion que introdujeron los españoles.

Ese pueblo ignorado no ha adquirido alguna importancia hasta hace algunos años. A consecuencia de la escasez creciente de caoba en los bosques de Tabasco, los leñadores y los proveedores de esta madera preciosa lanzaron sus agentes en su busca hasta los valles

inexplorados del Estado de Chiapas en el alto Usumacinta, y hasta Guatemala. Tenosique ha llegado á ser por esta causa la cabeza de línea de este género de comercio para todos los productos procedentes de Guatemala, residiendo allí los empleados de las dos casas que hasta hoy han monopolizado este negocio.

Merece referirse la historia de un tablon de caoba, pues creo que ha de interesar al lector.

No puede cualquiera dedicarse á semejante explotacion, para la cual se necesita un gran capital y perfecto conocimiento de los lugares y de los hombres. ¡Cuántos ha habido que, seducidos por el cebo de las enormes ganancias realizadas á su vista, se han arruinado por falta de experiencia!

La caoba no cuesta nada; los arboles son allí numerosísimos, derechos como pinos, gigantescos y soberbios; el Estado sólo impone el módico derecho de un peso por árbol, y por consiguiente, no hay más que cortarlos; pero aquí está el problema. En primer lugar, hay que descubrir los sitios nuevos en que dicha madera abunda. Con este objeto, el negociante tiene sub-contratistas ó *monteros*. El montero es un hombre enérgico, acostumbrado á la agreste vida de los bosques, avezado á toda clase de fatigas; emprende la marcha seguido de dos indios y de una mula cargada de víveres; lleva un revolver y una escopeta, no tanto para su defensa personal cuanto para proporcionarse caza, pues cuando se hayan consumido los víveres, deberá atender al sustento de tres hombres. Se aleja de los senderos trillados para lanzarse en plena selva, abriéndose con el machete un angosto paso que vuelve á cerrarse detrás de él; á veces pasa dos ó tres meses en aquellas soledades inexploradas, construyéndose todas las noches un abrigo contra las lluvias torrenciales, disputando su vida á las fieras, vagando todo el dia por terrenos encharcados de los que emanan fiebres, en busca de la madera preciosa. Cuenta los árboles, los marca, y cuando regresa, le da la lista á su jefe de cuadrilla.

Ha estudiado el terreno, ha formado concepto de las dificultades, ha calculado los gastos de corta y acarreo, teniendo en cuenta que no puede cortar todos los árboles. Y en efecto, ¡cuántos de los árboles magníficos que ha encontrado en sus largas peregrinaciones, de ese rico vellocino de oro que ha vislumbrado, permanecerán incólumes por no poder llegar á ellos! La falta de caminos, lo accidentado del terreno, y una vegetacion formidable, son obstáculos que necesita vencer para apoderarse del tesoro. Pero ¿cómo conseguirlo? Será posible hacer el camino, pero es preciso que pase un rio por cerca de la tala, porque si dista de ella dos millas, la explotacion se hace imposible; seria demasiado costosa. Ese rio es el socio bienhechor, la carretera infatigable que desde la parte superior de su curso y al través de todos los obstáculos, precipicios, cascadas y raudales, será la única que lleve hasta las puertas de los almacenes los preciosos tablones.

Tenemos ya el terreno reconocido: un agrimensor oficial pasa á él para fijar los límites, y en seguida los leñadores ponen manos á la obra. Pero no, todavía no; escasean los trabajadores, todos ellos están contratados, es decir, entrampados con los contratistas, que á no ser por estas costumbres añejas, no podrian tener un solo hombre á su servicio. Cuando un

indio ha tomado dinero de él, se convierte en esclavo suyo, y como es débil y le gusta la bebida, contrae nuevas deudas y se ve condenado, como si dijéramos, á cadena perpétua. Si muere, el hijo hereda la deuda del padre y ocupa su puesto; tal era la antigua ley maya. Si no estuviese vigente esta ley, á pesar de lo crecido de los jornales, no tendríamos caoba; habríamos de dormir en camas de pino, en lo cual no veria yo por cierto ningun inconveniente. Como el indio no es dueño de dejar á su amo sin pagar ántes su deuda, el contratista es el que la paga, de suerte que cada indio cuesta dos, tres y cinco mil francos, y necesitándose á veces de dos á trescientos hombres, puede calcularse por esto si se ha de aprontar capital para una explotacion.

Los trabajadores emprenden la marcha hácia el terreno reconocido guiados por el montero; allí, en lo más intrincado del bosque, á treinta, cuarenta y sesenta leguas de todo lugar habitado, se instalan ranchos, y se necesitan convoyes que se sucedan sin tregua para llevar á la colonia nueva herramientas y víveres. Pero no es esto todo: cuando se derriban los árboles, se los descorteza y escuadra, y se va amontonando los troncos; pero como el rio está distante y las pilas de troncos muy léjos unos de otros, hay que abrir un camino para cada una de ellas. ¿Cómo los acarrearán? Con bueyes; pero en aquella provincia los bueyes escasean aún más que los hombres, y hay que ir á buscarlos al otro lado de la Cordillera, á los llanos de Chiapas, á ciento cincuenta leguas lo ménos. Allí no son caros, pues por veinte pesos se pueden comprar buenos bueyes; pero la distancia, las dificultades del camino y la escasez de forraje reducen la manada á la cuarta parte, el bosque queda sembrado de cadáveres, y el corto número de cornúpetos que llegan al punto de la tala se halla en un estado deplorable, resultando allí á más de ochenta pesos por cabeza.

El exceso de trabajo y el menguado alimento causa la muerte de otros, pues sólo tienen hojas de árboles, *ramon*, por todo pienso, sucediendo tambien con frecuencia que los hombres, deseosos de comer carne fresca, hacen de modo que alguna res se desgracie para comérsela. Por consiguiente se necesita continuamente renovar los bueyes, y el tablon de caoba empieza á costar muy caro.

Pero llega ya á la orilla del rio. Allí se le marca con un número en sus cuatro caras, y se le precipita desde lo alto del ribazo en el lecho del rio. Cuando este tenga su avenida periódica, el agua se lo llevará, y si por casualidad encalla en un recodo ó en una roca, quedará allí hasta el otro año.

En la época de las crecidas, los indios de Tenosique se dirigen en ligeras canoas á la desembocadura del Usumacinta, á la Boca del rio, para aguardar los tablones de caoba que la corriente arrastra á centenares; y como se les da medio peso por tablon, establécese entre ellos una emulacion, una competencia ardiente para ver quién recogerá mayor número. Como cada tablon está marcado, los clasifican por propietarios, los reunen formando balsas y los conducen á la poblacion. Véase pues cuánto dinero, trabajo y gente se ha necesitado, amigos lectores, para proporcionaros caoba, y cuenta que no he hablado de las epidemias que diezman los bueyes, ni de las fiebres que arrebatan á los trabajadores, ni del montero que á menudo dilapida los fondos. Moral que de todo esto resulta: que nadie debe hacerse explotador de caoba.

Hasta me atreveria á aconsejar que nadie se haga explorador: tantas son las dificultades que ante mí surgen, viniendo á entorpecer mi marcha. Recibo á la vez tan contradictorias noticias sobre las ruinas cuyo descubrimiento persigo, que empiezo á sospechar que hay en esto un terrible engaño ó una sensible mala inteligencia. Y sin embargo, las ruinas existen: así me lo asegura terminantemente el individuo que las vió por vez primera. Están léjos, á cincuenta leguas de aquí, al otro lado de la Sierra y á la orilla izquierda del Usumacinta; no hay ningun camino, pero el itinerario es conocido. Mi hombre, que hoy es jefe político de Tenosique, añade: «Descubrí esas ruinas hace doce años, en cuya época los lacandones las tenian en gran veneracion; ponian guardias para custodiarlas y en ciertos dias del año celebraban en ellas ceremonias religiosas. No permitian que se tocaran los palacios ni los templos; pero desde la caida de un gran ídolo que adoraban muy particularmente, y cuya cabeza yace hoy entre los escombros, han abandonado los palacios.»

Esta minuciosa aseveracion me reanima, y voy á ocuparme todavía con más ardor en hacer mis preparativos. Mas ¡ay! me siento impotente.

A mi llegada iba provisto de cartas de recomendacion para las dos casas comerciales del pueblo, en las que me hicieron toda clase de promesas, pero no cumplieron ninguna. Necesitaba por lo ménos quince hombres, catorce mulas y tres caballos; envié á buscar los primeros en un radio de veinte leguas, ofreciéndoles doble salario; en cuanto á las mulas, me decian que esperase un convoy que, de vuelta de Peten, podria ponerse en marcha despues de descansar algunos dias. Tenia víveres: sacos de arroz, habichuelas negras y galleta, pero faltaba carne. Compré dos toros, que me vendieron de mala gana, y despues de muertos se partió su carne en tiras, que se salaron y secaron tres dias al sol. Esto se llama *tasajo*, y la carne preparada de este modo se conserva indefinidamente.

Miéntras tanto habia logrado reunir algunos hombres y me respondian de tener los que faltaban, pero las mulas con tanto afan esperadas, no llegaban. Por fin, una tarde, al octavo dia de mi detencion forzada, oí gritos, pisadas de caballerías en el suelo lleno de yerba de las calles, y salí presuroso de mi domicilio: ¡eran las mulas! Las conté, ví que habia doce, y me dí por salvado. Pero no, no lo estaba, porque á la mañana siguiente, cuando pude examinar despacio aquellos animales en el patio de la casa, se me presentaron en todo el horror de su inutilidad. Estaban en los huesos, llenas de asquerosas mataduras, medio podridas y casi muertas en su mayoría, en una palabra, de todo punto inservibles para soportar un viaje tan largo y penoso.

Pero su amo me aseguraba que, cuando hubiesen descansado ocho dias, podrian emprender la marcha, con la condicion de no llevar más que media carga. El muy tunante se creia tanto más autorizado á decirlo así cuanto que sabia que la mayor parte de sus mulas se quedarian por el camino y que las haria pagar como buenas, lo que sucedió en efecto más adelante. Pero yo no sospechaba nada de tan infame combinacion, y seguí ocupándome en mis preparativos de marcha.

Los hombres iban llegando; mandé hacer bastes y aparejos para las acémilas, pues los que tenian se caian á pedazos; se prepararon las cargas bajo la vigilancia del arriero en jefe

que debia tomar la direccion del convoy y tuve que dejar una parte de mi material en la casa. Pero no paraba aquí todo: el montero que iba á servirnos de guía aseguraba que no podíamos llegar directamente á las ruinas, y que cuando estuviésemos en cierto punto de la orilla derecha del rio, punto llamado el paso de Yalchilan, tendríamos que bajar por el Usumacinta en un trecho de cinco leguas para saltar en tierra en la orilla izquierda enfrente de los monumentos, y por consiguiente seria menester enviar hombres delante para abrir un sendero en el bosque y construir una canoa que nos llevara al sitio en que se alzaba la antigua ciudad.

A la mañana siguiente, partian seis hombres con la mejor mula cargada de víveres y de las herramientas necesarias para fabricar la canoa; yo debia salir despues. Pero ¿qué hacer en semejante sitio? ¿Cómo pasar los dias de expectativa?

Por la mañana me dedicaba á la pesca orillas del rio, pero el sol abrasador me ahuyentaba de allí muy presto. En Tenosique el rio es magnífico; tiene más de doscientos metros de ancho, corre entre altos ribazos que inunda en la estacion de las lluvias y cria muchos peces. Pero los habitantes del país no se cuidan de la pesca; podrian vivir de ella, y salando y secando el pescado tener un renglon de comercio lucrativo; pero nadie piensa en ello, y á lo sumo algunos muchachos del pueblo acuden los domingos á echar sus anzuelos al rio.

¡Cosa rara y á la vez en contradiccion con los conocimientos adquiridos! El Usumacinta cria á más de cien leguas de su desembocadura, comprendiendo en esta distancia los rodeos, una porcion de peces de mar. Hay allí muchos tiburones, y el más terrible de todos, la famosa tintorera, la raya, el pez-sierra y otros varios, que remontan el curso del rio hasta más de cincuenta leguas. Este mismo rio arrastra en la época de las grandes crecidas inmensas cantidades de piedra pómez procedentes de Guatemala, observándose en él invasiones periódicas de langostas que no llegan del mar, sino que bajan de las alturas. Recomiendo tan raros fenómenos á la atencion de los naturalistas.

Tenia otra distraccion, la marimba, instrumento de teclas de madera sonora, que hace las delicias de las poblaciones indias. Dicho instrumento tiene cuatro octavas, y para darle más sonoridad hay debajo de cada tecla un cono de madera hueco. Para tocarlo se necesitan dos personas, una de las cuales ejecuta el acompañamiento; ambas golpean las teclas con unos palitos que tienen bolas de guttapercha en la punta, y lo tocan con tal rapidez que el pianista de ejecucion más rápida no podria seguirlos.

El sonido es de volúmen, precision y de vibracion extraordinaria, y oido de léjos parece más suave y armonioso. Las piezas indias, compuestas de dos temas que se repiten, son muy bonitas y originales.

Tambien se encuentra este instrumento en Africa, por ejemplo en Natal, y con el mismo nombre por cierto; probablemente lo llevarian de América algunos esclavos negros trasladados en gran número á la costa del golfo en los primeros tiempos de la conquista. Es decir, que las enfermedades, las epidemias y las crueldades de los españoles diezmaron en poco tiempo poblaciones enteras, que los conquistadores carecian de trabajadores y que se vieron obligados á introducir la esclavitud.

De vez en cuando, por la mañana ántes de rayar el dia ó por la tarde ántes de la puesta del sol, hacia venir concertistas indios al patio de mi casa, y la dulce armonía de sus tocatas, siempre las mismas, calmaba mis arrebatos de impaciencia.

Llegó por fin el dia en que todo quedó listo, y nos preparamos para marchar á la mañana siguiente.

XVII

Partida para las ruinas.—Itinerario.—La selva.—Campamento.—Segunda jornada.—Vestigios de monumentos.—Pérdida de una mula y de un caballo.—Recuerdos de Cortés.—El arroyo Yalchilan.—Escondite en los bosques.—Paso de la Cordillera.—Encuentro con un viejo montero.—Huellas de los lacandones.—Llegada al paso Yalchilan.

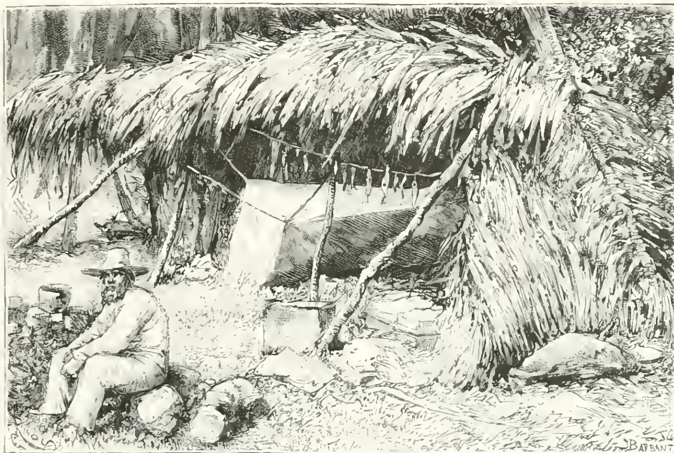
Emprendimos la marcha el 15 de marzo de 1882; las mulas no se han curado todavía; les han lavado las mataduras, y nada más, por lo cual tomarán proporciones espantosas al pesar sobre ellas nuevas cargas, y estoy seguro de que más de una mula morirá. Pero ¿qué remedio me queda? No tengo en donde escoger; ya en el momento de marchar, y á pesar de llevar solamente media carga, los pobres animales parecen gemir bajo su peso. ¿Nos conducirán hasta la ciudad misteriosa? Mucho lo dudo: pero adelante y sea lo que Dios quiera.

Penetramos en plena selva; el camino es horroroso; mejor dicho, no hay camino; por todas partes tropezamos con obstáculos como espinos, zarzas, bejucos y árboles tumbados; el sendero es tan angosto, que las mulas, rozando de continuo con el ramaje que lo inunda, tuercen á cada paso sus cargas, y tan poco marcado que se necesita fijar mucho la atencion para no separarse de él. Así es que andamos muy despacio; la primera jornada es siempre la más penosa; hay que tirar de las mulas que no avanzan sino á duras penas; se conoce que sueñan en el descanso á tanta costa ganado, en la racion de maíz que se les distribuia en el pueblo, y en la gran pradera herbácea en la que se refocilaban deliciosamente. Las infelices comprenden que han trocado tanto bienestar por el agrio sendero de la montaña, por la onerosa carga que las desuella y por el insípido *ramon* que apénas basta para alimentarlas. Así es que cada una piensa en el regreso y rumia alguna estratagema para evitar el viaje, y los arrieros tienen que estar continuamente sobre aviso para impedir las escapatorias. Conocen á sus animales por los nombres y saben por experiencia de lo que son capaces. Ya es la *Mariposa*, la *Golondrina*, la *Emperatriz*, la *India*, etc., nombres poéticos con que debieron bautizarlas cuando eran jóvenes, robustas y de buena estampa, pero hoy esos graciosos epítetos parecen tanto más irrisorios cuanto más míseras son las bestias á las que se les aplica.

A eso del medio dia, echamos de ménos dos mulas, y podemos encontrarlas despues de estarlas buscando una hora. Por lo que respecta al indio, macho tuerto de los más ladinos, los arrieros le conocen demasiado para no desconfiar de él, y ó no le pierden de vista, ó le llevan del ronzal á la cabeza de la columna. Se ha escapado muchas veces y siempre del mismo modo: se aprovecha del menor descuido, y se mete rápidamente en cualquier espesura, donde se mantiene agazapado miéntras el convoy está á la vista; entónces se revuelca como un desesperado hasta que logra desprenderse de su carga, y regresa á la aldea poco á poco.

Entre tanto hemos salido del llano, y atravesado el pantano de Poleva para llegar al pié de la Cordillera; vamos en direccion es-sudeste y seguimos el camino de Peten. El bosque es soberbio; troncos gigantescos en los que se enroscan bejucos formidables, palmeras de más de cien piés de altura, lataneros de hojas enormes, junto á esbeltos cedros y á caobos de corteza rugosa como la del roble, forman un cuadro pintoresco, deleitable y grandioso. No se cansa uno de admirarlo, y pronto se acostumbraria uno á esta vida de los bosques si como á Job, no le devorasen los insectos.

Abundan los mosquitos, y volvemos á encontrar nuestros enemigos del Yucatan, esas malditas garrapatas, que nos invaden por todas partes; pero ya nos acercamos al campamento en donde podremos librarnos mutuamente de ellas.



Pepe Mora. (De un cróquis del autor)

El arriero en jefe marca las etapas y el sitio en que hemos de acampar diariamente; debe conocer el bosque admirablemente, porque no conviene hacer alto sino donde se encuentra agua para las mulas, y ese arbusto llamado ramon, cuya hoja es su único alimento durante el viaje.

Por lo comun se acampa en alguna ligera eminencia, en medio de algun claro donde otros hayan acampado ya, y cuyo terreno esté limpio de malezas y arbustos. Lo único que en tales sitios se respeta son los altos árboles, pues con sus largas y pobladas ramas preservan al viajero del rocío nocturno.

Estos lugares de campamento tienen un nombre en el mapa, por más que no haya en ellos casas ni habitantes; pero sirven de puntos de referencia á los arrieros en sus viajes de Peten á Tenosique. A nuestra llegada descargan las caballerías; se amontonan los fardos en largas filas con los aparejos de las mulas, y luégo se procede á curar á los pobres animales. Durante esta primera jornada se agrandan horriblemente sus mataduras, y me quedé asustado al ver aquellas úlceras abiertas. Los hombres van al bosque en busca de ramon; y al poco rato resuenan los hachazos que descargan en el tronco, y el ruido de la caida del árbol

acompañada de sus gritos de alegría. Al poco rato vuelven cargados con enormes haces de ramaje, que reparten entre las hambrientas mulas. Miéntras tanto Julian instala nuestras camas de campaña, y el cocinero de la partida enciende una hoguera para hacer la cena. Los manjares son siempre los mismos: una inmensa olla de tasajo, arroz ó habichuelas con una racion de galleta, y para postre una taza de café. Esta comida varía segun los azares y encuentros del camino, y los monos, los hocos, los pavos silvestres, los pécaris ó jabalíes, todo nos parece bueno para variar la uniformidad de nuestras comidas.

Llega la noche; los hombres, agrupados alrededor de la hoguera, hablan y fuman, y poco despues cada cual se tiende sobre un monton de hojas verdes al abrigo de su mosquitera. Dormimos con sueño ligero, interrumpido á menudo por ruidos extraños, gruñidos de fieras, gritos de aves nocturnas, y espantosos mugidos de monos aulladores.

Nos levantamos ántes de rayar el dia; en el desayuno, en aparejar las mulas y en cargarlas se invierten más de dos horas, y el sol está ya á bastante altura cuando el convoy se pone en marcha.

Pero nos sucede un gravísimo percance; el caballo de mi secretario no ha querido probar el ramon, y además acaba de abrírsele un enorme tumor que tenia en la cruz; el pobre cuadrúpedo no tan sólo estaba enfermo, sino que tampoco estaba acostumbrado á aquel alimento, y el arriero me asegura que no vivirá mucho.

Emprendemos la marcha.

Todos los dias se parecen, interrumpiendo únicamente su uniformidad el encuentro con algun viajero procedente de Peten. A eso del medio dia advierto á la derecha vestigios de edificios, inmensas explanadas cuyas aristas de piedras talladas están intactas todavía, y el guía me anuncia que á la izquierda, hácia el valle de San Pedro, hay monumentos enteros. Este país está lleno de ruinas; seria cosa de pasar en él la vida.

Tambien está lleno de recuerdos del conquistador, de Cortés. Debió desembocar por este mismo camino en su viaje á Honduras, despues de pasar por la provincia de Acalan y de su capital Izancanac, que muchos han tomado por Palenque, error manifiesto en el que no habrian incurrido si hubiesen consultado las historias de Bernal Diaz del Castillo y de Villa Gutierre de Sotomayor.

Así pues, la comarca que hoy recorremos á la sombra de las selvas vírgenes estaba habitada y cultivada ántes de la conquista; en medio de estas soledades habia grandes ciudades cuyos vestigios hemos reconocido, y en varios autores vemos la prueba de ello. En efecto, Cortés encuentra en este camino «una gran ciudad» con casas fortificadas, edificios de piedra y fortalezas situadas como siempre en alturas. Esta ciudad estaba desierta, pues los indios la habian abandonado á la llegada de Cortés, pero dejando en ella víveres en gran cantidad. Aquella ciudad se llamaba Bitza, y estaba en guerra con los lacandones. Los habitantes que habian huido regresaron, y Cortés les preguntó la causa de su fuga.

—El temor, le dijeron.

—¿Y para qué son todos esos víveres? ¿Para qué todas esas gallinas muertas ó asadas? ¿Por qué habeis recogido todas las cosechas?

—Porque si hubieran vuelto los lacandones con los cuales estábamos en guerra y nos hubiesen vencido, lo habríamos consumido todo para no dejarles nada; miéntras que si hubiésemos sido nosotros los vencedores, los habríamos perseguido hasta su país y vivido á sus expensas.

Cortés encuentra más adelante otra ciudad, en «cuyas cercanías habia tantos corzos y tan mansos, que los españoles los perseguian y los cogian á caballo.»

Esto prueba que el país estaba cultivado así como que era muy despejado; pues por muy mansos que fuesen los corzos, los caballos no habrian podido perseguirlos por el bosque.

Cogolludo, con ménos detalles, nos da á conocer el país. Da el nombre de reino Próspero, al dilatado espacio desconocido é inexplorado situado entre el Yucatan, Guatemala y Chiapas.

Nos habla de un gran pueblo de la montaña en el camino de Tenosique á Peten, á treinta y cinco leguas de la primera de estas ciudades. «Todos los indios de Próspero, dice, tienen las orejas y las narices agujereadas, llevando en ellas una vaina de vainilla ó un palito labrado. Tienen el cuerpo pintado, la cabellera larga, cuidándosela más que las mujeres y adornándosela con plumas.

»Los indios decian al P. Simon, un misionero de estas regiones, que en los alrededores habia tribus más numerosas que las del Yucatan y que todas ellas hablaban en lengua maya. Llaman á este pueblo *Locen*, que significa *aparte*. Las otras tribus eran las de los locenes, mopan, lacandones, ahcibes, tulunquies, cehaches, chinamitas, etc.

»El pueblo de Locen constaba de ochocientas casas; sus habitantes eran más blancos y hermosos que los otros y llevaban collares de cuentas de oro. En medio de estas montañas hay muchos edificios antiguos y grandiosos, y tambien grandes ídolos de piedra.»

Estos pueblos, estas ciudades han desaparecido, y de aquellas tribus numerosas no quedan hoy más que algunos descendientes degenerados, perdidos entre la espesura de los bosques.

Nuestro viaje se va haciendo más penoso de dia en dia, porque segun las predicciones del arriero y mis temores, demasiado fundados por desgracia, hemos perdido dos mulas, que abandonamos moribundas á merced de los jaguares, habiendo habido necesidad de repartir sus cargas, y de tener nosotros que ir por turno á pié, para aliviar de nuestro peso á las cansadas acémilas.

Llegados al arroyo Yalchilan, encontramos la frontera de Guatemala en las cercanías de la ciudad de aquel nombre, de que nos habla Cogolludo: dejamos á la izquierda el camino de Peten, y torcemos al sudeste por el camino que han abierto nuestros hombres de vanguardia. Acampamos á orillas del riachuelo, y nos dedicamos á practicar algunas abluciones que nos hacian verdadera falta.

Al dia siguiente debíamos atravesar la cadena de montañas que nos separaba del valle del Usumacinta superior. El paso es penosísimo y casi impracticable para mulas cargadas. Es un levantamiento calizo de la misma formacion que el horizonte yucateca, en el que la roca rota asoma á la superficie en placas cortantes y puntiagudas, siendo las cuestas en

muchos puntos de peligrosa rigidez. El arriero en jefe me propone descargar á las mulas de un repuesto de víveres que nos servirá al regreso y del cual no tendremos ninguna necesidad para el viaje de ida, aparte de que los víveres no escasean, pues el dia anterior habia matado yo tres grandes monos, que nos comimos, por más que su carne fuese correosa y nauseabunda; y aquella misma mañana nos regalamos con la carne de un jabalí, que valia mucho más.

Construimos pues un escondite en el bosque, y allí, en una plataforma puesta sobre estacas á cuatro piés de altura, dejamos amarrados sacos de galleta, tasajo, habichuelas y un barril de vino.



El Usumacinta en el paso Yalchilan

Al dia siguiente, sétimo de viaje, muy temprano, trepamos á pié por los vericuetos de la montaña. Fué ciertamente una ruda etapa durante la cual tuvimos que encaramarnos por las cuestas del Mirador y del pico del Aguila, aunque este último apénas tiene de 420 á 450 metros de altura. Poco despues bajábamos al llano y acampábamos á orillas del rio Chotal, que desemboca en el Usumacinta. En nuestra última jornada de marcha encontramos un viejo montero llamado Pepe Mora que hacia tres meses habia salido de su pueblo y vivia solo con dos indios en aquellas grandes soledades. Se ha instalado junto á un recodo del Chotal, ha construido allí una cabaña y se dedica á cazar para mantener á sus dos hombres que andan por los bosques contando y marcando los árboles de caoba.

Este veterano se halla en un estado deplorable; está macilento, abatido y devorado por las calenturas, pero no quiere abandonar su tarea hasta dejarla terminada; me proporciona algunos informes, le ofrezco un vaso de vino y unos cuantos cigarros, nos estrechamos la mano y me separo de él sin saber si le volveré á ver al regresar.

La selva en la llanura es magnífica y abunda en ella la caza; los papagayos y los aras

atruenan los aires con sus gritos penetrantes, los hocos de amarilla cresta cruzan silenciosos de rama en rama, desde las cuales nos contemplan con curiosidad grandes monos aulladores, miéntras que junto á nosotros pasa como una tromba.

Estamos en el país de los lacandones; á trechos encontramos rastros de antiguos cultivos, á veces árboles frutales, limoneros, zapotes y chirimoyas, cañaverales á propósito para flechas, y restos de cabañas abandonadas, lugares de los cuales se retiraron los lacandones á consecuencia de las excursiones de los leñadores. Aquella misma noche llegamos al paso Yalchilan y acampamos en la orilla derecha del Usumacinta.

XVIII

Paso Yalchilan.—Otra mula perdida.—Noche agitada.—Un jabalí.—El campamento.—El Usumacinta superior.—Aparicion de los hombres de vanguardia.—Sin canoas.—Posicion crítica.—Un salvador.

El paso Yalchilan no es más que un punto geográfico que indica un sitio requerido situado en la orilla izquierda del Usumacinta y que marca la frontera de México y de Guatemala. Llegamos allí por la tarde despues de una larga jornada, rendidos despues de una semana de marcha al través de los bosques, y se hizo de noche ántes que hubiéramos tenido tiempo de descargar las mulas y de ir á cortar ramon para su pienso nocturno.

Desembarazadas de sus cargas, contando con un reposo de algunos dias, habian bajado alegremente por el alto ribazo para bañarse en las aguas del rio y revolcarse á su gusto en la arena abrasadora de la orilla; estaba yo mirando cómo se refocilaban, cuando al contarlas, ví que faltaba una. Era precisamente el macho cargado con el material de montaña; el pobre animal, lleno de dolorosas mataduras, debia haberse quedado medio muerto en algun rincon de la selva. Avisé al arriero en jefe, el cual no pareció dar gran importancia á la cosa: llamó por mera fórmula á algunos indios encargándoles que fuesen á ver si encontraban al mulo perdido y podian traerle al campamento; pero aquellos hombres hicieron oídos de mercader, y como yo repitiese la órden, me contestaron resueltamente que se hacia de noche, que el bosque no ofrecia seguridad, que la oscuridad no les permitiria hacer nada y que seria mucho más fácil encontrar al animal perdido á la mañana siguiente. Accedimos, pues, á que fuesen en su busca al amanecer del otro dia.

Entre tanto despejaban el sitio en que debíamos acampar, encendieron fuego para hacer la cena y llegó la noche sin que hubiéramos podido instalar el campamento. Como no teníamos noticia de nuestros hombres de vanguardia, de los encargados de construir las canoas, me tendí en mi lecho de campaña disgustado por la pérdida del mulo y por la ausencia de aquellos hombres. Desvelado por el agudo zumbido de los mosquitos y los aullidos de los monos, no podia conciliar el sueño, cuando á eso de media noche, percibí rumor de un paso acompasado en la espesura del bosque; aquel ruido cesaba á veces para empezar al poco rato como si lo produjese algun sér que acechara y persiguiera una presa. Me incorporé sobresaltado, cerciorándome de que los pasos del sér desconocido se iban acercando á nosotros, y apénas estaba á diez metros del sitio en que dormia Julian, cuando un indio se puso á gritar: ¡Al tigre! ¡al tigre! El tigre aquel no era más que un jaguar; pero en medio de la selva y en la

oscuridad de la noche su encuentro no tiene nada de agradable. Cogí pues mi revólver, un bull de gran calibre, y lo disparé en direccion del intruso que huyó sin aguardar á más.

Esta aventura anodina nos hizo vivir alerta, y resolvimos tener todas las noches encendida una hoguera que uno de los indios se encargaria de alimentar por turno.

Al otro dia los indios se pusieron á trabajar para establecer definitivamente nuestra vivienda; otros marcharon en busca de la acémila perdida, á la que encontraron á dos leguas de distancia, tumbada en el suelo, con su carga encima y medio muerta de cansancio, de hambre y de sed. Los indios le quitaron la carga, repartiéndosela entre ellos, mas aquello sólo proporcionó un alivio momentáneo al pobre animal, porque el cazador que acompañaba á los peones, mató un hermoso jabalí que el asendereado mulo hubo de llevar al campamento.

La llegada de aquella pieza de caza fué acogida con exclamaciones de contento; con ella teníamos carne fresca, y yo creia que duraria muchos dias; pero no contaba con el apetito de mi gente, pues no bien se hubo descargado el jabalí, lo desollaron, descuartizaron y asaron, de suerte que por la noche ni memoria quedaba de él; el enorme animal habia pasado á sus estómagos como si fuese un conejo. Por fortuna el bosque era abundante en caza, y fácil nos fué repetir más de una vez el mismo festin.

A eso de medio dia, y cuando los indios acababan de almorzar, llegaron los canoeros, atraidos por los tiros y los gritos de sus compañeros. Les pregunté al punto por el estado en que se encontraba su trabajo y por la canoa que se habian comprometido á construir.

El carpintero me contestó con cierto embarazo que aún no estaba concluido nada; que habian cortado muchos árboles cuyos troncos, despues de desbastados, resultaron impropios para la construccion de la canoa; que era un contratiempo del que ellos no tenian la culpa, pero que en pocos dias terminarian su tarea. En seguida, los acompañé á un astillero que habian instalado un kilómetro más allá, y en efecto, ví dos árboles en tierra, uno de los cuales, labrado á hachazos, presentaba la forma vaga de una canoa, pero aún no estaba vaciado el interior, y si aquellos tunantes habian necesitado seis dias para hacer tan poco trabajo, calculé que necesitarian más de ocho para terminarlo. Lo que comprendí en último resultado fué que se habian burlado de mí y que habian pasado el tiempo en cazar, en pescar y en darse buena vida sin preocuparse poco ni mucho de mi expedicion, poco ménos que comprometida por su culpa.

Ocho dias de retraso, era la ruina para mí; porque, á pesar de tener á mi gente á racion, las provisiones se agotaban á ojos vistas, y áun cuando las calculé para cuarenta dias, era indudable que no durarian veinte. Volví pues al campamento muy inquieto y sin saber qué hacer; yendo por la orilla del rio, podia llegar enfrente de las ruinas que estaban al otro lado de la orilla izquierda, pero teníamos que abrir una senda de diez y ocho á veinte kilómetros en lo más intrincado del bosque, y cuando llegara á las ruinas tendria que construir una balsa para cruzar el rio. En este caso no podria llevar conmigo más que una parte del material, y tampoco tenia la seguridad de que todos mis hombres quisieran seguirme. Habia contratado los hombres y las caballerías para el paso de Yalchilan y no irian más allá, porque cuando les

interesa son estrictos cumplidores de sus compromisos y se resisten á todo aumento de trabajo.

Me hallaba entregado á estos pensamientos, contemplando aquel rio cuyo lecho, de doscientos metros de anchura, sus rápidas aguas y una distancia de cinco leguas, me separaban del objeto de mi viaje, cuando ví asomar un bote tripulado por un desconocido, que llevaba una larga túnica blanquizca y se dejaba llevar por la corriente, majestuosamente cobijado por una hoja de palma latanera. Mas al vernos el lacandon, porque tal era, empuñó su azagaya y retrocedió. Por fortuna uno de mis indios hablaba el maya; llamó al cayuco, y le hizo mil promesas si queria acompañarnos, á las cuales cedió el lacandon.

Era un viejo de elevada estatura que llevaba con bastante dignidad su gran túnica de anchas mangas, y que habiendo trepado al ribazo, vino á estrecharme la mano sonriendo, y luégo penetró en el campamento, echando á derecha é izquierda tímidas miradas. Además de su túnica de algodon burdo, pero muy flexible, llevaba ceñida la cabeza con una tela de algodon que tal vez ocultaba su calvicie; de su cuello pendia un enorme collar compuesto de veinte sartas de semillas, de cuentas de vidrio, dientes de perro y algunas monedas agujereadas; por último, llevaba en la mano su arco y sus flechas.

Afortunadamente era un jefe lacandon, á quien enseñé los presentes que destinaba para él y los suyos si queria traerlos á mi presencia; todo un bazar de hachas, machetes, telas, cuchillos, sal y anzuelos. El viejo se quedó maravillado.

—¡Oh!—exclamó;—no tengas cuidado, que todos mis súbditos vendrán.

Mi intérprete le preguntó si podia proporcionarnos canoas. Tenia dos, de suerte que mi intérprete fué inmediatamente con él para traerlas.

Era poco, pero más valia algo que nada; se embarcarian dos ó tres hombres en cada canoa y se harian muchos viajes; si no podia llevar el material de moldear, podria al ménos llevar mis aparatos y sacar fotografías de los templos y palacios. Me consideraba casi salvado: iba á estarlo enteramente, pero ¡á cuánta costa!

XIX

Una sorpresa.—Un viajero misterioso.—El ciego y el paralítico.—Llegada de la canoa grande.—La pila votiva.—Las ruinas.—Mi encuentro con el desconocido.—Idea general de Lorillard-City.—Recuerdo.—La ciudad fantasma de Stephens.—Un cura filósofo ó el Demócrito guatemalteco.

Al dia siguiente nos favoreció dos veces la suerte; por la mañana maté un jabalí, un hoco de cresta negra y media docena de aras rojos, una bandada de los cuales se habia establecido en nuestro campamento. Para nosotros los aras son coriáceos é incomibles, pero los indios los devoran á mandíbulas batientes. Guardamos las plumas para los lacandones, que utilizan las barbas para sus flechas, y conservamos tambien los cañones para servirnos de ellos á modo de monda-dientes.

Puesto luégo de centinela á la orilla del rio, aguardaba yo con impaciencia la llegada de los cayucos, cuando de pronto apareció una gran canoa; en ella iban tres hombres, pero no eran salvajes. ¿De dónde venian? ¿A dónde iban? Una idea horrible cruzó al punto por mi

mente. ¿Pertenecerian aquellos hombres á otra expedicion que se me habia adelantado? Si así fuese, de esto tendria la culpa nuestra prolongada demora en Tenosique.

Llamé á los de la canoa, que se acercaron, y por ellos supe que habian ido á buscar víveres al país de los lacandones, pero como no encontraran más que tomates, se dirigian á las ruinas para reunirse con un tal don Alfredo.

—¿Quién es ese don Alfredo?—les pregunté.

—¿Quién ha de ser? Don Alfredo,—me contestaron.

—Muy bien; pero ¿qué hace en las ruinas?

—Se pasea.

—¿Cuántos sois?

—Diez y seis, y ya no tenemos víveres.

—Pues bien; yo los tengo.

Llamando en seguida á mis hombres, hice traer á la canoa medio jabalí, un saco de tasajo, arroz y galleta.

—Aquí teneis víveres para vos y para vuestro amo; os llevareis tres de mis hombres y rogareis á don Alfredo que me envie mañana su canoa grande. Tomad una tarjeta mia y entregádsela. Id y volved lo más pronto posible.

—¡Afortunado encuentro!—pensé;—me encontraba cogido por falta de medios de locomocion y ese desconocido por el hambre; los dos vamos á poner en accion la fábula del Ciego y el Paralítico: «Tú andarás por mí y yo te alimentaré.» Era forzoso hacer de tripas corazon; pero no obstante estaba contento.

Debiendo partir á la mañana siguiente, ocupéme al punto en hacer los preparativos y por la tarde todo quedó listo; pero no habia contado con la fiebre que tenia ya postrados á muchos de mis hombres y que me atacó la mañana misma de mi marcha. El acceso fué violentísimo; deliré y quedé sumido en una postracion completa; pero no me era posible dejar de partir, y cuando hubo pasado el acceso, tomé una fuerte dósis de quinina y descansé dos horas en la tierra desnuda. Llegó la canoa; yo me encontraba en un estado deplorable, y cuando mi gente me vió resuelto á embarcarme, quiso oponerse á ello, pretendiendo que no volveria. A pesar de esto, hice que me llevaran á la canoa, en la cual amontonaron el material y los víveres y además seis indios que se embarcaron con Luciano. Dejé á los demás en el campamento bajo la custodia de Julian, y en seguida emprendimos la marcha. Mi secretario continuó brújula en mano su trazado por los recodos del rio.

Yo ni sabia dónde tenia la cabeza, ni podia sostenerme. Sofocado de calor, deslumbrado por la luz, lo veia todo azul, negro ó amarillo, y apénas distinguia las altas riberas arenosas y la espesa vegetacion que bordeaba el rio, las rocas y los raudales que accidentaban su curso.

Una fuerte corriente nos arrastraba, y á las tres horas de tan molesta navegacion, llegamos enfrente de un gran monton de piedras, especie de monumento votivo situado sobre las rocas de la orilla izquierda del rio, construccion india que resistia hacia muchos siglos la impetuosidad de las grandes avenidas.

Habíamos llegado.

Allí estaba la ciudad lacandona, sepultada bajo la sombra de los grandes árboles, y me latia con fuerza el corazon al trepar por el ribazo. Penetré en el bosque y guiado por un indio de los que encontramos en la orilla, fuí en busca de don Alfredo.

Sigo adelante, y unos trescientos metros más allá ví venir á mi encuentro á un hombre rubio, en quien desde luégo eché de ver un gentleman inglés. Nos estrechamos la mano; habia leido en mi tarjeta mi nombre, que conocia ya; díjome á su vez el suyo: «Alfredo Mandslay, Lóndres,» y como me vió estupefacto y descorazonado, me dijo, adivinando mi pensamiento:

—No os sobresalte mi presencia aquí; un contratiempo ha hecho que llegara á estas ruinas ántes que vos, como un percance os hubiera tambien hecho llegar ántes que yo; no veais en mí un rival ni tengais el menor recelo. Soy lisa y llanamente un aficionado que viaja por recreo; vos sois un sabio, y la ciudad os pertenece; por consiguiente bautizadla, exploradla, fotografiadla, moldead cuanto gusteis; aquí estais en vuestra casa. No me propongo escribir ni publicar nada; si así lo quereis, no digais nada de mí y guardad vuestra conquista para vos. Ahora, permitid que os sirva de guía, he mandado que os arreglen un palacio, y vuestra morada os espera.

Tanta delicadeza me afectó profundamente; pero yo no podia aceptar la oferta de mi generoso compañero de viaje y convinimos en repartirnos amistosamente la gloria de haber explorado aquella nueva ciudad.

Allí vivimos juntos, trabajamos juntos, partimos de allí juntos, y, cosa rara, nos separamos ambos convencidos de que cada cual habia recibido del otro más servicios de los que habia prestado.

Aquella ciudad, á la que dí el nombre de Lorillard en honor del hombre generoso que subvencionaba en parte mi expedicion, está situada en la orilla izquierda del Usumacinta, á los 17° latitud Norte, en un territorio sin clasificar, entre Guatemala y las dos provincias mexicanas de Chiapas y de Tabasco; gracias al trazado que de mi camino hice, hoy tenemos la posicion muy aproximada del sitio en que se encuentra.

He dicho ya que fué descubierta hace doce años por un tal Suarez, hoy dia jefe político de Tenosique, que muchas veces la visitaron los monteros y que el agrimensor Balay de Palisada fué á ella para medir una concesion. Seguramente debió empezarse la explotacion de sus bosques, toda vez que encontramos un cedro desbastado, que se habia dejado abandonado en el sitio en que lo cortaron.

Dicha ciudad, á la que se ha dado en alguna ocasion el nombre de ciudad fantasma en recuerdo de una frase del norte-americano Stephens, no corresponde sin embargo al sitio que le atribuye el ilustre viajero. En el tomo II de su viaje á la América central, Chiapas y Yucatan habla de una ciudad extraña de la que le dijo algo el cura de Santa Cruz del Quiché. El capítulo en que describe el explorador su encuentro con aquel cura excéntrico es una obra maestra de gracia y de donaire literario; y tanto que no puedo resistir al deseo de copiar algunos párrafos:

«Hallábame en medio de las ruinas de Santa Cruz cuando ví llegar un forastero resguardado de los rayos del sol por un inmenso quitasol encarnado, y conociendo que era el cura

del pueblo, me adelanté á su encuentro. Al vernos bajar, tropezando y dando traspiés á cada paso en aquel desmoronamiento de piedras, se echó á reir con tantas ganas que su hilaridad se hizo comunicativa, contagiosa, y cuando nos reunimos y nos estrechamos la mano, reíamos los tres á carcajadas.

»Cesó de pronto su risa, tomó un aspecto solemne, se quitó el pañuelo que llevaba rodeado al cuello, enjugóse el sudor, sacó una cajetilla de cigarrillos, soltó otra carcajada, guardóse la cajetilla para sacar otra, rió de nuevo, y en seguida nos pidió noticias de España.

»El traje de nuestro interlocutor tenia tan poco de clerical como su manera de ser, echándose de ver por lo raido de sus hábitos como por el descuidado estado de su escasa ropa blanca que teníamos delante un filósofo.

»Rió estrepitosamente al saber que habíamos venido á visitar las ruinas, y añadió que se habia reido muchísimo cuando él las visitó por primera vez. Era oriundo de la península ibérica; habia presenciado la batalla de Trafalgar desde las rocas de la costa y reia al contárnosla. La escuadra española, dijo, habia estallado como una bomba; otro tanto le sucedió á la francesa, y al recordarlo reia á más y mejor. Nelson murió en el encuentro, y todo por la gloria: era cosa de no poder contener la risa.

»Habia salido de España huyendo de la guerra y de las revoluciones, que por todas partes le salián al encuentro, y aquí unimos nuestra risa á la suya: habíase embarcado con doce dominicos, que fueron perseguidos y cañoneados por un crucero francés: nuevas risas; embarcóse luégo en un buque inglés que lo llevó á Omoa, á donde llegó en el preciso momento en que estallaba una revolucion. Habia pasado toda su vida en medio de los furores de la guerra, y el presente era el complemento de lo pasado. Nuestra risa degeneró en epiléptica, porque la del buen cura era tan verdadera, tan franca, tan comunicativa, que le hicimos coro sin podernos contener. Verdad es que tampoco pusimos empeño en ello, pues aquella risa extraña nos regocijaba, y ántes de media hora éramos ya los amigos más íntimos del mundo. La sociedad nos servia de blanco y sus miserias suscitaban en nosotros continuas carcajadas. Fuera de la iglesia, pocas cosas habia que no le hiciesen reir de tan insólita manera, pero la política era su conversacion favorita. En Guatemala, en medio de los salvajes competidores del poder, estaba en favor de Morazan, de Carrera y hasta del demonio, y se reia á sus anchas de los tres. Nosotros le apodamos el cura risueño, el mismo Demócrito en persona.»

Este cura filósofo fué el que dijo á Stephens que al otro lado de la sierra, á cuatro jornadas de Santa Cruz, en el camino de México habia aún una ciudad grande, populosa, habitada por indios, y en el mismo estado en que se encontraban las demás ciudades ántes del descubrimiento de América.

El cura Demócrito habia oido hablar de ella hacia muchos años en el pueblo de Chayul, habiéndole asegurado que desde el punto más culminante de la sierra era visible aquella ciudad á la simple vista. Como á la sazon era jóven subió á la cumbre de la montaña, y allí, desde diez á doce mil piés de altura abarcó el gigantesco panorama del Yucatan y de los llanos de Tabasco hasta el mar, y luégo divisó á gran distancia una ciudad que ocupaba un espacio inmenso con sus torrecillas blancas que brillaban á la luz del sol.

Aquella ciudad misteriosa, dado que alguna vez haya existido, no creo que sea la nuestra; pero hay otras en las selvas, y los monteros nos descubrirán todos los años nuevos palacios que quizás correspondan mejor á la situacion de la ciudad indicada por el cura de Santa Cruz del Quiché.

XX

La ciudad Lorillard.—Incertidumbre sobre la extension de las ruinas.—El templo.—Idolos.—Vasijas.—La fortaleza.—El palacio en que vivimos.—Otra gran pirámide.—Segundo templo.—Ruinas.—Los dinteles de piedra y sus inscripciones.—Triste estado de Luciano. —Regreso al campamento.—Los lacandones.

A juzgar por la descripcion que me habian hecho de la nueva ciudad las personas que suponian haberla visitado, debia encontrar en ella doce edificios enteros, seis de ellos con puertas y los otros seis sin aberturas, por cuya causa los llamaban *casas cerradas*. Añadian que habia monumentos en las dos orillas del rio, y partiendo de este dato hicimos explorar la derecha, en la que no se encontró nada. Con todo, en el plano levantado por Balay, figuran ruinas en dicha orilla. Es pues probable que existan, pero que nos hayan pasado desapercibidas.

Reina asimismo la mayor incertidumbre sobre la extension de la ciudad y el número de sus edificios: la espesa y enmarañada vegetacion que cubre el suelo hace que sea punto ménos que imposible una exploracion completa, dados los medios de accion de que se dispone en sitios tan remotos de todo centro habitado. Pero si se juzga por analogía, hay lugar á creer que la ciudad Lorillard debia componerse, como todas las ciudades indias de que hemos hablado, de quince á veinte monumentos diversos, como templos, palacios, viviendas del cacique y de los principales jefes, rodeados de las cabañas de las gentes del pueblo y de los esclavos. Estos monumentos, agrupados en la orilla izquierda del Usumacinta superior, están situados en terraplenes á veinte metros del rio elevándose en seguida en forma de anfiteatro en colinas naturales que los constructores han utilizado y dividido en explanadas adornadas de pilares de contencion y provistas de escaleras.

Esta colocacion es exactamente la misma que en Palenque; los palacios y los templos son ménos en número, ménos considerables y ménos ricos en esculturas; y si sus formas se parecen á la de ciertos edificios yucatecas, son de todo punto semejantes á los de Palenque por los materiales empleados, por su distribucion interior y por su ornamentacion; aquí volvemos á encontrar, con modificaciones poco apreciables, los mismos caractéres en las inscripciones y en los bajos relieves.

La construccion de los monumentos de la ciudad Lorillard es tambien más tosca que la de los de Palenque, por más que sea difícil juzgar de ella, por cuanto ha desaparecido toda la ornamentacion exterior que era de cimento.

El primer monumento que estudiamos es un templo. Elévase sobre una pirámide de unos ciento veinte piés de altura, á ciento cincuenta metros de la orilla del rio. Lo llamo templo, porque hay en él un gran ídolo de piedra y nichos con tablitas que debian contener otros más pequeños, porque sus paredes están ennegrecidas por el humo de las ofrendas.

El ídolo tiene la cabeza separada del tronco y yace revuelta entre escombros; la figura está enteramente mutilada, lo cual nos haria suponer que en las frecuentes guerras de unas tribus con otras, la ciudad debió ser tomada y saqueada, porque lo primero que todo vencedor hacia era entrar á saco los templos y destruir los dioses de los vencidos; y en los manuscritos mexicanos la derrota de una nacion está siempre representada por un pequeño edificio de cornisa saliente, como los que ya conocemos, en el cual penetra el invasor con una antorcha encendida en la mano.

Este ídolo es único en su clase y muy hermoso; nunca habia encontrado otro parecido ni en las ciudades de Tabasco, ni en las yucatecas. Representa un personaje sentado con las



Idolo de un templo lacandon

piernas cruzadas á la usanza turca, y las dos manos puestas sobre las rodillas. Su actitud es digna, llena de calma y de serenidad; parece un budha. Tiene la cara mutilada y en la cabeza lleva un enorme tocado de hechura por demás extraña, representando una diadema y medallones entre un adorno de grandes plumas. En estas plumas esculpidas vemos la misma factura y el mismo estilo que en las que ya vimos en las columnas de Tula y de Chichen-Itza. El busto, admirablemente proporcionado, lleva en los hombros y en el pecho una especie de rica esclavina adornada de perlas y de tres medallones, parecidos á las grandes condecoraciones romanas; en la parte inferior del cuerpo se ve la misma clase de adornos, aunque de ménos relieve, y termina en un medallon mucho mayor que los otros y en un *maxtli* franjeado.

Alrededor del ídolo, así como en cada pieza del monumento, hay una porcion de vasijas

de tierra tosca y de forma nueva; son á modo de poncheras de diez á quince centímetros de diámetro por cinco ó seis de altura con los bordes adornados de máscaras humanas representando rostros achatados y otros de prominente nariz, verdaderas caricaturas que carecen por completo de arte. Conviene sin embargo, tener en cuenta esta diferencia de tipos que podria muy bien designar dos razas. Estas vasijas servian de pebeteros, y en su mayoría están aún llenas de copal. A continuacion damos la copia de dos de ellas, que presentan los tipos más opuestos.

Volveremos á encontrar estas mismas vasijas en todos los edificios que parecen haber estado destinados al culto.



Vasijas lacandonas de la ciudad Lorillard

Este primer templo tiene tres puertas bajas, con dinteles de piedra llenos de esculturas delicadas, pero de tenue relieve; muy luégo volveremos á ocuparnos de ellos.

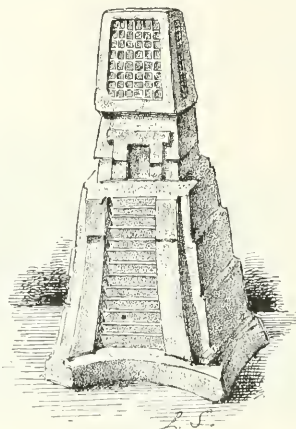
Tiene veintiun metros de fachada, por seis de profundidad, y de cinco y medio á seis de altura hasta la pared decorativa en que remata y que se parece á las de Kabah y sobre todo á la de la Casa de las Palomas de Uxmal. Esta pared, que parece un inmenso enverjado, tiene cuatro metros y medio de altura, lo cual da un total de diez metros para el edificio entero. La ornamentacion debia de ser muy rica, porque en el centro de la pared superior hay un gran lienzo en medio del cual debió estar sentado, en un banco que existe todavía hoy, un personaje de estatura gigantesca. Se distingue perfectamente el pilar de mampostería que sirvió de esqueleto para el cuerpo de la estatua, y una piedra estrecha y larga que se observa á la derecha formaba sin duda la tibia de la pierna izquierda.

Debajo, y en el gran friso que forma el cuerpo del edificio, hay tres grandes entrepaños que debian contener estatuas del mismo género, sólo que estaban de pié, y en los del centro y la derecha se distinguen perfectamente las pilas de mampostería que constituian ántes de la caida del cimento los cuerpos de las dos estatuas; por último, en ocho nichos, separados de dos en dos, habia ídolos de reducido tamaño.

Tenemos que abrir aquí un paréntesis importante, á fin de poder indicar á cuantos se interesan por la historia de las civilizaciones americanas un hecho de los más concluyentes y una nueva prueba de la unidad de orígen de estas civilizaciones. Aludo á un pequeño modelo

de templo azteca ó tolteca de barro cocido, *procedente de las tierras altas de México*, y cuya vista sola ilustrará al lector.

En efecto, aparte de la pirámide acortada como conviene en la reproduccion reducida de monumentos considerables al estado de dioses lares, vemos perfectamente en dicho modelo la escalera central y los tres ó cuatro pisos de las pirámides que hemos estudiado en Comalcalco, Palenque, Chichen, etc., pirámides que volvemos á encontrar en la ciudad de Lorillard.



Modelo de templo antiguo

Pero hay más aún; el pequeño monumento de barro cocido en que remata la pirámide, es copia exacta de los que ya conocemos, y en especial del templo que acabamos de ver: hélo aquí con sus cornisas salientes y la alta pared decorativa en que termina. Esta pared tiene los mismos agujeros que se ven en la pared del templo de Lorillard, lo propio que en la del gran edificio de Uxmal designado con el nombre de Casa de las Palomas, y Tikal nos proporcionará en uno de sus templos, que sólo tiene una abertura, una copia exacta del modelo en barro cocido que presentamos aquí. Es de todo punto imposible negar esta semejanza, y las consecuencias que de ella se desprenden, no podrán ménos de llamar la atencion del lector; porque demuestran la unidad á la par que la identidad de ideas en punto á arquitectura religiosa entre los habitantes de las tierras altas y los de Tabasco, Chiapas, Yucatan y Guatemala; tésis que me he esforzado en probar, á pesar de los asertos contrarios de todos los escritores modernos á quienes tantas citas, documentos y edificios subsistentes aún deberian inducir á rectificar su opinion.

Pero continuemos: detrás del templo y sobre una pirámide mucho más elevada, está el monumento mayor y más considerable de Lorillard. Allí, en una anchurosa explanada, habia seis palacios divididos en rectángulo. Uno solo de estos palacios existe todavía en parte con sus dinteles de piedra delicadamente esculpidos, pero tan estropeados que no pudimos sacar nada de ellos. Los demás edificios no ofrecen á la vista más que un monton de ruinas. Los dinteles susodichos presentan aquí la misma particularidad que en todas partes: son de piedra los de las puertas estrechas, y eran de madera los de las anchas, probablemente porque los

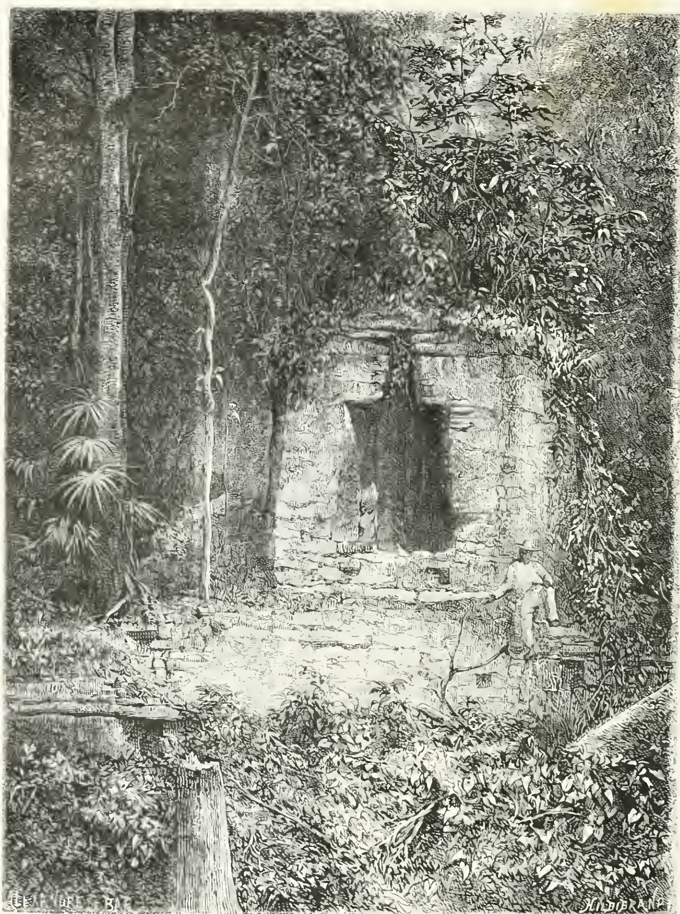
constructores tropezaban con dificultades insuperables para encontrar piedras bastante grandes para las aberturas anchas: todavía se encuentran hoy vestigios de estos dinteles de madera en las paredes y fragmentos de zapote encarnado, madera usada por los indios en todas sus construcciones. Este edificio era quizás la morada del príncipe ó la fortaleza; en todo caso, estaba admirablemente situado. Desde lo alto de la explanada se disfrutaba de una vista magnífica y yo no me cansaba de admirar el sentido práctico, el conocimiento del bienestar desarrollado en los constructores. Las pirámides en que instalaban su vivienda eran una necesidad en aquellos países ardientes y malsanos: era el aire fresco y la salud, era la ausencia de mosquitos y de otros insectos atormentadores, y era el recreo de los ojos. El golpe de vista que se desarrollaba mañana y tarde ante los habitantes de esas colonias era maravilloso; tenian al norte las lomas escalonadas, coronadas de palacios; tenian la corriente del rio, torrente en verano, rio inmenso en la época de las lluvias, luégo la otra orilla con sus colinas pobladas de arboleda, los huertos y los plantíos que debian cubrir sus laderas en otro tiempo. Detrás de ellos, al Sur, la vista abarcaba un inmenso llano limitado en el horizonte por las azuladas líneas de la Cordillera.

El palacio que habitamos se hallaba situado junto al rio, en una de las primeras gradas del anfiteatro. Estaba más derruido que el templo, y se notaban en él los mismos vestigios de ornamentacion, pero su construccion parecia mucho más descuidada, de lo cual es fácil cerciorarse viendo las puertas, que son de dimensiones diferentes y cuyas jambas son tan pronto, y sin motivo, oblícuas ó perpendiculares, como tambien fijándose en la distribucion irregular de las aberturas y de los nichos. La pared decorativa sobrepuesta al edificio se ha derrumbado y en el friso no se distingue más que un caos de agujeros, nichos y piedras salientes. Su distribucion interior es singular: es una especie de laberinto de pasadizos y de cuartitos con bancos de mampostería cubiertos de estuco que tal vez sirvieran de lechos: otro banco estrecho y largo, puesto en medio del pasadizo de entrada, serviria quizás de mesa de comer; nosotros la habíamos dado este destino, y allí comia yo en compañía de Maudslay. Detrás, y en una parte subterránea á la cual se va á parar por un corredor que forma una rápida bajada, hay dos salas estrechas cegadas hasta el techo y que en mi concepto deben de ser tumbas, pues se parecen á las salas de la misma clase que excavé en Palenque y en las cuales encontramos esqueletos y vasijas. El edificio tiene veinte metros de fachada por diez y seis de profundidad. Delante, en el patio, descuellan dos columnitas ó trozos de columnas esculpidas, de setenta centímetros de altura, cuyo destino ignoro, si bien puede suponerse que eran altares que soportaban dioses lares, ó tambien pedestales para los pebeteros.

Haremos mencion de paso de una gran pirámide con edificios ruinosos, al sudoeste, contigua á nuestra morada, y prescindiendo por ahora de varios edificios pequeños que se escalonan junto á la orilla del rio, pasaremos á ocuparnos del singular edificio que reproducimos aquí.

Era otro templo, á juzgar por el gran número de vasijas de perfumes que encontramos en la parte inferior y en la superior del edificio. El cuerpo del monumento no tiene nada que lo distinga de los otros; pero el primer piso, uno de cuyos lados está figurado en nuestro gra-

bado; nos ofrece un ejemplar enteramente nuevo de las construcciones indias. A mi modo de ver, este primer piso no es más que una extension, una ampliacion de la pared decorativa. Tan extraño cuerpo de edificio no contiene más que una sala muy estrecha, y un pasadizo que se extiende por toda la longitud del templo y que termina á cada lado en la rara abertura que reproducimos.



Segundo templo en Lorillard. (De fotografía)

Hemos hablado de dinteles esculpidos: tambien hemos encontrado otros análogos, ya de piedra ó bien de madera, en muchas ciudades yucatecas, en Chichen por ejemplo, pero eran ménos ricos y ménos numerosos que los de Lorillard. No todos los edificios de la ciudad tienen estos dinteles esculpidos, sino únicamente los que al parecer debieron ser templos ó palacios, y por cierto que hemos encontrado los más hermosos en los más insignificantes por sus dimensiones.

Estos pequeños monumentos parecen reemplazar aquí á los fondos de altar, á las losas

llenas de inscripciones y á los pilares con figuras de los monumentos de Palenque. El primer dintel que representamos, y que pertenece á la puerta central del templo, forma un tablero de 1^{m},12 de largo por 82 centímetros de ancho. Dos personajes ocupan su parte central, los dos cubiertos con altas mitras de plumas; lo propio que el ídolo de que hemos hablado, llevan en los hombros una esclavina franjeada, adornada de perlas y medallones, en la cintura un rico maxtli, y en los piés grandes botas guarnecidas de correas: por último, tienen la frente aplastada de las figuras de Palenque.



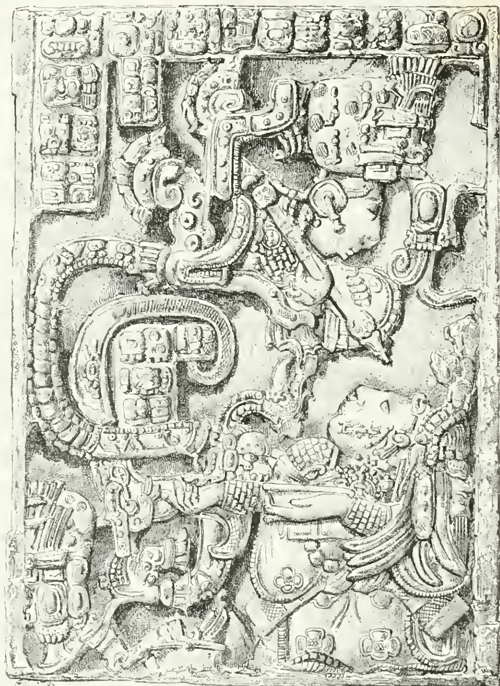
Dintel esculpido en Lorillard. (De fotografía)

Estos dos personajes, de diferente estatura, deben representar probablemente un hombre y una mujer, y su actitud recogida induce á suponer que practican alguna ceremonia religiosa; el más alto tiene una cruz en cada mano, y el más bajo sólo tiene una en la derecha. Estas cruces son latinas, con los brazos adornados de florecillas y terminadas en un ave simbólica; por todo el bajo relieve hay diseminadas una serie de *Katunas*, veintitres en total.

Paréceme reconocer aquí al dios Tlaloc trasformado, al dios de la lluvia y la fecundidad, cuyo símbolo era una cruz. ¿De qué mejor modo se le podria personificar sino con esa ave, que con su apenachada cola termina el madero de la cruz, y con las dos flores que adornan los brazos? En Palenque hemos visto el mismo dios personificado en una imágen de la misma clase, en un tablero del templo de la Cruz, n.º 2. Esta cruz, formada de palmas, ó más probablemente de hojas de maíz interpoladas de rostros humanos, simboliza así el dios pro-

tector de las cosechas y sobre todo del maíz, que era el cereal alimenticio por excelencia de los hombres.

Son tambien notables otros dos dinteles de puerta con altos relieves; ambos proceden de un pequeño edificio ruinoso situado al pié de la pirámide del templo. Los dos son documentos interesantísimos y de una riqueza de detalles verdaderamente extraordinaria: en Palenque no hay nada tan prolijo. El asunto del primero, que reproducimos á continuacion, se compone



Dintel en Lorillard. (De fotografía)

de dos bustos de hombres soportados por una serpiente ó una voluta en medio de la cual hay un espacio que contiene cuatro caracteres jeroglíficos ó *katunas*. El personaje de la izquierda debe ser un rey, á juzgar por el cetro que lleva en la mano derecha; en la cabeza tiene un alto tocado, con un ancho penacho semejante al que hemos visto en el bajo relieve llamado de Proserpina en una galería del palacio de Palenque; las dos figuras llevan la muceta adornada con el medallon, y la que corresponde á la figura de la izquierda, es una pequeña obra maestra.

Estos dos personajes de bustos sostenidos por una serpiente, ¿no deben recordarnos el culto de Quetzalcoalt como las cruces del bajo relieve anterior nos recuerdan el de Tlaloc? El segundo bajo relieve nos ilustrará acerca de este asunto.

En él tenemos el monumento más maravilloso de cuantos nos ha podido ofrecer la América y desde luégo podemos asegurar que es un verdadero objeto de arte. El dintel en cuestion,

esculpido en piedra caliza, representa en magnífico relieve dos personajes soberbiamente colocados, el uno de pié y el otro de rodillas, ambos acompañados de su inscripcion correspondiente.

Prescindiendo de sus cabezas de frentes aplanadas, que segun manifesté al hablar de Palenque, no eran tipos de raza, sino únicamente tipos convencionales modificados segun las costumbres de las clases, todo es perfecto en este monumento, y su riqueza de detalles extraordinaria. La Siria ó la Caldea no nos ofrecen nada tan rico ni mejor tratado; para la época en que se hizo, es una obra magistral.

Hemos dicho que este bajo relieve debia contarnos la historia del monumento á que pertenece y que iba á confirmar la fugaz idea (que nos habia inspirado ántes que á nadie) de la existencia de un templo dedicado á Quetzalcoatl ó Cuculcan, nombre del mismo dios en los países mayas.

El documento á que aludimos no tiene nada de guerrero: representa una escena esencialmente religiosa, un sacrificio. El personaje que está arrodillado, y que sin duda es un sacerdote, se ha traspasado la lengua con una cuerda y la ha guarnecido de espinas para resistir á la tentacion de sacársela, una vez comenzaba tan ruda prueba; esto deberia serle imposible, y á pesar del dolor que ha de sufrir el paciente, necesita pasarse toda la cuerda al través de la lengua para consumar el sacrificio. El personaje que está de pié es tambien un sacerdote que, armado de una gran palma, la impone al torturado para sostener su ánimo en la terrible empresa. Ahora bien: sabemos que los mexicanos se atormentaban por mil extravagantes maneras; derramaban su sangre dia y noche en los templos, y Torquemada nos ilustra sobre este punto, diciendo lo siguiente acerca de las torturas que se infligian los sacerdotes de Camaxtli en Tlascala y los de Quetzalcoatl en Cholula, divinidades que eran una misma:

«Hé aquí las torturas que se infligian los sacerdotes de Camaxtli en Tlascala y los de Quetzalcoatl en Cholula. Los sacerdotes se reunian bajo la presidencia del más anciano de ellos llamado *achcautli*, y despues de un ayuno de cinco dias y de varias penitencias se les encerraba en el templo principal de Camaxtli, á donde llevaban consigo muchos palos tamaños como el brazo y gruesos como la muñeca: entónces acudian carpinteros (que habian pasado cinco dias ayunando y rezando) y labraban aquellos palos; y cuando acababan de adelgazarlos de la manera y en la forma requeridas, se les daba de comer fuera de los patios del templo; luégo venian los maestros encargados de la fabricacion de cuchillos de obsidiana, y construian muchos con los cuales debian abrir las lenguas de los sacerdotes y los ponian en un lienzo blanco.

»Seguíanse luégo las oraciones, y reunidos y dispuestos para el sacrificio así los antiguos como los nuevos sacerdotes, el más hábil de los maestros les abria la lengua de parte á parte haciendo en ella un agujero.

»En seguida el *achcautli* principal se pasaba á través de la lengua más de cuatrocientos ó quinientos palitos de los que habian labrado los carpinteros; los demás ancianos hacian lo mismo y los jóvenes de más valor los imitaban.

»Cuando terminaba este horrible sacrificio, el más anciano, á quien se reconocia por jefe

de aquella operacion bestial, se esforzaba por cantar, á pesar de su dolor, para estimular á sus compañeros jóvenes á concluir la ceremonia.»

Así pues, el bajo relieve de la ciudad de Lorillard nos representa un sacrificio á Quetzalcoatl ó Cuculcan, y el templo adornado con las dos susodichas esculturas estaba consagrado á este dios.

El historiador nos da al final del mismo capítulo un detalle que viene á completar la definicion y la explicacion del bajo relieve y de la ceremonia que representa:

«En tiempo de ayuno, el principal *achcautli* iba á los pueblos y aldeas para exhortar á las gentes á la preparacion de la gran fiesta (sacrificios), y como distintivo, *llevaba en la mano una gran rama verde.*»

¿No es esto bastante claro? En el relieve tenemos un hombre de pié con su rama verde, reemplazada en las comarcas cálidas con una palma cuyas hojas descansan sobre la doble voluta, símbolo del viento, que con tanta frecuencia se ve en la boca de Quetzalcoatl. Así pues, encontramos en Lorillard á Tlaloc y Quetzalcoatl, divinidades aztecas, pero más especialmente toltecas, culto abandonado por estos en las tierras altas y trasportado directamente por los mismos en sus emigraciones lejanas. Clavígero nos habla de la misma ceremonia, y Landa nos dice en su capítulo XXVIII:

«Los mayas ofrecian sacrificios de su propia sangre; á veces se cortaban las orejas alrededor en pedazos, los cuales dejaban colgar en señal de penitencia; otras veces se agujereaban las mejillas ó el labio inferior; unos se cortaban pedazos de carne de ciertas partes del cuerpo y otros *se traspasaban la lengua, pasándose por los agujeros pajitas que les causaban grandes dolores.*»

Las inscripciones que hay en Lorillard parecen pertenecer á épocas ó á lenguas diferentes, teniendo nosotros motivos para creer que los toltecas de la América central usaban dos clases de escritos, los sagrados y los profanos, como así nos lo prueban en cierto modo las figuras humanas empleadas en los bajos relieves y las inscripciones en piedra, figuras en que los individuos están representados con las piernas cruzadas, miéntras que en las inscripciones en lenguaje vulgar, así como en los manuscritos en papel, las figuras están en cuclillas tocándoles las rodillas á la barba, es decir, á la india. Hay otro carácter de escritura, consistente en los caractéres simbólicos, empleados en los manuscritos aztecas y en las escrituras aztecas y toltecas, designando nombres de personas y de pueblos, conforme se ha podido observar en la piedra de Tizoc y en los bajos relieves de Chichen-Itza. M. Aymonier dice que lo mismo ha observado en los pueblos del extremo Oriente, con motivo de las inscripciones de los chams del Tsiampa; allí ha reconocido tres lenguas: una sagrada, otra vulgar antigua y la vulgar moderna.

Nuestra excursion á la ciudad Lorillard ha quedado, si no completa, á lo ménos terminada, y nos encaminamos á la parte superior del rio. Me alejé con pesar de aquella ciudad nueva, que la urgencia del regreso me obligaba á abandonar demasiado pronto, quedándome aún muchas de sus partes por explorar, y por descubrir quizás tesoros tan preciosos como el bajo relieve de Quetzalcoatl.

Emprendemos la marcha é invertimos casi un dia en remontar la parte del rio que habíamos bajado en tres horas. La corriente es tan rápida, que nuestros hombres retroceden á veces arrastrados por ella: sin embargo, llegamos.

Yo confiaba encontrar en Yalchilan los lacandones prometidos; no fué así, pero el viejo jefe habia despachado todos los dias un emisario para cerciorarse de mi regreso; los regalos que le aguardaban habian despertado su codicia, de suerte que no me faltaria á su palabra, y en efecto, al dia siguiente llegaba al campamento con sus dos mujeres y cuatro jóvenes, total siete.

Para fotografiarlos, formé con ellos un grupo bastante pintoresco delante de nuestra choza de follaje que servia de fondo, y gracias á las recomendaciones del intérprete, los salvajes, aunque un poco azorados, estuvieron casi inmóviles enfrente del amenazador aparato. Todos llevaban el mismo traje: una especie de holgada túnica de mangas cortas y de una tela de algodon muy basta, pero muy flexible, hilada y tejida por las mujeres. Estas túnicas estaban salpicadas de manchas encarnadas, que al pronto me parecieron de barro; pero luégo supe que estaban hechas á propósito como adorno, con el jugo de la baya de un arbusto cuyo nombre ignoro. No pudiendo teñir la túnica entera, se contentan con salpicarla de dichas manchas, lo cual debe ser un privilegio del jefe y de sus mujeres, porque en las túnicas de los jóvenes no se veia ninguna.

Los individuos de uno y otro sexo llevan al cuello pesados collares hechos de varias semillas, dientes de mono y de jabalí, uñas de aves y monedas. Su cabellera descuidada flota á la ventura y las mujeres se ponen en ella plumas de águila. Tanto las túnicas como los collares deben tener para ellos mucho valor, porque en vano procuré que me cedieran algunos, y como les ofrecia en cambio una camisa mia, se echaron á reir pareciéndoles esta prenda ridícula; pero me dieron sin sentimiento sus arcos y flechas de punta de pedernal, de las que hice buena provision.

Los lacandones se sirven todavía de hachas de piedra, con cuyo instrumento derriban los árboles para cultivar sus campos. Así fué que cuando les presenté hachas de acero, cuchillos y machetes, anzuelos y sal de que carecian y que sustituyen con la ceniza de cierta madera, el viejo jefe exclamó entusiasmado: «¡Este hombre es un Dios, que da tantas cosas!»

Los lacandones son imberbes, de regular estatura y bien formados; una de las mujeres es bonita y regordeta, pero sus carnes son fofas, sus labios descoloridos y su dentadura mala; parecen anémicos, lo cual podria consistir en el género de vida que llevan siempre á la sombra de los bosques. Los lacandones hablan en maya, la lengua del Yucatan; viven de la caza, de la pesca y del producto de sus campos, que segun me dicen están mejor cultivados y más cuidados que los de los blancos. Tienen sus chozas muy limpias y en ellas hay siempre algunas provisiones de tabaco, algodon, maíz y frutas; carecen de objetos de alfarería, pero se sirven de varias calabazas que, ya enteras, ya partidas por la mitad, componen sus utensilios domésticos. Como se ve, la ruina de su tribu y su diseminacion les ha hecho perder la tradicion de una multitud de artes que sus antepasados cultivaban en otro tiempo.

No son tan salvajes como se pretende, pero sí de una timidez hosca por demás, y no bien

divisan un extraño, salen de sus chozas para ocultarse en los bosques. Si demuestran alguna ferocidad es sólo por vengarse, de lo cual tienen la culpa los monteros que han abusado con frecuencia de su sencillez. El año pasado asesinaron á un mestizo de Tenosique que se habia aprovechado de la ausencia de uno de ellos para abusar de su mujer y saquear la casa.

De su religion no puedo decir otra cosa sino que ántes del descubrimiento de las ruinas, iban á ellas en numerosos grupos para practicar sus ceremonias, pero desde que aparecieron blancos en sus templos las abandonaron para siempre.

Es bastante difícil distinguir los hombres de las mujeres, de las cuales no se aparta un momento el anciano y sonriente jefe; esto me hace suponer que no abunda el bello sexo en el bosque, y pensar que tenemos á la vista cuatro desdichados célibes. Por lo demás, la mujer es la principal y casi única causa de sus disensiones, y presenciamos aquí la lucha por la seleccion, como hoy subsiste entre los animales, y como en otro tiempo la hubo entre los hombres.

XXI

Salida para Peten.—El rio y la montaña.—Un gran naufragio en un arroyo.—Sacluc ó Libertad.—El antiguo camino de Cortés.—Historia de Morcillo.—Llegada á Flores.—La antigua Tayasal.—Conquista de Peten.—Desaparicion de los habitantes.—Monumentos.—Tikal.—Primeros exploradores.—Los templos.—Bajos relieves en madera.—Historia retrospectiva.

Dos caminos puede escoger el viajero para ir á Peten: ó remontar el Usumacinta, que toma á pocas leguas más allá el nombre de rio de la Pasion, ó tomar al través de los bosques el Camino real, que no es otra cosa sino el endemoniado sendero indio conocido de todo explorador.

Pero el rio, aparte de su rápida corriente, hace un prolongado recodo al Sur ántes de dirigirse á Libertad, y por malo que sea el camino terrestre, es ménos penoso para los hombres, que así no tienen que arrastrar á la sirga pesadas canoas cargadas; además contamos con nuestras mulas que nos aguardan y que no han ganado gran cosa con los dias de descanso que han pasado á orillas del rio, pues las vuelvo á encontrar flacas y llenas de mataduras que una nueva marcha contribuiria á irritar y agrandar. Emprendemos, pues, el viaje por la senda que dos jornadas más allá desemboca en el camino de Peten.

A la mitad de nuestra etapa encontramos al intrépido montero Pepe Mora; está más desmejorado que nunca, la fiebre le consume, á pesar de lo cual no quiere abandonar su puesto ántes de haber explorado completamente el distrito, y hasta sueña con la fundacion de una colonia, á cuyo fin empieza por plantar naranjos y chirimoyas de carne encarnada y cuya pulpa casi no tiene hueso: nos entrega simientes de esta especie rara y nos regala un saco de carne ahumada de jabalí; demostramos nuestra gratitud á aquel buen hombre á quien ya no volveremos á ver, y á eso de las cuatro llegamos á nuestro primer campamento.

El riachuelo que nos ha servido de punto de referencia no es profundo; apénas tiene tres piés de agua, pero sus riberas son muy altas y casi perpendiculares; las mulas cargadas entran en el rio con mucho recelo, pero una vez en él parece agradarles la frescura del agua y se

resisten á salir. La *Mariposa*, que iba cargada con mi equipaje, notas y clichés, se tumba en lo más profundo del riachuelo, sacando únicamente la cabeza fuera del agua; lo cual me hizo lanzar un grito de terror, porque dí ya por perdidos todos mis documentos; y aunque por fortuna no fué así, tuvimos que pasar gran parte de la noche secando á una hoguera mis ropas y mis fotografías. A la mañana siguiente el daño quedaba remediado.

Aquella misma tarde llegamos á la parte del bosque en que habíamos dejado escondidos algunos víveres y abandonado el caballo moribundo. Los víveres estaban en buen estado; los monos y demás merodeadores habian respetado la galleta y el tasajo; las cajas de vino estaban asimismo intactas; pero del caballo no quedaba ni rastro; sin duda habia ido á morir más léjos y quizás los tigres lo habrian devorado.

Al dia siguiente tomamos el camino de Peten, y cuatro despues llegamos á Sacluc, que hoy se llama Libertad.

Libertad, capital de la prefactura de Peten, es el último centro habitado de Guatemala, como Tenosique lo es de Tabasco; siempre el mismo pueblo indo-español de los países cálidos con su plaza Mayor llena de yerba, y su pobre iglesia rodeada de unas cuantas casas. En Libertad se carece de todo, y la carestía parece endémica en ella; allí nos habríamos muerto de hambre á no ser por los empleados de la montería de los Sres. Jamet y Sastre, de San Juan Bautista, los cuales tuvieron á bien proporcionarnos alojamiento y cedernos una parte de sus provisiones. En suma, si la poblacion existe, es merced á la poca vida que le prestan los explotadores de caoba.

El camino que desde Libertad se dirigia al es-sudeste tuerce al norte para llegar, treinta kilómetros más allá, á Flores, junto al lago de Peten. Flores es la antigua Tayasan, y el bonito pueblo en que entramos, tan maravillosamente situado en medio de un hermoso lago, y rodeado de su gran ceñidor de montañas, ocupa el sitio de la antigua ciudad maya; porque era en efecto una ciudad maya cuyos habitantes, llamados itzaes, descendian de aquellos emigrantes que, á las órdenes de su Canek, abandonaron hácia 1440 la ciudad de Chichen-Itza en el Yucatan y de los cuales nos hemos ocupado extensamente en este relato. Aquí, en este espacio maravilloso, rodeado de poblaciones de la misma lengua y belicosas como pocas, vinieron los itzaes á reconstituir su nacionalidad, tan vigorosa que resistió hasta fines del siglo XVII la influencia y la conquista españolas. Casas, palacios, templos, pirámides, todo ha desaparecido; pero á Dios gracias, podemos reconstituir su historia y demostrar una vez más la modernidad de los monumentos.

Hasta 1696 no consiguió el gobernador del Yucatan, Martin Ursúa, apoderarse de la ciudad y destruir aquella pequeña nacionalidad; pero tuvo que valerse para ello de un verdadero ejército, y con este objeto mandó abrir un camino que desde Campeche iba en línea recta á Peten. La expedicion encontró en medio de los bosques, y en un sitio llamado Nohbecan, una ciudad con grandes edificios llenos de ídolos, y cuando el gobernador llegó á orillas del lago Chaltuna, tuvo, como Cortés, que construir bergantines para sitiar la ciudad. Dióse el ataque el 2 de marzo de 1696 y Tasayal fué tomada el mismo dia.

¡Cosa rara! La poblacion quedó vacía en un momento; todos los habitantes, hombres,

mujeres y niños, huyeron por el lago en canoas ó á nado, y desaparecieron para siempre.

Este hecho extraordinario nos prueba el implacable odio que tenian los indios á los españoles, nos explica el repentino abandono de las ciudades habitadas todavía en tiempo de la conquista, y responde victoriosamente á los que pretenden negar la modernidad de aquellas y que atribuyen á la antigüedad su abandono.



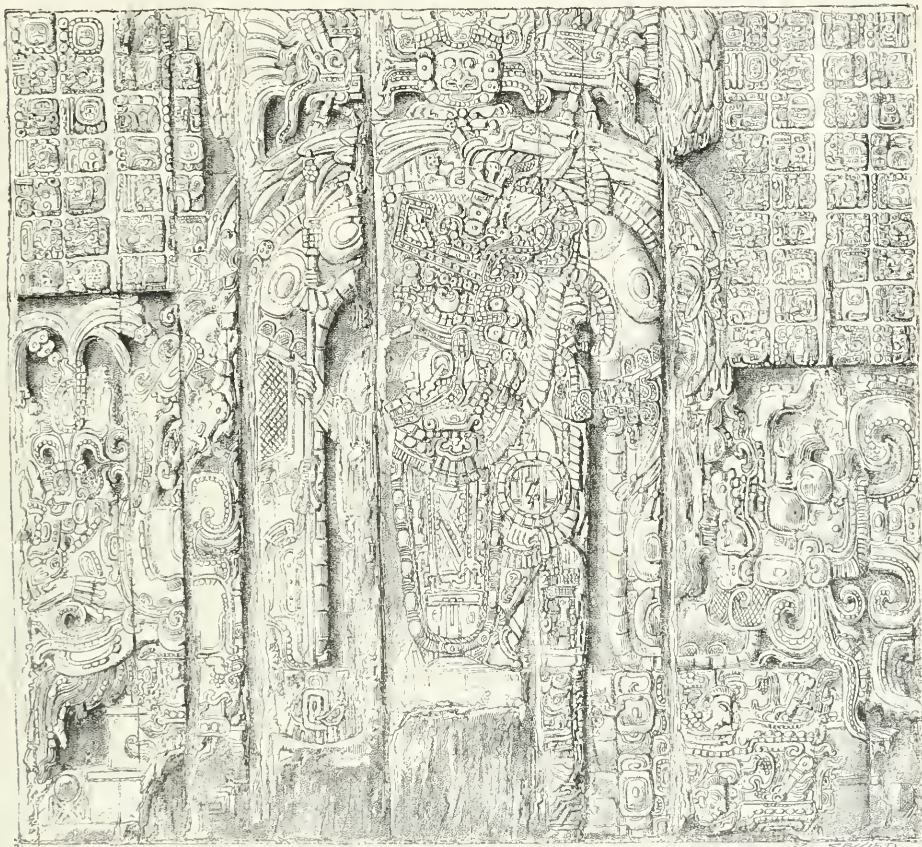
Templo y estelas en Tikal. (De fotografía)

La ciudad de Tayasal contenia veintiun templos en 1699, cuando en 1618 sólo tenia doce; por consiguiente, en el decurso del siglo XVII se habian construido nueve, entre estos el mejor de todos, segun nos dice Villa Gutierre Soto Mayor en el siguiente párrafo; esto nos da una idea de la rapidez con que los indios los construian.

«El gran templo era todo él de piedra con su bóveda ojival; su forma era cuadrada con un hermoso pretil de piedras muy bien labradas; cada fachada tenia veinte varas de lado, y era muy alto.»

¿No parece estar leyendo la descripcion del castillo de Chichen, cuadrado como el de Tayasal, de la misma dimension y con el hermoso pretil que hemos reproducido?

Encontramos pues en Tayasal á la descendiente, á la hija de Chichen-Itza; ahora vamos á encontrar á su ascendiente en primer grado, á su madre, en la ciudad de Tikal, á donde conducimos al lector. Ignorábamos la razon dominante de la emigracion de los itzaes al sur, y



Fondo de altar ó retablo de un templo consagrado al Sol en Tikal. (De fotografía)

Tikal va á ilustrarnos acerca de este asunto; abrigábamos incertidumbres acerca de la marcha de la colonizacion tolteca en el Yucatan, y Tikal va á respondernos por victoriosa manera con pruebas en su apoyo, siendo tambien Tikal la que va á resolver una cuestion enteramente nueva y que nos permitirá apreciar la influencia tolteca en las ciudades septentrionales de Guatemala, Coban, Copan y Quirigua.

Tikal está situada á unos cuarenta y cinco kilómetros al nordeste de Flores, á la entrada sur de la península yucateca. Dos exploradores visitaron últimamente esta ciudad: Bernouilli, cuya muerte vino á paralizar sus trabajos, y cuya relacion de viaje se ha perdido, pero que afortunadamente nos ha dejado los documentos más curiosos é interesantes sobre Tikal. Estos

documentos, merced á los cuales podemos clasificar esta ciudad y rehacer su historia, consisten en una docena de piezas de madera de zapote encarnado esculpidas, que el viajero hizo arrancar de los templos por los indios de Flores. El otro explorador es Alfredo Maudslay, que parece haber hecho su especialidad de Guatemala, en donde se ha distinguido ya por sus muchos y valiosos trabajos. Con las notas y fotografías que ha traido de Tikal, completaremos la descripcion de esta ciudad.

Los edificios más importantes son los templos, construidos sobre altas pirámides, cuyos lados están divididos en pisos reentrantes, como se ve en nuestro grabado. Delante de la fachada está la escalera principal que llega á la puerta del templo; este se halla situado hácia la parte posterior de la meseta en que se eleva, y el lado de la pirámide que á él corresponde es mucho ménos pendiente que los de la fachada y los costados. Otro tanto hemos observado así en Lorillard como en Palenque.

La base de la pirámide tiene ciento ochenta y cuatro piés ingleses por ciento sesenta y ocho, y la escalera treinta y ocho. Esta escalera se extiende en una longitud de ciento doce piés, lo cual da á la pirámide una altura media de noventa; el templo tiene cuarenta y un piés de fachada por veintiocho de profundidad y una altura de cuarenta, comprendiendo su *pared decorativa* oculta por la vegetacion.

Todos estos templos se parecen, pero el rasgo característico que más los distingue, es el enorme espesor de las paredes, los nichos que hay á cada lado de la piedra principal y el estrechamiento gradual del edificio de delante á atrás. El interior de cada uno consiste en dos ó tres pasadizos angostos que corren paralelamente á los lados y desembocan en el corredor de frente por anchas aberturas con dinteles de madera soberbiamente esculpidos. En el interior de los templos los muros son más altos que los de los palacios, y la falsa bóveda, más alta tambien, forma un ángulo más agudo. Esto reconoce sin duda por causa la enorme pared decorativa que recarga el edificio, y cuyo peso lo hubiera aplastado, si el constructor no hubiese obviado este inconveniente con el espesor de las paredes, la prolongacion de la falsa bóveda y la angostura de las habitaciones.

«No encontré en estos templos, dice el explorador, ningun ídolo, ni objeto alguno de veneracion; en lo cual se equivoca Maudslay, que no habia visitado aún la ciudad de Lorillard ni conocia tampoco á Palenque; porque comprendió que todas estas piezas de madera representaban escenas religiosas, reemplazaban á los ídolos que faltaban en su concepto, y estaban aplicadas al culto.»

Pasemos á las esculturas. ¿Quién no reconoceria en el magnífico bajo relieve que reproduce nuestro grabado uno de esos fondos de altar esculpidos en piedra que hemos publicado al tratar de Palenque? Tiene casi las mismas dimensiones: 1^{m},95 de altura por 2^{m},28 de ancho y así como las losas esculpidas de Palenque, tiene dos personajes de alto relieve, acompañados de esos atributos extraordinarios que distinguen á las esculturas americanas.

Los caracteres de las inscripciones de derecha é izquierda están admirablemente conservados y no pueden indicar una época muy remota; estos caracteres son además idénticos á los de Lorillard y Palenque así como á los de Copan, segun pronto veremos. El personaje

principal, que tiene la frente ménos achatada que los de los bajos relieves de las ciudades susodichas, en lugar de figurar á la derecha ó á la izquierda, está en el centro del tablero, al modo de las lápidas de Palenque, en las cuales la imágen de la divinidad ocupaba el centro.

Este personaje está de pié, llevando en la cabeza un riquísimo tocado, recargado de adornos muy extraños que terminan en gigantescos penachos de plumas, tocado que nos ofrece el doble recuerdo de Tabasco y del Yucatan. En la mano derecha tiene un cetro en cuyo extremo se ve la cola de ave que ya nos llamó la atencion en Lorillard, y su brazo izquierdo está cubierto á medias con un escudo; lleva la muceta franjeada con el pesado collar compuesto de cuatro sartas de perlas, y un ancho medallon á manera de broche; por debajo ostenta una larga y rica *casulla* que le oculta el cuerpo y llega hasta el suelo; las dos piernas están apénas perfiladas y llevan como adorno ligas de medallones, y por último calzan sus piés ricos borceguíes.

A la derecha y debajo de la inscripcion, se destacan algunos ornamentos simbólicos, y en la parte inferior dos soberbios perfiles humanos. Debajo de la inscripcion de la izquierda se ve otro personaje de cabeza monstruosa, sentado en una especie de escabel de brazos y respaldo de forma rara. Entre los adornos difíciles de explicar que cubren el tablero, hay muchos que son copias de otros ya vistos y reproducidos en nuestras exploraciones anteriores. Pero la figura que ocupa ménos sitio y en nuestro concepto la más importante, es la que se encuentra en la parte superior del bajo relieve, encima de la figura central.

En ella se reconocerá fácilmente la máscara de lengua pendiente que personifica al Sol en la piedra llamada el Calendario mexicano, como tambien la figura central del fondo del altar que adorna el templo del Sol en Palenque. Las llamas que á derecha é izquierda acompañan á esta figura no dejan la menor duda acerca de este punto, y por tanto este magnífico bajo relieve ha debido ser arrancado de algun templo erigido en honor de la gran divinidad tolteca, el Sol.

Cierto es que todo el mundo sabe que el culto del Sol estaba difundido por todos los pueblos americanos, y si al referirnos á Tikal hacemos de este culto la especialidad de uno solo, es en razon de los detalles que lo rodean y lo acompañan: pirámides, templos, emblemas, inscripciones y personajes lo singularizan, autorizándonos á relacionarlo con la religion de las tierras altas y á llamarlo tolteca.

Resulta en suma de todo cuanto acabamos de decir y de ver, que Tikal es una ciudad perteneciente á esa civilizacion tolteca cuyo curso y desarrollo hemos seguido desde Comalcalco á Palenque y á Ocosingo, y que remontando los altos valles desde los rios, va á fundar á Lorillard para llegar á Tikal y desparramarse más adelante por el Yucatan, por una parte, desde donde va á reunirse hácia el sur con la primera rama llegada ántes que ella por el oeste, y por otra parte, hácia el norte de Guatemala, en donde va á fundar á Coban, Copan y Quirigua.

Tikal, más distante del punto de partida, es naturalmente ménos antigua que las ciudades ya descritas, pero constituye para nosotros una de las épocas más importantes de esta civilizacion original. Estacion intermedia, punto de bifurcacion de la raza civilizadora, resuelve

cuestiones y explica sucesos hasta entónces ni comprendidos ni explicados. En efecto, desde allí avanzó el elemento civilizador al norte de la península yucateca, de lo cual no solamente tenemos pruebas materiales en las ciudades escalonadas á su paso, como la de Nohbecan, encontrada por Martin Ursúa en su marcha contra Tayasal, sino tambien pruebas históricas.

Herrera nos dice que en el tiempo en que reinaban los cocomes, jefes de la primera rama tolteca, el país fué invadido por gentes procedentes del país de los lacandones, de Chiapas, etc.; los cuales anduvieron errantes cuatro años por los desiertos del Yucatan y llegaron á diez leguas de Mayapan, á las colinas de Uxmal, donde construyeron magníficos edificios.

Estos invasores iban á las órdenes de jefes llamados tutulxinos, y eran de tan apacible condicion, que no llevaban armas y cazaban los animales con lazos y trampas.



Quetzalcoatl

Segun Landa, cuentan los indios que por la parte del Mediodía entraron en el Yucatan numerosas tribus con sus jefes, y parece que procedian de Chiapas, aunque no pueden asegurarlo, pero el autor lo conjetura fundado para ello en muchas palabras y construcciones de verbos idénticas al chiapa y al yucateca, y en que hay bastantes vestigios de localidades que habian sido abandonadas: estas tribus anduvieron errantes por espacio de cuarenta años por el desierto, y llegaron á la sierra á diez leguas de Mayapan.

Al ocuparnos de Palenque, hemos llamado la atencion acerca de esa tendencia pacífica y religiosa que se manifiesta en los bajos relieves, en los cuales no hemos encontrado nunca arma ninguna ni nada que indique instintos guerreros. Y es que á partir de su éxodo, despues del exterminio casi total de la raza, los toltecas abandonan su papel de conquistadores, incompatible ya con su reducido número, por el de civilizadores y misioneros; iban sometiendo los pueblos con la palabra, atrayéndolos por la predicacion, catequizándolos, en una palabra, como los budhistas en la India y Java, en donde adoptaron el idioma de los neófitos, miéntras erigian á sus dioses templos maravillosos. Así fué como los toltecas adoptaron la lengua de los países que civilizaron, elevando tambien en menor escala templos y palacios que siempre son los mismos. Los bajos relieves de Palenque nos cuentan con toda claridad esta historia, como tambien los de Lorillard y de Tikal, que no reproducen otras escenas sino las religiosas.

Quedamos pues convencidos de la llegada de las tribus toltecas al Yucatan por el Mediodía, y con fundamento decíamos que no nos parecia suficiente la razon que se nos daba para el abandono de Chichen-Itza por sus habitantes hácia 1440; este éxodo, provocado por causas secundarias, tenia por motivo principal las tradiciones aún vivientes de los establecimientos fundados por sus antepasados en el Sur de la península; Tikal debia ser la capital de esos establecimientos; Tikal quizás existiera aún en aquella época; los caciques de Chichen habian conservado sin duda algunas relaciones con ella, y cuando se dirigieron hácia esta antigua ciudad, una de las amas de su familia, obedecian á un instinto de regreso.

XXII

Los toltecas de Tikal en Guatemala.—Coban.—Copan.—La destruccion.—Quetzalcoatl.—Trasformacion de las placas de altar en ídolos monolíticos.—Abuso de la ornamentacion.—Fin de un arte.—Altares monolíticos ó inscripciones.—Copan, punto de encuentro de las dos ramas toltecas.—Mapa de las emigraciones toltecas.

Si hemos de dar crédito al relato que el cura de Santa Cruz del Quiché hizo á Stephens, habia en Coban una gran ciudad que visitó y de la cual habla con asombro. A nadie hemos oido jamás decir nada acerca de esta ciudad, que hasta entónces habia escapado á las investigaciones de los viajeros; pero siguiendo la filiacion, es probable que Coban fuese una estacion de la rama tolteca de Tikal, que á partir de dicho punto se encaminó al Sur, á donde fué á fundar las ciudades de Copan y Quirigua en la provincia de Chiquimula.

Copan existia en tiempo de la conquista, como Utatlan, Itatlan, Xelahu, Patinamit y otras ciudades guatemaltecas destruidas por Alvarado, habiendo sido Hernandez de Chaves, uno de sus tenientes, el encargado de apoderarse de ellas. Esto sucedió en 1530, y segun Juarros, que se refiere al testimonio de Francisco de Fuentes el cual visitó á Copan, en 1700 todavía estaba completo el gran circo de esta ciudad.

Los monumentos más notables y singulares de Copan son unos ídolos monolíticos cuyo principio hemos visto ya en Tikal, en donde aparecen por vez primera. Representaban, ya bloques esculpidos, ó ya bloques enriquecidos de figuras de cimento con sus aristas llenas de caracteres; los ídolos de Copan viene á ser la ampliacion, el desarrollo de estos bloques.

Stephens nos servirá de guía en este estudio, y copiaremos los exactísimos dibujos que Catherwood ha reproducido en la cámara oscura, y que equivalen á verdaderas fotografías.

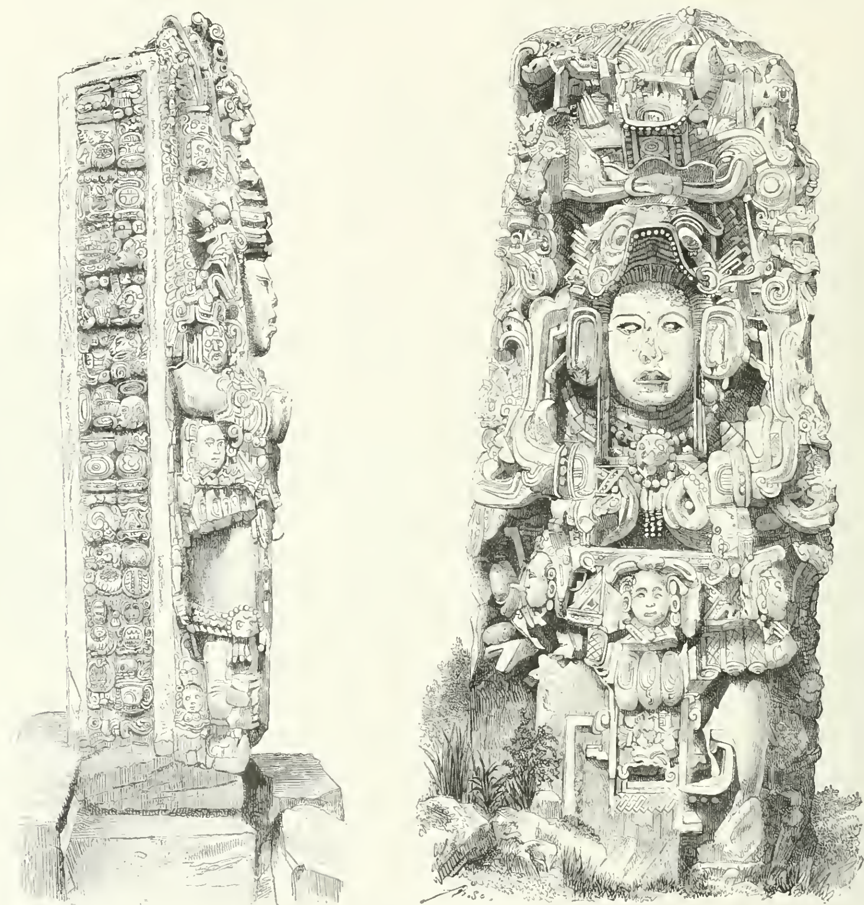
En Copan encontramos las mismas inscripciones, los mismos bajos relieves y las mismas divinidades que en las ciudades ya descritas; sólo que se ofrecerá á nuestra vista como la más moderna de ellas, por ser la más distante del punto de partida.

Stephens no ha podido comprender los monumentos de Copan á pesar de su innegable criterio y de las facultades adivinatorias de que estaba dotado. Copan fué la primera ciudad que visitó, y al pronto creyó descubrir en ella una civilizacion original que no pudo enlazar con ninguna otra de la misma clase. Empezaba por el fin sin saberlo y sin sospechar que tenia ante su vista los últimos monumentos, producto de una civilizacion antigua. Más adelante juzgó con mejor acierto y su buen juicio le hizo vislumbrar la verdad; yo por mi parte me lisonjeo de ser su discípulo.

El primer dibujo que presenta Stephens relativamente á Copan, es una hermosa cabeza esculpida que supone ser la de un rey. Al ver á aquel hombre barbudo, que tiene la cabeza metida en las inmensas fauces de una serpiente, es fácil reconocer en él un Quetzalcoatl; el tipo ha cambiado un poco, pero no es posible desconocer los atributos que le distinguen. En la cabeza lleva un tocado de serpientes entrelazadas, ó quizás el turbante guatemalteco que más adelante veremos.

Carecemos de descripciones exactas de los monumentos de Copan, y á juzgar por lo que

de ellos nos dice Stephens, se los puede suponer distintos de los que hemos explorado; la disposicion de la ciudad nos recuerda la de las ciudades mexicanas así como la de otras capitales guatemaltecas ó quiché-toltecas, por cuanto estas ciudades, asentadas sobre mesetas como en México, tenian diferente fisonomía que las situadas en las tierras calientes, como



Idolos de Copan

Comalcalco, Palenque, Chichen, Uxmal, etc. Y es que la rama tolteca del Pacífico, experimentando la influencia de los lugares, habia conservado las tradiciones del Anáhuac y debió reproducir las casas, palacios y templos y hasta el mismo género de vida que les imponia aquel clima semejante. En Copan fué donde se encontraron por la primera vez las dos ramas, y tambien fué entónces la primera vez, como lo demostraremos, en que allí hubo choque, mezcla y combinaciones de los dos estilos. Los palacios y los templos son guatemalto-toltecas al paso que los ídolos son tzendalo-toltecas. Y en efecto, estos ídolos van á presentarnos en todas sus manifestaciones arquitectónicas al tolteca que ya conocemos. Pero ya no volveremos á ver los

bajos relieves en lápidas y losas que adornaban los fondos de altar de nuestros templos: en Copan y en Quirigua se han trasformado en esos inmensos monolitos de doce á veinte piés de alto, por cuatro de ancho y tres de grueso.

Al ocuparnos de Kabah, que debió ser casi contemporánea de Copan, hemos hablado de la exageracion de la ornamentacion en ciertas épocas; pues lo mismo se nota en todos los pueblos que personifican un mismo período; vemos que todos los monumentos, de líneas tan severas y de ornamentacion tan sobria, se enriquecen al desarrollarse la civilizacion, y llegan al exceso, á la afectacion y al mal gusto. En el compuesto y el gótico florido tenemos un ejemplo de ello; y los árabes del siglo XII en España llegaron á cubrir superficies enteras de lazos, laberintos, letras y figuras ornamentales.

Pues bien, los toltecas de Copan nos ofrecen un nuevo ejemplo de esta tendencia, y áun pudiéramos decir, de esta ley, no siendo necesario ser arqueólogo para asegurar á la vista de sus monumentos que tenemos delante, no el orígen, sino el fin de un arte.

En efecto, los constructores han amontonado en cada uno de esos monolitos todos los adornos y todos los asuntos arquitectónicos que sus predecesores habian repartido en sus ídolos, bajos relieves y palacios.

Y no tan sólo amontonaron los asuntos, sino tambien los dioses en un mismo ídolo; testigo el que damos de frente, en el que es fácil reconocer cuatro divinidades, todas toltecas. La gran figura central, que sale de la boca de un dragon, nos recuerda á Quetzalcoatl; pero es una cabeza de mujer cuyo traje nos ofrece en sus detalles los atributos del Tlaloc de Palenque con sus caras humanas como adornos de cinturon, caras colocadas sobre una guirnalda de mazorcas de maíz, que lo mismo corresponderian á Chalchiutlicue, la mujer de Tlaloc, que á Centeotl, la Céres mexicana, la diosa de las mieses. Tenemos pues aquí un ídolo que debe representarnos á la vez á Quetzalcoatl, á Tlaloc, á Chalchiutlicue y á Centeotl. Hemos visto ya que en México, segun Sahagun, se reunia á menudo á los tres primeros, celebrándose su fiesta el mismo dia.

Es fácil reconocer los asuntos de ornamentacion comparándolos con los bajos relieves ó con los monumentos ya publicados: volutas de Izamal y de Palenque, á la izquierda un pequeño monstruo ofrecido por uno de los personajes al ave simbólica que está sobre la cruz de Palenque, como tambien el ofrecido por un mismo personaje en el templo del Sol; varios detalles pertenecientes á Lorillard, y sobre todo sorprendentes semejanzas con el bajo relieve esculpido en madera de Tikal. Para que resalten mejor estas semejanzas, nos bastará coger el ídolo en cuestion y examinarlo por todas sus caras, despues de abrirle como se abriria un tríptico, y en sus tres lados encontraremos á poca diferencia el bajo relieve del Sol de Tikal.

La cara está de frente en lugar de estar de perfil, pero este perfil se parece al de Tikal; es de frente ménos achatada, porque aquí como allá, el artista ha atenuado la deformacion craneana, que probablemente habia pasado ya de moda. En cuanto al tocado, es indudablemente de Tikal y yucateca á la vez, y sus grandes plumas se parecen á las del bajo relieve en madera ya citado; sobre la cabeza tiene, lo propio que el ídolo de Lorillard, otra cabeza monstruosa; los collares y los adornos son los mismos que en todas partes y la falda, porque

se trata de una diosa, tiene dibujados los mismos rombos que hemos visto en Palenque y en los ídolos de barro cocido de las tierras altas. Por último, si se abriese el monumento y se le extendiera sobre una superficie plana, nos daria en cada uno de sus lados una serie de caractéres idénticos á los de los bajos relieves de Lorillard, Tikal y Palenque: su filiacion es, pues, indiscutible.

Ahora, consideremos el interesante altar que nos ha dado Stephens. Este altar, que reproducimos, tiene seis piés de largo por cuatro de alto, y la parte superior está dividida en treinta y seis casillas de jeroglíficos, katunas.



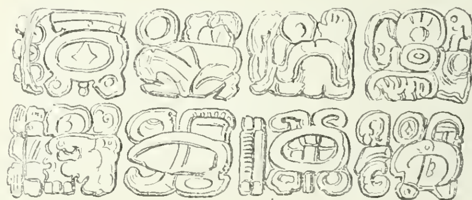
Altar guatemalto-tolteca en Copan



Otra cara del mismo altar



Inscripcion del altar de Copan



Inscripcion del altar de Lorillard

Cada cara del altar nos presenta cuatro personajes sentados en cojines á la turca; la deformacion de los cráneos está tambien atenuada, como en los ídolos; llevan la cabeza cubierta con un turbante, el tocado guatemalteca. Aquí hay tipos nuevos para nosotros, mezclados con tipos conocidos y es que por vez primera hubo encuentro y mezcla de dos razas ó mejor dicho de dos ramas de una misma familia que permanecieron extrañas una á otra durante el largo espacio de tiempo que las separó; es el encuentro, despues de dos siglos quizás, de las tribus inmigrantes toltecas, una de las cuales siguió la costa del golfo y la otra la del Pacífico. Por consiguiente, este monumento singular pertenece á las dos á la vez: es quiché-tolteca ó guatemalto-tolteca por sus personajes, es tolteca por sus caracteres simbólicos, que colocados junto á cada personaje, ó en sus vestidos, ó en el asiento que ocupa, nos dicen el nombre ó la calidad de cada uno de ellos, recordándonos además la piedra de Tizoc y los bajos relieves de Chichen; pero sobre todo es tolteca por su inscripcion, que comparada como lo hacemos aquí con una inscripcion de Lorillard, llevará al ánimo del lector el conven-



Arbol de Santa María del Tulé, provincia de Oaxaca

cimiento de que son los mismos caracteres con modificaciones insignificantes, y esa civilizacion de Copan es tan tolteca, que Diego García de Palacio, refiriéndose á los monumentos de Copan en una carta escrita en 1576 al rey de España Felipe II, cuenta que los vió ruinosos y que los juzga superiores á los edificios de la misma clase construidos por los habitantes de estas comarcas.

«La tradicion de estos indios, dice, les hace atribuir estos edificios á *emigrados del Yucatan,*» idea que García de Palacio acepta en vista de la analogía de estilo que hay entre dichos monumentos y los que se encuentran en el Yucatan y en Tabasco. Y aquí tenemos otra vez la filiacion que hemos establecido para Tikal.

Presenciamos, pues, en Copan, el fin de un arte antiguo y su mezcla con ōtro arte asimismo antiguo, pero cuya combinacion hubiera quizás introducido un nuevo módulo en la civilizacion americana, si esta civilizacion no hubiera quedado contenida en su impulso y rota por la llegada de los españoles.

Fácil es seguir la marcha de los toltecas en sus emigraciones, consultando el pequeño mapa que insertamos. Llegados á la costa, despues de la destruccion de su imperio, una subrama, aludida por Torquemada, remonta el Huasteca, miéntras que la rama principal sigue las orillas del golfo de México; allí funda el *Blasillo*, donde hay templos y palacios, y Comalcalco, la antigua Centla que hemos visitado. Aquí se desprende una parte de esta rama para contornear las orillas de la laguna de Cármen y penetrar en el Yucatan por Potonchan. Es la rama tolteca de la que descenderán los cocomes y á la cual puede atribuirse la fundacion de Aké, Izamal, Mayapan, etc. Miéntras se encaminaba al Este, la otra se dirigia al Sur para fundar á Palenque y Ocosingo, y remontaba el Usumacinta para establecerse en Lorillard y más adelante en Tikal. Allí ocurrió la bifurcacion de que hemos hablado: una rama, de la cual descenderán los tutulxius, se corre hácia el Norte y funda á Nohbecan, y despues á Iturbide, Labna, Kabah, Uxmal y Chichen en la sierra, miéntras la segunda funda más al Sur á Coban, oblicuando en seguida al Este para establecerse en Copan y Quirigua, en donde se reune con la rama del Pacífico; ésta, que ya se diferenciaba un poco de la rama de Tula, salia de Toluca y de Cuernavaca; habia marchado por el límite de la provincia de la Misteca, pasando por el país de los zapotecas, Oaxaca, y detenídose en Tehuantepec para llegar á Guatemala en donde funda los principados de Utatlan, Xelahu, Itatlan y Patinamit, encontrándose en Copan con la rama norte. No hay para qué decir que aquí sólo se comprenden las grandes líneas, prescindiéndose de una porcion de localidades que podríamos citar, aparte de otras muchas de las que no tenemos noticia y que se descubrirán algun dia. En este mismo mapa está indicada la línea de regreso de los itzaes, de Chichen á Tayasal.

XXIII

De Copan á Oaxaca.—De Oaxaca á Mitla.—El añoso Sabino de Santa María del Tulé.—Ruinas de Mitla.—Nuevo carácter.—Descripcion.—Historiadores.—Conclusion

De Copan á Oaxaca hay mucho que andar, y como nos falta tiempo, haremos en pocos minutos este viaje de cerca de dos meses. No diremos nada del itinerario de Copan á Palenque, toda vez que ya lo hemos recorrido; pero en Palenque tomaremos el camino de la sierra para ir á San Cristóbal, la capital de Chiapas. Para ello tenemos que andar sesenta leguas por la montaña, cruzar toda la gran Cordillera al través de los bosques más hermosos, de la vegetacion más lozana y exuberante y á veces de los sitios más grandiosos. Pero ¡qué camino tan malo! Unas veces á pié, jadeante; otras á caballo y á veces á cuestas de algun hombre; á no ser por los curas de la montaña, con dificultad habria llegado á mi destino. De este modo atravesamos la aldea de San Pedro, habitada por indios salvajes todavía, la de Tumbala que es la más alta de la montaña, y á la cual llegamos sin aliento despues de una marcha de tres dias, para pasar á Yajalun, perteneciente á la vertiente del Pacífico; entónces cruzamos por Citala, Chilon, Cankuk en una cresta pintoresca, y finalmente por Tenejapa, haciendo en seguida nuestra entrada en San Cristóbal, situada como México en una meseta de más de dos mil metros de elevacion sobre el nivel del mar. Entónces bajamos, encaminándonos al Norte por la aldea de Istapa, para desembocar en el gran valle de Chiapas. Al otro lado del rio que le riega está Tuxla, luégo Ocosocautla, y llegamos á la hermosa hacienda de Santa Lucía, ya en tierra caliente, donde recibimos la más cordial hospitalidad.

Pasamos sucesivamente y por jornadas por Llano Grande y Casa Blanca, trepamos á las escarpadas alturas de la Gineta, llegando á Tehuantepec, aquí volvemos á tomar el camino de la montaña, cruzando de paso por Tekicistlan, guarda de salteadores, las Vacas, San Bartolo y Totolapa situada en medio de una region de cactos gigantescos. Desembocamos por fin en el valle de Oaxaca, y llegamos á la ciudad tan extenuados los hombres como las acémilas.

Para ir á Mitla retrocedemos, y dejando á la izquierda un magnífico cementerio llamado el *Panteon*, llegamos á Santa Lucía, famosa por sus riñas de gallos. Dos leguas más allá se esconde entre bosquecillos de guayabos, chirimoyas y granados el bonito pueblo de Santa María del Tulé. El añoso árbol llamado *Sabino*, que da sombra al patio de una capillita es conocido en toda la República: la frondosa copa que corona su enorme tronco hace suponer, vista desde léjos, que allí hay un bosquecillo, y de cerca, causa verdadero estupor y admiracion su prodigioso desarrollo.

El tronco tiene catorce pasos, ó sean trece metros, de diámetro máximo; en otra parte puede tener unos diez; y á veinte piés de altura conserva las mismas dimensiones. A esta altura se bifurca, y sus ramas vigorosas, semejantes á robles centenarios, extienden á cien piés de distancia la sombra de su protector follaje. No es tan alto como lo haria suponer la enormidad de su diámetro, pues no creo que pase de noventa piés.

Lo que más sorprende al viajero, fuera del tamaño de este gigante, es el asombroso vigor que lo distingue; está macizo, y las incisiones que se hacen en su corteza desaparecen al cabo de un año.

Los indios cuidan mucho de que ninguna mano profana cause daño en el vetusto monumento, y rodean al Sabino de una supersticiosa veneracion, como hacen con cuanto tiene relacion con su pasado; nadie lo visita sino acompañado por ellos; barren y limpian cada dia el pié del árbol, y no tolerarian que álguien rompiese la rama más insignificante.



J. Thuillier Delt

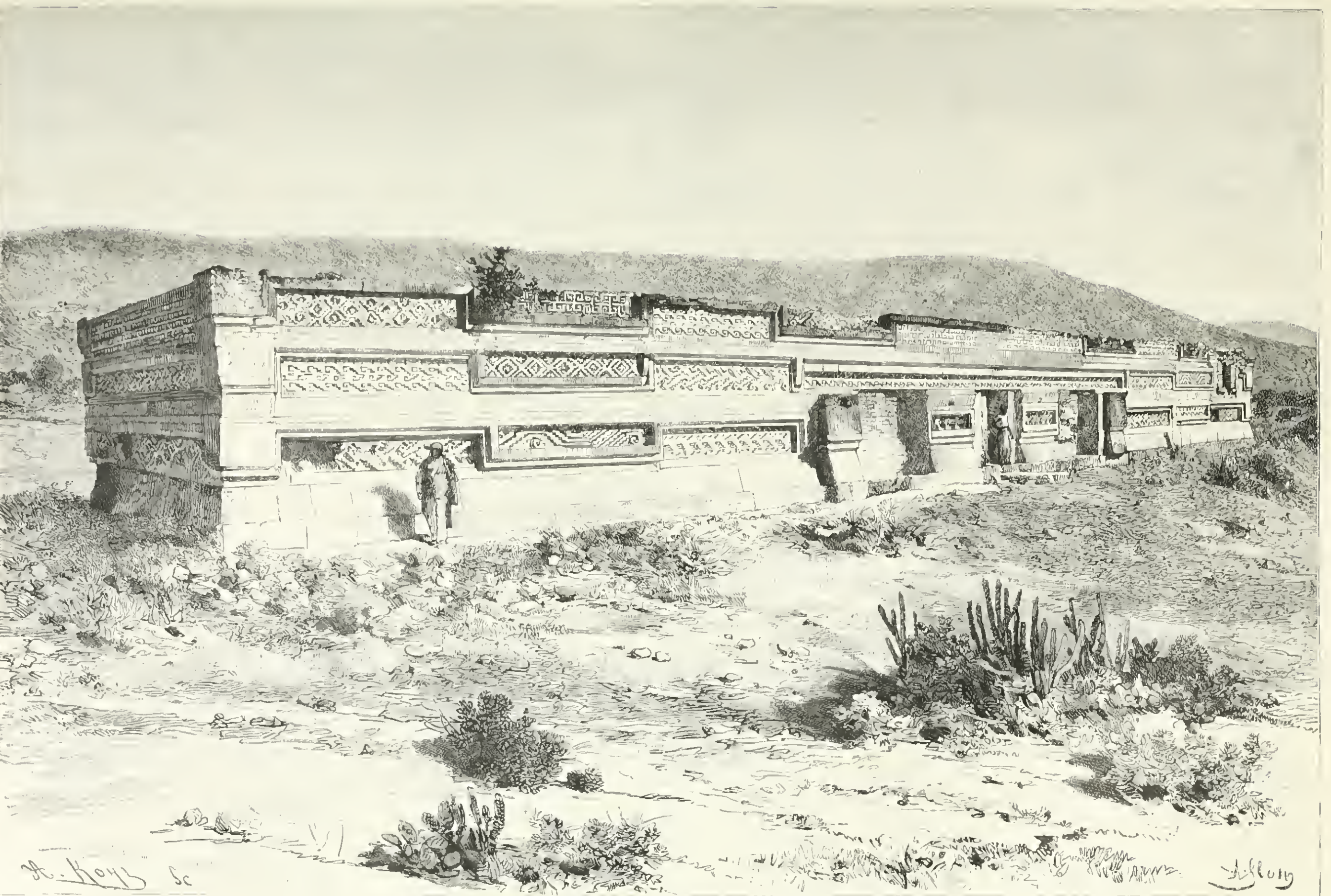
Mapa de las emigraciones toltecas

Algunos viajeros atribuyen este fenómeno de vegetacion á la reunion de tres troncos diferentes. Yo le he examinado con cuidado, y no he podido descubrir en él más que un solo tronco, cuyo vigor le promete aún siglos enteros de existencia.

Prosiguiendo la marcha al Este, el valle se estrecha; se cruza por Tlacolula y se costean las colinas al pié de las cuales aparecen las canteras á cielo descubierto en las que se ven aún piedras á medio cortar por los antiguos constructores de Mitla.

Torciendo á la derecha se llega á San Dionisio, último pueblo del llano, que cesa de repente para desembocar en Totalapa.

Pero nos encaminaremos á la izquierda porque allí, en el fondo de un valle casi inculto rodeado de montañas peladas, están los palacios funerarios de Mitla. En este valle sopla de continuo un fuerte viento que todo lo seca; la vegetacion puede calificarse de nula y apénas presenta otras plantas que las llamadas *pitayales*, las cuales se utilizan para setos y vallados y dan un fruto exquisito, el *pitaya*, del tamaño de un huevo de cisne, con la pulpa amarilla-



El gran palacio de Mitla, provincia de Oaxaca. (De fotografía)

rojiza salpicada de puntitos negros y de sabor parecido al de la fresa. Es una fruta refrescante muy usada en la estacion calurosa, y los habitantes la venden en los mercados de Oaxaca sacando muy buenas ganancias.

Las ruinas de Mitla, que en tiempo de la conquista ocupaban un vasto perímetro, no presentan hoy más que el conjunto de seis palacios y tres pirámides derruidas.

La casa del cura es el primer edificio al Norte, en el declive de la colonia. Es una confusion de patios y cuerpos de edificio, con adornos de mosaico de relieve, de perfecto dibujo. Bajo la saliente de las cornisas se notan vestigios de pinturas primitivas en las que no se respeta siquiera la línea recta: son toscas figuras de ídolos y líneas que forman laberintos cuya significacion no comprendemos. Estas pinturas se reproducen con la misma imperfeccion en todo palacio donde cualquier abrigo las ha preservado de las injurias del tiempo.

La iglesia del pueblo, contigua á esta construccion, está enteramente hecha con materiales del viejo palacio.

Más abajo y á la izquierda, está la pirámide de orígen indio, terminada en una capilla moderna. La pirámide es de adobes con escalera de piedra. Los españoles tuvieron buen cuidado de hacer desaparecer hasta el menor vestigio del antiguo templo que debió haber sobre ella. El gran palacio, cuyo conjunto está aún entero, pero que carece de techo, se compone de una inmensa construccion en forma de *tau*, cuya fachada principal, que mira al Sur, es la más hermosa, la más considerable y la mejor conservada de las que componen los monumentos de Mitla. Tiene cuarenta metros de frente y rodea una pieza de la misma extension, cuya techumbre estaba sostenida por seis columnas monolíticas de unos catorce piés de altura. Tres puertas anchas y bajas daban acceso á este recinto, y su suelo estaba cubierto de una espesa capa de cimento.

A la derecha, un corredor oscuro comunica con un patio interior cimentado tambien, y cuyas paredes están cubiertas, lo mismo que la fachada principal, de cuadros de mosaico y de dibujos con marcos de piedra. El patio es cuadrado y da luz á cuatro piezas largas y angostas, llenas de arriba á abajo de mosaicos de relieve, cuyos diferentes dibujos, formando bandas, se van superponiendo hasta el techo.

Los dinteles de las puertas son enormes bloques que á veces tienen cinco y seis metros.

El segundo y tercer palacios son los más maltratados de Mitla. Unicamente está en pié la puerta del segundo con su dintel esculpido, y dos columnas que hay en el interior atestiguan que su construccion es igual á la de la gran pieza ya descrita.

El cuarto palacio se distingue en su fachada exterior por sus cuadros mucho más prolongados. La meridional, que reproducimos en el grabado, es una de las más elegantes. Al Sudoeste de los palacios que representan nuestras fotografías se ven otros cuatro, que tal vez eran los más grandes; están casi arrasados y enterrados, porque sus paredes apénas sobresalen tres ó cuatro piés del nivel del suelo; sus enormes hiladas de grandes piedras les dan una importancia mucho mayor que la de los palacios hoy en pié. Los indios se han apoderado de estas ruinas, han instalado sus viviendas en medio de los patios, y las paredes les sirven de cerca.

Hemos dicho que los materiales empleados son tierra batida mezclada con gruesos guijarros y revestida de losetas de piedra. Debajo de las ruinas hay subterráneos; en cierta ocasion los abrieron, pero la actitud hostil de los indios hizo que se los cerrara de nuevo ántes de poder recorrerlos y de sacar de ellos los tesoros que contenian.

Hemos dicho asimismo que carecíamos de documentos acerca de Mitla; pues si bien nos suministra algunos Burgoa, son concisos por demás. Ignoramos la edad exacta de los monumentos; pero no pueden ser más antiguos que los de que hemos hablado. Con todo, su ruina data de larga fecha, y Orozco y Berra nos asegura en su *Historia antigua de la conquista de México* que los destruyó Ahuizotl, es decir hácia los años 1490 á 1500; por lo demás, cualquiera que sea el grado de afinidad de estos monumentos con los edificios toltecas ó mexicanos, existe sin duda, y en Mitla se encuentran las mismas máscaras, las mismas figuritas de barro cocido que en Teotihuacan. Torquemada atribuia á estos monumentos un orígen tolteca, pues nos dice que «habiéndose establecido Quetzalcoatl en Cholula despues de su fuga de Tula, envió muchos discípulos suyos á las provincias mixtecas y zapotecas, que civilizaron, construyendo allí los célebres palacios de Mitla.

Segun Burgoa, el culto de Quetzalcoatl existia en Cholula, y dice que en el gran santuario de aquella ciudad habia un dios llamado Corazon del pueblo: «Era una esmeralda del tamaño de un pimiento grande de los del país, y en su parte superior tenia esculpida una avecilla de labor admirable, estando rodeada de arriba á abajo de una serpiente. Era una alhaja de remota antigüedad, no conservándose memoria del orígen de este culto.» Esta ave y esta culebra representaban, segun Orozco y Berra, á Quetzalcoatl y habian sido un recuerdo tolteca.

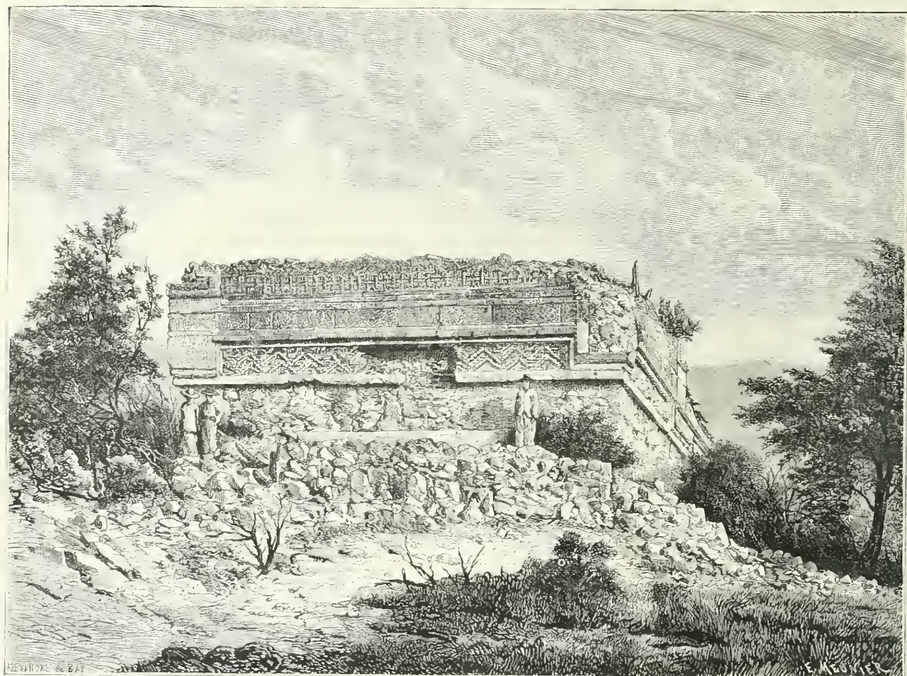
Los tzapotecas ó zapotecas como los mixtecas se calificaban de autóctonos; ignoraban su orígen y no conservaban ningun recuerdo del tiempo en que se establecieron en el país, cuya capital era Teotzapotlan.

En cuanto á Mitla, era un santuario célebre y lugar de sepultura de los reyes de Teotzapotlan. Sus hermosas ruinas existen todavía atestiguando el alto grado de civilizacion á que llegaron sus constructores. Los edificios estaban situados en el centro de un triste valle: en la época de su esplendor se componian de varios compartimientos, uno de los cuales servia de morada al gran pontífice, otro á los sacerdotes, otro al rey cuando iba á Mitla y otro á los señores que visitaban el santuario. La vivienda del pontífice estaba mejor adornada que las otras. En la pieza que servia de santuario, los dioses estaban colocados en una gran losa que hacia las veces de altar. En otra pieza subterránea, sostenida por filas de columnas, y cuya entrada se tapaba con una gran piedra, se echaban los cadáveres de las víctimas y los de los capitanes muertos en la guerra y que se llevaban allí desde el lugar en que habian sucumbido, por léjos que estuviese. Habia devotos y penitentes que solicitaban como un favor morir en aquel sitio sagrado, y cuando se accedia á su ruego, los sacerdotes los conducian á la entrada de la pieza subterránea, levantaban la losa, se despedian de aquellas víctimas voluntarias, y volviendo á tapar la abertura, las enterraban vivas.

El gran pontífice, que se llamaba Huiyatoo (el que lo ve todo) era absoluto y superior al

rey que le temia y le respetaba: las gentes del pueblo no podian ver su rostro sin caer muertas en castigo de su audacia. Unico medianero entre los hombres y los dioses, era tambien el solo dispensador de las gracias y mercedes.

No comprendemos porqué el gobierno de México no ha mandado hacer reconocimientos y excavaciones en los santuarios de Mitla, pues allí podria encontrar una mina inagotable de



Ruinas de un palacio en Mitla. — Lado meridional del cuarto palacio

cosas preciosísimas; ídolos, alhajas, vasijas, documentos inéditos para la historia comparada de los zapotecas y de los aztecas y quizás manuscritos, tan raros hoy y de un valor inapreciable. Y estas excavaciones prometen tanto más cuanto que se enterraba en Mitla á los reyes con sus vestidos más suntuosos y engalanados de plumas, joyeles, collares de oro y piedras preciosas, y teniendo en la mano izquierda su escudo y en la derecha su pica.

En suma, dice Orozco que si bien hay grandes diferencias entre las civilizaciones zapoteca y tolteca, comparadas entre sí parecen derivadas de un mismo orígen, y ahora que conozco las ruinas de Mitla, aun cuando no he podido estudiarlas con tanto cuidado como las otras, abundo en tal opinion, pareciéndome descubrir en ellas su primitivo orígen tolteca.

FIN DEL VIAJE Á MÉXICO Y AL YUCATAN



Paisaje en Punta de Pitre

AMÉRICA EQUINOCCIAL

(COLOMBIA.—ECUADOR)

POR M. ED. ANDRÉ, VIAJERO ENCARGADO DE UNA MISION POR EL GOBIERNO FRANCÉS

I

COLOMBIA

De Paris á las Antillas.—La Guadalupe.—La Martinica.—San Pedro y su jardin botánico.—Las Costas de Venezuela.—Sabanilla y sus aduaneros.—Barranquilla.—En el rio Magdalena.

Llegábamos á la vista de la Guadalupe, despues de diez y siete dias de navegacion. A los temporales que hubo de pasar el vapor *Ville de Saint Nazaire*, desde que zarpamos, poniendo en peligro nuestra existencia por espacio de toda una semana, gracias á la fuerte marejada que reinaba en el golfo de Gascuña y en el mar de las Azores, habia sucedido un cielo limpio y puro y calma chicha. El pasaje pasaba la mayor parte del dia sobre cubierta, respirando con fruicion una temperatura de 24 grados centígrados. Todo el mundo se mostraba risueño y se sentia dichoso, como Panurgo despues de la tormenta; todo el mundo habia olvidado ya los pasados azares y sufrimientos, al igual que una madre que sonrie por vez primera al hijo de sus entrañas.

La alegría de volver á ver tierra despues de una navegacion un tanto prolongada, sólo podrán comprenderla aquellos de mis lectores que hayan navegado; mas la que sentiamos nosotros subia de punto al considerar que las costas que divisábamos eran las de una colonia francesa.

La *Grande Terre* se nos iba apareciendo con sus llanuras bajas cubiertas de cañaverales: el rio Salado las separa de las montañas coronadas por el volcan de la Soufrière, cuyo cráter empenachado de vapores sulfúreos se eleva 1,484 metros sobre el nivel del mar. Ibamos dejando atrás las aguas hondas, semillero á la vez que de delfines (1), que aparecen siempre á manadas, triscando como legiones de corzos acuáticos, de exocetos ó peces voladores que vuelan raudos como saetas rasando la líquida superficie.

Poco despues anclábamos en Punta de Pitre, encantadora rada circuida de bosques de laureles y grupos de palmeras, en el fondo de la cual aparece la ciudad como si estuviera incrustada en un manto de verdura. Mis dos compañeros y yo tomamos un bote de los que se dedican al trasporte de pasajeros y pocos instantes despues hollábamos por vez primera el suelo de las Antillas.

Mas ántes de seguir adelante, séame permitido dar una explicacion que considero altamente necesaria para mejor inteligencia del presente relato.

Movido del vehementísimo deseo de contemplar de cerca la naturaleza de los trópicos y el Ecuador, deseo hijo de mis antiguos estudios de botánico y de redactor de un periódico científico, fueme confiada por el señor Ministro de Instruccion pública de mi país, la honrosa mision de explorar algunos parajes sólo imperfectamente conocidos de la Nueva Granada, el Ecuador y el Perú. El nombramiento, suscrito por el ministro, contenia el siguiente párrafo por toda indicacion: «Contribuir al adelantamiento de la ciencia en cuanto concierne á las indicadas regiones.» De modo que ni el campo podia ser más vasto, ni mi libertad de accion más lata.

Embarquéme, pues, en busca de fenómenos nuevos y para allegar nuevas colecciones de historia natural, en Saint Nazaire, el dia 7 de noviembre de 1875, en el vapor de la Compañía trasatlántica *Ville de Saint Nazaire*, al mando del capitan Galland.

Iban conmigo dos compañeros. Permítanme mis lectores que se los presente. El primero, mi auxiliar preparador, llamábase Juan Nœtzli y era originario de Suiza. Figuraos un mozo de unos veintidos años, de elevada estatura, anchos hombros y piernas recias á fuer de montañés, temperamento ardiente si los hay, infatigable *cazador* de plantas, y dado desde hacia cuatro meses, bien á los rudos ejercicios corporales (equitacion, natacion y marcha), bien á los más tranquilos del espíritu, adecuados á mi objetivo (diseccion, taxidermia, preparacion de herbarios, etc., etc.).

El segundo venia con nosotros en calidad de *amateur*. Hijo de una buena familia del Luxemburgo, el señor Fritz de S..... se empeñó en tomar la ruta de América como la más

(1) Tómase comunmente el delfin propiamente dicho *(Delphinus Delphis)* que se distingue por su hocico prolongado y que juguetea en torno de los buques, por la marsopla *(Phocæna communis)* de hocico corto, perteneciente á un género totalmente distinto de aquel por su forma y por sus hábitos.

propia para distraer los ocios que el dios Pluton le habia dispensado á manos llenas. De 28 años de edad, alto, delgado, rubio como las espigas, nervioso, excelente jinete, valiente, flemático, instruido, sabiendo pasar con poca cosa—iba á decir que con nada—pronto hemos de verle en momentos asaz difíciles dando muestras mil de su resolucion y sangre fria; pero amigo de reservar para sí solo sus observaciones, solia *gozar por dentro*, disfrutando en silencio las impresiones que á cada paso iba despertando en su espíritu el soberbio espectáculo de las maravillosas escenas de las Cordilleras.

Dándonos ya por presentados á nuestros lectores, y ántes de reanudar el relato, daré fin á la presente digresion, la única quizás que contendrá el presente escrito, diciendo siquiera cuatro palabras acerca del modo cómo yo entiendo esta clase de viajes. Tratándose de regiones apénas exploradas, todo viaje por ellas ha de ser *lineal* y casi nunca *radial*. No cabe más que trazarse una línea y recorrerla puntualmente, de suerte que en un país de esta especie, raras veces se conoce más de un itinerario. Por tanto, no hay más que andar, trabajar, sufrir bastante, regresar y luégo escribir y dar á luz las impresiones recogidas. Pero en un rincon del hogar y con la pluma en la mano, si el itinerario no se alarga, suele ensancharse. ¿Cómo resistir á la tentacion de explayarse en prolijas amplificaciones? ¿Mas qué sucede? Que el autor, que al poner manos á la obra, exclamará quizás con Montaigne: «Diré tan sólo lo que sé,» acaba, sin darse cuenta, por enseñar á los otros lo que no ha visto ni sabido nunca.

Procuraré por mi parte, alejarme de este peligro, con el deliberado propósito de publicar única y sencillamente lo que he visto y observado por mí mismo en el curso de mi viaje. He de concretarme á decir: «Hallándome en tal ó cual sitio, me ha sucedido tal ó cual cosa,» y ojalá pueda añadir tambien como la paloma de la *Fontaine:*

«Y os lo haré ver á vosotros,
cual si os hallarais allí.»

Cuando tenga que hablar incidentalmene de localidades que no he visitado ó referirme á documentos que me han sido facilitados, lo haré citando siempre su orígen.

Pues tengo la conviccion profunda de que el medio mejor de prestar alguna utilidad á la ciencia de los viajes, consiste en ser sencillo en el relato y respetuoso hasta el escrúpulo para con la verdad. Nada más bello que la verdad desnuda, aplicada sobre todo á las comarcas dignas de admiracion que he recorrido. Por haberla falseado á su antojo ó por haber acogido con sobrada ligereza ciertas versiones desprovistas de autoridad, es por lo que tantos autores han publicado malos libros. La frase «los malos libros son debidos casi siempre á las intemperancias del espíritu,» puede aplicarse en primer lugar á las relaciones de viajes.

En otros términos: ir recogiendo personalmente los sucesos é ideas, en la misma ruta que se recorre, exclarecerlos y dilucidarlos, hacer de ellos una crítica imparcial y desapasionada, deducir en todo caso las consecuencias á que puedan prestarse, inspirándose siempre en la sana idea de aportar algun material entre los que han de servir más tarde para erigir un templo á la verdad, tal debe ser y no otro, en mi concepto, el objeto de las publicaciones útiles referentes á los viajes de exploracion modernos.

Tal vez no faltará álguien que note que en mi relato doy sobrada extension á la historia

natural y especialmente á la botánica. No digo lo contrario. Pero sin descuidar el aspecto geográfico y etnográfico, ni cuantas observaciones de índole diversa me ha sido dable hacer, si alguna vez muestro sobrada prolijidad en punto á los productos naturales de estas ricas comarcas, deseo merecer circunstancias atenuantes en consideracion al único mérito que tengan quizás mis descripciones: el mérito de la exactitud.

Al desembarcar en los muelles de Punta de Pìtre cubiertos de palo campeche y otros frutos coloniales dispuestos para su embarque, lo primero que logra atraer nuestras miradas, son los árboles gigantescos plantados en fila en aquel sitio. Llámanse salvaderas *(Hura crepitans)* y su hinchado tronco cubierto de espinas tiene más de cuatro metros de circunferencia. Los hallamos superabundantemente cargados de frutos redondeados, deprimidos y acostillados, cuyas articulaciones de vez en cuando estallan como un pisteletazo.

Pronto aparece ante nosotros la ciudad con sus edificios reconstruidos despues del último terremoto. Vénse entre ellos, vastos almacenes atestados de géneros europeos. Reina en el mercado la mayor animacion. Son las siete de la mañana y es ya considerable la afluencia de campesinos. Un gran número de negras y cuarteronas mal cubiertas con trajes de percal abigarrado, desnudo el seno y la cabeza envuelta con un pañuelo hasta las orejas, charlan y gesticulan á porfía, trayendo á vender frutas recien cogidas, sumamente extrañas á la vista y al paladar de los europeos.

Los alrededores de la Punta de Pitre son muy bellos. En un rico terreno de aluvion regado por cien arroyos crecen pomposos la caña de azúcar, el algodon, el café, el tabaco, el clavo, el plátano y otros muchos árboles frutales. Saludamos por primera vez varias plantas silvestres que hasta entónces no habíamos visto más que en los invernáculos europeos; tales son: Lantaneros de anaranjadas flores, Asclepiadeas de Curazao, Délicas de flores violáceas y frondosos Helechos de gran tamaño cubiertos de dorado polvillo.

Tropezamos con una mujer que se encamina al mercado con una cesta llena de frutas: guayabas, añacatos, naranjas, pamplemusas, chirimoyas, mangos y manzanas canela. Nos lo dá todo por una pequeña moneda de plata y parece que el tiempo nos falta para probarlo. Mis camaradas no pueden con los mangos que segun dicen saben á terebinto, ni con las chirimoyas que saben á pomada; los plátanos les parecen acorchados y lo demás no vale ni un comino. Antes de un mes, familiarizado ya su paladar, han de hablar de muy distinto modo de esos sabores que hoy por lo exóticos encuentran tan ingratos.

Despues de esta rápida escapatoria, regresamos á bordo. El buque pone la proa hácia el Sur y despues de costear el litoral de poniente de la Dominica formado de rápidas cuestas cubiertas de bosques y cascadas, á las nueve de la noche echamos el ancla frente á San Pedro que es á la vez que la ciudad más populosa, la primera plaza comercial de la Martinica.

El desembarque de los pasajeros se efectua por medio de una verdadera flotilla de botes que salen á recibirnos hasta la rada exterior, escena animada en alto grado por la batahola y las luchas de los barqueros y de la cual no cabe dar una idea perfecta.

Un episodio que por poco raya en tragedia: al arriar las cadenas que sujetan la extremidad inferior de la escalera de descenso, más de sesenta personas á la vez se precipitan á ella



Retrato del autor en traje de viaje

estableciéndose una doble corriente entre los individuos que suben y los que bajan. La escalera oscila, rechinan las cadenas y al ir á advertir á mis vecinos: «Cuidado que la escalera va á romp.....» resuena formidable estallido; y un racimo de séres humanos se sumerge en el agua entre la más densa oscuridad. Óyese un grito desgarrador..... despues, silencio completo. Procédese sobre la marcha al salvamento de los náufragos y al cabo de algunos minutos de la más ansiosa actividad, vemos con placer que todo el mundo se ha salvado. Cierto que Fritz perdió el sombrero y el paraguas y que las mantas se nos fueron á pique; no obstante, los tres, nos consideramos más que dichosos, al desembarcar en el muelle calados hasta los tuétanos, extremadamente fatigados; pero sin un rasguño.

Despues de pasar la noche en el hotel de los Baños, salimos al amanecer, al objeto de girar una visita por la ciudad y ver con alguna detencion el Jardin Botánico, en donde nos está aguardando su director, M. Bélanger.

Es San Pedro una ciudad dispuesta en forma de anfiteatro: fundada en 1635 se compone de una serie de calles sumamente angostas y pendientes las más. En cuanto á las tiendas son muy sencillas, hallándose en ellas un poco de todo. Las casas constan de un solo piso y pululan en todos los umbrales la gente de color haragana y parlanchina, algo parecida á los *lazzaroni* de la ciudad de Nápoles. De los ciento cincuenta mil habitantes de la isla, de los cuales unos veinticinco mil corresponden á la poblacion de San Pedro, son blancos diez mil apénas.

Despues de un cuarto de hora de marcha llegamos á la orilla del arroyo Fost que á pesar de su raquítico caudal, se convierte en asolador torrente durante el invierno. Allí ejercen su industria las lavanderas, como las de Madrid en el Manzanares y las de Lima en el Rimac. Atravesando una hermosa plaza plantada de tanacindos se va desde allí al Jardin Botánico, sitio por demás célebre, y encantador, situado á la derecha del camino de Morne-Rouge y embellecido por la naturaleza y el arte á competencia. Cúponos la desgracia de encontrar al digno director, M. Bélanger, paralítico, hundido en una butaca y hubimos de visitar nosotros solos aquel delicioso edén.

El primer aspecto de la vegetacion de los trópicos no tiene parecido: grandes avenidas de palmeras (*Attalea, Scaforthia*), Lauríneas y *Botryodendrones*, sobre los cuales las Orquídeas suspenden sus verdes espesuras salpicadas de las flores más raras, dan paso á la mirada que se recrea contemplando un arroyo y un lago por éste formado, límpido, sosegado y luminoso cual espejo de acero bruñido. Dos isletas emplazadas en el centro traen á la memoria la isla de Calipso. La una se halla cubierta de Ravenalas (árbol del viajero) en cuyos troncos se enrosca la *Thunbergia laurifolia* de azulados tubos y elegantes festones, miéntras á sus piés tienden una tupida alfombra de encendido follaje los Crotones y las Dracenas. Sobresalen en la otra las copas de la *Alpinia nutans* de aporcelanadas flores, por encima de las cuales se yergue un gran *Pandanus* tan bello como los que crecen en las Molucas, de tronco retorcido, provisto de arbotantes y cuyas ramas en forma de candelabros sustentan abultadas frutas verdes. Abundan tambien las Bignoniáceas y las Palmeras, y los Crinolos americanos reflejan sus flores en la límpida superficie del lago.

No es de extrañar que, con una sorpresa á cada paso, las horas trascurran veloces en este paraíso. Por todos lados se abren senderos frescos y sombríos: acá y acullá discurren cristalinas y juguetonas corrientes: y la vista no se cansa de admirar la quebrada y la gruta de la Serpiente, la avenida de las Palmistas *(Scaforthia elegans)*, las hondonadas de las Escitamíneas y Gesneriáceas, y cien manantiales tapizados de helechos por los cuales se arrastran gruesos cangrejos amarillentos, formando este conjunto sin igual la más deliciosa escuela de botánica en la que son de ver reunidos los ejemplares más hermosos del viejo y del nuevo mundo.

Este establecimiento es antiguo, pues su fundacion data del siglo pasado. M. Bélanger se encargó de él en 1853, desde cuya fecha el jardin ha sido objeto de mejoras considerables y de valiosos envíos de plantas exóticas. De allí proceden los primeros piés de café, cacao y caña de azúcar de las variedades más selectas que han ido luégo á poblar y enriquecer nuestras restantes colonias. Por desgracia la cantidad destinada al entretenimiento de este notable jardin es asaz insignificante: la madre patria vive demasiado léjos y al parecer no se muestra todo lo solícita que debiera para con sus hijos de ultramar, y eso que el estado del establecimiento, precario en sí, se hace tanto más digno de la atencion del ministro de Marina y de las Colonias, cuanto que el dia 9 de setiembre de 1875 sufrió los efectos de un terrible huracan que tronchó los árboles más bellos por centenares. Aún se observan las huellas de aquel estrago.

Ensillados ya los caballos, nos despedimos de nuestro huésped no sin apurar con él un buen vaso de vino de naranja, en honor de Francia y á la salud de los amigos ausentes, y despues de dirigir una postrera mirada á las hermosas plantas del Jardin Botánico, partimos hácia Morne-Rouge, poblacion situada á 450 metros de altura sobre el mar. Llegamos allí á la hora del almuerzo, recorriendo hermosos cañaverales, en los cuales habia empezado ya la zafra (23 de noviembre), y las sucesivas depresiones de algunos valles bastante altos en los cuales ondulan á impulsos de la brisa las elegantes frondes de los helechos arbóreos *(Cyathea)*. La poblacion de Morne-Rouge disfruta de una temperatura que oscila entre los 20 y 24 grados, gozando así de una eterna primavera. Las casas se agrupan al rededor de la iglesia: esta es aseada y bonita y revela en su decorado interior el mejor gusto; aquellas son de madera, tienen aleros en los tejados y sus ventanas sin cristales están provistas de persianas movibles. Junto á los umbrales se agita un enjambre de rapaces negros y sucios de polvo, cuyos chillidos se mezclan con los gritos de los loros y los monos. Por último, en el jardin de la rectoría se ven robustas *Poinsettias* coronadas de encendidas brácteas; Casias veras, ataviadas con sus flecos dorados y suaves, amén de algunas flores europeas, tales como claveles, rosas y zinias que son las predilectas de aquellas buenas gentes.

Regresamos á San Pedro á eso de las dos de la tarde y tomamos pasaje en un vaporcito que hace el servicio de cabotaje hasta Fort-de-France. Costeamos así algunas montañas volcánicas cubiertas de una vegetacion abrasada, como Fourcroyas y Cirios *(Cereus)* y en los desprendimientos pudimos ver perfectamente la estructura de las almendrillas ó conglomerados silíceos rodeados de arena amarillenta, alternando con rocas de lava. Desfilan sucesivamente

ante nosotros la Choza piloto y el piton ó cabeza de Carbet y por último abordamos en Fort-de-France, ciudad de unos once mil habitantes cuyo excelente puerto está protegido por el fuerte de San Luis.

En 1839 un terremoto formidable destruyó casi por completo la poblacion, habiendo sido reedificada despues toda de madera: sus calles son anchurosas y rectas, distinguiéndose por su belleza el paseo de la Sabana, adornado con árboles seculares, Tamarindos, Salvaderas y Baobabs. En 1858 los habitantes de Fort-de-France erigieron una estatua á la emperatriz Josefina que nació allí en 1763. La estatua, debida al cincel de Vital Dubray, se halla rodeada de palmeras (*Oreodoxa regia*) que aún siendo muy tiernas, ofrecen ya una gran belleza.

La *buena sociedad* de Fort-de-France se reune en el hotel Daviron, situado en el paseo de la Sabana. Punto de cita de los oficiales de marina y de los numerosos viajeros que visitan la ciudad, es el indicado hotel el Helder de la Martinica. Se come allí al aire libre y á la francesa, avivándose con ello el grato recuerdo de la patria ausente. Hermosas criollas de flexible talle y manos y piés menudos, un tanto cenceñas, es cierto, pero embellecidas por sus ojos negros y su cabellera fina como la seda y abundante como un manto real, se pasean envueltas en sus trajes claros, y se apoyan con negligencia en el brazo de los jóvenes aspirantes, yendo con ellos en busca de las sombras que proyectan las espesuras. Todo respira allí esa vida muelle y epicúrea propia de las Antillas, á la cual es casi imposible sustraerse.

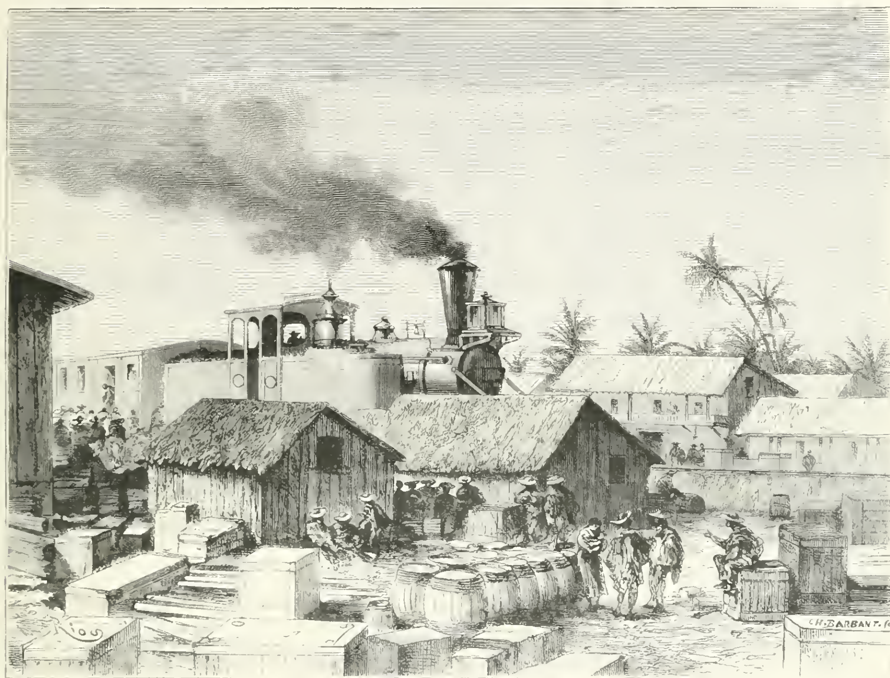
Se aproxima la hora de volvernos á bordo. El vapor está rematando su carga de carbon y debe hacerse á la mar esta misma noche. Allí nos estaba reservado un espectáculo nuevo y curioso por demás. A los reflejos de las antorchas vemos una escena fantástica, cual si una legion de demonios tomara el buque por asalto. Tal es el efecto que nos produce la operacion de aprovisionar los pañoles. La hulla que dejaron en el muelle los vapores transportes de la Compañía, los negros y las negras del puerto la llevan á cuestas en sendas canastas y van echándola en la cala al són de una música verdaderamente africana, es decir, al són de un *tam-tam* que un músico yolof ó bambara golpea con los dedos durante horas y más horas.

Terminado el trabajo dan principio al baile. El negro enjambre, negro no sólo por el color del cútis sino tambien por el polvillo del carbon, va á retozar hasta la madrugada. Corre á raudales la *tafia*. Algunas ollas repletas de carbon encendido proyectan infernales vislumbres sobre esta escena de coreografía salvaje. En un principio los movimientos son pausados, luégo el ritmo cambia y se aceleran: los gestos se animan y los grupos, ora se dilatan, ora se cierran, cual un cinturon viviente, arremolinándose con un ardor que raya en frenesí. De esta suerte pasan la noche entre sorbo y sorbo de *tafia*, y lanzando á cada punto estridentes alaridos, hasta que uno tras otro se van cayendo sobre los montones de carbon á dormir la borrachera.

Unicamente el negro del *tam-tam* permanece tranquilo y lleno de impávida majestad, tocando como si tal cosa, hasta que aparecen por el Oriente los primeros destellos de la aurora, iluminando aquella estúpida orgía.

Pero el vapor *Ville de Saint Nazaire* ha partido ya y está léjos, de modo que al siguiente dia toca la tierra firme en el puerto de La Guayra. Desde aquí se va á Caracas, capital de

Venezuela, en algunas horas de ascension por los caminos de la Cordillera, la cual se destaca como una silla de montar sobre las nubes, y de ahí el nombre de *Silla de Caracas*, que se le da comunmente. El calor que se siente en aquella cuesta es tórrido, tanto que por allí cerca (á unos diez grados de latitud norte) pasa la línea térmica. Cristóbal Colon descubrió este país en 1498. Al desembarcar, sentimos una impresion violenta de calor seco, apénas soportable: el termómetro marcaba 36 grados á la sombra y la marcha que emprendimos á las dos de la tarde, remontando la cuesta requemada y abrupta, desde la cual se ven grandes *Cereus*,



Estacion de Barranquilla

Opuntia y algunas Mimosas apénas arraigadas en las hendiduras de las peñas, hízose en breve penosísima. Con todo, no pude ménos de dirigirme hácia un pequeño estuario plantado de cocoteros, llamado Maiquetia, y allí hallé materia para una herborizacion fructuosa especialmente en lo que hace al lecho de un torrente, en el cual crecen Bignoniáceas amarillas y la *Wigandia Caracasana*. Enormes lagartos arrastraban su cuerpo por el suelo caldeado y no se veian más séres humanos que alguna que otra negra medio desnuda que seguia silenciosa los vericuetos abiertos á través de los árboles de cautchuc (*Ficus*) y las Mutisieas de capítulos anaranjados. Regresé á bordo, medio asado. Dudo que en todo el globo se conozca un puerto tan abrasador como el de la Guayra, al cual afluye todo el comercio de Caracas, á despecho de las epidemias que lo azotan con harta frecuencia.

Al dia siguiente anclamos en Puerto Cabello, hermosa bahía en la que aún se conservan vestigios de una antigua fortaleza y se ven islotes de mangles de cuyas raíces adventicias

cuelgan sartas de excelentes ostras. El presidente de Venezuela, Guzman Blanco, ha llevado á cabo grandes mejoras así en el puerto como en la ciudad, mandando construir á orillas del mar una alameda ó jardin público delicioso. Cierto que las calles de Puerto Cabello están llenas de polvo; pero abundan las fuentes que refrescan el ambiente y las conducciones de agua recien colocadas para facilitar la aguada á los barcos surtos en el puerto, revelan por lo ménos que en breve será una verdad la existencia de una canalizacion regular y corriente.

Al Oeste de Puerto Cabello se extienden vastas lagunas desecadas, á través de las cuales pasa el camino que conduce á Valencia y San Felipe, poblaciones de la region montañosa. Ciertas florescencias blancas revelan la naturaleza salobre de estos terrenos apénas cubiertos por un raquítico tapiz de Ficoideas y Salsoláceas. Más arriba, en las bajas vertientes constituidas por terrenos arcillosos, un espeso bosque de plantas llenas de espinas ostenta sus feroces dardos. Extraña vegetacion puesta, al parecer, en pié de guerra. ¡Ay del incauto que se arriesgue á introducirse entre ese enjambre de Mimosas, Pitas, Fourcroyas y Bejucos espinosos! De fijo que no se escapa de salir despedazado. Por encima de los Calabaceros que proporcionan á las pobres gentes las *totumas* ó vasos para beber, fabricados con la cáscara del fruto, observo cabelleras grises que revelan la presencia de la primera Bromeliácea que ha de caer en mis manos: la *Tillandsia uniflora*.

Embarcados ya por última vez, ántes de saltar en definitiva sobre la tierra americana, costeamos la isla de Curazao, y se nos aparece la Sierra Nevada de Santa Marta con sus picachos cubiertos de nieve á cinco mil ochocientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Por fin, á las tres de la madrugada tocamos en el punto definitivo de nuestro desembarque que es Sabanilla. Ha llegado la hora de despedirnos del valiente capitan Galland, el cual se muestra muy complaciente conmigo, hasta el punto de encargarse de llevar á Europa las plantas vivas que he recogido en La Guayra y Puerto Cabello: Pitas, Fourcroyas, Tillandsias y una pequeña Orquídea terrestre *(Physurus)* de elegantes hojas con estrías blancas.

Los buques no fondean en Sabanilla, rada abierta, sobrado alterosa y de difícil acceso, sino en Salgar, estacion donde no hay más edificios que algunas chozas cubiertas de bálago, la oficina de telégrafos y la Aduana. Parte de allí una especie de camino de hierro que en cuatro horas conduce á Barranquilla, que es la primera ciudad del bajo Magdalena y el principal depósito de las mercancías que van y que llegan del interior. Los buques de algun calado no pueden llegar hasta Barranquilla, por no permitirlo el delta del rio, cubierto de peligrosos bancos de arena. Con todo, un vapor inglés de alto bordo ha forzado últimamente el paso anclando sin el menor accidente ante la indicada poblacion. No cabe desconocer las inmensas ventajas que esta habia de reportar de generalizarse este resultado, pues la ciudad de Barranquilla ha destronado ya á la de Cartagena, hoy poco ménos que abandonada, á causa del gran rodeo que tenian que hacer los viajeros y las mercancías para llegar al Magdalena en Calamar, por Turbaco; mas la preponderancia de Barranquilla depende, como he dicho ántes, de que los buques de gran porte puedan abordar á sus muelles directamente.

Salgar no es más que un hórrido desierto de arena rodeado de algunas dunas, en las cuales crecen tan sólo arbustos raquíticos, como la *Jatropha urens*, la *Cassia*, el *Cereus* y otras varias

Euforbiáceas rastreras, triste regalo para la vista humana. Los lagartos grises y verdes, muchos de los cuales miden un metro de longitud, se escabullen al oir rumor de pasos, escondiéndose entre las yerbas secas, ó bien se paran un rato contemplando asombrados al hombre para escurrirse á su menor movimiento.

Desembarcados los equipajes, nos acompañan á la Aduana, vasto edificio de tablas. Cuatro ó cinco empleados, pringosos é indolentes, dan la más pobre idea de la administracion neogranadina. ¿Debe atribuirse á la influencia de un clima de fuego esa depresion de fuerzas físicas, morales é intelectuales que se observa en esos tristes funcionarios? Ocho horas mortales nos hacen pasar, aguardando que esos señores se dignen fracturar nuestras cajas y recibir nuestro dinero. Las tarifas de aquel país son altamente draconianas: todo pasajero goza de franquicia por setenta y cinco kilos, debiendo abonar luégo dos francos veinticinco céntimos por cada kilo de exceso, sin exclusion del embalaje, de modo que un honrado comerciante de Medellin, don Próspero Restrepo, hubo de aflojar en presencia nuestra 1,200 francos de derechos por algunos objetos de su uso particular que traia de Europa, sólo por ir embalados en cajas demasiado macizas y pesadas.

Los agentes diplomáticos están exentos de este impuesto, habiendo beneficiado estas disposiciones, que no se hicieron extensivas á nosotros, los señores O'Leary, cónsul inglés y de Montbrun, canciller de la legacion francesa en Bogotá. En vano exhibí mi pasaporte diplomático; se me obligó á satisfacer quinientos francos de excedente por los papeles para el herbario, las cajas de zinc y frascos para conservar insectos y los objetos de campaña, de lo cual nada absolutamente podia ser considerado como artículo de comercio. Despues supe que el fisco se presta allí á determinadas componendas, bastando deslizar con tino algunas monedas de oro en la mano de aquellos dragones de las Hespérides para desarmar su severidad y sus rigores.

Pues bien, á pesar de tanto fraude, el producto de las Aduanas constituye en Colombia el ingreso más pingüe para el Erario: es por lo ménos el que se percibe con más facilidad, ingresando en caja en el acto y sin dispendios. De suerte que en cuantas revoluciones ocurren, lo primero que procura el vencedor es apoderarse de los fondos de las Aduanas. Por cierto que al llegar nosotros el recaudador estaba sumamente inquieto, por haberse librado una batalla entre los parciales de Parra y los de Sanchez, nombrados ambos presidentes de la República con pocos votos de diferencia. El combate duró todo el dia, y al pasar balance de las pérdidas, se vió que era cuestion de *un* muerto y *tres* heridos.

A las tres de la tarde tomamos el tren de Barranquilla, habiéndonos costado este trayecto, con ser tan corto, la friolera de veinticinco francos. La locomotora, de una forma muy original, es de construccion norte-americana: los wagones son abiertos, cual así conviene á un país tan cálido, y el trayecto presenta una soledad verdaderamente sospechosa.

La línea atraviesa varias lagunas plantadas de manglares, ó bosques bajos de Mangles: legiones enteras de grandes zancudas (garzas blancas) contemplan el paso del tren sosegadamente, encaramadas en sus zancas: entre otros vegetales abunda el manzanillo, las cesalpíneas y mimosas se cubren de dorados penachos y las grandes copas del *Achrostichum aureum*

cuyas hojas no tienen ménos de tres metros de longitud, brotan con brío del seno de las aguas encharcadas.

Pero ese no es más que un bosque raquítico, que no da siquiera una idea de la espléndida vegetacion tropical. Ya veremos algo y áun mucho, mejor que todo esto: calma y adelante.

Anuncian la proximidad de Barranquilla algunos algodonales, extensos pastos de *Panicum*, y diversos grupos de cocoteros y cabañas en gradual aumento. Una vez en la estacion, nos acomete una chusma de gente multicolor, sucia y bullidora, que por su indiscreta solicitud para con los pasajeros que bajan del tren recuerda la que pulula en los principales puertos italianos. Ha anochecido ya y uno no sabe hácia qué lado volverse.

— Señor, por aquí hay posada, — dicen unos.

—¿A dónde va su equipaje? — preguntan otros.

—¿Necesita su merced un carreton? — interroga un tercero.

Ahora bien, desconfiad de la posada, del carreton y de los que se os ofrecen para conducir vuestro equipaje, pues nada más fácil que perder algun bulto entre el barullo.

Por mi parte cuando hice inventario de las cajas eché una de ménos: era precisamente la que contenia nuestra cantina de campaña. Habíala escogido en Paris cuidadosamente, siendo de la última perfeccion. Ligera, bien surtida de utensilios, poco voluminosa, sólidamente reforzada de palastro, cifrábamos en ella grandes esperanzas que no habíamos de ver realizadas. Y aunque tuvimos buen cuidado de cerciorarnos de que habia sido desembarcada, ¿quién es capaz de prever las tentaciones que puede despertar en algun pobre diablo de la Aduana un objeto tan útil y tan fácil de..... extraviar, entre los mil y un engorros anexos á todo desembarque? Ello es que la tal cantina no habia de aparecer ya más, habiendo sido inútiles cuantas reclamaciones hice ulteriormente para dar con ella.

La estacion de Barranquilla se halla emplazada en uno de los extremos de la poblacion, á media hora larga del centro de la ciudad. El camino está cubierto de un polvo que abrasa el gaznate, de modo que esta jornada de tribulaciones y molestias nos fastidió de lo lindo, aguando en cierto modo la satisfaccion que sentíamos de pisar la tierra firme. Nos hospedamos en un mal meson, engalanado con el pomposo título de *Hôtel francés* y situado frente por frente de la iglesia. Nuestro anfitrion es un tipo digno de estudio. Figuraos un hombre que ha recorrido todo el mundo y un poco más y que si ha acabado por sentar sus reales en una poblacion tórrida y malsana, lo ha hecho por pura filantropía. Su corazon rebosa ternura hácia sus compatriotas... eso sí, *mediantibus illis*. Por algunos pesos fuertes lleva su amabilidad hasta el extremo de cedernos un aposento blanqueado con cal y sin otro ajuar que cuatro estacas de palo con un cuero de buey distendido y una sábana encima, una palangana desportillada y una toalla que no dudo que en sus buenos tiempos hubo de ser limpia.

La mesa, como es consiguiente, compite con este pobre ajuar: arroz, patatas, yuca *(Manihot utilissima)* y tasajo; tales son sus únicos componentes, y en cuanto á los guisos están todos tan sobrecargados de ajo y pimienta, que harian resucitar á un muerto. La salsa, de un fuerte color de azafran, está aderezada con la semilla del *Bixa orellana*, llamada *achiote* en Colombia y usada en todo el país. Cuanto á la limpieza, ni siquiera cabe ponerla en duda, pues ni por asomo existe.

En este delicioso cuchitril hubimos de pasar tres dias de comidas á cual más detestable y tres noches de mosquitos y por fin de cuentas se nos presentó la del hostelero que era de las que levantan ampolla.

Traia cartas de recomendacion para M. Berne, vice-cónsul de Francia, en quien encontré un caballero afable y distinguido, puesto al frente de una importante casa de comercio, el cual se mostró dispuesto á secundarme, en cuanto de él dependiese, para el logro de mi encargo. No ménos solícito se mostró conmigo M. Heilbronn, agente consular de Bélgica.



Una calle de Barranquilla

Debo á entrambos señores informes preciosos que á su debido tiempo agregaré á las observaciones personales que me ha sugerido el país en que habitan.

Barranquilla está situada cerca de la márgen izquierda del rio Magdalena á poca distancia de su embocadura, á 11 grados de latitud norte. El lecho del rio está unido al puerto por medio de un canal ó dique de algunos kilómetros de longitud, que atraviesa varias praderas inundadas, cubiertas de altas gramíneas, donde pacen en plena libertad numerosas vacas con agua hasta la barriga.

El calor es allí muy intenso, siendo de treinta y dos grados la temperatura media anual, y en las épocas más calurosas, los ardores del sol producen frecuentes insolaciones y otras enfermedades que las más veces terminan fatalmente. En pleno dia nadie sale á la calle más que los perros y los... franceses, lo mismo que en el Cairo. No sé si justificadamente ó no;

mas es lo cierto, que en aquellas apartadas tierras gozamos fama de verdaderas salamandras.

Las calles son muy anchas y están por empedrar, de modo que una de dos, ó mucho polvo ó barro hasta las rodillas, segun llueva ó esté seco el tiempo. En el centro comercial, ó sea en la ciudad propiamente dicha, las casas tienen bajos y un piso: este sirve de habitacion y aquellos que suelen ser muy vastos y están abiertos, hacen las veces de almacenes de mercancías. Esos almacenes resumen en sí la vida material de Colombia. La *especialidad* de cada comerciante consiste en vender de todo. Allí encontrareis hilo y agujas, motores de vapor, harina, telas, zapatos, bisutería, pólvora y armas con que fomentar las revoluciones, libros, jabon y un sin fin de artículos: allí se hacen negocios de banca y se trafica con todo: se puede ser administrador de correos, boticario y cónsul en una pieza y por la noche hombre de mundo adornado de los recursos que la civilizacion ha aportado á aquel país. No hay uno solo de esos *trade-gentlemen* que no hable cinco ó seis idiomas, obligados como están á saber de todo para vender y comprar lo que se presente. Llevan una existencia febril y no obstante el mayor órden reina en sus asuntos. No tienen otro ideal que la esperanza de lucrar y hacer fortuna en diez ó en quince años, vender su establecimiento lo mejor que pueden á algun continuador como ellos arriscado y largarse luégo á vivir á Paris que es el verdadero Eldorado, que entreveis allá en el fondo de su imaginacion.

No busqueis nada que tenga asomos de distinguido, ni siquiera de interesante en Barranquilla—y casi me atreveré á decir que ni en ningun otro de los puertos comerciales de la América intertropical,—aparte de los agentes consulares y de la aristocracia de los comisionistas.

Durante el dia vereis á todo el mundo en mangas de camisa y trabajando. Pero al anochecer, cuando el calor se mitiga, todos se visten, ó por mejor decir se meten de piés á cabeza dentro de un holgado traje de dril blanco, cálzanse botas de charol, se encasquetan un jipijapa de á veinte duros y se van tan tranquilos á ver á los amigos y á tomar refrescos. Por la noche despues de comer, cuando los visitantes se hallan tendidos, quién en un sofá de junco, quién en una hamaca, colgada invariablemente en el centro del salon, la señora de la casa toca una habanera en una mala espineta que lleva el pomposo nombre de piano y que no ha visto afinador desde que salió de la fábrica.

En Barranquilla se baila enormemente. Algunas casas principales de la Plaza Mayor, como por ejemplo, la de M. Stassey, cónsul inglés, reciben muy bien á los extranjeros que les han sido presentados. Y una vez allí, lo de siempre: piano y baile. Las muchachas norteamericanas y en especial las inglesas, saben conservar en medio de aquel clima enervador una elasticidad de piernas sorprendente, problema á mi ver tan insoluble como la cuadratura del círculo.

Las casas son de madera y de tierra apisonada ó adobes: las de los arrabales están cubiertas de hojas de iraca (la misma *Carludovica palmata* de que se extraen las hebras con que se elaboran los sombreros de Panamá). Las del interior de la ciudad llamadas casas altas tienen un piso con corredor y balcon y una cubierta de tejas fabricadas á la mano y secadas al sol. Generalmente todas esas casas están construidas bajo el mismo modelo: sólo da á la

calle una puerta de entrada, cerrada con un porton y de aquí el nombre de casa claustrada con que se las conoce: á continuacion del porton se encuentra el zaguan que precede á la puerta interior: algunas tienen el zaguan embaldosado con ladrillos, si bien lo más frecuente es que el piso se componga de una serie de guijarros negros y blancos formando una especie de mosaico, al cual se añaden caprichosos dibujos hechos con rótulas de carnero. La casa desarrolla sus cuatro crujías al rededor de un jardin central llamado patio, como en España, sobre el cual los tejados vierten las aguas pluviales, que se reunen en una cisterna situada en el centro. Al rededor de estos patios corre una galería cubierta llamada corredor, con balaustrada de madera que allí toma el nombre de pretil. El corredor está á pié llano del piso de los aposentos, cuyas puertas de ingreso dan todas al patio, miéntras las ventanas provistas de rejas de madera, pero sin cristales, toman la luz de la calle ó del campo vecino. Si la casa tiene piso alto, la escalera parte del corredor. En este caso las habitaciones están dispuestas en el piso superior y los locales que dan á la calle se alquilan á los comerciantes á precios casi siempre muy elevados.

En Barranquilla son contados los edificios públicos, siendo el principal una iglesia espaciosa con cubierta de tejas y campanario de base octogonal en forma de pagoda de tres cuerpos. El párroco que habia, cuando estuve allí, era un anciano de ochenta y dos años. La Casa consistorial y la del cónsul de Inglaterra, así como las de algunos comerciantes acaudalados, aunque no son más que de regular apariencia, completan la ornamentacion arquitectónica de la ciudad.

Los barrios bajos, situados cerca del rio, son abominables. Los terrenos, baldíos en sus tres cuartas partes, hállanse convertidos en un estercolero inmenso. Todas las inmundicias de la ciudad afluyen allí y allí se descomponen y envenenan el aire con sus pútridas emanaciones, provocando y dando pábulo á esas espantosas epidemias que con tanta frecuencia se convierten en el azote de la poblacion. Hacen las veces de basureros unos buitres grandes y negros llamados allí gallinazos; pero no bastan para purgar tanta inmundicia, ni con la ayuda de un sin fin de perros vagabundos, pelones, de orejas largas, hocico puntiagudo, tísicos, famélicos y asquerosos.

Sólo así se comprende que sean tan impuras las aguas muertas del canal inmediato á la ciudad, y con todo, de ellas se surte el consumo público. ¿Veis ese robusto gañan, montado entre dos cubas puestas en equilibrio sobre el lomo de un rocin, que lleva por todo vestido un sombrero de anchas alas y que aguija continuamente al animal con un palo rematado en punta? Es el aguador que se pasa el santo dia haciendo viajes del rio á las casas y de estas al rio, trasportando ese inmundo líquido, destinado no tan sólo á la coccion de los alimentos, sino tambien á la bebida.

En la plaza mercado abundan los mandaderos, efebos en su mayoría, más desnudos que los gusanos y más chafarrinados que un bote de mostaza. Allí aparece el pueblo tal cual es, y por el mercado deberia empezar siempre todo viajero que se proponga visitar una ciudad. Nada se presta mejor al estudio de los productos de la comarca y de la mezcolanza de tipos, para deducir con toda seguridad el sentido en que se desarrolla la raza dominante. En Bar-

ranquilla la sangre está mezclada: indios del Rio Hacha, blancos (sangre azul) y negros: tales son los simples ó componentes. El elemento negro deja siempre huellas, siquiera infinitesimales: abunda, pero no predomina.

Si hubiera de describir el tipo más frecuente, no sólo de Barranquilla sino de todo el bajo Magdalena, le asignaria los siguientes distintivos, tomando por base de estudio á la mujer, que acusa caracteres y formas mucho más francos y pronunciados que el sexo fuerte.

Color del cútis: chocolate oscuro. Mézclese pimenton y negro de humo y se tendrá una idea de este matiz. Tórax muy desarrollado, fenómeno que ya adujo d'Orbigny al ocuparse de los indios Quechuas, atribuyéndolo á la rarificacion del aire en las grandes alturas y que yo no me explico en Barranquilla, si debe atribuirse sólo á la indicada causa.

Cuantas mujeres he tenido ocasion de ver aquí, presentan el pecho alto y combado y los hombros cuadrados y anchos: los biceps extraordinariamente musculosos, cortos los antebrazos, las manos pequeñas y nervudas, las caderas poco salientes, las piernas cortas, las rodillas finas y los piés de niña, combados, musculosos y casi siempre descalzos.

Su cabeza grande y ancha con la frente baja y estrecha, hállase cubierta de cabellos largos y algo ondulados de un matiz entre negro y azulado. Dan además á su fisonomía cierto aire apagado unos juanetes bastante salientes y unas cejas no muy pobladas sobre unos ojos ni grandes ni chicos, pero sí muy oscuros y que por su inclinacion recuerdan los de los chinos. Su nariz es muy característica, pues de su extremidad un si es no es ganchuda, parten las dos ventanas ligeramente dilatadas. Por último, su boca es muy fina y sus dientes son incomparables.

Las costumbres de esos indígenas serán todo lo malo que se quiera; mas no puede decirse lo mismo de su porte, púdico casi siempre, contra lo que me imaginaba y no tengo el menor reparo en confesarlo. En cuanto á su lenguaje, ni áun en el calor de una querella, llega de mucho á la rudeza y grosería que se observa en el de los populachos europeos.

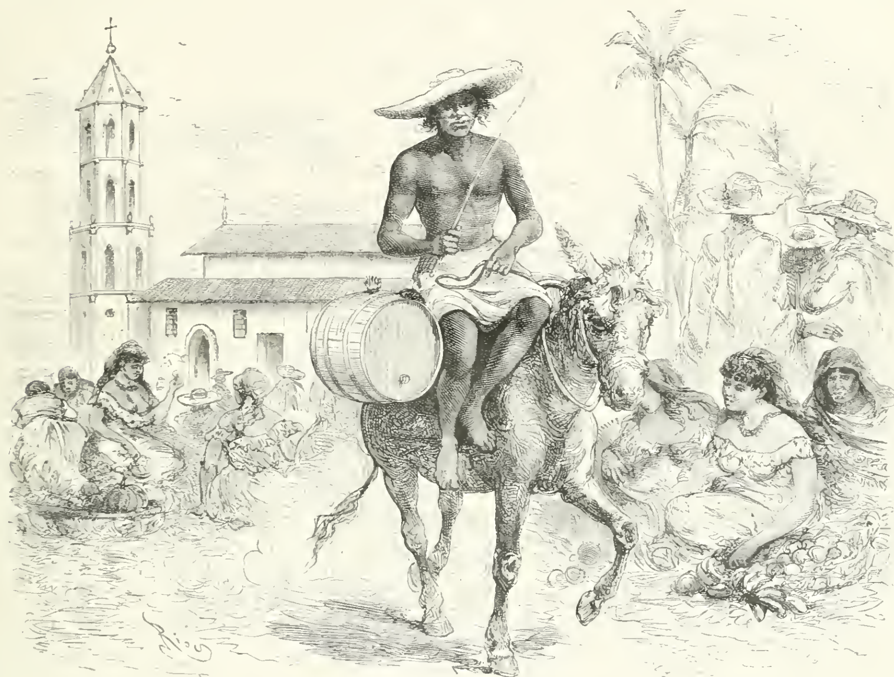
La mayoría de esos haraganes viven de la pesca en las ciénagas de las cercanías. Los peces del bajo Magdalena son abundantes y exquisitos: generalmente son muy grandes, y entre otras varias especies, sobresale cierto bagro de largos mostachos que tiene un sabor muy fino y apetitoso.

Desde el dia siguiente al de mi llegada á Barranquilla, púseme en busca del vapor que debia conducirnos hácia el Sud, dando por fin en el muelle con la extravagante máquina llamada *Simon Bolivar*, en la cual decidimos embarcarnos. Luégo describiré ese singular armatoste.

De regreso del muelle pulverulento y fétido, hubimos de ver á unos pescadores acurrucados en el fondo de sus canoas y diónos el antojo de cazar unas garzas reales. El barquero empuñó la palanca, que es una especie de palo de virar muy corto, con el cual imprime movimiento á la canoa por detrás, miéntras su compañero cogia el canalete, que viene á ser un bichero, y hétenos ya lanzados á través de las lagunas. Algunos buenos disparos fueron el premio de esta excursion acuática. Pasamos junto á las islas flotantes verdes como la esmeralda, formadas de *Pistia stratiotes*, llamada allí lechuga de rio; y tuve ocasion de admirar

por primera vez las bellas inflorescencias del *Pontederia crassipes.* Sus redondeadas hojas sostenidas á flor de agua por hinchados peciolos de celdillas aéreas, rodeaban unas hermosísimas espigas de flores azules, con puntos amarillos en el centro, no siendo dable imaginar forma á la vez más bella y más insólita.

Hace á lo sumo unos veinticinco años que el rio Magdalena se halla abierto á la navegacion. En un principio esta constituia un monopolio; mas luégo se permitió la concurrencia. Las tres compañías, inglesa, americana y alemana, que en un principio exigian sesenta pesos



Un aguador en Barranquilla

fuertes por el pasaje desde Barranquilla á Honda, fueron rebajando sus tarifas hasta cuarenta y cinco; pero los tres competidores se iban arruinando, sin por eso decidirse ninguno de ellos á abandonar el campo, hasta que acabaron por hacer las paces, restableciendo los antiguos precios de sesenta pesos por pasaje. Los barcos son malos; pero hay algo peor y es su personal, y aún hay algo peor que el personal y es la *acomodacion* detestable, todo lo cual no obsta para que las compañías redondeen los más pingües negocios. Calcúlase que cada barco, en un viaje redondo de un mes—ida y vuelta—reporta unos ochenta mil francos á las empresas propietarias.

Nuestro capitan se llama Duncan y creo que procede de Cincinati que es donde se construyen los barcos de la compañía yankee. El abuso de las bebidas alcohólicas ha enronquecido su voz: «tiene la garganta seca y el carácter como la garganta,» decia Potier.

Las formalidades que preceden á la partida suelen ser interminables á bordo de esos malos paquebotes que no se aguantan sino en fuerza de la costumbre. Pero el nuestro es nuevo del todo, tanto que va á emprender su primer viaje. Por de pronto nos prometen el oro y el moro, gran rapidez en la travesía, servicio excelente: luégo hemos de verlo.

Resuena por fin un silbido estridente, la gran rueda trasera empieza á girar sobre su eje, flotan al aire las banderas de Colombia y de la Union Jack izadas en la popa; agítanse centenares de pañuelos, óyense multiplicados hurras... y ya estamos en marcha.

Para describir debidamente uno de esos vapores que surcan el rio Magdalena, requiérese una pluma muy experta. Su aspecto es lo más raro que pueda imaginarse. Esa gran máquina flotante con sus tres pisos todos abiertos, pintorreada de blanco y rojo ó blanco y azul, difiere esencialmente de todo lo conocido hasta aquí en punto á construcciones navales. Nada de obras vivas: toda la obra está en acastillaje: el fondo es plano como el de esas barcas fluviales llamadas bombos: cala tan sólo un metro ó un metro cincuenta centímetros, á fin de no encallar en las arenas del rio, y lleva en la parte trasera la única rueda, enorme, alta y casi tan ancha como el mismo barco.

La construccion es toda de madera al natural, liviana, llena de grietas y mal ensamblada: se conoce que todo fué hecho de prisa y corriendo y lo más barato posible. Estos armatostes que se fabrican en Cincinati á orillas del Ohio, parece como que digan lo que los yankees dirán para sí mismos, esto es, que *sus hermanos del Sud* con ello ya tienen bastante.

Ocupan la cubierta—iba á decir el piso bajo—las máquinas con sus grandes hogares, alimentados con leña, y sus enormes bielas: el espacio que queda libre se halla atestado de mercancías amontonadas en espantoso desórden y sin un mal parapeto que impida su caida en el agua, caso de sobrevenir una sacudida. Pero los temporales no son de temer en el Magdalena, cuya inmensa capa de agua apénas si aparece rizada por la brisa. Atravesamos la region llamada de *las colinas*.

Si se quiere tener una idea de la torre de Babel, no hay más que trasladarse sobre cubierta á la hora de la partida. Pasajeros, faquines con mundos y maletas á cuestas, negros é indios, cargadores del puerto, chocan y se empujan, atravesando en incesante movimiento las largas y flexibles tablas tendidas entre el barco y la orilla. Aquello es un chorro continuo de votos y ternos tan enérgicos como intraducibles. Y en tanto los dueños del vapor, llegados expresamente para acompañarle en su primer viaje, encomian la mercancía á todos los pasajeros.

—*First rate boat, señor,* —exclama uno de ellos—*first rate accomodation para todos.*

—*You never saw cosa semejante en su tierra de V.*

Esta ensalada de inglés y español tiende á probarnos que el nuevo buque no tiene rival, que es en su género la perfeccion misma, y que no hemos visto ni veremos nunca en Europa una cosa semejante. ¡Ya lo creo!

En cuanto al capitan Duncan, cuya voz ronca compite con el silbido de la máquina, espeta esta modesta frase:

—*Simon Bolivar* se llama el buque y por lo mismo ha de pasar por todas partes como su padrino.

Una escala de mano—la escalera de honor—conduce al piso primero destinado á los pasajeros de primera clase. Este departamento tiene sus pretensiones de elegancia. Hay en él una galería circular con balcon que da la vuelta al barco, circunscribiendo media docena de camarotes destinados á las señoras; y un salon de área triangular al aire libre en la parte delantera con varias columnitas dispuestas para colgar hamacas, punto de reunion de los pasajeros que quieren respirar la brisa, al remontar el rio.

Los camarotes, cuya temperatura no puede compararse más que con los hornos, sirven sólo durante la noche y reciben luz á través de una celosía que desde fuera permite ver todo el interior, de modo que las pobres señoras relegadas á sus retiros, están en la imposibilidad de resguardarse de las miradas indiscretas.

En la parte trasera está el comedor, formando un salon análogo al delantero: abierto como aquel y con idénticas columnitas, de dia se instalan en él las mesas de comer y por la noche sirve tambien de dormitorio.

—¡Aquí, la Francia!

Con este grito nos llama la voz placentera y bien conocida de M. Montbrun, uno de nuestros más amables compañeros de viaje de la *Ville de Saint Nazaire*. Se encamina á Bogotá en calidad de canciller de la legacion francesa, y más que un puesto diplomático, se diria que se dirige á tomar una fortaleza, armado como va de punta en blanco, con carabina rayada de bala forzada, revólveres de caballería, dagas y otras armas.... Es que no puede andarse con bromitas con los caimanes, ni mucho ménos con los jaguares.... Pero basta, que ya hablaremos de esto á su debido tiempo.

Juntos él y nosotros, procedemos á nuestra instalacion respectiva: ante todo es preciso hacerse con una hamaca, que nunca se ha dicho con más razon «dormirás segun te compongas la cama,» pues allí cada cual ha de ser criado de sí mismo, tenderse la estera si quiere dormir en catre y colocar el toldo ó mosquitero, especie de jaula de grosera muselina, suspendida por cuatro hebillas, cuyos cabos deben recogerse con el cuidado más exquisito. ¿Creereis libraros con esto de las picaduras de los mosquitos? Ya os lo dirán de misas. Apénas os habeis tendido dentro de ese toldo protector, á la luz de las estrellas, empezais á oir fieros zumbidos. Es el toque de ataque del enemigo que penetró en la fortaleza de gasa al mismo tiempo que vosotros y que durante toda la noche no cesa ni un instante de encarnizarse con su presa, clavándoos á porfía su aguijon de fuego. El dia siguiente al despertar—si es que habeis dormido—os encontrais con el rostro y todo el cuerpo abotagados y cubiertos de puntitos rubicundos.

Desde que raya el alba, es necesario saltar del lecho, si no de buen grado á la fuerza. De los perezosos se encarga el *stewart* ó primer camarero de á bordo, y si no logra su objeto á fuerza de sacudidas, apela á otros recursos más enérgicos. Luégo los catres son retirados y se ponen las mesas.

Es aquella la hora de las abluciones matinales, que se verifican por riguroso turno zambullendo la cabeza en la corriente amarillenta del rio, y secándose al aire, que esto es preferible á hacer uso de los asquerosos pingajos que os entregan con el nombre de paños de mano.

Luégo el citado *stewart* os invita fraternalmente á matar el gusano, ó como si dijéramos á tomar un sorbo de anisado. Este licor consiste simplemente en aguardiente de caña muy rebajado, con el aditamento de algunos granos de anís *(Anhethum fœniculum)*, planta que se cultiva al efecto en las comarcas más frias del país. Muy poderosas deben de ser las delicias que produce este brebaje á juzgar por el personal del servicio de á bordo, que por regla general anda beodo desde que amanece hasta la noche.

A las diez anuncian el almuerzo que se despacha en diez minutos. Los platos son numerosos y á cual más detestable. La *bisteca* más que con carne parece hecha con suelas de chanclos de goma. El solo aspecto de los guisos ya es infame. No hay uno que no nade en esa detestable salsa de color de azafran, aderezada con *achiote* y pimiento, pimiento y *achiote* que en lo sucesivo van á perseguirnos sin tregua ni descanso: esto y plátanos fritos bastante sabrosos, más plátanos cocidos, estos bastante acorchados, arroz, huesos de pollo, restos infaustos de unos volátiles que en vida por precision debian haber sufrido mucho; plátanos confitados en almíbar de melaza han de formar invariablemente nuestra refeccion durante toda la travesía. El vino se compra aparte; pero es agrio y cuesta un duro la botella. Los más listos se trajeron consigo una caja de Europa; pero ¡mucho ojo! que á las seducciones de los pasajeros que atisban la botella con una mirada que no tiene nada de platónica, hay que agregar el peligro de que el camarero os la escamotee distraidamente, por lo que, lo mejor que puede hacerse, despues de cada comida, es guardarla bajo llave dentro de la maleta.

II

Ojeada histórica y geográfica sobre la Colombia.— La vida en el rio Magdalena (continuacion).—Caimanes y buitres.—Una planta carnívora.—El tocado de Aristoloquias.—La Vara santa.—Un hombre al agua.—El bautismo en la línea.—Plantas nuevas y conocimientos viejos —Las Islitas, Naré.—Pasaje de la Angostura.—*¡Hurrah Colombia!*—Honda.

Antes de proseguir esta reseña sobre la vida que llevábamos en el rio Magdalena, relatando uno por uno los múltiples incidentes que la esmaltan, creo que será conveniente iniciar al lector benévolo, siquiera sea de un modo general y sumario, en la geografía é historia de los países que estamos recorriendo.

La Nueva Granada, conocida en el dia con el nombre de Estados Unidos de Colombia, se halla comprendida, á tenor de los documentos aducidos en otro tiempo por el gobierno español que así la comision corográfica, como D. José María Quijano tuvieron á la vista para establecer los límites oficiales, entre los 4° de latitud Sud y 12° de latitud Norte y los 68° 10′ y 85° 40′ longitud Oeste del meridiano de Paris. Ni el Ecuador ni el Brasil se conformaron más tarde con los indicados límites y de ahí las reivindicaciones sin fin que penden aún de acuerdo entre las tres potencias.

El territorio abarca aproximadamente una superficie de un millon doscientos mil kilómetros cuadrados, de los cuales únicamente unos trescientos mil están habitados en mayor ó menor grado. Hay que tener en cuenta que en Colombia los trabajos estadísticos están aún en mantillas. Resulta, sin embargo, de los datos aducidos recientemente por el doctor Galindo

de Bogotá, que en 1870 la poblacion se elevaba á dos millones ochocientos noventa mil seiscientos treinta y siete habitantes civilizados, á los cuales habia que agregar de dos á trescientos mil indios, que ocupan los territorios de Casanare, San Martin, Caqueta, Goajira y Darien.

Los últimos datos no son muy exactos, á causa de ser sumamente rudimentario el sistema de comprobacion que se sigue en este país.

Los habitantes sin excepcion proceden de tres razas: la blanca, la cobriza y la negra, íntimamente mezcladas y viviendo en la mejor armonía y buena inteligencia. La raza más numerosa es la cobriza: la negra se encuentra sólo en las provincias del litoral, y en cuanto á la blanca, siendo las más inferior en número, ejerce sobre las dos restantes su habitual preponderancia.

Limitan el territorio la república de Costa Rica, separada de él por el rio de las Culebras; el mar Pacífico, desde el seno del golfo Dulce hasta la desembocadura del Matajé; el Océano Atlántico, desde el rio de las Culebras á la laguna del Pájaro en el lago de Maracaibo y las repúblicas del Ecuador y Venezuela. Procuraremos precisar las indicadas fronteras cuando examinemos las provincias orientales y las distintas reinvidaciones de los Estados fronterizos sobre el territorio colombiano.

Colocada de esta suerte entre el mar de las Antillas y el Pacífico que tienen excelentes puertos en sus bahías profundas; limitada al Sud por el rio de las Amazonas y al Este por el Orinoco, que bien pueden ser considerados como dos grandes mares de agua dulce; surcada en todas direcciones por rios navegables y dividida por las mil ramificaciones que se desprenden de las cordilleras, en fértiles valles situados á todas las alturas posibles, Colombia no parece sino que ha recibido los mejores dones que puede otorgar la madre naturaleza á sus hijas predilectas. Su posicion no reconoce igual, pues á la vez que las regiones más calientes tiene mesetas altas donde se reproducen con exactitud las condiciones vitales de la Europa templada. Merced á esta inmensa variedad de climas, son inmensos los productos naturales de los tres reinos, propios para interesar al comercio y á la industria de casi todas las naciones del globo. La quinina, el cautchuc, el cacao, el café, la zarza-parrilla, el añil, el palo campeche, la cochinilla, el marfil vegetal y una cantidad indecible de maderas preciosas, gomas y resinas, se dán expontáneamente en aquel suelo privilegiado. Cultívanse además con notable provecho la caña dulce y el tabaco, el trigo, la cebada y los cereales en general: todos los frutos de las regiones cálidas y no pocos de las templadas. El ganado mayor y menor vaga con entera libertad por las extensas praderas sin exigir de sus dueños otro cuidado que el de capturar á las reses cuando quieren venderlas. Abundan en las montañas ricas minas de hulla, petróleo y asfalto, criaderos de sal gema y exquisitas aguas minerales. Todos los rios arrastran partículas auríferas. Los macizos montañosos encierran pingües venas de plata, platino, hierro, cobre, esmeralda, antimonio, azufre, estaño y otros minerales.

De estas riquezas algunas se explotan, si bien que las tentativas hechas hasta aquí no tienen gran importancia, quedando casi todo por ejecutar. El hombre no ha de hacer más que tomar posesion de un dominio tan opulento para enriquecerse con seguridad. Pero ¿acaso

el hombre sabe siempre tomar el partido mejor y más prudente para afianzar su felicidad y su reposo?

Colombia puede considerarse como dividida naturalmente en dos grandes regiones: la montañosa al Oeste, la de los llanos al Este. La primera tiene una superficie de cuatrocientos veinte mil kilómetros cuadrados. Su poblacion aunque poco densa se halla distribuida con bastante igualdad, pudiendo subdividirse geográficamente en siete regiones principales, á saber:

1.ª El valle del Magdalena que ocupa la parte central, comprendiendo tambien el del Cauca, afluente principal de aquel;

2.ª El valle del Patia, al Sud de la república;

3.ª El valle del Atrato sumamente húmedo y cubierto de selvas, formado por la bifurcacion de la Cordillera occidental;

4.ª El litoral del Oeste, cuyas aguas son tributarias del golfo de Panamá;

5.ª El litoral de Darien á ambos lados del golfo de este mismo nombre;

6.ª El valle del Rio-Hacha comprendido entre la Sierra Nevada y el ramal de los Andes que corre hácia la Goajira;

7.ª y última. La region del istmo de Panamá, cuyas aguas correspondientes á la vertiente norte desembocan en el Atlántico y las de la vertiente sud en el Pacífico.

La region llana, en el dia desierta ó habitada sólo por tribus salvajes y errabundas ocupa una superficie aproximada de setecientos ochenta mil kilómetros cuadrados, hallándose comprendida por un lado entre la Cordillera oriental, el Orinoco y el Casiquiare; y por el otro entre el rio de los Amazonas y los Andes de Venezuela que la protegen de los vientos del Norte. El rio Guaviare la divide en dos grandes regiones: la meridional que se inclina hácia el sudoeste y la septentrional cuyas aguas corren hácia el Este. Lo mismo la una que la otra cuentan un buen número de corrientes caudalosas que nacen en las montañas y corren paralelamente desaguando las unas en el rio de las Amazonas y las restantes en el Orinoco.

Sin embargo de que la altura de los llanos sobre el nivel del mar no es muy considerable, el calor que reina en ellos no es excesivo, merced á las brisas del Atlántico, á las corrientes de los rios y á las lluvias que refrescan constantemente la atmósfera; y á pesar de su reputacion de país de fiebres, sus condiciones higiénicas no son malas del todo. Si alguna vez se inundan las tierras más bajas, las aguas se retiran rápidamente: en el resto del país son corrientes siempre y las orillas de los rios aparecen cubiertas de una vegetacion espléndida.

Los habitantes de Nueva Granada son por lo general inteligentes, demuestran viveza de imaginacion y alguna fogosidad en sus pasiones; en cuanto á las razas indígenas, de ordinario muy pacíficas en toda la América del Sud, han mostrado aquí más de una vez ardor y audacia. Hasta hace unos sesenta años el país estuvo sometido al dominio de los españoles; mas una grave crísis social y política lo libertó de sus dominadores, poniéndole en posesion de un sistema democrático representativo, al cual no es fácil que se acostumbre, sin pasar ántes por las más profundas convulsiones siempre renacientes.

La historia de la Nueva Granada principia con el descubrimiento de América por Cristó-

bal Colon. El inmortal navegante en sus viajes tercero y cuarto visitó una parte de la costa norte de este país despues de haber visitado la de Venezuela, descubriendo el territorio de Veraguas. Despues de Colon, Ojeda y Amérigo Vespucio exploraron el litoral con más detencion. Al último se debe la primera carta geográfica de estas regiones; y á su regreso, los territorios del continente que Colon habia visto ántes que nadie, recibieron injustamente el nombre de América.

«Sic vos, non vobis, fertis aratra, boves.»

(VIRGILIO)

Rodrigo de Bastidas recorrió más tarte toda la costa desde Santa Marta y Cartagena hasta el golfo de Uraba. En 1508 el rey de España adjudicó á Ojeda el mando de todo el territorio comprendido entre la península de Guajira y el susodicho golfo, bajo el nombre de Nueva Andalucía, y Diego de Nicuesa se encargó del resto del país desde el indicado punto hasta el cabo de Gracias á Dios, designándolo con el nombre de Castillo de Oro. El citado Ojeda fundó en el Darien á cada uno de ambos lados del golfo las ciudades de San Sebastian y Darien, que habian de subsistir poco tiempo á pesar de haberlas erigido el rey en sedes episcopales. En 1513 Nuñez de Balboa partió de Darien, atravesó el istmo y descubrió el océano Pacífico. Sucedió á este hecho memorable el nombramiento de gobernador en la persona de D. Pedro Arias de Avila, hombre cruel y de malos sentimientos, que habiendo cobrado celos de Balboa le prendió y mandóle decapitar, fundando seguidamente (1518) la ciudad de Panamá, donde fué trasladada la sede episcopal.

Por otro lado se concedia autorizacion á Bastidas para conquistar toda la parte de la Nueva Andalucía situada al este del rio Magdalena, y en 29 de julio de 1525 colocaba la primera piedra de la ciudad de Santa Marta.

En 1532 el resto de la Nueva Andalucía era adjudicado á Pedro de Heredia, el cual desde el año siguiente empezaba la construccion de Cartagena.

Una expedicion á las órdenes del adelantado Lugo partió de Santa Marta en 1536 remontando el Magdalena. Figuraba entre sus jefes Gonzalo Jimenez de Quesada, el cual, despues de sobrellevar inauditos sufrimientos y dejando en el camino los dos tercios de sus gentes, acabó por conquistar todos los magníficos territorios del interior.

Simultáneamente, subyugado el Perú y el reino de Quito, Sebastian de Belalcázar al frente de un puñado de españoles se corria hácia el norte, dominaba los países de Pasto y Popayan, el valle del Cauca y el alto Magdalena, exploraba todas esas comarcas, echaba los cimientos de las ciudades de Calí y Popayan (1536) y llegaba por fin á Bogotá. Allí habia de encontrarse con Quesada el cual acababa de destronar á los Zipes y á los Zaques, reyes de Muequeta y de Hunza y además con Fredemann que á su vez, con no menores esfuerzos que Quesada, habia ido avanzando por el Este, desde el cabo de la Vela, situado en las costas venezolanas, hasta Bogotá. Al arribo de Belalcázar, Quesada creyó llegado el momento de levantar la ciudad de Santa Fé de Bogotá y de fundar otros muchos centros de poblacion con el ánimo de solidar su conquista.

Uno de sus tenientes, llamado Robledo, partió á su vez, explorando y subyugando el

territorio de Antioquía, en donde hubo de construir en breve la ciudad que lleva este nombre, en 1541. Pero algun tiempo despues se rebeló contra su jefe, pretendiendo arrogarse el poder supremo del país; mas Belalcázar salió en su persecucion, le declaró traidor y habiéndose apoderado de él, lo mandó decapitar en 1546. Apénas se enteró el monarca español de una ejecucion tan arbitraria, fulminó á su vez sentencia de muerte contra Belalcázar, el cual murió de tristeza en 1550.

Tampoco Quesada logró mejor fortuna, cual si todas sus crueldades para con los caudillos indígenas y las iniquidades de todas clases que cometió durante la conquista debieran tener providencial castigo. Cárlos V recompensó sus servicios con la mayor ingratitud, y enfermo de la lepra, permaneció Quesada algunos años sepultado en la ciudad de Mariquita llorando pasadas culpas, hasta que pereció en 1579, dejando escrita de su puño y letra la historia de sus conquistas, que ha llegado hasta nosotros.

Los países subyugados fueron erigidos en capitanía general en 1547 y á partir de 1718 en vireinato.

A últimos del siglo XVIII empezó la fermentacion contra el gobierno peninsular. En 1810, despues de no pocos excesos á cuál más violento y extremado, la Nueva Granada se declaró independiente del gobierno de la Metrópoli, entablando con ella una guerra encarnizada. Al propio tiempo estallaban sangrientas discordias intestinas por disentir los ciudadanos principales del país en punto á la organizacion política que debian dar á este. Pablo Morillo supo sacar partido de esas disensiones interiores para traer de nuevo al país bajo el dominio del rey de España. Dotado de un carácter pérfido y sanguinario, supo seducir al pueblo con la promesa de generosas amnistías; mas luégo hizo rodar la cabeza de los personajes que más se distinguian por su saber y por sus virtudes; encendió y fomentó los odios entre indígenas y peninsulares; exasperó en grado sumo á las poblaciones; adoptó contra ellas las medidas más atroces y acabó por no dejarles otro arbitrio que la independencia ó la muerte.

Los patriotas del vireinato lo propio que los de la capitanía general de Caracas buscaron un seguro en los llanos de Casanare y del Apuré, encendiendo de nuevo desde allí la lucha más despiadada, hasta que una serie repetida de ventajas, obligaron en 1820 al general español á concluir un armisticio con el general Bolívar. Con ello las hostilidades se regularizaron; se renunció por una y otra parte á los horrores de una guerra sin cuartel ni misericordia y asegurada al fin por la victoria de Boyaca, la existencia de la república de Colombia, ésta fué reconocida definitivamente en 7 de agosto de 1819.

En 1821 el Congreso nacional reunido en Rosario de Cocuta organizó solemnemente la República; pero á partir de 1830 estallaron nuevas discordias civiles. Dos años más tarde Venezuela se agregaba á Colombia, lo propio que el Ecuador, constituyéndose ambos países en naciones independientes.

Desde 1855 á 1858 la Nueva Granada se fraccionó si bien que pacíficamente, en varios Estados; pero desde 1860 á 1863, despues de una lucha más cruel y ruinosa si cabe que la sostenida con motivo de la independencia, el nombre de *Confederacion granadina* quedó sustituido por el de *Estados Unidos de Colombia.*

La division política de Colombia ántes de su estado actual hubo de pasar por muchas y diversas fases. Los instigadores de la declaracion de independencia aprovecharon la coyuntura de invadir las tropas napoleónicas la península ibérica, y reunieron sus fuerzas con las de Caracas y Quito en la necesidad de constituir un núcleo capaz de hacer cara á sus enemigos.

El país á la sazon estuvo dividido en cinco departamentos, á saber: el Istmo, Cauca, Magdalena, Boyaca y Cundinamarca, cuyas capitales fueron respectivamente Panamá, Popayan, Cartagena, Tunga y Bogotá.



El tocado de Aristolóquias

La union de estas colonias, como suele suceder con toda confederacion de pueblos distintos, duró lo que la necesidad que la habia engendrado, por lo que una vez lograda la independencia, tendieron á segregarse nuevamente. Y esto es natural, pues las causas de la disolucion que habian provocado la caida del vasto imperio español subsistian perennes en todo el cuerpo social. Por tanto cada reino, cada provincia ó cada canton, que se creyó con ánimos de subsistir por sí solo, aspiró desde luégo á formar nacionalidad aparte. De ahí que, desde 1830 á 1832 las tres secciones que habian sido ántes vireinato de Nueva Granada, capitanía general de Caracas y presidencia de Quito, se constituyeran en tres repúblicas distintas: Nueva Granada, Venezuela y Ecuador.

Desde entónces la Nueva Granada organizó el territorio de sus cinco departamentos en otras tantas provincias, subdividiéndolas á su vez en cantones, del modo siguiente:

Departamento del Istmo: Provincia de Veraguas, capital Santiago;—de Panamá, capital Panamá.

Departamento del Cauca: Provincia de Buenaventura, capital Iscuandé;—de Chocó, capitales Novita y Quibdo;—de Popayan, capital Popayan;—de Parto, capital Parto.

Departamento del Magdalena: Provincia de Cartagena, capital Cartagena;—de Santa Marta, capital Santa Marta;—de Rio-Hacha, capital Rio Hacha;—de Mompox, capital Mompox.

Departamento de Boyaca. Provincia de Casanare, capital Poré;—de Pamplona, capital Pamplona;—de Socorro, capital Socorro;—de Tunja, capital Tunja;—de Velez, capital Velez.

Departamento de Cundinamarca: Provincia de Antioquía, capital Medellin;—de Mariquita, capital Honda;—de Bogotá, capital Bogotá;—de Neiva, capital Neiva.

Esta organizacion subsistió por espacio de algunos años sin el menor trastorno; pero habíase creado con demasiada ligereza, para que todas las partes se avinieran á constituir un todo homogéneo y compacto, de suerte que por los años de 1832 á 1856, muchos de aquellos cantones fueron segregándose de sus provincias respectivas y se constituyeron en provincias nuevas, elevándose al cabo á treinta y seis el número de ellas.

En el espacio de algunos años y merced á sucesivas reformas legales, fué ampliándose paulatinamente el poder municipal de las indicadas provincias, hasta que en 1853 podia considerárselas como verdaderos Estados, con facultad de darse una constitucion interior propia, nombrar por sí mismas á todos sus funcionarios, establecer impuestos y dotarse de una legislacion administrativa especial.

Las causas determinantes de la segregacion de las tres repúblicas que formaban un solo país al proclamarse la independencia de Colombia, subsistieron desgraciadamente minando durante mucho tiempo el cuerpo social, de suerte que la tendencia de los partidos á la separacion no estuvo enfrenada más que por la carencia de medios para declararse independientes. Por tal motivo, en el espacio de tiempo que media desde 1855 á 1860, se erigieron uno tras otro nueve Estados federativos, agrupándose alrededor de un número determinado de provincias y adoptando el nombre de Estados soberanos. Todavía subsisten hoy; pero su actual union en una federacion central no es más que un vínculo baladí y liviano, bajo el régimen de la constitucion formulada en Rio Negro (1863).

En el dia, los nueve Estados de que se compone la Confederacion de Colombia, se hallan clasificados en esta forma:

Dos marítimos, sobre el Atlántico y el Pacífico: Panamá y Cauca.

Dos marítimos sobre el Atlántico tan sólo: Bolívar y Magdalena.

Tres mediterráneos, limítrofes con Venezuela: Santander, Boyaca y Cundinamarca.

Y dos en el centro: Antioquía y Tolima.

Para formarse una idea de la poblacion respectiva de esos diversos Estados, véase el siguiente cuadro:

Estados.	Capitales.	Poblacion respectiva.
—	—	—
Panamá.	Panamá.	133,000
Cauca.	Popayán.	500,000
Bolívar.	Cartagena.	230,000
Magdalena.	Santa Marta.	85,000
Santander.	Socorro.	468,000
Boyaca.	Tunja.	530,000
Cundinamarca.	Bogotá.	440,000
Antioquía.	Medellin.	369,000
Tolima.	Ibagué.	300,000

Tales son los principales lineamientos geográficos históricos y políticos del país que vamos á recorrer, estudiando al paso sus usos, costumbres y producciones (1).

Y ahora, sin más transiciones, reanudemos ya el interrumpido relato.

Si mal no recuerdo, dejamos á nuestros compañeros de viaje ocupados en su refeccion corporal á bordo del *Simon Bolívar*. Esta existencia semi-culta sobre el puente de un buque del Magdalena, ya que no otros encantos, tiene no poco de pintoresca. En el almuerzo no faltan nunca incidentes. El egoismo reina allí con toda su desnudez: cada comensal se precipita sobre el plato que encuentra más de su gusto, ó se le antoja más comestible, sin curarse poco ni mucho de su vecino. Los más fuertes y ágiles se llevan siempre la parte del leon... *tarde venientibus ossa.* El contenido de todas las fuentes se sirve en un mismo plato, pues estos no se cambian con grave escándalo de los Europeos. A veces al salir de Barranquilla traen á bordo un poco de manteca, que se derrite y se pone rancia ántes de las veinte y cuatro horas. Pero no importa: si la suerte os ha deparado la vecindad de algun hijo de Tierra caliente poco acostumbrado al lujo de la mantequilla, le vereis hundir gravemente su cuchara en ella y tragársela como sopa.

El *steward* es un tipo célebre. Su borrachera cuotidiana, como la de Federico Lemaitre, se trasmite á los ojos de los mozos y camareros puestos bajo sus órdenes á los cuales infunde verdadero pavor con una sola de sus soberbias miradas. Todos son negros, pertenecientes á ese tipo enclenque, de piernas endebles y barba puntiaguda que tanto abunda en Nueva Orleans. Van casi desnudos y es proverbial su desaseo.

—Muchacho, un cuchillo,—les decís.

—*All right, sir.*

Y nuestro hombre se adelanta con indolencia rascándose las piernas con el objeto que acabais de pedirle, y si os quejais, cual si quisiera limpiarlo se lo pasa por los pelos de la cabeza. Volved la espalda y le sorprendereis bebiendo de vuestro vaso, ó pecoreando los plátanos que ha de servir ó bien revolviendo las tajadas con sus inmundas manos. Contra tan asquerosos hábitos, no hay remedio posible: aquellos tunantes son incorregibles.

Con decir de las comidas que son la repeticion exacta de los almuerzos habrá bastante. Así nadie se queja de que esos festines se acaben pronto, pues creo que sólo tomamos parte en ellos por no morirnos de hambre.

Despues de comer los hombres van á fumar un cigarro al salon delantero. El buque avanza con lentitud por las sinuosidades del rio, cuya inmensa tabla blanquea en lontananza. Al declinar el dia, la temperatura varía entre veinte y ocho y treinta y dos grados.

En el piso de encima ó como si dijéramos sobre el primer puente por entre la jarcia, las cajas y la leña destinada á los hogares de la máquina, los *bogas* ó marineros preparan su comida y la despachan á su vez.

Cuatro albitanas que contienen un poco de tierra sustentan las tres piedras redondas que forman lo que se llamaba la *tulpa*, sobre la cual descansa la olla ó marmita.

(1) Gran parte de los datos estadísticos que preceden me los proporcionó en Popayan el Sr. D. S. Arboleda, hijo del ilustre poeta y capitan colombiano del propio apellido asesinado en 1860, en sus luchas contra Mosquera.

En el agua que esta contiene echan el *tasajo* (1) algunos plátanos verdes, maíz y á veces yucas. Completan la menestra algunos huesos medio mondados. Cuando el cocido tiene el punto, la jauría humana se precipita sobre la olla. Todos introducen en ella los dedos para atrapar una tajada, amén de llenar la *totuma* (calabaza) ó la concha de tortuga, y en breve se percibe un concierto de sorbos con acompañamiento de mandíbulas que machacan y de agudos dientes que roen y destrozan huesos.



El bautismo en la Línea

Mas ya que aún no hemos ido al piso superior, encaramémonos por la escalera de mano que ella nos conducirá á la plataforma forrada de carton charolado: allí arriba están emplazadas las cámaras del capitan y del piloto y la torre cuadrada del vigía.

El paisaje visto desde allí ofrece un aspecto de imponente grandeza. ¡Cuántas veces al declinar el dia he permanecido horas enteras arrellanado en un balancin de juncos, aspirando el aire que renueva el buque en su movimiento de avance, y contemplando estático las aguas tranquilas del rio orlado de bosques gigantescos! Los bejucos cubren los árboles formando tupidos cortinajes de verdura que caen sobre la corriente, y en las ramas se ven grandes iguanas (2) calentándose á los moribundos rayos del poniente. Enormes caimanes flotan inmóviles como leños por la superficie del ancho rio esperando las sobras ó inmundicias de á bordo,

(1) El tasajo consiste en carne de buey cortada á tiras de la osamenta de la res, secada luégo al sol y vendida á varas. Por lo general, cuando un hijo del país se pone en camino, compra el tasajo que considera necesario, arrollándolo en su baston de viaje.

(2) Especie de lagartos.

ó bien que algun hombre desprevenido se caiga al agua, ó que se deje zampar al paso.

Todos los rumores de á bordo se han ido extinguiendo sucesivamente: sólo el branque hiende en silencio la plateada superficie del Magdalena: el ambiente es abrasador: las chicharras, posadas en los árboles de la orilla, dejan oir su monótono acento de carraca: los *aluates* (monos chillones) regañan á lo léjos: los marineros descansan de las fatigas del dia modulando una *Habanera* ó un *Guarapo*, que son una especie de boleros colombianos, y luégo, en breves minutos y sin dejar crepúsculo, el sol se hunde detrás del bosque, anochece, el áncora cae, cesa todo rumor.

—¡Buenas noches!... A acostarse.

Desde que despunta el alba, el buque se apareja y en breve las orillas del Magdalena desfilan con rapidez. Vemos pasar sucesivamente Soledad, Sitio-nuevo y Remolino: hétenos ya ante Calamar, donde en otros tiempos los pasajeros del Atlántico, procedentes de Cartagena y Turbaco, se embarcaban para continuar su viaje por el rio. Se divisan en lontananza vastas praderas medio sumergidas, asaz uniformes, y á medida que se levanta el terreno se ve surgir una que otra cabaña rodeada de plátanos y cocoteros. En los espesos grupos de Micanias cubiertos de flores blancas, especie muy parecida á la planta que produce el famoso Guaco *(Mikania Guaco)* vence-tósigo de las serpientes, se ve un gran número de iguanas grises tomando el sol. Para probar la puntería y la bondad de nuestras armas, disparamos sobre algunas, y las vemos caer pesadamente sobre el rio.


La palmera de marfil

Luégo vamos pasando por delante de Barranca-nueva, Nerviti, San Agustin y Tenerife. En esta última estacion el calor es verdaderamente insoportable. Al bajar á tierra hundo el termómetro en la arena y este marca—*horresco referens*—cincuenta y tres grados centígrados. Y sin embargo, en este horno, donde se abren las deliciosas flores de la sonrosada vinca pervinca *(Vinca rosea)* se nos antoja organizar á las dos de la tarde una cacería por los setos requemados que rodean las cabañas de Tenerife. Las serpientes y la caza abundan en este paraje, tanto que á los tres cuartos de hora regreso á bordo trayendo varias palomas y cotorras, un halcon garrapatero y algunos

buitres urubús (Gallinazos), amén de un buen número de plantas á cual más interesante. Grandes mimosas, *Cereus* de unos siete á ocho metros de altura, la *Tillandsia uniflora* de hojas grises, menudas y como vermiculadas, un *Sophora* cuyas perfumadas flores blancas recuerdan las de nuestra *Robinia pseudo-acacia*, constituyen la vegetacion predominante en esta localidad de escociente memoria.

Sambrano, Tetón y Tacamocho son las últimas estaciones que se encuentran ántes de llegar al sitio donde el Magdalena se divide en dos brazos, apellidado el uno Brazo de Mompox y el otro de Magangué ó Brazo de Loba. Actualmente se pasa por el último que si bien alarga un tanto la ruta, en cambio tiene el lecho más profundo y por ende ménos obstruido de tascas arenosas.

En las orillas se ven numerosas manadas de caimanes. Al tenerlos á una distancia suficiente les mandamos un saludo con algunas balas cónicas. A los más les marramos, hacemos blanco en otros y matamos pocos; y aún así, hay que contar con que á los que se sienten heridos mortalmente les queda tiempo y espacio bastantes de llegar rastreando al rio y sumergirse para morir en el fondo. Solo despues, al cabo de una semana, el cadáver hinchado de gases reaparece y flota en la superficie. Es de verle entónces á merced de la corriente, tendido panza arriba y cubierto de voraces gallinazos que hunden con deleite sus horrendos picos en sus entrañas putrefactas. Espectáculo pintoresco al par que nauseabundo. El caiman aparece rodeado de plantas acuáticas y en su conjunto tiene un parecido muy grande con un gigantesco sollo circundado de perejil.

Al pasar por enfrente de un ribazo cortado á plomo por los derrumbamientos ví destacarse uno enorme á diez pasos de nosotros sobre una pequeña depresion del terreno. Estaba con la boca abierta de par en par tragándose los mosquitos incautos atraidos por las fétidas emanaciones que por ella despide. Hice una seña á Montbrun que era muy goloso de esta clase de *sport*, y un momento despues el monstruo recibia un certero balazo en una de las patas delanteras que le atravesaba el corazon. Cerró las quijadas con estrépito, brotó de la herida un chorro de sangre en sentido horizontal y murió instantáneamente.

A partir de la embocadura del Brazo de Loba los bancos de arena son muy temibles: por eso en tales parajes la sonda funciona sin descanso. Un hombre colocado en lo que podria llamarse la proa del buque—que cala como un pié de agua más que la popa á fin de proteger la rueda trasera — va trasmitiendo al capitan que se asoma ansioso sobre el empalletado, el resultado de sus tanteos hechos por medio de un bichero.— Cinco piés, seis, siete piés, ó bien: una braza, una braza larga... tales son las palabras que repite sin cesar. Un fondo menor de cinco piés es peligroso: con sólo cuatro piés de fondo, el barco encallaría. No puede expresarse la inquietud que se apodera de todos los viajeros apénas se nota que el fondo del rio va elevándose. Entónces es necesario retroceder y buscar un nuevo canal para pasar á toda costa. A veces el buque que encalla permanece en este estado semanas enteras esperando una crecida que lo levante á flote y le franquee el paso. Sé de uno que hubo de estar cuarenta y dos dias al pairo totalmente incomunicado con la orilla. Calcúlese qué sufrimientos y desazones no pasarian los viajeros en esta estacion forzada, medio devorados por los mos-

quitos, sin más víveres que salazon y galleta, ni otra bebida que el agua turbia y caliente del rio, en medio de una atmósfera de fuego y sin caberles siquiera el lenitivo de bañarse, á causa de los cocodrilos.

En las inmediaciones de Mompox (ó Mompos) y de Magangué crece una de las plantas más singulares de la América del Sud, la Aristoloquia, de hojas en forma de corazon *(Aristolochia cordiflora)*. Las descubrió el botánico Mutis, y el gran Humbold sintióse maravillado ante sus grandes proporciones y su hermosura. Como bejuco que es, trepa por los árboles, tapizándolos con su lustroso follaje y embelleciéndolos con sus flores de color pajizo chorreado de violeta, erizadas de unos pelos retorcidos hácia dentro. En la época de la fecundacion estas flores despiden un fuerte olor á carne podrida: entónces son muchos los insectos que husmeando una presa se deslizan hasta la cavidad más inferior, quedando así cogidos en esta especie de ratonera vegetal. Los insectos mueren al poco rato y no falta quien dice—la ciencia tiene tambien sus cosas chuscas — que entónces la flor devora y digiere su presa, ni más ni ménos que la araña que está en acecho de la mosca desde sus redes. Así, pues, la Aristoloquia de hojas de corazon está clasificada entre las plantas carnívoras, sobre las cuales tanto se ha dicho y escrito en estos últimos tiempos. Dícese tambien que es un antídoto eficaz contra la mordedura de la serpiente, y además sus flores sirven de tocado. Con no poca sorpresa vimos á los chiquillos de Mompox y Magangué triscando desnudos por la playa, cubierta la cabeza con un extraño gorro-frigio. Pues bien, este tocado no es más que la enorme flor de la Aristoloquia destinada á hacer entre ellos el mismo papel que el clásico gorro de algodon entre nuestros labriegos de Normandía.

A la altura de Sitionuevo, el Magdalena recibe por su márgen izquierda las aguas del Cauca, su principal afluente, y que al igual que aquel toma desde Antioquía el nombre de rio Moyana. La navegacion del bajo Cauca, es muy limitada, pues en las mesetas de las montañas de Antioquía hay chorreras que cierran la salida fácil hasta el Atlántico á los productos de aquellas fértiles vegas. Sólo algunos *boyas* ó barqueros se arriesgan á conducir su *champan*, embarcacion estrecha y prolongada, cubierta de hojas de palmera, rio abajo hasta Brazo de Loba.

Desde Blanco, pueblecito situado en la confluencia de ese brazo con el gran tronco del rio, el Magdalena, en una extension de ciento veinte kilómetros rio arriba, aparece cubierto de un dédalo de islas tan intrincado, que sólo el ojo experto del capitan y del piloto pueden discernir la vía que al vapor conviene. Las islas más vastas son las llamadas de Papayal, Morales y Balon. Al costearlas, y por efecto de la corriente del rio que va socavando sus orillas formadas de hermosa tierra negra de aluvion, más de una vez he visto enormes lienzos de bosque vacilar sobre su base, oscilar un instante y abismarse con estrépito formidable dentro del rio, que se traga árboles enteros. Abundan en esas soledades las manadas de pécares ó tajasúes que prefieren los sotos ménos espesos, así como los arenales aparecen cuajados de caimanes. Los hay que tienen seis metros de longitud, de modo que no he visto monstruos de esta especie de mayores dimensiones, que en esta parte de América.

En todas las estaciones salto en tierra para herborizar.

El capitan Duncán me indica de antemano el tiempo que se invertirá en el aprovisionamiento de leña y de esta suerte me es dable invertir una ó dos horas batiendo las espesuras vecinas. Calzado con botas altas, encasquetado el chapeo de paja de anchas alas, con la carabina al hombro y un largo baston en la mano me interno en la selva vírgen.

La primera vez que me arriesgué en esta sublime travesura iba ojo avizor, era todo orejas y apénas me atrevia á adelantar un paso.

—Señor, ¡mucho cuidado con las culebras! —me dijeron al ir á saltar del buque.

Iba, pues, registrando las malezas con la mayor circunspeccion, cuando á mis espaldas percibo un sonido gutural, hondo, el más extraño que pueda imaginarse y observo que las yerbas ondulan. Un salto atrás y un recio garrotazo á la ventura son obra de un instante. Responde al golpe un quejido indefinible y recojo triunfalmente un enorme ejemplar de la rana buey *(Rana mugiens)* que es mayor que la cabeza humana. De un solo golpe acabé con ella.

¡Cuánto botin conquistado en esas mis breves correrías! Ocos de plumaje negro y carúnculas anaranjadas, Penélopes de prolongado cuello, Espátulas, *(Spoon-bill ducks)*, grandes Garzas reales blancas y otras especies análogas abundan en los linderos del bosque más próximos al agua, y en los altos árboles pululan enjambres de Loros y parlanchinas Cotorras verdes, Tangaras amarillos, negros y azules, y Curucúes resplandecientes de rubíes y esmeraldas. Raro era el dia que no llenaba el zurron de ejemplares de todas estas especies, que mi Juan vaciaba, preparando las pieles con jabon arsenicado.

La vegetacion herbácea alcanza en esas tierras de aluvion una fuerza inaudita. Muchas veces he andado á través de verdaderas murallas de Escitamíneas *(Heliconia* y *Phrynium)*, cuyas gigantescas hojas en forma de remo formaban una bóveda sobre mi cabeza interceptando la luz del dia. La vegetacion que alcanzan estas plantas en nuestros invernáculos no puede dar una idea siquiera de las proporciones que tienen allí, viéndose tallos de más de diez metros de altura.

No ménos bellas son las Aroideas que rodean con sus inmensos festones el tronco de los árboles más altos encaramándose hasta la cúspide de sus copas. Un dia derribé á tiros una de esas plantas, un Filodendron de hojas palmatífidas, cuyo espádice cárdeno y cilíndrico y el limbo de un metro cincuenta centímetros de diámetro cayeron á mis piés con algun estrépito.

En Puerto Nacional, punto de donde parte el camino de Ocaña, hube de trabar relaciones con un terrible bichito sobre el cual no puedo ménos de llamar la atencion de cuantos me sucedan en la exploracion de estos parajes. Refiérome á la hormiga del Palo santo ó Vara santa (1) que por ambos nombres es conocido ese árbol perteneciente al género *Triplaris*, y al cual se le da la denominacion de santo por el terror respetuoso que inspira. Habíame acercado á uno de esos árboles para coger las florecillas blancas con espuela de un *Corynostylis* y cortar de paso una rama del mismo *Triplaris*, cuando de súbito sentí como si me agujerearan las manos con un hierro candente. Un dolor mucho más vivo é intenso que la picadura de la

(1) La hormiga en cuestion ha sido descrita por M. Weddell, en sus *Anales de las ciencias naturales* (Serie tercera, XIII, 263) bajo el nombre de *Myrmica triplarina*.

avispa me dejó como alelado por espacio de algunos minutos, y es que aquel veneno obra como los narcóticos estupefacientes. Vuelto en mí, busqué al insecto autor de tan imprevisto ataque y encontré una hormiga de color ferruginoso claro, y de cuerpo sumamente alargado. Este insecto perfora sus galerías en la médula de las ramas más tiernas, proveyéndolas de múltiples agujeros y á la menor sacudida que se imprime al tronco del árbol, se echa fuera de su escondite y se precipita sobre su enemigo.



Chozas y habitantes del bajo Magdalena

A medida que el lecho del Magdalena va estrechándose, el paisaje de sus orillas aparece ménos vago, más viviente que nunca. Puntos de parada: Santander, Luru y Paturia. En esta última estacion perdemos excelentes compañeros de viaje, tales como el señor de Paredes, su digna esposa y sus tres hermosísimas hijas, que deben tomar el camino de Piedecuesta, en donde se sepultarán nuevamente, despues de haber pasado un par de años en Europa. Al despedirnos con viva tristeza me dicen que sus pensamientos no podrán separarse un punto de Paris y sus placeres.

Vienen luégo Canaletas, San Pablo, la confluencia del rio Sogamozo, con sus espléndidos atavíos vegetales y por fin Barranca bermeja, cerca de cuyo punto el rio aparece cubierto de islas emboscadas entre ciénagas ó lagunas. La navegacion va siendo cada vez más monótona. Bajo un sol abrasador el buque remonta silencioso y lento la tranquila corriente del rio. El termómetro continúa marcando de veinte y ocho á treinta y dos grados centígrados á la som-

bra. Los mosquitos se muestran implacables. Llevamos ya diez largos dias de vida uniforme, ociosa y sin un objeto inmediato que nos interese. Los pasajeros se han ido dividiendo en grupos, y ya no tenemos de comun más que el aburrimiento. Tan sólo Juan y yo, propensos á observarlo todo y ocupados en preparar nuestras colecciones, en poner á secar nuestras plantas y en rellenar las aves que llevamos recogidas, lo pasamos ménos mal, y vemos trascurrir las horas y los dias con suma rapidez.

De vez en cuando uno que otro incidente viene á turbar la monotonía de esta prision flotante. Una mañana, miéntras me hallaba sobre el puente platicando con el general Rosas, á quien el gobierno habia llamado para enviarle á reprimir no sé qué disturbios ocurridos en el alto Magdalena, de súbito, todos los marineros lanzaron un grito angustioso. Dióse órden inmediatamente de *stoppar* (dar contra-vapor). Un hombre de la tripulacion acababa de caerse al rio.

—¡Animo, amigo! —gritábanle sus camaradas.

—¡Contra-vapor! mandaba el capitan.—Maldito será este paraje, nos dijo, pues en mi último viaje perdí precisamente aquí mismo á uno de mis mejores marineros, que fué devorado en presencia nuestra, por un caiman. Ya verán ustedes como á ese le va á pasar lo mismo. No obstante, haremos todo lo posible por salvarle.

Por espacio de un cuarto de hora seguimos con avidez los desesperados esfuerzos que hacia el infeliz temiendo á cada punto verle desaparecer entre las horribles quijadas de alguno de aquellos feroces animales. Mas por fortuna pudo ganar la orilla, sin más consecuencias que el susto consiguiente.

Poco ántes de llegar á Naré fuímos testigos de una extraña ceremonia, parodia del antiguo y tradicional bautismo de la línea. Cierto que lo único que faltaba allí era la línea; pero á dos grados al Norte del Ecuador no hay que andarse con primores.

Eran las cuatro de la tarde y el sol empezaba á declinar. Un marinero se colgó unas hopalandas de *clergyman*, traidas de no sé dónde y un sombrero de copa, á la moda de Bolívar, apabullado y perdida la color, sin duda en vista del papel que iban á hacerle jugar. El hombre en cuestion tomó con una mano un libraco de comercio, simulando la Biblia, miéntras con la otra empuñaba una tranca, se colgó en la nariz unos espejuelos enormes y se encaramó sobre un barril. —¡Aquí, muchacho!—gritó dirigiéndose á un negrito de la dotacion, el que se puso de hinojos, con las manos detrás del cuerpo. Todo el personal de á bordo formaba corro al rededor del negrito: cada marinero llevaba apercibida en la mano una cuba llena de agua. Cuanto á los pasajeros asomados á la galería de proa, dominábamos la escena perfectamente.

Empezó la ceremonia, demasiado burlesca, para ser descrita con todos sus detalles, y tras algunas preguntas zumbonas del bautizante, recitó éste una invocacion en ese tono gutural y nasal á un tiempo que suelen emplear los sacerdotes metodistas norte-americanos, acompañada de un sin fin de gestos é inflexiones estrambóticas. De súbito al grito de ¡Arriba! el neófito se levanta y al mismo tiempo que recibe á modo de admonicion suprema, un fuerte trancazo en las costillas, desaparece bajo la sábana de agua que forman treinta cubas vaciándose á un tiempo encima de él, entre una estentórea carcajada.

Repítese luégo la ceremonia con un segundo catecúmeno y hasta con un tercero, dando fin á la solemnidad un baldeo general. Los pasajeros en cierto modo tomamos parte tambien en la jarana, remojando ya que no el cuerpo, el gaznate de aquellos gañanes, de suerte que el aguardiente de caña circuló en abundancia, prolongándose el jaleo hasta altas horas de la noche. A los sones de la vihuela y el tiple (1) la tripulacion bailó con tal frenesí, que el jolgorio no tuvo fin sino cuando aquellos pobres diablos cayeron rendidos de cansancio ó vencidos por la borrachera.

Llegamos en tanto á la Angostura ó desfiladero de Naré, donde el Magdalena sumamente angosto, pasa por un estrecho canal. Soberbias se presentan desde allí las dos orillas enteramente revestidas de cañas de bambú que ostentan sus airosas cabelleras verticíleas de un color verde claro, y de un sin fin de graciosos bejucos, tales como Ipomeas, *Mucuna*, *Dalechampia*, etc., etc. Revolotean por allí verdaderas nubes de Cidimones, mariposas de alas verdi-negras, en torno de las Heliconias de formas nuevas las más variadas. Allí mismo tuve ocasion de coger una maravillosa Pasionaria de color escarlata (*Passiflora vitifolia* H. B. K.), un precioso «grumo» y algunas hojas de la *Acrocomia sclerocarpa* (?) palmera espinosa y elegante. Obstruyen las orillas del rio grandes montones de leños, troncos enormes que cayeron socavados por la corriente. En esas inextricables barreras abundan mucho las culebras, tanto que las veo escabullirse por entre el ramaje, sin darme tiempo de alcanzarlas. Cuéntanse entre ellas la serpiente *equis*, la de cascabel y la coral, las cuales, segun dicen, dan la muerte en pocos minutos; pero la verdad es que en presencia del hombre se escurren y á duras penas puedo capturar un ejemplar de la última especie para conservarlo en alcohol.

El oquedal se eleva, las sombras se hacen más y más impenetrables á los rayos solares, cuando de repente me encuentro en presencia de una de «mis hijas;» tal puede considerarse una planta que há dos años tuve ocasion de describir y dedicar á mi colega el sabio botánico de Florencia Filippo Parlatore. M. Linden la recibió viva y ambos tuvimos á bien bautizarla con el nombre de *Dieffenbachia Parlatorei*. Es la tal una admirable aroidea de hojas espesas, verdinegras y relucientes cual si estuvieran barnizadas. Contiene un veneno muy sutil y violento, y al romper su pedículo despide cierto olor á ácido prúsico nada tranquilizador. A la sombra del bosque, entre la penumbra, tiene un aspecto hermoso y extraño á la vez, y es grande el deleite que siento de poder contemplar á *mi* planta en su estacion natal.

No es esta, por lo demás, la única que encuentro allí de entre mis antiguas conocidas de los invernáculos de Europa. Ahijada mia es tambien la Aristoloquia de broquel. Flexible bejuco, enrosca sus guirnaldas en el tronco de los Cedrelos, tapizándolos con sus graciosas hojas cordiformes de un color verde ceniciento. En el bosque viejo sembrado de costillajes medio carcomidos, brotan unas flores grandes y blancas mosqueadas de rojo oscuro á cuya forma responde la denominacion que les dí. El hermoso Equites nerviado de rubí (*Echites rubrovenia*) y el Martinezia de Linden (*Martinezia Lindeni*) andan mezclados con las flores encarnadas de los Abutilones (Malvavisco de las Indias), con toda suerte de Bignoniáceas y con un sin fin de especies de palmeras.

(1) *Vihuela*, guitarra grande; *Tiple*, guitarra chica más generalizada en Colombia que la primera.

A mi regreso oigo un rumor, vuelvo la cabeza con rapidez y me quedo inmóvil contemplando al sér más bonito que pueda imaginarse.

Era un lagarto Basilisco *(Basiliscus)* de una forma para mí enteramente nueva. Tenia el cuerpo muy prolongado, la cola fina y triangular, la piel entre verde y parda con reflejos metálicos y las escamas imbricadas. Pero en vez de presentar la cabeza corta como todos los lagartos, la llevaba con gracia y orgullo sobre un cuello vertical como el de las aves llevándola además adornada con una cresta deshilachada y movible, colocada justamente detrás del cráneo como el penacho horizontal de las garzas reales. No puede darse una idea cabal de la elegancia de este animalito. Le descerrajé un tiro y cayó muerto á mis piés, llevándomelo á bordo ensangrentado, descolorido, totalmente desfigurado. Este ejemplar ha hecho ya su entrada en Europa dentro de un frasco de alcohol, siéndole asignado un sitio entre las colecciones más selectas del Museo.

En la embocadura del rio Naré, larga detencion. Remontando la corriente por espacio de veinte minutos se encuentran unos islotes conocidos por las Islitas, cerca de los cuales se ha formado una especie de puerto con unas estacas cubiertas de hojas de Escitamíneas, á cuya construccion se da el enfático nombre de bodega ó depósito de mercancías.

Parte de este punto el camino que conduce á la capital del Estado de Antioquía, Medellin, á donde se llega tras siete dias de marcha, á través de terrenos no del todo saneados. En la citada bodega algunos peones se ocupan en la descarga de las mercancías y en disponer los trasportes para el interior. Generalmente los pasajeros prescinden de visitar el pueblo de Naré, compuesto de unas cuantas docenas de chozas de barro, cubiertas con un techo de hojas de la palmera *Tagua* que produce el marfil vegetal *(Phytelephas macrocarpa)*. Sin embargo, este distrito tiene una poblacion de mil cincuenta y cuatro habitantes. El calor que allí reina es muy firme: á una elevacion de ciento sesenta y dos metros, la temperatura media anual excede de veinte y siete grados. Las condiciones sanitarias del país son deplorabilísimas: Naré es la sepultura de los viajeros, atribuyéndose esto á las aguas del rio, no obstante de ser muy límpidas y parecer muy sanas. En otro tiempo era Naré cabeza del distrito parroquial de la provincia de Mariquita y aún hoy es el primer puerto del Este de Antioquía. Con todo, esta cualidad influye poco al parecer en su desarrollo y en su riqueza.

En las Islitas tuve ocasion de recoger por primera vez semillas ya en sazon rodeadas de una linda arila escarlata, de una airosa palmera semi-enana que se distingue por la belleza y el tamaño de su follaje. Más tarde encontré esta misma especie en gran abundancia en el istmo de Panamá: llámase científicamente: *Elæis melanococca.*

Inmensos *Ficus* de cincuenta metros de altura hunden en aquel suelo profundo sus colosales raíces y muestran sus tramos retorcidos. Los Cásicos moñudos cuelgan en sus altas ramas las prolongadas bolsas de yerbas que les sirven de nido, cobrando el paisaje un aspecto por todo extremo pintoresco. El aire resuena á los chillidos de los loros y cotorras posados en las inmensas Ceibas *(Bombax Ceiba)* de la ribera, miéntras pasan volando á una altura respetable y siempre por parejas los grandes guacamayos de un color



El paso de la Angostura

rojo de fuego ó azul y amarillo. Los *Loranthus* parásitos suspenden en las ramas sus prolongadas cabelleras verdes; las Tillansias aparecen por do quiera, y por primera vez observo menudas Orquideas sobre los Caimitos *(Chrysophyllum Caimito)*. Desde que anochece empieza á oirse el diabólico concierto de los monos chillones *(Simia Belzebuth)*.

Por fin salimos de Naré. *Steam on*, grita el capitan, y hétenos ya nuevamente en el Magdalena saludando al paso al vapor *Confianza*, que al cruzar con nosotros nos da noticias de agua arriba. Desde aquí hasta Honda, término del viaje acuático, haremos ya pocas paradas. Las sinuosidades del rio van acusándose más y más á medida que avanzamos, los ribazos se elevan y la rapidez de la corriente aumenta. Vislumbramos ya las azuladas crestas de la cordillera antioquiana: ahí, en la orilla izquierda está Buenavista, allá el rio de la Miel pagando al Magdalena el tributo de sus aguas.

Las chozas de los habitantes que desfilan ante nosotros están formadas invariablemente con cuatro postes forrados de hojas de Heliconia, planta conocida en el país con el nombre de *Plátano macho*, y una empalizada de cañas de bambú partidas. No se conocen allí ni puertas ni ventanas. El ajuar de estas viviendas consiste en tres piedras para poner la olla al fuego, una ó dos hamacas tejidas con fibra de palmera, algunos anzuelos para pescar, una *bodoquera* (cerbatana) para matar pájaros, y alguna que otra vez, no siempre, un mal fusil de chispa, de siete francos y medio, fabricado en Lieja.

Guarecidos en esta vivienda el hombre, la mujer y los hijos viven en perpetua indolencia. Algunos árboles como Zapoteros (*Sapota Achras*), Manzanos canela *(Jambosa vulgaris)*, Arboles de pan *(Artocarpus incisa)*, Papayeros *(Carica papaya)*, Cocoteros *(Cocos nucifera)* les proporcionan fruta bastante con que nutrirse; y los tubérculos de la yuca (*Manihot utilissima*) y las batatas (*Convolvulus Batatas*) mezclados con escamochos de tasajo y á veces caza ó pescado completan su alimentacion cotidiana. Acá y acullá los piés de Cacaotero (*Theobroma Cacao*) rinden soberbias mazorcas de mucho precio: el más ínfimo platanal produce grandes cantidades de plátanos excelentes; el café crece por dó quiera; el naranjo no se despoja nunca de sus preciosos dorados frutos: de todos los árboles cuelgan enormes curgas ó calabazas silvestres, cuyas plantas crecen sin necesidad de cultivo, proporcionando materiales para la elaboracion de vasijas y tazas; y por último la caña dulce dura en este país un cuarto de siglo, sin necesidad de renovacion, y de cultivarse debidamente daria enormes rendimientos.

Pues bien, ese inmenso cúmulo de riquezas yace en el mayor abandono junto á los míseros moradores de estas comarcas fértiles, sanas y vírgenes, y la despoblacion de ellas sigue en rápido aumento. Los chicuelos mascan la tierra y arrastran desnudos un abdómen tristemente desfigurado (1); y en cuanto á los mayores, hombres y mujeres, esperan, por todo trabajo, el paso del vapor, para venderle algunos montones de leña cobrándolos en aguardiente, con el cual se embriagan sin cesar, hasta que llega otro buque, y apénas si se dignan recoger de vez en cuando algunos sacos de tagua ó marfil vegetal para comprar con su pro-

(1) La repugnante costumbre de comer tierra se llama *geofagia*.

ducto en venta los vestidos más indispensables para cubrirse. De cultivo ó industria no hay ni asomos. Y eso que nos encontramos en la vía más importante de la capital de Colombia, junto á una ruta fluvial de primer órden, recorrida de unos veinticinco años acá por buques de vapor, á una distancia de ménos de un mes de Europa, y en un valle que, segun cálculos fundados, bastaria á sostener una poblacion de cincuenta millones de habitantes!

Desde Guarumo á Conejo se estrecha aún más el cauce del rio. Junto á la Vuelta de la Madre de Dios, de donde parte el camino que conduce á Guaduas sobre el de Bogotá, las aguas han roto una gran península que ántes existia, cambiando la hidrografía de esta region. El rio acelera su curso, hasta el punto de alcanzar cinco millas por hora. De vez en cuando vénse pasar las balsas ó almadías que los bogas sueltan en Honda, dejándolas á merced de la corriente, una vez se han servido de ellas para el transporte de sus mercancías.

En tanto hemos salvado algunas chorreras bastante temibles; nos vamos aproximando á Honda; pero falta aún lo más difícil. Trátase en efecto de saber si el buque podrá franquear el último salto. Hasta aquí, de todas las embarcaciones de la compañía, únicamente el vapor *Confianza* con el cual nos cruzamos en Naré, ha llegado á remontar la terrible corriente que muestra ante nosotros un plano inclinado salpicado con la blanca espuma que surge al choque de las aguas con las rocas subyacentes. Ante este espectáculo figúrome encontrarme en el famoso pasaje de las Puertas de hierro sobre el Danubio.

Reúnese consejo y se acuerda tentar la aventura. Todo el mundo se congrega en la toldilla: en todos los rostros se refleja la mayor ansiedad. Avívase el fuego de las calderas, el vapor silba, la rueda gira con fuerza... Vanas esperanzas! La máquina se da por vencida, y en vez de avanzar retrocedemos.

Aquí sobreviene una escena curiosa. El ingeniero mecánico que es un hombre de mirada enérgica preséntase al capitan y le pregunta si es su parecer que se emprenda la retirada y echar el ancla. En este caso iremos hasta Honda en almadías.

—¡Jamás!—grita el capitan:—el barco debe pasar y yo no retrocedo nunca.

—Pero observe V., capitan, que corremos riesgo de volar.

—Pues bien, volaremos. Dos veces he volado ya y esta será la tercera! Ea, toma un traguito, y anda á cargar ciento ochenta libras sobre las válvulas.

La órden se ejecuta al pié de la letra, segun de ello pudimos convencernos Montbrun y yo que fuímos á ver las válvulas y regresamos horripilados á la toldilla. Los rostros de toda la dotacion están cárdenos. El buque recobra su arranque... y rebasa el primer límite. El vapor ronca furiosamente dentro de los cilindros y empieza á destilar bajo las válvulas; la rueda gira con frenesí y todo el armazon del buque trepida como un árbol sacudido por el huracan. Vamos avanzando, pero aún no hemos franqueado la fatal pendiente. Es más: en un instante perdemos algunos metros.

—Que se atenlas válvulas,—grita el salvaje yankee,—y volemos, si es preciso, *¡Go ahead!* Que no se diga jamás que el *Simon Bolívar* ha retrocedido.

Ejecútase esta última órden y el semblante de los pasajeros se vuelve lívido. El buque

parece replegarse sobre sí mismo como un tigre presto á saltar sobre su presa; la rueda levanta enormes masas de agua... Por fin hemos pasado!

¡Hurrah Columbia! Ízanse juntas en la proa las banderas de los Estados Unidos de Colombia y de la «Union Jack» y la dotacion se entrega á un bailoteo desordenado en medio de frenéticos bravos, acogidos con el mayor alborozo por todos los pasajeros.

Algunos minutos despues declinaba el dia y el *Simon Bolívar* anclaba en Caracolí, puerto de desembarque de Honda en donde hay la correspondiente bodega, siendo el punto de partida del camino que ha de conducirnos á la capital de Bogotá.

III.

Honda, la ciudad muerta.—Productos, flora y fauna del Estado del Magdalena.—Arrieros y guías.—Los exploradores.—En la Cordillera.—Las Cruces.—Guaduas.—El guarapo.—Villeta.—La Tierra fria.—Facatativá.—Una aventura en la Sabana de Bogotá.—Agricultura.—Fontibon.—Bogotá.

Honda (5° 11′ latitud norte) es una poblacion cuya fundacion se remonta á los primeros tiempos de la conquista. Los europeos atravesaron por primera vez el sitio que ocupa, cuando Quesada, Belalcázar y Fredemann se embarcaron en Guataquí para regresar á Europa. En 1643 se le daba ya el nombre de villa. Su vida ha dependido siempre del tráfico con Bogotá, siendo como es el depósito natural de esta última ciudad sobre el alto Magdalena. En los comienzos del presente siglo poseia un buen número de edificios interesantes; mas por su desgracia tiene la mala vecindad del volcan de Tolima, y en 1805 sufrió un gran terremoto que la dejó poco ménos que arruinada.

Capital de provincia primero, y más tarde cabeza de canton, ha acabado por perder tambien su última categoría, pues la poblacion que contiene el distrito no excede de unos tres mil habitantes. Sus viejas casas antiguas están transformadas en vastos depósitos ó almacenes, de propiedad de algunos ricos comerciantes, que acaparan todo el tráfico, reuniendo en sus manos la navegacion del Magdalena, cuyo monopolio ejercen por contrata. Ya veremos luégo las consecuencias que producen estos privilegios en el movimiento civilizador de la Colombia.

Honda está situada á doscientos diez metros de altura sobre el nivel del mar: su temperatura media anual es de 29° 5. Estrechada dentro de un circuito de montañas cerrado por todos lados, no conoce brisas que refresquen su abrasada atmósfera, y esto no obstante, no son malas del todo las condiciones higiénicas de la localidad.

Esta se levanta junto á la confluencia del rio Gualí que desciende de la cordillera central, el cual se franquea por medio de dos puentes, el uno de hierro y recien construido, y de madera el otro. El Gualí más bien que un rio es un torrente. Su lecho cubierto de enormes cantos rodados aparecia seco ó poco ménos el dia 13 de diciembre (estacion de verano). En la Quebrada Seca que desemboca por allí, se encuentra asfalto en abundancia, y en las rocas de la mesa de Palacio, sulfato de magnesia.

Los buques de vapor recalan en la bodega de Bogotá, emplazada en la orilla derecha del

rio á dos kilómetros de Honda, por la imposibilidad material de franquear la chorrera conocida por «salto de Honda,» asequible únicamente á las canoas provistas de palanca y canaleta. En frente de la bodega, en la opuesta orilla se halla Caracolí, que tambien tiene un almacen de donde parte un camino lleno de polvo, que conduce á la villa salvando una colina á través de pastos y matorrales raquíticos y tostados. Me fuí á Caracolí al objeto de hacer entrega de las cartas de recomendacion que traia para los señores Vengoechea, que son los primeros comerciantes del lugar; y el triste aspecto de las calles y de las casas, no pudo



En el camino de Honda á Bogotá

ménos que impresionar mi ánimo desagradablemente. Desde que se dan los primeros pasos en esta poblacion muerta, cuya industria consiste exclusivamente en el almacenaje de productos de la region circunvecina, como tabacos de Ambalema destinados al exterior y mercancías diversas importadas de Europa, se echa de ver la imposibilidad de restituirle la vida y la actividad que tuvo en otros tiempos, cuando era el primer centro del tráfico de Quito al Atlántico por el Magdalena. Las casas son de piedra con tejado, y muchas de las que dominan la orilla derecha del Gualí muestran murallas y contrafuertes dignos de una ciudadela, señal evidente de que aquel sitio fué en otros tiempos poderoso baluarte de los conquistadores. Hoy la yerba crece en las calles, por las cuales apénas si se ve uno que otro transeunte, andando silencioso bajo un cielo candente.

La mayor parte del comercio de Honda se hace fuera de la poblacion, es decir en Cara-

de cuero ó piel de cabra, *zamarros* y espuelas los largos espolones provistos en su extremo de rosetas de hierro ó cobre.

Al salir de la bodega de Bogotá se remonta el curso del Magdalena (orilla derecha) por un buen camino, hasta Bodeguitas ó Pescadería, enfrente de Honda. A partir de allí el camino tuerce hácia el Este y empieza la ascension á través de los asperones, esquistos y arcillas de la Cordillera. Pagado el peaje (un real y medio por bestia), el convoy se interna en un estrecho sendero, franqueando las cimas y descendiendo al fondo de los barrancos. La caravana al principio no va mal: el aire sutil de la montaña ha despejado á los muleteros que entregan á los ecos su gutural y prolongado *o-o hi-sé* modulado á guisa de un final de bolero, ó como un grito de esos que resuenan en las calles de Paris. Las pendientes más rápidas se salvan por medio de escalones abiertos en la peña, y da gusto ver á las mulas bajarlos sin dar un traspiés. Si la pendiente se compone de arcilla resbaladiza, el inteligente animal repliega la grupa, acopla sus cuatro remos y se desliza con su carga hasta el final de la rampa. Una tal maniobra produce al principio cierta emocion; mas luégo el jinete se acostumbra á ella.

Desde el fondo de la primera quebrada vemos blanquear el rio Seco que corre de Norte á Sud ántes de desaguar en el Magdalena. Es este rio primo hermano del famoso Manzanares madrileño, cuyo lecho, segun dicen, debe regarse para matar el polvo.

El camino está cortado en la vertiente de unas montañas compuestas de gres entremezclado con cantos rodados y conglomerados de almendrilla, sin contar con algunos yacimientos de arcillas sumamente coloradas muy peligrosas por lo resbaladizas. La vegetacion de las regiones calientes empieza á ceder á la de las templadas, de modo que van apareciendo araliáceas, ipomeas, alguna que otra orquídea, lauríneas y artocárpeas, como el *Morus tinctoria* y un lindo *Scutellaria*, cubierto de espigas de flores de un color muy vivo entre escarlata y anaranjado.

Por el camino nos cruzamos con mujeres infelices que llevan enormes fardos á cuestas y muestran repugnantes paperas; y al poco rato encontramos míseras cabañas cubiertas de hojas de heliconia, haciendo las veces de tiendas, en las cuales los pobres transeuntes no hallan más que pan de maíz y aguardiente.

El más confortable de entre todos esos establecimientos rudimentativos se apellida «Las Cruces.» Una moza de unos veinte abriles, robusta y nada fea, rodeada de chicuelos sonrosados, sale á recibirnos á la puerta, con la sonrisa en los labios. En una *Cresentia* que da sombra á la puerta, cojo una orquidea que no habia visto más que en los invernáculos: una *Burlingtonia* de flores blancas.

Antes de llegar á Guaduas — no sin vadear aquellos torrentes en que no hay puentes bamboleantes, formados por dos troncos cubiertos de faginas y de tierra,— es preciso atravesar el *Alto del Sargento*, sitio pintoresco si los hay, desde donde la vista se dilata contemplando un gran monton de alturas que se elevan gradualmente, hasta la llanura de Bogotá, miéntras por el Oeste se divisa el Magdalena que despliega su curso semejante á una inmensa serpiente de plata. Nuestros recuerdos más cariñosos por un momento se unen con las

aguas de este rio que al encaminarse hácia el Atlántico los acercan á nuestra querida patria.

A esa altura de mil cuatrocientos metros la temperatura es deliciosísima: el termómetro oscila poco entre los veinte grados centígrados. Allí, en uno de los afluentes del rio de Guaduas, tomamos el primer baño de agua viva de la Cordillera. A la sombra de los altos árboles que tamizaban suavemente la luz solar envolviendo con velo transparente las matas de las orillas, nos zambullimos con delirio en un delicioso arroyo, cuyo fondo era formado de arena fina. Nada teníamos que temer, ni las insolaciones, ni los caimanes. Las cotorras y tangaras posadas en las ramas, coqueteaban sobre nuestras cabezas, miéntras sacudian el aire con un vuelo lento y vacilante grandes enjambres de mariposas Heliconias negras y encarnadas y uno que otro ejemplar del gran Morfo-Menelao, de color de cobalto. Entre el césped sobresalian por centenares los espatos blancos y sonrosados del *Anthurium Lindigii* destacándose por encima de su follaje reluciente como caracoles nacarados. Sobre la arena plateada que formaba el fondo de aquella bañera natural, divisábamos á través de las linfas cristalinas, bandadas de menudos peces que jugueteaban sin temor á nuestra presencia; y por fin, una nube de insectos zumbaban alrededor sin por eso turbar la imponente calma de aquella naturaleza vírgen, de la cual gozábamos á nuestras anchas por primera vez. ¡Horas placenteras, gratas sensaciones de libertad omnímoda en medio de un bosque primitivo, en las cuales el hombre se halla enteramente solo frente á frente del *alma parens*, ay no he de gozaros ya más, sino con el recuerdo!

Al bajar del Alto del Sargento se nos vino de repente la noche encima. No hay un viajero que al salir de Europa ignore que en las regiones ecuatoriales los dias y las noches tienen doce horas cabales, y no obstante la súbita desaparicion de la luz á las seis de la tarde, es cosa que sorprende siempre. El camino era cuando no rocalloso muy resbaladizo, á causa de las arcillas y á eso y á la oscuridad que nos envolvia, debíase que las mulas tropezaran á cada paso. Andábamos silenciosos y sólo de vez en cuando, el grito de un arriero fatigado turbaba el sepulcral silencio.

Serian las ocho de la noche cuando llegábamos á las primeras casas de Guaduas sumidas en la oscuridad más profunda. Todas las puertas estaban cerradas, no se veia una sola luz y hubimos de recorrer varias calles á la ventura, sin dar con un albergue. Por fin, un indígena nos enseñó no un meson — fijaos bien en la diferencia, — sino una *casa de asistencia*. El ama de la casa se asomó al ventrudo mirador con barrotes de palo, que daba á la plaza, á entablar parlamento ántes de franquearnos la entrada. Sólo despues de un buen cuarto de hora de explicaciones, fuímos admitidos á comer y dormir. Dos horas más se invirtieron en recabar una mala sopa de carne de carnero con patatas y en tendernos luégo sobre un cuero de buey sostenido por cuatro estacas.

Despues de una noche de chinches y de insomnio, nos levantamos con todo el cuerpo magullado, y miéntras se reorganiza la caravana, salgo yo á la descubierta.

Guaduas es una villachuela que no tiene más allá de unos diez mil habitantes, inclusos los de todo su distrito y está situada á novecientos ochenta y un metros de altura, segun



Iglesia y plaza de Facatativá

mis observaciones, que difieren un tanto de las que han hecho los viajeros que me han precedido (1).

Su temperatura es sumamente apacible: yo la encontré de veinte y cuatro grados centígrados. La poblacion debe su nombre á los bambúes *(guaduas* en el país) que en otro tiempo la rodeaban, formando un espeso bosque y que hoy quedan reducidos á simples matas aisladas, junto á todas las corrientes que cruzan aquel delicioso valle.

La fundacion de Guaduas bastante remota, segun se supone, se atribuye á un fraile recoleto que en 1614 estableció allí un convento bajo la advocacion de San Pedro de Alcántara. En 1696, la poblacion era erigida en parroquia.

Una de las primeras curiosidades de Guaduas es la cárcel.—*Casa de reclusion,*—establecida en las viejas edificaciones del citado convento. Los presos, sujetos á una excelente disciplina, se dedican á labrar cigarros y las cajas que han de contenerlos. Entre los medios de correccion allí empleados, se cuenta uno por todo extremo original, consistente en encerrar por más ó ménos tiempo á todo el que delinque en el *ataud público* ó séase en una caja de madera, en la cual, segun costumbre de todo el país, se colocan los cadáveres para conducirlos á la iglesia y de allí al cementerio. Creo inútil consignar que esta lúgubre penitencia inspira un terror invencible á los presos recalcitrantes.

En Guaduas fué donde vivió el padre del célebre Joaquin Acosta, historiador y geógrafo de Nueva Granada, cuyos trabajos áun en el dia son muy estimados. Su *Semanario de la Nueva Granada* forma un excelente compendio de observaciones científicas sumamente variadas; y las relaciones que estableció Acosta entre su país y la Francia, durante su estancia en Paris como ministro, revelan en él un hábil diplomático y un hombre de bien. En el cementerio de Guaduas existe la *bóveda* donde descansan los despojos mortales de Acosta.

En las rocas de las cercanías de Guaduas está indicada la existencia de aguas termales, de una veta de hulla y de otros diversos productos mineralógicos.

El camino de Villeta se dirige hácia el Sudoeste. En la cumbre de la primera cuesta—*alto del Raizal*—mi barómetro marca seiscientos veinte y tres milímetros, y poco después, en el *alto del Trigo*, alcanzamos una altura de mil ochocientos setenta y dos metros. Al pié de un taller mecánico de aserrar, establecido en esta region fria, he tenido la dicha de encontrar el fresal de nuestros Alpes (*Fragaria vesta*). Formaba una verdadera alfombra salpicada de flores blancas y purpúreos frutos tan sabrosos como aromáticos, que ordinariamente se expenden en el mercado de Bogotá. Aquella especie es la nuestra de Europa, digan lo que quieran otros viajeros que han recorrido la Nueva Granada, uno de los cuales no encontró esta planta más que una vez, y áun creyó que constituia una especie nueva. Por aquellas inmediaciones existe la hacienda del Palmar donde en 1843 se hospedó el botánico Hartweg, el cual hizo ricas colecciones de plantas secas que fueron descritas en Lóndres por M. G. Bentham, bajo el título de *Plantæ Hartwegianæ*. En el propio *alto* crece el *Odontoglossum epidendroides* de Lindley, de periantos de color amarillo, rosa y blanco.

(1) Codozzi dice que tiene mil veinte y seis metros.

Continuamos subiendo á través de unas rocas esquistosas hojeadas, azuladas y bituminosas que revelan á las claras la existencia de yacimientos de hulla sobre el camino mismo. No puede estar muy léjos el precioso combustible; pero allí dormirá hasta el dia—quizás lejano—en que la civilizacion vaya á buscarlo para alimento de las locomotoras y de los altos hornos de fundicion que se establezcan en aquellos andurriales.

Cerca de Cuné (ó Cuni) nos desayunamos—sin apearnos—con una tablita de chocolate, y un panecillo que tenia algunos granos de comino (*Cominum Cyminum*), condimento que en este país entra en todos los guisos y que es el horror de los europeos. Llegan al punto de meterlo hasta en las salchichas, como hacen los alemanes con su *professorswurst*.

—¿Qué vamos á beber?—pregunta uno de los que iban con nosotros.—Esto no es un alimento sino un combustible. Tengo abrasado el gaznate.

Por fortuna hay una venta á la vista que no es más que una tienda por el estilo de las descritas, cubierta de hojas de palmera.

—Casera, ¿tiene V. *guarapo?*—pregunta un arriero.

—Quién sabe,—responde ella.

Y la tal casera se aproxima á nosotros, llevando un gran tarro hecho de bambú y vacia su contenido en una *totuma* (1). El aspecto amarillento y turbio de aquella bebida refrigerante repugna á la vista; mas una vez probada es muy grata al paladar. La calabaza que pasa de mano en mano, contiene dos ó tres litros de guarapo y no cuesta más allá de un *cuartillo* ó á lo sumo un *medio*. (De doce céntimos y medio á veinte y cinco céntimos.)

El guarapo se hace con *panela* ó azúcar moreno puesto á fermentar en agua dentro de una gran tinaja. La maceracion se verifica en dos ó tres dias y se obtiene un licor azucarado, algun tanto acídulo y refrescante. Si se agrega á la mezcla alguna de esas naranjas agrias tan sumamente aromáticas, de corteza verde y fina que encontré en estado espontáneo (ó sub-espontáneo) en el Cauca, se obtiene una limonada deliciosa. Al guarapo reciente se le llama dulce: en estado perfecto, tal como se consume ordinariamente, se le llama regular.

—Está regular, señor,—dice la señora refiriéndose al que acaba de servirnos.

Y cuando la fermentacion alcohólica se halla ya muy adelantada, entónces toma el nombre de *bravo*. Así es como lo prefieren los arrieros y la gente del bronce, propensa á la embriaguez.

A medida que avanzamos las pendientes se acentúan más y más, de modo que el ángulo formado por el lomo de las mulas y el horizonte varía entre veinte y cinco y treinta y cinco grados. Andamos en línea recta, en atencion á ser esta la más corta entre dos puntos, franqueando curvas y cañadas. Cualquier europeo provisto como está de medios materiales, hubiera buscado los mejores niveles, hubiera terraplenado las profundidades, rebajado las altu, ras, conservado la calzada, tendido puentes y engravado los baches; el granadino, en cambio, nada de esto ha hecho. La sangre azul no puede degenerar (2). La altivez de un hidalgo no

(1) Hállase formada la *totuma* con una mitad hueca de la cáscara del *Crescentia Cujete* (Totumo), árbol muy comun en todas las regiones cálidas de la América española.

(2) En Colombia se dice que tiene *sangre azul* todo habitante de pura sangre española ó que pretende tenerla.

se aviene á allanar tales obstáculos, si ha de ajar y endurecer sus manos finas y blancas.—La tierra está muy baja—díjome un dia un colombiano de cuyo nombre no quiero acordarme.—Antes que pagar tributo á cualquier ocupacion manual prefiero cabalgar por los precipicics, saltar de peña en peña, atascarme en los lodazales y pantanos, pasar por puentes vacilantes ó vadear los torrentes desbordados ó esperar tranquilo que las aguas recobren su nivel natural; prefiero, en una palabra, reventar el caballo y hasta desnucarme yo mismo, si conviene.

Al pié del alto del Petaquero nos cruzamos con un expedicionario inglés que conducia cajas de plantas, destinadas á su país. Era el tal M. Carder, recolector de plantas, cuyas huellas encontraremos más tarde entre los bosques de palmeras de Quindio, en circunstancias bastante extrañas.

Al llegar á lo alto de una rápida pendiente, divisamos Villeta, situada en medio de un valle risueño á ochocientos treinta y nueve metros sobre el nivel del mar. Grandes cañaverales destinados á la destilacion de azúcar y á la fabricacion de melaza, llamada miel (1) en el país, ocupan una buena parte del llano. El orígen de esta villa, cuya poblacion no excede de cinco mil habitantes, se remonta á los primitivos conquistadores, los cuales la fundaron en 1558 sobre el antiguo territorio de los Indios Panches, haciéndola servir de punto de descanso en sus viajes á las regiones del Magdalena. Existen en los alrededores de esta villa criaderos de oro, hierro y cobre apénas explotados: además se nota una hermosa cascada y aguas termales.

En los sotos más cercanos, se mezcla al *Bocconia frutescens*, el gran Datura llamado aquí *borrachero (Datura arborea)*. Un lindísimo pájaro-mosca, el colibrí porta-espada *(Ornismya ensifera)*, se nutre con el licor azucarado que segrega la base del cáliz de esas grandes flores blancas, cuyos nectarios picotea con delicia.

En la orilla del camino crece abundante una planta hermosísima, por mí en otro tiempo cultivada, designada y descrita, el *Solanum galeatum* ó yerba mora, de flores en forma de casco (2), hojas reticuladas y purpúreas y gruesas bayas amarillas comestibles.

Al paso descubrimos, cogemos y sepultamos en el receptáculo de zinc, desde donde han de pasar á su correspondiente herbario, algunas fucsias y salvias, peregrinas del género *Bomarea*, grandes árboles de eritrinas al rededor de los cafetales *(Erythrina corallodendron)*, los ámplios parasoles de hojas palmeadas de los araliáceos *(Oreopanax)*, graciosas orquídeas del género *Oncidium* y un sinnúmero de begonias.

Desde Villeta se sigue durante algun tiempo la orilla del rio Negro que se une al Magdalena más allá de Buenavista. Pasado el puente de Guama se puede sortear—ó bien atravesar—el lugar de Guayabal, llegar á Chimbé, Escobal ó Agualarga y subir desde aquí y ya sin interrupcion alguna á la llanura alta de Bogotá, que domina la cumbre del Aserradero.

Vamos á entrar por primera vez en la region fria. Harto lo designan las brumas glaciales que penetran á través de las ropas y de la piel, y dan frio á los huesos.

El paisaje aparece velado por vapores grises y la vegetacion parece como que tirita.

(1) La miel comun se llama en Colombia *miel de abejas*. La melaza que se obtiene con la fabricacion de azúcar toma el nombre de *miel de purga;* el jarabe espeso resultante de la misma se llama *almíbar* y *melado* la mezcla de estas tres sustancias.

(2) Véase *Revue horticole*, 1862, p. 333. *Solanum galeatum*. Ed. André.

Cuelgan de lo alto de los árboles largas cabelleras blancas y grises flotando al soplo de la brisa, cual suaves penachos. Proceden de una bromeliácea minúscula, la *Tillandsia usneoides*, conocida en el país por barba de palo. La tierra fria se revela además con sus vegetales achaparrados y arbustiformes. Predominan allí las ericáceas: Pernétias de blancos cascabeles, Tibaudias de tubos encerrados y Macleanias de hojas de color de rosa asalmonado. Las ramas del *Gaultheria Bogotensis* aparecen cubiertas de campanillas coloradas y bayas azules. Las salvias y las fucsias mézclanse con una liliácea azulada, cuyas hojas tienen mucho parecido con las de nuestros lirios. Las plantas herbáceas á manera de césped florido abundan por do quiera. Por encima de ellas una gran Seneciónida, enteramente roja, destaca su tallo, sus hojas y sus flores. Los campesinos suelen llevarla al mercado de Bogotá, donde la expenden como vulnerario, bajo el nombre de árnica. El carácter de esta vegetacion es tan particular que en nada absolutamente se parece á la de nuestras regiones templadas, revelando la transicion entre la zona semi-fria y la de los desiertos helados que preceden á las nieves, llamadas páramos.

Franqueamos por fin la última barrera que nos separa de la planicie de Bogotá: hemos llegado á Facatativá, á dos mil seiscientos treinta metros sobre el nivel del mar.

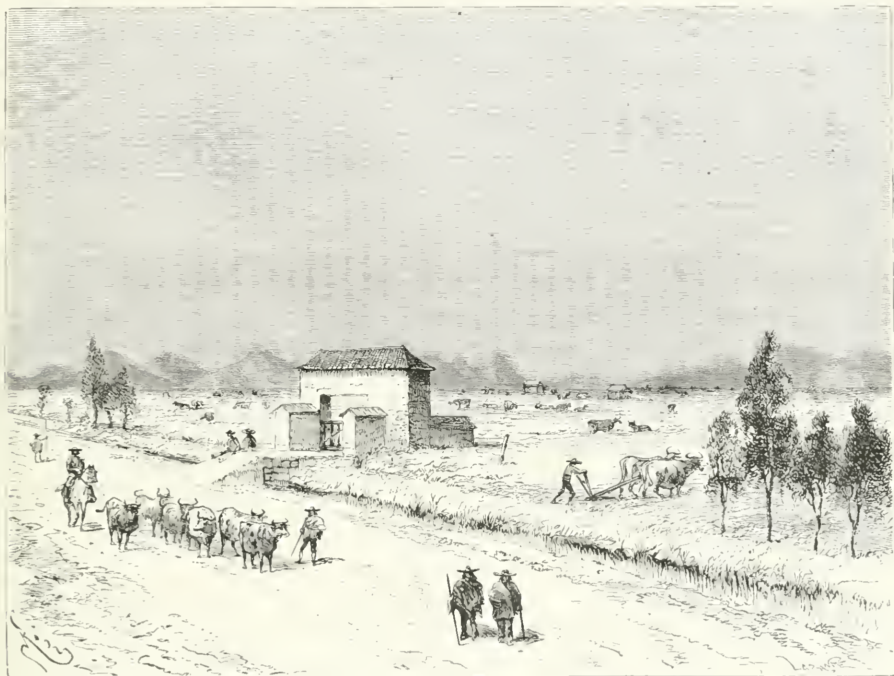
Ante nosotros se despliega una llanura inmensa. Al Este las cumbres de Montserrate y Guadalupe, dominan la capital y cierran el horizonte á nueve leguas de distancia: y al Norte y al Sud un vasto circo de alturas rodea esta superficie, en otro tiempo ocupada por un extenso lago subandino. Esta extensísima cuenca, enteramente llana como la Beauce, de una superficie de noventa mil hectáreas, tapizada de mieses y de pastos y situada casi á la misma altura que el pico del *Midi*, en los Pirineos, produce en el ánimo profunda sorpresa En un principio se hace sumamente difícil hacerse con la idea de que una ascension vertical de dos ó tres kilómetros haya podido conducirnos á una llanura tan vasta.

Facatativá que es por el Oeste la llave de esta dilatada extension de terreno, llamado aquí la *Sábana*, forma una poblacion de unos cinco mil habitantes, y está rodeada de praderas por las cuales serpentea el riachuelo del mismo nombre. Los antiguos indios Cipas habian levantado sobre una cumbre vecina una fortaleza, de la cual no queda otro vestigio que algunos jeroglíficos pintados sobre la peña. Además, en los bloques de gres, léense claramente las antiguas huellas de las aguas del lago.

La vida toda de Facatativá puede decirse que está concentrada en la plaza mercado y sus inmediaciones: allí se levantan la iglesia y la fuente pública. Todas las mañanas las mujeres se reunen allí en gran número. Siendo la temperatura media de esta poblacion, de unos trece grados, llevan al salir de casa la cabeza envuelta con un pañuelo atado alrededor del busto. Todas van con la *mucura* ó jarro de barro: y para llenarlo se valen de un tubo de hoja de lata bastante largo, rematado con un asta de buey á guisa de embudo. Adaptado el embudo en cuestion á uno de los grifos de la concha central de la fuente, meten el otro extremo en la *mucura*, que se llena en breve, yendo luégo á vaciarla en una tinaja ó segundo receptáculo tambien de barro, mucho mayor y provisto de un gollete más angosto. La tinaja suele estar colocada en el sitio más fresco de la casa, bien en un cuarto, bien en un corredor

sobre un poyo de ladrillos ó un sustentáculo de madera, utensilio que toma el nombre de tinajera. El agua de esas tinajas se extrae por medio de una calabaza ó bien una taza de hoja de lata provista de un mango muy largo y se conserva en ellas tan fresca como en las alcarrazas españolas.

Los vecinos de Facatativá están orgullosos de su plaza mayor. Lo primero que allí me llamó la atencion, fué el barrendero oficial que con gravedad imperturbable ejerce dobles



Campiña de Fontibon, en la llanura de Bogotá

funciones, pues así maneja la escoba de espinos con mango de palo, como pone coto á las travesuras y desmanes de los chiquillos del lugar.

Al Este de la plaza se levanta la iglesia, cuya fachada se parece algo á los palos flotantes del buen Lafontaine. Acerquémonos á ella para contemplarla mejor. El campanario no es más que un lienzo de pared cubierto de matas silvestres: detrás de esta pared hay el vacío. De los cuatro lados que habia de tener, sólo quedaron tres por construir. En los vanos de esta cuarta parte de campanario se hallan suspendidas cuatro campanas. Cuando hay que tocar á misa, el campanero se encarama sobre un frágil catafalco y las golpea á brazo con un martillo, entregándose á una especie de gimnasia musical desenfrenada con gran detrimento de los oídos del vecindario.

Un piñon con aleros, cartelas, arbotantes y vigas sin pulimentar y una fachada enjalbegada constituyen la arquitectura toda de este edificio.

Mas penetremos en él. Están diciendo en este momento una misa votiva *(de aguinaldo)* á gran orquesta. Los hombres permanecen de pié: las mujeres, acurrucadas sobre el duro pavimento ó sobre una esterilla que llevan consigo, pasan el rosario y dan muestras de un gran recogimiento. Miéntras el sacerdote celebra el santo sacrificio se desbordan los sonidos de una cierta música, capaz de dar la epilepsia al más templado. Un órgano bárbaro, ya que no de Berbería, gime bajo la presion de los dedos de una especie de organista tudesco, con acompañamiento de un..... clarinete. Allá son de oir algunos fragmentos de la *Traviata* realzados con variaciones de su propia cosecha..... y ¡cuál no seria mi estupefaccion al oirle atacar con desmedido furor, precisamente en el instante más solemne de la ceremonia ¿qué dirian Vds.?.... La gran aria del *Barbero de Sevilla!*

Como quiera que traíamos prisa por llegar á Bogotá, me apresuré á tomar informes acerca de los medios de comunicacion más fáciles, en aquel terreno completamente llano, y pude sacar en limpio que una diligencia pública hacia el servicio de la capital por la carretera, y que la longitud de esta era de treinta y cinco kilómetros. Si bien la calzada es ancha, se halla en un estado de conservacion tan pésimo y está tan llena de hoyos, que el patache que sirve de diligencia y verifica únicamente dos viajes por semana, corre riesgo de volcar á cada paso. Y como por otra parte no es tarea fácil hallar asiento, sobre todo cuando se lleva prisa, nuestro amigo Fritz, andarin de primera fuerza, se decidió sin vacilar á hacer la caminata á pié, en tanto que Juan y yo nos ocupábamos en lo referente al transporte de nuestras personas y bagajes. Al cabo de largas y enojosas negociaciones, acabé por alquilar un carromato tirado por una yunta de bueyes, con su correspondiente conductor, para el acarreo de los bultos, con el intento de seguirle á pié y de subirnos al vehículo cuantas veces nos sintiéramos fatigados durante el camino.

La extensa sabana se desarrolla ante nosotros á partir del molino harinero pegado á las últimas casas de Facatativá. En lontananza la llanura aparece alfombrada de una yerba corta y tupida entre la cual pacen dispersos rebaños de bueyes y carneros de una casta mediana ó pequeña. La vista abarca el terreno en toda su extension, sin paredes de cerca que lo impidan, pues cada potrero está rodeado de un doble foso lleno de agua y de un metro de anchura é igual profundidad. Imposible dar con una cerca más singular ni mejor entendida que ésta de cuya disposicion fácilmente se deduce que la llanura, á pesar de ser aparentemente horizontal, debe tener algun declive, sin el cual las aguas no se mantendrian en los fosos divisorios y el ganado los franquearia fácilmente. A los Sabaneros se debe, pues, la invencion de esas cercas acuáticas, que no tienen la menor interrupcion en toda la periferia de los prados, y que, á la vez, sirven de abrevadero para el ganado.

En las cercanías de todos los poblados el cultivador se permite el lujo de un muro de tapia, sobre todo cuando su propiedad linda con algun camino. Este muro tiene unos dos metros de altura, y se compone de gruesos cubos de barro endurecidos al sol, colocados en forma de tableros ó tramos de tres á cuatro metros de longitud y por lechos de junturas alternadas dejando debajo de cada tramo una abertura triangular, por la cual se escurren las aguas. Forman la caperuza de esta construccion algunos terrones de césped, cuando no tejas goteras.

De trecho en trecho aparece un porton coronado de un alero, á la manera de Normandía, y defendido á cada lado por dos pequeñas paredes divisorias, el cual sirve de acceso al potrero, y se eleva en el llano como una construccion que tiene tanto de pretenciosa como de completamente inútil.

Ni un solo árbol altera la soledad de la Sabana. Apénas si, junto á las habitaciones que se encuentran en el camino despues de horas enteras de marcha, se nota la presencia de los raros vegetales arborescentes que se dan en tales alturas, como el Cerezo de Colombia *(Padus capollin)* con sus pequeñas drupas oscuras é insípidas; la gran *Polymnia* llamada aquí *Arbol loco*, quizás porque no produce nada, y el Sauce de Humboldt *(Salix Humboldti)* cuyo tenue follaje recuerda el Sauce lloron, pasando desde la copa apretada por el estilo de los álamos de Italia, á la forma de quitasol.

Entre los raros matorrales que orlan los fosos divisorios, se encuentran bonitos ejemplares de bejucos como las Tacsonias, de las cuales se cuentan dos ó tres especies, con flores de color de rosa y escarlata y frutos oblongos, amarillentos y comestibles en su estado de madurez. Sus caprichosas guirnaldas se entremezclan con las de una extraña cucurbitácea, la *Cyclanthera explodens*, que muestra sus frutos espinosos como los erizos, los cuales estallan como una Balsamina, á la presion de los dedos. En los arroyos se ve una yerba elegante de la familia de las Salvíneas—la *Azolla majellánica*—que cubre la superficie del agua con una especie de musgo verdi-claro y rosa con reflejos satinados. Las *Inssienas* abren sus cuatro pétalos amarillos, tan sumamente fugaces, que el más leve soplo se los lleva.

Un solo pájaro revolotea y trina por la Sabana: el gorrion de los Andes, un pequeño *Fringilla*, gracioso, de un color entre pardo y rojo, sumamente familiar, y que recordaria el gorrion de Europa, sin el moño que lleva en la cabeza, irguiéndolo á voluntad, de cuyo aditamento carecen los nuestros.

El camino sobre ser muy largo, se nos hace en extremo monótono por no haber nada que nos distraiga, á no ser algunas cuadrillas de arrieros que de vez en cuando se cruzan con nosotros levantando torbellinos de polvo.

Con todo, estábanos reservada una aventura.

Andaba yo tranquilamente junto al carromato, en el cual se habia encaramado Juan entre las cajas y maletas, cuando de repente un hombre que vestia el uniforme de soldado, pero hecho jirones, con la cabeza desnuda y el pelo en desórden, se planta en mitad del camino y de repente me acomete con la espada desenvainada en la diestra.

—¡Dónde están esos ingleses, que quiero matarlos á todos!—exclama echando espumarajos por la boca.

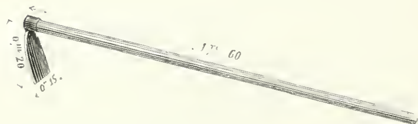
Adiviné desde luégo que tenia que habérmelas con un insensato ó con un beodo; pero el peligro apremiaba, y por venírseme aquel energúmeno encima, no tenia tiempo que perder. Así, miéntras iba dando vueltas al vehículo en busca de un arma cualquiera con que defenderme de sus arremetidas, dije á Juan que se bajase y viese de sujetarle por detrás. En tanto yo procuraba parar sus estocadas con ánimo de hacerle entrar en razon.

—Vd. se engaña—le decia—no somos ingleses, sino franceses!...

—¿Franceses?... ¿De veras?... Entónces, venga esa mano, amigo!

Y arrojando la espada al foso en el preciso momento en que Juan iba á cumplir mis mandatos, sujetándole en la forma indicada, se arrojó entre mis brazos, medio ahogándome con sus cariñosos trasportes. Llegó en esto una patrulla de jinetes, suelta la brida y dando alaridos. Pertenecian al ejército colombiano y habian salido disparados en persecucion del desertor, que no otra cosa era el insensato con quien pocos momentos ántes íbamos á partir peras.

El oficial que mandaba el destacamento echó pié á tierra, se me acercó y despues de confundirse en mil excusas, cogió al pobre infeliz, á quien se le fué la borrachera en un momento, quedando que daba lástima, y mandó que le pusieran unas esposas, descoyuntándole los pulgares de la manera más bárbara que pueda imaginarse.



Azadon de Bogotá



Escudo heráldico del puente de San Antonio



Inscripcion antigua del puente de San Antonio

—Esté V. tranquilo, que bien aviado está el hombre — me dijo.

Intercedí en favor de aquel pobre diablo.

—Tenga V. piedad de él—dije—y considere que un hombre beodo no tiene conciencia de sus actos.

—No puede ser: ese hombre ha desertado, ha arrojado la espada al foso y para colmo de desmanes por poco mata á un extranjero, á un huésped de los colombianos... No faltaba más!... Ea, media vuelta á la izquierda. ¡Marchen!

Y desoyendo mis reiteradas súplicas, los jinetes partieron al galope, llevándose consigo á aquel desdichado á quien daban repetidos golpes de plano con el sable.

Ignoro qué habrá sido de él así como tambien cuáles serian los motivos que le tenian tan exasperado contra los ingleses.

Todo viajero, al recorrer el camino interminable de la llanura de Bogotá, se ve sujeto á una especie de espejismo, cuya causa en un principio desconoce, y cuya explicacion científica—lo confieso—tampoco me satisface. Los edificios y casas de Bogotá se destacan con una limpieza extraordinaria, á una distancia de más de seis leguas. Este fenómeno débese indudablemente á la limpidez de la atmósfera y á la refraccion propia de las grandes alturas. La pureza del cielo es aquí tan considerable, que Humboldt encontraba las estrellas cuatro veces más brillantes en el Ecuador que en Europa.

Presto atravesamos Serrezuela, pueblo de unos mil habitantes, donde veranean los bogotanos. Por allí cerca hay lagunas muy abundantes en patos y en un pescado muy curioso,

peculiar de esta region de los Andes de Colombia: el *Eremophilus Mutisii*, de un sabor exquisito análogo al de la anguila.

Por la izquierda aparece Fontibon y luégo el puente de San Antonio, de estructura monumental y del cual tomé un apunte. Data este puente del Renacimiento español y ostenta un escudo de armas y una inscripcion no bien descifrables, por cuyo motivo los recomiendo á la sagacidad de los anticuarios.

Fontibon y sus cercanías abastecen de verduras á la capital: allí los prados se han trocado en huertas, y como quiera que hubiese oido hablar de ellas con gran elogio, me acometió la curiosidad de irlas á ver de cerca; y ahora cúmpleme decir que aquellos cultivos tan pon-



Puente de San Antonio, en el camino de Bogotá

derados por los bogotanos están aún en mantillas. El suelo de sí es fertilísimo y muy poroso, y el subsuelo es de canto rodado, como que forma la vaguada ó *Thalweg* del antiguo lago de Bogotá. En cuanto al clima es muy sano y el agua se encuentra en abundancia á pocos piés de profundidad. Ni una mala piedra se opone al paso del grosero y primitivo arado de palo; que con sólo escarbar este privilegiado suelo, hay bastante para hacerle producir con extremada abundancia.

El único cultivo que despues del trigo y de los prados, se ejerce en grande escala en esta parte de la Sabana es el de las patatas, llamadas *papas* en el país. En enero se da una labor al terreno con un arado de forma rudimentaria, del cual tira una yunta de bueyes, cuyo apero tiene por única reja un simple pedazo de palo. Abiertos los surcos, se pasa por ellos el cilindro una sola vez y empieza desde luégo el trabajo á la mano. Un labrador provisto de un azadon, cuyo mango tiene un metro sesenta centímetros de longitud y la hoja veinte centímetros por quince de anchura, divide ante todo el terreno en tiras anchas de un metro veinte centímetros, entre las cuales traza un profundo surco (calle), y sobre estas tiras abre dos filas de hoyos alternados ó en quincunce á cincuenta metros de distancia unos de otros, en todos sentidos. Seguidamente siembra las patatas y pone un poco de estiércol en cada hoyo, ántes de

cubrirlos. Al aparecer el tallo se da una sola binazon á la tierra, cuya operacion se llama *alzar*, y cuatro meses despues se procede á la recoleccion de los tubérculos.

Por término medio, y áun contándolo por lo bajo, cada hectárea de terreno rinde mil arrobas de patatas. Las clases más generalizadas son la *criolla mojicona* gruesa y redonda y la *criolla carmesita*, rojiza y más pequeña. Desgraciadamente de unos seis años á esta parte ha aparecido una enfermedad *(Peronospora infestans)* en la meseta de Bogotá, que se ceba principalmente en las *criollas*, y á consecuencia de ello se va generalizando el cultivo de la clase *tuquerreña*, que hasta ahora el parásito respeta. Levantada la primera cosecha, llamada del *Año grande* (entre abril y mayo), se procede á una segunda plantacion, ésta siempre de criollas. Esta cosecha lleva el nombre de *mitaca*. Se conoce tambien otra variedad llamada *travesía* que permanece un año entero en el suelo ántes de que maduren sus tubérculos.

Los demás productos cultivados en las huertas de Fontibon son la col-ramosa, la alcachofa, el cardo, la cebolla y una buena cantidad de legumbres de tierra fria, poco conocidas en Europa y de las cuales pienso ocuparme más adelante.

Al salir de Fontibon se nota desde luégo la proximidad de la capital: las tierras aparecen más divididas, las cercas están mejor cuidadas y las casas se suceden con más frecuencia en los bordes de la carretera. El panorama de Bogotá se desenvuelve en toda su esplendidez y las casas encaramadas en la colina de Guadalupe se destacan risueñas bañadas por la luz del sol.

Pero habia de suceder que esta jornada—al revés de la de Horacio—quedara señalada con una piedra negra. Como por causa de los accidentes del camino lleváramos algun retraso, se nos vino la noche encima, y nuestro boyero, que se habria metido algo entre ceja y ceja, maniobraba á ojos vistas de modo que no entráramos en la ciudad aquella noche. Estábamos á ménos de una hora de distancia de ella, y á pesar de cuantos esfuerzos hice para disuadirle, no pude vencer la obstinacion de aquel hombre, por lo que no tuve más remedio que tomar con él un atajo para ir á pasar la noche en un miserable *rancho* que por su aspecto estaba muy léjos de inspirarme la debida confianza. Dentro de esta choza, tomada de hollin, hacian vida comun en repugnante promiscuidad, el hombre, la mujer, los niños, los cerdos y las gallinas. En cuanto al equipaje hubo de quedarse al sereno, en campo abierto, y temerosos de alguna desgracia tomamos el partido de hacer guardia en torno del carromato, hasta que amaneciera, Juan y yo, por turno riguroso, y sufriendo los soplos de un cierzo glacial, con el estómago completamente exhausto y echando pestes contra todos los arrieros y sus cómplices habidos y por haber.

Por fin, al dia siguiente, 18 de diciembre, hacíamos nuestra entrada en Bogotá, que bien merecia el nombre de triunfal por poner término, siquiera momentáneo, á tantas y tales vicisitudes.

Apénas llegado á la ciudad, lo primero que hice fué visitar la plaza de la Catedral donde se levanta la estatua de Bolivar. Luégo me instalé en el *Hotel francés*, en donde Fritz nos estaba aguardando desde la víspera.

IV

Bogotá.—El presidente Perez.—La vida en el mercado: productos y escenas.—Expedicion á los Llanos de San Martin.—El Boqueron; Chipaque y los chipaqueños.—Una revolucion aguada.—Caqueza.—Quetame.—La cascada de Chirajara.—Susumuco.—Llegada á los Llanos.—Villavicencio.

Despues de tomar algun descanso en Bogotá, destiné mi primera visita al encargado de negocios de Francia M. Troplong, el cual me acogió con la más afable cordialidad. Ya dije oportunamente que verifiqué la travesía en compañía del nuevo canciller de la legacion Monsieur de Montbrun, el cual hizo con la mayor solicitud cuanto estaba de su parte para serme útil en Colombia (1).

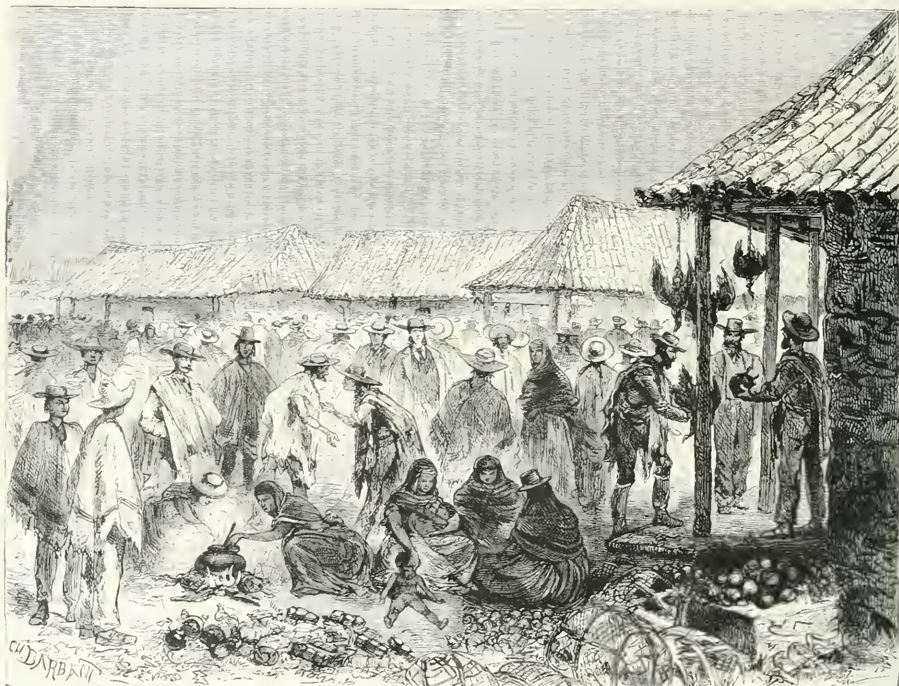
El presidente de la República Sr. Perez, á quien visité luégo, me recibió tambien con extremada benevolencia. Encontré en él un caballero de unos cincuenta años, de estatura baja, muy moreno y barbudo, de carácter afable, aunque un tanto taciturno: bien quisto de todo el país, goza fama merecida de pensador y escritor, y se halla dispuesto como el que más en favor de las exploraciones científicas en general, y en particular de la que yo tenia el encargo de llevar á cabo, por cuyo motivo prometió hacer en mi favor cuanto estuviese á su alcance. Las relaciones que sostuve con él tomaron pronto el carácter de la más grata afabilidad, hasta el punto de haberme facilitado los medios de recorrer con seguridad algunas regiones de difícil acceso y muy poco conocidas bajo el punto de vista de la historia natural.

La ciudad de Sante Fe de Bogotá ocupa una situacion preciosa al pié de las montañas de Guadalupe y Montserrate, cuyas cumbres alcanzan una altura, la primera de tres mil doscientos cincuenta y cinco metros y la segunda de tres mil ciento sesenta y cinco. Los bogotanos son muy afables, están dotados de singular viveza y no conocen otra preocupacion que la de enriquecerse rápidamente, de modo que allí no hay más aristocracia que la del dinero. Sienten por su ciudad natal un orgullo que raya en pueril y se explica que lo tengan los que no han salido ni conocen más que su país. De quince años á esta parte la ciudad ha sido objeto de grandes mejoras. Tiene calles empedradas con anchas losas, mucha abundancia de aguas potables, dos hermosos puentes construidos recientemente y durante mi estancia allí se estaban colocando las cañerías para el gas del alumbrado.

Bogotá se halla situado en los 76° 34′ 8″ de longitud Oeste de Paris y 4° 35′ 48″ de latitud Norte. Su temperatura media anual es de + 15°6; el calor máximo 22° y el mínimo 6°. El clima, aunque un tanto húmedo, es sano. El año se divide en cuatro estaciones, dos de ellas secas y lluviosas las dos restantes, distribuidas en la siguiente forma: marzo, abril y mayo, estacion lluviosa; abril, junio y julio, seca; setiembre, octubre y noviembre, lluviosa, y diciembre, enero y febrero, seca. La cantidad anual de lluvia es de mil siete milímetros (1^{m},007), y el higrómetro de Saussure da una media de 64°,5. Finalmente, los vientos que soplan con más frecuencia, son los del Norte y el Oeste.

(1) He sabido con el pesar más vivo que M. de Montbrun acaba de morir en Bogotá en la flor de los años y en los comienzos de una carrera que prometia ser brillantísima.

Capital á la vez que de los Estados Unidos de Colombia, del Estado de Cundinamarca, la ciudad de Bogotá posee un territorio federal suyo exclusivo, de escasa extension, con el objeto de afirmar su independencia, tal como sucede con Washington, la capital de los Estados Unidos. Segun unos su poblacion es de cuarenta mil habitantes y segun otros se eleva á cincuenta mil; pero es difícil precisar la cifra exacta por la carencia poco ménos que absoluta de estadísticas oficiales. Una especie de padron que se hizo un tiempo, dió, no obstante, por resultado una poblacion de ochenta mil almas, para el Estado de Cundinamarca; mas como



Mercado de Bogotá

quiera que la publicacion de estas cifras data lo ménos de veinte años, hay motivos fundados para suponer que este resultado debe de haber sufrido modificaciones importantes, dado que en este último período el aumento anual de la poblacion ha sido visible á todas luces.

Las calles de Bogotá son horizontales, ó poco ménos, en lo que respecta á las orientadas de Norte á Sur, pues en las que van de Este á Oeste, se notan las pendientes de las montañas. Las vías más céntricas, y principalmente la calle Real, se hallan perfectamente adoquinadas y provistas de aceras. En cambio, los arrabales conservan la suciedad de otros tiempos, produciendo desde el primer momento pésima impresion en el viajero, que ve en ellos, amén de mucho polvo y no pocos barros, grandes montones de inmundicia.

El paseo favorito de los hijos de la ciudad es el Altozano ó terraplen de la Catedral, al cual se sube por algunas gradas que parten de la Plaza de la Independencia, y como quiera

que el espacio es sumamente limitado, los paseantes se ven obligados á volver continuamente sobre sus pasos, envueltos casi siempre en una holgada capa á la española y la cabeza cubierta con sombrero de copa. Los ociosos se dan cita tambien en la calle Real; pero allí van, más bien que á paseo, á echar un párrafo en la puerta de las tiendas.

El tipo de las casas de Bogotá difiere, segun estén destinadas á almacen con puerta abierta á la calle, ó á vivienda (casa claustrada, como dicen ellos).

En el primer caso, las fachadas se parecen mucho á las de Europa, aunque los materiales de construccion son muy distintos, pues en Bogotá se emplea raras veces la piedra, siendo la



El boqueron de Chipaque

mayoría de las paredes de tapia (tierra apisonada), los armazones de madera sin labrar y el exterior blanqueado con frecuencia. En las calles más pobres sustituyen á las tiendas miserables tugurios húmedos é infectos, con el plan terreno más bajo que el nivel de la calle. Nada más triste que esos tabucos.

En cuanto á las casas claustradas ya es distinto, pues la casa claustrada es hija legítima de la antigua vivienda española.

En Bogotá el portero es un sér completamente desconocido. Éntrase en las casas sin necesidad de llamar y se recorren las habitaciones hasta dar con álguien, lo cual es ocasionado á que el visitante sorprenda más de una vez detalles íntimos que le cohiben y molestan. Si vais de visita os acompañan á la sala; la señora de la casa y sus compañeras,—dado que las tenga,—sus hijas ó sus hermanas, su madre ó sus amigas de confianza, vestidas casi siempre de negro, permanecen allí sentadas en sillas bajitas, butacas ú otomanas, y á veces tambien acurrucadas en el suelo. Llevan siempre un chal que á cada momento se les cae, viéndose obligadas á componérselo de continuo, echándoselo sobre sus desnudos hombros. Al salir á la calle se lo ponen en la cabeza. Su aire es lánguido é indolente, y su calzado poco correcto, á no ser cuando salen de casa.

En su conversacion predominan las trivialidades de todos los países.

—¿Qué tal, señor?

—Regular, gracias: ¿y V.?

—A la disposicion de V.

Tales son las fórmulas de rúbrica, sin otras consecuencias, á no ser que el visitante traiga recomendaciones especiales.

Pero el tono de esos coloquios está impregnado siempre de la más fina urbanidad, tan propia de las gentes de vida fácil, de carácter dulce y de inclinaciones serviciales, cuyas pasiones no se despiertan, sino al tratarse de política.

Téngase por dicho que prescindiré de personalidades, pues en Bogotá fuí harto bien acogido para que pueda dirigir palabras acerbas contra ninguna de las personas á quienes tuve ocasion de conocer. Mis anfitriones de allá viven perennes en mi recuerdo, por lo que cuanto diga no irá nunca con ellos. Deseo, por tanto, que mis apreciaciones, sean las que fueren, se tomen por generalidades, deducidas, mediante un término medio prudencial, de las observaciones que tuve ocasion de hacer durante mi permanencia en aquel país.

Cuando llego á una ciudad por primera vez, tengo la costumbre de hacer cuanto ántes una visita matutina al mercado público. Se aprende más allí de usos y costumbres en una hora, que en muchas semanas de visitas á los habitantes y de correteos por las calles. El mercado es una fotografía exacta de la vida: allí se presentan al desnudo todas las clases sociales, libres de todo empaque; allí defienden públicamente sus intereses en una de las formas de la lucha por la existencia, que al buen Darwin se le quedó en el tintero.

En la mezcla y variedad de tipos campesinos y urbanos se encuentra la síntesis que permite discernir con rapidez y seguridad, la raza predominante. Además, allí se ven reunidos todos los productos alimenticios de una region, base la más segura de la estadística. Pocos instantes bastan para hacerse cargo de los gustos culinarios de un pueblo, del precio de los alimentos, de su cualidad y abundancia relativas: allí se estudia la capacidad comercial de los vendedores y compradores y se aprecia perfectamente el estado de la industria y de la actividad generales.

Estas observaciones son si cabe más exactas en la América del Sud que en otra parte alguna, pues en Colombia toda la produccion indígena pasa por el mercado. En las tiendas se encuentran sólo los productos de importacion extranjera.

¡Cuántas mañanas no he pasado en el mercado de Bogotá! Precisamente me hospedaba á dos pasos de allí, en una posada que llevaba el pomposo título de *Hôtel francés*, cuya direccion corria á cargo de una robusta borgoñona, sumamente laboriosa y económica; pero que por su desgracia veia disiparse sus afanes entre las manos de su marido, un hijo del país, muy amigo del *far niente* y de comer bien, y por añadidura muy dado á la política y al juego.

Desde que apunta el dia, es decir, á eso de las seis de la mañana, reina la mayor animacion en la Plaza del mercado. Los cargueros han pasado la noche caminando para traer sus géneros. Andarines infatigables, raras veces les vereis sentados, pues descansan de pié al igual que los caballos. De Fontibon y Serrezuela vienen las legumbres de tierra fria, expuestas en

anchos canastos de caña. Allí se ven ocas encarnadas, amarillas y blancas *(Oxalis tuberosa)*, llamadas *Ibios* en el país, coles ovoideas, cardos, aunque pequeños, sumamente blancos, cebollas verdes de cuello encarnado muy renombradas, si bien el bulbo no llega á madurar nunca en aquel clima, *escorzoneras*, tubérculo fusiforme ó turbinado, bastante insípido, que se usa en medicina, alcachofas pequeñas y oblongas, ajos verdes, parecidos á los de España, guisantes, repollos, habas, garbanzos, escarola y fríjoles de varias clases.

Por entre los montones de patatas criollas de la Sabana, base de la alimentacion en Bogotá, se ven verdaderos enjambres de chicuelos desnudos, ó poco ménos, que bullen sin cesar, berrean y se tiran de las greñas. Sus madres, sentadas en cuclillas, con un sombrero de paja, bajo el cual desaparecen su angosta frente y sus cabellos lacios, envueltas en un guiñapo que por caérseles, les fuerza á componérselo de contínuo, hacen hervir el puchero al aire libre, sobre las tres piedras tradicionales (tulpa); ó bien llevan un rorro colgado del seno miéntras atracan á un segundo de papilla de maíz con una cuchara hecha de calabaza, gesticulando y gritando en un español con mezcla de *chibcha* nada eufónico ni grato al oído; y entre esa batahola indescriptible vagan por allí perros pelones por docenas, que lamen el rostro á los chicuelos, y atrapan, por regla general, más puntapiés que escamochas, aguantando esos malos tratamientos con tanta filosofía, que se largan sin volver apénas la cabeza.

Circular por en medio de este laberinto no es tarea muy fácil. Mi patrona se ofrece por fortuna mia á hacerme los honores de *su* mercado.

—Mire, ahí tiene V. *Pepinos llorones*, que se guisan rellenos de picadillo y se les añade una salsa picante: no hay que confundirlos con los *Pepinos crespos* (1); estos yo se los haré probar á V. cocidos con agua y manteca... y áun los hay de otra clase, algo más gordos, llamados *Calabazas*. Con una sopa de cebada reventada, bien sazonada de *Culantro* (una especie de umbelífera, que huele á chinche), Orégano *(Origanum Majorana)*, Papayas *(Carica Cundinamarcensis)* y un buen pellizco de pimiento *(Ají)*, me empeño en hacerle á V. un plato de príncipe.

¡Ay, se me abrasa la garganta y se me remueven las tripas, al solo recuerdo de esos manjares de príncipe!

—Diga V., ¿y esas jaulas de madera encorvada, envueltas en una red, qué es lo que contienen?

—Gallinas de Ubate y de Choachi. Aunque no son tan rollizas como las pollas de Bresse, tienen el mérito de descender de las célebres gallináceas que atravesaron los Andes en manos de Fredemann y sus filibusteros, los cuales, venciendo el hambre que sentian, no se comieron una sola, para poder destinarlas á su propagacion por el país.

—¿Y esas hojas plegadas y ligadas con juncos, que veo allí junto á la volatería?

—Son *Quechues*, y con ellas se embalan los huevos.

Me aproximé y reconocí las hojas en tirilla de una Bromeliácea muy comun en la region fria: la *Tillandsia paniculata*.

---

(1) El Pepino crespo es el *Cyclanthera explodens*, cuyos frutos al entrar en madurez estallan como los de la Balsamina.

—Pero, señor, no podemos perder el tiempo, si desea pasar los ojos por el pescado y los cangrejos, que es género que se despacha en un santiamén. Tome, ahí tiene V. el Gúbio de Bogotá, el *Guapucha* que se pesca en la laguna de Fontibon. Aquel otro (el *Eremophylus Mutisii*, citado ya), es más gordo y más sabroso, como que se parece mucho á la anguila. Y pare V. de contar: estas son las dos únicas especies conocidas en el país.

Y la cesta, que traia medio repleta ya, se acabó de llenar con la docena de peces que á guisa de abanico mostraba entre sus dedos la pescadera, de tez achocolatada.—Dios se lo pague—dijo persignándose, y besando la moneda que acababa de recibir, insiguiendo la costumbre que tienen los vendedores del mercado, de besar el dinero, producto de su primera venta.

En rústicos aparadores se exhiben flores recien cortadas, entre las cuales predominan las especies europeas más vulgares, claveles, alelíes, rosas multicolores, provenas (cuyos pétalos se expenden tambien para emplearlos como un purgante destinado á los niños), claveles de poeta, de la India y manzanilla.

Se expende además una raíz amarillenta, que no es otra cosa que el Azafran ó *color*, producto de una hermosa Escrofularínea *(Escobedia scabrifolia)*, el cual se echa en todas las salsas, por lo que es considerado como el *Achiote* de tierra fria. Asimismo se ven el *Arnica grande*, que procede de los páramos y constituye un vulnerario análogo á nuestra *Arnica montana;* la *Ochuba*, que no es otra cosa que la baya del *Physalis fœtens*, y que se come como el alquequenje en Italia; la *Coruba*, fruto prolongado del *Tacsonia mollisima* y el de la *Chulupa* ó *Chulupita*, más prolongado aún y con el pezoncillo mucho más largo. Esas tres frutas están cuajadas de huesos rodeados de una pulpa azucarada y refrescante, que se sorbe despues de quitada la corteza. ¿Y quién seria capaz de decir que esas drupas que se ven allá, más duras que las piedras, son melocotones (duraznos)? No obstante, nada más cierto: esta excelente fruta no madura nunca en Bogotá: con ella se hace un dulce, lo propio que con las papayas y las moras, de las cuales las hay de dos especies, ambas muy estimadas. La primera, procedente de España, segun se cree, se la conoce aún con el nombre de mora de Castilla, siendo sus frutos subesféricos y casi negros. La otra, cuyas bayas son del tamaño de la fresa de Inglaterra, es el *Rubus macrocarpus*. Más tarde pude convencerme de que ambas especies son indígenas. En una herborizacion que hice en el Boqueron de Bogotá, quebrada por la cual se gana la cumbre del monte Guadalupe, recogí semillas y piés vivos de esta segunda especie y los expedí para Europa.

Tales son los principales productos de tierra fria que se expenden en el mercado de Bogotá.

La region caliente está tambien allí representada. Los cargueros traen de Villeta, de la Mesa y de Caqueza, grandes cantidades de naranjas, plátanos, abocados, granadillas, piñas, cocos, nísperos, mameys, guayabas, papayas, ciruelas y mararayas (frutos de la *Martinesia caryotæfolia)*.

Conté en el mercado hasta trece variedades de maíz: la Cochinilla, que se da sin cultivo en la Penca *(Nopal)*, se vende envuelta en su blanca lana. Los tomates y los pimientos se van como pan bendito, contándose de los últimos unas diez variedades, de ellas algunas totalmente desconocidas en Europa.

Los tubérculos de Arracacha *(A. esculenta)* y Yuca *(Manihot utilissima)*, y las Batatas *(Convulvulus batatas)*, constituyen excelentes farináceas, que es de sentir no sean mejor conocidas en Europa.

Por un cuartillo no más (12 céntimos y medio) se puede comprar un racimo enorme de plátanos sabrosísimos. Por último, la carne de la nuez de coco rallada y mezclada con harina, maíz y azúcar, sirve para confeccionar una excelente golosina llamada *Masato*.

Todo lo nombrado se expende á precios muy módicos que difieren desde un cincuenta á un ciento por ciento ménos que los que alcanzan análogos productos en Europa.

Bajo los soportales que dan la vuelta á la plaza se hallan instalados los tablajeros, expendedores de carne fresca, y los vendedores de tasajo ó carne seca. De fijo que no se atreverá á comerla el que visite aquel sitio que han tomado las moscas por su cuenta. Hay por allí, además, algunas tiendas donde se expenden telas, calzado, bramante, azúcar, cintas, quincalla y joyas falsas á tres francos la docena.

Los vendedores de chicha, guarapo y aguardiente, pululan por allí todo el dia brindando lo mismo á los que venden que á los que compran sus bebidas fermentadas y no se pasa el dia sin que se promueva alguna disputa ó alguna riña, que rara vez concluye en tragedia. Esas buenas gentes son á un tiempo muy lenguaraces y muy pacíficas. Mucho ruido y pocas nueces. El agente de seguridad no es allí siquiera conocido y la incorruptibilidad (?) del inspector del mercado, no empece que ese funcionario fraternice con las personas sujetas á la inspeccion, con una calabaza de chicha ó de guarapo en la mano.

Invertí bastantes dias tomando rápidos bosquejos de las calles y plazas de Bogotá, y era ya preciso pensar en las visitas, extraer de la cartera las cartas de recomendacion que traia dispuestas para varias personas, completar mis notas sobre la capital de la provincia de Cundinamarca y preparar lo necesario para proseguir el viaje por las comarcas ménos frecuentadas. A tal objeto, hube de celebrar una nueva entrevista con el Presidente de la República, el cual, despues de escuchar atentamente el programa que traia dispuesto, cuyo punto de mira principal se basaba en una exploracion detenida por los Estados del Sur de la Colombia,—¿Y por qué—me dijo—no visita V. ántes los Llanos y el territorio de San Martin?

Notando que le escuchaba con gran atencion,—Sí—añadió;—es aquella una de las provincias, al Este de Bogotá, casi del todo desconocida, y en la cual le aseguro á V. una buena cosecha. Si le parece bien visitarla, cuente V. desde luégo con mi apoyo decidido.

Poco tardé en resolverme, pues en el acto acepté su espontáneo ofrecimiento, y despues de avisar á mis compañeros, empezaron los preparativos de marcha. Todo el mundo nos alentaba: un jóven bogotano, profesor de historia natural, el señor Don N. Saenz, que ya una vez habia recorrido aquellas tierras, se brindó á acompañarnos, prestándose á servirnos de guía y aposentador: contratamos además á un peon muy recio, llamado Tomás, para miéntras durase el viaje y le confiamos el cuidado de las mulas y de las provisiones de boca, y el buen hombre, tras un sin fin de idas y venidas, compareció cargado de carne seca, arroz, chocolate, azúcar, café, coñac, alpargatas de recambio, cuerdas de cuero *(rejos)* y bramante, y por fin se colgó en la cintura un formidable machete.

Mis escopetas se habian quedado en el Magdalena, y como quiera que no debíamos encontrarlas sino en Guataquí, compré armas nuevas y municiones. Nuestro buen amigo, el doctor Osorio, antiguo alumno interno de los hospitales de Paris, dispuso un excelente botiquin; y el señor don C. Balen, ilustrado comerciante, tomó á su cargo la adquisicion de esas mil nonadas tan indispensables en toda excursion. Entre tanto, escogimos las mulas necesarias, con tal acierto, que dos de ellas hicieron luégo conmigo todo el viaje hasta la República del Ecuador.

Las cartas de recomendacion no se hicieron esperar mucho. El Presidente de la República daba en una de ellas instrucciones al gobernador de San Martin, don R. Venegas, para que se pusiera á nuestra disposicion, proporcionándonos, en caso necesario, soldados en calidad de mandaderos: otros bogotanos distinguidos nos recomendaban á los principales *hacienderos* de la comarca, tales como el señor Restrepo de la Vanguardia y los señores Reyes y Silva de Ocoa, etc., etc. Todo estaba dispuesto: repletas las petacas (esas excelentes maletas de cuero que ya describí ántes); las armas limpias, las mulas bien cebadas y á punto de marcha, y la comitiva animada del mejor espíritu.

En la madrugada del dia 29 de diciembre de 1875, cabalgábamos por la llanura en paz y gracia de Dios, platicando alegremente. Abrian la marcha las acémilas, y yo la cerraba, no perdiendo de vista la caravana, pues llevaba grabada en la mente la máxima del viajero por las Cordilleras: «Ni rio delante, ni carga detrás.» Acampad siempre allende el rio, que éste durante la noche puede tener una crecida; y en cuanto al equipaje, que no se quede rezagado en manera alguna, pues los arrieros se embriagan y las mulas se extravian.

Al principio el camino tuerce hácia el Sur: la sabana, desnuda y polvorienta, ofrece en lontananza una línea horizontal, alterada á duras penas por una que otra cerca de tierra, sobre las cuales se asoma una que otra vez un nopal ó alguna pita; y este paisaje excesivamente monótono continúa hasta llegar á orillas del rio Fucha, afluente del Bogotá.

Mas en el Tunjuelo, ó sea en el paraje conocido por Barranquillas, nos estaba reservado un espectáculo por demás curioso. Las erosiones del rio y de los torrentes que bajan de la Cordillera han producido las más caprichosas desgarraduras en aquel suelo arenáceo, formando castillos de arena y arcilla y prolijas estalagmitas y estalactitas mucho más hermosas que las que se ven en las grutas de Han, en Bélgica, y de las Señoritas en el Herault. En un inmenso espacio la tierra aparece completamente corroida, tajada y recortada: aquí y allá se ven grandes monolitos verticales, como los de Carnac en Bretaña; más léjos *menhirs*, *cromlechs* y *dolmens*, simulando túmulos y aras cubiertas de yerbas que estriban sobre adelgazadas columnitas, cual otros tantos megalitos que esperasen la presencia de los druidas encargados del sacrificio. Surgen por todos lados, en admirable desórden, agujas desiguales y un sin fin de dentellones parecidos á los que se forman en el cráter de los volcanes. Un tinte ocráceo y la luz del sol imprimian á la escena unidad de colorido y cierto aire de reposo desmentido en parte por la atormentada silueta que proyectaba cada objeto en particular. ¡Cuánto me hubiera complacido poder vagar de noche, á la luz de la luna, por aquel intrin-

cado dédalo, disfrutando á mis anchas de su fantástico efecto, que en nada cederá sin duda al que producen las famosas «tierras malas» de Nebraska, en los Estados Unidos!

Y, sin embargo, nada más fácil de explicar, geológicamente, que esta formacion al parecer tan extraña. La llanura alta de Bogotá, antiguo lago subandino, cuyas aguas se escurrieron por la hendidura de Tequendama, descansa sobre una potente masa de asperon de los Andes. Sobre esta masa, el órden de superposicion de las capas aluviales es el siguiente: primero, un lecho de canto rodado, encima otro lecho de arena, y en la superficie una capa de arcilla y humus. La arcilla, más consistente que el subestrato, ha resistido á la erosion moderna producida por los torrentes; no así la arena, que al ser socavada ha ido cediendo, formando aquellos prismas, columnas, festones, estrías y estalagmitas á que acabo de referirme, sobre los cuales descansan las masas arcillosas cubiertas de césped, más rehacias á disgregarse que todo el resto.

A las tres horas de andar, se llega á los primeros estribos de la Cordillera, y á la naturaleza árida y uniforme de la sabana sucede gradualmente la vegetacion frutescente de las alturas. El camino va siendo cada vez más fragoso, y las mulas avanzan con mucho trabajo por entre los asperones rodados que embarazan los pasos más angostos y obstruyen el lecho de los arroyos. Desde este punto, nos encaminamos hácia el Sudeste, y vemos levantarse en frente de nosotros el páramo de Chipaque, envuelto en un manto de brumas. Hácia él nos dirigimos para franquearlo lo más pronto posible. Debajo de los matorrales de melastomas llenos de florecillas sonrosadas en extremo fugaces, entre los cuales reconozco un hermoso *Monochætum*, los helechos del género *Achrostichum* asoman sus frondas barnizadas y á veces pulverulentas; y por entre sus raíces se deslizan la culebra taya y algunos ágiles lagartos.

Y vamos subiendo siempre hasta alcanzar, á una altura de tres mil doscientos veintitres metros, el boqueron de Chipaque, puerto de la Cordillera Oriental, por el cual pasa el camino de los Llanos. La vista que se disfruta desde allí es admirable sobre toda ponderacion. Al Oeste se eleva el páramo de Pasquilla por el cual corre el rio Tunjuelo, encajonado en un profundo valle abierto sobre la sabana. Hollamos ya las crestas de los Andes bogotanos, cuya poderosa osamenta se desarrolla ante nosotros con indecible majestad. Este panorama, visto por la mañana á la hora en que el páramo se presenta despejado, no tiene igual en el mundo. En un vasto círculo de cien leguas de circunferencia la mirada se pierde por entre un océano de cadenas, ramificaciones, crestas, apófisis, picos y cráteres que forman un cáos sublime, del cual apénas pueden dar una idea los Alpes y los Pirineos con todos sus esplendores. Esfuma ese gigantesco paisaje un velo vaporoso azul violáceo que presta nuevos encantos á los confusos valles de los fondos, á las aristas de las alturas y á las cintas de plata que forman las cascadas y los torrentes.

Si la mirada puede distinguir hasta la tierra caliente por el lado de levante, ó sea en direccion de Chipaque, Fomeque y Caqueza, el aspecto del país cambia como por ensalmo. A nuestros piés se extiende la vegetacion rastrera, peculiar de los páramos, consistente en gramíneas cespedosas, gencianas violáceas, vaccinias de cascabeles blancos, espelecias de lanudas hojas, puyas espinosas y lomarias de hojas de cicadea: sucede luégo la zona templada en que

crecen quinquinas y helechos arbóreos: y por último, en lo más hondo y lejano, aparece la tierra caliente, cubierta por un inmenso cendal de brumas, cuya masa inmóvil nos envuelve como un inmenso mar de vapores plateados, condensados por el fresco de la noche. Pero apénas aparece el sol dorando primero las cumbres y luégo los espesos bosques, anima con sus raudales de luz el extenso panorama y va absorbiendo las brumas que al levantarse pasan rozando la cumbre de los cerros, hasta que se forman las formidables tempestades que arrojan cataratas de lluvia sobre las tierras bajas.



El rancho de San Miguel

Al llegar á la cumbre del Boqueron concedemos un momento de descanso á las caballerías, ántes de descolgarnos por la vertiente oriental. Luégo la caravana se mete en la Angostura, nombre que se aplica á una parte de camino abierto en la peña ó en la arena endurecida, por la cual no podrian pasar en manera alguna dos mulas de frente. Antes de internarse en este mal paso, nunca se olvidan los arrieros de dar algunos gritos de aviso, para evitar que álguien empiece á andar por el lado opuesto, con lo cual podria reproducirse, salvo una ligera variante, la conocida fábula de las dos cabras de La Fontaine. Nada más crítico que el encuentro de dos viajeros andando en sentido contrario por uno de esos caminos abierto en el flanco escarpado de la montaña. Sé más de veinte casos en que ha sido menester salir de apuros como Dios ha dado á entender, ya sea aplanándose contra el ribazo, ya haciendo tender á una mula para que la otra pase por encima, ya, en fin, despeñando una de las dos, si no hay posibilidad alguna de proceder de otra manera.

Estos incidentes á veces dan lugar á lances sumamente cómicos. Mr. Funk, el intrépido viajero que ha adquirido justo renombre por las expediciones que hizo á través de Colombia en compañía de Linden y Schlim, cuando estaba de sobremesa, solia contar la siguiente anécdota:

« El caso, decia, sucedió en la Cordillera de Mérida (Colombia). Cabalgaba yo por un camino de cuchilla, cuando al revolver de una peña, me encuentro de manos á boca con un jinete. Imposible retroceder. ¿Qué hacer, pues, en tal aprieto? Las narices de mi mula y las de la suya se están tocando, sus cuerpos penden sobre el abismo. Echamos suertes y pierdo yo... No hay más remedio, mi mula ha de ser la sacrificada... Pero ántes quedó convenido que el ganancioso tomaria al que perdiera en la grupa de su cabalgadura... y en el instante mismo en que me dispongo á pasar las piernas por el cuello de la otra mula, ántes de derrumbar la mia, hé aquí que me sobrecoge un vértigo y...

»Señores, Vds. me dispensarán, tengo precision de salir; me están aguardando, decia Funk consultando el reloj. Otro dia acabaré de contar á Vds. la aventura.»

Adviértase que el dia deseado no llegaba nunca, de modo que el auditorio aún estará aguardando el final de la historia, y eso que el jocoso narrador la ha principiado más de cien veces, interrumpiéndola invariablemente, en el mismo momento... psicológico.

Una vez franqueado el Boqueron, el aspecto de la vegetacion cambia de súbito, sucediendo á la arena árida la verdura y las flores. Aparecen sucesivamente las orquídeas, las oncídias de racimos amarillentos ú oscuros, los epidendros de hojas dísticas, las evalinas de racimos de color violeta y espolon corcovado, y los estélios con sus delicadas espigas de florecillas estriadas. Bello rincon de naturaleza tropical en pleno señorío del invierno.

El sendero serpentea en rápida pendiente y en ménos de media hora alcanzamos la zona de las fucsias con sus colgajos de coral y de los sifocámfilos con sus encorvados tubos rojos y amarillos. Las lamurúxias yerguen sus espigas sonrosadas; las nerteras tapizan la arena de verde césped salpicado de glóbulos de color de escarlata; las oxálidas suspenden sobre las aralias sus amarillas corolas y las matas de calceolarias aparecen mezcladas con las guirnaldas de las capuchinas. Para formarse una idea del conjunto hay que imaginarse una sucesion de avalanchas de flores y follajes animadas á todas horas por el colibrí que hiende el aire como una flecha de esmeralda, lanzando al paso su característico grito estridente.

Al poco rato vemos blanquear á nuestros piés algunas casas envueltas en un nido de verdura: pertenecen al lugar de Chipaque, que es bastante populoso, y que desde aquella altura tiene un gran parecido con el de Pistoia, contemplado desde la cima de los Apeninos, viniendo de Bolonia. A las seis de la tarde entramos en él.

Nos indican una *locanda* ó meson, bastante pasable, y nos precipitamos hácia él movidos por el aliciente del hambre. Pero ¡ay! es dia festivo y no hay nada: todo lo han consumido, hasta las migajas. Y áun gracias que nos dejen dormir en la sala comun, entre veinte sacos de maíz y dos ó tres arrieros borrachos. ¡Bonita perspectiva! Por fortuna el compañero Saenz, que no se ahoga en tan poca agua, da principio á las negociaciones, y no habiendo, al parecer, medio de dar con el patron, se entiende con sus hijas, dos rollizas maritornes que res-

ponden á los nombres de Emperatriz y Concepcion respectivamente, y andan atareadas moliendo maíz, las cuales sin duda se enternecerian ante la aflictiva pintura del estado en que llegábamos, ó quizás tambien al contemplar el oscuro y sedoso bigote del apuesto caballero; ello fué, que media hora despues, el hervor del puchero nos anunciaba que un par de gallinas trababan íntima conversacion, en obsequio nuestro, con un buen número de patatas y apetitosos plátanos.

Las dos horas que fueron menester para ultimar los preparativos de la cena viniéronme que ni pintadas para poner el carnet en regla, secar las plantas destinadas al herbario y proceder á las cuotidianas observaciones físicas. Temperatura de Chipaque: diez y ocho grados centígrados. Altura sobre el nivel del mar, dos mil quinientos quince metros, segun las indicaciones de mi barómetro Fortin, magnífico instrumento que acompañó á M. Weddell en el viaje que hizo á través de la América del Sur, con el Sr. Conde de Castelnau (1).

Durante las operaciones me veo rodeado por un grupo de indígenas. Es indecible la estupefaccion que se pinta en el semblante de los chipaqueños. Lo que más les preocupa al parecer es la disecacion de las plantas, la redaccion de las notas, los bosquejos que figuran en el álbum y el aspecto de los instrumentos. Envueltos en sus abigarradas *ruanas*, con los piés desnudos, escupiendo sin cesar, segun una galante costumbre propia del país, siguen en silencio el curso de los trabajos, y se miran unos á otros riendo y con la boca abierta.

Conticuere omnes intentique ora tenebant. (VIRGILIO)

Por fin, uno de ellos, echa pelillos á la mar y pregunta:

—Diga V., señor, ¿es eso para llevar á su tierra?

—¡Cómo no!

—Entónces serán Vds. unos grandes sabios.

—¿Por qué?

—Porque conocen nuestras plantas mejor que nosotros, ya que vienen á buscarlas de tan léjos, lo cual será para curar todas sus enfermedades. ¿Quiere V. venderme su secreto?

—Nada de venderlo, prefiero revelároslo de balde.

—¿De veras? Pues diga V.

—Consiste simplemente en estudiar, ensayar, comparar, y trabajar sin darse punto de reposo.

—No, á fe mia: yo prefiero tenderme á la bartola, beber mucho *guarapo* y hacer revoluciones cuando llega el caso. A propósito, añadió en voz baja inclinándose á mi oido. ¿No sabe V. que esta noche los chipaqueños nos vamos á echar al campo? Sí señor: quieren imponernos á Parra por presidente y nosotros estamos por Sanchez. Las órdenes están dadas para esta noche. Con que pueden Vds. permanecer tranquilos, que la cosa no reza con los extranjeros.

La sopa que humeaba ya sobre la mesa vino á interrumpir esta revelacion incendiaria.

(1) Sin duda por error de caja se hizo poner á Codozzi cuatro mil cuatrocientos ocho metros, en lugar de dos mil cuatrocientos ocho. A tenor de mis propias observaciones la altura de Chipaque es superior en ciento trece metros á la observada por este sabio geógrafo.

Eran las nueve de la noche: estábamos hambrientos y nos caíamos de sueño: en un instante dimos buena cuenta de la cena y nos tendimos, algunos de mis amigos sobre un banco, otros sobre el duro suelo y yo sobre la mesa, probando al poco rato por medio de un sonoroso concierto de ronquidos que ni la dureza del lecho, ni el anuncio de la revolucion proyectada, hacian mella ninguna en nuestros cuerpos rendidos de cansancio.

Al alborear, el nuevo dia vino á sorprendernos ya sobre la silla prestos á acometer una larga jornada. Chipaque estaba tranquilo: por esta vez la revolucion se habria anegado en guarapo. Con que hasta la próxima.

Habíamos perdido ya de vista las últimas cabañas del lugar, y estrechado al pasar la mano del doctor Bayón, botánico bogotano que estaba veraneando en el pueblo, de cuya persona tendré ya ocasion de hablar más tarde, cuando los primeros destellos del astro del dia vinieron á alegrar nuestra marcha. El camino, bastante practicable, desciende con rapidez hácia los valles calientes por una serie de tablas inclinadas en que los esquistos aparecen alternados con los asperones á flor de tierra.

Las cercanías de Chipaque presentan raquíticos campos de cultivo rodeados de muros de piedra seca, amontonada en desórden. Entre esas piedras recogí bastantes fósiles. El paisaje es sumamente triste. Aquí y allá aparece uno que otro cortijo solitario, construido con adobes ó sean ladrillos secados al sol, mamposteados con argamasa de tierra negra y colocados sin plomada. La cubierta de estas construcciones es de paja de los páramos (*Calamagrostis.*) A su alrededor se extienden algunos campos de alfalfa, trigo ó maíz sembrado claro y sin abono. Los pastos secos escalan la vertiente de las montañas, «donde la tierra es tan flaca, como decia Rabelais, que los huesos le agujerean la piel.» Añádese á esto algun sauce solitario irguiéndose á guisa de obelisco vegetal (*Salix Humboldtii*), bajo el cual un pastor medio desnudo y algunas ovejas buscan con avidez la sombra ausente y se tendrá una idea del miserable aspecto que distingue á todo ese distrito, con excepcion tan sólo de las márgenes de los arroyos que revelan una fertilidad relativa.

Debo señalar, no obstante, la existencia ya que no la abundancia de un árbol muy hermoso, que viene á ser la gala de aquella raquítica naturaleza, tal es el nogal de Colombia (*Juglans Bogotensis*). Se parece mucho al nogal negro de los Estados Unidos y produce bellas magollas de gruesas frutas de corteza gris y cáscara leñosa. Entre los matorrales recogí dos lindos alboholes de color de lapislázuli y una graciosa amarantácea de capítulos sonrosados (*Gomphrena dichotoma*). Un pajarillo, el *Griudulus Bogotensis* tiene el agradable capricho de acompañar al viajero en su camino saltando de mata en mata, en medio de una region tan poco grata y atrayente.

Al compás que se baja, los asperones aumentan de tamaño y llegan á ser tan gigantescos, que forman una serie de parapetos verticales de seiscientos á ochocientos metros de elevacion. En estos inmensos muros se pueden leer las estratificaciones horizontales ó inclinadas de Este á Oeste, segun la ley que presidió al levantamiento de toda esta parte de los Andes. Al principio se sigue el curso del rio de Caqueza, que nace allí cerca en el Páramo de la Mesa y el cual hemos de ver desaguar pronto en el pintoresco rio Negro, procedente de la Cordillera, cerca de Fomeque.

Hétenos ya en Caqueza, villachuela de unos seis mil habitantes donde, en los dias de mercado, abundan todos los productos de la comarca. Altura de la villa: mil setecientos sesenta metros. Temperatura media: 20°5. La poblacion se halla situada á dos ó trescientos metros sobre el rio, situacion absurda á la vez que encantadora. En el horizonte se destacan los *Faralones de los Organos*, muy parecidos á los picos de la montaña de los Organos, cerca de Rio Janeiro. El valle se va angostando desde que se atraviesa el puente hasta la villa, pudien-



Villavicencio y los Llanos

do seguirse con la mirada el curso del rio. Las rocas de las orillas aparecen cubiertas de furcroyas de cuyas hojas fibrosas se obtiene un bramante conocido por pita. La variedad que carece de espinas produce la mejor hilaza. Vénse además pomposas pitas que elevan á unos veinte y cinco piés de altura sus bellas girándulas de doradas flores; Bromeliáceas Tillansias decoran las peñas, y en los jardines contiguos á las casas asoman chirimoyas y papayas en abundancia, cuyas especies que me parecen muy poco conocidas, producen, segun dicen, deliciosas frutas. El *Datura Stramonium* (estramonio) pulula por todas partes y recuerda las poblaciones europeas.

Imposible hallar en Caqueza una sola calle ó siquiera una plaza á nivel: todas están en pendiente y llenas de polvo en verano y de lodo en invierno. Se ve en la Plaza mayor una gran higuera de ramas horizontales, cuya copa no mide ménos de veinte y cinco metros de diámetro, mostrando además una parte de sus raíces retorcidas como enormes boas. Este

árbol fué plantado en 1810 al objeto de conmemorar la declaracion de la independencia del país. Por otra parte esta especie de árboles de la libertad se encuentra en casi todas las poblaciones de Colombia.

Me llevé de Caqueza un recuerdo muy poco simpático. A la pereza y á la suciedad que allí dominan en absoluto, debo agregar en cierto modo la mala fe, si he de juzgar por el mesonero, sujeto de mala calaña, á quien tuvimos que arrancar de una mesa de juego para que



La *catedral* de los Llanos

viniera á servirnos un mal pisto de tasajo con patatas. Además, como en Caqueza se verifica el cambio de las mulas alquiladas en Bogotá por las otras que han de conducirnos á Quetame y Villavicencio, hubimos de pasar—pues traíamos prisa—por las más duras condiciones.

A partir de esta triste poblacion el paisaje se anima, sorprendiéndonos agradablemente una gran abundancia de pájaros, mariposas y flores enteramente nuevas para mí. Nada más bello que las sobralias con sus sonrosados periantos tan finos y transparentes que se ajan al soplo más leve. Abundan además las gesneriáceas y los helechos. Los terrenos metamórficos van sucediendo á los esquistos y asperones, y el cáos revuelto de sienitas, pórfiros y sílices contrasta con la regularidad de los estratos superiores. No hay quebrada que no nos ofrezca con sus cantos rodados un verdadero museo geológico.

A las seis de la tarde nos paramos á la puerta de un rancho situado sobre una altura, pidiendo posada para la noche. El rancho lleva el nombre de Mascofio.

—¡Ave María purísima!—exclama alzando los brazos al cielo la Señora Valentina, ó sea el ama de la casa, vieja septuagenaria, al verse delante de cuatro jinetes, dos peones y siete mulas á quienes dar alojamiento y comida.

Por nuestra parte procuramos tranquilizarla y procedemos luégo á instalarnos lo mejor posible. A falta de platos para todos, la buena mujer echa mano de las escudillas; mas ¿qué importa? Las mulas debidamente desensilladas se revuelcan por el corral, y pasan luégo al potrero á apacentarse. Tomás prepara la cena, despluma una gallina, monda las yucas y frie los huevos. Nuestras mandíbulas principian á funcionar en medio de la mayor alegría, y una calabaza de chocolate batido con molinillo y cubierta de espuma entre blanca y morena, completa el refrigerio.

Por primera vez en nuestro viaje colgamos las hamacas y dormimos muy mal, pues se hace preciso estar acostumbrado al decúbito dorsal y saber tenderse en sentido oblicuo que es la posicion que fatiga ménos. Pero una mala noche se pasa pronto. La aurora nos sorprende haciendo las abluciones matinales en un límpido manantial, nos desayunamos con un chocolate y partimos para Quetame entre las bendiciones de la buena anciana.

Seguimos, aunque desde una altura asaz considerable, el curso del rio Negro, que recibe por allí el tributo del Caqueza, cuyo confluente permanece á nuestra vista durante algun tiempo. El camino real (en Colombia llámase camino real á todo sendero, por detestable que sea) se encarama por montes y collados, y eso que hubiera sido sumamente fácil suavizarlo sin más que hacerlo serpentear por el valle; pero los ingenieros colombianos se empeñaron en probar que en materia de caminos la línea recta es la más larga entre dos puntos.

A eso de medio-dia una bajada más rápida que las otras nos lleva á la puerta de una casa de buen aspecto, en el punto llamado Puente de Quetame. La casa en cuestion pertenece al Sr. Pardo, amigo íntimo del Sr. Saenz, el cual nos acoge con la más fina cordialidad. El rio Negro que baña los piés del edificio, no hace mucho rato que lo hemos atravesado por un puente de hierro tendido entre dos robustas peñas. La temperatura se eleva, y en la huerta del Sr. Pardo noto la presencia de las Arracachas, Yucas, Caña de azúcar y Café. Estamos por consiguiente en tierra templada.

El lugar de Quetame se halla situado á un kilómetro de distancia, sobre una loma y el camino que al mismo conduce forma una gran pendiente. La altura del pueblo es de mil quinientos treinta y dos metros, su temperatura media de 21°5 y su poblacion, segun los datos publicados, no llega á dos mil almas. Deseaba visitar las aguas termales que surgen por allí cerca, á flor de tierra, al pié de un cerro de rocas metamórficas; pero convenimos en hacer esta exploracion á nuestro regreso.

Al salir de Quetame debíamos ir de sorpresa en sorpresa. En adelante vamos á encontrarnos en plena vegetacion tropical de las selvas vírgenes. Las aroideas, las marantáceas, las orquídeas y las rubiáceas cubiertas de hermosas flores se amontonan á nuestro paso. El camino recien abierto en una formidable y abrupta cornisa sobre el rio Negro, presenta una sucesion interminable de guirnaldas y son en gran número los arroyos y las quebradas que vierten sus aguas en el indicado rio. Hasta Samuco, en el espacio de pocas leguas, ascienden

á ocho las principales (1) que atravesamos por puentes de madera cubiertos de yerba, en los cuales las mulas hunden sus cascos, á riesgo de escurrirse por los agujeros.

El dia 31 de diciembre habia anochecido ya cuando nos deteníamos frente á una cabaña llamada San Miguel, donde dos hermanas de edad algo avanzada proporcionan pienso á las caballerías de los arrieros que van de paso, con tal que estos traigan consigo algo de que comer. Así pues nos fué preciso echar mano al saco de las provisiones para preparar la comida, á la cual una de aquellas dos beldades en crudo, se dignó agregar algunas tortas de maíz *(arepas)*.

Al levantarnos, el dia siguiente, debíamos recibir una mala noticia. ¡Buen principio de año!... Las mulas se han escapado. El potrero de las hermanas de San Miguel no estaba cerrado y nuestras acémilas tomaron las de Villadiego. Tomás se tira de los pelos; pero se reanima de pronto, se arremanga los calzones, se ata las alpargatas, se mete una torta de maíz en la faltriquera y aunque meneando la cabeza con desconfianza, parte á la carrera en busca del ganado fugitivo.

—Harto las conozco, señor, me dice al partir: quién sabe dónde paran. Esas mulas son *vueltadoras*..... y á estas horas estarán ya camino de Bogotá.

Bajo tan agradables auspicios pasamos una gran parte del dia esperando al buen Tomás y renegando de la maldita sorpresa que nos reservaba el primer dia de año.

Por fin, despues de interrogar más de mil veces el camino, respiramos con holgura al ver regresar al intrépido mancebo, montado en una mula y trayendo las otras por delante. El pobre ha hecho diez leguas á la carrera y regresa con los piés ensangrentados; toma una copa de aguardiente para rehacerse y miéntras nos refiere los medios de que ha debido valerse para dar caza á las fugitivas, nosotros las ensillamos rápidamente, y hétenos ya partidos y á bastante distancia del rancho de San Miguel.

Por una larguísima cuesta, á través de una campiña cada vez más pintoresca, llegamos á la quebrada de Chirajara, encajada profundamente entre dos grandes márgenes verticales cubiertas de una vegetacion opulentísima, en la cual los morelas forman árboles de veinte metros de altura y los *Calicophyllum* destacan del follaje sus encendidas brácteas.

El torrente se precipita con sin igual belleza sobre la hoya del barranco alfombrada de una gran profusion de helechos, marantáceas, selaginelas y begoniáceas que han dejado en mi ánimo un recuerdo tan grato como inolvidable. Desde el puente, situado más abajo de la cascada, se disfruta un golpe de vista que excede á todo lo imaginable, en punto á pintorescos encantos. El camino, abierto entre esquistos mezclados con sienitos y pórfiros, sigue la direccion del barranco por una plataforma sinuosa; y por entre los innumerables chorritos de agua destilante, que saltan de roca en roca, revolotean sin cesar verdaderas nubes de mariposas que por sus matices se asemejan á un enjambre de flores animadas.

En los tiempos á que se contrae mi relato, el camino nuevo terminaba en Chirajara, por lo que hubimos de franquear, no sin vencer grandes dificultades, el alto del mismo nombre,

(1) Estas quebradas se llaman Grande, Jolú, Naranjal, Marcelita, Blanca, Perdices, Tasajera y Susumuco.

para ganar desde allí la meseta de Susumuco (mil ciento sesenta y cuatro metros) á través de un sin fin de quebradas y otros resbaladeros. A mayor abundamiento y para hacer más grata nuestra situacion, nos cruzábamos á cada paso con grandes manadas de bueyes que iban desde los Llanos á Bogotá, haciéndonos correr el riesgo de derrumbarnos por las hondonadas. Luégo las espinas desgarraban nuestros vestidos, de suerte que llegamos cubiertos de harapos á Susumuco, donde en compensacion á tantos contratiempos, habíamos de encontrar la hospitalidad más grata.



Llegada á Villavicencio

Susumuco es una vivienda espaciosa construida con postes sin cuadrar ni desbastar y cubierta de hojas de palma, en donde hacen alto todos los viajeros que recorren el camino de los Llanos. De Susumuco parten los buscadores de quina *(quineros)*, que registran las montañas; tuve ocasion de hablar con uno de ellos que me dijo:

—Aquí se conocen dos clases de quina: la colorada y la amarilla: esta es mucho más estimada que aquella. Cuando vamos á buscarla, salimos por quince dias, en comitivas de cuatro ó cinco hombres, ni uno más. Lleva cada cual cuatro libras de *panela* (azúcar en bruto) y dos libras de harina de maíz. Lo restante nos lo da la caza, muy poco abundante en estos andurriales. El instrumento, una especie de hacha, de que nos servimos para cortar la quina es el que veis ahí, y se llama *abuinche* ó *machete de rozar*. Con él derribamos el árbol y lo despojamos de su corteza.

—¿Y cuánto ganan Vds. en esos quince dias?

—Calcúlelo V. : á lo sumo regresamos con dos arrobas de quina cada uno, que á dos pesos por arroba, nos reporta cuatro pesos (unos diez y seis gramos).

¡Cuántas miserias! y qué salario tan mezquino ganan esos hombres llevando una vida la más arrastrada que puede concebirse, en bien de la salud de los europeos atacados de calenturas.

Despues de hacer por los alrededores de Susumuco excelentes recolecciones botánicas y de tomarnos un buen descanso, partimos para Villavicencio, á donde debíamos llegar el dia siguiente, á la postre de un sin fin de subidas y bajadas por un terreno entre esquistoso y arcilloso y mojado por añadidura. Nuestras cabalgaduras dieron pruebas reiteradas de su asombrosa inteligencia. En los cenagales, si se hundian hasta el petral, ellas mismas se arrancaban haciendo un formidable esfuerzo, y en las cuestas rápidas y resbaladizas, recogian la grupa, acoplaban los cuatro remos y se deslizaban por la pendiente empleando en esta operacion una pericia increible.

Pasamos sucesivamente por Pipiral y Servitá, ántes de ganar el alto de Buenavista, desde cuyo punto el espléndido panorama de los Llanos me produjo una impresion tal, que no se borrará nunca más de mi memoria. Me habian ponderado mucho este espectáculo; pero cuanto me habian dicho estaba muy por debajo de la realidad.

A nuestros piés, á una profundidad de unos quinientos metros yacia la inmensa llanura limitada por un horizonte en línea recta parecido al del mar. Hacia las veces de olas una continuacion de bosques extendidos en un radio de veinte leguas, y salpicadas aquí y allí de praderas naturales que tenian el aspecto de placas amarillentas.

Esas praderas llevan el nombre de sabanas, como en la tierra fria. Al Este se desarrollan las de Apiai y Yacuana, al Sud la de Quebradita y al Norte los llanos de Presentado y de Cumaral, cuyo fondo ribetean las azuladas colinas de Medina.

Las cintas de plata que surcan ese océano de verdor oscuro son el Meta y sus tributarios: el Pajuré, el Chichimené, el Guairiba, el rio Negro, el Guatiquia, el Upin, el Canei, el Guacavia, el Humea, el Gasaunta y un millar de arroyos, llamados *caños* en el país, todos á cual más ricos en vegetacion arborescente. Esas aguas ocupan una superficie de algunos millares de leguas cuadradas, su corriente se acrecienta de continuo con las abundantes lluvias que los bosques atraen, y entregan su caudal al rio Meta, el cual á su vez las rinde triunfalmente al Orinoco en una desembocadura de veinte metros de profundidad y dos mil metros de anchura.

Verdaderamente embriagados ante este soberbio espectáculo, bajamos á Villavicencio, capital del territorio de San Martin, en donde entramos el dia dos de enero á las cuatro de la tarde. Llegábamos por fin al cuartel general de nuestra exploracion para los Llanos, en una comarca encantadora á todo serlo, en medio de una vegetacion la más rica de la tierra y de unos habitantes cuyas costumbres son por todo extremo apacibles y hospitalarias.

V

Villavicencio.—El gobernador Vanegas.—Los Sres. Solano y Lombana.—El agricultor Restrepo.—A la descubierta.—El barranco de Parado.—Las palmeras Cornetos.—Caza de monos.—¡Desventurada madre!—Plantas nuevas.—Niños y mariposas.—Pasaje del Guatiquia.—La vanguardia.—Cultivos diversos.—Caza de loros.—Las avispas furiosas.—Plantas medicinales.—Mariposas nocturnas.—Salitre y la agricultura progresiva en los Llanos.—El cacaotal.—Partida para Cumaral.—La selva más bella del mundo.—El árbol de los tucanes.—Caida desgraciada del Sr. Restrepo.—Cabalgada en pleno bosque y llegada á Cumaral.—La hospitalidad de Ignacio Avila.

Llevamos ya hechas dos etapas de nuestro viaje y vamos á empezar la tercera. Desde que hemos puesto el pié en el continente de Nueva Granada la civilizacion ha ido desapareciendo por grados. Desde las bocas del Magdalena, donde los vapores trasatlánticos van á anudar periódicamente el vínculo de union entre el viejo y el nuevo mundo, hasta las crestas de los Andes hemos visto amenguarse sucesivamente la influencia extranjera que acaba por no conocerse siquiera en las últimas vertientes de la Cordillera oriental.

El valle del Magdalena que hemos remontado en un trecho de doscientas leguas ha sido el primer peldaño de esa escalera gigantesca que concluye en el boqueron de Chipaque al pié del cual aparece tendida muellemente la ciudad de Bogotá, con su poblacion comercial, ocupando el lecho de un antiguo lago sub-andino á ocho mil ochocientos piés sobre el nivel del Océano. Hemos emprendido luégo el descenso por el lado del Este, cuya vía por todo extremo pintoresca dejamos bosquejada en el anterior capítulo. Salvando peñascos, precipicios y cenagales, luchando sin cesar con las asperezas de un terreno á la vez que montaraz, encantador, hemos llegado por fin, mis buenos compañeros y yo, á la cuenca del Orinoco, ó sea á Villavicencio en cuya poblacion acabamos de entrar hambrientos y molidos..... al par que maravillados.

A nuestras plantas se extienden los famosos Llanos, cuyos horizontes de praderas se confunden con el cielo, al igual que las Pampas de la República argentina.

Villavicencio, capital interina del territorio de San Martin, es un lugar, cuya fundacion data á lo sumo del año 1842. Por espacio de unos veinte años el pueblo permaneció en estado embrionario del cual no ha logrado salir sino hasta estos últimos lustros. Su posicion entre los poblados de Medina y San Martin, que están algo más internados en la llanura y su relativa proximidad á la capital, han hecho rápidamente de Villavicencio un centro comercial en donde se reconcentra el ganado de los Llanos, para ser expedido desde allí á las regiones más populosas de la República. Así la poblacion que pocos años atrás constaba apénas de cuatrocientos habitantes es en el dia de mil trescientos y la inmigracion continúa sin cesar, de modo que por poco que las circunstancias la favorezcan está reservado á la naciente ciudad un porvenir halagüeño. Con la carretera de Bogotá y la que se proyecta construir hasta la confluencia del Guatiquia y el rio Negro que puede ser remontado por los vapores del Meta, Villavicencio se encontrará colocada en una gran via comercial por la que tendrán fácil salida los productos de una de las comarcas más fértiles del globo.

Todas las casas de Villavicencio sin excepcion están cubiertas con hojas de palma y forman un buen número de calles tiradas á cordel y con las esquinas en ángulo recto. Nada más

sencillo que esas viviendas. El piso es un área más ó ménos grande de tierra apisonada, sobre la cual se hallan instaladas las tres piedras de la clásica *tulpa*. Entre estas casas se cuentan algunas sumamente confortables. Presentan las paredes blanqueadas con cal y en las ventanas se usan tiras de gasa en lugar de vidrios, pues estos últimos no han penetrado todavía en el territorio de San Martin.

Nuestra entrada en la ciudad hizo sensacion: las comadres se asomaban á las puertas de sus casas y al desembocar en la plaza nos vimos rodeados instantáneamente por una gran muchedumbre. Todo el mundo nos brindaba hospitalidad á porfía; pero yo hube de rehusar sus solícitos ofrecimientos, deseoso ante todo de hacer uso de las cartas de recomendacion que traia para las autoridades.

Destiné, como era natural, mi primera visita al Gobernador del territorio D. Rafael Vanegas, quien, en honor de la verdad, honró como debia la firma del presidente de la República, pues nunca credencial alguna ha merecido una acogida más calurosa. Se dió órden de prepararnos alojamiento y se requisó una espaciosa cabaña con el objeto de instalar en ella nuestro bagaje científico, y yo en tanto me puse en busca de las personas á quienes iban dirigidas las tres cartas restantes, habiéndome cabido la fortuna de encontrar á las tres en casa. La primera carta iba dirigida al Sr. Lombana, el cual ejercia las triples funciones de juez, médico y boticario, en cuyas tres profesiones aunque á simple vista no lo parezca, encontraríamos puntos de contacto, por poco que nos fuesen permitidas tales disquisiciones al pié de la Cordillera. El Sr. Lombana me recibió muy afablemente, leyó y releyó varias veces la carta que le traia y espetó una especie de discurso en un francés de su cosecha, en cuya perorata hay que reconocer que la intencion valia infinitamente más que el hecho en sí, pues este hombre excelente no habia de escasear medios para hacernos agradable nuestra estancia en su país, dejando en nosotros el mejor recuerdo de su persona y de su carácter hospitalario.

La segunda carta iba dirigida al administrador de correos Sr. Solano, á quien debo tributar igualmente un expresivo voto de gracias, pues hasta que partimos no echamos á ménos un solo instante su afectuoso concurso, y áun despues de mi regreso á Paris, he recibido de él una afectuosa carta que ha venido á renovar el recuerdo de las horas felices pasadas en su agradable compañía.

Expresamente he reservado el último sitio para una persona, cuyo concurso debia sernos útil de una manera especial. Tal es el Sr. D. Emiliano Restrepo de Bogotá, propietario de unos vastos cultivos situados en Villavicencio, de quien me habian hablado como de un hombre entusiasta por el progreso y digno bajo todos conceptos de los mayores elogios. El Sr. Restrepo es antioquiano, es decir, hijo del Estado más industrioso de la Colombia. Habia oido contar maravillas de su explotacion agrícola; habíanme asegurado que, merced á su asiduo trabajo, á su incansable actividad y á su inteligencia administrativa, obtenia soberbios resultados y estaba en vías de labrarse una gran fortuna. Y como quiera que su ejemplo tuvo pronto imitadores, bien podia pasar por el iniciador de una verdadera revolucion agronómica.

Fácil me fué encontrar al Sr. Restrepo, el cual todas las mañanas salia de su hacienda, y regresaba todas las noches. Este señor apénas hubo leido la carta que traia para él exclamó:

—Sean bienvenidos V. y sus dignos compañeros. La comida nos está esperando. Conque acompáñenme Vds. á la mesa, y mañana hablaremos de lo que Vds. gusten.

No podíamos rehusar una invitacion tan franca, y convinimos despues de comer, que por aquella noche nos iríamos á dormir á Villavicencio en el alojamiento que se nos habia preparado y que él en tanto saldria al dia siguiente para su quinta de la Vanguardia, donde nos aguardaria para pasar juntos el otro dia. Los Sres. Lombano y Solano se ofrecieron á servirnos de guías, y el Sr. Vanegas por su parte reunió su ejército, por si pudiera convenirnos ir escoltados. ¡Valiente ejército el suyo, compuesto de cuatro hombres que todos juntos reunian dos fusiles de chispa y un Remington,

«instrumento de matar
que estaba por estrenar.»

Esos ínclitos guerreros medio salvajes, medio civilizados, que iban vestidos con prendas que les venian cortas y descalzos para mayor marcialidad, brincaron de gusto cuando supieron que iban á..... prestar un servicio á la ciencia, digo, á hacer una jira campestre con nosotros.

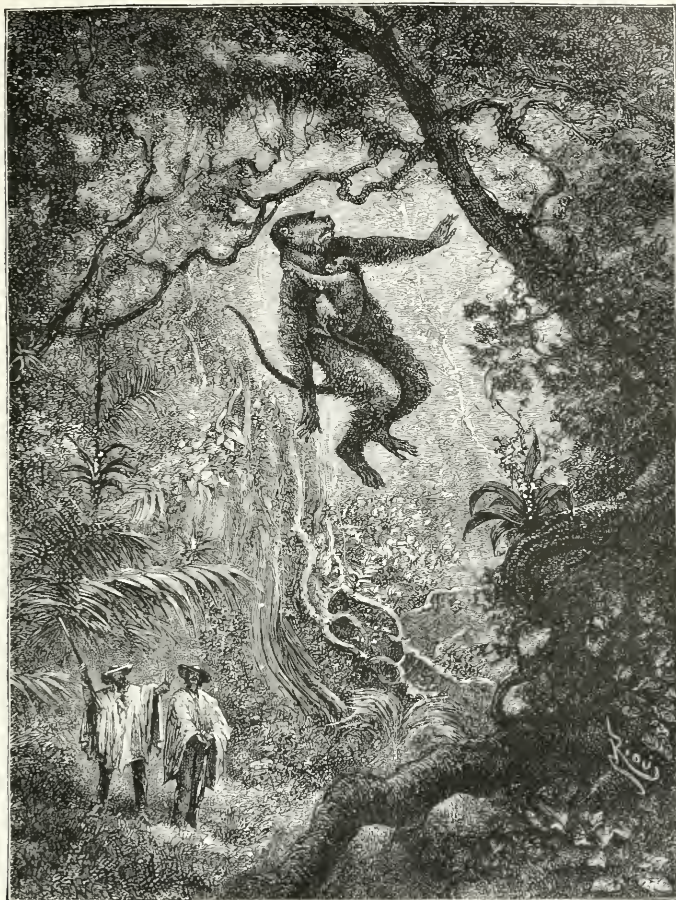
Despues de quitar las sillas y racionar á las cansadas mulas, procedimos á desembalar las cajas de instrumentos, los papeles, etc., etc. Un baldeo completo que precedió á esta operacion, vino á perturbar el tranquilo sosiego de una legion de arañas instaladas en aquel palacio de paja, convertido en laboratorio, salon, comedor y cuarto de dormir. Pronto quedaron tendidas las cuerdas, abiertas las cajas y puestos á secar los montones de papeles, y por último las hamacas se balancearon, colgadas de las vigas.

Don Pepe y su jóven esposa D.ª Pepita que así se llamaban nuestros vecinos de enfrente, se encargaron de prepararnos una refeccion corporal. Púsose una olla de más al fuego: doña Pepita amasó con sus finas manos unas pelotitas de cacao con azúcar moreno; compramos unas chuletas de carnero, y una hermosa pieza de percal de Mulhouse enteramente nueva, hizo las veces de manteles en honor de «Nuestras Excelencias.» ¿Qué más podíamos apetecer? Mesa y techado, caras amigas á nuestro alrededor, y una naturaleza exuberante que nos brindaba con ricas recolecciones..... ¿qué otra cosa necesitábamos para dar principio á los trabajos?

Pasada apénas aquella primera noche, á las cinco de la madrugada, hora en que aún reinaba la más densa oscuridad, el Sr. Lombano vino á despertarnos. Se trataba nada ménos que de ir á ver la salida del Sol en los Llanos. Saltamos en un tris de las hamacas, y despues de dar á mis gentes la órden de ir á reunirse con nosotros, púseme en seguimiento de mi hombre, el cual me hizo escalar á la carrera una loma que domina Villavicencio. A buen tiempo llegamos. El fugaz crepúsculo de las regiones tropicales esfumaba ya con un velo vaporoso las lejanías de la sabana y una línea blanquecina rayaba el arco que forma el horizonte por el lado del Este. Cinco minutos despues aparecia una red de hilos de plata surcando la llanura tendida á nuestras plantas. Estas líneas corresponden á otros tantos caños ó arroyos, en cuyas orillas crece la única vegetacion arborescente de las praderas, y son los mismos que se divisan distintamente desde que se trasponen los últimos contrafuertes de la Cordillera. Sobre aquella masa se destacan además otras cintas más anchas revelando la presencia de los rios Negro y

de Guatiquia, que en las inmediaciones de Villavicencio se unen al Meta, siendo sus dos afluentes principales. El Meta constituye la arteria fluvial mayor de la comarca y es el soberano de toda esa red de rios y riachuelos que en la sabana se cuentan por centenares.

A las cinco y media en punto, se levanta por el Este un gran disco de metal incandes-



Caza de monos en los Llanos

cente cuyos reflejos abarcan la comarca en toda su extension.—Diga V. ¿este espectáculo no le recuerda á V. la salida del Sol en alta mar? me pregunta el Sr. Lombano. A lo ménos, añade, he oido contar que ambas escenas se parecen mucho. En efecto, la semejanza es sorprendente. Pero aquí el puente del buque ó la orilla del mar están sustituidos por un primer término en donde el bosque forma majestuosas bóvedas de follaje, las flores abren sus corolas y esparcen sus embriagadores perfumes, los arroyos murmuran, los pájaros gorjean y la vida rebosa por todos lados bajo un cielo de una pureza verdaderamente ideal.

Largo tiempo hubiéramos permanecido extasiados ante tanta grandeza, á no haber llegado los soldados puestos á nuestras órdenes por el gobernador, para recordarnos que el programa de la jornada comprendia una excursion de las más interesantes, la exploracion de la quebrada del Parado.

La ciudad de Villavicencio se halla situada en la lengua de tierra que separa ese pequeño arroyo de la quebrada de Gramalote, un poco ántes de la union de esta con el Guatiquia. El Parado es un torrente cuyas aguas corren á través de una vegetacion asombrosamente variada.

En sus orillas habia de encontrar una de las palmeras más hermosas de los Llanos, el corneto. Este árbol soberbio era conocido ya de muchos botánicos que han publicado de él interesantísimas descripciones. Pero nadie, que yo sepa, habia logrado introducirlo vivo en Europa, y esto es lo que iba yo á intentar.

Así pues nos pusimos en marcha perfectamente equipados y bien dirigidos, siguiendo en un principio la orilla del rio, á través de los cafetales cubiertos á la sazon de guirnaldas de florecillas blancas como la nieve. Luégo el sendero se borra súbitamente, y empieza la difícil operacion, que á cada paso se renueva en toda excursion á través de la selva vírgen, de abrirse camino á machetazo limpio.

En esta forma seguimos adelantando sin separarnos mucho del torrente, bien saltando por las rocas, bien siguiendo por su mismo lecho, medio sepultados en las altas yerbas, bien, en fin, trepando por los troncos de los árboles tendidos en el suelo, casi podridos y completamente cubiertos de delicadas criptógamas.

A la sombra de las ingas que mostraban sus hojas acuchilladas y sus blancos penachos, en uno de los puntos de la quebrada en que la corriente está más mansa, descubrí una aroidea nueva, verdaderamente encantadora. Su follaje era oval, verdi-negro y surcado de finas nervosidades, y sus flores, ligeramente odoríferas, erguian sus espatos de color blanco el más puro y destacado. Describí y saqué un dibujo de la planta, y á más le dí por nombre el de uno de mis buenos amigos, M. Dechard, arquitecto de Paris. Recogí de paso un buen número de ejemplares de esta hermosa especie (1).

Al cabo de algunas horas de divagar, no sin que las espinas de las malezas pusieran á prueba la solidez de nuestros trajes, cuando el lecho de la quebrada se estrecha súbitamente y las pendientes van siendo más ásperas y abruptas y la vegetacion más densa, descubrí entre los troncos de los árboles más aventajados, cuyas copas interceptan los rayos del sol, una especie de conos formados por una serie de cables del grueso del cañon de una escopeta, que rodeaban la base del tronco de una palmera.

—Ahí tiene V. los cornetos,—díjome uno de los guías. Al fin lográbamos nuestro objeto.

El corneto (*Deckeria Corneto* Karsten) es un árbol soberbio. Su tronco mide cien piés de altura y algunas veces más; es liso, fino y anillado, sobre todo en su parte superior. Consti-

---

(1) El *Anthurium Dechardi* llegó á Europa sano y salvo, y nuestros invernáculos poseen desde entónces esta linda especie, que llegó á florecer.

tuye uno de sus caracteres más salientes un haz de duros arbotantes que lo mantienen clavado sólidamente en el suelo, formando una pirámide de unos dos metros de altura, poco más ó ménos. Esas vigorosas raíces son de un color rojo oscuro ó bien leonado y están erizadas de papilas un tanto espinosas. La enorme *pilorhize*, ó sea la corteza que envuelve la extremidad de la raíz, es en extremo curiosa. El follaje recuerda por su singularidad el de los *Caryotas* de las islas de la Sonda. Desplegada la copa en forma de corona, de seis metros y aún más de diámetro, sus hojas pinatífidas aparecen recortadas en lóbulos de un color verde brillante, y están un tanto roidas en su extremidad superior. Una buena parte de su pedículo está envainado. A las flores, dispuestas en largos panículos colgantes, suceden sartas de frutas de un metro cincuenta centímetros á dos metros, guarnecidas de drupas dispuestas en una doble fila alternada, de una forma semejante á la de las ciruelas claudias. Pero cada uno de esos grumos, que vistos desde abajo parecen del tamaño de un racimo de uvas, pesan la friolera de cincuenta á ochenta kilos.

Von Martius ha pintado más de una vez las inmensas dificultades con que tropieza cualquier botánico para estudiar las palmeras en la América del Sur. El indio, por poco que no le éntre en gusto, no quiere trepar á ningun precio á lo largo de aquella superficie lisa ó espinosa, segun las especies. Así, pues, se hace preciso derribar el árbol para estudiarlo. Pero esta operacion no es tan fácil como parece á simple vista, y si de ello me hubiese cabido alguna duda, ésta se hubiera desvanecido enteramente al ver lo que sucede con los cornetos.

Al primer golpe contra el tronco, que tiene el color y la dureza del hierro, se mella el hacha. Es pues, indispensable, cambiar de táctica y emplear el machete de acero bien templado, y sólo despues de abrir con él pacientemente una incision circular, golpe tras golpe, se llega á las capas ménos densas del árbol. Esta operacion hubiera llenado de asombro á nuestros leñadores, acostumbrados á encontrar el corazon de las encinas mucho más duro que su periferia.

En pocas horas y gracias á los vigorosos biceps de nuestros soldados habíamos hecho una corta regular de cornetos, de los cuales unos cayeron con estrépito, y otros, retenidos fuertemente por los bejucos y lianas, quedaron balanceándose en el espacio á guisa de trapecios gigantescos. Con ello pudimos rellenar algunos sacos de semillas, que me hicieron concebir la grata esperanza de que ya en adelante no se verian privados los cultivos europeos de este hermosísimo vegetal.

En la misma quebrada encontré otras muchas plantas, de ellas algunas conocidas ya y otras enteramente nuevas para mí. Aquí veíanse brillar los penachos escarlatinos del *Brownea grandiceps*, parecidos á un ascua: allá la *Selaginella anceps*, semejante á un pequeño helecho arbóreo, con un follaje azulado con reflejos cobrizos: acullá, una tercera especie, que yo tengo por nueva, y á la cual dí el nombre de *Hemitelia Paradæ*, ostentaba unas hojas tan enormes, que la que ménos tenia tres metros de longitud, habiéndome visto en algunos apuros para poder trasportar una en hombros por el lecho del torrente. Una multitud de plantas criptógamas, entre las cuales predominaban los musgos, las selaginelas, los hongos y las hepáticas, alfombraban el suelo. Y dentro de la corriente pululaban varias especies

acuáticas, entre las cuales algunas culebras coleaban lentamente á poca distancia de nosotros.

Desde lo alto de los cedrelos y jacarandias los monos chillones se reian y hacian muecas y contorsiones á porfía. Pertenecian á la especie del pelaje negro *(Stentor niger)* que es la mayor de esta familia. De ellos uno ha dejado en nosotros un recuerdo impregnado de melancolía. Era una hembra que amamantaba á su pequeñuelo, la cual, á nuestra llegada, en vez de huir como los demás, se quedó sentada en la rama de una cecropia, mirándonos de hito



Caza de mariposas en Villavicencio

en hito, y como quiera que los naturalistas no tienen entrañas, pronto le enviamos certera bala que hirió en mitad del pecho á la pobre madre, la cual en lugar de agarrarse á la rama con las manos ó con la cola, como casi todos sus congéneres al verse heridos mortalmente, apretó á su pequeñuelo contra su regazo, abrió los brazos, lanzó un grito desgarrador y cayó desplomada al suelo. Aquel quejido de agonía zumbó durante mucho tiempo en nuestros oídos.

Habíamos dado principio á la cacería. Volaban por entre el espeso follaje cotingas de azuladas plumas, tangaras amarillas, pájaro-moscas lesbias *(Lesbia Amaryllis)*, sitáculos verdi-azulados *(Psittacula cœlestis)* y rellenamos nuestros zurrones con varios ejemplares de todas estas especies. Por los matorrales saltaba de rama en rama, al alcance de nuestras manos, el *firigüelo (Crotophaga Ani)* mostrando su librea de saca-muertos y lanzando sin cesar su cantito gutural. Este pajarillo, lo propio que los gallinazos, ya no habia de abandonarnos en todo el

resto de nuestro viaje, lo cual no fué obstáculo para que este primer ejemplar pasara á aumentar mi coleccion, que además se enriqueció con un hermoso halcon gris, oculado de blanco.

Era ya noche cuando regresábamos á Villavicencio cargados de botin, y despues de colocar algunas plantas en el herbario y poner otras en prensa, anotadas ya las observaciones meteorológicas del dia, nos tendimos en las hamacas, molidos y fatigados, y pasamos la noche en un sueño.

Al despuntar el dia dimos principio á la verdadera excursion por los Llanos. Componíamos la expedicion Fritz, el señor Saenz y yo, y nos acompañaban un soldado, dos peones y tres mulas. Juan se quedó, á fin de preparar los animales muertos la víspera, secar el herbario, embalar convenientemente las plantas vivas y disponer la caza de los insectos. Excitada la curiosidad de la poblacion por nuestros trabajos, acabó por poner interés en ellos, tanto que cuando se persuadieron de que no éramos mercaderes que íbamos á hacerles la competencia y que sus ganados nada tenian que temer de nosotros, aquellas buenas gentes se esmeraron en servirnos en la medida de sus fuerzas. Desde entónces parecia que se las apostaban á quién nos traeria más insectos, pájaros y culebras. Los muchachos especialmente acudian en tropel á ofrecernos sus servicios como cazadores.

Escogí, pues, una cuadrilla de ellos, y distribuí entre los que me parecieron más aptos é inteligentes una docena de redecillas para cazar mariposas. Imposible imaginar nada más interesante que la persecucion de estos lepidópteros á través de un espacioso potrero que se extendia hasta el Guatiquia. Pocas horas bastaron para que mis improvisados entomologistas recogieran un número considerable de mariposas; pero por desgracia me las traian casi todas ajadas, sin patas ó sin antenas, y áun hubo de costarme mucho llegar á convencer á esos alborotados cazadores de que los tales insectos, no estando enteros, no tenian valor ninguno. Juan se encargó de disciplinar al infantil ejército, y nos despedimos de todos ellos.

La comitiva partió para la hacienda del Sr. Restrepo. Al salir nos dirigimos primero á la parte alta de la poblacion y luégo tomamos hácia el norte, en línea recta, hasta llegar á la márgen escarpada del rio Guatiquia, cuya corriente por el lado de Villavicencio es muy rápida.

Por primera vez, en nuestro viaje, encontrábamos interceptado el camino por un rio algo más ancho que el Sena en Paris, torrentuoso, pérfido y erizado de rocas á flor de agua, cuyo aspecto no inspiraba ciertamente mucha confianza, y eso que debíamos vadearlo, dado caso que alguna avenida reciente no hubiese destruido el vado.

Allí tuve ocasion de admirar la industria y la intrepidez de los indígenas. El soldado que iba con nosotros, hijo de los Llanos, se desnudó junto á la misma orilla, cortó luégo una percha de tres metros y se metió denodadamente en el agua, manejando aquel baston á guisa de sonda. Nosotros le veíamos sumergirse gradualmente entre el hervidero del torrente, cortar la corriente en línea oblícua, mantenerse siempre en pié con extraordinario vigor y llegar á la orilla opuesta, mojado hasta los hombros. Acababa de reconocer el vado; aquel debia ser nuestro camino. Volvió, pues, á buscarnos desandando lo andado, con admirable sangre fria, sin que se le fuese el pié, y lo que es aún más asombroso..... ni la cabeza. Pasamos con él por

el mismo camino; pero esta vez no dejó de apoyarse en el lomo de una de las mulas, cuyo cuerpo opuesto á la corriente le protegia, y por fin.....

«bien ó mal llegamos todos
sin pasar otra aventura» LA FONTAINE.

El señor Solano, amable como él solo, no quiso separarse de nosotros hasta vernos fuera de peligro, y á fin de celebrar tan próspero comienzo, sacó un frasquito de vino español, nos ofreció el sorbo de la despedida y se fué, no sin *besarnos las manos*, segun la fórmula usada en el país cuando las personas se despiden.

Las márgenes del Guatiquia son muy desiguales; la orilla izquierda, á la cual acabábamos de llegar, es baja y se halla cubierta enteramente de grandes espesuras de caña brava *(Gynerium saccharoides)* y de una vegetacion rastrera, sumamente raquítica.

Pero á medida que nos alejamos del rio, reaparece el bosque. Numerosas palmeras, muchas de las cuales eran para mí aún desconocidas, enlazan sus elegantes cimbras; y de ellas una hubo de llamar mi atencion de un modo especial. Era una planta acaula, es decir, sin tallo y su follaje formaba una especie de fuego de artificio. Al pié de la misma se veian unos grandes espatos que contenian los frutos machos, ó séanse enormes *cabezas* apoyadas en el suelo. Este árbol era sin duda ninguna una *tagua* ó palmera de marfil *(Phytelephas)*; pero se diferenciaba bastante de otros árboles del mismo género que habia tenido ocasion de ver en las orillas del Magdalena. Por allí cerca, una aroidea de follaje reluciente y satinado, cordiforme y atravesado de una banda de color blanco el más puro, tapizaba el bosque, por lo que hice propósito de volver por allí á recogerla junto con otras varias especies.

El resto del viaje transcurrió sin más incidentes que algunos resbalones, el inesperado encuentro de un tapir ó cervatillo de los Andes, y un sin fin de cenagales y atascaderos. A eso de las dos de la tarde llegábamos á la Vanguardia, donde nos esperaba el señor de Restrepo.

La hacienda, establecida en plena selva vírgen, no cuenta más allá de cinco años de existencia y no pudo ménos que producirnos una impresion por todo extremo agradable. Encontrarse con una explotacion agrícola en visible estado de progreso, allá en medio de las soledades, constituye en cierto modo una dicha inesperada; pero ésta sube de punto cuando la visita se verifica en compañía de un propietario ilustrado y amable, que ha visto y leido mucho y que tiene un gusto especial en enseñar á los europeos cómo la fortuna, en aquellas feraces regiones, es, en todos casos, la legítima recompensa del trabajo inteligente.

En enero de 1876 hacia sólo cinco años que el señor Restrepo habia comprado la Vanguardia. El terreno resultante del desmonte de un gran pedazo de bosque primitivo, entre dos arroyos, se recomienda por contener una espesa capa de humus, así como por su abundante riego; y el suelo, parte en declive y parte llano, es el más apropiado para toda suerte de cultivos, en especial el cacao y el café.

El precio de la adquisicion habia sido poco ménos que ilusorio: seis mil francos por tres mil hectáreas, fíjense Vds. bien; fué adquirida á *dos francos la hectárea*. Estos terrenos, llamados baldíos, pertenecen al Estado federal y en parte tambien al territorio de San Martin, de los cuales, sin contar con el ganado, reporta sus más saneados ingresos.

Pero justo es consignar que esta baratura, al parecer fabulosa, no es más que una ventaja ilusoria, pues exceden en mucho al *precio de la venta* los honorarios del agrimensor, que delimita los terrenos adquiridos. Así son los agrimensores de aquel país; cuanto más ignorantes, haraganes.... y presuntuosos, tanto más exigentes. Constituyen una verdadera plaga que no está aún en vías de desaparecer y que por algun tiempo, á lo ménos, será un serio obstáculo á la colonizacion del territorio de San Martin.

Una vez dueño del terreno, el señor Restrepo tomó por socio y coloborador á un hijo del país, el señor Rosas, cuya experiencia debia serle de gran utilidad. Al asociarse con él, le puso al corriente de sus planes, le asignó una buena parte de los beneficios, y empezó la explotacion, destinando á ella la suma de cinco mil pesos fuertes, en la cual iban comprendidos la compra y gastos de medicion del terreno, el desmonte y las construcciones: se convino, además, en que no habia de aumentarse este capital en ningun caso y en que todos los beneficios, correspondientes al señor Restrepo, habian de invertirse durante diez años en mejorar la finca, sin que el propietario pudiese distraer para otros fines ni un céntimo de estos primeros productos.

Las operaciones preliminares se llevaron á cabo del modo siguiente: ante todo se pegó fuego á unas cincuenta hectáreas de bosque, y en el terreno resultante, ya rico de sí y abonado, á mayor abundamiento, con la potasa de las cenizas, se obtuvo en ménos de tres meses una gran cosecha de maíz, que fué destinado á la alimentacion de un comienzo de rebaño, cuyas reses hasta entónces vagaban por las grandes sabanas en estado medio silvestre.

Recolectado el maíz, se hace ordinariamente una buena plantacion de plátanos, café y cacao. Las partes montuosas se destinan á prados artificiales, empleándose al efecto dos gramíneas de mucho valor nutritivo: la *Guinea (Panicum máximum)* y la *Para (P. molle)*. Ambas plantas, de vegetacion distinta, son muy vigorosas y dan un excelente forraie, que se encuentra muy difundido en toda la América del Sud. El ganado se apacienta en libertad por la pradera, miéntras los tallos son tiernos; y cuando se endurecen, es decir, durante la estacion seca, se pega fuego á la pradera algunos dias ántes de la estacion lluviosa, y quince dias más tarde la yerba retoña y puede conducirse nuevamente allí el ganado, que durante todo este tiempo ha tenido que sostenerse á fuerza de maíz, si es que no se ha preferido trasladarlo á otros parajes más convenientes.

Nuestro huésped iba poniéndonos al corriente de estos pormenores, miéntras se preparaba la comida; pero como quiera que en Colombia todo suele andar con cachaza, la proposicion que nos hizo de aprovechar la espera girando una visita á los potreros, fué acogida con general asentimiento. Subimos á caballo, y al poco rato corríamos á través de las praderas accidentadas, haciendo con nuestros trotones el juego de las banquetas irlandesas, cada vez que tropezábamos con un leño medio carbonizado, no enteramente consumido por el fuego ni por la descomposicion subsiguiente.

Llegados á los confines del bosque, los chillidos de los loros nos hacen poner pié á tierra, y el instinto que tiene todo cazador nos impele bosque adentro, con el índice en el gatillo. Pero no habíamos andado todavía treinta pasos, cuando nos vimos acometidos por una nube de avispas.

—¡Abajo!... ¡Abajo!...—grita nuestro huésped.

La advertencia llegaba tarde, pues en un abrir y cerrar de ojos estábamos materialmente acribillados de aguijonazos. Nada tan fiero como el dolor que producen esas picaduras: estábamos atontados, anonadados por el repentino ataque de un enemigo casi invisible. Los peones se agitaban como energúmenos, ó se echaban al suelo, cubriéndose la cabeza con sus ponchos; pero ni con esto salieron mejor librados que nosotros del rabioso aguijon de aquellos bichitos, mucho más punzante que el de las avispas de Europa. No conozco esa especie, que ataca con tal furor á todo bicho viviente que pase á poca distancia del avispero; sólo sé que es muy pequeña y que sus alas son verdes, y confieso que salí asaz maltratado para que me dieran ganas de dedicar á ella un momento de atencion, á fin de legarla á la ciencia.



Hacienda de la Vanguardia

Frenéticos de rabia, con el rostro abotagado y los ojos entumecidos, aún persistimos en perseguir á los loros, que con sus gritos roncos y penetrantes parecian burlarse de nuestra desventura. Pero nos hallábamos en tal situacion de ánimo y cuerpo que errábamos todos los tiros, y por otra parte, las malezas eran tan inextricables que á duras penas podia el machete abrirnos paso, de modo que al darse la señal de regreso no habíamos cobrado más que un hermoso ejemplar de loro verde, con la cabeza azul *(Psittacus cyanotis)*.

En los linderos del bosque volvimos á encontar nuestras cabalgaduras, que á la sazon se estaban regalando en aquellos pastos, bien ajenas sin duda de tener que cargar de nuevo con la silla y abandonar aquella deliciosa Capua. Al llegar á la Vanguardia, la sopa humeaba sobre la mesa, la cual habia sido dispuesta bajo un rústico colgadizo que hacia las veces de veranda frente á la quinta.

Magnífico era el golpe de vista que disfrutábamos desde allí: en el patio, cuyo ámbito limitaban los establos y los secadores de maíz, cacareaban las gallinas, disputándose los granos con los pájaros del bosque; en los verdes potreros se asomaban las cabezas de las reses vacunas, medio sepultadas en su rica prebenda; á una y otra parte se alzaban hermosos grupos

de palmeras *unamas*, los únicos árboles que habian sobrevivido al incendio, los cuales formaban vivo contraste con los troncos de los demás, que se mantenian en pié, si bien carbonizados por la operacion del desmonte (1); finalmente, los campos de *Yuca* (*Manihot utilissima*) de hoja palmeada y de un color verdi-azulado, unidos á los de maíz de un tono más pálido, revelaban la fertilidad de aquella bendita tierra, fertilidad que toma creces con el riego natural de un arroyo, cuyas aguas murmurantes se deslizan junto á nuestras plantas.

Por primera vez probamos la *tavena*, tubérculo perteneciente á la familia de las Dioscóreas (probablemente la *Dioscorea Cliffortiana* de Lamarck), cuyo sabor recuerda algo el de la batata y el de la patata, ó mejor aún el del ignamo ó batata de China, si bien tiene un aspecto ménos glutinoso. Acompañado de plátanos y caldo y aderezado con pimienta y achiote, el



Irrupcion de avispas en la Vanguardia

plato nos supo á gloria, á lo cual tambien contribuyó tal vez el voraz apetito que teníamos todos.

Despues del espumoso chocolate, remojado con un vaso de agua del arroyo cercano, nuestro anfitrion continuó enumerando sus riquezas y habló largamente, en especial de sus plantaciones tiernas. Eran en gran número los árboles frutales que llevaba plantados, cuyo tallo protegia con un armazon de madera; entre ellos se contaban los siguientes: mangos, caimitos, mameyes, zapoteros, naranjos, limoneros, cocoteros y chirimoyos. Todos ellos crecian á ojos vistas y prometian cubrirse de fruta cuanto ántes.

— Pero lo que yo quiero introducir aquí principalmente — decia el señor Restrepo — son los vegetales útiles á la medicina. Ya tengo plantados algunos de los que se dan sólo en los bosques: precisamente desde aquí se ven.

»El primero, llamado *hobo*, produce una fruta ácida del tamaño de una ciruela pequeña, y se emplea como vulnerario.

(1) Se da el nombre de *desmonte* á la primera devastacion del bosque, obtenida sencillamente por medio del fuego, y sembrando maiz en el terreno resultante. Los troncos de los árboles grandes permanecen derechos, desnudos y carbonizados, hasta que la descomposicion, que á veces no sobreviene sino al cabo de algunos años, da con ellos en el suelo.

»El *cordoncillo* (especie de *Piper*) es, si cabe, mejor, pues cura con rapidez las heridas sin más que lavarlas con una infusion hecha con sus hojas verdes. Estas pueden tambien secarse y reducirse á polvo, y entónces no hay más que espolvorear la llaga que se pretenda curar.

»El *tacai* es un árbol que produce una especie de almendra subtriangular y comestible, de la cual se extrae un aceite tan excelente que por su sabor compite con el de oliva.

»La *copaiba* ó *capivi* (una de las especies colombianas del *Copaifera*) produce una resina abundante, de la cual se extrae el bálsamo de copaiba.

»El *bálsamo de Tolú* preparado con el *Myrospermum tolniferum*, que no dejarán Vds. de encontrar en el bosque, segrega igualmente una resina muy preciosa.

»La *zarzaparrilla* abunda mucho por aquí; la *quina* se encuentra en el monte; el *cautchuc* en tierra caliente, y me han asegurado, sin que todavía haya tenido ocasion de comprobarlo, que la *ipepacuana* se da en las hondonadas cubiertas de grandes árboles. Y nada digo de las palmeras, tan numerosas como bellas, útiles y variadas, puesto que Vds. van á tener ocasion sobrada de estudiarlas en su mismo cuartel general.

»Pero es hora ya de que deje á Vds.,—añadió el señor Restrepo,—pues debo ir todavía á la otra hacienda, distante una hora de aquí, donde me aguarda mi señora, un tanto enferma de calenturas. Pueden Vds. pasar la noche aquí: creo inútil recordarles que están en su casa.»

Y despues de despedirnos, nuestro anfitrion se alejó rápidamente.

La preparacion de los herbarios y la redaccion de algunas notas me entretuvieron hasta la noche, una de esas noches de tierra caliente, imposibles de describir y de hacerlas comprender á los que no han tenido la dicha de gozarlas. El barómetro me indicó una altura de cuatrocientos ocho metros sobre el nivel del mar. En medio de una temperatura deliciosa, y bajo un cielo de una limpidez sin igual, los mil rumores del bosque vecino se unian formando un concierto de inefáble dulzura. De vez en cuando un dardo inflamado surcaba la atmósfera revelando el paso de gruesos cucuyos (*Pyrophorus noctilucus*) y de luciolas á millares.

Este reposo absoluto engendró en mi mente la idea de organizar una cacería de mariposas nocturnas. Desembalé, por tanto, algunas redecillas, armé á mi pequeña escolta de antorchas y despues de escalar algunas barreras y tropezar con no pocos troncos de árboles caidos, instalé convenientemente á mis Luciferes, que tales parecian á aquellas horas con las antorchas encendidas, en un potrero abandonado. Pocos instantes despues, las Esfinges, Bombicias, Noctuelas, Tineidas, Attacos y Falenas, revoloteaban en tropel alrededor de las antorchas, miéntras yo esgrimia el *mariposero* (1) y llenaba cajitas y más cajitas.

Un grito de angustia interrumpió de súbito esta fiesta fantástica.

—¡Ave María bendita!—exclamó el guía Juan echándose al suelo.—¡Vámonos..... que el diablo está aquí!—gritaba con acento tembloroso.

Si no el verdadero diablo, un gran murciélago vampiro de un aletazo le habia hecho caer la antorcha, llenándole de pavura. Pasé la pena negra para lograr que se levantase y tranquilizarle, y regresó con nosotros muy azorado, murmurando una oracion entre dientes, lanzan-

(1) Tal es el nombre que dan en el país á la redecilla de cazar mariposas.

do imprecaciones contra el maligno espíritu y jurando y perjurando que no le atraparíamos más.

La noche transcurrió con la mayor tranquilidad, y al amanecer estábamos ya camino del Salitre, otra de las explotaciones del señor Restrepo.

El sendero atraviesa algunos cultivos nacientes, de un aspecto muy agreste. Los arroyuelos, entre los cuales volví á ver ejemplares de mi *Anthurium Dechardi*, cubierto de florecillas blancas, rodaban en gran número silenciosamente bajo el bosque, alimentando una verdadera colonia de pájaros acuáticos. El silencio matinal, la luz plateada del amanecer, la suavidad de la temperatura, los olores vagos del follaje, ménos penetrantes y violentos que los de las flores en mitad del dia, impregnaban todo nuestro sér de bienestar inefable.

A las ocho llegábamos al Salitre.

— Todo está dispuesto,— nos dijo el señor Restrepo, despues de darnos la bienvenida y rogarnos que nos apeáramos; — escogidos los criados, acopiadas las provisiones frescas, los sables aguzados y cargadas las armas. A medio dia partiremos para Cumeral. Ahora, si á ustedes les parece bien, vamos á tomar un baño.

A no mucha distancia de la casa, sombreada por grupos de hermosos plátanos y rodeada de un cordon de piñas en plena madurez, bardal tan magnífico como incitante, se deslizaba el arroyo del Salitre, pequeña corriente que desciende de la Cordillera, á no mucha distancia de allí, y desagua en el Guatiquia, cerca del rio Upin, formando por este lado el límite natural de la gran selva. Allí tuvimos el placer de tomar un baño sin igual, en el agua diáfana de una pequeña caleta sombreada, bastante extensa para permitir la natacion, y con un fondo de arena fina y plateada. Grandes ingas nos resguardaban del sol y erguian sobre nuestras cabezas sus largos y odoríferos estambres. Las afelandras de corolas de escarlata se reflejaban en el agua, cobijadas por las graciosas palmas de las geonomas y por espesas matas de bambú. Las heliconias de la orilla eran tan grandes que una hoja sola hubiera bastado para cubrir á un hombre entero. Unas arañas enormes de una especie nueva para mí, estaban al acecho de alguna presa alada, acurrucadas en el suelo junto á la orilla, mostrando su cuerpo parduzco con barras blancas y sus prolongadas y ganchudas patas, dotadas de una agilidad sorprendente. Y en tanto los pececillos acudian á bandadas á mordernos las piernas, escena íntima al par que encantadora que quedó grabada hondamente en mi memoria.

A nuestro regreso atravesamos las nuevas plantaciones, que su digno propietario tenia empeño en enseñarnos, las cuales han acrecentado rápidamente su fortuna.

En estos terrenos de profundos aluviones acarreados por los torrentes de los Andes orientales, prosperan de un modo admirable las plantaciones de cacao y café. Tengo para mí que si alguna vez la emigracion europea se deja tentar por las seducciones de esta nueva tierra de Canaan, esto será debido á las descripciones exactas de los viajeros imparciales, no ménos que á la indicacion precisa de los medios de produccion que mejores resultados han dado á los colonos que la habitan.

A fin de cooperar en lo posible á estos resultados, describiré ante todo el sistema empleado en Salitre para el cultivo del cacao, reservando para despues hablar de los cafetales de Ocoa, situados en una region vecina.

Las primeras condiciones de éxito que exige el establecimiento de un *cacaotal* ó *cacahual*, consisten en la riqueza del suelo, en un buen drenaje y en la frescura del subsuelo.

El exámen de las capas del terreno de Salitre (1) me ha dado el siguiente resultado: primero, un buen lecho de humus cuyo espesor varía desde cincuenta centímetros á un metro



Caida del señor Restrepo

y aún más: debajo un mantillo de tierra vegetal mezclada con arcillas rojizas y negras y luégo una capa de asperon descompuesto. Las arcillas y el asperon, más densos que la capa humosa, constituyen el subsuelo, que se hace permeable gracias á la gran copia de cantos rodados acarreados por las aguas y enterrados en ese limo compacto. En los puntos más próximos á la montaña he encontrado fragmentos de gres y de esquisto ferruginoso y carbonífero, sulfuro de hierro cristalizado, cuarzo cristalino y cuarzitos de dimensiones varias. La capa de arcilla es enteramente roja y descansa sobre un nuevo lecho de greda amarillenta, mezclada con

(1) La altura de Salitre es absolutamente igual á la de la Vanguardia, ó sean cuatrocientos ocho metros.

cantos, cuyo tamaño disminuye á medida que se aleja de la Cordillera, por haberse amenguado con la distancia la potencia de acarreo de las aguas.

Pues bien, este suelo profundo, fresco y sano, es el que eligió el señor Restrepo para emplazar en él sus cacaotales. Empezó por hacer una buena sementera de semillas de cacao y la destinó á almáciga ó criadero, cuidando de establecerla con exposicion á levante, en cuadros de terreno sombreado y bien mullido. Para la sementera indicada, adoptó la variedad de fruto gordo llamado de Caracas, sin por eso desdeñar una especie distinta muy difundida en la provincia de Antioquía, cuyos frutos (mazorcas), más pequeños y muy abundantes, aventajan á aquél en calidad.

Miéntras las nuevas plantas brotaban y adquirian consistencia, nuestro *haciendero* mandó devastar los altos árboles del terreno destinado á la plantacion definitiva y proceder á la quema de la vegetacion baja, sembrando de maíz el terreno desmontado, con lo cual éste se limpió, amén de obtenerse una buena cosecha al cabo de los cien dias. Seguidamente procedió á la plantacion de un verjel de plátanos á cuatro metros en cuadro y en tiras de caballon, y luégo trasplantó los cacaoteros en el lugar que les estaba reservado, de modo que, teniendo sus tallos sólo ocho meses de edad, los plátanos debian darles sombra por espacio de dos años. Al cabo de este tiempo se requiere una sombra nueva, que se obtiene sustituyendo gradualmente los plátanos por una leguminosa arborescente (*Erythrina corallodendron*) que ha de cobijarles en definitiva.

Los cacaoteros en tales condiciones empiezan á producir desde el año tercero. Una plantacion de esta edad que tuve ocasion de ver en el Salitre, empezaba á cubrirse de almendras de un hermoso color rojo oscuro ó amarillo, segun la variedad de la planta.

Este cultivo no exige otro cuidado que la defensa de los árboles contra un gusano que se ceba en su corteza, y procurar que el terreno esté bien limpio y mullido, enterrando la hojarasca de los plátanos, que comunica al suelo una frescura altamente saludable.

En tales condiciones y dado que la produccion comience en los Llanos al año cuarto, el balance de una plantacion de cacaoteros bien entendida puede resumirse así: Veinte mil árboles cubren cincuenta hectáreas de terreno. El coste de establecimiento, capital é intereses y la compra del terreno y gastos de cultivo hasta el año octavo, época en que empieza la produccion en grande escala, se elevan á cuarenta y nueve mil francos. A partir de este momento, la venta del fruto, calculada á trescientos francos por diez arrobas, rendirá treinta y dos mil francos anuales, y retirando siete mil francos para gastos de administracion, explotacion y recoleccion se obtendrá un beneficio limpio de treinta y cuatro mil francos, ó sea un cincuenta por ciento del capital invertido.

Y conste que estas cifras no tienen nada de ilusorias: sépanlo los emigrantes, y no olviden los colombianos, por su parte, que será imposible obtener todo el provecho de esos tesoros hasta el dia en que se cierre definitivamente la era de las perturbaciones que labran la ruina de su hermoso país.

La mayor impaciencia dominaba entre la gente, desde que regresamos á la casa, para almorzar y partir en seguida. El señor Restrepo, rodeado de sus nueve hijos, nos esperaba en el

umbral de la puerta, y así que llegamos nos invitó á sentarnos ante el *chupe*, que es el plato nacional. Pronto quedó exhausto el vasto puchero, y las yucas, los plátanos, las patatas y los huevos que formaban el acompañamiento de unas buenas tajadas de carnero, desaparecieron en ménos que canta un gallo. A los tres citados tubérculos se agregaba un cuarto, cuyas hojas pedí me mostraran, reconociendo en él la colocasa comestible (*Colocasia esculenta*), designada allí con el nombre de *chonque*.

A medio dia en punto estábamos ya montados y una salva de mosquetería saludaba nuestra partida. La comitiva se componia del señor Restrepo que abria la marcha, su mayordomo Rosas, los tres europeos de la comision y un número proporcionado de peones armados todos de machetes.

Al principio seguimos el lecho del rio de Salitre, cuyas marmóreas orillas presentan estrías ferruginosas y eflorecencias blanquizcas sobre las piedras en descubierto, probándome que no en vano me habian dicho que sus aguas contienen óxido de hierro y cloruro de sodio. Las cañas bravas, altas cañas dísticas, aparecian enguirnaldadas de hermosísimas enredaderas, llenas de campanillas purpúreas y azuladas. Al pié de ellas divisé los cálices rojos y erizados y las corolas doradas y torcidas del *Hibiscus ferox*. Y entre ese hermoso follaje aburbujado y con nervios de escarlata, se hallaba al acecho un gran martin pescador de prolongado pico (*Ceryle amazonica*).

Apénas penetramos en el bosque ofrecióse á nuestras miradas un espectáculo inesperado. Jamás desde el exterior hubiera podido imaginar la presencia de una vegetacion tan opulenta. Cuanto habia visto hasta entónces, ya nada significaba. Las mismas orillas del Magdalena quedaban eclipsadas totalmente por aquella flora tropical en plena ostentacion de su maravillosa pompa.

El camino, que nos franqueaban los peones machete en mano, aparecia orillado de grandes columnas arborescentes, semejantes á las de una catedral gigantesca. Velaba la atmósfera que nos envolvia, misteriosa penumbra, no turbada en la hora meridiana por el grito de ningun animal ni por el canto de un solo pájaro. El tronco de los árboles estaba cubierto de arriba abajo de plantas parásitas. Numerosas lianas, las unas sutiles como cabellos, las otras gruesas como el muslo, se encabestraban de mil modos entre el ramaje y se erguian en las cimas superiores, ostentando allí orgullosamente sus más brillantes flores. Veíanse entre ellas bauhinias, pasionarias, aroideas de enormes hojas, ciclantos de nudos regulares, helechos trepadores, pimenteros, vainillas y bignoniáceas de colores deslumbrantes. De esas bóvedas de follaje caia sin cesar una lluvia de flores, sin que pudiese adivinarse de qué clase de árbol procedian. A uno y otro lado, la caña lisa y cenicienta de la palmera *unamo* mostraba en su extremidad un fuego de artificio de hojas soberbias, rodeadas de espesa borra oscura. Más allá, de otra palmera de los Llanos, de la *Astrocarium Cumarc*, colgaban racimos de frutas comestibles del tamaño de los albaricoques, protegidos por las espinas del tronco contra las incursiones de los monos.

Sobre el tronco acostillado de las higueras de cautchuc, de los cedrelos, jacarandias y anacardos, veíanse, subiendo al asalto, innumerables legiones de epífilos, musgos, líquenes,

orquídeas, bromeliáceas suspendidas por cables como las lámparas y arañas de Nuestra Señora de Paris, helechos de redes de encaje, *Coranthus* de verde cabellera y vainillas de carnosas guirnaldas. Todas esas parasitarias se pegaban á la corteza; servíanse mutuamente de grada, se instalaban en la bifurcacion de las ramas, se suspendian en las lianas y poco á poco roian la sustancia leñosa del árbol, acabando por descomponerlo, hasta dar con él en tierra, derrumbándolo con estruendo. Pero ni áun despues de la caida de estos gigantes del bosque, aquella poblacion vegetal cedia en su empeño de crecer y nutrirse con la sustancia carcomida del viejo leño, como si despues de vencerlo pretendiera aún erigirlo en pedestal de su triunfo.

¡Ah! ¡Cuán anonadado no debe sentirse el hombre, ese pretendido rey de la creacion, en presencia de esta manifestacion sublime del poderío divino! ¡Y cuán digno de compasion no seria el sér humano que sordo á la emocion ante ese prodigioso génesis de la vida en su expresion más alta, no sintiese brotar de lo más hondo de su pecho agradecido, un himno de alabanzas al Autor de tantas y tales magnificencias!

Uno de esos árboles titanes nos convidó á detenernos en su presencia. Era de dimensiones tan colosales que las ramas altas tenian un diámetro que podia competir muy bien con el tronco de nuestras encinas más formidables. Los guías le designaban con el nombre de «árbol de los tucanes,» y en efecto, grandes bandadas de esta extraña picaza tenian su domicilio entre sus ramas. Desmontar y hacer retemblar la selva al eco de los disparos, fué obra de un instante, y pocos momentos bastaron para ver caer á nuestros piés tucanes de varias especies (1). Millares de psitáculos (cotorras verdes y azules del tamaño de gorriones) revoloteaban azorados alrededor de la cima, sin que se les ocurriese, ¡cosa más rara! huir á la detonacion de los tiros.

Repletos los zurrones, despedímonos del árbol de los tucanes y la cabalgata se internó en el bosque. Por desdicha, un triste accidente habia de turbar la alegría de una excursion tan agradable. Gran parte del camino que recorríamos era arcilloso, húmedo y resbaladizo; marchaba yo al lado del señor Restrepo, el cual montaba un caballo blanco muy fogoso; por cierto que á la sazon hablábamos de Francia. De súbito, al pasar junto á un *Ficus* enorme y de raíces salientes, tropezó el caballo de mi compañero y derribó al jinete, con tan mala suerte que éste quedó cogido como una cuña entre el bruto y las raíces. Eché pié á tierra y ayudé al herido á levantarse. El señor Restrepo conservaba el conocimiento, pero, ¡ay! tenia dos costillas fracturadas. Su semblante se tiñó muy pronto de una lividez cadavérica. Levantámosle con cuidado y despues de prodigarle los primeros auxilios, hubimos de proseguir solos la comenzada ruta, disponiendo que acompañaran al herido su mayordomo y uno de los peones.

Triste despedida fué aquella. La fatalidad nos separaba de un compañero noble y amable, que conocia á fondo la vida de los Llanos, y que lleno de ardor y dotado de grandes conocimientos, nos hacia presentir una de las excursiones más provechosas y agradables á través de aquella naturaleza vírgen. Grande era, por otro lado, la inquietud que sentíamos por el des-

(1) Pertenecen á tres especies distintas, el *Romphastos ambiguus*, el *Pteroglossus albivitta* y el *P. melanorhynchus*.

enlace de aquella aventura. Al separarnos no nos dijimos adios, sino hasta la vista, y miéntras el pobre regresaba á la Vanguardia, nosotros seguimos internándonos en el bosque.

Así proseguimos por espacio de algunas horas. Los caños se multiplicaban. Tuvimos que franquear primero el rio Upia y luégo el Canei, afluentes ambos del Guatiquia, arroyos apacibles durante la estacion seca, á pesar de henchirse rápidamente en la época de las lluvias sin ofrecer, empero, peligro alguno de inundacion, puesto que sus aguas se han cavado un profundo lecho entre el humus y la arcilla del bosque, discurriendo á más de dos metros de profundidad del nivel del suelo.



El carate

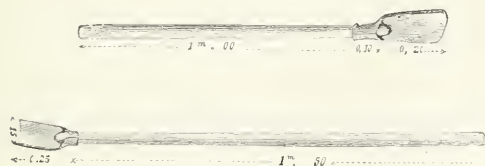
A las cinco y media desembocábamos en la sabana, á la vista de Cumaral. Esta localidad, cuyo nombre figura majestuosamente en el mapa, se reduce á un modesto grupo de cabañas perdidas en la inmensidad de la pradera, una de las cuales, aislada, cubierta como las otras de hojas de palmera y con un rancho más pequeño al lado, destinado á cocina, pertenece á un buen sujeto llamado Ignacio Avila, la mujer del cual nos recibió con rostro risueño y puso su casa á nuestra disposicion, de la manera más cordial y afectuosa que pueda imaginarse. En un periquete, ella y la india que la servia de criada, proporcionaron lo menester á los peones para el cuidado de las caballerías, acogotaron un par de gallinas, colgaron las hamacas en la sala principal y echaron un refuerzo de batatas y plátanos frescos á la marmita.

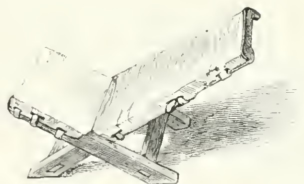
El dueño y señor de la finca, Ignacio Avila, no tardó en aparecer. Eran sus rasgos los de un hombre de unos cincuenta años, medio colombiano, medio indio, vigoroso de cuerpo y de buen porte, si bien que con el rostro manchado por la extraña enfermedad á que se da allí el nombre de *carate*. Esta afeccion cutánea consiste en una descoloracion del pigmento natural y en una especie de panachura sub-cutánea, que deja el rostro cubierto de manchas parecidas á las de un mapa, generalmente azuladas sobre fondo pálido. No obstante, no siempre es igual este matiz, conociéndose varias especies de carate. Para su tratamiento y curacion están indi-

cados los compuestos mercuriales; es sabido ya que tratándose del mercurio á veces resulta el remedio peor que la enfermedad.

Avila nos acogió con no ménos solicitud que su mujer. Depositó en el suelo la pala, apero para el cultivo de los cafetales, y el barreton, que se usa para hundir las estacas con que se forman los cotos donde se guarda el ganado, y sentándose con gravedad sobre un pequeño asiento de madera forrado de cuero de buey, del cual, por ser muy curioso, tomé un dibujo, trabó conversacion con nosotros.

No habia anochecido aún, por lo que, en espera de la cena, nos quedó tiempo de ir á matar algunos pájaros, pasando á enriquecer mis colecciones de aquella hecha un halcon garrapatero macho y adulto *(Asturina nítida)*.





Herramientas y silla en Cumaral

Empezábamos á sentirnos fatigados. Entre la tavena, el tasajo, las yucas y una variedad de plátanos propia de aquella comarca, llamada arton, sazonado todo con una buena dósis de pimiento, figuraba en la cena, y constituia su elemento principal, un plato de resistencia, conocido en los Llanos por *ajiaco*.

La señora, que se mostraba cada vez más solícita y afectuosa, nos hizo el inventario de sus riquezas, consistentes en dos estampas de Epinal clavadas en la pared con alfileres, un fusil herrumbroso, que sin duda se acordaba de la Conquista, y lo que valia más que todo esto, sus hamacas de red, formadas con dos distintas especies de cordel, hecho con fibra de palmera.

Al vernos comer naranjas de un magnífico árbol plantado junto á la puerta de la cabaña, nos dijo:

—Cuidado, señores: no olviden Vds. el proverbio sobre la naranja; aquí en los Llanos se dice que por la mañana es oro, al medio dia plata y por la tarde mata.

A pesar del proverbio, las naranjas nos sentaron muy bien, y dormimos de un tiron toda la noche hasta el dia siguiente.

VI

Cumaral.—Los indios churoyes.—Moriche y Cumare.—Fabricacion de hamacas.—Ganado bravo.—Un arrozal económico.—¡Perdidos en la sabana!—La Chica y el Didelfo.—Una hoja ensangrentada.—Las veinticinco palmeras de los Llanos.—El dragon de los Morichales.—Llegada á Upin.—La salina.—Un baño de lodo.—El director Gonzalez.—Grandeza y miseria de un funcionario colombiano.—Caza de la danta pinchaque y de guacamayos.—Explotacion minera mal entendida.—Estudio industrial y económico sobre la salina de Upin.—La moribunda.—Un gobernador herborizante.—El *Philodendron gloriosum*.—Regreso á Villavicencio.—Un carnicero naturalista.—Descanso y trabajos.—El racimo de Canaan.

Cumaral está situado á 75° 54′ de longitud Oeste y 4° 22′ de latitud Norte, á poca distancia de uno de los numerosos caños que vierten sus aguas en el Guatiquia. Creo haber indicado anteriormente que este rio, despues de unirse al Negro, desemboca en el Meta, el cual es navegable hasta dicho punto y áun un poco más arriba.

Aparte de las cabañas que he descrito ya, hay en Cumaral una especie de pueblo: la suma de los habitantes diseminados podia evaluarse en unos doscientos en los tiempos en que se explotaba la salina, pero despues ha disminuido bastante. Su altura es de trescientos ochenta y seis metros y su temperatura media de unos veintiocho grados.

Los indios de las sabanas, si bien son más numerosos en la orilla derecha del Meta, no faltan por eso en la vecindad del lugar donde acampamos. Los tales suelen recorrer todo el territorio de los Llanos, desde Cabuyaro á Pachaquiaro y hácia el Sudeste. Los que habitan en la region que atravesamos, pertenecen á la tribu de los chucunes, cuyo cuartel general está cerca del Meta, en Maquivor y en la proximidad del rio Manacacia, y á la de los churoyes, que remontan las orillas del Ariari hasta encontrar el Meta.

Altos y bien conformados, tienen estos últimos el cútis de color de hoja seca, con un pigmento más ó ménos intenso. Sus miembros difieren de los que presentan los indios del Norte de Colombia, por la elongacion de los huesos, y se distinguen, además, por la finura de las inserciones: su cabeza, bien destacada de los hombros, tiene la forma subcuadrangular; el ángulo facial difiere poco del de la raza caucásica, y tienen, además, el cuello largo y fino. Sus cabellos negros, espesos y lacios, despues de cubrirles una parte de la frente, les caen en masas iguales sobre los hombros. Sus ojos, inclinados de abajo arriba, desde la carúncula lacrimal hasta el ángulo externo, son pequeños y penetrantes. Su nariz es ancha, y aunque fina en su nacimiento, su extremidad inferior presenta dos alas algo separadas: tienen la boca grande, los labios gruesos y la barba rala. Siguen la costumbre de cortarse los dientes por la corona y en sentido trasversal. Su cuerpo, y en especial cuanto concierne á los brazos y piernas, es musculado, y las mujeres suelen presentar la concavidad posterior de la region lombar muy desarrollada. Sus manos y piés son regulares y por punto general cortos y nervudos. El sexo femenino no presenta el tórax voluminoso que distingue á las indias de la Cordillera del Norte, y sus pechos son ovoides con pezones obtusos.

Los indios churoyes hablan idioma gutural, sumamente áspero, que no tiene parte de semejanza alguna con el de las tribus del Orinoco.

Los miserables ranchos ocupados por esas pobres gentes consisten en una barraca de forma cónica hecha con estacas revestidas de hojas de palmera y sin más abertura que la puerta de ingreso. Los hombres llevan una pampanilla ó taparabo, llamado *guayaco*, tejido con las hebras de una corteza que lleva el nombre de *tataja*, y se sujetan esta prenda á la cintura por medio de cuerdas de cumare. La que usan las mujeres es un tanto más larga y se llama *furquina*. La *tataja* se extrae de la corteza de un árbol (probablemente alguna malvácea), machacándola hasta que las fibras se separan de la sustancia mucilaginosa, y despues de lavarlas, se ponen á secar al sol por espacio de algunos dias, hasta que toman un hermoso color claro. En tal estado, el hilo se emplea para tejer el vestido de los hombres. El de las mujeres (la *furquina*), casi siempre lo tiñen de color rojo por medio de la *chica* mezclada con una resina llamada *urrucai* (1). No se limita á éste tan sólo el uso que los churoyes hacen de la chica, pues siendo esta sustancia indeleble, la emplean tambien para pintorrearse con rayas encarnadas los brazos, las piernas y el semblante. Las mujeres se embadurnan sólo el labio inferior, y con la propia tintura se puntúan las cuatro extremidades.

Su tocado consiste en una corona ó cerquillo de plumas de *guacamayo* (*Ara Aracanga*) y de cotorra, pero generalmente llevan la cabeza desnuda. Adornan su garganta con unos collares de dientes de animales ó granos de variados colores, y las orejas con astillitas de palo ó troncos de junco atravesados; y para completar ese alarde de coquetería, suelen añadir á ello pedacitos de vainilla ó de raíces odoríferas.

Los churoyes se levantan con el alba; su primera tarea es *mariscar*, ó como si dijéramos, cazar y pescar. Sus armas consisten en un arco hecho con un palo de palma y algunas flechas de una caña muy ligera, parecida á la de bambú (*Chusquea*), á la cual ellos llaman *arrajo*. La extremidad de la caña va armada con dientes de animales, aguijados, y á veces con clavos y hasta con pedacitos de alambre, que adquieren de los *Llaneros* á cambio de hamacas y otros objetos de su fabricacion, pieles de lama, copaiba y algodon silvestre.

Las hamacas, llamadas *chinchorros*, están tejidas con cordel de tres clases: la red es de palmera moriche, las ataduras son de cumare, y las gruesas sogas, destinadas á sostener el chinchorro, son de pita, cuyo filamento se obtiene de la *Fourcroya longæva*. La elaboracion difiere, segun se trate de una hamaca ordinaria ó de una hamaca de lujo. Adquirí una de cada clase: la primera, parecida á una red de pescar, de mallas estrechas, la llevaba colocada sobre la mula, detrás de la silla y se me cayó, habiéndomela traido al dia siguiente por la mañana un peon al sitio donde acampábamos, poco ménos que devorada completamente por las hormigas, que con una sola noche tuvieron bastante para destrozar unas fibras tan duras. La otra, teñida de color violeta y amarillo, puede ser considerada como un objeto artístico. A veces las mujeres rodean las hamaquitas de sus pequeñuelos con un feston de plumas de loro. Poseo uno de esos chinchorros en miniatura, de unos cincuenta centímetros, en el cual estuvo colocado un indio recien nacido que sonreia en medio de ese gracioso marco matizado de colores vivos.

(1) Es la *chica* un tinte rojo muy generalizado en la Colombia, que se obtiene con la maceracion de una liana de la familia de las Bignoniáceas, la *Bignonia Chica*, H. B.

Es por demás curioso ver cómo los churoyes extraen las fibras del cumare para tejer sus chinchorros. Proceden esas fibras de las hojas tiernas del *Astrocaryum Cumare*, cortadas ántes de descogerse, es decir, cuando las hojuelas están plegadas las unas sobre las otras, formando lo que se llama el cogollo. Despues de separarlas una á una, los indios las hienden en dos, de arriba abajo, valiéndose de la uña del pulgar, de manera que se desgaje la nervadura central en una extension de diez á quince centímetros: doblan luégo la parte desgajada sobre el resto de la hojuela y apoyando en ella las yemas de los cuatro dedos de una mano, como



Hacienda de Cumaral

en las cuerdas de un violin, van tirando con la otra de las fibras, á sacudidas y á partir de la base, hasta dejarlas completamente separadas. Esta operacion sencilla, exige, no obstante, alguna destreza, y da lugar á una escena muy pintoresca. Los churoyes se dividen el trabajo sentados de cuatro en cuatro, ó mejor que sentados, en cuclillas, el uno al lado del otro: un indio coge el cogollo y va separando las hojuelas; un segundo las hiende por ambos lados con la uña; un tercero arranca las fibras, y el último acaba de separar la hilaza, forma puñados con ella y la iguala cortándola por su extremidad. Esta máquina viviente funciona con sorprendente regularidad.

Los puñados de fibras resultantes son luégo batidos y lavados, extrayéndose de ellos la parte parenquimatosa y mucilaginosa, y atados cuidadosamente en haces, se ponen á blanquear al sol, tendidos en los árboles.



Una *corrida* de ganado en los Llanos

Los indios ejecutan esas tareas con gran celeridad, sin preocuparse poco ni mucho de las espinas ascendentes de que están armados los pedículos y las hojas.

La resistencia de las cuerdas de cumare es enorme: un hilo torcido, de un milímetro de diámetro, no se quiebra á ménos de un peso de diez kilógramos. Tres hilos del mismo diámetro soportan quince kilos. En remojo su peso aumenta en un cuarto. Este cúmulo de cualidades auguran un excelente porvenir industrial á la comarca, el dia que la fibra de este árbol, que tanto abunda en los Llanos, se explote debidamente y se trasporte á Europa por la vía del Meta y el Orinoco.

Se cuentan, además, en estas comarcas otras tribus de indios: los tamas, que viven en el bosque, cerca de Jiramena, de condicion pacífica, tanto que á sí mismos se llaman gente mansa; los cuivas, los salivas, los amporos y algunas otras tribus más ó ménos nómadas que vagan por la region del Casanare y de San Martin, y que serán objeto de un estudio especial al final de esta sumaria reseña de la vida salvaje en la region de los Llanos.

Pero volvamos á Cumaral donde nos quedan que hacer nuevas observaciones sobre la vida y el cultivo usado en la sabana. El amigo Avila se esmera en contestar á mis preguntas interminables. Y en verdad, que á despecho de los atroces jaspeos del carate que le desfiguran, da gusto ver su semblante que rebosa inteligencia. Y no se crea que vaya á pedirle los secretos de una agricultura perfeccionada, dado que el cultivo intensivo es totalmente desconocido del llanero, pero los detalles de la vida primitiva, que tiende á desaparecer rápidamente, los estudios peculiares sobre los usos y costumbres de esta civilizacion rudimentaria tan parecida á la de los hombres primitivos, tienen para mí tales encantos, que necesito saborearlos, ántes de que se extingan totalmente. Las conversaciones que tuve con él se hallarán resumidas en el capítulo siguiente entre otras consideraciones de carácter general sobre el territorio de San Martin y sus productos; sin embargo, no puedo ménos de desmembrar de ellas algunos fragmentos, tal como figuran en mi libro de memorias, para dar una idea siquiera del estado embrionario que alcanza la agricultura en aquellas comarcas.

Prescindiendo de alguna que otra hacienda de los alrededores de Villavicencio y de San Martin, la carreta es aún allí desconocida. El sistema de pastoreo es el único que está en vigor, como en los primeros tiempos de la Biblia. En la sabana se apacientan con entera libertad rebaños semi-silvestres. Cuando se tiene necesidad de reunirlos, bien para marcarlos, bien para venderlos, es preciso organizar una corrida, ó sea una batida á caballo á la manera de los gauchos de las pampas argentinas. El círculo de los jinetes se va estrechando alrededor de las reses, hasta encerrarlas en un corral rodeado de una empalizada de estacas. Las recalcitrantes son cogidas con el lazo y sometidas á un ayuno más ó ménos largo.

—Pero hasta aquí, no veo que el ganado les proporcione á Vds. cereales, le dije á Avila, ó á lo ménos no he visto campos de cultivo en parte alguna.

—Y no obstante, ¿creerá V. que tenemos los sacos llenos de arroz de la última cosecha?

—¿Es posible? ¿Y dónde lo cultivan Vds.?

—En el corral, abonado de vez en cuando por los bueyes. ¿Quiere V. saber como se hace esto? En un dia de lluvia, montamos á caballo, penetramos en el seto en que está reunida

la manada y empezamos á acosar á las reses hostigándolas sin cesar, hasta que el suelo queda pisoteado y abierto por todas partes, hecho lo cual las empujamos á un corral contiguo; sembramos al vuelo algunos puñados de arroz en los huecos que han dejado las pezuñas del ganado, igualamos luégo el terreno dejando enterrada la simiente, y á los cuatro meses se verifica la cosecha: el arroz suele rendir ciento por uno.

¿Qué les parece este sistema á los señores de la sociedad central de agricultura de Francia?

Así la permanencia en Cumaral como las excursiones hechas por las cercanías lograron interesarme en alto grado. A no apremiarnos el tiempo, de buen grado hubiera aún prolongado esos estudios sobre la region del Meta, por espacio de algunas semanas más. Pero era preciso apresurarse, dado que queríamos recorrer una buena parte de la sabana y visitar la salina de Upin, en la cual tenia fijada la atencion de una manera especialísima.

El dia 6 de enero nos despedimos de Ignacio Avila y de su digna esposa, los cuales sobre desearnos un feliz viaje, nos dieron indicaciones precisas y exactas acerca de la direccion que debíamos tomar en la llanura. Allí se acaba el camino y por todos lados se elevan altas yerbas que dan á la llanura el aspecto de un mar de follaje, cuyo horizonte forma la línea azulada y dentellada de los bosques. El único punto de mira que se encuentra en aquella inmensidad, son dos ó tres montículos de diez á quince metros que se elevan en medio del llano.

Tomé la direccion por medio de la brújula y partimos al acaso.

Al principio todo iba bien: las gramíneas de la pradera dejaban un claro alrededor hasta mucha distancia de la vivienda de Avila, abierto por los molares del ganado. Ibamos avanzando, y las yerbas eran cada vez más altas; pero áun así la senda estaba perfectamente marcada por las huellas de los animales. Divisábamos además las tres colinas, que cual otros tantos faros nos guiaban y uno de los guías se habia comprometido formalmente á conducirnos hasta Upin, sin errar la ruta.

A las dos horas de andar se habia cerrado por completo á nuestro alrededor la masa de yerbas, sin que descubriéramos el menor asomo de pista.

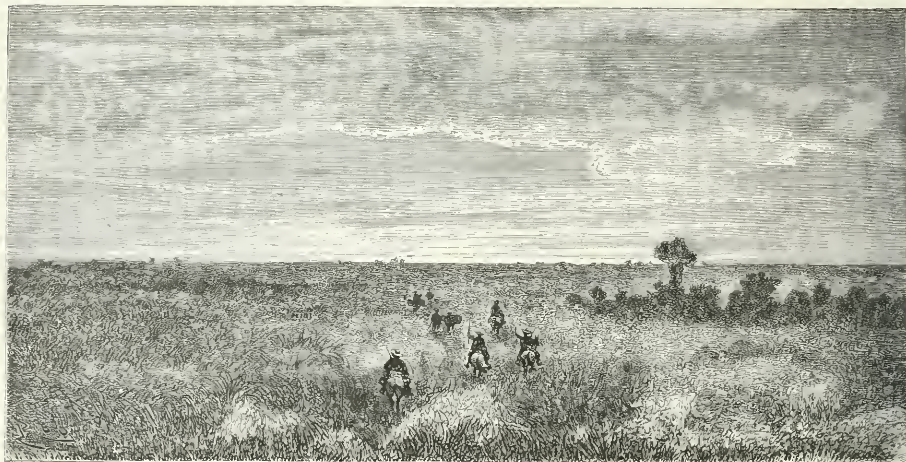
Púseme de pié sobre la silla, y no logré divisar más que el desierto inmenso entrecortado aquí y allá por líneas sinuosas de vegetacion arborescente que revelaban el curso de los caños..... Detrás de aquellos arbolillos debian hallarse los montículos..... pero ¿en qué direccion?

Nos habíamos perdido en medio de la sabana.

Reinó un momento de ansiedad. Para colmo de desdichas se habia ocultado el sol detrás de las nubes y lloviznaba. Llamé á la comitiva á consejo, y en vez de gastar el tiempo recriminando al guía que habia fiado demasiado en su memoria, le envié á la descubierta, lo propio que á su compañero, entrambos en direccion opuesta, con órden de mantenerse de continuo al alcance de la voz. Caso de que permanecieran mucho tiempo sin volver, quedó convenido que nos haríamos señas por medio de algunos disparos. Invité á los demás á no moverse de allí y desenbridamos las mulas, que se pusieron á ramonear tranquilamente la yerba *para* (*Panicum molle*).

En tanto que los guías iban buscando el hilo de Ariadna, púseme á registrar el bosquecillo de la vera de un caño. Del follaje de los árboles colgaban soberbios racimos de flores rojo-liláceas, que no eran otra cosa que la *chica*, ó sea la bignoniácea que se usa para teñir los objetos de que he tenido ocasion de hablar hace un instante. Era la primera vez que la veia en estado silvestre. Sumergido su pié en el agua, las palmeras moriches (*Mauritia flexuosa*) alzaban sus robustos troncos de veinte á veinticinco piés de altura, coronados de magníficos abanicos de un color verde el más bello, que en nada ceden á los lataneros de la isla de Borbon.

Al ir á encaramarme en uno de esos árboles, tropezaron mis dedos con el cuerpo de un



Perdidos en la sabana

animalillo muy lindo. Era el tal un mamífero de pelaje gris ceniciento, del tamaño de un sátiro ó rata de agua. Tenia los ojuelos negros y muy salientes, la cola larga y prehensil y toda la parte posterior del cuerpo de un tono de azur. Reconocí en este hermoso ejemplar un pequeño quironecto de la familia de los marsupiales.

El estudio de aquel bosque, cubierto de una vegetacion tupida entre la cual iba descubriendo nuevas especies, habíame hecho olvidar la situacion extremadamente crítica en que, á fuer de extraviados en el desierto nos hallábamos, cuando los gritos de mis compañeros vinieron á revelarme que despues de porfiados tanteos, se habia dado por último con una vereda.

El guía Juan, despues de errar durante largo tiempo, acabó por descubrir uno de los parajes en que los llaneros prenden fuego á las yerbas para renovar los pastos y adivinó la traza de un sendero entre las anchas sinuosidades que forma el rastro de las culebras y de las piezas de caza, entre la yerba.

No cabian, pues, vacilaciones, y se dió la voz de adelante con toda el alma.

Dispuse que marcháramos en fila y yo me coloqué á retaguardia. Debíamos apretar el

paso para llegar á Upin ántes de anochecer, con mayor motivo cuanto llovia á cántaros y estábamos muy empapados.

Por atrayente que sea para mí la historia natural, no bastaba en aquella ocasion á hacerme moderar la marcha, por lo que hube de renunciar, so pena de quedarme rezagado, á derribar á tiros los hermosísimos racimos de una palmera, que codiciaba para mis colecciones.

Pero al acercarnos á la Cordillera hice un notable descubrimiento. De léjos veia hacia



Salina de Upin: el puente

rato un matorral en la cumbre de una pequeña eminencia, coronado de gruesas manchas coloradas difíciles de explicar. En un galope llegué al pié de la planta en la cual reconocí al momento una bromeliácea del género *Karatas*. Sus hojas tenian la extremidad inferior de color de escarlata, cual si hubiesen sido sumergidas en un baño de sangre arterial, y del centro salia un racimo de dátiles dorados, pedunculados, del tamaño de las ciruelas, de piel dura y de un sabor delicioso, semejante á la piña. Cogí el racimo y conservado en alcohol lo envié á Europa.

En la vegetacion arborescente de las orillas de los caños predominaban los jacarandias (*J. mimosæfolia*). Bastaba sacudir el tronco de esos árboles, para que derramaran sobre nosotros una verdadera lluvia de admirables flores de color violeta.

En esta region de los Llanos abundan las palmeras más variadas, tanto que en un espacio de unas diez leguas cuadradas llegué á contar veinticinco variedades, suma enorme, si se

tiene en cuenta que sólo un número limitado de estas especies pertenece tambien á las demás comarcas.

Esas «princesas del reino vegetal» que Martius pintaba á título de sabio y poeta, como engalanadas de una eterna juventud (1) son la gloria de las sabanas y de sus bosques.

La palmera *moriche (Mauritia flexuosa)* árbol soberbio de elegantes cimbras, se encuentra en toda la cuenca del Orinoco, y sus múltiples usos han hecho de ella un vegetal universal. No pecarian nunca de excesivos cuantos elogios se hicieran de su utilidad y hermosura. Los indios usan su fibra tanto como la del cumare; pero para extraerla hay que hender las hojas de arriba abajo.

Enseñoreada de las vertientes bajas de los Andes vecinos se encuentra la Palmera corneto (*Deckeria Corneto*), cuya rara belleza y porte singular he descrito ya.

La palmera *cumare (Astrocaryum Cumare)* de preciosa hilaza, forma un árbol por todo extremo elegante, erizado de amenazadoras espinas y ataviado de frutos amarillos y ovoideos comestibles.

La *guichire*, á mi ver idéntica á la *yagua* del Orinoco señalada por Humboldt, Wallace y Spruce como un árbol maravilloso, es una *Maximiliana*, cuyas hojas de diez metros y áun más, coronan la extremidad de su tronco de treinta metros de altura.

La *unamo (Jessenia polycarpa)* es un árbol que no cede en altura al precedente y del cual he medido muchas hojas que tenian más de doce metros de longitud. Su borra rojiza oscura podria utilizarse para la fabricacion de sombreros de fieltro, y sus frutas contienen aceite fino en abundancia.

Tales son las especies principales; pero se cuentan otras muchas, como la *pipire* ó *cachipai (Astrocaryum)*: bastante menor que la cumare, aunque sus propiedades textiles son análogas, muy espinosa tambien y de frutas comestibles;

La *corozo*, especie de *Martinezia*, que se me antoja vecina de la *mararai* de Bogotá *(M. Caryotæfolia)*, de cuyos frutos se come el pulpo;

La *manaco (Euterpe?)* palmera graciosísima, de doce á quince metros de altura, de un color verde pálido y hojuelas caidas á lo largo del pedículo, y cuyo palmisto se tiene en mucha estima;

La *palma real (Oreodoxa regia)* especie conocida en muchos parajes, notable por su altura y por su majestuoso follaje penáceo;

La *mapora* y el *araco*, dos variedades de *Trithrinax*, vecinas de la *nauritiæformis*, y cuya especie no me ha sido dable determinar;

La *cubana* (especie de *Bactris*); la *yarai;* la *churrubai*; la *choapo*, que es probablemente una *Iriartea*;

La *tacay* cuya fruta se tuesta y come como el cacao; la *maraya*, pequeña *Geonoma* muy linda, que crece á la sombra del bosque; la *Welfia regia*, clasificada tambien entre los pig-

(1) *In Palmis semper parens juventus*, exclamaba, añadiendo á fuer de historiador entusiasta, que se sentia renacer en ellas, *et in Palmis resurgo*.

meos de la familia. Ya ántes he hablado del marfil vegetal ó *tagua*, fruto de una palmera acaula que se encuentra en las orillas del Magdalena; pues bien, tambien está representada en los Llanos aunque por otra especie nueva quizás, que los indígenas conocen con el nombre de *allagua*. Dos distintas *Bactris* ostentan sus débiles tallos erizados de espinas y muchas *Chamædorea* completan la presente enumeracion sumaria de las palmeras de la region de los Llanos poco conocidas aún de los botánicos para que pueda yo citar su denominacion científica, por lo ménos en lo referente á algunas de ellas. Lo indudable es que esos árboles preciosos constituyen el mejor atavío de las comarcas, prestando al paisaje un aspecto seductor y majestuoso en grado sumo, y reportando por otra parte notable utilidad á la especie humana. Linneo ha dicho que los primeros habitantes del planeta hallaron en este vegetal su nutricion y abrigo, y que el hombre en estado natural era esencialmente palmívoro. Nada más cierto á juzgar por lo que concierne á la cuenca del Orinoco y de los grandes rios de la América meridional.

A medida que nos aproximamos á la Cordillera, el terreno se levanta gradualmente y va reapareciendo el bosque en su fecunda variedad. Miéntras hemos permanecido en la sabana, los morichales (pequeños grupos de palmeras moriches) presentaban cierta monotonía invadiendo todos los aguazales, que los indígenas miran con temeroso respeto.

—Las moriches atraen el agua—me decia el indio Juan:—de modo que si llegáramos á destruirlas, el cielo nos castigaria con la sequía y nos moriríamos de sed.

El buen hombre tomaba los efectos por la causa.

—Señor—añadia su camarada,—Juan no le dice á V. de la misa la media. En todos los *morichales* hay una boa enorme, que no permite que nadie se acerque.

Esto me explicó el terror supersticioso con que esas buenas gentes me veian herborizar en aquellos bosquecillos de palmeras, medio anegados.

La jornada tocaba á su término. Felizmente observábamos en las huellas de la vereda señales evidentes de que nos acercábamos al final de la marcha. Bajo los grandes árboles, en donde las palmeras iban gradualmente haciendo plaza á los vegetales dicotiledóneos, pude observar nuevos tipos. Al atravesar el rio Canei, los *Bertholletia excelsa* (*olla de mono*) alfombraban el suelo de las orillas con sus almendras triangulares: á uno y otro lado despuntaban las mirtáceas de bayas comestibles; las doradas cerezas de las *Clavijas* asomaban entre sus grandes hojas alancetadas; y la gran copia de árboles frutales allí predominantes explicaba la presencia de la extraordinaria cantidad de monos que pueblan aquellos parajes. Un helecho trepador, perteneciente al género *Polypodium*, aparecia suspendido por escalones en los enormes Cedrelos, simulando su tallo un enroscamiento de largas serpientes velludas, y se entrelazaba, además, con el tronco de las *Carludovica*. Y en el suelo una legion de Peperomias, el *Panicum maculatum* (*yerba de tigre*) de simientes ganchudas y cogedizas y de hojas al parecer manchadas de sangre, la *Fittonia gigantea*, las Aquirantes y las Begonias salpicaban con sus brillantísimas maculaturas la humilde multitud de las criptógamas.

Allí, en medio de esta naturaleza espléndida, dimos fin á la larga jornada: el terreno se trasformó pronto en desigual; las rocas estratificadas se sobreponian unas á otras en forma

de escalones y un pequeño arroyo bullia á nuestros piés. Eran las cinco y media, cuando al revolver de la senda desembocábamos frente á la salina de Upin.

La mina de sal gema de Upin, de propiedad del Estado, se halla situada á la orilla izquierda del rio que le da nombre. Traia una recomendacion para su director, señor Gonzalez, funcionario complaciente, que nos recibió con la mayor finura, apresurándose á recogernos y darnos de comer. Bien lo necesitábamos, á fe mia. Por efecto de la lluvia, llevábamos la ropa pegada al cuerpo y no habia que olvidar que nos encontrábamos en un país azotado por las



Salina de Upin: el banco de sal y la canal

calenturas. Pronto se encendió una gran hoguera, y en tanto que se ponian á secar los abrigos y se preparaba la comida, manifesté deseos de visitar la salina. El señor Gonzalez se prestó á hacernos los honores de aquella explotacion, asaz pobre por cierto, y que revela en toda su desnudez la incuria y la miseria de la administracion pública.

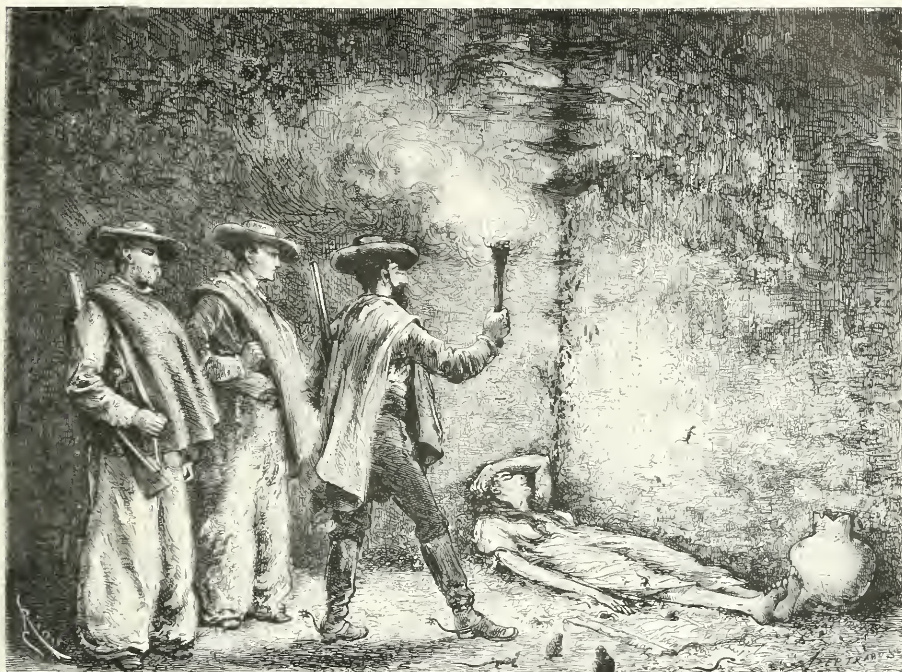
Desde la casa—ó por mejor decir cabaña—que habita el director, la cual domina algunas construcciones diseminadas, tales como los alojamientos de los trabajadores, varios cobertizos y la tienda del pesaje, se baja por un terreno muy rocalloso hasta la orilla derecha del rio, el cual se franquea por medio de un puente, que tiene más de pintoresco que de seguro. Desde allí, apénas habíamos andado algunas docenas de metros, se nos apareció la salina en una escotadura de la pendiente.

La historia de este yacimiento, es curiosa por demás. Hacia ya algunos años que se ve-

nia explotando en el rio Cumaral una salina de escaso rendimiento, cuando una mañana del año 1870, un indígena se presentó, corriendo y jadeante, al director de la explotacion.

—Acabo de descubrir una montaña de sal—exclamó, y contó cómo habia presenciado un *derrumbo* formidable, que despues de obstruir el rio Upin, habia dejado en descubierto espesos bancos de sal, trasparentes como cristales.

Trasladáronse en el acto al sitio designado y vieron que aquel hombre estaba en lo cier-



La agonizante

to, por lo que la mina antigua quedó desde entónces abandonada, habiéndose trasladado á Upin todo el material para dar principio desde luégo á los trabajos de explotacion.

Llegado al pié de la salina y á su nivel, la formacion salífera se me presentó en forma de bloques de alabastro en estratificaciones horizontales regulares: los bancos tenian un gran espesor y estaban cubiertos de capas de arcilla y tierra vegetal de un color muy oscuro. No habiéndose hecho allí trabajo alguno para evitar sucesivos desprendimientos, fácilmente se comprende lo que ocurre. Las lluvias reblandecen la parte superior y arrastran las tierras que al caer sobre la sal la ensucian, reuniéndose ambas materias en la parte baja de la mina, donde se forma el más espantoso lodazal.

Con él hubimos de contraer relaciones demasiado íntimas Fritz y yo, pues movido de un celo laudable, pero excesivo, el señor Gonzalez nos cogió de la mano empeñado en hacernos admirar la gran riqueza del yacimiento. No podíamos negarnos á seguirle, siquiera por cor-

tesía, aunque aquello valia tanto como andar por encima del hielo. A lo mejor nuestro guía dió un paso en falso... y cátanos hundidos hasta la cintura en un cenegal negro y asqueroso, del cual hubimos de salir en el estado que comprenderán fácilmente mis lectores.

La inspeccion terminó sin más incidente: por otra parte habia anochecido ya y nuestros estómagos clamaban misericordia. Lavamos las ropas, dejándolas un buen rato en remojo, y un cuarto de hora despues, formábamos al rededor de la mesa el cuadro de comensales más estrambótico que pueda imaginarse,

«.... sin más traje, ni abrigo, por mi vida,
que una niña en su lecho sorprendida.»

Por fortuna—y se me habia olvidado consignarlo—la temperatura exterior era de veintidos grados centígrado. Con esto, y un apetito de fiera, no estuvo desprovista de encantos aquella comida de descamisados, digno coronamiento de una larga y penosa jornada.

El lugar del festin merece ser descrito. La estancia, á la vez que de comedor, servia de salon, despacho y cuarto de dormir de la *casa directorial*. Con sólo pasear la vista alrededor de aquel tugurio tomado de humo, pavimentado de greda y con la techumbre cubierta de telarañas, pude hacer fácilmente el inventario completo de los muebles que yacian en el suelo ó pendian de las vigas, que sujetas con lianas vegetales formaban la techumbre.

Hélos aquí detallados:

Un escabel de madera, una mesa de tablas mal unidas, una cama hecha con un cajon que se caia de viejo y en la cual se tendia su propietario sin desnudarse, un fusil de chispa, dos rollos de papel, unas balanzas, dos calcetines desparejados y un tintero, en el cual se pavoneaba triunfalmente una pluma de papagayo.

Traíamos nosotros algunas velas esteáricas: las desembalamos, y colocadas en el gollete de unas botellas, sirvieron para alumbrar la cena. El señor Gonzalez nos reveló que aquello era un lujo desconocido para él, reducido como estaba á alumbrar sus noches con aceite de palma.

A los postres, es decir, miéntras mascábamos un plátano saturado de melaza y regado con agua pura del Upin, aquel funcionario infausto se abandonó sin esfuerzo á las confidencias íntimas. Por cierto que no me ocultó su situacion precaria y lo irrisorio de sus honorarios, que le hacian caer en desprestigio ante todo el personal puesto á sus órdenes.

—El gobierno—me dijo entre otras cosas—se preocupa de mí, como de una higa. Hállome más perdido aquí en esta Cordillera, que Robinson en su isla desierta. Y miéntras me mato trabajando, poniendo coto al fraude, vigilando las entradas y llenando de pesos contantes y sonantes las arcas del Tesoro, el Estado me tiene aquí relegado y careciendo hasta de lo más necesario.

—Oiga V.,—me arriesgué á preguntarle,—¿la mina cuánto produce al año?

—No me atrevo á decírselo.

—¿Hay en ello algun reparo?

— No por cierto. En otros tiempos se extraian anualmente dos mil quinientas arrobas de sal, que á tres reales por arroba, al pié de la mina, producian setecientos cin-

cuenta pesos fuertes, ó sean tres mil setecientos cincuenta francos de la moneda de Vds. (1).

—Y ¿á cuánto ascienden los gastos de explotacion?

—El personal se compone de veinticinco jornaleros, un director y un vice-director: la sal se extrae á tajo abierto, y sólo durante el verano, es decir, por espacio de tres ó cuatro meses, hasta que sobrevienen las grandes lluvias. Cada jornalero percibe cuatro reales diarios (unos dos francos), casa y además manutencion y todo el material, como picos, pólvora de mina, carretones de mano, etc., etc. Este último año el producto bruto ha sido muy satisfactorio: dos mil quinientos ochenta y nueve pesos fuertes, y habiendo subido los gastos á dos mil trescientos uno, resulta que el Tesoro ha realizado un ingreso de doscientos ocho pesos (mil cuarenta francos) (2).

Estos resultados dejáronme atónito. ¡Cómo es posible que un banco de sal, de nueve metros de potencia, tan puro y tan bello, reporte sólo mil cuarenta francos anuales! Una de dos: ó se observa en este asunto una incuria sin igual, ó se hace una concusion gigantesca. Sea de ello lo que fuere, desde aquel momento me prometí ver de resolver este curioso problema.

En esto, avanzaba la noche. Las *candelias* (pequeñas moscas fosforescentes) esmaltaban la yerba de puntitos luminosos: las cigarras habian cesado en sus cantos, y el dios Morfeo (factura vieja) empezaba á sacudir sus adormideras sobre la compañía.

Antes de tendernos sobre los abrigos, con las sillas á guisa de almohada, quise preparar, con el señor Gonzalez, el programa para el dia siguiente. Dos peones, vivarachos, indios de orígen y muy buenos cazadores, debian estar dispuestos para ántes de que amaneciera. Previsto y dispuesto todo con el mayor cuidado, al poco rato los sonoros ronquidos de los huéspedes de la salina, acompañaban en tono de barítono la argentina melodía del rio Upin.

Qué tal dormiríamos, que al ser despertados por los chillidos de los loros y cotorras, posados en los árboles inmediatos, el sol inundaba todo el paisaje con sus brillantes destellos. En cuanto á mí, no logré sacudir el sueño, sino despues de sumergirme en el rio. Nada más delicioso que esos baños matinales. ¡Qué mucho que los vaya citando todos, si ellos me recuerdan las sensaciones más gratas de todo el viaje! Por cima de las enormes peñas de asperon que obstruyen el cauce del rio, cuya corriente va gastándolas lentamente, revolotean millares de mariposas, cuyos vívidos colores eclipsarian los del prisma, cuando no juguetean por entre las lianas y las falsas parasitarias llenas de flores, que esmaltan las matas de ambas orillas. Veinte grados tiene el agua: la corriente arrastra pintados guijarros procedentes de la disgregacion de los terrenos metamórficos de las cercanías. Allí recogí una gran variedad de calcáreas, esquistos, cuarzo, grés, pegmatitas, serpentinas y un conglomerado de piedrecitas ovoideas, soldadas con una especie de cemento ferruginoso, de una dureza extraordinaria.

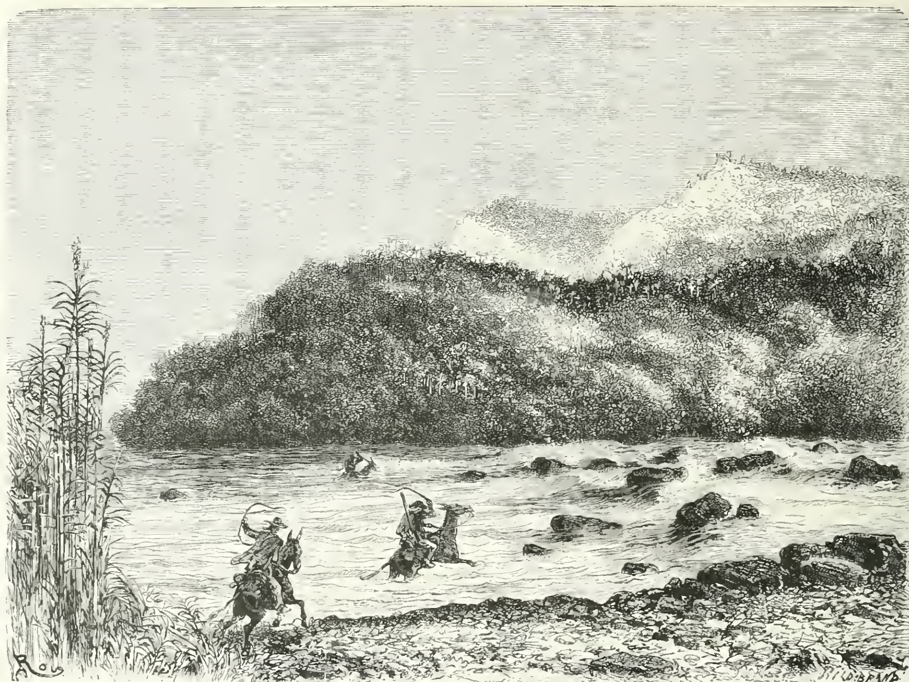
Las aguas del Upin son un tanto saladas áun ántes de llegar á la mina hoy en explotacion. Para comprobarlo, basta frotar suavemente el borde de un vaso con un lápiz de nitrato de

(1) Dos mil quinientas arrobas equivalen á treinta y un mil doscientos cincuenta kilógramos, cuyo producto, á doce céntimos el kilo, da tres mil setecientos cincuenta francos, ó sean setecientos cincuenta pesos fuertes.

(2) Estas cifras son oficiales.

plata, y si el agua contiene sal en disolucion, se forman unos copos blancos que bajan al fondo del vaso, pues el cloruro de sodio combinado con el nitrato, produce un precipitado de cloruro de plata. Como este sencillo experimento no marra nunca, dejo á la consideracion del lector el sentimiento de asombro hácia los extranjeros, que produce entre los naturales de los Llanos.

En esto, los peones estaban prestos: habian ya registrado el bosque y hallado rastros frescos de *danta* (1) (tapir).



Travesía del rio Guatiquia

Esta noticia era para mí doblemente grata, cuanto no se trataba de la especie comun á toda la América del Sur, sino del curioso *tapir pinchaque*, descubierto por nuestro compatriota M. Roulin, en los Andes colombianos, de cuya especie habia oido decir que poseia la querencia especial de ir á apagar su sed en las aguas saladas, por el estilo de las del Upin.

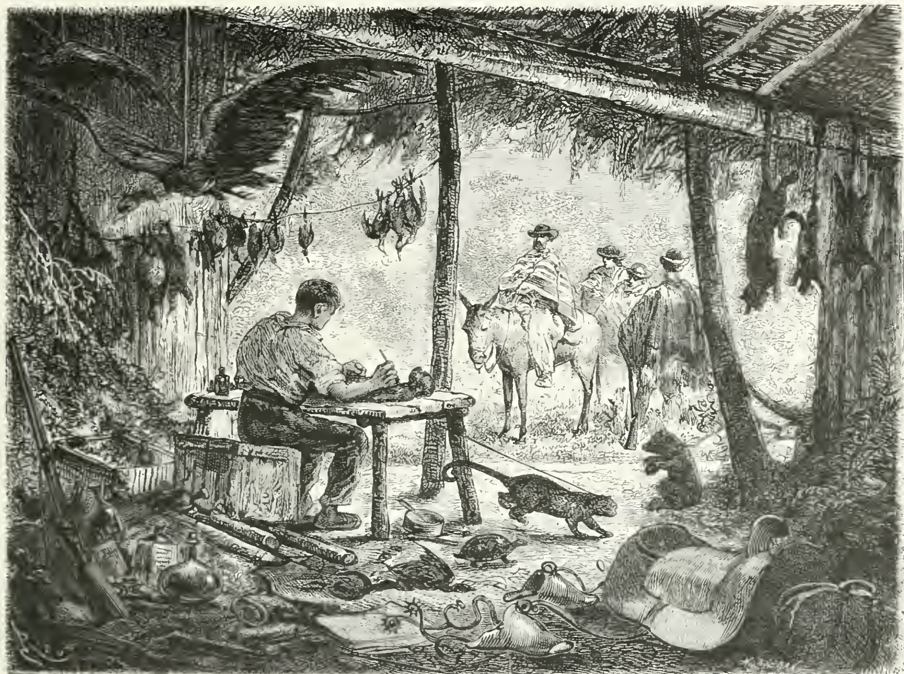
Pero ¡ay! perdóneme el lector si al llegar aquí no le entretengo con una conmovedora descripcion de una cacería, coronada con un victorioso toque de trompas de caza, y no depongo á sus plantas lo ménos media docena de los antedichos paquidermos. La verdad ante todo, y esta me obliga á declarar que aquel dia San Huberto no quiso mostrársenos propicio, dejando que corriéramos horas y más horas por las espesuras y los espinos, abriéndonos trocha con el machete, y total ¿para qué? Varias veces perdimos, volvimos á encontrar y volvimos

(1) Al *tapir* le llaman *anta* en el Perú y *danta* en la Nueva Granada.

á perder el malhadado rastro, y por fin, nos vimos en la necesidad de regresar, tal como habíamos ido.

Digo mal, pues la fatigosa expedicion terminó con una gran matanza de loros. Cuando mis compañeros se encaminaban al albergue, el indio, que iba á mi lado, sin duda porque vió que miraba con manifiesta codicia á esos vocingleros volátiles, me dijo al oido:

—Venga, señor, allí tiene V. el árbol de los guacamayos.



Un laboratorio en los Llanos

Efectivamente, sobre las ramas muertas de una enorme jacarandia chillaban como unos doce ejemplares del magnífico *Ara canga*, que es el mayor y el más hermoso de todos los loros americanos. Su cabeza y su pico, de un tamaño extraordinario, su cuerpo, cuya longitud excede á veces de ochenta centímetros, y la feliz combinacion de colores escarlata, azul y amarillo que realza su plumaje, hacen de esta especie una presa muy codiciada y poco comun. Al primer disparo cayó un precioso ejemplar, y sus compañeros huyeron en rápido vuelo. Iba á marcharme, despues de cobrar la pieza; pero el indio me retuvo.

—Aguarde V., que vuelven acá para vengar á su hermano.

En efecto, no habian trascurrido dos minutos cuando reaparecieron los guacamayos en mayor número y empezaron á revolotear alrededor de la jacarandia, lanzando fieros chillidos. Ocho tiros me valieron otras tantas víctimas, las que debidamente preparadas con jabon arsenical, fueron enviadas á Europa. Y aún fuí llenando el zurron con otras muchas especies de

sitáculos: loros verdes y amarillos, catarnicas azules y verdes, pericos amarillos y de color de esmeralda, cascabeles, cotorras de tres ó cuatro colores distintos, y pirsas verdes y doradas. El órden en que coloco las antedichas especies indica su tamaño respectivo, de mayor á menor. Regresé, pues, cubierto de trofeos multicolores, que en cierto modo me daban el aspecto de un cacique indio en traje de ceremonia.

El señor Gonzalez me aguardaba, deseoso de acompañarme de nuevo á la salina y reanudar el coloquio de la víspera, y hé aquí lo que, despues de atento exámen, pude sacar en claro.

El banco tiene nueve metros de espesor, componiéndose de capas casi del todo regulares y estratificadas de sal perfectamente cristalizada, muy dura y un tanto mezclada de carbonato de cal y de piritas de hierro en su parte posterior, pues en la base del banco es pura como el cristal. Encima de todo, una capa de arcilla con mezcla de caliza, y luégo otra capa más espesa de tierra vegetal de un color muy oscuro, forman la cubierta natural de la mina. Los trabajadores encaramados en los lechos de sal, dispuestos en forma de escalones, perforan la masa sirviéndose de largas palancas, llamadas taladros, y luégo la hacen saltar por medio de barrenos. Despues de la explosion, machacan los pedazos resultantes con el pico *(almadana)* y los acarreadores conducen la sal al almacen en carretones de mano, forrados con un cuero de buey. En el almacen, que es de tablas, se conserva la sal para la venta. El tronco de un árbol, en el cual se ha abierto una reguera, arroja un caño de agua sobre la mina en explotacion; pero este sistema de lavaje es deficiente, gracias á los continuos desprendimientos de la cima, de modo que, en la parte baja de la salina, el negro cenegal de que he hablado ántes, aumenta de dia en dia.

Al terminar la estacion de invierno, existen allí centenares de metros cúbicos de lodo líquido, y se necesitan de quince á veinte peones durante un mes, por lo ménos, para que, hundidos hasta los sobacos y á riesgo de enfermar de calenturas, arrojen aquellas materias en el rio, que las arrastra manchándolo todo á su paso.

Tal era el sistema de explotacion y el aspecto escandaloso de la salina de Upin en enero de 1876.

Bastarian algunos cálculos para dar una idea de lo que podria hacer un gobierno algo cuidadoso, si se propusiera sacar partido de esta riqueza desconocida y menospreciada.

Ya he dicho ántes que los rendimientos de la salina de Upin no excedian de mil cuarenta francos anuales. Pues bien, el banco tiene en la actualidad veinte metros al descubierto, por nueve de espesor, presentando una superficie mínima de ciento ochenta metros cuadrados. Siendo, pues, la densidad de la sal gema (cloruro de sodio) de 2,257, y el precio vigente en Upin, de ciento veinte francos la tonelada, resulta que se podria obtener una suma en bruto de cuarenta y ocho mil francos por cada metro de profundidad explotado en toda su anchura. Si quisiera continuarse el sistema de explotacion á tajo abierto, se evitarian fácilmente los desprendimientos, abriendo un ancho foso de saneamiento sobre los planos de deslizamiento superiores. Con otro canal en declive, desde el fondo de la mina al rio Upin, corriente abajo, se evitaria el lodazal que hoy exige tan inútiles trabajos. Con una acequia que tomara aguas del rio, corriente arriba, podria obtenerse un lavaje continuo y regular, por medio de bien dis-

puestas paraderas. Y por último, con un plano inclinado para wagonetes, podria atravesarse el cauce del rio y conducirse la sal en toda su pureza hasta el almacen, perfectamente seca y á disposicion de los compradores.

Aún seria mejor el sistema de explotacion por medio de galerías subterráneas cubiertas, que permitirian trabajar todo el año, sin que tuviese que temerse nada de la estacion lluviosa; podria, además, evitarse el fraude, en cuanto este sistema facilita la vigilancia, y triplicarse la produccion. De esta suerte, el precio en venta de esta preciosa sustancia, podria reducirse de una mitad ó quizás de dos tercios, y si en lugar de doce céntimos el kilo, que resulta exorbitante, deducidos gastos y mermas, fuese de cuatro céntimos, se sacaria áun la cantidad de seis mil doscientos cincuenta francos por cada metro cúbico de profundidad, sobre ciento ochenta de superficie. Tengo la conviccion de que los mismos veinticinco hombres arrancarian, sin gran esfuerzo, diez metros de profundidad cada año, en la mina de Upin, los cuales representan un producto de ciento sesenta y dos mil quinientos francos, siendo los gastos relativamente insignificantes. El llanero acudiria á abastecerse abundantemente de este provechoso producto; desde San Martin al Ariari, desde Cabuyaro á Villavicencio y Medina, y en todo el territorio de Casanare, las inmensas sabanas se poblarian de ganado y se abririan vías de comunicacion. Y si la produccion de la sal fuese en aumento, si la salina de Upin, conforme creo, se mostrase capaz de luchar en riqueza con las de Cipaquirá, Nemocon y Sesquille, la competencia que entónces habia de hacer á las minas de Venezuela y de Curaçao, que hoy surten de sal á todo el Orinoco y áun á la cuenca del Amazonas por el Casiquiari, seria, á mi ver, tan fructífera, que la explotacion por la vía del Meta reportaria á esta parte de Colombia millones de pesos, con gran beneficio de la region y del Tesoro nacional.

¡Quiera Dios, que éstos mis votos se realicen, y que tan pingüe riqueza no permanezca como ahora estéril!

Cumplido ya el objeto de mi visita á Upin, sólo me quedaba que hacer algunas observaciones barométricas, que me dieron seiscientos cincuenta y cuatro metros de altura absoluta, ántes de despedirnos de nuestro huésped, no sin expresarle tambien el deseo de ver la salina, á su direccion confiada, entrar en un nuevo período de prosperidad, merced á la solicitud inteligente del gobierno.

Al partir, el señor Gonzalez me entregó un pedazo de corteza de un árbol extraordinario, llamado *toro*, que crecia frente á la salina, alzando su copa á unos treinta metros de altura.

—Este árbol—me dijo—es el cúralo todo de la comarca: nadie habla de él, sino con respeto, y hasta... con terror, pues yo tengo para mí que son muchos más los enfermos que ha llevado á la sepultura, que no los que ha sanado. Dásele tambien el nombre de *palo de tigre*.

Ignoro á que especie pertenece ese vegetal tan extraordinario. Ello es que se le atribuyen virtudes para curar la hidropesía, y que su corteza y sus hojas constituyen un emético de una fuerza extremada, puesto que ó cura... ó mata. No reproduciré aquí las historietas más ó ménos ilusorias que se cuentan en la comarca de Upin, acerca de sus propiedades, y me limitaré á señalarlo á la atencion de los viajeros que recorran aquel país.

Despues de cambiar un caluroso apreton de manos con el señor Gonzalez, partimos, to-

mando de nuevo la direccion del Sur, y llegamos á la hacienda de Salitre ántes de anochecer, despues de haber franqueado un sin fin de arroyos y chapoteado largo rato por entre los lodazales de un magnífico bosque de palmeras unamos y de taguas.

Pero ¡oh decepcion! La casa estaba deshabitada. No encontramos más que un hombre, en el umbral, de tez amarillenta y ojos hundidos, el cual nos participó, que poco despues de haber estado nosotros allí, se dejó sentir con tanta fuerza la fiebre de los Llanos, que el señor Restrepo habia huido á la Vanguardia con toda su familia. Triste cena se nos espera: una galleta y algunos plátanos tostados á las ascuas. Por fortuna descubro una hermosa piña violeta, y la descabezo de un machetazo para tener con ella el plato de resistencia y los postres. Acomodamos nuestras cabalgaduras, lo mejor que podemos, en un rancho próximo y en compañía de algunos tallos de caña dulce.



Sobre el ribazo del Guatiquia

Llega la noche y penetramos en la casa abandonada. ¡Horror! En un rincon oscuro, yace sobre un monton de harapos una criatura humana, presa de los intensos apretones de una fiebre abominable... Dejaron con ella una jarra de agua, y se quedó allí abandonada. Es una mujer jóven todavía... y en el último trance... Por sus manos, por su rostro y por su pecho desnudo, escuálido y destrozado, corren inmundos bichos. Su pulso da ciento cuarenta latidos por minuto. Apénas si puede volver la cabeza hácia nosotros, para dirigirnos una mirada casi apagada por completo. Procuramos asistirla en la medida de nuestras posibilidades, pero todo socorro es ya tardío: su suerte depende de Aquel que dispone de todas las cosas en este mundo y en el otro.

Estaba escrito que aquella noche habia de ser lúgubre por todo extremo. No teníamos más remedio, que pasarla en aquella casa maldita, al lado de una moribunda y rodeados de insectos nada tranquilizadores. Una vez hubimos colgado nuestras hamacas, inspeccionamos, antorcha en mano, las paredes de tapia resquebrajada de la sala. Pintar el fruto de nuestros descubrimientos, seria punto ménos que imposible... No habia una sola hendidura, que no estuviera cubierta de grandes arañas velludas, migales de amenazadoras pinzas, abultadas chinches negras y oblongas, alacranes, yules, escolopendras y cucarachas, cuyos animales estaban todos al acecho, inmóviles en su agujero. Esta diabólica fauna no esperaba sino que apagáramos las luces, para atacarnos, deslizarse por las cuerdas de las hamacas y sangrarnos

á mansalva. Llenos de asco hubimos de valernos de las antorchas para dar caza á tanto bicho, y en la ruda tarea de aplastar á un buen número de nuestros enemigos invertimos algunas horas, hasta que rendidos de cansancio nos tendimos sobre las hamacas, trascurriendo el resto de la noche entre pesadillas, en las cuales veíamos aparecer, amenazadoras, cuantas arpías, gorgonas, medusas y demás monstruos, duendes y trasgos ha engendrado la Mitología.



Cafetales en los Llanos

Los albores del nuevo dia fueron saludados como un dichoso rescate. La pobre mujer, más extenuada que la víspera, parecióme que no llegaria á la noche. Miéntras se ensillaban las mulas tomé el croquis de una vasija para guarapo hecha de bambú y tapada con un escobajo de maíz, y pocos momentos despues partíamos más que de prisa en direccion de la Vanguardia, donde llegábamos á las once del dia.

Pregunté ante todo por el herido, pues ya recordará el lector que dejamos al Sr. Restrepo con dos costillas fracturadas á consecuencia de haberse caido de caballo. Le encontré mucho mejor de lo que temia, siendo su curacion cuestion de reposo. En cambio su señora habia cogido la fiebre en Salitre y algunos de sus hijos pagaban tambien tributo á la horrible enfermedad, todo lo cual me trajo á la memoria la moribunda que acabábamos de dejar y respecto á la que no me atreví á decir una palabra. La terrible fiebre de los Llanos raras veces perdona. De no ponerse coto al primer acceso, el segundo puede ser fatal y el tercero mata sin remision. A pesar del sin fin de panaceas que se preconizan, hasta aquí no se cono-

ce otro remedio que el sulfato de quinina suministrado á fuertes dósis: un gramo despues del primer acceso y dos y áun tres si el mal se reproduce. Es preciso impedir á toda costa que reaparezca.

Cúpome el placer de encontrar en la Vanguardia al gobernador del territorio de San Martin, señor Vanegas, el cual quiso acompañarnos en el viaje de regreso á Villavicencio, por lo que dispuse que mis gentes se adelantasen con los equipajes, quedándose únicamente conmigo Juan y un peon con una acémila y algunos sacos vacíos, que me proponia llenar, durante el camino, de semillas de palmera y otras diversas plantas.

Sobre unos árboles recien cortados para el desmonte de unos terrenos, tuve la satisfaccion de encontrar varias orquídeas, contándose en este número un hermoso *Oncidium scansor*, una de las pocas especies verdaderamente trepadoras de este variadísimo género.

Durante el trayecto, y como á la mitad del camino de Villavicencio, descubrí dentro del bosque y plantada en un terreno compuesto de arena y humus, la soberbia aroidea, á que he dado el nombre de *Philodendron gloriosum*. Verla y saltar de caballo fué obra de un momento. Sus grandes hojas cordiformes, anchas de sesenta centímetros y atravesadas de arriba abajo por una nervatura central, blanca como la nieve, reverberaban á la luz del sol el satinado color verde de su elegante limbo. De hinojos sobre el suelo, el gobernador y yo recogimos algunos hijuelos de esta planta que llegaron vivos á Europa y han sido exhibidos públicamente distintas veces y siempre con éxito.

Algunas horas mas tarde llegábamos á la orilla del Guatiquia y hubimos de verificar en sentido inverso el paso del rio que he descrito anteriormente; pero esta vez nos aguardaban tales peligros, que tengo á milagro que las mulas y los jinetes no pereciéramos en la chorrera situada rio abajo más allá del vado. Subimos luégo sin dificultad notable la márgen empinada del rio y vimos reaparecer las primeras cabañas de palma de Villavicencio, donde llegamos por fin, á Dios gracias, sin haberse realizado ninguno de los malos pronósticos que habíamos hecho á la partida.

Al llegar á la puerta de la casa, en donde nos aguardaba Nætzli, nos detuvimos sorprendidos ante un espectáculo inesperado. Durante nuestra ausencia habian ido afluyendo los ejemplares de historia natural y las colecciones recogidas, estaban ya ordenadas, de modo que, así en el interior como fuera de la casa, se veia gran copia de cuerdas llenas de pieles de monos, pécares, jaguares, culebras, lagartos, coaties, buitres y conchas de tortuga, hojas de helecho y de palma, frutas de todas clases y papel secante. En medio de esta mezcolanza extraordinaria, el taxidermista, con las mangas de la camisa arremangadas hasta los hombros, salpicado de sangre, los cabellos en desórden y un cuchillo de deshollar en la boca, abria el vientre de un enorme mono chillon, llamado *tocai* en el país. Esta escena me impresionó tan agradablemente, que me decidí á sacar un croquis de ella, para que no se borrase ya más de mi memoria.

En Villavicencio me otorgué algunos dias de reparador descanso, que me permitieron ordenar las colecciones y estudiar con mayor detenimiento los productos y costumbres de la comarca. Llevábamos allí una vida agradable por demás, si bien sentíamos ya los efectos de

ese calor húmedo, que enerva los temperamentos de mejor temple. Tanto Fritz como Juan tuvieron ligeras accesiones de calentura, pronto reprimidas, y en cuanto á mí, cúpome la suerte de permanecer indemne.

Un dia se organizaba una caza de lepidópteros y salíamos de la poblacion armados de mariposeros, á la cabeza de un ejército de chiquillos. Otro dia lo dedicábamos á la pesca, haciéndonos con peces que aún no conocen los ictiólogos y que habitan en la quebrada del Gramalote. En cierta ocasion propúseme explorar la márgen derecha del Guatiquia, alta de unos cien piés lo ménos sobre el rio, en donde habia entrevisto una vegetacion extraordinaria, y en cuyo punto crecen tambien gigantescas palmeras cornetos, de las cuales derribé algunas con sus frutos. Pues bien, para transportar uno de sus racimos, que no tenia ménos de tres metros de longitud, hube de valerme de dos hombres, que lo llevaron á cuestas pasado en un palo, lo cual no pudo ménos que traerme á las mientes el racimo de Canaam pintado por Poussin.

Si queríamos recoger las plantas más notables de esta márgen del rio, cortada á plomo y aún á desplomo, fuerza nos era trepar como gatos monteses agarrándonos á las matas y bejucos y deslizándonos por el reborde de las peñas salientes, ejercicio peligroso que nos extenuaba, pero que nos permitia regresar con las manos llenas y el ánimo satisfecho de nuestros múltiples é interesantes descubrimientos.

VII

Los cafetales del Buque y de Ocoa.—La sabana de Apiai.—El ganado de los Llanos.—Cultivos diversos.—Agricultura progresiva.—El territorio de San Martin: geografía, límites, administracion, justicia, tierras baldías, colonizacion, productos, meteorología, tribus indias.—Despedida en Buenavista.—La noche en una cuchilla de la Cordillera.—La serpiente de Susumuco.—Quetamé.—Aguas termales de Guaritermo.—La roca de los *Schomburgkia*.—Regreso á Bogotá.—Estudios sobre la capital: iglesias y monumentos.—El Boqueron.—Un jardin en *tierra fria*.—Compras.—Partida para el Sur.—Soacha de los Ladrones.—Canoas.—La cascada de Tequendama.

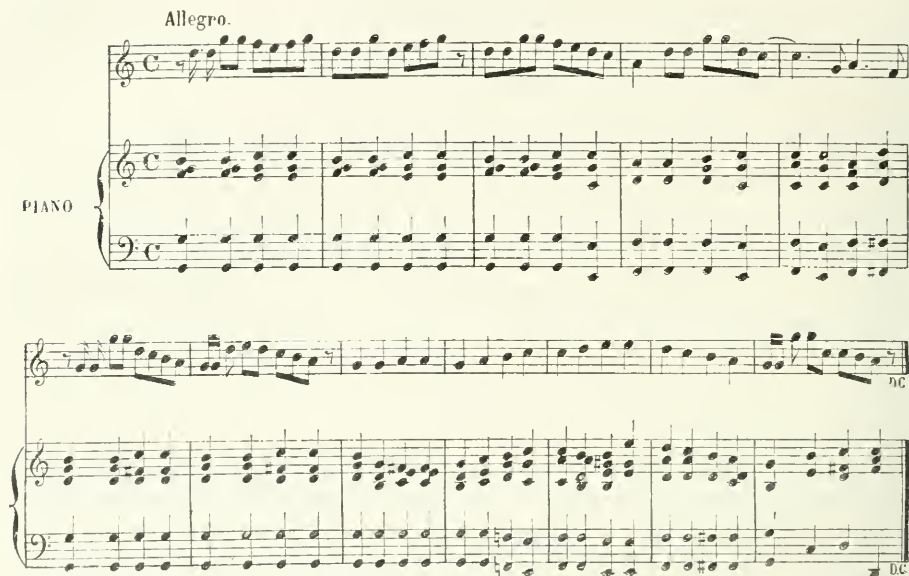
Cada noche la poblacion de Villavicencio venia á tomar razon de nuestros actos y gestos, mostrando un interés extraordinario en nuestras preparaciones zoológicas, interés que solia traducirse en exclamaciones de asombro sin fin. A veces tambien los aficionados del país pasaban á obsequiarnos con serenatas nocturnas que tomaban prestado al medio ambiente en que se producian un sabor *sui generis*. El instrumento empleado para hacer el cantábil tiene la forma de una guitarra pequeña y se llama *bandolon*, y la vihuela le sirve de acompañamiento. Uno de los cantadores modulaba la estrofa, bien del *guarapo*, bien del *galeron*, y el coro repetia la tonada acelerando el ritmo del acompañamiento. A juzgar por el efecto que nos hacian los primeros compases, parece que algunas horas seguidas de una música tan monótona habian de producirnos el más irresistible tédio; no obstante, no era así, ántes bien, esta especie de melopea mecíanos en nuestras hamacas y nos ayudaba á conciliar el sueño.

En medio de esta vida para nosotros tan nueva y original, transcurrió nuestra estancia en Villavicencio, durante la cual tuve ocasion de allegar la serie de observaciones que van consignadas en las presentes páginas.

Las plantaciones de cacao del señor don E. Restrepo, establecidas en la region del Norte de los Llanos á orillas del rio de Salitre, de las cuales hablamos oportunamente, no han alcanzado aún la importancia que tiene la produccion del café en otras varias haciendas del territorio de San Martin.

Al Sur de Villavicencio se encuentra la explotacion de los señores Convers y de Francisco, llamada «Hacienda del Buque.»

Contiene esta hacienda un vasto cafetal en el apogeo de la produccion, y no obstante, apénas si hace diez años que fué plantado el primer pié. Pintar el cúmulo de dificultades que



El *guarapo*, música de los Llanos de San Martin

el señor Convers, en un principio enteramente solo y unido luégo á un socio, hubo de allanar, calenturas, falta de brazos y hasta de fondos en espera del período de la produccion, carencia de caminos, malquerencias de los indígenas, establecimiento de maquinaria, etc., etcétera, valdria tanto como escribir una odisea agrícola, que únicamente sus héroes están en situacion de contar con todos sus detalles. Ello es, no obstante, que tantos y tan reiterados esfuerzos, á la postre se han visto coronados por el mayor éxito. Excelente por demás es hoy el estado de produccion de la hacienda en cuestion, en la cual se cuentan ochenta mil árboles de café en pleno período de rendimiento. Durante nuestra estancia en los Llanos, es decir, en enero, aparecian como si estuviesen nevados, tal era su florescencia. El compañero Fritz recibió á la vista del cafetal una impresion tan grande, que rompiendo de súbito su habitual reserva, exclamó:

—¡Qué hermoso es!

Siguiendo el camino hácia el sur-este, se encuentra otro cafetal más importante aún que el anterior, tanto que puede citarse como modelo en los Llanos: tal es la Hacienda del Buque,

que por su proximidad á la capital del territorio, reune condiciones excepcionales. Pertenece la explotacion á los señores Reyes y Silva de Ocoa, sabana de Apiai, y ha sido descrita con esmero por el señor Restrepo en un excelente folleto que trata de esta region. Más de una vez tendré que acudir á este opúsculo, en el presente estudio. La vasta llanura de Apiai, situada entre el brazo septentrional del rio Negro y el Guatiquia, tiene ochenta kilómetros de longitud por diez de anchura. Empieza al pié de la colina de Buenavista, desde la cual recordará el lector que divisamos el panorama de los Llanos por primera vez, en el paraje mismo en que el rio Negro desemboca en la parte llana del territorio de San Martin, en direccion de Oeste á Este. Seis mil quinientas hectáreas de excelentes praderas pueden nutrir con holgura igual número de cabezas de ganado: las aguas abundan y son excelentes, las inundaciones no son de temer, y la sal de Upin parece estar allí para fomentar la cria, el dia que el gobierno se decida á rebajar su precio en venta y á decuplar la extraccion de este producto.

Pues bien, en esta region fértil y pingüe es donde los señores Reyes y Silva han plantado su cafetal, explotacion hoy en pleno estado de prosperidad, provista de maquinaria la más perfeccionada, con la cual, y en ménos de diez años, han adquirido sus dueños una gran reputacion y una no inferior fortuna.

Creo haber dicho ya que los productos de esta region tienen dos salidas: por el camino de Bogotá pueden mandarse al interior de la República, y por el Meta destinarse á la exportacion; pero á fin de aminorar los excesivos gastos de transporte, seria menester terminar rápidamente los ciento cinco kilómetros de camino de la Cordillera, desde Susumuco hasta la confluencia del Guatiquia con el rio Negro.

Al extremo de la sabana de Apiai, que puede ser considerado como el punto céntrico de las vastas extensiones de pastos dependientes del territorio de San Martin, se encuentra el puerto de Pachaquiaro, junto á la confluencia del caño de este nombre con el supradicho rio Negro. En este punto uno de los brazos del rio mide treinta metros de anchura y sus dimensiones podrian triplicarse sin más que cegar los dos brazos restantes, operacion por otra parte sumamente fácil que se impone á los colonos del porvenir, pues de esta suerte las mercancías de la region podrian bajar en las barcas de los indios llamadas *curiaras* hasta el punto en que el Meta admite vapores de cinco piés de calado.

Siguiendo esta ruta desde Ocoa, se tiene que pasar por enfrente de la propiedad de don Nicolás Castro, llamada *Boca del Monte*, luégo se encuentran por su órden las llamadas de la *Compañía*, *Vigía* y *Esperanza*, y despues de atravesar los caños Quenane y Pachaquiaro, se llega á la hacienda del señor Alvarado.

Allí surge un nuevo manantial de riqueza, pues el sistema pastoral se explota en grande escala. Aquel es el país del ganado vacuno, compuesto de reses bravas. Apénas si á largos trechos se encuentra uno que otro patio rodeado de una *talanquera* ó empalizada de cañas de bambú para encerrar á las reses, que se capturan por manadas de doscientas ó trescientas cabezas á la vez. Las vacas tienen algun parecido con las de casta holandesa; son corpulentas, medianamente lecheras; pero muy robustas y fáciles de cebar, sobre todo cuando se les propina sal, con lo cual se vuelven mansas y no escapan. Da gusto ver algunos de esos ani-

males con casi todo el cuerpo sepultado entre la yerba, buscando la sombra bajo las grandes hojas de las palmeras moriches y viviendo en fraternal armonía con los halcones insectívoros que les sacan tranquilamente del pellejo los bichos llamados garrapatas, y de ahí el nombre de *garrapateros* que se da á tales aves. Los citados insectos, en extremo molestos, se pegan fuertemente en las orejas de las reses, causándoles á veces heridas que podrian producir fatales consecuencias si el garrapatero no pusiera el remedio junto al mal.

El censo del ganado bovino de la sabana de Apiai se eleva próximamente á dos mil cabezas repartidas entre siete explotaciones. He indicado ya que seria muy fácil decuplicar este número sin salir del mismo terreno, si para hacer el cálculo tomamos por base los rendimientos de otras regiones análogas.

Los siguientes datos, de carácter oficial, que debo al señor Vanegas, gobernador de San Martin, indican el número de cabezas de ganado, y su valor aproximado, que existen en el territorio sometido á su administracion. Estos datos se refieren á fines del año 1874.

40,305 bueyes y vacas.	Valor	2.805,460	francos.
1,292 caballos	—	330,865	—
1,091 mulas.	—	321,050	—
3,054 cerdos.	—	52,200	—
100 cabras.	—	1,500	—
45,842 cabezas.	Valor	3.511,075	francos.

Segun se desprende de estas cifras, el valor de cada res de la raza bovina es de unos sesenta francos, el cual resulta tan sumamente módico, que la carne no costaria más allá de quince á treinta céntimos el kilo, condiciones que ni en sueños se vislumbran en Europa.

Esas cuarenta mil trescientas cabezas de ganado bovino, están distribuidas entre los corregimientos de Villavicencio, San Martin, Medina, Cabuyaro y Jiramena, es decir, en el país situado al Sur de los rios Upin y Meta. Agregando á ellas el producto similar del territorio de Casanare, que con una superficie la mitad más pequeña, es doble, tendremos un total de ciento veinte mil cabezas en una superficie de pastos de mil kilómetros cuadrados.

Ahora bien, segun datos fundados, que debo á expertos agricultores de distintas comarcas, podria llegarse fácilmente á los resultados que indican las siguientes cifras:

En las sabanas de Casanare, que miden cincuenta y tres mil kilómetros cuadrados, dos millones de cabezas, y en las de San Martin (ciento cinco mil kilómetros cuadrados), tres millones; total cinco millones de cabezas, que producirian un mínimum de trescientos cincuenta millones de francos, calculando las carnes destinadas á la salazon y á la exportacion á un precio el más bajo.

Para dar una muestra del estado de estacionamiento en que vegeta la industria ganadera en esas admirables regiones, bastará decir que en 1810, al declararse la guerra de la Independencia, las reses pertenecientes á las Misiones de esas comarcas se elevaban á más de ciento treinta mil cabezas. Estos establecimientos llamábanse Misiones de Casanare, del Meta y de Cuiloto, habiendo sido fundadas en número de veinte sobre una inmensa extension de terre-

no (1). Los indios por sí solos cuidaban del ganado, cuyo próspero estado duró hasta el momento de la supresion y consiguiente dispersion de las citadas Misiones.

Ante estos resultados, cabe poner en tela de juicio las ventajas que esas regiones han reportado del régimen liberal, y preguntarse si áun hoy serian acaso las Misiones el único medio de infundir un principio de civilizacion entre las tribus indias.

Las reflexiones que preceden no deben aplicarse sólo á la industria ganadera. Hé aquí ahora un resúmen de los últimos datos estadísticos referentes á los productos vegetales de la region de San Martin. Lo copié en Villavicencio de la Memoria oficial redactada por encargo del ministerio de Hacienda y de Fomento. En 1875 la totalidad de la produccion ha sido:

Arroz.	706 cargas.	Valor	21,610	francos
Cacao.	12 —	—	4,500	—
Café.	904 —	—	103,090	—
Melaza.	1,455 —	—	37,165	—
Batatas.	3,222 —	—	18,125	—
Azúcar moreno.	562 —	—	21,230	—
Plátanos.	10,000 —	—	55,000	—
Yucas.	10,000 —	—	55,000	—
Maíz.	12,000 —	—	125,000	—
Patatas.	2,000 —	—	10,000	—
		Total.	450,720	francos

Es decir, una cifra tan irrisoria, que denotaria una pobreza sin ejemplo, á no revelar la más imperfecta de las estadísticas.

Sobre el territorio de San Martin, podria escribirse un voluminoso libro; pero *non est hic locus.* Algun dia, así lo espero, he de volver sobre un asunto de tan vital interés para la emigracion europea. Sin embargo, séame lícito, ántes de dejar este rico país, completar las presentes notas con algunas palabras acerca de su administracion y de sus productos.

El territorio de San Martin vino formando parte del Estado de Cundinamarca hasta el dia 16 de setiembre de 1867, en que fué cedido al gobierno federal y aceptado por ley de 4 de junio del año siguiente.

Su administracion desde entónces depende directamente del Presidente de la República, el cual delega sus poderes en un gobernador, con residencia en Villavicencio, hoy capital, y en los corregidores, que á su vez se hallan al frente de los corregimientos del territorio. Estos funcionarios ejercian antiguamente los poderes judicial y administrativo y sus fallos dados y expedidos sin sello ni timbre y enteramente gratuitos, no eran revisables sino por el Tribunal supremo. Pero por ley de 1874, los asuntos jurídicos de la region quedaron sometidos á un juez nacional, y desde entónces ha dejado de ejercerse la justicia á la sombra de los bosques de la sabana, como en los buenos tiempos de nuestros antiguos reyes.

(1) En lo que media de 1661 á 1805 estableciéronse las misiones de Patute, Casanare, Tame, Macañane, Betoyes, la Trinidad, Guanapalo, Crevo, San Miguel de Salivas, Guayabas, Altavari, Señor de Saliva, Surimena, Manuco, Casimena, Guacacia, Cabapune, Buenavista y Arimena.

Ante un notario público, nombrado igualmente por el jefe del Estado, se otorgan los testamentos, contratos y toda clase de escrituras; y el secretario del gobernador hace las veces de escribano de todo escrito público y de registrador de hipotecas.

Aparte de esta organizacion dependiente del poder central, funciona en cada pueblo una corporacion municipal ó ayuntamiento compuesto de tres individuos, elegidos libremente por el vecindario, los cuales se reunen bajo la presidencia del corregidor. El cura-párroco tiene el derecho de asistir á las sesiones.



Despedida en Buenavista

Unicamente la capital, Villavicencio, goza por excepcion del derecho de elegir cinco miembros, en vez de tres, para formar el ayuntamiento.

El territorio tiene, además, el derecho de elegir un comisario que le represente en el Congreso nacional.

Los únicos impuestos existentes son los de aduanas y el monopolio de la sal. Los municipios pueden imponer derechos sobre el peaje y los consumos; pero la ley contiene un número dado de restricciones, al objeto de cortar cualquier abuso que sobre el particular pudiera cometerse.

Bajo este régimen patriarcal, que de fijo dará dentera á todos los europeos, se han abierto á la colonizacion las regiones benditas de que vengo hablando y con él invitan á los emigrantes de todos los países á establecerse allí para enriquecerse.

Al objeto de facilitar este *desideratum*, el Congreso nacional ha votado una ley que regula la venta de las tierras baldías. El medio de adquirir estos terrenos es sumamente sencillo, y yo me permitiré indicarlo para que llegue á conocimiento de cualesquiera de mis lectores que se sientan inclinados á cooperar á la colonizacion de los Llanos.

Es necesario, ante todo, informarse de cuáles son los terrenos no enajenados, que abundan al Norte de Guatiquia y al Sur del rio Negro, cerca de Villavicencio, los que reunen una feracidad incalculable. Cualquier cónsul de Colombia dará los debidos informes.

Luégo se presenta la demanda al juez de Villavicencio, y, mediante la declaracion de cinco testigos que respondan de que el terreno es libre, es elevada al gobernador del territorio,



Racimo de la palmera Corneto

el cual nombra en seguida un agrimensor que levante los planos á expensas del expedicionario (coste: unos cincuenta céntimos por hectárea). El gobernador decreta en seguida la adjudicacion provisional, que es luégo aprobada por el Presidente de la República, con intervencion del ministerio de Hacienda y Fomento. Realizada la adjudicacion y amortizados los bienes territoriales empeñados, se expiden los títulos de propiedad y se verifica el acto posesorio. Así, prévias algunas formalidades que se encargará de llenar gustoso cualquier cónsul residente en Europa, pueden adquirirse terrenos, cuyo precio de coste, satisfecho en bonos territoriales, que se cotizan de un franco veinte á un franco cincuenta en las Bolsas de Paris, Lóndres y Amsterdam, no excederá nunca de un franco setenta céntimos á dos francos por hectárea. De modo, que una buena propiedad de cinco mil hectáreas, asegurada por títulos claros, legales, valederos y trasmisibles, apénas si llega á costar la insignificante suma de diez mil francos. Con anterioridad he manifestado ya los productos que se pueden esperar, si se confia su explotacion á manos hábiles y laboriosas.

Sin excluir una gran extension de terrenos baldíos, cedidos á la Compañía llamada «La Colombiana» á cambio de la obligacion de construir el camino de San Juan de Arama y llenar algunos otros servicios de utilidad pública, el total de terrenos enajenados hasta aquí, no

excede mucho de un millon y medio de hectáreas. Quedan aún por vender cerca de DIEZ MILLONES. ¡Soberbio campo abierto á los colonizadores! ¡Magnífico «El Dorado,» que ahora tiene existencia real, ofrecido á los pacíficos conquistadores de la civilizacion!

La enumeracion somera de todos los productos útiles con que brinda al hombre la próvida naturaleza, seria interminable. Con solo espigar aquí y allá, pronto tendremos hecha la gavilla.

El cautchuc abunda por doquiera. Se conocen de él tres especies: el *caucho perillo* y el *caucho menudito*, producto respectivamente de un *Ficus* y una *Siphonia*, cuya especie no me ha sido dable precisar aún.

Tres distintas variedades de vainilla trepan por los árboles.

Son muchas las clusiáceas que producen resinas olorosas.

En los bosques del Ariari crece el cacao en estado silvestre con gran abundancia: se conocen dos variedades llamada la una *Cacao redondo* y *Cacao cuadrado* la otra. He llegado á presumir que una de estas dos clases no puede ser otra cosa que el fruto de una *Herrania*, género de butneriáceas, descubierto por Goudot, y del cual tuve el gusto de coger á mi vez galanas y curiosas flores y frutas.

El *necho* es la semilla de la *Fevillea trilobata*, cucurbitácea que produce un aceite cáustico, sumamente apreciable para el tratamiento de las afecciones cancerosas.

El *algarrobo (Hymenca Courbaril)*, además de una fruta comestible da una resina muy trasparente, que en Bogotá se expende como barniz.

El *caimaron (Pourouma...?)*, de hojas tan anchas como las de una *Cecropia*, es una artocárpea que da prolongados racimos de frutas alimenticias.

El *balso (Ochroma tomentosum)*, enorme bambácea, tiene una corteza llamada *majagua*, que se emplea para la fabricacion de canoas.

El *avichirre* destila una leche que al solidificarse produce una guta-percha análoga á la de la *Isonandra gutta*.

Las *quinas (Chinchona* diversa) son objeto de una activa explotacion por parte de la Compañía «Colombiana.»

Ya he hablado anteriormente de otras muchas plantas medicinales y principalmente de las palmeras más abundantes y útiles aquí que en otro país alguno.

En cuanto á cultivos he señalado ya la caña dulce, la yuca ó casabe, el café, el cacao, el añil, el algodon, el maíz, el arroz, las batatas, las patatas, excelente tabaco, plátanos, colocasa y en general todos los árboles frutales de los trópicos.

No tienen fin ni cuenta las maderas preciosas que se dan en los bosques, de las cuales la mayor parte son enteramente desconocidas en Europa.

Hay ganado vacuno, mular, caballar, lanar, cabrío y de cerda. Ultimamente se ha hablado de la introduccion de camellos, cuyos buenos resultados, especialmente en las sabanas, no admiten dudas.

La hulla se encuentra á flor de tierra en Villavicencio y el asfalto en el rio Upin. El Ariari arrastra arenas que contienen oro: en Bogotá he tenido ocasion de ver muestras muy puras. En Guaicaramo existen manantiales de petróleo. El hierro se encuentra en Salitre, Cumaral

y Medina, así como tambien en la sabana de Apiai y en otros varios puntos. De la salina de Upin he hablado ya con la debida extension.

Los rios abundan en peces de todos tamaños: las tortugas constituyen un próvido recurso: en las lagunas del interior se encuentran lamantines: la danta (tapir) ordinaria y la pichaque son especies comunes; las fieras no ofrecen el menor peligro al hombre y las aves y la caza dan pié á los aficionados para emprender y realizar cacerías fabulosas.

El clima de los Llanos, más bien que cálido es templado, pues la temperatura media anual es de veintisiete grados al pié de la Cordillera. A lo largo del Meta es más húmedo y más caliente, pues allí la temperatura media se eleva á treinta grados y el higrómetro marca con frecuencia noventa. El sistema de las fuertes lluvias del Orinoco se deja sentir allí y especialmente en la parte más baja resguardada de la influencia de los vientos alisios, relegados más abajo de Ciudad Bolivar.

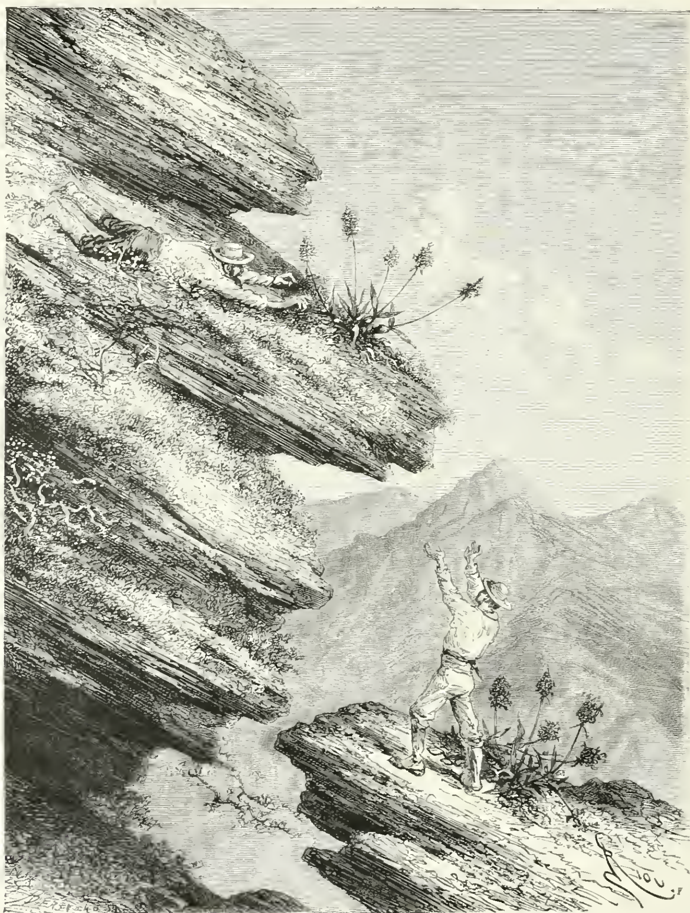
Las estaciones comprenden seis meses de verano que empiezan entre noviembre y diciembre, y seis de invierno ó de lluvias. Este régimen cambiaria si se desmontara con cordura ciertas partes de la Cordillera, con lo cual, además, lograríase sanear aquellos distritos en que todavía dominan las calenturas. Escogiendo con algun tacto el lugar de su residencia, el colono europeo puede vivir en los Llanos, sin temer nada por su salud.

Por último, el hombre en estado natural, representado por las familias indias, de condicion dulce generalmente, no opone el menor obstáculo á la colonizacion. Las tribus hoy existentes—de cuya descripcion prescindo, por no permitirlo lo limitado del espacio—son las de los Guahibos, Salivas, Cabres, Achaguas, Chucunas, Enaguas, Amarizanos, Amoruas, Airicos, Tauras, Mituas, Guaipunabis, Maquiritares, Churoyes y Guaigas. Estas quince tribus, un dia numerosas y potentes, van desapareciendo empujadas por el hombre blanco, de suerte que ya no forman más que una poblacion de unos diez y seis mil quinientos individuos, sobre una superficie de ciento ochenta y tres mil kilómetros cuadrados, ó sea un cómputo de nueve habitantes por miriámetro cuadrado (en Francia se cuentan siete mil). Y como en el Casanare la cifra no llega ni á la mitad, pueden computarse en veinticuatro mil el número de indios reunidos en los territorios de San Martin y Casanare, estando repartidos los últimos en nueve tribus sin importancia.

Tales son los Llanos de San Martin. Mucho me queda aún por contar sobre lo que he visto y observado ú oido decir. Pero dejemos que la sabana prospere y que los colonos se diseminen por ella. Por hoy, ya hay bastante con lo dicho.

Cierta mañana del propio mes de enero, del cual llevábamos consumido una buena parte, con nuestra accidentada permanencia al Oriente de la Cordillera, dimos un adios á Villavicencio y á sus simpáticos habitantes, enderezando nuestros pasos hácia Bogotá. Nuestros buenos amigos, los señores Vanegas, Lombana y Solano se empeñaron en que habian de acompañarnos algunas horas. La naturaleza parecia haberse adornado aquel dia con sus mejores galas, cual si quisiera avivar la pena que nos embargaba. La mariposa azul, llamada *pamplonera*, grande como la palma de la mano *(Morpho Menelas)*, se nos aparecia en el camino sacudiendo lentamente sus alas salpicadas de rocío. En la selva veíamos apuntar entre

la espesura de sus grandes hojas palmeadas, las extrañas flores caulinarias, con filamentos colorados de la *Herrania speciosa.* Atravesamos los bosques escalonados, sitos en la parte alta de la poblacion, debiendo trasponer, saltando á cada paso, los troncos de los árboles recien-cortados para el desmonte.



Recoleccion de las Schomburgkia

La despedida tuvo efecto en el alto de Buenavista, en el mismo sitio donde á la ida nuestros ojos extasiados admiraron por primera vez el majestuoso panorama de los Llanos, que eran entónces para mí un misterio, y que, despues de mi partida, ya no habia de volver á ver. La comitiva se detuvo, y sin apearnos se escanció un sorbo de Jerez en los vasos de asta, ribeteados de plata. Luégo nos inclinamos sobre la silla, nos abrazamos entre protestas de eterna amistad, cambiamos sendos apretones de mano, jurando volver á vernos, si no en este mundo..... en el otro, y despues, vueltas las grupas de nuestras cabalgaduras, cada cual se fué por su camino.



La Casa de la Ciudad en Bogotá

Nada más triste ni que afecte tanto como los momentos que suceden inmediatamente á esta clase de separaciones. ¡Cuántas amistades mucho más antiguas y arraigadas, no logran engendrar los vivos recuerdos que despiertan ciertos conocimientos trabados con rapidez, pero en los cuales surge en el acto la intimidad más cordial, puesto que la vida en los Llanos exige mutuos auxilios y cuidados en todos y cada uno de los instantes!

Mas nuestras ideas, veladas al principio, se van despejando ante la magnífica vegetacion que se presenta á nuestra vista, de todo en todo distinta de la que se observa en la llanura, y entre la cual volvemos á encontrar sucesivamente á nuestros conocidos del mes anterior. Y eso que ahora teníamos un nuevo cuidado. La conduccion á Bogotá de las riquezas que me habia suministrado la pródiga naturaleza vírgen de los Llanos, exigia un aumento de acémilas, y era preciso no separar un instante los ojos de aquellas caballerías indisciplinadas, y hasta de los arrieros tan poco habituados á trasportar voluminosas cajas, como propensos á abusar de los caballeros extranjeros. El camino, por otra parte, iba á darnos mucho que bregar, pues como la lluvia habia reblandecido la arcilla, pronto empezaron los resbalones y las caidas. Tras no pocas horas de echar ternos y hacer coro mentalmente con las rudas interjecciones de los arrieros, el mal camino se fué quedando detrás de nosotros y entónces dejé á Fritz que se adelantara con los bagajes, miéntras yo me quedé á herborizar en las *cuchillas* vecinas (agudas crestas de los contrafuertes de la Cordillera).

Debíamos pernoctar en Susumuco, y al fin de la jornada, creyendo estar ya próximos á dicho punto, se nos vino la noche encima, y la lluvia fina en un principio como el rezumo de la niebla, tornóse de pronto violenta y glacial. Reinaba la misma oscuridad que dentro de un horno, y acordándome de que en tales casos lo mejor es soltar la brida sobre el cuello de las mulas, díjele á Juan, que me acompañaba, que hiciese otro tanto, y á decir verdad, los inteligentes animales iban tanteando el terreno con la punta de los cascos, andaban entre las peñas, escalándolas con admirable destreza, y acertaban siempre con el vado de las corrientes más profundas. Con igual seguridad franquearon asimismo dos ó tres palancas formadas de un tronco aserrado en dos y cubierto de tierra, sin parapeto ni resguardo alguno, y no se inquietaron lo más mínimo por el rumor de las aguas que bramaban debajo de nosotros.

Hubo un momento en que la situacion se puso crítica en extremo. Atravesábamos una cuchilla tan angosta, que el abismo se abria á entrambos lados de las peñas en que la mula se bambaleaba. A través de la oscuridad, vislumbré vagamente el vacío, y un escalofrio de horror recorrió todo mi cuerpo, desde los piés á la cabeza. Por fortuna montaba una mula *baqueana* (guía), la que se detuvo un momento, volvió grupas, cogió de nuevo el buen camino, y por fin nos llevó á la cabaña de Susumuco, en donde entramos á las ocho de la noche, despues de haber andado dos horas por infernales vericuetos, entre la oscuridad más densa. Nuestros compañeros nos aguardaban, secándose al fuego, en el cual habian puesto á cocer una venerable marmita de *mazamorra*, harina de maíz hervida, que forma la base de la alimentacion de los quineros de la comarca.

La mujer del patron contemplaba con viva curiosidad los objetos de historia natural que llevábamos nosotros, mostrando cierto terror, sobre todo ante las culebras de campanilla pues-

tas en alcohol, tanto, que al decirle que iba á enviarlas á Europa tal como estaban, exclamó:

—Pero ¿y si vuelven á vivir?

Creo que no habria sido nada difícil hacerle creer que iban á resucitar ántes de poco.

Despues de sorbernos la mazamorra, nos tendimos en las hamacas. Al dia siguiente, recogimos en la pintoresca quebrada de Susumuco soberbias muestras de un *Calycophyllum* de grandes brácteas coloradas y muy brillantes, numerosos helechos y melastomáceas, emprendiendo luégo alegremente el camino de Quetame, á donde llegamos muy temprano todavía.

Tenia gran empeño en visitar las aguas minerales de Quetame. Hay allí una especie de establecimiento termal, titulado *Guariterma;* pero á pesar de la gran reputacion de que gozan sus aguas para el tratamiento de las afecciones cutáneas, pocos son los bañistas que acuden á hacer uso de ellas. Surgen al pié de un enorme desplomamiento de rocas metamórficas, en las cuales domina el esquisto micáceo: encontrélas fuertemente sulfurosas y ví que dejaban un limo ferruginoso (peróxido de hierro hidratado), y que teñian de un color rojizo cuantos objetos se hallaban en contacto con ellas. Su temperatura es de treinta grados centígrados. El señor Saenz me dijo que contenian cloruro de sodio y de magnesia, sulfato de cal, ácido carbónico y carbonato de cal, y en la degustacion acusan un sabor salado y estíptico.

Encima de esos manantiales se ve una formacion de esquistos silíceos, de la variedad llamada «lustrosa,» dispuestos en estratificaciones casi verticales que constituyen un espectáculo de los más pintorescos y salvajes que he visto en mi vida. Su hojosa superficie es extraordinariamente árida, y el calor que reverberan en la estacion seca llega á ser verdaderamente insoportable. Pues bien, á despecho de unas condiciones tan poco propicias para la vegetacion, una soberbia orquídea, coronada de enormes espigas de flores entre acarminadas y violáceas con divisiones onduladas (*Schomburgkia rosea*), tapiza la superficie de las capas más altas. Sus flores abundaban á la sazon, y si quise coger un buen número de hijuelos vivos, hube de hacer tales ejercicios de equilibrio, que ahora con sólo recordarlo me tiemblan las carnes.

En Puente de Quetame encontramos al señor Pardo, el cual nos albergó con suma complacencia y se arregló con los arrieros encargados de conducir los bagajes hasta Bogotá. A las tres de la madrugada del siguiente dia, partimos de su casa, siguiendo el curso de nuestro antiguo conocido, el rio Negro, atravesamos Caqueza, lanzando al pasar una maldicion contra sus inhospitalarios habitantes; á las tres de la tarde volvíamos á franquear el boqueron de Chipaqué y á las seis entrábamos en Bogotá, con el estómago vacío, una mula aguada, otras dos con los lomos sangrando, y todos nosotros ostentando las huellas de una insolacion, producto de un sol rutilante, que se habia cebado en nosotros durante una cabalgada desenfrenada de quince horas consecutivas.

Habíamos apénas recobrado el uso de nuestros miembros anquilosados, cuando nuestros amigos vinieron á visitarnos, y nos hicieron mil preguntas sobre la exploracion de los Llanos que acabábamos de realizar.

Volví á visitar al señor Perez. El Presidente de la República se dignó pedir que escribiera un breve resúmen de mi visita al territorio de San Martin, y lo mandó insertar en el *Diario oficial de Bogotá.*

Los dias sucesivos trascurrieron en visitas, excursiones por las cercanías de la capital, ascensiones al Guadalupe y herborizaciones detenidas en el famoso «Boqueron» en donde Linden, Karsten, Triana y Lindig habian recogido plantas tan curiosas, y que á la sazon la bella melastomácea, apellidada *Chætogastra Lindenium*, cubria con sus grandes corolas de un color rojo, como de sangre.

Al cabo de algunas semanas de permanencia en Bogotá, se contrae una tristeza que tiene mucho de sombría. Al que no está ocupado en un trabajo asiduo ó metido en el activo tráfico



La calle Real en Bogotá

que absorbe á la casi totalidad de sus habitantes, no le queda más que el tedio, pero un tedio mortal. Las conversaciones á la puerta de las tiendas de la *calle Real*, las idas y venidas por el *Altozano*, balcon embaldosado de la Catedral, un paseo á caballo por Chapinero, entre caminos llenos de polvo y sin un árbol, las ceremonias religiosas de las iglesias, ó una caminata hasta la quinta de Bolivar que domina la ciudad, forman las distracciones habituales. Cuanto á los placeres extraordinarios, son una que otra representacion en el teatro, en cuya sala, casi siempre desierta, oí cantar la *Traviata* (¡ay!) por un cocinero de meson que cantaba de barítono; la fiesta de la Independencia, ó alguna otra fiesta de carácter popular, para las cuales suele utilizarse el antiguo convento de Santo Domingo, fundado en 1550 por José de Robles y afecto hoy á los servicios públicos de correos, administracion de hacienda, etc., etc.

El jardin de este convento se conserva sin la menor alteracion. Contiene sólo plantas

europeas, excepcion hecha de algunos tallos de una melastomácea de las cercanías de Quetamé *(Lasiandra lepidota)*, cuyas flores que habia cogido ya en estado silvestre, me agradó volver á ver en aquellas plantas sujetas á cultivo. Cuando la muchedumbre se apiña en las galerías del claustro, el antiguo convento toma un aspecto profano que debe hacer estremecer á los manes de los Dominicos de otros siglos, sepultados bajo las losas.



Jóven de Bogotá

Al visitar un dia las iglesias de la ciudad, construidas todas á tenor de ese estilo sobrecargado de adornos dorados que predomina en toda la América del Sur, el cual acusa la decadencia del Renacimiento español, mis ojos tropezaron con una inscripcion manuscrita pegada á la puerta mayor de la iglesia de la Tercera. En dicha inscripcion se leia lo siguiente que transcribo sin comentarios:

«El dia 14 de diciembre último ha sido robado el tesoro de la Catedral. Los malhechores se han llevado del santuario tres magníficas rosas, algunos diamantes, rubíes y esmeraldas, más de doscientas perlas finas y cuatro amatistas. Quedan desde ahora excomulgados los ladrones y sus cómplices. Unicamente se les absolverá si restituyen los indicados objetos y dan muestras de sincero arrepentimiento.

»Vicente Arbelaez, obispo de Bogotá;

»23 de diciembre de 1875.»

La iglesia de la Tercera, construida desde 1761 á 1780 por los Padres de San Francisco, se halla situada al extremo de la *calle Real*. Distínguese por los dorados del coro y por sus

tres órdenes de columnas. Una imágen de la Vírgen ataviada con ese lujo de falbalás tan comun en toda la América española, preside desde su trono á un gran número de santos vestidos á la última moda. En las paredes del coro, doradas de arriba abajo, se ven algunos cuadros de los cuales lo mejor que puede decirse en su obsequio es no decir nada. La techumbre de madera pintada de blanco, contrasta desapaciblemente con la llamativa suntuosidad del coro.

La catedral, cuya ereccion ordenó el papa Pio IV, secundando los deseos de Felipe II rey de España, empezó á construirse durante el arzobispado de don Juan de los Ramos, primer arzobispo de Bogotá, si bien su sucesor F. Adames fué el que puso la primera piedra del edificio actual el dia 12 de marzo de 1572. Interrumpida y reanudada distintas veces la obra, esta paró á la postre en un edificio sumamente raquítico, hasta que en 1807 el padre capuchino Domingo Petrez volvió á empezarla bajo nuevos planos, no terminando la construccion hasta 1823. La fachada comprende dos cuerpos de arquitectura superpuestos, de los cuales el más bajo es dórico y el superior jónico, ambos de buen estilo. La superficie del interior mide cinco mil trescientos metros cuadrados. Forman el coro tres muros revestidos de pilastras dóricas encuadrando pequeños altares, en los cuales son de ver tres cuadros de Vazquez que no carecen de mérito. Hay además en este templo dos monumentos funerarios, de los cuales el uno está dedicado á la memoria del excelente arzobispo Mosquera y el otro encierra los restos de un varon célebre en la historia, tal es don Gonzalo Jimenez de Quesada, famoso conquistador del Nuevo reino de Granada, muerto de la lepra en Mariquita, el año de 1597.

Existen además en Bogotá las iglesias de Santa Bárbara y de las Nieves, fundadas ambas en 1581, la de San Cárlos erigida en 1604 y la de Capuchinos que data de 1778. Cuatro conventos de monjas; ocho de frailes de diversas órdenes, ocho capillas, entre las cuales la de Guadalupe y la de Montserrate, situadas en las alturas inmediatas á la ciudad, revelan aún la fe viva de los Bogotanos.

La Universidad, creada en 1608 en un convento de padres predicadores, contiene los restos de un museo en lastimoso estado. Consérvase en él la cota de malla y las espuelas de Quesada, el manto de Atahualpa y una biblioteca muy insignificante. Las clases de segunda enseñanza están confiadas á un personal indígena, cuyos esfuerzos se embotan en la falta de solicitud que muestra la poblacion por los estudios superiores.

Finalmente, despues de citar el teatro, edificio vulgar en absoluto; el palacio del Congreso cuya construccion empezada hace tiempo, amenaza eternizarse; el Observatorio astronómico, hermoso edificio hoy en mal estado, legado á la capital por el célebre Mutis y del cual han desaparecido, nadie sabe cómo, los instrumentos vistos y citados por Humboldt; el hospicio público y el hospital de la Caridad, admirablemente administrados por las Hermanas francesas que los tienen bajo su cargo; tres colegios de primera enseñanza; la cárcel, cuya seccion de mujeres ha recibido el nombre pintoresco de *El Divorcio;* la Casa de Moneda, antiguo edificio, en la cual los empleados, desgraciadamente, huelgan la mayor parte del año; el palacio arzobispal, antigua casa muy confortable; la estatua de Bolívar erigida

en el centro de la plaza y en el mismo solar del palacio de los Vireyes que destruyó el terremoto de 1826; y por fin la residencia del Presidente de la República, sin nada de particular, indigna del destino que se le ha dado, creo que habré pasado en revista todo cuanto puede ver el viajero que visite esta ciudad encaramada sobre una de las mesas de los Andes.

A tenor de lo que prescribe el pacto de union de los Estados confederados de Colombia, el distrito federal representado por Bogotá y sus suburbios se rige por instituciones especiales. Su gobernador desempeña además el cargo de secretario del gobierno de la Union.

La religion del Estado es la católica; pero está reconocida la libertad de cultos.

Las rentas del Estado federal ascienden á duras penas á doscientos cincuenta mil francos, y no tiene deuda pública.

En estos últimos tiempos se ha impreso notable desarrollo á la instruccion pública, y sobre todo las escuelas de niñas me parecieron admirablemente dirigidas.

Predomina en la poblacion la raza blanca de sangre española, á la cual se une la mezcla de los tipos indígenas que prepondera entre las clases populares. Las niñas bogotanas que no forman parte de lo que ha dado en llamarse «buena sociedad» son generalmente graciosas y las hay tambien muy bonitas, siendo además muy lucido y vistoso su traje dominguero.

El distrito federal envia un diputado al Congreso por cada cincuenta mil almas; pero no tiene representacion en el Senado de los plenipotenciarios, por no considerársele como Estado soberano é independiente.

Antes de pensar en partir para el Sur, cumplíame verificar un sin fin de preparativos, entre otros, completar el equipo, comprar mulas de carga y buscar peones y guías experimentados. Además, la preparacion de las colecciones, la expedicion de las mismas para Europa y la redaccion de algunas memorias para el ministro de instruccion pública de Francia, me absorbieron algunos dias, durante los cuales hallé nueva ocasion de estudiar de cerca los usos y costumbres de este país por demás curioso.

En el exámen minucioso de un jardin, hallé una de las particularidades de Bogotá. En la tierra fria, los jardines que ocupan el patio de las casas forman un paralelógramo cortado en rectángulos y diagonales, con pasos enladrillados con baldosas y un sumidero en el centro, destinado á absorber las aguas pluviales. Los triángulos resultantes de esta disposicion geométrica contienen casi en todas partes la misma clase de plantas: rosales poco ó nada podados, que florecen todo el año: un nogal de Colombia *(Juglans Bogotensis)*, plantado casi siempre en el centro del jardin, desde donde muestra el hermoso paramento de sus hojas y gruesas frutas cubiertas de un pericarpio ceniciento; y entremezcladas sin órden ni gusto alguno una porcion de plantas como clavos, fucsias, pelargonios zonales de flores muy grandes, espárragos (¡esos como planta de adorno!), verbenas toronjiles, lirios cárdenos, alelíes, amapolas y adormideras variadas, claveles de varias clases, delfinelas azules, altramuces, boneteros del Japon, caléndulas, callas de Etiopia, violetas y primaveras de China floridas siempre. Nótase en todas partes la misma preocupacion de dar preferencia á las flores de Europa.

Llegó por fin el momento de partir: los preparativos estaban corrientes. Adquirí seis

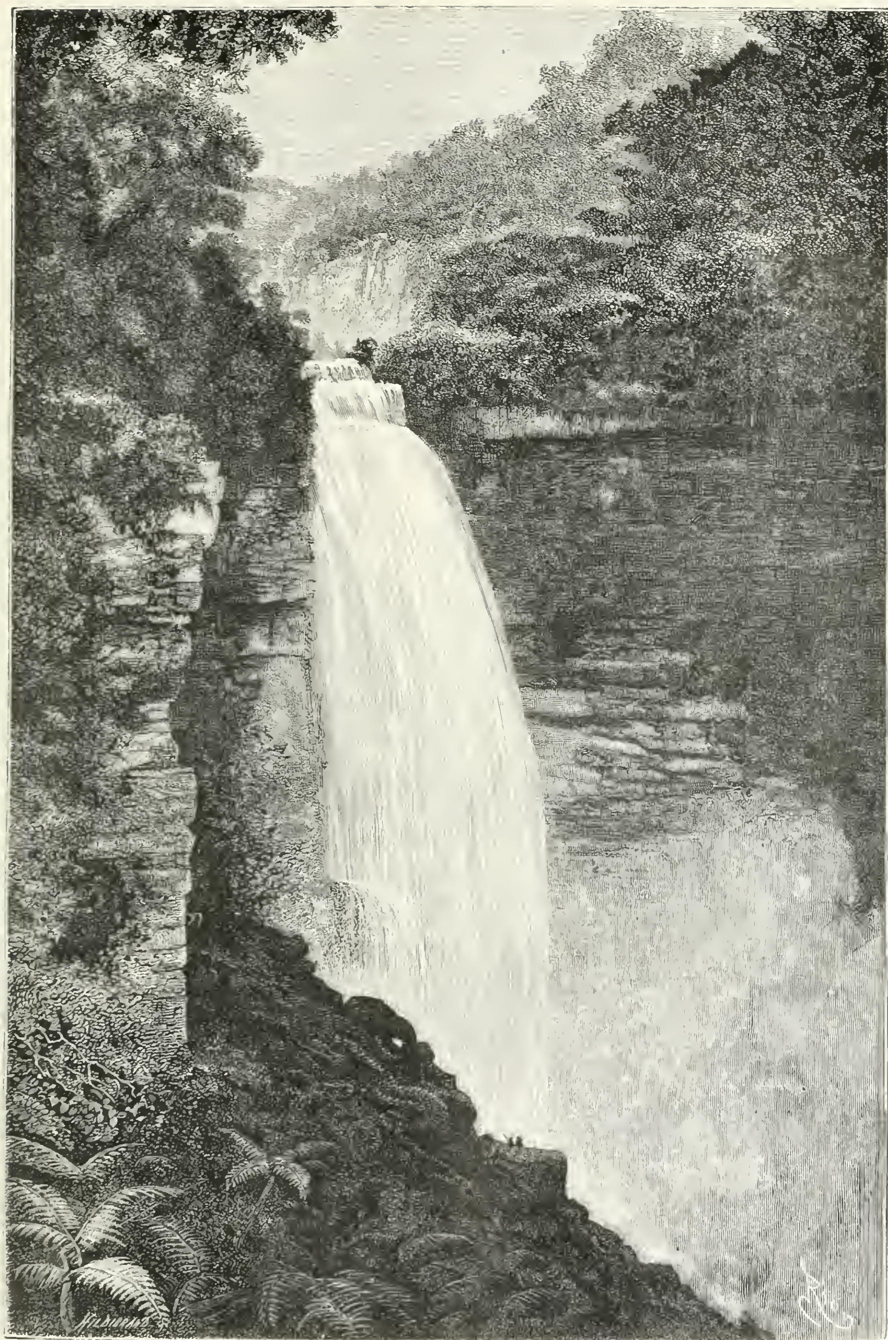
acémilas pagándolas en letras de cambio contra los hermanos Baring de Lóndres, conservé las dos mulas de silla que mejor nos habian servido en tierra caliente, y á las cuales llamábamos *Mansita* y *Margarita*, y Fritz cambió la suya aguada á consecuencia del viaje á los Llanos, por la montura de un pintor yankee. Tomé de mozos de pié á los hermanos Timoteo



Sauces y pared de adobes, en Soacha

é Ignacio Mendoza cuyo buen carácter, probidad y destreza me habian encomiado mucho. Pronto se verá cómo esos dos hermanos siameses riñen y se vuelven enemigos enconados.

El dia 2 de febrero nos hallábamos en camino para Soacha. Las mulas, refrescadas en el potrero, mostrábanse demasiado retozonas, de modo que tan pronto se revolcaban por el polvo como escapaban á galope tendido, y como la carga experimentaba las sacudidas consiguientes, se hacia menester pararse á componerla á cada dos por tres. Añádase á eso, que las respectivas esposas de los hermanos Mendoza habian ido á despedirles, con cuyo motivo las abundantes libaciones de chicha acabaron por enturbiar los ojos de los nuevos guías. Ante los



Salto del Tequendama

nuestros se extendia la llanura seca, pulverulenta, blanquecina y sin un árbol. Apénas si algunas morelas espinosas y escasos nopales se erguian contra los muros de tapia que cercaban los pasturajes á la sazon secos de la sabana.

En las cercanías de Soacha, lugar que se hizo célebre por el descubrimiento de unos huesos de mastodonte, y capital de un distrito de tres mil habitantes, situado en una cuesta, á dos mil quinientos setenta metros, tomé un cróquis de tres sauces de extraño aspecto que formaban tres distintas variedades de una misma especie, el *Salix Humboldtiana.* El uno era piramidal como los chopos de Italia, el otro se parecia á los sauces llorones, y el tercero presentaba una forma fastigiada, mezcla de ramas enhiestas y colgantes la más rara que pueda imaginarse.

Pernoctamos en Soacha. En un meson de buen aspecto, pero que por desdicha nuestra resultó ser una cueva de bandidos, hallamos cena y alojamiento. Unas manos malvadas se aprovecharon de nuestro sueño para abrir durante la noche las puertas del corral en que habíamos dejado las mulas y estas tomaron las de Villadiego; y hasta del mismo aposento en que dormimos desaparecieron un revólver, varios objetos de tocador y alguna otra cosa, sin que nos fuera dable encontrarlo al dia siguiente. Hubimos de prometer remuneraciones á los granujas que correteaban por la plaza envueltos en sus ruanas, los cuales se mofaban de nuestra contrariedad, para decidirles á ir en busca de las caballerías, y lo peor es que sin saberlo nos dirigimos á los mismos autores de la hazaña.

Estábamos lívidos de coraje; pero hubimos de reprimirlo para no ir quizás demasiado léjos y á más para no perder el tiempo inútilmente. Por fin, reaparecieron las mulas fugitivas y partimos de Soacha de los ladrones, no sin maldecir de todos y cada uno de sus moradores.

Mermada la jornada por tales contratiempos, hube de renunciar á ir á dormir, como habia proyectado, á la hacienda de Tequendama á poca distancia de una célebre catarata, deteniéndonos, por consiguiente, ántes de anochecer en el cortijo de Canoas, despues de pasar el rio Funza ó Bogotá. Esta detencion me dió pié para visitar la casa de labranza de un agricultor muy distinguido, don Pepe X....., que explota con el mayor éxito una extension de tres mil hectáreas de terreno. Hallaba por fin un importante cultivo de cereales: el trigo pasaba por aventaderas construidas en Europa: los arados no eran ya los aperos bíblicos que habíamos visto en Fontibon, sino que estaban provistos de rejas de hierro templado; y enormes montones de patatas revelaban una abundante produccion de este precioso tubérculo.

Don Pepe me enseñó un magnífico *Eucaliptus globulus*, que sin embargo de no contar más de tres años, medía ya una altura de unos quince metros. Puede asegurarse desde luégo que el cultivo de esta famosa mirtácea produciria resultados inmensos, bajo el clima de Bogotá.

Al amanecer del dia siguiente emprendimos el camino de Tequendama, donde nos proponíamos llegar temprano, á fin de poder contemplar la cascada en toda su belleza.

Digno era el camino de ser observado. En primer término el rio Funza se deslizaba perezosamente con direccion al Sur por una llanura arenosa, apénas inclinada, desplegando sus sinuosidades, como una cinta de plata: luégo, al aproximarse á las vertientes de la montaña,

la direccion del rio cambia de Este á Oeste penetrando en la garganta, de la cual es la llave la hacienda de Tequendama: al llegar aquí se acelera la corriente, y al chocar luégo contra las rocas desprendidas de la montaña forma espumosos remolinos. La vegetacion, compuesta en un principio de gramíneas y bromeliáceas propias de las peñas secas (*Tillandsia incarnata*), tórnase cada vez más viva y variada.

Debajo de los esquistos cortados para abrir el camino, asomaban ricas venas de hulla, apareciendo cada vez más espesos los tallares compuestos de lindos telipogones, odontoglosas de Lindley, caraguatos de color escarlata, numerosos epidendros, matas de fucsias y castillejas. Hácia el Oeste se elevaba al cielo una columna de neblina, indicando la presencia de la catarata, que un bramido sordo venia anunciando hacia ya algun tiempo.

A las nueve, despues de atravesar algunos pantanos, llegamos á la pendiente boscosa que domina la catarata y dejamos las mulas al cuidado de un guía para bajar con más holgura, á través de un espeso bosque, hasta el sitio en que el rio Funza se precipita de un solo salto á ciento cuarenta y seis metros de profundidad (1).

Pocos instantes despues, andando á gatas por un terreno sumamente resbaladizo cubierto de altos helechos arbóreos, bañados sin cesar por los vapores que levanta la caida del agua, llegábamos hasta la meseta de arenisca, que sentíamos temblar bajo nuestras plantas, desde donde la masa de agua se despeña dando un salto gigantesco.

El *salto* del Tequendama estaba ante nosotros. Pero en un principio no es posible hacerse cargo de la majestad del espectáculo: se está demasiado *encima* de él para verlo bien. Unicamente descendiendo por las anfractuosidades de la indicada meseta que tendrá unos cincuenta metros de longitud, y está desgastada en su parte media, en una extension de quince á veinte metros, dando paso por allí á tres capas de agua, la una de diez metros y algo más estrechas las dos restantes, puede uno darse cuenta de sus dimensiones, sobre todo si se asoma la cabeza por el borde para observarlo mejor en sus tres cuartas partes. La caida no se verifica de golpe, pues el agua tropieza con una segunda meseta situada ocho metros debajo de la primera, desde la cual, formando un arco inmenso, la masa líquida cae hasta el fondo del precipicio, cuyas profundidades nadie ha podido escudriñar hasta ahora.

Ni siquiera es posible adivinar dónde está su base, por perderse entre un vapor sumamente espeso, y sólo es dable divisar las orillas por las mañanas ántes de que la bruma que surge al medio dia invada todo el paisaje. Cuando aparecen los colores del prisma en esta blanca sábana, y la luz polarizada forma una serie de arco-íris en la neblina, es incomparable el efecto mágico que produce la catarata del Tequendama, que pasa, y no sin motivo, por una de las más sorprendentes maravillas naturales de la América del Sur.

La altura absoluta de la capa de agua superior es de dos mil cuatrocientos sesenta y siete metros sobre el nivel del mar. La temperatura, refrescada sin cesar por la llovizna que produce la cascada, suele ser más baja que en Bogotá y por consiguiente inferior á quince grados centígrados.

La altura de la cascada ha sido tomada distintas veces, obteniéndose los resultados más

(1) La altura de la catarata mayor del Niágara es de cincuenta metros.

opuestos. Mutis se sirvió del barómetro, y encontró ser de 212^{m},75; — Ezquiaqui (medicion) 220^{m},67;—Humboldt, segun sus cartas, 177^{m},12;—él mismo (medida publicada), 182^{m},88;—Caldas 183^{m}, 48.—Por fin, el baron Gros, despues de practicar con el mayor esmero repetidas mediciones, le da 146 metros, siendo esta la medida que se ha considerado luégo como más exacta.



Begonia magnifica, Linden

Vista desde el reborde de una roca saliente, á cuya circunstancia debe el nombre de balconcito, la cascada presenta un aspecto formidable; pero la garganta es tan angosta, que el conjunto no puede ser abarcado por completo desde parte alguna.

Sobre la misma roca que baña la catarata crece una planta curiosa, un *Podostemon*, del cual cogí algunas muestras, teniendo que deslizarme todo empapado por debajo de la primera caida. La *Gunnera scabra* ostenta sus inmensas hojas arrugadas en una hendidura de la peña, sobre el abismo; y una gran Begonia (*B. magnifica*) despliega, envuelta en la neblina y entre los fragmentos de las rocas disgregadas por la rotura de los diques del antiguo lago de Bogotá, sus admirables flores de color escarlata, que hacen de esta planta una de las especies más hermosas, entre todas las de su género.

VIII

Partida para el Sur.—El Páramo de San Fortunato.—Un bogotano y un europeo de viaje.—El contadero.—La escalera de los gigantes y el camino de palos.—Un bosque de helechos.—Resbalones, caidas y borrascas.—Fusagasugá, descripcion, historia, habitantes, fiestas, la cárcel y el cementerio.—La culebra coral y los aduaneros.—El peluquero Saunier.—El jardin y las orquideas de la quinta Lorenzana.—Excursion á Pandi.— El ahorcado de Arbelaez.— La *Æchmea columnaris*.— Pandi.— El puente natural de Icononzo.—Descenso á la sima.—Una batalla al extremo de un hilo.—Descubrimiento geológico.—Los jeroglíficos.—Regreso á Fusagasugá.

Al salir de Bogotá, tomando el camino del Oeste y siguiendo la llanura arenosa hasta Soacha y Canoas, la sabana termina por un lado con la gigantesca cascada de Tequendama, por la cual el rio Funza se precipita á tierra caliente de un solo salto, y por el otro con una muralla de montañas orientadas al Sur. Los bordes dentellados de este inmenso lago sub-andino no están interrumpidos en parte alguna, y los páramos aparecen coronados de eternas escarchas.

La cumbre que habíamos de franquear para ganar el camino de Fusagasugá, despues de

separarnos bien á pesar nuestro del grandioso espectáculo de la cascada, llámase «Páramo de San Fortunato,» cuyo nombre conocia de larga fecha, por las bellas herborizaciones que hicieron allí naturalistas de nota, como Hartweg, Linden, Goudot, Lindig, Triana y otros.

Enderecé, pues, la marcha hácia el Sur-oeste, franqueando á mano izquierda un contrafuerte de la cordillera oriental, llamado Cerro de Pasquilla, que se destaca del Páramo de Chipaque, cuya opuesta vertiente me era ya conocida. El indicado páramo forma la línea de



La casa de los Rojas, en Fusagasugá

altitud de los Andes, sobre las dos cuencas del Orinoco y el Magdalena. La llanura continúa aún, si bien se angosta gradualmente hasta que en el horizonte aparece interrumpida por las altas cumbres que íbamos á abordar de frente. En el camino pulverulento y blanco, orillado de bardales de seis piés de altura y zanjas que remontan las pendientes dividiendo los ruedos de los dueños de los pastos, aparece una vegetacion frutescente tan mísera, que apénas excede de las gramíneas de las lomas.

En las cercanías del cortijo de Sibate, donde algunos sauces llorones indican la existencia de una balsa, y algunos cuadros de azulada alfalfa anuncian en un buen trecho la presencia de cultivos regulares, una pequeña culebra de cascabel pagó con la vida el susto que tuvo á bien dar á mi cabalgadura. Dicen que este encuentro es de buen agüero. La caravana marchaba con bastante regularidad, si no hacemos mérito de tener que estar de continuo compo-

niendo la carga de las acémilas, cuya operacion verificaban los mozos de á pié en medio del camino, echando por la boca sapos y culebras á borbotones. Allí empecé á notar que Timoteo, el hermano mayor de los dos guías que habíamos tomado en Bogotá, queria hacer valer su supremacía, fundada en tener más edad, que el otro, el cual tascaba el freno en silencio. Al observarlo así, me permití hacer un acto autoritario en consonancia con el sabio proverbio *Principiis obsta.*

En Puerta Grande, pueblo compuesto sólo de algunas chozas, en donde descubrí una bonita variedad de flores amarillas del «floripondo» *(Datura arborescens)*, del cual recogí algunas semillas, y además un *Solanum* espinoso de tallos retorcidos y hojas de color de herrumbre, empezamos á descifrar en lontananza el programa de la ascension. El camino ondulaba por las laderas del monte como una inmensa serpiente y de nuevo aparecieron los arbustos de tallo endeble, mirtáceas y melastomáceas, *Myrica* y *Baccharis*, seguidos de los últimos helechos, *Achrostichum* y *Lomariopsis*. Algunas Compuestas frutescentes, las tenues guirnaldas cubiertas de hermosas flores de color escarlata de las *Mutisias*, las fucsias y las bromeliáceas de tierra fria, anunciaban la proximidad de la region de las escarchas y de las brumas perpetuas.

Inútil advertir que íbamos aparejados para el caso. No hay un bogotano que se aventure á recorrer el páramo sin tomar al efecto un verdadero lujo de precauciones. Aparte de los pantalones de cuero, llamados *zamarros*, que ya he descrito, y de la *ruana*, prenda de vestir que corresponde al *poncho* peruano, consistente en una pieza de paño con un agujero, por el que se pasa la cabeza, no descuidan nunca el tapa-bocas para resguardar la cara y los labios de las grietas que produce el frio y el polvo de la llanura. Llevan, además, calado en la cabeza un sombrero de fieltro provisto de una funda de hule, impermeable á la lluvia, y colocan en la silla el *bayeton* enrollado y sujeto con correas, cuya prenda á la vez que de capote en los dias de lluvia, de noche hace las veces de cobertor. La mula lleva, además, un *almofrez*, ó saco de viaje, cubierto con una piel de vaca y destinado á contener el bagaje y las provisiones de boca, si es que no se emplean las *petacas*, que son, no obstante, en todos conceptos preferibles.

Un lujo tal de precauciones, indispensable á todo colombiano de buena casta, no deja de ser incómodo para los viajeros naturalistas, por lo que no pude ménos de buscar la manera de disminuir en lo posible una *impedimenta* tan considerable. Adopté las botas altas, preferibles á los zamarros y á las alpargatas, pues con ellas no hay que temer el agua, ni las culebras, ni los cambios de temperatura, y compuse el resto de mi traje con un chaqueton de paño á la europea, provisto de numerosos bolsillos, dispuestos siempre á recibir cualquier objeto que se recoja, un pañuelo anudado al cuello, una camisa bien holgada y un ancho sombrero de fieltro, prescindiendo de la ruana que estorba los movimientos y que sólo empleaba en tiempo de lluvia. Hube de adoptar, con todo, las galochas ó estribos de cobre que son muy útiles para proteger los piés contra las peñas y raíces salientes, y las largas espuelas americanas. Las que habia traido de Europa quedaron torcidas en ménos de dos horas. Es de todo punto preciso que el jinete pueda levantar su montura, si se atasca, ó si el tronco de un árbol obstruye

el camino ó si se ofrece la necesidad de saltar de roca en roca, en una palabra, cada vez que se presenta un obstáculo, lo cual sucede cien veces al dia..... y esto cuando todo va bien. Llevaba, además, la escopeta colgada á un hombro, y al otro la caja de herborizar, el machete al cinto; en las pistoleras, el dietario de viaje, una caja de instrumentos de observacion, una cajita de colores para pintar á la aguada, un álbum de bolsillo, un martillo de geólogo, un revólver, algunas tablillas de chocolate, un eslabon y un pedernal para sacar lumbre y un paquete de cigarros; y por fin, una varilla con un gancho al extremo, á la vez que para coger y doblegar las ramas de los árboles, servíame de látigo. Detrás de mí seguia Juan, llevando el barómetro Fortin, que hay que tener siempre derecho, lo cual no deja de ser un continuado martirio: llevaba, además, un gran recipiente de hoja de lata, en el cual iba vaciando el fruto de mis recolecciones, unas pinzas para coger culebras, un mariposero, un instrumento para descocar los árboles, con mango articulado como las cañas de pescar, una mochila de red para las plantas vivas, amén de la escopeta y el sable, armas de todo punto indispensables. Cargadas en las seis acémilas restantes iban la tienda de campaña, los botes de conservas, las hamacas, las cajas de zinc y de madera, los hierros y el estaño para hacer soldaduras, algunas mudas de ropa, los mosquiteros y, por fin, las recolecciones dispuestas ya para ser expedidas á la costa, y desde allí á Europa, cada vez que encontrábamos algun punto de parada propicio. En cuanto á Frizt, como quiera que viajaba por mero recreo, iba más suelto, bastándole una sola de las seis mulas de carga para conducir su equipaje, y como, además, habia tenido la prevision de cambiar su mulo destroncado por una magnífica bestia de silla, de ahí que anduviera más desahogado y que en un caso de apuro, pudiéramos contar con él y con su probada sangre fria.

En esta conformidad partimos para el Sur de la Colombia. Merced á la experiencia adquirida en la expedicion de los Llanos, lo habíamos dispuesto todo á nuestro sabor: gozábamos de cabal salud, los dias de descanso que pasamos en Bogotá borraron hasta el más leve asomo de fiebres, y la esperanza palpitaba en nuestros corazones. Llevados de juvenil entusiasmo, hablábamos nada ménos que de llegar hasta Quito en la misma forma en que partíamos y sin perder ni una mula. Mas ¡ay! Voltaire lo ha dicho:

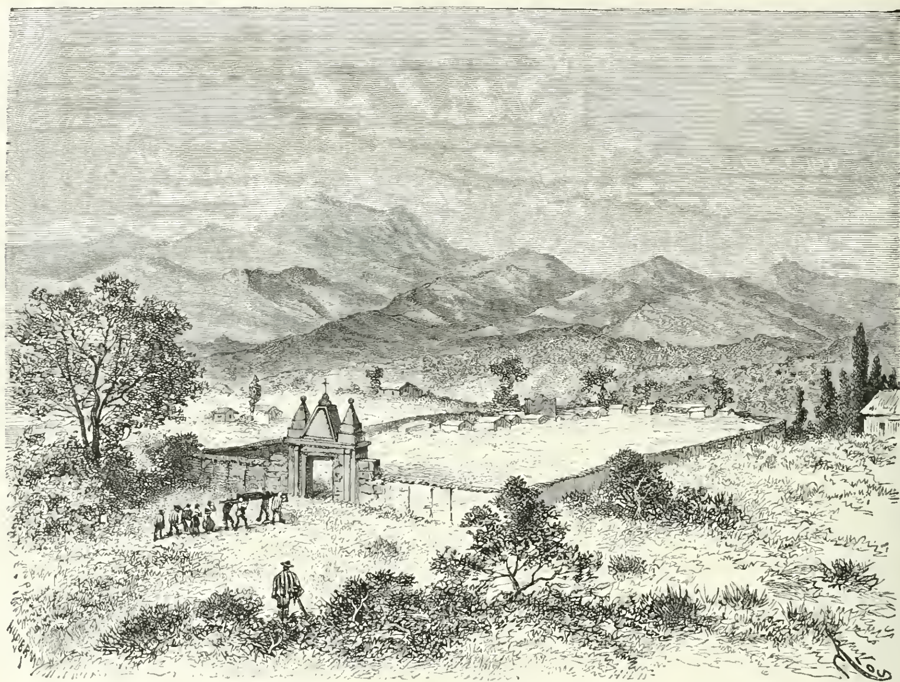
«Sujeto á cien engaños vive el hombre:
por la mañana se levanta ¡oh dicha!
y concibe proyectos lisonjeros.....
para hacer necedades todo el dia.»

En efecto, pocos dias habian de bastar para que conociéramos cuán livianos eran nuestros cálculos y nos encontráramos á la cabeza de una recua de rocines, forzados á irlos dejando uno tras otro estropeados y moribundos, á lo largo del camino.

Los incidentes empezaron ya en el sitio conocido por la *boca del monte*. Allí el sendero serpentea formando un continuo declive, reblandecido por la lluvia y resbaladizo como jabon. A medida que avanzábamos, nos envolvia una bruma espesa y glacial que nos penetraba hasta los tuétanos. Así llegamos á la region de San Fortunato, que domina los bosques de

helechos arbóreos y durante horas enteras hubimos de hacer prodigios de equilibrio, miéntras las mulas se hundian en los atolladeros ó caian con su carga.

En la cúspide del páramo existe una especie de punto de parada, hecho por los arrieros, plataforma bastante extensa de suelo llano y cubierto de césped, que lleva el nombre significativo de contadero. En efecto, allí se hace el recuento de las personas y de los animales, terminada la ascension, así los viajeros procedan del Norte, como del Sur. Raras veces deja de



Cementerio de Fusagasugá

notarse alguna falta, pues, segun un adagio local, nadie ha pasado sin lluvia el contadero, de modo que allí los cenegales causan numerosas víctimas.

A nuestra vista se presentaban las primeras cuestas, por las cuales debíamos bajar á Fusagasugá, pues la bajada forma una gran escalera de dos mil trescientos metros de altura.

Todo iba perfectamente bien en un principio: las mulas trotaban por un terreno en declive, cubierto de yerba corta, que prestaba á sus cascos un excelente punto de apoyo. El *contador* quedó satisfecho: la caravana estaba completa. Pero no habia trascurrido media hora, cuando llegábamos á un paso sumamente difícil. Iba yo á retaguardia con mis dos compañeros, miéntras Timoteo é Ignacio reunian las acémilas, las ponian en fila, y despues de colocarse el uno delante y el otro detrás del convoy, hacian chasquear el látigo perrero, exclamando:

—¡Cuidado, caballeros! El camino de palos.

En efecto, acabábamos de entrar en uno de esos caminos con empalizada, de que habia

oido hablar tantas veces. Nada más pintoresco que aquella pendiente de treinta y cinco á cuarenta y cinco grados, cuyo suelo, cubierto de arcillas mezcladas con turba y humus negro y reblandecido por lluvias incesantes, presenta sólo de vez en cuando un descenso horizontal, de terreno movible como las hoyadas del Lemosin.

El tránsito por allí seria de todo punto imposible, si los indígenas, á falta de los auxilios del Estado, no se hubiesen ingeniado para poder pasar. La ingeniosa necesidad les sugirió la idea de hacerse con unos troncos de árboles y tenderlos los unos al lado de los otros á través del camino trazado en zig-zag, formando de esta suerte una calzada ménos llana y firme, por supuesto, que la avenida de los Campos Elíseos; pero algo practicable..... sobre todo poco despues de construida.

Los materiales empleados en la construccion de esos caminos no son por cierto troncos leñosos, sino tallos de helechos arbóreos cortados en el bosque más cercano. Nada más raro que el aspecto de esos grandes fustes de columna negruzcos, arrugados, vellosos, anillados ó entrecruzados de cicatrices producidas por las huellas de las hojas caidas. Tendidas como están las unas al lado de las otras, ofrecen la apariencia de *Sigillarias* ó *Lepidodendrones* antediluvianos. Acá y acullá, uno que otro tallo vegeta todavía ostentando su elegante cimbra.

En tanto que se conserva la yuxtaposicion de esos troncos, todo va á pedir de boca; pero lo peor es que á los dos dias de colocados, desaparece aquella bajo la presion de los cascos de las caballerías y por efecto de las aguas que reblandecen sin cesar el cieno del subsuelo, de modo que la escalera se disgrega con la mayor facilidad del mundo, tomando el aspecto de una carretada de troncos recien descargada. Mirado desde abajo el conjunto parece una escalera gigantesca, cuyas gradas hubiese descompuesto un formidable terremoto. Esta vía dolorosa tiene algunos kilómetros de extension, por lo que renuncio á enumerar y describir el sin fin de caidas que matizaron nuestro paso, hasta que, jadeantes y llenos de lodo, llegamos á la entrada del gran bosque de helechos arborescentes.

El recuerdo de nuestras penas se desvaneció instantáneamente ante el espectáculo grandioso que ofrecia el bosque. Envueltos en la neblina azulada que habia sucedido á la llovizna, aparecian miles y miles de vegetales admirables adornados de bellísimos penachos, dignos rivales de las palmas, á las cuales superaban por su finura y por su color esmeraldino. Verdaderos árboles, cuya altura variaba entre diez y quince metros, se erguian sobre una delicada alfombra de plantas criptógamas. Conté doce especies distintas de helechos arbóreos, y creo que han de ser algunas más las que se encuentran en la region (1).

Los unos presentan el tronco enteramente cubierto de un espeso vellon de raíces adventicias negras ó rubias, los otros ostentan graciosos losanjes de cicatrices, y todos muestran sus cimbras caladas como finísimo encaje. Algunos dejan ver sus peciolos armados de espinas y aparecen cubiertos de un vello dorado ó revestidos de escamas caducas, oscuras y areo-

(1) Hé aquí la lista de esas especies, difundidas en la Cordillera, desde Bogotá hasta Fusagasugá: *Dicksonia Sellowiana*, Hook.; *D. coniifolia*, Hook ; *Cyathea Lindeniana*. Presl.; *C. Mettenii*, Karst.; *C. Frondosa*, Karst.; *Alsophila aculeata*, Kl ; *A. frigida*, Karst.; A. *pruinata*, Kl.; *A. obtusa*, Kl.; *A. petiolulata*, Karst.; A. *farinosa*, Karst.; y *Marattia Kaulfussii*, J. Sm., cuyos gruesos espigones negros recuerdan los del *Angiopteris* de Java.

ladas de una membrana fina y trasparente. Hay hojas que miden cuatro y hasta cinco metros de longitud y cuya base tiene el tamaño del puño.

Despues de haber andado algunas horas por este bosque, seductor si los hay, que el Tasso no vislumbró siquiera en sueños, pues de otra suerte hubiera agregado sus encantos á la descripcion de los jardines de Armida, vimos cambiar gradualmente la vegetacion, que se presentó ataviada con todo el esplendor y la variedad que presupone la vecindad con la tierra caliente, dominando á su vez los helechos en forma de arbusto, oscurecidos entre la penumbra del bajo bosque. Vino á aguar el placer que en nosotros producia la contemplacion de aquella naturaleza vírgen, un violento chubasco, más pródigo de lo que hubiéramos deseado. Se ha dicho tanto sobre las tempestades de la Cordillera, que sólo para que me sirva de memoria anotaré la actual, que trasformó nuestro camino en profundo torrente. Vímonos obligados á echar pié á tierra bajo un diluvio aterrador. El agua caia á cántaros: las gotas eran tan grandes que parecian granizo: en un instante quedamos empapados del todo, y como las botas se nos llenasen, éranos forzoso vaciarlas de vez en cuando.

A fin de llegar á Barro-Blanco, profunda quebrada cuyo torrente habia crecido en una hora de un modo desmesurado y en donde no por eso dejé de coger una nueva especie de Cana de flores amarillas, hubimos de descolgarnos por una serie de escalones abiertos en la peña con lo cual se colmaron tantas penas y miserias. Se acercaba la noche y aún estábamos á gran distancia de nuestro destino. Entre el barullo que produjo la lluvia, los guías y las mulas se habian quedado rezagados, y quizás en aquellos momentos debian andar á trompicones por el monte, si es que no se habian roto las piernas. Además el hambre empezaba á torturarnos, pues la taza de chocolate que habíamos sorbido ántes de amanecer, era el único alimento que teníamos en el cuerpo.

Al llegar á la cabaña de Aguadita, supliqué que me diesen algo que comer.

—No hay nada, nadita, señor, me contestaron.

Estábamos por consiguiente condenados á ir hasta Fusagasugá, sin probar bocado, sin guías, de noche, tropezando á cada paso, por un suelo gredoso y empapado, tirando á nuestras monturas de la brida, con el pié torpe y las orejas gachas.

A las siete y media de la noche, es decir, á la hora y media de marcha nocturna, columbramos las primeras luces: ya era tiempo, pues tal era nuestro estado que daba lástima.

Aunque llevaba cartas de recomendacion para dos de las personas más notables del lugar, los señores don Manuel Haya y don Zoilo Diaz, como no estábamos presentables, busqué alojamiento por mí mismo y lo hallé en casa de un tal Rojas, cuya esposa, sólida comadre de robusto seno y larga cabellera negra, peinándose la cual se pasaba todo el santo dia, dispuso para nosotros con maternal cuidado mesa y hogar. La marmita se llenó en un instante de patatas y plátanos, quitáronse los arreos á nuestras cabalgaduras que pasaron al prado, y se dió un escobazo á un venerable aposento, sembrando el desórden entre las arañas y los alacranes, que por espacio de algunos meses crecian y se multiplicaban allí en medio de una paz octaviana. Dos horas despues llegaron los guías y las mulas enteramente cubiertos de lodo; pero sanos y salvos. Y por último, despues de secarnos lo mejor que pudimos, todo el mundo se tendió envuelto en la manta.

Al dia siguiente, cuando nos levantamos brillaba sobre Fusagasugá y sus cercanías un sol de bendicion. El termómetro marcaba á la sazon diez y seis grados; pero subió pronto á veinte que es la temperatura media del lugar. El agua del arroyo en que nos lavamos tenia quince grados. El paisaje era encantador. Desplegábase ante nosotros una extensa llanura algo inclinada hácia el sur-oeste, y encuadrada en una doble fila de cerros, en cuya conformacion estaban perfectamente indicados los bordes de un lago, que por haber roto sus diques, hubo de desaguar en el Magdalena. En las rocas deprimidas veíanse perfectamente los surcos abiertos por las aguas: enormes rocas de arenisca, desprendidas de las altas cumbres, se mostraban á un lado y otro detenidas en su carrera por alguna depresion del suelo, de modo que el observador más superficial no podia dejar de notar las huellas de un inmenso diluvio producido por la rotura de poderosas barreras.

Fusagasugá es una pequeña ciudad, ó por mejor decir una aldea grande, tan admirable por su situacion á espaldas de la vertiente boscosa de la cordillera y en medio de un inmenso panorama, como fea por sus viviendas. Hay en el centro del pueblo una plaza en declive, dominada por una iglesia ruinosa, cubierta de parietarias y antecedida de una escalinata desunida. La calle principal—iba á decir la única—que está empedrada á trechos con cantos rodados y á trechos con adoquines, hace en verdad muy poco honor á los ingenieros del lugar. Las casas son de madera ó de tierra con techumbre de paja ó de tejas muy toscas, y todas tienen tienda, en la cual todo el lujo europeo está representado por algunos cascos de sardina, piezas de cretona de Mulhouse y estampas de Epinal. En todo el distrito se cuentan unos tres mil setecientos habitantes, que en su mayoría viven en los alrededores de la poblacion.

Este pueblo tiene tambien su historia que por cierto se remonta á una antigüedad muy respetable. Ya ántes de la conquista, los indios Sutagaos establecieron allí un puesto importante. Dotados de un temperamento belicoso vivian en lucha incesante con los Panches y demás tribus vecinas; pero á partir de la conquista amenguó su número de un modo considerable, hasta que creyéndose más seguros en Pasca, se corrieron hácia el este, en donde se establecieron, el año de 1776. Algun tiempo despues el pueblo fué erigido en parroquia.

En las cercanías de Fusagasugá se trabó una famosa batalla, cuyo recuerdo vive aún en la memoria de sus habitantes, entre el famoso cacique apellidado Saguanmachica y el jefe de los indios de Tunja ó sea el *usaque* Usatama. Despues de un combate porfiado y sangriento que enrojeció las aguas del Fusagasugá, Saguanmachica derrotó completamente á su enemigo.

Otro acontecimiento no ménos importante para la historia de la Nueva Granada se refiere á la llegada de Belalcázar y Quesada á la comarca. Por el camino de Fusagasugá pasaron los primeros cerdos transportados á la sabana de Bogotá donde dejaron establecidos los elementos de una industria de gran utilidad para la alimentacion pública.

Invertí dos dias en visitar la poblacion y sus cercanías, durante los cuales preparé una excursion más importante á Pandi á donde me llamaban á la vez los jeroglíficos de los Indios y el puente natural de Icononzo. En un bosque situado al norte del pueblo encontré muestras bellísimas de helechos arbóreos, que embalé debidamente y expedí para Europa.

No dejé en paz tampoco á los pájaros é insectos, cogiendo entre otros ejemplares un

soberbio tetrao de plumaje negro *(Pipra rupicola)* llamado berreador en el país, por ser su grito análogo á un berrido.

Los habitantes comen unos moluscos oblongos y gordos (*Bulimus oblongus*), cuyo alimento corresponde á nuestros caracoles de Borgoña y á los cuales además se asemejan por el sabor.

En la llanura abundan las culebras tanto que en el vecino bosque tuve ocasion de coger dos hermosos ejemplares distintos de cascabeles, que medían algunos metros de longitud. Una de estas especies, llamada culebra cazadora, es de gran tamaño y se alimenta de conejos que habitan en los cerros vecinos, de los cuales hace un enorme consumo. La culebra *taya* es muy temible; pero no tanto como la *coral*, cuya piel manchada de color negro y bermellon formando anillos alternados y cubierta de finas escamas imbricadas es extraordinariamente elegante. Logré cazar una viva y la mandé á Europa; pero á la llegada se escabulló (1).

Uno de los objetos que más me interesaban allí era poder hacer una buena recoleccion de orquídeas principalmente de las llamadas *Cattleya* que presentan unos matices hermosísimos. Esos soberbios epífitos de flores sonrosadas, lilas y blancas con labelos dorados y de color de violeta, alcanzan el diámetro de la palma de la mano y forman grandes ramos sobre los árboles y especialmente sobre los grandes cantos rodados del rio Cuja. Se encuentran allí las llamadas *C. Trianæ*, *quadricolor*, *Mossiæ* y *Bogotensis*, de todas las cuales expedí bastantes cajas.

Las observaciones que tuve ocasion de hacer dentro de la poblacion ofrecen sólo un interés secundario; bastará decir que reina allí la suciedad y la pereza. Da lástima ver un pueblo tan haragan en medio de una comarca en que se dan á medida del deseo el café, la caña dulce y los productos todos de la tierra templada. Su industria, dejando á un lado el transporte de mercancías á Bogotá, por un camino detestable y que nadie se cuida de reparar, consiste toda en la venta de algunos géneros y objetos diversos de importacion europea y en el cultivo de un corto número de vegetales necesarios á la vida cuotidiana.

Una ó dos veces por año la plaza mayor se convierte en teatro de los regocijos públicos, de los cuales el principal es la corrida de toros, que consiste en coger un toro bonachon, cortarle la punta de las astas y soltarlo en una plaza cerrada con una empalizada, donde acuden los toreros á excitarle con sus ruanas que hacen para el caso las veces de capas. Con este ridículo remedo de las corridas españolas, en el cual no se emplean para nada ni las picas, ni las banderillas, ni la espada, se contentan los intrépidos señores fusagasugaños. En tanto los chiquillos andan por las calles armados de cañas de bambú cubiertas con una membrana en la cual pegan un hilo, convirtiendo este aparato en una especie de teléfono rústico, al cual un indígena, el señor Rivas, oí que le llamaba *fonoscopio*.

(1) Esta culebra logró ocupar por algun tiempo la atencion de la prensa francesa y extranjera, la cual hizo un sin fin de conjeturas, á propósito del hecho que voy á referir. Yo mismo, en Fusagasugá, envolví la culebra coral en unas estopas, la metí en un frasco de zinc herméticamente cerrado y provisto de unos pequeños agujeros. Sabido es que las culebras pueden vivir seis meses y algunas veces más sin comer. Sobre la caja que expedí á Europa por Bélgica, escribí lo siguiente: «*Culebra venenosa: no abrir el frasco.*» A los aduaneros de Lille, segun dicen, se les antojó que el recipiente contenia contrabando y quitaron la cubierta; la culebra les saltó al rostro, huyeron despavoridos y la culebra se escabulló, sin que jamás haya vuelto á saberse de ella.

En otros tiempos la cárcel gozaba de mucha fama, no por la construccion del edificio en sí, sino por la índole de sus moradores. En efecto nada más curioso que unos presos que pudiendo escapar no tomaban el portante.—«La ley nos lo veda, decian, y la ley ante todo.» ¡Qué sumision tan enternecedora! ¿No es verdad que unos presos virtuosos hasta tal grado casi merecian que se les pusiera en libertad? Sin embargo, no era posible hacerlo, puesto que



El ahorcado de Arbelaez

la cautividad con el pan oficial asegurado colmaba mejor sus nobles aspiraciones que la libertad y el trabajo. Mucho siento que me faltara tiempo para ir á cerciorarme personalmente de si los presos de Fusagasugá continúan siendo tan dignos de alcanzar el premio Montyon.

Lo que en verdad merece una visita es el cementerio situado al oeste de la poblacion sobre una pequeña loma que domina el rio de Fusagasugá. La mayoría de las tumbas, sepultadas entre la yerba, aparecen á trechos dentro de un vasto recinto con honores de desierto rodeado de un muro, cuya entrada es un porton que data evidentemente de los primeros tiempos de la conquista.

A alguna distancia del pueblo se encuentran varias haciendas, cultivadas con bastante esmero, donde pasan temporadas algunas familias bogotanas en busca de un clima más templado. Una de ellas pertenece á M. Saunier, que es un francés muy conocido en Bogotá, á quien encontré en el momento de verificar la recoleccion del café, de la cual estaba al pare-

cer muy satisfecho, pues encomiaba mucho sus buenos resultados. Su plantacion, aunque pequeña, estaba perfectamente dividida en caballones y daba gusto de ver. En su huerta crecian algunos árboles frutales de Europa, especialmente manzanos y albérchigos, que al igual que todos los árboles del norte transplantados á los trópicos no presentaban un aspecto muy brillante. Habia además allí una plantacion de espárragos, de los cuales su dueño contaba maravillas. Los acirates ó platabandas del jardin contenian flores procedentes las más de Francia, y algunos manzanos *(Eugenia Jambos)*, conocidos en Colombia con el nombre de *pomas rosas*, ostentaban sus grandes flores de blancos estambres y sus pequeñas frutas de un sabor coriáceo y soso que recuerda vagamente el perfume de las rosas.

Respecto á M. Saunier se ha dicho y áun desbarrado mucho. Sé de un autor que tuvo la avilantéz de hablar mal de él, despues de haber recibido sus favores. La verdad es que M. Saunier llegó á Bogotá, hará como unos veinticinco años, de simple peluquero, abrió tienda y alcanzó en breve tiempo reputacion y fortuna. Como quiera que es inteligente y emprendedor y que á la sazon tuviese formado un alto concepto de sí mismo, pronto vió de qué pié cojeaba la sociedad bogotana, y el Estado no tuvo secretos para él, de modo que sin dejar de expender cosméticos, se puso á traficar en colibrís, insectos, minerales y plantas, introdujo en el país semillas de Europa y productos de todas clases, se hizo banquero y comisionista, y llegó á ser lo que se llama un hombre universal, tanto que en dos ó tres ocasiones aspiró á representar un papel algo importante en la política colombiana. Como es consiguiente, su rápido encumbramiento no pudo ménos de crearle envidiosos y enemigos á granel en un país que ni se mueve ni gusta de que se muevan los demás, todo lo cual le acarreó algunos disgustos. ¿Se ha curado ya completamente de sus grandes aspiraciones ese Fígaro franco-bogotano? Lo ignoro; lo único que puedo decir es que le encontré sano y gordo en Fusagasugá y tranquilamente dedicado al cultivo de sus tierras, contento al parecer con esa dorada medianía que cantaba Horacio *procul negotiis* y curándose muy poco, segun pude colegir, de las grandezas que un tiempo habia ambicionado.

Las cercanías de Fusagasugá, excepcion hecha de Pasca cuyo punto me proponia visitar más tarde, comenzaron á serme familiares. Hice allí una serie de observaciones barométricas y termométricas, las cuales me dieron por resultado una altura de mil ochocientos siete metros y una temperatura media de veinte grados, al nivel de la plaza. Y en tanto que se preparaban las remesas de plantas y ántes de cerrar los cajones, resolví hacer una excursion á Pandi.

El dia 7 de febrero, á las siete de la mañana, nos pusimos en camino. No es por cierto muy grande la distancia que media entre Fusagasugá y Pandi, puesto que no llega á cincuenta kilómetros; pero hay que hacerlos de un tiron y en una sola jornada, por un camino, que sin ser de los peores, se compone de una serie interminable de subidas y bajadas, merced al descuido de los americanos, refractarios á la idea de contornear las pendientes. Puede asegurarse que las mulas pasan lo mejor de su vida formando, ya con las orejas, ya con la cola, un ángulo con el horizonte que varia entre los veinticinco y los cuarenta y cinco grados. Se sale de la poblacion por su extremo Este tomando la carretera que desemboca en unos setos de ipomeas

azules y matas de *Centropogon*. Los primeros árboles se presentan cubiertos con las cabelleras de una Bromeliácea perteneciente á la seccion junciforme del género de las Tillansias: en el país se le da el nombre de *quiche*. Ya iremos viendo que son muy contadas las familias de plantas que han recibido tantos nombres vernaculares como las Bromeliáceas. En breve se presenta la llanura en su completa desnudez, salpicada en toda su extension de cantos rodados, mudos testigos del desaguadero, por el cual se vació el enorme lago que allí existia.

De quinientos en quinientos metros obstruye el paso una puerta de madera llamada *puerta de golpe*, destinada á impedir que el ganado se escape, la cual es el martirio de los jinetes. Para franquearse paso no hay que hacer sino lo siguiente: colocar la cabeza de la montura sobre el costado movible de la puerta, inclinarse sobre la silla, levantar el pesado tablon, pasar por debajo de él lo mejor que se puede desollándose las piernas, y no soltarlo sino despues de haber pasado. Entónces vuelve á bajar por su propio peso y lo más frecuente es que coja al caer las patas traseras de la cabalgadura. Ese engorro se repite á cada instante y áun hay que darse por muy dichoso si uno no ha de apearse para cerrar alguna otra puerta de barrotes horizontales, dado que los colombianos tienen por delito grave el que se deje abierta una puerta de esta clase.

Hay que vadear luégo el rio Cuja, cuya corriente torrencial se ha cavado un lecho descarnado entre la greda y los asperones: este rio desagua en el de Sumapaz á quince kilómetros de aquel sitio. Su márgen izquierda es muy escarpada y hay que subirla por un angosto sendero cubierto de barro, que es como el prólogo de los placeres anejos á ese viaje. Luégo el terreno se presenta más sólido y tambien más quebrado, pues hasta Pandi hay una serie de lomas y barrancos. En los puntos más culminantes los árboles aparecen cubiertos de un manto gris flotante, formado por las innúmeras hebras plateadas de la *Tillandsia usneoides (barba de palo)*. A la superficie de las charcas asoman las flores blancas de las Hidrocarídeas.

Durante el tránsito no se encuentra más que un poblado, Arbelaez, que cuenta sólo algunos centenares de vecinos alojados en cabañas de bálago bastante limpias. Al atravesarlo fuímos testigos de un espectáculo singular. Un hombre, atado por las muñecas, estaba colgado en la rama más gruesa de uno de esos grandes *Ficus* plantados en el centro de las plazas, á cuya sombra los mercaderes concluyen sus negocios. El taburete que habia servido para colgarle yacía por el suelo, derribado de un puntapié. Un corro de comadres furiosas le mostraban el puño, gesticulaban y le llenaban de improperios en un lenguaje bastante parecido al que usan las señoras verduleras de los mercados de Paris. El rostro lívido del paciente revelaba á las claras que sus fuerzas se iban agotando y que estaba próximo á desmayarse. Indignado ante semejante espectáculo, pregunté al dueño de una de las tiendas más próximas, qué significaba aquella escena.

—Es un ladron, me dijo, y no le soltarán hasta que confiese su delito y declare qué ha hecho del ganado que ha robado.

Francamente, me produjo asombro esta justicia sumaria que viene á ser una especie de ley de Lynch asáz expedita, si no del todo eficaz, y proseguimos nuestro camino. Apénas

andados quinientos metros, nos encontramos en el fondo de un torrente llamado *quebrada de la Honda*, cuya altura sobre el mar es sólo de seiscientos cuarenta y tres metros. Adherida á los árboles y á los cantos erráticos, que forman la márgen de ese lindo afluente del rio de Sumapaz, encontré una planta cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria. Consiste en una gran Bromeliácea, cuyas hojas, teñidas en sus dos terceras partes de un color encarnado como la sangre, tienen un metro de longitud: con la particularidad, que del cogollo de la



Puente de Icononzo

planta surge un gigantesco penacho de 2 metros y 50 centímetros de altura, de forma cilíndrica y cubierto de ovarios amarillos. La especie era nueva, de lo cual me cercioré despues de mi regreso á Europa, por lo que en adelante llevará el nombre *Æchmea columnaris*, Ed. And.

Asperas cuestas y quebradas, nuevas cuestas y nuevas quebradas, bosquecillos dispersos, en uno de los cuales logré descubrir una Apocínea extraordinaria de frutos alados del tamaño del puño, que encierran un terrible veneno harto conocido de los indígenas, más léjos, las enormes flores blancas del *Cereus Pitajaya*, algunos resbalones y una buena insolacion: y hétenos ya en Pandi, en donde echamos pié á tierra á las cuatro y media de la tarde, con un tiempo soberbio.

La aldea de Pandi, llamada tambien Tumbia ó Mercadillo, se encuentra situada á mil metros de altura sobre el nivel del mar, á la mitad poco más ó ménos de uno de los contrafuertes del lado Este de la Cordillera oriental. El pueblo domina el rio de Sumapaz, cuyo

curso se columbra por entre los cerros del sur, hasta la mesa de Limones y el valle de Melgar, por donde alcanza la llanura del Magdalena.

No quise cenar ni acostarme sin haber visto siquiera un instante el famoso puente de Icononzo que era el objetivo de la excursion, esto sin perjuicio de ir á visitarlo con más detenimiento al dia siguiente. Los guías dejaron las mulas en la posada y proseguimos la marcha por espacio de veinticinco minutos, franqueando una bonita cañada, cuyos bordes aparecian orlados de ingas floridas de color de rosa, y despues de una pequeña bajada en forma de escalera, nos encontramos sobre el mismo tablero del puente.





Æchmea columnaris.—Corte longitudinal y trasversal del ovario, flor entera y rama fructífera

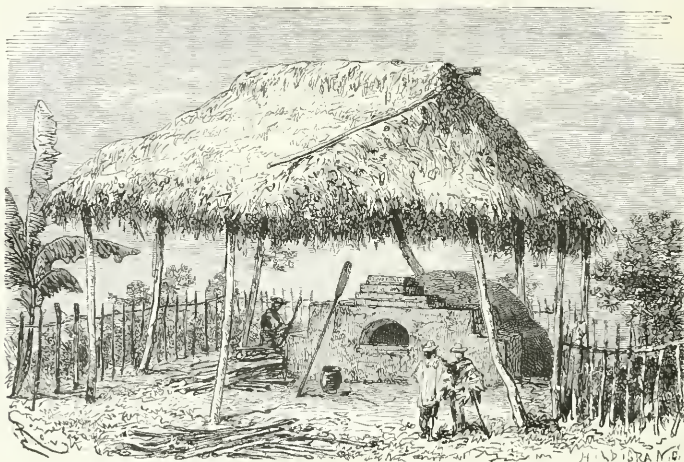
Habíamos llegado, pues, al lugar famoso que dió tema á Humboldt para trazar una de sus descripciones más pomposas, del cual ha hecho Gros estudios muy precisos y que la geografía de Malte Brun ha popularizado.

En un principio ni ménos se concibe que exista allí la tan ponderada maravilla. El camino escarpado que serpentea á través de los redondeados asperones y de los árboles muy claros, semi-abrasados por el sol (*Laportea*, *Clusia*, mirtáceas y melostomáceas diversas), termina bruscamente en un rellano que sirve de soporte á un puente de madera tapizado de tierra y yerbas, muy parecido á tantos otros que habíamos visto ántes y de los cuales difiere únicamente por tener un parapeto hecho de estacas mohosas y carcomidas. Presiéntese vagamente que por debajo pasa una corriente. La orilla opuesta es muy abrupta y llena de una vegetacion espesa por entre la cual se encarama la senda abierta entre las rocas. Pues bien, adelantad algunos pasos sobre ese puente bamboleante, asomaos con precaucion al parapeto del Este..... y retrocedereis espeluznados.

A vuestras plantas se abre el abismo oscuro y vertiginoso con sus paredes completamente verticales. El filete blanquecino con reflejos de acero bruñido que se ve en el fondo, es el rio Sumapaz, que bulle y salta aprisionado en su estrecho canal á trescientos piés de profundidad. Pero cuando la mirada, desechando todo temor, se ha acostumbrado á la semi oscuridad del abismo, empieza á ver una especie de flechas que cruzan rozando las espumas del rio y oye

al propio tiempo estridentes chillidos, destacándose del sordo murmullo de las aguas. Los tales chillidos proceden de los *guapacos*, aves semi-nocturnas que habitan las profundas cavernas de la hendidura y pululan en sus profundidades. Una piedra, arrojada al fondo del abismo, produce un rumor sordo que las peñas repercuten con fuerza: un tiro despierta ecos formidables y siembra el espanto entre el alado enjambre.

Seis metros debajo del puente de madera, se halla tendida de parte á parte la gruesa piedra gris que ha dado pié para las disquisiciones de muchos viajeros. Se puede llegar aunque con alguna dificultad á ese puente natural, bajando por las asperezas y desigualdades que



Un horno techado en Pandi

forma el esquisto hojoso de las paredes, en el cual las esfoliaciones han formado una especie de escalones. Al sentar el pié en la enorme roca atravesada sobre la sima, á la cual parece que las demás piedras más pequeñas dan seguridad y consistencia, entónces es cuando uno se encuentra materialmente sobre el abismo y oye los pavorosos mugidos del torrente.

La noche me sorprendió haciendo diversas observaciones, por lo que hubimos de retirarnos. Los guapacos empezaban á salir de sus cavernas y nos ensordecian con sus gritos. Regresamos á Pandi en donde reinaba una temperatura de 25°; el cielo estaba límpido y apénas turbaba la calma el canto de las cigarras. Miéntras andábamos refluia en nuestra mente la impresion que acabábamos de recibir, dispuestos á organizar para el dia siguiente una exploracion séria y detenida.

La señora Mercedes, ó sea la huéspeda que nos cupo en suerte, deseosa de obsequiarnos, habia amasado y puesto á cocer dos panes, en un horno de tierra aislado, bajo un cobertizo en el fondo del patio, cuyo horno tiene una forma especial propia de esta parte de la Nueva Granada, y durante nuestra permanencia en el puente de Icononzo preparó la cena que despaché en un santiamén, y mandó llamar al alcalde, Eufrasio Garzon, el cual me proporcionó sin ningun esfuerzo ocho hombres vigorosos y escogidos para el dia siguiente, pues

estaba resuelto á bajar atado á unos rejos (cuerdas de cuero) hasta el fondo del abismo, para observar y medir la hendidura en toda su extension.

Al dia siguiente al despertar me sentí acometido de un pequeño acceso de fiebre intermitente, de la cual habia tenido los primeros ataques en Fusagasugá, por lo que encontrándome demasiado débil para verificar el descenso proyectado, hube de ceder con mucho pesar mi plaza á Juan, el cual se empeñó en bajar á toda costa. Preparóse por tanto el arreo necesario para tentar la aventura, consistente en cuatro cuerdas de cuero debidamente probadas, las cuales despues de pasadas por los sobacos y los muslos debian quedar sujetas en la cintura del explorador. Este se proveyó además de un costal de pita, una escopeta, un martillo y un machete pequeño.

Llegamos muy de madrugada al puente de Icononzo el dia 8 de febrero de 1876, fecha que debió quedar grabada en la memoria de los actores y espectadores de esta escena, que acudieron allí á centenares. Entre los cantos colocados al lado de la piedra mayor y un poco debajo de esta se abria un boquete de unos setenta centímetros de diámetro, que daba entrada al abismo; pues bien, por este agujero se verificó el descenso. Los hombres encargados de arriar la cuerda se instalaron alrededor del boquete y tuvimos que moderar su ardor, para dar mayor precision á la maniobra; puesto que de su trabajo acompasado dependia el éxito de la empresa.

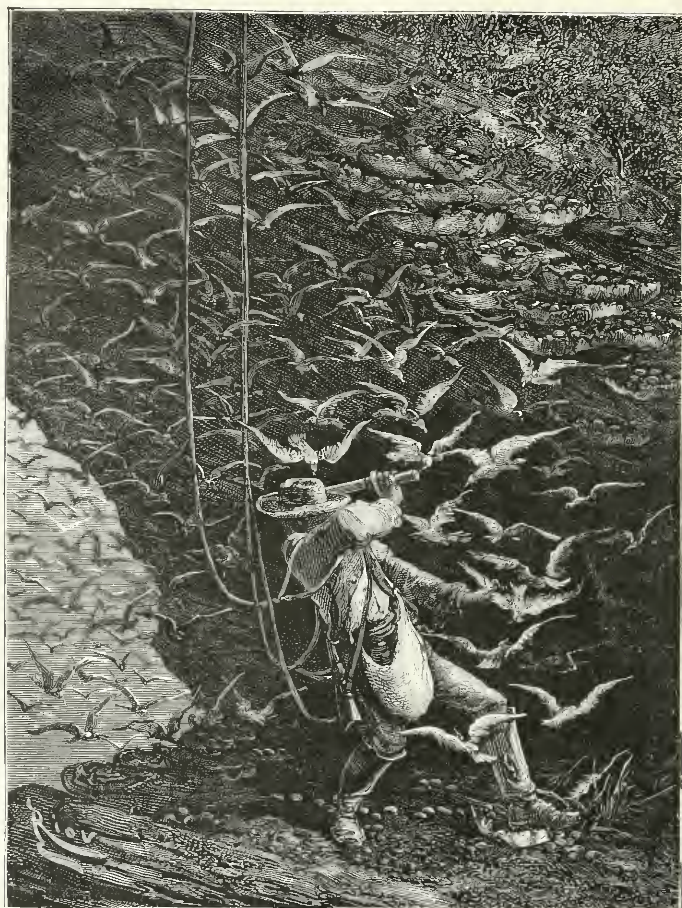
Se retorció el cable de cuero con el mayor cuidado y por medio de un bramante, al cual sujetamos una piedra y un papel, montamos una especie de telégrafo que habia de servir apénas el bramido del torrente impidiese al explorador oir las voces de los que estábamos arriba.

Cuando estuvo todo dispuesto, se dió la señal y empezó á bajar la cuerda arriada por los hombres á intervalos iguales. Juan llegó pronto á una profundidad suficiente para poder examinar la superficie inferior de la gran piedra y hacerse cargo de las repisas en que estaba encajada á uno y otro lado de la hendidura. Sin más que levantar la cabeza y mirar con atencion, podia contestar de un modo preciso á las preguntas que le hacíamos, y ¡cuál no seria su sorpresa al notar que la roca en cuestion, de arenisca en la parte de arriba, era de esquisto por debajo! En lugar de la superficie redondeada de un canto rodado por la corriente de las aguas, afectaba la forma de una bóveda ojival, con sus puntales adheridos á las paredes de la sima y sus nervaduras escalonadas por fragmentos laminados. Este descubrimiento fué un rayo de luz que vino á revelarnos que la roca de Icononzo no estaba libremente suspendida sobre el rio de Sumapaz sino que descansaba sobre un lecho de esquisto no interrumpido, tendido sobre el vacío.

Despues de medirla debidamente, el cable continuó bajando y Juan fué midiendo las sucesivas capas alternadas de arenisca y esquisto, que eran en número de siete á partir del puente de madera, situado á una altura de ochocientos treinta y seis metros sobre el nivel del mar.

A los treinta metros de profundidad apareció la primera gruta abierta en los esquistos y habitada por las famosas aves nocturnas, de las cuales el explorador tenia encargo de coger y traer algun ejemplar. Todas las paredes de la gruta están cuajadas de nidos hechos con

lodo negro y solidificado, muy parecidos á los de las golondrinas. Diez metros más abajo se adelanta una tabla de arenisca sobre el rio, formando la entrada de una segunda caverna: Juan exploró ambas concavidades y á pesar de los gritos que daban los guapacos tuvo la fortuna



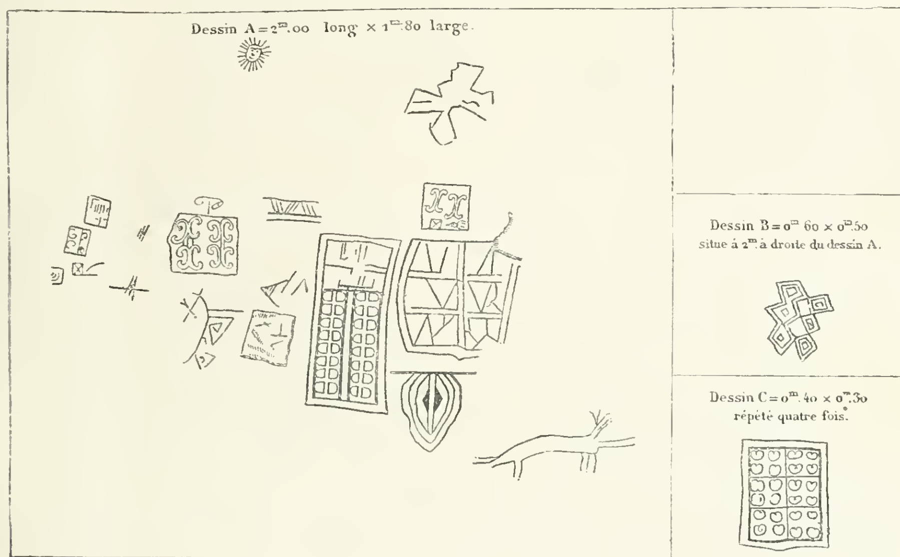
Juan atacado por los guapacos

de coger uno vivo, un nido y tres huevos (1). Luégo continuó el descenso; pero surgieron dos incidentes imprevistos que vinieron á complicar la situacion ya de suyo comprometida de este hombre suspendido sobre el vacío, como una araña que baja por un tenue hilo desde lo alto de la bóveda de una catedral. La tabla de arenisca que acabo de citar formaba un punto saliente en el cual se acodaba la cuerda, obstruyendo la vista de arriba abajo, y precisamente

(1) El ave en cuestion es una especie de chotacabra, que Humboldt encontró ya en las grutas de Caripe (Venezuela), en el Chaparral (Colombia) y en otros muchos parajes. Son muy raros y contados los ejemplares que de ella existen en los museos de Europa. Científicamente se llama *Steatornis Caripensis*. Es del tamaño de una paloma, y su plumaje es leonado y oculado de blanco. Se alimenta de frutas aromáticas y su grasa la usan como medicamento los hijos del país. En Venezuela la llaman *guácharo*.

entónces millares de guapacos acometieron al pobre Juan, atacándole con las uñas y los picos y obligándole á esgrimir el machete contra el furioso enjambre. Al propio tiempo gritaba á voz en cuello que le subiéramos; pero no le oíamos; el torrente y las voces de más de doscientas mujeres y niños encaramados en las peñas cercanas ahogaban sus gritos: y para colmo de desventuras se habia roto el bramante del telégrafo improvisado y los papelitos no funcionaban.

Algo más abajo le estaba reservado un nuevo peligro si cabe más inminente. La cuerda iba bajando..... y el hervidero del Sumapaz encajonado en una angostura de unos doce metros se rompia con fragor contra las peñas amontonadas en su lecho. Este formidable estrépito



Jeroglíficos de las cercanías de Pandi, junto á la gruta de la Alfonsa

ahogaba la voz de Juan, cuyas piernas estaban ya sumergidas..... Buscó con la mirada un sitio donde poder dirigirse á nado para tentar su salvacion á riesgo de estrellarse contra las peñas y levantó el machete para cortar el rejo, profiriendo al propio tiempo un grito desgarrador.....

Aquella vez, le oímos, y veinte robustos brazos empezaron á tirar de la cuerda, con tanto vigor, que al poco rato reaparecia Juan en la superficie de la tierra, entre los aplausos de la muchedumbre.

Las mediciones y cróquis que fuí á tomar personalmente al siguiente dia, mediante un nuevo descenso parcial, permitiéronme fijar desde entónces con la debida exactitud la configuracion y las proporciones exactas del puente de Icononzo y del rio de Sumapaz en aquel sitio. Debo, por consiguiente, á una inspeccion escrupulosa los siguientes datos.

El puente de madera tendido por los habitantes del país, sobre la roca, mide sólo doce metros sesenta centímetros de longitud, demostrando la extremada angostura del lecho del

rio en este sitio, y tiene dos metros ochenta centímetros de anchura entre los dos pretiles. Los pretiles consisten en algunas estacas sumamente endebles y medio carcomidas enlazadas por medio de bejucos, que en manera alguna podrian proteger al viandante caso de una caida. Los postes que sostienen el puente descansan sobre la roca tendida que está debajo. La plancha está cubierta de tierra en una superficie como de un metro; y cuelgan hierbas por ambos costados. Hasta la altura del puente de madera la masa de la montaña se compone de arenisca homogénea de un color pardo amarillento, y en el mismo tablero del citado puente aparece la primera capa de esquisto en sentido inclinado.

Desde la entrada del puente, al lado derecho, deslizándose por los matorrales y asperezas del esquisto se puede llegar al nivel de la roca principal, que obstruye por completo, y esto se ve en seguida, la hendidura. Por debajo presenta un hueco formando una especie de arco al cual se puede llegar, deslizándose con tiento y á gatas. Los hijos del país dan á esta piedra el nombre de *Cabeza del Diablo*. Aparentemente tiene siete metros de longitud, y digo aparentemente, pues por la parte del Sur la roca está sepultada bajo una espesa capa de tierra, fruto de un desprendimiento, siendo probable que se prolongue hasta la orilla opuesta: su anchura es de seis metros cuarenta centímetros y su espesor medio de dos metros sesenta; el baron Gros afirmó equivocadamente que era de cuatro metros. Esta piedra, arqueada en la indicada forma, descansa sobre un suelo en declive, formando un segundo puente cubierto de tierra y de cantos rodados, cuyas dimensiones varian entre uno y cinco metros cúbicos, apareciendo entremezclados con raíces, hierbas y troncos de árboles medio podridos. Esos cantos de arenisca están incrustados en la peña con mucha solidez. Bajando hasta su nivel inferior, es decir, hasta la altura de un alero sobre el cual los esquistos hojeados forman un arco de bóveda elegante, se abre el orificio por el cual se verificó el descenso de Juan. Desde esta abertura se distinguen claramente todos los detalles de las paredes corroidas y desgastadas por las aguas. Las capas alternadas de arenisca y esquisto se ven claramente: desde el puente de madera conté tres capas de esquisto y tres de arenisca, de las cuales la última ocupa más de los dos tercios de la profundidad total. Esas capas presentan una inclinacion de diez grados al sur y cinco al oeste. El esquisto compacto cuyos estratos parciales presentan un espesor que varia entre ocho y doce centímetros, no ha sido desgarrado por las aguas, sino arrancado en pequeños fragmentos laminares, miéntras la arenisca presenta grandes surcos en sentido longitudinal. Fácilmente puede observarse la inclinacion que tuvo el torrente en sus diversas épocas de violencia ó de calma, con lo cual se echa de ver que la fuerza de la corriente fué aumentando á medida que iba siendo mayor la profundidad del lecho. Las capas superiores de arenisca dejan ver las tablas salientes sobre el rio tan sólo lavadas y adelgazadas, en tanto que más abajo la misma roca presenta una serie de surcos como los producidos por las carretas en los caminos. Así pues, la vaguada del rio de Sumapaz ha ido bajando gradualmente por la fuerza de las aguas aprisionadas entre dos paredes resistentes.

Debemos ahora dar una explicacion del fenómeno que ofrece el puente suspendido, lo cual considero sumamente fácil, teniendo en cuenta las circunstancias en que se produjo la rotura de los diques del antiguo lago de Sumapaz.

El lago de Sumapaz, situado al oeste del pico Nevado, tenia una superficie de unos diez kilómetros cuadrados. A consecuencia de algun terremoto debió romperse el ceñidor que lo contenia por el punto débil de la embocadura de los rios de San Juan y de Pueblo Viejo y sus aguas penetraron con violencia en los valles contiguos á Pandi, arrastrando enormes cantos y tomando por vaguada el punto más bajo, por donde ahora discurre el rio Sumapaz.

Cuando el devastador torrente llegó á la altura del camino actual de Pandi, donde se encuentra ahora el puente de madera y comienza el primer banco de esquisto compacto, su accion hubo de embotarse en esta roca dura y de exfoliacion difícil. En este momento la enorme piedra llamada cabeza del diablo, cuya masa puede evaluarse en más de doscientos metros cúbicos, si se calcula su longitud total, inclusa la parte que no se ve, en quince metros, cayó precipitada de las alturas y se empotró fuertemente en ese lecho esquistoso. Otros bloques de menor tamaño la rodearon, clavándose en los intersticios y haciendo las veces de rompe-olas, recibieron el ímpetu más violento de las que descendian con furia de los páramos situados tres mil metros más arriba.

La corriente que en un principio pasó por encima de la piedra, excavó luégo su base, respetando el antiguo lecho de esquisto protegido por la masa de aquella, con lo cual se conservó á modo de puente á través del lecho del rio. Sobre el puente resultante siguió descansando la gran piedra rodada, al abrigo ya de la accion de las aguas, las cuales continuaron ahuecando la hendidura con mayor vigor á medida que iba ahondándose y estrechándose, hasta quedar descubierto sobre las mismas el soberbio arco, que durante tantos siglos permaneciera oculto á las miradas humanas.

Con esto creo haber dejado plenamente esclarecido ese misterio geológico.

Mis cálculos dieron por resultado las medidas siguientes, publicadas ya en los *Archivos de las misiones científicas.*

Longitud del puente de madera tendido sobre el rio	12^m, 60	
Anchura	2	80
Distancia desde el puente de madera al nivel superior de la roca tendida	6	00
Espesor de la roca (*Cabeza del Diablo*)	2	60
Longitud aparente de la roca, con exclusion de la parte cubierta de tierra	7	00
Anchura de la roca	6	40
Altura de la excavacion abierta de la roca	1	40
Espesor aproximado de la clave de la bóveda del banco de esquisto continuo sobre el rio Sumapaz	3	00
Profundidad, desde el puente de madera hasta el nivel de la corriente	83^m, 75	
Profundidad del agua	18	00
Profundidad total desde el puente de madera al fondo del agua	101	75
Anchura media de la grieta, en tres hectómetros de longitud	10 á 15	00
Altura barométrica, segun el barómetro Fortin, tomada en el tablero del puente de madera, con un tiempo seco y una temperatura de + 25° centígrados	0 694	

Cumplida ya la expedicion, regresamos, y despues de descansar, remuneramos debidamente á los hombres que nos habian ayudado. El alcalde estaba tan orondo de que se hubiese realizado esta tentativa bajo su mando, ó como si dijéramos *Garzonio regnante*, que no permitió que partiéramos sin llevarnos un certificado extendido en debida forma y copiado

por el secretario Don Rafael Beltran, en el mejor papel que pudo encontrarse en el país. Este documento curioso, sobre todo por su estilo enfático, fué remitido al señor ministro de Instruccion pública de Francia. Su traduccion literal se llevaria un buen trozo de texto: baste decir, en resúmen, que certificaba debidamente los trabajos llevados á cabo por la comision científica francesa en el puente de Icononzo, el descenso á plomo hasta el agua, lo que nunca se habia hecho hasta entónces, y la serie de observaciones que constituyeron el corolario de esta afortunada tentativa.



Las rocas con jeroglíficos de Pandi

Algun cataclismo por el estilo de la rotura de los diques de Sumapaz, debió aterrorizar á las personas que vivian en aquellos tiempos, pues los pueblos, áun los más bárbaros, suelen buscar la manera de perpetuar tales recuerdos, y lo hacen valiéndose de inscripciones jeroglíficas.

En algunas regiones de Colombia, y especialmente en San Agustin, en el Alto Magdalena, así como tambien cerca de Fuquene, al Norte de Bogotá, donde existe una piedra pintada llamada de Saboyá, y por último, en una roca piramidal, que se encuentra en Gameza, los indios han consignado en caractéres bárbaros el recuerdo de esos cataclismos de la naturaleza.

Análogo orígen tienen los jeroglíficos de Pandi. Se encuentran á cosa de un kilómetro del pueblo, sobre una enorme roca de arenisca situada cerca de la gruta llamada Alfonsa. Esta roca flanqueada por algunas de menor tamaño, que al descender de las alturas del lago de

Sumapaz se apoyaron fuertemente en ella, tiene una forma casi cúbica. La accion del tiempo y de las aguas han desgastado sus ángulos: su cima forma un plano cubierto de una alfombra de yerbas, gramíneas, musgos, líquenes, helechos y paperonias. Sus dimensiones son: veinte metros de largo por quince de altura. En su frente, redondeado y pulido de un color entre gris claro y sonrosado, aparecen trazados los caractéres simbólicos, hechos con tinta indeleble, de color rojo ó de bermellon, casi sanguíneo, procedente de la *chica*. Las líneas del dibujo presentan dos distintos gruesos, pues las unas tienen cinco milímetros y las otras dos. Su sorprendente limpieza denota que hace ya mucho tiempo que el color empleado forma cuerpo con la misma piedra.

La superficie ocupada por las inscripciones jeroglíficas de la roca mayor tendrá cerca de cuatro metros cuarenta centímetros cuadrados. Dichas inscripciones están repartidas en siete dibujos: uno grande, otro mediano, cuatro pequeños parecidos entre sí, y otro pequeñísimo que representa el Sol y domina el conjunto.

Difícil seria aventurar alguna hipótesis sobre la significacion de esos caractéres. De fijo que la salamandra ó la rana con las patas arriba que los indios de Colombia prodigaron tanto en sus jeroglíficos, representa la idea de un diluvio. Encuéntrase tambien la imágen de un escorpion, repetida con frecuencia, que debe referirse á los mismos hechos. Mas ¿quién será capaz de leer de un modo corriente este lenguaje primitivo del cual han dejado sus autores tan pocas huellas, condenado además por la barbarie de los conquistadores á ser quizás un problema eternamente insoluble? El Champollion ó el Mariette que diera la clave de ese lenguaje, mereceria bien de la historia de esta interesante porcion de la América del Sur.

Nuestro programa quedó cumplido del todo: Pandi recompensó pródigamente nuestros esfuerzos, por lo que volvimos á tomar alegremente el camino de Fusagasugá, á donde llegamos el dia 13 de febrero por la tarde, para preparar algunos envíos á Europa.

IX

Pasca y el cura.—El páramo de las orquídeas.—Los compañeros de Federmann.—El embalaje de las plantas.—Partida de Fusagasugá.—Panche.—Ascension al picacho de la Guacamaya.—La cruz de Mayo.—Antiguas sepulturas de los indios Panches.—La piedra del Diablo.—Fabricacion de azúcar: el trapiche.—En marcha para el Oeste.—El bosque encantado.—Un accidente.—Viotá.—Despues de una batalla.—Tocaima, purgatorio de Colombia.—La *Tydæa Ceciliæ*.—Casas viejas y un torero infantil.—El rio Seco.—Guataqui ó la villa de los gallos.—La iglesia de los buhos.—Miseria y abandono.

Pasca es una aldea de quinientos habitantes, situada á media jornada ó cosa así al Este de Fusagasugá. Dos objetos me llamaban allí: la recoleccion de una admirable orquídea, la *Odontoglossum Alexandræ*, y el deseo de examinar la Cordillera en el mismo punto en que Federmann y sus compañeros la franquearon al venir de Venezuela.

El camino no presentaba más que una sucesion de prados secos y bosquecillos dispersos, más abundantes en las orillas de los arroyos y del rio Cuja, que hay que atravesar y costear distintas veces: aparecen tambien algunas matas de caña de bambú, que veia floridas por primera vez, y algunos campos de caña dulce marcando el límite del cultivo de esta planta en punto á la altura, ó séase á unos dos mil metros poco más ó menos.

Al desembocar en la plaza pública, si fué de todo punto desfavorable la primera impresion recibida, la segunda fué si cabe peor. El suelo sumamente desigual y enteramente cubierto de yerbas y arbustos hacia las veces de exutorio de las inmundicias de las habitaciones vecinas y era teatro de las continuas contiendas de algunas piaras de cerdos, dando con ello la idea más triste de la falta de aseo y de la desidia de los vecinos del pueblo.

Se me indicó la casa de Juan Benavides para posada; pero Benavides estaba ausente, por lo que me encaminé en busca del cura, que en muchas ocasiones es el único recurso del apurado viajero que recorre tales comarcas. Apénas hubimos cruzado los saludos de rúbrica, el respetable pastor hubo de preguntarme:

—Y el Papa ¿qué tal sigue?

No puedo ocultar que esta pregunta me desconcertó. Aquel buen sacerdote, perdido en un rincon de la Cordillera oriental, descuidadamente envuelto en su poncho, calzado con alpargatas y sin medias y con el cigarro en la boca al igual que todos sus parroquianos, tenia la candidez de figurarse que puesto que yo era europeo habia de ver á cada instante á Su Santidad, y podia darle de él noticias frescas. Le contesté que hacia ya algunos meses que nada sabia de Europa; pero que el año anterior habia tenido ocasion de ver al Papa en Roma, y le dí algunos detalles que le colmaron de gozo. Desde aquel momento fuimos amigos.

Como es consiguiente aproveché las excelentes disposiciones que demostró en favor mio para pedirle unos guías, y logré que me proporcionara dos vigorosos quineros, á quienes proveí de picos y sacos, y con ellos partí hácia el páramo, despues de almorzarnos unos huevos con patatas.

Durante todo el camino se ven enormes cantos rodados de arenisca que revelan el desplome del lago superior de Sumapaz, del cual conservan las huellas en sus márgenes desgarradas el rio Juan Viejo y el del Bosque. Agregando mis observaciones á las que ya tuve ocasion de hacer en Pandi, logré reconstituir con la imaginacion el perímetro de esta inmensa capa de agua subandina. Unos quinientos metros más arriba de Pasca, cuyo punto se encuentra situado á dos mil ciento treinta y cuatro metros sobre el nivel del mar, las pendientes se presentan muy abruptas y aparece el páramo envuelto en la niebla. Dejamos pues las mulas confiadas al cuidado de un guía y emprendimos la ascension á pié.

En el terreno se veian huellas prolijas de antiguos cultivos, contándose entre otras grandes troncos de árboles que yacian en el suelo derribados por el fuego desde hacia algunos años, á los que una carbonizacion parcial preservó sin duda de la podredumbre. Partiéndolos con el hacha encontré en ellos un número considerable de curiosos insectos. Las zarzas, de hojas blancas por debajo, cuajadas de moras encarnadas y muy apetitosas, me recordaron á Europa, y aquellos felices dias de la infancia en que en vez de ir á la escuela hacia novillos.

Despues de dos horas de marcha llegamos al bosque, donde, segun informes, habia de encontrar tantas orquídeas, cuyo bosque pertenecia de lleno á la region fria. La vegetacion arborescente era allí muy raquítica y adelgazada, y estaba cubierta de musgo y de variadas criptógamas que llenaban todas las ramas expuestas á humedad perpetua. No se veian otras flores, que los admirables racimos blancos y sonrosados del *Odontoglossum Alexandræ*, ins-

talados con abundancia en la bifurcacion de las ramas, y de los cuales coseché una abundante provision. Sus grandes periantos afectaban la forma de mariposas ó de pajarillos pendientes de un hilo. La especie en cuestion es sin ningun género de duda la reina de las orquídeas de la region de Pasca.

Tocábamos casi la cumbre de la Cordillera. A algunos centenares de metros más arriba veíase la línea divisoria de las aguas que se encaminan al mar de los Caribes por la cuenca del Magdalena y de las que desaguan en el Orinoco. De haberse levantado las espesas nubes que envolvian las cumbres, hubiéramos podido divisar al este, la línea de los Llanos, parecida al horizonte del mar, tal como se nos habia aparecido desde el alto de Buenavista, sobre Villavicencio.

A nuestros piés yacia la angosta cañada por la cual se metieron con tanta audacia Federmann y sus compañeros, hace más de tres siglos, quienes despues de partir del cabo de la Vela en la Costa Firme, atravesaron por primera vez las altas cumbres para penetrar en los Llanos que se extienden desde la Cordillera al Orinoco. Iban en busca del Dorado y aspiraban á reunirse con Quesada y Belalcázar, los cuales á su vez habian ganado la mesa de Bogotá por el oeste y el sur.

Anduvieron errabundos durante algunos meses por aquellas soledades. Las llanuras sin límites cruzadas por un sin fin de corrientes sumamente parecidas unas á otras les engañaban sin cesar. Creidos de que no tendrian sino que escoger sitios á propósito para fundar colonias, en medio de un verdadero paraíso, habian traido caballos y otros animales útiles, de los cuales murió una gran parte durante la marcha y otros fueron consumidos por los expedicionarios que en aquellas sábanas inmensas no encontraron más que algunas raíces alimenticias y escasísimas frutas silvestres. La Cordillera les cerró el paso. No habia caminos: los guías indios, en los cuales no podian fiar del todo, y las gigantescas barreras era lo único que encontraron al llegar al pié de los Andes orientales de Colombia. Pero aquellos hombres eran de acero, y los que no habian sucumbido en la empresa, eran capaces de arrostrar las mayores fatigas. Se impusieron, pues, una tarea, que hoy seria absolutamente impracticable, cual fué la de atravesar la Cordillera á caballo por Pascote, y lo consiguieron. ¿Cuántos de ellos llegaron sanos y salvos á Pasca? La historia lo omite. Sábese únicamente que á su regreso habian tenido mil bajas. Puestos casi en el caso de devorarse entre sí y muertos de frio en los páramos helados, consumieron todo el ganado que traian, luégo echaron mano de una parte de los caballos y por fin tuvieron que alimentarse con raíces, á trueque de conservar vivas las gallinas, de las cuales proceden las actuales pobladoras de los corrales de Colombia.

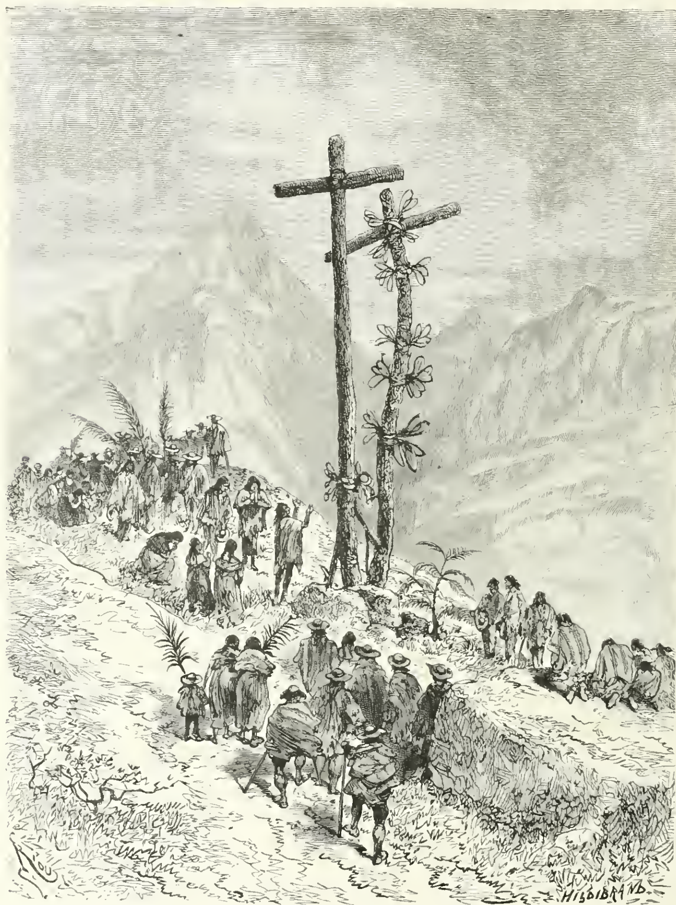
En Pasca, Federmann recibió un mensajero de Quesada, instalado á la sazon en Bogotá, el cual le rogó que se abstuviera de entrar con él en rivalidades de conquista.

—¿Y qué me dará si me retiro? preguntó Federmann.

—Oro y esmeraldas en gran abundancia, contestó el enviado de Quesada. Vos mismo podeis fijar el precio de vuestra neutralidad.

No esperó á que se lo dijeran dos veces, y con las manos llenas, poco despues se embarcó en el Magdalena, de regreso á España.

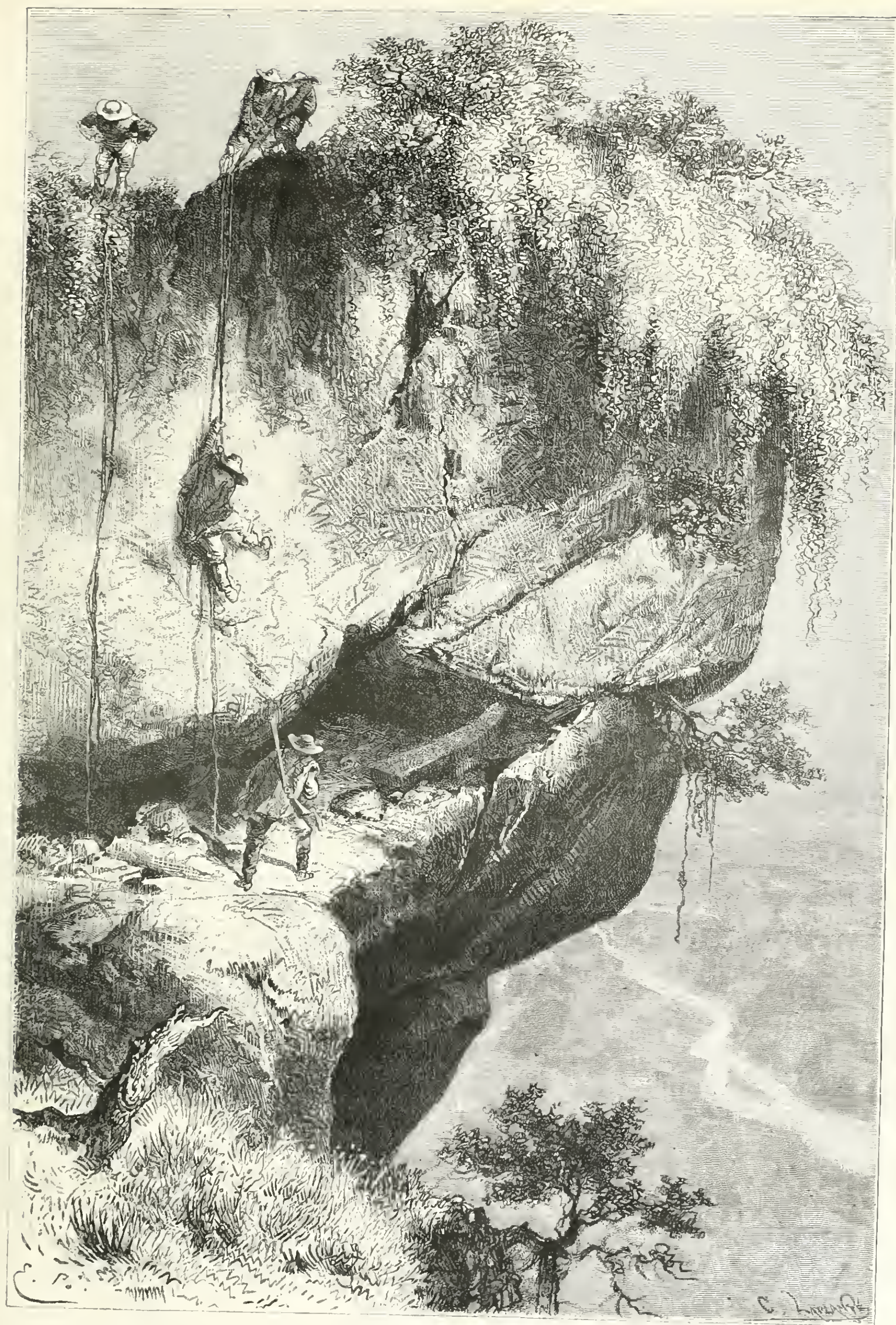
Una vez realizada la recoleccion, bajé nuevamente del páramo, en el cual, como en tiempo de la Conquista, se veian abundantes huellas de conejos silvestres, y regresé á Fusagasugá, en compañía de mis gentes, cargados todos de orquídeas y otros diversos objetos. Durante



La Cruz de Mayo, cerca de Panche

los dias que siguieron al de la expedicion, rellenamos las aves de paja y pusimos las frutas en alcohol. Un primer envío de helechos arbóreos y orquídeas partió para Honda, bajo la custodia del arriero Leónidas García y á este siguió una segunda remesa compuesta de diversos objetos de historia natural.

No es tan fácil como parece disponer los embalajes. Generalmente se utilizan para el caso los mismos cajones en que han venido los productos de Europa, los cuales hay que comprarlos en las tiendas. De estos cajones los que están forrados de zinc son muy buscados. Por eso tuve la prevision de traer todos los útiles necesarios para soldar, estaño fino, hierros, borax,



Las cuevas de Panche

amén de un juego de frascos de zinc encajados los unos en los otros, y de ellos me serví fructuosamente para expedir los objetos conservados en alcohol.

Se me ha preguntado más de una vez acerca del sistema de embalaje que empleaba para el envío de plantas vivas. Daré, pues, algunos detalles sobre el particular que quizás aprovechará algun dia alguno de mis sucesores.

Las plantas carnosas, las que tienen mucho tejido celular, las orquídeas de las comarcas cálidas y secas, pueden expedirse en una caja colocadas por lechos, protegidas por unos listones para impedir que se revuelvan y tapadas con musgo seco ó virutas de carpintero. Lo esencial consiste en que las raíces ocupen la parte central de la caja y en que el aire circule libremente alrededor de las hojas, evitando todo principio de fermentacion.

Las especies que sufren con la sequedad deben ser mantenidas en una semi-vegetacion. Hay que colocarlas por consiguiente entre dos lechos de musgo ó de raíces frescas bien comprimidas. Algunas orquídeas, como las *Masdevallia* y las *Odontoglossum*, exigen que se les plante en *sphagnum* vivaz, que es una especie de musgo parecido al que se encuentra en las hornagueras. Es preciso además abrir en las cajas varios agujeros del diámetro del dedo, suficientes para que el aire circule; pero no tan grandes que los ratones puedan penetrar por ellos.

Las semillas, despues de bien secadas á la sombra, deben encerrarse en unos saquitos de tela, los cuales han de suspenderse dentro de cajas suficientemente ventiladas y libres por completo de humedad. Las semillas muy finas pueden ser expedidas dentro de un sobre por el correo, y las demás que necesitan conservarse frescas por agostarse el embrion con la sequedad, verbi-gracia las palmeras, deben colocarse por capas entre el mantillo que produce la descomposicion de la hojarasca.

Las cajas deben clavarse con esmero y reforzadas con aros de hierro si se tienen á mano. Luégo es preciso envolverlas en esteras ó hules, y debidamente provistas de números y marcas son expedidas para la costa. Cada dos cajas forman una carga entera; una sola caja se llama tercio y su peso en ningun caso puede exceder de cuatro arrobas (cincuenta kilos), ni su longitud de sesenta y cinco centímetros, so pena de que el arriero la rehuse. Los muleteros son unos verdaderos tiranos. Cada trato con ellos implica un sin fin de altercados, y raras veces el extranjero se sustrae de tener que sucumbir á merced de esa calaña de explotadores.

La exploracion que hice luégo á las grutas de Panche tiene aquí su lugar marcado. Antes de partir de Fusagasugá hice todos los preparativos necesarios para llevar á cabo una excursion, á la cual atribuia suma importancia. Habíanme hablado en Bogotá de las costumbres funerarias de los antiguos indios Panches y Guanches que moraban al pié de la Cordillera oriental, hácia el Sur-oeste, en el terreno comprendido entre Fusagasugá, Pasca, Melgar, y los cerros de Viotá y de Tibacui, y por estos relatos tuve conocimiento de la existencia de unas grutas ó excavaciones naturales situadas en las montañas de Panche y de Tibacui, en las cuales los antiguos indios enterraban á los muertos. Don Manuel Haya me dijo á mi llegada que él las habia visitado algunos años atrás y me presentó á los dos hom-

bres que le habian acompañado. Les tomé á mi servicio, y provistos de picos y cuerdas emprendimos la marcha hácia Panche, tomando la direccion de los cerros de Peña Blanca y Anvila, cuyas gigantescas moles de arenisca veíamos blanquear al Sur-oeste.

Recorrimos en un principio la llanura inclinada de Fusagasugá. Los cantos erráticos desprendidos de las alturas de Sumapaz y redondeados por las aguas, presentaban cubos ménos voluminosos que en Pasca y aparecian medio sepultados en una alfombra de césped, entre el cual predominaba un pequeño *paspalum*. Algunos melástomos leñosos sumamente raquíticos, cesalpíneas amarillentas, raras clusias que se habian deslizado entre las peñas, ingas provistas de feroces dardos y desnudas jacarandias (en el país la jacarandia se llama *gualandai)* mostraban sus retorcidas ramas á orillas de los arroyuelos desecados, en cuyo lecho se descubria el terreno subyacente de la llanura, ó sea una mezcla de arcilla y arena.

Debíamos franquear el rio Subia por el puente de Chocho; pero nos encontramos con que un temporal se lo habia llevado, viéndonos obligados á buscar un paso más hácia el Sur y lo encontramos en el puente de Chinaota, debajo de Panche, á donde llegamos á las cuatro de la tarde.

Panche, antigua capital de los indios de su nombre, de los cuales hoy no subsiste ya la menor huella, es una poblacion situada á mil doscientos cincuenta metros de altura en un paraje encantador, abrigado del Norte por el cerro de Peña Blanca y del Sur por el de Anvila, miéntras lo está del Oeste por el alto de Viotá (mil novecientos treinta y un metros) que forma el tercer lado de un magnífico cuadrilátero cubierto de verdura.

Por el lado de Oriente el valle da paso al rio Subia, que toma el nombre de Panche, á partir del puente de Chinaota, y sobre las partes bajas de la llanura inclinada de Fusagasugá, que se destaca distintamente en toda su extension y domina los valles inferiores de Melgar y de los Limones. Si desde la hacienda de Panche, ocupada en la actualidad por el molino azucarero del señor Avelino, se tiende la mirada hácia Fusagasugá, se echa de ver que la direccion de esta localidad es N. 62° E. la cual no concuerda en manera alguna con la indicada en la carta de Codazzi que tenia á la vista. Este error, que en adelante deberá corregirse por los cartógrafos, es excusable dada la multiplicidad de observaciones hechas por la comision corográfica.

En esta direccion la planicie inclinada de Fusagasugá aparece desgarrada por los boquetes que forman los rios Panche, Cuja y Negro, ántes de su confluencia con el Sumapaz. Sus aguas reunidas pasan por la brecha del Desaguadero á la mesa de Limones, y desde allí se dirigen al Magdalena.

Despues de una buena noche pasada en las hamacas, todo estaba dispuesto para dar principio á la ascension de la montaña de las Cuevas situada detrás de la hacienda de Panche. A la salida del sol emprendimos la marcha.

Larga y penosa fué la subida. Seguimos la arista del cerro de Anvila que á causa de su extraña configuracion, parecida á la de un pico ganchudo, ha recibido el nombre de picacho de la Guacamaya. El terreno cubierto de yerba rasa termina en unas escarpaduras formadas por enormes masas de arenisca que se levantan en direccion de la cúspide de la montaña, pre-

sentando una muralla á plomo por el costado del norte. La inclinacion que tienen esos lechos arenáceos es de veinte grados sur y treinta grados este, de modo que se ve la masa levantarse distintamente en direccion de Bogotá, como todas las hiladas de arenisca de esta parte de los Andes.

La ascension que hicimos se parecia mucho á las del Vesubio; un paso adelante y dos atrás. Andábamos penosamente por un camino que presentaba un declive de unos cuarenta grados, cuando nos detuvimos ante una roca coronada por dos cruces.

—La cruz de Mayo, dijeron los guías.

La cruz de Mayo consistia en dos postes de altura desigual, convertidos en cruces y enclavados en el intersticio de dos peñas. Algunas flores agostadas por el viento que sopla con extremada violencia en aquellas alturas y una serie de nudos hechos con hojas de palma cortadas en tiras atestiguan con harta elocuencia la piedad de los fieles que van á colocar sus ex-votos á lo alto de tan ásperas pendientes.



Un hormiguero

—Este lugar es sagrado—dijo uno de los guías santiguándose. El dia 3 de mayo de todos los años, antiguo aniversario de la fiesta de las sepulturas de los indios panches, suben aquí los habitantes de las cercanías en gran número para rezar por sus antepasados enterrados en el cerro.

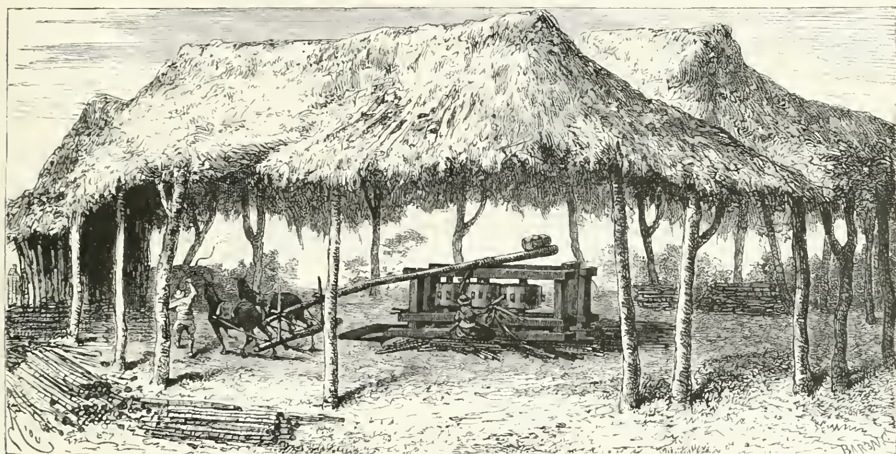
Despues de sacar un cróquis de la Cruz de Mayo, emprendimos de nuevo la subida, y dos horas despues llegábamos al término de la excursion. Ante nuestros ojos aparecia una inmensa roca á desplomo sobre el valle. Al apreciar su altura, hallé que nos encontrábamos á quinientos treinta y cinco metros á pico sobre Panche, cuyas barracas parecian desde allí juguetes de liliputienses.

—Por ahí debe estar, dijo uno de los guías. Voy á buscar el pasaje, pues hace ya algunos años que no he venido por aquí y de entónces acá los bejucos lo han invadido todo.

Y empuñando el machete, ora andando á gatas, ora cogiéndose á las yerbas, nuestros guías buscaron con ardor el medio de ganar una angosta banqueta que formaba una especie de alero sobre el abismo. Por último uno de ellos consiguió el deseado objeto. El tronco de un árbol muerto le facilitó el paso. Agarróse á él con firmeza, en tanto que nosotros nos preparábamos para bajar.

El flanco de la roca presentaba un punto saliente en el cual ya que no mantenerse, podia uno agarrarse, con tal de que le sujetaran desde arriba. Me hice pasar una cuerda por la cintura y arriaron el cable hasta que hube llegado á la banqueta. Entónces, tendido boca abajo, fuí avanzando hasta ganar una abertura oblicua paralela á los lechos de arenisca: habia llegado á la entrada de las sepulturas, y pocos momentos despues mis compañeros se reunian conmigo.

Sobre la misma roca yacian revueltos en desórden montones de huesos humanos mezclados con placas de arenisca delgadas y hojosas que se habian desprendido del techo de la gruta: veíanse allí tibias, vértebras, clavículas, fémures y cráneos rotos; algunos dientes limados y restos de bramante de pita finamente torcido. Este bramante era una especie de adorno con que los indios panches ataban los labios secos de los difuntos, segun una costumbre que aún se practica entre los indígenas del Choco. Veíase además algun fragmento de cacharro que no tenia ningun punto de semejanza con los objetos con que los antiguos peruanos rodeaban á sus momias, y que aún hoy se encuentran con tanta abundancia en las huacas del Ecuador. Los que transportaron los cadáveres de sus hermanos á tan grandes alturas no



El trapiche ó molino de azúcar

tuvieron al parecer otro objeto que sustraerlos á los ojos de los mortales y descolgarlos en esos retiros inaccesibles, al abrigo de la humedad y de las incursiones de los animales silvestres.

—Más léjos, á unas dos horas de aquí, hácia el Oeste, en el pico de Quinini—me dijo uno de los guías—tambien hay huesos pero colocados de otro modo. La mano del hombre ha abierto allí grandes galerías subterráneas, que sólo han podido ser exploradas parcialmente, pues no falta quien supone que atraviesan la montaña de parte á parte. Las tumbas abiertas en la roca y tapadas con piedras planas, contienen restos humanos; pero sin cacharros ni otro accesorio alguno. Un poco más hácia el Este, en Peña Blanca, cerca de Tibacui, en un cerro paralelo al de Anvila, se han recogido cacharros; y por último las cuevas de Pasca, á poca distancia de la laguna de Chisacá, presentan, segun dicen, el mismo aspecto que las del picacho de la Guacamaya.

Despues de llenar un saco de huesos que quise llevarme de allí, nos hicimos izar sobre la tierra firme por medio de cuerdas de cuero pasadas por los sobacos. La comitiva se puso en marcha y bajamos rápidamente á Panche.

Allí nos aguardaba el señor Avelino, con quien comimos tan alegremente, que nadie hu-

biera sospechado que pocos momentos ántes habíamos estado en la mortuoria compañía de los antepasados del lugar. Precisamente allí, en el mismo emplazamiento del molino de azúcar, existió en otros tiempos una formidable fortaleza que dominaba todo el contorno, desde la cual se descolgaban los panches para ir á devastar los terrenos ocupados por los Sutagaos, los Guanches y los Chibchas que eran sus vecinos del Este.

Antes de anochecer me quedó aún tiempo suficiente para herborizar y hacer un buen número de hallazgos interesantes. Los insectos abundaban. En el bosquecillo á donde me encaminé á caza de penélopes, las hormigas *cargueras* formaban apretadas filas y entraban en su hormiguero: todas ellas llevaban en las mandíbulas un pedacito de hoja cortada en forma oval, tremolándolo á guisa de estandarte.

En los sotos de Panche, se ha aclimatado el café *(Coffea arabica)* en cantidades fabulosas, creciendo á la sombra del bosque, donde llega á florecer y á dar fruto. Mezcladas con este arbusto crecen millares de bromelias grandes y espinosas, que se cubren de piñas silvestres poco carnosas, pero del sabor más exquisito. Y á las rocas se agarran espesas matas de catleyas llenas de flores sonrosadas, rojas ó blancas, de las cuales hice una abundante provision.

Frente á la hacienda, al lado opuesto del valle y en direccion de Tibacui, se levanta sobre la cúspide del monte una enorme peña aislada, de la cual saqué un apunte.

—Es la peña del Diablo,—dijo mi anfitrion.—¿No sabe V. su historia?

—No.

—¿Quiere V. oirla?

—Con mucho gusto.

—Voy á contársela, pero con una condicion; que no se ha de reir V. Los guías nos están oyendo.

—Cuente, cuente V. y prometo permanecer tan impasible como la máscara de Temis.

—Pues es el caso que el diablo.....

—¡Ave María purísima!..... ¡Santo Dios bendito!.....—interrumpieron los guías, santiguándose.

—El diablo—continuó el señor Avelino—trataba de construir el puente de Icononzo, cuando una hermosa noche de Viérnes Santo se fué al cerro de Peña Blanca, cerca de Tibacui, y se llevó la peña que ve V. ahí. Al pasar frente á Panche dieron las doce de la noche, el gallo cantó, y como quiera que este es un ave sagrada desde la noche de la pasion de Jesucristo, Belcebú tuvo un estremecimiento, soltó la peña, tendió las alas y se largó volando. Cuando llegó á Icononzo le obligaron á empujar penosamente desde la cima de la montaña el enorme canto de arenisca, hasta dejarlo atravesado sobre el rio Sumapaz, formando el puente que V. conoce.

Confieso que no se me hubiera ocurrido nunca semejante explicacion, tratándose del fenómeno geológico de Icononzo. Los guías, tendidos en el suelo, escuchaban atentamente el relato de Avelino, mascando un pedazo de *panela*.

Ya dije ántes lo que era la panela ó azúcar moreno tal como sale del *trapiche;* pero no habiéndolo aún visto fabricar, aproveché la ocasion que se me ofrecia en casa del señor Avelino.

Bajo un cobertizo circular, hecho con postes y paja, dos mujeres, sentadas en un escabel, iban colocando la caña de azúcar entre tres cilindros de madera de forma tosca, que giraban verticalmente á impulsos de un malacate movido por dos mulas, á las cuales azotaba un muchacho. El jugo de la caña iba cayendo en una artesa de madera, y de allí pasaba á una cubeta por medio de una reguera.

En esto consiste el trapiche ó molienda del azúcar.

A pocos pasos del cobertizo hay un horno de tierra medio hundido en el suelo, sobre el cual existe una caldera con largueros de madera. El jugo fresco de la caña lo echan luégo en este receptáculo, dejándolo cocer hasta que se espesa y adquiere un color ocráceo oscuro. Despues, y ántes de que empiece á coagularse, es decir, á las dos horas próximamente de coccion, lo echan en los moldes que tienen la forma de cajas chatas con compartimientos, donde se solidifica y forma panes de azúcar moreno, de una libra cada uno. Cada molde puede contener dos arrobas divididas en cincuenta panes.

En resumidas cuentas, con un par de mulas, un muchacho para guiarlas, cuatro mujeres para pasar la caña por los cilindros, y ocho hombres destinados á hacer la coccion, secar la panela y embalarla, cortar las cañas y trasportarlas al trapiche, no pueden elaborarse más que unas diez arrobas al dia. Compárense estos datos con la produccion que se obtiene en los ingenios de las Antillas montados para el caso, y se tendrá una idea del estado miserable en que vegeta esta industria en medio de los Estados-Unidos de Colombia, á dos jornadas de la capital.

Dejando aparte esta apatía nativa, que con raras excepciones hace de todo colombiano de tierra caliente un industrial más cuidadoso de su descanso que de su fortuna, el señor Avelino era un hombre de todas prendas, que con sus relatos, todos nuevos para mí, me hizo pasar horas muy buenas. Contento de su suerte, *rara avis in terra*, no alimentaba otra ambicion que la de colocar el azúcar que fabricaba. Sus trabajadores le querian entrañablemente. Gracias á su carácter bondadoso, la vida en Panche se nos hizo por todo extremo agradable. Todas las noches, despues de cenar juntos todos los de la casa, cuando al canto de las cigarras sucedia el grito de los loros y los chillidos de los monos, un trabajador tomaba la vihuela y empezaba la velada. El tema de las sonatas solia ser siempre una melodía plañidera, con la cual el concertista suspiraba por los amores de una mujer ausente. La concurrencia hacia coro á sus acentos repitiendo los dos últimos versos de cada estrofa, arrastrando la voz como los pastores del Berri tan poéticamente descritos por Jorge Sand. Luégo las voces principiaban á amenguar y acababan por extinguirse una tras otra, y aún el solista nos mecia con sus últimos acentos, cuando ya todo el mundo se habia tendido en el suelo, y dormia á pierna suelta á la luz de las estrellas.

El dia siguiente fué el de la partida. Avelino no dejó de advertirme que el camino, bueno en un principio, era luégo execrable.

A las siete comenzó la marcha. En un principio atravesamos el valle cubierto de verdura de un tono oscuro, húmeda, herbácea y frondosa, ántes de embestir las pendientes del cerro de Viotá. Esta ascension hubo de revelarme un género de paisaje enteramente nuevo. Por

primera vez penetramos en un bosque de encinas, que no tienen el menor parecido con las de Europa, ni con las verdes de la region del Mediterráneo. Las encinas de Colombia son árboles gigantescos, de tronco rugoso, color leonado, acostillados y rectos como los álamos y coronados de un espléndido follaje parecido al laurel ó á la magnolia. El suelo, alfombrado de hojarasca, aparecia cubierto de bellotas del tamaño de las nueces. Estas encinas corresponden á la especie llamada *Quercus Humboldtii* y reinan sin contraste en este bosque monotipo. Ni un arbusto, ni una triste planta crecen á su sombra, cual si despidieran efluvios



La coccion del azúcar en Panche

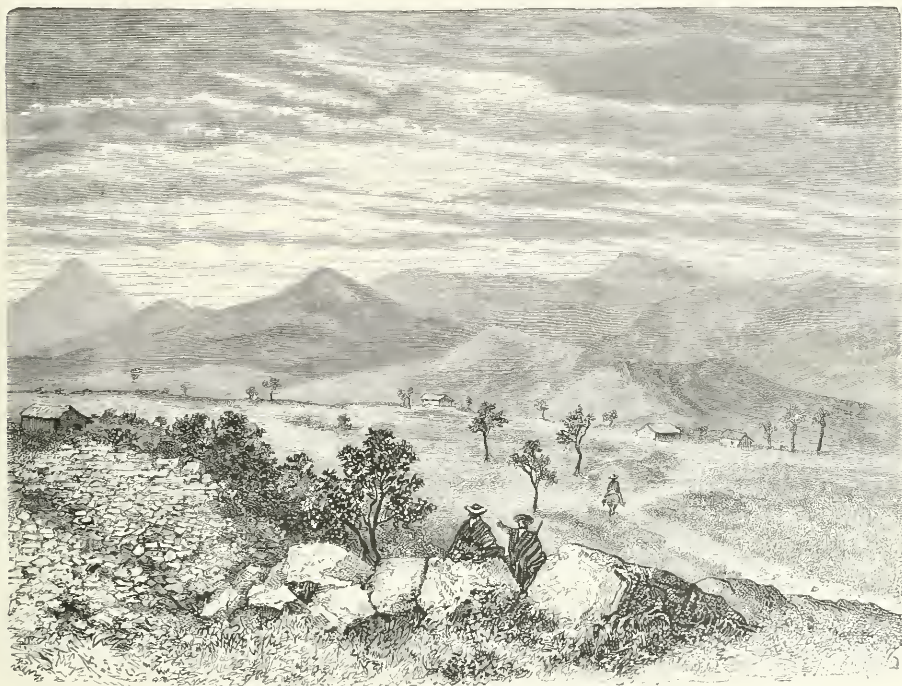
deletéreos. Pero me engaño; una extraña orquídea, un *Catasetum* y un helecho filiforme del género *Acrostichum* son los únicos vegetales bastante audaces para aventurarse bajo aquella sombra nefasta. La luz apénas se filtraba á través del opaco follaje. Reinaba en el bosque solemne silencio, apénas interrumpido por el paso de nuestras mulas sobre la hojarasca. Nosotros tambien andábamos silenciosos por instinto. Nunca más desde entónces he vuelto á experimentar una sensacion tan extraña.

La altura del bosque era de mil setecientos setenta y cuatro metros, exactamente la misma en que crecen algunos árboles de esta especie que habia visto ya en Fusagasugá.

A medio dia franqueábamos el Alto de Viotá, situado á mil novecientos treinta y un metros, no sin sufrir varios percances. Durante la travesía del bosque conservamos el órden más perfecto, gracias á que la hojarasca daba consistencia al suelo; pero al salir de él, empezaron los

lodazales y atascaderos. Nada más horrible que aquel camino. Más de diez veces las mulas se hundieron hasta el cuello en los barrizales, arrastrando á los jinetes.

En un recodo del camino habia un árbol arrancado de cuajo, con las raíces al aire, y como marchara yo delante á riesgo de atascarme y Fritz y Juan siguieran detrás á unos diez pasos, quise advertirles que cambiaran de sendero. Pero era demasiado tarde: ambos se habian metido ya en el estrecho vericueto, y sus cabalgaduras que marchaban de frente quedaban cogidas



Vista del Valle de Tocaima

entre las raíces. Ví á una de las dos desenredarse dando un terrible salto, miéntras manaba un chorro de sangre de su ijar derecho.

En la creencia de que mi amigo estaba herido eché pié á tierra: afortunadamente no se confirmaron mis temores por lo que respecta al jinete; pero el pobre animal presentaba una herida tremenda. Juan habia tenido la imprudencia de dejarse por descuido el cuchillo fuera de la vaina, de modo que al llegar al mal paso, cuando ambas cabalgaduras chocaron con violencia, la hoja del arma se introdujo por completo en el vientre de la mula que montaba el señor de Scherff.

Vendamos la herida de primera intencion y continuó la marcha; pero las acémilas de carga, medio estropeadas, arrastraban los cascos de un modo que daba lástima, y algunas tenian los lomos hechos una llaga viva. Se me dijo, sin que yo me atreva á creerlo, que uno de los guías habia tenido la avilantez de hacer unos cortes en la piel de esos pobres animales con

objeto de que la punta del palo con que les aguijaba les produjera un dolor más intenso sobre la carne viva.

El paisaje que se descubre desde el Alto de Viotá es verdaderamente soberbio. El panorama abarca un campo inmenso sembrado de anfractuosidades, surcado por las apófisis de la Cordillera, como un mar enfurecido que una mano omnipotente hubiese congelado en un segundo. Anapoima, la Mesa, y diez aldeas más se distinguen en lontananza; Tocaina se adivina al Oeste, detrás de una colina; el Magdalena se desliza majestuoso al pié de los cerros lejanos. ¡Sublime espectáculo eternamente nuevo y cada vez más atractivo, en el cual se revela la potencia divina en toda su soberana majestad!

Viotá blanquea al pié de la montaña. El camino serpentea en un terreno formado de arenas ligeras, en las cuales se han hundido los cantos erráticos desprendidos de las cimas. Una flora especial de gramíneas, *Baccharis*, leguminosas trepadoras, compuestas leñosas y helechos de frondes coriáceas, alfombra raquíticamente aquellas lomas ó colinas áridas, cuyo aspecto contrasta vivamente con las faldas eternamente verdes del Oriente de la Cordillera.

Al echar pié á tierra en Viotá nos hallamos con una poblacion situada á orillas del rio del mismo nombre y parecida á todos los pueblos de Tierra caliente. Apénas si contará quinientos habitantes: su temperatura media es de veinticinco grados, y dos distintas observaciones barométricas, hechas la una por la tarde y la otra por la mañana del dia siguiente, diéronme una altura de seiscientos diez y ocho metros, ó sea la mitad tan sólo de la publicada por Codazzi, el cual indica mil trescientos metros. Ignoro en verdad la causa de un error tan craso. La poblacion de Viotá parecióme bastante amiga del *dolce far niente*. Con un clima tan benigno, que permite al hombre prescindir de vestidos, en un país en que los alimentos casi no cuestan nada, se requiere una fuerza de voluntad muy grande para resistir las seducciones de la holganza, y los viotanos, al parecer, no hacen grandes esfuerzos para sobreponerse á ellas. Por consiguiente, tan sólo permanecí entre aquellas gentes el tiempo necesario para reponernos de las fatigas y quebrantos experimentados en nuestra ruda y penosa marcha á través de los lodazales, tomando al siguiente dia la direccion de Tocaima.

El camino es encantador. Al principio sigue una pendiente muy suave entre palmeras reales, por entre cuyas grandes hojas plumosas asoman bellos racimos de dorados cuescos, de los cuales se extrae una excelente mantequilla vegetal. Luégo recorre el lecho del barranco Cachimbulo y allí cobra nuevos encantos, por presentarse encajonado en una cuna de flores y verdura, con sus orillas alfombradas de helechos y todo el ambiente embalsamado de los más suaves perfumes. Durante algunas horas recorrimos este hermoso camino, atravesando cien veces el arroyo, ó avanzando por la misma corriente que va á desaguar al rio de Bogotá, un poco más arriba del puente de Tocaima.

Antes de llegar á este puente tuve ocasion de admirar la variedad y riqueza de la vegetacion, en la cual sobresalen admirables ejemplares del *palo de cruz* (*Brownea arhiza*) cubiertos de grandes flores parecidas á penachos de fuego. Es este árbol uno de los más bellos que he visto. Un poco más allá encontramos grandes bosques de cocoteros, cuyos frutos maduros llenaban el suelo.

En el preciso momento de llegar á la orilla izquierda del rio de Bogotá — el mismo que habíamos visto precipitarse con el nombre de rio Funza en la cascada de Tequendama — supimos que el antiguo puente colgante estaba roto hacia algunos años, y que era menester atravesar el rio á nado ó en barca. El Bogotá, engrosado á la sazon con las aguas del rio Apulo, que confluye con su orilla derecha á algunos kilómetros de allí, aguas arriba, arrastraba un gran caudal que rodaba furioso por el angosto canal, oprimido entre las dos márgenes. El paso de este rio no tenia ciertamente nada de tentador. Los remolinos formados por los raudales del rio, negros y sobrecargados de residuos calcáreos carboníferos y betuminosos, amenazaban tragarse la débil canoa, hecha con un tronco vaciado, en la cual nos embarcamos para hacer la travesía.

Allí, junto á la orilla, fué fundada en 1544 la villa de Tocaima por Fernando de Vargas Cerrillo de Manosalva. Los indios panches de la llanura, dotados de un carácter más pacífico que los de las montañas, se establecieron en ella, con lo cual se sometieron al dominio de los españoles.

En 1673 se desbordó el rio y la inundacion destruyó por completo la villa. Pero como su posicion era inmejorable á medio camino del Magdalena y de Fusagasugá, teniendo además la vecindad de Bogotá que consume los productos de esa region caliente, fué la poblacion reconstruida; pero no ya á orillas del rio, sino á una distancia de dos kilómetros, sobre una loma, tal como se encuentra todavía. Esta poblacion no tiene otro inconveniente sino la falta de agua, que hay que ir á buscar al rio. Grave es, pues, la carencia de un elemento tan indispensable en una villa de seis mil quinientos habitantes, cuya temperatura media anual es de + 27°,5. Con estas condiciones no es de extrañar que en Tocaima escaseen los refrescos, y que se distribuya con mucha parsimonia un agua caliente y turbia, de la cual nadie bebe sino la menor cantidad posible.

Despues de atravesar el rio, parte en canoa y parte á nado, nos hallamos en presencia de un espectáculo singular. Algunos destacamentos de fuerza armada ocupaban la orilla derecha. En una especie de ventorrillo, en donde entramos con objeto de reconfortarnos un poco, despues del baño que hubimos de tomar á pesar nuestro, habia un buen número de oficiales y soldados que peroraban y gesticulaban con extraordinaria viveza. La escena era por todo extremo pintoresca. Los jefes, con la blusa desabrochada, el kepis sobre el cogote y calzando alpargatas, contaban sus hazañas entre sorbo y sorbo de anisado. Los soldados gastaban más calma; pero sus trajes eran si cabe más caprichosos. Los más llevaban los piés desnudos y se entretenian quitándose las niguas de los dedos: otros llevaban zapatos y algunos calzaban chanclos. Todos vestian pantalon de color ceniciento y blusas variadas hasta la saciedad, que por sus hechuras recordaban los uniformes de los guardias nacionales de Paris durante la Comunne. Finalmente, en sus cabezas brillaba un verdadero muestrario de gorros militares de todos los países del mundo.

Al parecer, aquellos valientes guerreros formaban el cuerpo destinado á contrastar el triunfo de Nuñez, candidato á la presidencia, cuya eleccion le disputaba Parra, su antagonista. No pude ménos de contemplarles algo asombrado y conteniendo la risa.

—No tenga V. cuidado, señor,—me dijo un asistente—todo eso es vagabundería y nada más.

En efecto, allí hube de averiguar que tan grotesco ejército acababa de trabar una batalla. Por cierto que por poco nos encontramos metidos en el zafarrancho. Creo que nada de particular nos hubiera acaecido, pues todo se redujo á algunas horas de fuego de fusilería, y de avances y retiradas, durante las cuales, perseguidos y perseguidores, cambiaron sus papeles una porcion de veces, hasta que tuvieron á bien dispersarse cada uno por su lado. Total de víctimas: un muerto y tres heridos.

¡Vagabundería, realmente! Triste y miserable empleo de la fuerza, de la inteligencia y de la juventud, en un país cuya primera ley debiera ser la del trabajo, pues el menor esfuerzo recompensaria al hombre con un céntuplo de beneficios. ¡Ah! Por doquiera son deplorables las revoluciones: constituyen la negacion del progreso y significan un retroceso hácia la barbarie; pero sus efectos son aún más tristes en esas comarcas sumidas en la infancia y ensangrentadas por miserables cuestiones políticas, que oponen un perenne obstáculo á la inmigracion europea, la única capaz de desenvolver las riquezas en ellas acumuladas.

Tocaima, á cuya poblacion llegamos á las dos de la tarde, con una temperatura de 38° á la sombra, está situada á quinientos ocho metros de altura, y no á cuatrocientos treinta y uno como por error se ha dicho. El calor es allí tan insoportable, que se da á la villa el nombre de «purgatorio de Colombia.» El cerro sobre el que se halla construida domina un valle feraz y extenso. Cierran el horizonte, por una parte, los contrafuertes de la Cordillera y las lomas de Viotá por otra. El mercado de Tocaima disfruta de mucho renombre, por llevarse á él de vez en cuando el ganado de las regiones frias y el procedente de los Llanos de San Martin. Hube de encontrar allí los productos de Tierra caliente, y eché de ver con gusto que la poblacion que empieza á nutrirse con carne es mucho más industriosa y activa, que la de otros muchos pueblos reducidos á una alimentacion vegetal, casi absoluta.

Llevaba una carta de recomendacion para Don Antonio Umana, rico ciudadano de Tocaima,el cual me recibió con mucha frialdad y me indicó vagamente una posada. En ella estuvimos bien instalados, y volví á encontrar á Don Pepe, nuestro patron de Villavicencio, que habia ido á Tocaima á vender ganado, y que mostró mucha alegría de volver á vernos.

La plaza mayor de Tocaima presenta extraordinaria animacion, los dias festivos especialmente. Las casas que la limitan tienen tejado y revelan un bienestar general. En efecto, hay en Tocaima fortunas antiguas que tuvieron su orígen en los tiempos en que la explotacion de las minas de oro y cobre de las cercanías, atrajeron numerosos mineros, que despues de enriquecerse echaron raíces en el país.

Acerca del particular el P. Zamora cuenta lo siguiente:

«Un español, llamado Juan Diaz Jaramillo, cultivaba con algunos esclavos una hacienda en Tocaima. Un dia uno de estos últimos descubrió un venero de oro, y su dueño se hizo al poco tiempo poseedor de una fortuna cuantiosa. Mandó construir una casa-habitacion, hizo embaldosarla con azulejos artísticos y alhajarla con artesonados traidos de España, á todo coste. Esta suntuosa morada subsistió durante mucho tiempo, hasta que sus restos sirvie-

ron más tarde para ornamentar varias iglesias, entre las cuales, el monasterio de la Concepcion de Bogotá.»

Fácilmente se explica que semejantes riquezas provenientes de las minas explotadas durante largo tiempo y de las cuales no subsiste en el dia el menor vestigio, ejercieran notable influencia en la poblacion hasta el punto de que aumentara considerablemente el número de sus habitantes, viéndose mezclados con los europeos los indígenas de todas las castas. Esta mezcla ha dado por resultado la gran variedad de tipos que en Tocaima se observa Las mu-



Una calle de Guataqui

jeres bonitas abundan allí y en los dias de mercado nada tan fácil como hacerse cargo de los diversos grados de hermosura que revelan desde la señora y su criada hasta la verdulera procedente de las cercanías. Por cierto que una de las hembras más encantadoras que he tenido ocasion de ver en Colombia era la jóven sirviente de la posada en que nos hospedábamos. En medio de aquella atmósfera abrasadora, apénas iba vestida con una camisa trasparente. Sus formas se dibujaban con la pureza de una estátua antigua y la regularidad de sus facciones, teñidas suavemente por la mezcla de sangre india y sus grandes ojos velados por largas pestañas, denotaban su orígen hispano. Ocupada con gracia modesta en sus vulgares quehaceres, sus manos y sus piés de una finura nada comun y el aliño que se notaba en toda su persona, probaban suficientemente la raza de que procedia.

Eran tantas las observaciones con que nos brindaba Tocaima, que de querer apurarlas hu-

biéramos tenido que permanecer allí bastante tiempo. Así, por ejemplo, los cultivos de las inmediaciones y principalmente el de la arracacha y de la caña dulce, presentan singularidades dignas de atencion. Con el exámen geológico del paraje obtuve hermosas muestras de conglomerados silíceos, de terrenos carboníferos y de minerales diversos. No muy léjos de allí están las aguas gaseosas de Catarnica y otros varios manantiales sulfurosos que reclamaban mi atencion; pero oía sin cesar resonar á mis oídos la frase que impelia al Judío errante de la leyenda: «¡Anda, anda!» Se acercaba la estacion de las lluvias, debíamos franquear aún la Cordillera central, el terrible pasaje del Quindio nos estaba aguardando, y era preciso sustraerse de una vez á toda suerte de seducciones.

Reanudamos pues la marcha hácia el Oeste. Las cercanías de Tocaima aparecian completamente agostadas. Por entre el tostado follaje de los matorrales, desde donde el firigüelo nos saludaba al paso, apénas si se veia asomar una que otra *Dalechampia* trepadora, de brácteas verdes y sonrosadas y las campanillas azules, blancas ó liliáceas de tres ó cuatro especies de ipomeas, que el sol ardiente agostaba á ojos vistas, desde las ocho de la mañana. El valle formaba una capa de canto rodado con el cual se mezclaba la piedra calcárea pura en lechos poco espesos y cubiertos de arcilla.

En el alto de Limba (setecientos cuarenta y seis metros) encontré una graciosa gesneriácea que introduje viva en Europa, bajo el nombre de *Tydæa Ceciliæ*. Sus hojas opuestas, aterciopeladas y sedosas estaban pintadas con zonas plateadas, rojo-oscuras ó de color de violeta sobre un fondo claro, y sus flores de un color de rosa claro salpicadas interiormente de escarlata, completaban el valor ornamental de esta hermosa planta.

Era ya muy tarde cuando llegamos á Casas Viejas. Fritz atendió una indicacion equivocada y tomó un mal sendero debajo de Limba, encaminándose hácia el Norte, de modo que por poco llega á la Mesa donde no le hubiera quedado otro recurso que dormir al raso. En tanto que dos guías salian en su busca, acampé en Casas Viejas donde debíamos pasar nuestra última noche, ántes de volver á encontrar el Magdalena.

Al llegar presenciamos un espectáculo curioso: los muchachos del lugar se entregaban á los azares de una corrida de toros. Hacia las veces de toro una vaca, y las puertas de todas las casas estaban atestadas de gente dispuesta á aplaudir ó silbar á los toreros imberbes.

En un principio, el pobre animal, acosado por una turba de chiquillos, mostró una gran paciencia; pero por fin se enfureció y atravesó la plaza al galope sacudiendo sendas cornadas sobre las ruanas que á guisa de capas le tendian los más atrevidos. La cuadrilla se dispersó chillando como un enjambre de gorriones.

Sólo un muchacho que no tendria más allá de doce años, una especie de Cid Campeador en agraz, se separó del grupo y se fué derecho á la vaca armado de un baston rematado en punta y la ruana recogida en el brazo. Hizo un movimiento y la vaca le embistió; pero él se tendió en el suelo con la rapidez del rayo, y el animal saltó por encima de su cuerpo sin rozarle siquiera y remató la arremetida lanzándose contra dos mujeres que se metieron chillando dentro de sus casas.

La broma amenazaba acabar en tragedia, por lo que, sin duda, algunos hombres decididos

soltaron unos perros contra la vaca y esta se volvió al potrero, miéntras los muchachos paseaban triunfalmente al héroe de la fiesta y á cada paso le convidaban á remojar el gaznate con una totuma de guarapo.

Esta animada escena nos distrajo un rato y es en verdad lo único que consignaré sobre Casas Viejas, pues vino la noche, cada cual se tendió en su hamaca, y al dia siguiente ántes de amanecer ensillábamos y nos despedíamos de la plaza de toros y de los lidiadores.

En el camino que desde el principio costea las orillas del rio Seco, observé huellas distintas de un diluvio especial. Sin ningun género de dudas un diluvio de lodo descendió de las alturas y llenó los valles vecinos con una espesa capa que abarcaba un área muy extensa. En ese estrato, cuyo espesor varía entre diez, veinte y treinta metros, segun el sitio, el rio Seco ha ido abriéndose el lecho socavando el terreno y produciendo sucesivos desprendimientos. En los ribazos que forman las márgenes se ven cantos rodados de esquisto, arenisca y cuarcita ingeridos en la tierra á modo de las pasas de Corinto en un *pudding*. A la menor avenida del rio las tierras se desprenden.

En las orillas abundan mucho las plantas espinosas. Cuéntase entre ellas una leguminosa del género Inga que se llena de vainas torcidas, cuyas valvas rebeldes á la madurez muestran una hermosa pulpa encarnada. Esta planta lleva el nombre de naranjilla. Una multitud de pájaros entre los cuales debo señalar los tangaras pertenecientes á la seccion *tanagra*, de plumaje azul, amarillo y negro, y las viudas, llamadas allí tijeretas, amenizan con sus cantos las orillas del rio que corre á través de un paisaje triste y apénas animado por uno que otro algodonero silvestre cubierto de cápsulas sedosas y blancas.

De entre una naturaleza que tan escasos atractivos ofrecia, vimos asomar las primeras casas de Guataqui. El Magdalena estaba de nuevo á nuestros piés.

Durante mi estancia en Colombia habia oido aplicar el significativo nombre de boca del horno á dos localidades distintas: la una se halla sobre el rio Dagua, la otra es Guataqui, y en verdad que el termómetro baja raras veces de los treinta grados y á menudo marca los treinta y seis. Durante mi forzosa permanencia de una semana en aquel punto, tuve ocasiones mil de comprobar el hecho.

En Guataqui habia de encontrar el resto de las cajas que expedí en Honda y en las cuales guardaba las tiendas de campaña, muchas latas de conservas, aparatos fotográficos, etc., etcétera. Los bultos fueron expedidos por los señores Vengoechea de Honda, á la órden del general don Joaquin Posada Gutierrez, que debia entregármelos.

Pero la habitacion del general estaba desierta. Por un colono que tenia el encargo de guardar la casa, supe que por la mañana habia salido con toda su familia para Bogotá, de modo que hube de cruzarme con ellos por el camino, sin conocerles. Primera contrariedad.

Pregunté por el párroco del lugar y se echaron á reir. No tuve, pues, más remedio que irme en derechura al alcalde G. Rosas, cuyo domicilio situado en un rincon de la plaza, me enseñó un transeunte. Allí supe que mis cajas se habian recibido hacia algunos meses, y que creyéndome muerto y enterrado se habia tratado ya de dilucidar si era llegado el caso de repartir las latas de conservas entre los habitantes de Guataqui, puesto que al solo aspecto

de las etiquetas se les hacia agua la boca. Por fortuna mia la cosa no pasó de la categoría de un proyecto, y el barquero José María Cantor, me entregó las cajas á cambio de algunos pesos contantes y sonantes.

El repuesto de vituallas nos vino á pedir de boca. Los guisos del país empezaban á pesarnos y teníamos grandes ganas de saborear las conservas que los señores Pellier hermanos del Mans, habian dispuesto para nosotros en aquellas latas herméticamente soldadas. Nuestra primera comida tomó las proporciones de un verdadero festin. Rosas puso á nuestra disposi-



El cementerio de Guataqui

cion una cabaña deshabitada donde instalamos las hamacas, los víveres y los aparatos de historia natural.

Dedicamos la estancia en Guataqui á poner órden en los objetos y expedir una parte de mis colecciones. Realicé además trece distintas observaciones barométricas que me dieron por resultado una altura de 266^{m}, 50 y una temperatura media de 29°, 5.

Durante algunos dias Fritz hubo de permanecer en la hamaca presa de fuertes accesos de calentura, agravados por una herida que se habia hecho en el costado, la cual en Tierra Caliente ofrece triple peligro que en Europa. Juan tuvo una inflamacion intestinal, que presentó en seguida carácter agudo. La calentura no cedia y una neuralgia muy intensa agravaba su estado. Por fin, al cabo de algunos dias, cedió la dolencia merced á unas cataplasmas remojadas con láudano, á las bebidas refrescantes, á la dieta y al sulfato de magnesia.

Guataqui merece el nombre de pueblo de los gallos. En mi vida he visto y sobre todo oido á la vez tantas aves de esta clase. Habia para perder el juicio. Su canto insoportable no cesaba un momento, ni de dia ni de noche. De no habernos contenido el temor de indisponernos con la poblacion, les hubiéramos matado todos.

La villa parece desierta; la poblacion bastante diseminada, comprende unas dos mil almas, en cuyo número no se cuenta ni un carpintero, ni un zapatero, ni..... ¿por qué no decirlo? ni un cura. No hay un solo sacerdote que haya querido sacrificarse yendo allí, y el obispo de Bogotá se abstiene de imponer á nadie la dura obligacion de ir. La temperatura mortífera y las calenturas que despachan á los atacados en dos ó tres dias á lo sumo, sobre todo durante las épocas en que bajan las aguas del Magdalena, no son en verdad grandes atractivos.

—Cinco años hace que no tenemos párroco, —decíame un dia el alcalde Rosas. —Aquí nacemos, nos casamos y nos morimos como los perros. Además no verá V. gente más ingobernable que mis administrados: carecen completamente de moralidad y no saben poner freno á sus pasiones. La ley civil que podria servir á falta de la religiosa es para ellos letra muerta, tanto que he renunciado á aplicarla.

Mire V., —añadia, —á los ocho dias de ser nombrado alcalde, hubiera dimitido el cargo, á no ser la representacion, que en cierto modo me asegura el crédito entre el comercio del bajo Magdalena.

La iglesia, en forma de granja muy vasta, tiene su fachada en la plaza pública. Rosas fué en busca de la llave, que estaba ya herrumbrosa por falta de uso. Penetramos en el templo y no olvidaré jamás la impresion que recibí al entrar.

Un enjambre de murciélagos, quebranta-huesos y otros avechuchos nocturnos habian tomado por su cuenta el templo abandonado: sus deyecciones alfombraban materialmente el suelo. Grandes migales tapaban con sus espesas telarañas la entrada de los confesionarios y parecian decir:—Alto ahí, á unos penitentes problemáticos. Sobre una mesa de tres patas, desvencijada y mohosa, se veia un farolillo de papel oleoso y agujereado por todos lados, y en ella se apoyaban además los candeleros que habian servido quizás en la última procesion de Ramos. La escalera, por la cual cinco años atrás subiria el cura al tonel que le servia de púlpito, aún se hallaba colocada en su sitio; y de los cirios del altar mayor no quedaban más que las mechas, pues las ratas se habian comido el resto. No puede darse mayor miseria ni un abandono más doloroso.

Cuando pude sustraerme á este espectáculo, fué para encontrarme con otro del mismo género. Salí á pasear un rato por los alrededores de la poblacion y divisé el cementerio que era en verdad digno de la iglesia. Los sepulcros de piedra ó de ladrillo desaparecian entre la espesa yerba, nunca hollada, y las sepulturas más recientes apénas si se distinguian por groseras cruces que á las pocas semanas invadian los bejucos.

Declinaba el dia y me alejé lleno de tristeza de aquella soledad salvaje, ó por mejor decir rebosando desprecio hácia una poblacion tan poco cuidadosa de sí misma, dominada por la inmoralidad y la pereza, y apática á tentar el menor esfuerzo para salir de una condicion peor cien veces que la de los indios errantes que precedieron á los tristes descendientes de los conquistadores.

X

Guataquí (continuacion); usos y costumbres; alimentacion.—Caza nocturna de avispas.—Vámonos.—Paso del Magdalena.—Geodesia.—Guataquicito.—La sabana de Piedras y el diluvio de lodo.—Un hormiguero gigantesco.—Piedras.—El *clo-qui* y el *pelaronzo*.—Cercanías de Piedras.—La leyenda de Angel Lei.—Ibagué: historia, topografía, estadística.—El general presidente Córdoba.—Algunas reflexiones sobre el Estado de Tolima.—El rio Combeima.—Costumbres de carácter religioso.—Riñas de gallos en Ibagué.—Partida para el Cauca.—El camino del Quindio.—Palmilla.—La mina de azufre.—El Moral.—El bosque de Mediacion.—Pié de San Juan y el rio Coello.—La palmera de cera (*Ceroxylon Andicola*).—La hacienda de las Cruces.

El señor Rosas, alcalde de Guataquí, que nos habia cobrado mucho afecto, quiso, ántes de la partida, prestarnos el auxilio de su experiencia, para organizar debidamente la expedicion y hacerla más fructuosa mediante algunos detalles circunstanciados, cuyo extracto podrá leerse en breve.

Las míseras calles de Guataquí que la administracion precedente habia tratado de empedrar con cantos rodados del Magdalena, forman en la actualidad una serie continua de resbaladeros cubiertos de baches é inmundicias, que sin cesar remueven los cerdos y las gallinas. No basta, empero, tanta miseria para oscurecer por completo el vislumbre de una sonrisa, pues á lo largo de las empalizadas que cierran los jardines, aparecen por doquiera soberbias tulipas *(Poinciana pulcherrima)*, que ostentan hermosos ramos de color de escarlata, rodeados de hojas de una delicadeza digna del más fino encaje.

Las mujeres y los niños vagan por allí, poco ménos que desnudos. Al declinar el dia las mujeres se encaminan al Magdalena, á buscar agua ó bien á lavar sus guiñapos, en cuya operacion se sirven de un barreño, en el cual ponen en maceracion los tallos jaboníferos del cirio pitaya *(Cereus Pitajaya)*.

Volvia un dia de pescar, y tropecé en el camino con una de esas mujeres, de rostro completamente desfigurado por el carate, pálida, con la camisa caida sobre las nalgas y enteramente desnudo el torso, la cual corria desalada detrás de media docena de mocosuelos que iban á bañarse al rio.

—¡Encarnacion! ¡Nepomuceno! ¡Concepcion! ¡Trinidad! ¡Circuncision! ¡Consuelo! ¡Emperatriz! Esos nombres retumbantes eran los que llevaban unos chicuelos, negros como fondo de sarten, los cuales se revolcaban por el polvo en completo estado de desnudez; esto no pudo ménos que sorprenderme, aunque observé más tarde que la costumbre de poner á los niños nombres que llenen la boca, se halla muy generalizada en Colombia, y tanto es así, que la hostelera de Buga, en el Cauca, puso á mi servicio un ignoble *groom*, que con ser extraordinariamente pálido y enclenque y no levantar más de dos piés del suelo, respondia al sonoro nombre de Baltasar.

Creo haber dicho ya que la miseria, hija legítima de la indolencia, estaba enseñoreada de Guataquí. Constituyen, no obstante, una excepcion de la regla los tenderos y los almacenistas de géneros importados por la vía del Magdalena. La distribucion interior de sus casas y sus costumbres, en nada difieren de las que se observan en la region caliente, comprendida en el extenso valle del indicado rio. En todas las casas un poco respetables, la

puerta de entrada da á la sala, departamento espacioso, con el suelo formado de tierra apisonada, las paredes de tapia y los tirantes del techo de troncos atados con bejucos. Dos tabiques perpendiculares á la pared de la calle, separan la tienda y la alcoba de esta sala, y una tela ó un pedazo de muselina clara cierra la entrada de la alcoba, cuyos muebles de ordinario se componen de uno ó varios baules de fabricacion europea, cerrados con llave. La sala en cuestion constituye el dormitorio diurno y por eso se ven en ella hamacas colgadas, y como los habitantes de Guataquí suelen dividir el dia en dos mitades, destinada la una á dormir y la otra á no hacer nada, de ahí que dichas hamacas huelgan muy poco.

En la pared, colocado entre dos estampas ordinarias de Epinal ó de Alemania, prendidas con espinas de pita, campea el almanaque del año corriente; y en un rincon se ven siempre los suportes de los botellones, ó sean grandes jarras de tierra, por el estilo de las alcarrazas españolas, que sirven para conservar el agua, la cual se extrae por medio de una taza de hojadelata enmangada en un baston. Sobre los botellones algunas tablitas sostienen los platos y las totumas ó calabazas. Los cuchillos, tenedores y cucharas, de fabricacion inglesa ó norteamericana, son, como es consiguiente, incómodos y feos. Por lo demás, estos objetos duran poco y sirven ménos, pues la costumbre de comer con los dedos está allí muy generalizada.

La cocina se halla establecida en el rincon más oscuro, cuando no bajo un cobertizo separado del cuerpo principal del edificio y abierto á todos los vientos. Por toda chimenea hay un agujero practicado en la techumbre, por el cual se escapa el humo. Sobre las tres piedras que forman lo que allí se llama tulpa y constituyen el único hogar, descansa toda la batería de cocina, consistente en una gran marmita en la cual se confecciona el plato nacional. Alrededor y sobre el rescoldo se agrupan varios pucheritos destinados al café, al chocolate, etc., etc. Es muy comun ver á dos ó tres mujeres y á veces más con el sombrero de paja en la cabeza, de bruces sobre las ascuas soplando para avivar el fuego, el rostro envuelto en la humareda y humedecidos los ojos.

El chupe, conforme se indicó anteriormente, consiste en agua, arracacha, plátanos, patatas y tasajo, que algunas veces se reemplaza con míseras tajadas de carne fresca. Miéntras hierve esta mezcla, las mujeres van mondando casi siempre con los dientes, algunos plátanos verdes, los dejan tostar un rato y los convierten en sustancia feculenta que reemplaza al pan.

Y ántes de verter el chupe en las calabazas, le dan color con el achiote, le sazonan con aquella maldita yerba que huele á chinche, llamada culantro, y le ponen *ají* á discrecion.

Despues del chupe, viene el chocolate, que es el único plato pasable por no decir bueno. Lo preparan desleyendo en el agua contenida en una ollita, algunas bolas de panela y cacao, lo dejan hervir un rato y luégo con el molinillo lo revuelven por espacio de un minuto ántes de verterlo en una calabacita. El chocolate se toma allí á pequeños sorbos, acompañándolo de un pedacito de queso blanco.

Los dulces son el postre de cada comida. Esos dulces, muy poco variados por cierto, consisten en melocotones, moras ó cortezas de naranjas ó de cidra, que han sido puestas á hervir con melaza. Un buen vaso de agua clara, servida generalmente en una copa de cristal, que

constituye el mejor adorno de la casa, corona las comidas y los almuerzos, cuyo *menú* es igual en ambos.

La servilleta es una prenda desconocida. En las casas más aseadas la reemplazan por unos manteles y cada cual se enjuga los labios con los bordes, sin más cumplidos. Y aún así,



El gran hormiguero

los manteles á veces no se cambian en todo el mes. Para comer nadie se quita el sombrero y las mujeres suelen comer aparte.

Esta aparente sobriedad no obsta para que ambos sexos, si conviene, se ahiten de anisado, chicha ó guarapo, hasta emborracharse. Es cosa que realmente sorprende ver á las mujeres, á las muchachas y áun á los niños, tumbarse de un sorbo enormes vasos de alcohol, sin que experimenten, á lo ménos aparentemente, la más leve perturbacion en sus funciones.

Cierta noche ofrecí un espectáculo á los habitantes de Guataquí, al cual no estaban habituados. Las avispas cartoneras habian fabricado su nido en un árbol de la plaza pública, y



Paso del Magdalena, en Guataquí

concebí el proyecto de apoderarme de él cuando los insectos durmiesen. Provistos de machetes y andando con el mayor sigilo, nos dirigimos hácia allí, apénas hubo anochecido, con el intento de cortar de un golpe el avispero y recogerlo en un saco. Pero en el Ecuador las noches son claras y los alados centinelas velan, de suerte que al primer sablazo salieron las avispas enfurecidas y no nos cupo otro recurso que apelar á la fuga.

Comprendí que era menester cambiar de táctica, y despues de poner un buen rescoldo en la tapadera de una caja de zinc, eché azufre á la lumbre y en el acto surgieron azuladas llamas formando fantásticas espirales debajo del árbol de modo que en un instante se asfixiaron y me apoderaba del avispero, sin ulteriores consecuencias.

Llegó por fin la hora de abandonar Guataquí y sus habitantes indolentes, sucios y goitrosos, sus malditos gallos y cerdos y el horrible piso de sus calles. Nuestra salud habia sufrido allí algun detrimento; las mulas á las cuales sangraban todas las noches los murciélagos vampiros estaban hechas unos verdaderos carcamales, mandrias y cojas. Expedidas las cajas para Europa, ya nada nos quedaba que hacer allí. En lontananza la Cordillera central levantaba sus crestas violáceas y el pico de Tolima, parecido á una gigantesca torre y cubierto con un blanco turbante, parecia como que nos invitara á tentar la escalada de sus nieves eternas.

El dia primero de marzo, revisado debidamente el equipo, proferí el tradicional grito de *vámonos*, y bajamos á la orilla derecha del rio que en aquel sitio tiene unos cuatrocientos metros de anchura y una velocidad de cinco millas por hora.

Frente á Guataquí, en la orilla opuesta, se levanta un grupo de cabañas de pescadores que lleva el nombre de Guataquicito. Sus moradores se dedican principalmente á pasar en sus canoas á los pasajeros que desean atravesar el rio para dirigirse del Estado de Cundinamarca al de Tolima y ganar Guamo, Ibagué ó Amblema. Allí encontré á mi barquero José María Cantor. Le llamamos y empezó el pasaje. Los arreos de las cabalgaduras, las cajas, encerados, petacas, armas, cuerdas y demás objetos fueron estivados en la primera canoa de la cual no debian salir sino despues de la afortunada travesía de las mulas.

Operacion es esta que con frecuencia da lugar á incidentes trágico-cómicos. A las bestias se las hace remontar la orilla hasta unos dos ó trescientos metros del sitio opuesto en que debe verificarse el desembarque: sigue á la recua una canoa de unos treinta piés de longitud, formada con un tronco de árbol vaciado. Tan angosta es la canoa que á duras penas un hombre puede sentarse en ella. Sin embargo, son tres los que la tripulan: el que va delante maniobra con la palanca y el que va detrás con el canalete, ó sea un remo especial que hace las veces de gobernalle: en cuanto al tercero se coloca en el centro y tiene cogidos en la mano todos los rejos ó ronzales de cuero de las mulas. Imprímese un impulso á la embarcacion y esta se aleja de la orilla, remolcando á las mulas, que se introducen en la corriente, protegidas por la misma canoa, á la que van siguiendo á nado. Pronto no se ven más que las cabezas de las cabalgaduras y alguna vez sólo los hocicos. Los arrieros en tanto vociferan y arrojan piedras, armando una zambra de dos mil diablos..... Momento de ansiedad es aquel en que la recua, nadando de concierto, se ve arrollada con violencia por la corriente, que voltea á las mulas, enreda los rejos y amenaza arrastrarlas rio abajo.

Por fortuna no tuvimos que lamentar ningun percance de esta especie: es más, desde aquel instante nos sentimos capaces de desafiar rios, lagos é inundaciones. Las mulas llegaron á la orilla opuesta, se revolcaron por la arena y se secaron al sol, y miéntras los arrieros volvian á cargarlas con los correspondientes tercios, practiqué algunas operaciones geodésicas, á fin de averiguar con exactitud la anchura del rio por el método de la equivalencia de los triángulos. Un enjambre de rapaces, negros como topos, se agrupó á mi alrededor, suspendiendo por un momento sus tareas natatorias, escena pintoresca si las hay, bajo aquel cielo abrasado por la luz cruda del sol de los trópicos.

A mediodía estábamos otra vez montados, y despues de escalar la escarpadura que forma la orilla del Magdalena, enderezamos la marcha hácia Piedras, lugar situado en el centro de la sabana, que nos era forzoso atravesar para ganar los primeros contrafuertes de la Cordillera central.

En ningun paraje de cuantos habia recorrido hasta aquel entónces, encontré una campiña tan desolada. Ante nosotros se extendia por doquier hasta donde alcanzaba la vista una llanura blanca, árida, polvorienta y estéril. Sólo algunas plantas carnosas, mamilares y opuncias llenas de terribles espinas y algunas plombagíneas aplastadas contra el suelo como las verdolagas de nuestros patios, salpicaban el terreno de manchas verdosas ó rubias; y si en algun punto se adivinaba la vegetacion, era junto al lecho de los torrentes que en número considerable cruzan la llanura, encajonados en un surco bastante profundo. El terreno que atravesábamos fué teatro del diluvio de lodo que el dia 12 de mayo de 1595 vomitó la mesa de Herveo, cubriendo todo este lado del valle del Magdalena con un lodazal de diez, veinte y áun treinta metros de espesor. Aquel fenómeno invadió veinticinco miriámetros cuadrados de terreno, y aún hoy se pueden contar perfectamente los estratos de ese depósito más ó ménos compacto, segun la aptitud cohesiva de los conglomerados ó rocas brechiformes traquíticas, diseminadas en la llanura. Los aluviones posteriores han nivelado el suelo, dejándolo cubierto de arenas más ligeras.

Al ir á pasar el rio Opia, la sabana se nos presentó hundida á una gran profundidad, pues el rio ha socavado el terreno por la orilla izquierda presentando una cortadura vertical de unos ochenta metros, en la cual se distinguen claramente las capas formadas por los terrenos de transporte. Estos terrenos explican la formacion de los largos cordones de colinas que corren paralelamente al eje de la Cordillera central de entre cien y ciento cincuenta metros de altura á lo sumo, las cuales difieren en absoluto de las moles erráticas, principalmente traquíticas, desprendidas de las altas cumbres.

Merced á la frescura de las aguas reaparecen allí los arbustos y las flores, interrumpiendo la aridez del paisaje. En las vertientes más próximas al rio, algunos grupos de cocoteros yerguen sus robustos y arrugados troncos de un color gris claro, en cuya extremidad se mecen las encorvadas frondas embellecidas con enormes racimos de cocos que no pesarán ménos de cien libras.

Un extraño monumento colocado al pié de uno de esos árboles vino atrayendo desde léjos toda mi atencion: presentaba el aspecto de una torre almenada y tenia todas las trazas

de una construccion humana en ruinas. Me acerqué lleno de interés y ví que era..... un hormiguero.

Esta fortificacion singular no estaba habitada. Tal vez la plaza se vió constreñida á rendirse despues de un furioso asalto, pues sabido es que en las luchas entre hormigas, nunca la hueste vencedora se instala en la plaza conquistada. Despues de tomar un cróquis del hormiguero, volvimos á emprender la marcha.



Iglesia del convento de Santo Domingo, en Ibagué

Miéntras seguimos la márgen del rio Opia encontramos árboles, como sauzgatillos, lauríneas, jacarándias, y crotones, sobre los cuales se contaban á miriadas las cigarras que ensordecian el aire con su canto parecido á un concierto de carracas. Al separarnos del rio reapareció la sabana abrasada, que ya no habia de abandonarnos hasta Piedras, á cuyo punto llegamos á las cuatro y media de la tarde.

Piedras debe su nombre al gran número de las que alfombran su territorio. La altura del pueblo, segun mis cálculos, es de trescientos setenta y ocho metros. Su suelo es árido y está cubierto de yerba rasa, y entre los guijarros se encuentran las moles de traquita arrojadas allí por las erupciones del Tolima. Al pié de la poblacion pasa el rio Opia, de cuyas aguas se sirven los habitantes del lugar, los cuales han de ir á buscarlas á trescientos piés de profundidad.

Piedras fué mision católica hasta 1780, en cuya fecha el pueblo quedó secularizado y

erigido en parroquia. El número de sus moradores es más considerable de lo que parece á juzgar por el aspecto de sus calles. He oido decir que el distrito comprende cinco mil almas; pero lo dudo.

Nos hospedamos en casa de don Daniel Terreros, el cual, por primera vez durante nuestro viaje, nos cedió una habitacion dispuesta con gusto y aseo. Nuestro huésped hizo segar una brazada de cañas de maíz para las cabalgaduras y mandó llenar de grano las gamellas, y en tanto que su señora deseosa de obsequiarnos amasaba unos panecillos sumamente apetitosos cuidando á la vez de la marmita que hervia en el hogar, salí á dar una vuelta por el jardin. Un enjambre de pajarillos se disputaba las frutas de que estaban cargados los naranjos, las mangas, los tamarindos y los jamboleros. La variedad amarilla de la Ponciana, llamada allí clavellina amarilla, reemplazaba al tipo conocido por sus panículas ó espigas resplandecientes.

La velada careció de incidentes, á no ser que quiera darse este nombre á la recoleccion de una especie particular de coca *(Erythroxylon lucidum)* apocínea que usan los indígenas para envenenar las flechas de sus cerbatanas, y á una fructuosa caza de pajarillos.

La gente alada abunda mucho en las sabanas, siendo más variadas las especies allí que en el interior de las grandes selvas vírgenes. Los pájaros buscan con avidez el sol y la luz. Uno de esos seres de plumaje de color de rubí, el *Pyrrhocephalus rubineus*, cometió en Piedras la fatal imprudencia de familiarizarse demasiado conmigo, y confieso que tuve el triste valor de matar al macho y á la hembra y de apoderarme del nido que habian fabricado en un calabacero, junto con los huevos que contenia.

A despecho de la elevada temperatura que reina en Piedras, cuya media anual se eleva á veintinueve grados, pasamos una noche deliciosa y partimos el dia siguiente á las ocho, animados de las mejores disposiciones. Sin pensar para nada en Ibagué, tomamos por objetivo las Cuatro Esquinas, punto de bifurcacion de los caminos de la llanura. Nos hallábamos á la sazon en el sitio más uniforme del terreno, inclinado apénas hácia la cordillera. El suelo compuesto de una toba sumamente desmenuzable, hacia brillar en torno nuestro sus partículas de mica resplandecientes y plateadas. Más arriba, cuantas veces la erosion del camino ó el surco de un torrente nos dejaba leer el tratado de geología escrito por la naturaleza, veíamos bancos de arenisca y cantos rodados, cuya mole aumentaba á medida que nos aproximábamos á las montañas.

A la vista de una cabaña llamada Cerca de Piedras, de los charcos de aguas muertas que nos rodeaban por doquier, adornados con nenufares muy lindos y una pequeña pontederiácea de flores blancas y azules, se levantaron dos aves, seguidas luégo de otras varias. La primera, á la cual nuestros guías llamaban *clo-qui*, onomatopeya que con su grito especial explica suficientemente, tiene un tamaño algo mayor que el de la oca, anda con pesadez y ostenta un plumaje blanco y rubio y un pico grande y encorvado. La segunda, apellidada *pelaronzo*, algo mayor que nuestros chorlitos y armada de apéndices córneos en las alas, dejó que nos acercáramos sin moverse, de modo que en breves instantes matamos algunos ejemplares. Posteriormente he sabido que su nombre científico es el de *Vanellus Cayennensis*. Durante algu-

nos kilómetros continuó esta caza divertida; pero luégo las zancudas se escabullian por entre las yerbas, y por fin reapareció la desnuda llanura con toda su aridez primitiva.

No léjos de allí blanquean las paredes de una casa rodeada de algunos árboles: en ella vivió hace ya algunos años el doctor Gamba, literato colombiano, que en sus horas de ocio compuso un poema en loor de D. Angel Lei, oficial que fué de la guardia del virey de Nueva Granada.

La leyenda ha tomado por su cuenta la vida accidentada de ese rico y apuesto caballero. Hé ahí lo que se cuenta en el país:

Don Angel Lei asistió un dia á una corrida de toros que se daba en Bogotá. Tenia sentada á su lado á una jóven llamada Luisa Sandoval, hija de una opulenta y distinguida familia española, y dotada de una belleza tan singular, que desde el primer momento se sintió fascinado el caballero, hasta el extremo de no poder separar un punto los ojos de tan peregrina beldad. Terminada la fiesta, el caballero se dirigia á su casa conturbado y silencioso, cuando sintió en su brazo el contacto de una mano femenina que le hizo estremecer. Por poco se desmaya, pues era ella, Luisa, que con un dedo en los labios le invitó á seguirla. La enamorada pareja recorrió algunas calles solitarias, y despues de atravesar el puente de San Francisco, se encontraron de súbito frente á una casa iluminada con esplendidez. La casa estaba desierta: la muerte parecia reinar en ella. Luisa, cediendo á irresistible impulso, enlazó su brazo con el del apuesto oficial y le dijo:— «Te amo y te tomo por esposo, y por señor y dueño de este misterioso palacio.» Y luégo le hizo recorrer todas las salas y departamentos, dispuestos cual si debiera celebrarse un festin ó un baile, aunque todos por un igual estaban desiertos.

El dia siguiente, con el alba, Angel cayó en la cuenta de que el servicio le llamaba al palacio del virey. Partió presuroso, dejándose olvidados el reloj y la espada colgados en un clavo de oro.

Cumplidos sus deberes militares, volvió veloz á la casa, y la encontró convertida en un monton de escombros. Habia sido devorada por el fuego en breves horas.

Ante tamaño espectáculo, se lanzó á través de los escombros humeantes, y venciendo todos los obstáculos, llegó á un aposento y vió con horror su reloj y su espada colgados en dos huesos humanos semi-carbonizados. Loco de dolor huyó de aquel lugar siniestro y se encerró en un claustro, muriendo en el convento de San Diego de Bogotá el año 1820.

En Cerca de Piedras, mísero rancho donde pasamos la noche del mejor modo posible, recolecté catorce especies de gramíneas, pertenecientes casi todas al género *Deyeusia*, una linda malvácea pequeña de flores azules y anaranjadas, y un buen número de plantas minúsculas, de esas que han de recogerse de rodillas, excelente sistema de huronear con provecho la flora de una comarca.

El hierro natural mezclado con asperones ferruginosos abunda tanto en la comarca, que casi cubre materialmente el suelo, de modo que podria ser objeto de una explotacion fructuosa.

La llanura está surcada de quebradas por todos lados; pero no se divisan sino cabe á la misma orilla. Su lecho alterado aparece cubierto de moles de traquita y cuarcita desprendi-

das de la Cordillera, que casi desaparecen á la sombra de la vegetacion compuesta de caliandras, cardones, ingas, bauhinias y euforbios. Entre estas plantas la sensitiva *(Mimosa pudica)* asoma sus hermosas flores globulosas y sonrosadas y su fino follaje, dispuesto á replegarse al más leve contacto.

Pronto se eleva el terreno, y los afluentes del rio Chipalo corren con más rapidez, las colinas se apiñan y acentúan, las especies vegetales se multiplican y las mariposas revolotean sobre las flores. Ved ahí ganados, casas, un arrabal..... por fin desembocamos en la plaza de Ibagué.

Esta ciudad, cabeza en otros tiempos de un importante distrito y capital de la provincia de Tocaima, se vió desposeida durante algun tiempo de su calidad, en beneficio de Guamo. Pero precisamente nuestra llegada allí coincidió con la reivindicacion de su perdida categoría, procediendo á la sazon el Sr. Córdoba, presidente del Estado de Tolima, á instalarse en Ibagué con todo el personal.

La fundacion de Ibagué, que remonta á los primeros tiempos de la conquista, se debió al auditor de Santafé Andrés Lopez Galarza, que al principio emplazó la poblacion en el vallecito de las Lanzas; pero á partir del año siguiente, fué trasladada más arriba, es decir en el mismo emplazamiento que ocupa hoy entre los rios Chipalo y Combeima. El terreno es quebrado, las casas, si se exceptúan las de la plaza, tienen muy pobre apariencia y forman calles rectas y empinadas, desprovistas de empedrado, y por consiguiente sucias. El servicio del culto cuenta con una iglesia y dos capillas, y prescindo del convento de Santo Domingo, por hallarse hoy trasformado en colegio público.

La poblacion asciende á unos doce mil habitantes, que á más de la industria del país cuentan para hacer frente á sus necesidades con la organizacion de las caravanas que parten para el Cauca, atravesando las montañas de Quindio. En Ibagué empieza el camino difícil de que tanto han hablado los viajeros y que por fin íbamos á conocer nosotros.

En las cercanías de la poblacion hay aguas termales, una abundante mina de azufre y algunos filones de plata. A un fraile dominico se debió el descubrimiento de unas venas de cinabrio que han quedado por explotar.

Sólo dos hechos de alguna importancia registran los anales de Ibagué: tales son la irrupcion de los indios pijaos que en el año de 1592 la devastaron por completo y la circunstancia de haberse reunido allí el Congreso constitucional de 1854. Algunos incendios la arruinaron en parte, sin que las casas fuesen reconstruidas bajo un plan mejor que anteriormente. Es de presumir que desde ahora verá acrecentarse su prosperidad con el restablecimiento del gobierno en su seno. Por otra parte, el clima de Ibagué es delicioso. Segun ocho observaciones distintas, practicadas por mí en la plaza mayor, la altura de la poblacion es de mil trescientos metros y la temperatura media de veinte grados. Las cosechas en los regadíos de las cercanías consisten en arroz, cacao, café, caña dulce, maíz, batatas, naranjas y otros muchos productos, que se obtienen principalmente en los aluviones del rio Combeima.

En Tocaima me dijeron que la mejor posada de Ibagué era la de los señores Baron y Montalvo. En ella habíamos de hallar «todo el *confort* de la civilizacion europea,» segun tex-

tuales palabras del colega de aquellos señores, y en honor de la verdad debo confesar que despues de haber tenido que tragar tantos manjares inverosímiles, los platos de esta fonda hubieron de parecernos excelentes, y la carne fresca por enjuta y correosa que fuese, remojada con una especie de cerveza fabricada en el país, nos supo á gloria despues de los tarugos de tasajo, que hacia tiempo comíamos á todo pasto.

Pero la casa era insuficiente para hospedar á los viajeros que en ella se encontraban, de los cuales los más formaban parte del séquito del presidente del Estado, por cuya razon hubimos de renunciar á pasar la noche en la posada. Por último, despues de prolijas indagaciones, encontramos una tienda desalquilada, aunque antigua, espaciosa, y allí instalamos el material, la amueblamos con una mesa y dos escabeles de madera y dispusimos las camas de campaña que habíamos recogido en Guataquí y que iban á servirnos por primera vez.

Destiné el dia que siguió al de nuestra llegada, á hacer visitas, dedicando la primera al señor Presidente, general Córdoba. El palacio del gobierno no tiene mejor aspecto que el de cualquiera granja blanqueada con cal. Junto al portal situado en un rincon al sur de la plaza, montaba la guardia un soldado, que era la única pompa oficial de que se rodeaba el presidente del estado de Tolima. Acampado, mejor que instalado, en aquella verdadera residencia de anacoreta, se me figuró una especie de Cincinato de los tiempos antiguos. La sobriedad del Presidente era proverbial: dormia sobre un cuero de buey y enviaba por su comida cuotidiana á la posada de Montalvo. Más de una vez ví al ordenanza que regresaba á la casa del gobierno con la refeccion presidencial, metida dentro de una marmita humeante y una botella de cerveza en la mano.

Cuando visité al general Córdoba, figuraba tener unos cincuenta años. Alto, gordo y áun un poco barrigudo, muy moreno y vestido de negro, aunque no con mucho aliño, se distinguia por su ademan frio y reservado y por su conversacion, aunque cortés, poco expresiva. Me recibió, sin embargo, con afabilidad, leyó con detencion las cartas recomendatorias que me habia entregado en Bogotá el ministro del interior y de relaciones exteriores y al parecer se fijó principalmente en unas palabras de puño y letra del señor Perez, presidente de la República.

Nuestro coloquio no fué en verdad muy entretenido. El general habia aceptado por abnegacion, el puesto que ocupaba y lo desempeñaba sin el menor entusiasmo.

—Este, me dijo, es el Estado más pobre de Colombia, dado que para llenar las necesidades de la vida, no bastan los panoramas hermosos, ni las montañas elevadas, ni las sabanas extensas.

—Pero ¿y las célebres minas de oro que hay en el país? pregunté. He oido decir que las de Marmato sobre todo, son riquísimas.

—¡Quién lo duda! pero faltan caminos para llegar á ellas, brazos para explotarlas y cultivos allí cerca para alimentar á los mineros.

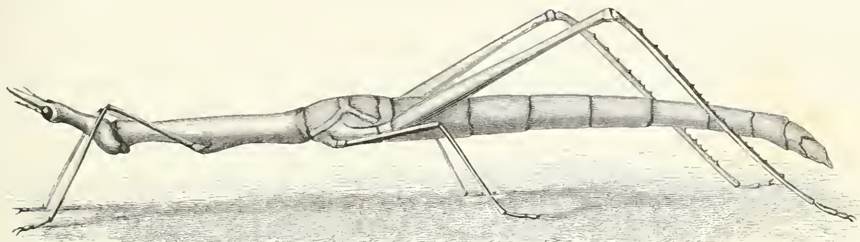
—¿Y por qué no se abren esos caminos?

—Esta es la cuestion: no podemos beneficiar las minas de oro por falta de caminos y no podemos hacer caminos por falta de oro. Por otro lado los capitales extranjeros, ante nuestras discordias civiles, se abstienen de venir y se comprende.

¿Qué contestar á esta objecion? No hallaba medio de proseguir por más tiempo un coloquio que nada tenia de alegre; sin embargo, aún me arriesgué á preguntarle:

—¿Y no alimenta V. esperanza de un porvenir más próspero?

—Sí, la tengo aunque muy leve: yo creo que al fin la difusion de la instruccion pública obrará el milagro apetecido. Cuando la gente moza empiece á saber algo, querrá, naturalmente, saber más: se dará á los viajes y despues de ver en los países europeos cuán grande es el poder del trabajo y de la ciencia, regresará animada del deseo de imitar á Vds.; pero esto va muy largo. Cada paso de gigante que demos nosotros, será, segun el modo de ver de Vds., un paso de tortuga. Los hermosos horizontes intelectuales de Colombia, están aún muy remotos.



El *caballo de palo (Proscopia scabra)*

Despues de estas palabras, me despedí del general, no sin hacerle presente que en este particular abundaba en sus opiniones, y él por su parte me preguntó acerca de mi viaje y de mis proyectos y tomó por su cuenta el encargo de proporcionarme un guía y dos bueyes, que me eran de todo punto necesarios para reforzar la caballería, pues las seis acémilas de carga que traíamos estaban muy estropeadas.

—¿Con esto pretende V. atravesar el Quindio? me decian los habitantes, mirándome con lástima. Gracias que pueda V. lograrlo con las bestias *vacías* (descargadas).

No siendo nunca de desdeñar las observaciones dictadas por la experiencia, decidí reducir la carga, reexpidiendo para Europa, por el Guataquí, algunos objetos demasiado pesados y lo dispuse todo del mejor modo para llegar sin contratiempo al valle del Cauca.

En el ínterin, se iban secando las recolecciones hechas en el trecho que media desde Panche hasta Ibagué, se clasificaban convenientemente las especies y se disponian los cajones en que habian de ir á Honda, pues los envíos sucesivos debian partir ya por el Cauca y ser embarcados en el Pacífico. Me dediqué además á recorrer las cercanías, en especial las márgenes del rio Combeima y las vertientes del Tolima. Remontando algun tanto el curso de este pintoresco rio, torrentuoso desde su orígen, se encuentra gran abundancia de esquisto micáceo, con una inclinacion de cuarenta y cinco grados, al cual sucede el esquisto amfibólico, que por fin se presenta en estratificaciones verticales poco ántes de entremezclarse con las traquitas del volcan de Tolima. Sus nieves perpetuas empiezan á cuatro mil trescientos ó cuatro mil quinientos metros de altura, segun la estacion. Con sólo alejarse media jornada del pueblo, se encuentra caza abundante de aves acuáticas, tasajues, tapires y monos. El guía

Ignacio solia acompañarme á esas excursiones, llevando al regresar lleno el zurron que en provecho de mis colecciones vaciaba Juan.

Ibagué está ricamente surtida de aguas potables. Una acequia toma las que bajan del Tolima, que son muy frescas, para conducirlas subterráneamente por las calles de la poblacion. Por desgracia, no hay medalla sin reverso y en la interseccion de todas las calles de Ibagué se ve un profundo foso que da luz al agua y es un continuo ir y venir de niños y mujeres que durante todo el dia bajan á esas cisternas abiertas por unas malas escalas á pretexto de sacar agua y en realidad llenándola de inmundicia.

La fama de que goza el clima de esta ciudad, acariciada por las refrigerantes brisas de los nevados del Tolima, de Ruiz y de Herveo, trasciende á sus habitantes. Humboldt celebraba en estos términos la tranquilidad, la amabilidad y la vegetacion musgosa de Ibagué: *Nil quietius, nil muscosius, nil amœnius!*

El sentimiento religioso ha echado sólidas raíces en la comarca. Antiguamente ántes de acometer la larga y peligrosa travesía del Quindio, los cargueros tenian la costumbre de encomendarse á la Vírgen, haciéndole ofrecimientos que á su regreso tomaban la forma de *ex-votos.* En este punto los ibagueños podian ser considerados como marinos de tierra firme; y en la actualidad, unido ya el valle del Magdalena con el del Cauca, por un camino casi practicable, si bien los cargueros han desaparecido, no así el respeto al culto.

Esas costumbres se observan principalmente en el aparato con que los ibagueños verifican los funerales de sus deudos. El cadáver se expone durante algun tiempo en una capilla ardiente, es decir, en una sala iluminada con hachas y cuyas aberturas, con excepcion de la puerta, son tapadas herméticamente. El cuerpo, envuelto en telas de colores chillones, yace sobre una tabla inclinada, y si es el de una mujer ó de un niño, le rizan el pelo con papelillos, le coronan de flores artificiales y le cubren de oropeles, cintajos y papeles de colores. La concurrencia formando corro alrededor del lecho, pasa con asombrosa rapidez de las lamentaciones más extremadas á las más copiosas libaciones y, por último, una música generalmente alegre y viva, en la que predominan la guitarra ó el clarinete, con acompañamiento de bombo y pandereta, acaba de aumentar el vivo contraste que ofrece este espectáculo.

Si el muerto es un niño, le visten de ángel, pegándole á las espaldas unas alas de papel dorado tan grandes que sobresalen del ataud, cuando le pasean por las calles, ántes de llevarle al cementerio. El difunto lleva siempre descubierto el rostro, de modo que los transeuntes que hallan un entierro al paso, no pueden librarse de una sensacion sumamente desagradable.

Cuando la poblacion tiene bastante importancia para mantener imprenta, las esquelas de pésame se reparten inmediatamente despues de verificado el entierro. Las tales esquelas, monumento de énfasis y sandia redundancia, se fijan en las paredes de la sala mortuoria. Hé ahí una muestra de ese galimatías:

«¡¡LLOREMOS!!

«Lloremos, sí, lloremos á raudales...»
«La losa del sepulcro ¡ay! se ha cerrado.»

. . . .

»Ayer..... ¡ay! ayer, sí, la guadaña implacable ha roto el hilo de una existencia preciosa, de una existencia adorada, de una existencia que no tan sólo llenaba de satisfaccion y contento á toda una familia, sino que además llevaba su generoso impulso al templo de la amistad!

»Yo que tuve la honra de conocer al señor

DON ANTONIO VIANA,

»Yo que por feliz casualidad fuí un dia su compañero de viaje, en horas bien alegres; yo que luégo gocé la dicha de merecer el aprecio de toda su familia, en nombre de la misma deploro vivamente

LA ACERBA DESVENTURA DE SU FALLECIMIENTO:

»Su pérdida arranca ayes de dolor á su desconsolada viuda que ensordecen el aire;

»¡Ay! el dolor de sus hijos ¡pobres huérfanos! capaz seria de partir la losa fúnebre que hoy oculta la mano, que un dia les brindaba con una caricia la copa de la felicidad.

»Mas hoy, en vista del cruel decreto de la Trasformadora del mundo, cúmplenos decir:

»Allá arriba, en el seno del Altísimo, hay un esposo que espera, hay un padre que aguarda!

»De nosotros le separa el valle del martirio, cuyo tributario será el torrente de nuestras lágrimas. ¡Oh! No olvidemos, que en medio de los mayores infortunios, el ángel de los desventurados, tarde ó temprano recompensa á los hijos de la fe, que saben subir impávidos las gradas de la esperanza.—JUAN MARTIN VÍCTOR.»

Contrasta con este respeto pagado á las tradiciones piadosas, la pasion que sienten los ibagueños por las riñas de gallos, bárbara diversion, difundida en todas las regiones de Colombia, sin que en ninguna parte raye en tanto frenesí como en Ibagué, puesto que allí se cruzan apuestas cuyo importe excede á veces de quinientos pesos.

Tuve ocasion de asistir á uno de esos bárbaros combates. Era un domingo y el lugar de la escena el patio de la posada de Baron y Montalvo. Habian venido combatientes, es decir, dueños de gallos, de seis leguas á la redonda: cada cual traia el suyo debajo del brazo, preparado de mucho tiempo atrás, bien nutrido y calentado por la cebada y la privacion de agua. Antes de la riña se iban haciendo apuestas y más apuestas y el mercado se animaba de grado en grado. Cualquiera hubiera creido encontrarse en Madrid ó en Sevilla pocos momentos ántes de empezar una corrida de toros.

—¡Gallos finos! ¡Gallos listos!—gritaban los competidores.

Los inteligentes en la materia, daban la preferencia á unos gallitos de casta andaluza de cabeza fina y pico acerado, cresta corta, recios espolones y el cuerpo encaramado sobre las patas: su plumaje era generalmente negro y rubio, matizado de amarillo y verde oscuro; pero los habia tambien de un color gris uniforme.

A esos volátiles se les da una alimentacion especial, consistente en dos comidas de grano al dia. Desde que son pollos se les adiestra ya para la lucha y al llegar á su estado perfecto, reciben el nombre de *jubilados*. Cuando envejecen les llaman *pasionarios* y los retiran. Algunos dias ántes del combate los atan á una estaca con un cordel provisto de un anillo de cuerno llamado *traba*, que les priva de mezclarse con los otros y además protegen sus espo-

lones con unas vainas de cuero, forradas de lana por dentro, llamadas *botaínas*, con las cuales adquieren aquellos una agudeza extraordinaria.

Iba á principiar el combate en una especie de circo de diez metros de diámetro, por un pequeño muro de ladrillo de unos setenta centímetros de altura y cobijado por una cubierta de paja, sostenida por postes; alrededor del circo se desarrolla una gradinata, en forma de



Hacienda de las Cruces, en Quindio

tendido, en la cual se sentaron los espectadores y los que hacian las apuestas, miéntras los dueños de los gallos *(carcadores)*, se colocaban alrededor de la arena.

Dos de estos últimos se adelantaron con su respectivo gallo debajo del brazo, hasta ponerse delante del juez del campo, el cual procedió á la medicion comparativa de la talla y de los espolones de los combatientes, declarando que ambos estaban en disposicion de luchar con igualdad. Los dos campeones eran dos animales soberbios, el uno rubio y el otro negro y ambos tenian la mirada viva, la cresta encendida y sedoso el plumaje, si bien les habian pelado el cuello y la cabeza, pues la diversion no seria completa, si aquellos bárbaros no pudieran llevar la cuenta de las heridas, ni ver manar la sangre.

Echáronles despues á la arena el uno enfrente del otro: permanecieron cosa de un segundo inmóviles, luégo arquearon el cuello y se precipitaron el uno sobre el otro llenos de furor: sus espolones chocaron; pero sin hacerse daño, pues habian saltado con demasiado empuje. A la segunda arremetida, el gallo negro se lanzó sobre la cabeza de su adversario, clavando en ella sus acerados espolones, brotó un chorro de sangre y el gallo rubio murió en el acto.

Victoria que fué saludada con una estrepitosa salva de aplausos.—¡Bravo gallo!... ¡Gallo fino!...—vociferaba la muchedumbre.—¡A cincuenta pesos el favorito!... ¡A sesenta!... ¡A cien!... —El afan de apostar rayaba entónces en frenesí.

Entre el vencedor y un nuevo gallo se reanudó el combate, que fué prolongado y azaroso: los dos enemigos rivalizaban en valor y maña, porque si bien el gallo negro heria con dureza, no le iba en zaga su antagonista. A los breves instantes uno y otro quedaron acribillados de espolonazos: sus cuerpos chorreaban sangre por todos lados, sus crestas desgarradas tenian un fuerte color amoratado. De vez en cuando se paraban un instante para cobrar aliento, sacudíanse los coágulos de sangre que les cegaban y volvian á la carga con nueva intrepidez. Oíase el golpe que daban sus espolones al chocar y las más veces éstos desaparecian hundidos en las heridas. ¡Espectáculo horrible y repugnante!

De súbito brotó un grito de infernal alegría del pecho de todos los concurrentes.... Uno de los combatientes acababa de vaciar un ojo á su adversario. El dueño de éste se precipitó á cogerle, le limpió la cabeza con una esponjita, exprimióle un limon en la órbita del ojo vaciado, y luégo—parece mentira tal cúmulo de barbarie,—volvió á arrojarle á la arena.

Lo que entónces pasó era verdaderamente inesperado. El tuerto, que era el negro, léjos de acoquinarse, se arrojó con más bríos que nunca sobre su enemigo y llenándole de espolonazos, le puso en fuga. Este habia perdido, puesto que se *corria*. Pero en ese alarde extraordinario el vencedor agotó sus fuerzas y cuando trató de erguir la cabeza para lanzar un grito de victoria, vaciló y plegando las alas se fué á morir al pié del vencido, despues de haber hecho ganar á su dueño doscientos pesos.

El gallo muerto gana al vivo, si éste se corre.

Bien empezaba el espectáculo. Diéronse otras varias riñas, cuyas peripecias fuí siguiendo con un interés no desprovisto de horror y apretando los dientes lleno de cólera contra los séres humanos, cien veces más feroces que los gallos, ya que se deleitan con el bárbaro derramamiento de sangre.

Al separarme de aquel sitio mi corazon rebosaba coraje y odio contra el miserable populacho que así se divierte, odio y coraje que le guardo todavía y que me hizo formar pobrísima opinion de los habitantes de Ibagué.

Bastaron cuatro dias de reposo para hacer los preparativos de marcha hácia los pasos del Quindio, pues sin que la caravana fuese muy brillante podia afrontar los peores caminos. En el año 1801, Humboldt y Bonpland hicieron esta ruta á pié ó llevados á cuestas por los cargueros; pero en el dia, el camino construido durante el mando del presidente don P. de Alcántara Herran, es casi practicable en la buena estacion. Y como por otro lado la certidumbre de ver cosas buenas y el afan de contemplar de cerca una naturaleza tan extraña como variada aguijoneaban mi curiosidad de un modo extraordinario, acabé por decir para mí que bien podíamos hacer lo que otros habian hecho ántes que nosotros.

—Para atravesar el Quindio, desde Ibagué á Cartago, necesitarán Vds. siete dias.

Esto es lo que nos dijeron ántes de partir; y sin embargo, invertimos diez.

Antes de emprender la marcha, mandé ocho pesos al general Córdoba, precio convenido por

los dos bueyes de carga que debian acompañarnos hasta Cartago. El arriero Manuel Gomez habia de recibir este dinero de manos del presidente, caso de que llegara al término del viaje. El pobre Juan volvió á sentirse atacado de vómitos y calenturas, por cuyo motivo tomé un guía hasta Solento por cinco pesos y dos más de gratificacion si se portaba bien. Las seis mulas y los dos bueyes formaban un total de ocho bestias de carga: Ignacio y Timoteo, el guía y el arriero y nosotros tres, constituíamos un total de siete hombres válidos, prontos á cualquier contingencia que pudiese sobrevenir y habituados de sobra á los azares y miserias anexas á todo viaje por Colombia.

El dia 6 de marzo, á las nueve y media de la mañana, salíamos en buen órden por la carretera, al Este de Ibagué. Las huertas cercadas con empalizadas de bambú, dentro de las cuales se veian naranjos, árboles de pan *(Artocarpus incisa)* y nísperos *(Sapota Achras)*, prolongaban el arrabal, formando una amena avenida.

Al pié de la primera cuesta, en el punto donde se atraviesa el rio Combeina por un largo puente cubierto, se ven altos grupos de chontaduro *(Astrocaryum)*, que encorvan sus elegantes plumas; y al más leve soplo de la brisa se balancean los prolongados nidos de cásicos colgados en la cúspide de los bambúes más altos. El cásico *(Cassicus Alfredi)* es un ave comun en la comarca, donde es conocida con el nombre de *gulungo*. En el Cauca le llaman indistintamente *rabo amarillo* y *oropéndola*.

A medida que la cuesta va subiendo aparece el granito; y á los mil setecientos ochenta metros de altura, se vuelven á ver la datura arbórea y luégo la *Bocconia frutescens*, hermosa papaverácea muy digna de ser notada, por ser la señal evidente de la altura de una region. Desde este punto se divisa por última vez la ciudad de Ibagué y la llanura que se prolonga hasta el Magdalena.

Al subir las resbaladizas gradas que dominan el rio Coello, encontramos la cabaña llamada Palmilla; y cerca del Moral los esquistos micáceos reemplazan al granito. A nuestra izquierda se oia el infernal concierto de los monos chillones; y á no mucha distancia de allí es donde se encontraron pepitas de oro y donde los terrenos de transicion que forman la masa de la Cordillera central, revelan la existencia de venas de diversos minerales.

Pusimos fin á la primera etapa de nuestro viaje en Mediacion, acampando en un mísero rancho, rodeado de una vegetacion frondosa, variada y rica.

A partir de Ibagué las zonas de la vegetacion van sucediéndose rápidamente: al principio las vertientes de césped y los bosquecillos de arbustos conservan su carácter uniforme; pero desde Mediacion los esquistos se truecan en estrases rojos y en el camino que sigue por la cresta de las montañas se ve con claridad la formacion geológica del terreno.

Atravesamos la quebrada de Buenavista, entrando en seguida en la de Aguacaliente, llamada así por un copioso manantial de agua termal que brota del suelo. El agua conserva una temperatura de treinta y cinco grados al resbalar por los guijarros.

La quebrada del Azufral se anuncia por un fuerte olor á hidrógeno sulfurado que ataca la garganta. Ganamos por fin el alto de San Juan, en cuyo punto se encuentra la mina de azufre que el año 1827 estudió nuestro compatricio Boussingault sobre el mismo terreno, com-

puesto de esquistos yacentes directamente sobre la traquita. Distintas veces se ha tratado de beneficiar el azufre de este criadero; pero ha tenido que desistirse siempre, puesto que el gas sulfhídrico que de allí se desprende contiene sólo un cinco por ciento de aire respirable, y amenaza sériamente la vida de los mineros. Envuelta en denso vapor se desarrolla allí una vegetacion sumamente espléndida, en la cual se destacan los primeros *Ceroxylones*, reinando como señores sobre una tribu de helechos arbóreos; tacsonias; lindas orquídeas pertenecientes al género *Brassia*, cuyas flores blancas están salpicadas de verde; estanópeas, una acantácea que produce grandes flores azules, varias *Caraguatas* y líquenes diversos de pintorescas cabelleras.

En Pié de San Juan, á donde llegamos rendidos de cansancio, hallamos una hospitalidad que nada tenia de escocesa, pues no habia nada que comer, y por todo refugio una mala cabaña, sin más lecho que el duro suelo. A no ser por el frio, hubiéramos preferido dormir al raso. Echamos mano de las conservas, encendimos lumbre y aderezamos una sopa, sin que el señor Ramirez, dueño de la barraca, se ofreciera á ayudarnos.

Al partir de Pié de San Juan se continúa remontando la orilla izquierda del rio Coello, encajonado en la vaguada de las montañas que se levantan á seiscientos metros de la corriente. Al breve rato atravesamos el riachuelo de San Juan que baja del Noroeste y nos dirigimos en derechura hácia Toche y Gallego, sin por eso salir durante algun tiempo del fondo del valle.

Al volver á tomar las vertientes, empezaron las aventuras. Despues de dos ó tres subidas y otras tantas bajadas á cual más rápida, nos encontramos metidos en unos malos pasos llamados en el país *camellones* ó *caminos almohadillados*. El camino hundido en un suelo enteramente mojado y en declive para mayor delicia, presenta una serie de hoyos trasversales ó surcos profundos que van alternando con matemática regularidad con otros tantos caballones elevados, separados entre sí el paso de una mula y que tienen, en efecto, notable parecido con almohadones. Cuando los hoyos tienen sólo la anchura regular, ménos mal, pues las mulas los atraviesan hundiéndose á veces hasta la barriga; pero al fin los atraviesan. En cambio si por allí han pasado bueyes ántes que las mulas, la regularidad se va al traste, y sólo por milagro se puede salir de semejantes atascaderos.

Por fin, se presentan ante nosotros las palmeras de cera *(Ceroxylon Andicola)*, hundido el pié en el agua y la copa en las nubes, formando extensos bosques *(palmares)* de columnas que vistas á distancia parecen blancas como el marfil, y coronadas por un haz de admirables palmas de cinco, seis y más metros de longitud. Esos bosques van desapareciendo de dia en dia, pues caen á millares esos árboles que los siglos han nutrido y que un cuarto de hora basta á destruir para siempre. La cera que destila el tronco es raspada, recogida y ensacada con destino á Bogotá, donde se emplea para la fabricacion de cerillas y bujías.

Los árboles de tamaño secundario que abundan en esta region, abrigan una verdadera poblacion de fucsias, sifocánfilas, budlejas, helechos arbóreos, salvias, eupatorias, y una espesa alfombra de guneras de anchas hojas y pedículos encarnados. La planta trepadora de la América tropical, la *Mutisia grandiflora*, suspende de trecho en trecho sus guirnaldas de enormes

flores de color escarlata y de belleza incomparable. A la sombra de una gran morela, bajo la cual nos sentamos para comer, vimos gallardear sobre nuestras cabezas los graciosos tubos sonrosados del *Passiflora longipes.*

A través de esta vegetacion rica en prodigios, llegamos á la hacienda de las Cruces, donde el inteligente y emprendedor don Ramon Cárdenas, tenia plantada, á tres mil metros de altura, su tienda en la cual debia concedernos cariñosa hospitalidad. Llegamos á las Cruces el dia 8 de marzo, á las cinco de la tarde, sucios, rendidos de cansancio y llenos de harapos.

XI

Travesía de las montañas del Quindio (Cordillera central de Colombia).—La hacienda de las Cruces.—Don Ramon Cárdenas.—Cultivos agrícolas á tres mil metros superoceánicos.— Cacería del jaguar.— El *culmen* del Quindio.— Consideraciones geográficas.— Salento-Boquia.—Los *Antioqueños.*— La bordadora.— Una iglesia de palmeras.— Ranchos, miseria y *barriales.* — Las Pavas, la Cuchilla de Mejilla, Novilleros y Tambores.—Los cargueros.—El bosque de bambúes.—Piedra de Moler y travesía del rio de la Vieja.—Vista del valle del Cauca.—Llegada á Cartago.

El fiel lector que se haya tomado la molestia de seguirnos en nuestra rápida carrera á través de la Nueva Granada, extrañará sin duda la pasmosa variedad de climas y productos que ofrece esta region quebrada y alterosa. En efecto, primero el inmenso valle del bajo Magdalena ha desplegado ante nosotros el soberbio panorama de sus bosques vírgenes apénas decentados por el cultivo; luégo, escalando las vertientes de la Cordillera oriental, hemos pasado de la zona tórrida á las sabanas en que se dan el trigo y el heno, á dos mil seiscientos metros sobre el Océano; despues hemos atravesado los páramos y las brumas glaciales que los envuelven, á una altura que excede de tres mil cuatrocientos metros. Al cabo de muy pocos dias se desplegaban ante nuestros ojos asombrados los Llanos de San Martin ó del Meta, cuyo mar de verdura se prolonga hasta el Orinoco, donde la civilizacion aportada allí por las misiones católicas, ha vuelto á hacer plaza á las tribus indias retrogradadas de nuevo al salvajismo. Hemos vuelto á atravesar la Cordillera oriental hasta encontrarnos delante de dos de las maravillas más grandes de la América del Sur, ó sean la cascada del Tequendama y la sima de Icononzo; hemos hallado de nuevo á nuestro paso el Magdalena en Guataqui, junto á las abrasadas sabanas de Piedras, y emprendemos ahora, por fin, la ascension del Quindio, montaña ilustrada por los estudios y trabajos de dos naturalistas célebres: Humboldt y Boussingault.

Hétenos de nuevo en la region fria. Ante nosotros se levanta, á tres mil cuatrocientos ochenta y cinco metros, el pasaje ó boqueron del Quindio, línea divisoria de las aguas del Cauca y del Magdalena, y más arriba se divisa el majestuoso cono del Tolima, alzando con arrogancia á cinco mil seiscientos diez y seis metros de altura sus nieves eternas.

El dia 8 de marzo de 1876, á las cinco de la tarde, al penetrar en la hacienda de las Cruces, no sólo íbamos molidos, cubiertos de barro y andrajosos, sino que estábamos tambien muertos de hambre tanto los jinetes y los peones, como las cabalgaduras. Bajo el colgadizo de la habitacion, que estaba á unos treinta pasos, sobre una pequeña eminencia cubierta de césped y

cercada de una rústica empalizada, se hallaba el dueño de la finca, don Ramon Cárdenas, departiendo con sus jornaleros que volvian del trabajo. Era el tal un tipo muy característico: de mediana estatura, bien formado, y ancho de hombros; su pié combado calzaba alpargatas; llevaba un poncho, aunque poco aristocrático, sumamente cómodo, y el sombrero hácia atrás; tenia la frente espaciosa, los ojos negros y penetrantes: en suma, su tipo revelaba resolucion,



Cosecha de cera del *Ceroxylon* en el Quindio

audacia y energía. Nos recibió con suma cordialidad sin parar mientes, al parecer, en el estado en que nos habian puesto los caminos que conducian á su hacienda.

Preguntéle ante todo si tenia algo para cenar.

—A mala hora llegan Vds.—respondió;—precisamente hoy hemos concluido la sementera, y no queda un grano en casa. Con todo, nos partiremos como buenos hermanos unas cuantas patatas y un poco de arroz..... y mañana será otro dia.

Nada nos quedaba que replicar á este lenguaje franco y expresivo.

Miéntras los guías quitaban los arreos á las cabalgaduras, colocando las sillas y los bultos bajo los cobertizos, se habló algo de agricultura del país, hasta que el operario Pedro que hacia las veces de cocinero, se presentó con una olla humeante, dentro de la cual estaba contenida toda la cena. Triste pisto ¡ay! del cual en un instante dieron buena cuenta seis estómagos famélicos. La cena concluyó con una taza de agua de panela, té económico compuesto de un poco de melaza disuelta en agua caliente. El refrigerio fué breve, y á falta de postres hubo cuentos, y se trató de emprender al otro dia la caza de un jaguar que, segun se nos dijo, habia aparecido en la quebrada de los Pajaritos, que está á dos tiros de fusil de la casa, ofreciéndose á acompañarnos el huésped señor Cárdenas.

El frio me despertó á las dos de la madrugada. Consulté el termómetro y ví que marcaba $+ 2^{o}$. Me levanté y eché á andar á grandes pasos por el corredor externo abrigado por el colgadizo de hojas de palma, hasta que volví á sentirme fatigado, y envuelto en el cobertor, me eché sobre un monton de hojarasca y me dormí en seguida sin curarme poco ni mucho de la temperatura.

Los primeros albores del dia me despertaron: eran cerca de las seis é iba á amanecer.

En Europa hay la costumbre de empezar las cacerías muy de madrugada; pero en la selva vírgen de la América del Sur se procede de distinto modo, pues se necesita la plena luz del dia para franquearse un camino á través de los espesos matorrales, bajo una bóveda de verdura impenetrable á la luz del sol. Toda partida, pues, empieza despues de almorzar, invirtiéndose la mañana en preparar los arreos de caza, armas de fuego, venablos, cuerdas, etc., etc. Dejando el cuidado de mis armas á nuestro huésped y á Fritz, que no quiso confiar á nadie su carabina Devisme, tomé dos ó tres hombres para ir á derribar unas cuantas palmeras de cera, de las cuales queria recoger frutos y estudiar sus flores. Dos árboles colosales cayeron con estrépito á los repetidos hachazos, partiéndose en varios fragmentos y poniendo de manifiesto su médula blanca y esponjosa. Medí uno de sus troncos que tenia sesenta metros de longitud y una circunferencia de un metro veinticuatro centímetros en la base, y de setenta y cinco centímetros en la cúspide, notable ejemplo de esbeltez y buena proporcion. Las fibras leñosas, arrancadas por la violencia del choque, se alzaban en el tocon que habia quedado en pié, negras, finas y duras como hilos de acero bruñido. La capa leñosa, colocada en la periferia, al revés de las demás dicotiledóneas, tenia cinco centímetros de espesor, y todo el resto, particularmente el centro, era blanco y ofrecia la consistencia del corcho. Entre las hojas destrozadas, de cinco á seis metros de longitud, blancas por arriba y verdes por debajo, se veian los racimos de fruta que á pesar de parecernos tan pequeños desde abajo, no medían ménos de dos metros. Las bayas de color anaranjado, de pulpa dulce y del tamaño de los granos de uva albilla, yacian esparcidas por el suelo y medio aplastadas. Las recogí en gran número y las expedí para Europa, junto con algunas hojas y espatos y dos rodajas del tronco (1). Segun mis cálculos aquellos árboles debian contar unos doscientos años.

La recoleccion de la cera se verifica de dos modos distintos. El primero, tan bárbaro como

1) Estos objetos figuran hoy en el Museo de historia natural de Paris.

expeditivo, consiste simplemente en derribar el árbol y raspar la corteza á riesgo de hacer desaparecer la especie en la comarca.

El segundo sistema, el único racional y honrado, consiste en raer la cera, encaramándose á los árboles, al modo de los salvajes del rio de las Amazonas cuando recogen el vino de las palmeras *Œnocarpus*. Al efecto cualquier hábil trepador se pasa una correa por la cintura y la fija en el tronco, en el cual apoya las piernas, y al bajar va recogiendo en un delantal la cera que raspa por medio de una rasqueta. (Véase el grabado de la pág. 673.) El espesor de la capa cerosa, cubierta á veces por una rojiza capa de líquen, varia entre un tercio de milímetro y medio milímetro.

Cada árbol da de ocho á diez kilógramos de cera blanca ó amarilla, y un operario puede recoger de ocho á diez arrobas de cera en un mes, cuyo precio en venta en Ibagué, donde la emplean para la fabricacion de cerillas, viene á ser de unos siete pesos sencillos la arroba, ó sean dos francos cuarenta y cinco céntimos el kilógramo. En las Cruces tuve ocasion de examinar la luz producida por la cera del *ceroxylon*, que es muy pura é intensa, da poco humo y despide un perfume agradable: creo además que á poco coste podria ser clarificada.

Fiado en lo dicho por Humboldt y otros viajeros, en un estudio que publiqué sobre el *Ceroxylon andicola* (1) hube de indicar que este árbol se cria á una altitud variable entre mil setecientos cincuenta y dos mil ochocientos veinticinco metros. Hoy debo corregir estas cifras en virtud de mis propias observaciones. Recorriendo las vertientes orientales del Quindio no encontré el árbol en cuestion ántes de llegar á dos mil metros de altura, desde cuyo punto lo fuí siguiendo hasta pasados los tres mil. Los palmares más abundantes están situados en las cercanías de Cermes, entre el alto de Toche y la Ceja alta, y yendo hácia Ibagué se los encuentra hasta cerca de Mediacion. La zona en que abundan no se extenderá más allá de quince á veinte kilómetros á vista de pájaro, de Norte á Sur, desde la mesa de Herneo á la mole del Quindio, y ya no se les ve más, ni cerca de Manizoles, ni en el camino de Popayan á Huanacas, que son otros dos pasos de la misma cordillera, opuestos al Tolima en sentido desigual. En vano busqué los bosques de encinas *(Quercus Humboldti)* que segun dijo el célebre viajero aleman eran la compañía obligada de la palmera de cera. Las encinas á que se refiere Humboldt crecen en un terreno cuya altura no excede de mil ochocientos metros: las he visto ya en Fusagasugá y en Viotá y corresponden por tanto á la tierra templada y no á la tierra fria. Temo por estas razones que Humboldt confundiria la verdadera *Ceroxylon andicola*, es decir la de las Cruces, con otra especie, poco conocida aún *(C. ferrugineum)* caracterizada principalmente por sus bayas arrugadas, la cual abunda en los Andes, principalmente al Oeste de la Cordillera occidental y hasta la república del Ecuador. Pero volvamos ya á don Ramon Cárdenas, al almuerzo y á la cacería del jaguar.

Todo estaba preparado. La sopa, compuesta de un caldo de patatas, arracachas y tasajo y espesada mediante la adicion de algunos puñados de arroz, y las *arepas*, panecillos de harina de maíz amasada con leche, constituyeron la refeccion, durante la cual uno de los mozos del

(1) Vid. *Illustration horticole*, 1874, p. 9.

señor Cárdenas iba destraillando los perros. Luégo don Ramon se colgó la carabina en bandolera, se ciñó el cinturon, tomó el machete, pólvora y balas y por último empuñó un venablo, compuesto de una punta de acero bien templada de unos dos piés de longitud, clavada sólidamente en un fuerte mango de espino, hecho lo cual pronunció la palabra sacra-



La bordadora de Salento, Quindio (Véase pág. 679).

mental: *adelante*, y nos lanzamos todos por las empinadas vertientes que descienden hasta el rio Tochecito. El camino al principio era practicable y serpenteaba á través de los matorrales de fucsias, budlejas, melastomáceas y helechos; pero en breve nos encontramos metidos en una espesura de árboles entrelazados con bejucos que crecian en pendientes de cuarenta á sesenta grados de inclinacion, cuando no en escarpaduras poco ménos que verticales del todo. Empezó á jugar el machete; pero á medida que avanzábamos, era el bosque más espeso, de suerte que á cada paso nos veíamos cogidos entre una vegetacion inextricable, llena de zarzas que desgarraban nuestras ropas y de ramas que nos azotaban el rostro. Despues de seguir así por espacio de algunas horas, tuvimos que retirarnos sin resultado nin-

guno en nuestra excursion, pues el jaguar que perseguíamos, rápido como una centella, atravesó la quebrada y desapareció en direccion del Coello. La rica flora de las cercanías resarció con creces al botánico de la malandanza del cazador, de modo que cuando al dia siguiente salimos de las Cruces, llevaba mis cajas y herbarios llenos de riquezas vegetales.



Carguero del Quindio con su silleta

Juan y los peones se quedaron atrás para dar cima al embalaje y expedir los cajones á Guataquí y Honda, con objeto de remitirlos desde allí á Europa, y como quiera que podíamos prescindir de guía, por no ofrecer el camino dificultad alguna, emprendimos la marcha, Fritz y yo, con el intento de franquear la cresta de la Cordillera y llegar ántes de anochecer á la aldea de Salento, situada en la vertiente occidental del Quindio. La mañana era fria, pero hermosa: la temperatura muy baja al despuntar el dia, subió algunos grados, sin exceder empero de nueve, despues de la salida del sol. A poca distancia de las Cruces, reconocí al paso las dos ó tres barracas de Gallego, mas luégo el camino está desierto. Bajo las altas palmeras de cera y entre las espesuras predominan las gúneras de enormes hojas arrugadas y espinosos pedículos. Allí ví tambien una graciosa orquídea de las alturas, el *Oncidium cucullatum*, ostentando su labelo purpúreo y puntuado. Altramuces, tibodias, una especie de ojiacanto fragante *(Osteomeles)*, grandes bonvarones arborescentes, redules *(Coriara ruscifolia)*, de los cuales se extrae una tinta de color violeta, agracejos y hasta la fresa comun, la misma que se ve en los Alpes y que no es rara en Colombia, recuerdan por sus formas la vegetacion europea. El carácter tropical no se encuentra más que en las matas de bromeliáceas epífitas. Y sin cesar las soberbias columnas de marfil de los ceroxilones mecen su elegante copa verde clara, que vistas á distancia se asemejan á hilos de plata destacándose sobre el fondo sombrío de los cerros.

Escalados algunos centenares de metros, los arbustos que se encuentran son más endebles, rechonchos y encorvados por el viento de los páramos y aparecen envueltos en una bruma densa. Luégo el camino es cada vez más abominable y los escalones de barro con sus camellones tienen una extension y una profundidad inconcebibles. A medio dia el sol nos abrasaba,

y las mulas molestadas por los tábanos, al igual de lo que sucede en las regiones graníticas de Europa, caracoleaban llenas de coraje. Despues, las brumas tornaban á envolvernos y la brisa era más penetrante así que alguna nube velaba la luz del sol. En la Ceja del Monte y Volcancitos, puntos apénas habitables, y áun así provistos cada uno de una mísera cabaña, alcanzábamos casi la cresta de la Cordillera.

Por fin, á las dos echábamos pié á tierra en el punto culminante del paso de Quindio, á tres mil cuatrocientos ochenta y cinco metros de altura. Aquella cresta forma la línea divisoria de las aguas, entre los valles del Magdalena y del Cauca. La cadena de montañas que atravesábamos corre en línea recta de Norte á Sur, para reunirse en el nudo de Pasto con las otras dos Cordilleras que se confunden en el caos gigantesco de los volcanes del Ecuador. Nos hallábamos por consiguiente en medio de las cumbres más elevadas de la Cordillera central. Hácia el Sur se levanta el pico del Huila, que mide cinco mil setecientos metros; sobre nuestras cabezas, el Nevado de Quindio, que tiene cinco mil ciento cincuenta; á veintidos kilómetros de allí, á vista de pájaro, el pico de Tolima, que alcanza cinco mil seiscientos diez y seis, y finalmente, más hácia el Norte, el Nevado de Ruiz eleva hasta cinco mil trescientos metros sus poderosas masas de traquita, cubiertas de nieves desde la época del levantamiento de los Andes. Las nieves que cubren los demás picos ya citados, son tambien perpetuas.

Los estribos de la Cordillera se extienden hasta perderse de vista, perpendiculares á su eje principal, abrigando en sus valles las corrientes, de las cuales unas, como el rio Coello, se dirigen á engrosar el cauce del Magdalena, y las otras al Oeste, como el rio del Quindio, pagan tributo al Cauca. Los flancos escarpados del Pan de Azúcar yerguen bruscamente sus bloques de traquita, tostados por el sol y jaspeados por las agallas de los líquenes, los cuales contrastan vivamente con la vegetacion abundante de los páramos.

La soberbia hermosura del panorama nos retuvo más tiempo de lo regular en la cresta de la Cordillera, de modo que al reanudar la marcha, declinaba el sol, y una espesa niebla que se trocó en menuda lluvia fué acompañándonos con persistencia, dificultando mucho las observaciones de aquella parte de la montaña. La vegetacion presentaba igual aspecto uniforme; pero á partir del punto donde el barómetro marca dos mil ochocientos metros de altura, empiezan á dominar los árboles mayores, apareciendo gigantescas encinas, mezcladas ahora con la otra especie de palmera de cera, de que he hablado poco há, ó sea el *Ceroxylon ferrugineum*.

La noche, pero una noche negra, nos sorprendió á la altura de las cabañas de Barsinal. El camino, abierto en las crestas de los cerros, cubierto de arcilla plástica de un color rojizo, era en extremo resbaladizo, inclinado y peligroso, por lo que hubimos de apearnos, llevando á las mulas de las riendas, y despues de resbalar á cada paso y de caernos un sin fin de veces en el barro, llegamos á Salento, á las nueve de la noche, chorreando agua y sin haber comido nada desde las ocho de la mañana.

En la poblacion todo el mundo dormia, ménos algunos perros que al entrar nos acometieron de una manera poco hospitalaria. Hubimos de echar mano al machete para defender-

nos, y en esto asomó á una ventana una cabeza llena de azoramiento y nos preguntó si estábamos locos yendo por el mundo á tales horas.

—No estamos locos, ni mucho ménos—respondí,—sino hambrientos, derrengados y calados hasta los huesos. ¿Podria V. indicarnos dónde está la posada de Liborio Arango?

—Al extremo de la plaza, á mano derecha,—respondió el indígena, y desapareció refunfuñando.

Una escena idéntica se reprodujo en la posada al despertar al señor Liborio, el cual no quiso abrirnos sino despues de haberse enterado de una carta recomendatoria que nos habia facilitado don Ramon, carta que fué una especie de talisman, pues desarrugó el ceño del apacible durmiente y nos valió una acogida calurosa. La esposa del señor Liborio se levantó tambien, reavivó la lumbre del hogar, y se puso en vías de confeccionar—¡oh estupefaccion!—una tortilla, sí, señores, una tortilla sabrosísima, bien aderezada, en la cual no se echaba de ménos ni el cebollino que se usa en Europa. Unas cuantas patatas asadas al rescoldo, manteca, pan, pero verdadero pan de trigo, y una buena taza de chocolate, á la cual el molinillo sacó espuma en un tris, constituyó el *menu* de esa cena inesperada, y acogida con verdadero entusiasmo. Además, la sala en que nos hallábamos tenia el piso enladrillado, el techo era regular, y entre los muebles se veia una cama con pabellon, una mesa de madera cepillada, bancos y escabeles confortables, de modo que presentaba un aspecto aseado que nos regocijó en extremo. El cubierto se componia de platos de loza, cucharas y tenedores de estaño bien acicalados, tiras de lienzo crudo á guisa de servilletas y copas de cristal llenas de agua trasparente. Todo ello revelaba un estado de civilizacion absolutamente distinto del que habíamos observado hasta entónces.

Al manifestar la extrañeza que esto me producia al señor Liborio,

—Somos antioqueños,—me dijo con cierto orgullo.

Y la explicacion era muy natural. Los habitantes de esta parte de Colombia son, en efecto, superiores á los que habitan en los otros Estados del país, distinguiéndose por su amor al trabajo, su aseo, su industria y su buen gusto.

Acostados sobre excelentes colchones y entre verdaderas sábanas, dormimos de un tiron hasta el dia siguiente á las seis de la mañana. Un exámen detenido del menaje de Liborio Arango confirmó plenamente la primera impresion que me habia producido, y por los detalles que allegué luégo acerca del carácter industrioso de los habitantes de Antioquía, estos acabaron de hacérseme simpáticos.

El matrimonio, á falta de hijos, habia adoptado á una linda muchacha, la cual bordaba en un tambor, y gracias á ella ví esta operacion por primera vez.

El dia siguiente era domingo: el tiempo habia mejorado y Juan vino á reunirse con nosotros. Mandé cuidar las acémilas asaz maltrechas, saldé la cuenta de los guías, despedí el ganado suplementario y me puse en situacion de hacer tranquilamente las debidas observaciones sobre el país y sus habitantes. Dediqué mi primera visita al cura párroco, el cual, en espera de la hora de decir misa, me puso de manifiesto algunos documentos interesantes.

Salento es una aldea de formacion reciente que cuenta á lo sumo doscientos habitantes. Hace sólo doce años que tiene el nombre que lleva, pues ántes se llamaba Boquia. Su distrito cuenta unos dos mil habitantes diseminados, que ocupan algunos millares de hectáreas de terreno y viven del producto de la cria de algun ganado, así como de las cosechas de trigo y maíz, cuyos granos van á vender al Cauca ó se consumen en el país. El rio Cauca, que pasa por la parte baja de la aldea, imprime movimiento á un molino, cosa rara en aquellas comarcas. Un poco más léjos su corriente toma el nombre de rio Boquia y sus ondas mezcladas corren hácia el Oeste hasta unirse al rio de la Vieja, afluente del Cauca.

La iglesia de Salento, construida por los años de 1850, es un edificio único en su género, pues desde la base á la techumbre está hecha de madera de *Ceroxylon andicola*, de modo que bastaria raspar las columnas de la nave de ese modesto edificio para recoger la cera necesaria para los cirios del altar. Pobre es su interior; pero bajo su techumbre se reunen los fieles animados de una fe viva y sincera. Aquel dia mismo tuve una prueba de ello. El párroco decia misa, y como quiera que la iglesia fuera incapaz para contener á todos los feligreses llegados de las cercanías, un gran número de estos permanecian en la plaza hablando en alta voz con los vendedores allí instalados; pero cuando se tocó á alzar, callaron todos y se prosternaron en el suelo, sin faltar uno, quitándose los sombreros. Con el último campanillazo todos se levantaron, los que ántes hablaban reanudaron el interrumpido coloquio, y la muchedumbre recobró la animacion y el movimiento, cual si fuesen escolares en ausencia del maestro.

Durante los tres dias que hube de pasar en Salento, para coleccionar, dibujar, escribir, y empajar, etc., etc., ni un solo instante se desmintió el buen proceder de nuestro huésped y de su esposa, á los cuales les quedo en extremo agradecido.

El dia 13 de marzo, á las diez, nos poníamos nuevamente en marcha, con un tiempo magnífico, muy bien humorados, con las bestias rehechas y la esperanza de ver trocados los lodazales horribles por el suelo firme del valle del Cauca. Ibamos descendiendo rápidamente hácia el rio del Quindio, cuyas aguas torrenciales, que chocan y se estrellan contra los asperones y traquitas rodadas, franqueamos luégo. El accidentado valle que á la sazon atravesábamos estaba sembrado de guijarros, lo cual me dejaba presentir un cambio propicio en el afirmado del camino que íbamos á seguir. ¡Ilusoria esperanza! Desde la primera cuesta empezaron los *barrizales* y con ellos nuestro tormento. A cada instante la carga de las mulas se desprendia, las acémilas caian de la peor manera y las mataduras de sus lomos, recien cicatrizadas, quedaban abiertas de nuevo tres cuartos de hora despues de la partida. De esta suerte hubimos de andar leguas y más leguas con barro hasta la barriga de las mulas, recorriendo sin tregua ni descanso tan doloroso calvario. Recuerdo que en un mal paso probé á encaramarme sobre la escarpa del camino, manteniendo en ella la cabalgadura; pero le faltó un pié y se cayó en un hoyo de unos dos metros de profundidad, más angosto que su cuerpo, dejándome á mí encima y sin saber cómo sacarla de allí. Logrélo tras mil penosos esfuerzos, y cien pasos despues teníamos que bregar con nuevos obstáculos. Resolviendo en el acto y como mejor podíamos tales problemas, que á cada instante se renovaban, sin dejar al propio tiem-

po de recoger ejemplares de historia natural y en medio de una espantosa borrasca que dejó rezagado el resto de la caravana, llegamos á un miserable rancho llamado Novilleros, donde decidimos pasar la noche. A nuestro paso habíamos dejado otras cabañas apénas columbradas, conocidas con el nombre del Roble y Portachuelo y plantadas en medio de los cenagales, que no habian cesado un instante desde que salimos de Salento.


El molinillo de chocolatera

La colonia de Novilleros contaba por únicos habitantes una mujer sorda y un niño. Al pedirles hospitalidad se mostraron muy azorados; pero luégo hicieron cuanto estuvo de su parte para prepararnos una pobre pitanza, y una vez puesto en órden lo recolectado durante el dia, colgamos las hamacas de unos postes y pasamos la noche bastante bien.

La etapa del dia siguiente debia ser larga, sobre todo por poco que los malos caminos continuaran. A las siete y media cabalgábamos ya subiendo y bajando cuestas. El tiempo habia abonanzado y la temperatura variaba entre los diez y ocho y los veinticuatro grados. Entrábamos en la zona templada, entre mil seiscientos y mil ochocientos metros de altura, clima delicioso, cuando el cielo está raso, una vez terminada la estacion lluviosa. La flora de Quindio, que se ostenta en toda su variedad, me dejó atónito por su riqueza. En las mismas orillas del camino, sobre la misma zona de terreno cortada por el desmonte que tenia unos diez metros de anchura, los árboles desmochados y las especies herbáceas de grandes hojas presentaban proporciones desusadas y una elegancia sin igual. ¡Qué admirable coleccion de plantas de hojas ornamentales propias para agregar á las que han conquistado ya el público favor en los paseos y jardines parisienses! Las que más me llamaron la atencion por su extraordinario desarrollo pertenecen á los géneros *Artanthe*, *Solanum*, *Cecropia*, *Xanthosoma*, *Ficus*, *Pionandra*, *Bocconia*, *Laportea*, á las melastomáceas, helechos, escitamíneas, etc., etc. Dos palmeras, nuevas para mí, la *Syagrus Sanchona*, de tronco anillado y pedículos encarnados y un *Astrocaryum*, armado de temibles púas y cubierto de frutos ovoideos, amarillos y sabrosos, reemplazaron á los ceroxilones, los cuales desaparecieron cuando llegamos á la altura de mil ochocientos metros. La última cabaña, en la cual ví troncos de esta especie empleados como madera de construccion, lleva el nombre de Pavas y está si-


Cabaña y palmeras (*Astrocaryon* y *Ceroxylon*) en las Pavas, Quindio

tuada cerca de los ranchos de San José y de Buenavista. Dichos troncos forman la totalidad de la construccion, inclusa la techumbre, de la cual sólo la parte superior está revestida de follaje.

A medio dia llegamos á la Cuchilla de Mejilla, situada á mil seiscientos diez y ocho metros de altura. Tomamos por todo almuerzo una taza de *mazamorra* hervida con harina de maíz, que reemplaza la chicha y el guarapo. Los bambúes anuncian la proximidad de tierra caliente. Todas las barracas estaban rodeadas de frondosos plátanos y papayos cubiertos de fruta.

Miéntras se calentaba el pisto claro que nos estaba destinado, saqué un dibujo de la mísera cabaña. Sentado Fritz en el tronco que servia de umbral, derrengado por aquella carrera matutina en medio de baches y cenagales contínuos, lleno de barro hasta el cogote y apoyada la frente en las manos, parecia la estátua de la desolacion. Para el acarreo de agua, aparte de las tarras ó jarras de bambú formadas con un trozo de caña comprendido entre dos nudos, se emplean tambien tubos de dicha caña compuestos de varios entrenudos cuyos tabiques están agujereados en toda su longitud, excepto uno de los extremos, estando el otro tapado. Esos tubos llevados en hombros por la harapienta *señora de la casa* y su progenie, se colocan todas las mañanas en un rincon del rancho, á modo de tinaja, y sirven para el abastecimiento cuotidiano.

Miéntras se guisa el tasajo acierta á pasar por en frente de la casa una comitiva de cargueros. Los detuve un momento y mediante un trago de anisado, obtuve de ellos algunos informes útiles.

—Los antiguos portadores del Quindio—díjome uno de ellos—se llaman indistintamente cargueros ó silleros, tomando el nombre de la *silleta* ó *silla de mano*. Antiguamente la silla era distinta de la que se usa en la actualidad, que es una especie de baste ó albarda hecha á propósito para llevar mercancías. Componíase entónces de un marco ó bastidor hecho con cuatro cañas de bambú y con un asiento que podia bajarse ó levantarse segun mejor conviniera, y un travesaño, tambien movible, para poner los piés, de modo que venia á formar una verdadera silla en la cual se sentaba el pasajero, apoyando la espalda contra la del portador.

La caza abunda en aquellos andurriales. Precisamente miéntras estaba departiendo con los cargueros, salió del bosque un apuesto mozo llevando unas pavas, magníficas aves, que acababa de matar, en las cuales reconocí una especie de Penélope peculiar de la comarca, que no es más que la Parracúa de Goudot (*Ortalida Goudot*, Less). Su tamaño excede al del faisan comun y tiene las plumas de la espalda de un color casi negro con reflejos brillantes de un color verde oscuro, las del cuello grises, rubias en las extremidades, y azules y muy hermosas en la region temporal. La carne de esta ave es deliciosa.

Al salir de la Cuchilla de Mejilla, se ofreció á mi vista un nuevo espectáculo, pues por espacio de muchas leguas y sin la menor interrupcion anduvimos á través de espesos bosques de bambúes que formaban sobre nuestras cabezas verdaderas bóvedas de verdura. Misteriosa penumbra reinaba bajo aquellos tallos rectos y altos, cubiertos de ramas de un color verde claro y de aspecto elegantísimo. Luégo en un claro reapareció la caña dulce, anunciando la

tierra caliente. Segun una observacion que verifiqué, estábamos á una altura de mil trescientos cincuenta metros. A fin de apresurar la marcha, dejamos la casa llamada la Balsa, y en medio de un infernal concierto de monos aulladores llegamos á la vista de la cabaña del negro Vicente Garcés, de Tambores.

Despues de haber sorbido, haciendo de tripas corazon, un inmundo puchero de mazamorra, recorrí los terrenos desmontados alrededor del rancho, que contenian una pequeña plantacion de yuca, algunos plátanos, maíz, y un campo de tabaco.

—Esta planta por sí sola—dijo Garcés—me da lo necesario para sostener á la familia. ¿Quiere V. saber cómo se cultiva aquí en la comarca? Se siembra la simiente despues de la cosecha de maíz, y tres meses más tarde se hace la primera cosecha de hoja, tras de la cual se poda el tallo por el pié, y se obtiene una segunda cosecha á los tres meses. Luégo se plantan en el terreno arracachas, plátanos ó yucas. En cuanto á la hoja del tabaco, secada á la sombra por espacio de tres semanas, vienen á comprarla los mercaderes de Cartago, que suelen pagarla á real la libra (un franco el kilógramo).

Para ir de Tambores á Piedra de Moler, en cuyo punto el camino atraviesa el rio de la Vieja, bastan tres horas de marcha á caballo, cuando el camino está sólo medio practicable. A las ocho y media salimos de la choza de los negros. La vegetacion dominante en esta parte del camino está representada por una euforbiácea arborescente, que á menudo alcanza una altura de veinticinco metros y se distingue además por el color ceniciento del follaje. El espesor de la capa vegetal era tan considerable allí que, á partir de Salento, no ví una sola piedra en toda la region, de suerte que ignoro en absoluto la composicion geológica de ese reverso del Quindio. La roca está cubierta por todas partes de bancos de arcilla y humus mezclados con partículas arenosas. Sólo por excepcion, debajo de Tambores, á mil doscientos cincuenta metros, se ven unos asperones de color rojizo que no tienen nada de comun con la arenisca roja é implican una formacion mucho más remota, desconocida en América.

A las once y media y con una temperatura de veintiseis grados llegamos á orillas del rio de la Vieja, y en el punto conocido por Piedra de Moler aguardamos al barquero sentados á la sombra de unos calabaceros cubiertos por una linda orquídea *(Ionopsis pulchella)*, que Humboldt y Bonpland recogieron en el mismo paraje, ochenta años atrás. El rio, sumamente torrentuoso allí, tiene una anchura de unos cien metros, corre hácia el Norte ántes de hacer un brusco recodo, cual si de nuevo se encaminara á Cartago, y más abajo se une al Cauca.

Despachado el almuerzo rápidamente, y despues de capturar algunos insectos, recoger lindas plantas y sacar un croquis del paso del rio, ya no nos quedó más que franquear la última serie de colinas compuesta de greda compacta y cantos rodados. El suelo está cubierto de una vegetacion espesa; y los árboles, ménos elevados, se caracterizan principalmente por la presencia de una gran papilionácea, que ya habíamos observado en Pandi, la *Erythrina corallodendron*, adornada de hermosas flores encarnadas.

Desde la cúspide de estas colinas hácia Occidente se divisa todo el vasto valle del Cauca que contemplamos por primera vez. El color de esmeralda que predomina en esta inmensa

llanura cuajada de prados, cultivos y bosques, tras de los cuales circula el rio que le da nombre, forma un contraste risueño con los tonos violáceos y brumosos de la Cordillera occidental que limita esta vasta extension de territorio. A nuestros piés se ven los tejados de Cartago, donde estaremos dentro de tres horas, en los cuales reverbera la luz del sol, y las empalizadas de bambú que marcan las líneas divisorias de las propiedades. Por fin, penetramos en una region en la cual hemos de encontrar un grado de civilizacion muy distinto del que hasta aquí hemos visto. El terreno de las colinas, arenoso, sano y cubierto de pequeños fragmentos de sílice negra, que resbalan al contacto de los cascos de nuestras cabalgaduras, indica la presencia de una region seca. Los árboles y arbustos ofrecen tambien un aspecto distinto. En el tronco de aquellos echo de ver una de las orquídeas más bellas de cuantas conozco, la *Cattleya Trianæ*, cuyas flores sonrosadas, con labelo de color morado, son anchas como la palma de la mano. De todas las ramas penden guirnaldas de bromeliáceas multicolores, entre las cuales sobresalen las espigas blancas, coloradas y verdes con estrías negras del *Guzmania tricolor*, tan encantadoras, que no puedo resistir á la tentacion de formar con ellas un gran ramo.

Nótase una particularidad interesante en esta parte seca del país. Los troncos de los árboles situados al borde de los pedazos de bosque desmontado, á los ocho dias se vuelven blancos del lado que les da el sol, cuyo color se destaca sobre el fondo verde-oscuro del follaje, contraste que se acentúa aún más, poniendo en parangon su blancura con el color negruzco que presentan los demás troncos á la sombra y entre la atmósfera húmeda de los bosques.

Por fin, dejamos atrás el Quindio, y al valle del Magdalena sucede el del Cauca, al cual me dirijo con el propósito de estudiar su topografía, historia y producciones, así como los usos y costumbres de sus moradores, remontando el rio á pequeñas jornadas en una extension de trescientos kilómetros, es decir, casi desde su orígen. Esta comarca es una de las más ricas y hermosas del universo, tanto, que habiendo un colombiano preguntado á Humboldt qué le parecia, éste contestó:—Es un paraíso terrenal;—añadiendo á renglon seguido:—habitado por fieras. Alusion un tanto dura, pero justa por otra parte, á las guerras civiles que en distintas ocasiones han desolado el país y despertado el encarnizamiento de sus habitantes.

En lo sucesivo, el hombre tendrá una parte más importante en el presente relato, no en verdad porque la naturaleza deje de reservarnos aquí tambien espectáculos nuevos y curiosos, sino en razon de que la civilizacion ha echado fuertes raíces en el Cauca desde los primeros tiempos de la conquista, y no considero desprovisto de interés un estudio de su desarrollo, períodos de paralizacion, y estado actual, bosquejando á la par una hipótesis sobre el porvenir reservado á este valle sin igual, que podria sustentar cincuenta millones de habitantes, y no cuenta en el dia más allá de quinientos mil.

Embargado el ánimo por estas reflexiones, recorrimos de un galope y en breve tiempo, los tres ó cuatro kilómetros que quedaban de camino á través de las praderas cortas del Cauca, para entrar en Cartago, en cuyas calles empedradas con cantos rodados, resonó el dia 15 de marzo á las cuatro de la tarde, el choque de los cascos de nuestras cabalgaduras.



Iglesia del convento de San Francisco en Cartago

XII

Cartago: su topografía, historia, poblacion, clima, costumbres y enfermedades.—La vida en Cartago.—Las lavanderas del rio de la Vieja.—Jardines y productos agrícolas.—El rey de los buitres.—De Cartago al Dagua.—Elaboracion de la cabuya.—El *Cattleya chocoensis.*—Naranjo.—La Victoria.—Zarzal.—Llegada de noche á la Paila.—Las ipomeas y la vainilla.—Zona de las mirtáceas.—Overo: Buga la Grande.—Un pueblo millonario: San Vicente.—Talesá; historia.—Dos aves domésticas que deberian introducirse en Europa.—Buga: historia y topografía.—La barca del Cauca.—Yotoco.—El bosque inundado.—Haciendas en tierra caliente.—Vijes; José María Cobo.—El alto del Potrerito.—Las Pavas.—El rio Bitaco.—El barranco de las osamentas.—El Dagua.

La ciudad de Cartago se halla situada á los 78° 26′ 48″ de longitud Oeste de Paris y 4° 45′ de latitud Norte en una vasta llanura que forma parte del extenso valle del Cauca, y á orillas del rio de la Vieja. Unas lomas de arena cubiertas de verdura alteran el nivel general del valle. El rio de la Vieja corre encajonado entre dos márgenes pobladas de bosque y mide unos cien metros de anchura. El Cauca dista cinco kilómetros de la ciudad.

La antigua Cartago, fundada en 1540 por órden de Robledo y bajo la direccion de Suero de Nava, estaba situada diez y ocho kilómetros más al Norte, á orillas del riachuelo Otun, y sus primeros pobladores, excepcion hecha de los indígenas que hubieron de sufrir el yugo de los conquistadores, fueron los restos de la expedicion enviada por Vadillo, gobernador de Cartagena.

La traslacion de Cartago al sitio que hoy ocupa se llevó á cabo ántes de que terminara el siglo de su fundacion. Pero los indios del Choco, que se habian refugiado en las mon-

tañas del Oeste, no cesaron de hostilizar á los conquistadores y de presentarles batallas y más batallas que terminaron al cabo con la completa derrota de la poblacion autóctona. En recompensa de la bravura de los habitantes de Cartago, el rey de España dió por armas á la ciudad un escudo adornado con tres coronas y un sol radiante.

Durante mi permanencia en Cartago tuve ocasion de verificar veintiocho observaciones barométricas al nivel de la plaza de San Francisco, por la mañana, al mediodia y por la tarde, las cuales me dieron por resultado una altura sobre el mar de novecientos ochenta y nueve metros setenta y tres centímetros y una temperatura media anual de 24°,4, cálculos que se aproximan bastante á las cifras consignadas por Boussingault, que son novecientos setenta y nueve metros de altura y 24°,5 de temperatura media.

La poblacion de Cartago, incluso su distrito comarcano, es de unos siete mil habitantes segun datos de un censo verificado quince años atrás: ignoro si el vecindario ha tenido algun aumento desde entónces, si bien me parece algo dudoso, dada la soledad que se observa en las calles de la ciudad. Las vías, anchas y rectas y con arroyo central, están empedradas en parte con guijarros sacados del cauce del rio de la Vieja: algunas aceras son de ladrillo: la yerba lo invade todo y los jumentos pacen por las plazas en plena libertad.

Las casas de tapia y cubiertas con tejado en su mayor parte, tienen un piso que da á la calle Mayor ó á la plaza de San Francisco y sus ventanas, segun la antigua moda española, están resguardadas por ventrudas rejas, excepto las del piso principal que tienen balcon ó mirador. Las demás casas hechas tambien de adobes encajados en armazones de madera toscamente desbastados, sirven de almacenes á las pulperas ó vendedoras de distintos objetos al por menor. Finalmente, se ven tambien casas claustradas de un solo piso completamente iguales á las moradas aristocráticas de Bogotá que ya llevo descritas.

Los edificios públicos son contados: prescindiendo de la Casa de la ciudad, construccion insignificante, situada en la plaza Mayor, merecen consignarse las iglesias del Cármen, de la Matriz, de Nuestra Señora de Guadalupe y especialmente la de San Francisco, la cual formaba parte del antiguo convento de su nombre, edificio que hoy sirve de escuela cantonal. El interior se distingue por su desnudez poco en armonía con el aspecto exterior de la torre cuadrada de tres cuerpos, que no carece de elegancia. (Véase el grabado de la pág. 685.)

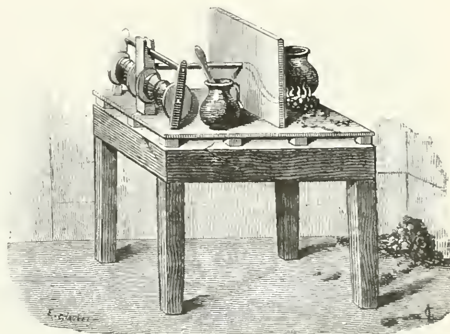
Los arrabales de Cartago diseminados por la llanura se hallan surcados de arroyos cenagosos, cuyas orillas aparecen asoladas por el ganado errante. Se ve en las inmediaciones de la ciudad una sucesion de cercados, jardines primitivos y risueños, en el centro de los cuales se levantan cabañas cubiertas con hojas de palma. Las cercas forman empalizadas de cañas de bambú, entrelazadas horizontalmente entre montantes de dos metros de altura.

La poblacion de esta parte del Cauca es muy mezclada. Ya no se encuentra aquí, como en las provincias del Norte y del Este, la simple mezcla del *chapeton* (español nacido en Europa) y del *godo* ó criollo con el indígena, cuya descendencia constituye el mestizo de cualidad, orgulloso de sentir correr por sus venas un resto de sangre azul. La raza negra ha penetrado hasta el corazon del país, dejando sus huellas vivamente impresas en la poblacion de las clases medias y pobres. En los matices diversos que esos cruzamientos dejan en la

epidermis de los habitantes del Cauca central, no se nota ni por asomo la presencia de los tonos achocolatados ó de hollin rojizo que distingue á los indígenas de las regiones que llevamos recorridas, sino que sus variedades se aproximan mucho más á las poblaciones negras y criollas de las Antillas.

La caratea ó *carate*, decoloracion parcial ó mancha constitucional del cútis observada ya por nosotros en los Llanos de San Martin, reaparece aquí con notable intensidad. Esta afeccion predomina principalmente en los negros, mulatos y cuarterones, entre los cuales elimina en parte el pigmento negro y presenta con ménos frecuencia los tonos azulados, violáceos y amarillentos que, segun hemos tenido ocasion de ver, reviste en otras partes del país.

Otra afeccion tambien muy frecuente en muchos puntos de Nueva Granada son las paperas ó *coto*, segun el vocablo del país; pero en Cartago no sólo no se conoce esta enfermedad, sino que los enfermos de ella que se trasladan allí sanan rápidamente, atribuyéndose su curacion á la virtud especial de las aguas del rio de la Vieja que toman sus cualidades yoduradas sódicas de la salina de Burila, situada á orillas del indicado rio, en la Cordillera oriental.



Fuelle de Antioquía (*fuelle antioqueño*) en Cartago

La vida en este simpático país, es sumamente fácil y asequible. Al influjo de una temperatura media anual de 24° (1) las pasiones no pecan de violentas y los anales judiciales apénas registran otros delitos que los políticos. El terreno es fértil, el clima delicioso y sano y con poco trabajo el suelo produce lo necesario para asegurar la existencia material. ¿Qué otra cosa pueden apetecer unas gentes ya sóbrias de sí, que con poco se contentan y que han adivinado por instinto que «la multiplicacion de los goces equivale á un aumento en las cargas y obligaciones?» Vivíamos en Cartago en casa de D. Francisco Arango Palacios, y vagando un dia por los numerosos cuartos de la casa, descubrí un instrumento singular destinado á la coccion rápida del chocolate, llamado allí *fuelle antioqueño*. Consiste el tal aparato en una tabla colocada verticalmente, con un agujero en el centro: á un lado se pone el hornillo formado por algunos ladrillos, sobre los cuales se coloca la ollita y algunas áscuas: un tubo de cobre pasa por el orificio de la tabla y desemboca cerca de ese hornillo, comunicándose por el otro extremo con la parte fija del aparato y apoyándose en un doble juego de fuelles que se mueven horizontalmente y en vaiven, con lo cual en el uno se determina la aspiracion y en el otro la expulsion del aire por el tubo, y así se aviva el fuego, bastando algunos minutos para desleir el chocolate.

La vida que llevábamos en Cartago no estaba exenta de actividad. La tarea de embalar las colecciones allegadas en el Quindio, ordenar los apuntes, recoger las muestras mineraló-

(1) La máxima que tuve ocasion de observar fué de 29°,5 y la mínima de 18°,8.

gicas y botánicas de la comarca, cazar animales y empajarlos, dibujar y hacer visitas, á duras penas nos daba un momento de descanso. A la salida del sol abríamos la tienda y poníamos manos á la obra: los mozos Ignacio y Timoteo bajaban al rio provistos de grandes calabazas en forma de peras de veinte litros de capacidad á buscar el agua necesaria para lavarnos, ó cuando no, la comprábamos á los muchachos del país que montados en un rocin la llevan casi arrastrando en unas largas cañas de bambú, colocadas á ambos costados del jumento. El



Fabricacion de la cuerda llamada *cabuya*

espectáculo que ofrece este sistema de acarreo tan primitivo es á veces muy pintoresco, especialmente cuando los aguadores van en comitiva, pues entónces miéntras el uno toca la zampoña, y el otro masca un plátano, y el de más allá se pone en pié sobre el lomo de la bestia, no falta quien azuza á la suya haciéndola trotar y excitando á las demás, de suerte, que si se cae una se caen todas las que vienen detrás, formándose un gran monton sobre la charca producida por el agua que se escapa de los bambúes, entre la confusion y el desórden.

A orillas del rio, al pié de la ciudad y á la sombra de unos ceibas gigantescos reuníase todas las mañanas un considerable número de lavanderas presentando un golpe de vista entretenido y por demás pintoresco. Era aquel un lavadero en su expresion más primitiva.

Cuando volvia á casa y miéntras se disponian los embalajes, pasaba el tiempo dibujando plantas, operacion que excitaba en alto grado la curiosidad de los transeuntes. Todos los vagos de la ciudad se paraban frente á la puerta, y poquito á poco fueron entrando en la

casa, donde permanecian de pié dias enteros contemplando en silencio á unos séres tan raros como nosotros, que habíamos ido allí desde tan léjos, sin otro objeto que secar, dibujar y empaquetar yerbas, insectos y guijarros de su país. Esta curiosidad molesta alguna vez, iba acompañada en otras ocasiones de agasajos y atenciones, no por pequeños ménos conmovedores. No habia muchacho que diera con una flor hermosa ó un insecto brillante que no lo trajera á los caballeros extranjeros: cuando no una culebra, un lagarto, á veces un pájaro matado de una pedrada disparada con la honda ó bodoquera, ó un kinkajú *(Potos caudivolvulus)* cogido en el bosque á orillas del rio, miéntras estaba atracándose de bayas de madroño.

Las mujeres de Cartago hacen bonitos bordados multicolores en el tambor, por el estilo



Iglesia de Zarzal (Cauca)

de los que tuvimos ocasion de ver en Salento. Las camisas de las fiestas, único vestido en uso, abiertas holgadamente sobre el pecho y atadas á la cintura por medio de un sencillo cordon, están adornadas con estos bordados lo propio que las imágenes de los santos y los ornamentos sacerdotales. Cierta mañana vino á visitarme una vecina en compañía de su hija, una linda morenita de catorce abriles, autora de unos dibujos muy cándidos, pero que revelaban cierto sentimiento del color. Aquella buena mujer vino á pedirme que diera algunas lecciones de acuarela á su hija, preguntándome con voz un tanto temblona, cuánto le llevaria por ello. Sin duda calcularia que puesto que vivia en una tienda, debia hacerlo para vender mis géneros, pues recuerdo que á la negativa que hube de darle, se mostró muy contrariada, no apareciendo la sonrisa en sus labios, sino despues que le hube regalado algunos colorines de Europa.

A algunos kilómetros de la ciudad las colinas de arena se presentan estratificadas con regularidad en capas ligeras, y á veces toman la forma de toba bermeja y ferruginosa. Encontrándome un dia sobre la cima de una de esas lomas desde donde se divisa un hermoso panorama de Cartago y sus alrededores, presencié sin querer una escena en extremo curiosa. Varias veces habia oido hablar del respeto con que los buitres urubús tratan al buitre

real *(Sarcoramphus Papa)*. Lo que presencié es una prueba palmaria de ello. Sobre el cuerpo de una vaca que habia muerto accidentalmente se habia posado un gran enjambre de los indicados buitres (gallinazos), los cuales picoteaban el cadáver con fiera voracidad. De repente se descubre un punto negro en el zenit; una de aquellas aves lanza un grito estridente y en el acto todas las demás levantan la cabeza para contemplar aquel punto que va creciendo á ojos vistas. En ménos de un minuto los gallinazos, aterrados, abandonan el festin y se forman en semicírculo á una respetuosa distancia de los despojos, miéntras el rey se arroja rápido como una centella sobre las entrañas humeantes de la víctima. Era de ver con qué encarnizamiento se revolcaba en su régio festin aquella ave, cuya espalda era blanca, el cuello encarnado y azules las carúnculas de su collar. Media hora estuvo sacando el vientre de mal año, en presencia de su corte, con la particularidad de que esta no volvió á reanudar el interrumpido banquete, hasta que el rey hubo remontado majestuosamente el vuelo.

Habian trascurrido ya nueve dias desde nuestra llegada á Cartago: las mulas estaban repuestas, ó á lo ménos en disposicion de llegar hasta Cali, por poco que encontráramos el camino firme, por lo que el dia 25 de marzo, á las nueve y media de la mañana, nos despedíamos de nuestros amigos los cartageneros de América, y enderezábamos nuestros pasos hácia el Sur.

El camino de Cartago á Cali sigue por la orilla derecha del Cauca á algunos kilómetros del cauce del rio, envuelto entre las yerbas de la pradera y por tanto fuera del alcance de la vista. Las colinas, tras de las cuales se desliza el rio de la Vieja, muy cercanas en un principio, se van quedando atrás, á medida que el terreno se eleva, hácia la sierra de Calarma, uno de los contrafuertes de la Cordillera central, en cuyos repliegues abriga la salina de Burila (1). En un principio el suelo arenoso y permeable es muy firme para andar, de modo que daba gusto ver á la caravana desfilar alegremente, con los arrieros que hacian chasquear el látigo, yendo de mula en mula, enderezando la carga de unas, en otras ajustando un rejo, ora cogiendo una hoja de plátano para resguardar del sol el *kincajú*, llamado por ellos Pedro, en memoria de cierto negro de Cartago, y prorumpiendo á la vez en cantos, votos y carcajadas, llenos de ardor y de buena voluntad.

En Venta quemada, cerca de una cabaña de bambúes que domina la loma y junto á una cañafístula *(cassia)* cubierta de vainas negras, algunos indígenas fabricaban cuerda *(cabuya)*. La cabuya se hace con la hilaza de una furcroya *(Fourcroya longæva)* que abunda en las zonas cálido-templadas, y á veces tambien con las fibras de las pitas de diversas especies. Machacadas las hojas, separan la hilaza golpeándola sobre un peine de hierro clavado en un pié de palo. Luégo las lavan, las ponen á blanquear al sereno y las atan en haces para ser torcidas. Esta última operacion es la que practicaban dos hombres, cerca de los cuales me detuve un rato, y en verdad que no puede darse nada más primitivo. El primero llevaba la pita arrollada á la cintura é iba hilándola á reculones, miéntras que el segundo, despues de hacerla pasar por la horquilla de un poste caballete, la torcia por medio de una pequeña hilera ó raqueta, lla-

(1) La sal de Burila, hoy explotada apénas, contiene, segun Liborio Cerda, noventa y dos centésimas de cloruro de sodio.

mada allí *garretilla*, á la cual imprimia un rápido movimiento rotatorio, que en cierto modo reemplazaba la rotacion del torno de nuestros cordeleros. (Véase el grabado de la pág. 688.)

El camino cruzaba un paisaje algo desnudo cubierto de raquíticos matorrales de crotones y cesalpíneas: á un lado y otro aparecian charcas llenas de pistias y pontederiáceas diversas, que el Cauca se habia dejado olvidadas, al retirarse despues de sus inundaciones ánuas. Un ave singular, del tamaño de un ganso, que tiene el cuello blanco y rojas las patas y cuyo nombre de *co-cli* es una onomatopeya, se paseaba con gravedad y con ademan pausado cerca de nosotros, desenterrando con su pico ganchudo los gusanos que forman su alimento. Los árboles presentaban un follaje muy raquítico, esperando para reverdecer la estacion de las lluvias; no obstante, en la mayor parte de ellos campeaba una soberbia orquídea, que yo he tenido la dicha de ser el primero en descubrir (1) y que abre en la bifurcacion de las ramas mayores sus periantos de color de rosa, blanco ó lila, con labelo purpúreo y manchas amarillas.

A continuacion franqueamos sin el menor contratiempo las quebradas de Zaragoza, las Piedras, Peladillo y la Mena.

Pernoctamos en Naranjo, cuyo lugar es cabeza de un distrito que cuenta unos dos mil habitantes. Altura de la poblacion: novecientos sesenta y cinco metros y medio; temperatura: veinticinco grados. El terreno de las cercanías, ligeramente ondulado, está cubierto de praderas secas, á las cuales se da fuego de vez en cuando para renovar las yerbas, y de bosquecillos muy claros y poco extensos. Las cabañas son todas de bambú, cuya planta, muy abundante en la vecindad del Cauca, presta incalculables servicios. En las praderas cortas y en las sabanas abunda un árbol espinoso, muy particular, llamado *suribio*, especie de inga que alcanza de seis á diez metros de altura y se cubre de hermosos penachos de flores blancas y odoríferas, á las cuales suceden unas vainas redondeadas, que al secarse se abren dando paso á unas semillas negras rodeadas de un arilo escarlata.

Al dia siguiente al rayar el alba estábamos ya á caballo. La comarca, por espacio de algunas leguas, mostraba alturas de arena que en ciertos puntos tenian un centenar de metros de elevacion, miéntras que cerca de Cartago no tenian más que de diez á veinte. Al paso encontramos las quebradas del Pedernal y de los Micos, en las cuales se ven medio enterradas rocas de asperon inyectadas de hierro, desprendidas de la Cordillera. Antes de llegar á la Victoria, pueblo situado á novecientos veintiocho metros de altura, el suelo se presenta cada vez más árido. En la necesidad de hacer una vigorosa caminata para recuperar el tiempo perdido la víspera, proseguimos la marcha, atravesando el lecho desecado de las quebradas Honda y de las Lajas, bajo un sol de metal en fusion, abrasado el gaznate, y sin otro refresco que alguna que otra naranja, cogida del árbol en obsequio nuestro por algun hacendado compasivo.

A las tres de la tarde pasamos por Zarzal (mil veinticinco metros), cuya iglesia rodeada de una empalizada me pareció digna de un rápido cróquis. (Véase el grabado de la pág. 689.)

---

(1) Me refiero al *Cattleya chocoensis*, Linden y André, descrito en la *Ilustracion hortícola*, 1873, pág. 43.

Hacia un calor de treinta y dos grados y la reverberacion de la luz era muy incómoda. Algunas cabras blancas trepaban por las lomas amarillentas como las mieses maduras. El único rumor que turbaba el silencio de aquel tórrido paisaje era el canto de las cigarras y el roce de los lagartos y culebras con la hojarasca.

Despues de haber atravesado la quebrada de las Cañas nos sorprendió la noche, precedida de una esplendorosa puesta de sol, durante la cual los bosques que cubren las vertientes de la Cordillera occidental desaparecieron envueltos en una neblina azulada, al par que se destacaban vigorosamente sobre la atmósfera azul, enormes masas de nubes bañadas de púrpura y oro y heridas de soslayo por los resplandores del sol que se abismaba en las ondas del mar Pacífico, enrojeciendo con sus postreros reflejos las cumbres opuestas de la Cordillera central. En el valle lleno de sombras por donde andábamos silenciosos, los rumores se iban extinguiendo uno tras otro con la luz del dia. El *tapa-camino,* que es una especie de chotacabra, adornada de largas plumas caudales, se posaba en el camino, huia al aproximarnos con vuelo rastrero é irregular para volver á posarse y á huir obstinadamente (1).



El tapa-camino (*Hydropsalis segmentata*)

Por fin, á las siete y media de la tarde, despues de una marcha de diez horas, entrábamos en casa de D. Manuel Triana, cenábamos regularmente y nos tendíamos con delicia sobre un cuero de buey, que hacia las veces de lecho, sobre el cual dormimos de un tiron toda la noche.

Las orillas del rio de la Paira aparecen sombreadas, cubiertas de flores y frecuentadas sin cesar por un número inmenso de aves acuáticas. Al levantarse el sol tomamos un baño: el agua tenia una frescura deliciosa: el dia 27 de marzo, á las siete de la mañana, marcaba el termómetro veintitres grados, y la temperatura del agua no se diferenciaba mucho de la del ambiente. La gran ipomea blanca de Colombia suspendia de los árboles sus largos festones, é impregnaba el aire de suaves efluvios, y en muchas ramas se retorcian algunos tallos carnosos de vainilla (*Vainilla planifolia*). Hácia el Norte el bosque presentaba una brecha por la cual pasaba el camino, parecida á la avenida de un parque, sombreada por árboles centenarios y admirablemente iluminada por el sol naciente, y en frente se veia tendido el arco de un puente hecho de bambúes, construccion sin igual por su carácter pintoresco y seductor. En suma, contemplábamos un paisaje de esos que quedan grabados en la memoria, habiendo dejado en mi ánimo las huellas de una de las impresiones más gratas de mi viaje.

Pero apénas hubimos abandonado el hogar de Manuel Triana reapareció el árido paisaje

(1) El *tapa-camino* se llama científicamente *Hydropsalis segmentata.*

de la víspera, con la particularidad de presentarse alternados los matorrales secos con las verdes praderas, por las cuales cruzaba el ganado en libertad completa, notándose ya la presencia de una comarca en que la industria humana comenzaba á ayudar eficazmente al trabajo de la naturaleza. Otros cambios se observaban además en la configuracion del suelo, principalmente en las alturas, pues las vertientes todas de la cordillera central mostraban un color más verde y sus bosques eran más regulares de lo que sucede en la Cordillera occidental, cuyas grandes extensiones enteramente peladas y el terreno en general crudamente colorido, imprimian alguna variedad á los últimos términos del panorama.



Fachada de la iglesia de Tuluá (Cauca)

Desde que hubimos atravesado las quebradas de Guavito y Murillo, se ofreció á mis ojos una extraña zona botánica, compuesta casi enteramente de mirtáceas. Los guayabos silvestres alfombraban el suelo con sus frutas y los eugenias cubiertos de negras bayas comestibles atraian un inmenso número de aves é insectos de colores vivos y brillantes.

Cada árbol puede decirse que era el refugio de una colonia de avispas y abejas silvestres, cuyos panales ofrecian todas las dimensiones y formas imaginables: los habia del tamaño de un huevo de gallina y de un pilon de azúcar: los unos eran cónicos ó cilíndricos, los otros fusiformes, esféricos ú ovoideos, con repliegues sobrepuestos como volantes de un traje de baile ó lisos como una hoja de papel: su color variaba desde el blanco perla al pardo oscuro, y desde el rojo al amarillo ocráceo. Para un naturalista aquello era un verdadero suplicio de Tántalo, pues no habia más que alargar la mano para coger panales á porfía; pero los insectos estaban apercibidos y al menor asomo de ataque hubieran cerrado con furor contra el imprudente que á tal se atreviera, pasándolo muy mal, él, los guías y las mulas, que en un abrir y cerrar de ojos hubieran quedado acribillados de aguijonazos.

Despues de Overo se encuentra San Vicente, pueblo situado sobre una meseta, cuyo terreno forma un ligero declive, entre el rio de Buga la Grande y la quebrada Folleco, á mil setenta y seis metros de altura. La poblacion, compuesta de unas dos mil almas, depende de

la villa de Tuluá; pero se ha enriquecido y reclama ya su independencia municipal. El terreno debe su frescura permanente á un subsuelo arcilloso cubierto de espesa capa vegetal. Todas las casas del pueblo son de bambú y argamasa, enlucidas interiormente y conservadas con esmero. Con la arcilla se fabrican ladrillos y tejas cuyo uso va generalizándose, y gracias á ello la pequeña colonia presenta un aspecto risueño impregnado de bienestar. Faltaba la iglesia y se abrió una suscricion que produjo en pocos dias quince mil pesos fuertes, de cuya cantidad hízose entrega á un constructor de Tuluá encargado de levantar el templo cuanto ántes. Al pasar nosotros por San Vicente, estaba ya fabricado el pórtico y se levantaban las columnas de madera de la nave. El templo debia tener veinticinco metros de longitud por trece y treinta centímetros de anchura. Los muros laterales, de tapia hasta la altura de la techumbre, tenian un espesor de sesenta centímetros y estaban apoyados en contrafuertes interiores. (Véase el grabado de la pág. 693.) El edificio debia ser entregado al culto próximamente. De suerte que en pocos años este pueblo no sólo ha visto decuplicar su vecindario, sino que se ha enriquecido rápidamente, por medio del trabajo.

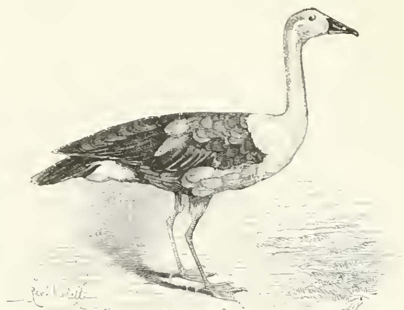
Se entra en la villa de Tuluá por una serie de caminos fangosos á cual más, y situados junto al rio torrentuoso que lleva el mismo nombre, el cual se franquea por un puente de bambú sólo practicable para los peatones; las mulas han de vadear la corriente. No se sabe á punto fijo la fecha de la fundacion de Tuluá; pero es muy remota, pues ya á fines del siglo pasado (1794) la poblacion fué erigida en parroquia. Su altura sobre el mar es de mil once metros y su temperatura de veinticuatro grados. Junto á la poblacion el valle se estrecha y la Cordillera presenta rocas escarpadas, casi inaccesibles, entre las cuales establecieron sus refugios los antiguos indios Pijaos. Desde allí se descolgaban con frecuencia, con su cacique Calarca al frente, para ir á hostigar á los conquistadores y privarles de sentar sus reales en la comarca, hasta que muerto su caudillo, fueron vencidos y exterminados sin misericordia.

Las calles de Tuluá son rectas y las casas muy espaciosas, están construidas á la española, siendo muchas las que tienen un balcon corrido que da al patio interior. La plaza pública es muy vasta, está alfombrada de yerba y no ofrece otro carácter saliente que la iglesia de la Matriz, en cuya fachada se observa el estilo bastardeado característico de las primeras obras de los misioneros americanos.

Los moradores de Tuluá han logrado domesticar dos especies de volátiles indígenas dignos en mi concepto de poblar nuestros corrales, por la finura de sus carnes. El primero llamado *guacharaca* se parece al pavo, si bien su tamaño es el de una gallina, y es fácil cruzarlo con el gallo andaluz: su plumaje es de un color gris verdoso, siendo más claro el del cuello y la cresta: ignoro su nombre científico. El segundo, del cual adquirí dos ejemplares machos, es una palmípeda del tamaño de un pato, si bien tiene el porte animado de una cercela ó de una bernacha. En Tuluá le llaman *iguasa* y corresponde al *Chenalopex jubata* de los ornitólogos. Tiene la cabeza y el cuello de un color blanco irisado, la espalda y el vientre rojo claro, la cola negra y las alas del propio color, si bien en su parte media despiden reflejos de un tono verde metálico. (Véanse los grabados de la pág. 695.)

Desde Tuluá á Buga las lomas aparecen cubiertas de mimosas *(Acacia farneriana)* lle-

nas de perfumadas flores amarillas. Allí el calor deja sentir sus efectos tórridos. De trecho en trecho, la presencia de un corpulento ceiba de copa redondeada revela la proximidad de una hacienda: las empalizadas no están hechas con bambúes entrelazados sino partidos en dos y ligados á unos postes labrados tambien, aunque no aplanados en forma de tablas. Por primera vez, desde Tocaima, vuelvo á encontrar setos de bromelias. El manzanillo abunda en los bosques y se levanta rodeado de grandes compuestas arborescentes. Los pastos nutren millares de cabezas de ganado. El carnero merino de orígen español, de grandes lanas negras, empieza á mostrarse, aunque con su matiz nativo trocado en un tono rubio claro. Por toda la comarca yerran cabras de pelo blanco.



La iguasa de Tuluá *(Chenalopex jubata)*

En las cercanías de la villa, los huertos y jardines se multiplican. Por todas las cercas asoman árboles frutales, palmeras, cocoteros y zapoteros; numerosas perchas de bambú de extraña construccion orillan el camino y por todos lados se ven pequeños campos de caña de azúcar, plátanos y anonas *(Anona muricata)*. Todas las casas tienen tejado, pues en las montañas vecinas abunda la arcilla roja que sirve admirablemente, no sólo para la elaboracion de tejas, sino tambien para fabricar cacharros, muy estimados en Buga.

Nos acercamos á la Cordillera: junto al valle se levantan escarpaduras de rocas arenáceas de un color rojizo amarillento. El maíz, que presenta allí proporciones desusadas, es la base de la alimentacion, pues se emplea para amasar pan, para el puchero y para hacer arepas y chicha. La variedad que se cultiva en Buga produce espigas enormes, compactas, de grano apretado, blanco y traslúcido, cubiertas de unas brácteas de un hermoso color violeta oscuro. Esta variedad es preciosa y la reputo digna de ser introducida en Europa.



Guardadora de iguasas, en Tuluá

El camino se ensancha gradualmente, de suerte que al entrar en los arrabales tiene unos treinta metros. Allí se ven mulas y jumentos transportando leña en unos cómodos bastos

perfectamente equilibrados, cuyo uso no se ha generalizado aún entre las mulas de Colombia destinadas al transporte de la carga ordinaria.

Entramos en la ciudad: por las calles corren abundantes arroyos que toman sus aguas de los canales de riego alimentados por las corrientes vecinas, los cuales fertilizan los jardines y huertos de Buga. Dichas aguas proceden del rio de las Piedras que desagua en el Cauca á cinco kilómetros de la ciudad.

La fundacion de Buga data de 1570. Mandóla levantar Don Alvaro de Mendoza, gobernador de Popayan, en sustitucion de un pueblo situado con anterioridad en el valle del Chinche al pié de la montaña llamada Pan de azúcar, en donde se habian retirado el capitan Domingo Lozano y sus compañeros despues de vencer á los indios Pijaos. En un principio la ciudad recibió el nombre de Guadalajara, que cambió luégo por el de Nueva Galicia y últimamente por el de Buga que conserva todavía. En el dia la ciudad cuenta unos seis mil seiscientos habitantes. En la plaza aprecié su altura en mil cincuenta y dos metros y su temperatura media en veinticuatro grados.

El aspecto monótono del valle del Cauca empezaba á fatigarme, puesto que habia ido allí más bien que animado del deseo de hacerme cargo de los grados de civilizacion, generalmente rudimentaria en aquella parte del país, donde la agricultura está aún poco ménos que circunscrita al sistema pastoril, para estudiar los productos naturales de unas regiones casi del todo inexploradas. Resolví, pues, separarme por unos dias de mis compañeros en Buga, para hacer una correría por el Oeste, hasta franquear la Cordillera occidental y recorrer el pintoresco valle del rio Dagua, en la vertiente del Pacífico. De esta suerte creí poder apreciar la diferencia de aspecto que ofrecen las tres grandes cadenas de los Andes, en la Nueva Granada. Dí por consiguiente las debidas instrucciones á Fritz y á Juan, para que con el resto del convoy siguieran el camino ordinario por Cerrito y Palmira y me aguardaran en Cali; y á las seis y media de la mañana del dia 29 de marzo enderecé mis pasos hácia el Oeste, acompañado del guía Ignacio y gané el Cauca atravesando la ciudad y recorriendo los caminos orillados de maracayes *(Martinezia caryotæfolia)* y limoneros llenos de frutos, que se prolongan hasta el fondo del valle. Sobre nuestras cabezas, grandes eritrinas de cien piés de altura daban albergue á una verdadera colonia de garzas familiares, cuyos nidos se mecian al extremo de casi todas las ramas. (Véase el grabado de la pág. 697.)

A orillas del rio encontré vestigios de una industria poco comun allí, con la presencia de una barca chata recien instalada y que funcionaba perfectamente. La barca era plana, bien construida y estanca: medía doce metros de longitud por tres de anchura, y pasaba por una cuerda halada sobre la cual resbalaba una polea por la fuerza del agua, combinada con el gobernalle, de modo que nos condujo en breves instantes á la orilla opuesta. Durante el trayecto el pasero hízome saber que la barca y los cables habian costado novecientos pesos sencillos (tres mil seiscientos francos) y que la empresa prometia ser muy fructuosa siempre que el camino que va á Yotoco desde la orilla izquierda no se transformase en un mar infranqueable por efecto de las avenidas del Cauca. Poco tardé en convencerme de ello, pues en el trecho de algunos kilómetros tuve necesidad de ir saltando de cenagal en cenagal y atravesar

brazos de rio por troncos de árboles, ántes de encontrar el terreno firme y llegar á una choza de bambúes que forma parte de un pueblecito nombrado Mediacanoa donde nos suministraron unas gotas de anisado con que reparamos nuestras fuerzas. La altura del rio en las aguas bajas, tomada al nivel de la barca, resultó ser de novecientos cuarenta y ocho metros en aquel paraje.

Nos hallábamos ya en la orilla izquierda del Cauca, al pié mismo de la Cordillera occidental y las peñas que salian á flor de tierra prestaban al paisaje un aspecto muy distinto del que ofrecia la llanura arenosa de la orilla derecha. Pobre en extremo era la vegetacion y el único arbusto que cubria la desnudez del prado agostado, era una linda verbenácea de hojas arrugadas y flores azules, la *Petræa volubilis*, llamada jazmin azul por los indígenas.



Posador de aves, de bambú, cerca de Buga

En Yotoco, miserable villorrio de algunos centenares de habitantes, enclavado en medio de una campiña árida y á una altura de novecientos ochenta y un metros, noté la presencia de un arbolillo cubierto de hermosos ramos de flores amarillas y bayas de color de marfil, que con el nombre de *milluyo* usan las mujeres del país para almidonar la ropa blanca. El Cauca se bifurca un poco más arriba de Yotoco y las escarpadas vertientes de la colina, formadas de esquisto hojoso, terminan bruscamente sobre los terrenos inundados y cubiertos de una vegetacion acuática poderosa. Allí cerca se encuentra la hacienda de Hatoviejo, cuyo mayordomo Juan Bautista Quierdo me dió algunos informes que resumiré más tarde al echar una ojeada de conjunto sobre la agricultura del Cauca. Hasta entónces habia ido flanqueando las colinas por un terreno agostado, cuya sola vegetacion herbácea era el basílico *(Ocimum Basilicum)*, quedando no poco sorprendido de encontrarle allí completamente naturalizado. Obligado á descender de nuevo hasta el nivel del rio, pues una barrera infranqueable de esquisto hacia torcer el sendero hasta la vaguada del valle, tuve ocasion de notar uno de los aspectos más sorprendentes de la naturaleza intertropical; tal era el que ofrecia un bosque de algunos kilómetros de extension cuyo suelo estaba enteramente sumergido en aguas negruzcas y manchadas de robin, al igual que ciertos lagos ó igarapes del Brasil. No puede darse un aspecto más fantástico que el que producian los corpulentos troncos de los árboles de unos treinta metros de altura, negros y lucientes, reflejándose en aquel espejo al parecer de acero

bruñido, entre la penumbra formada por el follaje, cuya densidad era tal que no podia romperla el sol de mediodía.

Franqueé luégo una serie de colinas agostadas y cubiertas de una escuálida alfombra de gramíneas, malváceas y euforbios. Los asperones mostraban al desnudo por do quiera sus tobas parduscas. La única distraccion que hallé en medio de tanta monotonía fué la presencia de una culebra negra de unos tres metros de longitud, que hizo dar á mi mula un salto atrás al atravesar el camino. El reptil desapareció en la espesura sin darme tiempo de alcanzarle.

En breve reapareció la zona inundada, pero sólo sumergida en parte, pues en los puntos donde no lo estaba, los pécaris huroneaban por la hojarasca en busca de los frutos de burilico que son su alimento favorito. Por los matorrales asomaban las frutas, rojas como cerezas, del ciruelo macho y las grosellas del tocotal espinoso que prestaban á la vegetacion un tinte especial; y allí además tuve ocasion de contemplar por primera vez el verdadero Coca *(Erythroxylon Coca)* en estado silvestre, formando arbolillos de cinco á seis metros de altura entremezclados con las precedentes especies.

Declinaba el sol y por entre los claros del bosque se veian blanquear de vez en cuando las casas del pueblecillo de Cerrito, situado en la orilla opuesta del Cauca, á unos doce kilómetros de distancia. Pasada la hacienda del Trapiche, empezó el cotidiano concierto crepuscular de los loros y los monos chillones; pero por fin divisamos los tejados de Vijes, pueblo enclavado en un estrecho valle, y al oscurecer abria la barrera del potrero de don Manuel José Cobo, para quien llevaba una carta de recomendacion. Al preguntar á este honrado agricultor por la posada del pueblo, me dijo:

—Lo que es por esta noche, no cuente V. con otra posada que mi casa.

Y uniendo los hechos á los dichos, me ayudó á descabalgar, se hizo cargo de la mula y del criado y me presentó á su señora, rodeada á la sazon de ocho hijos que rebosaban salud por todos los poros; y en tanto que se preparaba la cena, mi noble huésped me habló con cordial confianza de su persona y de sus empresas.

Despues de la cena, una verdadera cena de familia, sencilla pero suculenta, los niños fueron uno tras otro á arrodillarse delante de su padre, besándole la mano y recibiendo su bendicion, tras de lo cual nos retiramos á descansar.

Cuando al dia siguiente manifesté deseos de partir, al anunciar mi proyecto de franquear la Cordillera por encima de Vijes, el señor Cobos meneó la cabeza y me dijo:

—Creo que obraria V. más cuerdamente yendo á pasar por Mulaló ó por Cali. Es verdad que de aquí parte una trocha que va á las Pavas y al Dagua; pero se requieren piés de montañés para salirse de ella, y si no está V. bien seguro de su caballería, corre gran peligro de perderse.

—¿Si estoy seguro?.... Segurísimo. Además, he oido decir que el camino de Mulaló es arenoso y árido, y yo no sé por qué se me figura que en el alto del Potrerito he de encontrar verdaderas sorpresas vegetales. Con que, tentaré la aventura.

—Como V. guste. En este caso irá con V. uno de mis pastores que le servirá de guía: creo que no estará de más, siquiera para ayudarle á salir de las *barrancas*.

Miéntras Ignacio ensillaba la mula tomé la altura del lugar, que resultó ser de dos mil veintiseis metros, y luégo dí un vistazo á los cultivos del señor Cobos y observé con placer que no sólo explotaba el ganado en sus praderas perfectamente dispuestas, sino tambien un horno de cal, lo cual constituye un gran adelanto en la comarca. Por último, me puse en camino para escalar el alto del Potrerito.

En las orillas de la quebrada, con la cual corre paralelamente el sendero, crecen caliandras cubiertas de flecos de color de rosa, helechos y aróideas, finos bambúes, grandes araliáceas (*Oreopanax*) y una orquídea, cuyos tallos de cuatro metros de altura aparecen cubiertos de flores sonrosadas que despiden un delicioso perfume (*Sobralia dichotoma*). Durante la rápida ascension por un sendero de cabras, no perdí Vijes de vista, con sus tres calles orientadas de Este á Oeste, los tejados de sus casas, sobre los cuales alzan sus copas los cocoteros y su iglesia en estado de reconstruccion. El distrito, cuya mayor parte abarcaba desde allí, contiene una poblacion de mil doscientos habitantes poco más ó ménos, y el pueblo está ventajosamente situado en el punto de empalme de los caminos de Mulaló, Cerrito y Yotoco.

Al penetrar en el espeso bosque que corona el alto del Potrerito, me convencí de que mis esperanzas no habian salido defraudadas. Allí existia, en efecto, una vegetacion nueva. Gran número de epífitas estaban pegadas á las ramas de los árboles, y una humedad penetrante en extremo bañaba la atmósfera y desarrollaba una flora criptógama de las más variadas. El asperon y las arcillas de los flancos de la Cordillera habian hecho plaza á unos terrenos, en los cuales el cieno alcanzaba profundidades nada tranquilizadoras. Pero mi fiel Mansita tenia el pié seguro, no le faltaba valor y salia de todo á pedir de boca. Allí descubrí la flor de una melastomácea, llamada *Amaraboyo* por los indígenas, de la cual hice un análisis detallado. Liborio Arango me habia dicho que se la encontraba en Antioquía.

—¡Lástima—decia—que hayan dado el nombre más feo á la flor más bonita!

La simple nomenclatura de las riquezas vegetales acumuladas en el alto del Potrerito formaria un extenso catálogo, que en ningun caso seria propio de este lugar. Baste decir que enriquecí mi herbario con un sin fin de especies, pues aquella zona es, sin disputa, una de las más ricas que habia de encontrar durante mi viaje.

La cúspide del paso, á la cual llegué á la una, se halla á mil novecientos treinta metros, y en mi concepto seria sumamente ventajoso dirigir por allí el camino de Dagua, con preferencia al que pasa por el alto de San Antonio, sobre Cali, situado como está á una altura mayor á simple vista.

Al salir de los bosquecillos que tan abundante cosecha me proporcionaron, el sendero, más practicable ya, serpentea á través de las redondeadas faldas de las lomas cubiertas de yerba rasa. Todo está desierto en lontananza, con excepcion de dos puntos blancos que se divisan en el vallecillo del rio de San Márcos, indicando el emplazamiento de las haciendas de San José y de Ocachí, á cuatro kilómetros de distancia la una de la otra. El suelo está formado de arcillas rojas que yacen directamente sobre la masa de asperon, las cuales, segun se observa en algunos derrumbos, presentan un espesor de cinco á ocho metros, y tienen en la parte alta un color rojo anaranjado y por debajo un bonito color de rosa.

Al final de la primera cuesta situada al salir de la quebrada de San Márcos, encontré las Pavas, que es un lugar de formacion reciente, con unos quinientos habitantes y situado en un valle fértil cubierto de plátanos, campos de caña dulce y grupos de bambúes anteriores al desmonte. El pueblo de las Pavas, en el cual se está levantando una iglesia, debe su prosperidad toda á la agricultura, y no sé hasta ahora que se halle indicado en ningun mapa, siendo de suponer que á los geógrafos colombianos les pasaria desapercibido este hermoso rincon de tierra, cuya altura es de mil cuatrocientos ochenta y dos metros.

En toda la comarca se nota un cambio singular de clima, que no puede atribuirse más que á los desmontes asaz considerables que han debido modificar el régimen de las lluvias. En esta parte de la Cordillera empieza la region del Choco, «donde de los doce meses del año llueve trece,» segun la paradójica, aunque característica, expresion de los indígenas. Del propio modo que la sequía reina durante gran parte del año en todas las lomas que acabamos de recorrer, los bosques de aquellas cercanías reciben persistentes y contínuas lluvias. ¿No basta acaso este ejemplo para dar una idea de los resultados que podrian alcanzarse en esas comarcas, con sólo desmontar el terreno, sanearlo y fertilizarlo para establecer en él cultivos remuneratorios?

Pasé la noche en la choza de un labrador del país, llamado Juan María Perlaza, el cual estuvo de acuerdo conmigo respecto al porvenir agrícola del país.

Al dia siguiente, las montañas que hube de atravesar continuaban ofreciendo el mismo aspecto. Las arcillas predominaban cubriendo bancos de esquisto, desde el momento que dejábamos atrás y sobre nuestras cabezas los asperones altos. Dichas arcillas presentan un matiz amarillento de ocre. Por entre el asperon serpentean grandes vetas de sílice blanco puro, en fragmentos resquebrajados y engastados en sus gangas sinuosas. En el sitio por dónde se atraviesa el rio Bitaco (altura mil ciento veintinueve metros), el camino es vertiginoso y de una belleza pintoresca que siento en el alma no haber podido pintar. Soberbias flores blancas de la *Sobralia candida* y de la *Escobedia scabrifolia* dan variedad al aspecto uniforme de las praderas agostadas. Esas lomas continúan sin interrupcion, sin dejar otro claro que el espacio que media entre el alto de Bitaco (mil setecientos cincuenta y seis metros) y el Dagua, cubierto de un bosque, en el cual hube de encontrar la más hermosa de las araliáceas, ó séase una *Orcopanax* de hojas doradas, cobijando una alfombra de *Carludovica imperialis*.

Nos desayunamos con una taza de leche en la hacienda de Simarronas, y luégo descendimos por una cuesta montañosa, de la cual no pueden dar idea alguna los peores caminos de Europa. La diferencia de altura que media entre el alto de Bitaco y el lecho del Dagua (setecientos tres metros), que bullia á nuestros piés encajonado en una entalladura gigantesca, asciende á mil cincuenta y tres metros, que recorrió mi mula felizmente y sin dar un traspiés. La verdad es que con uno solo que diera hubiera habido bastante. Júzguen si no mis lectores. En un momento en que Ignacio iba delante, detúveme para contemplar unos objetos blancos que manchaban el césped de la quebrada situada á trescientos metros debajo de nuestros piés, y como se fijara en ello, me dijo:

—¿No sabe V. qué es eso? Pues nada: son huesos de los pasajeros y de las caballerías que han rodado por esas pendientes y que los buitres y las hormigas han dejado blancos como la nieve.

Departiendo sobre el particular, llegamos sanos y salvos al fondo del valle, al sitio donde se vadea el rio Dagua.



Puente de las Juntas en el rio Dagua

XIII

El rio Dagua.—Juntas.— La casa de los duendes.—Jimenez, Naranjo, Papagayero y la Laguna.—Travesía de la Cordillera.—El alto de San Antonio.—Joaquina Borrero. — Llegada á Cali. — Las iglesias de San Francisco, San Pedro y la Merced. — La Virgen de los Remedios.—Curiosidades de Cali.—Sus cercanías.—Escenas, costumbres y paisajes.—Un alambique primitivo.—Decepciones y enfermedades.—La familia Caicedo.—Partida de Cali.—Los Sres. J. Córdoba y A. Valencia.—Despedida.

El rio Dagua es uno de los más rápidos de Colombia, de suerte que ascendiendo su curso á unos ciento treinta kilómetros, apénas si se cuentan veinte, desde la nueva poblacion de Córdoba al mar, accesibles á la navegacion fluvial. Desde Tocotá, no léjos de su orígen, hasta las Juntas, medí su altura absoluta en ocho puntos distintos comprendidos en una distancia de cincuenta kilómetros, encontrando la enorme diferencia de nivel de doscientos noventa y dos metros, que representa una pendiente media de veinticinco metros ochenta y cuatro centímetros por kilómetro.

Se explica por tanto la zozobra que pasaban los viajeros, que hace pocos años todavía fiaban el pellejo á unas embarcaciones muy endebles, pues bastaba un movimiento falso ó

una simple inadvertencia para dar con el barco y sus tripulantes en el agua. Pero desde el año 1875 se transita por un buen camino desde Cali á Córdoba, y el resto de la distancia hasta el mar, se franquea en sólidas embarcaciones por la tabla del rio, y áun ántes de poco, segun he oido decir, una línea férrea obviará los últimos inconvenientes.

En las inmediaciones del sitio por donde se atraviesa el rio, se levanta una casita cubierta de bálago que lleva el pomposo nombre de *hacienda del Dagua.* Mi criado se quedó allí á pasar la noche, miéntras yo, deseoso de ir á pernoctar á las Juntas, tomé una calabaza de chocolate, piqué los ijares de la mula y continué la marcha, no sin recomendar á Ignacio que se entretuviera secando las plantas, hasta mi regreso.

Por fin recorria un camino digno de tal nombre, desde que llegué á Colombia. Desde el primer momento se advertia que un concienzudo estudio del perfil debia haber precedido á la construccion de esta vía, segura, de tres metros de anchura, llana y conservada con bastante esmero.

Este camino se prolongaba paralelamente á la orilla izquierda del Dagua, cuyas aguas torrentuosas corren á una profundidad que varia entre cien y doscientos metros de la calzada. Al pié de las vertiginosas vertientes de los cerros de la orilla derecha, las alborotadas ondas, se estrellan cien y mil veces contra los cantos rodados tomando matices sin fin que varian desde la blancura inmaculada de la espuma, á los tonos del acero bruñido y del verde mar. La montaña deja en descubierto por todos lados su osamenta pizarrosa cuyas estratificaciones muy inclinadas y á veces enteramente verticales imprimen á la region un carácter de belleza salvaje realzada con los encantos de una vegetacion cuya lozanía y variedad aumentan á medida que el camino se aproxima á la playa.

En primer lugar se ve la confluencia del rio Bitaco, que despues de torcer bruscamente al sur-oeste, vierte su caudal en el Dagua. A partir de allí, el lecho de este se angosta de súbito entre dos fuertes murallas esquistosas. Pasada la bonita quebrada de Jimenez, enteramente tapizada de gesneriáceas y helechos, se ven grandes bloques, desprendidos de la montaña por su propio peso ó por efecto de algun terremoto y detenidos en su caida, ya en una muesca de la misma roca, ya atascados en un lecho de arcilla blanda. Dichos bloques producen el efecto de las piedras derechas que se ven en algunos sitios de la Bretaña.

Antes de anochecer llegué á la aldea de las Juntas, grupo de cabañas situado en la confluencia del rio Pepita con el Dagua: la altura del pueblo es, segun mis cálculos, de trescientos metros, resultando inferior en ochenta y ocho á la que le da Codazzi: su temperatura es muy elevada, como que ni siquiera la evaporacion cuotidiana de las aguas basta á refrescar la atmósfera en una garganta ceñida de altas cumbres que no dejan pasar ni un soplo de brisa. No obstante el lugar es muy sano, debido sin duda á ser negra la poblacion que lo habita, cuya zona natural es la tórrida. Entre esa raza negra se reclutaban ántes los boyas, ó sean los intrépidos barqueros que descendian el Dagua en frágiles canoas haciendo en tres dias la travesía desde las Juntas á Buenaventura.

Me dirigí á uno de ellos llamado Moreno, pidiéndole cena y albergue, y sin hacerse de rogar segó unas cañas dulces para mi cabalgadura é hizo preparar un grosero *sancocho.* Pase

por la comida; pero ¿y el albergue? La familia de Moreno, compuesta de una horrible mujer cubierta de guiñapos y algunos rapaces ociosos, bizcos y de tez negra amarillenta que daban asco, no se mostraba al parecer muy propicia á compartir conmigo su triste chiribitil, ni tenia yo tampoco muchas ganas de dormir con ellos, de modo que ya empezaba á preguntarme si obraria mejor con pasar la noche al raso.

—Tenemos,—dijo Moreno, —una casa abandonada, llamada de los duendes... pero de fijo no será V. tan loco que vaya á dormir allí.

Excitados en esta forma mi amor propio al par que mi curiosidad, semejante proposicion debia ser aceptada, y lo fué desde luégo. Rogué que me acompañara á la tienda embrujada, que era un viejo almacen de la época en que Juntas servia de centro de depósito del comercio activo entre Buenaventura y Cali.

En tan extraño local me avine á pasar la noche tendido sobre cuatro tablas dispuestas en un rincon. Mi huésped, por supuesto, sin duda para infundirme valor me contó algunas consejas de aparecidos que escuché encogiendo los hombros, y se marchó riendo con socarronería, y un si es no es curioso por saber en qué estado amaneceria al dia siguiente.

Cuando me quedé solo procedí á instalarme, despues de dejar la mula atada á una especie de patio, situado detrás de la segunda pieza. Encendí luégo una bujía, quité el polvo á las tablas que iban á servirme de lecho, coloqué la silla á guisa de almohada y el revólver debajo, y despues de poner en limpio las notas tomadas durante el dia, apagué la luz y sin quitarme el calzado, me acosté dejando el machete al alcance de la mano.

A despecho del cansancio que me rendia, no pude pegar los ojos, pues las fábulas de Moreno daban vueltas y más vueltas en mi imaginacion. Por fin se apoderó de mí un sueño ligero y al despertar, ya habia amanecido. Moreno estaba aguardando junto al portal, y se quedó con tamaña boca abierta cuando le expliqué que los temidos duendes no eran ni podian ser más que vampiros.

Admirable en verdad es la vegetacion que crece en el bajo Dagua. En los bosques de las vertientes observé por primera vez un buen número de especies, cuya mayor parte, si bien pertenecian á géneros que habia encontrado en otros parajes, formaban especies enteramente distintas (1).

Despues de recorrer una parte de las cercanías de Juntas, y averiguado, por el testimonio de algunos indígenas, que ni la formacion geológica, ni la vegetacion diferian gran cosa, desde aquella localidad hasta las aguas mansas del Dagua, decidí tomar de nuevo el camino de Cali. No obstante, apunté préviamente algunos datos relativos al pequeño puerto de Buenaventura, situado en una excelente bahía del Pacífico, en el cual tocan una vez al mes los vapores de una compañía inglesa que hace el servicio entre el Callao y Panamá. La poblacion situada en un islote al fondo de la bahía, frente á la desembocadura del Dagua, data de una fecha no muy lejana, pues no fué fortificada hasta el año 1821, al estallar la guerra de la In-

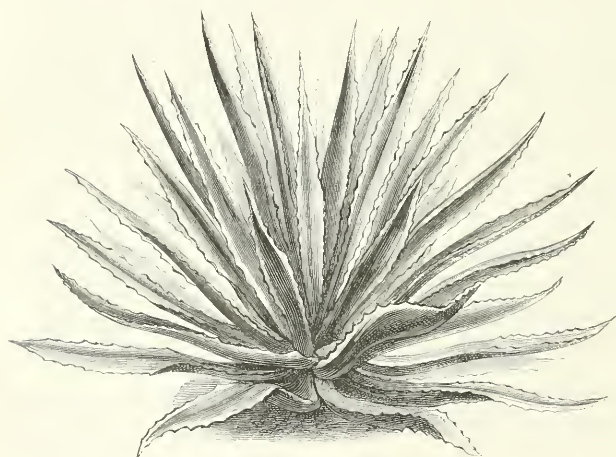
---

(1) He de señalar principalmente los siguientes: *Calycophyllum*, *Begonia*, *Filodendron*, *Costus*, *Aphelandra*, *Cypripedium*, *Longifolium*, *Peperonia*, *Casica*, *Cecropia*, *Adiantum*, *Sciadocalyx*, *Heliconia*, *Schomburgkia* y algunos otros géneros.

dependencia. Su excelente puerto, declarado franco en el año 1826, vió convertirse gradualmente las pequeñas chozas que ántes tenia, en una poblacion de unos dos mil habitantes. La bahía, no obstante, fué descubierta en los primeros tiempos de la conquista por Pascual de Andagoya en el año 1539 el cual la denominó «Bahía de la Cruz» y «Bahía de San Buenaventura.» Este mismo personaje fué el primero que remontó el Dagua y despues de atravesar el valle del Salado llegó hasta Cali.

Si se acaba con la rapidez apetecida el ferro-carril del Cauca, Buenaventura, con su puerto de primer órden, situado á la mitad de la ruta entre Panamá y Guayaquil y con una temperatura relativamente moderada (27°, 5), tiene reservado un brillante porvenir comercial.

Al salir de las Juntas parte del camino un nuevo ramal que baja hasta Córdoba y atraviesa el rio por medio de un excelente puente estribado en unas rocas naturales. (Véase el grabado de la pág. 701.) Desde allí, y tras algunas horas de galope, gané la hacienda del Dagua, donde llegué á medio dia: Ignacio me aguardaba sentado al sol. Tomé un pequeño refrigerio y partimos en direccion del Este.



Fourcroya Lindeni

El único comestible que se encuentra en las escasas viviendas junto al camino del Dagua, es una especie de torta de maíz amasada con huevos, llamada por los arrieros *pan de Bono* (1), golosina soberanamente insípida y grosera.

A partir de la confluencia del rio Bitaco, remontando el Dagua, cambia la formacion geológica del suelo. Por do quiera aparece esquisto talcoso mezclado con bloques de asperon. Sobre las rocas se ven grandes yacimientos de arcilla bermeja. La vegetacion cambia tambien de un modo brusco, lo propio que el clima, que de lluvioso se convierte en seco. En las vertientes abundan los *Opuntia*, los *Cereus* y otros cactos, así como una variedad del Fourcroya, llamada *Fourcroya Lindeni*. En los árboles se enrosca una magnífica bromeliácea de follaje rígido y encorvado como el zinc, mostrando unos panículos de dos á tres metros de altura, parecidos á grandes girándolas.

Llegamos á los Hornos, pueblo cuyo nombre le cuadra muy bien por estar situado en una hondonada cuya atmósfera es ciertamente abrasadora. Las montañas van siendo cada vez más

(1) Bono es el nombre de un pueblecillo situado en el camino de Cali. Al indicado pan son muchos los que por corrupcion le llaman *pan de mono*.

desnudas. A entrambos lados del rio, en lontananza, se destaca una larga serie de cerros, en los cuales se encuentran asperones rodados sin presentarse aún en forma de lechos. Las lomas de la derecha ocultan el valle del Salado, verdadero eden de los recolectores de plantas. De allí proceden las bellísimas orquídeas que adornan nuestras estufas. Los bardales que rodean las cabañas son de *Bromelia Karatas*, planta armada de terribles aguijones. La comarca está despoblada y apénas si algunos cafetales y platanares indican acá y acullá el esfuerzo del trabajo humano.



Vista de una calle de Cali (Cauca)

Continuamos subiendo rápidamente. La aldea de Papagayero (novecientos cuarenta y cinco metros) cuenta unas treinta chozas y está situada sobre una planicie rodeada de un anfiteatro de montañas, cuyas cumbres pobladas de bosque contrastan con los pastos de las cercanías, que deben toda su frescura á la naturaleza arcillosa del suelo. A las seis y media llamamos á la puerta de una habitacion de modesta apariencia, llamada la Laguna, donde pernoctamos.

Partimos al dia siguiente muy de madrugada y apénas hubimos andado un kilómetro, se presentó el asperon bien marcado; no ya mezclado con el esquisto, sino blanco ó gris y formando poderosas capas homogéneas. Sucesivamente encontramos la hacienda de los Plantales (mil doscientos sesenta metros) y luégo Tocatá, en donde cesa el cultivo del plátano (mil quinientos seis metros). Allí dominan las lomas y asoman los arbustos, contrastando con los bosques espesos que coronan todas las cumbres que nos rodean.

Desde la hacienda de Sanchez se divisa la fuente del Dagua que nace al pié de un soberbio cerro situado á cuatro ó cinco kilómetros de distancia, llamado *faralones de Cali*. En el punto donde lo atravesamos por séptima y última vez, la poderosa corriente, tan terrible á quince leguas de aquel punto, es un pobre arroyo de seis metros apénas, que murmura entre los guijarros. Despues de medirlo con exactitud, hallé entre las peñas una curiosa especie de *Podostemon*, planta perteneciente á una familia completamente desconocida de Linneo.

Continúa la ascension, presentándose enfrente el alto de San Antonio, por cuyo desfiladero debemos franquear la Cordillera occidental para bajar de nuevo al valle del Cauca. El camino es sumamente resbaladizo: se multiplican los árboles y arbustos y las melastomáceas de corolas encarnadas *(Meriania)* y unas hermosas acantáceas forman floridos setos.

Por fin ganamos la cumbre (mil novecientos setenta metros), desplegándose de nuevo ante nuestros ojos el pintoresco y anchuroso valle del Cauca. Cali yace recostado en el último escalon de las colinas. En el húmedo césped, por entre el cual corren un sin fin de arroyuelos, crecen orquídeas de extrañas flores, llamadas *Masdevallia*, *Chimæra* y *Nycterina*, en compañía de evelinas de color violeta y estelios blancos.

Son las dos, y hostigado por el hambre tomo una vereda que conduce á una risueña casita medio sepultada entre el follaje. Una muchacha de unos diez y ocho á veinte años sale á la puerta y se pone á mis órdenes: su porte es gracioso, negra su cabellera, blanco y fino su cútis y al entreabir sus labios para sonreirme, muestra unos dientes incomparables: añádase á esto que lleva un holgado vestido de percal claro y ¡quién lo creyera! limpio y aseado hasta el exceso.

—Apéese V., señor, y entre á descansar.

—Mil gracias, bella muchacha; pero es el caso que quiero llegar á Cali tempranito; lo único que deseo es que me proporcione V. un par de huevos y un vaso de agua.

La encantadora jóven entra en la casa para reaparecer en breve con una fuente llena de nata, huevos y unos pastelillos muy sabrosos. No pude lograr que aceptara retribucion alguna, por ser yo extranjero.

—Yo quiero mucho á Francia—dijo,—por tanto cuando regrese V. á su país, no se olvide de Joaquina Borrero.

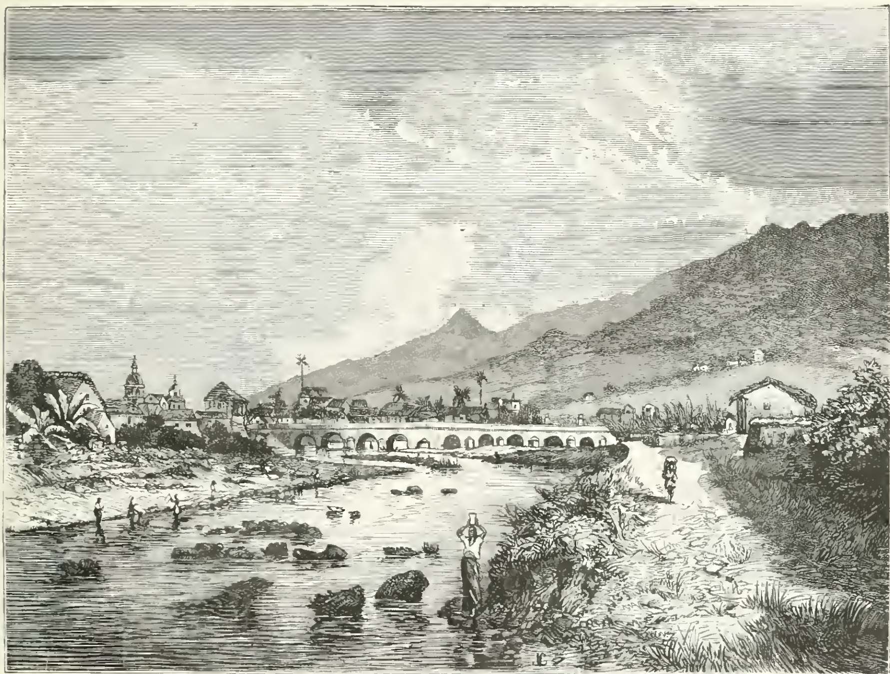
Las últimas colinas que dominan Cali por el Oeste, son desnudas y peladas á causa de los fuertes vientos que soplan sin cesar en esta parte de la Cordillera. Dichas colinas, perpendiculares á un eje principal, separan los valles de los rios San Antonio y Cali, de los cuales el último recibe las aguas del primero para entregarlas al Cauca, un poco más allá de la ciudad, cuyos edificios y jardines divisaba ya, bañados por la luz del sol.

A las cinco de la tarde, entrábamos en la ciudad despues de diez horas de marcha. Fritz y Juan, instalados cómodamente en el *hôtel Colombia*, me estaban esperando desde la víspera.

Cali es la llave del valle del Cauca, teniendo más títulos que Popayan para ser residencia del gobierno: ya fué durante mucho tiempo capital de provincia. Sus relaciones con el extranjero por Buenaventura, con el gobierno federal por el camino del Quindio y con el bajo Cauca por Cartago, son de todo en todo más fáciles que las de Popayan, ciudad enclavada en un

circuito de montañas de difícil acceso. Quizás sólo Palmira, ciudad de diez mil almas, renombrada por la fertilidad de su suelo, sus cultivos de tabaco y el carácter industrioso de sus habitantes, puede competir en influencia con Cali.

En los primeros tiempos de la conquista, Belalcázar, maravillado de la fertilidad excepcional del valle del Cauca, resolvió fundar un pueblo en el mismo emplazamiento que hoy ocupa Cali, de modo que el dia 25 de julio de 1536 su lugarteniente Miguel Muñoz puso la primera piedra. La nueva poblacion recibió el nombre de Santiago de Cali. En breves años aumentó su poblacion y se desarrollaron sus relaciones comerciales; pero habiendo trasladado



El puente de Cali (Cauca)

más tarde Belalcázar el gobierno á Popayan, juzgando mejor su situacion y más saludable su clima, la ciudad de Cali empezó á degenerar, y cuantos esfuerzos se hicieron despues para rehabilitarla resultaron estériles. En sus buenos tiempos tenia anchas calles tiradas á cordel y orilladas de casas bastante espaciosas, entre las cuales debia contarse sin duda la que nos servia de alojamiento. (Véase el grabado de la pág. 705.)

La ciudad de Cali contará en la actualidad unos doce mil habitantes. Su altura sobre el mar es de mil cuarenta y seis metros y sesenta centímetros, segun Boussingault, y de mil treinta y dos metros solamente, á tenor de las once observaciones que practiqué por espacio de ocho dias; y su temperatura media de veinticuatro grados.

Excepcion hecha de algunos antiguos conventos de frailes muy vastos, pero exentos de estilo arquitectónico, y de un hermoso puente de mampostería, de siete ojos, tendido sobre el

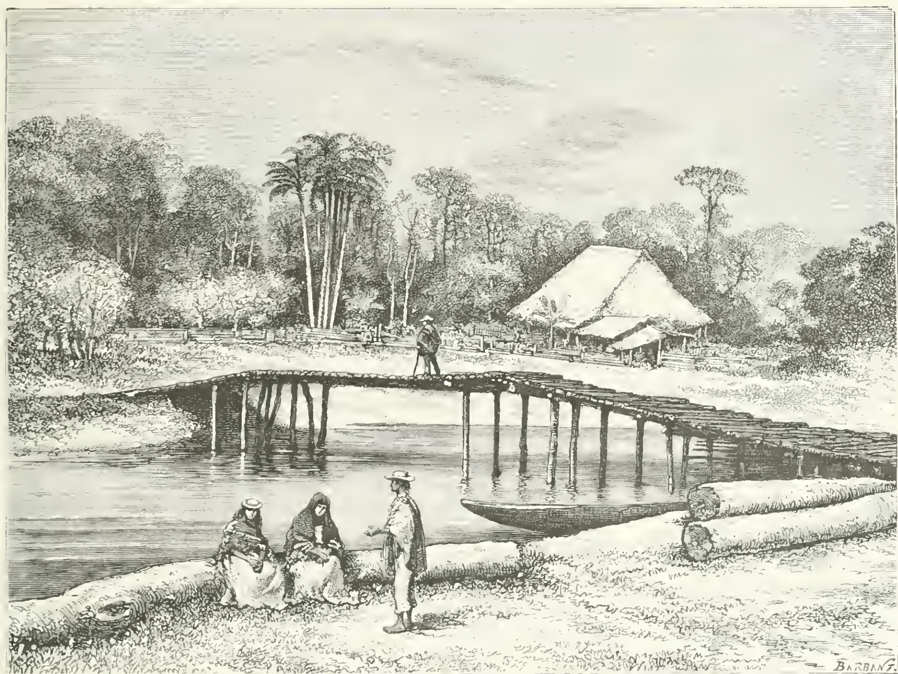
Cali, los edificios públicos se reducen á dos iglesias, dignas de alguna atencion, hasta el punto que no vacilo en colocarlas entre los mejores ejemplares arquitectónicos de Colombia. De las dos, la más interesante es la de San Francisco, anexa al antiguo convento de la órden, que al igual que este fué construida en 1773 por Fray Fernando F. Larrea, de Quito. En cuanto al arquitecto venido de España, sólo se sabe que se llamaba Pablo. La base de la iglesia es de silla-



Iglesia de San Francisco en Cali (Cauca)

res y el resto de mampostería, presentando adornos que le prestan cierto aspecto árabe en extremo elegante, aparte de que el tiempo ha impreso á sus muros aquel tono dorado que recuerda no pocos monumentos del mediodía de España é Italia. Al dibujo de la torre de San Francisco, que saqué allí mismo, puedo añadir sus dimensiones exactas: su altura es de veintitres metros once centímetros, á la cual hay que agregar la hermosa cruz de hierro forjado del remate que mide cuatro metros veinticinco centímetros. La fachada de la torre, unida á la de la nave, tiene diez y seis metros ochenta y dos centímetros de extension.

La catedral de San Pedro se levanta en el lado Sur de una espaciosa plaza cubierta de césped con senderos trazados en sentido diagonal. Es un importante monumento de agradable masa, en cuyo interior se ven algunos cuadros de buena traza. Desde los balcones de la casa de don Belisario Caicedo examiné su gallarda fachada de órden compuesto, el domingo de Ramos (7 de abril de 1876), en el momento de cantarse el *attollite portas*, en que una mitad del cabildo, segun el ritual, permanecia encerrada en el templo, respondiendo á los versículos cantados desde afuera por la mitad restante. La muchedumbre provista de cirios, fa-



Paisaje en el valle del Cauca

rolillos de papel y largas palmas (1) se agolpaba para asistir á la procesion. Una música extraña acompañaba el canto. La abigarrada muchedumbre, envuelta en las ruanas multicolores y prosternada en la plaza, el grotesco aparato de esta mala copia de las ceremonias europeas, y el soberbio panorama embellecido con las galas de una hermosa mañana primaveral, desde la llanura del Noreste cubierta de vastos palmares, hasta los picachos ó *faralones* de Cali al Oeste y la cima del Nevado de Huila al Sur, contribuian á hacer de aquella escena un cuadro admirable.

La tercera iglesia de Cali se llama la Merced, y perteneció tambien en otros tiempos á un convento. Debe su celebridad á la milagrosa imágen que alberga, cuya historia va unida á una piadosa leyenda.

(1) Las palmas en cuestion proceden de las tiernas frondes del *Cocus butyracea* y tienen de dos á tres metros de longitud. Esta especie abunda mucho en la comarca que se extiende entre Cali y Palmira.

Tuve ocasion de examinar con detencion esta venerada imágen colocada en el crucero, al fondo de una capilla, á la cual da ingreso un arco cintrado, tapizado de indiana estampada. Ocupa el centro de un enorme retablo dorado en los bordes y el resto pintado al temple, á guisa de decoracion de teatro y con la pretension de representar el paisaje del rio Cabá, donde la imágen fué encontrada. Aunque no es fácil llegar hasta el altar, y es aún más difícil tocar la santa imágen, en tales casos hay siempre medio de arreglarse con los sacristanes, y esto fué lo que hice yo, cabiéndome la satisfaccion de examinarla de cerca. Observé que es de una labor muy fina y que pertenece, al parecer, á los mejores tiempos del renacimiento español. Mide cerca de un metro de altura, sin contar el zócalo que forma pieza aparte. Lleva la cabeza ladeada á la izquierda, tiene la nariz aguileña, la boca sonriente y entreabierta, y sus ojos rasgados son suaves y expresivos. La labor de las manos afiladas y regordetas, es perfecta: con ellas sostiene al Niño Dios desnudo y dotado de delicadas formas, el cual dirige una sonrisa á su madre, cuyo manto tiene cogido con la mano derecha, llevando en la izquierda una fruta. El cuerpo está esculpido en piedra silícea, de tan extraordinaria dureza, que saca chispa lo mismo que el pedernal.

Un pintor, llamado Angelino Medoro Romano, autor de algunos cuadros existentes en el convento de San Francisco, embadurnó este notable grupo. Un manto de seda sujeto á la cabeza por una corona de plata y pedrería constituye el vestido de la Vírgen; de modo que en la presente ocasion como en tantas otras, la costumbre que existe en la América del Sur de embadurnar y vestir á guisa de muñecas las santas imágenes, me privó del placer de examinar una verdadera obra de arte, cuyos menores detalles originales hubiera apreciado con verdadero gusto.

De todas las poblaciones del Cauca, despues de Popayan, Cali es la que cuenta con mayor número de caserones exornados con esculturas en madera labrada, en los cuales se ven además muebles antiguos, que de fijo darian dentera á más de cuatro coleccionistas.

Las dos restantes iglesias de Cali, de estilo griego, pero sin carácter, no merecen especial mencion. Entre las otras construcciones dignas de ser visitadas, preciso es consignar un antiguo convento que hoy sirve de colegio, y la escuela de niñas, espaciosa y muy bien montada. Entrambos establecimientos patentizan los laudables esfuerzos del gobierno en pro de la enseñanza.

Las cercanías de Cali convidan á dar agradables paseos.

Remontando el Cali como tambien siguiendo el camino de Vijes, bien para estudiar la vegetacion, bien para ir á visitar algun rancho de las alturas, pueden hacerse encantadoras excursiones á través de un paisaje bello y animado. Ora, como en Agua Blanca, se ve una especie de barraca india hecha de bambú, abierta á la intemperie y conteniendo en una sala única todos los objetos necesarios á la vida, amontonados en pintoresco desórden, ora se presencia un baile improvisado por los cabreros al són de la guitarrilla ó el tiple, y por todas partes se observa hasta qué grado recompensa el suelo el trabajo más ligero.

En medio del extenso valle, ya en los claros que dejan las praderas ó los diversos cultivos junto á los grandes bosques de palmas reales *(Cocos butyracea)* el paisaje bajo un clima cálido,

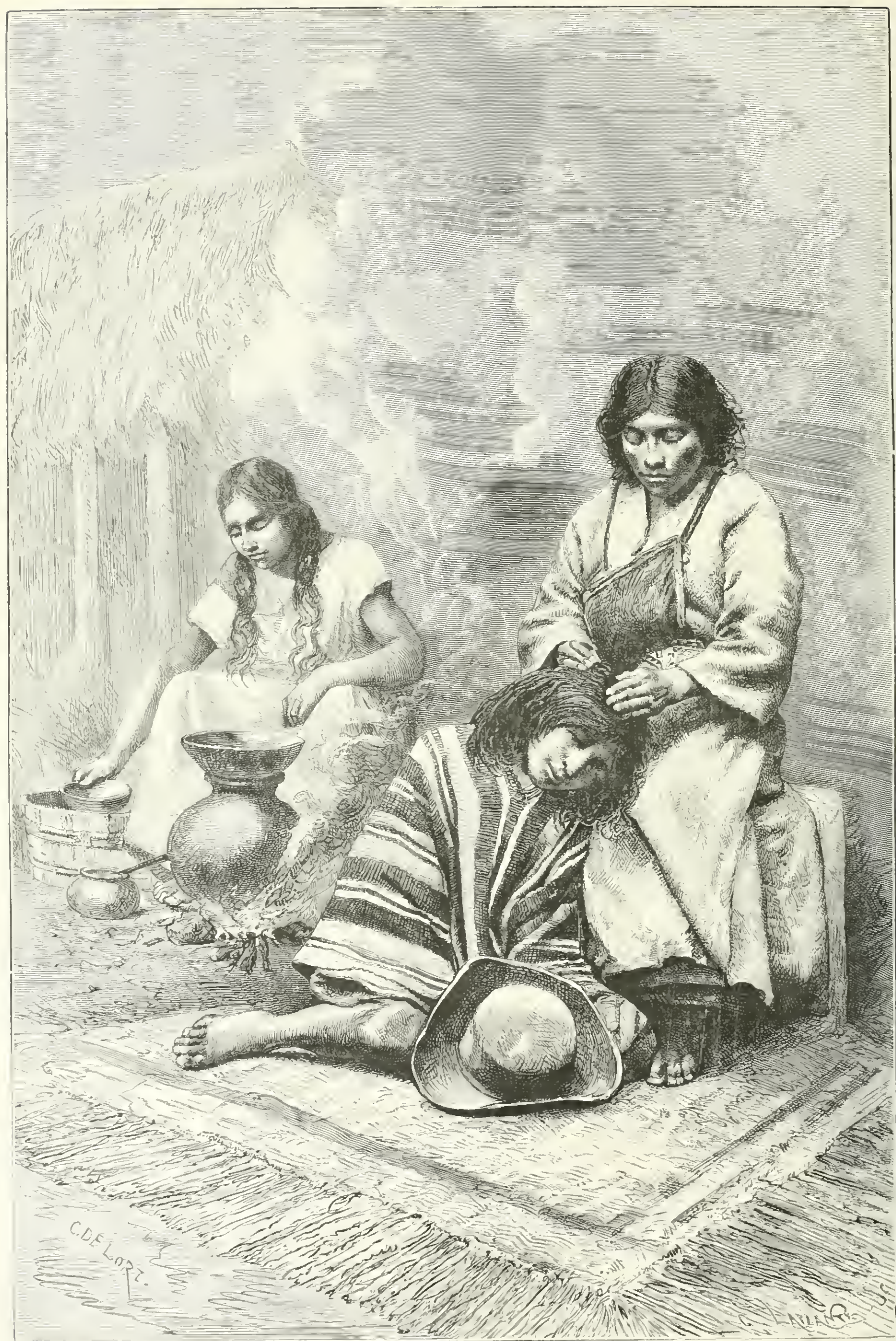
ofrece un aspecto tranquilo al par que grandioso. A cada instante surgen detalles á cual más encantadores, sobre todo para los ojos de un europeo poco acostumbrado á panoramas semi-salvajes. Hétenos por ejemplo, á orillas de un apacible riachuelo; para franquearlo no hay más puente que unos postes unidos por travesaños en su extremidad superior y enlazado con cañas de bambú partidas, por cuya palanca pasan las mulas, sin hundirse, milagro inexplicable que se repite sin cesar. Junto al bosque recien descuajado se levanta una cabaña ó rancho, abierto á la intemperie, cuya techumbre prolongada tiene la forma de colgadizo: la cabaña es toda de bambú y la cubierta de hojas de palma. Junto á la cabaña, se ven unos hermosos grupos de bactris espinosos, única palmera de la comarca que tiene tallos múltiples, y que al parecer se han librado del desmonte sólo por una especie de respeto instintivo hácia las formas bellas, pues las tales palmeras nada producen. (Véase el grabado de la pág. 709.)

Al penetrar en la choza, lo primero que se presenta á nuestra vista son unos niños embadurnados y enteramente desnudos, ocupados en mascullar plátanos. La madre, en tanto, se ocupa en hacer chicha, que no se hace con maíz como en el Perú, sino con azúcar de caña puesto á fermentar en agua, y el padre ha salido á cazar ó pescar, armado del arco y la bodoquera.

Así en las cabañas como al aire libre, una de las operaciones más dignas de ser observadas es la destilacion del aguardiente de caña. (Véase el grabado de la pág. 712.) Nada más primitivo que el alambique que usan los habitantes pobres del Cauca. Sobre las tres piedras que forman la tulpa, se ve una olla ordinaria, si bien por su instalacion difiere de las otras. En su parte ventruda, cerca del cuello se abre un orificio que tiene un tubo de bambú encajado, cuyo agujero exterior cae sobre un plato de cacharrería. Sobre la olla, medio llena de jugo de caña fermentado y puesta á la lumbre, se coloca una marmita de cobre llena de agua fria que hace las veces de condensador. El alcohol gotea sobre el plato y de allí pasa á un recipiente por otro tubo cubierto con un poco de algodon en rama para impedir que el vapor escape. Todo el trabajo de la mujer encargada de la operacion consiste en mantener fria el agua de la marmita, vaciándola y llenándola sin cesar por medio de una calabaza.

Por grande que sea la escasez de esas pobres gentes, eso no impide que ofrezcan al extranjero que pasa á visitarlas, lo poco que poseen, un cigarro, un traguito de chicha ó aguardiente, naranjas ó plátanos, de modo que no tengo recuerdo de que nunca en tales casas se me haya negado nada de cuanto les he pedido, por cuyo motivo á la region del Cauca se le da el nombre de «el dulce país del *sí*.»

Mas no se crea por esto que mi estancia en Cali pasara completamente desprovista de incidentes desagradables, pues la fiebre, que hasta entónces me habia respetado, empezaba á minar mis fuerzas. Para continuar el viaje hácia el Sur y ganar la línea ecuatorial ántes de la mala estacion, quedábannos largas semanas, por no decir meses, de penosas marchas, debiendo empezar por la parte más difícil, cual era la ascension á las elevadas mesetas de Pasto. Al revistar las caballerías me convencí de que de puro estropeadas estaban casi todas fuera de servicio, con el aditamento de que me habian robado una. Vendí tres, cediéndolas por un mendrugo, y compré dos de refresco. Ignacio y Timoteo se habian aprovechado de



Fabricacion de aguardiente de caña cerca de Cali

mi enfermedad para engañarme, quedándose con el dinero que recibian diariamente para cuidar á las mulas. Por este motivo les pagué los alcances y les despedí con una buena fraterna por toda recompensa.

Con objeto de ganar tiempo hice que Juan se adelantara con el bagaje, y como Fritz se empeñó en acompañarle, quedamos en que yo les seguiria á uno ó dos dias de distancia, tan luégo como recobrara las fuerzas.

Al quedarme solo en Cali, en casa de la señora Caicedo, acabé de estudiar algunas plantas y completé los informes que tenia sobre la comarca.

Esta señora se dignó explicarme el mecanismo que rige en el cultivo y explotacion de sus propiedades, que se extienden desde Garrapata, cerca de Roldanillo, hasta pasado Sipi y los rios Surama y San Agustin. En el centro se levanta un cerro aislado, llamado el Jorra, que pasa por ser un cono volcánico. La region es muy feraz, pero de difícil acceso, y los naturales del país son poco amigos del trabajo.

—Las cercanías del rio Sipi—me dijo la señora Caicedo—encierran grandes riquezas mineralógicas. En mi juventud recuerdo haber visto negros trayendo de parajes casi inaccesibles pepitas de oro de algunas libras de peso. Con sus machetes las partian en lingotes que iban á vender siempre que tenian necesidad de vestidos ó de productos europeos. Tambien allí se ha descubierto kaolin en gran cantidad; pero desgraciadamente esta sustancia presenta alguna mezcla de hierro que seria preciso aislar.

Hícele varias preguntas sobre el canal interoceánico, y ví que la cuestion le tocaba muy de cerca, pues sus propiedades colindaban con el San Juan, de cuya union posible con el Atrato se ha hablado mucho.

Pasados tres dias de relativo reposo en Cali, despues de la partida de mis compañeros, recobré las fuerzas y desapareció la fiebre. Tomé, pues, un criado llamado Daniel, que me habia sido recomendado calorosamente, y habiéndose comprometido á acompañarme hasta Quito le proporcioné caballo y equipo.

El dia 11 de abril, á las once de la mañana, salí de Cali acompañado de los señores Córdoba y Valencia, empeñados en hacer conmigo el «paseo de la partida» durante algunos kilómetros, segun cordial costumbre del país. Seguimos primero un camino llano á través de unos pastos; franqueamos despues la quebrada llamada Cañaveralejo, y á la sombra de un algarrobo vaciamos la copa de despedida. Por fin, despues de estrecharnos los pulgares, á la moda de Colombia, nos separamos, yéndose cada grupo por su lado, entre mil protestas de sincera é inalterable amistad.

XIV

DE CALI Á POPAYAN (CAUCA)

Partida para Popayan.—La hormiga arriera.—El puente de Jamundi: inundaciones: los monos colorados.—Jamundi: riñas de gallinazos. —Los potreros y el bambú.—Hacienda de Corinto: una destilería en el Cauca.— Los pantanos de Cañitas.— El paso de la Balsa.— Las mujeres del Cauca alto.—Buenosaires.—Digresion topográfica.—Una jornada infausta: momento crítico en el rio Ovejas: la casa del pasero de Aganche: una noche de miseria.— El Hatico, paisaje.— Piendamó. — La quina de Pitayó. — Los rios Cajibio y Cofre. —Llegada á Popayan.—La ciudad sábia.

El dia 11 de abril de 1876 salimos de Cali, como queda dicho, Fritz y yo hácia el rio, ó sea en direccion de Popayan, tanto para desechar pensamientos tristes, cuanto para ganar tiempo, en tanto que nuestras gentes, que se nos habian adelantado con las acémilas, avanzaban á pequeñas jornadas.

El camino abierto á través de unos terrenos negruzcos, formados de espesas capas de humus, con señales de turba y que recuerdan los *tchernozemes* del Sur de la Rusia, es al principio ancho y corre en línea recta entre dos fosos, de los cuales la tierra que se extrajo sirvió para levantar el suelo. Pero el buen camino cesa pronto y el viajero á lo mejor se encuentra en medio de los pastos sin más senderos que las veredas abiertas por el capricho de las mulas.

Cerca de la hacienda de San Fernando doy con un hermoso achiote de flores sonrosadas (*Bixa orellana* var. *rosea*), especie que habia visto ya en Ibagué, y cuya planta seria á mi ver uno de los mejores adornos en nuestras estufas. A orillas del rio Melendez á donde llegamos á eso de las dos de la tarde, la altura del suelo es de mil cuarenta y seis metros, y un poco más léjos, en el rio de la Vega, el termómetro marca treinta y cuatro grados. Por los matorrales asoma una hermosa cucurbitácea, cuyos frutos llamados en el país *calabazas de culebra*, presentan con su color verde jaspeado de blanco un magnífico efecto ornamental. Al ir á coger una me quedo extático ante un espectáculo curioso por demás, que aunque no del todo nuevo para mí, nunca se me habia ofrecido formando una escena tan animada. En efecto, al pié de una caliandra, pulula una admirable procesion de *hormigas arrieras*, las cuales andan en dos filas enarbolando cada una entre sus mandíbulas un pedacito redondo de hoja verde cortada admirablemente, de un tamaño diez ó veinte veces mayor que su cuerpo, en direccion de las galerías subterráneas del hormiguero. No se sabrá qué se hacen con ella, hasta que algun nuevo Huber logre penetrar estos misteriosos arcanos, para revelar á los sabios los últimos secretos de este modelo de repúblicas.

El terreno un tanto alto hasta entónces, vuelve á bajar hácia el lecho de un pequeño rio llamado Jamundi, que acababa de desbordarse inundando la llanura. Difícil dar con el vado; pero observando la vegetacion, reconocí las orillas del rio por las ingas, sagitarias, ginesias, diefanbaquias y heliconias que crecen en ellas formando una espesura. Por otra parte el camino de la derecha del Cauca que viene de Zelandia atraviesa el rio Jamundi cerca del Paso de Sifuente por un elegante puente que logramos descubrir en medio de una frondosa espesura de cañas de bambú de veinte metros de altura. Sus flexibles ramajes están cuajados de grandes *monos colorados* que nos contemplan familiarmente, á diez pasos de distancia, haciendo muecas y contorsiones.

La region de Jamundi, cuya altura de mil veinticuatro metros resulta inferior al nivel medio del Cauca bajo aquella latitud, es fértil y saludable en las cumbres; pero sumergible y malsana en una gran extension del llano. El distrito cuenta unos dos mil doscientos habitantes diseminados en una gran área de terreno. Se cultivan en él la caña de azúcar, el cacao y el plátano y son numerosos los rebaños que vagan casi libremente por la llanura.

Nuestra entrada en la aldea coincidió con una de esas puestas de sol como sólo se ven en los Andes, cuyos arreboles parecidos á los destellos de un gran incendio se reflejaban en el valle y en las copas de las palmas reales (1), envolviendo con una especie de polvillo de oro las cumbres de las montañas y mostrando entre los desgarrados nubarrones la entrada de unos antros ciclópeos de maravilloso aspecto. Contrastando con tamaña magnificencia, la aldea de Jamundi se nos ofrecia poco ménos que deshabitada. En la plaza pública, adornada con un corpulento ceiba, y cuyas dimensiones no ceden á la plaza de la Concordia de Paris, se veian sólo dos ó tres perros pelones y unos cuantos cerdos de color oscuro huroneando entre las inmundicias sin preocuparse poco ni mucho de un enjambre de gallinazos que se disputaban una carroña informe. A pocos pasos un indígena descargaba recios machetazos sobre un soberbio ejemplar de palma real, pretendiendo despojarlo de todas sus ramas, pues allí domina la preocupacion de que este árbol atrae al rayo. Medí una de sus hojas y tenia doce metros de longitud y conté hasta cien pares de hojuelas laterales de un color oscuro por arriba y blanco por debajo.


Detalle de una cerca de bambú

En Cali me recomendaron la choza de Lorenzo Vega y miéntras se cocia el *sancocho* hice una visita á la iglesia que estaba llena de fieles, por ser semana santa.

Hubimos de pasar la noche sobre el tradicional cuero de buey, y á las siete de la mañana del dia siguiente reanudamos la marcha hácia el Sur. La llanura de Jamundi continúa ofreciendo por algun tiempo la uniformidad de sus pastos, alterada una que otra vez por bosquecillos en los cuales sobresalen las soberbias cimbras de la palma real. Encontramos luégo una serie de lomas de arcilla amarillenta ó rojiza y á veces tambien de color de sangre, cubiertas casi todas de un bonito arbusto de flores blancas y bayas verdes comestibles, llamado madroño, cuya planta pertenece al grupo de las melastomáceas y constituye la vegetacion predominante de aquella region. En las orillas del camino que serpentea por las vertientes de las lomas se ven potreros ó setos cercados de empalizadas, cuya estructura no pudo ménos de llamar mi atencion, pues en vez de estar unidos y sujetos con bejucos, los pilarejos y las planchas se hallan entrelazados en la forma que indica el gra-

(1) En esta region del Cauca la *palma real* ó *Cocos butyracea* ocupa grandes extensiones de bosque produciendo un efecto majestuoso. En Jamundi la llaman tambien *palma de puerco*, pues su fruto (*corozo*) se da como alimento á los cerdos, y sirve tambien para fabricar una especie de manteca muy estimada.

bado de la página anterior, que recomiendo á los agricultores de todos los países en donde es posible y útil el cultivo del bambú (1).

Allí cerca se encuentra la hacienda del general Trujillo, cuyo nombre corre mezclado con los principales acontecimientos políticos ocurridos en Colombia estos últimos años. En una explotacion vecina, propia de D. Bartolomé Fernandez, llamada la hacienda de Corinto, ví el admirable espectáculo de una destilería en plena Cordillera. Ignoro cómo pueden haber sido conducidos hasta allí los alambiques, los hornillos, las jarras y en una palabra toda la maquinaria necesaria para montar un establecimiento de esta clase. Ello no obstante, el Sr. Fernandez me enseñó cómo funcionaban estos aparatos que rinden diariamente hasta quince arrobas (187 kilógramos 500 gramos) de alcohol.



Los pantanos de Cañitas

Despues de franquear el rio Claro y otros arroyos, llegamos á Cañitas (mil doscientos cincuenta y seis metros), y luégo bajamos de nuevo al valle que se extendia hasta el mismo lecho del Cauca. A la vegetacion de gramíneas que predomina en las lomas suceden las espesas frondas de la llanura inundada, y durante horas enteras erramos á través de inextricables pantanos, cubiertos de grandes *jusieuas* de hojas de sauce, melástomos morados, cañas de

(1) Por ejemplo en el mediodía de Francia, donde el cultivo inteligente del bambú es de éxito seguro. No hay madera más ligera, sólida y á propósito para las construcciones. Últimamente he tenido ocasion de ver en la propiedad del Sr. Mazel de Montsauve (Gard), á orillas del Gardon, cañas de bambú plantadas por millares, de diez á quince metros de longitud y gruesas como el brazo, que remuneraban muy bien á su inteligente propietario

bambú, arundináceas variadas y helechos acuáticos. A cada paso nos atascamos y á veces el agua nos llega al cuello. Por último divisamos una porcion de montículos que nos ayudan á dar con una pista para salir de aquellos malditos atolladeros.

A media ladera de una de las lomas encontramos unos pasadores de cuerda que conducen al paso de la balsa del Cauca. La balsa en cuestion es una especie de barca que pone en comunicacion ambas orillas del rio; pero cuando llegamos allí el rio la habia estrellado, por lo



El alcalde de Buenosaires

que no nos quedó otro recurso que atravesarlo en canoa, dejando que las mulas lo pasaran á nado. Más de dos horas invertimos en ello.

Hecho el desembarque el viajero se siente trasportado á una nueva region, pues si la orilla izquierda del Cauca es llana, la derecha es áspera y en vez de bosques inundados se encuentran montículos de arena y lomas de peñascos por entre los cuales serpentea el camino. Las mujeres que bajan á la orilla en busca de agua, parecen grupos de fellás del Nilo. Cubren su cuerpo con una saya de paño basto, llamado bayeta de Castilla, de un color azul oscuro, llevándola sujeta oblicuamente á la cintura; y en su mayoría tienen sangre india mezclada con la negra, como así lo atestigua su prolongado torso, sus miembros cenceños y la conformacion especial de su pecho comprimido. En su lenguaje domina un acento particular, que consiste en un ceceo infantil y en la supresion de la erre final, así por ejemplo dicen: —*Zidro, venga poacá,* en lugar de: «Isidro, venga por acá.» Nada más pintoresco que verlas bajar al Cauca con la jarra en la cabeza.

La verdadera region del Cauca alto no empieza sino despues del paso de la balsa. Desde allí y á partir de la altura de mil cien metros, vamos subiendo rápidamente hácia las cumbres donde las tres Cordilleras neo-granadinas se aglomeran con el monstruoso al par que sublime desórden propio de los volcanes del Ecuador. A lo sumo nos separan de Popayan cien kilómetros de camino, siempre remontando el Cauca, cuyo rio circula por allí á una altura de mil setecientos metros, presentando un desnivel medio no ya de veintitres centímetros por kilómetro como de Cali á Cartago, sino de seis metros y medio. El valle se angosta bruscamente entre una doble fila de alturas de arcilla roja mezclada con cantos rodados, de suerte que el Cauca bulle comprimido en sus sinuosas orillas, hasta encontrar la llanura á los tres grados de latitud norte, donde se ensancha para correr majestuoso y tranquilo hasta el salto de Juan García en el Estado de Antioquía.

A poca distancia se levanta la villa de Caloto, en una region caliente cuya temperatura media anual es de 23° correspondiente á su altura de mil diez metros. Caloto, al igual que Quilichao, fué fundado por Belalcázar en el año 1543. Esta poblacion en su primera época hubo de sufrir las incursiones sangrientas de los indios Pijaos. La leyenda se ha apoderado de alguno de estos hechos.

Llegamos de noche á Buenosaires. Nos instalamos convenientemente, no sin tropezar con dificultades que hubo de allanar el alcalde de la aldea (véase el grabado de la pág. 717), y despues de una cena compuesta de plátanos y huevos remojados con una copita de chicha, nos tendemos sobre el duro suelo y roncamos de lo lindo. A las nueve de la mañana del dia siguiente, despues de tomar la altura del pueblo que resultó ser de mil doscientos setenta metros, enteramente igual á la que publicó Codazzi, reanudamos la marcha á través de las lomas, dejando á la derecha el Cauca encajonado entre sus elevadas márgenes. El camino era cada vez más áspero, pues el terreno quebrado presentaba una sucesion de colinas cerradas hácia el Este por algunas cumbres, sobre las cuales se destacaba el picacho de la Teta, cuyo nombre debe á la forma especial de la roca que forma su cúspide. Insiguiendo mi costumbre, que esta vez por poco me cuesta cara, tomé la delantera á Daniel sin más objeto que herborizar un rato.

Y no se extrañe ahora que vuelva siempre al mismo tema, pues el eterno problema de todo viaje por la Cordillera consiste precisamente en avanzar. Este problema se resuelve; pero renace sin cesar como un fénix fatídico. De esas admirables regiones en donde la naturaleza ha agotado todas sus complacencias, solo el hombre parece destinado á ser excluido. Todo conspira á alejarle de allí, como si quisiera impedírsele que pueda penetrar los misterios de una hermosura y riqueza sin igual. Los valles más fértiles están cerrados entre los Andes; sus vericuetos son impracticables, innavegables sus rios y sumergibles sus playas. Además, no parece sino que los hombres de la conquista se pusieran de acuerdo con las razas autóctonas para trazar los caminos por los parajes más difíciles y más propensos á deteriorarse con el tránsito. Seria, en verdad, curiosa una monografía completa de los caminos de la Cordillera de los Andes; y sépase ahora que si insisto tanto en esta parte dolorosa del viaje, es porque de ella depende principalmente el porvenir de Colombia.

Ora hay que atravesar espesas malezas que azotan el rostro del pasajero durante jornadas enteras, como sucede en el camino del Quindio, entre el rio Moral y el San Juan, y si la lluvia ha doblegado las ramas, hay que resignarse á salir calado hasta los huesos.

Ora hay que andar por unos malditos caminos, cuyos ribazos, de un metro de altura, permiten apénas el paso de las mulas, de suerte que las piernas rozan en ellos, y se despellejan si no se ha tomado la precaucion de protegerlas con unas botas bien fuertes. Para mayor delicia, los estribos y las espuelas se enganchan á cada paso, dando tortura á las rodillas.

Más léjos se encuentran las llamadas *angosturas* ó sean canales en declive abiertos en la arena ó en la arcilla y de fondo tan estrecho que no pudiendo sentar las mulas más que un solo casco en el surco, se ven obligadas á cruzar las piernas para andar, con el aditamento de rozar de contínuo en las márgenes y de caerse por poco que pongan el pié en el empinado talud. Esas angosturas se encuentran á cada paso, y al cruzarse dos viajeros, no hay mas remedio que tumbar una mula para que la otra pase por encima.

A veces, y esto he tenido ocasion de verlo en Guavita y Aguas Blancas, la cabalgadura sube una empinada rampa sembrada de cantos rodados parecidos á balas de cañon, que ceden á sus pasos, y si tan voluminosas son las piedras ha de saltar de roca en roca, con grave riesgo de dar un resbalon y arrojar al jinete por las orejas.

En los caminos en que predominan los esquistos, de los cuales ofrece el rio Dagua un ejemplo pintoresco, las rocas suelen desprenderse en grandes masas ó tablas formando al caer formidables avalanchas de piedras y tierras. A esos desprendimientos se les llama *derrumbos*, y no sólo ponen en peligro la vida de los viajeros, sino que obstruyen los caminos. A veces se desploma una montaña entera y entónces hay que buscar entre los escombros un camino que la víspera no existia, y que tal vez desaparecerá al dia siguiente.

Al recorrer los senderos trazados en los flancos cespedosos de algunas pendientes muy rápidas, tal como sucede en las abruptas lomas que descienden del rio Bitaco al Dagua, se ven con harta frecuencia en el valle situado á algunos centenares de metros de profundidad, las osamentas de viajeros y mulas, que un paso dado en falso hizo rodar hasta el fondo del precipicio.

Los *barros*, *barrizales* y *pantanos*, segun la nomenclatura usada en el país, presentan una gran variedad de formas, que engañan por su aspecto al hombre más avisado.

—*A los barrizales..... por la mitad*,—dice un aforismo granadino; pero en ciertas ocasiones uno no sabe por dónde decidirse, pues la lluvia borra y confunde, no sólo las diversas sendas trazadas por las mulas, sino tambien la pista de los arrieros de la víspera.

Las caidas son peligrosas cuando hay barro en las bajadas, pues si las cabalgaduras llegan á caerse de cabeza, el jinete está perdido; y cuando no, se fracturan los remos, ó al forcejear, rompen los rejos y hacen añicos la carga. Respecto á la carga, hasta en los caminos ordinarios es preciso estarla componiendo de continuo.

Peores son todavía las tierras negras de Pasca á Fusagasugá, pues el camino presenta un perfil transversal muy inclinado, siendo poco ménos que imposible evitar los resbalones de las mulas, de modo que el jinete suele caerse con una pierna cogida debajo de ellas.

Y ¿qué diremos de los *caminos almohadillados* ó *camellones*, llamados así por asemejarse á una serie de almohadas separadas entre sí por profundos surcos, ó á una sucesion de lomos de camellos de dos jorobas?

Hemos hablado ya distintas veces de la forma en que se practica el paso de los rios, por lo que remito al lector á las descripciones consignadas en el presente relato.

Los puentes consisten comunmente en dos vigas con un lecho de faginas atravesadas y cubiertas de tierra, y como esta se cuela por los intersticios de las ramas, que por aditamento se van pudriendo, de ahí una serie de agujeros en extremo peligrosos.

Por las sabanas ó inmensas llanuras cubiertas de altas gramíneas, es menester buscar el camino á través de un dédalo de sendas trazadas por el ganado bravío, por los jaguares, los boas y los indios. A no ser por la brújula, más de un viajero hallaria la muerte en aquellas inmensidades.

Podria citar aún los *caminos de palos* dispuestos con troncos de árboles, por el estilo del que se encuentra en el alto de San Francisco; los grandes cenagales producidos por las inundaciones; los obstáculos formados por los árboles que al caer se atraviesan en los senderos; los glaciares de los *nevados*, en los cuales perecen sepultadas las caravanas; la travesía de los lagos y bosques sumergidos, á la buena de Dios; la navegacion en almadía ó en canoa; los vientos de las alturas capaces de desarzonar á un jinete; y eso áun sin mencionar las trochas que á veces los guías han de abrir á machetazos, llenas de dificultades y peligros. Prescindo de hablar de todo esto, pues sólo su nomenclatura ocuparia largo espacio.

Ahora bien, ¿quién diria que los Estados tienen la inaudita pretension de establecer peajes en tan infernales vericuetos y que se votan fondos y se destinan cantidades para su conservacion? Cuando dentro de un siglo la vasta inmigracion europea haya logrado transformar esas soledades, todo el mundo se preguntará cómo han podido transcurrir siglos enteros sin que sus habitantes comprendieran la imperiosa necesidad de sacrificarlo todo al empeño de dotar al país de buenas vías de comunicacion, ya que ellas son la fuente primera del bienestar y de la riqueza de un pueblo. Entónces serán leidas con asombro las páginas en que el viajero de hoy refiere con fidelidad sus cuitas y miserias.

El relato de una de esas jornadas miserables, que el poeta latino hubiera marcado de fijo con una piedra negra, lo encuentro consignado en mi cartera de viaje con fecha 13 de abril de 1876, y voy á trascribirlo literalmente:

«13 abril de 1876. Juéves Santo. — Buenosaires (Cauca). — A las seis de la mañana. — Termómetro: + 19°. — Llueve. — Barómetro 0m,660,5. — Altura calculada: 1,270 metros.

» Partida á las nueve, solo. Daniel vendrá á reunirse conmigo con el bagaje. El sendero sigue por unas lomas cubiertas de césped, entre el cual aparecen los *madroños*, y una apocínea de gruesas frutas ovaladas, oblongas y rugosas, llamada en el país *chocho:* probablemente es un *Echites*. A la izquierda la cumbre de la Teta domina la Cordillera central, y las montañas auríferas de Coloto y Quilichao alzan sus cabezas cubiertas de gramas y sus contrafuertes pelados.

»A una hora de camino, la mula tropieza y cae sobre unos cantos rodados, al borde de un precipicio. El menor movimiento en falso puede perderme. Se me queda el pié derecho en el estribo y no puedo sacarlo. Con una mano comprimo la cabeza de la pobre Mansita y me sirvo de la otra para cortar suavemente con un puñal la cincha y todas las ataduras de cuero. Luégo hago chasquear la lengua y la Mansita se levanta y yo tras ella. No hay que lamentar más que algunas contusiones leves. Despues de ensillarla de nuevo, reanudo la marcha, tanteando el camino con la mayor cautela.

»Un poco ántes del medio dia llego á una cañada profunda y angosta, por el fondo de la cual corre rumoroso el rio Oveja, poderoso tributario del Cauca. El descenso, con ofrecer peligro, se realiza sin contratiempo, por entre cantos rodados y arcillas espesas muy resbaladizas. A la una y media gano la orilla, cuya altura es de mil ciento noventa y un metros (term. $+29^{o},2$;—bar. $0^{m},667$). La corriente va creciendo á ojos vistas. A la sombra de unos grandes bambúes espinosos y con los piés hundidos en el cieno profundo y viscoso, aguardo á Daniel que ha de llegar con el bagaje. Verdaderas nubes de mosquitos y zancudos me devoran.



Una caida peligrosa

»A las dos aparece Daniel, el cual une sus voces á las mias llamando al pasero. Transcurre una hora y no aparece. No obstante nos consta que debe hallarse al otro lado del rio, que tendrá en aquel sitio unos ochenta metros de ancho. Empieza á llover y no he comido en todo el dia más que dos bolas de chocolate: el tiempo pasa: son las cuatro y media y la noche se aproxima. Remontar la orilla á través de las arcillas empapadas seria una locura: además, notamos con sorpresa que la corriente ha crecido en ménos de tres horas.

»Por fin, tomo la resolucion de ir por la canoa á nado. Un cable de crin, sujeto á un árbol en la orilla opuesta, se halla atado á un poste en la nuestra. Lo desato, le añado la *jaquima* de mi mula y despues de desnudarme remonto un tanto la orilla, á fin de tener más cuerda y librarme de verme arrastrado por la corriente, que á unos cien metros de allí choca contra las peñas formando un espantoso raudal. Con la cuerda entre los dientes, me arrojo al agua y empiezo á nadar; pero ¡ay! que no he contado con la fuerza desigual de la corriente, tan débil cabe á las orillas como impetuosa en el centro del rio, y en un instante la cuerda describe una gran curva, y yo me siento arrastrado. ¡Maldicion! La cuerda se me enrosca por el cuello y me ahoga. Me zambullo, logro desprenderme de ella y la abandono; pero la corrien-

te sigue arrastrándome, y estoy perdido sin remedio si no alcanzo la orilla ántes de la catarata. Lo consigo al fin, tras los más desesperados esfuerzos y Dios mediante, en los momentos en que Daniel lanzaba desgarradores gritos.

»Entónces óyense nuestras voces en el cerro vecino y á ellas contestan unos arrieros, logrando llamar la atencion del pasero, el cual aparece por fin y desata lentamente la canoa con imperturbable sangre fria. Me armo de paciencia y se verifica el paso sin novedad.

»Es ya de noche. El pasero se queda con los arrieros, y áun nos resta más de un kilómetro de marcha á través de la selva y por entre las piedras de una escarpada cuesta, para llegar á la cabaña de Aganche, donde sin duda podremos pasar la noche. Me coloco á la cabeza del convoy y despues de dejar suelta la brida sobre el cuello de la mula, me abandono una vez más á sus seguros instintos. Daniel sigue detrás, á pié y arreando á su rocin. Pero debia estar escrito que las congojas de ese dia no tuvieran término, pues el caballejo se cae panza arriba y perneando, cogido como una cuña entre dos rocas. Preciso es ayudar á levantarle, cortar los rejos y dejarle escapar por las espesuras, abandonar el bagaje, las colecciones y todo, para volver á tomar la cuesta, molidos de fatiga. Por último, á eso de las ocho de la noche, se detiene la mula ante una empalizada y unos ladridos furiosos saludan nuestra llegada á la choza de Aganche.

»—No hay posada,—exclama una mujer, asomándose á la puerta.

»En efecto, la choza está atestada. Otros viajeros, aún más dignos de lástima que nosotros, empapados, temblorosos de calentura, y de ellos uno moribundo, yacen envueltos en sus mantas en todos los rincones, en los bancos, etc., etc. Además, no hay nada que comer, y hemos de acostarnos sin cenar, despues de trece horas de marcha, transidos de desfallecimiento. Por fortuna huroneando por los rincones damos con una botella de aguardiente de caña, de cuyo licor espirituoso nos hacemos unas fricciones en la cabeza y en los piés y nos bebemos además algunos sorbos ántes de envolvernos en los cobertores y tendernos sobre la mesa, venciendo, con un sueño reparador, tantos y tales sufrimientos.»

Tal es en su forma rápida el resúmen de una de esas jornadas, no siendo raro que se reproduzcan con frecuencia en toda peregrinacion por las regiones de los Andes.

Al salir el sol estaba ya de pié y no hay que decir si me encontraba magullado.

A las siete fuimos en busca de las mulas y no estaban. La *manga* quedó abierta y se habian escapado. Dios sabe cuándo volveríamos á verlas. Salieron á perseguirlas y no pudimos partir hasta las nueve y media, reconfortados con un sancocho, ya que no sabroso, abundante.

¡Adios para siempre, Aganche: no puedes figurarte con qué alegría sacudo, no el polvo, sino el barro, de mis sandalias sobre tus habitantes groseros, obtusos é inhospitalarios!

Llenos de alegría, cual si nos hubiéramos librado de una horrible pesadilla, subimos las variadas pendientes de los contrafuertes de la Cordillera que descienden al Cauca. En Santa Marta (mil setecientos treinta metros) empieza la region de las brumas, presentando el carácter de la tierra templada-fria, y este carácter se acentúa aún más en el Almorzadero (mil novecientos metros) con las befarias, las masdevalias y las pleurotalias que allí crecen en abundancia.

En la aldea del Hatico, situada á mil novecientos veintiocho metros, se ve un grupo de casitas cuyos techos aparecen adornados de un modo especial, que ni habia visto ni he vuelto á ver en otra parte alguna. Están formados como los demás con paja de las lomas; pero en su arista tienen unos cojines trasversales con una serie de cruces de madera que ofrecen un aspecto original. El terreno de Hatico es arenoso, la aldea bien ventilada y sus casitas son muy aseadas. En las cercanías vuelvo á encontrar la gran araliácea, que habia visto ya en el alto del Potrerito, magnífico *Dendropanax*, cuya introduccion seria de desear, sobre todo, en los



Aldea del Hatico

jardines de la costa del Mediterráneo. El camino sube, baja y serpentea entre unas alturas de mil novecientos metros y unos valles de mil quinientos á mil seiscientos, en un terreno generalmente fértil. Allí se dan las naranjas más hermosas y ricas que he tenido ocasion de comer en la América del Sur. En los jardines de las cabañas más pobres se ven flores cultivadas que revelan un vago instinto de la ornamentacion. Los setos generalmente están formados con cierto arbusto que se parece mucho al manzanillo. Tal es el *Euphorbia cotinifolia* de Kunth, cuya variedad colorada encontré en el Cauca, cerca del rio de la Paila. La vegetacion de los barrancos es si cabe más bella. Una cinconácea de grandes hojas doradas por debajo, diversos melástomos de flores sonrosadas y otras especies parecidas, como las sinforinas, las befarias, las oncídias y otras orquídeas, amén de paperonias y numerosos helechos, matizan los linderos de los bosques con sus formas y colores á cual más encantador; de suerte que aquel camino parece la avenida de un ameno jardin saludable y arenoso, en el cual, gracias á su terreno permeable, apénas las lluvias dejan huella.

La comarca está muy bien cultivada. Las fourcroyas crecen allí admirablemente, produciendo una pita, de una longitud poco comun, que sirve y se emplea con éxito para la fabricacion de cordel. Algunas de las que encuentro al paso están floridas y tienen tallos hasta de ocho metros de altura. En las vertientes, cuyas rocas han quedado en descubierto por los desprendimientos, se ve el asperon en diversas formas, preponderando el ferruginoso, á

guisa de balas de cañon de superficie rugosa y exfoliada. Son muchos los minerales que le acompañan, tiñéndolo de variados colores, entre los cuales predomina el matiz negruzco. Esos bloques, cuyo tamaño varía desde el del puño al de una casa, presentan los ángulos desgastados por efecto de la accion erosiva, que es además la que ha sembrado el terreno de partículas plateadas, procedentes del desgaste de aquellos.

Este agradable sendero forma por espacio de algunos kilómetros un plano inclinado apénas, que conduce hasta lo alto de la cuesta que desciende hasta el rio de Piendamó, donde llego, solo, á las cinco de la tarde, en medio de un fuerte aguacero.

El alto de Piendamó se eleva mil novecientos cincuenta y cuatro metros sobre el nivel del mar, y el rio del mismo nombre corre por el valle á cien metros de profundidad.



Llegada á Popayan

Presiéntese la proximidad de un centro de poblacion importante. El espíritu industrioso de los habitantes de Popayan ha trascendido hasta á la viabilidad de la comarca, desde los tiempos de la ocupacion española.

Atraviesa el rio Piendamó un puente sólido y bien construido. Desde la opuesta vertiente hasta el rio Cajibio (mil setecientos ochenta y nueve metros) no median más que un par de kilómetros, y el Cofre (á igual altura) corre por allí cerca. Esos estrechos valles están separados entre sí por abruptas vertientes cubiertas de una vegetacion muy espesa, entre la cual crece la famosa quinina de Pitayó (1). Antes de desembocar en el Cauca, el rio Cofre unido al Miraflores y algunos otros afluentes, recibe el nombre de Palacé.

Consecuentes con su sistema de seguir en la traza de sus caminos la línea recta como la más corta entre dos puntos, los conquistadores españoles franquearon el último alto que

(1) Pitayó, ó sea el punto donde se recoge la preciosa corteza, es una aldea situada á veinticinco kilómetros de allí, á vista de pájaro, entre Silvia y Jambalo, sobre una de las estribaciones más quebradas de la vertiente Oeste de la Cordillera central, en una pintoresca comarca poblada de bosques.

separa el rio Palacé del valle de Popayan por medio de una vía empinada é intransitable, sobre todo para la carga pesada. Absurdo es el trazado, si bien el viajero consigue con ello tener á la vista un admirable panorama. Párese un momento ántes de emprender el último descenso, vuelva sus miradas al Sur y abarcará un espléndido golpe de vista. Envuelto en un anfiteatro de altas montañas, cuyos picachos se pierden entre las nubes, se despliega un delicioso mar de verdura de color de esmeralda formado por pomposas praderas, salpicado de bosques de un color más acentuado y esmaltado de un sin fin de puntos blancos que son otras tantas casas é iglesias. Al pié el rio Cauca, reducido á las dimensiones de un arroyo y parecido á una cinta de plata, se desprende de las vertientes de Puracé y va á confundir sus aguas con



Casas á la entrada de Popayan

las del rio del Molino hácia el Oeste, ántes de ir á encajonarse cerca de Julumito, entre ásperos ribazos. Y en el fondo del cuadro, entre los sauces *(Salix Humboldti)* que hacen allí las veces de nuestros álamos de Italia, se trasparentan los edificios de Popayan, capital del Estado del Cauca, llamada la «ciudad sábia.» La impresion que allí se experimenta es tan encantadora como duradera. Aquello es un oasis junto á un desierto; la Canaan de los Andes; algo, como la tierra bendecida entrevista por la Mignon de Goethe, donde uno quisiera vivir, amar y morir. (Véase el grabado de la pág. 724.)

Al descender la empinada cuesta sombreada por hermosos arbolillos, en los cuales suspenden sus guirnaldas bellas orquídeas, fuxias, lamuruxias y salvias entremezcladas con los tubos sonrosados y verdes de una preciosa gesneriácea (1), se acentúa más y más el carácter risueño de la vegetacion, hasta la misma ciudad. Franquéase el Cauca por medio de un hermoso puente formado por un arco rebajado de veinte metros de luz y otros tres dispuestos para ganar el desnivel del terreno. Por la orilla izquierda el puente está á nivel; pero por la derecha forma una rampa suave, rematada con un pórtico de carácter arquitectónico.

(1) Es la *Sciadocalyx digitaliflora* de Linden y André.

A partir del puente se abre una roza rectilínea de cinco kilómetros de longitud que conduce á la ciudad, formando una vía anchurosa, empedrada con guijarros y orillada de fosos. Dos paseos naturales, únicos en el mundo por su hermosura, orlan esta avenida verdaderamente régia: están hechos con variados arbustos que crecen libremente, sin que nunca hayan sido desmochados por las tijeras de podar de ningun zafio jardinero. Entre otros descuellan dos vegetales por todo extremo admirables: el primero, dotado de un follaje parecido al del árbol de cauchuc, es un euforbio arbóreo; el otro es la planta predilecta de los popayaneros, la flor de mayo. Imagínese un hermoso arbusto, de ramas enhiestas y lisas adornadas con hojas de color verde oscuro, ovales y puntiagudas, relucientes y dotadas de tres nervaduras longitudinales, y colóquese sobre ese fondo unas grandes flores solitarias, en forma de estrellas, anchas como la palma de la mano y pintadas de un hermoso color rojo magenta, con cinco gruesas manchas blancas en el centro, y se tendrá la flor de mayo, admiracion y deleite de los viajeros que recorren la comarca, y designada por los botánicos con el nombre de *Meriania maialis*, de la familia de las melastomáceas.

Rodeados de un cuadro á cada paso más seductor, que de vez en cuando se entreabria, dejando vislumbrar ora un verjel de naranjos, chirimoyas y avocateros, ora una amena pradera poblada de reses hundidas en la yerba hasta la barriga; aquí la pequeña iglesia de Belen construida sobre una loma, allá los gigantescos dentellones de la Cordillera, rebosando por doquier la vida y la riqueza, y con una temperatura de veinticuatro grados centígrados, llegamos á Popayan el dia de Sábado Santo (15 abril de 1876), con el cuerpo y el ánimo bien dispuestos para examinar y observar atentamente el cúmulo de maravillas sembradas por doquiera, á nuestro paso.

XV

DE POPAYAN Á PASTO (CAUCA)

Popayan; paisajes, la ciudad, su historia y descripcion.—Rengon el *Pastuso*.—El prelado de Popayan y los lazaristas.—Las cercanías de la ciudad; una tormenta en la Cordillera.—El volcan de Puracé; itinerario, descripcion, las *bocas viejas*, el rio Vinagre y la chorrera de San Antonio; aguas termales y salinas.—Partida para Pasto.—Los penados.—Rio Roble.—Timbio.—Cuevitas.—Quilcasé.—Langosta y fiebres.—Dolores y la señora de Córdoba.—Los rios Esmita y Santo Tomás.—Los Arboles.—San Francisco y el cultivo del arroz.—El condor rey en la quebrada de Guavita.—Llegada á El Bordo.

Antes de entrar en Popayan, el aspecto del hermoso paseo orillado de meriáneas cambia por completo. A la flor de mayo, suceden vulgares empalizadas, por encima de las cuales se divisan las alturas de las cercanías. La pequeña iglesia de Belen se levanta aislada sobre una loma situada á la izquierda del camino, y por el Este cierra el paisaje una serie de colinas y montañas cubiertas de potreros, sobre las cuales asoman los altos picachos de la cadena de los Andes dominados por los volcanes de Puracé y Sotará. Una curva del rio del Molino envuelve casi por completo la ciudad, ántes de entrar en el fértil valle para ir á reunirse al Cauca. Se le franquea junto á la misma ciudad por medio de un puente de muchos arcos construido en 1868, en sustitucion del antiguo, vetusto, angosto y ruinoso que aún subsiste un poco más abajo del primero.

Al salir del puente el camino forma una cuesta que se encarama hasta llegar á la ciudad, compuesta por aquel lado de casas altas y de buen aspecto, con galerías de arcos en el piso superior. (Véase el grabado de la pág. 725.) Desembócase luégo en una anchurosa plaza tapizada de yerba, y con una fuente en el centro que no deja de tener sus pretensiones arquitectónicas, sin embargo de que en vez de servir para apagar la sed á los habitantes, está abandonada á las suciedades de todos los chiquillos del barrio. En uno de los lados del vasto cuadrilátero se levantan las tristes paredes de ladrillo de una antigua iglesia, tostadas por la intemperie.

La ciudad de Popayan se halla situada á 2° 26″ de latitud Norte y 79° 9″ de longitud O. de Paris: goza de un clima delicioso, pues la temperatura que oscila entre los 18° y 24°, durante mi permanencia allí se mantuvo constantemente á 18°. El cielo se presenta casi siempre puro y diáfano, si prescindimos de las estaciones lluviosas, ó séase de marzo á mayo y de octubre á diciembre, y áun entónces las lluvias toman las más de las veces la forma de borrascas muy recias, pero poco duraderas.

La fundacion de Popayan se remonta á los primeros tiempos de la conquista, ó sea al año 1535, en que Belalcázar, despues de establecerse en Quito, envió á su lugarteniente Pedro de Añasco á explorar aquellas regiones. Al año siguiente, cediendo á los buenos informes que este le diera, se puso al frente de una expedicion, compuesta de doscientos soldados, ochenta caballos y cuatro mil indios auxiliares, que tomó el camino del Norte. En medio de una marcha arriesgada y teniendo que vencer una tras otra á las tribus indígenas, que huian aterradas ante los invasores, puso la primera piedra á Popayan el mes de diciembre de 1538 en el mismo sitio ocupado hasta entónces por los indios. Convertida la ciudad en punto de apoyo para sus conquistas sucesivas, fué desde entónces teatro de importantes sucesos. Veinte años despues de su fundacion el rey de España le concedió el título, á la sazon muy envidiado, de ciudad *muy noble* y *muy leal*; el pontífice Paulo III la erigió en sede episcopal en el año 1547, y á partir de aquel entónces sus moradores comenzaron á levantar iglesias importantes. La catedral, edificada por los misioneros jesuitas, es de órden jónico, y la iglesia de San Francisco, construida por los hermanos de la Propagacion de la Fe, de órden corintio. Existen en la ciudad otras iglesias de ménos importancia, entre las cuales solo merecen consignarse las capillas erigidas respectivamente por las hermanas de Santa Teresa y las Agustinas.

Tanto como por su riqueza y por su situacion privilegiada, Popayan fué célebre durante mucho tiempo por su universidad, por sus colegios y por los hombres notables que vió nacer en su seno. El nombre del astrónomo Caldas y el de Mosquera, geógrafo, general, dictador y presidente de Colombia, están unidos íntimamente á la historia de esta ciudad, víctima luégo de las guerras civiles, hasta el punto de que su poblacion ántes muy numerosa quedara reducida pocos años há á unos siete mil habitantes.

Vecino terrible de Popayan es el volcan de Puracé. En 1827 un terremoto destruyó una buena parte de la ciudad; en 1849 sobrevino una nueva erupcion, y en el decurso del siglo pasado se contaron hasta ciento veinte oscilaciones á cual más aterradora.



Procesion del domingo de Pascua, en Popayan

El dia de nuestra llegada á Popayan fué precisamente el Sábado Santo, y en su consecuencia, tuvimos ocasion de presenciar la original procesion que allí se celebra el domingo de Pascua, con el nombre de: «Entierro de Cristo.» (Véase el grabado de la pág. 728.)

En Popayan comíamos en casa de un tal Rengon, apodado el *Pastuso*, por ser originario de Pasto. Por cierto que diferia poco de las demás poblaciones del Cauca la alimentacion, consistente en el tradicional sancocho, ó como si dijéramos el plato nacional, compuesto de plátanos, patatas y pedazos de carne coriácea; huevos con plátanos fritos; dulces ó confituras secas de guayabas ó moras y la característica taza de espumoso chocolate acompañada de pedacitos de queso blanco, amén de un buen vaso de agua, con el cual dábamos fin á todas las comidas.



Despues de la tormenta: regreso á Popayan

Era el patron muy aficionado á los gallos de combate, y digno rival de Fígaro en el afan de divertir á sus huéspedes á fuerza de chistes y buenas ocurrencias. De él aprendí el célebre *calembour* de los tres santos del Cauca, que son *Sanjon*, *Sancudo* y *Sancocho*, juego de vocablos que quiere decir literalmente traducido: lodazal, mosquito y guiso, sin embargo de que la verdadera sal de la cosa pueden gustarla únicamente los hijos del país.

Visité los seminarios nuevos, el mayor y el menor, fundados hacia á lo sumo unos seis años por el señor Bermudez, prelado de Popayan, y confiados á la direccion de los padres lazaristas franceses, con objeto de convertirlos en una escuela normal de sacerdotes colombianos y regenerar la instruccion primaria. El seminario mayor, bajo la advocacion de San Camilo, se halla instalado en un antiguo convento de jesuitas que ha sido objeto de importantes reparaciones: hay en él un jardin en el cual se ensaya el cultivo de los árboles frutales europeos, y un buen gabinete de física y química. Los mismos padres han contribuido, por último, á la

fundacion de un hospital, que funciona admirablemente y cuenta con crecientes recursos, gracias á la noble generosidad de las señoras de la poblacion.

Durante mi permanencia en Popayan tuve ocasion de comprobar las cifras referentes á la altura de la ciudad, resultando ser de mil ochocientos trece metros sobre el nivel del mar; y ántes de tomar la vuelta del Norte me propuse hacer algunas excursiones botánicas por los alrededores de la poblacion y visitar las ricas quebradas situadas al pié del volcan de Puracé. Las recolecciones hechas por Hartwey en aquellos mismos parajes y las observaciones de M. Boussingault, me dispensaban en cierto modo de subir hasta el mismo volcan, por cuyo motivo me contenté con echar un vistazo á sus contrafuertes. Partí, una mañana, acompañado de Juan, en direccion de Coconuco. El camino en un principio corre encajonado entre dos márgenes y sombreado por unos árboles de tamaño regular: luégo se encarama serpenteando por unas lomas, apoyado en un ribazo, y por último se eleva bastante hasta atravesar unos frondosos bosquecillos, en los cuales crece una excelente especie de quinina *(Chinchona Pitayensis)*. Una vegetacion opulenta alfombra el suelo de todas las quebradas, el grueso tronco de los árboles, las peñas y hasta el lecho de los arroyos. Al franquear el rio del Molino descubrí numerosas aroídeas que me eran totalmente desconocidas y entre las cuales deben ser contados un *Philodendron* y un *Anthurium* de moradas espatas. El *Amaraboyo morado*, árbol perteneciente á la familia de las melastomáceas, alcanza allí una altura de veinte metros y el suelo aparece materialmente alfombrado con los restos de sus admirables flores de vivo color violeta, de las cuales recogí algunas con el intento de conservarlas en alcohol. En la bifurcacion de sus ramas las inflorescencias purpúreas de una orquídea que se cultiva ya en nuestras estufas, el *Pidendrum paniculatum*, agrega sus bellos atavíos á los bejucos enroscados pintorescamente y cubiertos de parasitarias.

Aunque partimos con un sol espléndido, un poco ántes de medio dia el cielo se encapotó de repente, flotando sobre la cúspide del Puracé negro penacho de nubes. A juzgar por la inquietud que produce en todos los miembros del cuerpo humano la saturacion eléctrica de la atmósfera, presentíase la formacion de una borrasca formidable. En las comarcas ecuatoriales un poco despues de la culminacion del sol, el calor que impregna á los tranquilos valles enrarece el aire y en pugna con las brisas frescas que bañan las cumbres, se produce una ruptura de equilibrio que al poco rato engendra espantosas tempestades. En tales momentos, ¡ay de los pasajeros que se ven sorprendidos atravesando los estrechos desfiladeros de las Cordilleras! El ímpetu del huracan, cuya velocidad va en aumento á modo de torrente estrechado entre dos paredes de rocas cortadas á pico, les arrastrará consigo cual débiles plumas.

En ménos de media hora nos vimos envueltos por el temporal. Juan apetecia ver hacia algun tiempo uno de esos fuertes aguaceros de los Andes, cuyas dramáticas descripciones habia leido, é iba quizás á verse complacido con exceso. En breves instantes el viento alcanzó el máximo de violencia. Arboles corpulentos se retorcian como pajas, gemian y estallaban bruscamente. Los rayos se sucedian sin interrupcion, abrasando la oscuridad con sus fulgores, y la voz horrísona del trueno retumbaba sin cesar, repercutida por el eco de las montañas. A cada nueva descarga, sentíamos retemblar el suelo á nuestras plantas. Las mulas, no parando mien-

tes en los precipicios, marchaban al azar con las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Un fuerte olor á azufre llenaba el ambiente..... En tanto seguíamos avanzando sin vislumbrar un asomo de refugio donde guarecernos entre aquellas peñas escuetas, en las cuales regolfaba la lluvia, formando torrentes amarillentos á nuestros piés, miéntras el ramaje nos azotaba el rostro y desgarraba nuestras vestiduras. Se hubiera dicho que asistíamos á la agonía de la Naturaleza.

Dos horas duró el espantoso cataclismo: por último, la tempestad empujada por una fuerte ráfaga descendida de las alturas del Sotará y el Puracé se corrió hácia el Oeste con vertiginosa rapidez. Por el Oriente asomaba un salvador rayo de luz que abria de nuevo las puertas á la esperanza y nos hacia olvidar el pasado peligro, miéntras los nubarrones cenicientos en un principio y blancos luégo, recogíanse pausadamente como el velo de una recien casada. Apareció un punto de cielo azul, que luégo se convirtió en ancho boquete, y por fin, el firmamento sereno volvió á mostrarse en toda su espléndida belleza. El aire estaba impregnado de calma y suavidad y los pulmones aspirábanlo con delicia. Los torrentes se escurrieron por las rápidas vertientes y en breve el único recuerdo que quedaba de aquel terrible diluvio eran unas gotitas colgadas, como graciosas perlas de rocío, en todos los tallos de las yerbas.

Por la tarde, al volver á Popayan, el camino de Belen, que habíamos recorrido algunas horas ántes á la sombra de hermosos árboles, estaba materialmente cubierto de ramas tronchadas, siendo en gran número los troncos que mostraban sus fibras al aire, hendidos por las exhalaciones eléctricas (véase el grabado de la pág. 729). Al llegar á la ciudad, dijéronnos que habian caido doce centellas; pero este espectáculo es allí tan comun, que ni la emocion más leve turbaba el semblante de las personas que nos dieron la noticia.

Puesto que he hablado del Puracé, el primer volcan en actividad que encontraba en mi camino, y si bien son en gran número las observaciones de sabios distinguidos á que ha dado lugar, no creo inoportuno añadir aquí algunas palabras.

Desde cualquiera de las alturas inmediatas á Popayan atrae las miradas del espectador la mole piramidal de esta hermosa montaña, situada al Este de la ciudad. Comunmente aparece coronada de nubes. Treinta años atrás su forma era orbicular; pero en 1849 sobrevino una explosion formidable seguida de una erupcion de barro, cenizas y otras sustancias, abriéndose un cráter de cien metros de diámetro, del cual brota constantemente como en el Vesubio una espesa humareda. Las aldeas de Puracé, Tambo, Coconuco y San Isidro, lo propio que la mayor parte de las habitaciones diseminadas por la comarca, quedaron medio sepultadas, y por poco la ciudad de Popayan, áun con distar veintisiete kilómetros del Puracé, sufre la misma suerte que Pompeya en el año 79 de nuestra era (1).

A partir de entónces, la cumbre del volcan presenta la forma truncada que se le vé en el dia.

Desde Popayan se puede ir al volcan de Puracé, bien por el camino de Poblason, bien

(1) En tiempo de Caldas la altura del Puracé era de cinco mil ciento ochenta y cuatro metros. En 1850, es decir, despues de la erupcion, el general Mosquera la encontró de cinco mil metros. En la actualidad es de cuatro mil novecientos diez y ocho, cuyos datos implican una baja de doscientos setenta y seis metros sobre la altura primitiva del volcan.

por el de San Isidro. El primero, más pintoresco que el otro, atraviesa una vegetacion espléndida entre riscosas montañas, con una temperatura deliciosa. En direccion de Coconuco los cerros aparecen sembrados de rocas de traquita, arrojadas por el volcan á enormes distancias: por todos lados surgen aguas minerales; y los indios de este valle son los que van á las alturas de Peletara y al Nevado de Coconuco en busca de nieve para hacer sorbetes, á que son muy aficionados los habitantes de Popayan.

Desde el pueblo de Puracé, situado á dos mil doscientos metros de altura sobre el nivel del mar, y cuya temperatura media es de $+13^{o},1$, se llega al volcan por unos senderos escarpados, encontrando al paso las cascadas del Molino y del rio Arambio, que está adornado con



Los cerdos trabados, cerca de Popayan

columnas de traquita y tiene un salto de ciento veinte metros; luégo se encuentran los bosques que los indios cultivan, y á la altura de tres mil cuatrocientos noventa y cinco metros los pajonales, hoy desiertos en razon de las cenizas, tan perjudiciales al ganado.

Con la altura se acentúa el aspecto desolado de las plantas muertas. Los frailejones *(espelecias)* muestran sus troncos escuetos sobre una capa de cieno de cincuenta centímetros á un metro de espesor. A los cuatro mil seiscientos ochenta y ocho metros empieza la region de las nieves perpétuas, que acusan un espesor de doscientos veinte metros.

Boussingault, en el año 1831, estableció su observatorio á una altura de cuatro mil trescientos cincuenta y nueve metros, con objeto de analizar los vapores de las *bocas viejas*, que los indios llaman aún hoy el *Azufral del Frailejon.* De un orificio que tenia entónces treinta centímetros de diámetro y hoy tiene dos metros, brota una columna de vapor que, segun aquel ilustre químico, se compone de vapor acuoso, gas ácido carbónico y gas ácido sulfhídrico. El vapor brota con una violencia tal que excede á la del viento en las más recias tempestades, de modo que se llevaria á un hombre como una débil paja.

No hay medio humano de subir á la cima para explorar el cráter superior: cien chimeneas de vapor rugiendo á un tiempo no pueden dar una idea del bramido de ese cráter: un hombre

gritando con fuerza al oido de otro, se oye apénas. Se desprende del suelo un vaho muy caliente y el espectador permanece envuelto entre las poderosas bocanadas de vapores sobrecargados de ácido sulfhídrico y carbónico. Para tenerse en pié en el plano inclinado de la montaña se requieren grandes esfuerzos; y el terror que muestran los guías indios es tan grande que no hay medio de hacerles seguir hasta semejantes alturas. Segun ellos, el cráter es la boca del infierno.

A cincuenta metros de la abertura, la temperatura es de + 18° á la hora meridiana; pero á diez pasos del cráter se eleva súbitamente hasta 40° ó 50°. Es más que probable que la columna de vapor al salir excede de 316°, calor bastante para volatilizar el azufre.



La cocina del alto de Cuevitas

A estos datos creo conveniente añadir los que dió Codazzi al volver de su ascension á este volcan.

«No puede dudarse, dice el sabio explorador, que existe allí una ruptura de equilibrio en el estado de la atmósfera: el calor inmenso del volcan determina una corriente ascendente, en tanto que el aire frio se precipita sobre la montaña. El viento debe tomar naturalmente una direccion totalmente contraria á la que tendria si saliese del mismo cráter. Es imposible, por tanto, llegar hasta la cumbre cubierta de nieve, por oponerse á ello, á más de la pendiente rápida y cubierta de lodo, el ímpetu del viento que daria en el suelo con el cuerpo de los ascensionistas. Tal les sucedió, durante la excursion que realicé, á dos de mis guías, y por cierto que temí perder mis instrumentos. Hube de resignarme á bajar sin ver el cráter superior, que no estaba entónces en actividad, pues no se oia rumor alguno, ni salia el más leve vapor de la abertura. A las tres de la tarde pude medir una parte de la cima, ceñida de nieve: el resto aparecia envuelto en una nube, sin que se elevara por encima ninguna columna de humo.

»A unos veinte metros debajo del cráter pequeño que queda descrito, existe un yacimiento

de azufre que se presenta en forma de agujas trasparentes y entremezcladas adheridas al suelo y reformándose de continuo á una temperatura de 90°, fenómeno que no puede explicarse de otro modo que atribuyéndolo á una combustion lenta del gas ácido sulfhídrico. Hay en este azufral una gruta horizontal abierta en una roca traquítica. Allí acuden los indios á hacer provision del azufre que van á vender á Popayan. El agua de la gruta, situada á tres mil novecientos noventa y dos metros, tenia 80° de temperatura, en ocasion en que el termómetro marcaba sólo + 3° al aire libre.»

Algunas de las aguas termales sulfurosas que brotan de las laderas del volcan, entre ellas las de Coconuco, que presentan una temperatura de + 130°, empiezan á ser utilizadas por los habitantes del país para el tratamiento de las afecciones cutáneas. Hay otras que al brotar hierven y marcan de 72° á 73°.

A no mucha distancia del Puracé puede admirarse uno de los saltos de agua más hermosos de la América del Sur: tal es la *chorrera de San Antonio*, conocida tambien con el nombre de salto del rio Vinagre ó Pasambio. El agua forma un solo chorro y se precipita desde unos ochenta metros de altura. Más abajo se encuentra una catarata más pequeña, llamada *cascada de las Monjas*, que se arroja entre dos paredes traquíticas verticales. Las aguas del rio Vinagre son tan ácidas, que es imposible permanecer un rato junto á la cascada de San Antonio sin sentir en los ojos, bañados por la espuma, un escozor altamente doloroso. Boussingault calcula que en el espacio de venticuatro horas se desprenden del rio Vinagre treinta y ocho mil seiscientos kilógramos de ácido sulfúrico y treinta y un mil seiscientos de ácido hidroclorhíco. Los efectos de esas aguas son tales, que no puede vivir un solo pez en el Cauca en un trecho de sesenta kilómetros, hasta su confluencia con el Palace.

Posee además este volcan ricas salinas yodíferas en la masa traquítica, hecho por demás curioso geológicamente considerado, y que hasta aquí no tiene precedentes en toda la Colombia.

El dia 19 de abril salimos de Popayan en direccion de Pasto, y Juan se quedó uno ó dos dias para últimar una expedicion de cajas. Deseaba recorrer el valle del Patia, con objeto de estudiar su sistema hidrográfico. Este valle es malsano y poco frecuentado. Encajonado entre altas cordilleras, el calor, reverberado por los pajonales agostados, llega á ser insoportable, y además, despues de las inundaciones del rio, despide miasmas deletéreos, cuyos gérmenes mortales lleva á lejanas distancias el aire de las montañas. Son contados los viajeros que pueden gloriarse de haber escapado á las terribles fiebres del Patia.

Al salir de Popayan, el camino se empina hácia los arrabales compuestos de chozas enguirnaldadas de campanillas, capuchinas y otras flores brillantes. En cada puerta hay una tienda.

La raza de indios cruzados de español, es allí algo diferente de la que he tenido ocasion de observar en otras partes. En los de Popayan no se ve el menor asomo de sangre negra y todos los indígenas que encuentro al paso tienen la tez achocolatada y las piernas cortas: son derechos, regordetes y musculosos. Su nariz ganchuda, de anchas ventanas, sus ojos pequeñuelos y sus cabellos lacios, negros y recios les dan mayor semejanza con los tipos

salvajes del Amazonas y de las vertientes orientales de los Andes, que con la raza quichua ó con la hispano-africana.

Alrededor de las chozas se ven pequeños huertos rodeados de empalizadas mal unidas, siendo chocante el medio de que se valen los naturales para evitar que los cerdos que vagan en libertad puedan atravesarlas: al efecto les ponen un collar de palo compuesto de una horquilla y un travesaño en forma de triángulo y á veces da lugar á divertidas escenas el inútil empeño de los paquidermos para llegar á las plantaciones de batatas y yucas (Véase el grabado de la pág. 732).

El camino es bueno y está bien conservado; la sorpresa producida en mí por esta novedad, cede al ver á una cuadrilla de presidiarios con grillete al tobillo, que bajo la vigilancia de algunos soldados, que fraternizan mucho con ellos, trabajan en su conservacion, fumando y cantando juntos guardianes y penados, hasta el punto de que léjos de mostrarse cohibidos á nuestra presencia, se nos acercan en demanda de limosnas y cigarros. Inútil es decir que con esa libertad, malditas las ganas que tendrán de poner piés en polvorosa.

En los repliegues del terreno, el más quebrado que he visto en el mundo, en todas las anfractuosidades de las rocas, en las raíces, troncos y ramas de los árboles, por todas partes, en fin, se ostentan las plantas más encantadoras.

A cuatro kilómetros de Popayan atravesamos el rio de los Brazos, que corre por un valle cubierto de verdura.

Al medio dia llegamos á orillas del brazo menor del rio Roble (mil ochocientos diez y siete metros) y dos horas despues junto al brazo mayor (mil ochocientos cincuenta y seis): este rio debe su nombre á unos magníficos robles que sombrean la corriente, al pié de los cuales crece una familia de delicados helechos.

En la cumbre de la cuesta inmediata se necesita hacer un momento de alto: en aquel sitio llamado la cuchilla del Tambo se encuentra la línea divisoria de las aguas del Cauca y de Patia. Volviendo la cara hácia el Norte se divisa la vasta llanura del Cauca, cuyo relieve envuelve la neblina y en cuyo centro se yergue la montaña aurífera de la Tetilla. En la Cordillera central se distinguen los picos de la Teta y de Chapa, y más hácia la derecha el de Munchique, cerca de Quilichao. Hácia el Sur, por el contrario, vemos por primera vez las peladas pendientes que se hunden en el profundo valle del Patia, cuyas aguas socavan incesantemente el suelo sobrado flojo, hasta dar con la osamenta de esquisto alternado con los terrenos de sienita.

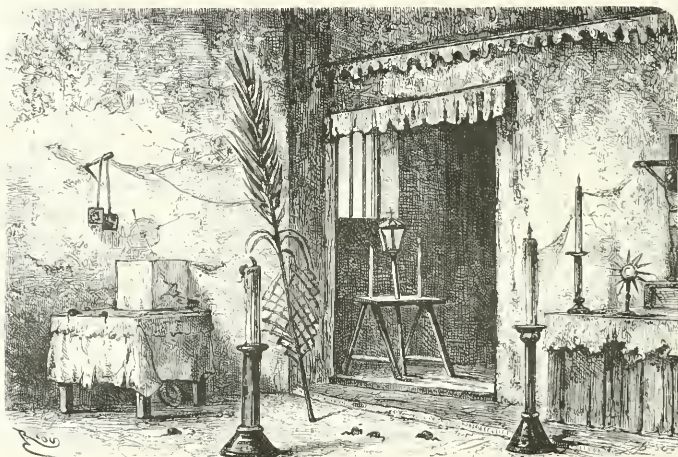
Allí cerca, en el mismo sitio ocupado hoy por la aldea de Tambo, trabó Belálcazar la batalla que consumó la sumision definitiva de los indios.

Al descender al valle del Patia se encuentra primero el rio Timbio, á mil ochocientos setenta y ocho metros, y luégo la aldea del mismo nombre, á mil ochocientos noventa y tres, en medio de unas lomas muy inclinadas y cubiertas de bosquecillos. Hay por allí, junto á la casa Alegría, una cañada á la cual dan sombra bellos robles de treinta metros de altura, cuyo majestuoso ramaje aparece lleno de bellotas del tamaño de las castañas de Indias.

A las cinco y media de la tarde llegábamos al alto de Cuevitas, situado junto al rio Pie-

dras y á más de dos mil metros de altura, desde donde gozamos del espectáculo de una soberbia puesta de sol.

Por el fondo del magnífico paisaje corre el rio Patia, del cual se levantaban á la sazon vellones de nubecillas blancas como la nieve. De súbito caí desde el sexto cielo á la más prosaica realidad. Anocheció de repente, como sucede siempre en el Ecuador: la puerta del rancho estaba abierta de par en par, y en el interior se veia, en medio del mayor desórden, una escena singular á la luz de una vela verde, que dos muchachos casi desnudos se pasaban alternativamente. A un lado una mujer daba el pecho á un rorro; al otro la casera desplumaba un pavo tierno con los dientes; y un hombre avivaba el fuego del hogar, en el cual hervia un gran puchero resquebrajado lleno de arroz procedente de las provisiones que traíamos de reserva. (Véase el grabado de la pág. 733.) Dentro y fuera de la cabaña el suelo estaba mojado,



Interior de la iglesia de Do'cres

y á las dos horas de estar aguardando, hubimos de contentarnos con aquella cena parca en extremo y con pasar la noche tendidos sobre el suelo húmedo y frio.

Desde el dia siguiente se reanudaron los caminos escabrosos: ántes de llegar al rio Piedras pasamos tres horas mortales de cruel martirio, por un camino cubierto de arcillas esquistosas reblandecidas por los últimos aguaceros. A las tres y cuarto franqueábamos el rio de Quilcasé, afluente del Patia. Al remontar su márgen izquierda, cubierta de pantanos parecidos á las praderas movibles del Limusin, nos vimos envueltos por espesos torbellinos de langostas, con el aditamento del hedor producido por las hembras que mueren despues de poner sus huevos, envenenando el aire con sus pútridos miasmas.

Riéndonos estábamos de las ridículas consejas que contaban los guías á propósito de esta plaga, cuando Fritz, que se habia puesto lívido como un difunto, fija sus ojos en los mios y murmura con voz entrecortada por un casteñeteo de dientes:

—Tengo fiebre; acostadme.

Me apeé en seguida del caballo, y le bajamos los guías y yo, dejándolo tendido sobre la

yerba y envuelto en todos los abrigos que teníamos á mano. Tras una serie de estremecimientos que duraron por espacio de media hora, sobrevino el acceso, violento, prolongado, delirante. Pero cuando disminuyeron las pulsaciones, volvimos á colocarle en la silla para terminar la ascension á través de los cantos rodados, ganar el alto de la Horqueta y llegar, entrada ya la noche, al lugar de Dolores. Afortunadamente llevaba yo una carta de recomendacion para la señora Doña Santicos Córdoba, hermana del general del mismo apellido, presidente del Estado de Tolima, á quien conocí en Ibagué, y gracias á las esmeradas atenciones de esta buena señora, mi excelente compañero pudo recobrar á poco las perdidas fuerzas.

Dolores, ó por otro nombre Horqueta, es una pobre aldea de trescientas almas, encaramada en una montaña, desde la cual se dominan los rios Quilcasé y Esmita, y rodeada por sus tres costados de escarpadas peñas cubiertas de una vegetacion muy poderosa. Por el lado del Mediodía se divisa una serie de soberbias montañas que corren en direccion de los Arboles y del Patia. La plaza pública, cuya altura resultó ser de mil ochocientos diez y nueve metros, tiene en la parte más elevada un vetusto cedrelo, cuyas primeras ramas desaparecen bajo unas espesas matas de floridas estanópeas, y cerca del árbol se destaca la modesta fachada de la iglesia parroquial. En el interior del templo reinan la miseria y la desnudez (véase el grabado de la pág. 736).



El condor *rey*, en la quebrada de Guavitas

A las siete de la mañana del dia de la partida, nos hallábamos camino de los Arboles, envueltos en una densa niebla y tropezando y resbalando sin cesar, sin encontrar ni un triste arriero, ni una mala mula por aquel camino real, consecuencia inevitable de la apatía de los naturales, y áun debe añadirse que del gobierno, el cual, absorto en las complicaciones de la infernal política, no se cura poco ni mucho de mejorar las vías de comunicacion.

Se franquea el rio Esmita y por dos veces consecutivas el de Santo Tomás, á mil dos-

cientos cincuenta y á mil ciento noventa y dos metros de altura. Por entre las peñas se ve la hermosa *Bletia rosea*, y abundan las orquídeas y bromeliáceas. En la quebrada de Santo Tomás, que es muy curiosa por el ímpetu que lleva la corriente, y por la naturaleza de sus cantos rodados, distínguese la sienita, las traquitas y un dialaje de los tonos más raros. Junto á la orilla crecen en abundancia cañas bravas, nigas, crotones, y un sin fin de malváceas y otras plantas nuevas, en cuyo exámen me entretengo hasta perder de vista la caravana. Luégo me pierdo por una complicada serie de senderos llenos de barro, sembrados de hoyos y orillados de precipicios y derrumbaderos, y á lo mejor me encuentro en la orilla izquierda del rio, cuando debia hallarme en la derecha. Mal lo hubiera pasado á no divisar unos grandes *Ficus* plantados sobre una cuchilla, los cuales dan nombre al rancho de los Arboles y que ya conocia por haberlos visto de léjos, los cuales sirviéronme de guía para llegar ántes de anochecer sano y salvo y cargado de plantas y de piedras y no del todo descontento, á la casa de Tomás Figueroa, que hallé atestada de pasajeros, los cuales departian con mucho calor sobre las mayores ó menores probabilidades de la guerra.

Partimos de los Arboles el dia 23 de abril, despues de pasar una noche muy agitada, y continuamos á través de las lomas desnudas. Desde la Puertica (mil cuatrocientos cincuenta y nueve metros) los *regalgares*, que son una especie de solanáceas de gruesos frutos amarillos en forma de cuerno *(Solanum mammosum)*, abundan en las orillas del camino y junto á las habitaciones, como entre nosotros el estramonio. La Puertica se compone de dos chozas, y en Santa Lucía no hay más que una. El terreno se inclina hácia el Sur, y en las yerbas secas que lo cubren por completo, el sol reverbera sus rayos como en un espejo.

En el alto de San Francisco (mil seiscientos diez metros) no se modifica aún el desolado aspecto del país, y no se ve un ave, á excepcion de los gallinazos que nos acompañan revoloteando silenciosamente, cual si aguardaran la caida de alguna mula estropeada para devorar sus entrañas palpitantes.

La aldea de San Francisco se compone de algunas casas agrupadas al pié del alto del mismo nombre, y sus moradores viven dedicados al cultivo del arroz en los terrenos de regadío. Una linda muchacha ocupada en las tareas necesarias al efecto, me entera del sistema de cultivo en uso, que consiste en lo siguiente: Entre junio y agosto se riega el terreno, luégo se incendian los pajonales y se hace la sementera hácia el 24 de setiembre. Seis meses despues se cosecha el grano, se descascara en unos morteros y sin más preparativo se envasa en unos sacos de cuero de una forma particular, capaces para veinticuatro arrobas (200 kilógramos) de grano, el cual se vende por término medio á veinte reales (diez pesetas la arroba), precio muy elevado, que por sí solo indica los pingües beneficios que podria reportar este cultivo desarrollado en debida forma.

Desde San Francisco, siguiendo á través de una meseta, llegábamos en tres horas á la quebrada de Guavita, tan pedregosa y áspera como pintoresca, con su abundante espesura de pitcarnias cubiertas de espigas de color de escarlata. Las aguas de la quebrada corren encajonadas entre dos altas paredes verticales que presentan el aspecto más salvaje. A mi paso por allí tuve ocasion de presenciar de nuevo el festin del gran condor de los An-

des *(Sarcoramphus Papa)*, enteramente idéntico al que habia ya observado en Cartago. El condor-rey, rodeado de un enjambre de gallinazos cobardes y serviles, colocados á distancia, hundia el pico en las entrañas de una vaca, sin que aquellos se atrevieran á disputarle la presa (véase el grabado de la pág. 737).

Por fin, despues de una tormenta que tuvo más de amenazadora que de terrible, y de seguir durante largo trecho la orilla izquierda del pintoresco rio Guachicono, llegamos ántes de las seis de la tarde á la aldea del Bordo, á la postre de una jornada de más de cuarenta kilómetros.

XVI

DE POPAYAN Á PASTO (CAUCA)

El rio Patia; geografía física y metereológica de la region.— Los negros *patianos*. — La mosca *nuche*. — El Bordo; costumbres, usos, juegos.—Poesía fúnebre del Patia.—Marco-Antonio y el *bambuco*.—Paisajes.—Calenturas.—Plaga de langostas.—Bosque de limoneros. —El coca.—Paso del rio Guachicono.— Los dos Rios.— Mercaderes.—El salto del rio Mayo.—Cascadas de la Caldera.—La Union. —Berruecos y la viruela negra.—Olaya.—Las escaleras de Juanambú.—Ortega.—Meneses.—Llegada á Pasto.

El Patia es uno de los rios más extraños y pintorescos del mundo; nace en los flancos del volcan de Sotará en la Cordillera central y á poco se precipita de una escarpada roca formando una elegante cascada. Cerca de allí, en el Páramo del Buey, tienen tambien su nacimiento dos poderosos rios vecinos: el Magdalena y el Cauca.

El Patia, cuya longitud total excede de cuatrocientos cincuenta kilómetros, recorre un trayecto de unos ochenta, con los nombres de Sotará y Quilcasé, que cambia por el de Patia desde que recibe el Timbio. Su curso superior encerrado entre altos y escarpados montes, describe una curva inmensa de Este á Norte y Suroeste, entrecortada por otros valles concéntricos, ásperos todos, formando en su conjunto un sistema oro-hidrográfico de los más extraordinarios. Encerrado luégo entre dos de las ramificaciones principales de las Cordilleras, y acrecentado con las aguas de sus tributarios Guachicono, Mayo, Juanambú y Guaitará, rompe el dique que le separa de las costas del Pacífico tal como el Danubio atraviesa los Cárpatos en las Puertas de Hierro para precipitarse en el mar Negro. Sólo que más allá el Patia tuerce bruscamente hácia el Norte formando un ángulo agudo, se escapa de los repliegues de la Cordillera occidental que le retienen en angostos valles, y luégo de ofrecer una gran extension de curso navegable, desagua en el Océano por un inmenso delta.

Desde los parajes que acabamos de abandonar en los elevados picos de la Cordillera occidental, como por ejemplo los cerros de San Juan ó de Guavas, á tres mil metros de elevacion, puede contemplarse un espectáculo extraordinario descrito por Codazzi y que yo tambien tuve ocasion de ver en el Ecuador.

Codazzi pasó la noche en la cumbre del cerro de Guavas, que domina el Tambo cerca de Popayan, y despues de preparar una base para medir los valles vecinos, tenia el teodolito en la mano, cuando una espesa nube envolvió todo el valle y veló las altas cordilleras por el Oeste, miéntras que el cielo permanecia despejado hácia Levante. En el momento en que el sol asomaba por detrás de los cerros, el observador vió su imágen dibujarse en proporciones

enormes sobre la nube de enfrente, rodeada la cabeza de una aureola luminosa é irisada con los colores del prisma. Igual efecto habian observado anteriormente Bouguer y Ulloa en los Andes de Quito, y por este motivo recibió el fenómeno el nombre de «espectro de Ulloa.» En él se combinan dos fenómenos distintos: la aurora boreal y el arco íris circular completo. Aquella se observa en las regiones polares, cuando coinciden la aparicion de la nube y la del sol. Entónces al proyectarse la sombra sobre la nube, aparece la cabeza rodeada de una aureola luminosa cuya intensidad disminuye desde el centro á la circunferencia. Esta aureola se debe á la reflexion de la luz en las gotas de agua condensadas en la nube. En cuanto al arco íris se forma en el momento en que los rayos solares pasan á través de esas gotas de agua, y para que sea circular y completo, es preciso que el espectador se coloque en la cumbre de una montaña elevada. Entónces se observa que su intensidad aumenta con la vivacidad de la luz. Además, para que el espectáculo aparezca en todo su esplendor, precisa que la nube sea trasparente y esté colocada á corta distancia del espectador. El espectro dura con frecuencia de treinta á sesenta minutos, desapareciendo á medida que las nubes adquieren un tinte blanquecino, se disgregan y se remontan al zenit como velo de encaje, para dejar ver de nuevo la admirable perspectiva de los cerros escarpados y de los profundos valles del Patia, y en lontananza hácia el Oeste, la costa del Pacífico y la isla de Gorgona como una mancha sobre el mar.

Por poco que desde las alturas de San Francisco ó del Bordo, observe el viajero á su alrededor los montes y valles que terminan en la hoya del Patia, descubre desde luégo que los profundos barrancos y las escarpadas lomas, están formados de un suelo poco consistente y removido por todas partes hasta la vaguada del valle principal nivelado por las aguas. Diríase al ver su contextura que ha pasado por allí un arado gigantesco.

En el fondo del valle del Patia, se presenta el subsuelo compuesto de esquisto alternado con la sienita; y por todos lados se encuentran salinas en explotacion, de gran provecho para la cria de ganado. La sal, merced al yodo que contiene, se usa además para la cura radical de las paperas, enfermedad muy comun en otras partes del Estado de Cauca.

Remontándose con el pensamiento á través de los siglos, imaginémonos la hoya superior del Patia y sus tributarios formando un inmenso lago subandino, alimentado por la incesante liquefaccion de los glaciares ó nevados, bajo la influencia del ardiente sol del Ecuador. Cien kilómetros de longitud por diez de anchura debia tener el vaso en donde el lago estaba encerrado recibiendo á mayor abundamiento las aguas pluviales de más de ciento sesenta miriámetros cuadrados. Una vez la enorme masa de agua hubo alcanzado una profundidad de dos ó trescientos metros, tal debió ser el empuje que imprimiria en la relativamente débil barrera que le oponia la Cordillera occidental cerca del Castigo, que debió operarse una ruptura instantánea. Furiosas las aguas, se precipitaron de las mesetas á los valles, formando el actual relieve de los terrenos, acentuado desde entónces por la continua accion de las aguas pluviales, cuyas avenidas se comprende que sean muy récias, con sólo tener en cuenta que desde el punto en que nos hallamos, á mil seiscientos metros sobre el Océano, hasta el pueblo de Patia, situado aproximadamente á ocho kilómetros de distancia, median trescientos ochenta metros de desnivel.

Semejantes condiciones influyen de un modo especial en la salubridad del clima. La enorme profundidad del valle con relacion á la altura de las Cordilleras vecinas, sus curvas de poco radio que impiden el paso longitudinal de los vientos, las inundaciones que son allí tan frecuentes, el calor intenso que reina en las hondonadas, los vientos frios que de noche bajan de las cúspides, y la rápida evaporacion de las heladas aguas que bruscamente cobran una elevada temperatura, todo contribuye á la insalubridad del valle del Patia, terror del viajero y áun de los mismos indígenas. Los indios que vimos en los alrededores de Popayan, ya no se encuentran aquí; tan sólo la raza negra y mestiza puede soportar impunemente las terribles emanaciones de aquel país.



Danza del bambuco en la aldea del Bordo

La poblacion negro-india se estableció y multiplicó en el valle del Patia, dedicándose á la pesca; removió, á menudo con buen éxito, las arenas auríferas del rio; cultivó en un suelo fértil, la caña dulce, el plátano, el café, el cacao, la yuca, y crió mucho ganado en buenos prados preservados por excepcion de las devastaciones de la mosca *nuche* (1).

Tal es, en resúmen, el aspecto físico del Patia alto y medio, visto desde las alturas del villorrio el Bordo, poblacion de tan escasa importancia que ni áun se menciona en las geografías colombianas; pues sólo se compone de unas treinta casas y una barraca con techumbre de paja que hace las veces de iglesia. El dia despues de mi llegada era domingo, y ví salir de misa á las mujeres arrastrando por el barro largas faldas de percal de vistosos colores, abierto el corsé, y calzados los piés con zuecos de una forma particular. De regreso á sus viviendas iban á preparar el almuerzo, miéntras los hombres se ponian á jugar á una especie de chito ó bien cantaban acompañándose con la guitarra.

---

(1) La *nuche* es una mosca verde parecida al tábano, que pica al ganado depositando un huevo bajo su piel. La larva que nace á favor de la supuracion subcutánea, alcanza el tamaño de una haba formando un tumor indurado que se inflama rápidamente. Despues de la metamorfósis y salida del insecto, persiste el tumor y forma sobre la piel una induracion que desmejora considerablemente al ganado. Esta plaga es muy comun en el valle de Popayan.

En todo el Patia las mujeres llevan los rorros á horcajadas sobre las caderas, posicion poco graciosa, que á veces lastima á las pobres criaturas; pero que deja libres los brazos á las madres. Vueltas esas mujeres á sus casas, quítanse inmediatamente sus trajes de cola.

La aficion á los objetos brillantes, telas, imágenes, joyas, etc., llega á la exageracion entre los habitantes de ese país, con lo cual no desmienten la tendencia peculiar de la raza negra y sus derivadas.

Existe, además, otra costumbre especial que no debe pasarse en silencio, cual es la de fijar en el interior de las casas, poesías fúnebres impresas y orladas de negro. De vez en cuando, pasan por el país poetas y libreros ambulantes que se presentan ante las familias que acaban de perder un sér querido y les endilgan una lamentacion improvisada á *gusto del consumidor*. Una vez aceptada la composicion, la llevan á Popayan para imprimirla y la remiten á los interesados contra reembolso. Es imposible imaginar nada más enfático que esas muestras de dolor comprado, y no obstante las familias las leen y releen hasta aprendérselas de memoria.

Pero dejemos á un lado tristes espectáculos, á los acordes alegres que llegan hasta nuestros oidos. Acaban de decirnos que en una vivienda de la parte alta del pueblo se ha organizado un *bambuco* mónstruo. El *bambuco* es la danza nacional. La fiesta se celebra en casa de un negro barbudo, llamado Marco Antonio, y es de carácter privado. ¿Se nos permitirá la entrada? Fritz y yo lo intentaremos, presentándonos en compañía de un hijo de la poblacion. Son las dos de la tarde, y la sala tiene cerradas todas las ventanas. A nuestra llegada pára la orquesta en seco, y nos quedamos de pié en medio de la estancia hasta acostumbrarnos poco á poco á las tinieblas, sólo ligeramente atenuadas por algunos rayos de luz que penetran por los intersticios de las hojas de las puertas. El *dueño* de la casa se digna acoger con majestuosa benevolencia nuestro deseo de asistir al baile, para comparar con las nuestras sus danzas, «de las que tanto nos han hablado.» Satisfecha su vanidad con esta declaracion, da órden á la orquesta de continuar con más vigor que ántes. Los ejecutantes son seis, sentados al fondo del local sobre un banco rústico. El primero toca el *tiple* ó la bandurria, del tamaño de media sandía, cuyo instrumento hace las veces de primer violin. A su lado se sienta el *maraco*, compuesto de dos calabazas con mango de palo y llenas de semillas negras de achira; este instrumento se toca agitándolo como los antiguos chinescos ó campanillas. Siguen dos guitarras ó *vihuelas segundas* de la misma forma que la primera, pero cuatro veces mayores, las cuales reemplazan al violin segundo y al violoncello. Viene á continuacion el *tambor*, equivalente al bombo, que descansa horizontalmente en el suelo y es sacudido á fuerza de brazos con una baqueta forrada de piel. Por último, el *cuño* desempeña el oficio de *tamboril* y *pandereta*, siendo un instrumento muy parecido á un enorme pote de confituras tapado con su papel, el cual se toca con los dedos, las uñas, el puño, los codos y las rodillas (1).

El efecto de esta orquesta medio salvaje es de todo punto indescriptible.

Marco Antonio, con la sonrisa en los lábios, no quiere dejar á nadie el cuidado de desplegar ante nosotros las gracias del bambuco nacional. Elige su bailadora, se echa la rùana atrás,

(1) En el valle del Cauca, desde Cali á Cartago y más allá, al tambor pequeño se le llama *pandereta*: á la guitarra menor *bandola* y el *maraco* es remplazado por el *alfandoque*, especie de bambú lleno de semillas que se agita con estrépito.

se cuelga un pañuelo de seda al cuello, coge los picos, se pone en jarras y comienza la persecucion. Digo persecucion porque eso y nada más es el bambuco que he visto bailar. La bailadora retrocede, gira sobre sí misma con los ojos modestamente bajos, balanceando los brazos y sin levantar apénas los piés del suelo: escapa sin cesar á los obsequios de su pareja, resistiendo á todas las seducciones que despliega ante ella. Ese manejo dura horas enteras, hasta que despues de mil vueltas y revueltas, cae por fin bajo la fascinacion de los ojos inexorables del bailador, quien entónces la coge en sus brazos y rendida y palpitante la lleva á la sala vecina, donde la esperan refrescos en forma de copas de aguardiente y cigarros de tabaco negro. (Véase el grabado de la pág. 741.)

Salimos del baile y empleamos el resto del dia, visitando los alrededores, inspeccionando los pintorescos repliegues de las montañas y reuniendo datos sobre la region. La caida de la tarde era magnífica; distante aún el sol del horizonte, estaba medio velado por fajas de negros nubarrones, ribeteados de gris y plata. En un tumultuoso océano de montañas de esquisto y arcilla roja se veian los pálidos tonos de los vastos pajonales, y sólo el fondo de las quebradas aparecia sembrado de arbustos y árboles de vigorosa silueta.

La muralla que limita la orilla izquierda del Patia, presenta las capas horizontales de sus estratificaciones en sentido de Este á Oeste; pero hácia el Sur, entre dos lechos diferentes, cambia su direccion presentándose de Norte á Sur, por efecto de una dislocacion debida á un movimiento de oscilacion de la Cordillera occidental. Por el Este, las apófisis de la Cordillera central, cuyas crestas son arqueadas y semi circulares, están interrumpidas por picos traquíticos como el de Lorma. La vista se dilata á lo léjos hasta alcanzar la orilla izquierda del Guachicono, á lo largo de cuyo rio las capas estratificadas esquistosas se manifiestan de Este á Oeste, hundidas por consiguiente sobre la base de los picos de la Cordillera central, en tanto que en una seccion vertical espontánea, aparecen horizontales y en direccion de Norte á Sur. La rápida inspeccion de la comarca desde aquel punto, revela claramente el indicado movimiento de oscilacion. A lo que parece, ó bien la Cordillera central ha descendido despues del levantamiento general de las montañas, ó los terrenos de sedimento, prensados y cogidos como con una tenaza entre dos cordilleras, se han hinchado rompiéndose por el centro é inclinándose hácia el pié de los cerros laterales.

En cuanto llegó Juan, que se habia quedado rezagado con los mulos, me despedí de los habitantes de Bordo. Por espacio de dos horas no cambió el terreno, cubierto de lomas, al pié de las cuales serpentea un camino, cuando no pedregoso, lleno de barro; pero no relativamente intransitable. En poco tiempo atravesamos dos veces la quebrada Bobo y unos rios sin nombre, cuyo lecho se hunde gradualmente como lo atestiguan las capas superiores de aluvion llenas de cantos rodados. Los pocos arbustos que se ven en el camino, pertenecen al género *Croton* y aparecen totalmente cubiertos de plantas trepadoras, cucurbitáceas, ipomeas y dalecampias. Al propio tiempo tuve ocasion de recoger un ejemplar de vainilla silvestre con frutos.

A las doce y media del dia llegábamos al pueblo de Patia (635 metros), con un calor sofocante y húmedo, al fondo de un valle donde por todas partes se respiran calenturas. Una iglesia grande y destartalada con muros de barro medio hendidos; miserables cabañas entre

escasas plantaciones de tamarindos; humeantes escombros de habitaciones incendiadas la noche precedente; una escuela pública, en donde un jovencito, casi un muchacho, daba clase sentado en el umbral de la puerta, á algunos arrapiezos que leian en un cuadro; acá y acullá caminantes mulatos, macilentos y de andar incierto; una regular sopa de sancocho y una noche de mosquitos, constituyen las poco consoladoras notas tomadas como recuerdo del pueblo de Patia.

Ardia en deseos de abandonar esta maldita localidad, y como cierto ingeniero americano



Las langostas del Patia

que encontré en Popayan y su señora acabaran de llegar, me decidí á tomar con ellos la delantera, á fin de arribar cuanto ántes á Pasto.

De Patia á Tamarindo, siguiendo siempre por las lomas de un país desierto, ó bien por arenales apénas cubiertos de secas gramíneas, pasamos por Herradura con un calor sofocante y envueltos entre nubes de langosta. Los insectos adultos, cuya presencia habia observado en el rio Quilcasé, habian desaparecido, sucediéndoles espesos enjambres de langostas jóvenes que oscurecian el sol y limpiaban los campos de toda verdura. No puede darse devastacion más completa; no solamente no quedaba ya ni una planta, ni una hoja, ni un tallo de yerba hasta donde alcanzaba la vista, sino que las hambrientas larvas atacaban la corteza de los árboles, y roian hasta las duras fibras del caratas *(Bromelia Karatas).* No habia visto nunca nada semejante; ante este espectáculo se comprenden los lamentos que arranca de los africa-

nos la terrible plaga de la langosta (1). Al pasar junto á la empalizada de un ex-platanar del cual no quedaban más que poquísimos tallos tronchados y sin una hoja, una pobre mujer en el umbral de su cabaña me detuvo, y levantando los brazos al cielo, exclamó:—*¡Ah, caballero, el señor Dios nos mata!*

Pronto cambia el aspecto del país: descendiendo hácia el paraje donde el rio Guachicono se une al San Jorge formando la pequeña península llamada de los dos Rios, las partes llanas aparecen llenas de ciénagas, y el calor, que alcanza allí treinta y cinco grados, produce una abundante evaporacion y miasmas deletéreos. Los bordes de las ciénagas están cubiertos de alismáceas, aroideas, y altas gramíneas, viéndose tambien el *Thalia dealbata.* De esta suerte



Iglesia de Mercaderes

llegamos al valle de Guachicono, donde campea una vegetacion muy particular. Por primera vez atravesamos un bosque de limoneros silvestres, que produce un efecto de todo punto original. Constituyen esos árboles la vegetacion predominante, si bien crecen en compañía del Coca *(Erythroxylon Coca)*, de los guayabos, de un *Ficus* de grandes hojas provistas de nervios blancos, de las chirimoyas *(Anona muricata)* de frutos enormes, y de los guamos (*Inga edulis*) de largas y lechosas vainas. El suelo está cubierto de deliciosos limones, con los cuales llenamos las alforjas.

(1) Se supone en esta region del Cauca, que la langosta hizo su primera aparicion en el punto llamado el Castigo, precisamente en el sitio en que las aguas del antiguo lago del Patia rompieron el dique que las contenia, para precipitarse por el otro lado de la Cordillera occidental, hácia el Pacífico. La horrible plaga reaparece en periodos de ocho á diez años; presentándose la langosta en tan gran número que forma espesas nubes hasta tapar el sol. El insecto adulto tiene de seis á ocho centímetros de longitud, y se parece mucho á la langosta emigrante de Argelia, si bien ofrece notables diferencias en el color. Sus seis patas, largas y articuladas, están provistas de aguijones curvos, por medio de los cuales se sostiene sobre los vegetales. Sus alas son de un color amarillo pálido, que se trasforma luégo en ceniciento, y con sus fuertes mandíbulas roe en poco tiempo las hojas, las cortezas, y hasta los retoños más duros. Cada hembra introduce su aguijon en el suelo y pone un centenar de huevos envueltos en un canuto membranoso. De estos huevos nace rápidamente una multitud de pequeñas larvas negruzcas y saltadoras, que devoran en poco tiempo toda la vegetacion que respetaron sus padres. Los insectos adultos mueren; el macho despues de la fecundacion y la hembra luégo de haber depositado sus huevos.

Los dos rios Guachicono y San José, ambos anchurosos y de corriente rápida, deben vadearse, operacion no exenta de peligro pues las lluvias modifican la corriente, alterando su fondo, y los vados que ayer eran fáciles, se convierten al dia siguiente en profundos hoyos. Sin embargo, pasamos el Guachicono felizmente y á una hora de allí, despues de atravesar de nuevo un terreno inundado, en el que los limoneros, los cocas silvestres, las pitahayas *(Cereus Pitajaia)* se entremezclan con grandes euforbiáceas, y una deliciosa cesalpínea de hermosas flores rojas, formando un bosque encantador, dimos con el rio San Jorge, que fué preciso atravesar del mismo modo.

Desde Mojarras, que está algo más alto que el Bordo (742 metros), á la cúspide de una colina coronada por la mesa de Mercaderes, se divisan allende el rio Mojana, los estribos de la Cordillera central que se destacan en ángulo recto sobre el eje principal, formando una serie de dentellones, dispuestos con tanta regularidad como las espinas de un pez. Este plano inclinado forma una de las regiones más tristes que puede atravesar un viajero. Hasta donde alcanza la vista sólo se divisan superficies peladas, sin más vegetacion que alguna que otra gramínea. El suelo, ligeramente inclinado hácia el Noroeste, está abarrancado por las aguas pluviales. A flor de tierra aparecen por doquiera rocas blanquecinas, sumamente blandas. En los tiempos prehistóricos, la mesa de Mercaderes debió formar la solera del antiguo lago subandino, de que se ha hablado ántes, elevado más de trescientos metros sobre el actual curso del Patia, y su superficie pulimentada será debida al roce de los terrenos desprendidos de los cerros de Mayo y Sombrerillos, cuando sobrevino el cataclismo que arrastró tierras y aguas hácia el Patia y el Pacífico.

En el alto de Dolores (958 metros), cerca de Mercaderes, se distinguen con claridad los cantos rodados del fondo del antiguo lago, respetados por las aguas poco impetuosas en aquel punto, miéntras que en las partes bajas han sido arrancados profundamente á consecuencia de la ruptura que tuvo efecto en direccion del Oeste. Desde este punto el panorama que se descubre, más que pintoresco, es sublime. Las altas cordilleras se destacan en lontananza; en el fondo del valle los esquistos dibujan con vigor sus yacimientos ora horizontales, ora inclinados; el alto de Dolores, poblado de bosques, y el mar petrificado de las colinas del Patia, forman violentos contrastes de colores verde y rojo de ladrillo, y un hermoso sol, en su ocaso, ilumina á nuestra llegada este grandioso espectáculo.

Mercaderes está situado á mil ciento ochenta y ocho metros sobre el Océano, sin que ofrezca nada de particular, á no ser una venta detestable, y la iglesia que se destaca sobre un fondo montañoso, en el cual se yergue el pico de la Campana ó de San Andrés (véase el grabado de la pág. 745).

El camino desde allí desciende, se encumbra y vuelve á bajar á través de una serie de barrancos bruscos, pedregosos y erizados de fragmentos de roca desprendidos de la mesa. En el puerto de Sombrerillos (1,321 metros) se deja por un momento el desierto para descender con rapidez al escarpado valle del rio Mayo, donde enormes masas arcillo-silíceas dispuestas en bancos horizontales producen magnífico efecto. Una hermosa *Peperomia* de grandes espigas ó panículos y hojas orbiculares, levanta su silueta entre las entalladuras de las rocas.

Se atraviesa el Mayo á mil ciento setenta y un metros en un paraje por todo extremo pintoresco. Encajonado el rio en una estrecha cañada, forma algo más arriba una catarata, conocida por «Salto del Mayo,» y luégo corre á veinte metros de profundidad por debajo de un arco de piedra que le franquea. Algunas rocas arcillo-silíceas amontonadas suspenden verticalmente sus redondeadas y azuladas superficies sobre las turbulentas aguas, y la semi-oscuridad del lugar imprime al paisaje un efecto por demás fantástico.

El terreno es cada vez más quebrado: desde el rio Mayo se sube por entre variadas espesuras interpoladas con algunas lomas, hasta el lugar de la Caldera, compuesto de un puñado de cabañas en desórden. A la derecha una profunda quebrada separa dicho lugar de un brusco levantamiento de la montaña, en la cual una cascada dispuesta en gradas forma hasta doce



Iglesia y plaza de la Union

caidas de una altura total de cien metros. Sus aguas plateadas se derraman por los planos inclinados de los peldaños entre hendiduras, en donde la humedad da vida á numerosos arbustos, hasta que el lecho de la quebrada Caldera las recoge para llevarlas al rio Mayo.

El lugar de la Caldera se halla á mil cuatrocientos noventa y tres metros de elevacion; el camino sube siempre, y en la casa de la Horqueta aparecen los primeros campos de patatas y trigo que he visto desde hace mucho tiempo. Por un hermoso camino sombreado por árboles, llegamos á la Union, pueblo de alguna importancia (á 1,837 metros).

La poblacion se compone de una sala calle en rápida pendiente desde la plaza á la iglesia y por detrás de las casas asoman muchos naranjos y otros árboles frutales. La calle en cuestion está trazada sobre una cuchilla entre dos profundos valles abruptos, en un suelo fértil apénas escarbado por el cultivo de algunos habitantes ménos ociosos que sus convecinos. En este terreno profundo y bajo con un clima templado se daria todo; pero apénas si de tarde en tarde se descubre un *platanar* ó el azulado verdor de un campo de yuca *(Manihot utilisima)*. En vez de labrar las tierras, los hombres prefieren tejer sombreros de paja de *Carludovica*. Uno, á quien pregunté lo que ganaba con ello, me contestó inocentemente: que un buen obrero

empleaba seis dias en tejer un sombrero de valor de un peso (4 pesetas), pero que preferia esta ocupacion sedentaria á tener que fatigarse cultivando la tierra, aunque con ello ganaria diez veces más.

Al salir de la Union, el camino se dirige por una empinada cuesta hácia los páramos; pronto sobrepujamos la altura de dos mil metros; entre los matorrales vecinos, se da la patata silvestre *(Solanum tuberosum)*, cubierta de grandes y bellas flores de color violeta. Los arbustos, bajo los cuales se cobija, pertenecen á una mirtácea llamada *guacayan*, que daria una excelente madera para la ebanistería; sus frutos son grandes y oscuros, como la castaña de Indias, y suceden á las hermosas flores blancas de que se cubren durante la primavera.



Trapichito de Juanambú

Reaparecen pronto los esquistos, los malos pasos y los resbalones, ántes de llegar á Berruecos, pueblo de algunos centenares de habitantes, donde nos detuvimos un momento para comer unos huevos y unas tortas de maíz. Una espantosa epidemia de viruela negra diezmaba á la poblacion, cebándose principalmente en los párvulos. Abandonamos pronto este fúnebre país y llegamos á Olaya (1,913 metros), en donde no sin trabajo encontramos una detestable granja por todo abrigo y algunos mendrugos por todo alimento. Desde Olaya se divisa el valle de Juanambú y sus estribos entre los cuales se deslizan los afluentes de aquel. El conjunto forma un paisaje imponente, pero un tanto desnudo. Algunos picos, en especial hácia el Sur, recortados y dentellados por demás, atraviesan las nubes. Recogidos en un miserable rancho, situado en una meseta pintoresca, pasamos la noche sobre tres desiguales tablas, esperando sólo para partir, la próxima salida del sol.

En la quebrada Mazamorra, muy encajonada, puesto que hemos vuelto á bajar á la altura de 1,453 metros, se ven gigantescas rocas suspendidas sobre el camino, cubiertas de grandes *pitcairnias* llenas de ondulantes espigas de un efecto soberbio. Algunas cabañas de pastores, situadas en la Cañada (1,559 metros), me ofrecen ocasion de ver muchas reses llenas de tumores producidos por la mosca *nuche*, de que hemos hablado poco ha: las pobres bestias cubiertas de llagas, arrastran una existencia miserable y pierden todo su valor en venta. Hétenos ya en la pendiente que conduce al «terrible Juanambú,» como le llaman los poetas colombianos, tortuoso rio que corre, ó mejor, se precipita del páramo de Aponte, surcando con furor

su estrecho cauce, compuesto de desnudas rocas perpendiculares, que forman colosales murallas porfídicas. Enormes bloques desgastados por las aguas durante siglos, se oponen á la corriente, que al quebrarse en ellos se pulveriza.

Descendiendo veo un pequeño *trapiche* ó molino para triturar caña de azúcar, sobre una pintoresca loma; el aparato se compone de dos bastos cilindros de madera, lo más rudimentario que puede verse, pero su situacion ó emplazamiento en este país lo convierten en motivo de decoracion encantador.



El puente de Juanambú

Frente á la Cañada, en donde el Juanambú se halla á una altura de mil doscientos cincuenta metros, se le atraviesa por un buen puente de piedra y ladrillo de cinco ojos, largo de sesenta metros por quince de altura; que fué construido por Barretti en 1866-68. Sobre el pretil se ve una lápida conmemorativa del dia 2 de mayo de 1814 en que el ejército republicano, á las órdenes del general Antonio Nariño, franqueó á viva fuerza los desfiladeros del Juanambú defendidos por mil trescientos hombres mandados por Melchor Aymerich. Cerca de allí, á unos doscientos metros del puente, el rio Buesaquillo lleva al Juanambú el tributo de sus negras aguas; se le pasa á vado sobre un lecho de cantos rodados.

Allí da principio una de las más largas y penosas cuestas que existen en Colombia, y que por su disposicion especial mereceria el nombre de «escaleras del Juanambú.» Desde una altura de 1,250 metros es menester trepar de un tiron hasta Ortega, que se halla á la de 1,986 metros, siguiendo un estrecho caño, en donde dos mulos no podrian cruzarse sin

peligro, cubierto de enormes areniscas y pórfidos rodados, por cuyas pulimentadas superficies deben saltar los pobres animales, con grave riesgo del jinete y la cabalgadura.

Luégo el camino costea profundos y salvajes precipicios, y al término de la cuesta, se encuentra Ortega, lugar compuesto de algunas cabañas emplazadas sobre un suelo de rocas, cuyos matices, variados hasta el infinito, ofrecen vasto campo á los estudios del mineralogista.

Demos un adios por mucho tiempo á la region caliente, pues en adelante deberemos errar y vivir muchas semanas por las grandes alturas, avanzando siempre hácia el Ecuador. Hétenos de nuevo en la region de las nieblas glaciales, de las bromeliáceas y de las odontoglosas. Grandes valles más largos y suaves, descienden por ambos lados sin alcanzar siquiera la region templada; los tonos verde claro y verde oscuro de su superficie indican que la vegetacion alfombra las rocas por todas partes: los arbustos consisten en ojiacantos, drimos, *osteomeles* y muchas melastomáceas cubiertas todas de líquenes sarnosos ó cabelludos, rojos, grises, amarillos, negros y blancos. Sobre las praderas rasas en que se amortigua el paso de las caballerías, surgen hermosos grupos de gencianas regocijando con su tinte lila claro la excesiva crudeza de la uniformidad del verde.

Despues de algunos malos pasos por lodazales ocultos bajo la yerba, llegamos á Meneses, hacienda de tierra fria que ha de ser nuestra última etapa ántes de llegar á Pasto. Aunque la casa está deshabitada, seguimos la costumbre de acomodarnos en ella sin cumplidos, y condimentamos un mísero sancocho, con provisiones felizmente guardadas en las alforjas.

Pasado Meneses, de donde partimos al dia siguiente muy temprano, las grandes praderas de suave declive se desgarran reapareciendo el esquisto micáceo. Frente á Buesaco, se encuentra una poderosa roca de pórfido. De nuevo nos hallamos rodeados de una vegetacion frutescente de encantador aspecto; si bien el camino es muy malo y las pendientes ásperas y apenas transitables. Sin embargo llegamos sin grandes tropiezos al alto de Aranda, que mide tres mil trescientos metros.

Desde allí se divisa un panorama espléndido. La ciudad de Pasto yace á seiscientos sesenta metros de profundidad en el centro de una cuenca cubierta de verdor, que forma un llano de dos á tres leguas de extension, rodeado de montañas, de las cuales la más alta es el cono truncado del volcan de la Galera (4,200 metros) y de páramos cuyas cumbres aparecen cubiertas de espesos bosques. Por todas partes se ven campos de trigo bien cultivados y separados por setos, alternando con nutritivas praderas cuajadas de ganado. El rio Pasto serpentea por el fondo como una cinta de plata: en la vertiente de los cerros blanquean numerosas cabañitas de indios medio civilizados revelando la existencia de un país poblado y formando ricos detalles que contribuyen á dar al conjunto del paisaje un aspecto encantador.

Tras dos horas de bajada por un camino muy rápido, detestablemente afirmado, resbaladizo y á veces obstruido por desprendimientos, llegamos por fin á las puertas de Pasto, en donde entramos mis dos compañeros y yo el dia 29 de abril, ansiosos á cual más despues de cerca de seis meses de espera, de tener noticias de nuestra querida Europa.

XVII

LA REGION DE PASTO (CAUCA)

Un domingo en Pasto; costumbres, puntos de vista, trajes.—La oca.—Historia y descripcion de Pasto; habitaciones, método de vida.—Industrias locales: fabricacion de *cobijas* y del barniz de Pasto.—El volcan de la Galera.—Las grutas ó cuevas del Peligro.—Expedicion á la Cocha.—Don Juan Rodriguez.—El pueblo de la Laguna.—El castigo del *cepo*.—El camino de los monos.—Alto de la Cruz.—Las cargueras de Mocoa.—Una noche terrible.—Casapamba.—En las *totoras*.—Navegacion por la Cocha.—La *Puya gigantea*.—Geografía.—Regreso á Pasto.

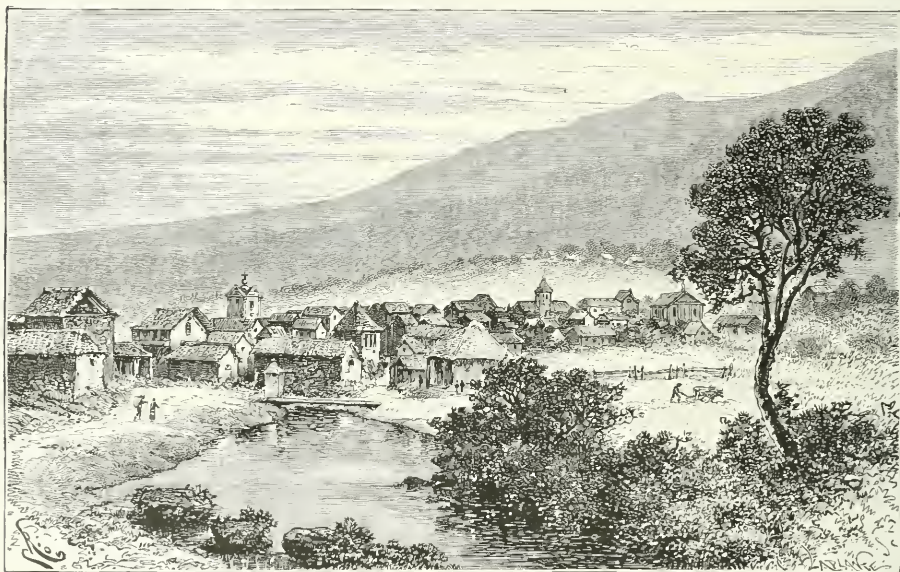
Cuando se entra en Pasto por primera vez, no cede ciertamente la buena impresion experimentada por el viajero al contemplarle desde las alturas de Aranda, recostado en su nido de verdura. Sobre las elevadas casas que ladean sus rectas y anchas calles, se levanta la torre cuadrada de Santo Domingo y los campanarios más altos aún de la Catedral y de San Francisco. Se conoce por ello que Pasto es una verdadera poblacion muy distinta de las pseudo-ciudades que hemos atravesado hasta aquí, y que los conquistadores españoles supieron elegir bien el baluarte de su poderío en el sur de Nueva-Granada.

Despues de mucho ir y venir, tuve la dicha de encontrar hospedaje en un antiguo convento ruinoso, una parte del cual, entónces en reparacion, contenia algunas piezas bastante presentables, ocupadas por don Agustin Ramirez, impresor, industria poco floreciente en Pasto.

Al dia siguiente y en tanto aguardaba á Fritz y Juan que se habian quedado rezagados, giré una visita por la ciudad y llené de notas la cartera. Era domingo y dia de mercado. La espaciosa plaza mayor, de suelo en declive y flanqueada de una parte por la catedral y de la otra por una línea de casas porticadas, presentaba un aspecto muy animado. Los *pastusos* formaban allí numerosos grupos cuyas *cobijas* de vivos colores, en que el rojo dominaba, producian un deslumbrador efecto. Hombres y mujeres llevaban sombreritos de paja de levantadas alas y sin adornos de ninguna clase, segun la moda de la comarca. Aproximándome á los vendedores acurrucados alrededor de sus comestibles, pude observar cuán grande era la semejanza de los productos que ponian á la venta con los de Bogotá, salvas ligeras diferencias. Se conocia que estábamos en tierra fria, si bien las naranjas y limones de Patia y de Guaitara, los higos chumbos y los plátanos, anunciaban la proximidad de climas más templados. Por do quiera se veian grandes montones de patatas y ocas, objetos de gran consumo. El cultivo de la oca, especialmente, está muy generalizado en esta region. Es una planta de la familia de las oxalideas (*oxalis tuberosa*) originaria de los Andes, caracterizada por sus tallos carnosos, hojas divididas en cuatro hojuelas que recuerdan la forma del trébol y umbelas de flores amarillas. Cada pié cultivado en caballones de tierra ligera, produce abundantes tubérculos ó raíces del tamaño de una patata, de diferentes colores y aspecto oblongo ó claveiforme con honduras escamosas. Conté en Pasto hasta diez variedades de oca, que se distinguen por su color: rosa, blanco, amarillo pálido, violeta, rojo avinado, etc. Los tres primeros predominan. Antes de consumir esos tubérculos, debe ponérseles al sol durante algunos dias para transformar en azúcar el almidon que contienen y quitarles su na-

tural acidez. Se les cuece en agua y se monda con un paño la fina piel de que están cubiertos. Su naturaleza harinosa y ligeramente acidulada y su sabor fino y delicado, son cualidades de primer órden que recomiendo á los agricultores europeos. Se ha ensayado en distintas ocasiones la oca en Europa; pero una injustificada prevencion ó un cultivo deficiente no han permitido apreciarla en su justo valor.

Entre otras mercancías traidas por los indígenas al mercado de Pasto, merece consignarse una fruta muy notable y apetecida del tamaño de una manzana, de un bello color dorado y de un sabor acidulado bastante agradable. Lleva el nombre de *naranjilla* y es la fruta de una solanácea *(solanum galeatum)*. Los habitantes gustan mucho de ella y la prefieren á las



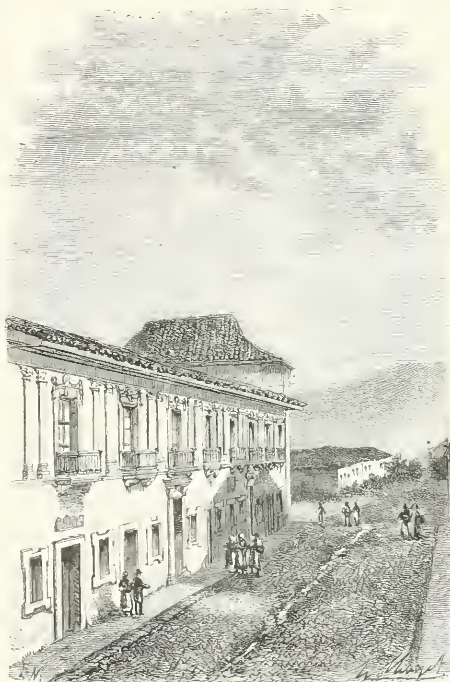
Entrada de Pasto

buenas naranjas. Bajo los grandes quitasoles de algodon de colores abigarrados en que se cobijan las revendedoras del mercado, tuve ocasion de ver otros comestibles análogos á los ya citados en Bogotá; especialmente las legumbres que son poco más ó ménos las mismas en toda la tierra fria de Colombia, excepcion hecha de la arracacha que no se da en Pasto.

Data la fundacion de Pasto de la primera mitad del siglo XVI. Sebastian Belalcázar acababa de atravesar en 1536 la region arenosa y desolada de los volcanes del Ecuador en su victoriosa marcha hácia el Norte con su ejército, que hubo de sufrir mucho al franquear los valles escarpados del Guaillabamba, del Chota y del Guaitara. Quedó tan agradablemente sorprendido al hallarse luégo en una risueña comarca, aunque un tanto fria, cubierta de hermosos prados naturales, que él y sus soldados hubieron de considerarla como un verdadero oasis despues de un desierto. Aludiendo á las extensas dehesas le dió el nombre de *los pastos* y concibió el proyecto de quedarse allí. Mal cuadró semejante resolucion á las tribus de indios

allí instaladas; pero aunque los chapanchicas, masteles y abades, feroces guerreros caníbales, atacaron al ejército de Belalcázar con extremada violencia, tuvieron que ceder el campo vencidos por la superioridad de las armas y por la táctica de los españoles. En el mismo lugar donde se trabó este combate, el conquistador fundó un pueblo al que llamó Madrigal, reemplazado hoy por la aldea de Yacuanquer.

De repente llegaron del Perú noticias graves; Pizarro atacado por los incas se hallaba en inminente riesgo y llamó á su ayudante Belalcázar, quien á su pesar tuvo que retroceder para acudir en su auxilio, sin que pudiera regresar sino dos años despues; y prosiguiendo su camino hácia el valle del Cauca, encargó al capitan Lorenzo de Aldana que destruyera el pueblo de Madrigal y transportara á sus moradores al fértil valle del Atris, situado en la base oriental del volcan de la Galera. Tal fué el emplazamiento de la ciudad que aún hoy subsiste y que recibió desde entónces el nombre de San Juan de Pasto ó Villaviciosa, confirmando el rey de España en 17 de julio de 1539 esta nueva fundacion. En dicha época, Pasto formaba parte de la diócesis de Quito, cuyos límites se extendian hasta el rio Mayo, á la sazon fronterizo del Perú. Mantúvose floreciente durante medio siglo, pero hácia el año 1700 emigraron gran número de familias al valle del Cauca, decreciendo rápidamente la poblacion y amenguando con ello su prosperidad.



Una calle de Pasto

Con el tiempo Pasto hubo de sufrir toda suerte de desdichas. Quizás por haberse trasmitido el espíritu belicoso de los antiguos indios á sus sucesores, ello es que los pastusos no desperdiciaron jamás ocasion de combatir, á pesar del poco provecho que esas luchas les reportaban, tanto que Pasto recibió el nombre de *Leona de los Andes.* Fieles siempre sus moradores al rey de España, áun despues de la declaracion de independencia, armáronse contra Bolivar y detuvieron largo tiempo su marcha hácia el Sur. Solo en junio de 1822 logró aquel caudillo franquear el rio de Pasto y reducir á la ciudad, asaz castigada con un sitio y dos incendios; y como si esto no bastara, en 1834 un terremoto la cubrió de ruinas. En nuestros dias, el espíritu católico y realista de los pastusos subsiste aún en toda su integridad, habiendo puesto en jaque varias veces al gobierno del estado del Cauca levantando la enseña de la rebelion. Precisamente á mi paso por allí, la revolucion considerábase inminente, y los cerebros ardian de impaciencia y coraje contra los liberales.

Dije ya, y en esto he de refutar á Malte Brun *(Geografía universal, tomo IV)*, que la situacion de Pasto era encantadora. El ilustre Humboldt, seducido por la belleza de los prados y la notable configuracion de los terrenos, se detuvo allí para estudiar la topografía de la comarca, que llamó *nudo de los pastos*, arranque de la serie de volcanes del Ecuador y punto de union de las tres cordilleras de montañas que atraviesan de Norte á Sur toda la Nueva Granada.

La ciudad está situada á los 79° 41′ 40″ longitud Oeste y á los 1° 13′ 5″ latitud Norte; su altura es poco más ó ménos la misma de Bogotá, dos mil seiscientos treinta y ocho metros, y su temperatura media anual de 14°,7. Veinte años atrás su poblacion, diezmada por el terremoto de 1834, quedó reducida á 8,000 habitantes; pero hoy ha aumentado y se aproxima á los 20,000. La anchura de sus calles y plazas empedradas con cantos rodados y provistas de arroyos centrales, le dan una traza bien estudiada. Las habitaciones, á excepcion de los antiguos conventos, ruinosos hoy en su mayoría, son en general bastante elevadas y de un solo piso. Están fabricadas con arcilla mezclada con heno (muros de tapia) y madera, y presentan aleros muy salientes.

En su interior se encuentran salas oscuras, desnudas y faltas de vidrieras, embaldosadas con grandes ladrillos, y sus paredes están blanqueadas con una lejía hecha con cierta piedra caliza procedente de Aranda; los cristales de las vidrieras están reemplazados por lienzos de muselina ó calicó y las obras de carpintería son muy rudimentarias. Una galería cubierta de tejas al igual que el aplanado techo de la casa, sirve de pasillo interior alrededor del patio central; y en las habitaciones principales, una balaustrada de madera circunda esa galería sostenida por columnas ó vigas de madera desbastada solamente. En algunas casas reemplaza al patio central un jardin trazado geométricamente, en cuyos cuadros, rombos y triángulos cerrados con boj ó baldosas crecen algunas plantas europeas, desde los alelíes, caléndulas y rosas descoloridas y sin perfume, hasta las remolachas y guardalobos.

La semi-oscuridad que reina en las piezas habitadas, permite distinguir á las mujeres sentadas en un escabelillo ó acurrucadas sobre una estera, durante las excesivas horas de descanso que les dejan sus quehaceres domésticos, reducidos á su menor expresion. Con el cigarro en la boca, con el chal y las trenzas de sus cabellos cayéndoles sin cesar, y sin cesar tambien echándoselos hácia atrás sobre los hombros, permanecen ociosas, y no se levantan más que para arrastrar por el corredor sus largos y sucios vestidos de cretona con aire indolente. El ajuar las más de las veces consiste en una mesa, algunos escabelillos de madera y unos estantes en los que andan revueltos libros, frascos y cajas de conservas, todo lleno de polvo. Y conste que al hablar así no me ocupo de las chozas habitadas por los pobres, ni de algunas habitaciones mejor cuidadas, en las cuales se descubren asomos del gusto y comodidades de los países de ultramar. Mi pintura se contrae exclusivamente á las habitaciones de la clase media de Pasto.

Felizmente algunas industrias especiales levantan de su decadencia á un país tan próspero en otros tiempos. La principal consiste en la fabricacion de *cobijas* (nombre equivalente al de *poncho* usado en el Perú). Con estas prendas muy parecidas á las que usaban los anti-

guos incas, se hace un gran comercio en Pasto y sus alrededores; las fabrican de lana y de algodon, y su fama se debe á su duracion y al brillo de sus colores. Las sustancias colorantes son importadas de Caqueta por los indios mocoas, y los pastusos las preparan con lejía comun, jugo de limones silvestres, azufre y ácido sulfúrico. El azufre se extrae del volcan de Pasto, donde se forma en costras blanquecinas frecuentemente acompañadas de sulfato de cal, que se adhieren á las rocas traquíticas.

La segunda industria es el barniz de Pasto, preciosa sustancia gomosa producida por la *Elæagia utilis* de la familia de las rubiáceas, que los indios denominan *mopa-mopa* é importan de las vertientes de la cordillera oriental. Este famoso barniz, conocido desde tiempos muy remotos por los aborígenes, ha engendrado una industria de las más curiosas. Boussingault vió trabajarlo en 1831, y publicó su composicion química; pero yo puedo agregar á las observaciones del ilustre sabio algunos detalles que no figuran en sus notas.

Al penetrar en un taller de obreros pastusos, me encontré rodeado de mesas, escabeles y estantes sobre los cuales se veian numerosos objetos de madera pintados y barnizados, como vasos, cajas, cofrecitos, frascos, cuernos para aguardiente, platos toscamente torneados, pero en los cuales destellaba la luz del dia. Dos hombres trabajaban sentados en medio de una sala; cada cual tenia delante un fogon ó brasero encendido con una ollita llena de agua. A sus piés se veian trozos de carbon y barniz, unos alicates de forma especial y un abanico de junco destinado á avivar el fuego. Tomó el uno un trozo de barniz y lo tuvo algunos minutos sumergido en el agua hirviente; estiróle luégo por todos lados hasta convertirlo en una membrana delgada y trasparente como el papel de estarcir; aplicólo en seguida á la superficie ya pintada de una gran copa, lo cubrió con un trapo y con objeto de aumentar la adherencia, tomó con los alicates una áscua y la paseó por las partes abolladas ó hinchadas; calentó luégo todo el vaso y obtuvo una superficie lisa y brillante como la laca japonesa. El barniz de Pasto aplicado de esta suerte tiene una consistencia extraordinaria; resiste el frio, el calor y el agua y se adhiere fuertemente á la madera. Por medio de la masticacion, como los niños hacen con la goma elástica, se reblandece tambien. Por regla general es transparente y se presta á cubrir los colores vivos, realzados con oro y plata, y aplicados de antemano á los objetos; pero tambien puede mezclarse con diversos colores. El albayalde le da un tono verde perla muy fino. Mr. Boussingault, tratándolo por el óxido de cobre, le halló la siguiente composicion:

Carbono.	0,714
Hidrógeno..	0,096
Oxígeno.	0,190
	1,000

Este barniz es insoluble en el éter, esencia de trementina y aceites comunes; sólo lo alteran el alcohol y la potasa. En frio es duro y quebradizo, y su fractura es vidriosa. Con el éter aumenta su volúmen. Pesa más que el agua, no tiene olor ni sabor, y con el frote apénas si desarrolla flúido eléctrico. La industria europea podria obtener en mi concepto un ventajoso resultado de esta sustancia, formando con ella un barniz alcohólico, susceptible de grandes

aplicaciones hasta sustituir con ventaja las lacas de Oriente, por su mayor duracion, brillo igual cuando ménos, y más fácil empleo.

Llegó el 1.° de mayo, y ya empezaba á inquietarme por la tardanza de mis dos compañeros de viaje cuando me anunciaron su llegada. A la sazon dibujaba unas orquídeas: dejélo todo para correr á su encuentro, y quedé helado de espanto. Sostenido por los muleteros y Fritz, mi buen Juan se arrastraba penosamente, flaco como un esqueleto. Estaba desconocido. Su rostro macilento, apagada la mirada, sus mejillas y sus órbitas hundidas, la tez de color terroso, el cuerpo doblado como una caña, y sin más abrigo que un fieltro y un poncho hechos un andrajo, el pobre Juan no era más que la triste sombra del vigoroso montañés que se habia embarcado conmigo lleno de vida y juventud. En verdad que creí perderle.

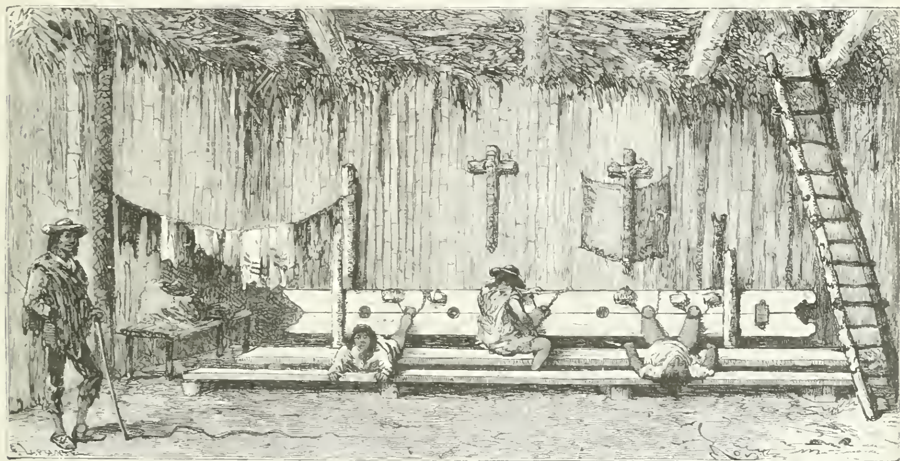


Iglesia de la Laguna

Inmediatamente le acostamos en una cama improvisada, le cubrimos con todas las mantas para combatir el terrible escalofrio que sacudia su formidable cuerpo y teniendo en poco mi botiquin de viaje, mandé inmediatamente por un médico. Trajéronme un tal doctor Parra, extravagante Hipócrates, que en razon de las circunstancias, se habia encasquetado un sombrero de copa, se habia puesto un casacon nuevo *in illo tempore* y guantes desparejados. El tal doctor sacudió la cabeza con cierto énfasis, y diagnosticó sentenciosamente unas calenturas malignas, conocidas por *mal caliente del Patia*, y prescribió luégo algunos medicamentos dignos del repertorio del Diafoirus de Molière. El pobre enfermo estuvo luchando entre la vida y la muerte por espacio de algunos dias, y merced á nuestros asíduos cuidados y á la fuerza de la juventud y Dios mediante, triunfó de la enfermedad. Hubiera podido decirse con Malgaigne: «El enfermo sanó á pesar de las medicinas.»

Utilicé el forzado descanso á que nos condenó la convalecencia de Juan, organizando algunas excursiones por los alrededores. Dediqué la primera al volcan de la Galera, tan célebre en la historia de la ciudad, y cuya cumbre se eleva 1,460 metros. Partimos una hermosa mañana encaminándonos hácia el Oeste por entre unos nutritivos pastos cubiertos de ganado

y rodeados de fragmentos de traquita á guisa de cercas, cerradas por una bonita especie de pita de azuladas hojas distinta de la *agave americana.* En algunos campos de labor comenzaban á verse las largas y barbudas espigas de las mieses mezclándose con otras plantas miesícolas traidas de Europa con los cereales. Las mieses no maduran allí hasta fines de agosto. Cerca de la aldea de Anganoi, situada á mitad de la pendiente, reparé en la forma un tanto extraña de los arados, apero primitivo con el que se escarba la tierra en esta época para la siembra de la segunda cosecha de patatas. Pronto desaparece el cultivo y disminuye la vegetacion. Llegamos á los contrafuertes del abrupto cono del volcan, desde donde se divisa en toda su grandiosidad el mar de verdura en que reposa Pasto. Los distintos caminos que conducen á la ciudad se destacan como una cinta blanca descendida de las alturas.



El castigo del *cepo*, aplicado en la Laguna

Una ascension rápida á través de pequeños bosques cuajados de bloques traquíticos, rocas tostadas ó quemadas de color de ladrillo y mucha piedra pómez, nos condujo á la primera de las grutas que há poco eran respiraderos del volcan, y que aún muchos suponen estar en actividad, calificándolas de *grietas del Peligro.* Una vegetacion espesa de arbustos floridos y plantas sarmentosas, herbáceas y bulbosas, adornan estas curiosas concavidades (1). Fijéme especialmente en un hermoso helecho que crecia en los intersticios de la primera cueva y que era desconocido de la ciencia (*Adiantum vulcanicum* de André y Fournier). Hácia el Este se divisaba entre dos montañas la ciudad de Pasto iluminada por el brillante sol de la mañana.

De seis á siete horas se emplean para subir al cráter del volcan de Pasto ó de la Galera (2), siendo algunas ménos las que se necesitan para llegar á las *grietas del Peligro.* La

(1) Cuéntanse entre ellas las *Pitcairnia, Barnadesia, Berberis, Tagetes, Bomarea, Piper, Solanum, Peperomia, Iochroma, Oxalis, Phædranasa, Coburgia,* una lorantácea del género *Psittacanthus,* etc.

(2) El nombre de la Galera, hoy poco conocido, proviene de una nube en forma de galera que en tiempo de los españoles se formaba á menudo sobre el volcan, y que segun tradicion era señal infalible de lluvias.

96

más espaciosa de estas cuevas aparece abierta en las traquitas y mide de tres á cuatrocientos metros de longitud. Exhálanse allí abundantes vapores de elevada temperatura acompañados de un ruido subterráneo que infunde singular espanto á los indígenas. Dichas exhalaciones se componen de tres cuartas partes de ácido carbónico y una parte de ácido sulfhídrico y vapores acuosos. A corta distancia de las grutas se percibe un continuo movimiento del terreno y sordas detonaciones.

De regreso á Pasto conocí á un vejete alegre y experimentado llamado D. Juan Rodriguez, muy aficionado á los viajes y gran amigo de los viajeros; era el tal la personificacion de los excursionistas colombianos.

—¿Conoce V. la Cocha, el gran lago de los Andes de Pasto?—me preguntó un dia.

—No, en verdad; precisamente ahora iba á pedirle que me indicara V. el camino.

—Pues bien, yo mismo le acompañaré; aún soy jóven á Dios gracias, para aventurarme.

Animóse su rostro y las palabras salian á borbotones de sus labios; aún creia encontrarse en los buenos tiempos en que con el machete en la mano y algunos puñados de arroz en la mochila, se lanzaba, acompañado sólo de un indio, á través de aquellas soledades pobladas de pumas y jaguares. Dejéle hacer y organizó la expedicion; buscó peones, llenó de aguardiente los *cachos* ó cuernos pintados, hizo acopio de arroz, harina de cebada, café y chocolate, á lo que añadí yo algunas latas de conservas; mandó empaquetar las mantas y él mismo repartió el peso que correspondia á cada uno de los hombres encargados de llevar las vituallas.

—Debo advertir á V., me dijo, que los senderos ó trochas que ha seguido V. hasta hoy, son carreteras reales comparados con los vericuetos en que vamos á meternos. El camino de la Cocha lo llaman los indios *camino de los monos*, pues sólo ellos pueden recorrerlo; prepárese V. pues, á una desordenada gimnasia y póngase este vestido. Y Juan Rodriguez nos proveyó de un traje del que me ocuparé luégo y cuya caprichosa composicion no concebiria de fijo ningun alpinista de Europa.

Dos dias despues todo estaba dispuesto. Antes de amanecer, los mulos quedaban ensillados y partimos para el pueblo de la Laguna en donde debíamos almorzar y dejar las caballerías. La expedicion que en su principio debia componerse de don Juan, Fritz, yo y los peones, habia tomado las proporciones de una verdadera caravana. Al solo anuncio de nuestro proyecto, varios jóvenes de la ciudad, émulos de entusiasmo, solicitaron acompañarnos; acepté, pero declinando toda la responsabilidad de lo que pudiera ocurrirles. Entre los tales figuraban: D. Alejandro Santander, redactor del diario de Pasto *El Sur liberal*, su hermano Apolinar, el padre D. José María Lazo, viejo cura de Mocoa, gran conocedor de la comarca, y otros cuatro caballeros resueltos, bien armados y de empuje. Con los siete peones, formábamos al partir un total de diez y siete hombres.

En tres horas de cabalgar, llegamos á la Laguna, pueblo indio situado al pié de la Cordillera, y miéntras se desleia el chocolate, saqué un cróquis de la plaza y de la Iglesia, último vestigio de civilizacion en aquellas alturas. Algunas barracas rodean el pequeño monumento pobre, pero limpio, y frente al pórtico se levanta una especie de túmulo coronado por una cruz de orígen muy antiguo seguramente. (Véase el grabado de la pág. 756.)

Al penetrar en la sala donde el alcalde nos habia instalado para almorzar, me sorprendió desagradablemente un instrumento de tortura que yo creia relegado á las tinieblas de la historia de España y que se emplea aún en la Laguna. Tal es el *cepo*, compuesto de dos vigas superpuestas entre las que se abren á intervalos unos agujeros en los cuales quedan cogidos los condenados por una ó las dos piernas, dejándoles en tal posicion bien sentados en otra viga, ya con el cuerpo tendido boca arriba ó boca abajo, durante un período de tiempo que varía segun la naturaleza del delito cometido. En Mocoa aprisionan de esta suerte, no las piernas, sino hasta la cabeza del paciente y en algunos casos la pena se recarga con algunos latigazos. Estas atrocidades ejecutadas en la misma casa del alcalde, me quitaron la gana de almorzar. (Véase el grabado de la pág. 757.)


El perro caruncho (Las crucitas)

A las diez estábamos dispuestos á emprender la ascension de la Cordillera que allí toma el nombre de *Cordillera del Tábano;* nuestro equipo era en extremo pintoresco Siguiendo los consejos de D. Juan Rodriguez, nos enroscamos la ruana á la cintura y reemplazamos los pantalones por un taparabos, y sujeto el sombrero con una carrillera, el afilado machete colgado del cinto y empuñando un palo de seis piés, parecido al *alpenstock*, seguimos al principio unos senderos practicados entre una espesa capa de lodo negro procedente del humus descompuesto por las lluvias. Encharcados hasta media pierna, conservábamos el equilibrio con ayuda del baston; no sucedia así en las bajadas, y especialmente al remontar los torrentes tributarios de la quebrada ó rambla Yacuco, cuyo lecho tuvimos que seguir durante algun tiempo; allí los resbalones y caidas se sucedian sin interrupcion y en ménos de una hora quedamos convertidos en una coleccion de séres informes y chorreando agua. De los trajes desgarrados por las zarzas no quedaban más que guiñapos y estos desaparecian bajo el lodo; algun tiempo despues, las alpargatas yacian en el fondo de los pantanos; marchábamos descalzos, primero en fila y luégo dispersos por las dificultades del camino, y campando cada uno por sus respetos. Fácil será comprender la pena con que herborizaba en semejante situacion; recogí, sin embargo, algunas especies interesantes ó nuevas.

Y aún esta primera prueba era un grano de anis: llegamos por fin al verdadero *camino de los monos*, donde la vegetacion nos atajaba el paso obstinadamente. Sin separarnos un instante de las huellas de los indios mocoas que atraviesan aquellos bosques, comenzamos á

trepar con ardor y perseverancia, sirviéndonos para avanzar más de las manos que de los piés, ora deslizándonos entre las raíces, ora hundiéndonos en los lodazales, ora escalando rocas ó saltando sobre las ramas de los árboles caidos de vejez á través de la senda. Las plantas que crecian á mi alrededor hubiéranme arrancado gritos de admiracion, si tan graves dificultades no hubiesen enfrenado un tanto mi entusiasmo.

Llegados á la altura de unos tres mil doscientos metros, tomó el camino el aspecto de un cañon comprimido entre dos verticales muros de arena de muchos metros de elevacion,



Indias de Mocoa en el alto de la Cruz

cubierto enteramente por un enmarañado tejido de ramas y raíces, que le daban el aspecto de una verdadera catacumba natural y por donde los indios se lanzan sin temor alguno llamándolo, no sé por qué, *el perro caruncho.* A la entrada de este caprichoso subterráneo se ve un pequeño nicho abierto en el muro de la derecha que cobija unas pequeñas cruces de palo, en forma de *ex-voto*, por lo cual toma el nombre de *Las crucitas.* De vez en cuando un verdoso rayo de luz se desliza en aquel oscuro camino cuyas paredes, cubiertas de hepáticas, líquenes, musgos é himenofilias, producen uno de esos efectos fantásticos imposibles de describir (1). Continuando nuestra marcha de raíz en raíz y de cenagal en cenagal, nos detuvi-

(1) El más notable de estos líquenes, estudiados recientemente por el Doctor Müller de Ginebra, forma una nueva especie para la ciencia bajo el nombre de *Stictina Andreana* (Müll. arg. in *Revue mycol.*, 1879, p. 166).



En las *Totoras* de la Cocha

mos, al cabo de cuatro horas de violento ejercicio, en el alto de la Cruz, punto culminante desde donde se divisa el magnífico panorama de la Laguna Cocha (1).

¡Sorprendente espectáculo! A nuestro alrededor los vapores que se condensan perpetuamente sobre el páramo, descomponiéndose en fina lluvia, irisada por los rayos solares y prestando á la vegetacion herbácea una frescura y matices incomparables; á la izquierda el volcan Bordoncillo ó Patascoi irguiendo su cono, y mostrando sus flancos cubiertos de materias ígneas, aún amenazadoras, de las cuales brotan los manantiales que dan orígen al Putumayo ó Isa, uno de los más importantes afluentes del rio de las Amazonas: á nuestros piés y en direccion Sur, el lago en toda su anchura. La combinacion de luz y sombra le imprime reflejos de acero bruñido, que cobran intensidad con la oposicion de los ángulos de la orilla y se destacan sobre el marco desgarrado por los picos superiores, entre cuyos pliegues se descubren las quebradas y rios que alimentan la Cocha. A la izquierda la isla Corotá, enteramente poblada de espeso bosque, resalta con su color verdi-negro, miéntras por el Oeste, desaparece el cuarto cabo del lago, envuelto entre plateadas brumas.

Miéntras descansábamos contemplando este soberbio paisaje, dos indias mocoas (ó mocoanas) aparecieron entre las rocas del camino que desciende á la Cocha, y se detuvieron asombradas quizás de que unos hombres blancos se hubiesen atrevido á penetrar en sus dominios. Iban á medio vestir con una pampanilla de bayeta y cubrian su cabeza con un sombrerito por el estilo de los que se usan en Pasto. El padre Lazo dirigió algunas preguntas en lengua mocoa á la más jóven, la cual nos dijo que tenia 20 años y que con su madre hacian el oficio de *cargueras*; es decir, que llevaban periódicamente á Pasto por los caminos que acabamos de describir, barniz, *mopa-mopa*, zarzaparrilla, tinturas, hamacas y otros objetos recogidos ó fabricados por sus compatricios de tierras calientes. Dibujé, durante la conversacion, el tipo de aquella fea criatura y tomé su filiacion que es como sigue: color ahollinado lustroso; nariz aplastada, encorvada y fina en su extremidad, boca grande, bien hecha y bella dentadura; ojos oblicuos; cabellos de regular longitud, gruesos, lacios, negros y brillantes, cayéndole en dos grandes mechones por detrás de las orejas sobre los hombros; brazos y piernas gruesas y carnosas, manos y piés finos y nerviosos y hombros muy anchos. A todas las preguntas del padre que las tuteaba, respondieron con voz dulce y con profundo respeto, y ántes de alejarse le besaron la mano. (Véase el grabado de la pág. 760.)

Desde el alto de la Cruz se desciende á la Cocha por dos largas series de escalones, formados por raíces grandes y pequeñas, por lo que se llaman respectivamente *escaleras grandes* y *escaleras chiquitas*; allí perdimos las pocas fuerzas que nos quedaban. Deslizándonos siempre, arrastrándonos ó trepando sin tregua ni descanso, llegamos por último, poco ántes de oscurecer, al lugar donde debíamos acampar llamado «rancho de Casapamba» situado en una colina de un centenar de metros sobre el lago. Siete horas de ejercicio violento nos habian extenuado; hacia mucho frio y empapados hasta los huesos, el fuego nos fué más útil que la cena.

(1) El nombre de *Laguna Cocha* es un pleonasmo; pues *cocha* significa *lago* en el lenguaje de los indios de los contornos. Aunque este nombre haya prevalecido, seria preferible designar esa extension de agua con el vocablo de *Laguna Corotá* ó *Cocha Corotá* tomado del nombre de la principal isla que se levanta en su centro.

Transcurrido el tiempo prudencialmente necesario para reunirse con nosotros los rezagados, notamos la falta de seis de nuestros compañeros de expedicion. ¿Habian desaparecido en algun precipicio? ¿Habian perdido nuestra pista? Llenos de inquietud estábamos, cuando uno de los peones nos advirtió que cuatro de ellos se habian prudentemente vuelto á Pasto. Faltaban todavía dos: el padre J. María Lazo y Apolinar Santander, á quienes habíamos dejado en el alto de la Cruz y que seguramente se habian extraviado en el bosque. Pasamos con este motivo una horrible noche de zozobra.

Apénas amanecia, Jojoa, dueño del rancho, y Alejandro Santander partieron en busca de los dos infelices extraviados, y en tanto Ramirez, Fritz y yo, acompañados de tres peones, nos encaminamos al lago, cuyas aguas blanqueaban á dos kilómetros de distancia, al otro lado de las bajas playas cubiertas por altos juncales que forman una orilla cenagosa. Desde que penetramos en la parte inundada, formábamos un grupo el más estrambótico; la lluvia fina que saludó nuestra partida, habia ido aumentando y marchábamos en fila, con la cabeza gacha, con agua hasta las rodillas ó hasta las ingles siguiendo las sinuosidades del terreno, entre pequeños montículos cubiertos de acacias (*Osmunda cinnamomea*) y hermosas cardamíneas sonrosadas. Los peones llevaban un par de remos construidos en el bosque para manejar una especie de canoa que debíamos encontrar en las aguas vivas del lago. A no haber más que juncos (*Totoras*) del género *Scirpus* el camino no hubiera sido más que pesado; pero se hizo doloroso el tránsito á causa de los *Carex* que nos arañaban las carnes llenándonos de rasguños. Este delicioso paseo duró más de una hora, y sólo cambió gracias á un inesperado descubrimiento. Entre la vegetacion herbácea, á lo mejor ví levantarse una especie de mástil parecido á un poste telegráfico. Acerquéme y reconocí la más extraña bromeliácea que haya visto botánico alguno; era una *puya gigantea* provista de hojas con espinas negras y formidables, de cuyo cogollo surgia un enorme bohordo gris y lanudo que se destacaba sobre las nubes como una porra de diez metros de altura. Los indios la llaman *Chihuila*. (Véase el grabado de la pág. 761.)

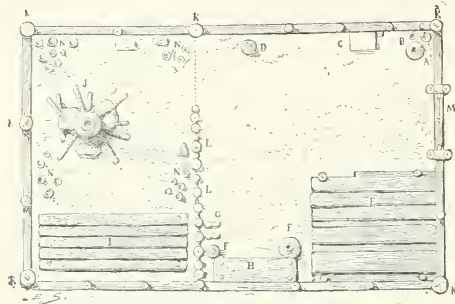
A medida que aumentaba la profundidad de las aguas disminuia la espesura de los juncos; por fin el lago desplegaba ante nuestros ojos su inmensa sábana transparente, y la canoa, descubierta por el indio que nos guiaba, estaba amarrada á unas robustas yerbas. Verificado el embarque, si bien la canoa hacia agua por todas partes, dí principio á mis observaciones. La temperatura del aire era de + 11° y la del agua de + 13°, fenómeno que seria necesario comprobar con nuevas observaciones. Miéntras mis compañeros cazaban algun ánade de los muchos que revoloteaban alrededor de la canoa, tomé una serie de notas.

La laguna Cocha ó la Cocha de Corotá, fué descubierta por los conquistadores y llamada por ellos *mar dulce* ó «gran lago de Mocoa» del nombre de los indios que habitan sus orillas. Las antiguas crónicas le dan una longitud y latitud mucho mayores que las que tiene en realidad. Su longitud puede evaluarse en veinte kilómetros y su latitud en dos ó tres. Hácia el Norte, la isla de Corotá, elevada de diez á quince metros sobre la superficie de las aguas, tendrá como unas doce ó quince hectáreas de superficie. Las orillas del lago son bajas, anegadas en sus dos extremos, quebradas y á trechos abruptas en sus lados mayores, entre

los cabos y abras ó bahías formadas por las corrientes que allí desaguan. Estos rios y quebradas se elevan á quince (1); esto es: al extremo Norte, las Niguayaco y del Salado que descienden del Patascoi y forman el rio de Incano.

Al Este, las de las Moras, de la Isla larga, la Quilimsayaco, y la de Moncodenoi. Se llega entónces á la extremidad del lago ó al desagüe. Algunos geógrafos han afirmado hasta aquí que no habia otro que el rio de la Laguna que se une más abajo al rio Guamoes, tributario del Putumayo; pero resulta, segun los informes debidos á los indios del contorno y al señor Rodriguez que exploró el curso de estas aguas con el señor García Ordoñez, en julio de 1875, que es el mismo Guamoes y no su pretendido tributario el que nace en la Cocha.

Dirigiéndose al Norte por la ribera occidental, las quebradas son muchas y de diversas anchuras, sucediéndose en esta forma: la de Atonramos (grande), la de Chaquilulo (pequeña); la de Atunturupamba (pequeña); la de Sixiturupamba (pequeña); la de Romerillo (grande); la de Motilon (grande); la de Cundiaco (grande); la de Yalupamba (pequeña); la de Llanopamba (pequeña) y la del Corral cerca del rio Incano.



Plano de una cabaña de indios mocoas

En noviembre de 1875 don J. Rodriguez, no dándose aún por satisfecho, trató de averiguar si la navegacion de la Cocha podia prolongarse fácilmente hasta el bajo Guamoes y de allí al Putumayo, con objeto de expedir la corteza de quina por la vía del rio de las Amazonas. Organizó al efecto una expedicion en regla en la que no pudo tomar parte activa personalmente; pero sus enviados descendieron nueve jornadas más abajo, encontrando el torrente tan tortuoso, obstruido por las rocas y lleno de raudales, que hubieron de regresar despues de veintiun dias de inauditos esfuerzos, declarando imposible todo tránsito.

La profundidad de la Cocha es al parecer variable. Cerca del desagüe se han medido diez y siete brazas, pero el mayor fondo debe encontrarse en direccion de las pendientes del Bordoncillo ó Patascoi. En muchos puntos hácia el Mediodía brotan unas hebras blanquecinas que despiden un fuerte olor á ácido sulfhídrico, señal segura de su orígen volcánico. Es muy probable que la falta absoluta de peces, sea debida á esta causa.

Un accidente imprevisto me impidió comprobar la altura de la Cocha, que algunos hacen ascender á dos mil metros sobre el mar, pero que yo considero excesiva. En los bordes del lago existia ántes un camino que hoy ha desaparecido: tan sólo algunos salvajes habitan sus orillas, y los bosques contiguos abundan en ricos productos vegetales.

Tales son los datos que logré reunir, de vuelta á la cabaña de Casapamba. Grande era la ansiedad que sentia por la suerte de Apolinar y del cura Lazo. Por fortuna entrambos habian sido hallados en bastante mal estado, pero vivos. Habian pasado una noche horrible: mal

(1) En el mapa de Codazzi sólo se nombra la quebrada Niguayaco.

vestidos y medio helados, con el estómago vacío, en medio de la oscuridad más completa y desprovistos de abrigo, se habian acurrucado al pié de un árbol hechos un ovillo y con las piernas entrelazadas. Durante las doce mortales horas de la noche equinoccial, la lluvia no cesó un solo instante y el rugido de los jaguares colmaba su angustia. A su llegada les hicimos unas buenas fricciones de alcohol, y calentados y restaurados debidamente y gracias á su buen temperamento pronto echaron sus sufrimientos en olvido.

Antes de regresar á Pasto hice una abundante herborizacion en los alrededores de Casapamba, en cuya vegetacion se observan tipos análogos á los del Mediodía de Europa y áun varias especies comunes al antiguo y al nuevo mundo. Además levanté el plano del miserable rancho en donde habian vivido diez y siete personas durante algunos dias amontonadas al abrigo de algunos postes cubiertos de juncos, considerando que un cróquis anotado hablaria mejor á los ojos y á la inteligencia, que todas las descripciones. A. B. jarras grandes y pequeñas, C. mesa, D. escabeles, E. gran cama de tablas, F. sacos de provisiones, G. zuecos, H. catre ó pequeña cama, I. cama para las mujeres, J. tulpa ú hogar con la marmita, K. postes de la casa, L. tabique, M. puerta, N. vajilla de barro y otros utensilios.

Por fin, la caravana, ó por mejor decir sus restos, pues los lisiados habian tomado la delantera, se puso en marcha, rica en impresiones ya que no en gratos recuerdos de vida confortable.

Por lo que á mí toca partí sólo con un peon encargado de llevar las plantas y curiosidades que recogiera. Llegué al pueblo de la Laguna despues de haber subido las *escaleras grandes* y las *chicas*, volví á admirar el alto de la Cruz y sus encantadoras vistas, atravesé de nuevo *El perro caruncho*, trepé por las mismas raíces y me arrastré por los mismos cenagales. Los mulos, descansados y gallardos, nos trasladaron en dos horas á Pasto, á donde llegué cargado de plantas y embargada la memoria de recuerdos, teniendo la satisfaccion de encontrar á Juan muy mejorado, hasta el punto de haberle hecho reir más de una vez al contarle las aventuras de nuestra expedicion á la Cocha.

XVIII

DE PASTO Á TUQUERRES

El rio Putumayo, su orígen y curso superior.—El distrito de Mocoa y sus habitantes.—El Caqueta: comunicaciones fluviales, estudios hidrográficos.—Tribus indias: descripciones, costumbres, usos, estadística.—Navegacion del Putumayo y del Amazonas.—Las mesetas de Pasto y de Tuquerres.—Partida de Fritz.—La *guanga*.—Ceremonias fúnebres en Pasto.—Salida de Pasto.—Julio Thomas.—Yacuanquer y sus moradores.—Tacuaya.—El Guaitará.—Tuquerres; agricultura y costumbres.—La casa Lopez.—El tapial.—Ascension al Azufral.—Las tres lagunas.—Las solfataras.

Desde la choza de Casapamba, situada en la orilla septentrional del lago de la Cocha en los Andes de Pasto, divísase la imponente masa volcánica del Bordoncillo ó Patascoi, cuyos sordos rugidos inspiran á los indígenas un supersticioso terror. En sus flancos nace el rio Putumayo, uno de los más caudalosos afluentes de la orilla izquierda del Amazonas. Por una de estas singulares coincidencias, muy frecuentes en los distintos sistemas hidrográficos de

esta parte de América, si partiendo de Pasto se toma un camino que pasa al Norte del indicado volcan, se llega á un punto en donde el Putumayo y el Caqueta, otro rio más caudaloso si cabe que el primero, se hallan tan próximos entre sí que sólo una pequeña lengua de tierra los separa. Esta disposicion, importante por demás para la fácil comunicacion entre esas dos grandes arterias fluviales, bien merece que se le consagre algun estudio.

Al salir de Pasto, el camino que franquea la Cordillera oriental situado algo más al Norte del que nos condujo á la Cocha por el Alto del Tábano, recuerda el del pueblo de la Laguna. Uno de sus ramales se encamina á Buesaco y el otro atraviesa á corta distancia la línea divisoria de las aguas que se dirigen unas al Patia y al Pacífico por el rio Buesaquillo, y las otras al Putumayo y al Atlántico por las pendientes orientales. La divisoria se encuentra en pleno territorio de los indios sebondoyes, cuyos tipos hemos descrito anteriormente. Los pueblos llamados Santiago, Putumayo y Sebondoi están ocupados por esta tribu á medio civilizar, en la cual corren mezcladas la sangre del indio de las alturas y la de las tribus del Amazonas. Vadéanse luégo los rios Aspinayaco, Guinochoaco, San Pedro, San Francisco y finalmente una corriente de agua que desciende del páramo de Aponte y que señalan algunos mapas como orígen del Putumayo, si bien esta opinion es muy discutible. Si es que ha de considerarse como fuente de un rio el punto de su curso más distante de su desembocadura, el pretendido alto Putumayo no puede ser tenido más que por un afluente de éste. Así yo le llamaré Sebondoi y emplazaré el orígen del Putumayo al pié del volcan del Bordoncillo.

Aprecien como gusten mi opinion los futuros geógrafos de Nueva Granada y séame dable consignar ahora que en este punto el camino penetra en una nueva cuenca, la del Caqueta, por su tributario el Mocoa. Siguiendo la direccion de éste, se llega al cabo de seis penosísimas jornadas al pueblo de Mocoa, capital del departamento de Caqueta y último refugio de la civilizacion hácia el Este. Un gobernador ocupa esta miserable residencia, situada entre poblaciones indias que á duras penas comprenden alguna que otra palabra en español y permanecen aún en un estado casi absoluto de salvajismo. Tuve en mis manos una de las memorias que anualmente remite este funcionario al Gobierno central, en la que manifiesta que los esfuerzos de la administracion para civilizar á los indígenas dan escasos resultados, deduciéndose de ello que sólo la emigracion y la colonizacion en vasta escala pueden hacer valer algun dia las riquezas ocultas en aquellas soledades.

Dignas son de mencionarse las costumbres de los indios mocoas, que denotan una mezcla de civilizacion y de barbarie, si bien predomina la última sobre la primera. Estas pobres gentes sólo se diferencian algo de los indígenas del bajo Caqueta en el traje, del que carecian en absoluto sus antecesores, al cual se da el nombre de *cusma* y consiste en un pedazo de tejido burdo, especie de droguete, fabricado en la república del Ecuador y ancho de un metro por dos de longitud. Pasan la cabeza por una abertura practicada en el centro á guisa de escapulario, sujetándoselo á la cintura con una tira del mismo tejido ó con un cinturon de cuero. La *cusma* es siempre de color morado, siendo en verdad muy curiosa la razon de esta uniformidad: los mocoas no conocen el jabon, pero abunda en el país un árbol que produce unas hojas jabonosas que dan un color morado indeleble. Los domingos como traje de gala visten

pantalon ceñido, morado tambien, y alguna vez negro; y las mujeres, una especie de túnica morada ó azul que les llega hasta las rodillas.

Los mocoas hablan solamente el quichua y por esto se les llama *ingas*, corrupcion de la palabra *inca*. A poca distancia, en las llanuras del Caqueta, sus errantes hermanos hablan por el contrario una lengua que mejor procede del *tupi* ú otros idiomas amazonianos que del lenguaje de los «*hijos del sol.*» Sólo algunos niños educados en la escuela de un anciano sacerdote, han aprendido algo el español, pero mejor lo comprenden que lo hablan.

Dejemos Mocoa por un instante, para dirigirnos al Norte remontando la corriente del alto Caqueta. Un sendero informe apénas practicado por algunos cargadores, muy semejante al *camíno de los monos* descrito en nuestra excursion á la Cocha, atraviesa veinte impetuosos torrentes y conduce á las alturas, desde donde desciende hasta Almaguer atravesando la Cordillera junto al nacimiento del rio Mayo. Toda la vertiente oriental hasta la llanura está cubierta de impenetrables bosques. La historia de la conquista dice que Quesada llegó á Mocoa procedente de Guayabero, teniendo que atravesar esos inmensos bosques y franquear centenares de rios, á través de mil dificultades. Semejante expedicion hoy dia seria de todo punto imposible y no se concibe cómo el conquistador y sus compañeros salieron bien librados de su empresa, á ménos que la enorme distancia de quinientos kilómetros que separa los llanos de San Martin del primer grado de latitud Norte, se hallara á la sazon cubierta de praderas entremezcladas de bosquecillos. En tal caso, habrán bastado tres siglos para transformar por entero el país en un bosque continuo y enmarañado en el que sólo el jaguar y el tapir pueden abrirse paso.



Indio sebondoy

El hecho que los geógrafos no pueden perder de vista y que interesa lo mismo á los exploradores que á los habitantes de estas comarcas, es que Mocoa está emplazado precisamente en el punto en que los dos grandes rios Caqueta y Putumayo se hallan más próximos entre sí (1). Sólo les separa la corta distancia de treinta kilómetros y el camino recorre una serie de colinas de muy fácil acceso. En el dia la distancia es algo mayor á consecuencia de algunos rodeos y de la combinacion del camino interior con el del rio. En Mocoa el pasajero se embarca en el caño Uchipayaco, donde se encuentran algunas cabañas de indios, y llega luégo al riachuelo Guineo, que se une al Putumayo. Por el bosque la distancia es de treinta

(1) El Caqueta toma el nombre de Yapura en la parte inferior de su curso hasta su desembocadura en el Amazonas; en idénticas condiciones el Putumayo toma el nombre de Iza.

y cinco kilómetros, y por el agua, de veinticinco, pasando de este modo de una á otra cuenca con gran facilidad. La exploracion completa de las dos grandes corrientes Caqueta y Putumayo, poco conocidas aún, seria de suma utilidad para la geografía de estas comarcas (1).

La vegetacion de las orillas del Putumayo es muy parecida á la que se observa en las del Caqueta, pero su caudal es ménos considerable. En su parte alta, pasado el pueblecito de San José, cerca del cual habia en otros tiempos una mision de la que no queda el menor vestigio, su curso es impetuoso como el del Gamoes á su salida de la laguna Cocha. Arrastra arenas auríferas como su vecino Caqueta más arriba de Yurayaco. Sólo los indios explotan estas riquezas, pero con su natural indolencia, apénas si extraen algunos puñados de oro en polvo que llevan periódicamente á Mocoa para cambiarlo por hachas, armas é instrumentos de pesca.

Bajando por el Putumayo, este cambia pronto de carácter: su curso accidentado en un principio, pasa á ser de fácil navegacion; atraviesa bosques ricos en productos de variedad infinita y se ofrece al mundo civilizado como una arteria fluvial de primer órden una vez se comunique con el rio de las Amazonas. En la parte comprendida entre la Cordillera y la desembocadura del San Miguel ó Sucumbios, viven los indios anaguajes, visitados en otros tiempos por los misioneros y cuyas lejanas correrías dieron lugar á creer que los dos rios estaban unidos por un tercero, al igual que el rio Negro y el Orinoco lo están por el Casiquiare.

Los indios de las orillas del Putumayo en la parte navegable de su corriente que se prolonga más de ochocientos kilómetros, pertenecen á diferentes tribus, entre las cuales se distinguen especialmente los orejones, los guaques, los correguajes y los macaguajes, de carácter bastante pacífico todos ellos, al revés de sus vecinos de Caqueta y de los afluentes del Napo. Su vida es errante durante la época de la puesta de las tortugas, que se verifica de enero á marzo en las bajas aguas. Acampan entónces en las orillas, que las diversas tribus se dividen en partes iguales, y construyen *ranchos* provisionales con postes de madera cubiertos con hojas de palma. Como sucede con todos los salvajes de estas regiones, su habilidad para descubrir el rincon de la arena en donde las tortugas depositan sus huevos, es extraordinaria; bien sean las de la especie grande (tortuga propiamente dicha) ó de la especie pequeña, llamada *terecai*. Cada nido contiene de cincuenta á cien huevos, y los indios sacan de ellos una manteca excelente que baten en sus canoas exponiéndola al sol hasta que la yema sube á la superficie, pudiendo ser fácilmente recogida y puesta á cocer; encierran entónces esta manteca en tubos de bambú, con huevos cocidos y secados al sol, y así se conservan mucho tiempo sin deteriorarse.

Los rasgos principales de estos salvajes son idénticos en la mayor parte de las tribus. De estatura mediana, bien proporcionados, aunque desgarbados, de un color todos ellos rojo oscuro ó mejor achocolatado, sus extremidades son pequeñas y bien contorneadas, su agili-

(1) Al escribir estas líneas acabo de saber que mi querido colega el valiente Crevaux ha atravesado felizmente este camino, no sin grave riesgo. Ha remontado el Putumayo desde su desembocadura, pasando de una cuenca á otra por el camino indicado ó por otros análogos, y regresado por el Caqueta desde el meridiano de Mocoa al Amazonas.

dad es prodigiosa, tanto en el andar como en la natacion y manejo de las canoas, sin que sus fuerzas físicas sean muy considerables; su cabeza es más bien grande que pequeña y más ancha que larga; su frente estrecha, sus ojos pequeños y algo oblícuos, apagados y rodeados de negras pestañas; pero muchas tribus se las hacen caer por medio del zumo de una planta. Hombres y mujeres creen que la belleza consiste en arrancarse las cejas. Tienen la nariz bien formada, ligeramente aguda y encorvada; la boca grande, algo burlona, y las orejas con frecuencia deformadas y colgantes, segun una bárbara y odiosa costumbre. Carecen de barba, pero llevan los cabellos abundantes, negros y en desórden, cortados en el frontal y el resto cayéndoles libremente sobre los hombros: cortárselos por detrás es señal de luto.

La picadura ó el tatuaje desempeña un importante papel en su adorno; por medio del achiote *(Bixa orellana)* se llenan de listas caprichosas de color rojo azafranado intercaladas con otras negras y puntos azules, no solamente la cara sino el pecho y los brazos.

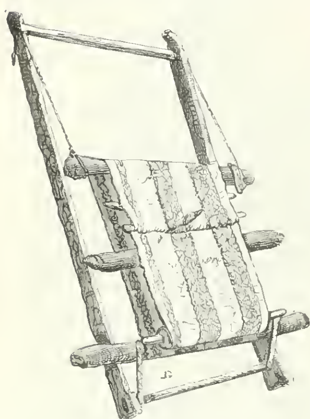
Van desnudos; sólo los hombres usan un pequeño delantal sujeto á la cintura. En la mayor parte de las tribus la desnudez de las mujeres es absoluta; algunas otras por todo adorno usan unas sartas de abalorios dispuestas en cuadro de unos quince centímetros de lado, y si estas no bastan, algunas conchas ó una cinta; pero la mayor parte de las veces no llevan nada. Las muchachas se casan á los doce años, y á esta edad seria agradable su fisonomía si en su boca no se dibujaran rasgos que revelan cierta dureza. Los contornos del torso pierden la finura de líneas desde la edad de catorce años, en la que generalmente empiezan á ser madres. Acostumbradas á una vida tan ruda como la de los hombres, adquieren igual vigor que ellos y gozan de una salud á toda prueba. El matrimonio por parte del hombre se reduce á elegir libremente á una mujer soltera de su tribu; toda su ambicion se limita á poseer una mujer, un arco, una bodoquera, algunos anzuelos, un hacha y una copita de veneno.



Retrato de M. Fritz de Scherff

En cualquier parte encuentra leña y hojas para construir su rancho, un rincon de bosque que incendiar en donde sembrar la yuca y el maíz, que la esposa se encarga de cultivar, miéntras él corre en busca de caza y pesca para la familia. El amor de padre y el de esposo están muy desarrollados en todas estas tribus, y las mujeres son objeto de las mayores atenciones por parte de sus maridos. He oido contar que uno de ellos que habia cedido á un blanco un pájaro llamado *tente*, á cambio de un hacha, al dia siguiente devolvió el hacha al comprador diciéndole: «Devuélveme el tente, que mi mujer no hace más que llorar desde que no le tiene; déjame consolarla.»

Si el estado de desnudez es habitual entre los indios del Putumayo, no son ménos aficionados á sobrecargarse de adornos en dias de regocijo, matrimonios, nacimientos, etc., ó cuando las tribus se declaran mutua guerra. Los hombres en tales casos se sujetan el vientre con una faja, y llevan, lo mismo que las mujeres, unos tirantes de algodon silvestre, hábilmente trenzados, y los muslos y piernas cubiertos tambien de tiras, entre las cuales colocan hojas odoríferas. Llevan, además, collares de frutos aromáticos, alternados con otros, hechos con dientes de caiman, jaguar, oso, puma ó mono; se atan en las orejas plumas y pedazos de oro y plata, y se encasquetan una corona de plumas con una gran cola que flota sobre sus espaldas. Este atavío extraordinario se reserva sólo para las grandes festividades. Las mujeres que participan de este gusto, al parecer innato, rodean su garganta con rosarios de abalorios de distintos colores, pieles de culebra y frutos secos esféricos; llevan las ventanas de la nariz y el labio superior agujereados y prendidos con palitos cubiertos con finas plumas de colibrí; adornan sus orejas con objetos análogos ó con pedazos de oro, y se atraviesan el labio inferior con multitud de espinas.



Telar usado en Pasto

Así vestidos, se entregan á la danza, que invariablemente termina con una borrachera general. En sus orgías es cuando se declaran la guerra; pero el espíritu de devastacion que animaba en otros tiempos á estos salvajes ha cedido el campo á otras costumbres que se suavizan de dia en dia, y muy pronto habrán absolutamente desaparecido de la América del Sur las escenas de antropofagía, tan frecuentes en otros tiempos.

Imposible descubrir cuáles son sus creencias religiosas, ni preguntando á los más sumisos y familiares, ni examinando el interior de sus viviendas; muy diferentes de los antiguos chibchas que profesaban un culto regular y tenian templos é ídolos de oro, en las errantes tribus del Caqueta y Putumayo no se descubre el menor asomo de culto ni religion alguna. Si es que poseen algun ídolo, lo ocultarán en el fondo de los bosques. Algunos misioneros han afirmado, sin embargo, que estos indios creen en los espíritus buenos y malos y en una existencia futura, en un lugar donde abundan la comida, la chicha y las mujeres. Ni siquiera en sus bodas observan ceremonia alguna religiosa, bastando para casarse el consentimiento del

jefe de la tribu, y á continuacion vienen los regocijos en forma de bailoteo, música chocarrera, embriaguez y orgía. Iguales ceremonias se reproducen poco más ó ménos en los entierros, en los cuales figuran los *piaches*, charlatanes, cuyas funciones se aproximan más á las de los adivinos ó médicos de los negros africanos, que á las de los sacerdotes de un culto cualquiera.

El número de habitantes de las diversas tribus del Putumayo y sus principales afluentes está distribuido como sigue, si bien es de creer que esta division es algo arbitraria:

Agustinillos ó Putumayos.	1,200
Orejones..	900
Mayatíes..	800
Mariates..	1,000
Yuríes.	900
Picunas.	1,200
Paseses.	1,200

Entre el Putumayo y el Caqueta se cuentan:

Macaguajes.	600
Anaguajes.	400
Guitotos ó Huitotos.	1,200
TOTAL.	9,400

Si se agrega á esta cifra el total de las tribus indias que ocupan el vasto territorio del Caqueta, Putumayo y todos sus afluentes, principalmente los rios Guaviare, Inirida, Uaupes, Apoporis, Zari, Caguan, Aguarico y las poblaciones medio civilizadas de la Cordillera, se obtendrá una cifra de cincuenta mil indios aproximadamente, que pueblan un vasto territorio; pero su número disminuye á medida que la civilizacion extiende su progresiva marcha. ¿Qué será de estas tribus ántes de un siglo? ¿Correrán la misma suerte que sus hermanas de la América del Norte? ¿Entrarán en la corriente colonizadora y se resignarán á cambiar su vida libre y semi-ociosa, por un trabajo regular y por las trabas que encadenan al hombre culto? El tiempo lo dirá.

He hablado hace poco de la navegacion del Putumayo y del porvenir que ofrece: el asunto es serio y ha parecido por unos momentos hallarse muy próximo á una solucion. Dos vecinos de Popayan, los hermanos Reyes, sabian de mucho tiempo que un mulato habitante en Tapacunti, cerca de la desembocadura del rio Sucumbios en el Putumayo, descendia anualmente por este rio con su canoa hasta el Amazonas, remontándolo desde Tabatinga, y entraba en el Huallaga, en el Perú, donde cambiaba su zarzaparrilla con sal gema, que revendia á su regreso. Los señores Reyes concibieron desde luégo el grandioso proyecto de dotar á su país de una línea de vapores entre el alto Putumayo y el Amazonas. A fines de 1874, don Rafael Reyes partió de Bogotá comisionado por la Compañía de Caqueza para realizar esta empresa. Salió de Popayan, franqueó la Cordillera, descendió todo el Putumayo en una canoa y llegó en un mes al Amazonas, el «Mediterráneo americano» como le llama en un rapto de entusiasmo. Diez meses invirtió en viajes entre Manaos, Para y Rio-Janeiro, á fin de realizar el proyecto. Con el apoyo del emperador del Brasil, don Rafael Reyes fletó tres va-

pores, y el doctor Pazos Miranda, gobernador de la provincia de las Amazonas, puso á sus órdenes una lancha de la marina imperial. Dos vapores para carga y pasajeros le esperaban en el Amazonas, junto á la desembocadura del Putumayo, para remontar sus vírgenes aguas. Al cabo de muchos preparativos, zarparon del puerto de Tocantins el 16 de enero de 1876 con el vapor *Tundaima*, en el cual se embarcaron muchos pasajeros, y navegaron por el Putumayo en medio de una admirable vegetacion de plantas útiles y maderas preciosas, extensas playas cuajadas de caza y tribus salvajes que contemplaban estupefactas el paso de un barco



Porton de la casa de Cármen Lopez, en Tuquerres

de fuego. Despues de una navegacion perfectamente libre, llegaron sin obstáculo al puerto superior del Putumayo. Dió el señor Reyes conocimiento al público del feliz éxito de su empresa en carta fechada el 16 de febrero de 1876 y publicada en Pasto poco ántes de mi llegada; con razon aconsejaba á los habitantes de Pasto la conveniencia de abrir una buena carretera hasta Mocoa, haciendo valer la superioridad del Putumayo sobre el Caqueta, innavegable por sus numerosos saltos, é indicando á la vez una nueva comunicacion entre estos dos rios por los Cencella y Caucaya. Por otra parte, uniendo el rio San Miguel (Sucumbios) con el Aguarico, se obtendrá, decia, la comunicacion entre el Putumayo y el Napo. Magnífica combinacion de rios y canales, ¡red inmensa abierta por la mano del Creador en el gran valle del Amazonas! De Cuzco á los orígenes del Orinoco, de las montañas de Bolivia á las de Colombia, viajeros y mercancías podrian, pues, pasar sin obstáculo ni interrupcion por una corriente fluvial y dirigirse al Atlántico, recorriendo á voluntad los rios Napo, Ucayali, Huallaga,

Marañon, Negro, Casiquiare, Orinoco, Madeira, Purus, etc., y convirtiendo al Amazonas en uno de los primeros centros de navegacion del globo.

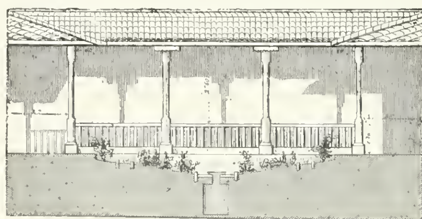
Tal era en definitiva el proyecto que los hermanos Reyes estaban próximos á realizar. Los pastusos, en 2 de abril de 1876, pidieron al gobierno federal una subvencion anual de doce mil patacones para llevar á cabo la obra, y treinta mil á la compañía de Caqueza para construir la carretera de Mocoa. Pero sobrevinieron acontecimientos políticos, la revolucion estalló

Y el estampido del trueno
Desvaneció la ilusion.

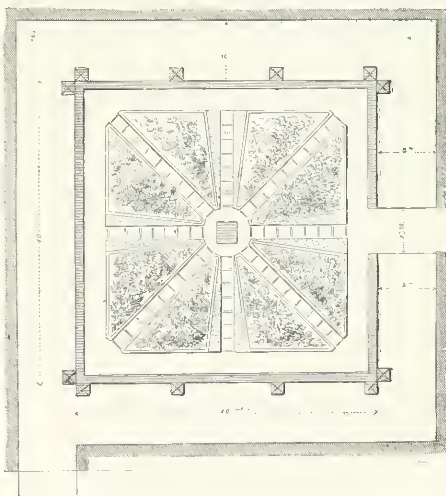
. . . .

Regresé á Pasto: Juan seguia su convalecencia lentamente, y grande fué el placer que sentí al encontrarle levantado y fuera de peligro, si bien que débil, encorvado, flaco y envejecido.

HABITACION DEL SEÑOR RAMIREZ EN PASTO



Seccion de la casa



Plano de la casa y del jardin

Entre Pasto y las fronteras del Ecuador se extienden á cada lado de la Cordillera admirables regiones, vírgenes aún del paso de un naturalista. Las vecinas altiplanicies de Tuquerres y los primeros volcanes del nudo de los Pastos, habian sido recorridos rápidamente á principios de este siglo por Humboldt, que se dedicó especialmente á observaciones físicas; por Hartwey despues, que nada recolectó, y una ó dos veces por M. Jameson de Quito, cuyas colecciones descubrieron la existencia de verdaderos tesoros naturales. En 1854, Karsten reunió allí una abundante coleccion, que desapareció completamente destruida por un incendio, en Tumaco. Unicamente, por la misma fecha, don J. Triana, procedente de Barbacoa, no sin grandes esfuerzos y despues de haber visto morir á uno de sus compañeros y de conducir á muchos otros moribundos, habia tenido la buena suerte de recoger numerosas plantas, nuevas del todo para la ciencia. Le ví en Paris ántes de mi expedicion.

—Esta comarca es tan rica,—me dijo,—que yo no he hecho más que *arañar su flora.*

No se necesitaba más para excitarme á completar sus investigaciones; me tracé, pues, el itinerario que voy á recorrer y diferí para más tarde mi regreso á Quito.

Fritz no tenia las mismas razones que yo para aplazar su marcha; sólo habia ido á Amé-

rica como *turista* y no como hombre de ciencia. Le invité á adelantarse, para que en Quito, centro más civilizado, pudiera rehacer un tanto su quebrantada salud, á consecuencia de la azarosa vida que llevábamos hacia medio año; allí debia esperarme algunas semanas, y si faltaba á la cita, podia continuar su viaje por el Perú, Bolivia, República Argentina y el Brasil, ántes de regresar á Europa. Cambiamos un cordial apreton de manos, y una bella mañana, bien á pesar nuestro, tomó el camino del Sur, para no reaparecer hasta diez y ocho meses más tarde en mi gabinete de Paris. (Véase el grabado de la pág. 769.)

Antes de abandonar Pasto me quedaban algunas ocupaciones: embalaje de plantas vivas y semillas, secar y rotular herbarios, etc., etc. Al ir á comprar unas cobijas, pude hacerme cargo de la manera de tejer usada en el país y saqué copia de uno de los telares usuales. La tarea de tejer está reservada casi exclusivamente á las mujeres, que para disponer de luz suficiente, colocan el telar fuera de la casa, junto á la pared. Al telar completo, le llaman *guanga* ó *huanga*. La barra trasversal superior, es el *cumucl;* la planchita del centro, la *cinga;* la inducida en la abertura de arriba, el *bajador;* y la lanzadera se llama *chonta*, del nombre de la palmera *chontaduro (Astrocaryum)*, con que se construye. No son necesarios más enseres para la fabricacion de unos tejidos tan bellos como sólidos. Noté que el precio de las más ricas cobijas variaba entre seis y doce pesos sencillos (de 24 á 48 pesetas). (Véase el grabado de la pág. 770.)

Estamos en pleno mayo; á las funciones del mes de María, que se celebraban todas las noches en las iglesias de Pasto, asistia una considerable afluencia, atestiguando la ferviente devocion de los pastusos.

Asistí al entierro de un niño. Si bien la costumbre todo lo excusa, no pude ver sin oprimírseme el corazon, el pálido rostro del pobre niño que dormia el sueño de la muerte, descansando en un féretro abierto, guarnecido de oropel, con escarapelas de papel de color, flores artificiales y llevado por cuatro de sus compañeros al són de una música alegre, que parecia insultar la calma y serenidad de la muerte. Un cornetin de piston, un oficleide, un clarinete, una flauta, un bombo y unos timbales componian la deplorable orquesta que marchaba á la cabeza del cortejo. Seguia una cruz; luégo dos muchachos disparando cohetes en señal de alegría; tres curas revestidos de casulla y bonete, y por último los padres y deudos del difunto con vistosos trajes. Tal es la costumbre; no lloran la pérdida del hijo, celebran la entrada de un ángel en el cielo.

Como apéndice á la descripcion detallada, hecha anteriormente, de las habitaciones de Pasto, acompaño un cróquis para que los señores arquitectos se fijen en su construccion; él explicará y dará conocimiento de lo qué es una casa de moderna construccion, á 2,700 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de $+ 14^{\circ} 7'$.

Despedíme de Pasto el dia 15 de mayo, dejando á Juan que acabara de restablecerse, pero con órden de ir á reunirse conmigo á Tuquerres dentro de ocho dias. Daniel, el peon que me seguia desde Cali y que se habia ofrecido á acompañarme hasta Quito, quiso regresar á su país. Tomé en su lugar, con el carácter de criado, un negrazo llamado Manuel Cárdenas. Por fortuna mia encontré un nuevo compañero de viaje, el señor Julio Thomas, francés estable-

cido hacia diez y seis años en Tuquerres, el cual, apénas supo que traia para él una carta de recomendacion, se puso en camino y vino á verme á Pasto, ganoso de servirme de cicerone, con la mejor voluntad del mundo.

Partimos juntos hácia el Sur, no presentando el viaje, hasta Yacuanquer, ningun incidente característico digno de consignarse. Al atravesar la Montañuela, al Sur de Pasto, hallé sobre el páramo la misma vegetacion que en el Alto de Aranda é igual formacion volcánica, con el aditamento de algunos resbalones en aquellas partes del terreno más cargadas de turba. Las orquídeas pertenecientes á los géneros *Pilumna* y *Epidendrum*, el soberbio *Oncidium chrysotoxum*, muchas tilandsias y las enormes hojas pecioladas y con nervaturas rojas de un gunera nueva cubren las rápidas pendientes.

Yacuanquer, que sólo está á 1,670 metros y cuya temperatura media es de + 16°, es una poblacion grande emplazada en una llanura y habitada por una raza que ya he descrito: los indios sebondoyes. Las simpatías que inspiran las elegantes formas de estos indios, altos y delgados, con su rostro ahollinado y su larga cabellera negra, pronto desaparecen, haciéndose repulsivos por su insigne pereza. Pásanse los dias enteros en flemática indolencia, jugando con una badila ó un abanico de junco, vestidos con su tradicional *cusma* y mirando con desprecio á la pobre mujer, que teje la cobija, con cuyo producto debe atender al sustento de la familia.

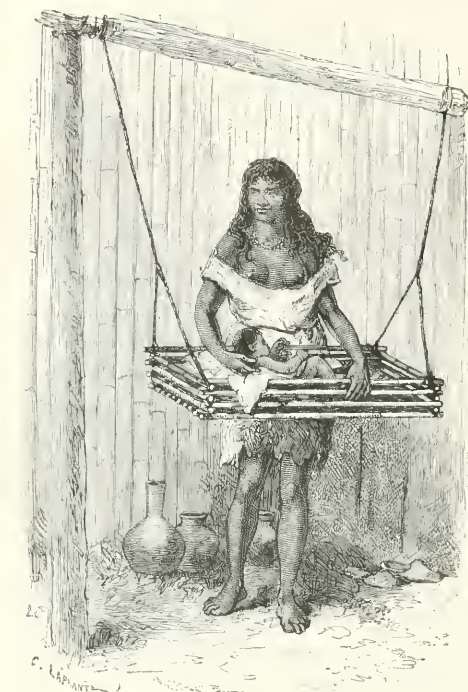
El interior de las chozas de Yacuanquer nada ofrece de particular. Unicamente llaman la atencion las cunas, consistentes en unas cestas rectangulares, hechas con cañas de bambú alternadas, y suspendidas por medio de cuerdas á una viga del techo.

A las seis de la noche llegamos á Tacuaya, importante hacienda, propiedad de don Domingo Rosero, el cual acogió á M. J. Thomas con la más cordial amistad: hubo apretones de pulgares, golpecitos dados familiarmente en la espalda, etc., etc. El señor Rosero, celoso de sus cosechas, cultiva la caña, el plátano, la chirimoya (de clase excelente, de la que tomé unas semillas), el naranjo, el índigo (añil), y el trigo en la parte alta. La planta más curiosa que he visto en su posesion y que no he vuelto á encontrar, es una yerba mora, cuyo fruto, de buen tamaño, es comestible, diferenciándose algo de las *naranjillas* de Pasto *(Solanum galeatum)*. Por su sabor no tiene rival, y su forma es semejante á la de una manzana larguirucha. Ignoro el nombre científico de esta planta, cuya introduccion en el mediodía de Europa reputo útil y fácil.

A las ocho de la mañana del dia siguiente partimos de Tacuaya, emprendiendo la vertiginosa bajada del Guaitará, cuyo rio, uno de los principales afluentes del Patia, nace en el volcan de Chiles, absorbe multitud de riachuelos tributarios suyos y corre por entre los despeñaderos más vertiginosos que he visto nunca, pues á trechos se sumerge en gigantescas entalladuras de más de 900 metros de profundidad. Su lecho, á 1,654 metros, algunas millas más arriba, en el Alto de Aranda, alcanza una altura de 3,100 metros. Sin entrar en comparacion con los muchos más elevados volcanes vecinos, se puede calcular que la depresion de estos terrenos en media jornada de camino asciende á 2,446 metros, de suerte que pocos valles habrá en el mundo tan estrechos y profundos. Allí empieza el «Nudo de los Pastos,» orígen

de la gran division de los Andes en Cordillera central, Cordillera occidental, y en Cordillera oriental algo más léjos.

En la composicion general de los terrenos de la comarca, deduccion hecha de los volcanes traquíticos, predominan la sílice y el esquisto muy desmenuzados, y donde mejor puede estudiarse esta formacion es en las márgenes cortadas á pico del Guaitará, cuyo lecho alcanzamos despues de haber franqueado sanos y salvos algunos parajes tan peligrosos como pintorescos.



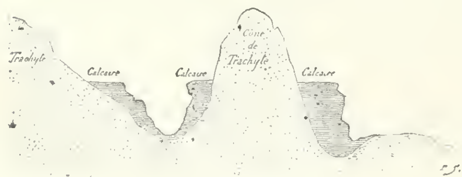
Cuna de los indios en Yacuanquer

Limitan el cauce del Guaitará enormes rocas tapizadas por una débil vegetacion, entre la que sobresale el arrayan, arbusto de la familia de las mirtáceas y pequeñas orquídeas de los géneros *Stelis*, *Telipogon* y *Pleurothallis*.

Remontada la otra márgen, nos encontramos sobre unos planos inclinados llenos de rocas á flor de tierra, cubiertas por todos lados de menudo césped.

Cerca del rio da idea de un cultivo perfeccionado, la hacienda de Santa Rosa.

Los planos inclinados se suceden, no desapareciendo hasta la cúspide, en cuyo sitio anuncian la proximidad de la poblacion las primeras casas situadas al borde del camino. Estas habitaciones se distinguen por la especie de cruz de Malta de grandes dimensiones que forman las aristas de las cubiertas. De las nuevas plantas que llamaron mi atencion, dos son notables; es la primera una afelandra espinosa, en forma de arbusto y adornada con flores anaranjadas *(A. acanthifolia)*, y la otra un arbolillo de extraordinaria belleza, cubierto de multitud de campanas del tamaño de la mano, pintadas de un vivo color de ladrillo matizado de amarillo y verde. Es la *Brugmansia sanguinea*, especie de datura, cuyo tipo aclimatado de muy antiguo, presenta en estos lugares una magnífica variedad; en el país se la conoce con el nombre de *guanto* ó *guamuca*.



Las mesas de Guaitará

Ya estamos en Tuquerres, cuya poblacion se extiende sobre una colina inclinada al Noroeste; el panorama de sus casas, diseminadas en un campo de verdura, es seductor. El aspecto de las colinas y montañas próximas dominadas por el cono truncado del volcan del Azufral,

algo prolongado por el Este, y el de los cerros de los contornos, forman un cuadro alegre, á la par que imponente. Alrededor de la ciudad, los campos de trigo, cebada, alfalfa, habas, patatas, ocas, ollocos y judías se suceden sin interrupcion, dando una idea muy aventajada del cultivo. Allí se labra la tierra con el arado, empleándose buenas rejas y excelentes aperos. El terreno, compuesto de humus negro muy fértil, regado por multitud de arroyos procedentes de las filtraciones subterráneas y alimentados por las brumas, da á los cultivos agrícolas y hortícolas un aspecto de lozanía que recuerda las cercanías de las ciudades del mediodía de Europa.

Al entrar en Tuquerres la impresion se debilita en parte ante la falta de aseo que se observa en las calles y el abandono en que yace la iglesia, monumento en extremo vulgar sin otro interés que sus dimensiones relativamente vastas. Debo hacer constar, sin embargo, que actualmente se edifica una nueva iglesia bastante capaz en punto más céntrico, y además una casa consistorial. Tuquerres está á una elevacion de 3,100 metros. Es por consiguiente la poblacion más alta de cuantas hemos visitado en nuestro viaje; su temperatura media excede los $+10^{o}4$. El frio se deja sentir en la inaccion, y como las estufas son allí del todo desconocidas, hácese necesario un continuado ejercicio para entrar en calor. El tránsito por las calles, pendientes en su mayor parte, se hace difícil á causa del *soroche*, afeccion muy conocida debida á la rarefaccion del aire en tales alturas; dados apénas algunos pasos, es preciso detenerse, pues flaquean las piernas y parece como que la respiracion falte; vuelve á emprenderse la marcha para detenerse luégo, y así sucesivamente.



Casa junto al camino de Tuquerres

Quiso mi buena estrella que encontrase en la persona de Julio Thomas, un hombre amable, instruido y hospitalario, que á todo trance quiso albergarme y tratarme como individuo de su familia, durante mi permanencia en Tuquerres.

La cria de ganado constituye la principal industria agrícola del país; las nieblas perpetuas que bajan de los páramos y se extienden alrededor de Tuquerres, mantienen la frescura de las praderas, cuya vegetacion aunque corta y poco activa, es de excelente calidad. Los rebaños están allí libres de las enfermedades que afligen á los de tierra caliente, pues los insectos destructores no viven en aquellas alturas. El aspecto de la campiña, graciosamente ondulada, presenta gran animacion con la presencia del ganado errante en sus vastas y verdes praderas.

El sistema de vida es en Tuquerres diferente de otras ciudades, á lo ménos en la alimentacion, ó mejor, en la manera de preparar los guisos.

Una de las excursiones proyectadas desde este pueblo consistia en la ascension al volcan que domina la ciudad, llamado «volcan de Tuquerres,» ó con más propiedad, «volcan del Azufral.»

Partí al amanecer con mi criado negro y un guía del país que conocia el paso por entre las turberas movedizas del camino, en las cuales se hunden las caballerías con sus jinetes.

Al recorrer las calles de la poblacion, no muy léjos de la plaza mayor, veíanse los pórticos de las casas ataviados de herbáceas, gramíneas, echeverias, musgos y pulmonarias, presentando, muy singularmente la de Cármen Lopez, el más curioso espectáculo de vegetacion en tierra fria.

Los obreros estaban ya en su trabajo construyendo una pared de tapia, y al efecto habian transportado el aparato llamado *tapial* al primer alto del muro, cuyos bajos dejaron listos la víspera. El tapial es una especie de caja ó cofre cuyos montantes se llaman *costales*, *hojas* los costados mayores y *compuertas* los menores. Para labrar el muro un hombre prepara y carga la tierra en un saco valiéndose de una pala *(palcha)*, miéntras otros dos la machacan ó apisonan en el interior con los *pisones;* las paredes así construidas duran mucho tiempo.

Hétenos ya en el campo; la comarca verdea á nuestro alrededor y los bordes de los senderos aparecen adornados con una numerosa familia de floridos arbustos: todo florecia á la sazon (1), miéntras en la cúspide de las desnudas montañas y entre los 3,500 y los 4,000 metros, los rastrojos de las gramíneas secas veíanse amarillear en lontananza á los primeros rayos del sol (2). Los monótonos céspedes amarillentos forman los pajonales, donde los habitantes de Tuquerres se proveen de paja cilíndrica con que cubren sus casas y cuyo lejano aspecto recuerda las grandes estepas de la Rusia meridional. Estos pajonales forman un contraste sorprendente con el tono de esmeralda que predomina en el paisaje de los contornos.

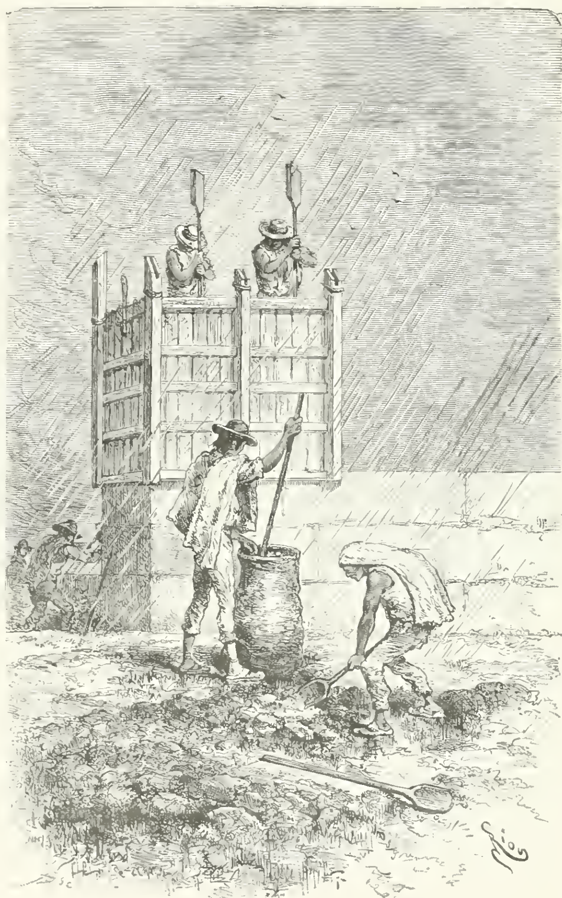
A las once y media, despues de haber recorrido unos caminos á cual más horroroso, atravesando barrancos y trepando por entre la vegetacion rasa que caracteriza la region andina entre los 3,800 y 4,000 metros, llegamos á la *Cuchilla*, en donde el cráter del volcan abria su boca á nuestros piés. Hácia el Oeste se yergue el pico llamado el Salto, que alcanza 4,200 metros de altura. Al fondo del abismo, que las aguas han rellenado en parte, se encuentran tres lagos contiguos de un efecto extraordinario. Encerrado en un circuito de enormes murallas traquíticas multicolores, tostadas por antiguas erupciones y trituradas por temperaturas muy elevadas, sonrie primero el lago llamado *Laguna verde*. Ningun calificativo le cuadra mejor que el de esmeraldino, por su brillo y transparencia, y porque el sol, retozando en su vasta superficie, produce incomparables reflejos aumentados por la blancura marmórea de sus orillas y por el tono amarillento claro de los terrenos próximos á la solfatara.

(1) Entre las plantas floridas se veían las siguientes: *Brugmansia sanguinea*, *Baccharis*, *Gynerium jubatum*, *Hypericum laricifolium*, *Puya*, *Caraguata*, *Tillandsia*, *Fucsia*, *Oncidium*, *Odontoglossum*, *Stelis*, *Telipogon*, etc., etc.

(2) Diversas especies del género *Deyeuxia*.

En la parte anterior, otros dos pequeños lagos ofrecen un golpe de vista totalmente distinto; el que se halla situado al Este, de forma prolongada, es negro como la tinta y en el otro más pequeño, de un perímetro casi cuadrado, el agua es transparente como el cristal.

Despues de contemplar por algun tiempo este precioso espectáculo, descendí los dos ó trescientos metros que me separaban del suelo del cráter para practicar algunas observaciones al nivel del agua, que está á la altura de 3,900 metros. Eran las doce del dia : el ambiente hermoseado por un magnífico sol, estaba á los + 13° y el termómetro acusaba + 15° sumergido en los lagos menores. Avanzando hácia el Norte, me encontré sobre un sólido montículo de azufre puro, del que salian muchas humaredas á través de un suelo ardiente y resquebrajado, en el cual era imposible sostenerse sin levantar los piés á cada instante, como sucede en la solfatara de Puzol (Nápoles). A dicho montículo se le ha dado el nombre de *Cerro redondo*. A algunos metros de allí el termómetro sumergido en la Laguna verde, á un metro y medio de su orilla oscilaba entre los + 15 y 18°, miéntras que á 15 centímetros más adentro subió rápidamente hasta + 47°, alcanzando instantáneamente de + 90 á 100° al aproximarlo á una de las humaredas. Sus exhalaciones se componen de vapores de agua y gas ácido carbónico, conteniendo tambien una cantidad considerable de gas ácido sulfhídrico, lo cual demuestra la enorme cantidad de azufre producido por la solfatara del Azufral. Esos vapores han impreso sobre las rocas vecinas un tinte verde oscuro, que contrasta notablemente con los tonos rayados de rojo, negro y blanco de los traquitos de la vecina escarpadura, y con el matiz ceniciento de un monton de piedra pómez, desprendida poco ántes de mi paso por allí.



El tapial

¿Cómo ha podido producirse semejante formacion geológica? ¿Se debe al cráter actual, al hundimiento de un antiguo cono de traquito, ó bien es el receptáculo de las materias íg-

neas de un viejo volcan? La historia del Azufral no reza una palabra sobre este particular.

Completadas mis notas, emprendí el regreso llegando el mismo dia á Tuquerres al toque de oraciones, despues de haber hecho una buena cosecha de plantas y curiosidades. Algunos indios que encontré en el tránsito, se persignaron á las primeras campanadas de la lejana iglesia, conservando descubierta su cabeza hasta la última *Ave María*. La temperatura habia refrescado, alcanzando apénas los + 4°, y las sutiles brumas del Páramo eran más que suficientes para enfriarnos hasta la médula. Mucho me alegré, pues, de encontrar en la mesa á la familia de mi hospitalario anfitrion.

XIX

DE TUQUERRES Á BARBACOAS

Provincia de Barbacoas; descripcion, historia.—El país de la lluvia.—El volcan de Cumbal.—El rio Guavo.—Piedra Ancha.—Habitaciones lacustres: vida y costumbres.—San Miguel.—Puente del Chucunes.—San Pablo y los cargueros.—Gregorio Rosero y el cuso.—La cuesta de la Agonía.—Armada.—Visita á los indios cuaiqueres.—Altaquer.—El rio Nembi.—El Páramo.—La marimba.—Pilcuan, Quendan, Tejutes.—Barbacoas y el Telembi.—Tumaco.—Regreso á Tuquerres.

La antigua provincia de Barbacoas, por su configuracion pintoresca, por las particularidades de su clima, por la variedad de sus productos y por las costumbres de sus habitantes, no tiene igual en ninguna otra de las regiones de la América equinoccial. Situada en el litoral del Pacífico, forma el límite Suroeste de los Estados Unidos de Colombia. Las tribus salvajes que la habitaban ántes de la conquista, pertenecian á los indios iscuandes barbacoas y telembies, hostigados á cada punto por los belicosos y crueles caribes, sus ascendientes ó conquistadores.

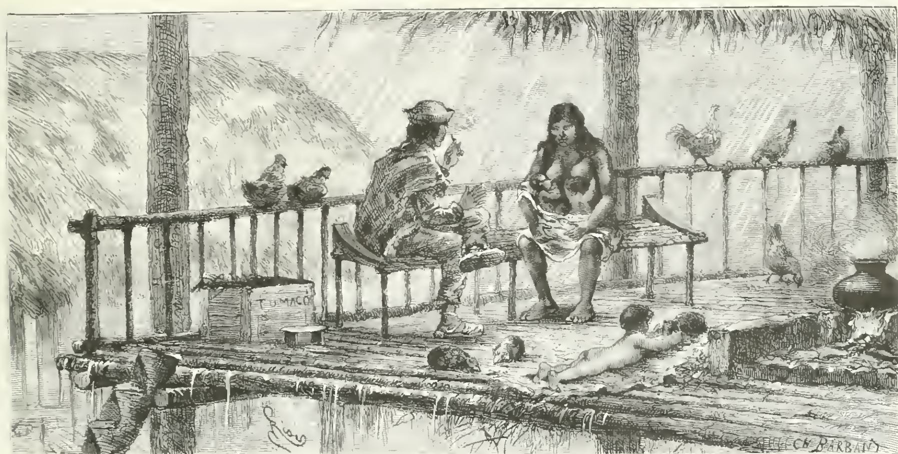
Durante mucho tiempo los españoles confundieron equivocadamente esta region con la del Choco, siendo sólo conocido su litoral, que Pizarro habia costeado buscando con avidez los pretendidos escondrijos en los que presumia que los incas habian enterrado sus tesoros, sin tocar más que en la llamada isla del Gallo, cerca de la boca Sur del delta del Patia, y despues en la de Gorgona, donde esperó los socorros pedidos á Panamá.

El interior del país permaneció mucho tiempo desconocido y lo es aún en su mayor parte. A los exploradores del porvenir les está reservada la tarea de levantar el mapa de la comarca, recorrer sus inmensas selvas vírgenes y estudiar el relieve de la gran Cordillera occidental interceptada en el punto por donde el Patia se ha abierto paso para dirigirse al mar. Allí encontrarán los terrenos ígneos intermediarios entre las épocas geológicas primera y segunda, levantados por el mismo movimiento que hizo surgir las montañas de Antioquía, las del Choco y la pequeña Cordillera de Bando, cuyos aislados picos llegan á introducirse en el Océano.

Cuando el inmenso lago emplazado entre las dos cordilleras Oriental y Occidental (1), ántes de su union en el *Nudo de Pasto*, rompió el dique del Castigo para precipitarse en el

(1) En esta latitud la Cordillera central ha desaparecido, confundida por sus extremos con las otras dos cerca del Páramo del Buey, de donde parten los rios Cauca y Magdalena.

Pacífico, imprimió á los valles occidentales de esta region un relieve correspondiente á la violencia de la catástrofe. En todos los terrenos situados al Oeste de la Cordillera occidental se formaron *barrancas* ó gigantescas hondonadas en sus partes altas, y en las regiones bajas depósitos de aluvion de una profundidad y extension enormes. La cuesta se extendió posteriormente hácia el Oeste, surcándola muchas y poderosas corrientes constantemente modificadas por la afluencia de nuevos aluviones, obstruidas por los manglares y enriquecidas por la acumulacion de detritus vegetales. Bajo una temperatura media anual de veinticinco á treinta grados centígrados y una atmósfera saturada de humedad, tomó la vegetacion un desarrollo prodigioso igual ó superior á cuanto puede encontrarse en la América equinoccial, y un clima



Escena de familia en San Pablo

especial ha sido el resultado de este órden de cosas. Bien sea que la masa enorme de vapores procedentes de los terrenos inundados, arrastrada por la brisa del Suroeste hácia las cumbres de la Cordillera, se deshaga diariamente en lluvias torrenciales; sea que esas perpetuas borrascas se expliquen por la condensacion de los vapores calientes arrastrados por los vientos alisios desde la costa árida del Perú hasta los picos cubiertos de nieve de los volcanes del Ecuador, donde se resuelven en lluvias incesantes, ello es que el sistema climatológico de la provincia de Barbacoas es único en su género. Allí llueve siempre; las estaciones, tan claramente marcadas en las comarcas cálidas, no existen allí.

Bajo semejante régimen meteorológico, fácil es imaginar la exuberancia de la vegetacion especialmente en punto á plantas criptógamas celulares y vasculares. Las flores son allí muy escasas y pertenecen especialmente á los vegetales monocotiledóneos como las aróideas, bromeliáceas, amarantáceas, orquídeas, etc.; en cambio el desarrollo del follaje y la riqueza de formas son admirables.

En busca, pues, de este Dorado de los naturalistas, me puse en marcha cierta mañana, acompañado de mi nuevo criado negro, Manuel Cárdenas, dispuesto á recorrer el seductor al par que terrible camino que conduce de Tuquerres á Barbacoas. Mi buen amigo J. Thomas

me dió algunas recomendaciones para los pueblos que debia atravesar y prestóme además una excelente mula *vaqueana*, dando lugar á que la mia descansara. De ella debia servirme durante la primera jornada solamente, pues el resto del camino no es practicable más que á pié y áun gracias. Llevábamos las alforjas repletas de provisiones secas: arroz, azúcar, café, algunas latas de conservas y frascos de aguardiente, pues en aquellos parajes no se encuentra el menor recurso alimenticio.

Cruzamos al principio unos campos bien cultivados, por un buen camino recien construido por dos contratistas norte-americanos. Grandes setos de daturas sanguíneas, fucsias y ojiacantos, cubiertos por los sarmentosos tallos y las magníficas umbelas de la bomarea escarlata, se ofrecieron sin cesar á nuestra vista hasta más allá del pueblo del Espino, ó sea durante una distancia de diez kilómetros. Luégo principia una serie de barrancas, producidas por la erosion de las arenas micáceas, cuyo espesor alcanza en algunos puntos una profundidad enorme. Encontré en aquel paraje plantas muy características, una de las cuales presentaba encantadoras espesuras de hojitas verdes cubiertas de multitud de bayas resplandecientes, parecidas á racimos de grosellas (1); y extraordinarios líquenes adheridos á modo de estrellas ó rosetas á las márgenes del camino, alcanzando hasta sesenta centímetros de diámetro y parecidos á gigantescas escarapelas de un fresco color verde metálico.

Pasado el Espino, lancéme á través de las lomas y seguí durante muchas horas por senderos estrechos entre yerbas secas ó pajonales (2), cuyas vastas extensiones estaban salpicadas de espesuras de un *Hypericum* que produce un bonito color amarillo *(romerillo)* y de un *baccaris* que da un verde *(chica)* digno rival del verde de China. Así llegué hasta los estribos del volcan de Cumbal, cuya redondeada cima, cubierta de nieve, se levanta majestuosamente á la altura de 4,890 metros.

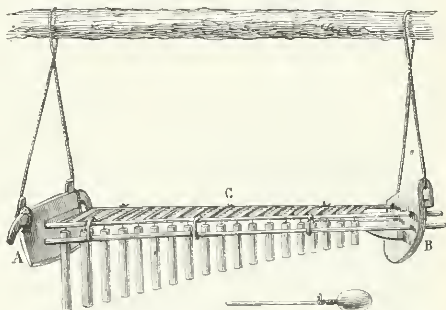
A la derecha, en el momento de bajar hácia el Oeste, toma de repente el panorama un aspecto extraordinario; las altiplanicies de los pajonales situadas entre el Azufral y el Cumbal se hunden bruscamente y del páramo de Mallama y de Timbaquira arrancan elevadas barreras de pórfido y traquita, cuyos ángulos entrantes y salientes y robustos estribos las asemejan á las obras de una fortaleza desmantelada, de colosales dimensiones. Las aguas que se desprenden de los elevados picos forman plateados hilos sobre las pulimentadas rocas ó bien caen de un solo salto al fondo de vertiginosos precipicios. En el flanco del Azufral tiene su orígen el rio Guavo cuyo cauce vamos á seguir durante algunos dias, y sobre su nacimiento se levanta la enorme masa de pirámides y picos de Guachaves, coronados por una especie de torre inclinada rodeada de multitud de crestas. Por todas partes se observa en esos gigantescos repechos, la accion del fuego central, cuyas devastaciones aumentaron con la rotura de los diques que contenian los lagos andinos.

Almorcé en Alche, miserable villorrio compuesto á lo sumo de media docena de barracas, que precede al descenso vertiginoso de las pendientes del Guavo, y á fin de no tener que

(1) *Nertera depressa.*

(2) Los habitantes de la comarca cubren sus viviendas con gramíneas llamadas allí *Paja de Páramo.*

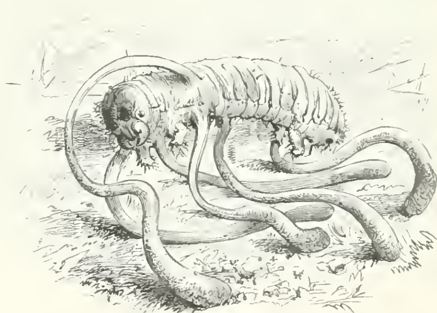
desbalijar las provisiones, compré al paso una especie de pan llamado *de agua*, gris, plano y redondeado como una galleta y un poco de panela; y me puse en camino desde luégo para llegar ántes de la noche á Piedra Ancha, dejando á Manuel que me siguiera más despacio. Remontando el Alto, al principio de la cuesta poblada de bosque, las pendientes del camino se hallan cubiertas de los tubos anaranjados de una liliácea *(Phædranassa)*, de una hermosa orquídea de grandes flores blancas y labelo oscuro *(Maxillaria)* y de soberbias befarias, arbustos de singular belleza cubiertos de ramilletes sonrosados, á los cuales Humboldt dió el nombre de «rododendrones de los Andes.» El camino, cada vez más quebrado, atraviesa los lugares de Chocorral, Arrayan, Guavo, Timbaquira, Yupe y Cuataquer, pequeños grupos de cabañas todos ellos habitados por algunas docenas de vecinos.



La marimba, instrumento de música de los cuaiqueres

En la *Cuchilla* del Guavo, cerca de un gran lienzo de montaña que se ha desgajado, se ven blanquear algunas chozas y la miserable iglesia de Mallama; en la opuesta orilla del Guavo y en el punto llamado el Borracho, cerca de la hacienda de D. Manuel Trinidad Noguera, una larga y fina cascada cae desde la altura de sesenta metros por la falda de la montaña, formando su plateado surco sobre el espeso verdor, un cuadro delicioso.

En Piedra Ancha (1,902 metros) donde llegué cerrada ya la noche, la pasé bastante mal, y al dia siguiente, con una mañana ménos lluviosa que las otras, salí del pueblo. El camino estaba más lleno de depresiones y más cubierto á medida que bajábamos. Muchas orquídeas, á la sazon sin flores, pertenecientes á los géneros *Trichopilia* ú *Oncidium;* algunas melastomáceas; tibandias de velludos tubos, especie rara que no he vuelto á ver; extrañas gesneriáceas *(Hypocyrta);* y sobre todo una magnífica begonia *(Begonia parviflora)* alta de tres á cuatro metros y cubierta de enormes hojas y grandes flores blancas, tapizaban las pizarrosas paredes verticales de las rocas más próximas al camino.


El cuso, llamado el *animal planta*, de San Pablo

En el puente del Guavo (1,651 metros de elevacion) comienza ya la tierra caliente. La region de las lluvias se extiende hasta allí y áun algo más arriba. Para sustraerse de la humedad constante del suelo y de las violentas inundaciones que devastan las faldas de las montañas y el lecho de los arroyos y rios, al propio tiempo que para librarse de las muchas víboras y de los insectos que asuelan el país, sus habitantes han ideado unas verdaderas construc-

ciones lacustres cuyo sistema se reproduce en todas las comarcas vecinas. Estas viviendas tienen generalmente una longitud de ocho á doce metros, por cinco á siete de latitud. Los postes destinados á sostenerlas están emparejados ó plantados dos á dos de los cuales el uno sirve para aguantar el primer piso y el otro para la cubierta de madera y hojas de palma; la altura del pavimento varía entre dos metros y medio á tres y medio, llegándose á él por una escalera de las más primitivas, formada con el tronco de un árbol cortado á guisa de cremallera, único medio para entrar en las casas, sin embargo de lo cual despliegan los indígenas tal habilidad en encaramarse, que no subimos nosotros con mayor facilidad por una cómoda escalera.



Las heliconias de San Miguel

En el pavimento del primer piso los habitantes pasan la vida al aire libre, pues los costados de la casa están enteramente abiertos. No es extraño, pues con un clima tal, que el termómetro no baja nunca de los + 18°, toda habitacion cerrada seria, cuando no incómoda, superflua. Sobre las vigas transversales se apoyan unas capas de cañas de bambú partidas. Por el lado del camino hay un amparo ó balcon, alto de un metro construido con madera de palmera dura, bien con el *chontaduro* ó bien con el *gualte (Iriartea)* (1) y unas tiras verticales puestas de trecho en trecho, hacen las veces de barrotes; en el lado opuesto al balcon, se halla la cocina, espacio cuadrado formado con algunos postes superpuestos y cubierto con una espesa capa de tierra ó con algunos ladrillos secados al sol; la lumbre se enciende siempre allí entre las tres características piedras que constituyen la *tulpa* y sostienen la marmita. Algunos cajones, restos de embalajes de mercaderías de Europa, constituyen todo el mobiliario amén de dos ó tres escabeles ó bancos de madera groseramente desbastada. Todo el mundo se acuesta al aire libre, sin más abrigo que el techo, y sobre esteras ó petates tendidos en el pavimento, miéntras que una incesante lluvia arrulla á los durmientes con su monótono ruido. Cosa rara: las calenturas que reinan en los puntos de la costa donde existen aguas estancadas, son allí totalmente desconocidas; y esto se explica, pues en las habitaciones que acabamos de describir el aire circula libremente, y como llueve siempre, no hay

(1) El *Gualte* es una bellísima palmera, de tronco liso y fino, coronada de hojas aplumadas, que produce racimos de frutos semejantes á los de la *Deskeria Corneto*, aunque de forma prolongada y no esférica. Será probablemente una nueva especie del género *Iriartea*.

transicion entre el paso del agua evaporada y la liquefaccion, y por consiguiente no son posibles las brumas mal sanas ni los miasmas deletéreos. Son raras asimismo las enfermedades epidémicas en el país, excepcion hecha de las viruelas, que á veces producen grandes estragos.

No falta alegría en estas habitaciones ultra rústicas. En las cercanías de San Miguel observé que los vecinos de muchas casas situadas á orillas del camino, bailaban y remojaban á cada punto el gaznate con buenos vasitos de guarapo.

Los instrumentos que se usaban para el caso eran el *alfondoque*, tubo de bambú de unos sesenta centímetros de longitud, lleno de semillas duras de una heliconia; el *tambor*, llamado tambien *redoblante;* el *plantal*, flauta de bambú que suena casi como las flautas europeas; la *churumbela* ó flauta del dios Pan; y especialmente la *marimba*, de cuyo instrumento me ocuparé luégo hablando de los cuaiqueres. (Véase el grabado de la pág. 783.)


El puente de bejucos de Guascas

Cerca de San Miguel observé al pasar un cuadro encantador: una mujer llamada por su vecina para que le facilitara un poco de lumbre, atravesaba el camino, acompañada de dos arrapiezos, con un tizon en la mano, y cada uno de los tres llevaba para guarecerse de la lluvia una magnífica hoja de heliconia, á modo de paraguas, sobre cuya superficie lisa y glauca rodaban las gotas como perlas trasparentes. (V. el grab. de la p. 784.)

A las tres llegué á orillas del Chucunes, tortuoso rio que desciende de Miraflores en la falda del volcan de Cumbal, y que se une al Guavo muy cerca del punto donde me encontraba: el sitio es incomparablemente pintoresco. El rio muge dentro de su angosto cauce, formado por grandes rocas, y lo atraviesa un puente, acerca del cual diré tan sólo que en él no figura para nada la línea recta, pues está enteramente construido con troncos de árboles torcidos en todos sentidos, encabestrados y sujetos con bejucos al par que asegurados en la orilla

por enormes rocas, formando contrapeso, y piés derechos que lo sostienen en sus horquillas. Adherido á unos montantes *(horcones)*, se ve una especie de parapeto, compuesto de livianas varillas destinadas á guardar al imprudente pasajero de precipitarse en el abismo que se abre á sus piés. La altura del terreno es allí de 1,389 metros, con lo cual se comprende cuán rápida es la pendiente del Gualvo, puesto que en ménos de diez kilómetros salva un desnivel de 250 metros. (Véase el grabado de la pág. 785.)

El cultivo de la caña dulce comienza á la altura de 1,370 metros, en la quebrada de Pilispi, situada en medio de una abundante vegetacion vírgen compuesta de plantas nuevas para mí; el paisaje es cada vez más alteroso, y las lejanas montañas y los valles acusan un relieve de un vigor creciente.

A las cinco llegué á San Pablo, término del viaje á caballo del mulo; allí están los *cargueros* que llevan las mercaderías por el horrible camino que conduce á Barbacoas, los cuales trasportan igualmente sobre sus espaldas, como los antiguos *silleros* de Quindio, á los escasísimos viajeros que se arriesgan por aquellos parajes. Son los tales faquines de hermosa raza, imberbes, pero dotados de una musculatura de acero y una elasticidad de piernas á toda prueba. Provistos de una silla de forma especial, en la que cargan al viajero sentado dándose mutuamente la espalda, trasportan de esta suerte á los hombres de mayor corpulencia por terribles cuestas y vertiginosas bajadas, sembradas de precipicios, rocas desprendidas, *angosturas* y lodazales. Tal es el camino que recorren constantemente, cargados como caballerías durante diez y siete dias consecutivos, y no es fácil que ningun turista europeo pudiera seguirles, aunque no llevara carga, sin descansar á cada punto. Cuando se hace el viaje entero se toman dos faquines que se relevan, lo cual constituye una *silla entera*. Por *media silla* se entiende un carguero solo, que lleva al viajero en las subidas, haciéndose á pié las bajadas. San Pablo es una poblacion que no tiene más que una calle, cubierta de cieno líquido y bordeada de casas por el estilo de las que hemos descrito anteriormente: allí viven los cargueros para ir á Barbacoas, los cuales suelen ser todos muy fieles y nada propensos á explotar al viajero.

Miéntras el negro Manuel practicaba las diligencias necesarias en busca de los dos cargueros que necesitaba, senté mis reales en el hogar de un tal Gregorio Rosero, viejo parlanchin si los hay, el cual me recibió en el pavimento de bambú de una casa-jaula, invitándome á tomar posesion de aquella pértiga. Presentaba el primer piso un curioso espectáculo; la olla hervia sobre las tres piedras: algunos muchachos totalmente desnudos se revolcaban por el piso entre gallos, cochinillos de Indias, baules y cajas revueltas, y la hija de Rosero, vestida á la moda del país, es decir, desnuda hasta la cintura, amamantaba á dos recien nacidos, prendidos cada uno en su respectiva teta. (Véase el grabado de la pág 781.)

Pronto me ví rodeado de indígenas, que se pusieron á examinar sonriendo, todas las *maticas* que habia recogido en aquellos bosques.

—¿Y el *cuso*,—me dijo Rosero,—lo ha encontrado usted?

Y como notara el asombro que me producia su pregunta:

—Sí, señor,—añadió,—el *cuso*, el animal planta. Pues, ¿no sabe V. que el *cuso* es un gusano blanco muy grande que tiene la cabeza negra y seis patas, que vive enterrado y que al ir

á morirse, ó mejor dicho, á trasformarse, se hunde profundamente, convirtiéndose sus patas en raíces y su cabeza en un tallo cubierto de hojas y flores? El arbusto que habrá V. encontrado sin duda, ha recibido el nombre del insecto. (Véase el grabado de la pág. 783.)

Aquellas buenas gentes, deseando desarmar mi curiosidad, salieron en busca de uno de ellos y me trajeron lo que esperaba: una larva de insecto muerto, muy parecido al abejorro ó al *Oryctes nasicorne*, cuyas patas estaban provistas de unos apéndices que me dieron la clave del enigma. Una especie de moho indicando un principio de descomposicion, cubria la superficie del insecto y cada una de sus patas se prolongaba, formando como un tubo cilíndrico aporrado en su extremidad, en el cual reconocí un hongo del género *Isaria* ó *Sphæria* que, áun en Europa, crece sobre los cadáveres de los himenópteros. La cabeza, por supuesto, se conservaba intacta, sin presentar el menor síntoma de vegetacion.

Y como quiera que siempre es bueno dar una explicacion á todo fenómeno de este género, hallé lo que podia convenir al cuento fantástico de mis interlocutores. El *cuso* vive de las raíces de la planta rubiácea que lleva su nombre, y como la cabeza de alguno de estos insectos permanece muchas veces adherida al tronco despues de su muerte, parece formar parte del cuerpo de la planta, y las raras prolongaciones de sus patas asemejan verdaderas raíces. No se necesita más para excitar la imaginacion de un pueblo ya de sí supersticioso.

Llegaron por fin los dos cargueros llamados respectivamente Agustin Mera y Cruz Pantojo. Encargué al uno (el *canastero)* el equipaje y el papel de herborizar, prometiéndome no usar de las espaldas del otro (el *carguero)* sino cuando el cansancio no me permitiese recorrer á pié tan extraño país. Mucho tiempo fué menester para comprar los canastos de junco largos y cilíndricos, las provisiones de boca, cuerdas de pita y demás útiles necesarios al viaje, emprendiéndose por último la marcha en direccion de Barbacoas.

Al salir del pueblo (1,276 metros) ó mejor de la calle de casas construidas sobre postes, se baja rápidamente hácia la quebrada de San Pablo (1,162 metros) y la orilla del rio del mismo nombre, que no es otro que el Guavo desbautizado despues de su confluencia con el Chucunes. Las aróideas abundan por allí cubriendo el tronco de los árboles con sus dilatadas hojas, de formas las más variadas y de la mayor belleza. El *Philodendron Daguense* sobre todo, con sus hojas matizadas, provistas de nervios rojos, y sus pezones velludos, produce un efecto pomposo. El pequeño lugar llamado el Guadual toma su nombre de los sotos de bambú *(guaduas)* que le rodean, prosperando á favor de la gran humedad del terreno. Multitud de criptógamas cubren los árboles; las orquídeas son escasas y poco floridas; en cambio los helechos son bellísimos por su elegancia é infinita variedad.

A eso de las once y media (habíamos salido á las nueve de la mañana) comenzó la ascension de una cuesta cuyo nombre es bastante expresivo, *la subida de la Agonía;* el camino era horriblemente intransitable. Cubríalo por todos lados una extraordinaria vegetacion, consistente en inmensas cecropias, higueras de troncos gigantescos, bromeliáceas y aróideas desconocidas, y á cada paso la fina y graciosa palmera *gualte* de veinte metros de altura y blanco tronco, melástomos, rubiáceas, ciclánteas, una gran datura arbórea llena de tubos morados, la Pasiflora arborescente *(Passiflora glauca)* de hojas glaucas de un metro

de longitud y bonitas flores blancas perfumadas, gesneriáceas de flores afelpadas, etc., etc. Imposible pintar el efecto producido por este conjunto de esplendores vegetales.

A la latitud en que nos hallamos el rio Guavo, que hasta hace poco se llamó de San Pablo, cambia de repente su nombre por el de Cuaiquer, tomándolo de un pueblo así llamado, situado á corta distancia de su orilla izquierda y habitado por los indios cuaiqueres.

La elevacion sobre el nivel del mar del puente del Cuaiquer es de 1,036 metros y la de la quebrada siguiente que lleva el mismo nombre de 1,017. Las rocas de la orilla, al parecer pizarrosas, son negras como ciertos terrenos carboníferos.



La Guada del Carizal

Siguiendo unos senderos abruptos y casi intransitables, se encuentran sucesivamente la quebrada de Palpis, las cabañas de Armada (1,040 metros), el fondo de la quebrada y luégo el alto del mismo nombre (994 y 1,458 metros), al que no se llega sino con gran fatiga por pendientes excesivas. Cerca de allí encontré por vez primera, en lugar de las plantaciones de plátanos ordinarios, el *maqueño*, ó plátano enano de la China (*Musa Cavendishii*), cuyos frutos, mayores que los de la variedad comun *(guinco)* son del tamaño del puño, y muy sabrosos. Tambien se cultiva en pequeñas plantaciones regulares, una especie de heliconia, de cuyas enormes hojas barnizadas por encima y plateadas por debajo, se sirven los cargueros, con el nombre de *bijao*, para cubrir sus fardos y preservarlos de las lluvias. Con los dientes se les quita el nervio central para ponerlas más flexibles, y así dispuestas, las venden en paquetes de veinticinco á treinta, al precio de un *cuartillo*, bajo el simple nombre de *hojas*.

En la Guada del Carizal (1,516 metros) sobre el mismo alto, unas plantas de un bello follaje violeta, de las que ni áun puedo indicar la familia, adornan ambos lados del camino hasta el pié de la montaña. Atravesamos pasajes muy estrechos y profundos, en los cuales los pobres cargueros, sudando el quilo, se ven obligados á cobrar aliento y rehacerse á fuerza de frecuentes tragos de guarapo y aguardiente.

Desde las chozas del tránsito, sucias y repugnantes, las pobres gentes apénas os ven gritan (refiriéndose á los plátanos): *¡Maduros, cocinados, calenticos, guarapo, comida!* Esta última consiste en un sancocho grosero. El tipo de todas las mujeres revela una raza mezclada de indio y negro con alguna sangre española; visten una sencilla camisa abierta, especie de saco burdo ó ropon no ajustado al talle, dejando en libertad sus hermosos

cabellos negros. En una especie de estante clavado en los postes de la choza colocan paquetes de plátanos y hojas de bijao, que ofrecen á los transeuntes por algunos cuartos.

En el Carizal (1345 metros) al borde de un magnífico torrente, encontré abrigo bajo el techo de un indígena llamado Jesus Moriano. Una cuadrilla de indios cuaiqueres se hallaba instalada en las cercanías, y partí de allí para Cuaspi, á fin de estudiar sobre el terreno á esa tribu singular, que se mantiene salvaje en medio de la civilizacion que la rodea. Penétrase en el territorio de los indios cuaiqueres, situado en la orilla izquierda del Cuaiquer, franqueando sus impetuosas aguas por medio del asombroso puente llamado de Guascas, compuesto de dos cables hechos con bejuco, tendidos de una á otra orilla, sujetos á las ramas de los árboles y colocados el uno sobre otro á la distancia de un metro. En sentido vertical, están religados por medio de otros bejucos más pequeños y suspendidos de trecho en trecho por tirantes que contribuyen á su seguridad. Los cuaiqueres, ágiles como monos, pasan por esas cuerdas con pasmoso aplomo y ligereza. (Véase el grabado de la p. 785).



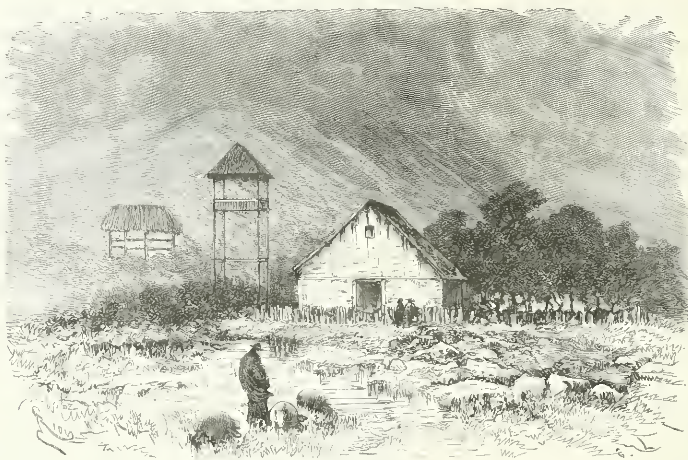
Indios cuaiqueres

Esos indios, á excepcion de los que viven en las barracas de Cuaiquer, vagan errantes por los montes, desde este punto á Cuascavi y áun más allá hácia el oeste, y constituyen una tribu poco numerosa, pacífica y notable por la elegancia y esbeltez de sus formas, especialmente las mujeres.

Las que tuve ocasion de ver mostraban una excesiva timidez, bajaban la vista y apénas contestaban á las preguntas que les dirigia sirviéndome de intermediario uno de sus antiguos jefes que hablaba un poco el español.

Los hombres son de regular estatura, fornidos y de un color entre ahollinado y rojo: sus cabellos lacios les caen sobre la nuca. Uno de ellos, que á duras penas consintió en colocarse para sacar su retrato, se hacia llamar Taipis; el grabado de esta página reproduce con

bastante exactitud su tipo, que difiere de los indios de la Cordillera por su nariz emballenada, robusta y fina en su arranque. Los cuaiqueres se pican generalmente la cara pintándosela con el jugo de una planta llamada *vija* que produce un bonito color rojo anaranjado, y con añil ó índigo. Sus diferencias más notables comparadas con los indios que habia visto hasta entónces, se observan principalmente entre las mujeres que son pequeñas y de color bronceado y tienen la nariz borbónica con las fosas nasales acicaladas y redondeadas, el cabello largo y espeso; la boca regular con los labios aplastados y de color de hollin, la frente deprimida, las cejas ralas y casi unidas á unos párpados muy salientes con pestañas muy largas; los ojos brillantes, regulares, nada oblicuos y bastante bonitos, y la barba pequeña y redondeada. En vez del desarrollo torácico que se observa en las indias de las alturas, su pecho algo dilatado,



Iglesia de Altaquer

bajo unas espaldas deprimidas y graciosamente redondeadas, presentan tetas ovoideas con fuertes areolas áun entre las solteras, y pezones delicados. Añádase á eso piés pequeños y bien hechos, piernas de perfecto contorno, caderas poco salientes, brazos y manos algo largos y delgados pero de forma irreprochable; y se tendrán los rasgos físicos comunes á la mayor parte de las indias cuaiqueras. Las más de ellas van desnudas hasta los doce años, edad en que se casan pasando á ser madres. Una vez en la adolescencia, se envuelven diagonalmente la parte baja del torso con un paño ó pedazo de bayeta burda de color azul.

Volviendo á las orillas del Cuaiquer para proseguir la marcha en direccion de Barbacoas, hallé primero la quebrada de Cuesbi (1054 metros) y luégo la cuesta que termina en el alto de la Ensillada (1267 metros) desde donde la vista se dilata por un océano de montañas pobladas de bosques entre los cuales se cobijan Altaquer, Cuyambe, Páramo, etc. El pico lejano más elevado que se divisa hácia el Oeste, es el del Mirador, llamado así por ser una especie de balcon desde donde se goza de una inmensa perspectiva.

Despues de varias cuestas cada vez más abruptas, se llega al miserable pueblo de Altaquer (1050 metros), compuesto de diez y ocho chozas de mezquino aspecto, habitadas por

unos sesenta vecinos feos, indolentes y cien veces ménos interesantes que los salvajes que acabamos de ver. Su única industria consiste en vender plátanos y guarapo á los cargueros. La iglesia es una especie de barraca de madera pintada de blanco, construida sobre tierra apisonada y decorada con baldosas cuadradas blancas y rojas. La techumbre, por supuesto, está formada con hojas de palmera. La precede un campanario bastante original, especie de glorieta á toda luz ó torre cuadrada formada por cuatro postes sobre los cuales se apoya una techumbre de rastrojo. Tanto el pueblo como la quebrada que sigue á continuacion están magníficamente situados, y el aspecto pintoresco del paisaje se acentúa aún al atravesar el rio Nembi (989 metros) de rápido curso, cuyas aguas saltan á través de enormes cantos rodados. Luégo se encuentran las quebradas de Tulpas (977 metros) y la tan ricamente plantada de Cuyambe (994 metros).


Los Astrojos

En el punto llamado Astrojos, ví un encantador detalle de paisaje. Una tosca cruz situada cerca de un gallinero ó pértiga asaz original, viene siendo objeto de la veneracion especial de los cargueros, á los cuales se debe una especie de banco, en donde suelen descansar despues de su ascension al Alto. Cubria la cruz una hermosa bromeliácea de hojas purpurinas de corto tallo, perteneciente al género *Tillandsia*, cuyo precioso follaje carmesí constituia el ornamento más gracioso de aquella carcomida cruz, conocida por *la Cruz de los bicundos.*

Hubo de llamarme la atencion la manera particular que tienen los cargueros de colocar los fardos en el banco durante su descanso. Con objeto de poder pasar por las angosturas de los estrechos caminos, que no son más que barrancos limitados por dos paredes verticales, colocan la carga en cestos casi cilíndricos, largos y estrechos, hechos con los tallos hendidos del *Gynerium saccharoides.* El grabado de la pág. 792, detalla exactamente uno de estos canastos apoyado ó apuntalado sobre el palo ó bordon (B). En la parte superior se pone la ruana y la hoja de bijao (A), con objeto de preservar la carga de la lluvia; unido al mismo hay un par de sandalias ó zapatos de cuero (C) para proteger los piés al andar por las cortantes rocas; el *chinan* (E), en donde van colocados los documentos ó papeles del expedidor; la *pepa* (F), en la cual apoya la nuca el faquin ó carguero; la *cargadera* (G) ó correa frontal; las correas del brazo ó *braceros* (D), sin contar la indispensable taza de guarapo (H) llamada *mate.*

Continuando el camino hácia el Páramo, encontré grupos de bromeliáceas del género *Pitcairnia*, bastante espesas para obstruir el camino, las cuales podian considerarse como los mastodontes del género. Más léjos se mecian sobre mi cabeza otras dos pequeñas especies de la tribu de las tillandsias, notables por su aspecto sarmentoso y trepador, y por sus caprichosas flores verdes con grandes brácteas de color de rosa (1).

Casi en todas las cabañas se oye sonar el instrumento á que ántes me he referido, llamado *marimba*, que consiste en una especie de teclado armónico, colgado á una de las vigas del techo por dos cuerdas, y se compone de veinte cachos de bambú adheridos á otras tantas láminas de madera de la palmera *chontaduro (Astrocaryum)*, sobre las cuales se golpea con un taco mojado con savia de *ficus* ó cautchuc. Tanto los cuaiqueres como los habitantes mestizos de toda la comarca, se vuelven locos al oir la música producida por este instrumento que tocan con extraordinaria agilidad. (Véase el grabado de la pág. 783.)



La carga apuntalada

La quebrada de Tejada sirve, ántes de llegar al Páramo, de punto de parada, que ofrece algun recurso para renovar las provisiones. El riachuelo Pipulta y los lugares Pilcuan, Buenavista, Quendan, Almorzadero, y Tejutes, son los últimos que se atraviesan ántes de llegar á Barbacoas, poblacion situada á la altura solamente de veintidos metros sobre el nivel del mar, última etapa del viaje. Desde allí se puede llegar por el rio Telembi y algunos canales que surcan la inundada y mal sana comarca de la costa, al golfo é isla de Tumaco, pequeño puerto de embarque, en donde tocan una vez al mes los vapores que hacen la travesía del Callao á Panamá.

Yo me detuve ántes de llegar á Barbacoas, pues mi excursion tenia por único objeto explotar botánicamente el país que acababa de recorrer, y las plantas vivas que intentaba remitir á Europa, exigian mi regreso á las elevadas llanuras de Tuquerres, para continuar desde allí la marcha hácia el Ecuador. Averigüé, no obstante, que la pequeña ciudad de Barbacoas estaba á la sazon en estado floreciente, gracias á su excelente posicion como punto de partida del camino de Tuquerres y depósito de toda clase de mercancías de importacion europea.

La poblacion del distrito alcanza la cifra de cinco mil almas, y si los caminos estuvieran

(1) Con ambas especies he formado el nuevo género *Sodiroa*. Eso es; la *S. caricifolia* y la *S. graminifolia*. (Véase *Boletin de la Soc. botán. de Francia*, año 1877, pág. 164.)

en mejor estado. no tardaria en doblarse el número de habitantes, pues la privilegiada posicion de Barbacoas junto á la confluencia del rio Guagui con el Telembi, al pié de la Cordillera del Ostional y al extremo de la serranía de Pipulta, es sana, protegiéndola de los miasmas de la costa las colinas que la resguardan por el Norte y el Oeste. Su temperatura media anual es de veintisiete grados. La fundacion de Barbacoas data, segun los historiadores, del año 1600, y se debe á don Francisco de Parada, conquistador de muchas tribus indias.

Regresé por el mismo camino con mis fieles cargueros. Más de una y dos veces volvimos á encontrar, aunque con diversos nombres, *la cuesta de la Agonía* ántes de llegar á San Pablo. Imposible describir las rápidas pendientes y las dificultades del camino: baste decir que los indígenas al saber que al de la laguna Cocha se le llama *camino de los monos*, dijéronme que al de Barbacoas le apellidan ellos *camino de los pájaros*. Durante esta segunda parte del viaje no cesó tampoco la lluvia un solo instante, habiendo regresado á San Pablo, sin dejar de mojarme ni un dia siquiera. Recogí la mula y despedí á los cargueros Mera y Pantojo, tan contento de ellos como parecian estarlo ellos de mí, y me encaminé á Piedra Ancha y de allí á Tuquerres, donde llegué el 30 de mayo sin novedad. Mis colecciones se aumentaron con más de trescientas especies de plantas que aún no poseia, y tanto los álbums como la cartera, se enriquecieron más en esta sola quincena, que en los dos meses precedentes. Gracias á las precauciones higiénicas tomadas, tuve la fortuna de salir indemne de una comarca de la que los viajeros se alejan con terror; y en resúmen, las fatigas y molestias inherentes á la exploracion quedaron compensadas con creces por los resultados obtenidos.

XX

El Patia y la costa del Pacífico.—Los habitantes de las playas.—Negros de tierras bajas: tipos, vida y costumbres.—Las arenas auríferas.—Indios serranos; los descendientes de los telembies.—Vegetacion del Telembi, del Cuaiquer y sus afluentes.—La migala avicular.—Puente de Cuaiquer.—Peligros; el *derrumbo*.—Marcha nocturna: el hilo de Ariana.—Ascension á las altiplanicies.—El volcan de Cumbal.—Regreso á Tuquerres.—El criado Manuel.—Partida para el Sur; Chillanquer, Pupiales, Ipiales.—El santuario de la Laja.

Desde el terrible camino llamado «de los pájaros,» tan áspero y difícil que pocos viajeros se atreven á recorrerlo, erré algun tiempo por los cerros, crucé numerosos torrentes, me encaramé por las quebradas y costeé los caños de tierras bajas. Renuncio á describir detalladamente mis excursiones, ciñéndome á los detalles que más me sorprendieron.

El porvenir de esas regiones del Suroeste de la Nueva Granada, ofrece magníficas esperanzas. El Estado de Cauca situado entre las tres cordilleras y poseyendo él solo la mayor parte de la costa colombiana del Pacífico, y una vasta desembocadura en el Atlántico por el estuario del Atrato y el golfo de Darien, es sin disputa, de todos los Estados Unidos de Colombia, el más favorecido por la naturaleza. No tardará á llegar el dia en que sus puertos adquieran la mayor importancia en el comercio de esta parte del continente. Abierto el canal interoceánico, Panamá ha de ser el primer emporio del país, y á los cinco grados de latitud más al Sur, Buenaventura dará curso á los productos del alto y bajo Cauca por el valle del Dagua, y una parte de los del Magdalena por el Quindio.

Queda aún el Sur del Estado. Cerca del límite de Colombia y el Ecuador, en el dudoso punto en que el rio Mira sigue ó cruza la frontera (segun se tome por objetivo una ú otra de las dos naciones, pues estas no están de acuerdo acerca de sus límites), se encuentra el puerto de Tumaco situado en la isla de su nombre, que aunque es hoy una mala ensenada, con algun trabajo puede convertirse en buena. Su situacion es inmejorable para reunir los productos de las elevadas llanuras de los Pastos y reexpedirlos á Panamá ó Guayaquil. Además, se encuentra en la frontera cual centinela avanzado y su posicion aislada le pone á cubierto de los miasmas deletéreos, que son el azote de la zona tórrida, desde Choco al cabo de San Francisco en el Ecuador.

De todas suertes, aunque Tumaco siguiera siendo como hasta aquí un puerto comercial mal servido por los vapores del *Pacific steam navigation Company*, cuya importancia ha de aumentar necesariamente con la apertura del istmo de Panamá; aunque se eligiera otro punto del litoral, al Sur de Colombia, para depósito de todos los productos de las comarcas, ello es que el desarrollo comercial y civilizador de la cuenca del Patia, no ha de hacerse esperar mucho.

Pero ya que hasta aquí hemos dejado á un lado la region del bajo Patia, hora es ya de que veamos sus principales particularidades, poco conocidas aún, preparando con ello futuras investigaciones, ó llamando siquiera la atencion de los viajeros sobre un territorio tan hermoso como original.

La costa presenta un aspecto singular; frecuentemente inundada en grandes extensiones, los aluviones que modifican de continuo su contorno, cuya accion se combina con las mareas, han formado numerosos bancos de arena que los mangleros pronto invaden con sus raíces adventicias y su espeso follaje, formando verdaderos bosques flotantes. Con los desgarros del continente, se han formado varias islas que toman el nombre de *playas* (Playa Mulato, Chitacorral, San Juan, Tasquito, etc.), en cada una de las cuales se ha establecido una familia de indios, convirtiéndose en otras tantas pequeñas repúblicas, bajo la jefatura del más anciano y sus sucesores. Así en la Playa de Boquerones, se cuentan hasta doce barracas habitadas por noventa individuos. Todas estas viviendas están construidas en la misma forma sobre piés derechos y en ellas se pasa la vida en el piso de bambú, que se eleva de tres á cuatro metros sobre el suelo invadido dos veces al dia por la pleamar. En los sitios elevados de las pequeñas colinas no invadidas por las mareas, se observan algunos cultivos de maíz, plátanos, yuca y uno que otro naranjo cubierto de dorados frutos. Otros campos más extensos, pertenecientes á las mismas tribus, se encuentran en las islas Gorgona y Gorgonilla, donde hay cumbres que alcanzan doscientos sesenta metros de elevacion, muy saneadas por las brisas del mar. Estas poblaciones poco numerosas, son de un trato afable y sencillo; excelentes marinos, los hombres tienen continuas relaciones con el pequeño puerto de Carrizo, hoy todavía rudimentario, situado al Norte de Tumaco, á donde conducen igualmente sus productos en frágiles canoas con las que desafian las mayores tempestades. Ellos son tambien los que hacen el trasporte de mercancías y viajeros cruzando la red del delta del Patia, alrededor del emporio de Barbacoas.

Estas gentes se muestran muy apegadas á las costas, tienen gran cariño á sus islas y están muy celosas de su orígen y «sangre azul,» pues en realidad no tienen nada que ver con las demás razas procedentes de los indios telembies, barbacoas é iscuandes. A mi ver son cuarterones con todas las cualidades de actividad que distinguen á los criollos, debiendo al aislamiento en que han vivido, la conservacion de sus costumbres patriarcales.

Muy distinta es la raza que puebla las soledades de los espesos bosques que se extienden algunos miriámetros al interior de las costas, hasta los primeros estribos de la Cordillera occidental bajo las mismas latitudes. Allí predomina la raza negra mezclada con la india, la única que ha podido resistir y multiplicarse bajo el tórrido clima de esas comarcas insalubres. Al recorrer los interminables canales y orillas tranquilas de esta region, observé que á cada golpe de remo brotaban millares de burbujas de hidrógeno sulfurado, y uno de los barqueros á quien un dia pregunté acerca de los gérmenes productores de las calenturas, me respondió:

—Mire V., señor, aquí *se ve* la fiebre.

Unicamente el negro puede vivir en tales condiciones; sus cultivos se reducen á las plantaciones de maíz hechas de una manera bastante rara, pues en vez de sembrar las semillas á debida distancia unas de otras, como en todas partes, las arrojan á granel como el trigo, despues de haber incendiado un rincon de bosque á orillas del rio, y cerca de la choza que habitan. El resultado de semejante cultivo es que las plantas, demasiado espesas, nacen y crecen endebles, de modo que las mazorcas, aunque numerosas, son pequeñas y de mala calidad. Pero el trabajo principal de esas miserables gentes, que pasan la mayor parte del dia en sus canoas por temor á las fieras, es el lavaje del oro.

Miéntras los hombres, haraganes si los hay, descansan tranquilamente ó á lo sumo se dedican á la caza y pesca, enteramente desnudos ó cubierta apénas su cintura con un pedazo de tejido llamado *paruma* ó *guayaco*, las pobres mujeres van con sus *totumas* ó grandes calabazas en busca de arenas auríferas, que sus esposos venden despues á los indios de la costa. Las mujeres andan del todo desnudas hasta la edad de diez años; á los doce entran en la pubertad y se cubren con un pedazo de *bayeta*, que deja al descubierto la parte alta del torso y les cae hasta medio muslo, ó un poco más arriba de las rodillas. El aparato matrimonial es allí muy sencillo; basta el consentimiento del padre, para que el novio se lleve á su prometida á la choza que la ha preparado, compuesta de cuatro tablas y una techumbre de hojas de palmera sujeto todo con lianas ó bejucos. La cama nupcial, formada con cuatro estacas y un encañizado de bambúes hendidos, llámase *barbacoa*, de la cual toman su nombre los indios de la region de Barbacoas; sólo ofrece la particularidad de estar cubierta por la *domagua*, que es una especie de pabellon tejido con la corteza del *Ochroma tormentosum*, árbol de la familia de las bombáceas. El novio lleva por todo capital un hacha y un machete, la novia una olla de tierra, y ambos forman su batería de cocina con los frutos del *Crescentia lujete*, con los cuales se elaboran asimismo las «batideras» destinadas al lavaje de las arenas auríferas.

Esas laboriosas mujeres son muy aficionadas á componerse. En las fiestas de la tribu, se arreglan collares y pulseras, mezclando el oro con bayas negras y rojas de papilionáceas y plumas de tucan. Tuve la fortuna de matar un hermoso ejemplar de esas aves tan

vulgares en aquellos parajes, el *Rhomphastos ambiguus*, notable por su galano plumaje cuadricolor.

Así adornadas con esas joyas naturales, las jóvenes abren la danza al són de algunos instrumentos, siendo los principales la *marimba*, que ya he descrito ántes y que se ha extendido por todos estos países, y el *cuño*, especie de timbal cónico formado con un tronco hueco de palmera y tapado con una piel de *saino* ó *pecari*, sobre el cual se golpea con un palito cubierto de cautchuc. El aguardiente, los plátanos y el maíz fermentado, constituyen los refrescos de sus agapas periódicas, que recuerdan las costumbres americanas mezcladas con los regocijos de la raza africana.


El cuño

Tales son los caracteres principales de los habitantes negros ó mestizos que habitan las tierras bajas de la cuenca del Patia, llamadas por álguien la *Holanda del Cauca*. Viven esas tribus en las orillas de los rios Iscuande, Tapaje, Tota, Sanguianga, Guascaona, Tubujo y en las cercanías de algunas grandes lagunas esparcidas por aquella region insalubre, sin que les haga mella el clima y sin remontar jamás las vertientes de la Cordillera. Bástales esta vida miserable á esos pobres séres, pacíficos y hospitalarios con los visitantes extranjeros, y cuya ignorancia absoluta no les inspira la menor idea de modificar su vida primitiva Las riquezas y la civilizacion están no obstante entre sus manos; el oro en polvo que recogen entre las arenas de sus rios, procede sin duda de las rocas andinas situadas á corta distancia; sólo se recoge en pequeñas pepitas, pues los fragmentos más pesados se quedan por el camino. Bastarian algunos estudios de los apófisis de la Cordillera occidental, para dar con los criaderos de esos tesoros inaccesibles á cualquier otro, pues sólo esta raza puede arrostrar un clima mortífero, al que ningun europeo se atreveria á exponerse.

A las dos razas que acabamos de examinar, la una establecida en la zona del litoral y medio civilizada, laboriosa, activa y mercantil, y la otra salida de la clase negra aclimatada en las tierras bajas y pantanosas, debe agregarse una tercera: la de los indios *serranos*.

Estos no bajan nunca á las llanuras; viven aislados con el producto de la caza y pesca y no sostienen relacion alguna con los habitantes de las dos zonas precedentes. Constituyen los verdaderos descendientes de la raza indígena de estas comarcas, y la sierra es su única patria. Patria misteriosa, tierra aún desconocida, solamente adivinada por algunos viajeros que la han vislumbrado desde los elevados picos de la Cordillera y que reserva sin duda grandes sorpresas á sus futuros exploradores. Hácia las fuentes de esos rios encajonados en profundos surcos abiertos por el súbito desagüe de los lagos subandinos, ¡cuántos ricos filones de oro y platino no están llamando á los mineros emprendedores! Desde la cúspide del cerro de Sotomayor, á dos mil seiscientos diez metros de altura total, ó desde la cima de los picos de Mallama, tendiendo la mirada sobre el océano de montañas y precipicios que se amontonan hácia el Oeste, se abarca un panorama sin rival en las convulsiones de la naturaleza, que

constituye además el campo más fecundo en descubrimientos que el naturalista puede imaginar. El que se atreva á recorrer las orillas de los rios Telembi, Zambi, Magüi, Puisbi, San Pablo, Cuaiquer, Güelembi y otros muchos á cual más impetuoso, é introducirse en los senderos casi intransitables, ha de ver muy pronto recompensadas sus fatigas ante la presencia de multitud de pájaros extraños, insectos nuevos y plantas desconocidas. La vegetacion al influjo de la humedad persistente, del calor ecuatorial y de los depósitos de aluvion arrancados de las cumbres, reviste una pompa extraordinaria. Los árboles gigantescos están cubiertos de arriba abajo de enredaderas y revestidos de una capa de parasitarias incomparables, aróideas, bromeliáceas, melastomáceas, orquídeas, helechos, selagínelos, ericáceas, peperáceas, solandras etc.; las palmeras *gualtes (Iriartea)* y las llamadas chotandoro *(Astrocaryum)* se cubren de fruta; los helechos arbóreos inclinan graciosamente sus bóvedas de encaje vegetal y las himenófilas y las tricománeas tapizan las escarpadas rocas con preciosos cortinajes de esmeralda y oro.



La Pitcarnia gigantesca

Allí, entre el Alto y la quebrada de Armada á 1° 16′ latitud Norte y 80° 26 longitud Oeste, descubrí en la bifurcacion de las ramas de un gran *Ficus elliptica* cubierta de bejucos parásitos la más bella planta traida de mis viajes: una aróidea nueva con espatas de color rojo escarlata y un soberbio espádice blanco y dorado: á esta planta le puse el nombre de *Anthurium Andreanum*. Otros muchos ejemplares que hallé más tarde entre Cuaiquer y el Páramo, me permitieron expedirla viva á Europa, donde ha alcanzado un éxito que dura todavía.

Algo más léjos, sobre las erguidas ramas de las pasifloras arbóreas *(Passiflora glauca)* de hojas glaucas de un metro de longitud, corolas blancas y suave perfume, recogí, con una alegría que sólo comprenderán los naturalistas que han descubierto alguna vez una novedad extraña y bella á par, las rositas del *Caraguata sanguínea*, tan rojas como si se las hubiera bañado en sangre arterial. La planta es igualmente nueva; introducida viva, ha producido este año por primera vez en Francia curiosas eflorescencias amarillas *nidulantes* en medio de sus hojas purpúreas.

Apartándose de las formas modestas propias de la mayor parte de especies de la familia, ciertos géneros de bromeliáceas revisten allí proporciones desusadas. Remontando la profunda quebrada de Tulpas, por un sendero abierto con el machete, encontré un *Pitcairnia* gigan-

tesco. Su diámetro era de tres á cuatro metros, sus hojas medían tres metros de longitud y sus puyas de dos á tres de altura, ostentaban panículos de flores, de sépalos oscuros con corolas blanquecinas. Esta planta no ha podido ser introducida viva en Europa, ni ha recibido aún nombre científico.

Volvamos á los indios de la Sierra que tuve ocasion de examinar cómodamente en la region del alto Telembi y sus afluentes, cuyas tribus han disminuido mucho desde que los fieros telembies, reducidos hoy á algunos centenares de individuos errantes, hubieron de sufrir las consecuencias de la conquista española. Muchos se han hecho sedentarios como los cuaiqueres, de que ya hablé; otros, conservando su salvaje independencia, se acercan de vez en cuando á las habitaciones de la zona frecuentada; pero se muestran refractarios á toda civilizacion.

Los hombres presentan cierto aire de desconfianza por más que sean inofensivos. Grandes cambios han tenido los tiempos desde que los iscuandes, barbacoas y telembies, no subyugados despues de la conquista de la costa realizada en 1590 tuvieron mucho tiempo en jaque á las fuerzas reales españolas. En el año 1600, Parada logró someter á todos ménos los telembies que no quisieron rendirse; pero segun se dice les hizo cercar como si fueran ciervos ó gamos, empaló á trescientos atándoles en largas vigas y luégo les arrojó al Telembi, medio de intimidacion feroz que hizo que el resto se rindiera á discrecion.

Un aspecto bastante triste tienen los escasos descendientes de aquellos héroes; muchos he visto acercarse á mí taciturnos é inquietos, examinar mis vestidos y mi equipaje, y ofrecerme en cambio de algunos pequeños productos de la industria europea, sus armas ó sus toscos tejidos. Sus facciones son bastante regulares: la nariz un poco emballenada, los ojos pequeños y el color del cútis achocolatado, pero no tan oscuro como los descendientes de los chibchas ó de los muiscas; exhalan un fétido olor á queso, y por todo traje hombres y mujeres llevan hasta la cintura un pedazo de trapo azul oscuro, especie de droguete llamado *cusma*, fabricado en el Ecuador. Sus formas son perfectas, sus extremidades finas y gracias á sus músculos de acero son intrépidos cazadores del jaguar y la puma. Se dice que la disminucion rápida de estos indios proviene de los estragos que han causado en ellos las viruelas y la escarlatina, enfermedades que adquieren en aquellas regiones una intensidad formidable, la cual sube de punto con la costumbre que tienen aquellos desdichados de sumergirse en agua fria para curarse.

Los individuos de estas tribus, así los cuaiqueres como los demás, hablan un lenguaje especial al que no he encontrado parecido en el resto de mis excursiones. Si se exceptúan algunos vocablos realmente modificados por el roce que han tenido accidentalmente con las personas de orígen español, los sonidos y formas de las palabras son enteramente originales. Con gran trabajo pude obtener de uno de estos indios, arrogante mozo de treinta años, de buen talante y mirada inteligente, el adjunto vocabulario, que hice repetir á una de sus mujeres para coger mejor el acento:

Dios — *Dios* (español)
Cielo — *Chillo*

Ojo — *Cachu*
Boca — *Pit'n*

Mujer — *Naciamba*
Hombre — *Hamba*
Dinero — *Pial*
Niño — *Paijpa*
Niña — *Naciamba paijpa*
Madre — *Acua*
Nariz — *Quimpu*
Cuerpo — *Ahua*
Mula — *Caballone* (español)
Diente — *Chulla*
Casa — *Yall*
Cama — *Cailli*
Brazo — *Traill*
Pierna — *Pimbur*
Tierra — *Pill*
Carne — *Ñau ó agarañau*
Yerba — *Puett'n*
Pan — *Panett'n*
Padre — *Vacilla*
Mano — *Ch'to*
Pié — *Mito*
Agua — *Cuarri*
Cabello — *Aichi*

De mis muchas tentativas para entablar conversacion con él, sólo resultaron los siguientes chapurreados:

—¿Cómo está V.?—*¿Mijamijambú?*

—Bien, gracias—*Guatin guatin amboa.*

—Adios—*Caichlambú.*

En medio de sus vírgenes bosques, abandonados á una naturaleza temible, esos séres, tímidos en apariencia, conviértense en cazadores maravillosos; sus armas son el arco, las flechas y la bodoquera que les bastan con el veneno de la rana verde, para hacer frente á los grandes felinos, boas y tapires. Además si no siembran ni hilan, la Providencia les provee de caza y pescado, frutas de los árboles, miel de abejas y agua de los torrentes, y les da bambúes y palmeras á profusion con que construir sus chozas. ¿Durarán mucho estos restos de la poblacion indígena descubierta por Francisco de Parada, al entablar la lucha con sus numerosas tribus, ántes de perder Barbacoas? ¡Quién sabe! Probablemente su extincion total no se hará esperar mucho tiempo siguiendo la ley fatal de la conquista. . . . . .

. . . .

Mis incursiones por la cuenca del Patia, tocaban á su término; ni la viruela negra, ni las fiebres malignas me habian atacado y á pesar de mojarme diariamente hasta los huesos, tuve la suerte de no coger ni un resfriado. Las correrías por las montañas en que el machete no dejaba de funcionar un solo dia, léjos de debilitarme me dieron nuevo vigor. La misma comida, tan superficial y á veces hasta inverosímil, compuesta de algunos plátanos tostados, yuca ó harina de cebada, resistíala mi estómago perfectamente, y de vez en cuando algun loro ó mono que se ponia al alcance de mi escopeta, servia para dar mayor sustancia á la escasa cena.

Dejando atrás las colinas de roja arcilla que rodean á Barbacoas, se va ascendiendo rápidamente sucediéndose las cuestas en el trascurso del camino, y como hacia un calor insoportable hubimos de hacer alto en tres ó cuatro *descansaderos*, en donde los pobres indios cargueros se detienen jadeantes y medio muertos de fatiga.

En Tejutes empieza á aparecer una vegetacion de extremada riqueza, pero no léjos de allí hay un buen número de pestilenciales pantanos.

En las chozas de Quillo, las Cruces y Quendan, se dejaba oir el monótono concierto de la

marimba y el *cuño*, y en sus pavimentos de bambú se agitaba una poblacion que el *guarapo* conserva en estado casi perenne de embriaguez.

Al llegar á Bellavista, cuyo nombre le cuadra á maravilla, un panorama espléndido, un verdadero mar de verdura, se desarrolla á la vista del maravillado viajero.

Escarpadas cuestas y vertiginosos barrancos se atraviesan sin cesar entre La Yeva, Pilcuan y el Páramo, pero ¡qué prodigiosa vegetacion! Allí abundan de un modo particular las gesneriáceas de hojas oscuras *(Centrosolenia)*, los tallos y cálices vellosos del *Philodendron verrucosum*, las palmeras gualtes *(Iriartea)*, los palmíqueros *(Mauritia)*, y unas encantadoras geónomas, que desgraciadamente no dan semilla.



El migale avicular (tamaño natural)

En los miserables ranchos que se levantan de trecho en trecho, á lo largo de aquel camino salvaje, ¡cuántas veces no ví á los pobres cargueros, rotos de fatiga despues de una terrible marcha, caer revueltos y mezclados y dormirse sobre el duro suelo, pegados á sus cargas y sin aliento para comer!

En la quebrada de Tulpas, como en la de Cuyambi, la vegetacion de monocotiledones presenta enmarañadas espesuras, de cuya belleza salvaje no puede la pluma dar idea.

Encantadores pájaros-moscas hienden los aires lanzando su diminuto chillido. Al dar la vuelta al enorme tronco de un *Ficus*, ví uno *(Lesbia Amaryllis)* posarse en una rama de *Piper*, en donde tenia el nido. Me acerqué con cautela, y al ir á apoyarme en el tronco de la higuera para cogerlo, una monstruosa araña, el *migale avicular*, se precipitó sobre él agarrándole por el cuello. En un abrir y cerrar de ojos me lancé sobre el repugnante bicho, que abandonó su presa para saltarme á la cara y picarme al lado izquierdo del cuello. Con todo

conseguí cogerlo y matarle: por cierto que hoy figura en mi coleccion; y á pesar de aplicarme instantáneamente un poco de agua fenicada en la picadura, se me formó un tumor, cuya cicatriz conservaré toda la vida.

Al franquear el Cuaiquer, á 1,036 metros de elevacion, lloviendo á cántaros, tomé un cróquis del puente de palmeras y bambúes que atraviesa el rio por encima de sus encajonadas márgenes, de más de quince metros de elevacion, formadas de negros esquistos. Su curso es torrentuoso desde su orígen. Tres postes de palmera gualte *(Iriartea)* forman el piso del puente, y el tenedor ó *repecho*, sostenido por horcones ó ramas de árbol hincadas de pié, se compone de grandes pértigas de bambú, cargadas en sus extremos con un monton de pedruscos que le dan la rigidez del arco aplanado. Omito la descripcion de las hermosas plantas que allí se encuentran, por no pecar de difuso. Sin embargo, no pudo ménos de llamar mi atencion una hermosa palmera, probablemente del género *Œnocarpus*, cuyos frutos del tamaño de un grano de uva, producen un bonito barniz verde que utilizan los indígenas. A la palmera en cuestion la denominan *palma barniz*.



El puente de Cuaiquer

Llegué á San Pablo al anochecer, envuelto en un verdadero diluvio y seguido de mis estriberos y el peon, conduciendo cuarenta y siete bellos ejemplares del *Anthurium Andreanum*. Allí volví á encontrar al buen Rosero, si bien que instalado en una nueva cabaña, pues la que ántes habitaba se habia derrumbado repentinamente á riesgo de envolver á toda su familia entre los escombros. La viruela hacia estragos en el pueblo; niños y adultos morian por docenas. La hija de mi huésped, la misma á quien vimos anteriormente amamantando á sus dos rorros, yacia moribunda con la cara cubierta de pústulas. Separéme lastimado de ese horrible cuadro, y á la mañana siguiente tomé la direccion de las altas llanuras, acompañado del pequeño convoy encargado de llevar mis colecciones.

A partir de San Pablo, el camino es cada vez más escabroso, pedregoso, cuajado de precipicios, hasta más allá del rio Chacunes. Imposible calcular la pendiente de los rios en esta region: á cada kilómetro vénse suceder por centenares los saltos y las chorreras. El pueblo de Chacunes, emplazado un poco más bajo que el puente, en la confluencia del Guavo, consta de treinta y cuatro chozas á cual más sucia, incómoda y repulsiva.

Pususquer y San Miguel, más bien que pueblos son dos puñados de chozas en donde me

sorprendió ver hombres vigorosamente musculados y mujeres casi bonitas, ostentando su fina cabellera de un color negro azulado que revela la mezcla, muy pronunciada, de sangre española. Se acercaba la noche sin que el sol lograra rasgar el toldo de nubes que lo cubria, y miéntras andábamos penosamente por un terreno cenagoso y empapado por las ramas de los árboles inclinadas bajo el peso de la humedad, de súbito se detuvo uno de los mozos de la delantera, gritando: *el ¡derrumbo!* Instantáneamente nos paramos todos, viendo con asombro á pocos pasos de distancia, vacilar y hundirse la montaña. Una avalancha de tierra, rocas y árboles enmarañados con los bejucos que los cubrian, precipitóse sobre el Guavo con espantoso estruendo. En un instante se operó la transformacion; millares de metros de tierra arrancados á las faldas por tanta lluvia, acababan de deslizarse por aquel resbaladero gigantesco, y en lugar de rocas cubiertas de vegetales arborescentes, arbustos ó yerbas, veíase sólo una superficie lisa que daba pavor. ¿Qué hacer en este trance? Declinaba el dia rápidamente. ¿Debíamos pasar allí la noche ó aventurarnos á atravesar aquella masa movediza, temblorosa aún por la convulsion que acababa de arrojarla al rio? Las aguas se abrian paso por la base del desprendimiento... de nuevo iba á reproducirse la catástrofe y era preciso tomar una resolucion pronta. Mis acompañantes vacilaban: comprendí que no habia tiempo que perder y me lancé el primero á través de aquel talud de cuarenta y cinco grados lo ménos de inclinacion, hundiendo todo lo posible los tacones en la tierra y apoyándome encorvado con el palo. Así franqueé el obstáculo, y dado el ejemplo, á los pocos minutos la caravana siguió mis huellas, encontrando á unos doscientos metros de allí, el afirmado del sendero. ¡De buena nos libramos! Todavía la Providencia vela por nosotros: nuestra estrella no se ha eclipsado, ¡adelante!

Como si el cielo quisiera compensarnos, despejóse la atmósfera y cesó la lluvia, y en el momento en que llegábamos á la cumbre de la abrupta cuesta que domina el rio Guavo, el valle, abriendo su inmenso ángulo aéreo entrecruzado de elevados montes, se iluminó encendido hácia el occidente. Estábamos estupefactos, arrobados, en presencia de aquella hornaza ciclópea. Antes de ocultarse el sol detrás del último cerro del lejano horizonte y hundirse en el abismo del Pacífico, enrojece los montes con sus fulgores suavizados por los vapores atmosféricos. Entónces las cumbres asemejan grandes chorros de metal en fusion; pero algunos momentos despues el efecto se atenúa, la luz se va extinguiendo, y las quebradas tributarias del Guavo desaparecen envueltas en la oscuridad y, por último, de ese fantástico espectáculo imposible de ser descrito por palabra humana, no queda ya más que el recuerdo.....

Vuelto bruscamente de la poética contemplacion á la prosaica realidad, me encontré con que la noche se nos habia venido encima, hallándonos aún bastante léjos de Piedra Ancha, donde teníamos cena y descanso en perspectiva. Situacion bastante apurada era la nuestra en medio de un camino peligroso, en el que podian sorprendernos nuevos *derrumbos*, y entónces sin que el ojo más perspicaz pudiera adivinarlos. Reuní consejo; eran las seis y media, y no teníamos á mano linterna ni otra luz alguna. Era preciso arbitrar un medio para seguir adelante sin extraviarnos. Así pues, uno de los indios, dotado de ojos de lince, púsose á la cabeza pasándose una cuerda de pita por la cintura, á la cual nos cogimos todos puestos en fila: se adelantó con prudencia tanteando el terreno con el baston, yo seguia el segundo y mi criado

Manuel, que llevaba el equipaje, tenia cogido el extremo de este nuevo hilo de Ariana.

Invertimos una hora larga en esta aventurada marcha, y á las siete y media bien dadas llegamos á las primeras casas del pueblo. Volví á encontrar allí á Antonio Belalcázar y me instalé en una cabaña cuyos moradores la dejaron libre yéndose á acostar en la del vecino; los peones se acomodaron como pudieron, y en cuanto al criado negro no comparecia. ¿Habia perdido la cuerda? ¿habia caido en alguna *barranca* ahogándose sus gritos entre el ruido del torrente? Grande fué mi inquietud por él y por el temor de perder las plantas secas que conducia con el equipaje; pero rendido de fatiga, despues de haber mascullado un plátano tostado y bebídome un vaso de agua del Guavo, logré dormirme profundamente, sobre tres tablas colocadas en el suelo. A media noche desperté tiritando; no habiendo comparecido Manuel me habia quedado sin más abrigo, en medio de una temperatura fresquísima, que un poncho de tela y un pantalon de dril, ambos empapados. Además para mayor delicia una manada de cochinillos de la India, moradores de la casa, paseábanse familiarmente por sobre mi cuerpo sin respetarme el rostro. Detestable noche, cuyo recuerdo aún me desazona.

Antes de amanecer estaba ya de pié y mis primeros cuidados fueron por Manuel, que se encontraba en una de las chozas del pueblo.

—Don Eduardo,—me dijo con gran pachorra:—habrá estado V. muy inquieto, ¿verdad? Figúrese V. que al atravesar anoche la penúltima quebrada, se me escapó la cuerda y en vano hice para atraparla de nuevo. No quise gritar para no interrumpir la marcha de Vds. y llegué mucho despues que V. más muerto que vivo, sin que nadie supiera darme cuenta de su paradero.

El bellaco mentia descaradamente, pues luégo supe que habia pasado tranquilamente la noche envuelto en mis mantas, bajo el techo de una antigua casera de Tuquerres, que vivia en Piedra Ancha, y que tanto el uno como la otra habian besuqueado distintas veces la botella de coñac que aún me quedaba. Mi primer impulso fué el de arrojarme sobre aquel truan; pero temí que desertara, y supe contenerme, deseoso ante todo de salvar mis plantas.

El termómetro marcaba 14° centígrados á las siete de la mañana, hora en que nos pusimos en marcha, consolado el estómago con un buen *locro* de patatas y cochinillo de Indias, y envueltos en una espesa bruma.

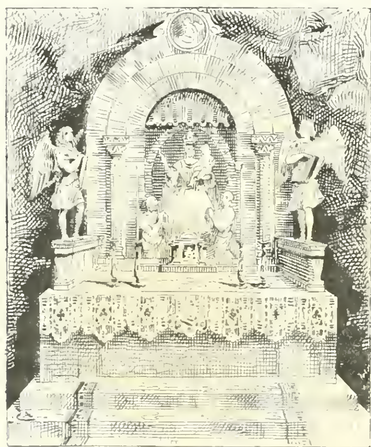
Piedra Ancha está situada en un promontorio, al pié de unos cerros muy elevados y cubiertos de una vegetacion muy densa, pero que á la altura de 1,800 á 1,900 metros, pierden todo el carácter propio de la flora tropical. A unos 400 metros más abajo es donde comienza la exhuberancia vegetal que hemos admirado con tanta frecuencia en estos lugares. Al pié del promontorio circula el Guavo que no toma el nombre de Cuaiquer, hasta su union con el rio Chacunes. Alrededor de la poblacion se percibe el suave perfume de los *floripandos* que ya habia notado al anochecer y cuya intensidad se desvanece enteramente por la mañana.

Y continuamos subiendo; primero hasta 2,000 metros, luégo hasta 2,400. Al otro lado del valle, sobre una pequeña explanada verde, blanquea un grupo de casas y la miserable iglesia de Mallama, cuyo camino atraviesa el Azufral para terminar en las frias regiones de

las dehesas. Una gran mancha blanca que se destaca sobre el flanco oriental del pico de Mallama, indica el reciente desprendimiento de todo un lienzo de la montaña.

La nevada mole del volcan de Cumbal destaca por fin á mi derecha toda su altitud de 4,890 metros que excede á la del Mont-Blanc. De nuevo piso las praderas cubiertas de gramíneas secas, llamadas pajonales y encuentro nuevamente cerca de Alche las hermosas flores anaranjadas del *Stenomesson Hartwegii*, planta bulbosa que he importado viva. Sólo tres leguas me separan ya de Tuquerres, donde galopando un poco, llegaré ántes de oscurecer, dejando un tanto rezagados á Manuel y los cargueros.

Bien valia esta expedicion unos cuantos dias de descanso, durante los cuales pensaba ocuparme en expedir á Europa algunas cajas de plantas vivas recientemente recogidas. Pero aún me aguardaban nuevas angustias. Mis fieles cargueros habian llegado medio aspeados; pero Manuel volvia á faltar y esta vez la cosa era más séria, pues le habia confiado todo el herbario en prensa, que no habia podido secarse por falta material de tiempo y en razon al clima lluvioso de la region de Barbacoas. Dos dias y medio le estuve aguardando inútilmente, no sabiendo ya qué pensar y desesperado por perder el fruto de tantas penas y fatigas. Por fin al tercer dia ví llegar al desdichado en completo estado de embriaguez. Por una rara fortuna llevaba aún sobre la cabeza el paquete de plantas. Verle, arrojarme sobre él, cogerle por el gaznate y derribarle de un puñetazo, fué obra de un instante. Él levántase furioso, trata de desenvainar la daga y arrojárseme encima; pero el frio contacto del cañon de mi revólver en la sien, le calma de repente y me pide perdon con humildad. Le ajusto las cuentas y le envio noramala.



La Laja: la piedra milagrosa

Invertí los últimos dias de mi permanencia en Tuquerres, en trabajos diversos de historia natural, observaciones físicas, embalaje, redaccion y dibujos. . . . . . .

. . . .

El mes de mayo tocaba á su término; Juan se hallaba completamente restablecido y todo estaba dispuesto para emprender el viaje al Sur en direccion de Quito. Me despedí de mis huéspedes de Tuquerres el dia 30 á las tres y media de la tarde y partimos con las alfombras y cojinetes bien rellenos de provisiones.

El camino del Ecuador sobre las altiplanicies despejadas de la region de los pastos no está exento de majestad en su monótona desnudez apénas interrumpida por algunos cultivos alrededor de los pueblos y de las ganaderías. El camino es pésimo por supuesto: las hoyadas lo obstruyen con frecuencia, y es menester atravesar á vado las corrientes; pero esas pequeñas miserias habituales, no nos privan de saborear la imponente majestad de este admirable país. Una vegetacion especial caracteriza toda la region.

Pasamos la primera noche en la hacienda de Chillanquer, á la sazon abandonada, y en esta ocasion los abrigos nos resguardaron de un frio bastante intenso. A la mañana siguiente, á las seis, cabalgábamos de nuevo.

Aumenta gradualmente la frondosidad de la comarca, viéndose cierto cultivo elemental en los prados naturales que no son más que una prolongacion del páramo del Azufral formando una de las explanadas más elevadas de los Andes. La geología nos tenia reservadas allí algunas sorpresas. Cerca del Guachucal brota una fuente fria de la que se escapa gran abundancia de gas sulfhídrico. La vista se dilata simultáneamente sobre los tres soberbios volcanes del Azufral, Cumbal y Chiles miéntras á nuestros piés el rio Sapuyes desarrolla perezosamente sus curvas en los repliegues del terreno, cuyos cespedosos bordes socava con lentitud hasta que al aproximarse al Guáitara se convierte en furioso torrente.

A las once, despues de haber atravesado la quebrada de San Juan por el lugar denominado *Puente ruidoso*, llegamos á Pupiales, cuya elevacion es de 3,150 metros y su temperatura media anual de 11°. En este pueblo y sus cercanías vive una poblacion de unos cuatro mil habitantes. Pupiales forma parte del distrito de Obando, cuya cabeza es Ipiales, interesante villa donde termina nuestra primera etapa.

Ipiales, á donde llegamos muy temprano, está muy bien situado sobre una meseta inclinada hácia el rio Carchi ó Males, desde donde se divisa un panorama risueño y pintoresco. Su elevacion sobre el mar es de 3,083 metros y su temperatura media 12°.

Traia cartas de recomendacion para el *Jefe municipal* D. Avelino Vela, el cual se puso á mis órdenes con exquisita amabilidad, organizando para el dia siguiente en mi obsequio, una excursion al famoso *Santuario de la Vírgen de la Laja*, situado á algunas leguas de allí, á la orilla derecha del Males.

Partimos muy de madrugada montados en buenos caballos por un camino delicioso y con tiempo bonancible, y en pocas horas llegamos al vestíbulo de la capilla, colgada casi verticalmente á sesenta metros de altura sobre el rio, en un sitio pintoresco á todo serlo. La direccion del torrente es allí de nordeste; mas su lecho describe un semicírculo sobre el que avanza la escarpada roca que forma la base del monumento, cuyos tres pisos de superpuestas galerías sirven de almacenes y habitaciones. En la parte superior hay un terrado de diez y seis metros de longitud por cuatro de anchura, rodeado de una balaustrada desde la cual se goza de un golpe de vista soberbio.

Segun una leyenda local, el cura de Ipiales, Eusebio Mejía, descubrió casualmente en aquel sitio una imágen de la Vírgen admirablemente pintada sobre la roca traquítica pulida por los años. Una inmensa muchedumbre acudió á justificar el hecho, y acordóse que una iglesia monumental cubriera la preciosa pintura, habiendo sido solemnemente consagrado el santuario el dia 21 de abril de 1803.

La arraigada fe de los comarcanos trascendió á lejanas tierras y «La Laja» se convirtió en el punto de reunion de una romería la más famosa del Sur desde Cali hasta Quito, como la de la «Vírgen de Chiquinquirá» lo es de la region del Norte.

La iglesia, cuya detallada descripcion omito en obsequio á la brevedad, consta de una

nave de seis metros de anchura por diez y ocho de longitud, terminada por una cúpula tan adosada al muro de la montaña, que las rocas asoman en diferentes puntos de la bóveda. El altar, tallado en la misma peña traquítica en que se halla pintada la venerada imágen, está á la derecha del eje de la nave. La pintura, realmente notable, pertenece á la escuela de Miguel de Santiago, natural de Quito, y la figura de la Madre de Dios tiene la expresion de las vírgenes de Murillo, con un dibujo sumamente correcto y un colorido más vivo todavía. Su tamaño es mitad del natural; lleva corona de oro, vestido de terciopelo encarnado bordado de oro y manto azul no ménos brillante. Dos santos, el uno en hábitos de dominico y el otro de franciscano, que, segun se supone, fueron pintados con posterioridad al descubrimiento, están arrodillados orando á sus piés. Un marco de cristales, de pésimo gusto, rodea el cuadro, á ambos lados del cual se ven flores artificiales, santos, ángeles de aniñada figura con sus alas desplegadas y finalmente la roca en su natural desnudez.

Los ex-votos, muletas, corazones y símbolos de todas clases abundan allí, sobre todo el dia de la romería, que se verifica el 16 de setiembre de cada año, y apénas habrá un romero que no se lleve religiosamente, á guisa de reliquia, un pedazo de la roca vecina. Embellece mucho la capilla la sepultura del cura D. José María Burbano.

Terminada la visita y avivado el apetito por el aire sutil de las alturas, dimos buena cuenta de las provisiones de boca traidas de Ipiales, amenizando con alegres coloquios el rústico almuerzo, del cual habian de ser mudos testigos las rocas del rio Males.

Y miéntras los mozos ensillaban los caballos, remonté un trecho las orillas del rio para recoger ejemplares de historia natural, cabiéndome la buena suerte de descubrir entre soberbias bromeliáceas, una hermosa pasiflora desconocida hasta entónces de la ciencia (1).

Sus hojas pubescentes bilobuladas presentaban un aspecto caprichoso, y gran número de flores blancas y violetas se mecian en los ramajes de esta pequeña enredadera, que formaba elegantes guirnaldas sobre el torrente. El sitio aquel era muy escabroso. Las sinuosidades de las rocas que daban frente al Norte, estaban tapizadas de nerteras y selaginelas, entre las cuales los helechos transparentes del género de los *Trichomanes* extendian sus oscuras y doradas cabelleras. Algunas mariposas protésilas y melpómenes, escapadas de tierra caliente, sacudian el aire con sus alas blancas ó negras manchadas de púrpura y los grandes tenebrios se ocultaban bajo las piedras á mi presencia. De vez en cuando cruzaba los aires como una saeta, un pájaro-mosca acosado por otros cuyos agudos chillidos se hacian oir distintamente entre el rumor de las cascaditas del Males; tales eran los *Thalurania Columbica*, y *Chlorostilbon Portmanni* y el *Docimaster ensiferus*, á los cuales siento no poder denominar con términos ménos enfáticos tratándose de los séres más graciosos de la creacion.

Pero se iba haciendo tarde, y retrocedí en busca de mis compañeros, que estaban ya impacientes por mi larga ausencia. Juntos emprendimos la marcha hácia Ipiales, donde llegamos al anochecer despues de un trote de tres horas.

Esta excursion dejó en mi ánimo uno de los mejores recuerdos del viaje.

(1) El doctor Maxvell Masters ha llamado á esta nueva especie *Passiflora Andreana* (Jour. Lin. Soc., t. XX, p. 37) en el estudio que ha hecho de las pasifloras recogidas durante mi exploracion. (N. del A.)

XXI

ECUADOR

La cascada del Excomulgado.—Ipiales; el municipio de Obando; su organizacion política, administrativa y judicial; estadística.—El puente natural y la gruta de Rumichaca.—Un nudo de las Cordilleras.—Tulthu.—El volcan de Chiles.—Vegetacion del Páramo, de las Cuasas y de Boliche.—Huaca y el cementerio.—La montaña encantada.—Sabana de San Vicente; vista del Cayambe.—Urcu.—El Puntal.—Puente del Chota.—Llegada á Ibarra.—La region ardiente.—Un panorama de los Andes del Ecuador.

Invertí otro dia para visitar la cascada del Excomulgado, que es otra de las grandes curiosidades del país. Siguiendo la corriente del rio por el camino que conduce al pueblo de Males, la mirada se detiene de repente ante una brusca entalladura de las altas planicies de Ipiales, dando paso á las aguas, que forman diferentes cascadas. El bosque es allí más espeso que en todos los alrededores, cubiertos apénas de las plantas herbáceas propias de tales alturas, numerosas gramíneas *(Deyeuxia)* y un corazoncillo de finas hojas y hermosas flores doradas, llamado allí *romerillo*, que produce un tinte amarillo muy bonito (1). Las aguas que se deslizan entre los arbustos, que forman grandes caños, reúnense de repente para precipitarse por un salto de ochenta metros. Sobre el oscuro fondo del muro vertical de las rocas, se destaca el haz cristalino de la catarata sumamente delgado en proporcion á su gran altura. Forman vigoroso contraste con el agua las vecinas rocas, desgastadas y carcomidas por la corriente, amontonadas por el cataclismo que dió orígen á la brusca desnivelacion del rio, y revestidas de colores los más caprichosos. Segun la orientacion de esas peñas pintorescamente amontonadas, presentan tonos amarillentos, rojizos, pardos ó verdes bronceados, producidos por los musgos y pulmonarias que las tapizan. Al pié del salto la caida de las aguas ha excavado en la roca viva una gran concha.

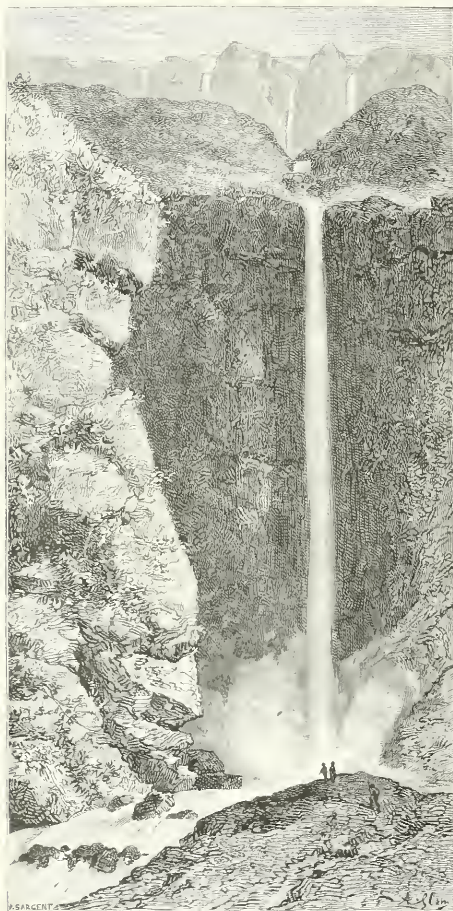
Cuéntase que, en los primeros tiempos de la predicacion evangélica que sucedió á la conquista, un sacerdote español, que habia merecido los anatemas de la Iglesia, se precipitó desesperado en el abismo, sin que, naturalmente, volviera á hablarse jamás de un cadáver destrozado quizá contra las rocas del rio Males y arrastrado en pedazos hasta el Guáitara. Tal es el orígen del nombre de «Salto del Excomulgado» que lleva la cascada.

No es esta sola la catarata que se encuentra en este terreno, vuelto de arriba abajo por las convulsiones volcánicas. Si como todo lo hace así presumir, los volcanes vecinos han aparecido durante el período geológico (terrenos cuaternarios), y quizás despues de la presencia del hombre sobre la tierra, nada tiene de extraño que á cada paso presente la naturaleza señales de recientes dislocaciones. Así el rio Males, que más tarde veremos cerca de su orígen, con los nombres de Rumichaca y de Carchi, engrosando su caudal gradualmente hasta convertirse en el poderoso Guáitara, uno de los principales afluentes del Patia, recoge todas las aguas de esas altiplanicies de los Andes vertiéndolas en la forma más variada por los escalones abiertos en su carrera. Algunos de sus tributarios, que se deslizan mansamente por entre

(1) Es el *Hipericum laricifolium.*

arenas de aluvion y verdes prados, rasgan de súbito sus orillas poniendo al desnudo las escondidas rocas de traquito y pórfido, en cuyas vivas aristas se estrella la corriente.

Desde las cercanías del pueblo de Iles, al Nordeste de Ipiales, basta colocarse en una antigua entalladura situada cerca de la Cruz de Ecuasan, á la elevacion de 3,360 metros, para leer con claridad la historia del lago subandino de que he hablado anteriormente. La colosal barrera rota por el Oeste, por cuyo boquete se escurrió la inmensa masa de las aguas, era la llave principal del circo de montañas que formaba la hoya primitiva. Pero aún hay otra, la de Iles, que no por ser más estrecha que la del Castigo, es ménos curiosa. Cuando uno de los dos volcanes, el Cumbal ó el Chiles, produjo el temblor de tierra que rompió los diques del lago, sus aguas se precipitaron en esta direccion con un ímpetu del que se observan por todos lados huellas profundas. El boqueron se mantiene aún infranqueable, y asomándose á las escarpadas rocas que lo circundan se perciben los acerados reflejos de las aguas que mugen á una gran profundidad.



Salto del Excomulgado

Avancemos un poco hácia el Oeste siguiendo la cresta que separa á los rios Males y Sapuyes, y volveremos á encontrar la misma ruptura del llano regado por el segundo de los citados rios. Frente á la hacienda de Cuarchu, á una altura de 3,300 metros, el rio en masa se precipita con tal violencia que en el espacio de diez kilómetros presenta un desnivel de 1,300 metros. Uno de sus saltos cae de una altura de 300 metros.

Tales son los gigantescos boquetes por donde han pasado las aguas del lago de los Pastos, que ocupaban más de seiscientos kilómetros cuadrados de superficie y cuyo emplazamiento, actualmente convertido en campos de cultivo y dehesas, está habitado por una poblacion activa compuesta de más de cincuenta mil almas. Las causas de esas catástrofes subsisten aún y el habitante de esta region volcánica huella con sus plantas un suelo bajo el cual ruge sordamente el fuego central. Por todas partes donde los pórfidos se han puesto al descubierto, vénse sobresalir rocas volcánicas; y en la vecindad de los traquitos se encuentran salinas yodoríferas y aguas termales en abundancia. Así, segun las observaciones de M. Bous-

singault, entre Cumbal y Chiles, surgen aguas muy calientes mezcladas de ácido sulfhídrico y ácido carbónico. A orillas del Guáitara, cerca de Ipiales, hay aguas termales, y un fenómeno idéntico tendremos ocasion de observar en el puente de Rumichaca. De Males se extrae la caparrosa y el alumbre; en las orillas del Mira se encuentra esquisto pizarroso y lignito que ha pasado mucho tiempo por hulla, y la prueba de la accion de las fuerzas subterráneas léese á cada paso en este grandioso teatro de recientes convulsiones de la naturaleza.

Despues de haber admirado desde una pequeña eminencia, al Este de Ipiales, el anfiteatro de montañas que rodean la poblacion y las pintorescas sinuosidades del rio Carchi, en medio de cultivos que se mezclan gradualmente con los pastos naturales, estudié el interior de la ciudad, que no ofrece nada de notable, á no ser una gran plaza casi desierta y la casa muni-



Iglesia de Tulcan.

cipal bien construida, donde se hallan instalados los servicios públicos. Por ser la antigua iglesia insuficiente hoy, á causa de haberse duplicado la poblacion en estos últimos treinta años, se ha dado principio á la construccion de una verdadera catedral, suspendida hace algun tiempo. Trátase de un edificio muy vasto de sesenta metros de longitud por veintidos de anchura, con una nave central de diez metros de luz; á cada lado conté siete enormes columnas de cinco metros de circunferencia en su base y al fondo un gran arco de diez metros de diámetro presentaba la forma más original que puede imaginarse. Sin duda pertenecerá á un sexto órden arquitectónico completamente inédito. ¡Malditos los cálculos de resistencia y de cohesion de los materiales que hay allí! En cuanto á la bóveda, en vez de ser de ojiva, de cañon seguido ó elíptica, es ondulosa, sosteniéndose interinamente en equilibrio, expuesta á derrumbarse á la primera sacudida de un terremoto.

Las casas de Ipiales son de madera y tierra apisonada y tienen buenas condiciones, habiéndolas bastante confortables. Las cubiertas en su mayor parte son de paja, contándose

pocas de tejas. No se conoce allí la sierra mecánica, de modo que para vigas se emplean árboles enteros labrados con el hacha. Cada pieza cuesta un real.

La organizacion política, administrativa y judicial de la region, data de pocos años. Despues de una serie de encarnizadas luchas con Tuquerres, de cuyo ayuntamiento dependia Ipiales, esta última poblacion, reputada como ingobernable por sus opiniones liberales, fué erigida con todo su distrito en «municipio de Obando,» por ley de 23 de octubre de 1863. Un mes despues, D. Avelino Vela tomaba posesion del cargo de jefe municipal (gobernador y alcalde primero á la vez), que desempeñaba todavía á mi paso por allí.

La ciudad está administrada por un ayuntamiento, cuyos miembros son elegidos segun la ley de octubre de 1873, modificada en 1875. Catorce consejeros ó *vocales*, son elegidos por sufragio á razon de uno por cada dos mil habitantes. Los acuerdos de la corporacion municipal, que celebra dos sesiones anuales, se publican bajo el nombre de *ordenanzas*, y tienen fuerza ejecutiva. El nombramiento de jefe municipal corre á cargo del presidente del Estado.

Los demás distritos, colocados hasta cierto punto bajo la dependencia administrativa del municipio central, están regidos por un consejo ó *cabildo* compuesto de tantos miembros ó *cabildantes* como millares de habitantes haya ó fracciones mayores de quinientos. Son elegidos en la sesion de diciembre de cada año y sus funciones son análogas á las de los miembros de la municipalidad. El alcalde del distrito, funcionario cuyo nombramiento y separacion dependen del jefe municipal, hace cumplir los acuerdos del cabildo.

A influjos de semejante organizacion, el desarrollo de la riqueza pública y de la civilizacion ha sido rápido en Obando. En lugar del valor en otros tiempos casi nulo y en todo caso de difícil apreciacion, cuando los incultos pastos de estas montañas sólo pertenecian á sus ocupantes por derecho de conquista, se evalúa hoy la importancia de la propiedad territorial del distrito en cuatro millones de pesos fuertes, abarcando sesenta mil hectáreas en otro tiempo sin valor alguno. El amillaramiento en 1876 comprendia los siguientes datos:

Propiedad rústica.	2.251,804 pesos
Cabezas de ganado.	725,384 —
Principales productos agrícolas.	191,960 —
Habitaciones.	831,050 —
Total.	4.000,198 pesos

Algunas cifras servirán para comparar el número y valor de los productos de Ipiales y de otras regiones del Sur de América.

Una cabeza de ganado (buey ó vaca) vale allí por término medio 10 pesos fuertes.

Para el matadero, cada cabeza, 30 pesos.

Los animales de silla y carga alcanzan precios muy elevados.

El número de bueyes y vacas asciende á cabezas 29,136; el de corderos á 20,323; el de caballos á 5,700; el de mulos á 1,225, y el de cerdos á 5,600.

La proporcion de los caballos es muy superior en este país á la que hemos notado en las demás regiones de Colombia.

Se cosecha anualmente por término medio:

Cebada.	12,000 hectólitros, su valor en pesos			24,000
Patatas.	28,000	—	—	54,000
Maíz.	17,000	—	—	51,000
Habas.	7,000	—	—	21,000
Ocas.	7,000	—	—	8,800
Trigo.	5,000	—	—	33,000

A cada uno de los 33,850 habitantes de la comarca no les corresponde aún diez kilógramos de pan para el consumo.

La instruccion se desarrolla rápidamente y comienzan á sentirse sus beneficios.

Con estos datos habrá visto el lector que el estado de civilizacion en este rincon de los Andes es ménos rudimentario de lo que podria creerse á juzgar por la persistente barbarie ó el descuidado cultivo intelectual que se nota en tierras calientes. El habitante de las altiplanicies progresa con más rapidez que el de bajas tierras, no porque esté mejor dotado por la naturaleza, sino porque puede desarrollar mejor allí sus facultades intelectuales que en medio de la languidez que produce una temperatura harto elevada. Por lo mismo, las naciones meridionales del continente, Chile y la República Argentina, están más adelantadas que las del Norte, donde las condiciones climatológicas coinciden con las del centro de Europa, y la civilizacion progresa rápidamente. Aviso á los colonizadores del porvenir, que podrán dirigir con seguridad la emigracion allí donde los resultados han de ser el fruto de toda tentativa razonable. El hecho se hubiera ya realizado desde hace mucho tiempo; pero el hombre emplea especialmente su ingenio en labrar su desdicha. Estas regiones fértiles, templadas y sanas, en las cuales es seguro un porvenir de riqueza y bienestar, se ven frecuentemente ensangrentadas por las revoluciones. El hombre es un lobo para el hombre *(homo homini lupus)*.

La mañana de mi partida para el Ecuador, cuya frontera distaba poco, hacia un tiempo magnífico; el sol calentaba ya la temperatura matinal y las acémilas con los criados habian tomado la delantera. Tomé el camino del Suroeste: las sinuosidades del terreno se acentuaron muy pronto, y á medida que avanzaba por los alrededores de la ciudad tuve ocasion de notar la presencia de numerosos ganados paciendo en libertad en los prados rodeados de profundos fosos de separacion llamados *chambas*.

Despues de algunas subidas y rápidas bajadas, hétenos en el puente de Rumichaca (1) sobre el rio Carchi, con un pié en Colombia y el otro en el Ecuador. ¿Será eterno mi adios á la Nueva Granada, cuyo territorio he recorrido durante tantos meses, trabajando, vagando, gozando y sufriendo?

¡Quién sabe!

El puente natural de Rumichaca tiene celebridad en la América ecuatorial por su pintoresco aspecto. Hé aquí su situacion: del pié del volcan de Cumbal, apénas situado á quince kilómetros á vuelo de pájaro, emana el nacimiento de los dos grandes rios, Sapuyes y Blanco, separados muy pronto por una pequeña eminencia y corriendo ambos en distintas direcciones hasta el Guáitara. Antes de llegar á Cumbal, que es el pueblo más elevado del Cauca, pues se encuentra á 3,219 metros sobre el nivel del mar, el rio atraviesa una serie de rocas

(1) Palabra compuesta, en la que entra el vocablo quitchua *chaca*, que quiere decir *puente*.

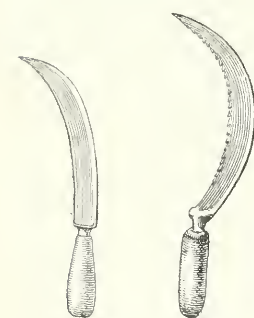
traquíticas amontonadas, franqueándose un pasaje impetuoso, surca despues un cauce estrecho y profundo y corre á unirse al rio Carchi, junto al puente Rumichaca.

Forma este puente una roca natural sobre la cual atraviesa el camino. Aunque algunos autores antiguos atribuyen esta prodigiosa obra á los incas, no es difícil convencerse de que el hombre no ha tenido en ella arte ni parte. Por ambos lados del puente puede bajarse al cauce del rio, que corre á la profundidad de unos treinta metros. La roca traquítica aparece mezclada con sedimentos calcáreos anteriores á los levantamientos volcánicos de la comarca; y como en los indicados sedimentos se descubren unos cantos rodados amasados ó conglomerados con un cemento muy duro, de ahí se colige que la vaguada del rio se hallaba en otro tiempo cinco ó seis metros más arriba que su nivel actual. Deslizándose por las escarpadas gradas, bastante peligrosas, y como á medio camino, ó sea despues de haber descendido algunos metros, se encuentra una hebra de agua mineral ferruginosa, cuya temperatura se eleva á cuarenta grados centígrados; encima se ve una bañera natural, linda concha labrada en la roca, y en la parte inferior al nivel del agua, la vista se dilata á través del túnel que sostiene el puente del camino, viéndose á lo léjos la salida como un punto blanco bajo la profunda oscuridad de la bóveda abierta por las aguas.


La guadaña de Tulcan

Por la parte de occidente el cuadro es todavía más pintoresco y gracioso; repetidos desmoronamientos han incrustado en la entalladura grandes peñascos, resultando de ello una especie de bóveda recortada que presenta singulares contrastes de luz y sombra. En los conglomerados calcáreos se han formado hermosas estalactitas. El más curioso fragmento de estos desordenados encabestramientos es una enorme roca de forma ovóidea, encuñada entre las paredes y suspendida con extraordinario atrevimiento, por entre cuyos intersticios pasaba un rayo de sol difundiendo una luz tan misteriosa que en vano trataria de reproducir la pintura, tales eran sus contrastes y transparentes reflejos.

La altura absoluta del puente, segun mis observaciones barométricas, asciende á 2,754 metros sobre el mar, miéntras que Codazzi le da sólo la de 1,630. Mis cálculos, por otra parte, concuerdan con los de Boussingault.


Hoz de Tulcan y de Orejuela

Poco tiempo ántes de mi visita, hízose algo más arriba del puente un descubrimiento singular. Encontróse allí una casa entera enterrada y construida exclusivamente con sillares de piedra calcárea. Es de suponer que esta habitacion, cuyo uso é historia se ignoran, databa de la primera época de la conquista. De ella se extrajeron luégo materiales para nuevas edificaciones.

Entre las rocas más interesantes de este lugar, hay una digna por cierto de llamar la atencion. Tal es una piedra calcárea blanca y desmenuzable, formada de carbonato de cal y lla-

mada *lícamancha*, que constituye un artículo de farmacia muy apreciado. Se la emplea con éxito para combatir la fiebre del ganado, conocida con el nombre de *achaque*, y tambien en las fracturas. Sus buenos efectos son indiscutibles; pero se ha querido hacer de ella una panacea universal. Pulverizada y mezclada con agua tibia se usa para dar fecundidad á las mujeres estériles. Esta célebre droga se expende con frecuencia en el mercado de Pasto y áun en el de Bogotá.

De Rumichaca á Tulcan, el paisaje no varía: el terreno onduloso forma redondeadas vertientes cubiertas de pajonales y surcadas por los pequeños cauces de las quebradas y de los rios Carchi, Bobo, Chapues y Tejes, todos muy encajonados.



Un gallinero rústico en Capulí

Allí pude distinguir con entera limpieza la línea divisoria tan caracterizada de los Andes de Colombia y del Ecuador. Humboldt la coloca por error al Norte del nudo de Pasto, miéntras que en realidad se halla situada más cerca de Tulcan, á los 0° 55′ de latitud boreal. Desde allí los dos grandes ramales de los Andes forman un arco abierto hácia el Norte, cuyas cadenas constituyen la Cordillera oriental la una, la Cordillera occidental la otra. Más léjos, al Norte de Popayan, empieza el tercer ramal, que forma la Cordillera central, barrera que separa los dos grandes valles del Cauca y el Magdalena. Inmensos estribos sostienen por el Este y el Oeste esta gigantesca muralla de traquito dominada por los volcanes de Cumbal y Chiles, que muestran hácia el Occidente sus diademas de nieves perpetuas.

Tulcan blanqueaba en lontananza recostado en la llanura. Una hora despues llegaba á la posada, donde ya me esperaba el alcalde, llamado allí *jefe político*, en vez de *jefe municipal* que es la denominacion empleada en Nueva Granada.

El buen «magistrado,» que desempeña á la vez las funciones municipales, las de administrador de aduanas y algunas otras, y que es además agricultor, acababa de abandonar sus tierras para atender á la recomendacion que le habian hecho de mi persona. Dejando á un lado las formalidades aduaneras, respetó mis equipajes.

— *¡ Una mision científica!* — exclamó. — Esto basta para que el gobierno liberal de la República, y especialmente las autoridades de Tulcan, hagan cuanto puedan en su obsequio.

Por otro lado, la aduana es poco ménos que una cosa nominal en Tulcan; el tránsito de mercancías procedentes de Colombia, es casi nulo; aunque lo contrario sucede del Ecuador á Colombia.

Me hospedé en casa de una buena mujer llamada Estefanía, que poseia un tenducho, junto al cual instalé los equipajes en un cuarto sin embaldosar y lleno de telarañas, donde estando acostado podia ver las estrellas del cielo ecuatorial á través de las grietas del techo de paja. Las camas usadas en Tulcan, de las cuales la mia era un ejemplar auténtico, merecen una pequeña descripcion. Se denominan *cuadros* y consisten en cuatro piés de madera de cincuenta centímetros, que descansan en el suelo y á veces están clavados en él, sosteniendo un marco rectangular muescado en su parte superior, en cuyas ranuras ó encajes se ajustan unas sólidas tiras de cuero, cruzadas perpendicularmente. Sobre este poco elástico *sommier* se tiende una estera y ya está hecha la cama.

A la mañana siguiente, al amanecer, el paisaje habia cambiado de aspecto. Los volcanes de Cumbal y Chiles amanecieron nevados y todos los picos de los alrededores desaparecieron igualmente bajo una capa de nieve. Durante la noche llovió, y el enfriamiento de la atmósfera hizo descender de un modo considerable el límite de las nieves, circunscrito ordinariamente de mil quinientos metros para arriba en las proximidades de la línea ecuatorial. El pico de Chiles se levanta á 4,140 metros sobre el nivel del mar; una parte de su grandiosa mole está situada en Nueva Granada y la otra pertenece al Ecuador: tiene la forma de un cono regular, y á su alrededor las pendientes cortadas en diversos puntos por multitud de barrancos, se dilatan al principio; mas luégo se acortan hácia el Norte confundiéndose y amasándose con las del Cumbal. Las depresiones principales de los valles que tuve ocasion de examinar son las que surcan las primeras quebradas del rio Carchi. Este volcan está siempre en actividad; en la parte superior de la zona de las nieves, han llegado á contarse hasta quince aberturas que dan paso á los vapores sulfurosos; no obstante, las erupciones no han perjudicado hasta aquí las habitaciones emplazadas á alguna distancia del radio peligroso.

La temperatura de Tulcan, cuya elevacion es de 2,977 metros (1), no pasa de los 12° 9'. Esta poblacion es cabecera de un partido de poca importancia, cuyo número de habitantes ignoro; sólo sé que se compone de seis parroquias: Tulcan, Asuncion, Huaca, Tusa, Puntal y Angel.

Salí de Tulcan al siguiente dia tempranito: en los vecinos campos comenzaba la siega de la cebada. Me chocó la forma de las hoces, de hoja corta y ancha, parecidas á mal curvadas podaderas, de veinticinco centímetros de longitud por siete de ancho, que estas buenas gentes deberian sustituir por otro instrumento más cómodo. Los puñados de mieses reunidos en haces, son atados inmediatamente y trasportados en mulos.

(1) Esta altura, segun Villavicencio, asciende á tres mil diez y nueve metros.

Hallé junto al camino, entre pequeños arbustos, una gramínea desconocida para mí (más tarde supe era el *Gynerium jubatum*): tiene hojas largas, finas, onduladas y rojizas, panículos de flores sonrosadas, y alcanza hasta dos metros de altura. Con las puyas ó vástagos de esta planta una vez secos, se elaboran en el país las *almas* del huso llamado *sicse*.

En los campos de ocas *(Oxalis tuberosa)* se daba principio al barbecho, cuya operacion se lleva á cabo con una azadita llamada *cute*. Las suaves colinas, altas y despejadas, están cubiertas de trigo, patatas, habas y especialmente de alfalfa, forraje muy estimado allí y que constituye en la parte alta del Ecuador y del Perú, el principal alimento para los mulos y caballos. En tierra fria, incluso en Tulcan, la alfalfa se siega cada tres meses; pero en los terrenos cuya temperatura llega á 16°, hácia los 2,000 ó 2,200 metros de altura sobre el mar, las siegas se verifican mensualmente, siendo considerable el producto que reporta al agricultor de este cultivo.

Pronto los picos de los elevados volcanes desaparecen en lontananza envueltos entre las nieblas, y el camino bastante bueno miéntras cruza los prados, vuélvese malo primero y luégo detestable. Uno de los peones me lo habia advertido; pero no pude creer que lo fuera tanto. Las lluvias de las noches precedentes han reblandecido el lodo de los *barriales* y á trechos reaparecen las escaleras pantanosas y los surcos y baches llamados *camellones*, cuya profundidad aumenta miéntras permanecemos en el bosque, es decir, hasta atravesar los páramos de las Cuasas y de Boliche. Un rasgo característico de esta region brumosa y fria, donde los líquenes cuelgan de los árboles formando prolongados festones de encaje ceniciento, es la presencia de la hermosa orquídea de la variedad *Oncidium cucullatum*, llamada *macrochilum*, y *gauminche varon* en el país, en contraposicion á otra planta provista de falsos bulbos pequeños, llamada por esta razon *guaminche hembra*. Encontré además otra variedad blanca, aunque no muy abundante.

Desde la cresta del páramo, que se levanta quinientos metros sobre la meseta de Tulcan, divisé por última vez las lejanas cumbres de Nueva Granada, que en lo sucesivo van á quedar ocultas tras de los nuevos cerros interpuestos en nuestro itinerario.

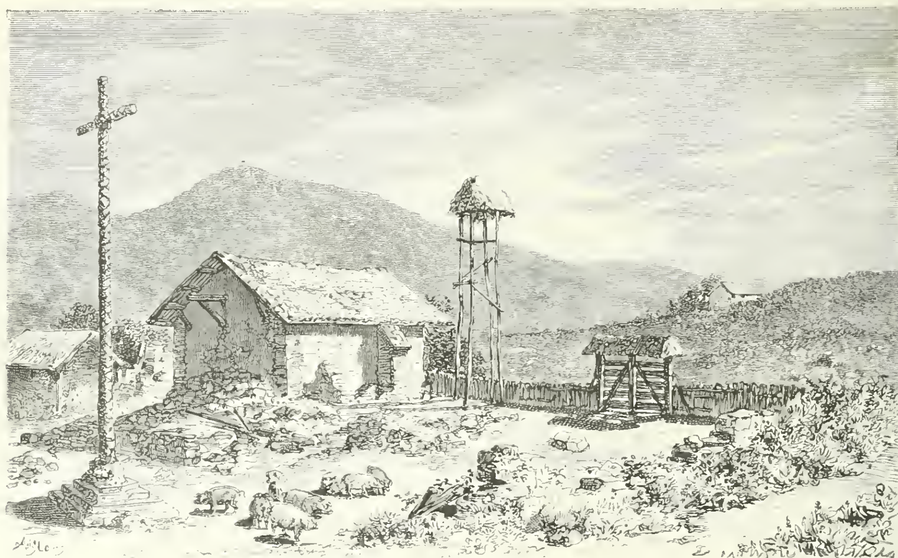
La vida vegetal abunda entre aquellas nieblas frias gracias á un sol fecundo. Hay allí verdaderos árboles; enormes araliáceas del género *Oreopanax*, melastomáceas por clasificar, que figuran entre las mayores de la familia y cuyas ramas están cubiertas de encantadoras bromeliáceas *(Caraguata)* de brácteas encarnadas y flores anaranjadas, y hermosos ramos de orquídeas *(Epidendrum)*, cuyo color varía desde el canela oscuro al puro amarillo.

En Orejuela (2,929 metros), donde me refugio en una mísera choza aguardando la llegada de las caballerías atascadas en los charcos del páramo, comienza á subir la temperatura y una especie de mirtácea *(Myrcia)*, llamada allí «arrayan,» forma bonitos árboles de veinte metros de altura, cuyo tronco alcanza un metro de diámetro. Su madera es dura, de buena clase y muy apreciada en carpintería y ebanistería, pues con ella pueden hacerse excelentes muebles. En los sotos se ve una graciosa commelínea de flores sonrosadas y velludas, que se enrosca en las ramas de una escalonia de flores verdes, llamada *Cuasa*.

Empieza á notarse ya la diferencia de los trajes y costumbres con los de Colombia.

En la choza ántes citada ví una jóven sentada en el suelo, hilando algodon. Para ello se valia de un aparato compuesto de un soporte (*tulur*), que no es más que un tronco de arrayan, cuyos cuatro piés lo forman las raíces. En su parte superior el tronco se bifurca sosteniendo un copo de algodon. En cuanto al huso, de unos cincuenta centímetros, se compone de una canilla (*sicse*) de ginerio y una patata que hace las veces de disco.

Hétenos ya en Huaca, pequeña poblacion situada al pié del cerro ó *nudo* del mismo nombre, sumamente pobre, con todo y poseer cerca del páramo del Angel las pingües minas de



Ruinas de la iglesia y del cementerio de Huaca

plata llamadas de Chiltason. El cura del pueblo me acompañó al cementerio contándome sus cuitas por el miserable estado de su iglesia, destruida por el terremoto de 1868. La *tulpa*, que hasta ahora hemos visto compuesta de tres piedras redondeadas, está formada allí por tres grandes ladrillos regulares, y á la tosca olla de barro han sucedido las marmitas de cobre bruñido. En las siegas no se usan las podaderas de Tulcan, sino unas hoces cuya forma se asemeja más á las nuestras (véase el grabado de la pág. 812), y los diversos utensilios, como marmitas, badilas, etc., etc., son de bronce, metal que se adquiere en Quito á un peso sencillo la libra estando obrado. Una buena hacha cuesta sólo tres pesos.

El mismo dia puede el viajero llegar á Tusa; pero ántes fuí testigo de un fenómeno atmosférico extraordinario: un arco íris, ó mejor una faja de arco íris quebrada en zig-zag, lamia las faldas de las montañas á unos cien metros de altura: la sucesion de sus colores de arriba abajo, era del verde al azul y del violeta al rojo. Uno de los trozos quebrados de la izquierda era solamente violeta; el de la derecha, amarillo y anaranjado y ambos se hallaban separados de la faja central, proyectando un arco hácia el fondo del valle. El íris parecia arrastrarse sobre las faldas del monte, sin destacarse en el cielo. A la media hora desapareció el fenóme-

no para reproducirse veinte minutos despues, aunque con ménos intensidad y con sólo dos colores: verde y violeta.

Este espectáculo, segun parece, se presenta con alguna frecuencia en esta montaña, conocida en el país con el nombre de *Cerro encantado.*

Estamos en domingo y los habitantes de Tusa, cubiertos con sus ponchos multicolores de claros matices, están reunidos en la plaza Mayor, alegre, bulliciosa y animada por las riñas de gallos. Sobre las esteras tendidas en el suelo se ven grandes montones de corteza de quina, que los indios yumbos han traido para su venta. Un apreciable negociante del país, don Apolinar Bucheli, secúndame con desinteresada solicitud hasta encontrar (cosa bien difícil en domingo) un muletero que me hace falta con un nuevo mulo de carga, pues los mios ¡ay! están con sólo la piel sobre los huesos.

Al salir de Tusa crecen sobre el traquito de los encajonados caminos bellísimos arbustos, entre los cuales reconocí una *turneforcía* de grandes racimos escorpóideos blancos, abundantes daturas sanguíneas, una magnífica tacsonia *(T. mixta)* de flores de suave color de rosa y frutos cilíndricos comestibles llamados *tauso*, melástomos *(Miconia)*, peperomias, un ceraisto de grandes corolas blancas, el pequeño miosótide, blanco tambien, que se arrastra por doquiera, un hermoso solamo trepador, de frutos de color de cereza, la zarza comestible de los páramos *(Rubus nubigenus)*, y otras muchas especies propias de la region fria.

A veces un detalle pintoresco me detiene un instante solicitando un cróquis, verbi-gracia la cabaña de Capuli con su pocilga, su rústico gallinero y una madre, jóven aún, dando vueltas al *sicsc*, miéntras sus hijos juegan fraternalmente con los cerdos, revolviéndose por el cieno. (Véase el grabado de la pág. 813.)

Desde un erial arenoso lleno de ondulaciones y surcado de quebradas, donde crecen las agavas y los ginérios, pasamos por delante de la hacienda de Cuesaca, y llegamos al pueblo de Puntal (2,672 metros).

El Puntal se halla situado en un plano inclinado en donde predominan los mismos terrenos secos y de poco espesor; tiene una iglesia nueva construida junto á las ruinas de la antigua, destruida en 1868, y sus huertas bien cultivadas contrastan con el árido aspecto de la comarca.

Partidos de Puntal, cruzamos la extensa sabana de San Vicente (2,546 metros), desde donde se divisa la soberbia masa de Cuyambe, cuya cúspide alcanza 5,500 metros de altura; y bajamos luégo al profundo valle del rio Chota, principal afluente del Mira. En los prodigiosos acantilados que van desde lo alto de la Posta hasta las chozas del Pelado (véase el grabado de la pág. 819), verticales y pulimentados por las aguas, se ven las diferentes capas de terrenos desgarrados. La vegetacion es escasa, componiéndose de gramíneas, onóseris, pequeñas rubiáceas blancas de hojas de tomillo, tagetas, eringios de hojas gladiadas, chilcas, achicorias blancas de los Andes *(Achyrophorus)*, llántenes, durantas, etc., etc.

Franquéase el rio Chota por un puente rodeado de grandes *Schinus Molle* á la altura sobre el mar de 1,674 metros. Hétenos pues de nuevo en tierra caliente; pero sólo por algunas horas, pues luégo hay que remontar un nuevo alto desde donde se divisa en todo su es-

plendor el panorama de la villa de Ibarra, dominada por el magnífico volcan de Imbabura.

Antes de describir Ibarra y sus alrededores, que tan curiosos al par que tristes atractivos ofrecen con el espectáculo de sus ruinas, producidas por el espantoso terremoto de 1868, demos una ojeada de conjunto sobre la region de Chota, que en parte acabamos de reconocer, pues bien lo merece.

En toda la longitud de la cadena de los Andes, especie de «espina dorsal de la América del Sur,» que se prolonga por todo el continente en una extension de 5,800 kilómetros, paralelamente á la costa del Pacífico, no existen más que tres cortaduras que dan paso á un verdadero rio por el estilo del Danubio que atraviesa los Carpatos por las «Puertas de hierro.» Prescindamos de los Andes chilenos, donde quizás tambien se encuentra algun desfiladero que los atraviesa en toda su anchura.

El primero de los indicados rios es el Patia, al Sur de Nueva Granada; el segundo el Choca, del que acabamos de hacer mérito, y el tercero el Guallabamba, que veremos luégo.

Las profundas orillas del Patia están cubiertas de una vegetacion espesa encuadrada por montañas pobladas de bosque y llenas de verdura.

Enteramente distintos son los valles del Chota y Guallabamba, que desde que se desprenden de los picos de la Cordillera oriental para atravesar las altiplanicies de los Andes ecuatoriales hasta el punto donde franquean la Cordillera occidental aproximándose á tierra caliente, presentan una desconsoladora aridez, en medio de una naturaleza enemiga, feroz, inhospitalaria en alto grado, que recuerda ciertas regiones de la baja California y Méjico, secas y rocallosas, donde tan sólo crecen los cactus y las agavas. Los pastos de las lomas superiores se truecan en arenales ó en extensiones de rocas blanquecinas, salpicadas aquí y allá por las manchas verdes de algunas plantas silvestres y espinosas.

Esos valles son los más profundos del globo. Abundantes en depresiones bruscas de 1,500 á 1,800 metros bajo las crestas de la Cordillera oriental, miéntras en su cumbre domina una atmósfera glacial, en su base se cultiva la caña de azúcar: país sin igual, grandioso, imponente, casi terrible.

Para llegar á ellos viniendo del Norte se presenta el paisaje en esta forma: ántes de atravesar la sabana que se extiende entre los rios Mira y del Puntal, hay que subir por una serie de planos inclinados hácia el Noroeste, compuestos de una especie de toba arenácea, rugosa, conglomerada y parcialmente cubierta de yerbas; por todas partes aparecen profundas grietas, que forman otros estrechos valles bruscamente encajonados, de acantilados bordes y llenos de desprendimientos naturales. Estos repechos alcanzan alturas considerables, formando á menudo derrumbaderos ó murallas completamente lisas. En algunos recodos de las quebradas, redondeadas al principio en forma de penínsulas, se ven istmos cortados por las aguas y convertidos en una especie de islotes en forma de solitarias torres, alguno de los cuales acaba por hundirse en el barranco, dejando grandes ollas atravesadas en el lecho del torrente. Las capas de arena mezclada con guijarros, alternan con las rocas traquíticas desprendidas de los volcanes, indicando sucesivos períodos de terribles inundaciones seguidas de aluviones mansos.

Desde lo alto de las sabanas, se descubre un panorama soberbio por la grandiosa sencillez de sus líneas: á la izquierda surca el terreno un valle de inmensa profundidad, por cuyo fondo corre el rio Chota en forma de plateada cinta, dirigiéndose al Oeste. Junto á sus orillas, los cuadros de verde claro señalan la presencia de campos de caña dulce, viéndose además algunos pueblos diseminados y en especial el de Tambo, que se apoya en la base de uno de los más robustos contrafuertes de la Cordillera oriental. Esta cadena se encamina al Noroeste ántes de formar una punta al Sur, dejando un enorme cabo cerca del cual se levantan dos formidables conos: á la izquierda el Imbabura y á la derecha el Cotacachi.



Chozas del Pelado

Desde el observatorio donde contemplo el inmenso desgarro que separa ambas montañas, se ve uno de los más admirables panoramas que cabe imaginar. Detrás se extiende el desierto de San Vicente, que he seguido durante diez horas mortales; á la derecha las grupas de las montañas cruzándose hasta los valles del Mira y sus afluentes, y á la izquierda, ¡qué contraste! desde el fondo del valle del Chota los estribos de la Cordillera oriental, formando una punta al Suroeste, y gradualmente cortados de la manera más pintoresca y majestuosa. Esos contrafuertes, que forman ángulo recto con el eje de la Cordillera, sostienen, á guisa de robustos hombros, los elevados picos cubiertos de sombríos bosques. Al oscurecer, sus flancos se disfuman á través de la bruma, apareciendo como velados por una gasa azul violácea que aún permite distinguir sus menores detalles. El conjunto reviste una poesía y un encanto que no tiene igual en ningun paisaje de las montañas europeas.

Dirigiendo la vista al Oeste, se ve el nevado vértice del Cotacachi, destacándose con algunos picos sobre la línea de los cerros. Los Andes occidentales se hallan á nuestros piés medio velados por un cendal de nubes blancas é inmóviles, y sobre ellas brilla un inmenso trozo de cielo azul. ¡Cuadro magnífico que adquiere una grandiosidad sublime é indescriptible á la hora en que el sol traspone el horizonte!

XXII

ECUADOR

Los valles más profundos de la tierra.—La planta puerco-espin.—Zaguar.—Cocha, el lago de sangre.—Ibarra y la provincia de Imbabura; historia, geografía, descripcion.—Una ciudad en ruinas.—Pilanqui; agricultura y viticultura.—Salinas.—Hatuntagui y Pimampiro.—El camino de Pailon.—El volcan Imbabura.—Otavalo.—El lago de San Pablo.—Indios de San Roque.—Volcan de Yana.—Urcu.—El rio Pisque; paso peligroso.—El Cayambe.—Guaillabamba.—Quito: catedral y plaza Mayor.—Palacio del gobierno.

Dije en el anterior capítulo que el valle del rio Chota podia ser considerado, en el punto en que lo atravesé, como uno de los más profundos de cuantos existen en el globo, opinion confirmada por un ilustre testigo. «Más profundos y angostos que los valles de los Alpes y de los Pirineos, dijo Humboldt, los de las Cordilleras presentan los sitios más agrestes y á propósito para llenar el alma de admiracion y espanto. Son hendiduras cuya profundidad es tan enorme que podria colocarse en ellas el Vesubio y el Puy de Dôme encima sin que su cumbre sobresaliera del nivel de las montañas más inmediatas. El valle de Ordesa, que desciende del Mont-Perdu en los Pirineos, tiene una profundidad media de novecientos metros. Pues bien, yendo de Pasto á Ibarra por los Andes, Mr. de Bonpland y yo, atravesamos el famoso desfiladero de Chota, cuya profundidad perpendicular excede de mil quinientos metros. Para dar una idea más exacta de la grandiosidad de estos fenómenos geológicos, es menester observar que el fondo de esas grietas es sólo una cuarta parte menor que los pasos del San Gotardo y del Mont-Cenis.»

Descendidos á esas profundidades pasamos por delante de las diez miserables chozas que componen el lugarejo de Yascon, marchando con rapidez hácia el punto llamado «el Pelado,» un poco más arriba de Pusir. La sequedad del terreno arenáceo está contrarestada por algunos terrenos de regadío horizontales y bien dispuestos, y gracias á un calorcillo de veintiseis grados, los campos de caña de azúcar, cercados de agavas, ostentan notable lozanía. Más abajo corre el rio Mira. En los ranchos se encuentra guarapo en abundancia, cuyo recuerdo habíamos perdido hacia ya algun tiempo. En las pendientes rocallosas, en lugar de los prados de grama que hollamos por la mañana en la Posta, no se ven más que agavas, furcroyas, acacias, crotones de hojas blancas y polvorientas, una que otra malvácea plateada, abundantes y variadas labiadas, la pequeña amarantoide rosa de ramajes dicótomos, é higueras *tunas (Opuntia)* enteramente cubiertas de cochinillas. Por primera vez nos sale al paso una choza cubierta con hojas de furcroya, de las cuales no quedan más que las fibras blancas, habiendo destruido el sol su tejido celular.

Entre las rocas del puente tendido sobre el Chota, compuesto de dos largas pértigas cubiertas con faginas y tierra, crecen otras muchas plantas características de esta region ardiente. Uno de los árboles más hermosos de la América del Sur es sin disputa el «molle» ó falso pimentero *(Schinus Molle)*, muy conocido en el litoral del Mediterráneo, donde ha sido aclimatado hace mucho tiempo. Aquí se encuentra en su país natal, presentándose en forma de árbol de corteza rugosa y agrietada, tronco y ramas retorcidos, hojas aplumadas y

racimos de flores blanquecinas que preceden á unas bayas de color de rosa del tamaño de granos de pimienta, con cuyo sabor tienen alguna semejanza.

Franqueando el Chota por este puente vacilante, reprodúcese en su orilla izquierda la misma vegetacion. En esta árida soledad no hay que pensar en habitantes: no hallé allí otros elementos para mis estudios geológicos que un sapo amarillento, algunos lagartos grises y unas tórtolas de color oscuro y arrullo melancólico.



Ruinas de la iglesia de la Compañía, en Ibarra

He bautizado con el nombre de «naturaleza armada» á esta parte del globo, y no sin motivo; júzguese sino. Al remontar las pendientes de la orilla izquierda del Chota, sobre una arena ardiente mezclada con toda clase de residuos volcánicos, al pié de los elevados y desnudos picos en que la roca se presenta rayada de fajas de color rojo ferruginoso, la mula en que iba montado, tan pacífica de ordinario, pegó inesperadamente un bote de costado que por poco me desmonta, y encabritada se lanzó al galope relinchando dolorosamente. Cuando pude dominarla, bajé á examinarla con atencion, y hallé que tenia las extremidades de sus remos materialmente acribilladas con unos acericos verdes provistos de afiladas puntas blancas, que le atravesaban las carnes. Procedian de una repulsiva planta, la *Opuntia tunicata*, cacto, cuyos tallos cilíndricos, erizados de grandes puas transparentes, huecas y sonoras, terminan con un dardo en forma de anzuelo que al herir se rompe dentro de la herida, siendo su extraccion dificilísima, tanto que fueron necesarios ocho dias para curar á mi pobre

montura los centenares de pequeñas heridas que le habia producido ese detestable puerco espin vegetal.

Subimos penosamente una cuesta árida, franqueamos un nuevo alto y despues de una serie de lomas cubiertas de bosquecillos de crotones, salvias y dulcamaras, arribamos á orillas de un hermoso lago de aguas cristalinas, llamado por los antiguos indios no sé por qué «lago de sangre» (*Yaguar-Cocha*). Encuéntrase situado á una elevacion de 2,254 metros y en las totoras (*Scirpus*) de las orillas abríganse verdaderos enjambres de ánades silvestres, cuyo poco armonioso concierto no cesó ni á nuestra presencia, tomándome la libertad de cazar tres bellos ejemplares, que formaron parte de la cena de aquel dia.

Por fin empezamos á bajar la última cuesta por un camino orillado de verjeles en los cuales abundan los plátanos, guamos, naranjos, granados, chirimoyos y un hermoso nogal que tiene muchos puntos de semejanza con el *Juglans Granatensis*, cuyos frutos se comen en dulce; y llegamos al rio Taguando, que vadeamos, con todo y haber oscurecido y ser muy rápida la corriente. Estábamos en Ibarra.

Capital del canton de su nombre y de la provincia de Imbabura, se halla situada entre los rios Taguando y Ajavi á una elevacion de 2,225 metros sobre el nivel del mar; su longitud oeste del meridiano de Paris es de 80°37′ y su latitud norte de 0°24′. La ciudad se extiende en un hermoso llano compuesto de traquito un tanto seco, aunque fertilizado en parte por las aguas alumbradas en la vecina montaña. Su temperatura media anual, medida segun el sistema de Boussingault, era de diez y seis grados centígrados.

El antiguo corregimiento de Ibarra, que fué la provincia más septentrional del reino de Quito durante el gobierno colonial de los españoles, tenia por lindes: al Norte, el distrito neo-granadino de los Pastos; al Sur, el de Otavalo; al Oeste el de Atacomes; y al Este Mocoa y Sucumbios. Este territorio fué dividido al principio en siete provincias: Tusa, Huaca, Dehuaca, Chota, Tumbabiro, Pimampiro y Caranqui. Con este último nombre fundaron los primeros conquistadores una pequeña poblacion, reemplazada en 1597 un poco más abajo por la actual ciudad de San Miguel de Ibarra. Caranqui era ántes de la conquista una ciudad india importante; los incas habian erigido en ella un espléndido templo al Sol y un monasterio de vírgenes, destinadas, como las vestales romanas, á mantener el fuego sacro. En el magnífico palacio de sus reyes nació el célebre Atahualpa, cuyo noble carácter y fin trágico interesan vivamente.

Ibarra, á partir de los primeros años del siglo XVI prosperó rápidamente. En esta ciudad, bien construida y agradablemente situada, se reunió una poblacion rica é industriosa, que excedió pronto de veintidos mil almas. En ella residia el corregidor presidente del cabildo político, cuyos alcaldes eran los asesores. El obispo de Lima tenia allí un vicario y los jueces dependian del gobierno de esta capital. Verdaderos monumentos se levantaron en las plazas de la ciudad; la iglesia parroquial (que podria muy bien llamarse Catedral dadas sus dimensiones), obra toda de sillería, ocupaba el centro de una vasta explanada. El inmenso convento de padres jesuitas, unido á una iglesia construida tambien de sillería, se componia de dos partes distintas, una de las cuales se levantaba sobre construcciones antiguas. Dos

torres monumentales adornaban su fachada. Los superiores de la Compañía vivian en un edificio próximo. Contábanse además otros varios monasterios: uno de franciscanos y otro de agustinos, ambos de poca importancia. En cambio el de dominicos, grandioso y opulento y próximo á desaparecer totalmente, sólo fué reconstruido en parte. Las religiosas de la Concepcion habitaban un convento enorme, con una iglesia anexa; y por último el hospital estaba provisto tambien de su correspondiente capilla.

Estos monumentos subsistieron siglos enteros, desafiando las vicisitudes de los tiempos y conservándose altivos é incólumes en medio de una ciudad floreciente.

Pero el dia 16 de agosto de 1868 quedaron convertidos en un monton de escombros.

En ménos de un minuto sobrevino un espantoso terremoto que destruyó la ciudad hasta los cimientos, abrió una gigantesca grieta en el lecho del Taguando y aplastó tres mil personas en el recinto de Ibarra, seis mil en Olavalo y más de treinta mil en la provincia de Imbabura.

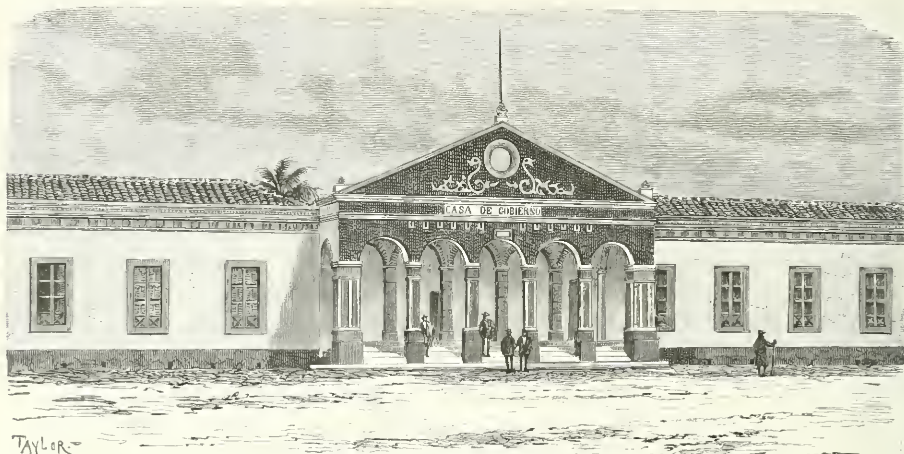
El resto de la poblacion, sin abrigo, ni víveres, ni socorros, atronaba los aires con sus lamentos: el pánico producido por el terremoto fué tal, que nadie osaba moverse, comer, ni dormir; todos creian llegada su última hora y los muertos permanecian insepultos bajo los escombros.

García Moreno, presidente á la sazon de la república del Ecuador, dícese que apénas supo en Quito lo ocurrido y el pánico subsiguiente, montó á caballo llegando á Ibarra de un tiron. Ya era hora, pues la poblacion aterrada iba á perecer á consecuencia de las pestilenciales emanaciones que comenzaban á desprenderse de los cadáveres insepultos. Hizo Moreno tocar llamada, congregó á los habitantes en una plaza y en alta voz dió la órden de despejar las ruinas, retirar los muertos y darles sepultura, sin que nadie se moviera. La situacion era cada vez más grave, pero aquel hombre de hierro, con la ayuda de algunos compañeros decididos que habia traido de Quito, mandó construir tres horcas, y cuando los siniestros dogales se balanceaban amenazadores, empuñó su revólver y se encaminó en derechura á un grupo de ociosos forzándoles á trabajar bajo pena de ser ahorcados sin dilacion. Púsose él mismo á la cabeza de los trabajadores, levantando piedras, transportando cadáveres y abriendo fosas para inhumarlos, y no descansó un instante hasta haber conjurado un peligro si cabe mayor que el primero, librando á los supervivientes, á pesar suyo, de las últimas consecuencias de esta terrible catástrofe.

No ha logrado Ibarra reponerse aún de un golpe tan funesto; al pasar por allí ocho años despues del desastre, las ruinas se hallaban en su mismo lugar, habiendo modificado en parte su aspecto la vegetacion que asomaba entre las piedras. Triste y pintoresco á un tiempo era el cuadro que presentaba la que fué Catedral. De ella no quedaban más que destrozadas columnas y fragmentos de bóveda, destacándose sobre la nevada cima del Cotacachi, volcan á que se atribuye la causa del terremoto, situado á veinticinco kilómetros de distancia y que domina todas las cumbres vecinas. La iglesia de la Compañía formaba un detalle no ménos imponente en este cuadro de desolacion: de ella no quedaba más que un informe monton de paredones, y columnas rotas alzándose al cielo como brazos descarnados entre

raquíticas zarzas, agavas, nopales y gramíneas. Los demás monumentos antiguos ofrecian un aspecto idéntico, y eran aún en gran número las casas que no habian sido reedificadas.

Sin embargo, la corporacion municipal no omite esfuerzos para devolver á la ciudad, á falta de la perdida prosperidad muy difícil de recobrar, un renacimiento de virilidad y energía. Las calles anchurosas y bien alineadas han sido adoquinadas con cantos rodados procedentes del Taguando, en forma de compartimientos separados por pasos de adoquines; se han restaurado muchas viviendas de uno y dos pisos con tejado, y las escuelas públicas, instaladas ántes del terremoto en algunos conventos, han sido trasladadas á otros locales. Ocupa la fachada principal de la gran plaza la *casa de gobierno*, que es un edificio bastante vulgar ador-



Casa de gobierno, en Ibarra

nado con un friso lleno de adornos azules combinados con cuadros amarillos: tiene un cuerpo central con un peristilo compuesto de cinco arcadas, coronado con un fronton perforado en su centro por un círculo, rodeado de arabescos y terminado con un asta de bandera. En su conjunto predomina un detestable color amarillo muy chillon. Este crímen de lesa armonía arquitectónica ha sido compensado en parte con la construccion de un hermoso jardin público, que adorna el centro de la plaza.

Me hospedé en la antigua hacienda de Pilanqui, perteneciente á los señores de la Torre, familia rica é influyente en el país. En ausencia de los dueños, necesario me fué dirigirme al jardinero, robusto jóven originario de Belfort, el cual me hizo saber que él y su hermano habian salido de Francia contratados para plantar viñedos en el Ecuador y que ya muchas de sus importantes plantaciones comenzaban á dar buenos resultados en Pisaqui, Baridero, Mateleno y Tapiabamba cerca de Quito. «De modo, dijo, que espero cosechar pronto abundantes vinos tan buenos como los de Moquegua en el Perú.»

Llegó la noche, tranquila y bella; la plateada luz de la luna acariciaba tan dulcemente los picos de las montañas que no me pude conformar con acostarme á pesar de la fatiga de la jornada: el aire balsámico de las montañas inundaba la atmósfera diáfana y una temperatura

apacible contribuia á dar descanso al cuerpo elevando el espíritu hácia las regiones etéreas, á las cuales parece que le aproximaban las elevadas cimas de las vecinas montañas.

Al dia siguiente, ántes de partir, completé mis notas sobre Ibarra y sus alrededores. Poco hay que decir sobre los trajes y costumbres de sus habitantes, que se diferencian apénas de los que predominan en el Norte de la república del Ecuador y que describiré más tarde. Sin embargo, noté en los indígenas algunas particularidades dignas de consignarse. En las campiñas tuve ocasion de ver á los indios sedentarios dedicados activamente al cultivo, entre cuyos vestidos figura un poncho de lana azul de sombrío aspecto, que lo cambian los domingos y dias de guardar, por otro ménos fúnebre. La alegría de estas buenas gentes se refleja en la viveza de colores de sus trajes. Las mujeres llevan sombrero de paja de alas planas y visten un *sayon* tambien de lana azul sujeto al talle con un cinturon bordado. Llevan además una camisa que deja al desnudo sus brazos bien musculados, abierta y bordada de festones y recortaduras en la parte superior del pecho.

Respecto á procedimientos agrícolas, observé que la alfalfa no se sembraba como en Europa, sino que se plantaba á mano. Para empanar un campo, lo aran primero abriendo surcos bastante profundos, y cuando el terreno se halla así bien mullido (cosa sumamente fácil en aquel suelo arenoso) se plantan á estaca, á unos cincuenta centímetros de distancia unos de otros, trocitos de raíz. De esta suerte queda asegurada la cosecha dentro del mismo año, miéntras que á lo ménos hubieran tenido que aguardar dos, empleando la simiente. Nos hallamos en junio, época en que se hace esta plantacion; la poblacion rural procede además en esta misma época á la recoleccion de los guisantes, habas y trigo.

En los alrededores de la ciudad se levanta una capilla muy elegante, llamada de *los Molinos*, en donde todos los años se celebra una animada romería.

A algunos kilómetros al Noroeste se halla el pueblo de Salinas, donde se recoge abundante sal en forma de pequeños cilindros algo terrosos, lo que en nada afecta á su buena calidad. Pero no se limitan á la sal los productos minerales de la rica provincia de Imbabura; en Chorlavi se encuentran minas de hierro; en Chachimbiro se explota el azufre, los carbonatos, los sulfatos de sal cristalizada, la sosa, el alumbre, el cristal de roca y las canteras de yeso; cuéntanse además muchas aguas termales que podrian ser utilizadas, y el salitre abunda tanto en la misma ciudad de Ibarra, que los sillares de las casas expuestos al sol, se cubren, por efecto de la humedad, de nitrato de potasa casi cristalizado.

Cerca de la ciudad se encuentra Hatuntaqui, último baluarte de resistencia de los antiguos schyris; en los alrededores se levantan aún los conos de tierra, llamados *tolas*, que son los sepulcros de los indios muertos en la sangrienta batalla que dió á Huayna-Capac la posesion definitiva del imperio de los incas sobre la ruina de sus enemigos.

Pimampiro, remontando el rio Blanco hácia la Cordillera oriental, ofrece todavía vestigios de una agricultura en otro tiempo floreciente, en la que entraban, segun dicen, grandes viñedos; pero el cultivo de la caña y la fabricacion de azúcar y aguardiente han sustituido á la viña y viticultura, de suerte que, segun se cuenta, en 1676 once mil indios abandonaron el país, que no les permitia trabajar á su gusto, atravesaron la Cordillera y re-

anudaron su existencia salvaje en las inmensas selvas vírgenes de Mocoa y de Sucumbios.

Terminados mis estudios sobre Ibarra y sus alrededores, reanudé la marcha hácia el Sur con la idea de no detenerme ya hasta Quito.

Al salir de la ciudad, con el Imbabura á la vista, primero se atraviesa el pueblo de San Antonio de Ibarra, al que sólo da algun interés su plaza Mayor, adornada con una fuente labrada. Sus habitantes estaban ocupados á la sazon en secar sus cosechas. En los pequeños jardines adosados á las casas, cultívase esa especie de *Cosmos* de flores rojas, rosadas ó blancas, que hemos visto ya en la Nueva Granada, y cuya introduccion en Europa seria muy estimada. Su nombre indígena es el de *tacunga*.

Al principio la suerte se nos muestra propicia; todo marcha á pedir de boca, con los mulos descansados y bien restaurados, los mozos admirablemente dispuestos y la carga no muy engorrosa ni pesada. ¡Engañosa seguridad! Apénas habíamos andado algunos kilómetros más allá de San Antonio, cuando un indio se para en el camino y nos grita:

—¡El camino *está bravo*, y si pasan Vds. por él, no van á salir!

El indio completó su relacion con horribles detalles acerca los puentes rotos, los cenagales, derrumbos y camellones que nos esperaban si queríamos llegar á San Pablo por la laguna del mismo nombre.

Preciso nos fué torcer el rumbo hácia Otavalo, lo cual me dió ocasion de explorar las faldas del Imbabura. Este volcan se eleva á quince kilómetros de Ibarra y su poderosa masa se apoya sólidamente en dos ramales de los Andes; su forma es irregular, y he dicho ya que la nieve sólo cubre accidentalmente su cúspide, cuya elevacion es de cuatro mil seiscientos sesenta metros. La etimología del nombre proviene de dos antiguos vocablos indígenas, *imba*, nombre de un pequeño pez negro, y *bura*, criadero. Parece que, en efecto, en las harto frecuentes erupciones de ese volcan, en general inofensivas para la ciudad de Ibarra, se ha visto á la montaña vomitar infinidad de esos pececitos, cuyo receptáculo se hallará sin duda en algun lago subterráneo (1).

Avanzaba el convoy en direccion á Otavalo cuando tropezamos con una poblacion de mediano aspecto, llamada Iloman, cuyos moradores, de una extraordinaria indolencia y de una suciedad en extremo repugnante, pasan por descender directamente de los incas. Su traje sólo se distingue por sus ruanas de colores chillones; pero por su peinado, no pueden confundirse con ninguna otra poblacion de los contornos. Llevan sus cabellos largos, finos, negros y lisos, divididos en tres partes; dos de ellas caidas en libertad sobre los hombros, y la tercera trenzada fuertemente como la cola de un chino. En esa tribu de antiguos autóctonos, no se ejerce otra industria que la fabricacion de sombreros de fieltro, en la cual se ocupan hombres y mujeres sin distincion en los momentos en que no les domina la pereza.

Llegamos á Otavalo, despues de haber atravesado largas y desnudas lomas y franqueado el rio Mojanda por un puente de piedra bien construido. Esta poblacion, emplazada en una

(1) Este pequeño pez es el *Pimelodes Ciclopum* de los ictiólogos. He oido llamarle *preñadilla* por los habitantes de los alrededores del Imbabura.

meseta ligeramente inclinada entre los dos arroyos de San Sebastian y Batan, cuenta unas ocho mil almas, y sus calles rectas están afirmadas con gruesos adoquines alineados, ocupándose sólo los indios en este trabajo, que examiné con algun interés, como resultado de una civilizacion bastante adelantada. De muchas iglesias bien construidas, como San Francisco, San Luis, y la Matriz, sólo quedan, despues del terremoto de 1868, una capilla, ó más bien una cabaña, en espera de la comenzada reedificacion. Los dos tercios del caserío poco más ó ménos quedaban ya reconstruidos. Los jardines hubieron de llamar mi atencion por su buen estado; y en uno de ellos, que revelaba los cuidados de su inteligente propietario, ví un curioso ingerto por aproximacion, hecho en dos sauces de Humboldt, soldados en ojiva en una calle de árboles. Por su forma fustigiada le llaman allí *sauce macho*, en contraposicion á la variedad de ramas colgantes llamada *sauce hembra*. Canales de riego bien conservados permiten cultivar con buen éxito magníficas coles, lechugas, cebollas (que se comen tiernas), el *Solanum betaceum*, cuyos frutos se comen como los tomates, los naranjos, limoneros, etc., etc. Dos árboles sobre todo me sorprendieron en ese hermoso jardin; eran dos variedades de papayos que no habia visto hasta entónces; el uno da unas frutas oblongas muy bellas, cilíndricas y mucronadas, llamadas *chamburos*, y el otro, más pequeño, da frutas acostilladas, de aspecto enteramente original, llamadas *chilvacanes;* con ambas frutas se hacen excelentes confituras.

Posee Otavalo un cementerio muy pintoresco, situado en una colina irregular y cercado por un muro de tapia; en él presencié ceremonias fúnebres semejantes á las que llevo ya descritas.

Para evitar el mal camino, tuve que entrar en Otavalo, y á fe que no lo sentí, pues ello me dió ocasion de conocer un pueblo activo é industrioso que rápidamente se levanta de sus ruinas. Era indispensable volver á tomar el camino de la laguna y pueblo de San Pablo, porque el sendero que rodea el Yana-Urcu, yendo á Malchingui, estaba igualmente intransitable. Nos encaminamos, pues, en línea recta hácia el Este cruzando algunos campos bien cultivados, cuyos setos están formados con unos arbustos ó arbolitos de la familia de las euforbiáceas, muy parecidos al *Ficus clástica*, y que despues supe no eran más que la *Euphorbia laurifolia* de Jussieu.

Los habitantes de la comarca son á la vez agricultores é industriales; en todos los umbrales se ven mestizos de indio y español, bordando, tejiendo, hilando y tiñendo telas, fabricando objetos de cuero, espuelas y estribos, y tambien sombreros de fieltro. La inteligencia y el buen humor resplandecen en su rostro, y da gusto ver aquella especie de colmena en actividad, despues de atravesar tanta poblacion ignorante, sucia y perezosa.

En cuanto el camino comienza á elevarse, se divisa la laguna de San Pablo, dominada hácia el Noroeste por los múltiples picos del Imbabura.

Allí cerca viven los indios de San Roque, tribu singular que ha conservado sus costumbres medio salvajes en medio de la civilizacion que la rodea. Me aparté un tanto del camino á fin de visitarles, penetrando en uno de los senderos que conducen al lago, cuyos bordes están cubiertos de totoras *(Scirpus)* y poblados por millares de aves acuáticas. Su altura sobre el mar es de 2,697 metros; su longitud ocho y medio kilómetros y su latitud media mil

cien metros. Viven en sus transparentes aguas pequeños peces negros como los del Imbabura y en las orillas abundan las nutrias, que los indios cazan para vender sus pieles, á las que dan el nombre de *chilcapan*.

Rodeadas de espesos setos, las viviendas ó más bien chozas de los indios de San Roque (llamados tambien de San Pablo) tienen una forma caprichosa y pintoresca. Sus moradores, hombres, mujeres y niños, medio cubiertos todos con un pedazo de bayeta oscura, estaban acurrucados en el suelo fabricando *tirras* ó tazas de tierra cocida. Las mujeres las modelaban con los dedos y los niños las sacaban al sol á secar; otros trenzaban gruesas cuerdas con *vogas* extraidas de los *Carex* de la laguna; y ninguno de ellos contestó á mis preguntas sino con monosílabos desconocidos para mí y algunas pocas palabras en español pronunciadas con extraordinaria timidez.


Peinado de los indios de Iloman

En los campos contiguos comenzaba la labor para la siembra del maíz y el barbecho de las ocas. El arado que usan esas gentes se compone de un palo al que va sujeta con una liana una reja de madera redondeada: arrástranlo dos hombres y lo dirige un tercero, procedimiento agrícola primitivo, suficiente sin embargo para esponjar aquellas sílices ligeras. Los barbechadores emplean una *azuela* que afecta la forma del hacha de los antiguos schyrios, apero compuesto de un cuño y un mango muy corto y encorvado. Una pala de madera les basta además para remover las tierras ligeras. Para conseguir que uno de aquellos salvajes se estuviera quieto, necesité toda la paciencia del mundo; pero tuve la malhadada idea de enseñarle su retrato bosquejado en mi álbum y al verlo escapó como alma que lleva el diablo. Pregunté acerca de ello á uno de los peones, quien me respondió:

—Señor, cuando se saca el retrato de un indio catequizado, se figura que el demonio, á quien se le pueden dar las señas, ha de ir pronto en busca de él; y por eso huye corriendo.

Déjase San Pablo á la izquierda hácia el Norte, con sus alineados jardines bien regados por abundantes arroyos; y un poco más léjos se extienden los pastos llenos de ganado. Un anfiteatro de montañas rodea ese risueño paisaje.

A la subida del Páramo el suelo aparece cubierto de plantas características, como *Weinmaunias, osteomélias*, etc., de cuyas ramas penden largos musgos y líquenes. El camino cada vez más áspero nos tenia reservados aún muchos *pedazos feos*, como dicen los muleteros. A la vista del pueblo de Cayambe, adosado á las pendientes opuestas al Sureste, cerca de un extenso valle, las praderas están cuajadas de ganado, y la hacienda de la Compañía presenta un aspecto de riqueza que contrasta vivamente con las miserias que acabamos de contemplar.

A la derecha, el Yana-Urcu perfila en el horizonte los ásperos dentellones de sus caprichosas crestas formando una línea prolongada hácia la Cordillera Occidental; su nombre, que significa «montaña negra,» se justifica por el sombrío aspecto de sus traquitos dispuestos en muros perpendiculares, en los cuales ni la nieve siquiera puede sostenerse. Esta montaña

levanta sus recortados picos, sombríos y amenazadores á la altura de cuatro mil setecientos ochenta metros.

A eso de las cinco de la tarde llegamos á la antigua hacienda de Tupigache, de la que se habian posesionado unos arrieros que se hallaban de paso; preciso nos fué, pues, plantar la tienda en la loma y hacer la cocina al aire libre.

Al siguiente dia, temprano, levantamos el campamento despues de engullirnos una calabaza de chocolate, emprendiendo luégo el camino de las lomas para dirigirnos á Tabacundo, primer pueblo de la provincia de Pichincha; en cuanto á la de Imbabura quedaba para siempre, detrás nuestro. Es Tabacundo un pueblo bastante pobre y descuidado desde donde se divisa perfectamente el Yana-Urcu, pero en cambio llama la atencion por el cierre de sus campos hecho con barreras plantadas de césped y pitas, y por la original ornamentacion vegetal que cubre las paredes y techos de paja de sus viviendas.



Lentisco del Perú (*Schinus Molle*)

En los sucesivos descansos fuénos preciso acampar al aire libre, echando mano de la tienda y sus accesorios, pues no hay asomo de hospitalidad en los vastos eriales que debíamos recorrer.

Por una serie de planos inclinados, el camino, apénas trillado sobre las lomas, se dirige hácia el valle de Pisque, sin perder de vista el magnífico volcan de Cayambe, cuya majestuosa silueta se yergue en los aires alcanzando la considerable altura de cinco mil novecientos metros (1); sólo el Chimborazo le aventaja en el Ecuador. Una capa de nieve de mil quinientos metros de elevacion corona su cono truncado y su resplandeciente blancura centellea eternamente á los rayos del sol ecuatorial bajo la misma línea «cual si la naturaleza, ha dicho un ilustre viajero, se hubiese complacido en erigir un colosal monumento, para señalar con él uno de los puntos de esta gran division del globo.» El nombre verdadero del volcan es: Cayambe-Urcu (Monte Cayambe), y no *Cayambur* como erróneamente indicaron en el pasado siglo, los académicos franceses Bouguet, Godin y La Condamine.

Proseguimos la marcha por Cachihuango, pueblecito próximo al Yana-Urcu, al cual nos

(1) Los observadores están discordes respecto á la altura del Cayambe. Los académicos franceses le atribuyen 5,902 metros, Humboldt 5,901, Villavicencio, 5,953 y Reiss 5,840.

hemos acercado mucho, y pronto empieza la bajada á los profundos valles del Pisque, afluente del Guaillabamba. Llegamos por fin á esa tercera ruptura de la Cordillera occidental que presenta caracteres semejantes á las del rio Chota. Montañas de arena que el viento barre y nos arroja á la cara; de vez en cuando chozas salvajes como en la travesía del lugarejo de Cascajal, entre blancas rocas tostadas por el sol; algunos miserables indígenas errantes en esas soledades; y por último una linda cascadita llamada la quebrada Chorrera, son los rasgos más salientes que observamos durante el tránsito. Hétenos ya en el Guaillabamba, al fondo de un valle de ochocientos metros, debajo de Cachihuango. Su elevacion en el puente del rio Pisque es de dos mil ochenta y seis metros sobre el mar. Así pues, este valle puede clasificarse igualmente entre los más profundos del globo, como tambien el del Guaillabamba situado allí cerca, trescientos metros aún más bajo.

En esta direccion, ántes de la bajada, atravesé por vez primera la línea ecuatorial, á las tres de la tarde.

El puente del rio Pisque, de cincuenta metros de longitud, se habia derrumbado en parte algunos dias ántes de nuestra llegada; de sus tres arcos de piedra, el de la orilla derecha yacía al fondo del rio, de modo que el paso era un problema bastante peligroso para hombres y ganado. Al caer el arco, se habia descoyuntado el resto del puente que las mugientes aguas socavaban con rapidez y que iba ántes de poco á desaparecer por completo. Pero despues de adoptar grandes precauciones nos decidimos á atravesarlo, sin otra novedad que la pérdida de un mulo, precisamente el que llevaba las provisiones de boca, que cayó en el torrente dándonos el disgusto de verle desaparecer con su carga rodando de cascada en cascada, hasta las últimas profundidades del rio.

A partir del puente, toma la naturaleza el salvaje aspecto del rio Chota. Grandes *Schinus Molle* tuercen entre las rocas sus diformes troncos; pero un verdor suave y lustroso da elegancia á su follaje, y sus raíces se incrustan en las roturas de las peñas calcáreas, blancas como el caolin, y alternadas con capas de arena. Alfombran el suelo escorias de traquito, pórfido, piedra pómez, y otras piedras cocidas de color de ladrillo, cenizas y fragmentos carbonizados, lanzados en tropel por las erupciones de los vecinos volcanes; los mayores pedazos han rodado hasta el fondo del desfiladero; los otros se han detenido pintorescamente en las vertientes.

La aldea de Guaillabamba que se atraviesa á algunos kilómetros de allí, despues de trepar entre desmenuzadas rocas blancas y cruzar áridas arenas, forma con estas un agradable contraste por su fresco verdor y sus huertos bien cultivados; su altura es de dos mil ciento seis metros y su temperatura media anual de 18°; las casas se construyen con cañas de Provenza (*Arundo Donax*) planta importada de Europa, conocida allí por *carrizo* y que se ha aclimatado en la comarca.

Guaillabamba era nuestro último descanso ántes de entrar en Quito, hácia donde salimos á las tres de la madrugada á fin de llegar lo más temprano posible. Se atraviesa el rio Guaillabamba en el salto de Alchipilchi, á la altura de 1,719 metros por medio de un puente de piedra de un solo arco, tendido sobre una profunda grieta en la cual se arremolinan las aguas

furiosas y negruzcas con reflejos bronceados, formando el cuadro más salvaje é imponente que puede imaginarse.

A las seis aparece el sol por detrás de la Cordillera oriental despues de un crepúsculo de cinco minutos, y avanzamos por un buen camino en medio de una temperatura bonancible. Sobre una inmensa explanada abierta al Este, blanquea en lontananza la pirámide de Caraburo, erigida por los académicos franceses sobre el emplazamiento de una de las principales señales que establecieron para la célebre triangulacion que dió orígen á la medida exacta del meridiano terrestre.

Quito se halla enfrente nuestro, escondido aún detrás de una colina de sílice; allí he de encontrar amigos y noticias de Europa..... Ya no puedo contenerme por más tiempo: pico los hijares de mi cabalgadura, y un sostenido trote de algunas horas, me pone á las puertas de la ciudad en donde por fin echo pié á tierra encontrando un afectuoso recibimiento.

La entrada en los arrabales de Quito, bien sea por el Norte viniendo de Ibarra, bien por el Sur viniendo de Guayaquil, produce viva impresion. Desde el primer momento se ve que es una ciudad antigua en la cual todo habla de los españoles que superpusieron la civilizacion europea á la de los incas. Las casas de la plebe, de tapia con entrepaños de madera; las de los artesanos y ricos, de dos pisos, mejor construidas y con tejado, pertenecen todas á otros tiempos. De los numerosos monumentos del renacimiento español diseminados por todas las calles, los que han resistido los terremotos, aparecen algo agrietados, teñidos de un color gris-dorado por la accion de los siglos y cubiertos por todos lados de una vegetacion herbácea venerable.

Unos pocos *Eucaliptos* recientemente plantados, imprimen cierto sello moderno á ese conjunto de antiguallas, recordando esa memoria australiana, la existencia de otros continentes.

Por el ancho y antiguo «camino de los reyes» interminables comitivas de indios se encaminan á la ciudad, trayendo de las comarcas circunvecinas comestibles para el consumo. Vestidos con sus *tambas* ó bayetas de lana parda rayada sujetas al talle con un cinturon amarillo bordado, llevan la carga en las espaldas dentro de canastos cilíndricos boquianchos, que sostienen con los hombros y la frente por medio de la correa llamada *cargadera*. Apoyando ambas manos en dos largos bastones, recorren de esta suerte inmensas distancias y trepan con sus enormes pesos á cuestas, por los terrenos más escabrosos desde los valles de Lloa, Nanegal, Mindo, y demás puntos de la Cordillera que producen frutos de tierra caliente tales como plátanos, batatas, chirimoyas, naranjas, ananas, etc., etc.; y habiendo desaparecido los bosques de los alrededores de Quito, traen la leña para combustible, desde la cúspide de las montañas. Da pena ver á esas pobres criaturas, y especialmente á las mujeres, reducidas á la triste condicion de bestias de carga.

Las calles de la ciudad cuyo piso en declive vierte fácilmente sobre las quebradas que la recorren y rodean (1) son generalmente derechas y bien afirmadas con guijarros y fajas de

(1) Las quebradas de Jerusalen, Monosalbas, Itsinbias y el rio Machangara.

pequeños adoquines é hileras de grandes losas que encuadran los primeros facilitando el paso de los transeuntes.

Quito, situado al pié del volcan de Pichincha, que sin cesar la amenaza con sus erupciones, encierra en su recinto una elevada colina llamada «el Panecillo» desde donde se disfruta una magnífica y extensa perspectiva. La ciudad se desarrolla desde allí con claridad perfecta.

Se eleva la catedral en la gran Plaza Mayor, centro comercial de la ciudad, frente al jardin público y cerca del palacio del Gobierno. El grabado que publicamos, pág. 336, nos ahorra su descripcion. El rasgo quizás más característico de este monumento es el gran paseo



Palacio del gobierno, en Quito

sobre una plataforma llamada *altozano* de que está precedido, al cual da acceso una escalera monumental. Nada tan interesante como la animacion que reina en la plaza, vista desde esa azotea, en dia de mercado, cuando las vendedoras se instalan bajo sus pequeñas tiendas parecidas á quitasoles cuadrados. Allí se ven indios de los pueblos de la Magdalena, Sembiza, Chillo y Tumbaco vestidos con sus variados trajes, encorvados bajo el peso de sus cargas ó descansando; canasteros, vendedores de alfalfa y caña de azúcar, originales aguadores con la enorme jarra sujeta á la espalda con unas cuerdas, vendedoras de sal con sus balanzas; buhoneros de cajas, sillas y guitarras; expendedoras de tortas de maíz cubiertas con sus chales rojos, titiriteros y en fin un abigarrado conjunto que se agita y bulle, produciendo una impresion de color que no se cansa de admirar el viajero.

El tipo más comun de las indias que llevan comestibles á Quito lo forman unas mujeres de regular estatura, algo gordinflonas y dotadas de extremidades pequeñas y nervudas y fuertes músculos; tienen corto el talle, los hombros anchos y cuadrados y las tetas largas y deprimidas: su color es moreno tirando á rojo ó ahollinado: su cabeza redonda y ancha presenta rasgos duros y groseros y su nariz aplastada con finas ventanas, su boca grande con

labios gruesos, sus ojos adelantados hácia las comisuras externas, su frente baja y angosta y sus cabellos negros, lisos, espesos y en desórden completan sus rasgos predominantes. Visten generalmente una holgada túnica de tosca bayeta cenicienta con rayas negras, llamada *anaco* y un cinturon amarillo con bordados encarnados sobre fondo gris.

La Plaza Mayor de Quito, en otro tiempo libre y despejada, quedó transformada en jardin público merced á los buenos cuidados de García Moreno. El trazado del jardin es muy sencillo: forma una estrella con ocho avenidas, cuyo cruce ocupa una fuente. En la vegetacion predominan las plantas del país, cosa rara en América donde existe una verdadera manía por las plantas europeas.

Finalmente, en otro de los lados de la plaza se levanta el palacio del Gobierno, edificio de buen aspecto y de dos altos, con un elevado peristilo sostenido por un intercolumnio de buen gusto. En ese peristilo fué asesinado el Presidente García Moreno el dia 6 de agosto de 1875 por un colombiano llamado Rayo, originario de Cali.

XXIII

ECUADOR

Quito, monumentos, habitaciones, iglesias y conventos.—Antigua Alameda del Observatorio.—Recepcion por el Presidente de la República.—Poblacion de Quito, costumbres, trajes, alimentacion, estado moral é intelectual.—Vías de comunicacion.—Fiestas y procesiones.—Partida para la Cordillera occidental.—Tambillo.—Volcan del Corazon.—Aloag y los *caucheros*.—La ortiga feroz.—Flora alpestre de los Andes.—Descenso hácia Manabi.—Miligalli y Canzacoto.—Catarata de San Florencio.—Un paisaje carbonífero; colas de caballo gigantescas.—Rancho de San Nicolás.—El arlequin.—La cosecha del cauchuc.—Sierra de Miligalli.—Caza del coati.—Rancho de las calabazas.—Regreso á Quito.

Las casas de Quito, de uno ó dos pisos, no se diferencian de las que existen en otras poblaciones de la América española; algunas sin embargo están revestidas de groseras pinturas al fresco, y en los arrabales no son raras las fachadas embadurnadas de arriba abajo de colores chillones.

Los numerosos y considerables edificios religiosos conservan vestigios de su pasado esplendor. Visité el convento de Santo Domingo, que tiene un claustro adornado con bellas pinturas representando escenas de la vida del santo tutelar y del Nuevo Testamento; jardines trazados al estilo del renacimiento español y una iglesia que ofrece sumo interés por sus notables obras de pintores de la escuela de Quito, cuyo más distinguido maestro fué Miguel de Santiago, llamado el «Apeles americano.»

No es ménos notable la iglesia de San Francisco de Quito, cuya fachada es muy hermosa; y áun cuando se derrumbaron las dos torres que ántes poseia, subsiste el resto casi intacto. El convento es muy vasto y encierra preciosos lienzos.

En el convento de los Jesuitas, cerca de la catedral, se hallan instalados el seminario de San Luis, un museo de historia natural, la Escuela politécnica fundada por García Moreno, la iglesia llamada de la Compañía, una biblioteca pública, etc., etc.

Tambien el convento de la Merced es un inmenso edificio, donde se halla el reloj público de la ciudad. El R. P. superior á quien pude facilitar algunas noticias acerca las misiones del Oeste de Nueva Granada, tuvo á bien regalarme una curiosa tabla pintada en el siglo XVI, representando la Vírgen del Escapulario, encerrada en un hermoso marco de la misma época.

Las iglesias de San Agustin, Santa Clara, Santa Catalina y otras de segundo órden merecen tambien detenido estudio, tanto por su interés histórico, como por su aspecto arquitectónico.

No puedo dar fin á esta enumeracion de los monumentos de Quito sin citar el gran hospital de leprosos, notable por sus dimensiones y sus tristes albergados, manantial de piedad por parte del público y de estudio para la escuela de medicina fundada en Quito en estos últimos años; la moderna columna de la Libertad en la plaza de la Recoleta, donde se ve la cúpula de la iglesia de la Escalera, y por último el nuevo Observatorio.

Este edificio, durante mi permanencia en Quito, se estaba construyendo bajo la direccion y segun planos del distinguido astrónomo el R. P. Menten, el cual me enseñó sus instalaciones, los notables instrumentos construidos en la casa Secretan de Paris, un gran telescopio que habia llegado de Munich, preciosos envíos del Instituto de Francia, etc., etc. El Observatorio de Quito está situado á los 81° 5′0″ de longitud Oeste del meridiano de Paris, 0° 14′ 0″ de latitud y á la altura de dos mil novecientos once metros sobre el nivel del mar; la temperatura media del local es de 14° 19. Los datos meteorológicos obtenidos por el P. Menten son curiosos (1).

El recinto del Observatorio no es otro que la antigua Alameda de Quito, cuya entrada por el gran camino del Norte, ostenta una fachada arquitéctonica muy pretenciosa, actualmente en ruinas y cubierta de plantas parásitas.

Debo aún citar dos paseos públicos al Norte, el *Egido de Iñaquito*, rodeado de casas de recreo, y al Sur el de Turubamba, igualmente muy frecuentado.

Desde una de las colinas centrales de la ciudad, se divisan á la vez ocho grandes cumbres de montañas que son: Cayambe, Antisana, Cotacachi, Cotopaxi, Sincholagua, Corazon, Ilinisa y Pichincha, panorama sin rival que explica perfectamente la eleccion del emplazamiento de «ese magnífico Quito, ombligo del mundo,» como le llamaban los incas.

El cónsul general de Francia, M. Boulard, que me acogió con exquisita benevolencia, dig-

(1) Tengo á la vista las observaciones meteorológicas correspondientes á un año, que arrojan los siguientes promedios.

Altura barométrica.	544^{m}	97
Higrómetro (fracciones de saturacion).	0^{m}	747
Tension del vapor de agua..	8	56^{mm}
Termómetro centígrado (al aire libre).	14°	19′
Udómetro.	35	5^{mm}
Evaporómetro.	6	3^{mm}
Dias de lluvia.	150	
Id. de niebla.	143	
Pluviómetro.	178^{mm}	
Dias de tempestad.	68	

nóse presentarme á don Antonio Borrero, Presidente de la República, el cual se me mostró entusiasta de la mision que habia recibido del gobierno francés, examinó mis colecciones, notas y dibujos, y se sirvió indicarme algunos puntos del Ecuador casi desconocidos aún de la ciencia.

«Le propongo para sus investigaciones, me dijo, los valles del Nanegal, Mindo y Niebli, á cuál más rico en plantas, y advierta V. que ninguno de los botánicos que han estado aquí, incluso M. Jameron, que permaneció mucho tiempo en Quito, han visitado las tierras bajas. Puede usted ver tambien el camino de Manabi problema á la órden del dia por ser la vía más corta de Quito al mar y que preocupa hoy aquí á todos los buenos ciudadanos. De este camino sólo hay construida una seccion; pero los caucheros que conocen el resto, le guiarán á usted, y por mi parte le ofrezco algunos soldados para que le ayuden en los pasos difíciles.

»Por lo demás si sus proyectos llegan hasta la provincia de Oriente le recomiendo la exploracion del Morona ó del Pastassa, en donde hay muchos tesoros que revelar á la historia natural. En cuanto al Napo es ya muy conocido, especialmente desde la expedicion realizada el año pasado por los sabios americanos dirigidos por M. James Orton, á quienes tuve el gusto de recibir y secundar con todas mis fuerzas. Importa, pues, volver la vista á los demás afluentes ecuatorianos del Amazonas.»

Expresé mi profunda gratitud al Presidente por sus nobles ofrecimientos: puso en mis manos algunas cartas de recomendacion para las autoridades locales del país en que iba á penetrar; le dí nuevamente las más expresivas gracias en nombre del Ministro de instruccion pública, y salí muy satisfecho de su buena acogida, para continuar mis investigaciones.

Si hemos de dar crédito á Villavicencio, la ciudad de Quito contaba en 1856, ochenta mil almas; pero cuando pedí á M. Boulard datos oficiales más recientes me contestó que no los tenia. Ninguna estadística digna de crédito se ha publicado allí, pues los habitantes tienen la mala costumbre de ocultar los datos para zafarse de quintas é impuestos. Algunos extranjeros dignos de crédito me aseguraron empero que la cifra de cuarenta mil á cincuenta mil y pico, debia ser la más aproximada á la verdad.

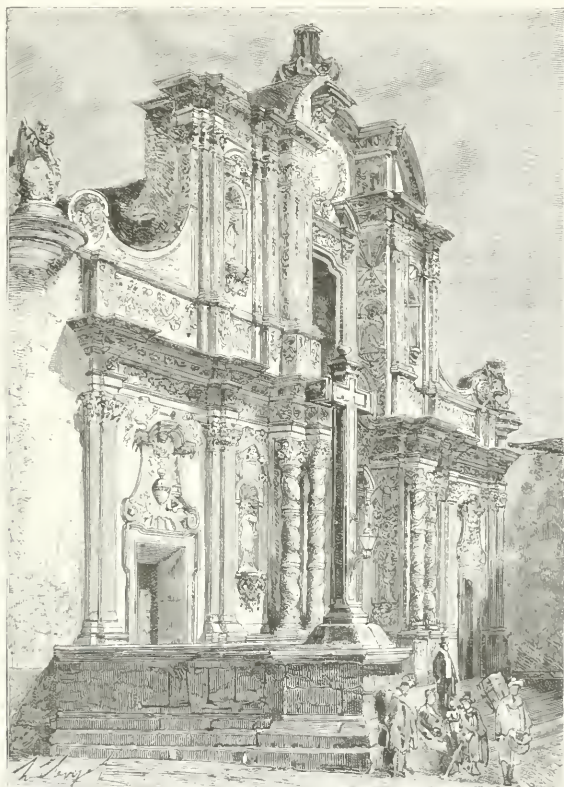
A su tiempo estudiamos los rasgos de los indígenas fijándonos en el indio de las montañas (*serrano*). Pues bien, cuando la sangre de éste se mezcla con la de un negro, el resultado es un *zumbo*, al paso que el cruzamiento del blanco y del indio produce el *cholo*. Los mestizos de todos los grados, prescindiendo de las uniones entre europeos, dan lugar á una gran variedad de tipos, si bien que la masa popular, en la que predomina el quichua, está sometida á una especie de servilismo muy parecido á la esclavitud, á pesar de la Constitucion que proclama la libertad de todos los ciudadanos en el territorio de la República. Ya hemos visto á esos indios reducidos al estado de bestias de carga, en un país en que los vehículos son poco ménos que desconocidos. Esas pobres gentes trabajan la tierra, ejercen los oficios más humildes y á menudo no reciben más salario que la manutencion. Dotados de un carácter afable, son explotados por las clases más elevadas, que léjos de educarlos y sacarlos de su mísero estado, les embrutecen con castigos corporales y alientan su aficion á la embriaguez, vicio capital de



Catedral de Quito

esos ilotas. Varias veces presencié en Quito violentas escenas de este género, que me hicieron enrojecer de indignacion.

Ocupa uno ó más grados sobre esos primeros cruzamientos con la raza originaria, el obrero ciudadano, el artesano, embrion de las clases gobernantes. Pertenecen á esta categoría las gentes activas, los políticos, los revolucionarios, que cansándose á los cinco ó seis



Iglesia de la Compañía, en Quito

meses de tranquilidad, empiezan á conspirar desde el momento en que un gobierno parece gozar de alguna estabilidad. La historia de los pronunciamientos de Quito y otros grandes centros del Ecuador pareceria un tejido de cuentos maravillosos, si los tristes resultados de esas convulsiones no saltasen á la vista de cualquier observador.

Viene en seguida un corto número de personas distinguidas, de pura sangre española, que viven como grandes propietarios. De sus filas salen los representantes de los poderes públicos, los jefes del ejército, los hijos de familia que visitarán la Europa trayendo al hogar paterno sus costumbres, los hombres del progreso industrial ó agrícola que procuran acrecentar el valor intelectual y la fuerza productiva de su patria.

Hay por último, los extranjeros, comerciantes que monopolizan los negocios de banca, ventas al por mayor y al detall, transacciones de terrenos, compras de oro en polvo, muchos de los cuales se dedican especialmente á las comisiones. Estos absorben toda la actividad del comercio nacional. Prescindo de los médicos ó profesores especialistas diversos, llegados á través del Océano hasta esas enhiestas alturas, con objeto puramente particular, verdaderas aves de paso que raras veces echan raíces en el Ecuador.

El traje de la «buena sociedad» es sencillo y casi invariable. Visten á la europea, generalmente de negro, usan capa española, sombrero de copa ú hongo, casi nunca de paja. En cuanto al poncho sólo lo llevan las gentes del pueblo. Las señoras visten traje negro, de lana los dias de labor, de seda para las reuniones y dias festivos; la mantilla española está sustituida por un *pañuclon* que se diferencia poco de ella; se ven poquísimos sombreros, y si bien el velo negro está muy en boga, se nota una propension muy marcada en favor de las modas de Paris.

«Díme qué comes y te diré quién eres.» Este proverbio, aplicable á la mayoría de los países, no puede ménos de serlo tambien á Quito, donde la alimentacion de las clases trabajadoras, indiferentes y sin grandes vicios ni virtudes superiores, se resiente de estos mismos defectos. El pueblo se alimenta con maíz, harina de cebada (*maichka*), con un poco de pan, y encuentra un postre muy barato, mascando caña de azúcar.

Los obreros más elevados en la escala social, los artesanos y comerciantes, son sobrios; comen carne de buey, que abunda mucho en este país de pastos, patatas (las ocas no se encuentran á partir de Ibarra) y legumbres variadas de tierra fria, pocas de tierra caliente.

Insiguiendo mi costumbre, dediqué una de mis primeras visitas al mercado, con objeto de estudiar principalmente las legumbres, y á fin de completar los datos sobre el cultivo en los terrenos silíceos de estas alturas, recorrí muchos huertos bien cultivados, en los cuales hallé las hortalizas siguientes: patatas, nabos excelentes, coles rojas que se ponen enfermizas en invierno, remolachas, ajos que no se dan bien, cebollas medianas, coliflores pequeñas, chirivías encarnadas, coles de Bruselas y de Milan, escorzoneras escasas, espárragos que llegan mal, melones que no llegan á madurar y degeneran, rábanos, lechugas que crecen demasiado, espinacas que no granan, apios y zanahorias que adquieren poco desarrollo, excelentes fresas de bosque y alcachofas muy pequeñas.

No vale la pena de hablar de los árboles frutales; los albérchigos florecen todo el año y sólo dan unos frutos pequeños y duros, que se comen en dulce como en Bogotá; los perales, manzanos y otros árboles análogos, desempeñan mal papel y no seré yo quien aconseje su plantacion.

El arte culinario está en Quito muy atrasado; las dos comidas diarias se verifican á las nueve y á las dos; la cocina ocupa un apéndice de la habitacion, bajo un cobertizo ó camaranchon, y se guisa en el suelo sobre las tres tradicionales piedras, costumbre inveterada que nada puede destruir.

Repito que hago excepcion de las casas *comme il faut*, en donde las costumbres europeas están aclimatadas desde hace mucho tiempo; hablo del aspecto general de la poblacion y dejo

ancho campo á las excepciones. Hecha esta reserva, completaré mi juicio sobre el estado de civilizacion de Quito.

Es el pueblo quiteño inteligente, bueno y de vida fácil; pero falto de energía y actividad. Prescindiendo de su galantería exterior, la apatía y la indolencia son su estado natural. Las señoras viven en la ociosidad, hablando de política y modas de Paris, sin atender á su cultura intelectual.

El labriego se limita á trabajar sus tierras con el arado de madera, se contenta con los útiles y aperos más rudimentarios, siembra el maíz en hoyos abiertos con un palo y no se fatiga escardando sus cultivos. El maíz, el trigo, la cebada, los guisantes, las coles y las patatas, que constituyen los vegetales de mayor consumo, no merecen de los agricultores mayor trabajo que la alfalfa, que siegan en haces para llevarla al mercado. El tiempo allí nada vale; un escritor humorístico dijo: «Si alguna vez se abre un ferro-carril en el Ecuador, todo el mundo llegará tarde al primer tren.» En una palabra, se me aseguró que no habia diez ecuatorianos que hubiesen ascendido al Pichincha, situado á las puertas de Quito, siendo muy fácil llegar á su interesante cráter.

Para viajar por este país es necesario ir á caballo ó en mulo, pues si bien hay una carretera desde Quito á Tacunga, faltan carruajes. Los cobradores de los mulos de alquiler exigen el pago adelantado y tienen un trato intolerable.

Pero prosigamos nuestras investigaciones.

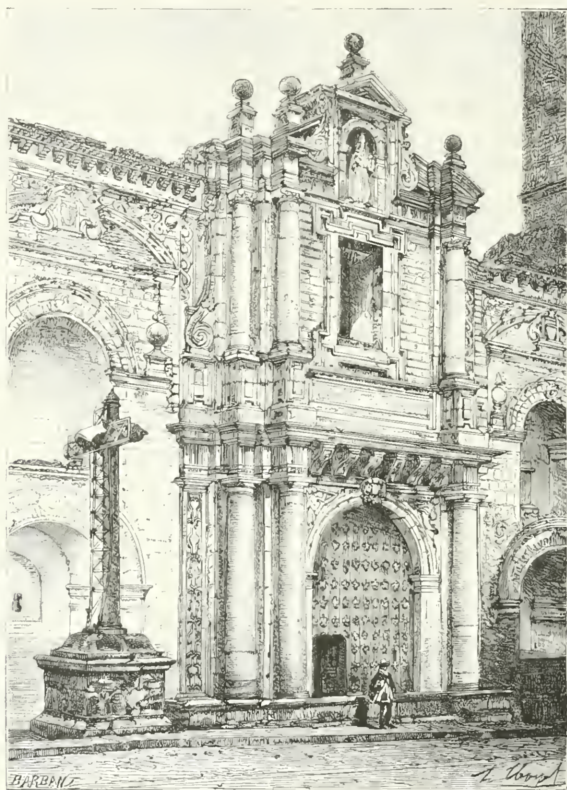
El Ecuador posee una universidad, una escuela politécnica y siete colegios. La universidad contaba en 1875 doscientos ochenta y cinco alumnos; pero se ignora si los resultados corresponden á esta cifra. Sin embargo, tuve ocasion de ver en la escuela politécnica hermosas colecciones de historia natural, herbarios, minerales y aves, y un buen gabinete de física y química. En compañía del doctor Domerecq, médico francés, visité la escuela de medicina miéntras se estaban practicando notables preparaciones anatómicas en un cadáver.

Las distracciones en Quito son muy escasas. No hay teatro, y todo queda reducido á las tertulias, que se diferencian poco de las del Perú, única nota alegre en la monótona vida de las familias. En los dias festivos hay corrida de toros, pero reducida á una inocente carrera, que tiene por objeto no matar al animal, sino excitarle, atormentarle y vencerle. Con esto se satisfacen: el pueblo brinca de gozo, los toreros son muy festejados, circula el aguardiente con profusion, y todo el mundo se retira satisfecho.

El dia 10 de agosto, aniversario de la fiesta de la Independencia, se celebran grandes regocijos: la ciudad se anima y amanece empavesada; la plaza Mayor se llena de adornos, los poderes públicos visten de gala y los festejos oficiales galvanizan por algunas horas la habitual apatía de la poblacion.

Pero el verdadero espectáculo nacional, el *sport* por excelencia, es la riña de gallos. Son de ver en la plaza de Santa Catalina los grupos é individuos que se entusiasman por este juego feroz; con los ojos inyectados, esas gentes pacíficas de ordinario, se agrupan alrededor de la arena y tiran en extrañas apuestas el dinero y el sentido comun. Las peripecias de esos pequeños dramas, son enteramente iguales á las que llevo explicadas en Ibague y en el Quindio, y con las cuales no podré reconciliarme jamás.

El gusto meridional por las mascaradas, domina tambien en Quito, aunque atenuado por la moderacion general que pesa sobre todas las cosas en aquella atmósfera enrarecida. Parece que el «soroche» de las grandes alturas, llamado *puna* en Quito, influye en todos los actos de sus habitantes, y por ello las fantasías carnavalescas carecen del atractivo que tienen en Roma ó Niza, quedando reducidas á peleas con huevos ó á tirarse agua á la cara. Sólo algunos dis-



Pórtico de San Agustin, en Quito

fraces, remedo de los antiguos trajes incas, dan cierto tinte local al aspecto de estos regocijos.

Digamos algo de las procesiones que están aún en auge. El pueblo de Quito, «la ciudad eclesiástica,» es aún gran admirador de las pomposas solemnidades de la Iglesia. Presencié una de las procesiones del Corpus, cuya fiesta se celebró el dia 15 de junio; pero el 25 volvió á celebrarse, á modo de octava, con no ménos concurrencia que la primera.

Desde la víspera las calles estaban llenas de altares, cubiertos más bien de telas vistosas, lazos de papel y flores artificiales, que de esa multitud de plantas y flores recientemente cogidas, que imprimen tanto encanto y poesía á nuestros altares de la fiesta del *Corpus*.

Al salir la procesion se oyen todas las campanas, repicadas á mano por campaneros arma-



Procesion del Corpus, en Quito

dos de martillos; avanza el cortejo con silencioso recogimiento, marchando á la cabeza el grupo del *Señor*. Sobre una tabla cuadrada, sostenida por ocho fieles, se levanta la imágen del Nazareno, de grandes dimensiones, rodeada de cirios y jarros de flores artificiales. El *Señor* va rizado con esmero; sus largas melenas en tirabuzones caen sobre sus hombros; una aureola de cinco rayos de cobre dorado, rodea su cabeza, viste una túnica roja, medio oculta bajo un ancho manto de terciopelo del mismo color bordado en oro, y dos grupos de ángeles con las alas desplegadas desfilan por su lado, llevando cada figura cuatro hombres de buena voluntad.

El grupo que seguia á continuacion, era el de la *Madre de Dios*. La imágen iba colocada en una peana de la misma forma que la del Salvador, si bien sus cuatro esquinas estaban adornadas con niños alados de cabeza amuñecada; una religiosa de la Merced, un tercio menor que la Vírgen, oraba á sus piés, con las manos juntas. En el adorno de la Madre de Dios se habia echado el resto; sobre una túnica magnífica de acampanada forma, se asentaba un soberbio manto de raso blanco, profusamente bordado en oro; largos cabellos negros, lustrosos y perfumados, ondeaban sobre sus hombros, y una diadema radiante coronaba su venerada cabeza.

Otros grupos de ángeles y santos patrones de la ciudad y sus contornos, vestidos con trajes emblemáticos, seguian ostentando variada ornamentacion, en la que las flores artificiales y el papel rosa, azul y dorado, figuraban en primera línea.

Nada más pintoresco que la diversidad de trajes de los oficiantes y acompañantes, pues si los ornamentos de los sacerdotes difieren poco de los empleados por el clero español, no puede darse una idea de los caprichosos y complicados adornos que ostentaban algunos acompañantes del cortejo. En este punto el dibujo suplirá á la pluma con ventaja. La historia de esos trajes extraordinarios, se remonta sin duda á los antiguos incas. Así como en los primeros tiempos del cristianismo, conservaba la Iglesia reminiscencias externas del culto pagano, del propio modo las costumbres del paganismo americano han sobrevivido, dentro de ciertos límites, á la conquista europea y á la introduccion de la religion católica.

Y áun parece que en otros puntos del Ecuador, las procesiones de Semana Santa ofrecen ciertas particularidades en los trajes más curiosas todavía, aunque en todas partes reconocen el mismo orígen.

Conforme con las indicaciones del Presidente de la república, me decidí á explorar los contrafuertes occidentales de los Andes. Partí, pues, la mañana del dia 18 de junio, en compañía del R. P. Sodiro, gran aficionado á la Historia natural. Iban con nosotros siete mozos indígenas, con los costales y canastos llenos de provisiones de boca, que debíamos consumir rápidamente durante el viaje por unos sitios completamente desprovistos de víveres.

Partimos á la salida del sol, con un tiempo hermosísimo. Por la carretera afirmada, ancha y bien conservada, en cuyo estado desgraciadamente dura poco, los indios de los pueblos vecinos marchaban en fila, llevando la carga sobre la cabeza: por cierto que en la cuesta del rio Machangura, formaban un cuadro de género impregnado de color local. Mezclados con ellos marchaban algunos rucios cargados con leña y frutas, y llamas de espeso pelo oscuro, volviendo á cada instante su cabecita de hocicos enfurruñados y vista azorada.

A la derecha del camino se levanta la hacienda de la Arcadia, con sus simétricos pabellones de bastante buen estilo. Los únicos árboles plantados en las huertas que orlan el camino, son *Cerasus salicifolia*, parecidos á nuestros cerezos, los que se llenan de unas pequeñas cerezas negras, que se comen á falta de otras mejores; y el Eucalipto (*Eucalyptus globatus*) de la Australia que se da allí perfectamente y que poblaria con rapidez los desnudos alrededores de Quito, si los habitantes se preocupasen algo más del benéfico influjo del arbolado.

La vegetacion frutal indígena se manifiesta por algunos matorrales de durantas, parjús y bardanas animadas por el atolondrado vuelo de unos pajaritos especiales de estas altiplanicies, que son una especie de pardillos conocidos en el país con el nombre de *veraneros* (pájaros de primavera).

Al llegar á la bajada de Tambillo, pueblo situado al pié de las vertientes septentrionales del valle de Machachi, se disfruta un admirable golpe de vista. La espaciosa hoya de verdor, cubierta de pastos y ricos cultivos, y salpicada acá y acullá de manchas blancas de haciendas y pueblos; las cordilleras que se abren formando un ángulo inmenso hácia el Sur, para terminar por la derecha con los picos del Corazon y del Ilinisa, y por la izquierda en el Rumiñajui y el Sinchofagua, ofrecen una majestad y un encanto indecibles. Quito, que se queda detrás del viajero, se descubre en lontananza encuadrado por las dos soberbias y distintas cúspides del Antisana y del Pichincha.

De Tambillo, que atravesamos sin siquiera volver la cabeza y arreando las caballerías para quitar á los indios que nos acompañan la idea de hacer una visita á la pulpería de la esquina, pasamos á las graciosas sinuosidades del valle, comenzando luégo la ascension del Corazon por sus interminables pendientes de basalto.

A las dos horas se llega al pueblo de Aloag, término de nuestra primera etapa, corta pero muy interesante por habernos permitido observar el porte de la caravana y apreciar el valor comparativo de los cargueros.

En este punto encontramos un grupo de *caucheros* que debe seguir precisamente nuestro camino, internándose en el monte Colorado en busca de los artocarpos que producen el precioso jugo elástico. Llevan los *caucheros* una existencia aventurera, parecida á la de los *quineros* ó *cascarilleros* de los cuales se han contado á menudo tantas cosas. Para esos tipos resueltos, entre los cuales no figura siempre la flor de las personas decentes, libres, valientes y exentos de preocupaciones, la vida semi-salvaje tiene grandes encantos, y en cuestion de propiedad ajena, no suelen mostrarse muy escrupulosos. Por lo demás, los contratistas que los ajustan se fijan ménos en estas circunstancias morales que en su fuerza muscular y buena salud. Los que encontramos en la hacienda de Manrique, no desmienten por cierto esa reputacion, á juzgar por sus fachas. Parecen una cuadrilla de desalmados y su tipo, más que propio del país, es el del aventurero europeo ó *yankee*, con sus barbas recias, mirada torva y labios comprimidos. Los indios que van con nosotros no se atreven á aproximárseles é instalan el fuego para aderezar la cena á una respetuosa distancia de los primeros ocupantes de la vivienda.

Por mi parte examiné con atencion los preparativos de viaje que hacian los caucheros, aprendiendo de ellos algo útil para nosotros mismos. En tanto que los unos afilaban sus dagas

y machetes, ponian mangos á las hachas destinadas á derribar los árboles y á las podaderas de prolongada empuñadura con las cuales practican las incisiones que destilan el cauchuc; otros preparaban cuerdas de nudos, empaquetaban provisiones y víveres, cortaban varillas para sujetar las cargas, componíanse los vestidos ó se envolvian las piernas con polainas de pieles.

Lo que más llamó mi atencion fué su comida, compuesta principalmente de dos platos. El primero llamado *pinol* se hace de harina de cebada y habas mezclada con panela ó azúcar de caña en bruto, composicion que disuelta en agua sirve á los caucheros del Oeste, á la par de comida y bebida, y á la cual á veces se le adiciona más agua, un poco de canela y un fruto aromático llamado *ichpingo*, cuya especie no he logrado descubrir.



Huasicana ó mujer del pueblo, en Quito

El otro plato es el *chifre*, que consiste en rebanadas de plátano fritas en manteca ó sebo; se conserva durante mucho tiempo, aunque pronto se pone rancio, y constituye un alimento completo de poco volúmen. He oido referir que un negro fué en busca de una balsa de oro desde Nanegal á Esmeraldas en tres dias, sin más alimento que un puñado de esas rodajas fritas.

Al dia siguiente, muy temprano, nos hallábamos dispuestos á partir, cuando un accidente inesperado nos dió un momento de inquietud. A la altura en que habíamos emplazado el campamento (cerca de 3.300 metros) crece una ortiga feroz, la *Urtica flabellata*, cuyas hojas, elegantemente rizadas, son tan peligrosas que el animal que se revuelca en ellas puede morir. Sucedió pues que encontramos una mula retorciéndose de dolor á causa de las picaduras de esa planta y aunque al principio creí que era mi montura, luégo averiguamos que pertenecia á los caucheros. Deseámosles un pronto alivio para el animal, y habiéndonos dado cita para dentro de unos dias á orillas del Toachi, ganamos las alturas del Corazon.

El nombre de este volcan dimana de su forma que se asemeja á la de un corazon, visto desde el lado Este, aunque no me fué dable observar este parecido, á ménos que quiera encontrársele en la parte en que se angosta hácia el primer tercio de su altura hinchándose á la mitad ántes del pico con que termina, cuya elevacion asciende á 4,816 metros. Este pico

se presenta aislado por todos lados, excepto un estribo que le une por su base con el volcan de Ilinisa. Es el Corazon célebre por las observaciones barométricas que practicaron en julio de 1738 Bouguer y La Condamine, cuyos sabios estuvieron á punto de morir de frio. Por primera vez observaron un descenso en la columna barométrica que ningun otro observador habia presenciado ántes, pues se hallaban á 4,814 metros sobre el nivel del mar.



Las cola de caballo gigantescas del Corazon

A medida que nos elevamos sobre las lomas, cuyas vertientes aparecen cubiertas de yerbas cortas, noto la presencia de plantas que no habia visto aún, con una abundancia y agrupacion enteramente nuevas para mí. El diente de leon de los Andes *(Achyrophorus)* presenta la forma de flores blancas sin que se encuentre la especie dorada; las acenas *(Acæna sericea,* y *A. lappacea)* se cubren de capítulos rojos y erizados; grandes alfombras de pequeños miosótides blancos extienden, desde lo alto de las Cordilleras, su fino verdor salpicado de miríadas de ojuelos blancos; el *Berberis multiflora,* los *Baccharis genistelloides* y *Gaudichaudiana*

inclinan al suelo sus cortos ramajes, cuyo crecimiento impiden los furiosos vendavales de las alturas; una encantadora radiada de flores blancas, la *Vernonia disticha*, el romerillo (*Hypericum laricifolium*), la *Chætogastra sulfurea*, melastomácea de flores de color de azufre, las *Acipura* de periantos azulados, la minúscula corola de la vergonzosa (*Gentiana sedifolia*), las flores moradas de otra genciana (*G. cerastioides*), el extraordinario *Psittacanthus terrestris*, única lorantácea terrestre conocida, la *Feretia pungens*, de encantadores capítulos blancos como los de un *Stokesia*, todas estas plantas se agrupan y sonrien en desórden, en tanto que el cierzo nos hace doblar la cabeza hasta el cuello de los mulos.

En el punto más frio del páramo, los últimos árboles que resisten á la depresion de la temperatura y al ímpetu de los vientos son los extraños *Polylepis* de flores verdes y corteza en tiras, que veo por primera vez. Nos hallamos á 3,969 metros, punto el más elevado del camino, cerca de Paguangalli.

Desde allí comienza la bajada, que ya no se interrumpe, excepcion hecha de algunas cuestas parciales, hasta el punto llamado Guanacilla, un poco ántes del Mirador, á la altura de 497 metros.

Por un buen camino abierto en las traquitas de la montaña ó en las arenas conglomeradas y sólidas, bajamos rodeados de una vegetacion deliciosa, propia de tierra fria, desde Pungu, límite superior de los helechos arbóreos, para encontrar de nuevo la flora de la zona caliente, pasado el puente de Canzacoto (2,000 metros). Todo allí me produce arrobamiento. Despues de haber errado tan penosamente por las altas mesetas y recorrido las escuetas é interminables lomas; despues de habernos helado con la bruma de los páramos y achicharrado en las ardientes arenas del Chota, héteme de nuevo en la verdadera patria del naturalista, en medio de una vegetacion fecunda y sonriente, ante la cual se dilata el corazon contemplando las maravillas que una mano divina ha sembrado con prodigalidad pasmosa.

Cruzando un bosque, perfumado con los olores de la gran datura blanca, cubierto de espigas azules ó rojas de la salvia, y enmarañado de enredaderas de flores sonrosadas y de color de escarlata de las tacsonias (1), llegamos á Miligalli (1,900 metros), y más tarde á Canzacoto despues de franquear el rio Silante. En el rio Yamboya me detengo un momento ante la hermosa cascada de Acapula, y por fin hacemos alto en San Florencio, donde resolvemos plantar la tienda, cenar y pasar la noche.

Partimos á las siete de la mañana siguiente, y el bosque es cada vez más bello: multitud de monos brincan en lo alto de los árboles, y aunque desde Miligalli el camino es malo, la caravana se porta con bastante valor. Los arbustos que allí dominan, pertenecen á una rubiácea, la *Gonzalea tomentosa*, de racimos de color blanco sonrosado.

Pasado San Florencio, salta á la vista, á la derecha del camino, una hermosa cascada. Almorzamos en el Cascajal, nombre derivado de *cascajo*, por ser en gran cantidad los que se desprenden de los elevados montes de esquisto micáceo, dificultando el tránsito.

Hay que advertir que los nombres de las localidades que indico, casi siempre se aplican

---

(1) Una de estas plantas, la *Tacsonia Mandoni*, que crece en esta region, es la pasiflora más hermosa que conozco.

á una mísera cabaña cubierta con hojas de palmeras y habitada únicamente por un indio y su pareja, pues por lo demás no se encuentra el menor vestigio de poblacion ó aglomeracion de chozas y habitantes.

El mismo dia, despues de haber costeado entre los más hermosos paisajes las vertiginosas pendientes del Pilaton, atravesado las quebradas Calulu y otros barrancos innominados, y visto inmensos *derrumbos* ó desprendimientos de montañas, nos encontramos metidos en unas lagunas que presentan el aspecto más original. En medio de una espesa vegetacion arbusticia y sumergidos los piés en el agua que brota de todas partes, cruzamos un bosque fantástico á todo serlo. ¿Quién no ha oido hablar alguna vez de las calamitas y lepidodendrones, gigantescas plantas fósiles que han formado la hulla y cuya vegetacion hubo de alcanzar un desarrollo enorme? Esas extrañas plantas han desaparecido de nuestro planeta, pero quedan otras análogas. Las que aquí nos rodean, pertenecen á las equisetáceas, en cuya familia se cuentan las modestas colas de caballo de nuestras praderas; pero allí la especie es gigantesca, pues el *Equisetum giganteum* excede á veces de cinco metros de altura (grab. pág. 845).

Por la noche acampamos en San Nicolás, miserable rancho compuesto únicamente de unos postes que sustentan una techumbre de palmera (altura 1,086 metros), cerca de la linda quebrada de San Nicolás, sitio encantador, sin el menor vestigio de cultivo. La meseta formada por una expansion de las orillas, entre las cuales saltaba el Pilaton á nuestro lado por entre las rocas redondeadas, se hallaba cubierta de una vegetacion opulenta de gesneriáceas, rubiáceas, vacciniáceas, bromeliáceas y helechos. Hice allí curiosas observaciones y una recoleccion de las más abundantes, contándose entre los objetos allegados algunos ejemplares de uno de los mayores y más hermosos coleópteros conocidos: el arlequin *(Acrocinus longimanus)*.

Desde allí, á lo ménos en la época de mi paso, dejaba el camino de ser practicable para las caballerías, por lo que nos fué preciso tomar un sendero que atraviesa numerosas quebradas hasta Tochi, despues de haber franqueado los rios Napa y Toachi. El Pilaton trueca allí su nombre por el de Tochi, que conserva hasta su union con el Blanco, afluente á su vez del Guaillabamba. La altura del Napa es de 917 metros y la del afluente del Toachi de 785.

El camino, cada vez peor, atraviesa los rios Alluliqui, Tante, Guanasilla, llegando por último al Mirador (588 metros).

La vegetacion toma el aspecto de tierra caliente, de suerte que los grandes bambúes, las cecropias, los ficus, las piperáceas y las aroídeas son las plantas predominantes en el enmarañado bosque. Del Mirador partirá el camino que conducirá rápidamente á las costas del Pacífico, cuando la situacion política esté más segura en el Ecuador. No faltan proyectos; lo único que faltan son capitales y crédito para atraerlos. El camino carretero va ahora desde Quito á Miligalli: prolongándolo hasta Mirador se podria llegar á Santo Domingo de los Colorados, donde hay una colonia de alemanes y una poblacion de muchos centenares de indios agricultores, y desde Santo Domingo se alcanzaria en una jornada el rio Peripa, cabeza del rio Daule que baja á Guayaquil y es navegable hasta muy arriba. Si, por el contrario, se quisiera establecer un nuevo puerto en Baya, que ofrece ya una buena ensenada en la costa del Pacífico, junto á la desembocadura del rio Salina, podria llegarse fácilmente á la costa por

las cordilleras del Toachi y Sandomo hasta el rio Canuto, desde donde el trazado de la vía está naturalmente indicado por el cauce de los rios Tosagua y Salina. Por cualquiera de ambas vías se llegaria á la costa en la mitad del tiempo que actualmente se invierte desde Quito á Guayaquil por el Chimborazo. Tenia razon el presidente de la República señor Borrero: se encierra aquí un problema que afecta muy de cerca al desarrollo de la agricultura é industria del Ecuador.

El lector habrá sin duda perdido de vista al R. P. Sodiro, mi acompañante. Ahora diré qué fué de él: su viaje tenia por objeto examinar unos terrenos destinados á ser desmontados, y tuvimos que separarnos á orillas del rio Toachi. Por cierto que las gentes que le acompañaban, á las cuales habia pagado de antemano, le abandonaron miserablemente. El desdichado corrió grandes peligros, tanto que estuvo próximo á perecer. Lo propio me hubiera sucedido á mí á no armarme de energía, exigiendo á aquellos truhanes el cumplimiento de su deber, revolver en mano.

Regresé por el mismo camino, pero haciendo altos aquí y allá en las quebradas de la comarca y en el rio San Lorenzo, para recoger minerales, animales y especialmente plantas, entre las cuales descubrí un buen número de especies nuevas.

En uno de los bosques vírgenes volví á encontrar á los caucheros, que habíamos dejado en Aloag. A la sazon estaban ocupados en sus tareas. Esos aventureros, vestidos con pantalon remendado y el cuerpo desnudo, se agitaban como una legion de diablos, bajo la direccion de su jefe, alrededor de los gigantescos *Ficus*, cuyas cortezas rajaban de arriba abajo con sus machetes, operacion que tiene muchos puntos de semejanza con la recoleccion de la resina en las landas de Gascuña; pero en vez de los receptáculos de zinc que se emplean en Francia para recoger la savia resinosa, los caucheros usan hojas de heliconia, sobre las cuales cae el precioso *latex*, blanco como la leche. Otros recogen el líquido y lo vierten en unas calabazas *(totumas)*, donde pronto se coagula formando el cauchuc, dispuesto para ser embalado y expedido.

Tuve la suerte de cazar por allí un hermoso ciervo rojo oscuro, y se lo regalé á los caucheros. A la hora de la comida, el animal fué rápidamente desollado, descuartizado y acecinado, y en verdad que el corazon de la res asado en las áscuas, constituye un bocado exquisito.

Prosiguiendo la marcha al siguiente dia, llegué pronto á Cauzacoto, y por la noche á Miligalli. Ya era tiempo, pues los víveres comenzaban á escasear. Los obreros de una fábrica de aserrar preparaban á la sazon su *mazamorra* cerca del «rancho de las Calabazas,» y compartieron con nosotros su cena con la mayor amabilidad del mundo. El techo de hojas de palmera, invadido por los tallos de las calabaceras llenos de enormes frutos dorados, producia efecto pintoresco por extremo.

Al declinar el dia, cogí la escopeta, y siguiendo una senda trazada por los leñadores, me dirigí á cazar pájaros, sin hacerme grandes ilusiones sobre el resultado; pero apénas hube andado unos centenares de metros á través del bosque, un animal del tamaño de una zorra pasó á diez pasos de mí y cayó exánime de un tiro. Era un coati *(Nasua)*, carnívoro,

plantígrado, que vive principalmente sobre los árboles y que está revestido de una hermosa piel leonada y salpicada de manchas claras.

Llegada la noche, y despues de haber contemplado á la luz de las antorchas de cera de palma el cuadro interesante que formaban los obreros pintorescamente agrupados para comer la *mazamorra*, me lancé de nuevo al bosque, sin contar para guiarme en la oscuridad mas que con el resplandor de las moscas de luz, que surcan el aire á millares. Abundantísimas desde la caida de la tarde hasta las siete, van disminuyendo en número hasta las ocho, y á las nueve no se ve ya ni una siquiera. El tiempo estaba delicioso: el termómetro marcaba veinte grados centígrados, y sólo turbaban el silencio de la noche el rumor de las cascaditas del rio Blanco, que saltaban á doscientos metros á mis piés.

Vuelto al rancho me acosté, pero para pasar una noche horrible, devorado por las pulgas y sin saber á qué santo encomendarme.

Al amanecer estaba ya levantado; los leñadores iban á partir y dividieron con nosotros algunos huevos y dos ó tres puñados de *maichka* (harina de cebada). Luégo continuamos la ascension de las pendientes occidentales del Corazon, por entre los colosales troncos de la única conífera que existe en esta parte de los Andes, el *Podocarpus taxifolia.*

Volví á alcanzar con bastante pena las altiplanicies por Aloag y Tambillo; y los pobres peones, rendidos y sudorosos bajo el enorme peso de los costales llenos de plantas vivas y herbarios, intentaron cien veces tirar sus cargas y escapar. Yo en tanto me desesperaba á la idea de perder así el fruto de tantas fatigas, y más de una vez hube de darles ejemplo tomando en hombros una de sus cargas, y aun hube de amenazar de nuevo á uno de ellos, que á todo trance queria volverse á su pueblo natal, situado cerca del camino.

Por fin, y gracias á la energía que no me abandonó un solo instante, logré volver á Quito sano y salvo, y una parte de las colecciones que habia traido de la excursion, fué expedida para Europa á la semana siguiente.

XXIV

ECUADOR

Segundo viaje á la Cordillera occidental.—Los *cholos* de los alrededores de Quito.—Chupicruz, Cotocallao.—Pomasqui y el *Señor del árbol.*—Caza de condores.—El cráter del Pululagua.—Hacienda de Niebli.—Selvas vírgenes.—El melon arbóreo ó *logma.*—Nanegal, Gualea y Mindo.—Tribus aborígenes: los yumbos del Oeste.—Provincia de Oriente: los indios jíbaros, záparos, etc.—Ascension al Pichincha.—Salida de Quito.—Tiopullo, Callo y la casa del inca.—Los volcanes del Ecuador: Ilinisa, Rumiñagui, Carihuairazo.—El Cotopaxi y sus erupciones.—Llegada á la Tacunga; Ambato y el espectro solar.—Mocha; Riobamba.—El Chimborazo.— En las nieves perpetuas.—Totorillas.—El *arenal.*—Guaranda, San José; la Cucharilla.—Pisagua, rio del Cristal; Sabanetas.—Una zambullida en el rio Galves.—Babahoyo.—Final.

Saliendo de Quito por el camino del Norte, se sigue primero el antiguo paseo ó alameda, en donde se encuentra hoy el Observatorio astronómico; luégo aparecen á la derecha la capilla de Belen, una sábana de césped y el *Egido de Iñaquito*, limitado por algunas casas de buena apariencia, con hermosos jardines; y por fin, se presenta á la vista la meseta horizontal, arenosa y cortada aquí y allí por prados y melgares, pero casi desprovista de árboles, ex-

cepcion hecha de algunos *eucaliptus* plantados recientemente. Corre el camino en línea recta durante leguas enteras, ancho, polvoriento, sin afirmado ni sombra, rayando con un surco anquecino esta singular planicie, asentada sobre la espalda de los Andes, á dos mil ochocientos metros de altura sobre el mar.

Los dias de mercado se animan estas soledades con las comitivas de indios procedentes de las poblaciones vecinas y lugares de tierra caliente. Es verdaderamente conmovedor el espectáculo de los *cholos* de Zambisa, Tumbaco y Yaruqui, y de los *yumbos* del Oeste, cargados todos ellos como mulos, tanto los hombres como las mujeres y niños, caminando con paso acelerado por el polvo, apoyados en sus dos grandes palos y presentando el aspecto de cuadrúpedos. Pero en el resto de la semana, apénas se ve circular uno que otro habitante de las poblaciones vecinas, que se dirigen á la ciudad para abastecerse, ó algun portador cuotidiano de sustancias alimenticias, leña, etc., y algunos jinetes que van ó vuelven de sus quintas al trote largo de sus caballos.

Por esta vía me encaminé el dia 16 de junio, acompañado de un amigo, para ir á la caza del condor, en las montañas de Calacali, y explorar los estribos de la Cordillera Occidental en la direccion de Niebli, Mindo y Nanegal. La víspera, dos indios de Perucho nos habian advertido que se habian visto bandadas de *buitres* (nombre que se da al condor de los Andes) revoloteando en torno de las rocas del rio Tanlagua, donde sin duda se disputaban algun rico presente. Pronto nos decidimos: preparamos las carabinas, llenamos de provisiones los *costales* que debian sujetarse en la grupa de los caballos, y despues de una noche pasada casi en claro, el sol nos encontró ya á caballo, dispuestos á emprender una larga marcha.

Un buen galope nos condujo frente á Chupicruz, mision ocupada por un rústico rancho, de la cual la piedad de los fieles ha hecho un lugar venerado. Una alfombra de enredaderas, ollocos, echeverias, gramíneas y helechos, decora la techumbre, por el estilo de las siemprevivas que se ven sobre las casas de Normandía.

No léjos de allí, á la izquierda, se encuentran los restos de la hacienda de Mr. de Mendeville, en otro tiempo cónsul general de Francia en Quito. A este funcionario, llegado al Ecuador en agosto de 1836, se debe la reedificacion de las célebres pirámides de Caraburo y Oyamburo, monumentos conmemorativos levantados el siglo pasado por los académicos franceses enviados para medir un arco del meridiano terrestre. Las ruinas de esa hacienda datan del terrible terremoto de 1868 de que hablé ántes.

En toda la comarca las chozas de los indios están cubiertas de paja de ginerio (*G. jubatum*) que abunda en los terrenos arenáceos, especialmente á orillas de los rios. Esas pobres gentes comen un pan de color rojizo que no habia visto aún; examinéle y supe que dan color á la harina de maíz empleada en el pan y en los dulces, por medio de la simiente de una amarantácea, que reconocí por la *Amarantus speciosus*.

A nuestra derecha está Guápulo, pueblo bien resguardado, en el valle del Machangara; su iglesia es de buena apariencia con dos grandes torres de sillería, y la romería á Nuestra Señora de Guadalupe, atrae allí todos los años extraordinaria concurrencia.

Atravesamos Cotocollao, lugar bastante pobre y poco poblado, desde cuyo punto parte hácia el Oeste el camino del hermoso valle del Mindo.

En Pomasqui, villa de alguna importancia (unos mil habitantes, altura dos mil quinientos siete metros) cerca del rio de su nombre, observé que la poblacion no carece de interés por sus dos iglesias, una de las cuales, situada en la plaza que da al camino, encierra la célebre imágen del *Señor del árbol*, que es objeto de una continua romería. Su fachada se compone de un muro blanco con un pórtico á doble arcada, coronado por un fronton á la vez que ingenuo bastante complicado, cuya parte central, abierta verticalmente, está flanqueada por dos pequeños campanarios.

Los alrededores de Pomasqui están bastante bien cultivados y en las huertas se dan legumbres y árboles frutales. A corta distancia está San Antonio de Pomasqui, que tiene la particularidad de hallarse situado exactamente en la línea ecuatorial, á una altura de 2,423 metros. Entre las quintas de Tanlagua y Conrogal se ve una curiosa fuente.

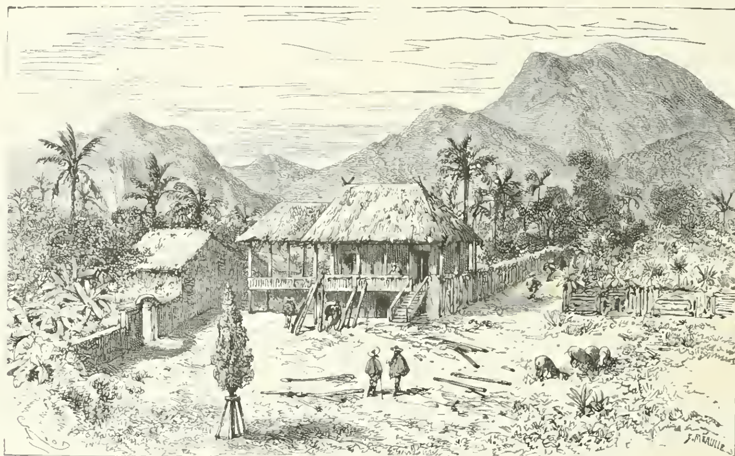
Desde el alto de San Antonio, apénas dejado el pueblo por el camino de Niebli, se descubre un admirable panorama. En el primer término aparece la quebrada de San Antonio, hundida como un abismo por entre el cruce de montañas, al empuje de las aguas que caen de las alturas. Pomasqui blanquea á nuestros piés; la llanura se extiende en su inmensidad algo desnuda, pero de una tranquila belleza, realzada por las cumbres de las montañas que la encuadran; á ochenta kilómetros de distancia, el Cotopaxi domina como un gigante el panorama, levantando su cúspide cónica cubierta de nieve, á 5,943 metros de elevacion.

Poco ántes de llegar al collado que conduce al cráter de Pululagua, encontramos un sendero, y fieles á la direccion que nos indicaron los indios, nos orientamos hácia el pico que domina Calacali hácia el Sudoeste. Pronto cesó el camino trillado, y dirigimos los mulos á través de las lomas cubiertas de yerba seca y cantos rodados.

Son las once; el sol lanza sus rayos verticales, cuyos ardores templa el aire sutil de las alturas. A nuestro paso, levántanse bandadas de perdices rojas. Inútilmente miramos al espacio: ni un solo punto negro señala la presencia de las aves de rapiña. Presto el camino se hace impracticable para los mulos; echamos pié á tierra y marchamos á la descubierta, el arma al brazo, repleta la cartuchera y sujeto el ancho machete á la cintura, sin olvidar un momento que los condores, al verse atacados, toman á menudo la ofensiva.

No habia aun andado cuatrocientos pasos, subiendo oblicuamente por entre los peñascos, cuando á la vuelta de una acantilada roca de traquita, y descansando sobre una angosta repisa, me encuentro frente á frente de dos de esas aves, macho y hembra. Al verme tienden el vuelo ruidosamente sobre mi cabeza; apunto con rapidez, disparo los dos tiros y uno de los condores cae palpitante á mis piés, al borde mismo del precipicio: era la hembra. Apénas me acerco á ella para rematarla, cuando veo proyectarse sobre la roca una sombra inmensa; levanto los ojos y me encuentro con el macho, que se lanza sobre mí como un rayo con el pico y las garras apercibidas. Coger el fusil por el cañon y asestar un vigoroso culatazo al agresor, fué obra de un instante; pero léjos de desanimarse intenta sacudirme un violento aletazo, que hubiera podido dar conmigo en el abismo, cuando por fortuna mi compañero,

que me seguia de cerca, dispara dos tiros á otro condor que á su vez le atacaba, y ante ese inesperado refuerzo nuestros enemigos huyen á vuelo tendido, dejándonos en presencia de mi primera víctima, muy contentos con haber salido tan bien librados de la empresa. La hembra muerta medía cuatro metros de punta á punta de alas y su plumaje era de color negro ceniciento uniforme. Su redondeada cabeza estaba desprovista del collar y carúnculas, que hacen al macho tan hermoso; pero su pico y sus garras denotaban un ave de una fuerza extraordinaria, explicándose muy bien la facilidad con que se llevan un cordero á través del espacio. Este ejercicio violento nos habia abierto el apetito; retrocedimos en busca de los mulos, que estaban paciendo tranquilamente las yerbas de las lomas, y ganamos de nuevo el camino



Hacienda de Niebli

que en poco tiempo nos condujo á la cuesta de Pululagua, donde sentados entre barnadesias y eupatorias, hicimos honor á las provisiones preparadas la víspera, y una siesta bien ganada nos permitió recobrar las fuerzas para reanudar el viaje.

El Pululagua es un volcan apagado, cuyo cráter en forma de cono invertido, es casi regular; forma parte de la serie de pequeños volcanes del Ecuador. Nada tan curioso como el descenso por sus paredes interiores, tapizadas por una vegetacion espesa en la cual predomina una planta extraña que sorprende á los botánicos por sus hojas sedosas y sus flores amarillas: es el *Columellia oblonga*, tipo de una familia especial.

El fondo del cráter está tapizado de una yerba muy corta mezclada con arbustos. Algunos indios han establecido sus cabañas en el lugar mismo en que ántes hervia la lava. Atravesamos la muralla del volcan por el punto llamado *Desaguadero*, por el cual se escurrieron las materias ígneas á los vecinos valles cuando el temblor de tierra rompió el dique que las contenia. Por más que han trascurrido muchos siglos desde que ocurrió la catástrofe, vénse aún por todos lados señales inequívocas del desbordamiento, que tuvo efecto por el Oeste de la montaña.



Caza del condor, cerca de Calacali

Al salir de Pululagua aparece al punto la vegetacion de tierra templada; se baja á la sombra de copudos árboles y entre encantadoras plantas cuajadas de flores y hojas pintadas de diversos colores. El camino ha sido abierto con gran trabajo en el flanco resquebrajado de los cerros. Momentos ántes de oscurecer llegamos á Niebli y penetramos en el patio de la hacienda del Sr. Cañada, el cual nos dispensó la más franca hospitalidad.

Niebli es una explotacion agrícola de cierta importancia, emplazada sobre antiguos desmontes; su poblacion está reducida á algunos centenares de indios, diseminados por las montañas sin formar un grupo bastante para ser considerado como pueblo.

Pertenecia en otro tiempo la hacienda de Niebli á unos monjes quiteños que habian hecho de ella un centro de produccion agrícola; aún se ven ruinas que datan de los últimos siglos cerca de las construcciones actuales que son de madera y mucho más sencillas.

Invertí el tiempo que pasé en Niebli y sus alrededores, buscando objetos de historia natural y tuve la suerte de allegar una buena cosecha. Apartados de toda habitacion, acampábamos en los claros de los bosques, suspendiendo pintorescamente las hamacas por medio de dos trípodes de estacas que mi peon clavaba al acercarse la noche. Los valles de Nanegal y Mindo, verdadera patria de las orquídeas de tierra templada, me proporcionaron abundantes ejemplares vegetales nuevos para mí.

Los antiguos indios, probablemente los caras, que vivian en estas regiones ántes de la conquista de los incas, habian construido cerca de Nanegal, en el punto llamado Palta-Pamba, un adoratorio cuyos restos subsisten aún, habiéndose encontrado multitud de tumbas, conteniendo objetos preciosos y numerosas momias. Dos estribos de piedra á orillas del rio indican el emplazamiento de un puente arruinado y algunos trozos de camino empedrado denotan la civilizacion adelantada de los constructores de esta vía, que probablemente enlazaria el rio Esmeraldas con la costa del Pacífico.

A los indios de esta region se los llama *yumbos*, especialmente á los de Nanegal, Gualea y Mindo. Descienden de los antiguos quitus que fueron subyugados por el inca Huaynacapac, el cual los organizó en diversos pueblos y los mantuvo bajo su dominio durante treinta y ocho años. Son estos indígenas bastante cultos y sus relaciones frecuentes con la capital, á donde llevan los productos de tierra caliente, los han familiarizado bastante con la civilizacion. Aunque algunos autores les asimilen inexactamente con los de otras tribus, ello es que se diferencian mucho de los aborígenas de la provincia de Oriente y que la mezcla gradual de sangre española ha dado alguna regularidad á sus facciones, y cierta expresion á sus miradas.

Por el contrario, los indios que habitan los estribos de la cordillera oriental, desde las faldas del Imbabura hasta las orillas de los rios Aguarico, Napo, Curaray, Pastassa, Morona, Paute y Zamora, que raras veces se aventuran á subir hasta las elevadas mesas, conservan íntegramente sus caracteres de raza y sus diversas tribus presentan diferencias bien marcadas. Sus familias principales son los Jíbaros y los Záparos.

Los jíbaros habitan el país comprendido entre el rio Chinchipe y el Pastassa y se subdividen en muchas tribus: lojanos, moronas, pautes, gualaquisas, pastassas, upanos y otros; son belicosos é indomables; derrotaron en otro tiempo á los incas que querian subyugarles y su

aparente sumision á los españoles terminó en 1599, con una rebelion general que les devolvió la libertad que han conservado tenazmente despues. Unos, como los lojanos, aunque de mediana estatura, se distinguen por su fisonomía dura, su nariz aballenada y color cobrizo; miéntras que los pastassas son con frecuencia altos, tienen formas regulares, pómulos salientes y la cara más redondeada.

La familia de los záparos, por el contrario, posee sobre los jíbaros caractéres aún más acentuados. Viven estos indios entre los rios Pastassa y Napo, en la region próxima á la Cordillera, formando tribus independientes como los nushinos, los shiripunos, los tupitinis, los mautas, los muéganos, los curarayes, etc. Mucho más pacíficos que sus vecinos los jíbaros, reciben bien á los viajeros y son ménos refractarios á las tentativas de civilizacion. Su natural indolencia les priva de acometer grandes empresas ya guerreras, ya industriales, y sólo se ven alrededor de sus cabañas, escasas plantaciones de maíz, plátanos y yuca. Constituyen el resto de su alimentacion la caza y la pesca, y se convierten en nómadas para perseguir á los animales que en ciertas estaciones emigran en busca de frutos silvestres, aprovechando sus marchas para recoger las cortezas de árboles *(Ochroma)* con que cubren su desnudez. Sus viviendas consisten en ranchos provisionales suficientes para resguardarles de las lluvias y colgar sus hamacas, bien distintos en este punto de los jíbaros, que construyen verdaderas casas con sólidas puertas, duermen sobre *cuadros* de tabla y elaboran sillas cuadradas en forma de escabeles. La estatura de los záparos es mediana, pero son bien formados, tienen la cara redondeada, el color cobrizo claro, los ojos pequeños y más ó ménos oblicuos, la boca grande, los lábios gruesos, magníficos dientes, y nariz recta con fosas nasales muy dilatadas.

Los indios cayapos, colorados y mangaches forman parte asimismo de la familia de los yumbos ó quitus que hemos visto ya en los bosques del Oeste; y segun los documentos recogidos por Villavicencio, los aguteros viven en el Napo en estado sedentario; los encabellados, en el bajo Aguarico; los orejones, en la orilla izquierda del Napo y hácia su desembocadura; los avijiros, al Sur del mismo rio; los cofanes en el alto Aguarico, y aún existen otras varias aglomeraciones ménos importantes.

De vuelta á Quito, estuve explorando durante algunas semanas los alrededores de la ciudad, y recorrí las faldas de los vecinos volcanes. Restábame únicamente practicar la ascension al más próximo y célebre de todos ellos: el Pichincha, al pié del cual se extiende la capital del Ecuador.

Al amanecer del dia 3 de julio remontaba las primeras pendientes del Pichincha, que se prolongan hasta Quito. Acompañábame el P. Sodiro y un ágil peon encargado de llevar las provisiones. Teníamos empeño en llegar temprano á fin de poder hacer observaciones ántes de que anocheciera: hacia un tiempo seco muy favorable á la marcha y la clara luz del sol nos permitia abarcar la silueta entera de los montes vecinos. El sendero, trillado por los indios que van en busca de la nieve que llevan á vender á Quito, era muy asequible.

A medio dia alcanzamos el límite inferior de las nieves (4,400 metros); y almorzamos al aire libre, sentados sobre la yerba, con bastante prisa, porque el frio, que no habiamos observado andando, comenzaba á dejarse sentir, sin que por ello hubiese llegado á cero el termómetro.

Despues de este desayuno sumario, pregunté á mi compañero si deseaba continuar la ascension; pero como sin experimentar los accidentes epistáxicos y demás indicados por multitud de viajeros, se sentia demasiado fatigado, hube de partir solo con el peon. Sin notar opresion alguna, comencé á subir alegremente, pero á los cien metros hube de moderar el paso, y detenerme á cobrar aliento cada cinco minutos. Con algunos tragos de aguardiente dí nueva elasticidad á las piernas, y en ménos de una hora gané el cráter del Rucu-Pichincha (4,854 metros). Soplaba un viento Sur muy fresco, impeliendo nubecillas que pasaban con



Iglesia de La Tacunga

rapidez sobre mí y sólo me permitian ver con intermitencias las rocas negras, traquíticas ó esquistosas dispuestas en estratificaciones verticales ó inclinadas por efecto del fuego en zig-zags de color rojo de ladrillo, formando los más sorprendentes jaspeados. Por el lado del Norte se levantaban peñascos cortados á pico y por el Sur en direccion del Guagua-Pichincha, los claros abiertos entre las nubes permitian ver dos profundos valles abruptos, que las espesas capas de nieves perpetuas alfombran con regularidad.

Saciado del espectáculo volví á bajar y encontré al padre Sodiro que me aguardaba aterido de frio, pero descansado. El resto del regreso se efectuó sin accidente enojoso, llevando conmigo un agradable recuerdo de la excursion, y la conviccion profunda de que la decantada ascension al Pichincha no es tan difícil como se suponia en otros tiempos, por cuyo motivo la recomiendo á todos cuantos visiten esta parte de los Andes ecuatoriales.

Un mes de permanencia en Quito casi me permitió cumplir con el deber que me habia impuesto. Podia pues proseguir el viaje enderezando la marcha hácia el Sur, y me lancé camino de La Tacunga, en una deliciosa mañana.

Volví á ver nuevamente la llanura de Machachi que habia atravesado ya yendo al Corazon y tras un buen galope me encontré en el páramo de Tiopullo, extraño relieve montañoso que enlaza los estribos basálticos del Rumiñagui con los del Ilinisa. El «nudo de Tiopullo» es una especie de dique que separa, no la altiplanicie de Quito como equivocadamente se ha dicho, sino la de Machachi de las de la Tacunga y Ambato.

Franqueado este desfiladero inhospitalario, la llanura y ciudad de Tiopullo se presentan á la vista, y una eminencia en forma de enorme túmulo llama la atencion en primer término: es el *Panecillo*, en donde se encuentra la casa del inca (ó *Callo*) descrita por La Condamine, Jorge Juan y Humboldt, la cual en rigor no era más que una de esas hosterías ó *tambos* sem-



Paso del Arenal (Chimborazo)

bradas por los incas en el camino del Cuzco á Quito. El *tambo* consiste en un edificio cuadrado de treinta metros de lado construido con sillares de pórfido basáltico bien tallados.

El Ilinisa levanta cerca de allí su colosal cabeza, cuya silueta en extremo pintoresca presenta dos pirámides que acusan un volcan apagado. La cima se eleva á 5,300 metros y la nieve la cubre desde la mitad de su altura.

El camino pasa por Mulaló cruzando una llanura de piedra pómez y cenizas. Nos hallamos al pié del Cotopaxí, uno de los volcanes más terribles del Ecuador. Dentro de aquel cono regular cubierto de nieve, tan admirable por su forma y elevacion que asciende á 5,943 metros, bulle la lava cuyas erupciones y en especial las de los años 1738, 1742 á 1745, 1768, 1802, 1853 y últimamente la del 26 de junio de 1877 han sembrado la ruina y el espanto por las vecinas comarcas.

Su ascension, que Humboldt juzgó impracticable, la intentó y la llevó á cabo con éxito completo el 6 de marzo de 1873 M. Stübel, geólogo aleman.

Se necesitan algunas horas para contornear las faldas del Cotopaxí, y despues de franquear el rio Alaqués, llégase á La Tacunga (ó Llactacunga), ciudad bastante poblada é industrial. Los molinos de Aguirre tienen mucha importancia y ocupan multitud de brazos. Las calles de la ciudad están bien trazadas y en ellas se ven algunos edificios curiosos, entre los cuales se

distingue la Catedral que está sin concluir, de arquitectura clásica con una balaustrada de estilo árabe, que á la verdad, puesta allí choca y sorprende. En el jardin octogonal de la plaza Mayor, crecen sauces piramidales y capulís, rosas de Bengala, lirios y otras flores procedentes de Europa, por cierto muy mal cuidadas. Otras tres iglesias igualmente en construccion, cuyas cúpulas están coronadas de estatuas de santos, y un buen número de conventos evidencian el fervor religioso de los vecinos de La Tacunga.

Prosiguiendo nuestro viaje, pasamos por delante de la «Capilla de los pasajeros.» lugar de romería. A continuacion se sigue el rio Ambato, encajonado profundamente entre márgenes, cada vez más socavadas por la corriente y que un puente cubierto atraviesa cerca de San José de Atoche, curiosa iglesia adornada con cuatro torrecillas caprichosas. Por vez primera desde que recorro el territorio Sur-americano, veo á los indígenas servirse de la savia de ciertos agaves, como se hace en México, para obtener el *pulque*.

Por último nos encontramos á la vista de Ambato en cuyos alabados verjeles se ve infinito número de perales en forma de quitasol que más bien parecen cepas de mimbres que árboles frutales. Los alisos, sauces, capulís, algunos albérchigos, papayos de tierra fria, manzanos que crecen sin fructificar y alguno que otro albaricoquero cuyos frutos maduran bastante bien, constituyen el inventario arborícola de las huertas de Ambato, á dos mil seiscientos metros de altura sobre el nivel del mar y con una temperatura media de 15°,3. La ciudad es cabecera de un distrito compuesto de unos diez mil habitantes; antiguamente formaba la tenencia de Ambato lindante con el corregimiento de La Tacunga y ha sido siempre muy apreciada por su clima benigno, por más que su proximidad al volcan Carhuairazo le ha causado grandes daños en distintas ocasiones. En la plaza Mayor, la iglesia principal ó *iglesia matriz* se distingue por una torre de buen aspecto.

Continuamos la marcha hasta que llegamos á la vista del Chimborazo, llamado con razon el «Rey de los volcanes.» No empaña la más pequeña nube la pureza de su plateada frente, vírgen aún de toda huella humana, reinando á la altura de 6,530 metros (1). Las cuatro faldas del Chimborazo que miran al Norte, están cubiertas de una capa de nieves perpétuas de unos dos mil metros de altura; y por el Oeste, se ve un solo cono redondeado y afianzado por picos dentellados y desgarrados.

Continuamos subiendo, hollando los monótonos pastos andinos y cerca de las míseras cabañas de Chuquipoyo (3,604 metros) el terreno es más quebrado y las vertientes del Chimborazo aparecen surcadas por barrancos profundos, uno de los cuales es la «Quebrada de Totorillas.» Está Totorillas á 3,910 metros de altura, en un repliegue del terreno casi desnudo, pues desarraigan el césped los arroyos formados por la licuacion de las nieves.

Es necesario partir tempranito de Totorillas si se quiere atravesar el peligroso *Arenal* ántes del vendaval que se levanta diariamente poco ántes de medio dia. Hácia las diez de la mañana al cruzar el túmulo sobre el cual los arrieros tienen la costumbre de arrojar una piedra, al pié de la cruz levantada en aquel paraje, reina ya un viento tan fuerte que á duras penas podemos

(1) Aserto que ha dejado hoy de ser exacto, pues el alpinista inglés M. Whymper, logró escalar el gigante de los Andes, cabiéndole gloria de desplegar la bandera de su país en la cúspide del Chimborazo.

arrostrarlo sin que nos derribe. Durante todo el tránsito se ven blanquecinos fragmentos óseos que señalan el fin de un gran número de pobres bestias de carga que han sucumbido en este horrendo camino.

Hemos llegado por último al punto más elevado de la llanura y comienza por el Oeste el rápido descenso entre arenales en los cuales los mulos hunden sus remos hasta las rótulas.

En el rio de la Mona, algunos naturales desde el umbral de sus casas, nos predicen desdichas sin cuento si nos atrevemos á penetrar á tales horas en los malos caminos que vamos á seguir; son las cinco y el arriero Apolinar Tapia, sin escucharles, se empeña en seguir adelante. Mal hicimos en verdad. Poco ántes de anochecer, llegamos al rio Galvez, que á la sazon se habia desbordado. Segun costumbre, dejo que toda la caravana atraviese el vado, para hacerlo yo á mi vez así que todos se hallen en la orilla opuesta. La corriente es gruesa y el caballo que monto un poco vivo. Para no mojarme repliego las piernas sobre el cuello del animal, que al sentir el desagradable cosquilleo, da un bote y me arroja al agua. Desgraciadamente me quedé cogido por el zamarro al pomo de la silla y el caballo más furioso aún con el peso que debia arrastrar, empieza á encabritarse. Intento apartarme de él para esquivar las coces, pero en vano..... estoy sumergido y me ahogo..... Comprendo que voy á morir. Los arrieros desde la orilla opuesta, gritan y levantan al cielo sus brazos sin atreverse á acudir en mi socorro. Por último, el instinto de conservacion acrecienta mis fuerzas, y logro levantarme sobre la silla; encojo las piernas, arranco el zamarro y me echo al agua ganando la orilla á nado.

Cerró la noche y calado hasta los huesos tuve que montar de nuevo y atravesar todavía una laguna. Por último, á las nueve de la noche, divisamos las luces de Babahoyo como un faro salvador. Durante esta última etapa, hubimos de permanecer diez y siete horas á caballo, pasando molestias, fatigas y peligros, como los que acabo de bosquejar, contentos no obstante con haber salido bien librados de tantos tropiezos.

. . . .

Aquí terminan los apuntes de mi viaje por la Nueva Granada y el Ecuador. Si algun dia el relato se completa con la continuacion de mis excursiones por los Andes ecuatorianos y peruanos, habrá de contener necesariamente el inventario de mis colecciones de historia natural, la lista de las alturas calculadas y otros estudios exclusivamente científicos, siendo por consiguiente su lectura aún ménos amena que la presente. Conviene pues no traspasar los límites ya sobrado extensos de este relato y dar gracias al lector por haberse dignado seguirme durante esta larga sucesion de etapas más ó ménos interesantes y accidentadas. Desde la desembocadura del Magdalena al valle ecuatorial del Guayas, he recorrido á pié ó en mulo, franqueando nueve veces los picos de los Andes, más de 1,200 leguas entre cordilleras y llanos pasando desde la cuenca del Orinoco á la del rio de las Amazonas.

FIN

INDICE

